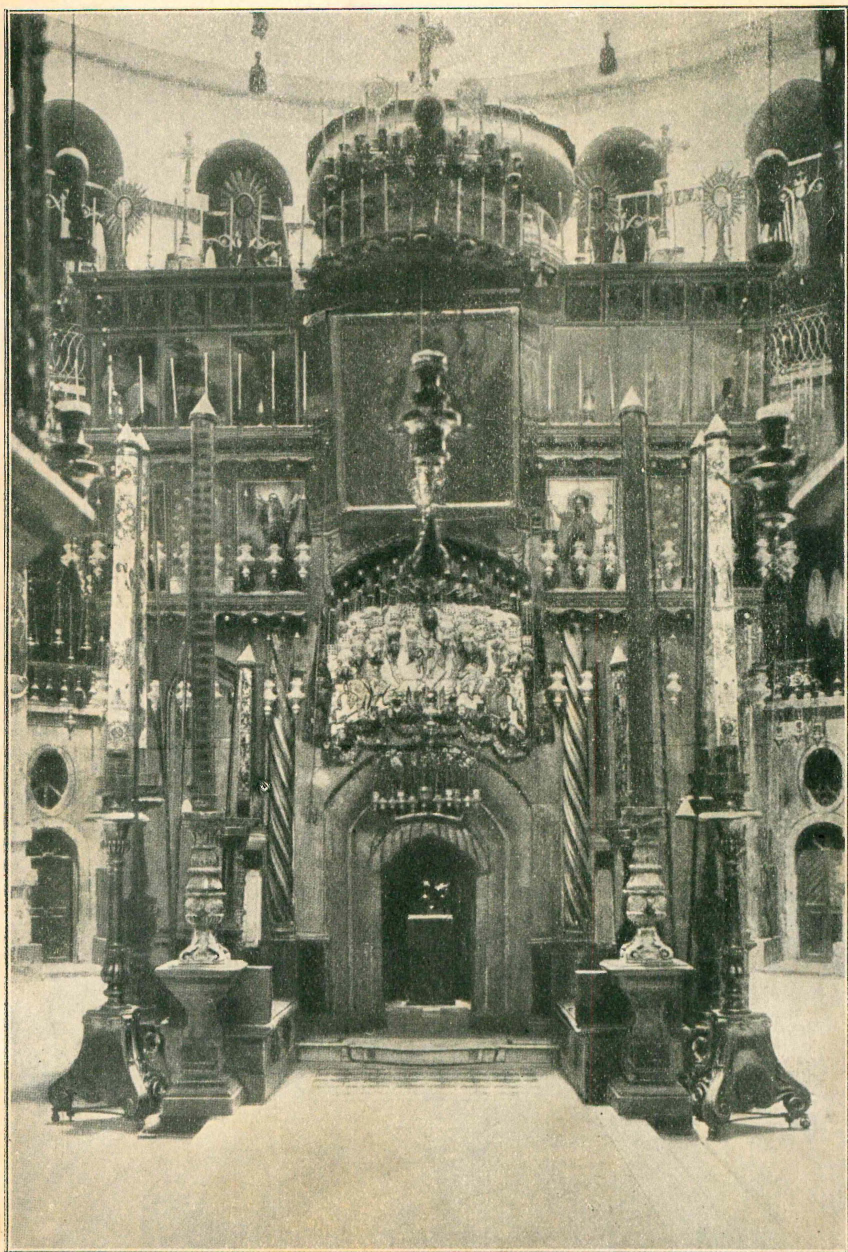


Capilla de la Resurrección con el Edículo, en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén.

(Texto en el núm. 482; véase la figura 24, núm. 474.)

Fot. Bruno Hentschel, Leipzig

IGNACIO SCHUSTER—JUAN B. HOLZAMMER

Historia Bíblica

EXPOSICIÓN DOCUMENTAL
fundada en las investigaciones científicas modernas

TOMO SEGUNDO

NUEVO TESTAMENTO

TRADUCIDO POR EL
P. JORGE DE RIEZU, O. M. C.
DE LA OCTAVA EDICIÓN ALEMANA REFUNDIDA POR
J. SCHÄFER

Con 55 grabados y dos mapas



EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.
Cortes, 581 – Barcelona
MCMXXXV

LICENCIA DE LA ORDEN

Nihil obstat
FR. I. CALASANCTIUS AB URDAX, O. M. C.
Censor deputatus

Imprimatur
Pampilonae 20 junii 1932
FR. LADISLAUS A YABAR
Vic. Prov.

LICENCIA DIOCESANA

Nihil obstat
El Censor,
DR. FRANCISCO FAURA ARÍS
Canónigo Lectoral

Imprímase
Barcelona 30 de agosto de 1934
† MANUEL, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rvma.
DR. RAMÓN BAUCELLS SERRA
Canc. Scrio.

Edición española autorizada por Herder & C.ª, editores de Friburgo de Brisgovia

Guinart y Pujolar, impresores; Bruch, 63. — Barcelona

ÍNDICE

Índice de grabados

Capilla de la Resurrección con el Edículo, en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén (frente a la portada)

Láminas al final del libro[1]

---

[1] Las cifras que van en paréntesis se refieren a los números marginales de la obra.

Mapas

Siglas

de títulos de revistas y colecciones citadas en la presente obra

AB = Atlas biblicus, ed. MART. HAGEN S. J. Parisiis 1907.
AT = Apologetische Tagesfragen (*Cuestiones apologéticas actuales,* publicadas por la Volksverein für das katholische Deutschland). M. Gladbach 1905 ss.
BA = Bibelatlas (*Atlas Bíblico,* por R. DE RIESS), publicada por L. HEIDET, Friburgo 1924.
Biblica = Revista trimestral del Instituto Bíblico Pontificio de Roma, fundada en 1920.
BSt = Biblische Studien (*Estudios bíblicos,* revista publicada por O. BARDENHEWER) Friburgo 1894 ss.
BZ = Biblische Zeitschrift (*Revista Bíblica,* publicada por J. GÖTTSBERGER y J. SICKENBERGER) Friburgo 1902 ss.
BZF = Biblische Zeitfragen (*Cuestiones bíblicas,* serie 1-4 publicadas por J. NIKEL y J. ROHR; serie 5-11, por P. HEINISCH y J. ROHR) Münster.
BZSF = Biblische Zeit- und Streitfragen, zur Aufklärung der Gebildeten (*Cuestiones y controversias bíblicas, para ilustrar a las personas cultas),* publicado por KROPATSCHEK. Grosslicherfelde-Berlín 1905 ss.
DB = Dictionnaire de la Bible, publié par F. VIGOUROUX. París.
DKS = Der katholische Seelsorger (*El pastor de almas)* Paderborn.
FBL = Friedensblätter. Monatsblätter zur Pflege des religiösen Lebens und Friedens (*Hoja de paz. Hojas mensuales para el fomento de la vida y paz religiosas.* Año 13 el 1909; desde esa fecha se publica con el título de «Heliand», *Vide* HEL) Breslau.
FLD = Forschungen zur christlichen Literatur- und Dogmengeschichte (*Investigaciones de historia de la literatura cristiana y de los dogmas,* publicadas por EHRHARD y KIRSCH).
H = Hochland. Monatschrift für alle Gebiete des Wissens, der Literatur und Kunst (*Revista mensual científica, literaria y artística)* Munich.
HEL = Heliand. Monatschrift zur Pflege religiösen Lebens für gebildete Katholiken (*Revista mensual para el fomento de la vida religiosa de los católicos ilustrados,* publicada por HOFFMANN y STREHLER. Es la continuación de Friedensblätter) Paderborn.
HL = Das Heilige Land. Organ des Deutschen Vereins vom Heiligen Land (*Tierra Santa, órgano de la Asociación Alemana de Tierra Santa)* Colonia.
HPB = Historisch-Politische Blätter für das kathol. Deutschland (*Hojas histórico-políticas para los católicos alemanes)* Munich.
Kath = Der Katholik (*El católico,* revista de la ciencia católica y vida eclesiástica) Maguncia.
KHL = Kirchliches Handlexikon (*Diccionario manual eclesiástico,* publicado por M. BUCHBERGER) Munich 1907-1909.
KK = Kirche und Kanzel. Homiletische Vierteljahsschrift (*Iglesia y púlpito,* revista homilética trimestral) Paderborn 1918 ss.
KL = Kirchenlexikon oder Enzyklopädie der kathol. Theologie und ihrer Hilfswissenschaften (*Diccionario Eclesiástico o Enciclopedia de Teología Católica y ciencias auxiliares,* publicado por el CARDENAL HERGENRÖTHER y FR. KAULEN) 12 volúmenes, 2.ª ed Friburgo.
KM = Katholische Missionen (*Misiones católicas)* Friburgo-Aquisgrán.
KPB = Kölner Pastoralblatt (*Hoja Pastoral de Colonia,* publicada por BERRENRATH y VOGT).
LB = Lexicon Biblicum, ed. M. HAGEN S. J. Vol. I-III. Parisis 1905 ss.
LBKV = Literarische Beilage zur Kölnischen Volkszeitung (*Suplementos literarios de la Gaceta Popular de Colonia).*

LR = Literarische Rundschau für das kathol. Deutschland *(Revista literaria de los católicos alemanes,* publicada por J. SAUER) Friburgo.
MKR = Monatsblätter für den katholischen Religionsunterricht an höheren Lehranstalten *(Hojas mensuales para la enseñanza religiosa católica en las escuelas superiores)* Colonia.
MN = Mitteilungen und Nachrichten zu der ZDPV *(Informaciones y noticias para la revista ZDPV).*
NA = Neutestamentliche Abhandlungen *(Disertaciones relativas al Antiguo Testamento,* publicadas por M. MEINERTZ) Münster.
NO = Natur und Offenbarung *(Naturaleza y Revelación)* Münster.
O. Chr = Oriens christianus *(Revista semestral romana para el conocimiento del Oriente cristiano)* Roma 1901 ss.
PB = Pastor bonus *(Revista pastoral)* Tréveris.
RB = Revue biblique, publiée par l'Ecole pratique des Etudes bibliques. París-Roma 1893 ss.
Rb = Realia biblica geographica, naturalia, archaeologica, ed. M. HAGEN. Parisis 1914.
RBen = Revue Bénédictine. Maredsous 1884 ss.
RQ = Römische Quartalschrift für christliche Altertumskunde und für Kirchengeschichte *(Revista romana trimestral para el estudio de la antigüedad cristiana y de la historia de la Iglesia,* publicada por A DE WAAL y ST. EHSES) Roma.
StL = Stimmen aus Maria-Laach *(Ecos de Maria-Laach)* Friburgo.
StthSt = Strassburger theologische Studien *(Estudios teológicos de Estrasburgo)* Friburgo.
StZ = Stimmen der Zeit *(Ecos contemporáneos)* Friburgo.
ThG = Theologie und Glaube *(Teología y Fe,* revista del clero católico) Paderborn 1909 ss.
TQS = Tübinger theologische Quartalschrift *(Revista teológica trimestral)* Tubinga.
ThpMS = Theologische praktische Monatschrift *(Revista mensual de teología pastoral)* Bassau.
ThpQS = Theologisch-praktische Quartalschrift *(Revista trimestral de teología pastoral)* Linz.
ThR = Theologische Revue *(Revista teológica,* publicada por FR. DIEKAMP) Münster.
TL = Theologische Literaturzeitung *(Revista de literatura teológica,* publicada por HARNACH y SCHÜRER) Leipzig.
TU = Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur *(Textos e investigaciones para la historia de la literatura cristiana antigua,* publicados por HARNACK y [desde 1906] por E SCHMIDT).
VD = Verbum Domini. Comentarii de re biblica omnibus sacerdotibus accommodati. Roma 1921 ss.
VGG = Vereinschriften der Görres-Gesellschaft *(Publicaciones de la Sociedad de Görres)* Colonia.
WBG = Wissenschaftliche Beilage der «Germania» *(Suplementos científicos del periódico «Germania»)* Berlín.
WSt = Weidenauer Studien *(Estudios de Weidenau,* publicados por los profesores del Seminario de Weidenau, en colaboración con la Sociedad de León XIII) 1907 ss.
ZDMG = Zeitschrift der Deutsch-Morgenländischen Gesellschaft *(Revista de la Sociedad Orientalista Alemana)* Leipzig.
ZDPV = Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins *(Revista de la Asociación Palestinense Alemana)* Leipzig.
ZK = Zeitschrift für christliche Kunst *(Revista de arte cristiano)* Colonia.
ZKTh = Zeitschrift für katholische Theologia *(Revista de teología católica)* Innsbruck.
ZM = Zeitschrift für Missionswissenschaft *(Revista de misionología)* Paderborn.
ZNW = Zeitschrift für Neutestamentliche Wissenschaft *(Revista de ciencia del Nuevo Testamento)* Giessen.

En las citas de obras alemanas hemos empleado preferentemente las siguientes abreviaturas:

AT = Altes Testament = *A. Test.*
atl = alttestamentliches = *relativo al A. Test.*
NT = Neues Testament = *N. Test.*
ntl = neutestamentliches = *relativo al N. Test.*

HISTORIA DEL NUEVO TESTAMENTO

Después de haber asistido en la Historia del *Antiguo Testamento* a la *preparación* del plan divino de la Redención, vamos a contemplar en la del *Nuevo Testamento* el *cumplimiento* de aquel plan, llevado a cabo por el Unigénito de Dios. En la plenitud de los tiempos el Verbo se hizo carne y realizó la magna obra de la Redención. Al mismo tiempo fundó su *Iglesia* entre los hombres como institución permanente de salvación y le dió estabilidad mediante el ministerio de los apóstoles. De ahí la división de la Historia del Nuevo Testamento en dos partes:

1. El Evangelio de Jesucristo, y
2. La Iglesia de Jesucristo en tiempo de los apóstoles.

PRIMERA PARTE

El Evangelio de Jesucristo

Observaciones generales

1. Evangelio y Evangelios[1]. El «Evangelio» de Jesucristo es la «buena nueva» que nos trajo el Hijo de Dios, anunciaron los apóstoles y dejaron consignada por escrito para las generaciones futuras dos apóstoles y dos varones apostólicos. El Evangelio es **uno,** ora escrito, ora hablado. Pero este *único* Evangelio nos ha sido transmitido en sus rasgos y hechos fundamentales por cuatro autores, en cuatro formas distintas. Por ello los antiguos Padres hablaron de «cuatro Evangelios, o más bien de cuatro libros del Evangelio», de «un Evangelio tetramorfo que está penetrado de un espíritu» (Iren. *Adv. haer*. 3, 11, 8). Todavía hoy hablamos con la Iglesia antigua (v. *Fragmento Muratoriano,* 150 d. Cr.) del «Evangelio *según* san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan».

Símbolos de los evangelistas[2]. Ya desde el siglo II del Cristianismo (Ireneo) se comenzó a relacionar a los cuatro evangelistas con las cuatro figuras

[1] Además de los tratados generales de Kaulen, Cornely, A. Schäfer-Meinertz, Trenkle, Gutjahr, Belser, Höpfl, Sickenberger, Vogels y de otros, que llevan por título *Einleitung in das Neue Testament,* pueden consultarse acerca de este asunto los tratados especiales de Cladder, *Unsere Evangelien,* I serie: *Zur Literaturgeschichte der Evangelien* (Friburgo 1919). Heigl, *Die vier Evangelien* (Friburgo 1916).

[2] Cfr. Hoh, *Die Lehre des heiligen Irenäus über das NT* (Münster 1919) 18; el mismo, *Die Herkunft der vier Evangelistensymbole,* en *BZ* XV (1929) 229.

misteriosas de los querubines que llevaban el trono de Dios en la visión de Ezequiel [1]; mas no están conformes los escritores en la aplicación de los cuatro símbolos—león, toro, águila y hombre—a los evangelistas; así, por ejemplo, Ireneo aplica a san Marcos el símbolo del águila, y a san Juan el del león. El *arte* ha dado a los evangelistas desde fines del siglo IV los siguientes atributos simbólicos: a san Mateo, el de *ángel* (hombre), acaso porque su Evangelio comienza por la genealogía humana de Jesucristo; a san Marcos, el de *león,* porque ya en las primeras líneas nos habla de la «voz del que clama en el desierto»; a san Lucas, el de *toro,* porque nos traslada en las primeras páginas al lugar de los sacrificios del Antiguo Testamento; a san Juan, el de *águila,* porque, en sentir de san Agustín, al discípulo amado le desazona arrastrarse por la tierra, y porque desde la primera palabra se remonta a Aquél por quien todo fué creado. Aparecen por primera vez los símbolos de los evangelistas en el mosaico de santa Pudenciana (Roma); más tarde vemos a los cuatro evangelistas representados en figura humana, con los respectivos símbolos al lado. Las representaciones más célebres de esta naturaleza son los mosaicos de *San Vitale* de Ravena, del siglo VI. Aparecen los cuatro evangelistas sentados en una verde campiña; delante, sendos libros abiertos, donde se leen sus nombres, y pupitres *(scrinia)* con recado de escribir; sobre ellos, los símbolos.

2. Lengua en que fueron escritos los Evangelios y el Nuevo Testamento en general. El divino Redentor habló en la tierra la lengua de su patria y de su pueblo. Esta no era el hebreo, en que se escribieron los más de los libros del Antiguo Testamento—usado en aquella época exclusivamente por los rabinos—sino el *arameo,* lengua dominante en Asia Menor desde la época persa hasta los tiempos del Islam, la cual es con relación al hebreo lo que el *Hochdeutsch* (alto alemán) al *Plattdeutsch* (bajo alemán). Y que el arameo fuese la lengua en que el Salvador enseñó, oró, curó a los enfermos y resucitó a los muertos, se infiere de ciertas palabras y frases, reproducidas por los evangelistas como salieron de boca del Maestro. Así, por ejemplo, nos dicen que comenzó la oración en el huerto de Getsemaní con esta palabra: *Abba,* que significa «padre» [2]; y en la Cruz: *Eloi, Eloi, lama sabachthani,* es decir, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» [3] Al sordomudo le dice: *Ephphata,* que significa «ábrete» [4], y a la hija de Jairo: *Talitha kum,* es decir, «niña, levántate» [5] — palabras y frases genuinamente arameas. Mas no es inverosímil que Jesús usara a veces del griego, como por ejemplo, cuando habló con los «helenos» que le fueron presentados por Felipe y Andrés [6], y en la entrevista con Pilatos; pues seguramente el procurador romano desconocía el arameo, y del relato evangélico [7] parece inferirse que no hubo intérprete. Tampoco debieron de faltar al Salvador ocasiones de hablar el griego, particularmente en la comarca del lago de Genesaret, donde pululaba el elemento helenista y gentil. Ya desde el siglo III a. Cr., de Egipto y Siria había penetrado en el judaísmo el griego, que fué arraigándose durante la dominación romana y bajo la dinastía de Herodes. Y aunque el arameo siguiera siendo la lengua comercial y familiar, entre los judíos de la clase distinguida y hasta cierto grado entre los de la clase media y aun baja (especialmente en el comercio), el griego se entendía y hablaba en tiempo de Jesucristo y de los apóstoles. Procedentes éstos, a excepción de Judas Iscariote, de Galilea, hondamente helenizada en aquella época, algunos de ellos conocían seguramente el griego; sus mismos nombres: Andreas, Philippus, Simon [8] (en vez de

---

[1] 1, 5-10; cfr. *Apoc.* 4, 6 s. [2] *Marc.* 14, 36.
[3] *Marc.* 15, 34. [4] *Marc.* 7, 34.
[5] *Marc.* 5, 41. [6] *Ioann.* 12, 20 ss.
[7] Cfr., por ejemplo, *Ioann.* 18, 33 ss.; 19, 8 ss.
[8] Aun dado caso que Simón Pedro conociese algún tanto el griego, todavía puede entenderse al pie de la letra lo de haber sido Marcos su «intérprete» en Roma. Porque hay gran distancia de entender una lengua para conversar un poco, a dominarla para pronunciar un discurso o un sermón.

Simeon) denotan influencia griega; no podía ignorar la lengua griega san Mateo, que había ejercido el oficio de alcabalero en el sector comercial de Cafarnaum [1].

Tanto los apóstoles como el Salvador, mientras se limitaban al país de Palestina, se sirvieron del *arameo* en las predicaciones, y en arameo escribió su Evangelio el Apóstol san Mateo, como lo expondremos por menudo en el núm. 9 a. Los otros tres Evangelios, así como los demás escritos del Nuevo Testamento, fueron escritos en *griego*. La ciencia moderna ha estudiado con particular interés la lengua de los Libros Sagrados, ha compulsado no sólo las obras literarias, sino también numerosos papiros y *ostrakas* [2], en los cuales se manifiesta el lenguaje de «la ínfima capa» del pueblo de la época helenista (desde los tiempos de Alejandro Magno hasta la caída del mundo antiguo) [3]. Se ha puesto en claro que el griego del Nuevo Testamento no es sino el *koiné* («lengua vulgar») o el «griego helenista». El dialecto ático, que predominaba en Grecia ya antes de Alejandro Magno, fué propagándose más y más con las conquistas del caudillo macedónico y con los reinos que los sucesores de éste fundaron en los países del Mediterráneo; al mismo tiempo iba admitiendo elementos de otros dialectos, del jónico, dórico y eólico, y numerosas palabras de otras lenguas. Así fué formándose aquel *lenguaje universal* unificado, que se llamó *koiné*. En él se escribieron los Libros Sagrados de la *religión universal,* particularmente en el lenguaje corriente que se oía en las calles y plazas de las ciudades del imperio en el siglo I de la era cristiana. Hay en los escritos del Nuevo Testamento particularidades en abundancia, que revelan no haber sido helenos o helenistas nativos los más de los autores, sino palestinenses que habían mamado el arameo. Las nociones religiosas y morales del Nuevo Testamento proceden en línea recta del Antiguo, sin que el helenismo haya influído lo más mínimo en ellas; están revestidas de un lenguaje profano, pero las palabras han adquirido un matiz que es peculiar de la Biblia y de los escritos que dependen de la Biblia. Y aun ciertos conceptos bíblico-teológicos se han desarrollado en sentido completamente opuesto al pensamiento y al lenguaje del mundo helenista. Para el estoico, por ejemplo, *hamartia* (pecado) era un apartamiento de los mandatos de la razón, fundado en la ignorancia; la Biblia empero designa con esta palabra el quebrantamiento consciente de la ley positiva divina. Debe tenerse en cuenta la fuerza creadora y transformadora del Cristianismo en lo tocante al lenguaje: los vocablos antiguos adquieren espíritu nuevo (por ejemplo, la palabra *ecclesia,* literalmente «reunión», quiere decir en el Nuevo Testamento «comunidad cristiana, Iglesia»); expresiones del lenguaje corriente se traspasaron al campo religioso-moral (por ejemplo, *agon,* lucha, combate, concurso; *bathos,* literalmente «profundidad», en I *Cor.,* 2, 10, significa el abismo de la divina esencia); para los conceptos nuevos se buscaron o crearon expresiones adecuadas.

3 a. Versiones más antiguas de los Evangelios y del Nuevo Testamento en general. Tan pronto como la doctrina de Jesucristo traspasó los núcleos de población griega de los países del Mediterráneo y ganó adeptos entre los naturales, sintióse la necesidad de traducir las Sagradas Escrituras, particularmente los Evangelios, a las lenguas de aquellos países. Ya en el siglo II d. Cr. la religión de Jesucristo llegó en Italia y Africa a los elementos que sólo conocían el latín; por lo que no faltaron quienes emprendieran la tarea de traducir las Escrituras, y ante todo los Evangelios, al latín, no al de los sabios, sino al del pueblo. Esta versión ha recibido el nombre de *Itala,* o mejor *Vetus Latina,* o (según Vogels) *Praevulgata.* De ella existen unos 40 manuscritos de los

---

[1] Gietmann *(In welcher Sprache hat Christus seine Apostel unterrichtet?,* en *ZKTh* XXXIII [1909] 777 ss.) trata de probar que Jesucristo hablaba frecuentemente en griego con los apóstoles.

[2] Véase *infra* página 6 nota 2.

[3] Cfr. Deissmann. *Licht vom Osten. Das Neue Testament und die neuentdeckten Texte der hellenistisch-römischen Welt*[3] (Tubinga 1909).

siglos IV al XIII [1]. Como del continuo copiar la Sagrada Escritura hubiesen nacido numerosas variantes en el transcurso de los años, el papa san Dámaso encomendó el año 384 a san Jerónimo que preparase un texto bíblico latino, lo más conforme posible con el original griego, utilizando para ello los manuscritos que pudiese haber a la mano. En el mismo año presentó san Jerónimo al papa los cuatro Evangelios y no mucho después los demás libros del Nuevo Testamento; poco a poco fué también traduciendo del hebreo los libros del Antiguo Testamento. Esta obra asombrosa del políglota más eminente de su tiempo fué universalmente aceptada desde el siglo VII en la Iglesia de Occidente. De ahí el nombre de *Vulgata,* es decir, «difundida universalmente» o «vulgarizada» que se dió a la versión jeronimiana. El día 8 de abril de 1546 declaró el Concilio Tridentino *auténtica* la *Vulgata,* «acreditada *(probata)* por el uso de tantos siglos en la Iglesia»; con lo cual quiere el santo Concilio decir que la *Vulgata* coincide *substancialmente* con el original, y debe considerarse como valedera la demostración de una verdad dogmática o moral fundada en el texto de la *Vulgata;* mas no quiere el Concilio decir que no pudiera haber faltas en el texto de la *Vulgata* en cosas que no tocan ni directa ni indirectamente a la fe y a las buenas costumbres. La Iglesia tiene por texto bíblico *oficial y ejemplar típico* de la *Vulgata* la edición sixto-clementina del año 1592 [2]. De la *Vulgata* existen más de 8000 manuscritos. Uno de los mejores y más célebres es, en lo que al Nuevo Testamento atañe, el *Codex Fuldensis,* del siglo VI; en vez de los cuatro Evangelios separados, trae una armonía evangélica del obispo Víctor de Capua († 554), fundada en Taciano (v. *infra);* aun prescindiendo de su valor intrínseco, tiene para los alemanes este códice el mérito de haber sido usado por san Bonifacio; consérvase actualmente en Fulda.—Pío X encomendó en 1907 a la Orden de san Benito la revisión crítica de la *Vulgata,* es decir, una restauración, lo más cuidadosa posible, del texto jeronimiano; la obra va adelante [3]. — Séanos permitido añadir que el primer libro editado en 1456 en Maguncia fué una *Vulgata,* la Biblia de Gutenberg de cuarenta y dos renglones [4].

No muy posterior a la *Vetus Latina* es la *antigua versión siríaca.* Del siglo II al IV las iglesias sirias usaron preferentemente los «Evangelios refundidos», es decir, una *Armonía* Evangélica, compuesta hacia el año 160 d. Cr. por el sirio Taciano, llamada *Diatessaron* (es decir, «según los cuatro») [5]. De esta Armonía Evangélica poseemos, además de algunos fragmentos del texto siríaco, la refundición latina *(Codex Fuldensis;* v. *supra)* y una traducción árabe. Aun no se ha puesto en claro si Taciano compuso su *Diatessaron* directamente del texto original griego, o si tuvo a la vista alguna versión siríaca, anterior al 160, de los cuatro «Evangelios separados». Pero sí es cierto que, aunque menos usada que el *Diatessaron,* ya *antes* de la *Pesitto,* existía una versión siríaca de los cuatro «Evangelios separados». De ella se han descubierto modernamente dos manuscritos incompletos del siglo V. Uno de ellos, el más reciente, fué descubierto en un monasterio del desierto de Nitria (Egipto) y llevado a Inglaterra, donde lo publicó Cureton; de ahí el nombre de *Codex Syrus Curetonianus* (Syr^{cur}). El otro, más antiguo, *Codex Syrus Sinaiticus* (Syr^{sin}), fué encontrado en 1892 por las inglesas Mrs. Agnes Smith Lewis y su hermana Mrs. Margaret Dunlop Gibson en el monasterio de Santa Catalina del monte Sinaí. En una segunda visita de 40 días, en la primavera de 1893, las dos hermanas, ayudadas por

---

[1] Acerca de la nueva edición de Sabatier, *Bibliorum sacrorum latinae versiones antiquae seu Vetus Italica,* 3 vol. (Reims 1743), preparada por Denk, véase *ThG* 1909, 787 ss.; además, Denk, *Der neue Sabatier* (Leipzig 1914).

[2] El P. M. Hetzenauer, O. M. C. ha publicado una excelente edición de la *Vulgata Sixto-clementina* (Innsbruck 1906); también es recomendable Grammatica, *Bibliorum sacrorum iuxta Vulgatam Clementimam nova editio* (Milán 1914).

[3] Véase *ThpQ* 1923, 456 ss.

[4] Cfr. Falk, *Die Bibel am Ausgang des Mittelalters* (Colonia 1905).

[5] Vogels, *Beiträge zur Geschichte des Diatessaron im Abendlande* (Münster, 1919); el mismo, *Handbuch der neutestamentlichen Textkritik* (Münster, 1923) 127 ss.

tres profesores ingleses, hicieron un estudio detallado del manuscrito, el cual salió a la luz pública el año 1894; el año 1896 se publicaron algunos complementos importantes [1].— La *Pesitto,* es decir, «la simple» (no como el *Diatessaron,* que era un compuesto de cuatro), o también la «generalmente usada», viene a ser una revisión de las versiones siríacas existentes. Se cree haber sido obra del obispo Rabbulas de Edesa († 435), quizá para sustituir el *Diatessaron* por los cuatro «Evangelios separados» y corregir la versión antigua. La *Pesitto* se conserva en excelentes manuscritos.

Es evidente la grande importancia de las versiones siríaca y latina, por estar ambas fundadas en manuscritos que superan en antigüedad a los códices griegos más antiguos que poseemos. Notemos de paso que el texto griego del cual se hicieron ambas versiones es *esencialmente* el mismo que hoy tenemos [2]. No son tan importantes, por no ser tan antiguas, las versiones *coptas.* Corresponden éstas a los diversos dialectos usados entre los coptos: la *sahídica,* del siglo III o del IV, para el dialecto hablado en la región de Tebas (Alto Egipto), y la *bohaírica,* algo más reciente, para el hablado en la región de la delta del Nilo (Bajo Egipto). Siguen luego la versión gótica de Ulfilas, del año 370, la etiópica, entre los siglos IV y VI, la armenia, del siglo V, y muchas otras. *En Alemania* existían unas veinte versiones antes de la de Lutero; luego de la invención de la imprenta, el año 1466, se editó en Estrasburgo la primera Biblia alemana [3].

3 b. Breve reseña del texto griego. Los ejemplares primitivos (originales, autógrafos) del Nuevo Testamento se perdieron, al parecer, ya para mediados del siglo II, mas no sin que antes se hubiesen hecho copias. Del Nuevo Testamento, o de partes de él, poseemos unos 2375 manuscritos, más de 4000, si contamos los leccionarios. Compárese con el número de manuscritos de otras obras: de Esquilo, 50; de Sófocles, unos 100; de Plinio, cerca de 200; de Horacio, 250. El mucho uso y la poca resistencia del material explican la pronta desaparición de los autógrafos. Hasta el siglo IV d. Cr. la materia preferida era el *papiro,* en el cual se escribía con pluma de caña y tinta de hollín. Elaborábase principalmente en Egipto. Abierta la corteza del tronco del papiro, sacábasele el liber o película interna en tiras sutilísimas de la anchura del dedo. Estas tiras o bandas se extendían sobre una tabla inclinada, humedecida con agua turbia del Nilo, primero en líneas longitudinales yuxtapuestas, y luego en transversales, de manera que las fibras, unidas en forma reticular, aunque tenues y delicadas, ofrecían suficiente resistencia. Preparada ya la hoja, se la sometía a presión conveniente, o se la batía con un mazo, secándola luego al sol. Antes de dar las hojas al comercio, se suavizaban las desigualdades debidas al filamento del vegetal, pulimentándolas con un diente o concha gruesos, con lo que la superficie quedaba tersa y lustrosa y recibía mejor la tinta; se escribía en las tiras transversales *(recto),* y sólo por excepción en el reverso *(verso).* El comercio designaba convenientemente, como en nuestros tiempos, las clases de papiro y su precio por el tamaño, calidad y manufactura. El tamaño oscilaba de 20 a 30 cm. en alto por 14 a 34 cm. de largo. Eran marcas finas la «Augusta» o «Real» y la «Livia». Para textos de alguna extensión, formábanse de pliegos sueltos largas piezas de 15 a 18 m., que se expendían arrolladas a un cilindro de madera, llamado *umbilicus.* Pero ya en los últimos años de la anti-

---

[1] Acerca de la lectura de este manuscrito en lo que toca a *Matth.* 1,16, véase el núm. 40 a.

[2] Véase también página 8.

[3] Cfr. Falk, l. c. — Acerca de «las versiones alemanas católicas del Nuevo Testamento desde fines del siglo pasado» hasta el año 1917 escribió A. Holzmeister en *ZKTh* XLI (1917) 303 ss. Recientemente el P. Konstantin Rösch O. M. C. ha publicado una versión muy excelente (Paderborn[3] 1925).— También el refundidor de este Manual (Dr. Jakob Schäfer) ha publicado una traducción de los *Evangelios* y de los *Hechos* con notas (Steyl, Missionsverlag, 1924/25).

güedad encontramos, además del *rollo* de papiro (en latín *volumen,* en griego *biblos),* el *libro* de papiro (en griego *teuchos,* en latín *codex;* pl. *codices).* De los manuscritos del Nuevo Testamento escritos en papiro se han descubierto recientemente algunos fragmentos en Oxyrhynchos (Egipto) [1]; entre éstos hay una hoja de un libro de papiro, de fines del siglo III, la cual contiene *Matth.* 1, 1-9, 12, 14-20, 23; es el manuscrito más antiguo que poseemos del Nuevo Testamento.

Pasando a los manuscritos completos, los más antiguos que poseemos están escritos en *pergamino* [2]. Muy costoso al principio, el pergamino (en latín *membrana)* comenzó desde el siglo IV a usarse con preferencia al papiro. Elaborábase de pieles de oveja, cabra, antílope, ternero, asno y cerdo; su nombre le viene de la ciudad de Pérgamo, donde ya desde antiguo se fabricaba de excelente calidad. Tenía sobre el papiro la ventaja de poderse escribir por ambas caras, plegarse y adaptarse a la forma de libro y, aun en caso de necesidad, utilizarse por segunda vez *(rescripta),* una vez borrada la escritura antigua (palimpsestos). Los pergaminos manuscritos más apreciados son: 1, el *Codex*

Fig. 1.—Muestra del *Codex Vaticanus: Deut.* 1, 16 ss. (siglo IV) Roma, Biblioteca Vaticana.

Vaticanus, a tres columnas, el cual se conserva en Roma (fig. 1) y 2, el *Codex Sinaiticus,* a cuatro columnas, descubierto en 1859 por Tischendorf en el monasterio de Santa Catalina del Sinaí, el cual se guarda en Leningrado. Según Gregory [3], estos dos códices son del número de los que el año 331 mandó escribir el emperador Constantino al obispo Eusebio de Cesarea para regalarlos a las iglesias. Westcott-Hort es de sentir haber sido escritos ambos en Roma. Queda en pie la cuestión del origen; mas no cabe dudar de su extraordinario valor ni de su antigüedad. A estos dos siguen en importancia 3, el *Codex Alexandrinus,* a dos columnas, el cual se conserva en Londres (fig. 2), escrito probablemente en Egipto en la segunda mitad del siglo V; 4, el *Codex Ephraemi Rescriptus,* así llamado porque se raspó el texto de la Sagrada Escritura para que Efrén el Sirio escribiera sus tratados; mediante reactivos químicos se ha

---

[1] Más detalles en Bludau, *BZ* IV (1906) 25 ss.; Merk en *ZKTh* XXXVI 389; Nestle, *Einführung in das griech NT*[3] (Gotinga 1909) 88 y láminas 11 y 12; Gardthausen, *Das Buchwesen im Altertum und im byzantischen Mittelalter* (Leipzig 1911).

[2] Recientemente se han descubierto en Egipto unos 20 fragmentos del Nuevo Testamento, escritos en *Ostraka* (cascotes de arcilla), materia en que escribía la gente pobre; son ornamento del *Institut français d'Archéologie orientale* y han sido editados magistralmente por Gustave Lefevre *(Fragments Grecs des Evangiles sur Ostraka,* El Cairo 1904). Datan del siglo VII, y formaban, al parecer, el leccionario evangélico de un monje que carecía de bienes (Bludau), o eran copias que por orden del obispo hacían los candidatos al diaconado privados de recursos (Deissman). No eran amuletos, como se creyó, pues diez trozos numerados contienen el texto de *Luc.* 22, 20-71. Tienen importancia estos fragmentos para la historia del texto, especialmente para la cuestión del texto bíblico que se usaba en Egipto. Para más detalles, Bludau, en *BZ* IV (1906) 386.

[3] *Einleitung in das NT* (Leipzig 1909) 432 445 451.

hecho legible la escritura primera; mas este códice se asemeja «a un veterano mutilado en la guerra» (Gregory)[1]; nació probablemente en Egipto en la primera mitad del siglo v, y se distingue por estar escrito a una columna. Especial mención merece por la abundancia de variantes 5, el *Codex D;* encontrado en 1550 en el monasterio de San Ireneo de Sión, fué adquirido en 1562 por Beza, y regalado en 1581 a la Universidad de Cambridge (de ahí el nombre de *Codex Bezae,* o *Cantabrigiensis);* llama en él la atención el texto de los dos libros de san Lucas: *Evangelio* y *Hechos*. Procede del siglo VI y contiene el texto griego y la versión latina. Está escrito a una columna, en la página izquierda en griego y en la derecha en latín. Conprende los *Evangelios* (en este orden: Mateo, Juan, Lucas, Marcos) y los *Hechos*.

Según lo expuesto, desde que se escribieron los originales hasta la fecha de nuestros manuscritos más antiguos hay un lapso de unos 300 a 350 años; compárese con los escritos de Virgilio, en los cuales el lapso llega a 400 años, en los de Horacio a 800, en los de César a 900, en los de C. Nepote a 1200, en los de Tucídides a 1300, en los de Sófocles y Eurípides a 1450 y en los de Esquilo a 1500.

Hasta el siglo IX se escribía en tipos no ligados, de tamaño igual *(mayúsculas* o *unciales),* sin puntuación ni separación de palabras. En este siglo se

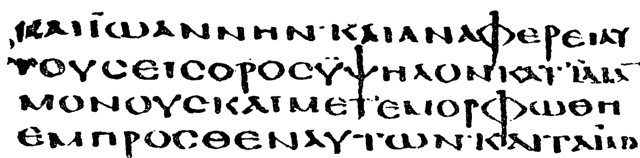


Fig. 2.—Muestra del *Codex Alexandrinus: Matth.* 17, 1-2 (siglo v). (Londres, British Museum).

introdujo en las copias de la Biblia la *minúscula* o *cursiva,* es decir, la letra ligada, de tamaño desigual. El primer manuscrito en minúsculas de fecha conocida es del año 835. Solía escribirse por *renglones* de determinado número de letras, por ejemplo, de 36 (στίχος); el precio se fijaba por el número de páginas. Pero con objeto de facilitar la lectura en público, solía también distribuirse la composición de suerte que cada línea contuviera una frase o un miembro de frase *(cola;* cfr. *Codex Ephraemi).*

La lectura pública de las Escrituras en el Oficio Divino hizo necesaria la división en perícopas. La *distribución* actual en *capítulos* procede del cardenal Stephan Langton (1228), y la *división en versículos,* de Roberto Estéfano, impresor de París, el cual la empleó por primera vez en 1551 en una edición greco-latina del Nuevo Testamento.

La invención de la imprenta abrió nueva época en la historia del texto de la Sagrada Escritura. El texto *griego* del Nuevo Testamento fué *editado* por primera vez en el año 1514 en la *Políglota Complutense* del cardenal Cisneros; pero como no se hubiese obtenido la aprobación del papa León X hasta 1522, adelantósele el año 1516 el editor de Basilea, Froben, con una edición preparada por Erasmo. Pero ésta, en frase del mismo Erasmo, más bien puede llamarse precipitada, que no editada *(praecipitatam verius quam editam).*

4. Integridad dogmática de los Evangelios y de los Libros del Nuevo Testamento en general. Crítica textual[2]. Los manuscritos más antiguos pertenecientes al siglo IV, es decir, a la época inmediata a las persecuciones, nos ofrecen un texto que — prescindiendo de ciertos detalles de poca monta —

[1] Para hacer legibles los palimpsestos, en vez de los procedimientos químicos que deterioran el manuscrito, hoy se emplea un procedimiento fotográfico; y ciertamente se ha aplicado con notables resultados en el Palimpsest-Institut de la Archiabadía de Beuron (Hohenzollern).

[2] Cfr. H. J. Vogels, *Handbuch der ntl Textkritik* (Münster, 1923).

es idéntico al que actualmente poseemos; las antiguas versiones, especialmente la latina y la siríaca, muy anteriores a los manuscritos más antiguos, son prueba manifiesta de no haber sido sustancialmente alterado el original de que proceden. No se puede negar que, por descuido de los amanuenses, en el curso de los tiempos fueron apareciendo en los manuscritos muchas variantes; mas éstas sólo afectan a pormenores de poca monta, y en manera alguna alteran el fondo dogmático y moral o, como se suele decir, la *integridad dogmática* del Nuevo Testamento. Todavía hoy es cierto lo que de manera pintoresca decía el célebre crítico inglés Ricardo Bentley († 1742): «Tómese con la más desgraciada torpeza la mejor variante de todas, o de intento la peor, y no se hallará menos explanado o de distinta manera expuesto el más insignificante artículo de la fe o el más pequeño precepto moral... Entrégueselas a un necio o a un niño, y, por loca o ridículamente que escoja, a ningún capítulo privará de su importancia, ni desfigurará el Cristianismo de suerte que no permanezcan invariables todos sus rasgos» [1]. No menos favorablemente juzgan los críticos ingleses *Westcott* y *Hort,* los cuales, después de treinta años de trabajo común, publicaron en 1881 una edición del Nuevo Testamento. En sentir de estos sabios, si se prescinde de las variantes que sólo afectan a cosas secundarias, como ortografía, colocación de palabras, artículo en los nombres propios y cosas parecidas, apenas queda para la crítica una milésima del texto del Nuevo Testamento. Es muy escaso el número de variantes que tienen algo que ver en la demostración dogmática; y los pasajes donde se encuentran, carecen de importancia, por tratarse de doctrinas clara y suficientemente atestiguadas en otros muchos lugares del Nuevo Testamento [2]. Tampoco altera en lo más mínimo este juicio la reciente edición crítica que publicó *Hermann von Soden* con ayuda de cuarenta y cuatro sabios, fruto de 16 años de penosa labor [3]. Quien haya esperado *cambios esenciales,* se habrá visto decepcionado. Así, por ejemplo, en la citada edición se encuentra en el *texto* el pasaje aquel del primado de san Pedro, *Matth.* 16, 18; en cambio, variantes como la que atribuye a Isabel el canto del *Magnificat* (en *Luc.* 1, 46), la que habla del matrimonio de siete «días» de Ana la Profetisa (en *Luc.* 2, 36) y otras, *no* las trae von Soden en el texto, sino como glosas en el aparato crítico. Con razón opina el sabio protestante Zahn [4]: «Por accidentada que haya sido la suerte del texto del Nuevo Testamento, no se ha logrado demostrar con citas antiguas o con criterios internos la probabilidad de que una sola proposición del texto primitivo haya desaparecido por completo del texto tradicional, es decir, de los manuscritos y de las antiguas versiones; como tampoco lo contrario, a saber, que una sola proposición del texto eclesiástico transmitido por todos los testimonios existentes no pertenezca al original».

Pero aun siendo cosa cierta y probada la integridad dogmática del Nuevo Testamento, no estaría de más que tuviéramos un texto *ideal,* es decir, un texto que reprodujera con todo detalle y lo más exactamente posible el original que salió de las manos de los escritores sagrados. Este es negocio de la crítica textual, rama especial de las ciencias bíblicas. Ella compara, examina y discute los manuscritos y las variantes; estudia las citas bíblicas de los santos Padres y de los escritores de los primeros siglos, sobre todo cuando se puede suponer con razón que no citan de memoria, sino con el texto a la vista; observa también las antiguas versiones. Y utilizando con cautela y prudencia los resultados de la investigación, trata la sana crítica de llegar a la meta antes indicada.

---

[1] Cfr. *Quarterly Review* CXIII (Londres 1863) 98.

[2] Tales pasajes son, por ejemplo, *Marc.* 1, 1; *Tim.* 3. 16. *Act.* 20, 28; I *Ioann.* 5, 7.

[3] Hermann Frhr. v. Soden, *Die Schriften des NT in ihrer ältesten erreichbaren Testgestalt hergestellt auf Grund ihrer Textgeschichte.* 4 tomos (Editorial Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga 1902-1913). Véase el juicio crítico acerca de esta obra en *ThR* 1914. 97 ss. 129 ss.; *StL* 86 (1914), 594 ss; *BZ* XI (1913) 412 y 1914 183; *Kath* 1915 II 101; *Theologie der Gegenwart* 1913, 256 ss. El mismo von Soden hizo una edición manual: *Griechisches NT* (Gotinga 1913).

[4] *Einleitung II*[3] 238.

El filólogo Karl Lachmann fué el primero que estableció sobre base rigurosamente científica la crítica textual del Nuevo Testamento, rompiendo con el llamado *textus receptus,* es decir, con el texto de la edición publicada en 1633 por los hermanos Elzevir, en cuyo prólogo se leían estas palabras que suenan a reclamo de librero: *textum ergo habes nunc ab omnibus receptum.* Desde Lachmann no se ha cesado de trabajar con la diligencia de la abeja en el campo de la crítica textual del Nuevo Testamento; en ella se han distinguido C. von Tischendorf († 1874), Tregelles, B. Weiss, Scrivener, Gregory, Westcott y Hort, von Soden (véase página 8).

Tenemos ediciones católicas esmeradas del texto griego (y latino) de Fr. Brandscheid y del P. Michael Hetzenauer, O. M. C. Las cómodas y excelentes ediciones de E. Nestle, *Novum Testamentum graece* y *Novum Testamentum graece et latine* (la latina es reproducción exacta de la *Vulgata* clementina) han sido aventajadas por las óptimas ediciones de H. J. Vogels, *Novum Testamentum graece* ([2]Düsseldorf 1922) y *Novum Testamentum graece et latine* (ib. 1922, dos tomos) [1].

El Evangelio de san Mateo

5. **San Mateo.** La epístola de san Bernabé (año 96-98), san Ignacio († hacia el año 107), Policarpo († 155) y la *Didake* (escrita hacia el año 100) citan el primer Evangelio (la versión griega) como libro canónico e *inspirado,* y numerosas alusiones de los herejes del siglo II dan a entender que su uso era general en la Iglesia. Esta, apoyada en la tradición unánime de la antigüedad cristiana, reconoce por autor del primer Evangelio al Apóstol san Mateo. Era éste un publicano de Cafarnaum, es decir, recaudador de tributos, quizá arrendatario; poco antes del Sermón de la Montaña fué de súbito llamado del banco de la oficina romana del mar de Tiberíades al séquito del Salvador [2]. Su nombre era Leví; pero después del llamamiento le conocemos por el de Mateo, que quiere decir «donado». Su padre se llamaba Alfeo [3]; mas no era éste el padre de Santiago el Menor y de los demás «hermanos de Jesús» [4]. Posible es que Mateo fuera, ya antes del llamamiento de Jesucristo, discípulo de Juan el Bautista [5], cuyas exhortaciones a la penitencia nos ha conservado en pocas y salientes frases [6]. Apóstol de Jesucristo, escuchó los discursos del Maestro, presenció los hechos y milagros de Jesús y fué testigo de su Muerte, Resurrección y Ascensión a los cielos, y de la venida del Espíritu Santo. Debió de abandonar Palestina al derramarse los apóstoles el año 42 por todo el mundo. Nada más sabemos con certeza de su vida. Venéranse sus restos mortales en la catedral de Palermo (Italia), adonde, según la leyenda, fueron traídos de Etiopía. Su fiesta se celebra el día 21 de septiembre.

6. **Autenticidad del Evangelio de san Mateo.** ¿Pertenece realmente el Evangelio a la persona a quien lo atribuye la Iglesia? Con otras palabras: ¿es auténtico este Evangelio? Para formar juicio acerca de esta cuestión, debemos ante todo examinar el testimonio de los santos Padres, los cuales «estaban mucho más cerca de la época en que se compuso el Nuevo Testamento y mucho más familiarizados con las costumbres de aquella época que nosotros con todos los medios auxiliares de que disponemos» (Schanz). Después de examinar atentamente los testimonios externos, pasaremos al estudio de los criterios internos.

---

[1] Hasta el presente existen unas 1000 ediciones griegas del Nuevo Testamento. La mejor historia del texto, compuesta en el campo católico, es la de Jacquier, *Le Texte du Nouveau Testament* (Paris, Lacoffre). Un breve resumen de J. Sickenberger puede verse en el primer tomo de la *Bonner Bibel* ([2]1921), y en su *Kurzgefasste Einl. in das NT* 3-4 (Friburgo 1925).

[2] *Matth.* 9, 9, sin duda idéntico a *Marc.* 2, 14 y a *Luc.* 5, 27.

[3] *Marc.* 2, 14. [4] *Matth.* 10, 3. *Marc.* 18. *Luc.* 6, 15.

[5] *Matth.* 21, 32. [6] *Matth.* 3, 7-12.

El método que prescinde de los testimonios eclesiásticos tradicionales y sólo toma en consideración criterios internos, es inadecuado en la cuestión puramente histórica del origen de los Evangelios, y debe calificarse de no crítico. Una rápida ojeada a la literatura relativa a este asunto nos pondrá de manifiesto la arbitrariedad con que se manejan los criterios internos.

Entre los *testimonios externos* corresponde el primer lugar al de *Papías*, obispo de Hierápolis (Frigia), el cual, por los años de 138 d. Cr. publicó una obra titulada «Explicaciones sobre los Oráculos *(Logia)* del Señor». En frase de Ireneo [1], Papías había sido «oyente de Juan, compañero de Policarpo, un hombre antiguo»; pudo, pues, estar bien enterado. Este Juan es sin duda alguna el Apóstol san Juan. Cierto es que Eusebio († 339), en su *Historia Eclesiástica* [2], afirma haber existido en Asia Menor dos discípulos del Señor con el nombre de Juan: uno el Apóstol, y otro un «presbítero»; los críticos modernos se han fijado en esta afirmación de Eusebio para sostener que Papías invoca la autoridad de un «presbítero» llamado Juan, y no la del Apóstol. Pero a Eusebio le indujo a error la doble mención que Papías [3] hace del nombre de Juan en el prólogo de su obra; por otra parte, el obispo de Cesarea en su *Crónica* [4] designa a Papías como oyente del teólogo y *Apóstol* Juan. A este propósito observa el sabio protestante Teodoro Zahn [5]: «El presbítero Juan es un aborto de la necesidad crítica y de la interpretación defectuosa de Eusebio». Y acertadamente dice otro investigador protestante [6]: «La tradición conoce a *un* solo Juan en Asia Menor. Al segundo se le puede enterrar sin temor junto al primero en la tumba (de Efeso), pues es un *doble* del primero». El *presbítero* Juan es, por consiguiente, el *Apóstol* del mismo nombre [7]. Del Apóstol Juan, el testigo más seguro y digno de crédito, oyó Papías lo que nos cuenta del origen de los Evangelios. Oigamos lo que dice del primero: «Mateo escribió en lengua hebrea los *Logia del Señor*, y cada cual lo interpretaba como podía» (de palabra a las comunidades de habla griega o mixta). Con estas palabras quiere decir Papías: Ahora (hacia el 138) usamos un Evangelio *griego* de san Mateo; pero este apóstol, el antiguo peajero judío, no lo escribió en griego, sino en hebreo (arameo), y tiempo hubo en que todo el que como misionero o predicador se veía precisado a servirse de su Evangelio, tenía que traducirlo como podía. Papías, pues, apoyado en la tradición apostólica, da testimonio de haber san Mateo escrito un Evangelio hebreo, que circulaba en su tiempo auténticamente vertido al griego. Pero se objetará que Papías no dice «Evangelio», sino «Logia», que significa propiamente «sentencias», «discursos», «palabras»; y que, por tanto, según Papías, Mateo escribió en hebreo una colección de *discursos* del Señor. A esto contestamos que Papías entiende sin duda por «Logia del Señor» no una colección de dichos, sino el Evangelio o la historia de Jesús. No le era desconocido el sentido lato de esta palabra; pero dió a su obra el título de «Explicaciones sobre los Oráculos *(Logia)* del Señor», la cual comprendía,

---

1 *Adv. haer.* 5, 33, 4.

2 3, 39.

3 El pasaje, defectuoso ciertamente en cuanto al estilo, pero bien interpretado hasta Eusebio por todos los conocedores de la obra de Papías, dice así: «Dondequiera que salía alguien que hubiese tratado con los antiguos, preguntábale con curiosidad por los dichos de los antiguos: qué solían decir, Andrés, Pedro, Felipe, Tomás, Santiago, Juan, Mateo, y los demás discípulos del Señor; qué predicaban Aristión y Juan el Anciano, discípulos del Señor» *(Eus. Hist. eccl.* 3, 40). Pudo Papías, cuando andaba en busca de informaciones, recoger dichos de Juan por medio de otras personas anteriores a su tiempo; pero también pudo haber recogido sentencias pronunciadas en sus días por el Apóstol (cfr. también Schäfer-Meinertz, *Einl.*[3] (1921) 276 ss.

4 *Chron. ad a. Abr.* 2122.

5 *Realenzykl. für protest. Theologie* IX[3] 284.

6 Feine, *Einleitung in das NT* (Leipzig 1913) 185.

7 Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur* I[2] (Friburgo 1913) 446 ss. Zahn, *Einleitung* II[3] 209 s. y 221, nota 13. *Monatsblätter für den Kathol. Religionsunterricht* 1911, 71 ss. *BZ* XI (1913) 280 s. Chapman, *John the Presbyter* (Oxford 1911).

a juzgar por los fragmentos que nos han quedado, no sólo los discursos, sino también los hechos del Señor. También Eusebio, que tuvo a la vista la obra *íntegra* de Papías — llegada a nosotros fragmentariamente —, entiende por «Logia» el primer Evangelio, cuando escribe: «De los discípulos inmediatos de Jesucristo, sólo dos nos han dejado monumentos escritos, Mateo y Juan»; «Mateo, que primero anunció el Evangelio a los hebreos, cuando concibió la idea de predicar a otros pueblos, compuso en la lengua materna el Evangelio que lleva su nombre» [1]. El haber Papías escogido la palabra *Logia* para designar el Evangelio de san Mateo, fué sin duda porque le pareció muy apropiada; pues dicho Evangelio contiene cinco grupos de discursos: Sermón de la Montaña (5, 1, 7, 27), Misión de los apóstoles (10, 5-42), Parábolas (13, 1-52), Discurso pastoral a los apóstoles (18, 1-35), Discursos acerca del Juicio (23, 1-25, 46); cuanto a los hechos, parece consignarlos el primer Evangelio sólo por la relación que guardan con los discursos; compárese por ejemplo, 9, 1-8 con los lugares paralelos de Marcos y Lucas. Y tanto más pudo Papías servirse de la palabra *Logia,* cuanto que los *Setenta,* el Nuevo Testamento [2], Filón, Fl. Josefo y muchos santos Padres designaron con dicha palabra el conjunto de toda la Revelación, los dichos y los hechos. *No hay, pues, duda que el testimonio de Papías se refiere al Evangelio canónico de san Mateo.* Ni se debilita el argumento diciendo que, en sentir de Eusebio, Papías era un hombre «de cortos alcances». Porque Eusebio emitió dicho juicio acerca de Papías por haber éste entendido al pie de la letra las expresiones simbólicas de la Sagrada Escritura y caído en el milenarismo. Mas no quería Eusebio decir que el obispo de Hierápolis fuese incapaz de reproducir con exactitud una noticia tan sencilla, de la cual fueron testigos san Juan y los discípulos de los apóstoles. La misma crítica vuelve poco a poco sobre sus pasos, después de haber divagado por toda clase de errores. Y así escribe Jülicher [3]: «Es hipótesis exorbitante que estos Oráculos del Señor, traducidos por cualquiera en tiempo de Papías e introducidos en el mundo griego, hubiesen desaparecido tan por completo, que ninguno de los posteriores, como Ireneo y Clemente, nada supieran de ellos, ni siquiera de oídas, y todos vieran en el testimonio de Papías una alusión al actual Evangelio de san Mateo, que, como el de Marcos, comprende dichos y hechos del Salvador». Es, pues, una suposición monstruosa pensar que Papías hubiese designado con sus «Logia del Señor» una colección de discursos de Jesús.

El valioso *testimonio* de Papías acerca de la autenticidad del Evangelio de san Mateo queda corroborado por el *de Ireneo,* el cual recibió en su juventud enseñanza de san Policarpo, discípulo del apóstol san Juan, y conocía a varios ancianos «que se encontraban en Asia con Juan, el discípulo del Señor» [4]. He aquí las palabras de Ireneo: «Mateo escribió un Evangelio para los hebreos en la lengua de éstos (después de haberlo anunciado verbalmente entre los hebreos de Palestina) [5], mientras Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaban la Iglesia» [6]. También dan testimonio del Evangelio de san Mateo Clemente de Alejandría [7], Orígenes [8] y Tertuliano [9], cuyos informes, más amplios que los de Papías, no pueden dimanar exclusivamente de esta fuente. Así, por ejemplo. Orígenes hace resaltar expresamente que san Mateo fué el primero que escribió el Evangelio.

Criterios *internos* de peso vienen a corroborar los testimonios externos. Al autor del primer Evangelio le son familiares los Libros Sagrados del Antiguo Testamento, las instituciones y costumbres judías y la topografía de Tierra

---

[1] *Hist. eccl.* 3, 24, 6.
[2] *Act.* 7, 38. *Rom.* 3, 2; 9, 4. *Haebr.* 5, 12.
[3] *Realenzykl. für protest. Theologie* XXII[3] 430.
[4] *Adv. haer.* 2, 22, 5. Acerca del testimonio de Ireneo cfr. Hoh, *Die Lehre des hl. Irenäus über das NT* (Münster 1919).
[5] Eus., *Hist. eccl.* 5, 8, 2; 3, 24, 6. [6] *Ad. haer.* 3, 1, 1.
[7] *Strom.* 1, 21. [8] En Eus., *Hist. eccl.* 6, 25. [9] *De carne Christi* 22.

Santa; de donde se desprende ser él *judío y palestinense* de origen. Hay también otra razón que abona nuestra tesis. Ya los santos Padres observaron que los evangelistas, llevados de la modestia, ocultaban todo lo que cedía en propia alabanza, consignando en cambio todo cuanto podía redundar en humillación. Ahora bien, el primer Evangelio habla sólo de pasada del banquete que Mateo, lleno de alegría, ofreció al Señor luego de su llamamiento; en cambio nos ha conservado una palabra del Salvador, la cual debió de imprimirse profundamente en el corazón del publicano recién llamado al Colegio Apostólico: «Id y aprended lo que significa: más estimo la misericordia que el sacrificio» [1]. Todavía es de más peso para nuestra tesis otra circunstancia: en la lista de los apóstoles, el *primer* Evangelio [2] añade al nombre de Mateo un apodo, «el publicano»; este recuerdo humillante de la vida pasada es señal de ser el propio san Mateo el autor del libro; porque sólo *él* podía y quería decir lo que los demás callaban por delicadeza.

7. Epoca y lugar de la composición. Todos cuantos, apoyados en la unánime tradición eclesiástica antigua y en criterios internos, reconocen la autenticidad del Evangelio de san Mateo, admiten también con la antigüedad cristiana (Fragmento de Muratori, Clemente de Alejandría, Orígenes, prólogo de la *Vetus Itala),* que Mateo fué *el primero* en escribir el Evangelio, y que lo hizo antes de la destrucción de Jerusalén, o sea, antes del año 70. Los criterios internos vienen a confirmar esta tesis: en el discurso escatológico del Señor (capítulo 24), los vaticinios que se refieren a la destrucción de Jerusalén, a la espantosa desolación del Templo y a la reprobación del pueblo judío, se hallan tan íntimamente enlazados con otros relativos al fin del mundo y al Juicio Final, que claramente se advierte *no* haberlos todavía presenciado el autor; de otra suerte habría sabido separar lo cumplido y por él experimentado, de lo que aun estaba por venir. Basta leer el capítulo citado para convencerse de que, después del año 70, ningún palestinense pudo escribir de esta manera.

Los sabios católicos sostienen unánimes haberse escrito el primer Evangelio antes del año 70; mas no están acordes las opiniones en lo tocante a la fecha *precisa* en que fué compuesto. Los críticos oscilan entre el 42 y el 67, según la interpretación que se dé a las noticias de Ireneo y Eusebio. Ireneo [3] dice que san Mateo escribió su libro «cuando Pedro y Pablo anunciaban en Roma el Evangelio y fundaban la Iglesia»; Eusebio [4], en cambio, que «cuando se disponía a ir a otros». Los que siguen a Eusebio, optan por el año 42; así Kaulen, Cornely, Belser; pero los que prefieren la autoridad de Ireneo, se fijan en el sexto decenio. Obra en favor de la primera fecha el hecho de haber el *tercer* evangelista, san Lucas, escrito el año 63 los *Hechos,* continuación del tercer Evangelio (cfr. págs. 22 y 27).

Créese haber sido escrito el Evangelio de san Mateo en Palestina, como lo indica Eusebio [5]. Ello supuesto, queda esclarecido el pasaje de *Matth.* 27, 8: «El campo (comprado con el dinero de Judas) se llamó Haceldama hasta el día de hoy», y aquel otro (28, 15): «Este rumor (del soborno de los guardias del sepulcro) ha corrido hasta el día de hoy».

La crítica racionalista y la cuestión de la autenticidad y época del primer Evangelio. No por testimonios históricos de la tradición antigua, sino exclusivamente por razones de índole subjetiva, combate la crítica racionalista la autenticidad del Evangelio de san Mateo y rechaza el año 70 como fecha de la composición. Las investigaciones están dominadas por un *prejuicio* adquirido, no por vía histórica, sino racionalista, a saber: que el Cristianismo es producto de la evolución puramente natural. Al principio de la evolución existía una religión interior, sin dogmas de ninguna clase; según las leyes del evolucionismo natural,

---

[1] *Matth.* 9, 13.
[2] *Matth.* 10, 2 s. cfr. con *Marc.* 3, 16.; *Luc.* 6, 14 s.; *Act.* 1, 13.
[3] *Adv. haer.* 3, 1. [4] *Hist. eccl.* 3, 24. [5] Ibid.

cuanto más se destacan en cualquiera fuente elementos sobrenaturales, dogmas fijos y doctrinas católicas, tanto más reciente es el origen de ella. Ahora bien, el primer Evangelio es realmente un Evangelio católico. Porque, como dice Pfleiderer [1], «dogma, moral, constitución de la futura Iglesia Católica, de todo esto se hallan los fundamentos en este Evangelio. Católica es la fórmula trinitaria del Bautismo, germen de la doctrina de la fe y del Símbolo de los Apóstoles; católica es la cristología... católica la soterología... católica la moral... católica, en fin, la importancia dada a san Pedro, fundamento de la *Iglesia* universal y clavario del reino de Cristo». Por todo ello, concluye el mismo crítico, «no se puede atribuir al libro fecha anterior a Adriano», sino relegarlo al cuarto decenio del siglo II, antes que al tercero [2].

Partiendo de los mismos principios, otro crítico, Jülicher [3], profesor de Marburg, se decide resueltamente por «la época inmediata anterior al año 100», como la más probable. He aquí sus palabras: «Si por razón de los testimonios externos no es posible pasar más acá de los comienzos del siglo II, por otra parte difícilmente podemos atribuirle mayor antigüedad: la época inmediata anterior al año 100 es la más probable para nuestro Evangelio». Ahora bien, puesto que los testimonios *externos* exigen fecha *anterior* al 70, ¿por qué razón cree Jülicher no «poder optar por una fecha más antigua» que el año 100? La respuesta la hallamos en estas palabras: «En mi sentir (!) la solución está en el criterio religioso de Mateo. Tan respetuoso como se muestra con la tradición, se mantiene sin embargo alejado del espíritu de ella; ha escrito un Evangelio católico; su tendencia auténticamente católica le ha granjeado el primer puesto entre los evangelistas... Para Mateo existe ya la comunidad, la Iglesia, como última instancia disciplinar, como administradora de todos los bienes celestiales de la Redención; consta ya quién gobierna en ella y quién puede legislar; en los rasgos fundamentales el viejo Catolicismo está ya formado».

El profesor Harnack declaraba en 1897 que, de no hacerse mención de la ruina de Jerusalén en la parábola del banquete nupcial [4], llegaría él a convencerse de haber sido escrito el libro de Mateo antes del 70. Porque si admitimos que se escribió antes del 70, dicho pasaje encierra una profecía, que Harnack rechaza de plano. Contentóse, pues, Harnack con «quedar lo más cerca posible del 70, decidido por el tenor del libro» [5]. Recientemente admite, sin abdicar por ello de sus principios racionalistas, que «no se puede excluir con certeza que se redactara *con anterioridad* a la catástrofe (de Jerusalén)». Y aun más: «que 27, 8 y otros pasajes hablan en pro de la redacción *anterior* a la catástrofe» [6].

Si se comparan los resultados y los argumentos de estos tres representantes del racionalismo, se ve cuán poco libre de prejuicios procede la crítica y cuánto influye en el juicio histórico la falsa hipótesis filosófica que da por imposible lo sobrenatural.

Estamos de acuerdo con aquellos críticos que dicen ser el Evangelio de san Mateo un Evangelio *católico* en toda regla; no por eso concedemos que fuera escrito después del 70; sino, siguiendo la *antigua tradición eclesiástica*, y ateniéndonos al «tenor del libro», opinamos haber sido éste redactado un decenio antes del 70, por lo menos, y tener por autor al Apóstol san Mateo.

8. Lectores y finalidad del Evangelio. El carácter literario del libro corrobora el testimonio de la tradición cristiana [7], que dice haber compuesto

---

1 *Das Urchristentum, seine Schriften und Lehren* (Berlin 1887) 541 s.
2 Cfr. ibid. 542. 3 *Einleitung in das NT*[6] (Tubinga 1906) 265.
4 22, 7: «El rey montó en cólera y, enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó la ciudad».
5 *Die Chronologie der christlichen Literatur bis Eusebius* I (Leipzig 1897) 624.
6 *Neue Untersuchungen zur Apostelgeschichte* (Leipzig 1911) 94 s ; Dieckmann, *Rückläufige Bewegung zur Tradition*, en *ThG* 1924, 501.
7 San Ireneo, *Adv. haer.* 3, 2, 3. Orig. en Eus., *Hist. eccl.* 6, 25, 3 e *In Ioann.* 6, 17.

san Mateo el Evangelio para los judío-cristianos de Palestina (acaso en primer lugar para los galileos). Porque este Evangelio presupone en los lectores conocimiento preciso de la geografía y topografía [1] de Tierra Santa y de las usanzas y costumbres judías (fiestas [2], ayunos [3], purificaciones [4], filacterias, orlas del vestido) [5], y familiaridad con los sucesos de la vida cotidiana (bodas [6], pompas fúnebres [7], etc.). Sólo en este Evangelio se llama a Jerusalén «Ciudad Santa» [8]. La expresión «reino de los cielos», corriente entre los judíos, no se sustituye, como en san Marcos y san Lucas, por la de «reino de Dios», mucho más comprensible para los griegos y los romanos. Cuarenta y cinco veces cita del Antiguo Testamento y demuestra con textos sacados de él la mesianidad de Jesús.

La *finalidad* del Evangelista no es sólo histórica, sino también catequística, apologética y polémica, puesto que se trataba de demostrar de manera incontestable que Jesús de Nazaret, desechado por su pueblo y muerto en una cruz, era el Mesías prometido a los judíos y, por tanto, el fundador del reino mesiánico; sólo que éste no era un reino político y mundano, como esperaban los judíos, sino espiritual, un reino que no procede del orden de cosas existente, sino que aparece en el teatro del mundo [9] como cosa nueva, proporciona bienes sobrenaturales y conduce a un fin sobrenatural, por lo que es realmente un «reino del cielo». Los jefes del pueblo y la mayoría de los judíos no se avenían a ello; mas no se han de malograr los planes de Dios por la incredulidad e incomprensión judía, antes bien deben plenamente cumplirse [10]. Y aun con no ser meramente histórico el objeto del Evangelio, no por eso podía el autor dejar de referir los hechos con toda *fidelidad histórica,* como hubiera de tener alguna eficacia su plan apologético y polémico, sobre todo siendo tan aceradas sus palabras contra los judíos incrédulos.

El fin que el autor se propuso explica la *elección, el orden y la disposición del asunto.* Aludiendo continuamente a las profecías y a las figuras de la Antigua Alianza, nos relata principalmente los discursos y milagros que mejor manifiestan el carácter mesiánico de Jesucristo. Mateo comienza su Evangelio con la genealogía y la infancia de Jesús, para presentárnosle en seguida como «Hijo de David», pues como tal estaba anunciado [11] y era esperado el Mesías; acaso también para justificar el hecho de haber nacido Jesús sin padre (1, 18-25). Al fin del libro (28, 11-15) rechaza la calumnia judía de haber los discípulos robado el cuerpo de Jesús. El remate torna al principio de donde comenzó, pues cuando el Evangelista pone en boca de Jesucristo aquellas palabras: «A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra», ¿qué otra cosa quiere decirnos sino haberse cumplido brillantemente la profecía prenunciada al Niño Jesús en el primer capítulo: «Le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido quiere decir Dios con nosotros?» En cuanto a los dos primeros capítulos, el íntimo enlace que guardan con los demás del libro [12], la identidad del lenguaje y la uniformidad de estilo narrativo no permiten que se los separe del resto, medio muy expedito que inventaron los ebionitas y el gnóstico Taciano y siguen los críticos modernos para desentenderse del nacimiento sobrenatural de Jesucristo [13]. El Evangelista se aparta frecuentemente del orden cronológico, por dar mayor vigor a la demostración; las partículas y frases adverbiales como «y»,

---

1 Por ejemplo, 2, 16 y 18; 8, 28 cfr. con *Luc.* 8, 26.
2 Por ejemplo, 26, 2; 27, 62. 3 Por ejemplo, 9, 14.
4 Por ejemplo, 15, 1 s. cfr. con *Marc.* 7, 1-5.
5 23, 5 (véase tomo I, núm 337).
6 9, 15; 25, 1. 7 9, 23. 8 *Matth.*, 4, 5; 27, 53.
9 Por ejemplo, *Matth.* 13, 38 41. 10 *Matth.* 21, 42 = *Ps* 117, 22.
11 *Is.* 8, 5 s. II *Reg.* 7, 12; cfr. *Matth.* 22, 42.
12 Cfr., por ejemplo, 3, 1 y 4, 13 con 2, 23.
13 Véase Marsenger. *Apologetisches zur Kindheitsgeschichte Jesu,* en *ThpQS* 1915, 55. Soiron, *Jesus und Maria im Markusevangelium,* en *ThG* 1922, 327 ss. demuestra que tampoco de *Marc.* 3, 20 s. y 31 se puede sacar argumento contra Mateo (y Lucas) en lo tocante a las historias de la infancia de Jesús.

«después», «en aquellos días» no siempre tienen valor cronológico. «Las grandes fases de la vida y obra de Jesús se desarrollaron en el orden histórico en que nos las ofrece el Apóstol: presentación del Evangelio, repulsa del mismo, divorcio entre discípulos y pueblo; en vista de ello, Jesús instituye interna y exteriormente su Iglesia independiente; por fin y remate viene la batalla decisiva» [1]. Pero dentro de estas fases, la exposición está ordenada desde un punto de vista *objetivo* y conforme a una finalidad didáctica. Así el Evangelista nos presenta a Jesús en los capítulos 5-7 (Sermón de la Montaña) como el gran maestro mesiánico, en los capítulos 8 y 9 (milagros) como el gran taumaturgo mesiánico, en el discurso pastoral del capítulo 10 como el fundador del reino mesiánico. En los capítulos 11 y 12 nos refiere las grandes discusiones de Jesús con los judíos; en el 13 nos declara por medio de una serie de parábolas el origen y la naturaleza, valor y dignidad, crecimiento y perfección definitiva del reino mesiánico. Los capítulos 14-18 dan cuenta del resultado del ministerio de Jesucristo en Galilea: los fariseos siguen insensibles a la voz de Jesús y aun animosos contra él; el pueblo, indeciso y voluble; los discípulos llegan a la cumbre de la fe en la confesión de Pedro (16, 16), mas las repetidas profecías de la Pasión ponen a prueba su constancia. Los capítulos 19-25 cuentan el viaje a Jerusalén para la Pasión, las luchas y sucesos que a ésta precedieron; el capítulo 23, las conminaciones a los fariseos; los capítulos 24 y 25, los discursos del Señor acerca de su segunda venida y el fin del mundo; los capítulos 26-28, la Pasión, Muerte y Resurrección. Nunca es san Mateo difuso en la narración. No acaba las escenas como san Marcos; no pinta caracteres como san Juan. Antes bien, una gran idea teológica determina y preside toda la exposición de su Evangelio.

9a. **Lengua original y versión del Evangelio de san Mateo.** La cuestión del objeto y finalidad del Evangelio de san Mateo nos lleva como por la mano a la de la lengua en que el original se escribió. Siguiendo la unánime tradición eclesiástica [2] que comienza en Papías y se apoya en el Apóstol san Juan, admitióse indiscutiblemente hasta Erasmo haber sido el *hebreo* la lengua en que se compuso el primer Evangelio. Mas no es de creer que fuese el antiguo hebreo en que se escribieron los libros del Antiguo Testamento, sino el arameo que hablaban el Salvador, los apóstoles y sus compatriotas. Porque indudablemente san Mateo escribió para ser leído y entendido. Mas el hebreo antiguo estaba tan olvidado, que en las lecciones era menester traducir los Libros Sagrados al arameo. Y como al marcharse de Palestina quisiera san Mateo ofrecer a sus oyentes un recuerdo de las predicaciones orales, difícilmente pudo escoger otra lengua sino aquélla en que les predicó: el arameo. Demás de esto, hay algunas palabras de este Evangelio [3] que revelan haber sido el dialecto arameo la lengua original. Desde Erasmo han puesto algunos sabios en tela de juicio la redacción «hebrea» del primer Evangelio, afirmando no ser nuestro Evangelio una versión, sino haber sido compuesto originariamente en griego. Mas las razones que de ello se aducen, como, por ejemplo, la gran difusión del griego por aquella época, la frase relativamente castiza del primer Evangelio, los ingeniosos juegos de palabras griegas [4] y otras particularidades lingüísticas, no son de tanto peso que desvirtúen los testimonios de la antigüedad cristiana. Todas estas particularidades lingüísticas se explican suficientemente por la gran habilidad y pericia del traductor, cuyo trabajo resultó sin duda más fácil por el largo tiempo que venía anunciándose el Evangelio en griego, y porque pudo utilizar y seguramente utilizó el Evangelio de san Marcos.

Ignoramos quién fuese el traductor. Mas no sería aventurado suponer que ya

---

[1] Cladder en *StL* 86 (1913-14) 390.

[2] Entre los investigadores protestantes modernos están decididamente por la tradición de una manera especial Dalman y Th. Zahn (*Einl.* II³ 304 ss.), hasta por criterios *internos*.

[3] Por ejemplo, 5, 22: Raca; 27, 6: Corbonas.

[4] Por ejemplo, 6, 16; 21, 41; 24, 30.

antes de la destrucción de Jerusalén se hubiese manifestado entre los judío-cristianos de la *Diáspora* el deseo de poseer una versión griega auténtica del Evangelio, y que este deseo se hubiese realizado en época de los PP. Apologistas. Papías (por los años de 138 d. Cr.), como antes se ha dicho (núm. 6), no dice que en su tiempo fuese aún necesaria la interpretación, sino supone el uso del Evangelio *griego;* y los Padres más antiguos (núm. 5) citan en sus escritos el Evangelio griego que hoy tenemos y le atribuyen autoridad divina, como a los demás Evangelios. El original hebreo no tenía importancia mayor para la Iglesia, una vez destruída Jerusalén y desaparecidas las comunidades judío-cristianas; en la versión tenía la Iglesia el Evangelio en forma más adecuada a sus necesidades. En adelante no se copió ya más el texto hebreo; lo cual explica la pérdida del mismo [1].

9 b. **Decreto de la Comisión Bíblica acerca del Evangelio de san Mateo.** El día 19 de junio de 1911 firmó el Papa Pío X un decreto de la Comisión Bíblica acerca del autor, la época y la credibilidad del Evangelio de san Mateo; el decreto salió a la publicidad en *Acta Apostolicae Sedis* el 26 de junio del mismo año.

Dice así:

I. Atendiendo al consentimiento universal y constante de la Iglesia desde los primeros siglos, consentimiento claramente manifestado por los elocuentes testimonios de los Padres, por las inscripciones de los códices de los Evangelios, por las versiones más antiguas de los Sagrados Libros, por los catálogos de los santos Padres, escritores eclesiásticos, Sumos Pontífices y Concilios, ¿puede y debe afirmarse con certeza que san Mateo, Apóstol de Cristo, sea en realidad el autor del Evangelio que corre con su nombre? *Resp.:* Afirmativamente.

II. ¿Puede considerarse suficientemente apoyada en el sufragio de la tradición la opinión que sostiene haber san Mateo precedido a los demás evangelistas y compuesto el primer Evangelio en la lengua patria entonces usada por los judíos palestinenses a quienes lo destinaba? *Resp.:* Afirmativamente.

III. ¿Puede la redacción de este texto original fijarse en época posterior a la destrucción de Jerusalén, de suerte que los vaticinios referentes a dicha destrucción hayan sido escritos después del acontecimiento? o ¿debe considerarse de tanto peso el testimonio de Ireneo (*Adv. Haer.* 3, 1, 2), de interpretación incierta y controvertida, que obligue a rechazar la sentencia, más conforme con la tradición, de los que juzgan haberse compuesto el Evangelio antes de la venida de Pablo a Roma? *Resp.:* Negativamente a ambas partes.

IV. ¿Puede sostenerse, al menos con probabilidad, la opinión de algunos modernos que afirman no haber compuesto san Mateo, propia y estrictamente hablando, el Evangelio tal como nos ha sido trasmitido, sino sólo una colección de dichos o palabras de Cristo, de que se sirvió como de fuente algún autor anónimo, a quien hacen redactor del Evangelio? *Resp.:* Negativamente.

V. Del hecho de haber los Padres y todos los escritores eclesiásticos y hasta la misma Iglesia desde sus principios usado como canónico únicamente el texto griego del Evangelio conocido bajo el nombre de Mateo, sin exceptuar siquiera los que expresamente nos han transmitido que Mateo apóstol escribió en su lengua patria, ¿puede probarse ciertamente que el mismo Evangelio griego sea idéntico en cuanto a la sustancia (*quoad substantiam*) al Evangelio escrito en lengua patria por el mismo apóstol? *Resp.:* Afirmativamente.

VI. De la intención dogmática y apologética del autor del primer Evangelio, conviene saber: demostrar a los judíos que Jesús es el Mesías predicho por los profetas y descendiente de la estirpe de David, y de la falta de orden cronológico al exponer los hechos y dichos que cuenta y refiere, ¿es lícito inferir que los hechos y dichos no deben considerarse como verdaderos (históricos)? o ¿puede afirmarse que, bajo el influjo de las profecías del Antiguo Testamento, las narraciones de los hechos y dichos de Cristo que se leen en el mismo Evangelio, hayan experimentado alteración o se hayan avenido a un estado más

---

[1] *Comentarios* modernos al Evangelio de san Mateo: Pölzl-Innitzer (1903); Gutjahr (1902; popular); Knabenbauer ([2] 1903); Van Steenkiste (cuatro vols., Brujas [4] 1903); Lagrange (París 1923); Durand (París 1924); J. Mader, *Die heiligen vier Evangelien und die Apostelgeschichte* (Einsiedeln 1911); P. Dausch, *Die drei älteren Evangelien* [2] (Bonn 1921) (*Bonner Bibel);* Cladder, *Als die Zeit erfüllt war. Das Evangelium des hl. Matthäus dargelegt*, [2 y 3] preparada por H. Dieckmann (Friburgo 1922). Grandmaison, *Jesucristo, su persona, su mensaje, sus pruebas* (Barcelona 1932); Lagrange, *El Evangelio de N. S. Jesucristo* (Barcelona 1932).

desarrollado de la Iglesia y que, por tanto, no sean conformes a la verdad? *Resp.*: Negativamente a entrambas partes.

VII. ¿Deben considerarse como destituídas de todo fundamento sólido las opiniones de los que ponen en duda la autenticidad histórica de los dos primeros capítulos, en los que se cuenta la genealogía e infancia de Cristo, lo mismo que la de algunas sentencias de gran importancia dogmática, como son las que se refieren al primado de Pedro (*Matth.* 16, 17-19), a la forma de bautizar y a la misión universal de predicar dada a los apóstoles (*Matth.* 28, 19-20), a la profesión de fe de los apóstoles en la divinidad de Cristo (*Matth.* 14, 33) y a otras cosas semejantes que hallamos anunciadas sólo en Mateo? *Resp.*: Afirmativamente.

Evangelio de san Marcos

10. San Marcos. Este evangelista nos es conocido por varios libros del Nuevo Testamento y de la literatura cristiana antigua. Era judío de origen [1], y su nombre hebreo, Juan [2]. Llamábase su madre María, en cuya casa de Jerusalén solía reunirse la comunidad cristiana; allí se encaminó san Pedro al ser librado de la cárcel [3]. Bien pudiera ser Marcos aquel joven de quien se lee en su Evangelio: «Un joven le seguía (al Salvador preso) envuelto en una sábana sobre sus carnes, y le cogieron; mas él, soltando la sábana, desnudo se escapó de ellos» [4]. Este episodio insignificante — comparable al «monograma de un pintor en el ángulo del cuadro» (Holtzmann) — es el único rasgo histórico de la Pasión que el segundo Evangelio no comparte con los otros dos Sinópticos; lo cual justifica la hipótesis de haberle ocurrido este suceso al propio autor del segundo Evangelio. No perjudica a esta hipótesis el testimonio de Papías, según el cual san Marcos no fué discípulo del Señor, es decir, como luego veremos, testigo ocular y oyente de los hechos que narra. Porque si Marcos era aquel mancebo de la sábana, es muy probable que fuera también amo de la casa donde el Salvador celebró la Ultima Cena, y que dicha casa, que la tradición sitúa en el monte Sión y ha llamado «madre de todas las iglesias», fuera la misma casa de María, madre de Marcos, donde según *Act.* 12, 12 ss. solía reunirse la comunidad cristiana de Jerusalén.

Parece ser que san Pedro instruyó y bautizó a Marcos, a quien llama «hijo» suyo [5]. Los Padres le señalan como discípulo, compañero e «intérprete» de san Pedro, no sólo porque escribió el Evangelio al tenor de la predicación del primer apóstol [6], sino porque durante largo tiempo iba traduciendo oralmente en Roma lo que san Pedro enseñaba en arameo [7]. Y como, según común tradición, san Pedro vino a Roma en tiempo del emperador Claudio, y entonces más que nunca necesitaba de intérprete, debemos fijar la primera venida de san Marcos a Roma en el año 42. Retrasar a los años 63-64 la actividad de Marcos como intérprete de Pedro, está fuera de razón. Acertadamente observa Belser [8]: «San Pedro predicó en Roma por los años 63 y 64, pero en griego; no hace falta buscar testimonio de que para esta fecha el Príncipe de los apóstoles poseyera el griego; tenemos la prueba en sus Epístolas. No tenía san Pedro necesidad de intérprete para su apostolado por los años 63 y 64». A la vuelta de Roma, san Marcos se agregó a su primo Bernabé y a Pablo. Pues como Bernabé [9] y Pablo se dispusieran a llevar una colecta a Jerusalén, tomaron consigo a Marcos y lo llevaron de Roma a Antioquía [10]. Después le encontramos acompañando a estos dos apóstoles en el primer viaje misional que hicieron juntos [11]. Acobardado sin duda por las grandes dificultades, les abandonó en Perge de Panfilia. Por ello

---

1 II *Col.* 4, 11.

2 Cfr. *Act.* 13, 5 y 15, 39 con 12, 12 25; 15, 37. 3 *Act.* 12, 12.

4 *Marc.* 14. 51 s. Belser, *Einl.*^{2} 70. Zahn, *Die Dormitio Sanctae Virginis und das Haus des Johannes Markus* (Leipzig 1899); más sucinto en Zahn, *Einleitung* II^3 217, 7 y 248 s. 5 I *Petri.* 5, 13. 6 Zahn, *Einl.* II^3 214 y 223.

7 Papias, en Eus.; *Hist. eccl.* 3, 39, 15. S. Ireneo, *Adv. haer.* 3, 1, y Epiph., *Haer.* 15, 6. San Jerónimo, *De viris illustr.* 8.

8 *Einl.*^{2} 62 s. 9 *Col.* 4, 10. 10 *Act* 12, 25. 11 *Act.* 13, 5 13.

sin duda no quiso Pablo tomarle de compañero en el segundo viaje; entonces se embarcó para Chipre acompañando a Bernabé [1]. Parece ser que hacia el año 54 se trasladó Marcos de Chipre a Alejandría, pues, según la tradición [2], fué obispo de esta ciudad «hasta el año octavo de Nerón», fecha en que nombró por sucesor suyo a Aniano y marchó a Roma. Entre tanto san Pablo había vuelto a cobrar buena opinión de él, porque, escribiendo de su prisión de Roma a los Colosenses y a Filemón (año 63), les dirige un saludo de parte de Marcos, su colaborador; también pensaba el Apóstol de las gentes enviarle con una misión al Asia Menor [3], viaje que parece haber efectuado Marcos el año 64; por lo menos se encontraba en Asia Menor cuando san Pablo estaba preso en Roma por segunda vez, pues san Pablo da a Timoteo el encargo de traerle de allá a Roma [4]. Por fin sufrió el martirio en Alejandría [5]. La Iglesia celebra su fiesta el 25 de abril. Según la leyenda, sus reliquias fueron trasladadas de Alejandría a Venecia entre los años 813 y 820; sobre ellas se construyó en 976-1071 la célebre catedral de san Marcos.

11. El segundo Evangelio y el Príncipe de los apóstoles. Criterios externos de la autenticidad del segundo Evangelio. Atribúyese el segundo Evangelio a san Marcos, discípulo de los apóstoles; la autenticidad del mismo puede tenerse por indiscutible. Una tradición cierta e histórica lo relaciona con el Apóstol san Pedro. He aquí lo que nos dice Papías [6]: «Aquel presbítero (Juan) solía decir que Marcos, intérprete de Pedro, escribió con diligencia cuantas cosas había grabado en su memoria (de las doctrinas que Pedro predicaba en arameo y él traducía oralmente al griego); mas *no* en el *orden* en que fueron dichas o hechas por el Señor. Pues él (Marcos) no había oído al Señor, ni nunca le había seguido. Pero más tarde, como he dicho, tuvo trato con Pedro, el cual predicaba el Evangelio para aprovechamiento de los oyentes, no como quien trata de hacer la historia de los discursos del Señor. Y así, en nada faltó Marcos al escribir *sólo algunas cosas,* según la memoria se las sugería. Sólo curaba de no omitir cosa alguna de las que oyera, y de no inventar falsedad alguna». Pongámonos en la situación que al «presbítero», es decir, al Apóstol san Juan (como vimos en la pág. 10) dió motivo para pronunciar acerca de Marcos el juicio de que hace mención Papías. Sin duda la brevedad del Evangelio de Marcos en comparación con los de Mateo y Lucas, y la falta de orden cronológico, sorprendieron a los cristianos del Asia Menor, entre los cuales había predicado el Apóstol san Juan. Acaso abrigaban cierto temor de que Marcos no hubiese procedido con esmero en su empresa. El Apóstol disipa las dudas y temores declarando que el Evangelio de Marcos ciertamente es breve, y que los hechos y dichos del Señor no están descritos según el orden cronológico en que acontecieron [7]. Mas deben advertir que Marcos no fué testigo ocular ni oyente del Señor, sino discípulo de Pedro. Por esto nos dió en su Evangelio los discursos de Pedro; éste se dejaba guiar en ellos por las exigencias de la enseñanza. Marcos se esforzó en ofrecernos, no una historia acabada de Jesús, sino la integridad de lo que hacía resaltar Pedro. Tampoco se propuso Marcos escribir una vida de Jesús cronológicamente dispuesta; como tampoco Pedro nos la dió. Pero *una cosa* debe quedar sentada sin restricción: Marcos procedió con *toda diligencia* en su obra, y por este lado nada se puede reprochar al Evangelista; «no faltó». Lo que nos ofrece, es la verdad, como lo eran los discursos de Pedro.

---

1 *Act.* 15, 35 39. 2 Eus., *Hist. eccl.* 2, 16. San Jerónimo, *De viris illustr.* 8.
3 *Col.*, 4, 10. *Philem.* 24. 4 II *Tim.* 4, 11.
5 Niceph. *Callisti*, *Hist. eccl.* 2, 43. 6 En Eus. *Hist. eccl.* 3,39.
7 Precisamente el cuarto evangelista nos presenta como testigo ocular el orden histórico que se echa de menos en ciertos pasajes de san Marcos (así *Ioann.* 2, 11; 3, 24; 4,54; 12,1 ss.; 18, 13); en este supuesto queda justificada la equivalencia: Juan «el Presbítero» = autor del Evangelio de san Juan = testigo ocular = Apóstol Juan. Así Cladder en *StI* 87 (1914), 136-150.

Clemente de Alejandría [1] añade al testimonio de Papías: «Como predicase Pedro públicamente en Roma la palabra de Dios e, inspirado por el Espíritu Santo, propagase el Evangelio, muchos de los que estaban presentes rogaron a Marcos que escribiera lo que había oído predicar al Apóstol, como quiera que del largo trato con san Pedro lo sabría ya de memoria. Marcos compuso el Evangelio y lo entregó a los que se lo habían pedido. Cuando Pedro lo supo, ni se lo prohibió, ni le incitó a hacerlo, pero reconoció la exactitud de lo escrito y permitió la lectura en la Iglesia». *Ireneo* [2] por su parte dice así: «A la muerte de éstos (Pedro y Pablo), Marcos nos entregó escritas por él las predicaciones de Pedro».

Criterios internos en pro de la autenticidad del Evangelio de san Marcos. El testimonio histórico de haber Marcos reproducido substancialmente las predicaciones de Pedro, escribiéndolas en primer término para los cristianos de Roma (cristianos de la gentilidad), se ve brillantemente confirmado por la *índole interna* de nuestro segundo Evangelio. Porque por un sermón de san Pedro, pronunciado ante un público pagano, el cual nos ha sido conservado en los *Hechos de los apóstoles,* y por numerosas observaciones de los Evangelios, las cuales nos revelan el carácter del Príncipe de los apóstoles, podemos formarnos una imagen bastante fiel de *lo que* este Apóstol predicaba en Roma para arraigar la fe en la mesianidad y divinidad de Jesús, y de la manera *cómo* decía y demostraba sus proposiciones. Era en presencia del centurión Cornelio y de sus parientes y amigos, en Cesarea, donde Pedro habló de esta manera: «Verdaderamente acabé de conocer que Dios no es aceptador de personas; sino que, en cualquiera nación, el que le teme y obra bien merece su agrado. Lo cual ha hecho entender Dios a los hijos de Israel anunciándoles la paz por Jesucristo, el cual es el *Señor de todos.* Vosotros sabéis lo que ha ocurrido primero en Galilea y luego en toda Judea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y su virtud a Jesús de Nazaret, el cual ha ido haciendo beneficios por todas partes por donde ha pasado, y ha curado a todos los que estaban bajo la opresión del demonio, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el país de Judea y en Jerusalén, y de cómo le quitaron la vida colgándole en una cruz. Pero Dios le resucitó al tercer día, y dispuso que se dejase ver, no de todo el pueblo, sino de los predestinados de Dios para testigos; de nosotros, que hemos comido y bebido con él, después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo, que él es el que está constituído por Dios juez de vivos y de muertos. Del mismo testifican todos los profetas, que cualquiera que cree en él, recibe en virtud de su nombre la remisión de los pecados» [3]. Con razón se ha llamado este discurso *programa de la predicación de san Pedro a los gentiles*, y no se va descaminado admitiendo que en él están encerrados los rasgos fundamentales de los sermones que el Príncipe de los apóstoles pronunciara en Roma. Mas en el curso de sus tareas apostólicas hubo Pedro de entrar *en pormenores,* puntualizando «el bien» que Jesús había derramado y cómo se había manifestado su virtud divina. Ante aquel público gentil no podía alegar las Escrituras del Antiguo Testamento; ni eran asequibles para los paganos aquellas doctrinas que Jesús exponía al discutir con los escribas acerca de la Ley. Para convertirlos a la fe en la mesianidad y divinidad de Jesús y afianzarlos cada día más en ella, nada más apropiado que anunciarles los *milagros;* en ellos estaba la prueba de «cómo éste (Jesús) había ido haciendo el bien por todas partes donde pasaba y curando a los poseídos del demonio». Los milagros declaraban que «Dios estaba con él», y que Jesús era «Señor de todos». Además san Pedro podía y debía alegar que tanto él como los demás discípulos del Señor habían presenciado los milagros: «Nosotros

[1] En Eus., *Hist. eccl.* 6, 14, y Clem., *Hipotyp.* a I *Petri* 5, 13.
[2] *Adv. haer.* 3, 1, 1 en Eus., *Hist. eccl.* 5, 10, 2.
[3] *Act.* 10, 34-43.

somos testigos de todo cuanto ha hecho en Judea y en Jerusalén». El hecho de ser *Pedro* testigo ocular de los sucesos que relataba, debía por necesidad reflejarse en la *forma* de su predicación; el temperamento vivo y fogoso del Príncipe de los apóstoles no podía menos de imprimir un sello peculiar a todo lo que decía.

El Evangelio de san Marcos corresponde con exactitud al cuadro que racionalmente hemos trazado de la *predicación de san Pedro en Roma*. Desde las primeras palabras: «Principio del Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios», deja entrever el objeto que se propone: mostrar a *Jesús como Mesías e Hijo de Dios;* y al remate del libro todos los lectores se ven precisados a repetir con el centurión romano: «En verdad que este hombre era Hijo de Dios» [1]. Aun entre los críticos hay quienes reconocen que en el segundo Evangelio se declara a Jesús Hijo de Dios (en sentido metafórico), como en el de san Juan [2]. Pero la demostración está fundada en una serie de *milagros:* el Evangelio de san Marcos es el Evangelio de los milagros. Hace resaltar de manera particular el poder de Jesús sobre los demonios en las curaciones de los posesos; el primer milagro es una curación de esta naturaleza. San Pedro aparece *siempre en primer término como testigo ocular*. Tras unas pocas palabras dedicadas a Juan el Bautista, al bautismo y ayuno de Jesús, refiere el Evangelista el llamamiento de Simón Pedro, y relata varios sucesos que éste presenció en la compañía del Señor. Basta muchas veces sustituir «Simón» por el pronombre personal «yo», y se tienen palabras de san Pedro. Y así nos cuenta san Marcos: «La suegra de Simón yacía en cama con fiebre, y luego le hablaron de ella» [3]; «Simón y los que con él estaban, fueron en su seguimiento» [4]. En boca de san Pedro las referidas frases sonaban seguramente de esta otra manera: «Mi suegra quedó en cama con fiebre, y luego le hablamos de ella»; «Yo y todos los que estaban conmigo le seguimos». Esto mismo se puede hacer con muchos pasajes del segundo Evangelio. Hagamos tan sólo mención de la resurrección de la hija de Jairo [5]; de la Transfiguración, donde el estado de ánimo de san Pedro: «Yo no sabía lo que me decía», se trueca en la pluma de Marcos en la siguiente frase: «él no sabía lo que se decía» [6]; de la ocasión que motivó el discurso de la segunda venida [7]; de la agonía en el huerto de los Olivos [8]. Mas, aunque se habla con tanta frecuencia de Pedro, *se callan* muchas cosas, de las cuales no podía decir el Príncipe de los apóstoles, por ser una distinción para él o redundar en propia alabanza; así, por ejemplo, no se habla del primado, por más que se menciona la ocasión en que Jesucristo se lo confirió [9]; tampoco se cuenta cómo san Pedro anduvo sobre las aguas del lago de la mano del Señor [10], y cómo Jesús pagó por él el tributo del Templo [11]; no sabemos por el segundo Evangelio, sino por el cuarto, haber sido Pedro el decidido que cortó la oreja a Malco [12]. En cambio *no calla* aquellas palabras: «Quítateme de delante, Satanás», dichas por el Salvador a Pedro, cuando éste le disuadía de la Pasión [13]; y en el segundo Evangelio es también donde con más bochornosas circunstancias se describe la negación de Pedro [14]. Es de advertir que en el segundo Evangelio falta, u ocupa lugar secundario, todo lo que concierne de *manera especial a los judíos:* seguramente san Pedro no lo quiso predicar en Roma ante los paganos. Faltan las citas del Antiguo Testamento; se pasa por alto el Sermón de la Montaña; las conminaciones a los fariseos, que en san Mateo llenan un capítulo entero, sólo ocupan aquí tres versículos [15]. Pero cuando cita usos o instituciones de los judíos [16], o cuando

---

1 *Marc.* 15, 39.
2 Cfr. también Rosch, *Das Selbstbewusstsein Christi nach Markus*, en *PB* 1916, 97. 3 *Marc.* 1, 29 4 *Marc.* 1, 36. 5 *Marc.* 5, 37.
6 *Marc.* 9, 5. 7 *Marc.* 13, 3. 8 *Marc.* 14, 33.
9 *Marc.* 8, 29 cfr. con *Matth.* 16, 16-19.
10 *Marc.* 6, 47-51 cfr. con *Matth.* 14, 24-32. 11 Cfr. *Matth.* 17, 23 ss.
12 *Ioann.* 18, 10 cfr. con *Marc.* 14, 47: «uno de los circunstantes».
13 *Marc.* 8, 32 s. 14 *Marc* 14, 66.
15 *Marc.* 12, 38-40 cfr. con *Matth.* cap. 23. 16 *Marc.* 7, 3 4; 14, 12.

emplea expresiones desconocidas de los lectores paganos [1], añade siempre alguna explicación: el «día de los panes ácimos» es el día «en que se inmolaba el cordero pascual»; «parasceve» es «la víspera del sábado». Sobre todo es notable la explicación de los lavatorios rituales de los judíos [2]. Especifica los lugares de Tierra Santa, por ejemplo, «Nazaret de Galilea», «Betania, al pie del monte Olivete», «en el monte Olivete, en frente del Templo». Se advierte en este Evangelio cierto tinte latinista (latinismos) [3]; y hay vez que se da el nombre latino de una moneda griega: «dos *lepta* valen un *cuadrante*» [4]. De notar es también que supone conocidos la persona y el cargo de Pilatos [5], y que menciona a los hijos de Simón de Cirene [6], cuya familia debió de domiciliarse en Roma [7]. Finalmente, la *forma literaria* revela el espíritu fogoso del Príncipe de los apóstoles, animado y lleno de amor hacia el Maestro. La narración es sumamente gráfica, llena de pintorescos detalles y libre de toda reflexión; la expresión es muy viva; se prefiere por lo general el presente; en los discursos y el diálogo usa del lenguaje directo, poniendo las palabras en boca de los interlocutores' Descubrimos una serie de pequeños rasgos, insignificantes en sí mismos, pero que reflejan la impresión que las cosas producían en el ánimo de los testigos. Y así nos cuenta que «toda la ciudad se había reunido delante de la puerta» [8]; que la multitud se sentó sobre la verde hierba [9]; que Jesús dormía sobre un cabezal en la popa [10] y que en la Transfiguración aparecieron sus vestidos tan blancos, que no hay batanero en el mundo que así pueda blanquearlos [11]; que Jesús dirigió una mirada a los que le rodeaban [12]; que miraba con ojos escrutadores a personas y objetos, y aun nos dice lo que allí descubría [13]. Todas estas particularidades confirman el testimonio histórico de ser el Evangelio de san Marcos substancialmente una copia escrita de los relatos de Pedro, destinada a los cristianos de la gentilidad, a los lectores romanos. «De no ser todo esto natural, sino artificioso, dice Th. Zahn [14], habría también entendido Marcos aquello de *artem arte celare*. Mas es poco verosímil que así fuera, cuando junto con eso advertimos una considerable falta de destreza en la expresión En ninguna parte se manifiesta afán o intención de realizar un trabajo de miniatura; ésta se ha convertido en una segunda naturaleza del narrador (de Pedro)». Anda acertado Schanz [15] cuando cree descubrir el mérito característico de este Evangelio precisamente en «representar el tipo de la catequesis apostólica, creada por el Príncipe del Colegio Apostólico, san Pedro, para la propagación de la buena nueva fuera de Palestina y de las sinagogas, y acompañada de los más sorprendentes resultados en la capital del imperio romano». Pero aunque la predicación de san Pedro sea la *fuente principal* de las narraciones del segundo Evangelio, ello no excluye que san Marcos se sirviera de otras fuentes; pudo muy bien haber utilizado el Evangelio arameo de san Mateo.

La crítica moderna racionalista, vencida por la fuerza de los hechos, concede que por lo menos «lleva Pedro la dirección del Evangelio de san Marcos» [16]. Y, según Wernle [17], portavoz de la crítica en la cuestión del origen de los Evangelios, san Marcos «reproduce la tradición que conocía principalmente por Pedro, de quien fué compañero», y el Evangelio de Marcos es «propiamente el Evangelio de Pedro» [18]. Pero a pesar de todo, el racionalismo, fiel al dogma de la «imposibilidad del milagro», se desentiende de cualquier manera de la obligación de creer a los testigos veraces y competentes, y habla de elementos «legen-

---

[1] *Marc.* 3, 17 (Boanerges, es decir, hijos del trueno); 3, 22 (Beeltzebub, jefe de los espíritus malos); 5, 41 *(Talitha kum,* es decir: ¡muchachita, levántate!) etc.
[2] *Marc.* 7, 3 s. [3] *Marc.* 5, 9 (legión); 6, 37 (denario); 12, 14 (censo).
[4] *Marc.* 12, 42. [5] *Marc.* 15, 1 39 44 s. [6] *Marc.* 15, 21.
[7] *Rom.* 16, 13. [8] 1, 32 s 37. [9] 6, 39. [10] 3, 38. [11] 9, 3.
[12] 3, 34. [13] 3, 5; 5, 32; 10, 21 23 27 y a cada paso.
[14] *Einleitung* II³ 228.
[15] *Kommentar über das Evangelium des hl Markus* (Friburgo 1881), prólogo.
[16] Jülicher, en *Realenzykl. für protest Theol* XII³ 293
[17] *Die synoptische Frage* (Friburgo 1889) 223. [18] Ibid. 208.

darios» (sobrenaturales, decimos *nosotros)* que se han introducido en el Evangelio. Pero dándose cuenta de su difícil situación afirma «que los elementos legendarios (!), como el andar sobre las aguas, la multiplicación de los panes (con el agravante del doble relato), el rasgarse el velo del Templo, constituyen una grave dificultad para considerar a Pedro responsable de todos los detalles». El racionalismo se desembaraza de ella no haciéndole responsable de semejantes «detalles» sobrenaturales; mas no logra luego explicar cómo éstos han hallado cabida en un Evangelio que circulaba en la Iglesia con la garantía y autoridad de san Pedro. Y ésta es la razón, como luego veremos, por qué la crítica no quiere reconocer que el segundo Evangelio se compuso *antes* del año 70.

12. Lugar y época de la composición del Evangelio de san Marcos. Según nos atestigua Eusebio [1], para Papías fué *Roma* el *lugar* donde se escribió el Evangelio de san Mateo; y, en sentir de Harnack [2], ningún argumento sólido puede oponerse a la autenticidad de esta tradición. Acerca de la *época,* sólo puede asegurarse, fundándose en el *testimonio de los Padres* (Ireneo, Clemente Alejandrino) [3], que se compuso *antes* del año 70; pues cabe interpretar diversamente los testimonios patrísticos. Pero por otro camino se puede adelantar un gran paso en esta cuestión. Los *Hechos de los apóstoles* y, por consiguiente, el tercer Evangelio debieron de escribirse, como defiende Harnack [4], *antes* de la destrucción de Jerusalén y de la muerte de san Pablo; pues el autor de ambos libros no hace la menor alusión a la ruina de Jerusalén, ni utiliza en su obra *(Hechos de los apóstoles)* «las cartas como fuente histórica o como arsenal de doctrina». Ahora bien, el Evangelio de san Marcos es, sin duda, una de las fuentes del tercer Evangelio [5]. Luego debió de escribirse, a más tardar, entre los años 50 y 60. Mas los críticos racionalistas no siguen a Harnack en el retorno a la tradición histórico-literaria. Creen no poderse sustraer al principio del método histórico-crítico universalmente reconocido: de ser tanto más digno de crédito un testigo cuanto más cerca está de los hechos que narra; pero como para ellos es incontrovertible *a priori* que los Evangelios no son fidedignos en los relatos de cosas sobrenaturales, desprecian los testimonios tradicionales y siguen sosteniendo que el segundo Evangelio se compuso *después* del año 70. Y así dice entre otros Jülicher [6]: «Se hace difícil creer que la leyenda (!) del velo rasgado *(Marc.* 15,3) hubiese nacido en Jerusalén y circulara cuando el Templo estaba aún en pie, exponiéndose con ello los escritores a una peligrosa crítica. ¿Y habría Marcos de haber escrito antes del 70 la parábola de la viña (12, 1 12) en tono tan áspero (véase 9!)?» Jülicher cree hallar indicios que «señalan manifiestamente época posterior al año 70». Pero la razón fundamental de querer fijar una fecha posterior al año 70 está, según él, en que «la materia expuesta en los Evangelios ha necesitado *algunos decenios* para adquirir, con la mezcla de recuerdos primitivos auténticos y de piadosas leyendas, esa firmeza que admiramos en el Evangelio de Marcos» [7]. Harnack—tan imbuído de principios racionalistas como Jülicher, — declara con crítica *objetiva* que todo lo sobrenatural de los relatos evangélicos es «piadosa leyenda». En cuanto a las dificultades que nacen a su crítica objetiva racionalista de admitir tan temprana redacción de los Evangelios, las salta atrevidamente con esta imagen: «Las vigas carcomidas de un edificio no son mejores ni más resistentes porque sean más antiguas de lo que se creía». Pero ni por asomo se cuida de demostrar que sean «vigas carcomidas» las cosas sobrenaturales relatadas en los Evangelios por *testigos oculares veraces y competentes.* De ello está cierto *a priori* el sabio racionalista — mas no en virtud del método crítico.

---

1 *Hist. eccl.* 2, 15.
2 *Chronologie* I 653. 3 Cfr. página 18.
4 *Neue Untersuchungen zur Apostelgeschichte* 63-95.
5 Véase página 26, nota 1. 6 *Einleitung*[6] 282.
7 *Realenzykl. für protest. Theol.* XII[3] 294.

13. Autenticidad de los últimos versículos del segundo Evangelio. Tocante al Evangelio de san Marcos, la cuestión más difícil es la de la autenticidad de los últimos versículos: 16, 9-20. He aquí las razones por las cuales están éstos en tela de juicio: 1.º Faltan en los dos códices griegos más antiguos (*Codex Vaticanus* y *Codex Sinaiticus)*, en el manuscrito sirio (*Syrus Sinaiticus)*, descubierto en 1892, y en los dos códices etiópicos. 2.º Según Eusebio [1], los manuscritos griegos «esmerados» de su tiempo terminan el Evangelio en 16, 8. 3.º Según san Jerónimo [2], faltaban en «casi todos los manuscritos griegos de su tiempo (¡por él conocidos!)». Mas, frente a estas razones en contra, hay a favor otras de gran peso: 1. En el *Codex Sinaiticus* el final del Evangelio de san Marcos ha sido escrito probablemente por el amanuense del *Codex Vaticanus;* en éste, en lugar de la conclusión actual se encuentra un espacio vacío. Parece, pues, que los testimonios de ambos códices, *Sinaitico* y *Vaticano,* son en realidad *uno solo,* y no muy seguro. 2. Casi todos los manuscritos griegos de que hoy disponemos, fuera de los mencionados, y casi todas las versiones antiguas orientales y occidentales (*Vetus Latina* y *Vulgata, Diatessaron* de Taciano y *Pessitto,* etc.) traen los discutidos versículos. 3. Justino, Ireneo y Orígenes, más antiguos que los manuscritos, atestiguan que los dichos versículos pertenecen al Evangelio de san Marcos. Los testimonios externos pesan, por tanto, más en favor que en contra de la autenticidad. Demás de esto, no es posible que san Marcos tuviera intención de acabar el Evangelio en 16, 8. Todavía no se ha explicado satisfactoriamente la falta de los últimos versículos en los citados manuscritos: quizá alguna circunstancia impidió al autor acabar la obra, y del autógrafo inacabado se hicieron copias, de las cuales se derivaron los manuscritos que no traen 16, 9-20 [3]; acaso antes de dar al público el Evangelio, san Marcos terminó la obra inacabada, añadiendo los últimos versículos. Del lenguaje y de la exposición pretenden algunos deducir que san Marcos no es el autor de dichos versículos. Se ha hecho observar que ellos son, más bien que un relato, una somera enumeración. Mas pudo haber razones que obligasen al autor a terminar rápida y brevemente el Evangelio. Lo que en los discutidos versículos nos ofrece sumariamente, responde y cuadra perfectamente al «programa de la predicación de Pedro», desarrollado con tanto escrúpulo en toda la obra: comienza ésta por la invitación del Bautista a la penitencia y el bautismo de Jesucristo, y termina con la Ascensión a los cielos; como en el cuerpo de la obra, también aquí (16, 17 s.) hace resaltar el poder taumatúrgico de Jesús, en especial sobre los demonios; las tres apariciones que relata en 16, 9-15 sirven para probar que los apóstoles, *testigos de todo* y llamados por el Señor para predicar la salud a los hombres, tenían motivos para creer y no obraban como atolondrados [4].

Véanse en la página 27 los decretos de la Comisión Bíblica concernientes al Evangelio de san Marcos.

Evangelio de san Lucas

14. San Lucas. El tercer Evangelio, cuya canonicidad atestiguan los Padres Apostólicos (Clemente Romano, Ignacio, Policarpo, carta de Bernabé, Pastor de Hermas) y conocen los mismos herejes del siglo II, ha sido siempre atribuído a san Lucas. Era éste oriundo de Antioquía de Siria, según Eusebio [5],

---

[1] *Adv. Marinum q. 1.*
[2] *Epist. 120, 3 ad Hedib.* [3] Cfr. Belser, *Einl.*² 100.
[4] *Comentarios* católicos modernos: Bisping (² 1868), Schegg (dos vols. 1870), Schanz (1881), Pölzl (1893), Tiefenthal (1894), Gutjahr (1903, popular), Seisenberger (1905), Knabenbauer (² 1907), Fillion (París 1897), Lagrange (1920), Mac Evilly (Dublin 1877), Dausch (1918), Dimmler (M.-Gladbacher, Volksvereinsverlag; popular).— Para más información véase también Rohr, *Die Glaubwürdigkeit des Markusevangeliums,* en *BZF* II, 4 (Münster 1909).
[5] *Hist. eccl.* 3, 4.

y de procedencia *pagana* [1]. No se sabe cuándo se convirtió al Cristianismo; acaso fuera Lucas uno de los gentiles que luego de la muerte de san Esteban fueron recibidos en la Iglesia en Antioquía [2]. El *Fragmento de Muratori* (descubierto en 1750), el cual es una lista (canon) de los libros del Nuevo Testamento que se leían en la liturgia de la Iglesia (¿romana?) occidental a mediados del siglo II, dice que san Lucas no conoció personalmente al Salvador. Era *médico;* pues Pablo le llama «médico muy dilecto» [3]. La creencia extendida ya a principios de la Edad Media de haber sido Lucas pintor, se explica observando que el autor del tercer Evangelio es extraordinariamente plástico e intuitivo en sus descripciones, y que nos ha pintado en su libro un cuadro bello y delicado de la dulcísima Virgen María. Los antiguos retratos de Jesucristo y de María (sobre la Scala Santa, en Santa María la Mayor y en Tréveris), atribuídos a san Lucas por la leyenda, son obras del arte bizantino. Quizá su calidad de médico le pusiera en relación con san Pablo; porque el primero de los relatos de primera persona «*Wir*»-*Berichte,* relatos «nos» de los *Hechos,* en los cuales aparece san Lucas *acompañando a san Pablo,* comienza con la llegada del Apóstol de las gentes a Tróade [4]. Allí fué Pablo, cuando se creía ya curado de la enfermedad que le detuvo en Galacia [5]. Según dichos relatos, Lucas acompañó al Apóstol de las gentes de Tróade a Filipos; aquí quedó Lucas; siete años más tarde volvemos a encontrarle al lado de Pablo en el viaje de Filipos a Tróade, Mileto, Cesarea y Jerusalén [6] y, finalmente, en el viaje que Pablo, preso, hizo de Cesarea a Roma [7]. También le asistió durante la primera prisión [8], como también más tarde en la segunda [9]. Nada más sabemos con certeza de su vida. Parece haber sido Tebas el lugar de su muerte y sepultura. Sus restos fueron trasladados con toda pompa en 357, juntamente con los del Apóstol san Andrés, a la Iglesia de los Apóstoles de Constantinopla [10]. Celébrase la memoria de su martirio el 18 de octubre.

15. **Autenticidad del Evangelio de san Lucas.** El citado *Fragmento de Muratori* encierra el testimonio más antiguo de haber Lucas compuesto un Evangelio «en nombre» de san Pablo y según el «sentir» del mismo. Lo dice también Ireneo [11]: «Lucas, compañero de Pablo, escribió en un libro el Evangelio predicado por éste». De manera parecida se expresan Tertuliano y Orígenes. Los criterios internos vienen a corroborar los testimonios históricos.

En el tercer Evangelio nos habla un *discípulo de Pablo;* pues el autor se guía en la elección de asunto principalmente por el criterio universalista de san Pablo, el cual en *Rom.* 1, 16, por ejemplo, dice: El Evangelio es «la virtud de Dios para salvar a *todos* los que creen: a los judíos primeramente y a los gentiles». Pues todo el tercer Evangelio es como preparación y esclarecimiento de aquel postrer encargo que el Salvador diera a sus discípulos de «predicar la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén» [12]. Sin negar que la salud sea primero para los judíos, presenta el Evangelista en primer término las doctrinas de la universalidad del

---

1 *Col.* 4, 11 ss. le pone en contraposición a los circuncisos.

2 *Act.* 11, 20 s. Cfr. Zahn, *Einl.* II³ 374. 3 *Col.* 4, 14.

4 *Act.* 16, 10 ss.: Primer relato «en primera persona del plural». — El autor de los relatos «en primera persona del plural» es también autor de *toda* la historia de los *Hechos de los Apóstoles* y del tercer Evangelio, del cual aquélla es continuación (cfr. 1, 1). Ahora bien, está fuera de duda ser *Lucas* autor de los relatos «en primera persona del plural». Luego!... Recientemente sostiene también Harnack con tesón en sus *Untersuchungen zu den Schriften des Lukas* (4 partes) la tradición defendida siempre por la ciencia católica, y confiesa que la crítica (en este punto) «se ha descarriado, y en cambio la tradición [histórico-literaria] está en lo cierto». 5 *Gal.* 4, 13 s.

6 *Act.* 20, 5-15 y 21, 1-18. Segundo y tercer relato «en primera persona del plural».

7 *Act* 27, 1-28, 16: Cuarto relato «en primera persona del plural».

8 *Col.* 4, 14. *Philem.* 24. 9 II *Tim.* 4, 11.

10 Cfr. Kellner, *Heortologie*³ (1911) 217 s.

11 En Eus. *Hist. eccl.* 5, 10, 2 (al. 8, 3). 12 *Luc.* 24, 47.

Cristianismo, de la Redención, regeneración y felicidad de todo el género humano: judíos, samaritanos y gentiles, hombres y mujeres. Obsérvese el buen testimonio de que son objeto los samaritanos [1], la parábola del hijo pródigo [2], las palabras dirigidas al Buen Ladrón [3], el relato conmovedor de la pecadora que unge los pies de Jesús [4]. Nótese también que el tercer Evangelio rehabilita a la mujer: la viuda de Naim [5], María y Marta [6], la mujer que proclamó bienaventurado al Señor [7], las «hijas de Jerusalén» que lloran al Salvador cuando éste va con la cruz camino del Calvario [8]. Sin ser enemigo de los judíos, es amigo de los gentiles y se muestra buen discípulo de san Pablo. Mas no sólo en la elección y exposición del asunto aparece el criterio universalista del Apóstol de las gentes; en ciertas palabras, en ciertos giros, conceptos y pensamientos, peculiares de san Lucas y de san Pablo, se echa de ver que aquél depende de éste. Los ejemplos más sorprendentes de ello son el relato de la Ultima Cena [9] y la aparición de Cristo resucitado a san Pedro [10].

En algunas observaciones peculiares del tercer Evangelio y en ciertas expresiones técnicas se echa de ver que el autor del tercer Evangelio fué *médico*. Conoce, por ejemplo, el término técnico «gran fiebre» [11], de que hace mención el escritor Aulo Cornelio Celso (entre el 23 a. Cr. y el 28 d. Cr.); él solo trae el refrán: «médico, cúrate a ti mismo» [12]. La observación de san Marcos relativa a la Hemorroisa que había «*sufrido mucho en manos de varios médicos* y gastado toda su hacienda sin lograr alivio, *antes había empeorado*» [13], se halla en el tercer Evangelio sin las palabras que aquí van en cursiva [14]. El inglés Hobart ha escrito un libro titulado: *The Medical Language of St. Luke,* para probar que el autor del tercer Evangelio fué un médico. La demostración está muy bien, aunque en algunos puntos va demasiado lejos. Acertadamente dice Harnack: «Suscribo las palabras de Zahn [15], cuando dice que Hobart ha demostrado a todo el que exija pruebas de cualquier suerte, que el autor de los libros atribuídos a Lucas es un hombre familiarizado con la medicina griega, un médico *griego*».

El estilo castizamente griego y la destreza literaria demuestran que el autor del tercer Evangelio no era *un inculto venido de la gentilidad*. Ciertos hebraísmos aislados, especialmente en la historia de la infancia de Jesús y en el relato de los discípulos de Emmaús [16], se explican por el piadoso respeto del autor a la forma tradicional.

16. Ocasión, fuentes, estilo y objeto del Evangelio de san Lucas. Acerca de todo esto nos habla el mismo san Lucas en el prólogo que a la manera de los historiadores griegos y romanos puso al frente de la obra: «Ya que muchos han emprendido ordenar la narración de los sucesos que se han cumplido entre nosotros, conforme nos los tienen referidos aquellos mismos que desde su principio han sido testigos de vista y ministros de la palabra; parecióme también a mí, después de haberme informado de todo exactamente desde su primer origen, escribírtelos por su orden, óptimo (¿título de excelencia?) Teófilo, a fin de que conozcas la verdad de lo que se te ha enseñado». Los «muchos» que emprendieron antes que san Lucas la difícil tarea de escribir la «historia de la salud», eran cristianos que en las numerosas estaciones misionales cuidaban de anotar cuanto de la vida y obra de Jesucristo decían los apóstoles y otros predicadores autorizados. Habían recibido la «tradición» de

---

[1] *Luc* 10, 33; 17, 16. [2] *Luc.* 15, 11 ss. [3] *Luc.* 23, 39 ss.
[4] *Luc.* 7, 37 ss. [5] 7, 11 ss. [6] 10, 38 ss. [7] 11, 27.
[8] 23, 28 ss. [9] *Luc.* 22, 19 s. = I *Cor.* 11, 23 25.
[10] *Luc.* 24, 34 y I *Cor.* 15, 3.
[11] *Luc.* 4, 38. J. Schuster, médico de Estado Mayor, *Zwei medizingeschichtliche Quellen zum «Grossen Fieber»*, en *BZ* XIII (1915) 338 ss.
[12] *Luc* 4, 23. [13] *Marc.* 5, 25 s. [14] *Luc.* 8, 43.
[15] *Einleitung* II³ 433 s. y 442 s. Harnack, *Lukas der Arzt* (Leipzig 1906) 10, nota 3. [16] *Luc.* 24, 13 ss.

boca de los apóstoles, «testigos oculares» que acompañaron al Señor desde el principio, y «ministros de la palabra»; empero deseaban tener por escrito lo que habían oído. Frente a estas tentativas, san Lucas quiere escribir la historia «de todo», de la totalidad de los hechos relacionados con la Redención, comenzando «desde el principio», es decir, desde los primeros sucesos evangélicos, desde el anuncio del nacimiento del Precursor, no desde la predicación del Bautista como san Marcos. Propónese referirnos las cosas «en conjunto» o «por orden», es decir, trata de ofrecernos una exposición histórica coherente, en oposición a los relatos inconexos que hasta entonces había oído Teófilo. Mas no pone manos en la obra hasta haberse «informado exactamente de todo» por san Pablo y luego por los apóstoles primeros (Pedro, Santiago); seguramente se habría también servido para ello de fuentes escritas (Marcos y Mateo) [1]. Especialmente para la historia de la infancia de Jesús (caps. 1 y 2) debió, sin duda, de utilizar una fuente aramea escrita, basada en los relatos de la Madre de Dios; pues claramente aparece ésta en 2, 19 y 51 y acaso en 1, 66 como «depositaria de las tradiciones» relativas a los primeros años de su divino Hijo. Pero «ni en historia ni en literatura ha sido Fl. Josefo el maestro de san Lucas» [2].

Objeto del tercer Evangelio era ofrecer al ilustre patricio romano Teófilo, convertido acaso por san Pablo durante la cautividad [3], como a *patronus libri*, y en general a todos los cristianos de la gentilidad, la «verdad» de la doctrina en que habían sido *oralmente* instruídos. Que Teófilo fuese romano o heleno domiciliado en Roma, se desprende con bastante certeza de la manera misma de citar los lugares y ciudades, tanto en el *Evangelio* como en el libro de los *Hechos*, dedicado a la misma persona: los lugares conocidos de los palestinenses (y aun de los antioqueanos, cretenses y macedonios) se describen circunstanciadamente; no así los de Sicilia e Italia, los cuales se suponen conocidos, por insignificantes que sean, como *Forum Appii, Tres Tabernae* y otros alrededores de Roma. San Lucas explica ciertos usos judíos, por ejemplo, que en la fiesta de los panes ácimos solía inmolarse el cordero; en cambio pasa por alto algunas cosas propias de los judíos, que san Mateo hace resaltar, como, por ejemplo, las costumbres de los fariseos al jurar [4], dar limosna, orar y ayunar [5], los lavatorios rituales [6] y el celo por hacer prosélitos [7].

La exposición está en armonía con el objeto. El Evangelio de san Lucas tiene carácter histórico incontestable. El Evangelista ha observado el orden cronológico de los acontecimientos en general, pero sin olvidar el enlace intrínseco de las cosas (pragmatismo) [8]. Encaja los hechos dentro del marco de la historia política y popular; así, por ejemplo, fija mediante seis indicaciones cronológicas el año en que «vino la palabra del Señor a Juan (el Bautista)» [9]. En la vida de Jesucristo inserta algunos datos cronológicos [10].

17 a. **Lugar y época de la composición del tercer Evangelio.** Sin duda fué *Roma* donde se escribió el tercer Evangelio. Porque en aquella ciudad moraba Teófilo a quien está dedicado el libro, y allí especialmente lo utilizó el hereje Marción († entre el 165 y el 170), mutilándolo a su antojo. En cuanto a la *época*, preciso es admitir que fuera compuesto *antes* del año 70. Porque, en el gran discurso profético acerca del juicio del mundo y de Jerusalén (21, 5-36)

---

[1] Cfr. también Bonkamp, *Zur Evangelienfrage* (Münster 1908); V. Hartl en *BZ* XIII (1915) 334 ss.; K. Weiss en *ThpMS* XXIII, 1. — Puede demostrarse con seguridad que utilizó el Evangelio de san Marcos en los siguientes pasajes: 1. *Luc.* 4, 31-6, 19=*Marc*, 1, 21-3, 19; 2. *Luc.* 8, 4-9, 17=*Marc.* 4, 1-6, 44; 3. *Luc.* 9, 18-50=*Marc.* 8, 27-9, 40; 4. *Luc.* 18, 15-43=*Marc.* 10, 13-52; 5. *Luc.* 9, 29-24, 8=*Marc.* 11, 1-16, 8.

[2] Cfr. Bardenhewer, *Mariä Verkündigung* (Friburgo 1905); también Th. Zahn, *Einl.* II³ 403 411.

[3] *Act.* 28, 31. [4] *Matth* 5, 33 s. y 23, 16. [5] *Matth.* 6, 1 ss.

[6] *Matth.* 15, 1 s. [7] *Matth.* 23, 15.

[8] Ejemplos en Zahn, *Einleitung* II³ 378.

[9] *Luc.* 3, 1 s.; véase también 1, 5; 2, 1. [10] *Luc.* 1, 36; 2, 21 22 42; 3, 23.

los rasgos escatológicos e históricos andan tan mezclados, que es imposible haberlos escrito un hombre que hubiese conocido la destrucción de Jerusalén; además, el Evangelista presenta como incumplida la profecía relativa a la destrucción de la Ciudad Santa [1]. Si se tiene además en cuenta que la segunda obra de san Lucas, los *Hechos de los Apóstoles,* se acabó hacia el año 63, resulta que el tercer Evangelio, su *primera* obra, no pudo escribirse después de dicha fecha. Arriba, en las páginas 13 y 22, tomamos nota de «la vuelta de Harnack hacia la tradición (histórico-literaria)». Cuando, pues, Harnack nos venga repudiando como indigno de crédito, sólo por relatar hechos sobrenaturales y milagrosos, el testimonio de un hombre que tan próximo estuvo a los acontecimientos, que buscó en las fuentes y trabajó todos los datos cronológicos, topográficos, geográficos e históricos con tanta «discreción, esmero, constancia y fidelidad», no le pueden seguir cuantos realmente y *con perseverancia* tributan homenaje al método histórico y no se aferran *a priori* al falso principio filosófico de ser imposible todo lo sobrenatural, especialmente el milagro [2].

17 b. **Decreto de la Comisión Bíblica.** El Papa firmó el 26 de junio de 1912 el siguiente decreto de la Comisión Bíblica, referente a algunas cuestiones acerca del autor, época e historicidad de los *Evangelios de san Marcos y san Lucas.* Dice así:

I. El claro sufragio de la tradición, admirablemente concorde desde los primeros tiempos de la Iglesia y confirmado con múltiples argumentos: – testimonios elocuentes de los santos Padres y escritores eclesiásticos y citas y alusiones fortuitas de sus escritos, uso de los herejes antiguos, versiones de los libros del Nuevo Testamento, códices antiquísimos y casi todos los demás manuscritos, razones internas que emanan del texto de los mismos Sagrados Libros,—¿obliga a afirmar con certeza que Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, y Lucas, médico, oyente y compañero de Pablo, sean en verdad los autores de los Evangelios a ellos atribuídos? *Resp.:* Afirmativamente.

II. Las razones, por las que algunos críticos intentan demostrar que los últimos doce versículos del Evangelio de Marcos *(Marc.* 16, 9-20) no fueron escritos por el mismo Marcos, sino añadidos por otra mano, ¿son tales que permitan sostener que no deben ser tomados como inspirados y canónicos? o ¿demuestran por lo menos que Marcos no sea el autor de los mismos versículos? *Resp.:* Negativamente a entrambas partes.

III. ¿Puede dudarse de la inspiración y canonicidad de las narraciones de Lucas acerca de la infancia de Cristo *(Luc.* 1-2), de la aparición del Angel confortando a Jesús, o de lo que dice del sudor de sangre *(Luc.* 22, 43)? ¿puede al menos demostrarse con argumentos sólidos—como era del agrado de los herejes antiguos y acarician algunos críticos modernos — que dichas narraciones no pertenezcan al verdadero Evangelio de Lucas? *Resp.:* Negativamente a las dos partes.

IV. Aquellos rarísimos y absolutamente únicos documentos, en los cuales se atribuye el cántico del *Magnificat,* no a la bienaventurada Virgen, sino a Isabel, ¿pueden o deben de alguna manera prevalecer contra el unánime testimonio de todos los códices, tanto del texto griego original como de las versiones, y hasta contra la interpretación que claramente exigen tanto el contexto como el ánimo de la Virgen *(interpretationem quam plane exigunt non minus contextus, quam ipsius Virginis animus),* y la constante tradición de la Iglesia? *Resp.:* Negativamente.

V. En cuanto al orden cronológico de los Evangelios, ¿es lícito apartarse de la sentencia que, corroborada con el testimonio de una tradición tan antigua como constante, sostiene haber Mateo escrito el primero de todos el Evangelio en lengua patria, luego Marcos el segundo y Lucas el tercero? ¿Se opone a esta sentencia la opinión que afirma haberse los Evangelios segundo y tercero compuesto antes de la versión griega del primer Evangelio? *Resp.:* Negativamente a entrambas partes.

VI. ¿Se puede diferir hasta la destrucción de Jerusalén la época de la composición de los Evangelios de Marcos y Lucas? Apareciendo en Lucas más determinada que en ningún otro la profecía del Señor relativa a la destrucción de Jerusalén, ¿puede admitirse que el

---

1 *Luc.* 21, 32; cfr. 9, 27.

2 *Comentarios* católicos modernos: Schegg (tres volúmenes, 1861/1865), Bisping (^{2}1868), Schanz (1883); Pölzl-Innitzer (^{3}1922); Klofutar (1892); Riezler (1900); Gutjahr (1904; popular); Knabenbauer (^{2}1905); Fillion (París 1882); Mac Evilly (Dublin 1897); Dausch (1918); Lagrange (París 1921;) Dimmler (M.-Gladbacher Volksvereinsverlag). Para más amplia información véase también Meinertz, *Das Lukasevangelium,* en *BFZ* III, 2 (Münster 1910).

tercer Evangelio se escribiera comenzado ya el asedio? *Resp.:* Negativamente a entrambas partes.

VII. ¿Debe afirmarse que el Evangelio de Lucas precedió al libro de los *Hechos de los Apóstoles (Act.* 1, 1-2)? Y como este libro, del mismo autor Lucas, fué terminado hacia el fin de la cautividad del Apóstol en Roma *(Act.* 28, 30-31) ¿habríase compuesto el Evangelio del mismo no después de dicha época? *Resp.:* Afirmativamente.

VIII. Teniendo presente tanto los testimonios de la tradición como los argumentos internos en cuanto a las fuentes de que se sirvieron ambos evangelistas al escribir el Evangelio, ¿puede dudarse prudentemente de la sentencia que sostiene haber Marcos escrito conforme a la predicación de Pedro, y Lucas conforme a la de Pablo, y que afirma al mismo tiempo haber ambos evangelistas tenido a la vista otras fuentes fidedignas, ya orales, ya escritas? *Resp.:* Negativamente.

IX. Los dichos y hechos—narrados por Marcos con todo cuidado y casi gráficamente siguiendo la predicación de Pedro, y expuestos con toda sinceridad por Lucas, el cual se informó de todo exactamente desde su principio «mediante testigos completamente fidedignos» que lo vieron ellos mismos desde el comienzo y fueron ministros de la palabra *(Luc.* 1, 2-3)—¿reclaman aquella plena fe histórica que siempre les prestó la Iglesia? Por el contrario, ¿deben los dichos [1] y hechos considerarse destituídos de veracidad histórica, al menos en parte, ya porque los escritores no fueran testigos oculares, ya porque en ambos evangelistas se note con frecuencia defecto de orden y discrepancia en la sucesión de los hechos, sea porque, como vivieron y escribieron más tarde, debieron por necesidad referir concepciones extrañas a la mente de Cristo y de los apóstoles o hechos más o menos alterados por la imaginación popular, sea, en fin, porque se hubiesen dejado llevar, cada uno según su designio, de ideas dogmáticas preconcebidas? *Resp.:* Afirmativamente a la primera parte y negativamente a la segunda.

Los Sinópticos

18. Estado de la cuestión. Los tres primeros Evangelios ofrecen una gran coincidencia en el fondo y en la forma; mas por otra parte cada uno de ellos presenta caracteres peculiares. Para que se pudiera apreciar fácil y claramente de *una* mirada en qué está la coincidencia y en qué la diversidad, ya desde hace unos 150 años [2] se inició el sistema de disponer los tres textos en sendas columnas: tal disposición de los tres primeros Evangelios se llamó *Sinopsis*. De ahí el nombre de *Sinópticos*, que se aplica a los tres primeros Evangelios y a los autores de ellos [3]. No se confunda la *Sinopsis* con la *Harmonía Evangélica,* que es una coordinación de los cuatro Evangelios para formar una vida de Jesucristo, pero conservando las palabras de cada uno. La *Harmonía Evangélica sajona antigua* (de Heliand) y la de Otfried no lo son en sentido propio, porque no respetan el texto de los Sagrados Libros.

---

[1] La palabra *facta* del texto de la Comisión Bíblica parecíónos errata, y que en su lugar debía decir *dicta;* cfr. el principio de la pregunta.

[2] La primera *Sinopsis* propiamente dicha es la de Griesbach, *Synopsis evangeliorum* 1774.

[3] Huck, *(Griechische) Synopse der drei ersten Evangelien*[6] (Tubinga 1922), (Apéndice: *Die Johannesparallelen).* Larfeld, *Synopse der vier ntl Evangelien* (Tubinga 1911) (1. edición greco-alemana; 2. edición griega). Camerlynck y Coppieters, *Evangeliorum secundum Matthaeum, Marcum et Lucam Synopsis iuxta Vulgatam editionem*[3] (Brujas 1921). En alemán publicó una excelente *Armonía Evangélica* el P. Lohmann S. J. (edición grande y edición popular). Son apropiados para círculo más amplio de lectores Jacob Ecker, *Das Neue Testament,* edición de bolsillo A: *Evangelienharmonie und Apostelgeschichte* y Weinhart Weber (edición de bolsillo, Friburgo, Herder). Para personas ilustradas, A. Vezin, *Die Freudenbotschaft unseres Herrn und Heilandes Jesus Christus nach den vier Evangelien und der übrigen Urüberlieferung harmonisch geordnet* (Friburgo 1915): es de advertir que está ordenado desde un punto de vista más estético que histório-exegético. Acerca de las Armonías Evangélicas antiguas y modernas, cfr Henniges, *Alte und neue Evangelienharmonien,* en *PB* 1910, 333. Ibid. 1915, 400 trae Dimmler una observación crítica acerca de la cuestión: «Es posible una armonía evangélica?» Séanos permitido citar aquí con encomio la Armonía Evangélica de Sickenberger, *Leben Jesu nach den vier Evangelien,* en *BZF* VII, 11/12; VIII, 9/10; X, 4/6 (Münster 1915-1921).

Si tomamos en nuestras manos una *Sinopsis,* hallaremos ante todo coincidencias: 1, en la *elección del asunto.* El material histórico es casi idéntico. Los tres *Sinópticos* tienen de común poco más o menos los siguientes episodios: Juan el Bautista, bautismo de Jesús, tentación, elección de los discípulos, ministerio en Galilea mediante la palabra (parábolas) y los milagros; Pasión, Muerte y Resurrección. Siendo la materia tan extensa [1], sorprende la coincidencia de los tres Evangelistas; por lo que naturalmente ocurre preguntar: ¿cuál es la causa de haberse los tres primeros Evangelios circunscrito al ministerio de Jesús en Galilea? Pudiera explicarse tal limitación en el Evangelio de Mateo (el publicano Leví), no tanto en Marcos y Lucas. 2. Encontramos también concordancia en el *contenido de cada relato en particular* [2] y 3, en lo tocante a la *forma,* al *léxico* y a la *expresión;* pasajes hay en que coinciden versículos enteros con todas sus palabras [3]. Es de notar que esta igualdad se encuentra principalmente en los pasajes que reproducen palabras habladas.

Obsérvanse diferencias: 1, en el *orden y agrupación* de los relatos. En Mateo y Marcos se advierte una agrupación sistemática [4]; Lucas atiende más al orden cronológico y al pragmatismo. 2. Cada uno de los Evangelistas intercala *nuevos episodios* o *nuevas circunstancias,* peculiares de cada Evangelio; así, hay una serie de parábolas exclusivas de Mateo, otra propia de Lucas; san Marcos es el *Sinóptico* que menos cosas propias tiene: unos 24 versículos [5]; todo lo restante de Marcos se halla en Mateo y Lucas. Mas en lo que estos dos añaden a lo de Marcos, coinciden a veces hasta en las palabras, otras en cambio se apartan en cosas de no poca monta. Obsérvase finalmente diferencias: 3, en la *exposición* y en el *ropaje literario:* el uno cuenta circunstancias que el otro omite; Mateo frecuentemente clasifica, resume; Marcos y Lucas individualizan detallan [6]; además cada uno de los *Sinópticos* presenta una serie de palabras y frases que le son peculiares. Ocurre ahora preguntarse: ¿Cómo explicar semejante concordancia en el fondo y en la forma, con tan sorprendente independencia? Este es el *problema sinóptico,* el problema de crítica de fuentes «más singular acaso de la literatura universal» [7]. La cuestión sinóptica es, pues, el problema del origen y dependencia mutua de los tres primeros Evangelios.

19. Tentativas para resolver el problema sinóptico. Conocieron ya el problema los santos Padres; san Agustín en particular lo trató en su obra *De consensu evangelistarum libri quatuor* [8]. Pero desde hace 150 años se trabaja con gran ahinco por resolverlo, y la literatura que acerca de él existe es enorme. Todas las tentativas, con sus distintas combinaciones y modificaciones, pueden reducirse a tres hipótesis fundamentales: 1, hipótesis de la tradición o del Evangelio primitivo *oral;* 2, hipótesis de uno o varios Evangelios primitivos *escritos,* llamada también hipótesis de las fuentes; 3, hipótesis de la dependencia mutua.

La *hipótesis de la tradición* [9] enseña que los tres *Sinópticos* dependen directamente del Evangelio anunciado oralmente por los apóstoles: no son sino anotaciones que *fijaron por escrito la catequesis apostólica.* Esta no podía carecer de cierto orden sistemático, de cierta estabilidad y uniformidad: por lo que

[1] Cfr. *Ioann.* 20, 30; 21, 25.

[2] Cfr., por ejemplo, *Matth.* 9, 14-17; *Marc.* 2, 18-22; *Luc.* 5, 33-39.

[3] Véase un ejemplo clásico en *Matth.* 9, 4-7; *Marc.* 2, 8-11; *Luc.* 5, 22-24.

[4] Cfr. página 14 s.

[5] Así, por ejemplo, es exclusivo de Marcos 4, 26-29 (parábola de la semilla que crece sola), 8, 22-26 (curación del ciego de Betsaida), 14, 51 s. (episodio del joven que huyó en el huerto de Getsemaní) (véase pág. 17).

[6] Sirva también aquí el ejemplo citado en la nota 3 de esta página.

[7] Bludau en *ThR* 1906, 208.

[8] Cfr. Vogels, *St. Augustinus' Schrift De consensu Evangelistarum* (Friburgo 1908); Belser en *TQS*, 1909, 284 s.

[9] Propugnada en el campo católico principalmente por Kaulen y Cornely. Entre los acatólicos la defienden Gieseler, Heinrici, Godet y Fiebig.

hubo de servirse, como demuestra el P. Soiron [1], de una asociación tanto objetiva como fonética para más fielmente retener y más fácilmente propagar la doctrina tradicional, o sea, por razones mnemotécnicas. En otros términos: la catequesis oral agrupaba los dichos *(Logia)* y hechos del Señor, ya sistemáticamente por semejanza o asociación objetiva de ideas, ya por materias *(Stichwortdisposition)*, para ayudar la memoria del ministro de la palabra. Esta finalidad mnemotécnica que modeló la tradición oral, sirvió también de pauta en los escritos; échase ello de ver sobre todo en el Evangelio de san Mateo, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña, en la misión de los discípulos, en las parábolas, en las discusiones con los fariseos y en el discurso de la Parusia (cfr. pág. 15); pero también en san Marcos se advierte el mismo principio, y aun en san Lucas, el cual procede generalmente por orden cronológico, pero cuando no puede descubrir los antecedentes históricos de los discursos y sentencias del Señor, ordena sus relatos según un plan sistemático [2] y aun más a menudo por materias [3].

Los partidarios de la hipótesis de la tradición oral buscan la prueba histórica de ella en el *prólogo del Evangelio de san Lucas* (pág. 25). El tercer evangelista aduce como fuente de su libro y de otros que antes se escribieron la tradición apostólica, la catequesis de los apóstoles. Esta fué por lo menos la fuente principal de las anotaciones escritas. Con el testimonio de Lucas concuerda la *doctrina de los santos Padres.* No había razón alguna para que los Padres hablasen de las fuentes del primer Evangelio, pues Mateo era apóstol. Pero cuando hablan de los Evangelios de los discípulos de los apóstoles, señalan como fuente la *tradición apostólica oral,* y aun dicen expresamente que Marcos escribió lo que Pedro anunciaba en Roma, y que san Lucas consignó en su Evangelio los discursos apostólicos de san Pablo. Y no es de extrañar que la catequesis apostólica se sirviera del recurso mnemotécnico de disponer los asuntos objetivamente y por materias, entre otras razones, porque los doctores judíos de aquel tiempo usaban de estos dos medios mnemotécnicos en la enseñanza oral de los preceptos no contenidos en la Tora [4].

Admitido que la *catequesis apostólica* fuera la fuente común de los *Sinópticos,* se explica en gran parte la *afinidad* de los mismos *en lo tocante a la elección de asunto y al contenido* de cada relato. Pues los apóstoles instruían a los prosélitos con suma diligencia por medio de continuas catequesis [5]. Pablo predicó diariamente durante dos años en Efeso en una academia pública [6]; Lucas hace mención en el prólogo de su Evangelio de la instrucción catequística que Teófilo recibiera. Mas ¿cuál era el asunto de la catequesis apostólica? [7] Ante todo la Resurrección, como punto cardinal [8] de la fe cristiana. Por ella comenzó el Apóstol san Pedro su discurso en la fiesta de Pentecostés [9] y en presencia del centurión Cornelio [10], por ella también dió principio el Apóstol san Pablo en el Areópago de Atenas [11], en presencia de Festo y Agrippa en Cesarea [12] y en las sinagogas de todas las ciudades donde enseñaba. Mas como la Pasión y Muerte del Salvador, el holocausto redentor de Cristo y la vida toda de Jesús, es decir, sus hechos y milagros, sus doctrinas y discursos, estaban íntimamente unidos con la Resurrección, de todo ello era menester que hablasen los apóstoles. Pero ¿habían de enseñar a los catecúmenos todos los hechos y milagros, todos los discursos de la vida variadísima y activísima del Señor? ¿Habían de trasmitirlo todo sin hacer ninguna selección? ¿Habían de ofrecerles los discursos teológicos

---

[1] P. Tadeo Soiron, *Die Logia Jesu, Eine literarkritische und literargeschichtliche Untersuchung zum synoptischen Problem* (Münster 1916).
[2] *Luc.* 6, 24-26 39 s.; 9, 23-27; 12, 49-53; 13, 22-30.
[3] *Luc.* 8, 16-18; 10, 13-15; 11, 5-13. [4] Cfr. Soiron, l.c. 157 ss.
[5] *Act.* 5, 42; 8.5; 9, 20; 11, 20 s ; 19, 8. [6] *Act.* 19, 9 s.
[7] En Prat, *La théologie de Saint Paul* II 61 ss., se encuentran hermosas observaciones históricas, dogmáticas, litúrgicas y morales a cerca de la catequesis apostólica.
[8] I *Cor.* 15, 3 ss. [9] *Act.* 2, 22 ss. [10] *Act.* 10, 34 ss.
[11] *Act.* 17, 22 ss. [12] *Act.* 26, 1 ss.

de Jesús con los fariseos y doctores de la Ley acerca de la relación metafísica del Hijo con el Padre, y las palabras de despedida a los discípulos? Ciertamente que no. Prefirieron enseñar primero aquellos breves discursos, admirablemente bellos, aquellas sentencias y parábolas en que el Salvador anunciaba las eternas verdades del reino de Dios y del Mesías a los sencillos campesinos y a los pescadores de Galilea; y aun aquí procedieron seguramente por selección [1]. De este hecho sencillo se explica por qué los tres primeros evangelistas, a diferencia de san Juan, relatan principalmente lo que el Salvador hizo y enseñó en *Galilea.*

Pero no sólo las coincidencias, sino también las particularidades de los *Sinópticos* en lo tocante a *elección, agrupación e índole de los relatos* se explican suficientemente admitiendo que la catequesis apostólica fuera el fundamento y la fuente común de los tres primeros Evangelios. Pues el criterio objetivo que siguió cada uno en la ordenación de los materiales fué distinto; con distintas materias podían formarse distintas cadenas de tradición; la catequesis de los apóstoles no tenía por qué ser idéntica en todas partes, prescindiendo del fondo substancial. Una debía ser en Jerusalén, donde había que instruir a los cristianos del judaísmo, otra en Roma, donde las comunidades se componían principalmente de cristianos procedentes de la gentilidad, y otra finalmente en Antioquía, donde la Iglesia se formó de judíos y de gentiles convertidos, y los cristianos procedentes del judaísmo se habían acomodado muy pronto al criterio de los cristianos procedentes de la gentilidad [2]. A los judíos había que probar que Jesús era el Mesías prometido en el Antiguo Testamento; a los gentiles, demostrar con los milagros la naturaleza divina y el poder de Jesús; a las comunidades mixtas, ambas cosas, y además, que respecto a la salud traída al mundo por Cristo no había diferencia de judío a gentil; a todos había que anunciar los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Salvador. Así nacieron las tres formas distintas de la catequesis apostólica: la de Jerusalén, la de Roma y la de Antioquía; y a ellas tres corresponden los tres Evangelios sinópticos. El Evangelio de san Mateo representa la catequesis de Jerusalén (Palestina), destinada a los cristianos procedentes del judaísmo; el de san Marcos, la de san Pedro en Roma; y el de san Lucas, la del Apóstol de las gentes.

También se explican adecuadamente por la catequesis apostólica las *semejanzas de forma y estilo.* Porque los hechos de la vida del Señor seguramente no fueron tratados sin orden ni concierto, sino conforme a un plan y orden determinado, aunque no cronológico; por lo menos las palabras de Jesús y las consultas a él dirigidas debieron de exponerse casi siempre con las mismas expresiones y frases, de suerte que la catequesis apostólica fuera grabándose en la memoria de los oyentes de una forma determinada y fija. De aquí que los *Sinópticos* tengan tanto de común en la exposición y en las frases y expresiones características. Se comprenden por otra parte las *diferencias de forma,* observando que la tradición no era rígida, a pesar de poseer cierta estabilidad, y que los evangelistas, como hombres independientes, cooperaron con sus dotes y talentos literarios, diversos en cada uno, a la obra del Espíritu Santo; de ahí la variedad e individualidad de la expresión.

No debemos sin embargo ocultar que la hipótesis de la tradición no basta para explicar el problema sinóptico. Pues san Lucas indica en el prólogo de su Evangelio «haber investigado todo con diligencia», utilizando, por consiguiente, los escritos de «muchos» (entre ellos los de Marcos y Mateo). Como quiera que ello sea, existieron anotaciones escritas, de las cuales Lucas por lo menos no

---

1 Cfr. I *Cor.* 3, 2; *Hebr.* 6, 1; 5, 12.

2 Cfr., por ejemplo, el Sermón de la Montaña en *Matth.* 5, 1-7, 29 y en *Luc.* 6, 20-49; también páginas 20 y 26. También en algunos otros puntos, por ejemplo, en el Padrenuestro (*Matth.* 6, 9 y *Luc.* 11, 12), en las palabras de la institución de la Eucaristía (*Matth.* 26, 26-30 y *Marc.* 14, 22 26 de una parte, y *Luc.* 22, 15-20 y I *Cor.* 11, 23-26 de otra) encontramos tradiciones algún tanto diferentes. Acerca de la manera de concordar tales diferencias, véase Heigl, en *Monatsblätter für den kathol. Religionsunterricht* VIII 328 ss.

prescindió; el relato de la infancia de Jesús (cap. 1 y 2) y el episodio de los discípulos de Emmaús (24, 13 35) indican la utilización de una fuente escrita [1]. Además, el molde unitario de la tradición se hizo primero en Palestina, por consiguiente, en lo tocante a la forma, en arameo, y no en griego, lengua en que escribieron por lo menos san Marcos y san Lucas [2]. Y aunque se llegase a demostrar la verosimilitud de que, al volverse hacia el mundo greco-romano la actividad apostólica, se creó también en griego una terminología unitaria, cierta forma fija y constante, sin embargo es muy inverosímil, como acertadamente observa Belser, que los predicadores del Evangelio llegasen a coincidir tan *literalmente* como los *Sinópticos*. Porque de ser ello así, el cuarto evangelista, que también pertenecía al Colegio Apostólico, predicó desde el año 67 y escribió más tarde en griego, presentaría el mismo corte que los *Sinópticos* en los episodios que tiene comunes con éstos [3]; en realidad el cuarto Evangelio se aparta de los *Sinópticos* en las expresiones y en los giros. Estas razones mueven a muchos a rechazar la hipótesis expuesta, buscando la solución del problema sinóptico en la hipótesis de un Evangelio primitivo escrito. Pasemos a exponerla.

20. **Hipótesis de un Evangelio primitivo escrito,** llamada también *hipótesis de las fuentes*. Inicióla G. E. Lessing en 1784 en un escrito que lleva por título: *Neue Hypothese über die Evangelisten*. Según Lessing, los tres *Sinópticos* que hoy tenemos dimanan de una fuente común escrita, de un Evangelio primitivo que luego de utilizado se perdió. Esto explica cómodamente las afinidades, mas no las diferencias de los *Sinópticos;* por lo que posteriormente se ha modificado la idea de Lessing en este sentido: del Evangelio primitivo hubo distintas recensiones o refundiciones, las cuales sirvieron de modelo a los *Sinópticos*. Pero, como muy atinadamente observa Jülicher [4], en el fondo no se consigue con ello «sino trasladar las dificultades del dominio claro de los Evangelios canónicos al tenebroso de una literatura perdida, la cual se baraja a capricho, y cuya temprana y absoluta desaparición raya en milagro». En efecto, no se ha encontrado huella del supuesto Evangelio primitivo ni de sus recensiones y refundiciones; y no se explica que desapareciesen tales escritos tan absolutamente, que no llegase a los Padres del siglo II ni siquiera un ejemplar, ni noticia alguna de ellos.

Otra modificación, introducida por Schleiermacher, es la llamada hipótesis de los fragmentos o *diegesis*. Ya luego de la muerte de Jesús existieron numerosos relatos *(diegesis)*, más o menos extensos, acerca de los dichos y hechos del Salvador. Los evangelistas utilizaron estas hojas «volantes» en la medida que pudieron hacerse con ellas y, ayudándose de la tradición oral y de la especulación teológica, dieron cima a la obra que traían entre manos. Mas esta hipótesis no explica cómo de tan abigarrado conjunto de fragmentos los evangelistas tomaron precisamente unos mismos relatos, y por qué estos relatos procedentes de las mismas fuentes prensentan divergencias materiales y formales tan grandes. También aquí observa atinadamente Jülicher [5]: «La coincidencia verbal entre los *Sinópticos* es demasiado general, y cada uno de los tres Evangelios demasiado unitario, para que pudieran dimanar de un conjunto abigarrado de fragmentos» Los críticos, no satisfechos de su teoría, buscaron otra solución al problema, sin abandonar la idea fundamental de una fuente *escrita* que pudieron utilizar los tres *Sinópticos*. Se ha excogitado un número indecible de posibilidades. Entre los críticos protestantes actuales priva la *teoría de las dos fuentes*. Los más de ellos la consideran como un descanso provisional después de las tentativas vacilantes de tantos años, y muchos la tienen por axioma inconcuso en la cuestión de los Evangelios. Según esta teoría, el Evangelio de san Marcos (o Marcos primitivo) es el más antiguo; fácilmente se reconoce ser la «fuente» de san Mateo. Pero si se desarticula Marcos de Mateo, queda

---

[1] Cfr. página 26. [2] Véase Belser, *Einleitung*[2] 213.
[3] Por ejemplo, *Ioann.* 6, 1-21; 18, 1-20 23.
[4] *Einleitung*[6] 304. [5] Ibid. 304

una segunda parte primitiva independiente, «los discursos del Señor» o «Logia». Marcos constituye, por consiguiente, la *fuente de los hechos,* y los *Logia* la «*fuente* de los discursos»; de ambas nació el Evangelio actual de san Mateo, y de ambas tomó san Lucas el fondo esencial de su Evangelio; pero Lucas utilizó además otras fuentes. También esta forma de la hipótesis de las fuentes es insostenible, y recientemente va aumentando en el campo protestante el número de los impugnadores. Supone haber sido el Evangelio de Marcos el más antiguo y haberse Mateo servido de él; y sin embargo la investigación exenta de prejuicios confirma cada vez más la tradición histórica, según la cual Mateo fué quien primero escribió el Evangelio; tampoco en la antigüedad cristiana hay noticia de que Mateo tuviera a la vista un modelo escrito. Supone también la teoría de las dos fuentes que la segunda de ellas fué el libro de los *Logia;* y, sin embargo, este libro es un producto de la fantasía. La antigüedad cristiana no tiene noticia de él; para poder hacer algo por la solución del problema, se hace necesario admitir que contenía no sólo discursos, sino también relatos; el autor no se había de «ceñir escrupulosamente, como dice Jülicher [1], a los discursos del Señor, mas debía relatar a veces por menudo los sucesos que motivaron tales discursos, cuando, para que aparecieran en plena luz las valiosas manifestaciones pragmáticas, era necesaria la pintura de las circunstancias en que salieron de labios del Señor». Habla por fin en contra de la teoría de las dos fuentes el hecho de no poder sus partidarios explicar satisfactoriamente de dónde han tomado san Mateo y san Lucas la parte en que discrepan, la cual, por tanto no se puede hallar ni en el libro de los *Logia* ni en el de Marcos; «y sin embargo, dice Jülicher [2], en ambos (evangelistas, Mateo y Lucas) se encuentran asuntos que no se han tomado de Q (libro de los *Logia)* ni de Mc (Marcos), los cuales, por tanto, proceden de otra fuente». — En conclusión, que no podemos admitir la hipótesis de las fuentes escritas, en cualquiera de sus formas, y que en ella sólo vemos acertada la idea fundamental que la inspiró, conviene saber: la insuficiencia de la tradición oral para explicar el problema sinóptico y la imposibilidad de desechar en absoluto la hipótesis de alguna fuente escrita. Con esto pasamos a exponer la teoría de la dependencia mutua de los Evangelios.

21 a. **Hipótesis de la mutua dependencia** o de la utilización recíproca. Sostiene esta teoría que los evangelistas conocieron unos los escritos de los otros, y que los más recientes utilizaron la obra de los anteriores. Seis son las combinaciones posibles, según quién sea el primer evangelista y quién el segundo; todas ellas han tenido defensores. De las distintas formas que presenta la hipótesis de la dependencia mutua, resulta cada vez con más claridad que, para resolver el problema del *orden en que se sucedieron los Evangelios,* debemos consultar los testimonios *externos* y no los criterios *internos.* Si nos atenemos a los testimonios externos, Mateo fué quien *primero* escribió; el segundo fué Marcos y el tercero Lucas. Ya en Orígenes († 253) encontramos el siguiente testimonio [3]: «De la tradición he aprendido acerca de los cuatro Evangelios, que son los únicos recibidos sin contradicción en toda la Iglesia de Dios... El primero [4] fué escrito por san Mateo, que antes fué publicano y después apóstol de Jesucristo... El segundo es el de san Marcos, que lo escribió según la exposición de san Pedro... El tercero es el de san Lucas, confirmado por san Pablo, escrito para los fieles de la gentilidad. Por fin el Evangelio de san Juan». Así también el *Fragmento de Muratori,* el prólogo de la *Vetus Latina,* Clemente Alejandrino, Epifanio y en general todos los Padres que hablan del asunto. Hay razones intrínsecas que corroboran los testimonios externos. Admitido el orden que señala Orígenes, queda justificada la hipótesis de haber san Marcos utilizado el Evangelio (arameo) de san Mateo, y san Lucas los dos precedentes. Coincidiendo en parte con el sabio protestante Zahn, ha

[1] Ibid. 314. [2] Ibid. 317. [3] En Eusebio, *Hist. eccl.* 6, 25.
[4] Cfr. también Cladder, *Das älteste Evangelium,* en *StL* 86 (1913), 379 ss.

dado Belser a la teoría de la dependencia mutua una forma que puede resolver todas las dificultades. El sabio profesor de Tubinga reconoce ante todo un hecho, descubierto tras largo y cuidadoso examen comparativo de los *Sinópticos*, y casi universalmente admitido, conviene saber: que Lucas se ha servido de Marcos. Además de las predicaciones orales de Pedro en Roma, prosigue, utilizó Lucas una fuente escrita; ésta no fué el libro de los *Logia* [1], de cuya existencia nada sabe la antigüedad cristiana, sino el Evangelio arameo de Mateo. «(Marcos) el pobre pide prestado a (Mateo), el rico; pero no viceversa» [2]. El traductor del Evangelio arameo de Mateo dispuso a su vez del Evangelio de Marcos. De ahí se explica la amplia coincidencia léxica entre Marcos y el Evangelio griego de Mateo. Lucas se sirvió, no sólo de Marcos, como se admite generalmente, sino también de Mateo. Pues «como Lucas cotejase y compulsara los escritos de *muchos* con la tradición de los testigos oculares, seguramente tuvo en cuenta, además de la tradición oral, por lo menos la tradición escrita de *un* testigo ocular; y éste, de atenernos a la tradición eclesiástica, no pudo ser otro sino Mateo» [3].

Unidas las hipótesis de la tradición oral y de la dependencia mutua, se explican satisfactoriamente y sin desatender ni violentar los testimonios externos las afinidades y discrepancias de fondo y forma de los Sinópticos.

21 b. **Decreto de la Comisión Bíblica.** Acerca de la cuestión sinóptica y de la mutua dependencia de los tres primeros Evangelios, la Comisión Bíblica dió el 26 de junio de 1912 el siguiente decreto:

I. Guardando lo que absolutamente debe guardarse conforme a lo estatuído anteriormente (véase págs. 16 s. y 27 s.), especialmente acerca de la autenticidad e integridad de los tres Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, de la identidad sustancial del Evangelio griego de Mateo con su original primitivo, como también del orden de tiempo en que fueron escritos, ¿está permitido al exegeta, para explicar las semejanzas y diferencias de los mismos, siendo tan variadas y opnestas las opiniones, disputar libremente apelando a las hipótesis de la tradición tanto escrita como oral o a la dependencia de uno respecto a su precedente o a sus precedentes? *Resp.:* Afirmativamente.

II. ¿Observan lo arriba estatuído los que, sin apoyarse en el testimonio de la tradición ni en argumento histórico, abrazan fácilmente la hipótesis vulgarmente denominada de las dos fuentes, la cual trata de explicar la composición del Evangelio griego de Mateo y del Evangelio de Lucas por la gran dependencia de los mismos del Evangelio de Marcos y de la colección llamada *Logia* del Señor? ¿Pueden, por tanto, defenderla libremente? *Resp.:* Negativamente a entrambas partes.

Evangelio de san Juan

22. **San Juan.** El cuarto Evangelio es uno de los escritos que antes y más generalmente se utilizó en la Iglesia y en la literatura herética. Qne este libro singular y tan tempranamente explotado por los herejes fuese universalmente reconocido por canónico, se explica por el hecho de habérsele siempre tenido por obra del Apóstol san Juan.

Hijo de Zebedeo y de Salomé [4], era Juan natural de Galilea, probablemente de Betsaida, pescador [5] como su padre y su hermano Santiago. El Bautista le mostró al Cordero de Dios, y desde aquel momento Juan siguió a Jesucristo; y tan grabado quedó en la memoria del futuro apóstol aquel momento de la vocación, que más tarde en edad muy avanzada lo recuerda en el Evangelio [6] con

---

[1] Página 11.
[2] Zahn, *Einleitung* II³ 330.
[3] Belser, *Einleitung*² 222 —Acerca de la cuestión sinóptica cfr. también Dausch, *Die synoptische Frage,* en *BZF* VII. 4 (Münster 1914); el mismo, *Die Zweiquellentheorie und die Glaubwürdigkeit der drei älteren Evangelien,* ibid. fascículo 9 (1915); el mismo, *Der Wanderzyklus Matth. 8-9 und die synoptische Frage,* ibid. X, 9/10 (1923). Bonkamp, *Zur Evangelienfrage* (Münster 1909). Wickert, *Die synoptische Frage,* en *PB* 1917/1918, 17 ss.
[4] *Matth.* 27, 56 cfr. con *Marc.* 15, 40.
[5] *Matth.* 4, 21.
[6] *Ioann.* 1, 39.

toda clase de detalles. Siguió al Maestro a Galilea [1], acompañóle en las bodas de Caná [2], fué con él a Cafarnaum y luego a Jerusalén [3]; de allí fué con el Señor a Galilea por Samaria [4] y volvió a su patria a vivir de su oficio. Después de la pesca milagrosa, Santiago y Juan, como también Pedro y Andrés, fueron invitados por el Salvador a dejar todo y a asociarse como perpetuos compañeros [5]. Algún tiempo después Juan, con otros once de los discípulos, fué escogido apóstol del Señor, y con su hermano Santiago y Simón Pedro formó el grupo de los íntimos del Señor. Fué con éstos testigo de la resurrección de la hija de Jairo [6], de la Transfiguración del Señor [7] y de la Agonía en el huerto de Getsemaní [8]. Entre él y el Salvador existió una amistad muy estrecha, cuyo fundamento ha visto la tradición en la virginidad del discípulo amado. En carácter era el más parecido al Señor; tan tierno y efusivo como fogoso y resuelto, un «hijo del trueno» [9]. Fué de los apóstoles el único que presenció la muerte del Redentor, el cual le encomendó a su Madre Santísima desde la Cruz.

Parece ser que por lo menos hasta la muerte de la bienaventurada Virgen permaneció sin interrupción [10] en Jerusalén. Allí trabajó (según *Act.* 3, 1 ss.; 4, 1 ss.) al lado de Pedro. Allí le encontró en el Concilio de Jerusalén el Apóstol de las gentes, el cual le cuenta entre las «columnas» de la Iglesia (*Gal.* 2, 9). Según Ireneo [11], san Juan ejerció el apostolado en Efeso, desde donde dirigía las iglesias de Asia Menor. Mas no es probable que fuera Juan allí antes de la muerte de san Pablo (año 67), pues éste en ninguna de las Cartas a los Efesios, a los Colosenses, a Filemón y a Timoteo hace mención de la presencia o del apostolado de san Juan en dicha ciudad; además, de haber ejercido en ella el ministerio el discípulo amado, viviendo éste no hubiera san Pablo nombrado a Timoteo obispo de Efeso. En Efeso formó san Juan a sus discípulos: los obispos Papías de Hierápolis, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna. Según tradición unánime, fué desterrado a *Patmos* (lám. 14-23) en tiempo de Domiciano [12]. Allí recibió del Señor aquellas visiones que nos ha dejado escritas en el *Apocalipsis* (véase núm. 725). A la muerte de Domiciano pudo regresar a Efeso; luego de lo cual, hacia el año 100, cumpliéronse los anhelos que tan conmovedoramente expresa en el remate de su *Apocalipsis* con aquellas palabras; «¡Ven, Señor Jesús!». Vino el Señor para llevarse a su discípulo con una plácida muerte, como se lo había prometido (*Ioann.* 21, 20 ss.) [13].

---

[1] *Ioann.* 1, 43. [2] *Ioann.* 2, 2. [3] *Ioann.* 2, 12 23.
[4] *Ioann.* 4, 8. [5] *Matth.* 4, 21. *Marc.* 1, 19. *Luc.* 5, 1-11.
[6] *Luc.* 8, 51. [7] *Matth.* 17, 1. [8] *Matth.* 26, 37.
[9] *Marc.* 3, 17; 9, 37. *Luc.* 9, 54. [10] *Act.* 8, 14; *Gal.* 1, 19.
[11] *Adv. haer.* 3, 1, 1.
[12] Ibid. 5, 30, 3. Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 18. *Patmos*, hoy Patmo o Patmosa, es una isla del mar Egeo, situada frente a la costa occidental de Asia Menor, 70 Km. al oeste de Mileto, 100 Km. al sudoeste de Efeso, entre Samos y Cos. El terreno es sumamente árido y de origen volcánico. Tiene 12 Km. de anchura, con 4000 habitantes repartidos en dos poblaciones: el puerto de refugio, llamado *La Scala*, y la capital *Patmos*, situada sobre un monte, en torno de un monasterio. A medio camino de la bahía a la ciudad se ve una iglesia dedicada a la memoria del Apóstol san Juan; contiguo a la iglesia hay un monasterio (con biblioteca de mucho valor), la *Escuela de san Juan*. Del convento se baja por una escalera de 30 gradas a una gruta, donde se cree haber recibido san Juan las visiones. Aquí recibió el discípulo amado las revelaciones del *Apocalipsis*, frente a la costa de Asia Menor donde se hallaban las siete ciudades, a cuyos obispos están dirigidas las cartas de los capítulos segundo y tercero. La vista del mar, bella pero seria y solemne, invita a la oración. «Aquí se convence uno de que la trama de las espléndidas y terribles visiones apocalípticas está inspirada en la naturaleza que rodeaba al Vidente» (véase Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient* 8—10 [1922] 498 s.).
[13] Eusebio, *Hist. eccl.* 5, 24. San Ireneo, *Adv. haer.* 2, 22, 5. San Jerónimo, *Comm. in Epist. ad Gal. 6, 10.* Véase *ZKTh* 1878, 210; *Monatsblätter für den kathol. Religionsunterricht* XII 71.—La antigua tradición cristiana nos cuenta algunos rasgos de la vida de san Juan, como, por ejemplo, el haberse negado el Apóstol a morar bajo el *mismo* techo con el hereje Cerinto (Ireneo, *Adv. haer.* 3, 3, 4);—el martirio (frustado) en una caldera de aceite hirviendo, suceso acaecido en Roma *ante Portam Latinam* (Tertuliano,

Algunos sabios modernos, como Wellhausen y Ed. Schwartz, sostienen que el Apóstol san Juan jamás vivió en Efeso, sino que hacia el año 44 fué muerto en Jerusalén con su hermano Santiago el Mayor; precisamente de aquí nació aquel pasaje que traen *Matth.* 20, 20-23 y *Marc.* 10, 35-40, donde se pone en boca de Jesús la siguiente profecía: «Beberéis el cáliz que yo bebo, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado» [1]. Como prueba aducen una noticia conservada en *uno solo* de los *numerosos* manuscritos de la *Crónica* del monje griego Georgios Hamartolos, compuesta hacia el año 850, y en una colección anónima de extractos de historia eclesiástica tomados del *Codex Baroccianus*. El pasaje de la *Crónica* dice así: «Papías dijo en el segundo libro de su obra que Juan fué muerto por los judíos». Pero este pasaje no dice que hubiese muerto el Apóstol san Juan en Palestina; nada prueba, por consiguiente, contra la permanencia del discípulo amado en Efeso. Además, el pasaje ha pasado a la *Crónica* de Georgios por obra de un copista, como «evidentemente se colige de la contradicción con los demás manuscritos y del contexto mismo del único manuscrito que lo trae» [2]. El pasaje tomado del *Codex Baroccianus* es como sigue: «Papías dice en el segundo libro que Juan el Teólogo y su hermano Santiago fueron muertos por los judíos». Pero se ve inmediatamente no ser esto una cita explícita de Papías; porque el sobrenombre de «el Teólogo» no se dió a san Juan hasta el siglo IV. Además, de haberse encontrado el pasaje en la obra del obispo de Hierápolis, no hubiera pasado inadvertido a Eusebio, «lector diligente y crítico riguroso de Papías». Es claro que ningún escritor de la antigüedad cristiana ha leído en Papías la noticia de haber acabado san Juan su vida en Palestina de muerte violenta a manos de los judíos; pues nada sabe de ella la tradición, antes al contrario nos dice que el Apóstol san Juan murió de muerte natural después de prolongada actividad en Efeso. Tampoco del calendario siríaco del año 411 se puede sacar argumento de haber sido muertos tempranamente en Jerusalén los hijos del Zebedeo, Santiago y Juan; dicho calendario, después de la fiesta del protomártir Esteban, anuncia para el día 27 de diciembre: *Ioannes et Iacobus apostoli Hierosolimis.* Aun a juicio de Harnack, Bernard [3] «explica realmente» cómo el calendario pudo darnos tan singular noticia: originariamente se consideró la fiesta, no como de *mártires* sino como de *apóstoles;* después del Protomártir había de ser honrado en Santiago y Juan el coro de *apóstoles* que habían dado testimonio de Jesucristo. Es, pues, inadmisible, aun en sentir de Harnack [4], la pretenciosa afirmación de Wellhausen, que llega a decir: «No se puede ya poner en tela de juicio que Juan, el hijo del Zebedeo, siguiera a su Maestro en la muerte mucho antes que Pedro, y fuese muerto en Jerusalén juntamente con su hermano Santiago»; y a nuestro juicio debería cesar todo ataque a la tradición antigua que afirma unánime haber acabado san Juan sus días en Efeso de muerte natural hacia el año 100.

23. Testimonios externos de la autenticidad del Evangelio de san Juan. No carece de fundamento lo que tocante a la autenticidad del cuarto

---

Praescript. 36);—la historia del joven que se hizo bandido, tan poéticamente tratada por J. G. v. Herder *(Der gerettete Jüngling)* (Clemente Alejandrino, *Quis dives salvetur?* c. 42, y Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 23, 28);—el consejo que tan a menudo repetía: «Hijitos, amaos los unos a los otros» (san Jerónimo, *Comm. Epist. ad Gal.* 6, 10). La leyenda de haber san Juan con su bendición apartado en forma de culebra el veneno de una copa de vino, dió motivo a que se le representara con una copa de oro, de la que huye una culebra. El símbolo de este Evangelista es el águila; cfr. página 2.

[1] Cfr. V. Weber, *Das angebliche Doppelmartyrium der Zebedäiden,* en *Kath* 1913 II 434.

[2] Zahn en *Realenzyklopädie für protest. Theologie* IX³ 285; cfr. también Zahn, *Einleitung* II³ 464, nota 2.

[3] *The traditions as to the death of John,* en *The Irish Quarterly* 1908, 51 ss.

[4] *Theologische Literaturzeitung* 1909, 10 ss.

Evangelio dice Schanz [1]: «El testimonio externo es tan universal y seguro como pudiera apetecerse de un libro escrito a fines del siglo I». Pues unánimemente atribuye la tradición nuestro cuarto Evangelio al Apóstol san Juan, que lo escribió después que los demás evangelistas, y completó con su libro las noticias de aquéllos. Consideremos primero los testimonios *indirectos,* es decir, aquéllos en que, sin nombrar expresamente al autor, se habla del cuarto Evangelio como de uno de los cuatro Evangelios inspirados y sagrados y de igual autoridad que los demás. El primero de todos lo hallamos en las cartas de *san Ignacio de Antioquía,* el cual sufrió el martirio el año 107 (según otros el 110 o el 115). Están dichas cartas tan saturadas de pensamientos y frases del cuarto Evangelio, que su autor debió de estar íntimamente familiarizado con el libro. Del cuarto Evangelio, lo mismo que de los *Sinópticos,* se sirvió también san Justino Mártir en sus obras, compuestas entre los años 150 y 160 d. Cr.; el mismo Harnack [2] no se atreve a «negar que Justino tuviera el cuarto Evangelio por obra del Apóstol san Juan». Un testimonio importante nos ofrece también el *Cementerio de santa Priscila,* de principios del siglo II, es una pintura que representa la resurrección de Lázaro, relatada sólo en el cuarto Evangelio. Pues es cosa averiguada que las pinturas más antiguas de las catacumbas toman siempre los motivos de los libros canónicos [3]. También podemos aducir a los *herejes* como testigos de la autoridad canónica de que universalmente gozaba el cuarto Evangelio a mediados del siglo II. Los montanistas y los gnósticos alegan el cuarto Evangelio para defender sus doctrinas, los alogos lo atacan; mas unos y otros ponen con ello de manifiesto que gozaba en la Iglesia de autoridad canónica [4].

Viniendo ahora a los testimonios *directos,* es decir, aquellos que atestiguan expresamente ser Juan el autor del cuarto Evangelio, comencemos por Ireneo [5], obispo de Lyon, el cual escribía hacia el año 180 estas palabras: «Estando en Efeso, escribió el Evangelio después (de los *Sinópticos)* san Juan, el discípulo que reclinó su cabeza en el pecho del Señor»; y en otro lugar dice el mismo [6]: que Juan escribió su Evangelio contra Cerinto y los primeros gnósticos. Si, pues, Ireneo consigna hacia el año 180 como un hecho sólidamente establecido ser el cuarto Evangelio obra de san Juan, débesele considerar como testigo, no sólo de la opinión reinante por aquella época en la Iglesia, sino también de las doctrinas y tradiciones de los discípulos directos e indirectos de los apóstoles. Está de manifiesto que Ireneo se funda en una sólida tradición apostólica. En su juventud oyó a Policarpo, el cual a su vez había sido discípulo de san Juan [7]. Tenemos, pues, todos los anillos de la cadena: *Ireneo-Policarpo-Apóstol Juan,* y fracasan todas las tentativas de la crítica moderna para destrozarla [8]. Dado que Ireneo hubiese nacido entre el 130 y el 140, pudo muy bien haber oído las enseñanzas de Policarpo que murió el 155; y si éste nació el año 68, pudo ser designado por Juan para la sede episcopal de Esmirna. No se puede negar que en las obras de Ireneo hay algunos datos erróneos [9]; esto nos obliga a examinarlos y comprobarlos con cuidado, pero no nos autoriza a rechazar de plano sus testimonios y a poner en duda su credibilidad. A pesar de ciertos errores, es siempre un testigo digno de crédito. Al testimonio de Ireneo podemos añadir el de *Cle-*

---

1 *Kommentar über das Evangelium des hl. Johannes* (1885) 10.

2 *Chronologie* I 674.

3 *Römische Quartalschrift* 1894, 121 ss. *StL* 47 (1894), 568 ss. Marucchi, *Handbuch der christl. Archäologie;* refundición alemana de Segmüller O. S. B. (Einsiedeln 1913) 331.

4 Cfr. Bludau, *Die ersten Gegner der Johannesschriften (BSt* XXIII, 1/2 [1925]).

5 *Adv. haer.* 3, 1.

6 Ibid. 3, 11, 1.

7 Eusebio, *Hist. eccl.* 5, 20, 6.

8 Cfr. Gutjahr, *Die Glaubwürdigkeit des irenäischen Zeugnisses über Abfassung des vierten kanonischen Evangeliums* (Graz 1904).

9 Por ejemplo, acerca de la edad de Jesús; cfr. Marx en *PB* 1908, 303 ss. y núm. 58, nota.

mente Alejandrino (nacido hacia el año 150, muerto hacia el 217), el cual habla en nombre de la tradición de los «antiguos» presbíteros, es decir, sin duda alguna, en nombre de la tradición de los maestros de su maestro *Panteno;* nos encontramos, pues, de nuevo con un testigo instruído por los discípulos de los apóstoles. Nos dice Clemente que san Juan, viendo que los Evangelios anteriores habían explicado el aspecto corpóreo (somático) de la aparición de Jesús, arrebatado por el Espíritu de Dios escribió un Evangelio espiritual *(pneumático)* [1]. Séanos permitido aducir todavía el testimonio del *Fragmento de Muratori,* el cual designa con toda claridad como autor del Evangelio al Apóstol san Juan. Y aunque la historia del origen de este Evangelio aparezca en el *Fragmento* ataviada con adornos legendarios, no por eso deja de ser cierto el núcleo histórico que encierra, a saber, que san Juan es autor de dicho Evangelio. Nótese además que la parte del *Fragmento* relativa a la formación de los Evangelios probablemente no es original, sino interpolación posterior, pues «por la forma (locución directa) se distingue del resto de la obra como pieza extraña» [2].

24. Criterios internos de la autenticidad del Evangelio de san Juan. Yerra Harnack [3] cuando dice que el cuarto Evangelio no previene ni pretende pasar por obra del Apóstol san Juan. El cuarto Evangelio quiere en absoluto ser tenido por obra de san Juan. Leemos en el remate del último capítulo: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y escribió esto, y sabemos que su testimonio es verdadero» [4]. Las palabras «de estas cosas», «esto», se refieren no sólo a los episodios que inmediatamente anteceden, o al capítulo 21, sino a todo el Evangelio. Pues el último capítulo, por la forma y tono solemne del remate del precedente [5], debe considerarse como epílogo del Evangelio, pero escrito por la misma mano que compusiera los capítulos 1-20, y antes de salir a la luz pública el Evangelio. Porque en «este capítulo 21 no hay indicios de pluma distinta de la que escribiera los capítulos 1-20» [6], y «en los manuscritos griegos no hay la menor huella de la existencia del libro sin el capítulo 21; de donde se colige haber sido añadido el epílogo antes que el Evangelio se hubiese propagado, o sea luego de haberse compuesto los capítulos 1-20» [7]. Aquellas palabras: «*Nosotros* sabemos que su testimonio es verdadero», indican que a san Juan asistía un círculo de varones prestigiosos que gozaban de intimidad con el Apóstol, los cuales garantizaron con su autoridad la autenticidad del libro y la verdad del contenido. Mas ¿quién es el escritor de cuya veracidad dan testimonio estos hombres? ¿Qué nombre se da a sí mismo el cuarto evangelista? Es el *discípulo a quien amaba el Señor»* [8]*;* el que en la Ultima Cena descansó en su pecho y preguntó: «¡Señor! ¿quién es el que te ha de entregar?» [9]; el que estaba al pie de la Cruz y fué encomendado por el Redentor a su Madre Santísima [10]; el que al tercer día fué con Pedro al sepulcro y se convenció de que no habían robado el cuerpo de Jesús [11]; el que reconoció el primero al Salvador en el lago de Genesaret [12]. Ese es el que se presenta como *testigo ocular,* que con el trato duradero con el Salvador pudo convencerse de la realidad de todo lo que cuenta. «El que vió estas cosas da testimonio de ellas» [13]; «hemos visto su gloria» [14]. Y que la palabra «ver» haya de entenderse al pie de la letra, y no figuradamente por «conocimiento» o «contemplación mística», se desprende del comienzo de la carta que escribió para acompañar a su Evangelio [15]: «Lo que

---

[1] Eusebio, *Hist. eccl.* 6, 14, 5-7; cfr. 3, 24.
[2] A. Schäfer-Meinertz, *Einleitung*[3] 287, nota 1.
[3] *Wesen des Christentums* 13. *Chronologie* I 677.
[4] *Ioann.* 21, 24. [5] *Ioann.* 20, 30 s. [6] Harnack, l.c. 676.
[7] Zahn, en *Realenzyklopädie für protest. Theologie* IX[3] 280.
[8] *Ioann.* 21, 20; cfr. *Ioann.* 13, 23; 19, 26; 21, 7.
[9] *Ioann.* 21, 20; 13, 23. [10] *Ioann.* 19, 26. [11] *Ioann.* 20, 2.
[12] *Ioann.* 21, 7. [13] *Ioann.* 19, 35.
[14] *Ioann.* 1, 14; I *Ioann.* 1, 1. [15] I *Ioann.* 1, 1 s.

oímos, lo que vimos con nuestros propios ojos y contemplamos, y del Verbo de la vida palparon nuestras manos... os anunciamos». Ahora bien: en los *Sinópticos* se nombran muy a menudo *tres* discípulos como los «privilegiados»: Pedro, Santiago y Juan. Mas Pedro no puede ser el designado en el cuarto Evangelio como discípulo amado, pues éste aparece distinto de Pedro; a Pedro se le anuncia el martirio, mientras que al discípulo amado se le promete que permanecerá hasta que venga el Señor [1]. Tampoco lo puede ser Santiago, el hijo del Zebedeo y hermano de Juan; pues respecto de él no pudo formarse la leyenda de que no hubiese de morir [2]; al contrario, fué muerto por Agrippa el año 42, el primero de todos los apóstoles [3]. Queda san Juan. El cuarto Evangelio *quiere,* por consiguiente, proceder de san Juan. Que *realmente* proceda de él, lo demuestran los testimonios *externos* arriba aducidos. Acertadamente advierte el sabio protestante Zahn [4]: «En punto a certeza, nada deja que desear el autotestimonio del cuarto Evangelio, corroborado por la tradición unánime que podemos seguir hasta el círculo de los amigos y discípulos del autor».

Todos los caracteres *internos* del Evangelio confirman este resultado. Porque si examinamos la índole del cuarto Evangelio, le hallaremos en el *fondo* y en la *forma* muy conforme con la persona del Apóstol Juan. Por todas partes se descubre el *testigo ocular;* pues en este escrito se echan de ver muchos pormenores pequeños e insignificantes, pero nada inverosímiles, los cuales sólo se explican como recuerdos de un testigo ocular, sin que se vislumbre motivo alguno para que el autor los inventase [5]. Topamos a cada paso con datos geográficos [6] y cronológicos [7] precisos, cuales sólo puede dar quien ha presenciado los sucesos. Animados son los caracteres del Bautista, de Pedro, Andrés, Felipe, Natanael, de María y de Marta. Sólo un testigo ocular y conocedor exacto de las cosas podía permitirse completar y ampliar los relatos de los *Sinópticos,* especialmente de Marcos, presentándolos en su verdadero aspecto y previniendo cualquier error. Y en una época en que los *Sinópticos* parecían haber fijado definitivamente el cuadro de la vida pública de Jesucristo con unidad inquebrantable y de una manera armónica, sólo un hombre que fuese conocido como apóstol y testigo del Señor y gozase de universal prestigio podía atreverse a romper el cuadro y presentarnos una figura nueva, tan fundamentalmente distinta, al parecer, de los *Sinópticos* (especialmente en lo tocante al lugar y al tiempo), y exigir aceptación incondicional [8].

También el *estilo* está en conformidad con san Juan Apóstol. Por una parte, advertimos cierta ligereza y agilidad en el manejo del griego, lo cual supone larga permanencia entre personas de esta habla; por otra, es innegable el espíritu lingüístico del *semita* nativo, y no es posible achacar todas las peculiaridades del cuarto Evangelio únicamente al estilo popular del escritor. A este propósito dice Schanz [9]: El estilo del Evangelio «es flúido y agradable, pero la sencillez es su mayor belleza. Las frases están unidas con sencillez; sencillos son los tiempos y modos verbales, sencillos la narración y el diálogo... Juan *pensaba en hebreo y escribía en griego.* Esto influyó también en la exposición de los conceptos. Sólo se entienden éstos cuando se conoce el giro hebreo». La sencillez, profundidad, claridad y calma de la narración están en perfecta consonancia con el carácter del Apóstol san Juan. Del mismo Evangelio se desprende que san Juan escribió *para los cristianos de la gentilidad,* como lo exigen los testimonios externos. Prueba de ello es la explicación que en el cuarto Evangelio

---

[1] *Ioann.* 21, 20; 13, 24. [2] *Ioann.* 21, 23. [3] *Act.* 12, 1.

[4] *Realenzyklopädie für protest. Theologie* IX³ 280.

[5] Por ejemplo, 1, 39 (hora décima); 2, 6 (seis hidrias...; cada una de las cuales contendría dos o tres medidas); 8, 20 (cerca del gazofilacio); 13, 30 (era de noche); 18, 18 (hacía frío).

[6] *Ioann.* 1, 28; 2, 1; 3, 23; 4, 5 s.; 5, 2 (piscina de Betesda con cinco pórticos).

[7] *Ioann.* 1, 29 35 43; 2, 1; 3, 2 22; 4, 6 y a cada paso.

[8] *StL* 68 (1905) 159; cfr. también 67 (1904), 361, y 86 (1913/14), 136.

[9] *Kommentar* 50.

se da de todos los nombres hebreos por medio de los correspondientes griegos [1], de la condición, de los usos y costumbres de los judíos, de las fiestas y de los lugares de Palestina [2]. Deja también entrever el autor que escribe, no para todos los fieles cristianos, sino para la comunidad de cristianos entre los cuales vive [3].

25. Impugnación de la autenticidad del Evangelio de san Juan. Aunque la tradición *externa* acreditada atestigua ser el cuarto Evangelio obra del Apóstol san Juan, y los criterios *internos,* examinados sin prejuicios, corroboran los testimonios externos, sin embargo desde Evanson (1792) y Bretschneider (1820) son muchos los críticos protestantes que niegan la autenticidad y credibilidad. A nadie extrañará que la discutan e impugnen también los modernistas, sobre todo Alfredo de Loisy [4]: pues sabido es que éstos, como los más de los críticos protestantes, dan *a priori* por incognoscible y aun por imposible todo lo sobrenatural. Y como en el cuarto Evangelio se expresa con innegable claridad la divinidad de Jesús, no vacilan en rechazar su autenticidad y valor histórico. Muy atinadamente dice Kaulen [5] a este propósito: «Quien niegue la naturaleza divina de Jesucristo, no puede reconocer el cuarto Evangelio con su sencillez y convincente claridad como escrito nacido en el círculo de los íntimos de Jesús; la negación conduce por necesidad a la tentativa de presentar el cuarto Evangelio como resultado de la especulación, o como delirante apoteosis de un Redentor puramente imaginario, cual razonablemente sólo después de algún tiempo de existir el Cristianismo hubiera sido posible». Compárese con esto lo que dice Weizsäcker [6], resumiendo sus reparos contra la autenticidad del cuarto Evangelio: «Que el discípulo amado del Evangelio, aquel apóstol que estuvo sentado a la mesa al lado de Jesús, llegase a considerar y presentar su propia vida de otro tiempo como la convivencia con el Logos encarnado..., es un enigma No hay poder de la fe o de la filosofía, por grande que sea, capaz de extinguir el recuerdo de la vida real y sustituirlo por la figura maravillosa de un ser divino». Con otras palabras: Cristo no era de naturaleza divina, y un testigo ocular no podía tenerle por tal; si, pues, el cuarto Evangelio le presenta como «figura maravillosa de un ser divino», el libro no puede ser obra de un testigo ocular. Estamos de acuerdo con el teólogo protestante Zahn [7], cuando dice: «Debiérase reconocer más de lo que generalmente se hace, que, no por observaciones positivas del texto, ni por conocimientos positivos que sobrepasan lo que nos enseña la tradición, se ha pensado en sustituir al Apóstol san Juan, primero por el hereje Cerinto, luego por un escritor de inspiración gnóstica de mediados del siglo II, ora por un judío-cristiano que nunca salió de Siria, ora por la escuela o por algún discípulo efesino de san Juan, ya finalmente por un presbítero Juan, a quien la identidad de nombre con el Apóstol sugiriese la idea de identificarse con él; los representantes de semejantes hipótesis sólo concuerdan en el juicio negativo de no ser posible que un discípulo personal de Jesús escribiera un libro cuyo contenido se hace increíble por diversas razones, ya históricas, ya psicológicas y filosófico-dogmáticas». La negación de la divinidad de Jesucristo, mejor dicho, la afirmación de la absoluta imposibilidad de la filiación metafísica de Jesús, inspira más o menos a sabiendas toda la argumentación contra la autenticidad del Evangelio de san Juan, y no puede menos de dar valor y fuerza persuasiva a las objeciones que contra ella se suscitan. No se quiere reconocer el cuarto Evangelio como fuente ***histórica,*** porque

---

[1] *Ioann.* 1, 39 42; 4, 25; 5, 2; 9, 7; 19, 13 17.
[2] *Ioann.* 1, 28; 2, 6 13; 5, 1; 7, 2. [3] *Ioann.* 20, 30 s.
[4] Refutado con acierto por Chauvin, *Les idées de M. Loisy sur le quatrième Évangile* (París 1906); también Lepin, *Le valeur historique du quatrième Evangile;* dos volúmenes (París 1910). Véase también Tillmann en Esser-Mausbach, *Religion, Christentum, Kirche* II[4] (1921) 99 ss.; con brevedad y acierto Jubaru, *M. Loisy et la critique des Evangiles* (París 1908). [5] *KL* VI[2] 1545.
[6] *Apostol. Zeitalter*[3] (Friburgo 1892) 517.
[7] *Realenzyklopädie für protest. Theolog.* IX[3] 280.

ya *a priori* se tiene por imposible la divinidad de Jesucristo, claramente allí expresada. De donde el cuarto Evangelio, en sentir de los críticos, no es sino una alegoría teológica o mística, la meditación teológico-mística de un Cristo desconocido, fruto de cultura judío-alejandrina, que debe interpretarse simbólicamente; y ello, aunque el autor no descubra en lo más mínimo la intención de que se deban interpretar simbólica o alegóricamente sus relatos, antes bien dé claramente a entender en 20, 31 que las «señales (milagros) son prueba de ser Jesús el Cristo, el Hijo de Dios», y aunque todo el libro en un cúmulo de particularidades produzca la impresión de fidelidad histórica.

26. Los Sinópticos y san Juan. Se afirma ante todo que existe irreconciliable oposición entre los *Sinópticos* y san Juan. He aquí los puntos prinpales:

1. Gran *independencia* del Evangelio de san Juan; los trozos comunes con los *Sinópticos* son escasos: la historia de la Pasión, el milagro de los panes, Jesucristo andando sobre las olas y la unción de la Magdalena; en estas pocas secciones san Juan depende de los *Sinópticos*. Mas precisamente la independencia del cuarto Evangelio en lo tocante al asunto es una prueba del origen apostólico del libro. Se ve claramente que nos habla un hombre que sabe decirnos de ciencia propia muchas cosas no relatadas por los otros. Si, pues, el cuarto Evangelio está en armonía con los *Sinópticos* en lo que con éstos tiene de común [1], no es ello argumento contra la autencidad; Juan conoce y aprueba los *Sinópticos;* en los pocos relatos que tiene comunes con ellos, la realidad misma le obliga a no apartarse de los tres primeros Evangelios; pero, en lo demás, él quiso *completar* los *Sinópticos* y exponer con más precisión algunas cosas que, por la brevedad e índole de aquéllos, hubiesen fácilmente podido dar lugar a errores [2]. Es fácil comprobar que en muchos puntos alude simplemente a los hechos relatados por los *Sinópticos,* o los presupone [3]. Así, cuando Juan dice que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y nosotros vimos su gloria», da por sabido el acontecimiento histórico de la Encarnación. El testimonio del Bautista acerca de Cristo [4] presupone el bautismo de Jesús. Juan trae la promesa de la institución del Santísimo Sacramento, mas no nos refiere la institución misma, al contrario de los *Sinópticos* que nos la cuentan por menudo sin antes habérnosla anunciado. Juan nos relata una frase del Señor, que según Marcos le fué echada en cara por el Sanedrín y por los blasfemos que le injuriaban al pie de la Cruz [5]. Habla siempre de los «Doce», suponiendo conocida la lista de los mismos. Y así frecuentemente. Con razón afirma Knabenbauer [6]: «Si los *Sinópticos* se entienden *históricamente,* no de otra suerte deben interpretarse las adiciones, explicaciones y ampliaciones del cuarto Evangelio. No hay manera de sustraerse a esta consecuencia».

2. *Diversidad de escenario.* Dícese que los *Sinópticos* hablan del ministerio de Jesús en Galilea, y sólo en los últimos días le llevan a Judea; en cambio, el cuarto Evangelio traslada la actividad de Jesús a Judea, haciendo de Jerusalén el centro de toda la vida pública del Maestro. Pero es indudable que Juan tiene noticia del ministerio de Jesús en Galilea [7]; pues todos sus viajes tienen por punto de partida Galilea. Es también indudable que los *Sinópticos* conocen la actividad de Jesús en Judea y Jerusalén [8]. Mas en la elección de asunto

[1] *Ioann.* 12, 1 cfr. con *Matth.* 26, 1 ss.; *Marc.* 14, 1 ss.; *Ioann.* 19, 14 y *Marc.* 15, 25.

[2] Por ejemplo, *Ioann.* 3, 23 con *Matth.* 4, 12; *Marc.* 1, 14; *Ioann.* 2, 11.

[3] Cfr. Knabenbauer en *StL* 67 (1904), 361 ss. Bellas observaciones acerca de las relaciones entre Juan y Marcos, en Cladder, ibid. 87 (1914), 136 ss. y en *Unsere Evangelien* I (1919) 193 ss

[4] *Ioann.* 1, 32.

[5] Cfr. *Ioann.* 2, 19 con *Marc.* 14, 58; 15, 29.

[6] l. c. 365.

[7] Cfr., por ejemplo, *Ioann.* 2, 1 13; 4, 3; 6, 1 ss.; 7, 1 etc.

[8] Cfr., por ejemplo, la palabra en *Matth.* 23, 37.—Según los más y mejores manuscritos griegos, en *Luc.* 4, 44 debe leerse: en las sinagogas «de Judea». Cfr. Zahn, *Einleitung* II[3] 379 y 387; consúltense también las ediciones de v. Soden y de Nestle.

siguen distinto criterio los *Sinópticos* y san Juan; éste quería pasar por alto cuanto habían dicho los *Sinópticos,* y referirnos lo que ellos habían omitido. Acertadamente dice Pesch [1] a este propósito: «Habría contradicción, si cada evangelista afirmara contar toda la vida de Jesús y no dejar hecho de importancia por referir. Pero sucede todo lo contrario... Los Evangelios no son biografías de Jesús, sino resúmenes de las principales doctrinas cristianas, derivadas de hechos de la vida del Salvador».

3. Se pretende hallar contradicción entre san Juan y los *Sinópticos* en la *cronología,* tanto en lo tocante a la *duración de la vida pública de Jesús* como a la fecha de su muerte. A esto respondemos aquí sólo lo siguiente: difícil es determinar con evidencia la duración de la vida pública de Jesús; pero sí se puede afirmar que, razonablemente, no es posible hablar de contradicción entre los *Sinópticos* y san Juan. En ninguna parte dicen los *Sinópticos* que hubiese acontecido en el término de *un solo* año todo lo que ellos relatan; ni afirma el cuarto Evangelio que Jesús enseñase durante *tres* años. Una vez que se llegue a dilucidar si san Juan habla de dos, tres o cuatro fiestas de Pascua, los *Sinópticos* no ofrecen dificultad alguna.—Ciertamente, ofrecen algunas dificultades las fechas de la *muerte de Jesús* y de la *Ultima Cena.* Pero no se puede hablar de contradicciones irreconciliables entre los *Sinópticos* y el cuarto Evangelio. Porque ¿cómo habían de tener aceptación en la Iglesia primitiva unos Evangelios que en cuestión tan clara y sencilla estuvieran equivocados o se contradijesen los unos a los otros? Cuando se escribió el cuarto Evangelio, estaban ya difundidos los otros tres por toda la Iglesia. Dado que san Juan hubiese querido con su Evangelio salir al paso de algún concepto erróneo de los *Sinópticos,* habría expuesto paladinamente el error, corroborando su aserto con toda la autoridad de apóstol y testigo ocular. Pero, supuesto que san Juan no fuera el autor del cuarto Evangelio y que éste contradijera abiertamente ciertos conceptos de los *Sinópticos,* de fijo no habría admitido la Iglesia cristiana el libro entre los canónicos. No se puede, por consiguiente, hablar de conflicto insoluble entre los *Sinópticos* y san Juan; aunque sí es cierto que existen dificultades, cuya solución compete a la ciencia [2].

4. Se afirma asimismo que los *Sinópticos* y san Juan presentan de manera fundamentalmente distinta *el curso de la vida pública de Jesús.* En los *Sinópticos* la mesianidad de Jesús va apareciendo paulatinamente. En san Juan, Jesús es inmediatamente reconocido por el Mesías. Si la semblanza del Cristo de los *Sinópticos* es histórica, no puede serlo la de san Juan.—Si éste refleja fielmente la tradición acerca de la vida de Jesús, la que nos brindan los *Sinópticos* es inaceptable. «Toda tentativa de sumar y armonizar el Jesús de Juan con el de los *Sinópticos,* sirve tan sólo para borrar y destruir lo que en uno y otros hay de vigor y grandiosidad» [3]. Mas el tono tajante con que se profieren tales afirmaciones no es garantía de verdad. El cuarto Evangelio presenta a Jesús, no sólo como Dios, sino también como hombre que fatigado y sediente se pone a descansar al brocal del pozo de Jacob [4], llora y se estremece en el sepulcro del amigo [5], suplica al Padre: «¡Padre! líbrame de esta hora» [6] y exclama en la Cruz: «tengo sed» [7]. Los *Sinópticos* no mutilados conocen al Salvador, no sólo como hombre, sino también como Maestro y legislador absoluto igual a Yahve en el Antiguo Testamento, como Redentor de los pecados, Hijo del hombre preexistente, Hijo de Dios e igual a El en naturaleza [8]. Ponen en boca de Jesús frases que no pueden aplicarse a un mero hombre: cuando el divino Maestro perdona los pecados por su propia autoridad [9], cuando de la fe en su persona

---

[1] *StL* 60 (1901). 157. [2] Cfr. núm. 337 s.
[3] Así Wernle, *Die Quellen des Lebens Jesu* (Halle 1904) 25. [4] *Ioann.* 4, 6 s.
[5] *Ioann.* 11, 33 ss. [6] *Ioann.* 12, 27 s. [7] *Ioann.* 19, 28.
[8] Cfr. Jansen, *Die Gottheit Jesu Christi bei den Synoptikern,* en *ZKTh* 1909, 248 ss.; Steinbeck, *Das göttliche Sebstbewusstsein Jesu nach dem Zeugnis der Synoptiker* (Leipzig 1908); Tillmann, *Das Sebstbewusstsein des Gottessohnes. Auf Grund der synoptischen Evangelien,* en *BZF* IV, 11/12 (Münster 1912). [9] *Matth.* 9, 1 ss.

hace depender el castigo y la salud [1], cuando se llama a sí mismo «señor del sábado» [2], cuando se coloca sobre los ángeles [3], cuando se designa a sí mismo como hijo y heredero del señor de la viña [4], cuando invoca su oficio de Juez del mundo [5], cuando llama bienaventurado a Pedro por haber reconocido su mesianidad y filiación divina [6], cuando dice: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo» [7], y en otro lugar: «A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra» [8]. No falta en san Juan evolución y desarrollo progresivo: vemos desenvolverse gradualmente la manifestación del Hijo de Dios, el entusiasmo del pueblo, y también la ceguera de los jerarcas y escribas; magistralmente nos describe el cuarto Evangelio la disposición siempre vacilante del pueblo. Por otra parte, tampoco en los *Sinópticos* faltan pruebas de haber Jesús tenido desde el principio conciencia de su mesianidad, de su relación con el Padre y del contraste de sus preceptos con la sensual expectación mesiánica de los judíos. En vista de esto, algunos corifeos de la «crítica» comienzan a abandonar el criterio arriba expuesto y a reconocer que «ya para Marcos Jesús no sólo es el Mesías del pueblo judío, sino también el admirable Hijo eterno de Dios, cuya gloria resplandeció en este mundo». Y con razón se ha hecho resaltar que en este punto nuestros *Sinópticos* «se diferencian del cuarto Evangelio sólo en el *grado*» [9], o en otros términos: el Cristo de los *Sinópticos* no se aproxima a la pura concepción humana «ni un cabello más que el del cuarto Evangelio» [10].

5. *Si pasamos a los discursos de Jesús,* las diferencias entre los *Sinópticos* y el cuarto Evangelio son irreconciliables. Tocante a la *forma* de los discursos, obsérvese las sentencias concisas y enjundiosas de los Sinópticos, las parábolas de mucho colorido, rebosantes de vida, imcomparables por su evidencia y aplicación inmediata; en san Juan encontramos discursos largos y solemnes, profundos y densos, pobres en imágenes, ricos en alegorías, semejantes a conferencias de un profesor. Aunque no fuera más que por su extensión, los discursos que san Juan pone en boca de Jesucristo no pueden ser relatos de un oyente. Además, los discursos del Señor en el cuarto Evangelio aparecen tan estilizados como las palabras atribuídas en el mismo al Bautista y como las perícopes narrativas. Esto induce a sospechar que todos los discursos, sin distinción, han sido compuestos por el Evangelista. Tocante al *fondo,* hacen notar que los temas de los discursos de los *Sinópticos* difieren esencialmente de los de san Juan; los del cuarto Evangelio tratan casi exclusivamente de que la salud depende de aceptar o rechazar a Jesús, porque procede del Padre y es una cosa con El y porque sus palabras y sus obras son una revelación de Dios. Además, en el cuarto Evangelio flota en primer término una idea ajena completamente a los *Sinópticos:* la preexistencia. El fondo de los discursos de los *Sinópticos* es el reino venidero de Dios y la obligación de hacer la voluntad de Dios. En san Juan, en primer término está la persona; en los *Sinópticos*, el objeto, la cosa. La obligación de «hacer la voluntad de Dios» se ha cambiado en la de «creer».

Tocante a estas objeciones debemos notar: el Maestro se acomoda a los oyentes; en Galilea, ante las gentes sencillas y poco acostumbradas a reflexionar, seguramente habló Jesús, tanto *en el fondo como en la forma,* de distinta manera que en Jerusalén, metrópoli de la teología judía, ante un público culto y formado en las disquisiciones teológicas. Los *Sinópticos* escogieron las doctrinas que Jesús predicó a los galileos, mientras que san Juan nos ofrece las disquisiciones con los doctores de la Ley. Cuando los *Sinópticos* exponen las sentencias en que Jesús hace resaltar su conciencia mesiánica, toman un

---

1 *Matth.* 10, 32 ss.; 11, 3; *Marc.* 2, 19 s. Cfr. también pasajes como *Luc.* 8, 12 s.; 18, 8; 22, 67; 22, 32 y *Matth* 10, 30 32; 16, 25. 2 *Luc.* 6, 5.
3 *Matth.* 24, 31; *Marc.* 13, 32. 4 *Matth.* 21, 33 ss.
5 *Matth.* 7, 21; 10, 15; 16, 27; 25, 31. *Marc.* 14, 62.
6 *Matth.* 16, 17. 7 *Matth.* 11, 27. 8 *Matth.* 28, 18.
9 Bousset, *Was wissen vir von Jesus?* (Halle 1904) 54.
10 Kalthoff, *Das Christusproblem* 20.

acento solemne, semejante al de san Juan [1]. Es cosa difícil de demostrar que un oriental, de memoria más ejercitada y tenaz que la nuestra, devoto en extremo del Maestro, cuyos discursos escuchaba como «palabras de vida eterna», no fuese capaz de retener los discursos que en su libro nos ofrece. Y hay una razón de más en nuestro caso: los discursos de Jesús están relacionados con determinados acontecimientos, e interrumpidos por preguntas de los discípulos y cuestiones de los enemigos; por lo mismo eran aún más fáciles de retener en la memoria. Además, no es preciso admitir que san Juan nos haya dado un estenograma de los discursos del Señor [2]; se puede admitir que les diera estilo propio, sobre todo habiendo de traducirlos de la lengua en que los pronunció Jesús, el arameo; lo importante era reproducir fielmente los conceptos, lo dicho por el Señor, no la forma accidental de las palabras. Las adiciones y explicaciones que a menudo intercala son claro argumento de que nada inventa san Juan; sirva de ejemplo el siguiente pasaje: «Esto lo decía del Espíritu que habían de recibir los que en él creyesen» [3]. Quien compone libremente los discursos, no los interrumpe con notas de esta naturaleza. En cuanto a las diferencias de *fondo* entre san Juan y los *Sinópticos,* se las exagera enormemente. Según los *Sinópticos,* también se perderán quienes se escandalicen de la persona de Jesús, quienes no le reciban como enviado de Dios y no crean en su mensaje; quienes, a pesar del testimonio del Espíritu Santo, no crean en él, se harán reos de blasfemia contra el Espíritu Santo, lo cual es un pecado imperdonable [4]; en cambio se promete recompensa a cualquiera obra que se haga «por amor de él»; bienaventurado quien no se escandalice de él [5]; bienaventurados los discípulos, porque sus ojos le ven y sus oídos oyen su palabra [6]; bienaventurado Pedro, porque le reconoce y confiesa por Mesías e Hijo de Dios [7]. También según los *Sinópticos* la salud está condicionada a la actitud que se adopte respecto de la persona de Jesús: «Quien no está conmigo, contra mí está; y el que conmigo no recoge, desparrama» [8]. «Quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará» [9] «A quien me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos. Mas a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos» [10]. Y según san Juan, Jesús afirma con energía que no basta creer, sino que es preciso hacer la voluntad de Dios [11] y guardarse de la «malas obras» [12]. ¿Qué pensar, pues, de estas exageraciones: en Juan aparece en primer término la persona de Jesús, en los *Sinópticos* la causa de Dios; el Cristo de Juan exige fe, el de los *Sinópticos* apremia a hacer la voluntad de Dios?

Ideas religiosas y cultura filosófica griega del cuarto Evangelio. También en las ideas religiosas del cuarto Evangelio se quiere descubrir un argumento contra la tradición que lo atribuye al Apóstol san Juan. Este aparece en los *Hechos* y en la *Epístola a los Gálatas* como el más significado apóstol de los judíos, juntamente con san Pedro; el autor del cuarto Evangelio, por el contrario, representa un criterio universalista y tolerante en lo que toca a la observancia de la Ley, y toma una actitud francamente opuesta al judaísmo [13]. Los judíos son para el autor del cuarto Evangelio una nación extranjera; y así, nos habla de las fiestas y costumbres «de los judíos», equipara el culto judío al samaritano, y otras cosas por el estilo. Mas después de la destrucción de Jerusalén, ¿no había razón para que aun el apóstol más amigo de los judíos

---

1 Cfr., por ejemplo, *Matth.* 10, 32 s.; 11, 25 s.; 12, 30 s.

2 Cfr. Dausch, *Das Johannesevangelium, seine Echtheit und Glaubwürdigkeit,* en *BZF* II, 2 (Münster 1909) 38.

3 *Ioann.* 7, 39.

4 *Matth.* 12, 31. *Marc.* 3, 29. *Luc.* 12. 10.

5 *Matth.* 11, 6. *Luc.* 7, 23.

6 *Matth.* 13, 16.

7 *Matth.* 16, 17.

8 *Matth.* 12, 30.

9 *Matth.* 16, 25.

10 *Matth.* 10, 32 s.

11 *Ioann.* 7, 16 s. Cfr. con *Marc.* 3, 35.

12 *Ioann.* 3, 19; 5, 29.

13 Se fijan en pasajes como 4, 20; 10, 16; 11, 52; 8, 17; 10, 34; cfr. Monse, *Ioannes und Paulus* (Münster, 1915).

tuviese por abolido el judaísmo? De hecho los judíos se habían vuelto los enemigos más encarnizados de Cristo y de los cristianos; ¿cómo había de tenerlos por otra cosa el discípulo amado? La reprobación de los judíos era ya un hecho cuando se compuso el cuarto Evangelio, y la buena nueva había avanzado no poco entre la gentilidad. Con todo, no existe brusco antijudaísmo en el cuarto Evangelio, antes se reconoce el privilegio de Israel; también aquí se leen frases como éstas: «La salud viene de los judíos» [1], «la Ley fué dada por mediación de Moisés» [2]; ser «un verdadero israelita» es una distinción [3]; frecuentemente se alude a las profecías del Antiguo Testamento.

Objétase todavía que el autor del cuarto Evangelio debió de ser un hombre influído por la cultura griega, por el judaísmo helenista de Filón († 40-50 d. Cr.), el más significado representante de la filosofía religiosa greco-judía; semejante formación helénica no puede esperarse de san Juan. Mas la objeción es desacertada. Porque la cultura helénica que supone el cuarto Evangelio bien pudo adquirirla san Juan durante su madurez en el ambiente griego de Efeso. Por otra parte, está por demostrar que la doctrina haya sido tomada de los escritos de Filón; dicha doctrina tiene más bien sus raíces en los *Libros Sapienciales* del Antiguo Testamento y es fundamentalmente distinta de los errores de Filón y del sistema gnóstico; para Filón, el Logos es la ley racional del universo, el principio modelador y ordenador del mundo; para el cuarto Evangelio, el Logos es una persona *histórica* que vive en compañía de sus parientes y amigos; es el Hijo de Dios encarnado, el «Unigénito del Padre», que «se hizo carne y habitó entre nosotros», real y personalmente virtud y sabiduría del Padre [4].

Recientemente ha creído Harnack [5] encontrar en las *Odas de Salomón*, manuscrito sirio descubierto por Harris, la «cantera de donde se tallaron los sillares de Juan». Pero tocante a las *Odas de Salomón* está por averiguar si se trata de un producto de la mística del 50 a. Cr. al 67 d. Cr., con adiciones posteriores hechas por un cristiano (hacia el año 100), o bien, como es más verosímil, de un poema gnóstico del siglo II d. Cr.; y antes de sentar una hipótesis acerca de la relación que pueda tener con el cuarto Evangelio, con el cual guarda alguna semejanza en la terminología, preciso es examinar el manuscrito en todos sus aspectos.

27. Epoca, lugar y objeto de la composición del Evangelio de san Juan. Según testimonio unánime de la antigüedad cristiana, san Juan fué el último que escribió el Evangelio, y no antes del año 70. «Los discursos de Mateo y los relatos de Marcos (multiplicación de los panes, unción de Jesús) son conocidos del Evangelista, y la síntesis histórica de Lucas es un paso para la de Juan» [6]. Como la composición del libro para los cristianos de Asia Menor presupone un prolongado ministerio en aquel país, no habiendo san Juan llegado allí antes del 67, debemos fijar la *época* de la composición entre el 92 y el 96. Según tradición unánime, el *lugar* donde se compuso fué Efeso. Según los Padres antiguos [7], el autor del cuarto Evangelio se propuso como *objeto* y *destino* de su obra refutar los errores de Cerinto y de los nicolaítas; lo cual no está en contradicción con el Evangelista mismo. San Juan quiere, según propia declaración [8], robustecer la fe en la mesianidad y en la filiación divina de Jesús. A esto se sentía especialmente impulsado en vista de que había ciertas personas

---

[1] *Ioann.* 4, 22. [2] *Ioann.* 1, 17. [3] *Ioann.* 1, 47.

[4] Cfr. Krebs, *Der Logos als Heiland im ersten Jahrhundert* (Friburgo 1910); el mismo, *Das religionsgeschichtiliche Problem des Urchristentums*, en *BZ* VI, 4/5 (Münster 1913).

[5] *Ein jüd-christl. Psalmbuch aus dem ersten Jahrhundert* (Leipzig 1910); *Die Oden Salomons.* Traducido del manuscrito y anotado por Ungnad y Staerk; en *Kleine Texte* de Lietzmann núm. 64 (Bonn 1911). Han aparecido en revistas numerosos artículos acerca de estas *Odas*.

[6] Schanz, *Kommentar* 43.

[7] Ireneo, *Adv. haer.* 3, 11, 1 ss. Epifanio, *Haer.* 51, 2, 12. San Jerónimo, *De viris illustr.* 9. [8] *Ioann.* 20, 30.

que ponían en duda la divinidad de Jesús. Atinadamente observa Schanz [1] a este propósito: «El Evangelio quiere demostrar contra las insidias judío-gnósticas, que Jesús de Nazaret es realmente el prometido por los profetas, el Mesías e Hijo de Dios, enviado por el Padre a los judíos, por más que éstos, incrédulos, le desecharon y aun le persiguieron. Como Mesías e Hijo de Dios, es también Jesús reconciliador entre el Padre y los hombres, fuente de la gracia y de la verdad, a diferencia de la Ley; de suerte que quien en él creyere, poseerá la vida eterna en él, y será un día recibido en las mansiones del Padre. Bienaventurados aquellos que no ven, y sin embargo creen. Han vencido con él al mundo».

28. Integridad del Evangelio de san Juan [2]. Constreñidos por la fuerza de las razones, muchos críticos modernos han *renunciado* a la opinión de que nada tenga el cuarto Evangelio que ver con el Apóstol san Juan. Empero, dominados por el falso dogma de que todo lo sobrenatural es imposible, no quieren admitir que el apóstol testigo ocular Juan sea el autor del *Evangelio íntegro, tal cual hoy lo tenemos*. De aquí su afán de inventar un *Proto-Ioannes* notablemente reducido, del cual se habría formado el actual Evangelio por interpolación de relatos milagrosos, de largos discursos o de fragmentos «galileos»; además de esto, discurren distintas «hipótesis de disección y separación», cada sabio la suya (por ejemplo, Dobschütz, Soltau, Joh. Weiss, Spitta, Wellhausen, E. Schwartz). Contra tales hipótesis es preciso establecer la perfecta homogeneidad material y formal de todas las partes que lo integran. La obra es tan *absolutamente una* en lenguaje, estilo, disposición e ideas, que no puede ser un remiendo, sino haber sido escrita por un solo autor. Unicamente puede discutirse el *relato de la adúltera,* [3] cuyo origen — no decimos el carácter inspirado — ponen en duda aun algunos sabios del campo católico. Las razones que aducen son las siguientes: 1. Testimonios externos defectuosos. Es preciso reconocer que dicho episodio falta en los códices más antiguos *(Vaticanus, Sinaiticus, Alexandrius, Ephraemi),* en los más de los manuscritos siríacos, en las versiones gótica, sahídica y copta. Pero en cambio se halla en otros muchos códices de no escasa importancia, en muchos de la *Vetus Itala,* en todos *los* de la *Vulgata* y en la versión etiópica. Ahora bien, es más fácil de explicar la supresión del pasaje que su introducción. Ya san Agustín y san Ambrosio fueron de sentir que la falta del relato de la adúltera en muchos manuscritos de su tiempo se fundaba en el temor de que la blandura del Señor diese ocasión de abuso a los débiles en la fe. 2. El estilo es «más semejante al de los *Sinópticos* (particularmente al de Lucas) que al de san Juan». Mas en esto no hay uniformidad de apreciación; pues, mientras unos lo afirman, otros lo niegan. Pero aun dado que así fuese, podría explicarse satisfactoriamente admitiendo que Juan utilizó una perícope de forma fija y como estereotipada, a la manera de los *Sinópticos*. 3. Dicho relato interrumpe el contexto Pero, según otros críticos, el contexto exige el episodio. «Si faltase esta perícope, debería admitirse que los sucesos relatados de 7, 37 a 8, 59 o a 10, 21 acaecieron en *un solo* día, lo cual no es creíble» [4].

29. Decreto de la Comisión Bíblica del 29 de mayo de 1907.

I. Ateniéndonos a la tradición constante, universal y solemne de la Iglesia, ya desde que corría el siglo II, según se deduce principalísimamente: *a)* de los testimonios y alusio-

---

[1] *Kommentar* 47 s.

[2] Cfr. Zahn, *Das Evangelium des Joh. unter den Händen seiner neuesten Kritiker* (Leipzig 1911); Gregory, *Wellhausen und Johannes*[2] (Leipzig 1910).

[3] *Ioann.* 7, 53-8, 11.

[4] Belser, *Einleitung*[2] 356. Cfr. también Knabenbauer, *Comment. in Evang. sec. Ioann.* 272. — *Comentarios* católicos modernos: Haneberg-Schegg (dos volúmenes. 1878/80), Schanz (1885), Pölzl ([3]1914), Belser (1905), Gutjahr (1905, popular), Corluy (Gante[2] 1889), Knabenbauer (París[2] 1906), Seisenberger (muy breve, 1910), Murillo (Barcelona 1908), Tillmann (1914), Dimmler *(M.-Gladbacher Vereinsverlag,* popular).

nes de los santos Padres, de los escritores eclesiásticos y aun de los herejes, los cuales se enlazan con vínculo necesario al mismo origen del libro, pues provienen de los discípulos de los apóstoles o de sus primeros sucesores; *b)* del nombre del autor del cuarto Evangelio, admitido siempre y en todas partes en el Canon y en los catálogos de los Libros Sagrados; *c)* de los antiquísimos códices manuscritos de los mismos libros y de las versiones en diversas lenguas; *d)* del uso litúrgico público, invariable en todo el orbe desde los principios de la Iglesia; ¿se demuestra concluyentemente, aun prescindiendo del argumento teológico, que al Apóstol san Juan, y no a otro, se le ha de reconocer por autor del cuarto Evangelio, con un argumento histórico tan sólido que las razones opuestas aducidas por los críticos de ningún modo debilitan esta tradición? *Resp.:* Afirmativamente.

II. Las razones intrínsecas que se sacan del texto del cuarto Evangelio considerado separadamente, del testimonio del que lo escribió y de la manifiesta conexión del mismo Evangelio con la primera epístola del apóstol Juan, ¿han de estimarse tales que confirmen la tradición que atribuye sin dudar el cuarto Evangelio al mismo Apóstol?—Las dificultades que se toman de la comparación del cuarto Evangelio con los otros tres, ¿pueden resolverse razonablemente teniendo presente la diversidad de tiempo, fin y lectores para quienes o contra quienes escribió el autor, como hicieron frecuentemente los santos Padres y los exegetas católicos? *Resp.:* Afirmativamente a entrambas partes.

III. A pesar de la práctica que ha existido constantemente en la Iglesia universal de los primeros tiempos de tomar argumentos del cuarto Evangelio como de un documento propiamente histórico, considerando, sin embargo, la índole peculiar del mismo Evangelio y la manifiesta intención del autor de ilustrar y vindicar la divinidad de Jesucristo con los mismos hechos y discursos del Señor, ¿se puede decir que los hechos referidos en el cuarto Evangelio sean totalmente o en parte fingidos como alegorías o símbolos doctrinales, y que los discursos del Señor no sean verdadera y propiamente discursos del Señor sino composiciones teológicas del escritor, puestas en boca de Jesucristo? *Resp.:* Negativamente.

Los errores que motivaron los decretos de la Comisión Bíblica fueron rechazados el 3 de julio de 1907 en tres proposiciones del *Syllabus* del papa Pío X. Son las siguientes: 1. Las narraciones de Juan no son propiamente historia, sino una contemplación mística sobre el Evangelio; los discursos contenidos en su Evangelio son meditaciones teológicas acerca del misterio de la Salvación, destituídas de verdad histórica.—2. El cuarto Evangelio exageró los milagros, no sólo para que apareciesen más extraordinarios, sino también para que significaran de una manera más apta la obra y la gloria del Verbo encarnado.—3. Juan vindica ciertamente para sí el carácter de testigo de Cristo; pero en realidad no es sino un testigo eximio de la vida cristiana o de la vida de Cristo en la Iglesia al fin del siglo primero.

De consiguiente, débese tener por verdad inconcusa: Los relatos del Apóstol Juan son historia propiamente dicha y no una consideración mística del Evangelio. Los discursos del Evangelio de san Juan no son meditaciones teológicas sobre el misterio de la Salvación, sino son verdaderamente históricos, es decir, son en lo esencial discursos reales de Cristo. —El cuarto Evangelio no ha exagerado tendenciosamente los milagros, sino relata con fidelidad histórica los hechos prodigiosos del Señor.—Juan no es sólo un testigo eximio de la vida cristiana o de la vida de Cristo en la Iglesia al fin del siglo primero, sino un testigo presencial de la vida de nuestro Señor y Redentor Jesucristo.

Credibilidad de los Evangelios [1]

30. «Libros edificantes» mediante la verdad, no mediante la ficción. Cuatro Evangelios nos hablan de Jesús y de su obra. El objeto de los cuatro es el mismo: promover, ahondar, defender la fe en Jesús, Mesías e Hijo de Dios, Salvador y Juez del mundo. San Marcos comienza así el Evangelio: «Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios»; y todo él parece estar escrito para que al volver la última página exclame el lector con el centurión: «En verdad que este hombre era Hijo de Dios». San Juan se expresa al fin del suyo de esta manera: «Esto se ha escrito para que creáis que Jesucristo es Hijo de Dios y, creyendo, tengáis la vida en nombre suyo» [2]. Los Evangelios siguen, pues, un plan, no meramente histórico, antes bien catequístico. Tratan de dar a los lecto-

[1] Cfr. Boese. *Die. Glaubenwürdigkeit unserer Evangelien* (Friburgo 1895); P. Hilarin Felder O. M. C., *Jesus Christus*³ (Paderborn 1911); Jacquier, *La credibilité des Evangiles* (París 1913).

[2] *Ioann.* 20, 31.

res «normas y plan de vida» [1]. En este sentido son sin duda «escritos edificantes» y no biografías en la acepción moderna de la palabra. Tocante a cronología y descripción precisa y completa de detalles y accesorios, no ponen el interés que caracteriza la historiografía moderna. Pero claramente dan a entender que no pretenden edificar con anécdotas e historietas inventadas, sino *relatando historia real y verdadera,* acontecimientos verdaderos y reales, palabras y hechos auténticos de Jesús. Aspiran a edificar a los oyentes *per facta* no *per ficta.* Así lo da a entender claramente san Lucas en el prólogo [2], cuando dice que su propósito es presentar «la narración de los hechos acaecidos entre nosotros, tal como nos los han transmitido los que desde el principio fueron testigos y ministros de la palabra, después de haber examinado todo con diligencia desde el comienzo», y todo ello para que Teófilo, a quien dedica el libro, «conozca la verdad de todas las cosas en que ha sido instruído». Quien a esto aspira y esto tiene en la mente, seguramente quiere contar acciones, no ficciones, hechos, no fantasías. Lo dice también el cuarto evangelista. En ninguna parte insinúa que sólo trate de ofrecernos símbolos o alegorías. En su Evangelio y en la carta comendaticia que lo acompañó (primera epístola) invoca su calidad de testigo ocular [3], y, al remate del Evangelio, una asamblea de hombres de la comunidad de Efeso garantiza la verdad de su testimonio [4]. Lucas y Juan aspiran, pues, sin género de duda a relatarnos verdad, historia: el primero, discípulo de san Pablo, lo que pudo averiguar de las mejores fuentes; el segundo, en gran parte lo que él mismo presenciara. Lo mismo puede decirse de Mateo y Marcos, que tratan el mismo asunto de idéntica manera.

En una palabra: los cuatro Evangelios aspiran a ser tomados en serio, como relatos de sucesos y hechos verdaderos e históricos, no como ficciones o leyendas. Mas ocurre ahora preguntar: ¿Son dignos de crédito los Evangelios? Para responder a la pregunta debemos aplicar a dichos escritos la misma medida que a cualquier libro histórico, cuya credibilidad histórica se trate de examinar. He aquí el principio o norma que seguimos: la credibilidad de un libro está garantizada cuando los acontecimientos descritos en él proceden de un contemporáneo próximo a los sucesos o de un testigo ocular competente y verídico. Dividiremos, pues, la cuestión de la credibilidad de los Evangelios en los siguientes puntos: ¿Proceden los relatos evangélicos de testigos presenciales o, por lo menos, contemporáneos de los sucesos relatados? ¿Eran competentes los narradores? ¿Eran veraces?

Autenticidad de los cuatro Evangelios. Arriba hablamos por separado de los cuatro Evangelios, cómo eran relatos *auténticos,* compuestos dos de ellos por apóstoles y los otros dos por discípulos de los apóstoles, o sea, por *testigos presenciales o contemporáneos de los hechos descritos.* Queremos todavía insistir sobre lo mismo, hablando en conjunto de los cuatro. *Toda la tradición eclesiástica,* sobre la cual vigilaron solícita y concienzudamente los obispos proscribiendo los falsos evangelios (apócrifos), garantiza desde el tiempo de los apóstoles la autenticidad de nuestros cuatro Evangelios; la vida eclesiástica hizo imposible toda interpolación, pues ya san Justino Mártir (hacia el 150 d. Cr.) dice expresamente que los Evangelios se leían públicamente en los oficios divinos. *Los Padres* del siglo II dan testimonio de haber sido nuestros Evangelios compuestos *por apóstoles y discípulos de los apóstoles;* suponen conocidos de sus lectores el contenido y el texto de los Evangelios; llaman por sus nombres a los autores, distinguen las características de cada Evangelio, dicen que la Iglesia no tuvo desde el principio ni más ni menos que cuatro Evangelios [5],

---

[1] Véase Soiron, *Das Evangelium als Lebensform des Menschen (Der Katholische Gedanke,* tomo IX, Munich 1925). [2] *Luc.* 1, 1-4.

[3] Por ejemplo, *Ioann.* 1, 14; 19, 35; I *Ioann.* 1, 1-4.

[4] *Ioann.* 21, 24.

[5] Así Ireneo, muerto después del 191 *(Adv. haer.* 3, 11, 8), Clemente Alejandrino, muerto el 217 (Eusebio, *Hist. eccl.* 6, 14), y su discípulo Orígenes, muerto el 253 *(Expos. in Matth.* 1, 1 en Eusebio, l.c. 6, 25).

figurados en los cuatro ríos del Paraíso, en los cuatro anillos del Arca de la Alianza, en los cuatro rostros de los querubines. Observa a este propósito el sabio teólogo protestante Th. Zahn [1]: «En todo el tiempo a que alcanzaba la memoria de los doctores que vivían hacia el 170-220, había sido verdad aquel dicho de Orígenes: la Iglesia de Dios aprueba sólo cuatro Evangelios». Los mismos *herejes antiguos* no se atrevieron a negar la autenticidad de los Evangelios; antes bien trataron de apoyar sus falsas doctrinas en pasajes de dichos libros, aun a costa de torcerlos de la manera más absurda. Ya san Ireneo [2] advierte hacia el año 190: «Es tan grande la certeza respecto de (la autenticidad) de los Evangelios, que hasta los herejes dan testimonio de ellos y tratan de corroborar sus doctrinas mediante ellos». Knabenbauer [3] hace resaltar la importancia del testimonio de los herejes con estas palabras: «Son muy de notar los grandes esfuerzos que hicieron los herejes para interpretar en favor de sus singulares doctrinas el texto y las palabras de los Evangelios, apelando a exégesis forzadas. ¿No hubiera sido más sencillo y cómodo negar con nuestros modernos racionalistas la autenticidad y el origen apostólico de los Evangelios y ponerse así al cubierto de toda objeción? En verdad que esto hubiera sido muy obvio; pero la convicción del origen apostólico de los Evangelios era tan evidente e innegable, que los herejes se veían obligados a atenerse a ellos, sin poder ponerlos en tela de juicio». Hasta los *apócrifos* [4] dan testimonio del origen apostólico de los Evangelios *canónicos*, en cuanto que son imitaciones de éstos y los presuponen. Fueron compuestos en parte para edificación de los fieles y satisfacción de la piadosa curiosidad (que deseaba saber más circunstancias, especialmente acerca de la infancia y Pasión de Jesús), y en parte en interés de la herejía, que procuraba con ellos fundamentar sus doctrinas. Para que tuvieran favorable acogida, se ponían en circulación con la firma de un apóstol. Comienzan a componerse apócrifos ya desde el *segundo* siglo de la era cristiana; algunos se remontan a los tiempos apostólicos (por ejemplo, el *Protoevangelium Iacobi*). Síguese de ello que nuestros Evangelios se escribieron en la época apostólica.

Los testimonios *externos*, que nos dicen haber sido compuestos los Evangelios por apóstoles y discípulos de los apóstoles, es decir, por testigos presenciales o por contemporáneos de los acontecimientos en ellos referidos, quedan corroborados completamente por la *índole interna* de los mismos. Los Evangelios reúnen todas las señales que se pueden desear en un testigo ocular o en un contemporáneo de los hechos. De ello son garantía la frescura y viveza de la exposición y un *cúmulo de rasgos singulares* que, aunque de escaso interés para la narración misma, delatan al testigo ocular, no habiendo por otra parte motivo ninguno para que fuesen inventados (cfr., por ejemplo, pág. 21 s.).—

---

[1] *Grundriss der Geschichte des ntl Kanons* (Leipzig 1901) 17.

[2] *Adv. haer.* 3, 11, 17.

[3] En *StL* 23 (1882), 120.

[4] Los Evangelios apócrifos más importantes—de algunos de los cuales sólo nos quedan fragmentos—son los siguientes: 1. *Evangelio de los Hebreos*, nacido probablemente entre el 150 y el 200, por refundición y ampliación del Evangelio arameo de san Mateo; 2. *Evangelio* (herético) *de los Egipcios*, de hacia el 150; 3. *Evangelio* (gnóstico) *de Pedro*, de hacia el 150; 4. *Protoevangelio de Santiago*, del siglo II, trata de la historia de María y de la infancia de Jesús; 5. *Evangelio de Tomás*, del siglo II. Trata de la juventud de Jesús; 6. *Evangelio de Nicodemus*. Trata *a)* de la historia de la Pasión y *b)* del descenso a los infiernos. Cfr. Hennecke, *Ntl Apokryphen, in Verbindung mit Fachgelehrten in deutscher Übersetzung und mit Einleitungen herausgegeben* (Tubinga 1904); Rauschen, *Florilegium patristicum*, fasc. III: *Monumenta saeculi secundi* (Bonn 1905); Preuschen, *Antilegomena, die Reste der ausserkanonischen Evangelien und urchristlichen Überlieferungen herausgegeben und übersetzt*[2] (Giessen 1905); Lepin, *Evangiles canoniques et Evangiles apocryphes* (París 1907). Belser, *Einleitung in das NT*[2] (Friburgo 1905) 789-871; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur* (Friburgo 1913) 498-510. En los apócrifos se inspiraron a menudo los poetas que compusieron leyendas en la Edad Media; también muchas representaciones de la vida de María están fundadas en los apócrifos.

¡Cuán animados e intuitivos los caracteres de las personas! Así, por ejemplo, por medio de una serie de pequeños rasgos, nos ofrecen los cuatro Evangelios un retrato completamente uniforme del carácter de san Pedro, siempre el primero en la palabra y en los hechos [1]; se echa de ver que la pintura se ha tomado del natural y no ha sido inventada. Finamente psicológicos son los caracteres del funcionario real [2], del ciego de nacimiento [3], de Marta y María [4], de los «hijos del trueno» y de su madre, y de otros muchos personajes; son figuras tomadas de la vida, y no fantasmas sin carne y hueso. Se ve que el escritor conoció a los personajes de quienes habla. Además, el *marco topográfico, histórico y cultural* en que se mueven los relatos evangélicos, el *horizonte* en que se despliegan las actividades de Jesús y de los discípulos, demuestran que los evangelistas tenían clara y exacta idea del país y del pueblo palestinense, de las circunstancias, de las costumbres y de los usos judíos. Pues las noticias geográficas y topográficas que nos dan acerca de los nombres y de la situación de aldeas y ciudades, acerca del lago de Genesaret y del río Jordán con sus alrededores, las observaciones acerca de la milicia, de las contribuciones, de las monedas y de la administración, los datos acerca de la situación política, religiosa y social del pueblo judío, están en perfecta consonancia con lo que sabemos por otras fuentes. Hombres que no hubiesen vivido en Palestina antes de la destrucción de Jerusalén, difícilmente habrían logrado describir tan fiel y exactamente todas estas cosas, que luego del año 70 tomaron muy distinto aspecto. Por otra parte, los apócrifos son una prueba de la imposibilidad en que estaban los escritores de los siglos II y III para acertar en todas estas cosas; en los apócrifos encontramos numerosos errores; en los Evangelios ni uno solo. No hay, pues, razón para dudar de que los relatos evangélicos procedan de *testigos presenciales*.

Competencia y veracidad de los evangelistas. Réstanos examinar si los evangelistas eran *competentes* y *veraces*. Hay una circunstancia que predispone a favor de ellos y es, que no ocultan los *juicios de los adversarios acerca de Jesús*. Los unos decían: «ha perdido el juicio» [5] o «está poseído del demonio» [6]; los otros: «aquel embaucador» [7]; juicios que repiten hoy el racionalismo y la incredulidad, no con palabras tan groseras, sino con los atavíos de la ciencia. El no haber pasado inadvertidos tales juicios adversos y el no haberlos callado en los Evangelios, es prueba del sentido observador y de la veracidad de los evangelistas; y el haberse mantenido fieles a Jesús a pesar de ello, argumento es de la firmeza y robustez de sus convicciones. Ofrécennos, además, *rasgos de Jesús que a primera vista parecen contradictorios:* ora es manso, pacífico, tierno como una madre, e invita a todos con palabras dulces: «venid a mí»; ora es severo, duro como el diamante y dispuesto a la lucha, y deja escapar expresiones como ésta: «no he venido a traer la paz sino la espada»; ora se muestra piadoso para con la Ley y los Profetas, ora impugna «las tradiciones de los padres», las interpretaciones y adiciones rabínicas de la Ley, colocándose a mayor altura. Estos contrastes habrían aparecido menos pronunciados, de no haber dibujado a Jesús del natural. También habrían omitido los evangelistas escenas como la agonía en el huerto de Getsemaní y el grito aquel que dió en la Cruz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?», si de un mero hombre pretendieran hacer un Hijo de Dios. Mas *tampoco idealizan a las personas por quienes muestran aprecio, ni a sí mismos;* humilde y claramente confiesan las faltas, debilidades y locuras propias y las de los amigos. Reconocen haber comprendido defectuosamente las palabras del Maestro [8], se

---

1 *Matth.* 17, 4 y paralelos. *Matth.* 18, 21. *Luc.* 12, 41. *Ioann.* 13, 8 s.
2 *Ioann.* 4, 53.
3 *Ioann.* 19, 11 ss
4 *Ioann.* 11, 1 ss.
5 *Marc.* 3, 21.
6 *Marc.* 3, 30.
7 *Matth.* 27, 63.
8 Por ejemplo, *Ioann.* 2, 22; 4, 33; 11, 12; 12, 16; 14, 5; 20, 9; *Matth.* 16, 7.

acusan de poco respeto para con él [1] y de su poca fe [2], confiesan paladinamente su ambición y cobardía (negación de Pedro) y declaran haber huído vergonzosamente. Un cristiano de época posterior difícilmente hubiera inventado rasgos de esta índole; antes hubiera presentado a los apóstoles y discípulos del Señor como héroes de la fe, virtuosos y resueltos. No idealizan, pues, los evangelistas, sino pintan del natural.

Adviértese también con cuánta *claridad y objetividad,* cuán sobria y desapasionadamente relatan los escritores sagrados. Por más que cada Evangelio tiene carácter y sello peculiar y refleja la personalidad del escritor, sin embargo todos ellos cuentan los hechos con una objetividad rayana en sequedad. Los milagros no aparecen fantásticamente adornados ni recargados de detalles, como los «prodigios» de los apócrifos y de las leyendas; no van acompañados de largas consideraciones que produzcan estupor en quien los lee. Las cosas están relatadas de la manera más sencilla. Véase un ejemplo: «Jesús se levanta, impera al viento y a las olas, y se produce la calma». Lo más prodigioso y lo más sencillo los deja igualmente fríos. ¡Qué sencillamente, sin aludir lo más mínimo a lo solemne del acontecimiento, comienza san Lucas el relato de la Anunciación: «En el sexto mes fué enviado por Dios el Angel Gabriel»; y con qué sobriedad lo termina: «Y el Angel se retiró de ella» [3]. Aun de las cosas que más sublevan el ánimo, como la traición de Judas, la coronación de espinas, la flagelación, no muestran disgusto; cuando se acusa al Maestro de la manera más grosera, no añaden una sola palabra para rechazar las acusaciones; dejan de lado su propio juicio y evitan toda clase de reflexiones, son ejemplarmente objetivos.

Los milagros. Pero los evangelistas relatan *milagros.* ¿No será verdad que en esto muestran ser *incompetentes* y participan de la manía milagrera de la época? ¿No habrán adornado engañosamente con milagros la vida de su héroe? Pero no es preciso ser del siglo XX para *discernir* si las obras de Jesús son acontecimientos ordinarios o hechos extraordinarios que las fuerzas naturales no pueden producir. Para reconocer si las acciones de Jesús eran en realidad milagrosas, como lo parecen en los Evangelios, bastaba tener sanos los sentidos; y no tenemos derecho alguno para juzgar que no los tuvieran los testigos de las obras de Jesús, entre los cuales había, no sólo amigos, sino también enemigos. Los discípulos del Señor pertenecían a la clase trabajadora y al pueblo sencillo de Galilea, a una raza, por consiguiente, de nervios resistentes y de sentidos sanos. El concepto de «leyes naturales» es ciertamente de fecha moderna, y en tiempo de Jesús no se tenía idea de «la conexión de los fenómenos naturales» en el sentido actual de la palabra. Mas no es posible que los contemporáneos de Jesús no supieran discernir lo que se verificaba de acuerdo con el curso normal de la naturaleza, de lo que de él se apartaba de manera tan sorprendente. Además, en los milagros de Jesucristo no se trataba de cosas tan complicadas, que fuesen necesarios los conocimientos de un físico o de un químico, de un médico especializado en enfermedades de nervios, de oídos o de ojos, para reconocer el alcance y el origen de los fenómenos. «Jamás se ha oído decir que nadie abriese los ojos de un ciego de nacimiento» [4], dice el ciego curado, y nadie le replica. Y realmente los milagros de Jesús son fenómenos que, *en sí mismos* o *en la manera* de efectuarse, debían aparecer en disconformidad con el curso normal de las leyes naturales a cualquier hombre de sentidos sanos y de espíritu observador. Un leproso es curado de su enfermedad con una sola palabra salida de labios del Señor; un ciego de nacimiento recibe repentinamente la facultad de ver; un muerto recobra la vida a la voz de Jesús; ¿quién se atreverá a afirmar que los hombres de aquella época no pudieron adquirir certeza de estos hechos? ¿y quién podrá negar que sobrepasan las leyes de la naturaleza? Quien sostenga

---

[1] Véase *Marc.* 4, 38; 5, 31; 6, 32.
[2] Por ejemplo, *Marc.* 16, 11; *Luc.* 24, 11 21; *Ioann.* 20, 24 ss.
[3] *Luc.* 1, 26 38. [4] *Ioann.* 9, 32.

que en ello intervinieron leyes desconocidas de los testigos presenciales y de nosotros, leyes que algún día pondrán en claro los progresos de la ciencia, podrá gozarse en su propio engaño. Aunque no podemos decidir del alcance y límite de las ciencias, en casos particulares es posible determinar con certeza los límites que nunca llegarán a rebasar. Muy atinadamente dice Hettinger [1]: «No sabemos el poder que la fantasía ejerce sobre el cuerpo; pero sabemos de fijo que no alcanza a dar vista al ciego de nacimiento, ní oído al sordo. Ignoramos el alcance de la inventiva para poner en movimiento las masas por tierra, mar y aire; pero estamos seguros de que nadie puede subir en alto sin algún instrumento auxiliar, ni puede pasearse por el agua, ni calmar las tempestades, ni pasar por las puertas cerradas. No sabemos cuánta sea la duración de la muerte aparente; pero sí sabemos que el muerto, iniciada la putrefacción, no puede recobrar la vida mediante las fuerzas naturales. Si no supiésemos estas cosas, serían imposibles el derecho, la propiedad, la posesión, la vida familiar, que presuponen aquella certeza». No se puede, por consiguiente, discutir a los testigos oculares *la facultad de apreciar los milagros de Jesús* fundada en su experiencia personal. Pudieron, pues, los apóstoles y evangelistas tener conocimiento cierto de los milagros de Jesucristo y decir la verdad acerca de ellos.

Tampoco hay razón de ningún género para afirmar que los relatos milagrosos sean engendros de una *manía milagrera,* o de un formal delirio de milagros, dominante en la primitiva comunidad cristiana. Pero sí tenemos pruebas en contra de tal hipótesis. Los Evangelios hablan con gran elogio de Juan el Bautista y nos conservan las palabras que el Señor dijera de él: «En verdad os digo, entre los nacidos de mujer no se levantó mayor que Juan el Bautista» [2]. De ser la fantasía de los evangelistas tan inclinada a los milagros como se pretende, debería sorprender que no se atribuya *un solo milagro al gran Precursor de Jesús*, y aun se llegue a excluir positivamente del ministerio del Bautista los milagros: «Juan no obró milagro alguno» [3]. Es, además, en extremo sorprendente que *en el espacio de treinta años de infancia y vida oculta* de Jesús *no le atribuyan algunos milagros,* sino sólo en el reducido espacio de su vida pública. De manera muy distinta proceden en este particular los apócrifos; en ellos aparece Jesús infante como taumaturgo. He aquí un ejemplo, tomado del *Evangelio de Tomás:* El Niño Jesús «hizo una masa de barro y de ella formó doce gorriones. Era sábado cuando lo hizo. Estaban allí jugando con él otros muchos niños. Mas un judío observó lo que Jesús había hecho (en día de sábado), fuése de allí y se lo contó a san José, padre de Jesús: Mira, tu hijo está en el arroyo, ha hecho barro y ha formado doce pájaros, profanando el sábado. Habiendo venido san José al lugar, viendo aquello, exclamó: ¿Por qué haces en el día de sábado lo que no está permitido? Mas Jesús dió una palmada, llamó a los gorriones y les dijo: ¡volad! Y los pájaros se fueron de allí volando. Viendo esto los judíos, cobraron temor, fuéronse y contaron a sus jefes lo que Jesús hiciera» [4]. No son raros en los apócrifos rasgos sensacionales como éstos, absurdos algunos de ellos. No hay, pues, razones sólidas en *pro* de que la competencia de los apóstoles y evangelistas fuera turbada por la manía milagrera; pero sí las hay contra tal hipótesis. Es de notar que los evangelistas aducen *una serie de sentencias en las cuales el Salvador reprueba el afán siempre nuevo de milagros y «signos» cada vez mayores* [5], estimando la fe en su persona por sí misma y no por los milagros. Quienes escribieron frases como éstas: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron» [6]; «Esta generación adúltera desea una señal, y no se le dará otra sino la del profeta Jonás» [7], no es posible que sintieran inclinación a atribuir a Jesús milagros que no hizo. La crítica incrédula ha reunido todos los pasajes de esta naturaleza para demostrar que Jesús no dió

---

[1] *Apologie des Christentums* II[10] (Friburgo 1915) segunda parte, 198.
[2] *Luc.* 7, 28. [3] *Ioann.* 10, 41. [4] Hennecke, *Ntl Apocryphen* 67.
[5] *Matth.* 16, 1 ss. y *Marc.* 8, 12. *Luc.* 4, 23 29. [6] *Ioann.* 20, 29.
[7] *Matth.* 16, 4 y paralelos.

importancia a los hechos que los evangelistas relatan como milagros; fué cosa de los discípulos que exageraron los hechos, elevándolos a la categoría de mila gros. Mas los pasajes aludidos por la crítica no lo demuestran en manera alguna; antes bien aparece de manifiesto la importancia que Jesús dió a los milagros, como argumento de su mesianidad, en la respuesta a los enviados del Bautista [1], en la curación del paralítico [2] y del endemoniado [3] y en palabras como las que leemos en *Ioann.* 10, 15 37; 15, 24. Los pasajes arriba aducidos demuestran que los apóstoles y discípulos no atribuyeron engañosamente al Salvador los milagros. Porque quien se los *atribuye* a su héroe para engrandecerle y sublimarle, se guarda de transcribirnos a renglón seguido sentencias en las cuales pueda aparecer limitado y restringido el poder taumatúrgico. Quien relata lo uno y no calla lo otro, muestra no haber inventado, sino descrito las cosas objetivamente y conforme a la verdad.

De la estrecha unión que reina en los Evangelios entre los *dichos* y los *milagros de Jesús*, se colige claramente no haber sido éstos inventados; de negarlos o despojarlos del carácter prodigioso, quedan como flotando en el aire los dichos de Jesucristo y resultan incomprensibles. Recuérdese la historia del paralítico, donde leemos: «¿Qué cosa es más fácil, el decir: Tus pecados te son perdonados, o el decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados, levántate (dijo al mismo tiempo al paralítico), toma tu lecho y vete a tu casa» [4]. ¿Qué sentido tendrían estas palabras, si Jesús no hubiera curado real y milagrosamente al paralítico? Porque la curación visible del cuerpo no era sino la prueba de la curación eficaz del alma, que se verificó invisiblemente. Recuérdese la respuesta de Jesús al mensaje del Bautista: «¿Eres tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro?» A lo que Jesús respondió diciendo: «Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la buena nueva; y bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasión de escándalo» [5]. Recuérdense las lamentaciones sobre las ciudades de Corozaín, Betsaida, Cafarnaum, por no haber creído los prodigios que vieron [6], y las disputas de Jesús con los judíos acerca de la guarda del sábado, motivadas por las curaciones milagrosas realizadas en el día del Señor. Si no se consideran como históricos tales milagros y todos estos discursos, antes se los quiere raer de los Evangelios, ¿qué nos queda para explicar la impresión que Jesús produjo en sus contemporáneos?

Imposibilidad de la impostura. Pero todavía cabe adelantar un paso más. Luego de la muerte de Jesús hubiera sido *absolutamente imposible* a los apóstoles y discípulos adornar *a sabiendas* con tal cúmulo de milagros la vida de Jesús. No; tenían que decir la verdad. ¿Cómo habían los discípulos de ofrecer obras legendariamente adornadas a una generación en que aún vivían testigos oculares de la vida de Jesús, y no sólo amigos, sino también enemigos? ¿Cómo había Mateo de poner en boca del Maestro palabras que ofendiesen amargamente a los habitantes de ciudades enteras como Cafarnaum, Corozaín, Betsaida, de no ser ciertos, en su opinión, o universalmente reconocidos los milagros de Jesús? [7] ¿Cómo habían de atreverse los apóstoles, estando en sus cabales, a inculpar de deicidio a toda la nación judía, en especial a los jefes, a exasperarlos y, al mismo tiempo, a unir sus dichos con milagros inventados a sabiendas y con narraciones legendarias? Si se quisiera disculpar de tal embuste a los apóstoles echando la culpa sólo a los evangelistas, surge la siguiente cuestión: ¿Cómo había de ser posible a los evangelistas, a los pocos años de la muerte de Jesús, adornar la vida del Maestro con leyendas no acreditadas? El Apóstol san Juan vivió entre sus discípulos hasta el año 100; Ignacio, Policarpo, Papías, Clemente, discípulos todos ellos de los apóstoles, se han servido de nuestros Evan-

---

[1] *Matth.* 11, 4 ss. [2] *Matth.* 9, 1 ss. [3] *Matth.* 12, 28.
[4] *Matth.* 9, 5 s. y paralelos. [5] *Matth.* 11, 2 ss.
[6] *Matth.* 11, 20 ss. [7] *Matth.* 11, 20 ss.

gelios; ¿no habían de oponerse estos hombres a los relatos inventados y a los adornos legendarios e indignos de crédito? ¿No se habrían negado a admitir dichos libros en sus iglesias? ¿Y qué ventaja material reportaban los evangelistas de semejante novelería? No podían esperar riquezas, ni gloria, antes bien penalidades, persecución y muerte cruenta; ante esta perspectiva no se escriben novelas ni se insiste en el embuste.

Imposibilidad de la ilusión. Es igualmente *imposible* que los apóstoles y discípulos, *llevados por el entusiasmo o por la ilusión,* sacarán de su fantasía la figura que de Cristo nos dan en el Evangelio. Pues una pintura de la fantasía no puede moverse de otra suerte que en las ideas y en los conceptos de la época en que nace. Los héroes de las leyendas del Graal y de los Nibelungos son germanos; en los personajes homéricos de la Ilíada y de la Odisea admiramos griegos auténticos; mas en los Evangelios contemplamos un cuadro del Mesías, que rebasa las ideas restringidas y estrechas de cualquier época. Pues ni el mundo judío ni la cultura greco-romana pudieron prestar los colores para el cuadro que del Mesías nos presentan los Evangelios. El Apóstol de las gentes conoció como ningún otro las ideas del mundo greco-romano. Y él precisamente ha estampado debajo de la figura evangélica del Mesías este pensamiento: «escándalo para los judíos, locura para los gentiles» [1]. Y viviendo aún miles de personas que habían sido testigos de la vida de Jesús, no sólo amigos sino también enemigos de su doctrina, ¿cómo había de tener aceptación un cuadro de la fantasía y ser el punto de partida de un novimiento que *del mundo pagano hizo comunidad cristiana?*

Crítica y anticrítica evangélica

31. Los personajes que hemos conocido como autores de los Evangelios, su relación con los sucesos que nos cuentan, su interés por describir con fidelidad los hechos, excluyen toda posibilidad de falsificación. Y seguramente nadie se atrevería a negarles crédito de no presentársenos como testigos de verdades y hechos *sobrenaturales.* Pero como el racionalismo rechaza *a priori* por imposible el orden sobrenatural, buscó y sigue buscando la manera de combatir la historicidad y credibilidad de los Evangelios [2].

Hipótesis de la impostura. Hubo un tiempo en que los racionalistas no se arredraban de acusar de impostores a los evangelistas en nombre de la «ciencia». Siguiendo el ejemplo de los antiguos impíos Celso y Juliano, lanzó de nuevo *la hipótesis de la impostura* el filósofo deísta Samuel Reimarius († en Hamburgo el año 1768), cuyos escritos publicó fragmentariamente G. E. Lessing, con el título *Fragmente des Wolfenbüttelschen Ungenannten.* En el fragmento *Von dem Zwecke Jesu und seiner Jünger* declara haber los apóstoles y evangelistas «esperado en Jesús al Redentor temporal del pueblo, hasta que la muerte vino a desvanecer sus esperanzas; por lo que idearon el sistema de un Redentor espiritual y paciente, cambiando en consecuencia el sistema anteriormente formulado acerca de la finalidad de la doctrina y de la obra de Jesús...

---

[1] I *Cor.* 1, 33.

[2] L. Fonck, *Moderne Bibelfragen* (Einsiedeln 1917) 93 ss. Kiefl, *Der geschichtliche Christus und die moderne Philosophie* (Maguncia 1911). El mismo, *Katholische Weltanschauung und modernes Denken* (Ratisbona 1922). Hilarin Felder O. M. C., *Jesus Christus*³ (Paderborn 1925). J. Müller, *Der «historische Jesus» der protest.-freisinnigen Leben-Jesu-Forschung,* en *ZKTh* 1912, 425. Consúltese también los interesantes artículos de Dausch en *ThpMS* acerca del «Cristo ruso» (XXV 285), del «Cristo francés» (XXV 209), del «Cristo inglés» (XXV 285), del Cristo de la poesía moderna *(der Christus der modernen Dichtung,* XXVII 81), y acerca de los «tipos modernos de Cristo» *(die modernen Christus-typen,* XXVII 557); el mismo, *Christus in der modernen sozialen Bewegung,* en *BZF* IX, 5/6 (Münster 1922); J. Rohr, *Der Vernichtungskampf gegen das bibl. Christusbild;* el mismo *Ersatzversuche für das biblische Christusbild,* en *BZF* I, 3/4 (1908)· A. Reatz, *Jesus Christus* (Friburgo 1924).

Pero como, mudado el sistema, la historia de Jesús es en los puntos más importantes muy distinta de lo que fuera antes, como da por sucedidas cosas a que le conduce el nuevo sistema, de las cuales antes del cambio nada sabía, y suprime otras de que hablaba antes, resulta que el nuevo sistema no se rige por la historia, sino la historia se rige por el nuevo sistema». Pero ¿qué motivos tuvieron los apóstoles para cambiar de «sistema»? Si la historia de Jesús no era cual la cuentan los evangelistas, los engañados fueron los apóstoles. ¿Para qué, pues, tratarlos de embusteros? Y si pretendían engañar, ¿no pudieron presentar la historia de tal suerte que no se echase de ver la expectación primera? ¿Y cómo pudo tener acogida tal embuste, viviendo aún los enemigos de Jesús? El mismo David Federico Strauss, en el prólogo a los *Diálogos de Ulrich von Hutten,* hablando de la teoría que «considera, ya los hechos, ya los relatos mismos (evangélicos) como invenciones y falsificaciones de algún impostor», se expresa en los siguientes términos: «Me repugnaba admitir semejante sospecha».

Interpretación natural de la Escritura. Por este procedimiento intentó Paulus, profesor de Heidelberg († 1851), llegar a un acuerdo con los Evangelios. Reconoce Paulus que dichos libros relatan sucesos históricos; pero les niega el carácter sobrenatural. Los hechos prodigiosos es preciso explicarlos por causas naturales: imaginación, error y engaño psicológico de las personas que tomaron parte en ellos; o por alteraciones que hubieran experimentado los mismos hechos naturales al ser transmitidos por tradición. No anduvo el Salvador *sobre* las aguas del lago, sino *en* el lago; la conversión del agua en vino en Caná fué una broma de bodas; la multiplicación de los panes se explica con facilidad, admitiendo que Jesús diera de sus provisiones, y que los demás imitaran el ejemplo, con lo que todos quedaron hartos; la resurrección de muertos no es sino la vuelta de la muerte aparente a la vida. Bastan estos ejemplos para ver cuán fáciles de contentar eran los partidarios de la «interpretación natural de la Escritura»; y se comprende que David Strauss dijese en el lugar citado: «Yo no pude resolverme a admitir interpretación tan violenta de los relatos bíblicos». Mas como tampoco «supo (Strauss) conservar por sí mismo la fe» que exigen los relatos evangélicos, buscó otro recurso para soslayar lo sobrenatural y milagroso de las narraciones evangélicas: la

Hipótesis de los mitos. He aquí lo característico del punto de vista de David Federico Strauss († 1874): «Si los Evangelios son realmente documentos históricos, no hay manera de descartar de la vida de Jesús el milagro; pero si, por el contrario, el milagro es incompatible con la historia, los Evangelios no pueden ser fuentes históricas» [1]. Como Strauss está convencido *a priori* de la imposibilidad del milagro, los Evangelios no son para él fuentes históricas. ¿Qué son, pues? Productos de la «leyenda formada inconscientemente», elaboraciones de la conciencia de la comunidad que la leyenda va formando sin propósito deliberado, creaciones fantásticas y fabulosas; en particular, los milagros son «guirnaldas de mitos que adornan la estatua de Jesús de Nazaret» que ha tejido en torno a Jesús la «leyenda formada sin propósito deliberado», para ataviar convenientemente la figura ideal que se tenía del Mesías y para hacer verdaderos los vaticinios de los profetas. Pero los mitos religiosos se forman en época prehistórica; mientras que los sucesos narrados por los Evangelios se realizan «a la luz meridiana de la historia, en la culminación solar de la cultura antigua» [2]. La leyenda popular que se va formando sin propósito deliberado y sin dolo, teje «guirnaldas» sólo en torno de personajes que con poderosa mano han plasmado los destinos del pueblo. Mas ¿qué de notable ha hecho Jesucristo, si se le quita todo lo que la crítica designa con el nombre de «guirnaldas»? ¿Resta algo que pueda explicarnos la impresión que necesariamente debió de

---

[1] D. Fr. Strauss, *Leben Jesu für das deutsche Volk*[13] (Bonn 1904) 8 s. (1.ª ed. en 1864).

[2] Schill, *Theol. Prinzipienlehre* (1895) 303.

producir su persona? ¿Merecía que la leyenda popular tejiese guirnaldas en torno de su figura? Finalmente, los mitos necesitan largo tiempo para formarse; mas Strauss no les da mucho, pues se ve obligado a conceder que «a fines del siglo II d. Cr. estaban ya reconocidos oficialmente en la Iglesia los cuatro Evangelios que hoy poseemos, y que los citan muchas veces los tres más insignes doctores de la Iglesia, Ireneo en las Galias, Clemente en Alejandría y Tertuliano en Cartago, como escritos de los apóstoles y de los discípulos de apóstoles cuyos nombres llavan» [1]. Poco es, pues, el tiempo que puede dar Strauss a la composición de los Evangelios; mas les da todo aquel de que dispone, fijando con arbitrariedad en el siglo II la composición de todos ellos. Basta que uno solo de los Evangelios se hubiese escrito en el siglo I para que, como él mismo dice, se derrumbara su teoría. Y en efecto, se ha derrumbado totalmente, pues la misma «crítica» fija en el siglo I la composición de los Evangelios. Harnack [2], corifeo de esta crítica, se expresa en los siguientes términos: «Hace 60 años creía Strauss haber deshecho la historicidad de los Evangelios, aun de los tres primeros, casi en todos los aspectos. Los trabajos histórico-críticos de dos generaciones han conseguido restablecerla en gran parte»; de todos es conocido que, en sentir de este sabio ilustre, la crítica histórico-literaria sigue un movimiento retrógrado hacia la tradición [3]. Los Evangelios se formaron cuando aun vivían testigos presenciales de los hechos de Jesús; la fe en la Resurrección del Maestro comienza a tener eficacia—testigo de ello es san Pablo, I *Cor.* 15, 4— tres días después de la muerte de Jesús; la doctrina de la Encarnación del Hijo de Dios se anuncia en vida de muchos contemporáneos de Jesús, no sólo amigos, sino también enemigos; ¿cómo pudo en esta época adornarse con guirnaldas de mitos la figura de Jesús por todas partes, con tanta unidad, tan concretamente, tan esplendorosamente, tan sin ejemplo?

Hipótesis de las tendencias. Ferdinand Christian Baur († 1860), padre de la «escuela moderna de Tubinga», la cual se dió a sí misma el nombre de «histórica», pero sus adversarios llamaron «escuela crítica de las tendencias», está de acuerdo con Strauss en señalar fecha tardía a los Evangelios; mas no la «leyenda formada inconscientemente», sino la *invención consciente* y *tendenciosa,* la mentira y el engaño fueron los factores de la formación de los Evangelios; con lo que vuelve a la teoría de la impostura. Influído por la filosofía de Hegel, traza el siguiente cuadro del Cristianismo primitivo. Hallábanse en abierta y viva oposición un partido judío-cristiano, representado por Pedro, y una tendencia universalista y antijudía, encarnada en Pablo. Según Baur, el partido de Pedro enseñaba la doctrina de la justificación mediante la fe y las obras de la Ley; obligaba, según ello, a la observancia de las leyes judías relativas a los manjares, y trasplantaba al Cristianismo la constitución jerárquica judía. El partido de Pablo, en cambio, sostenía la doctrina de la justificación por sola la fe, *sin* las obras de la Ley; dejaba en libertad tocante a las leyes judías de los manjares y confiaba la dirección de las comunidades cristianas a los ancianos. Con motivo de la lucha contra el montanismo y el gnosticismo, vino a componerse la discordia de la *Iglesia cristiana primitiva*, y así nació la Iglesia *católica.* Los Evangelios se compusieron precisamente con el objeto de arreglar y paliar el antagonismo doctrinal de ambos partidos; todos ellos se escribieron en el siglo II. El Evangelio de san Mateo, destinado a los cristianos del judaísmo, se formó hacia el 130; el de san Lucas, escrito para los cristianos de la gentilidad, hacia el 150; el de san Marcos, de carácter «unionista», que borró las tendencias de ambos mediante numerosas abreviaciones, se compuso algo después; y finalmente hacia el 170, el de san Juan. Aun de entre los protestantes se alzaron muchos y fuertes impugnadores de las fantasías de Baur; hoy se han abandonado las conclusiones de la teoría expuesta, como científicamente

[1] *Leben Jesu* 23.
[2] *Wesen des Christentums* 14.
[3] Cfr. *Chronologie* I, *Vorrede* (prólogo) VIII-XI.

insostenibles. El mismo Harnack observa a este propósito: [1] «Hoy se han dejado de lado, puede casi decirse que universalmente, los prejuicios de la escuela de Baur; en la crítica de los escritos cristianos antiguos sólo ha quedado cierta vaga desconfianza, un procedimiento como el que suele emplear un mal intencionado jurista, o por lo menos un método de maestrillo que gusta fijarse en pormenores y sacar de ellos argumento contra las observaciones claras y decisivas».

Ernesto Renán († 1892). Como Baur tornó a la hipótesis de la impostura de Reimarus, así Renán resucitó la *explicación natural de la Escritura*, y con hábil pluma de novelista compuso (en 1863) en estilo picante y sin preocuparse de fuentes una novela frívola y sentimental de la vida de Jesús. Su obra, adornada con observaciones arqueológicas y topográficas tomadas de la Biblia, del *Talmud* y de los clásicos antiguos, pasa entre los no iniciados por erudita en sumo grado; mas los hombres competentes están acordes en estimar que no tiene importancia alguna científica. Son dignas de notar las palabras que Renán estampó en el prólogo de la décimotercera edición de su *Vie de Jésus:* «Si el milagro tiene algo de real, mi libro es un tejido de errores»; y en otro lugar: «Si el milagro y la Inspiración de ciertos libros son cosas reales, nuestro método es detestable». Pero inmediatamente rechaza la idea de la posibilidad del milagro con esta frase: «Con sólo admitir lo sobrenatural, quedamos fuera de la ciencia» *(par cela seul, qu'on admet le surnaturel, on est en dehors de la science)*. Quien con tales prejuicios acude a las fuentes, es incapaz de apreciarlas objetivamente.

32. Negación de la existencia histórica de Jesucristo [2]. Todo lo hasta aquí expuesto en lo tocante a aberraciones racionalistas ha sido sobrepasado por Bruno Bauer († 1882). Desechando los testimonios históricos y partiendo de la filosofía de Schelling y Hegel, llegó a construir una quimera. No sólo tuvo por invenciones los Evangelios, sino también las Cartas de san Pablo, y se atrevió a negar la existencia histórica de Jesucristo, que atestiguan, no sólo las Escrituras del Nuevo Testamento, sino también escritores paganos, como Tácito (54-117), Suetonio (70-121) y Plinio el Joven (62-110) [3]. «Provisto de ilimitado subjetivismo y subordinando los hechos transmitidos por tradición a una idea preconcebida, enseñó sin cejar durante 40 años (1840-1880), a pesar de

---

[1] *Chronologie* I, *Vorrede* (prólogo) XI.

[2] Cfr. Kiefl, *Der geschichtl. Christus* 86 ss.

[3] Cfr. Seitz, *Christuserzeugnisse aus dem klassischen Altertum von ungläubiger Seite* (Colonia 1906); Meffert, *Die geschichtliche Existenz Christi*9-13 (M.-Gladbach 1921); Fillion, *L'existence historique de Jésus* (París 1909).—No podemos menos de aducir *un* testimonio, un pasaje de Tácito *(Annales* 15, 44), escrito hacia el 110 d. Cr., cuya autenticidad está fuera de duda: «Para acabar con los rumores [de ser él mismo, Nerón, quien había incendiado a Roma] buscó reos, y sometió a tormentos refinados a hombres aborrecidos por sus fechorías, a los cuales el vulgo llamaba *cristianos. Dió origen a este nombre Cristo,* al que mandó al suplicio el procurador Poncio Pilatos, siendo emperador Tiberio». Describe luego la persecución neroniana.—No extrañará que de la existencia histórica de Cristo no nos hayan legado los escritores *paganos* más testimonios que los arriba citados, si se considera que Jesús actuó durante breve tiempo en un país que ofrecía escaso interés al gran mundo de entonces, en una época en que no se disponía de rápidos medios de información como la electricidad y la prensa, y en un pueblo que sólo inspiraba desprecio y sarcasmo en el mundo pagano; cfr. por ejemplo Horacio, Juvenal.—Mas ¿dónde quedan los testimonios *judíos? Flavio Josefo* (37-94), nos ofrece dos: *Antiquitates* 18, 3, 3 y 20, 9, 1. El último es un testimonio directo de la existencia histórica de Jesús; el primero lo tienen muchos por espúreo (apócrifo), pero recientemente el mismo Harnack se inclina a admitir su autenticidad como muy probable. Ni tendría nada de extraño que Josefo callara acerca de Jesús; pues era un escritor que quería granjearse para sí y su pueblo la voluntad de griegos y romanos, para lo cual nada le servía el Rey-Mesías condenado a muerte por los romanos (cfr. Dobschütz, *Probleme des apostol. Zeitalters* 33 s.; también Zahn, *Einleitung* II³ 421 s.) —Las tradiciones del *Talmud* acerca de Jesús pueden verse reunidas en Strack: *Jesús, die Häretiker und die Christen nach den ältesten jüdischen Angaben in Talmud und Midrasch.* Leipzig 1910 (original, traducción y comentario).

la ciencia y de la verdad histórica, a considerar las grandes figuras del Nuevo Testamento, Jesús y Pablo, como ficciones literarias, y el Cristianismo como un producto de la filosofía popular romana (más concretamente: del helenismo de Filón) y del estoicismo depurado de Séneca [1]. Las fantasías de Bruno Bauer, desprovistas de todo valor científico, fueron y siguen siendo explotadas y desarrolladas por la «ciencia» social-demócrata. Esta deja de lado o interpreta torcidamente las fuentes históricas del Cristianismo primitivo, es decir, los Evangelios y demás libros del Nuevo Testamento; en su construcción materialista de la historia, para nada intervienen el tiempo y el espacio. En el desarrollo de la historia sólo reconoce factores económicos y sociales, y afirma que el Cristianismo (sin Cristo) nació de la pobreza y miseria del proletariado, de las aspiraciones y esperanzas de los pobres. En el mismo ambiente se mueven el predicador protestante de Bremen A. Kalthoff, Artur Drews y otros. La crítica protestante seria está de acuerdo con nosotros en rechazar en absoluto «los escritos sensacionales de estos hombres que comprometen toda la ciencia» (Clemen). En prueba de ello, unas palabras de E. von Dobschütz [2]: «Jamás se podrá explicar la figura de Cristo por tales sedimentos de ideas filosóficas o sociales; no bastan éstas para explicar la formación de la comunidad cristiana. Además, la referida tentativa de explicación necesariamente tiene que relegar al reino de la leyenda la personalidad del Apóstol san Pablo o, por lo menos, explicar sus Cartas como interpolación posterior. Mas no cabe discutir con una crítica que tiene por falsificaciones las *Cartas a los Corintios* y la *Carta a los Gálatas,* testimonios de vivísimo sentimiento personal, de excitación de momento y de tratamiento pastoral de males actuales. Esto no es hipercrítica, sino pseudocrítica *(Afterkritik),* llena de prejuicios y falta del sentido de la vida real». En parecidos términos se expresa Wendland [3]: «No le han faltado a Bauer secuaces; pero se puede prescindir de ellos. Quien no sea capaz de descubrir vida religiosa individual en las principales cartas de san Pablo y en el fondo sinóptico, está estragado para la investigación histórica en este terreno».

33. Hipótesis de la influencia budista en los Evangelios. Del estudio de las religiones comparadas nacieron nuevos adversarios de la credibilidad de los Evangelios. Creyóse descubrir en los escritos del Nuevo Testamento rasgos comunes con los documentos religiosos de otros pueblos orientales, prueba inequívoca de haber sido los Evangelios influídos por la literatura oriental [4]. Pasemos a exponer estas teorías.

Rudolf Seydel [5], profesor de Leipzig, fué el primero que defendió la hipótesis

---

[1] H. Köhler, *Sozialistische Irrlehren von der Entstehung des Christentums und ihre Widerlegung* (Leipzig 1899) 14. Jülicher, *Einleitung*[6] 19. Dausch, *Christus in der modernen sozialen Bewegung,* en *BZF* IX, 5/6 (Münster 1922); Rudolf Schumacher, *Die soziale Lage der ersten Christen im apostol. Zeitalter* (Paderborn 1924).

[2] *Probleme des apostol. Zeitalters* (Leipzig 1904). 9.

[3] *Die hellenistisch-römische Kultur* (Tubinga 1907) 121.

[4] Pueden verse observaciones fundamentales muy atinadas acerca del método de la escuela histórico-religiosa en *StL.* 71 (1906), 380; 82 (1912) 388; *ZKTh* XXXV (1911) 213. Citemos también a Krebs, *Heiland und Erlösung* (Friburgo 1914). Acerca de la obra de Clemen, *Religionsgeschichtliche Untersuchung des NT.* (Giessen 1909), emite Cladder en *ThR* XIII (1909) 393 s. el siguiente juicio, muy acertado por cierto: «Clemen ha sabido separar no poca paja; pero lo que resta, no es trigo limpio». Ofrece un estudio bien orientado acerca de estas cuestiones Valensin, *Jésus et l'étude comparée des religions* (París 1911). Para tratar metódica y acertadamente el problema: *Cristianismo y sincretismo*, obsérvese los principios y normas formuladas por Dölger en *ThR* XV (1916) 436 ss.

[5] *Das Evangelium von Jesu in seinem Verhältnisse zur Buddhasage und Buddhalehre* (1882), y: *Die Buddhalegende und das Leben Jesu nach den Evangelien* (1884[2]; 1897). - Acerca de la vida y doctrina de Buda, cfr. Dahlmann, *Buddha* (Berlín 1898); Sinthern, *Buddhismus und buddhistische Strömungen in der Gegenwart* (Münster 1905, científico-popular); Wecker, *Christus und Buddha*[4] (Münster 1920); Koch-Wecker, *Religiös-wissenschaftliche Vorträge,* segunda serie (Rottenburg 1910);

de la influencia de la leyenda de Buda en los Evangelios. Tantas y tan grandes semejanzas creía descubrir entre las leyendas de Buda y nuestros Evangelios, que le parecía necesario admitir entre las fuentes de éstos un Evangelio fundado en aquellas leyendas. El supuesto Evangelio se ha perdido totalmente, dejando empero sus huellas en los Evangelios que nos han llegado, pues de él echaron mano todos los evangelistas, cada uno a su manera. No obstante haber ciertos escritores de reconocida competencia [1] advertido que no bastan simples «analogías» para sacar argumento en favor de la influencia budista, la teoría fué seguida por un diletantismo pretencioso que combate en nombre de la «ciencia» la credibilidad e historicidad de los Evangelios y con ello la religión cristiana. Explótala sobre todo la «ciencia» social-demócrata para «explicar» el origen del Cristianismo a los lectores de sus embustes literarios. Nikolaus Notowitsch [2] no se arredró ante la patraña: afirmó haber encontrado en el Tibet un antiguo documento en que se consigna la estancia de Jesús entre los monjes budistas. El conocido sanscritólogo de Oxford, Max Müller [3], descubrió el embuste.

Debe ponernos en guardia contra esta teoría el hecho de no encontrarse huellas de las ideas budistas en la literatura judía precristiana. A este propósito observa Hardy [4]: «Ni el ojo más experto es capaz de hallar un solo episodio tomado de las leyendas de Buda en toda la literatura anterior o contemporánea de Cristo. Sería ciertamente inverosímil que sólo en los Evangelios se hubiesen conservado restos de las mismas». Desde la muerte de Jesucristo hasta la formación de los Evangelios no hubo tiempo suficiente para que se introdujera en ellos la *leyenda formada inconscientemente*. Tampoco hubieran logrado la *intención y el cálculo* mezclar en los Evangelios tales leyendas. Hubiera sido muy fácil a los enemigos del Cristianismo naciente tachar a los evangelistas de impostores que habían traído sus historias de la India. Empero ni el filósofo pagano Celso en su polémica llena de odio contra los cristianos, compuesta hacia el año 178 d. Cr., ni el neoplatónico Porfirio buscaron aquí argumento contra los Evangelios. Acertadamente observa a este propósito el mismo Hardy: «De haber sido la apoteosis de Jesús el móvil de la falsificación, no se explicaría cómo los Evangelios quedaron muy por detrás de los modelos budistas, siendo así que las exageraciones suelen ir en aumento».

En lo tocante a las *pretendidas analogías* [5], por ejemplo, la concepción de Buda, acompañada de circunstancias extraordinarias, la predicción del destino del mismo por el anciano Asita, la historia de las tentaciones, las parábolas, san Pedro sobre las aguas, la curación del ciego de nacimiento y otros fragmentos, no son de tal naturaleza, a juicio de investigadores nada prevenidos en pro del Cristianismo, que justifiquen la hipótesis de la influencia budista en los Evangelios. Hardy llega a la siguiente conclusión: «Todas las reminiscencias observadas nos producen la impresión de ser la analogía casual y no intencionada; y lo que a primera vista choca por la semejanza, después de madura reflexión nos sorprende por el contraste, y tiene siempre explicación en las condiciones peculiares de las personas o de las circunstancias, etc.». Según Jülicher, [6]

Faber, *Buddhistische und ntl Erzählungen. Das Problem ihrer gegenseitigen Beeinflussung untersucht* (1913).

[1] Por ejemplo Oldenberg en *Theologische Literaturzeitung* 1882, 415 ss.

[2] *La vie inconnue de Jésus-Christ* (1894); traducida al alemán con el título: *Die Lücke im Leben Jesu* (Stuttgart-Viena).

[3] Cfr. el suplemento de los números 143 y 206 de *Allgemeine Zeitung*.

[4] *Der Buddhismus* (Münster 1890) 115 s. La nueva edición del libro de Hardy, preparada por Richard Schmidt (Münster 1919), no puede merecer nuestra aprobación en todas sus partes. Schmidt admite en cuatro casos, por lo menos, dependencia de los Evangelios de fuentes budistas. Mas de ello no aduce pruebas. Cfr. también *ThR* 1919, 201 ss. y 281.

[5] Todos los supuestos *paralelos* se encuentran discutidos a fondo y con gran competencia en Götz, *Indische Einflüsse auf evangelische Erzählungen*, en *Kath* 1912 I 74 ss.; también en Lippl, *ThpMS* XVII (1901) 651 715 y XVIII (1908) 225 549.

[6] *Die Gleichnisreden Jesu* I² (Friburgo 1899) 174.

«en las parábolas es donde la hipótesis debe sostener la prueba». Y a juicio del mismo sabio, la ha sostenido mal; pues añade en otro lugar: «Hasta hoy no se ha demostrado un paralelo budista (o indio en general) de las parábolas evangélicas, en el cual sea aceptable por lo menos la igualdad de germen de ambas formas» [1]. El sabio protestante Karl von Hase [2], después de examinar uno por uno los pretendidos paralelos entre los Evangelios y las tradiciones budistas, resume su juicio en estos términos: «Se comprende que cristianos ilustres de nuestros días, alejados interiormente de la fe, pero con anhelos religiosos vagos, acojan con aplauso y admitan las doctrinas del budismo, no en su forma degenerada actual, sino en su filosofía originaria; pero es difícil de creer que cristianos de los primeros siglos diesen cabida en su Evangelio a las leyendas budistas». Y aun dado que no hubiese otra manera de explicar las afinidades entre los Evangelios y las leyendas budistas sino admitiendo la influencia entre ambos, aun cabría discutir e investigar si no será el asunto evangélico el que ha penetrado en las leyendas búdicas y ha creado las semejanzas; pues, según recientes estudios de Dahlmann, la religión budista se modificó profundamente durante el siglo I de nuestra era merced a las ideas cristianas [3].

De consiguiente, las «analogías» o «semejanzas» que hasta hoy se han aducido, no prueban la dependencia de los Evangelios de las leyendas budistas. Basta, por el contrario, examinar las decisivas *diferencias* de la *vida* y de los *hechos* de Jesús y de Buda y la *oposición de las doctrinas* de ambos, para convencerse de que nuestros Evangelios nada tomaron prestado de las leyendas budistas.

La *vida* de Jesús y la de Buda son del todo diferentes. Según el Evangelio, correspóndele a Cristo el ser en el seno del Padre esencialmente como a Unigénito del Padre; Gotama, en cambio, había tenido ya muchas existencias antes de alcanzar aquélla en que fué Buda (es decir, el «iluminado»). Cristo es el único Redentor, ningún otro le precedió, ningún otro ha de venir después de él; Gotama es uno de tantos Budas; su misión es mostrar el camino que lleva de la miseria del ser al Nirvana («extinción», «descanso»). Cristo murió en la Cruz en circunstancias que arrancaron al centurión *Longinos* las palabras: «Este hombre era Hijo de Dios», y le convencieron del carácter reconciliador de su muerte; Buda murió (hacia el 480 a. Cr.) cuando se acercaba el límite normal de la vida humana y a consecuencia de haber comido carne de jabalí, sin grandes dolores, rodeado de sus discípulos, honrado de todos. Jesucristo resucitó de entre los muertos; Buda está muerto para siempre.

Si miramos a los *hechos*, vemos que Cristo abre sus brazos a todos [4], bendice a los niños, llama a sí a todos los que están cansados y cargados; puede decir con verdad que «se predica el Evangelio a los pobres». Buda excluye de su religión monacal a los niños, menesterosos, esclavos y soldados. Los milagros de Cristo son de una sencilla sublimidad; los de Buda son historias grotescas: por ejemplo, logra cortar en un momento 500 troncos de leña, hace que florezcan los árboles fuera de estación y derramen una lluvia de flores a sus pies, hace aparecer 500 vasijas. Los milagros de Cristo, predicados y escritos por testigos oculares cuando aun vivían amigos y enemigos de Jesucristo, tienen manifiesta finalidad moral; en los milagros de Buda, consignados por escrito tres siglos por lo menos después de su muerte, no se echa de ver la finalidad moral.

---

[1] *Die Gleichnisreden Jesu* I² (Friburgo 1899) 174.

[2] *Ntl Parallelen zu buddhistischen Quellen* (Gr.-Lichterfelde-Berlín 1905) 33.

[3] Véase Dahlmann, *Indische Fahrten* II (Friburgo 1908) 157, y con mayor amplitud y detalle el mismo autor, *Die Thomaslegende und die ältesten historischen Beziehungen des Cristentums zum fernen Osten* (Friburgo 1912).

[4] Cfr. el excelente libro de Strecker, *Christus und die Menschen* [su familia—pobres y ricos—los enfermos—los pecadores—el pueblo—sus enemigos—sus amigos—los apóstoles—los extranjeros] (Dülmen 1915).

También en la *doctrina* difiere esencialmente el budismo del Cristianismo. El Evangelio enseña la existencia de un Dios personal; Buda lo niega. El Evangelio afirma el valor del alma individual e inmortal; Buda niega el alma individual, reconoce sólo el alma del mundo: su doctrina es panteísta. Según el Evangelio, Cristo nos ha redimido del pecado, de la culpa moral; según Buda, sólo se puede aspirar a una liberación del dolor y de la existencia, y el individuo debe redimirse a sí mismo por la renuncia a la «ignorancia»; Buda no lo puede lograr con su vida, doctrina y acciones. Según el Evangelio, la meta es la vida eterna y el reposo en el Señor; según Buda, el Nirvana, la completa insensibilidad, la liberación de la transmigración del alma, la redención de la funesta cadena de nacimientos, la muerte eterna. El Evangelio no niega el deseo de la vida, antes bien lo afirma categóricamente, pero dándole la verdadera dirección hacia la verdadera vida, la del alma: la santificación del alma y con ello el ennoblecimiento interior, el desarrollo de la personalidad, es el ejercicio más santo de la vida; para poder darle cima, guía al hombre mediante sabio ascetismo al recto uso de las cosas sensibles. Muy otro es el budismo: exige la destrucción del deseo de la vida, el anonadamiento de la personalidad, el desvanecimiento en el infinito. El Evangelio exige la misericordia efectiva, fundada en motivos morales y religiosos, como tan maravillosamente lo declara la parábola del «Buen Samaritano»; la misericordia del budista es filosófica o pasiva. El Cristianismo es vencimiento del mundo por amor de Dios y, por ende, energía y actividad; el budismo es negación del mundo mediante la huída del trabajo y del mundo.

Estas diferencias entre el Evangelio y el budismo son fundamentales. Obsérvese además el estilo sobrio y sencillo de los Evangelios, compáreselos con las leyendas budistas, ampulosas e hinchadas, y se verá claramente que no se puede hablar de influencia de éstas en aquéllos.

34. Hipótesis de la influencia de los mitos babilónicos en los Evangelios[1]. La polémica *Babel-Bibel* no se ha limitado al Antiguo Testamento, sino que, por la íntima trabazón de ambos Testamentos, se ha extendido también al Nuevo. En sentir de los panbabilonistas, los mitos babilónicos penetraron en el judaísmo, y mediante éste en el Cristianismo. Distinguen además arbitrariamente — y éste es el *primer* error fundamental de la hipótesis —, el «Evangelio» que se desprende de los *Sinópticos,* del Cristianismo como «religión de la primitiva comunidad cristiana», o *la predicación de Jesús, de la Iglesia primitiva,* dando por demostrada la distinción. De esta manera eximen a Cristo de la inculpación de haber espigado en el campo de los mitos babilónicos. La «sencilla grandeza» de Jesús, dicen, desprecia «los refinamientos y fantasías». Pero la predicación de la primitiva comunidad cristiana, cuyo sedimento son los Evangelios, utilizó los mitos babilónicos trasladándolos a Cristo y su doctrina. Uno de los principales adversarios de la teoría panbabilonista de Fr. Delitzsch aplicada al Antiguo Testamento, el profesor H. Gunkel (Giessen), ha sostenido en una memoria[2] que el nacimiento sobrenatural del Salvador, la historia de su infancia[3], el bautismo, la tentación, la Transfiguración, la Resurrección, el descenso a los infiernos, la Ascención a los cielos, y especialmente la Resurrección al tercer día y la solemnidad cristiana del domingo, proceden de mitos babilónicos. «Y es tan grande la fuerza de los mitos, que sucumbe a ella un espíritu como Pablo»[4]. El *segundo* error de este método está

---

[1] Cfr. M. Meinertz, *Das NT und die neuesten religionsgeschichtlichen Erklärungsversuche* (Estrasburgo 1904); Joseph Sickenberger, *Ntl Prinzipienfragen,* en *BZ* II (1904) 56; Kugler, *Im Bannkreis Babels. Panbabilonistliche Tatsachen* (Münster 1910); Karge, *Babylonisches im NT,* en *BZF* VI, 9/10 (1914), Kirchner, *Marduk von Babylon und Jesus Christus. Ein Beitrag zur Apologie Christi auf religionsvergleichender Grundlage* (M.-Gladbach 1922). [2] Gotinga 1903.

[3] Cfr. Steinmetzer, *Die Geschichte der Geburt und Kindtheit Christi und ihr (angebliches) Verhältnis zur babylonischen Mythe* (Münster 1910)

[4] Sickenberger, l. c. 64.

en *la defectuosa argumentación*. Porque si preguntamos por las razones en que se fundan afirmaciones tan trascendentes, Gunkel nos responde aduciendo una serie de paralelos y mitos babilónicos que guardan alguna afinidad con los relatos bíblicos; haciendo resaltar los rasgos semejantes y dejando de lado las muchas diferencias, se llega a concluir que las narraciones bíblicas dependen de las mitológicas. El *tercer* error de la hipótesis que combatimos consiste en *no distinguir el fondo de la forma*. Un exegeta creyente podría admitir que la *forma* de algunos relatos y ciertas imágenes se hayan tomado de la mitología oriental, supuesto que ello se demostrase en cada caso con todo rigor. *José Görres* hacía resaltar que los escritos del Nuevo Testamento no fueron arrancados como por arte de magia del mundo circundante, sino que su lenguaje figurado ha echado mano del libro incomparablemente rico de imágenes del antiguo Oriente; y no sin razón dice a este propósito Meinertz [1]: «No debe por este lado tener recelos el exegeta; nada padece el carácter revelado de la Sagrada Escritura. Por el contrario, está más en armonía con el gobieno de la divina providencia servirse de las cosas naturales para fines sobrenaturales, y tomar pie de los residuos, aunque algún tanto desfigurados, de la Revelación primitiva». Pero Gunkel no distingue la forma del fondo; admite que también el fondo, las ideas, han experimentado la influencia mitológica. Mas no logra demostrar, ni siquiera para el *Apocalipsis,* que el fondo haya experimentado la influencia de mitos paganos, no digamos ya demostrar el parentesco substancial de éstos con los Evangelios. El mismo llega a decir [2]: «Para quien no se convenza de este punto (es decir, en lo tocante al *Apocalipsis),* todo lo que sigue carece en absoluto de fuerza convincente». Y el mismo Gunkel parece sentir lo débil de sus argumentos, cuando afirma: «Quien se dedique a estas investigaciones, debe ante todo tener idea clara de los mitos; es preciso que antes eduque sus facultades mediante la consideración de la mitología oriental» [3]. Pero ello no basta: debe renunciar a toda verdad inspirada y a todo «sobrenaturalismo», a la creencia de que en la Sagrada Escritura esté depositada la Revelación positiva; y esto, no sólo por método, sino *por principio*. En realidad el método de Gunquel está influído por la negación de «lo sobrenatural». Por eso no se quiere contar con la Revelación primitiva, la cual puede, si no dar la solución completa, por lo menos contribuir no poco al esclarecimiento de las dificultades. Esta exclusión, *por principio,* de los factores sobrenaturales, es el *cuarto* error; y, como con razón afirma Sickenberger [4], este «total repudio del factor Revelación de tal suerte separa el concepto de Gunkel del católico o del protestante creyente, que no es posible hallar terreno común donde entenderse».

El asiriólogo Jensen, profesor de Marburgo, propugna con verdadero radicalismo en su obra *Das Gilgamesch-Epos in der Weltliteratur* [5] la dependencia de las narraciones evangélicas de la leyenda babilónica de Guilgamés. En opinión suya, toda la vida de Jesús, cual se relata en los Evangelios, es una leyenda; pone en tela de juicio la historicidad de la persona de Jesús; los Evangelios son meros «mitógrafos». Es asombrosa la osadía de esta hipótesis, pero todo el edificio descansa en el aire [6]. Los mismos Ed. Meyer y Gunkel califican de «fantasías salvajes» las lucubraciones de Jensen [7].

35. Los Evangelios y la escuela «histórico-crítica». Recientemente ha ganado muchos adeptos en el campo protestante liberal la llamada escuela *histórico-crítica* (Harnack, Schürer, H. y O. Holtzmann, Jülicher y otros). Mientras esta escuela procedió históricamente [8] y su método no experimentó la

---

[1] *Das NT* etc., 13. Cfr. también Nikel en *BZ* I (1903) 128; Sickenberger l.c. 66.
[2] *Zum religionsgeschichtlichen Verständnis* etc. 38. [3] Ibid.
[4] *Ntl Prinzipienfragen,* l.c. 58. [5] Estrasburgo 1906.
[6] Cfr. Döller en *Kath* 1908 II 277; Kilpper en *Heliand* 1910, 107 ss.; Nikel ibid. 1911, 11 40 76. [7] Cfr. *Deutsche Literaturzeitung* XXX 901.
[8] Acerca del verdadero método histórico hallamos muy acertadas enseñanzas en Alfred Feder S. J., *Lehrbuch der geschichtlichen Methode* (Munich 1924).

influencia de los prejuicios filosóficos (imposibilidad de la revelación positiva), fueron muchas las opiniones erróneas que refutó científicamente, como las de David Federico Strauss, Renan, Ferd. Christian Baur y Bruno Bauer; los resultados por ella obtenidos en el campo histórico-crítico ya no permiten a quien pretenda ser tomado en serio repetir afirmaciones como la composición de los Evangelios en el siglo II y la negación de la existencia histórica de Cristo. Pero la escuela «histórico-crítica» no llegó a la verdad en lo tocante a la historicidad y credibilidad de los Evangelios y al origen del Cristianismo, porque no permaneció fiel al método histórico, sino se dejó dominar por erróneos principios filosóficos, y aplicó a la religión y a la historia un principio científico tomado del darwinismo. La filosofía de esta escuela descansa en el *agnosticismo*, es decir, en el error de Comte, Spencer, Stuart Mill y especialmente de Kant, según los cuales el entendimiento humano no puede adquirir certeza de lo sobrenatural, ni pasar de los fenómenos a la esencia de las cosas, a «la cosa en sí»; Dios y lo divino no son por consiguiente objeto de la ciencia ni de la historia, sino pertenecen al dominio de la fe. Todas y cada una de las religiones son producto de las fuerzas y necesidades inmanentes del espíritu humano *(inmanentismo)*. La escuela histórico-crítica aplicó sin trabas de ningún género al campo de la religión y a su estudio histórico el principio naturalista de la evolución *(evolucionismo)* [1]; mas no entienden por «evolución» el desenvolvimiento y desarrollo *de las fuerzas latentes en el germen*, sino un cambio y transformación total. El Cristianismo es producto de una evolución histórica que la humanidad ha producido de sí misma [2]. Ya *antes* de cualquier intento de investigación, estos principios señalan una meta que el investigador no puede traspasar. Niégase *a priori* la *posibilidad* de la revelación positiva y del orden sobrenatural, en particular los milagros y profecías, la divinidad de Cristo y la Inspiración de la Sagrada Escritura; y se eleva a la categoría de dogma racionalista *la hipótesis indemostrada de la imposibilidad absoluta del orden sobrenatural*. Con tales hipótesis, toma en sus manos la escuela «histórico-crítica» [3] los Evangelios y trata de separar lo fútil de lo sólido, como ella dice, lo útil de lo inaprovechable, mejor dicho: trata de despojar los relatos bíblicos de todo lo sobrenatural. La hipótesis de la imposibilidad de las profecías le lleva a fijar en fecha posterior a la destrucción de Jerusalén (entre los años 70 y 80) la composición de los *Sinópticos*, siguiendo en ello normas meramente subjetivas, despreciando los testimonios externos y dando valor exagerado a los criterios internos. Con esto se creen autorizados a afirmar que los Evangelios han tenido cierta evolución histórica, que no en todas sus partes sus testimonios proceden de testigos oculares y de contemporáneos y que, por consiguiente, no en todas sus partes son dignos de crédito. Por otro lado, la hipótesis de la imposibilidad de los milagros les lleva a no prestar fe a los relatos que encierran hechos prodigiosos. Deber es del crítico, como dicen, extraer de los Evangelios el núcleo histórico digno de cré-

---

[1] Cfr. Becker, *Der Entwicklungsgedanke in seiner Anwendang auf die Religion*, en *Kath* 1908 II 402 ss.; A. Rademacher, *Der Entwicklungsgedanke in Religion und Dogma* (Colonia 1914). Observa acertadamente a nuestro propósito Meinertz en la mesurada y sólida reseña del libro de Wilbrand, *Kritische Erörterungen über den kathol. Religionsunterricht an höheren Schulen* (Tubinga 1919): «Los dogmas de la divinidad de Jesucristo y de la presencia real en la Eucaristía eran patrimonio de la primitiva cristiandad (lo reconocen más o menos en cuanto al segundo punto los críticos liberales); pero la fórmula asequible, la interpretación en sus consecuencias, se ha realizado poco a poco. El reconocimiento de este hecho está conforme con el concepto de evolución y, ni daña a la autoridad apostólica, ni exige pensar que no haya seguido su proceso histórico el dogma que vemos llegado a su completo desarrollo en épocas posteriores» (*ThR* 1920, 94 ss., página 105). Por segunda vez ataca Meinertz a Wilbrand en *ThR* 1920, 314. También le combate con habilidad y competencia Holzmeister en *ZKTh* 1920, 609-630.

[2] Puede verse científicamente refutada esta pretensión en Heigl, *Urchristentum und wissenschaftliche Methode*, *WBG* 1907, 177 ss. 188 ss. 195 ss.

[3] Cfr. Donat, *Die Freiheit der Wissenschaft. Ein Gang durch das moderne Geistesleben* (Innsbruck 1910).

dito, examinando dichos libros con «vista amaestrada en la historia» o «con ojos adiestrados mediante el conocimiento de la historia de las religiones y de la formación de las leyendas». Para hacer más aceptable el procedimiento, se acentúan las diferencias existentes entre los Evangelios, convirtiéndolas en verdaderas contradicciones. De aquí el prescindir del Evangelio de san Juan, porque en él se manifiesta con demasiada claridad la divinidad de Jesucristo. De los otros Evangelios se eliminan el nacimiento de madre virgen, el relato de la infancia de Jesús, la Transfiguración, la Resurrección, la Ascensión, los milagros y las profecías. Así, por ejemplo, el examen «crítico», o mejor, la filosofía racionalista de Harnack [1], distingue cinco grupos de milagros: 1, relatos milagrosos, nacidos de la exageración de sucesos naturales impresionantes; 2, relatos milagrosos nacidos de discursos y parábolas o de la proyección de acontecimientos internos en el mundo exterior; 3, relatos milagrosos nacidos del afán de ver cumplidos vaticinios del Antiguo Testamento; 4, relatos prodigiosos nacidos de curaciones sorprendentes, efectuadas por la fuerza espiritual de Jesús [2]; 5, cosas impenetrables. En otros términos: todas las cosas maravillosas que a su juicio no llega a explicar la sugestión, pertenecen, según Harnack, al dominio de la leyenda, amiga de exagerar y adornar. ¿Y en virtud de qué? Porque se trata de hechos sobrenaturales que no admite la filosofía adicta al agnosticismo, inmanentismo y evolucionismo. Prejuicios filosóficos e histórico-religiosos y normas meramente subjetivas gobiernan las fuentes y disponen de ellas a su talante. Aun los críticos liberales conceden incondicionalmente que los relatos milagrosos, considerados *sólo* por el lado histórico-crítico, no son más vulnerables que los demás relatos evangélicos [3]. Y esto no obstante, se discuten unos, y otros se admiten; y a este procedimiento se da el pomposo nombre de método histórico-crítico. Un método que *a priori* y *por principio* rechaza como totalmente *imposible* toda intervención de una fuerza superior sobrenatural, es incompetente para explicar una porción de hechos innegables, en particular el origen del Cristianismo con el cúmulo de valores espirituales y morales que desarrolló y desarrolla en el hombre. En Cristo y en el Cristianismo topamos con lo sobrenatural; preciso es explicarlo. Dejarlo de lado, no es una explicación.

La escuela «histórico-crítica» y las curaciones milagrosas de los Evangelios [4]. De todos los milagros de Jesús, sólo a las curaciones otorga su gracia la escuela «histórico-crítica», porque confía desembarazarse de ellos por medio de explicaciones naturales. Los defensores de la teoría equiparan las curaciones obradas por Jesús a aquellas otras curaciones naturales que se pueden obtener hoy por medio de la *sugestión* y el *hipnotismo*, es decir, mediante un influjo ejercido por el médico en la voluntad del paciente, sea en estado de vigilia, sea en estado de sueño hipnótico. Las curaciones de Jesús se llevaron a feliz término merced al influjo que en los neuróticos ejercían el encanto personal, la fuerza psíquica y la enérgica voluntad de Jesús. Mas la ciencia que se precie de honrada, debe reconocer que esta explicación no satisface en el caso de las curaciones relatadas en los Evangelios: *es imposible explicar por vía natural las curaciones prodigiosas de Jesús*. Leemos en los Evangelios que el Salvador hizo andar a los tullidos, dió vista a los ciegos y oído a los sordos, devolvió el habla a los mudos y sanó a los leprosos. Los únicos casos en que podría aplicarse la sugestión o el hipnotismo, en otros términos, las únicas formas pato-

---

[1] *Wesen des Christentums* 19.

[2] Véase el epígrafe siguiente.

[3] Véase Brückner en *Theol. Jahresbericht* XXX (1910) 267.

[4] Cfr. K. Knur (médico que fué del Manicomio de Frankfurt del Main), *Christus medicus?* (Friburgo 1905); citamos preferentemente esta obra; de ella tomamos las citas de Binswanger, Liebermeister y Charcot. Joh. Jäger, *Ist Jesus Christus ein Suggestionstherapeut gewesen? Eine medizinisch-apologet. Studie* (Mergentheim 1918); Bessmer en *StZ* 96 (1918/19), 1 ss. Merece también citarse aquí la obra del médico holandés Dr. A. C. A. Hoffman, *Hysterie en Historie* (Haarlem 1908).

lógicas en que se puede conseguir algo mediante el influjo del médico en la voluntad del paciente, son la parálisis, la ceguera, la sordera y la mudez *histéricas,* es decir, fundadas en la constitución rebelde del sistema nervioso. Una vez enfermo o echado a perder un órgano, de nada sirve la sugestión y la hipnosis. Pero dichos procedimientos no curan, no cambian la constitución enfermiza del sistema nervioso; sólo hacen desaparecer éste o aquel síntoma patológico. La sugestión sólo sirve para hacer olvidar al enfermo su mal. El hipnotismo sólo puede brindarle una apariencia de curación; pero la ilusión de estar curado no es la curación misma. Si el órgano de la vista se ha vuelto físicamente inservible por nubes, cataratas o desprendimiento de la retina, el paciente sigue ciego aunque en el estado hipnótico se le haya sugerido que está sano de su dolencia. La hipnosis puede a lo sumo influir favorablemente en la curación, aunque dentro de muy estrechos límites; puede facilitar al enfermo la acción de comer, la digestión, el sueño, en cuanto estas funciones están sometidas al influjo de la voluntad. También puede el hipnotismo infundir al enfermo valor y confianza, pero *curarle,* no. Hechas estas observaciones generales, pasemos al examen de las curaciones de los Evangelios. Es inverosímil en extremo que todos los *paralíticos* del Evangelio hubieran sido neuróticos (histéricos), y ninguno de ellos padeciese lesión *orgánica;* que todos tuvieran constitución nerviosa anormal, y ninguno padeciese alteración anatómica de alguna parte de los nervios. Como también es inverosímil en sumo grado que, de todos los *ciegos* incurables del pueblo judío, acudiesen a Jesucristo en busca de curación solamente los histéricos. Como también es sorprendente que el *sordomudo* de *Marcos* 7, 32 padeciese sordera histérica de ambos oídos, unida con mudez histérica—caso sumamente raro, cuya existencia se discute—y que dicho enfermo fuera sensible a la sugestión. Y no es menos extraordinario el cambio estadístico que supone el ser varones casi todos los atacados de dichas enfermedades histéricas. Obsérvase finalmente que los Evangelios dicen muy a menudo haberle sido presentados al Señor en los lugares a donde iba *muchos* enfermos, *a todos los cuales* curaba. No se comprende que en las curaciones en masa se tratara de individuos meramente histéricos sugestionables, o sea, de enfermos neuróticos, que habrían sido curados por influjo de la voluntad.

Pero admitamos lo imposible; demos que fuesen histéricos los enfermos que acudieron a Jesús y encontraron remedio a su dolencia. ¿Qué decir de la curación? ¿Qué nos enseña la experiencia médica actual acerca de la *curación de tales enfermos?* Oigamos algunos juicios de eminencias médicas. Binswanger se expresa en los siguientes términos: «*Quoad sanationem completam* (en cuanto a la curación completa), el pronóstico de la histeria es desfavorable en la mayoría de los casos», es decir, acerca del curso y término de esta enfermedad, en la mayoría de los casos sólo se puede hacer pronóstico desfavorable; y sigue el mismo Binswanger: «De la terapéutica hipnótica a lo sumo se puede esperar la supresión de ciertos cuadros patológicos, es decir, mediante el hipnotismo sólo desaparecen algunos fenómenos y estados patológicos aislados, algunos síntomas, pero no toda la enfermedad». Dice finalmente el mismo sabio: «La eficacia de la sugestión hipnótica es sumamente limitada y muy problemática en los resultados». Otra autoridad médica, el doctor Liebermeister, nos habla en estos términos: «Es más fácil con la hipnosis hacer de un sano un histérico, que curar duraderamente una histeria». Charcot, durante muchos años profesor de enfermedades nerviosas en la Salpetrière, recomienda con insistencia al médico «representar el papel de taumaturgo, aun en las parálisis indudablemente psíquicas (es decir, en las parálisis que proceden, no de enfermedad orgánica, sino de disposición nerviosa patológica); en ello le va todo su prestigio».—Volvamos a los Evangelios. Cristo cura a los enfermos apartándose de todos los procedimientos conocidos; no se habla de tratamiento metódico de los enfermos; cura sin preparación, sin instrumentos ni medicinas. No teme por su prestigio; obra como quien está seguro del éxito. Cura también enfermedades que ni aun por hipnotismo puede curar la medicina moderna, como la lepra y la ceguedad de naci-

miento; y las que hoy se saben curar con procedimientos largos y costosos, Jesús las remedia con una palabra, con un acto de su voluntad. En ciertos casos emplea signos exteriores que en manera alguna son conducentes al remedio de la enfermedad y que sólo tienen valor pedagógico y simbólico. Y no sólo remedia síntomas aislados, sino cura y sana completamente a los enfermos que a él acuden, haciéndolos aptos para el trabajo; así por ejemplo, la enferma de fiebre, luego de curada, sirve a Jesús; el paralítico toma su camilla y echa a andar; y análogamente en otros casos. Las curaciones de Jesús no eran transitorias y de corta duración, sino definitivas y permanentes; de otra suerte no se explicaría el entusiasmo del pueblo, y los enemigos habrían hecho que cayera en descrédito. No proporciona un mero bienestar subjetivo, no la ilusión de la curación, sino aleja males y achaques graves demostrados y fáciles de comprobar. De no haber sido realmente curados los leprosos, sino sólo en apariencia, en virtud de la sugestión hipnótica, los sacerdotes a quienes oficialmente incumbía comprobar la curación y devolver a los enfermos al comercio de sus semejantes, les habrían demostrado el loco error en que estaban y quitado la ilusión. Cristo cura a distancia, sin ver al enfermo, como por ejemplo al siervo del Centurión y a la hija de la Cananea; para estos casos es inútil recurrir al hipnotismo y a la sugestión; pues por sugestión de la madre mal se puede curar a la hija. En verdad, que si la ciencia toma las cosas como son, de preciarse de sincera, debe confesar que las curaciones de Jesús son naturalmente inexplicables y fueron verdaderos milagros [1].

La escuela «histórico-crítica» y la figura de Cristo. Ante todo distingue la escuela «histórico-crítica» el Evangelio anunciado por Cristo, del Evangelio escrito por los evangelistas, el Evangelio «histórico», del «dogmático» o «de la fe», y declara ser cosas fundamentalmente distintas la religión de Jesús y la religión de la Iglesia. Cristo, dicen, ni pudo ni quiso comunicarnos acerca de Dios y de nuestras relaciones para con El cosa alguna que no conociese por vía natural de la razón. ¿Quiso Cristo ser el Hijo de Dios o el Mesías? Y caso de haber afirmado de sí mismo ambas cosas, ¿cómo y cuándo llegó a tal pretensión? He aquí las «cuestiones» o «problemas» que trata de esclarecer la «crítica moderna». Acerca de una de estas dos cuestiones está hoy unánime la crítica: se admite que Jesús se tuvo a sí mismo por el Mesías, — al menos hacia el fin de su vida — y que estaba convencido de poseer santidad y conocimiento de Dios tan superiores, que le elevaban sobre los mortales que vivían con él, vivieron antes y habían de vivir después de él, y aun sobre los mismos ángeles. Y aunque enseñó a los hombres a decir: «Padre nuestro», nunca se puso él, al decirlo, en el mismo nivel de los demás hombres; «mi Padre-vuestro Padre» es una distinción lógicamente deducida. Enseña a los hombres a orar: «Perdónanos nuestras deudas», pero él se exime completamente de pecado y culpa. Más aún, tiénese a sí mismo por legislador absoluto, como Yahve en la Antigua Ley, por Rey y Señor que decide de la eterna suerte de los mortales; arrógase el oficio de Juez de todo el mundo, considerando a los ángeles como a ministros subordinados suyos. Involuntariamente se nos ofrece la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible que un hombre, aunque sea «el genio religioso más extraordinario», tenga de sí mismo por vía natural un concepto tan elevado y tan sublime de su dignidad, que se separe de los contemporáneos, antepasados y venideros, y se atribuya un conocimiento de Dios, una santidad y un poder sobre las conciencias, cuales no se han dado ni se darán? [2] He aquí la respuesta: «Cómo llegó (Cristo) al conocimiento de tan sin-

---

[1] Acerca de cada milagro *en particular* y del carácter sobrenatural se hablará más adelante en el lugar correspondiente.

[2] Cfr. especialmente los excelentes *artículos* de Vinzenz Hartl en *ThpQS* 1906, 272 ss. sobre la moderna literatura acerca de la vida de Jesús; también Kneib, *Moderne Leben-Jesu-Forschung unter dem Einflusse der Psychiatrie* (Maguncia 108); Tillmann, *Das Selbstbewusstsein des Gottessohnes. Auf Grund der synoptischen Evangelien*, en *BZF* IV 11/12 (Münster[3] 1920); el mismo, *Das Selbstbewusstsein Jesu als Beweis sei-*

gularísima relación filial con Dios, cómo adquirió la conciencia de su virtud y del deber y de la misión que en aquella virtud radican, es su misterio que ninguna psicología puede descifrar... La investigación debe detener aquí sus pasos» [1].

Mas la voz de mando: «Alto a la investigación», no ha de detenernos ni impedirnos preguntar por el «misterio» de Jesús, por el misterio de su persona. Pues, en definitiva, de este «misterio» depende nuestra posición respecto de Jesús. Felizmente, los discípulos de Harnack, a pesar del aviso del maestro, vienen en nuestro auxilio dispuestos a descorrer el velo que oculta el «misterio». Declaran que Jesús, guiado y aun obligado por la propia experiencia, no por «reflexiones razonables», sino «por simple fuerza interior», «con necesidad psicológica y con derecho histórico» debió tenerse a sí mismo por quien se tuvo. Pero no sin razón objeta Hartl [2] a tales declaraciones: Supuesto que ello fuese posible, y que nosotros no alcanzásemos a comprenderlo, porque, no siendo genios, nos falta la norma para medir al genio religioso, se presenta en seguida una grave dificultad. La crítica admite que Jesús creía en los ángeles, espíritus puros superiores a todo lo humano, que «contemplan la faz de Dios» y conocen directamente al Creador. Concede también que Cristo, por su relación con Dios, se creía superior a los ángeles. Ocurre, pues, preguntar: ¿Cómo es posible que un hombre, aun siendo el «genio religioso más extraordinario», guiado o más bien constreñido por su experiencia interna, pretendiera ser tenido por superior a los ángeles? Pues si la «crítica» nos dice que *nosotros,* no siendo genios, no podemos apreciar el genio religioso de Cristo, tenemos derecho a que se reconozca esta proposición: Si Cristo era mero hombre, sólo tenía experiencia humana; y como no era ángel, no estaba en condiciones de medir su propia existencia con la vida de los ángeles. No siendo y no queriendo ser sino mero hombre, como afirma la crítica, ¿cómo había de situarse sobre los ángeles en lo tocante al conocimiento de Dios y a la santidad? Y aun podemos formular esta pregunta: ¿Qué garantías tenía Cristo de que no le engañaba su propia experiencia? ¿Podía ocultársele que el hombre es a menudo ludibrio de su propia ilusión? A la vista de la oposición que encontraba por doquiera, ¿no había de ocurrírsele que acaso le engañaba su propia experiencia? «¿Tú, por quien te tienes?», le decían unos. «Es un loco», «está poseído del espíritu malo», decían otros. En vista de la muerte que le amenazaba, ¿no había él de recapacitar seriamente acerca de sus convicciones?

Vemos, pues, que no se puede explicar *naturalmente* la pretensión de Jesús a la mesianidad y a su posición única y excepcional respecto del conocimiento de Dios y de la santidad, sin poner en tela de juicio sus facultades mentales. Pero el protestantismo liberal — dicho sea en su honor — retrocede ante esta consecuencia, no sólo por motivos religiosos, sino también por razones científicas. «El poeta de las parábolas, el decidor de sentencias era sano como ninguno». Mas entonces tampoco hay manera de tranquilizarse diciendo que «la figura del Jesús» del protestantismo liberal es la *histórica,* y que los apóstoles y evangelistas se entusiasmaron tanto del «Jesús» protestante-liberal y tanto se embriagaron espiritualmente, que de él hicieron el «Jesús de la fe», el «Jesús de los Evangelios». Y ¡qué fácilmente se dice!... Después de la muerte de Jesús, se hizo más tupido el velo que rodeaba su figura. Los discípulos, gente buena y sencilla, comprendieron los elevados principios de Jesús, quedaron prendados de él y cedieron al encanto de su persona. Inconsolables por la pérdida del Maestro y por la ruina de todas sus esperanzas, alimentaron en su pecho la esperanza de que todavía intervendría desde el otro mundo y haría triunfar la causa. La esperanza del socorro les llevó a la convicción de haberlo ya obtenido. La cosa era clara: Jesús estaba invisible entre ellos; luego creyeron verle corporalmente, hablar con él, tocarle. En la fantasía vieron su Resurrección cor-

ner Gottheit, en *ThG* I 105 ss.; el mismo, *Die Frömmigkeit des Herrn und seines Apostels Paulus* (Düsseldorf 1920).

[1] Harnack, *Wesen des Christentums* 81. [2] l.c. 295.

poral; para ellos era Cristo el vencedor de la muerte... Entonces comenzaron a ver claramente que en presencia de ellos Cristo había curado a muchos enfermos y obrado grandes prodigios. Y así, la piadosa fantasía de los discípulos hizo de Cristo un taumaturgo, mientras que en la vida de Cristo todo se desarrolló de modo natural. También adjudicaron a Cristo profecías, y luego las supusieron oportunamente realizadas por él y mediante él a la medida de su deseo. Una sola cosa faltaba, y también esa llegó: se le elevó a la categoría de Hijo de Dios; se le adornó con el áureo manto de la gloria divina. Así se «explica» la historia del culto de Jesús sin milagros ni intervenciones sobrenaturales; y estas «explicaciones» circulan en sinnúmero de escritos de vulgarización científica como resultados ciertos de la investigación, y aun llegan a la gran masa del pueblo por medio de la novela; de esta manera se disuelve el Cristianismo en el pueblo alemán. Mas esta «explicación» no lo es en realidad. Es un acervo de errores y absurdos psicológicos. Si no existiera otra explicación, razón tendrían los hombres de hoy para rechazar el Cristianismo [1]; pues el Jesús «histórico» de la «crítica» no tiene importancia alguna ni para la felicidad temporal, ni para la salud eterna del linaje humano. Pero hay otra explicación, una sola, que da razón cumplida de Cristo y del Cristianismo; para dar con ella es preciso no aferrarse *a priori* al dogma racionalista de la «*imposibilidad* del orden sobrenatural». Quien se desliga de este dogma y examina los hechos con criterio verdaderamente histórico, llega a reconocer la credibilidad de los Evangelios y admitir que el «Cristo de la fe» o el «Cristo de los Evangelios» no es otro sino el «Cristo histórico», y sólo entonces *se explican* Cristo y el Cristianismo.

36. Afinidad de los modernistas con la escuela protestante-liberal. Recientemente algunos sabios católicos, especialmente en Francia e Italia, han aplicado los principios «críticos» de la escuela protestante-liberal al estudio y exégesis de la Sagrada Escritura, y por ese camino han llegado a despojar la divina Revelación del carácter *sobrenatural*. En lo que especialmente atañe a los Evangelios, desechan más o menos el *valor histórico;* afirman que dichos libros contienen leyendas con que adornaron la persona de Cristo los primeros cristianos; los Evangelios no reproducen recuerdos históricos reales, sino lo que de los hechos históricos elaboró la reflexión más bien inconsciente que consciente de *los discípulos;* en particular el cuarto Evangelio, desde el principio hasta el fin, no es historia, sino meditaciones teológicas o consideraciones místicas acerca del Evangelio del Señor. Las parábolas fueron artísticamente plasmadas por los evangelistas y por los cristianos de la segunda y tercera generación para explicar el escaso fruto de la predicación de Cristo entre los judíos. Especialmente el cuarto Evangelio acumula milagros sobre milagros para que más resalten la gloria y la obra del Verbo hecho carne. A fuerza de continuas adiciones y correcciones fueron ampliándose los Evangelios, hasta que se fijó definitivamente el Canon; por eso ha quedado en ellos sólo una débil e imprecisa huella de las enseñanzas de Cristo. La imagen que de Cristo y su doctrina ofrecen los documentos históricos es muy distinta de la creada por la fe cristiana; la figura real de Cristo está muy escondida tras la figura del Cristo de la fe. Es evidente que con semejantes concepciones exegéticas y críticas queda suprimida la Revelación sobrenatural: no es ésta una acción sobrenatural divina, sino grados puramente naturales del desarrollo del conocimiento religioso de la humanidad. Historia y dogma aparecen en flagrante oposición.

El Papa Pío X, en su encíclica *Pascendi,* publicada el 8 de septiembre de 1907, dió a conocer con claridad meridiana la fuente de todos estos errores [2]. El *método* histórico de los modernistas, como el de los discípulos de

---

[1] Cfr. la obrita de Grützmacher: *Ist das liberale Jesusbild modern?* (Gr.-Lichterfelde-Berlín 1907).

[2] Ya en el *Syllabus* del papa Pío X (3 de julio de 1907) fueron reprobadas como erróneas 65 proposiciones. Casi todas pueden encontrarse en los escritos de Loisy, y se puede

la escuela protestante-liberal, está totalmente *dominado por la falsa filosofía.* Tocante a este asunto, he aquí el pasaje más importante: «Algunos de entre los modernistas que se dedican a escribir historia, se muestran en gran manera solícitos porque no se les tenga como filósofos, y aun alardean de no saber cosa alguna de filosofía. Astucia soberana: no sea que alguno les crea llenos de prejuicios filosóficos y faltos, por consiguiente, de *objetividad.* Es cierto, sin embargo, que su historia y crítica respiran pura filosofía, y que sus conclusiones se derivan, mediante ajustados raciocinios, de los principios filosóficos que defienden. Lo cual fácilmente entenderá quien reflexione sobre ello. Los tres primeros cánones de dichos historiadores o críticos son aquellos principios mismos que hemos atribuído arriba a los filósofos, es a saber: el *agnosticismo,* el teorema de la *transfiguración* de las cosas por la fe, y el otro, que nos pareció podía llamarse de la *desfiguración.* Vamos a ver las conclusiones de cada uno de ellos. Del *agnosticismo* se desprende que la historia, no de otro modo que la ciencia, versa únicamente sobre fenómenos. Luego, así Dios como cualquiera intervención divina en lo humano se han de relegar a la fe, como pertenecientes a ella sola. Por lo tanto, si se encuentra algo que conste de dos elementos, uno divino y otro humano, como sucede con Cristo, la Iglesia, los Sacramentos y muchas otras cosas de ese género, de tal modo se ha de dividir y separar, que lo humano vaya a la historia, lo divino a la fe. De aquí la conocida división que hacen los modernistas del Cristo histórico y del Cristo de la fe; de la Iglesia de la historia y de la Iglesia de la fe; de los Sacramentos de la historia y de los Sacramentos de la fe, y otras muchas a este tenor.—Pero el mismo elemento humano que, según vimos, el historiador reserva para sí, cual aparece en los monumentos, está levantado por la fe mediante la *transfiguración* más allá de las condiciones históricas. Y así, conviene distinguir las adiciones, que son obra de la fe, para relegarlas a la fe misma y a la historia de la fe; por ejemplo, tratándose de Cristo, cuanto rebasa la condición humana, ya natural, cual la enseña la psicología, ya elaborada por el lugar y la edad en que vivió.—Además, en virtud del tercer principio filosófico, pasan también como por un tamiz las cosas que no salen de la esfera histórica, y eliminan y relegan igualmente a la fe todo lo que, a su juicio, no está en la *lógica* de los hechos, como dicen, o no se acomoda a las personas. Pretenden, por ejemplo, que Cristo no dijo lo que parece sobrepujar a la comprensión del vulgo. De aquí que de su historia *real* borren y remitan a la fe cuantas alegorías ocurren en sus discursos. Se preguntará, tal vez, ¿con qué derecho se hace esta separación? En virtud del ingenio del hombre, de la condición de que goza en la ciudad, de la educación, del conjunto de circunstancias de un hecho cualquiera: en una palabra, si no nos equivocamos, en virtud de una norma, que al fin y al cabo viene a parar en meramente *subjetiva.* Esto es: *se esfuerzan por penetrar* y *como representar la persona de Cristo; atribuyen a éste lo que ellos hubieran hecho en circunstancias semejantes a las suyas.* Así, pues, para terminar, *a priori* y estribando en ciertos principios filosóficos que sostienen pero que aseguran no saber, afirman que en la historia que llaman *real,* Cristo no es Dios ni obró nada divino; como hombre, empero, realizó y dijo lo que ellos, refiriéndose a los tiempos en que floreció, le dan derecho de hacer o decir» [1].

Después de haber declarado cómo el método histórico-crítico de los modernistas, aunque ellos afirmen proceder liberalmente y sin prejuicios, está domi-

---

demostrar que guardan estrecha relación con las obras de la teología protestante-liberal. Acerca de las «bases filosóficas del modernismo» véase Sergius v. Grum Grgimaylo, *Die philosophischen Voraussetzungen des Modernismus,* en *ZKTh* 1909 ss.; también Hünermann, en *ThG* I (1909) 638 ss. Tenemos dos obras fundamentales acerca del modernismo en Bessmer, *Philosophie und Theologie des Modernismus* (Friburgo 1913), y Gisler, *Der modernismus*[3] (Einsiedeln 1912). Acerca de Loisy, véase Andres, *Zur Geschichte eines Modernisten,* en *PB* XXII 325. Véase página 40, nota 4.

[1] Cfr. la Encíclica *Pascendi dominici gregis,* de Pío X, edición autorizada de Herder, página 61 ss.

nado completamente por los principios de la falsa filosofía, resume el Pontífice su pensamiento en las siguientes palabras: «Ya nos parece que está patente cuál sea el método de los modernistas en la cuestión histórica. Precede el filósofo; sigue el historiador; vienen detrás, por orden, la crítica interna y la textual. Y porque es propio de la primera causa comunicar su virtud a las siguientes, síguese evidentemente que semejante crítica no es una crítica cualquiera, sino que con razón se llama *agnóstica, inmanente, evolucionista;* de donde se colige que el que la profesa y usa, profesa los errores implícitos de ella y contradice a la doctrina católica» [1].

37. Más sobre la credibilidad de los Evangelios [2]. Hoy se admite generalmente que los apóstoles y evangelistas predicaron y escribieron al dictado de sus convicciones, y que estaban firmemente convencidos de cuanto se relata en los Evangelios; aun en el foro de la ciencia racionalista se les absuelve de la acusación de impostura. Sólo queda, pues, la posibilidad de que la convicción de los apóstoles y evangelistas no respondiese a la verdad objetiva. De ser ello así, fueron unos pobres ilusos y exaltados. Creyeron que Jesús resucitó del sepulcro; la verdad es que estaba muerto. Creyeron que había hecho milagros; mientras que toda su vida se desliza naturalmente. Le tuvieron por Mesías e Hijo de Dios; y no era ni lo uno ni lo otro. En su fanatismo religioso hubieran hecho de él cualquier cosa, menos lo que aparece en los escritos del Nuevo Testamento. Pero quien se atreve a admitir esto, debe antes dar respuesta satisfactoria a una pregunta: ¿Cómo es que Jesús, siendo mera persona humana (como quiere la «crítica»), en menos de *un decenio* después de su muerte — pues no queda más espacio — ascendió a la categoría, no de *un* Dios, sino *del* Dios verdadero, y fué puesto al mismo nivel con Dios, y ello por obra de unos hombres que vivieron en su intimidad? Pues no hay crítica que pueda destruir el hecho histórico de no haber sido Pablo, sino la primera comunidad, quien primero adoró a Jesús como a Hijo de Dios. ¿Cómo explicar que los discípulos, *monoteístas* de abolengo, que nada sabían de la Trinidad y de la triple personalidad de Dios, y que como buenos judíos tenían por cosa abominable el culto de los héroes, llegasen a creer que *Jesús era Dios,* de no habérselo oído a él mismo y haberlo visto confirmado con milagros? Imposible que se desarrollara naturalmente el concepto judío del Mesías, de no haberlo Dios revelado en Cristo; pues aunque en los libros del Antiguo Testamento estaba anunciada la divinidad del Mesías, los judíos no lo entendieron, ni lo advirtieron, ni pararon en ello; la época de Cristo llevaba en su pensamiento y deseo una idea del Mesías muy distinta de la que veía realizada en Jesús de Nazaret; el tránsito repentino de un Mesías poético a un Hijo de Dios, igual al Padre en esencia, no hubiera sido un grado más en la evolución de la idea bíblica del Mesías, sino un salto injustificado de un extremo a otro. También es preciso explicar cómo en tan corto tiempo pudo desenvolverse el concepto sobrenatural de Cristo *tan universalmente y conforme a un plan unitario* [3] *y consecuente,* como vemos en los Evangelios, y cómo dicho concepto sobrenatural pudo tenerse por el único exacto en época en que aun vivían testigos de la vida del Salvador, no sólo amigos, sino también enemigos. Es preciso explicar cómo los apóstoles, que esperaban un Mesías *taumaturgo* [4], se hicieron discípulos de Jesús, cuando aun no había hecho milagro alguno y, por consiguiente, carecía del sello divino inconfundible. A este propósito observa Esser [5] tan bella como acertadamente: «Por grande que fuera el influjo de la persona y de la doctrina de Jesús en el ánimo de los sencillos... (factor con el cual opera principalmente la crítica), no basta

---

[1] Ibid. página 71.
[2] Véase también página 47 ss.
[3] Cfr. Frings, *Die Einheit der Messiasidee in den Evangelien,* en *Kath* 1917 I 15 ss.
[4] Cfr., por ejemplo, *Ioann.* 7, 31; *Matth.* 12. 38 ss.
[5] Esser-Mausbach, *Religion, Christentum, Kirche, Eine Apologetik für wissenschaftlich Gebildete* II[4] (1921), segunda parte, cap. III, § 1, página 262.

para explicar cómo los discípulos creyeron ser el Mesías este humilde y sencillo Hijo del hombre. La pretensión de Jesús de ser el Mesías de su pueblo, de ser superior a Moisés, a David y a todos los profetas, era tan enorme, el ideal mesiánico era tan único y espiritual, tan opuesto al ideal nacional y terreno que del Mesías tenían los discípulos, que sólo un Jesús con poder taumatúrgico podía ser la preparación histórica conveniente para la fe histórica de los discípulos. Para los judíos, que tenían en la memoria los prodigios de Dios en la Antigua Alianza, era incomprensible un Mesías sin milagros; medido con los vaticinios de los profetas, un Jesús sin milagros hubiera fracasado inmediatamente, habiéndose presentado desnudo de todo aquel esplendor que llevaba consigo la figura del Mesías. Si, pues, los evangelistas dicen haber sido los milagros de Jesús un factor poderoso que despertó y elevó la fe de los discípulos, el testimonio es intangible, no sólo por ser legítimo e irrecusable, sino también porque explica la trama histórica de los hechos».

¿Cómo pudo por vía natural llegarse a creer que el *Crucificado fuese Hijo de Dios?* Los discípulos que todavía en la mañana de la Pascua se hallaban inconsolables y desalentados, muy indecisos en sus esperanzas mesiánicas, ¿cómo llegaron a la *clara persuasión de haber visto real y verdaderamente* al Resucitado *el tercer día* de la crucifixión y después a menudo durante cuarenta días? Nada sirve aquí la hipótesis de la alucinación, porque ésta no es madre sino hija de la fe; las apariciones excitaron la fe de los discípulos, mas la fe no provocó las apariciones; pues aun no existía la fe en la Resurrección, sino nació de las apariciones. Además, la fantasía calenturienta nunca reproduce imágenes distintas de las que antes han ocupado el espíritu; si los discípulos hubiesen adquirido la fe en la Resurrección de Jesús merced a la continua meditación de las profecías y tipos mesiánicos, habrían visto al Salvador, no en un cuerpo transfigurado, sino terreno. Cosa inaudita es también que, habiendo cesado las apariciones de repente a los cuarenta días, quedase sin embargo la fe en el Resucitado como *convicción indestructible para toda la vida;* que los pescadores de Galilea fuesen totalmente transformados por dicha convicción, reanimados hasta el sacrificio de la vida e impulsados al apostolado del Resucitado; que sostuviesen esta convicción en medio de las mayores dificultades y arrostrasen una muerte violenta, persuadidos de ser los más desgraciados en el caso de no ser cierta su convicción [1]. Es psicológicamente imposible que la *fe* en la Resurrección, en otros términos, la certeza de haber Cristo resucitado, se abriese camino en las almas de los discípulos, de no haber precedido el *hecho* de la Resurrección. ¿Cómo de un *Saulo* salió un *Pablo*, es decir, cómo un hombre lleno de fanatismo por la fe de sus mayores pudo llegar tan repentinamente a exponer todas sus energías vitales entre indecibles fatigas y padecimientos para anunciar a este mismo Jesús como Hijo de Dios, acreedor a la adoración de los hombres? ¿Cómo pudo atreverse, una vez convertido, a llamar Dios a Jesús [2], de no haber sido ésta la creencia de la primitiva cristiandad? Pablo mismo alega en pro de los principales artículos de su doctrina (Resurrección al tercer día, muerte expiatoria de Cristo, Eucaristía) la opinión unánime de los apóstoles; en ninguna parte vemos una protesta de los demás discípulos contra el cuadro que de Cristo nos presenta el Apóstol de las gentes. También Pablo tiene conciencia de sí mismo y dice repetidas veces haber sido transformado por Cristo; ¿dónde se descubre la más ligera sombra de haber Pablo transformado a Cristo y su doctrina, y de haber creado él mismo la religión, por la cual él mismo fué cambiado? También es preciso explicar cómo el *mundo* se convirtió al Hijo de Dios crucificado y a una doctrina de fuertes y duras exigencias morales y de grandes sacrificios, aun el de la vida. Es un hecho que la fe, transformadora de la vida y vencedora de la muerte, ha recorrido el mundo en marcha triunfal. Indecible número de gentes, los mejores y más nobles, hombres y mujeres, sabios e ignorantes, han

---

[1] Cfr. I *Cor.* 15, 13-19.
[2] Por ejemplo, *Rom.* 9, 5.

encontrado en ella el único consuelo en vida y muerte. ¿Cómo se explica, finalmente, que *aun hoy* Jesús de Nazaret divida a la humanidad en dos grandes bandos, según lo profetizó el anciano Simeón? *(Luc.* 2,34). Todos estos hechos importantes necesitan explicación. La ciencia que niega la credibilidad de los Evangelios y la realidad de la revelación positiva y del orden sobrenatural, es un gran desatino; no explica ni puede explicar los hechos, antes bien ofrece a nuestra razón enigmas indescifrables e induce a admitir como realidad una serie de inverosimilitudes e imposibilidades psicológicas. *Si, por el contrario, reconocemos la credibilidad de los Evangelios, entonces y sólo entonces se explican Cristo y el Cristianismo.*

Conclusión. Quien haya seguido cuanto venimos exponiendo, habrá podido reconocer que los testimonios históricos en pro de la *autenticidad* de nuestros Evangelios son tan antiguos, tan numerosos y tan bien fundados, como pueden serlo los de cualquiera otro libro de la literatura antigua. Si, pues, se quiere ser consecuente, no se puede poner en tela de juicio la *autenticidad* de los Evangelios. Pues, aun considerada la cosa en su aspecto científico, la *credibilidad* queda fuera de duda: los autores fueron testigos presenciales de los sucesos que relatan, o se informaron de testigos presenciales; eran competentes y veraces; querían, podían y debían decir la verdad. Es cierto que relatan hechos y verdades sobrenaturales; pero, si quiere uno mantenerse fiel al método histórico y no hacerse *a priori* esclavo del dogma racionalista de la «imposibilidad del orden sobrenatural», no puede concluir con los racionalistas: «los Evangelios relatan cosas sobrenaturales, luego no merecen crédito», antes bien esto otro: «los Evangelios están sólidamente acreditados y son creíbles, luego debemos reconocer los hechos sobrenaturales que refieren, y contar con ellos». Y así los Evangelios nos llevan al conocimiento de estas verdades: Cristo se declaró el Mesías esperado de las gentes e Hijo de Dios, y su Padre celestial le acreditó mediante el «sello» de los milagros; Cristo fundó una Iglesia, a la cual ha confiado los tesoros de sus verdades y gracias, prometiendo guardarla de todo error doctrinal. El Hijo de Dios, por consiguiente, ha dotado a su Iglesia de autoridad divina. Esta Iglesia nos enseña que los libros de la Escritura son inspirados y, asistida por el Espíritu Santo, con autoridad divina nos garantiza de su completa credibilidad. Por consiguiente, al grado supremo de *certeza humana* que tenemos acerca de la autenticidad, integridad y credibilidad de los Evangelios, viene a sumarse una *certeza divina,* absolutamente infalible, fundamento necesario de la fe sobrenatural.

I. Venida del Salvador y vida oculta

1. Anuncio del nacimiento del Precursor[1]

(Luc. 1, 5-25)

1. Zacarías e Isabel: ambos idealmente piadosos; ambos ancianos y sin hijos. 2. En el Templo, en el Santuario: embajada del ángel a Zacarías; la señal. 3. Cumplimiento de la embajada del ángel.

38. En tiempo de Herodes[2], rey de Judea, vivía en una de las ciudades de las montañas de Judá[3] un sacerdote llamado *Zacarías*[4], de la

---

[1] Cfr. Innitzer, *Johannes der Täufer* (Viena 1908) 1-82; Pottgiesser, *Johannes der Täufer und Jesus Christus* (Colonia 1911) 45 ss. (de carácter apologético).

[2] Cuando había desaparecido el cetro de Judá y llegado la plenitud de los tiempos.

[3] Según tradición fidedigna, en San Juan de la Montaña, en árabe *Ain-Kārim* (véase núm. 52).

[4] Que significa: el Señor se ha acordado.

clase sacerdotal de Abía [1]. Su mujer era igualmente del linaje de Aarón [2] y se llamaba *Isabel* [3]. Ambos eran justos a los ojos de Dios, guardando todos los mandamientos y leyes del Señor irreprensiblemente. Y no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos de avanzada edad.

Sucedió, pues, que Zacarías desempeñaba el ministerio sacerdotal en la presencia del Señor. Porque como tocase a su clase el turno, según costumbre, fué él señalado por la suerte [4] para ir al Templo del Señor y ofrecer el incienso. Todo el pueblo estaba orando de la parte de afuera, en el atrio, durante la oblación del incienso [5]. Entonces se le apareció a Zacarías un ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. A cuya vista se estremeció Zacarías, y quedó sobrecogido de espanto. Mas el ángel le dijo [6]: No temas, Zacarías; pues tu oración [7] ha sido oída. Isabel, tu mujer, te parirá un hijo, a quien pondrás por nombre *Juan* [8]; el cual será para ti objeto de gozo y de júbilo, y muchos se regocijarán en su nacimiento. Porque ha de ser [9] grande en la presencia del Señor. No beberá [10] vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno [11] del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo, delante del cual irá él en el espíritu y en la virtud de Elías [12], para infundir los sentimientos de los padres en los hijos y conducir a los rebeldes a la sabiduría de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (*Malach.* 4, 6). Pero Zacarías respondió al ángel: «¿Por dónde podré yo certificarme de eso? porque ya soy viejo,

---

[1] Según I *Par.* 24, 10, la octava de las 24 clases sacerdotales que alternaban por semanas en el servicio del Templo.—La división en clases procedía de David (cfr. tomo I, núm. 551). De la cautividad de Babilonia tornaron sólo cuatro (*Esdr.* 2, 36 ss.); mas éstas se disolvieron para agruparse de nuevo en 24 clases.

[2] Por consiguiente, de linaje sacerdotal.

[3] Que quiere decir: «Dios ha jurado», o «la que jura por Dios», «la que honra a Dios».

[4] Los oficios sacerdotales (ofrecer los sacrificios cruentos, cuidar del candelabro de los siete brazos, renovar los panes de la proposición), en particular el de ofrecer el incienso, se repartían por suerte. De aquí se ve que Zacarías era simple sacerdote y no el sumo sacerdote.

[5] La incensación acompañaba al sacrificio matutino y vespertino de cada día. Realizábase en el altar del incienso del Santuario.

[6] El *mensaje angélico* comprende lo siguiente: 1, nombre; 2, santidad y grandeza del niño que ha de nacer; 3, misión del mismo (transformación íntima y renovación de la familia, del pueblo, etc.) y 4, ministerio («en el espíritu y en la virtud de Elías»). Cfr., además, la nota 9 de esta página. Lo que de san Juan nos cuenta la Sagrada Escritura viene a ilustrar las palabras del ángel.

[7] Sin duda la oración iba enderezada a pedir la pronta venida del Mesías y del reino mesiánico, pues, siendo él y su mujer tan «entrados en años», no se comprende que pidiese un hijo.

[8] Es decir: el Señor es misericordioso; alusión a la gran misericordia de Dios para con los hombres, la Encarnación del Redentor, de quien Juan ha de ser el Precursor.

[9] *Será grande:* 1, por la plenitud del Espíritu Santo que se le ha comunicado; 2, por la misión de Precursor; 3, por las virtudes; 4, por las obras, por la manera cómo ha de realizar su cometido. ¡Grande, en verdad!

[10] Es decir: «practicará la templanza como un nazareno».

[11] Por consiguiente, será purificado del pecado, del pecado original (cfr. *Luc.* 1, 41 y 44).

[12] Con el celo ardiente de un Elías, cual poderoso predicador y profeta ha de ser Juan el Precursor del Señor. El es aquel Precursor que anunció el último de los profetas, Malaquías (cfr. tomo I, núm. 717) y el primero a quien reconocieron de nuevo como profeta los judíos.

y mi mujer es de edad muy avanzada». El ángel replicándole dijo: «Yo soy *Gabriel*[1], que asisto al trono de Dios, y he sido enviado a traerte esta feliz nueva. Y desde ahora quedarás mudo hasta el día que sucedan estas cosas, por cuanto no has creído a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo». Entretanto estaba el pueblo esperando a Zacarías, y se maravillaba de que se detuviese tanto en el Templo. Salido que hubo, no podía hablarles palabra[2], de donde conocieron que había tenido en el Templo alguna visión. El procuraba explicarse por señas, y permaneció mudo.

Cumplidos los días de su ministerio, volvió a su casa[3]. Poco después concibió Isabel y estuvo retirada cinco meses, diciendo: «Así ha hecho el Señor conmigo; se ha dignado mirarme y borrar de mí delante de los hombres el oprobio de la esterilidad».

39. Herodes el Grande y su familia. En el Nuevo Testamento cuatro príncipes llevan el nombre de Herodes:

a) **Herodes el Grande,** el degollador de los Inocentes y perseguidor del Niño Jesús, fué nombrado por los romanos rey de los judíos el año 714 de Roma (40 a Cr.) y ciñó la corona el año 714 (37 a. Cr.), después de tomar por asalto a Jerusalén. Acabó sus días el año 750 de Roma (4 d. Cr.). Fué un verdadero monstruo. Para asentar su reinado, extirpó la descendencia de los Macabeos, no perdonando ni a su propia mujer Mariamna. Para ganarse el favor de los judíos, edificó suntuosamente el Templo (cfr. núm. 82). El historiador Josefo[4] nos cuenta pormenores espantosos acerca de la última enfermedad y muerte de Herodes. Sesenta años tenía este tirano sanguinario, y acababa de enviar a Roma emisarios que recabasen del Emperador la confirmación de la sentencia de muerte dictada contra su propio hijo Antípater, cuando le acometió la enfermedad. Un ardor interno le iba consumiendo lentamente; los dolores insufribles de sus entrañas le impedían ceder al deseo vehemente de tomar cosa alguna; acumulábase el agua en el cuerpo y en los pies; pululaban los gusanos en su carne; hacíasele difícil la respiración; su aliento era fétido; violentas convulsiones de todos sus miembros le daban fuerza sobrehumana. Nada le aprovechaban los baños de Callirrhoe[5]; mandó, pues, que le tornasen a Jericó; y viendo que su mal no tenía remedio, se llenó de amarga cólera, pensando que todo el mundo se alegraría de su muerte. Por eso mandó encerrar en el hipó-

---

[1] Es decir, uno de sus ministros más principales; Gabriel, varón de Dios (cfr. Bardenhewer, *Mariä Verkündigung* [Friburgo 1905] 49 ss.), o héroe de Dios.

[2] Para darles la bendición solemne y despedir al pueblo. Según *Num.* 6, 23-26, *la bendición* debió de estar concebida en estos términos: «El Señor te bendiga y te guarde. El Señor te muestre su rostro y se apiade de tí. El Señor vuelva a ti su rostro y te dé la paz».

[3] Mudo, ciertamente, pero lleno de gozo; pues el castigo por haber dudado era a la vez prenda del seguro cumplimiento de su deseo más ardiente.

[4] *Ant.* 17, 6 5 a 8, 2.

[5] *Kallirrhoe*, que significa fuente hermosa, se creyó haber estado situada unos 25 Km. al sudoeste de la desembocadura del Jordán en el mar Muerto, a unos 8 Km. de la ribera, en el arroyo Zerka Main, en una profunda garganta formada por muros de enhiestas peñas. Pero las investigaciones modernas han demostrado que las fuentes del Zerka Main son las mismas que cita Fl. Josefo (*Bell.* 7, 6, 3) y señala el mapa de Madaba (fig. 3, pág. 75; véase Apéndice I, 8) con el nombre de fuentes de Baares (Baaru), y que las fuentes de Kallirrhoe están junto a *Hammân ez-Zâra,* hora y media al sur de Zerka Main (no media hora, como dice Schürer, *Geschichte des Jüd Volkes* [³1901] 413, nota 163), muy cerca del mar Muerto. El nombre Kallirrhoe es traducción griega del hebreo *Sarath-hasch-Schihor,* hermosura (de las regueras); el nombre antiguo *Sarah* se ha conservado en el árabe actual Zâra. Cfr. especialmente Heidet en *HL* 1909, 65-80 123 ss.; Musil, *Arabia Petraea* I: *Moab* (Viena 1907) 240 252, nota 2; P. Barnabé Meistermann, *Guide du Nil au Jourdain* (1909) 297; *RB* 1909, 212-242; *ZDPV* XXX (1909) 79.

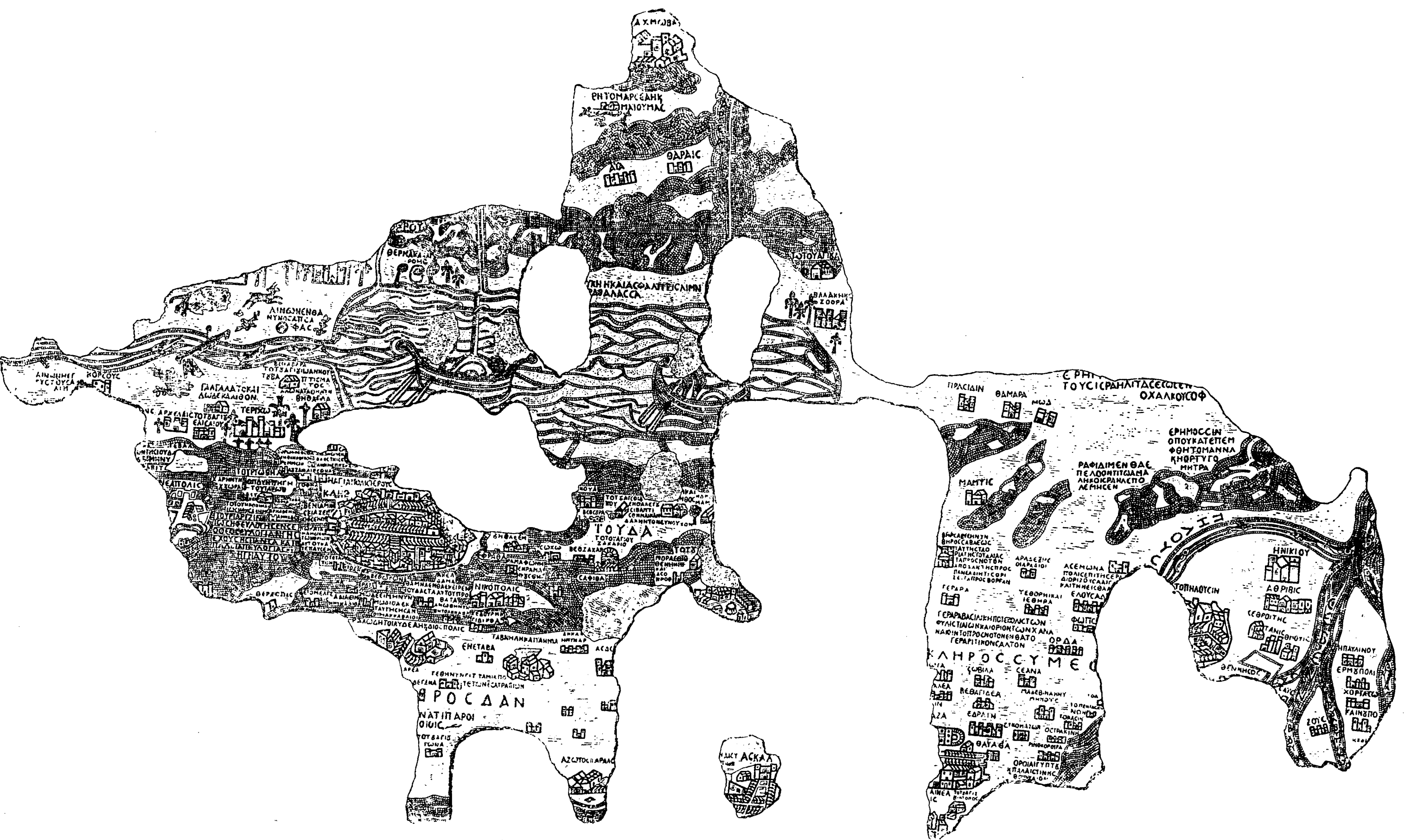


Fig. 3. — Mosaico de Madaba (siglo VI). Representa el mapa de Palestina. Cfr. Apéndice I, 8.

dromo a todos los magnates que por orden suya y bajo pena de muerte se habían congregado en Jericó [1], y dispuso que a su muerte fuesen todos degollados, para que hubiese llanto en el país. Cinco días le restaban de vida, cuando, habiendo llegado de Roma el permiso, mandó decapitar a su hijo Antípater por sospechas de haber aspirado a la corona. En un momento de desesperación echó mano de un cuchillo para suicidarse, pero lograron quitárselo. Por fin murió; su cuerpo fué enterrado con gran pompa en la fortaleza llamada *Herodium* (hoy monte de los Francos), que había mandado construir en un monte muy alto y escarpado, dos horas al sudeste de Belén [2]. Por algunas cualidades brillantes, por su valor y fortuna, los contemporáneos, con mísera adulación, le dieron el sobrenombre de «el Grande».

El mayor de sus hijos, *Arquelao*, heredó Judea, Samaria e Idumea con el título de etnarca. Herodes le dejó en testamento la dignidad real; pero Augusto le confirmó solamente el título de etnarca, es decir, jefe de nación. El segundo hijo, *Filipo*, heredó la región norte de Transjordania, es decir, las comarcas de Iturea con Gaulanitis, y las de Traconitis con Batanea y Auranitis; a Herodes *Antipas*, el tercero, tocaron Galilea y Perea. Los dos últimos llevaron el título de tretrarcas, es decir, príncipes de la cuarta parte o, en general, de una pequeña parte del país. Los ingresos de Arquelao se calculaban en 600 talentos (1 talento equivale a 5220 marcos); los de Herodes Antipas en 200; y los de Filipo en 100 [3].

b) El tetrarca **Herodes (Antipas)** repudió a su mujer, hija del rey árabe Aretas [4], y tomó a Herodías, mujer de su hermano Filipo, el cual vivía en Roma; él mandó decapitar a *Juan el Bautista* e hizo burla de *Jesús*. Queriendo Aretas vengar la injuria inferida con el repudio de su hija, declaró la guerra a Herodes y le derrotó; y de no haber intervenido los romanos, le hubiera aniquilado completamente [5]. Herodías, envidiosa de la suerte de su hermano Agrippa (véase *c*), el cual había obtenido de Calígula el título de rey, importunó a Antipas para que recabara en Roma la misma distinción; ella misma le acompañó en el viaje. Encontraron al emperador en Baia, cerca de Nápoles; pero a la vez llegaba un emisario de Agrippa con una querella contra Herodes Antipas; de resultas de la cual fué éste desterrado a Lugdunum (¿Lyón?), en las Galias. Sucedía esto el año 792 de Roma (39 d. Cr.) [6]. Tampoco paró Herodes en Lugdunum, sino que fué a España a morir en la miseria [7].

c) El rey **Herodes (Agrippa I)** fué hijo de Aristóbulo, que lo era de Herodes el Grande y de la asmonea Miriamna; es el hermano de Herodías. Pasó la juventud en Roma, donde dilapidó toda su fortuna. Como hubiese manifestado imprudentemente el deseo de que muriese Tiberio y subiera al trono su amigo Calígula, fué encarcelado por Tiberio. Quiso su estrella que pronto muriese Tiberio (16 de marzo del 37) y empuñara Calígula las riendas del imperio. Agrippa fué puesto en libertad y obtuvo el gobierno de Iturea y Traconitis con el título de rey (año 37). Este hecho excitó la envidia de Herodías y de Herodes Antipas (véase *b*), los cuales fueron desterrados por Calígula; con lo cual Agrippa obtuvo también los dominios y la fortuna de Antipas (año 39). El sucesor de Calígula, Claudio, a quien Agrippa había prestado en Roma importantes servicios, al ocupar el trono le regaló Judea y Samaria (año 41); con lo cual Agrippa reunió bajo su cetro todo el reino judío [8]. La rebaja de contribuciones,

---

[1] Una «multitud inmensa», dice Josefo (*Ant.* 17, 6, 5).

[2] Acerca del monte de los Francos véase, por ejemplo, Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* (Lucerna 1924). [3] Cfr. Josefo, *Bell.* 2, 6, 3; *Ant.* 17, 11, 4 5.

[4] Cfr. A. Steinmann, *Aretas IV, König der Nabatäer* (Friburgo 1909; edición aparte de artículos que vieron la luz en *BZ* VII [1909] 174 ss. 312 ss.).

[5] Josefo, *Ant.* 18, 5, 1. [6] Ibid. 17, 7. 1 2. [7] Josefo, *Bell.* 2, 9, 6.

[8] También el señorío de *Lisanias*, a saber, *Abilene*, en la vertiente sudeste del Antilíbano, unos 25 Km. al noroeste de Damasco, 100 Km. al nordeste del lago de Genesaret, sobre una roca escarpada que se alza sobre la ribera derecha del río Barada, hoy Suk Wadi Barada.

las construcciones de edificios, etc., el celo por la observancia de la Ley y la persecución de los cristianos, le granjearon el afecto del pueblo. Por la Pascua del año 42 mandó decapitar a *Santiago el Mayor* y encarcelar a *Pedro*. Luego de lo cual murió de una enfermedad breve y dolorosa (año 44), en castigo de haber permitido que aduladores paganos le saludasen como a dios (*Act.* 12, 21 ss.).

d) El rey **(Herodes) Agrippa II** fué hijo único de Herodes Agrippa I. Como al morir su padre fuese de edad de 17 años, los consejeros del emperador Claudio le declararon demasiado joven para regir el trono. El país de los judíos volvió a ser una provincia romana regida por procuradores. Sin embargo, a la muerte de su tío Herodes de Calcis (año 50) [1], vino a parar a manos de Agrippa II el principado, que el año 53 se le conmutó por la antigua tetrarquía de Gaulanitis, Traconitis y Batanea, con el título de rey; el año 55 le dió el emperador algunas ciudades de Galilea. Favorito y amigo fiel de los romanos, era poco estimado de los judíos, con los cuales se malquistó sobre todo por la arbitrariedad con que hacía uso del supuesto derecho de instituir sumo sacerdote (en seis años, del 59 al 65, estableció seis). Sin embargo, después de su muerte fué celebrado por el profundo conocimiento de la Ley. Vivió hasta cerca del año 100 d. Cr. Ante él se defendió en Cesarea *san Pablo*, presentado por el procurador Festo (*Act.* cap. 25 y 26). *Drusila*, hermana de Agrippa II, estaba casada con *Félix*, predecesor de Festo (*Act.* 24, 24). He aquí un cuadro genealógico, para mejor comprender cuanto llevamos dicho de la familia de Herodes:

Herodes el Grande (*Matth.* 2, 1); del 37 a. Cr. al 4 d. Cr.

Mariamna (asmonea)	Mariamna (hija de Simón)	Maltace (samaritana)	Cleopatra
Aristóbulo	Herodes Filipo (*Matth.* 14, 3)	Arquelao (*Matth.* 2, 22) Etnarca desde 4 a. Cr. hasta 6 d. Cr. (depuesto por el emperador, desterrado a Vienne). — *H. Antipas* (*Luc.* 3, 1 19; 9, 7) Casado 1. con la hija de Aretas. 2. con Herodías. (*Matth.* 14, 8-11), tetrarca de Galilea y Perea desde 4 a. Cr. hasta 39 d. Cr. Fundador de Tiberíades.	Filipo casado con Salomé. Tetrarca de Auranitis, Traconitis, etc., desde 4 a. Cr. hasta 34 d. Cr. Fundador de Cesárea de Filipo y de Betsaida Julias. Del 34 al 37 sus dominios fueron incorporados a la provincia romana de Siria.

Hijos de Aristóbulo: *H. Agrippa I* (*Act.* 12, 1). Rey desde el 37 al 44 d. Cr. Casó con Cypros; se educó en Roma con los futuros emperadores Calígula y Clandio. Vida aventurera. El año 37 d. Cr. obtuvo la tetrarquía de Filipo; el año 40, la de Antipas; el 41, Judea Samaria, Idumea y Abileme, región, esta última, situada no lejos de Damasco. — Herodías (*Matt.* 14, 8-11)

Hija de Herodías y Herodes Filipo: Salomé

Hijos de Agrippa I: *H. Agrippa II* (*Act.* 25, 13). Tetrarca de Auranitis, Traconitis, Abilene, etc. † el 100 d. Cr. — Berenice (*Act.* 25, 13). — Drusila (*Act.* 22, 24).

Herederos de Herodes el Grande

2. La Anunciación

(*Luc.* 1, 26-38; 3, 24-38. Cfr. *Matth.* 1, 1-17; *Marc.* 1, 1; *Ioann.* 1, 1-18)

40 a. En el relato de la Anunciación (Mateo y Lucas), sin que manuscrito alguno acuse la menor discrepancia, se nos declara de una manera incondicional que Jesús nació de María *Virgen*. Algunos críticos opinan que el pasaje: «María dijo al Angel: ¿Cómo ha de ser esto?... Será llamado Hijo de Dios» (*Luc.* 1, 34 35), y la palabra «virgen» (*Luc.* 1, 27), son adiciones extrañas al relato primitivo. Mas de ello no tienen testimonio histórico alguno, ni encuentran indicio de haber sido el texto elaborado posteriormente; y *en contra* de la hipótesis están la unidad perfecta y el eslabonamiento de las ideas desarrolladas en

[1] Cfr. Josefo, *Bell.* 2, 12, 1; *Ant.* 20, 7, 1. *Calcis,* hoy Andschar, con importantes ruinas, está en Celesiria, en la ladera occidental del Antilíbano, a la derecha de la carretera de Beirut a Damasco, unos 50 Km. al noroeste de esta ciudad.

el relato; todas las partes del esqueleto ideológico se avienen con perfecta armonía, y precisamente las palabras que se pretende eliminar son la cabeza y el coronamiento de todo el relato. La crítica literaria debe confesar con honradez que no tiene otra razón para desechar dichas palabras como espúreas y de origen sospechoso, sino el carácter sobrenatural y milagroso que encierran. Pero semejante procedimiento es arbitrariedad y no crítica sana. De manera más arbitraria y radical procede Wellhausen (*Das Evangelium Lukä* [Berlín 1904]), rechazando de plano los dos primeros capítulos del tercer Evangelio; von Harnack se muestra más conservador al reconocer que dichos capítulos son de la misma mano que los demás capítulos del tercer Evangelio y de los *Hechos de los Apóstoles*, a saber, de san Lucas (*Sitzungsberichte der Klg. preuss. Akademie der Wissenschaften zu Berlin* 1900, 547). — Se ha querido encontrar una base para negar el nacimiento virginal en el *Codex Syrus Sinaiticus* (cfr. pág. 4). Dicho códice dice en *Matth.* 1, 16: «José, con quien estaba desposada María la virgen, engendró a Jesús, que se llama el Mesías». La prensa incrédula quiso en seguida sacar partido de esta variante; la fuente más antigua nada sabía del nacimiento de Jesús de madre virgen. Pero hasta ahora no se ha demostrado que el códice *Syrsin* sea la fuente *más antigua*. Aun prescindiendo de la versión *Itala*, un papiro griego hallado en Oxyrhynchos (Egipto), tan antiguo por lo menos como el *Syrsin*, trae en *Matth.* 1, 16 un texto idéntico al oficial. Sabios de tendencias muy diversas (aparte de los católicos) como Zahn (*Einl.* II³ ss. y *Das Evangelium des Mt*, 1905, 66-67), y el protestante-liberal Wellhausen, están conformes en afirmar que el traductor no dudó del nacimiento milagroso de Jesús. Pues el manuscrito mismo hace resaltar con toda la claridad deseable la *virginidad* de María El pasaje no es como a veces se cita: «José, con quien estaba María desposada, engendró a Jesús», sino: «José, con quien estaba desposada María, *la virgen*, engendró a Jesús»; y que la palabra «virgen» se entiende aquí en su acepción más verdadera y pura, se colige del relato siguiente, donde se describe, no de otra manera que en nuestro Evangelio griego de san Mateo, cómo por obra del Espíritu Santo nació Jesús de María Virgen. De no atribuir al evangelista grosera contradicción, debemos admitir una de estas dos hipótesis: o en el manuscrito hay algún error textual por descuido del amanuense (bastaría que se tratase de una sola letra del texto siríaco), o, lo que es más verosímil, la palabra «engendrar» ha de entenderse como en otros pasajes de la genealogía de Cristo, por ejemplo, en los versículos 8 y 12, no de la paternidad según la carne, sino en sentido convencional. Atendiendo, por consiguiente, a todo el contexto, el pasaje significa: ante la Ley judía, y a los ojos de los hombres, Jesús pasaba por hijo de José (cfr. *Ioann.* 6, 42; *Luc.* 2, 48; 3, 23; *Matth.* 13, 55); pero en realidad era hijo de la Virgen María, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo [1].—No se puede, pues, sin incurrir en arbitrariedad combatir nuestro relato; éste contiene auténtica y genuina materia evangélica. Pueden verse las variantes de *Matth.* 1, 16 en Jochmann, *BZ* XI (1913) 161 ss.

La ciencia racionalista tiene por «mito» o «leyenda» el *contenido* del relato, es decir, cuanto los Evangelios, en perfecta armonía con toda la cristiandad primitiva, nos cuentan acerca del parto virginal de María. Pero con esto contrae la escuela racionalista la obligación de explicarnos cómo pudo nacer y desarrollarse en los primeros cristianos la convicción de esta creencia, de no ser históricamente verdadero y real lo que creían. Tres caminos ha ensayado, pero ninguno de ellos conduce al fin. 1. Usener, particularmente, trató de demostrar que el nacimiento virginal de Jesús «fué el reflejo espontáneo, más aún, necesario de la divinidad de Cristo en el alma de los griegos convertidos»; nació, por consiguiente, de la *mitología pagana;* así como algunos héroes del paganismo grecoromano fueron en la opinión del pueblo elevados a la categoría de hijos de los dioses, así Jesús de Nazaret pasó a ser, primero en la fantasía de los griegos convertidos, el Hijo de Dios nacido de la Virgen. Pero nótese en primer lugar la diferencia esencial que existe entre los dioses antropromórficos, y el Dios *único*, espíritu puro; y entre los hijos de aquéllos, y el Hijo de Dios, nacido, en su naturaleza humana, de la Virgen. Dado que existieran griegos tan notables que, recién convertidos del politeísmo pagano a la fe pura en el Dios de los cristianos, hubiesen imaginado un Jesús, Hijo de Dios y de la Virgen— ¿cómo es posible que idea tan singular hallara acogida en las primeras comunidades, judío-cristianas las más de ellas, sin contradicción alguna y tan rápidamente, viviendo todavía los apóstoles, los discípulos y los parientes de Jesús? Quien trate de convencer de tales cosas, exige a la humana razón mucho más que la fe cristiana. 2. Otros, acaudi-

[1] El haber von Soden adoptado en la edición antes citada (pág. 8) del Nuevo Testamento la variante del códice *Syrsin*, en contra de todos los manuscritos griegos y de las versiones, ha sido un yerro muy craso, con razón censurado por la crítica (por ejemplo, en *ThR* 1914, 99 y por el protestante Wohlenberg, *Theol. der Gegenwart* [1913] 260 s.); con ello se pone von Soden en contradicción con sus mismos principios de crítica textual.

llados por Harnack y Lobstein, siguen el camino opuesto. La «leyenda» del nacimiento virginal de Jesús es de origen *judío-cristiano* y nació de la falsa interpretación de *Is.* 7, 14, a donde alude expresamente *Matth.* 1, 23. A esto se puede replicar: *a)* La falsa interpretación de *Is.* 7, 14 no pudo motivar la creencia en el nacimiento virginal de Jesús; antes al contrario, el convencimiento del hecho fué causa de que se interpretase acertadamente el vaticinio de Isaías; el hecho hizo descorrer el velo que ocultaba las misteriosas palabras del Profeta; pues en tiempo de Jesús los judíos no pensaban en el nacimiento sobrenatural del Mesías, ni entendían todo el alcance de *Is.* 7, 14. *b)* No se comprende que en virtud de una falsa interpretación del pasaje citado llegase a generalizarse entre las comunidades cristianas la firme creencia en el nacimiento virginal de Jesús, de no responder ello a la realidad. 3. Gunkel, finalmente, sigue un camino intermedio; sostiene que la idea de la concepción virginal del Mesías por obra del Espíritu Santo vino del paganismo al judaísmo precristiano y de aquí al Cristianismo. Gunkel no nos da la prueba de ello; pero sería conveniente que nos indicara de dónde pudo partir y en qué época ser eficaz semejante influencia pagana. Con acierto dice Bardenhewer: «Fácil era hacer chacota de los relatos evangélicos, cual si fuesen *mitos* o *leyendas*. Pero resultaba difícil explicarlos como hechos históricos; y la moderna historia de las religiones no logró resolver el problema» [1]. Y en otro lugar dice el mismo [2]: «Estas posturas radican en los principios de la moderna teología. No le mueven las sospechas internas a combatir la credibilidad del relato evangélico; el horror y la fuga de todo lo sobrenatural le imponen *a priori* el repudio de cualquier relato milagroso» [3].

1. El Angel del Señor lleva a María el saludo y el mensaje de Dios. 2. Declárase María sierva del Señor. 3. El Verbo se hace carne.

40 b). Estando ya Isabel en el sexto mes, fué enviado por Dios el Angel Gabriel [4] a *Nazaret* [5], ciudad de Galilea (véase núm. 44), a una *virgen* desposada con cierto varón llamado *José*, de la casa de David [6]; y el

---

[1] Bardenhewer, *Mariä Verkündigung. Ein Kommentar zur Lk* 1, 26-38, en *BSt* X, 5 (Friburgo 1905). Steinemann, *Maria, die Jungfrau,* en *FBL* 1909, 269 293; el mismo, *Die Jungfrauengeburt und die vergleichende Religionsgeschichte* (Paderborn 1919). Steinmetzer, *Die Geschichte der Geburt und Kindheit Christi und ihr Verhältnis zur babylonischen Mythe,* en *NA* II, 1/2 (Münster 1910); el mismo, *Jesus der Jungfrauensohn und die altorientalische Mythe* (ibid. 1918). Marsenger, *Apologetisches zur Kindheitsgeschichte Jesu,* en *ThpQS* LXVIII (1915) 55. Acerca de la expectación del salvador del mundo antiguo en tiempo del emperador Augusto, véase *HEL* I 66; III 59-66; *HPB* CLIII 721 ss.; también Kalt, *Jesus, die Sehnsucht der Menschheit* (Steyl 1924).

[2] L.c. 5.

[3] Cuán errado sea tal punto de vista, puede verse en E. Müller, *Natur und Wunder. Ihr Gegensatz und ihre Harmonie,* en *SthSt* I, 1 (Friburgo 1894), y *Das Wunder und die Geschichtswissenschaft,* en *Compte rendu du IVe Congrès scient. internat. des Cath.* (Friburgo de Suiza 1898), sect. 1, 419 ss.; también Metzler, *Das Wunder vor dem Forum der modernen Geschichtswissenschaft,* en *Kath* 1908 II 241.

[4] El mismo ángel que 500 años antes revelara al profeta Daniel el tiempo del Mesías, es ahora el mensajero que anuncia el cumplimiento a Zacarías (cfr. núm. 38) y a la Santísima Virgen María. Acerca del nombre *Gabriel* véase página 74, nota 1.

[5] Es decir, por un acto de la voluntad divina, manifestado al Angel. El Angel se apareció a la Virgen en forma corpórea, de la que se sirvió a la manera del hombre que usa de un vestido especial para un fin determinado, o como de instrumento utilizado transitoriamente. El ser espiritual obra aquí mediante la envoltura corpórea (cfr. *Matth.* 28, 3; *Marc.* 16, 5; *Luc.* 24, 4; *Ioann.* 20, 12; *Act.* 1, 10; 10, 30).

[6] Las palabras «de la casa de David» no se refieren a José, sino sirven para mejor precisar la persona: «*a una virgen* desposada con cierto varón que tenía por nombre José»; se refieren, pues, a la «Virgen». Porque no es José el objeto del relato, sino la Virgen; a ella y no a José va dirigido el mensaje. Más tarde, en el curso de la narración, encuentra el Evangelista proporción para hablarnos del origen de José (*Luc.* 2, 4; núm. 56). Mas aquí nos da un testimonio *directo* de que María procede de la estirpe de David. Colígese también la procedencia davídica de María de *Luc.* 1, 32, donde el Angel designa al Hijo de la Virgen como a hijo y heredero de David. En cuanto a los frecuentes testimonios *indirectos* (por ejemplo, *Matth.* 1, 1 18 20 25; *Rom.* 1, 3) del origen davídico de María, advierte san Agustín (*Contra Faustum* 23, 5-9): «Nosotros creemos que tam-

nombre de la virgen era *María* [1]. Y habiendo entrado el Angel adonde ella estaba, le dijo: *Dios te salve, llena de gracia* [2], *el Señor es contigo* [3], *bendita tú eres entre todas las mujeres»* [4].—Al oír tales palabras [5] la Virgen se turbó [6], y púsose a considerar qué significaría una tal salutación. Mas el Angel le dijo: «No temas, María; porque has hallado gracia a los ojos de Dios. He aquí que concebirás y parirás un Hijo, a quien pondrás por nombre **Jesús** [7]. Este será grande, y será llamado Hijo del

---

bién María era de la parentela de David, porque damos fe a aquellos escritos que dicen ambas cosas: que Cristo desciende de David, según la carne, y que María es su Madre, y a la verdad, no por cohabitación con varón, sino virginalmente. Quienquiera, pues, que afirmare no pertenecer María a la parentela de David, ataca manifiestamente la alta autoridad de dichos escritos». Más pormenores en Bardenhewer, *Mariä Verkündigung* 74-82; Fischer, *Die davidische Abkunft der Mutter Jesu. Eine bibl -patrist. Untersuchung,* en *WSt* (Viena 1911); Friedrich, *Die Mariologie des hl. Augustinus* (Bachem 1907); cfr. también Ignacio, *Ad Eph.* 18, y Justino, *Contra Tryph.* 100.

[1] María o Maryam (en ambas formas aparece el nombre en los manuscritos griegos de los Evangelios) es traducción griega del nombre griego Miriam. En el Antiguo Testamento llevó este nombre la hermana de Moisés y Aarón La etimología es incierta. Según Bardenhewer *(Der Name Maria—Geschichte der Deutung desselben,* en *BSt* I, 1 [Friburgo 1895]), significa simplemente *la hermosa.* Merece también nuestra consideración la explicación propuesta por Zorell *(ZKTh* 1906, 356 ss.; cfr. también *ThpQS* LXVI 233 y 485): Miryam o Maryam es un nombre egipcio, formado de la raíz verbal *mer* o *mar,* que significa «amar» y del nombre hebreo de Dios *Yâm,* Yahve. Según esto, María querría decir: «la que ama a Yahve», o acaso también «la amada de Yahve». Otros entienden que María significa «señora», «mirra del mar» o «gota del mar», «amargura del mar», «mar amargo».—Se han propuesto en total más de 60 interpretaciones; y aunque las más de ellas no están fundadas en el exacto conocimiento de la formación de las palabras hebreas, y carecen por ello de valor científico, nos dan, sin embargo, excelente material para la historia del culto de María. Pues los santos Padres y escritores eclesiásticos han sabido encontrar, cada uno en la propia interpretación del nombre, piadosas e ingeniosas relaciones con el oficio que la Virgen María desempeña en el reino de la gracia. Y así, en dicho nombre descubrieron una profunda alusión a su destino de iluminar el mundo entero mediante su divino Hijo, de alumbrar a las almas como estrella de la esperanza en el mar proceloso de esta vida, en todas las necesidades, peligros y tentaciones. Un mar de amarguras le fué dado a probar en la Pasión de su benditísimo Hijo; y ella es señora de todo lo creado; en especial lo es nuestra, como Madre de Dios y reina del cielo (cfr. san Bernardo, *Hom. 2 super Missus est,* en el Oficio de *Dominica infra Octav. Nativ. B. M. V. II Noct.).*

[2] En el sentido más propio de la palabra y en todo aspecto es María *llena de gracia* por la elección para la dignidad, en cierto modo infinita, de Madre de Dios (santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 25, a. 6 ad 4),* por la preservación del pecado original y la limpieza de toda mancha, por las gracias y virtudes de que está adornada y por la cooperación a las gracias extraordinarias recibidas de Dios (cfr. A. Schäfer, *Die Gottesmutter in der Heiligen Schrift.*[2]. Münster 1910).

[3] *El Señor es con María* de manera excelente y admirable: 1, por los dones de gracia de que la ha adornado y especialmente, 2, por la nueva e inseparable relación del Hijo de Dios con su Santísima Madre (san Bernardo, *Sermo 3 super Missus est n. 4).* Recibieron, pues, su pleno sentido las palabras del Angel «el Señor es contigo» en el instante en que María fué Madre de Dios.

[4] María es *bendita* entre todas las mujeres por ser Madre de Dios, virgen y llena de gracia. Por lo mismo es ella bendición y alegría del universo, en el cual ha de resonar en adelante la salutación angélica del uno al otro cabo y hasta el fin de los siglos, cantada por millones de hijos agradecidos (cfr. núm. 51).

[5] Así según la *Vulgata;* según el texto griego: «mas ella se asustó», etc.

[6] A diferencia de Eva, que se dejó engañar por la seductora promesa de ser como Dios, María *se espanta* en su humildad y, «virgen prudentísima», reflexiona si el saludo puede provenir de Dios.

[7] *Jesús ('Iēsous)* es la forma griega de la hebrea Yoschua; ésta es abreviatura de *Yehoschua* (Josué), «el Señor es salud, salvación», es decir: el que lleva dicho nombre es en quién y por quién Dios da, trae y realiza la salvación (en todo el sentido de la palabra); o también *salvador* divino, libertador y redentor divino; «pues, como se lo dice el Angel a

Altísimo [1]; y el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob (sobre el pueblo de Israel) eternamente, y su reino no tendrá fin» [2].

Pero María dijo al Angel: «¿Cómo ha de ser esto?, pues yo no conozco varón» [3]. El Angel en respuesta le dijo: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra [4]. Por cuya

---

san José, él ha de redimir al pueblo de sus pecados» (*Matth.* 1, 21). Ya algunos tipos mesiánicos del Antiguo Testamento llevaron dicho nombre: Josué (véase tomo I, pág. 367), caudillo de Israel, designado por Moisés para guiar al pueblo escogido en la conquista de Canaán; Josué (véase tomo I, pág. 711), el sumo sacerdote que con Zorobabel regresó de la cautividad. El pasaje es una repetición del vaticinio de Isaías (7, 14 y 9, 6 7) hasta en el nombre *Jesús*, en cuyo lugar el Profeta emplea otro casi equivalente: *Emanuel;* también los otros nombres (*Is.* 9. 6) mediante los cuales se esfuerza en cierto modo por encontrar una denominación adecuada al Infante-Redentor expresan fragmentariamente lo que está encerrado en esta sola palabra: *Jesús.*—Cree Zorell (*ZKTh* 1906, 764) que el segundo componente del nombre de Jesús no es substantivo, sino forma imperativa, y lo explica así: *¡Señor (Yahve), salva!* o *¡Señor, da salvación!* También en este sentido vendría a ser Jesús un nombre adecuado del *Redentor.*

[1] El «será grande», ilimitadamente grande, no sólo «grande delante del Señor» como Juan el Bautista (cfr. *Luc.* 1, 15 con *Matth.* 3, 11); será llamado *Hijo del Altísimo* (palabra favorita de Lucas, cfr. 1, 35 76; 6, 35; 8, 28; *Act.* 7, 48; 16, 17), es decir, *Hijo de Dios,* como sigue luego en *Luc.* 1, 35, y será reconocido como tal (en el sentido de *Ps.* 2, 7 y de otros pasajes).

[2] En él aparecerá, por consiguiente, el Rey divino y eterno, el dominador de todos los pueblos, prometido por Dios a David (II *Reg.* 7, 12-16 y 23, 1-5), aquel a quien aludieron tan a menudo los profetas (*Is.* 9, 7; 11, 1) y especialmente el Rey de los profetas (*Ps.* 89, 36 ss. y otros lugares).

[3] Como María estuviese *prometida a un varón,* sus palabras sólo pueden significar que abrigaba el propósito de permanecer virgen, o que, como suponen los santos Padres y atestigua la tradición, había hecho *voto de perpetua virginidad.* Con sus palabras no expresa, por consiguiente, la *duda* de que sea posible lo que el Angel le anuncia, ni pide una señal para reconocerlo (cfr. *Luc.* 1, 8), ni *pregunta cómo* ello ha de realizarse, sino muestra viva *sorpresa y admiración:* «¡cómo será posible! ¡si yo me he obligado a permanecer virgen! El Angel le anuncia la maternidad, y ella se encastilla en su virginidad» (Gregorio Nisseno, *Oratio in diem natalem Christi*).—*Quiso* Dios que María *se desposara a pesar del voto,* y así *dispuso las cosas.* Dios *quería* que su Unigénito, al tomar carne humana, no naciese *del* matrimonio humano, pero sí *en* el santo estado del matrimonio, instituído por El mismo; como hijo de la Virgen, la cual descendía de la casa de David, era realmente «Hijo de David»; y como pasaba por hijo de José, el cual también pertenecía a la descendencia davídica, era también ante el público «Hijo de David» y podía aducir esta señal y distintivo del Mesías. Según los santos Padres, el matrimonio de la Virgen había de servir: 1, para guardar inmaculado el honor de María ante el mundo, al cual no era posible revelar el misterio; 2, para que José fuera el custodio y protector de la virginidad de María y asistiese a su casta esposa y al divino Niño. Según san Ignacio (*Eph.* c. 19) 3, para que permaneciese oculto al demonio el misterio de la Encarnación. No nos dice la Sagrada Escritura *de qué circunstancias se valió Dios* para que, a pesar del voto, la Virgen consintiera en desposarse; según se colige de san Lucas (2, 5), era María hija heredera, y, según ley y costumbre, debía casarse con un varón de su linaje, y traspasar a éste su herencia. «Bien pudo, pues, ser la ley de la herencia el medio de que Dios se valió para que María diese su mano a José» (Bardenhewer, *Mariä Verkündigung* 130).

[4] Dios mismo, «el Espíritu de santidad» (*Is.* 63, 10), llevará a cabo lo prometido, sin concurso de varón, por la virtud de su omnipotencia. Así como aquella nube que se posaba sobre el Tabernáculo simbolizaba la presencia de Dios en medio del pueblo escogido, así la palabra *obrumbabit,* «te cubrirá con su sombra», significa que mediante la acción del Espíritu Santo en la Encarnación del Verbo en el seno de María comienza Dios a habitar entre los hombres, de lo cual el *Scheschina* (la nube que cubría el Tabernáculo) era pálida imagen.—A propósito de *Luc.* 1, 34-35, véase también Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien* (Düsseldorf 1918) 76 ss.; Pfättisch en *BZ* VI (1908) 364-377. Las explicaciones histórico-religiosas no son admisibles; véase acerca de esto Espenberger en *MKR* XIV 10; acerca de la interpretación más antigua del pasaje véase Pieper en *ThG* V (1913) 751 ss.

causa, lo *santo* [1] que de tí nacerá será llamado *Hijo de Dios* [2]. Y he aquí que Isabel, tu pariente, en su vejez ha concebido también un hijo, y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes; porque para Dios nada es imposible» [3]. Entonces dijo María: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* [4]. Y se retiró de ella el Angel [5].

41. En el mismo instante se **encarnó** el eterno y unigénito Hijo de Dios. Contemplando san Juan este sublime misterio, escribe en el prólogo magnífico que da comienzo a su Evangelio (1, 1-14) [6]:

«**En el principio era el Verbo** [7], y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios [8]. El estaba en el principio en Dios [9]. Por él fueron hechas todas las cosas: y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas [10]. En él estaba la vida [11], y la vida era la luz de los hombres. *Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido* [12]. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que por medio de él todos creyesen. No era él la luz, sino él había de dar testimonio de la luz.

El (**el Verbo**) era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a

---

[1] Como en *Dan.* 9, 24.

[2] Lo *santo* que se ha obrado en el seno virginal de María por virtud del Espíritu Santo y ha de nacer de María, es *Hijo de Dios en el sentido verdadero y propio de la palabra,* porque la segunda persona divina ha asumido la naturaleza humana; y también en cuanto a esta naturaleza es Jesús verdadero Hijo de Dios. Y siendo *Hijo de Dios* en sentido propio y verdadero, necesario es que su madre sea propia y verdaderamente *la Madre de Dios.* «*Sin especial ilustración divina* no pudo María entonces comprender (ni tampoco san José, *Matth.* 1, 20) *todo el misterio del angélico mensaje*» (cfr. *Luc.* 2, 48-50). Mader, *Die heiligen vier Evangelien und die Apostelgeschichte* (Einsiedeln 1911).

[3] Sin haberlo deseado, recibe María una prueba de hecho de *cómo* ha de quedar a salvo su virginidad: un prodigio análogo de la Omnipotencia ha acontecido con Isabel, su pariente, la cual ha concebido en su ancianidad.

[4] Expresión de acatamiento a los divinos designios y, al mismo tiempo, de profundísima humildad ante la elevación a la más encumbrada dignidad que se puede dar a la humana criatura: «En todas las circunstancias, ora como doncella pobre y desconocida, ora como Madre de Dios y Reina del cielo, yo soy criatura suya y su sierva». Estas palabras hicieron bajar del cielo a la tierra al Verbo eterno; ellas señalan *el momento de la misericordiosa Encarnación del Hijo de Dios,* como nos lo recuerda la Iglesia tres veces al día en el *Angelus.*—En el siglo IV se introdujo en la Iglesia siria, griega y latina el lenguaje *figurado* de haber la Virgen concebido al Hijo de Dios por el oído (es decir, por la fe con que oyó el mensaje del Angel y con que secundó los planes de Dios) (cfr. *ThR* 1906, 116).

[5] También de un ángel recibió san José más tarde noticia del misterio de la Encarnación (cfr. núm. 56).

[6] Literatura relativa al prólogo de san Juan: Lindworsky en *ThG* III (1911) 756. Dausch, *Die Resultate der neuesten Forschung über das Johannesevangelium,* en *ThpMS* XVI 142. Knabenbauer en *StL* 70 (1906), 217. K. Weiss, *Der Prolog des hl. Johannes, eine Apologie in Antithesen,* en *SthSt* III, 2/3 (Friburgo 1899). Kiefl en *ThpMS* XV 199. *BZ* (1906) 410.

[7] La Sabiduría de Dios, su Hijo consubstancial, *era* en el principio; no tiene, pues, principio, es eterno como el Padre. De manera análoga comienza san Mateo (1, 1): «Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios».

[8] De naturaleza y esencia divina; el Verbo era Dios desde la eternidad.

[9] Desde la eternidad en el seno del Padre (*Ioann.* 1, 18).

[10] Dios ha creado el mundo y todas las cosas mediante su eterna y consubstancial Sabiduría, es decir, mediante su Hijo unigénito (cfr. *Col.* 1, 16; I *Cor.* 8, 6).

[11] Como la vida natural, así también la sobrenatural, la vida de la gracia que conduce a la gloria que El nos merece (cfr. I *Ioann.* 5, 11 12).

[12] Los hombres que viven sumidos en las tinieblas de la ignorancia y del pecado no han comprendido y abrazado la luz, porque no lo han querido y porque han amado las tinieblas más que la luz (*Ioann.* 3, 19; 12, 46).

este mundo [1]. En el mundo estaba, y el mundo fué por él hecho, y el mundo no le conoció. *Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron.* Pero a todos los que le recibieron, dióles poder de llegar a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su Nombre, que no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino de Dios [2].

Y el Verbo se hizo carne [3]**; y habitó en medio de nosotros;** y nosotros hemos visto su gloria, gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» [4].

42. San Mateo [5] y san Lucas [6] consignan en sus respectivos Evangelios **el linaje humano del Salvador.** Pero las genealogías de ambos, basadas sin duda en registros públicos conservados en Jerusalén [7], se diferencian por la *forma* y por el *fondo.* Pues mientras Mateo comienza con Abraham y continúa hasta Jesús, distribuyendo en tres grupos de a catorce las generaciones, de las cuales salta alguna que otra [8], Lucas comienza por Jesús y va ascendiendo hasta Adán y hasta Dios. La razón de tan diversa disposición está en la tendencia de uno y otro evangelista. Mateo escribe para los cristianos del judaísmo y quiere poner ante los ojos de éstos la procedencia davídico-abrahámica de Jesús, y el cumplimiento de las profecías hechas a la descendencia del Patriarca y del Rey Profeta. Pero Lucas escribe para los cristianos de la gentilidad y quiere presentarnos a Jesús como medianero entre Dios y los hombres, como segundo Adán [9]. Más notable es la diferencia de *fondo;* porque de Abraham a David coinciden en los nombres las listas genealógicas de ambos evangelistas, pero de David hasta san José difieren completamente, con las únicas excepciones de Zorobabel y Salatiel. ¿Cómo explicar la divergencia? Desde Erasmo († 1536), una serie de sabios, católicos y protestantes, opinaron que *Mateo trae el arbol genealógico de san José, y Lucas el de la Virgen María.* En los tiempos modernos sigue dicha opinión Peter Vogt [10], el cual traduce de esta manera *Luc.* 3,23: «Y este

---

[1] Así la *Vulgata;* según el texto griego: «La verdadera luz que alumbra a cada hombre vino al mundo» (cfr. Sickenberger, *Lux vera-veniens in hunc mundum: Jo 1, 9,* en *Veröffentlichungen aus dem kirchenhistorischen Seminar München* III, 1, 277-294).

[2] Los que no quieren seguir las inclinaciones y pasiones del hombre terreno, natural y pecador, sino se entregan a la luz sobrenatural y a la vida de la fe y de la gracia, y son, en verdad, hijos de Dios, por cuanto en ellos vive y obra la vida de Dios, la vida de la gracia que los conduce a la de la gloria. Por ello se hizo hombre el Hijo de Dios, para que los hombres se tornaran hijos de Dios (cfr. I *Ioann.* 3, 1 ss.; 5, 1 ss.; II *Petr.* 1, 4; san León Magno, *Sermo 1 de Nativ. Domini;* san Agustín, *Sermo 13 de temp.,* en *Lect. 6 in Nativ.* y en *Lect. 4 in Vigil. Epiphaniae Domini).*

[3] Es decir, se hizo *hombre.* San Juan usa la palabra «carne», la parte inferior del hombre, para recalcar el contraste entre el Verbo eterno y la mísera condición humana (como san Pablo en *Philip.* 2, 6 s.), y para combatir a los herejes de su tiempo, que sostenían haber Cristo asumido sólo un cuerpo aparente. Puede verse una hermosa explicación dogmático-especulativa de este versículo *(Ioann.* 1, 14) en Bartmann, *ThG* 1909, 7.

[4] En sus milagros, en su Transfiguración, Resurrección y Ascensión a los cielos (cfr. *Ioann.* 2, 11; II *Petr.* 1, 16; *Apoc.* 1, 12, etc.).

[5] 1, 1-17.

[6] 3, 23-38.

[7] La existencia de tales registros está atestiguada por el historiador Fl. Josefo († hacia el año 100 d. Cr.). En *Vita* 1 demuestra la genealogía de su linaje por los documentos públicos en *C. Apion* 1, 7 dice que a los sacerdotes competía investigar en los archivos de Jerusalén acerca de la limpieza de origen de los que querían contraer matrimonio.

[8] Heer *(Die Stammbäume nach Matthäus und Lucas* [Friburgo 1910] 204 ss.) trata de explicar de una manera sugestiva la falta de tres nombres de reyes en *Matth.* 1, 8 por una *damnatio memoriae,* o sea, por haber la sinagoga borrado sus nombres por razones de derecho religioso; Mateo pudo haber utilizado un documento expurgado según ese criterio.

[9] *Rom.* 5, 14. I *Cor* 15, 45.

[10] *Der Stammbaum Christi bei den heiligen Evangelisten Matthäus und Lukas,* en *BSt* XII 3 (Friburgo 1907). Cfr. también Pfättisch en *Kath* 1908 II 269 ss. Recientemente rechaza U. Holzmeister *(ZKTh* XLVII [1923] 184 ss.) la hipótesis del matrimonio

mismo Jesús — que hacia los 30 años entró en la vida pública, aunque, como se creía, era hijo de José,—en realidad descendía de Helí, de Matat..., de Adán, de Dios», o bien de esta otra manera: «Y en efecto, este mismo Jesús—que al comenzar la vida pública contaba unos 30 años, él, hijo de José, según se creía—descendía de Helí», etc. Descartado de esta suerte san José, queda Jesús directamente relacionado con Helí, padre de María. Ni sirve objetar que, según la tradición, el padre de María se llamó Joaquín; porque dicha tradición no merece crédito absoluto. Pero debemos confesar que la traducción de Vogt no satisface; es tan forzada y artificial, que apenas da con el sentido del Evangelista; además, la primera y principal relación genealógica vendría a expresarse de distinta manera que las demás. Quien lea el pasaje sin prejuicios, se convence del entronque directo de José, y no de Jesús, con el árbol genealógico. Por vía exegética, es decir, en el texto y el contexto no puede hallar punto de apoyo la opinión de Vogt. Imposible aducir testimonios de los santos Padres o de la tradición para probar que la genealogía del Evangelio de san Lucas sea la de María. Hasta el siglo XVI (hasta Erasmo) sólo hallamos la siguiente observación en un tratado del *Pseudo-Hilarius:* «Muchos quieren asignar a José el árbol genealógico de san Mateo, y a María el de san Lucas». Autor y época del tratado son inciertos. Los demás pasajes que alega Vogt carecen de valor demostrativo [1]. — Heer [2] sigue otro camino, pero llegando al mismo resultado, a saber: que Mateo trae la genealogía de José, y Lucas la de María. Heer se propone demostrar que las genealogías están basadas en conceptos místicos y tipológicos de los números, en consonancia con el carácter del pueblo oriental y del espíritu de la época. Pero es de advertir que Heer llega al número 72—«número universal de los pueblos, según las ideas judaicas y cristianas»—mediante un cambio arbitrario de los manuscritos, los cuales nos ofrecen de 74 a 77 nombres; además, no es aceptable la traducción que propone: «Y él mismo, Jesús, que se bautizó hacia los 30 años, y pasaba por hijo de José, era hijo de Helí, hijo de Melchi, etc.».

La *opinión tradicional afirma que ambos evangelistas traen la genealogía de José.* Para la de san Mateo, la cosa no ofrece duda; pero, en nuestro entender, también para la de san Lucas lo exige el sentido literal. Leamos *Luc.* 3,23 sencillamente y sin violentarlo: «Y el mismo Jesús (sobre quien apareció el Espíritu Santo en el bautismo, dando testimonio del Padre celestial: "Tú eres mi Hijo muy amado" [*Luc.* 3, 32]) apareció en público (es decir, comenzó su ministerio mesiánico) alrededor de los 30 años; según se creía, hijo de José, (que lo era) de Helí, etc.». De consiguiente Jesús, de quien dió testimonio su Padre celestial, al comenzar ahora su predicación fué tenido por hijo de José; era éste hijo de Helí, etc. Lógica y gramaticalmente apenas puede entenderse de otra manera el pasaje; así también lo entiende la *Vulgata,* la cual difícilmente admite otra interpretación. El sentido literal, por consiguiente, nos dice que san Lucas, como san Mateo, da la genealogía de san José. Mas, admitido esto, ¿como explicar la divergencia de ambas genealogías? La opinión tradicional responde: por la institución del levirato, consistente en que el hermano superviviente debía casarse con la viuda del hermano, muerto sin hijos, para dar descendencia al difunto. El primer vástago masculino que naciese de este matrimonio, era ante la Ley hijo del difunto *(Deut.* 25, 5 s.). Así sucedió en la familia de José. Observa acertadamente Vogt que la opinión tradicional no tiene otra fuente que la carta de Julio Africano († hacia el 237) a Arístides, conser-

---

de levirato y la interpretación directamente mariológica de la genealogía de Lucas, y admite que san José, en calidad de yerno de Helí, fué admitido como por adopción en el linaje de la Madre de Dios, y que en este sentido se le llama «hijo de Helí».

[1] Cfr. Meinertz en *ThR* 1908, 108 s.

[2] *Die Stammbäume nach Matthäus und Lukas. Ihre ursprüngliche Bedeutung und Textgestalt und ihre Quellen,* en *BSt* XV 1/2 (Friburgo 1910). Véase también *Kath* 1909 II 274.

vada por Eusebio en la *Historia Eclesiástica* [1]. En ella Julio Africano, «eximio escriturario» según Eusebio, expone su opinión acerca de la genealogía de Cristo, remitiéndose al testimonio de los parientes de Jesús. He aquí su explicación: Según Mateo, el padre de José es Jacob, hijo de Matán [2]; según Lucas, el padre de José es Helí, hijo de Matat. Jacob y Helí eran hermanos uterinos. Su madre se había casado dos veces; la primera con Matat, del cual tuvo a Helí; la segunda con Matán, del cual tuvo a Jacob. Helí murió sin hijos; su hermano Jacob casó con la viuda, según la ley del levirato, y tuvo de ella a José. Según los principios del levirato, José era hijo propiamente dicho de Jacob, de la línea salomónica de la casa de David (Mateo); pero ante la Ley era hijo de Helí (Lucas), de la línea de Natán. Siendo, pues, distintos los padres de Helí y de Jacob, necesariamente deben ser diferentes las dos genealogías. — Aunque la opinión de Julio Africano ofrezca algunos reparos, no está sin embargo desprovisto de valor este documento de «crítica ingeniosa y seria que se eleva grandemente sobre el nivel ordinario de las tentativas de su época» [3]; el núcleo de la tradición en que se apoya es, sin duda, cierto; mas como quiera que ello sea, no está demostrado que Julio Africano fuese víctima de un embustero e «inventor de genealogías», de un hereje ebionita» [4].

43. Acerca de los **padres y de la infancia de la Virgen Santísima,** he aquí lo que nos dice la leyenda, fundada principalmente en el *Protoevangelio de Santiago* (el Menor) [5], de mediados del siglo II, el cual gozó desde el principio de gran autoridad en la Iglesia oriental: Los padres de la bienaventurada Virgen María fueron **Joaquín,** de la real prosapia de David, y **Ana,** de la familia sacerdotal de Aarón. (Con estos nombres los venera la Iglesia) Su patria o anterior residencia fué *Séforis* [6]; más tarde pasaron a vivir en Jerusalén. Distinguíanse por su extraordinaria caridad y acendrada piedad; y, como en otro tiempo Ana, la madre de Samuel, obtuvieron del Señor, después de prolongada esterilidad, una niña que llamaron María, que al tercer año ofrecieron al Señor para el servicio del Templo. Aquella niña llena de gracia fué allí educada e instruída, y llevó una vida angelical y santísima, dedicada a la oración, lectura y meditación y a los trabajos y ocupaciones del servicio del Templo. Fué la primera que, impulsada por el Espíritu Santo, hizo voto de perfecta virginidad.

---

[1] Eusebio, *Hist. eccl.* 1, 7; cfr. *Epist. ad Aristidem* (en *Migne* 10, 53). Cfr. Reichardt, *Die Briefe des Sextus Julius Afrikanus und Origenes* (Leipzig 1910).

[2] Julio Africano, en el lugar citado, llama a Helí hijo de Melchi; lo mismo Gregorio Nacianceno (*Carmen de genealogia Christi* 18, 26; *Migne* 37, 481). Parece que en los manuscritos que ellos usaron no encontraron las dos generaciones que leemos entre Helí y Melchi.

[3] Bardenhewer, *Geschichte der Altkirchlichen Literatur* II² (1914) 270.

[4] Cfr. Meinertz en *ThR* 1908, 177 ss. contra Vogt, *Der Stammbaum.* Véase también Heigl en *WBG* 1908, 102 s.; Hartl en *ThpQS* 1908, 157 s.; *BZ* VII 1909) 156 ss. 290.

[5] Acerca de la influencia del *Protoevangelio* en el arte, véase Bardenhewer, *Mariä Verkündigung* 89. El *Protoevangelio,* a pesar de, o acaso por su contextura y aspecto novelesco, ha perdurado a través de los siglos. No merecen crédito histórico alguno sus narraciones, por más que hoy ya no se pueda poner en claro con toda certeza el origen de cada una de ellas.

[6] *Séforis,* la actual Saffuriyé, la Diocaesarea de los romanos, está situada en un monte elevado, unos 7 Km. al norte de la solitaria Nazaret. Fué largo tiempo la ciudad más importante y fortificada de Galilea y, hasta la mayor edad de Jesús, residencia de Herodes Antipas; estaba provista de lujosos baños al estilo romano, de gimnasio, teatros y toda clase de conquistas de la civilización griega.—En la época cristiana fué sede episcopal. Sobre las ruinas de una antiquísima iglesia construyeron los Cruzados otra magnífica de tres naves, en el sitio donde, según la leyenda, se levantaba la casa de san Joaquín y santa Ana. De esta iglesia sólo quedan los tres ábsides y algunos restos de muros.—Desde 1878 los PP Franciscanos comenzaron a restaurar uno de los ábsides, convirtiéndolo en capilla de santa Ana, donde los domingos se celebran los divinos oficios. En la festividad de santa Ana acuden allí en peregrinación los católicos de Nazaret para asistir a las funciones solemnes de la fiesta (cfr. *HL* 1882, 181).

Mas cuando llegó a edad adulta, fué dada en matrimonio, según costumbre de su pueblo y conforme a los designios de Dios, a un hombre de su tribu, llamado José, de la tribu de David (véase pág. 81, nota 3); luego de esto recibió el mensaje del Angel.

Santuarios en honor de Santa Ana[1] *y de la Presentación de la Virgen; Escuela de la Santísima Virgen María.* Dícese haber la emperatriz Eudoxia edificado en el siglo v una iglesia en Jerusalén, al norte del monte del Templo, junto a la piscina de Betesda, en el mismo lugar donde, según una leyenda, vivieron Joaquín y Ana en la edad avanzada, y donde nació la bienaventurada Virgen María[2]. Según Teodosio[3] y el Peregrino (Antonio) de Piacenza[4], este santuario estaba dedicado entonces, no a santa Ana, sino a la bienaventurada Virgen María *(Ecclesia Domnae Mariae; Basilica Sanctae Mariae).* Los Cruzados transformaron completamente la iglesia y la dedicaron a *santa Ana;* aneja a ella se construyó una abadía de Benedictinas. El año 1187 el monasterio fué convertido por el sultán Saladino en escuela, y la iglesia en mezquita, que poco a poco fué derruyéndose; el año 1856 pasó al poder de Francia, y el 8 de diciembre del mismo año, fiesta de la Inmaculada Concepción, se celebró por vez primera la santa Misa en la gruta subterránea donde nació la Virgen. Desde esta época la iglesia fué restablecida a su prístino estado a expensas del gobierno francés; es una de las mayores de Jerusalén, de tres naves, de 40 m. de larga por 19 de ancha; la altura de la nave central pasa de 13 m. Por una escalera de 23 gradas se baja de la nave meridional a la cripta que, como parte de la vivienda de san Joaquín, seguramente perteneció al templo primitivo; la cripta, de más de 3 m. de altura, es muy irregular; tiene dos altares: el uno en honor de la Inmaculada Concepción y el otro dedicado a la Natividad de María. El año 1878 fué entregada la iglesia a la Congregación de Misioneros de Argelia («Padres Blancos»); el 26 de julio de 1879 fué consagrada por el patriarca de Jerusalén, y desde entonces se celebran allí con gran solemnidad y concurrencia de fieles católicos las fiestas de santa Ana, de la Inmaculada Concepción y de la Natividad de María. Anejos a la iglesia se han erigido un monasterio para los misioneros y una escuela apostólica para la formación del clero griego unido (griegos unidos o melchitas). — En el extremo sur de la explanada del Templo, en el lugar en que, según la tradición, vivió la Virgen María, por insinuación de san Sabas erigió el emperador Justiniano I (526-565) una grande y suntuosa iglesia en honor de la *Presentación de María*[5] en el Templo. En la parte norte de la explanada del Templo, al sur del arco del Ecce-Homo, se reconoció el año 1884 en una pequeña mezquita un antiguo santuario: la *Escuela de la Santísima Virgen,* a donde se cree asistía la Madre de Dios para aprender a leer la Sagrada Escritura.

44. Nazaret, residencia de la Santísima Virgen. La ciudad, su situación y sus habitantes. Nazaret, «la esplendente» (del hebreo *nazar,* brillar, florecer) o «el retoño», «la flor de Galilea»[6], en árabe *en-Nasira,* está lindamente situada en un vallecito rodeado de colinas en forma de anfiteatro. Elévase a unos 400 m. sobre el Mediterráneo y a más de 600 m. sobre el lago de

---

[1] Bibliografía: Gariador, *Les Bénédictines,* I: *Abbaye de Ste-Anne: in Jérusalem. Publication mensuelle illustrée* V (1908) 49 s. Además *RB* 1893, 245 y 1904, 228-241; también P. A. Dunkel en *ThG* II (1910) 458 ss. 761.

[2] Entre otros Sofronio, *Anacreont. (Migne* 87, 3822) y san Juan Damasceno hacia el 750 *(Homil. 1 in Nativ. B. M. V. n. 6 et 11,* en *Migne* 97, 670 678). Según otra leyenda, María fué concebida y nació en la misma casa donde más tarde el Verbo se hizo carne.

[3] Geyer, *Itinera Hierosolymitana saeculi* IV-VIII (Viena 1898) 142; véase Apéndice I, 9.

[4] Geyer, l. c. 177; véase Apéndice I, 11.

[5] Acerca de los comienzos de la fiesta de la *Presentación,* véase *ThG* 1912, 838 s.

[6] San Jerónimo, *Epist. Paulae et Eust. ad Marcell.* 46, n. 12; véase Apéndice I, 4; *HL* 1879, 92.

Tiberíades, quedando a 200 m. por debajo de la cumbre del Tabor; el Djebel es-Sikh, en cuya vertiente sudeste está reclinada parte de Nazaret, se eleva a 448 m. de altitud y a unos 700 m. sobre el lago de Genesaret. Viñas, granados, olivos y cactus gigantescos rodean la ciudad y mitigan la blancura deslumbradora del suelo y de las casas. Según los datos de Meistermann-Huber [1], tiene Nazaret 12000 habitantes (4000 mahometanos y 8000 cristianos. De éstos, 3700 católicos [2100 latinos, 1200 griegos melchitas, 400 maronitas], 4000 griegos no unidos y 400 protestantes) La pequeña ciudad goza de apacible aislamiento, por lo que era un lugar de santa soledad para la Madre virginal de Jesús. Pero invita a la vez a contemplar la grandeza y bondad de Dios en la hermosura de la creación. Pues desde la cumbre del Djebal es-Sikh, que, como queda indicado, se alza al noroeste de la ciudad, se ofrece a la vista un espectáculo por todo extremo agradable: a los pies el pintoresco valle de Nazaret; al oriente la verde cima del Tabor entre montes de escaso elevación, al sur del cual se divisan el Pequeño Hermón, las pequeñas aldeas de Endor y Naim, Jezrael y gran parte de la llanura de Esdrelón; al sudoeste la cordillera del Carmelo, que destaca sobre el fondo azulado del mar, y un poco más a la derecha las centelleantes aguas de la bahía de Akka y las ruinas de Séforis. Extiéndense al norte las montañas de Galilea, que semejan olas ingentes entumecidas, y más lejos, a unos 40 Km., un punto atrae la mirada del observador: la ciudad de Safed, sobre la cima de un monte; y en lontananza asoma la gigantesca mole del Gran Hermón; por el nordeste, al otro lado del lago de Tiberíades, invisible por su bajo nivel, se divisan a lo lejos las quebradas regiones de la opuesta ribera del Jordán y las azuladas cumbres de los montes de Galaad.

45. Recuerdos históricos de Nazaret. Descripción de sus santuarios [2]. De Nazaret no hay recuerdos de época anterior al Cristianismo. Ni siquiera se la menciona en el Antiguo Testamento; por ello y por su pequeñez la despreciaban los judíos. El Evangelio nos ha conservado la frase de Natanael: «¿Puede venir cosa buena de Nazaret?» (*Ioann.* 1, 46; cfr. 7, 41). Y a Cristo le apellidaban sus enemigos despectivamente el «Nazareno» [3]. Pero para los cristianos es desde antiguo uno de los lugares más venerandos, por haber sido residencia de la Virgen Santísima y lugar de la Encarnación y de la vida oculta del Hijo de Dios. El emperador *Constantino* mandó construir una suntuosa iglesia dedicada a la Anunciación. El lugar no fué escogido a capricho, sino donde una firme y sólida tradición aseguraba haberse verificado tan señalado misterio. Dicha tradición se remonta al parecer a una época anterior a Adriano. Porque cuando el año 135, dominado por el emperador Adriano el levantamiento de Barcoquebas, los cristianos hubieron de dar sitio a los judíos que se veían constreñidos a buscar residencia en Nazaret y en otras poblaciones de Galilea, puede asegurarse que el odio israelita a Jesús se extendió a los lugares santificados por su presencia; lo cual fué causa de que se conservase la memoria de dichos lugares. Acertadamente observa Hüffer: «Ciertamente, en el siglo primero el odio y el amor estuvieron en guardia para que se grabase indeleblemente en la memoria de las generaciones el lugar de la casa de la Anunciación» [4]. El mismo

[1] *Durchs Heilige Land. Führer für Pilger und Reisende* (Tréveris 1913).

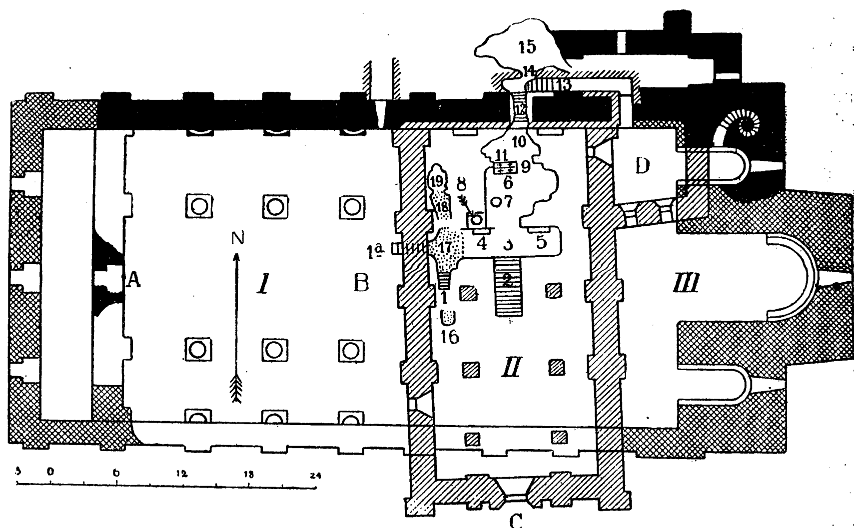
[2] Gastón Le Hardy, *Histoire de Nazareth et de ses sanctuaires. Etude chronologique des documents* (París 1905). Acerca de las modernas excavaciones en el mismo lugar, véase Prosper Viaud O. F. M., *Nazareth et ses deux églises de l'Annonciation et de Saint Joseph d'après les fouilles récentes* (París 1910). También *HL* 1911, 81 ss.; *StL* 79 1910), 376 ss. Ulysse Chevalier, *Notre-Dame de Lorette* (París 1906), investiga y examina a fondo en la primera parte los relatos de los peregrinos de Palestina acerca de los santuarios de Nazaret. Valiosos aditamentos aporta Zeller en 1908, 531 ss. Especial interés ofrece Georg Hüffer, *Loreto*. Vol. II: *Prüfung der Legende aus den Nazareth-Quellen* (Münster 1921). También Klameth, *Die ntl Lokaltraditionen Palästinas in der Zeit vor den Kreuzzügen* I, en *NA* V, 1 (Münster 1914).

[3] Cfr. *Matth* 26, 71; *Ioann.* 19, 19.—Los árabes dan todavía hoy a los cristianos el nombre de *Nasira,* «nazareos»; mas en ello no va envuelto el insulto.

[4] L. c. 44.

sabio, después de examinar metódica y rigurosamente todos los testimonios, emite el siguiente juicio: «La tradición de la gruta de la Anunciación no ofrece a la crítica punto alguno vulnerable donde una duda seria y razonable pueda suscitar objeciones. Su autenticidad parece asegurada con pruebas suficientes»[1].

Desde el año 1895 el hermano Benedikt Vlaminck, franciscano belga, y el padre Prosper Viaud, de la misma Orden, han llevado a cabo excavaciones sistemáticas en todo el terreno de la actual iglesia de la Anunciación, y han puesto al descubierto con gran habilidad y fortuna los fundamentos de los



■ Muros visibles de la antigua iglesia de los Cruzados.
▨ Cimientos subterráneos de la antigua iglesia.
▨ Fundamentos de la nueva iglesia.

Fig. 4.—Planta de la antigua y de la nueva *iglesia* y de la *gruta* de la Anunciación de Nazaret.

I. Naves de la antigua iglesia de los Cruzados.
II. Crucero de la antigua iglesia; aquí se levanta la iglesia actual.
III. Coro de la antigua iglesia.
A. Entrada al monasterio, que antiguamente formaba parte de la iglesia.
B. Patio del monasterio.
C. Entrada a la iglesia actual.
D. Sacristía de la iglesia actual.
1. Antigua escalera meridional, que bajaba a la gruta.
1a Antigua escalera occidental, que bajaba a la gruta.
2. Escalera actual, de 14 gradas, que baja a la gruta.
3. Capilla del Angel.
4. Altar del Arcángel san Gabriel.
5. Altar de san Joaquín y santa Ana.
6. Capilla y altar de la Anunciación.
7. Columna de pórfido, rota.
8. Columna recubierta de mampostería.
9. Entrada a la capilla oscura.
10. Capilla oscura.
11. Altar dedicado a san José
12 y 13. Escaleras que conducían antiguamente de la gruta al monasterio.
14. Entrada a la «cocina de la Virgen».
15. «Cocina de la Virgen».
16. Restos de mosaico, acaso del pavimento de la antigua iglesia.
17. Parte de la capilla del Angel con mosaicos antiguos; largo tiempo desconocida; descubierta en 1895.
18. Antecámara.
19. Sepulcro de san José (según Daniel Hegumeno, † 1122; cfr. *HL* 1911, 91).

muros y de las columnas de la **antigua basílica.** Esta, de 75 m. de longitud, tenía tres naves con sus respectivas ábsides. Entre el cuarto y sexto par de columnas, cerca del muro septentrional, se elevaba unos 3 m. sobre el suelo la roca de la santa gruta. A ésta se bajaba por dos escaleras, a derecha e izquierda de la roca, y, atravesando una antesala, se llegaba a la **gruta de la Anunciación,** que ofrecía aspecto de diminuta basílica.

Aquella suntuosa iglesia[2] fué destruída por los sarracenos al entrar los

[1] L. c. 45.
[2] Cfr. Geyer, *Itinera Hierosolymitana* 161; véase Apéndice I, 11. Adamnani, *De locis sanctis* 2, 26 (*Migne* 88, 804) o en Geyer, l. c. 274; véase Apéndice I, 13.

Cruzados. Sobre las ruinas de ella construyeron éstos, a más tardar hacia el 1187, otra nueva, de tres naves, abovedada, con coro y cúpula (véase el plano, figura 4, pág. 88). En esta *iglesia construída por los Cruzados* tomó parte en 1252 san Luis, rey de Francia, en los oficios de la fiesta de la Anunciación. Después de la desgraciada batalla de Hattin (5 de julio de 1187), cayó Nazaret en poder de Saladino. Destruída completamente el año 1263 por el sultán Bibars, fué durante 400 años un montón de ruinas Sólo transitoriamente pudieron establecerse los Franciscanos en 1300; varias tentativas posteriores fracasaron. En 1620 obtuvieron permiso para construir de nuevo la iglesia; pero el siglo siguiente fué fecundo en alternativas.

46. *La iglesia actual de la Anunciación* fué construída precipitadamente el año 1730; su eje es casi perpendicular al de la antigua. El año 1877 fué notablemente ampliada por el norte (detrás del coro) con un hermoso campanario, y por el sur con una hermosa fachada y una explanada. Forma en la actualidad un rectángulo de unos 30 m. de largo por 15 de ancho y 10 de alto, y es de estilo italiano. La bóveda descansa sobre columnas y pilastras rectangulares; las ventanas son rectangulares y están provistas de rojo cortinaje. La decoración produce agradable efecto. La entrada a la *cripta* o gruta de la Anunciación (fig. 4) está actualmente entre las dos graderías que suben al altar mayor. Una hermosa escalinata de mármol (2) nos lleva a un vestíbulo de 7 $^1/_2$ m. de largo por 3 de ancho, llamado *capilla del Angel* (3). Del arco de entrada cuelgan cinco lámparas preciosas que arden de continuo. El altar de la izquierda (4) está dedicado al Arcángel san Gabriel; el de la derecha (5), a san Joaquín y santa Ana. Sendas lámparas arden de continuo delante de ellos. En medio se abre la entrada que, bajando dos gradas y pasando por un arco del que penden tres lámparas, nos conduce a la **capilla de la Anunciación,** dividida actualmente en dos recintos (6 y 10) por un muro (9); en el primero de ellos (6), a mano izquierda, se ven dos columnas: la primera (8), de granito, señala el punto donde estuvo el Arcángel; la otra (7), de pórfido, indica el lugar donde oraba la Virgen cuando recibió el celestial mensaje. En el muro que divide la cripta se ve el *altar de la Anunciación* (6); es de mármol blanco con elegantes esculturas; adórnanlo cuatro columnas de pórfido que sustentan el baldaquino; el cuadro del altar representa la Anunciación. Debajo de la mesa arden de continuo cinco lámparas de plata, y en el suelo se ve una artística roseta de mármol; en la pared del fondo léese esta inscripción latina: *Verbum caro hic factum est,* «aquí el Verbo se hizo carne». Extraordinariamente gratas suenan en nuestros oídos las palabras de un hombre como Hüffer cuando dice: «El sacerdote reconoce una verdad científica cuando, al ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa en la gruta, añade al terminar el Evangelio de san Juan, según antigua costumbre de la liturgia: *Verbum caro hic factum est et habitabit in nobis*» [1].

Al lado de la epístola ábrese una puertecilla que lleva el recinto interior, una *estancia oscura* (10). Hay en ella un *altar* (11) dedicado a san José. Desde allí, subiendo doce escalones (12), se llega a una gruta superior, que comunicaba antes con el convento franciscano; la devoción popular le da el nombre de *cocina de la Virgen* (15); existía ya antes de las Cruzadas, pero no se ha logrado aclarar su significación.

La iglesia es preciosa en conjunto; a pesar de su sencillez, es uno de los templos más hermosos y limpios de Tierra Santa. Su blancura deslumbradora, realzada por un marco verde oscuro, saluda amorosamente al peregrino que, viniendo de la llanura de Esdrelón por áridas y cálidas gargantas, llega al borde meridional del valle de Nazaret y ve enfrente la ciudad de la Virgen. La iglesia pertenece exclusivamente a los católicos; sosiego, orden y devoción se perciben por todas partes. Son ejemplares los habitantes de Nazaret en su bella iglesia: bajan descalzos a la cripta, rezan el *Angelus* con los brazos en

---

[1] *Loreto* II 45.

cruz y besan cada vez devotamente el suelo. Todos los días se hace una *solemne procesión* [1] después de Vísperas. Comienza en el altar mayor con la adoración del Santísimo Sacramento, se dirige luego al altar de la Anunciación, al de san José, al de san Joaquín y santa Ana; por fin regresa al altar mayor que está dedicado al Arcángel san Gabriel. Durante ella se cantan himnos y se rezan devotas oraciones acomodados al tiempo y al lugar; siguen la letanía lauretana y una serie de oraciones, y se termina con el *Angelus*. Desde la víspera de Todos los Santos del año 1873, una hermosa campana de Munich anuncia por los contornos a gran distancia la salutación del Angel.

47. Unos 100 m. al norte de la iglesia de la Anunciación han construído modernamente los Franciscanos un templo en el **taller de san José** o en el lugar donde, según referencias de los peregrinos, estuvo **la casa de san José,** donde «se crió el Señor» [2]. Ya en el siglo V o VI existía aquí una magnífica basílica, poco más pequeña que la de la Anunciación; medía 29 m. de largo por 16 de ancho. Llamóse *Nutritio Domini.* Destruída por los sarracenos, fué reedificada con tres naves y bóveda por los Cruzados. Destruída de nuevo, probablemente el año 1263 por el sultán Bibars, permaneció largo tiempo en ruinas. Desde 1754 fueron adquiriendo los Franciscanos una casa tras otra; esto les permitió recientemente hacer amplias excavaciones, poner al descubierto los fundamentos de la antigua iglesia y edificar un templo nuevo, el *templo de los trabajadores,* sobre los fundamentos de la antigua iglesia.

En el lado occidental de la ciudad, junto a la entrada principal, hay una bonita iglesia con su campanario; en ella se ve la llamada **mesa de Cristo** *(mensa Christi),* que es un enorme peñasco ovalado de 3 m. de largo por dos de ancho y uno de alto, el cual se dice haber servido de mesa muchas veces al Salvador con sus discípulos antes y después de la Resurrección; la tradición no es anterior al siglo XVI. Donde, según tradición, estuvo antes la **sinagoga** de Nazaret (en la plaza del mercado, casi en el centro de la ciudad), se ve hoy una iglesita, no muy antigua, de bóveda en cañón. Los Franciscanos se la cedieron a los griegos unidos. Pero como para éstos era muy exigua, se ha construído junto a ella otra nueva muy hermosa.

48. Unos 666 m. al oriente de la ciudad, algunos minutos al sur de la *iglesia* de los cismáticos griegos, *dedicada al Arcángel Gabriel*, se halla la **fuente de María** *(Ain Sitti Miryam,* véase lámina 1 a), donde todavía hoy van a sacar agua las mujeres de Nazaret. El manantial está algo al norte de la iglesia; por un canal disimulado pasa el agua a la izquierda del altar, donde una pequeña abertura permite tomarla; corre luego hacia el sur hasta llegar a la fuente propiamente dicha de la Virgen. Un cuarto de hora al sur de la ciudad hay una iglesia que llaman del **Pasmo de la Virgen.** Con este nombre no pretende la leyenda darnos un dato topográfico, sino traernos a la memoria la congoja y la angustia de la Virgen Santísima cuando supo lo que los de Nazaret querían hacer con su benditísimo Hijo. En el monte hubo una iglesia y un monasterio de monjas; sobre las ruinas se construyó de 1876 a 1881 una iglesia gótica, donde se establecieron las Clarisas de Paray-le-Monial (Borgoña) [3].

49. Una media hora todavía hacia el sur, camino de la llanura de Esdrelón, no lejos de la vertiente del Djebel es-Sikh en que está situado Nazaret, dominando una garganta lateral, se alza una enhiesta roca, llamada **monte del Precipicio** *(praecipitium),* porque se creyó ser éste el lugar de donde los judíos quisieron precipitar a Jesús *(Luc.* 4,29) [4]. Hay allí una gruta con su altar, donde a veces se dice misa. Pero con más probabilidad se busca hoy la roca de donde los habitantes de Nazaret quisieron arrojar a Jesús cerca de

---

1 Cfr. *HL* 1904, 161 ss.
2 Véase *HL* 1911, 81 ss.
3 Cfr. *HL* 1881, 21; 1885, 30 40.
4 Para más pormenores, Klameth, *Die Lokaltraditionen* 21.

la sinagoga, donde está la iglesia maronita. Un enorme despeñadero que allí se ve se presta a maravilla al designio de los judíos.

3. La Visitación

(*Luc.* 1, 39-56)

1. Viaje de María a casa de Isabel. 2. Saludo de María: santificación de Juan; Isabel llena del Espíritu Santo. 3. Saludo de Isabel. 4. Cántico de María. 5. Regreso a Nazaret.

50. Por aquellos días partió María y se fué presurosa [1] a las montañas, a una ciudad de Judá [2] (de Judea); y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó a Isabel [3]. Y apenas oyó Isabel el saludo de María, la criatura dió saltos de gozo en su vientre [4]; e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo y, exclamando en alta voz, dijo: *Bendita tú eres entre todas las mujeres* [5], *y bendito el fruto de tu vientre.* Y ¿de dónde a mí tanta dicha que venga *la madre de mi Señor* [6] a visitarme? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre. ¡Bienaventurada tú, porque has creído que se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor [7].

51. Entonces pronunció María (*el Magnificat*) [8]:

---

[1] No por comprobar la verdad de las palabras del Angel, sino para dar la enhorabuena a su prima, alegrarse con ella y servirla (cfr. san Ambrosio, *l. 2 in Luc.;* en el Breviario, *fer. 6 post Dom. Adv. lect. 7*). Según el plan divino, mediante la visita de la Madre de Dios había de ser santificado el Precursor (véase pág. 73, nota 11). Aquel viaje por la región montañosa y por caminos dificultosos costaba cuando menos 30 horas (unos 130 Km.), unas cuatro jornadas. Durante seis horas el camino iba por la llanura de Esdrelón, dejando a mano izquierda los montes de Gelboé y atravesando las ciudades de Samaria (Djenin, Dotaín, Samaria, Siquem) y las de Judea (Silo, Betel, Jerusalén). Sin duda en este viaje iba la Virgen meditando en el gobierno y providencia de Dios en la historia de Israel y de la humanidad, pues el *Magníficat* suena como el himno final de tal meditación.

[2] Sin duda San Juan de la Montaña, hoy Ain-Karim, 7 $^1/_2$ Km. al oeste de Jerusalén (cfr. núm. 52).

[3] Según costumbre, con un abrazo y un ósculo, y con el saludo particularmente significativo en aquellas circunstancias: «La paz sea contigo».

[4] En el mismo instante fué Juan santificado en el vientre de su madre, como lo había predicho el Angel (cfr. pág. 73).

[5] Enlazando con las últimas palabras del Angel (pág. 80), Isabel prosigue el saludo de aquél: prueba de que por boca de la prima habla el mismo que enviara el celestial mensaje a María. Los ecos de aquel saludo resuenan por toda la tierra y se repiten por todos los siglos.

[6] Por primera vez es saludada María con el nombre honorífico en extremo de *Madre de Dios* por labios humanos, por los de la madre del Precursor, iluminada por el Espíritu Santo.

[7] María fué la *antítesis de Eva.* Eva por su incredulidad acarreó la maldición sobre la humanidad, y María la bendición por su fe.

[8] El *Magnificat,* el divino himno al misterio de la Encarnación y Redención del mundo, es la respuesta de María a la enhorabuena que recibiera de Israel.—Podemos dividir este cántico en cuatro partes (estrofas), como va indicado en el texto: 1. Reconocimiento agradecido y confesión exultante de la maravillosa gracia y dignidad a que ha elevado el Dios excelso a una criatura, a María. 2. Profecía de la glorificación y del piadoso culto que ha de recibir de los hombres por la «gran maravilla» (Virgen y Madre de Dios) que el Señor en ella ha obrado. 3. Alusión a la obra realizada por Dios en ella, la Virgen, cifra y suma de las obras y del gobierno santísimo, poderosísimo y clementísimo de Dios en la historia de Israel y de la humanidad (contraste entre el Espíritu de Dios y el espíritu del mundo). 4. Alusión al misterio de la Encarnación, término y cumplimiento de la Antigua Alianza y comienzo de la Nueva, que ha de durar por toda la eternidad.—El cántico de

«Mi alma glorifica [1] al Señor, y mi espíritu [2] está transportado de gozo en el Dios, Salvador mío. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava.

He aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones; [3] porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso y cuyo nombre es santo. Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen.

Hace alarde del poder de su brazo; disipa a los soberbios de corazón. Derriba del solio a los poderosos, y ensalza a los humildes. Colma de bienes a los hambrientos, y despide vacíos a los ricos.

Ha acogido a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, según lo tenía dicho a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre».

Detúvose María con Isabel [4] cosa de tres meses; y después se volvió a su casa (a Nazaret).

52. En tres distintos lugares se ha querido **fijar** modernamente el suceso de **la Visitación** [5] y la patria de Zacarías: en *Maqueronte*, 15 Km. al este del mar Muerto, en *Hebrón* y en *Juta*, ciudad sacerdotal, 10 Km. al sur de Hebrón. Mas ninguno de los tres ha conservado recuerdo del acontecimiento; además Hebrón y Juta pertenecían a Idumea desde la cautividad babilónica; y de Maqueronte no se puede decir que fuera ciudad de las montañas de Galilea.

María tiene cierta semejanza con el de *Ana*, madre de Samuel (I *Reg.* 1-10), la cual, en el santo niño que con sus ardientes súplicas consiguió del cielo, vió ya cumplida la promesa del futuro niño privilegiado; es menor el parecido con el cántico de *Judit* (16, 15-21).— El *Magnificat* es el punto culminante de las alabanzas divinas en la más solemne de las Horas Canónicas, en las Vísperas. Con ello quiere la Iglesia, no sólo dar a Dios perpetuamente gracias por la obra de la Redención, sino también cumplir el vaticinio de la Madre de Dios, ensalzando a la Virgen María, en la cual comenzó a realizarse tan augusto misterio.—Harnack (*Sitzungsberichte der Königl. preuss. Akademie der Wissenschaften zu Berlin* 1900, 538-556), y antes que él Fr. Jacobé (¿pseudónimo de Loisy?) creían poder demostrar, apoyados en los manuscritos y en el contexto, que el *Magnificat* fué puesto por el Evangelista en boca de Isabel, y que después fué atribuído por error a María. En el quinto Congreso Internacional de sabios católicos celebrado en Munich del 24 al 28 de septiembre de 1900 demostró Bardenhewer de una manera convincente en una conferencia acerca del tema «¿Fué Isabel la autora del *Magnificat?*» (impresa en *BSt* VI 1/2 [1901], 189 ss.): 1, que la variante «y dijo *Isabel:* mi alma glorifica, etc.» en manera alguna consta en los manuscritos y escritores griegos, sino apareció por primera vez en los códices latinos a fines del siglo IV, ciertamente por un error de amanuenses; es de notar que aún la recentísima gran edición crítica del Nuevo Testamento, la de von Soden, dice así: «María dijo...»; 2, que el contexto no está, como pretende Harnack, en pro de la variante «Isabel».—Cfr. Wirtz en *PB* 1917, 289: *Das Magnificat unter exegetischen, textkritischen dogmatischen und ästhetischen Gesichtspunkten.*

[1] En latín, *Magnificat;* de ahí el nombre del cántico.

[2] «Mi alma» y «mi espíritu», es decir: todas mis potencias.

[3] Estas palabras, pronunciadas con toda claridad y seguridad por una pobre y desconocida doncella, en las solitarias montañas de Judá, en una época en que las abominaciones paganas cubrían el mundo y el Cristianismo no era conocido ni de nombre, debían de parecer irrealizables e ilusorias a quien las considerase con ojos humanos. Pero nosotros, que vemos tan espléndidamente cumplida la profecía en el culto que los siglos han tributado a María en toda la redondez de la tierra, no podemos menos de ver una prueba: 1, de que la Virgen Santísima no habló de por sí, sino inspirada por el Espíritu Santo; 2, de que el culto de María fué voluntad e institución divina; 3, de que la Sagrada Escritura es divina e infalible; 4, de que el Cristianismo y la Iglesia son verdaderos y divinos.

[4] Probablemente (cfr. versículo 36) hasta el nacimiento, y acaso hasta la circuncisión de Juan el Precursor (ocho días después del nacimiento). Guiada quizá por esta idea, la Iglesia ha fijado la fiesta de la *Visitación* en el día siguiente a la octava de la Natividad de san Juan (cfr. san Ambrosio, *Comm. in Luc. 2, 1 in fine;* en el Breviario *Lect. festi S. Ioan. Bapt.;* véase también Kellner, *Heortologie*[3] [1911] 207 s.).

[5] Cfr. Schick, *Der Geburtsort Johannes' des Täufers (und der Ort der Heimsuchung)* en *ZDPV* 1899, 81. Schick se decide por Ain-Karim. Lo mismo el P. Barnabé Meistermann, *La patrie de Saint Jean-Baptiste* (París 1904).

En cambio Plinio el Joven *(Hist. Naturalis* 5, 14, 70) da el nombre de *Orine*, es decir, «la montaña», a la toparquía en que está enclavada Jerusalén; y la tradición apunta con seguridad a *San Juan de la Montaña,* aldea llamada en árabe *Ain-Karim,* que quiere decir «fuente de las viñas». Está Ain-Karim 7 $^1/_2$ Km. al oeste de Jerusalén, en el valle más hermoso y floreciente de Judea, reclinada en la vertiente oriental de un monte, rodeada de viñas que se cultivan en abancalado. A corta distancia al occidente, en otra vertiente que da al profundo barranco del valle del Terebinto, se encuentra el convento de las Damas de Nuestra Señora de Sión, con casa y escuela para educandas. Es filial del Horfanotrofio del *Ecce-Homo* de Jerusalén, fundado en 1860 por el P. María Alfonso Ratisbonne. En Ain-Karim murió en 1884 el P. Ratisbonne, que tantos servicios ha prestado a los Santos Lugares. Está enterrado en el jardín del convento; sobre su tumba se alza una estatua cuyo pedestal lleva la siguiente inscripción: «¡Oh María! acordaos de vuestro hijo, dulce y gloriosa conquista de vuestro amor». El P. Ratisbonne, judío de origen, se convirtió al Catolicismo el 20 de enero de 1842, merced a una maravillosa aparición que tuvo en Roma. En Ain-Karim tienen una quinta los PP. Blancos del cardenal Lavigerie.

53. Santuarios de Ain-Karim y sus alrededores. *a)* En el convento de Franciscanos de Ain-Karim, reconstruído (1672-1693) a expensas de Luis XIV, se halla *el lugar donde nació el Bautista;* el monasterio ofrece aspecto de fortaleza. En el centro hay una gran iglesia de tres naves. Cuatro pilastras sustentan la cúpula sobre el crucero. El altar mayor, de precioso mármol, está dedicado a san Juan; en la parte superior se ve en el trono la imagen de María; a ambos lados del altar están las estatuas de los santos Zacarías e Isabel, Joaquín y Ana, y delante del comulgatario se alzan las estatuas de san Francisco y santa Clara, de tamaño natural, obras maestras de mármol siciliano. En la nave meridional hay un altar dedicado a santa Isabel; en la nave septentrional, a la izquierda del altar mayor, una escalera de mármol de siete gradas conduce a la capilla subterránea donde nació el Precursor; le está dedicado el altar. El pavimento de la iglesia es de mármol de color y de mosaico; las paredes y columnas están revestidas de azulejos blancos y azules hasta la altura de la cornisa.

b) Al oeste de la iglesia de san Juan, a diez minutos de distancia, se halla el *santuario de la Visitación*, reconstruído en 1861 en el sitio que ocupó, según la leyenda, una quinta de Zacarías, donde vivía Isabel cuando recibió la visita de María. Está recubierto, como la iglesia de san Juan, de azulejos blancos y azules que le dan bello aspecto. Recibe la luz de la cúpula y de una ventana lateral. En el muro del sudeste, frente a la entrada, se ven dos arcos de mármol blanco; en el de la izquierda hay un altar dedicado a la circuncisión de san Juan; en el de la derecha, que se prolunga en forma de corredor unos 6 m., se halla el altar de la Visitación, de mármol blanco, con una preciosa imagen que representa la Visitación. A la izquierda de este altar hay un pozo de agua excelente. Todos los días se dice misa en esta iglesita. En el camino que va al santuario de la Visitación, unos minutos al sur de la iglesia de san Juan, en el valle, se encuentra la *fuente de María.*

c) Desde el siglo XII se busca el *desierto de san Juan* una hora al oeste de Ain-Karim. Según tradición del siglo XV, allí se encuentra *la Gruta de san Juan,* en la ladera de escarpado cerro, encima de la fuente llamada Serka-Main y del valle del Terebinto. A la izquierda de la gruta, de entre las rocas brota una fuente cristalina, *Ain el-Habis,* que quiere decir «fuente de la ermita», llamada también «fuente de san Juan»; después de formar un pequeño remanso delante de la cueva, corre hacia el valle formando verde cinta de hierba; unos peldaños cavados en la roca conducen de la gruta al remanso. En unos diez minutos se sube por la derecha de la gruta al *Sepulcro de santa Isabel.*

Cristianos y mahometanos celebran con gran solemnidad la fiesta de san Juan en la iglesia y en la gruta del Santo.

4. Nacimiento de Juan

(*Luc.* 1, 57-80)

1. Nacimiento de san Juan. 2. Circuncisión e imposición del nombre. 3. Efecto que producen tan maravillosos acontecimientos. 4. Cántico profético de Zacarías: *a)* el Mesías; *b)* elevada misión de Juan. 5. Infancia de san Juan.

54. Entre tanto le llegó a Isabel el tiempo de su alumbramiento, y dió a luz un hijo. Supieron sus vecinos y parientes la gran misericordia que Dios le había hecho, y se congratulaban con ella. El día octavo vinieron a la circuncisión del niño, y opinaban que debía ponérsele el nombre del padre [1]. Pero la madre dijo: «No por cierto, sino que se ha de llamar Juan» [2]. Dijéronle: «¿No ves que nadie hay en tu parentela que tenga ese nombre?» Al mismo tiempo preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se le llamase. Y él, pidiendo la tablilla de escribir, escribió en ella: «*Juan* es su nombre». Lo que llenó a todos de admiración. Y al mismo tiempo recobró el habla y uso de la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios.

(Un santo) temor se apoderó de todas las gentes comarcanas; y divulgáronse todos estos sucesos por todo el país de las montañas de Judea. Y cuantos los oían meditaban en su corazón, diciéndose unos a otros: «¿Quién pensáis ha de ser este niño? Porque verdaderamente la mano del Señor (la protección de Dios) está con él».

55. Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo, profetizó y dijo (el magnífico cántico del «**Benedictus**») [3]:

«*Bendito sea* [4] *el Señor* Dios de Israel, porque ha visitado y ***redimido*** a su pueblo. Nos ha suscitado (deparado) *salud* vigorosa [5] en la casa de David

---

[1] A la manera como Dios, al instituir la *circuncisión,* cambió el nombre de Abram en el de Abraham, así al imprimir en la carne de la criatura el sello indeleble de la admisión a la Alianza de Abraham solía imponerse un *nombre* al recién nacido. Invitábase a la fiesta a los parientes y vecinos por cortesía y como *testigos,* que debían ser hasta diez; de los cuales uno, el que hacía las veces de padrino, contestaba a las oraciones. De ordinario realizaba la ceremonia el jefe de familia; mas podía desempeñarla cualquier israelita, incluso una mujer; actualmente entre los judíos ejecuta esta función un hombre práctico en este negocio (el *mohel,* es decir, el circuncidador). Efectuábase la ceremonia en casa o en la sinagoga. Antes de comenzarla, decía el operante: «Alabado sea Dios que nos santifica mediante sus mandamientos y nos ha impuesto la circuncisión». Y al terminarla decía el padre: «Loado seas, oh Dios, Señor nuestro, Rey del universo, que nos has santificado mediante tus mandamientos y nos has mandado entrar en la Alianza de nuestro padre Abraham» (véase Buxtorf, *Synac. Iud.* c. 2).—Como hubiese Zacarías recobrado el habla, a lo que parece, antes de la circuncisión de su hijo, bien pudo efectuar él mismo la ceremonia (véase Innitzer, *Johannes der Täufer* 104 s.).

[2] O Zacarías había dado por escrito el nombre, o Dios se lo había revelado (cfr. pág. 73).

[3] Zacarías ensalza 1, el *plan divino de la Redención,* que comienza a realizarse, como Dios lo había anunciado a los profetas. Hace resaltar especialmente: *a)* el bien de la Redención y la salud mesiánica; *b)* la misericordia de Dios y la fidelidad a las promesas, motivo de la Redención; *c)* la justicia y santidad de Dios, finalidad de la Redención. Vuélvese luego 2, *a su hijo,* para hacer resaltar su *misión* en el plan divino: preparar los corazones de los hombres para el cumplimiento de las profecías predicando e incitando a la penitencia.—Por esto la Iglesia recita diariamente el *Benedictus* en la segunda de las Horas Canónicas solemnes, en Laudes, como el *Magnificat* en Vísperas (pág. 92).

[4] En latín, *Benedictus;* de ahí el nombre del cántico.

[5] En el texto original: *cuerno de salud,* es decir, una gran salud o salvación, un

su siervo, según lo tenía anunciado por boca de los santos profetas desde antiguo: ***redención*** de nuestros enemigos y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen; para usar de ***misericordia*** con nuestros padres, y acordarse de su Alianza santa, del juramento conque juró a nuestro padre Abraham [1]: que nos otorgaría la gracia de que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, en ***santidad y justicia,*** todos los días de nuestra vida [2].

Y tú ¡oh niño! serás llamado el profeta del Altísimo [3]; porque irás delante del Señor a preparar sus caminos y enseñar la ciencia de la salud a su pueblo [4]; (de la salud) que consiste en el perdón de sus pecados y se lleva a cabo por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos ha visitado el Oriente de lo alto [5], para iluminar a los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte [6], y para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz».

Mas el niño iba creciendo, y se fortalecía en el espíritu, y habitó [7] en los desiertos [8] hasta el tiempo en que debía darse a conocer a Israel.

---

héroe y auxiliador victorioso. Pues *el cuerno* es figura de la fortaleza que ahuyenta al enemigo, y del vigor inquebrantable.

[1] En la misión del Mesías, en la fundación de su reino, en la eficacia bienhechora de la Redención que ha de difundirse por toda la tierra y llegar hasta los infiernos («a nuestros padres») y hasta las mansiones celestiales, se desarrolla la «Alianza» sagrada que Dios concertó con Abraham, y se cumple el «juramento» que le «juró», es decir, la magna promesa mesiánica que le hiciera (véase *Gen.* 22, 16 ss.).

[2] *Sin temor*, porque libertado de las manos de las potestades enemigas de Dios, y renovado religiosa y moralmente, el verdadero pueblo de Dios había de dar por siempre a Dios *con profunda e íntima religiosidad y justicia sobrenatural* el culto religioso y moral que le corresponde.—Israel, el reino de Dios del Antiguo Testamento, era exiguo; rodeado de las grandes potencias paganas, carecía de poder para oponerse a las abominaciones de la idolatría; bajo la continua opresión del paganismo, sólo era capaz de servir «con temor» al verdadero Dios y de confesar su esperanza y expectación mesiánica infundida por el mismo Dios. Mas el reino del Nuevo Testamento que va a fundar el Mesías, ha de ser un reino poderoso que de Israel se ha de difundir por todo el orbe, con la virtud y gracia del Mesías ha de quebrantar el poderío del pecado, de Satán y del paganismo, de suerte que se podrá servir y se servirá al Dios verdadero y al Mesías con libertad y sin temor. El reino mesiánico, la Iglesia, ha de ser un *imperio espiritual.*

[3] Juan es el último y el mayor de los profetas, puesto que anunció, no al Mesías venidero, sino cuando ya hubo aparecido.

[4] Por la predicación, por el bautismo de penitencia, por los testimonios que dió del Mesías, «cordero de Dios que quita los pecados del mundo» (*Ioann.* 1, 19 ss. 29 ss.).

[5] Es decir, la *luz* que irradia del misericordiosísimo corazón de Dios y ha venido a la *tierra*. Las palabras «Oriente de arriba» son una expresión figurada del Antiguo Testamento para designar al Mesías, luz espiritual la más esplendorosísima, venida del cielo para iluminar a la humanidad (*Is.* 9, 2; 49, 6; 60, 1-3).

[6] Imagen que indica la paralización en el estado de profunda lobreguez espiritual, de inacción religiosa y moral, de impotencia y depravación. La «luz de las celestes colinas» (el Mesías) ha de iluminar a la humanidad sumida en el abismo, y alumbrarle el camino que lleva a la paz.

[7] Puede completarse el sentido con la partícula «luego»; san Agustín (*Sermo 291 in Nativ. Ioann.* n. 3) es de sentir que Juan fué al desierto a los siete años—al desierto de Judá, a juzgar por *Matth.* 3, 1. En Israel los niños se criaban hasta los 5 años en las habitaciones de las mujeres bajo la custodia de la madre; entonces pasaban a la dirección del padre que les enseñaba la Sagrada Escritura (cfr. Pottgiesser, *Johannes der Täufer* 45 ss.).

[8] El mismo Espíritu Santo condujo al pequeño Juan a la soledad, «donde el aire es más puro, el cielo es más abierto y Dios está más cerca» (Orígenes, *Hom. 2 in Luc.).* Allí, en la soledad, mas no lejos de la mansión paterna (pág. 93), crecía aquel niño santificado ya en el seno de su madre e iluminado y agraciado por el Espíritu Santo, y llevaba una vida de ángel ejercitándose en ásperas mortificaciones, tratando de continuo con Dios en la oración y meditación. Así se preparaba para su elevado ministerio. Con razón los antiguos solitarios y anacoretas tomaron a san Juan por modelo. Con razón también se suele aducir su ejemplo para demostrar que los ejercicios de la vida solitaria templan el carácter de los hombres apostólicos.

5. Nacimiento de Jesús

(*Matth.* 1, 18-25. *Luc.* 2, 1-21)

1. Declárase a san José el misterio de la Encarnación. 2. Viaje de María y José a Belén. 3. Nacimiento de Jesús. Anuncio a los pastores. 4. Circuncisión de Jesús.

56. Nada sabía *José* de lo que había ocurrido con María. Mas a él también le reveló él Señor el misterio de la Encarnación. Apareciósele en sueños un ángel que le dijo: «José, hijo de David, toma por esposa a María; porque por obra del Espíritu Santo es ella madre del Hijo de Dios. Pondrás a éste por nombre Jesús; pues él salvará a su pueblo de sus pecados». José hizo como el ángel se lo mandó.

Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto [1], mandando que se inscribiese (en el registro público) todo el orbe (todo el imperio romano). Este primer empadronamiento se hizo siendo Quirino (*Quirinius*) gobernador de Siria [2]. Todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad (al lugar de origen de su familia) [3]. *José*, pues, como era de la casa y ciudad de David [4], vino de Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada **Belén** [5] (fig. 5), en Judea, para empadronarse con *María*, su esposa, la cual veía ya cercana su hora. Y estando ya allí, llegó la hora de María, la cual parió a su hijo primogénito [6], le envolvió en pañales y le recostó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en la posada [7].

57. Estaban velando en la comarca unos pastores y haciendo centinela de noche sobre su grey, cuando de improviso un ángel del Señor apareció

---

[1] Dieckmann, *Kaisernamen und Kaiserbezeichnungen bei Lukas*, en *ZKTh* 1919. 213 ss.

[2] Acerca del edicto del emperador Augusto y del censo de Quirino véase núm. 59.

[3] Así cumplía un emperador pagano, que se creía señor «de todo el orbe», el vaticinio 700 años antes anunciado por Miqueas (5, 2): que el Mesías había de nacer en *Belén*. —El empadronamiento se efectuó a la usanza judía, por familias y tribus. Para prueba cierta de genuína descendencia judía y pertenencia a determinada familia, se hacía el empadronamiento por tribus, linajes, casas y familias (cfr. I *Esdr.* 2, 59 62); los registros de familias se encontraban en el lugar donde residían los miembros de la familia. Las heredades no podían alienarse fuera de la tribu.—Los modernos descubrimientos del país del Nilo han puesto de manifiesto la existencia de un sistema análogo de empadronamiento en Egipto en época algo más reciente. Un decreto del año 104 d. Cr. del gobernador de Egipto, G. Vibio Máximo, cuyo original se conserva, reza así, traducido (y completado) por Deissmann (*Licht vom Osten* 2 y 3 [Tubinga 1909] 201 s.): «Dice Gaios Vibios Maximos, gobernador de Egipto: Estando ya para efectuarse el censo de la economía doméstica, es necesario mandar a todos los que por algún motivo están fuera de su territorio, que regresen a su hogar, para que hagan el acostumbrado negocio del censo y se empleen en la agricultura que les incumbe». Acerca de la palabra que corresponde a «censo de la economía doméstica» (*Haushaltungsschatzung*), observa Deissmann: «Según un importante descubrimiento de U. Wilcken (*Hermes* XXIX [1893] 230 ss.), trátase de un censo de la población, que se realizaba cada 14 años con objeto de fijar la contribución por cabeza, u otras cualesquiera prestaciones personales. Documentos de esta clase encontramos en innumerables papiros».

[4] Cfr. Döller, *Davids und Christi Geburtsort*, en *ThpQS* LXIII 256-263.

[5] El camino de Nazaret a Belén es casi tan largo como el de Nazaret a Ain-Karim, cerca de 30 horas, unas 4 jornadas (cfr. pág. 91, nota 1). Véase también Schäfer, *Der Rosenkranz als Pilgergebet*, 1.ª parte, 39 ss.; *PB* 1911, 205.

[6] Véase núm. 104.

[7] En esta ocasión sucedió al pie de la letra lo que dice el Apóstol san Juan (*Ioann.* 1, 11; página 83): «Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron». —Triste ejemplo de la ceguera con que los más de los judíos rechazaron al Redentor y sus gracias.—Acerca del día del nacimiento de Cristo, véase núm. 58. La pobreza de Jesús es nuestra riqueza: «Vino a la tierra desnudo y pobre, para compadecerse de nosotros, hacernos ricos en el cielo e iguales a sus santos ángeles».

junto a ellos, y cercólos la gloria de Dios (un resplandor celestial)[1], lo cual les llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: «No temáis; pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo: hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo, el Señor nuestro. Y sírvaos de señal (para reconocerle): hallaréis al Niño envuelto



Fig. 5.—Belén. Caravana de peregrinos que van a visitar la ciudad.

en pañales y reclinado en un pesebre»[2]. Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios, y diciendo: *Gloria a Dios en las alturas*[3], *y en la tierra paz*[4] *a los hombres de buena voluntad*[5].

---

[1] El celestial resplandor acreditaba de celeste mensajero al ángel y simbolizaba la importancia del mensaje.

[2] Estas eran las *señales* de la primera venida en pobreza y humildad, tantas veces anunciadas a los profetas: Amós (9, 11); Isaías (11, 1; 53, 2). Las de la segunda han de ser muy distintas (cfr. *Matth.* 24, 29 s.; 25, 31; 26, 64). La señal era muy acomodada a la pobreza y sencillez de los pastores; enseña a la vez a todos los que quieren encontrar a Jesús, de qué manera deben buscarle (cfr. *Matth.* 11, 25; I *Cor.* 1, 26 ss.). Cfr. el sermón de Navidad del P. Bourdaloue: el signo dado por el ángel es el más acomodado, porque 1. es el más natural, 2. el más eficaz (Schleiniger-Racke, *Muster des Predigers* II[4] 147 ss.).

[3] De manera totalmente única, porque esta maravilla de su omnipotencia y amor sobrepuja a todas las demás.—*En las alturas,* en el cielo, donde esta alabanza resuena con más esplendor; luego *en la tierra,* que por la Encarnación se llenará de la gloria y del loor de Dios (*Is.* 6, 3).

[4] *La paz con Dios* mediante la gracia de la Redención; *en el propio corazón,* por la victoria de la gracia sobre las pasiones; *con los hombres,* por la unión de corazones en Dios. Consecuencia de ello son una santa alegría y aquella paz con Dios, que excede a todo concepto (cfr. *Ps.* 71, 7; *Mich.* 5, 5; *Ioann.* 14, 27; *Philip.* 4, 7; *Gal.* 5, 22). Bello símbolo de esta paz espiritual era la paz de que gozaba el orbe en tiempo de César Augusto, precisamente por la época del nacimiento del Príncipe de la paz.

[5] Es decir, a los hombres sobre quienes descansa la divina complacencia, la gracia divina que cada hombre debe apropiarse mediante voluntaria y fiel adhesión al Mesías

Luego que los ángeles [1] se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vamos a Belén, y veamos lo que el Señor acaba de anunciarnos». Vinieron, pues, a toda priesa [2], y hallaron *a María y a José, y al Niño* reclinado en el pesebre. Y cuando lo hubieron visto, contaron lo que se les había dicho de este Niño [3]. Y todos los que lo oían se maravillaban de lo que los pastores les decían. *María, empero, conservaba todas estas cosas* [4] dentro de sí, ponderándolas en su corazón [5]. Los pastores se volvieron, alabando y glorificando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, todo conforme se les había dicho.

A los ocho días fué circundado el Niño [6], y se le puso por **nombre Jesús,** como lo había dicho el Angel en la Anunciación [7].

(cfr. *Luc.* 10, 16; *Rom.* 2, 10; *Gal.* 6, 16). La traducción «a los hombres de buena voluntad» (introducida en Alemania sobre todo por Allioli), no se opone al sentido, pero no es exacta. Pues aun en la *Vulgata* la expresión *bonae voluntatis* se refiere a Dios, como nos lo prueba la comparación con el texto original (y con otros pasajes de la Escritura, como *Philip.* 2, 13), y significa «la (divina) complacencia».—Las palabras de los ángeles expresan de una manera significativa toda la misión del Niño-Redentor.

1 Después de haber adorado reverentes en el pesebre a su Dios y Señor (cfr. *Hebr.* 1, 6; san Agustín, *Sermo in die Nativ. Domini).*

2 De alegría y ansia. Los pastores nos dan ejemplo de cómo no se debe buscar a Jesús con tibieza y negligencia. Conocemos a Jesús mediante el continuo crecimiento en la fe y en la virtud.

3 Y obraron según aquel conocimiento, rindiendo homenaje al Niño, honrando a su Madre virginal y refiriéndole la aparición de los ángeles.

4 Para penetrar cada vez más en ellas y comunicarlas más tarde a los demás. Acaso con ello quiso san Lucas indicarnos la fuente de donde sacó estos relatos. Cfr. también núm. 16.

5 *En santa meditación* de los grandes misterios del amor de Dios. Consideraba la *grandeza de Dios* en el cielo, *su propia indecible bajeza* que tenía a la vista, los maravillosos *designios de su amor y el misterioso secreto* de que se rodeaba, etc. ¡Quién es capaz de medir la profundidad *de estas* meditaciones, el fervor de devoción y de amor que inflamaba su alma! Imitemos a la santa Madre de Jesús, particularmente cuando el Hijo de Dios se nos muestra en parecida humildad y descansa en nuestro pecho en la sagrada Comunión. 6 Véase pág. 94, nota 1.

7 Núm. 40. Como Hijo unigénito de Dios y santidad infinita, Jesús no necesitaba de la *circuncisión.* Quiso, no obstante, someterse a la sangrienta y dolorosa ceremonia principalmente por los siguientes motivos: *a)* Para reconocer la Ley de la Antigua Alianza como santa y dada por Dios, tomarla sobre sí solemnemente y cumplirla por nosotros a fin de librarnos de su yugo, y para significar que él, aunque sin pecado, quería venir en semejanza de carne de pecado a fin de poder sufrir y morir por nosotros (cfr. *Matth.* 5, 17; *Gal.* 3, 5; 4, 4 5; *Rom.* 8, 3). *b)* Para derramar su sangre por nosotros ya desde el comienzo de su vida terrena, a fin de mostrarnos a qué precio compraba el nombre de Jesús y era nuestro Redentor, y darnos una prueba de que estaba dispuesto a derramar toda su sangre por nosotros (cfr. *Matth.* 1, 21; *Hebr.* 5, 7). *c)* Para darnos ejemplo de *humildad y de obediencia,* inculcarnos la necesidad de la circuncisión espiritual y de la mortificación de la sensualidad y de los placeres carnales (cfr. *Ps.* 39, 7; *Hebr.* 10, 5; *Col.* 2, 11 12; *Gál.* 5, 16; *Tit.* 2, 12; I *Petr.* 2, 11 24). *d)* Para *no dar escándalo a los judíos,* mostrarse hijo de Abraham y, por la aceptación del signo de la Alianza, confirmar la Alianza de Dios con los padres y las promesas a ella vinculadas (cfr. *Matth.* 3, 15; 17, 26; *Rom.* 15, 8). *e)* Para demostrar la *verdad de su humanidad,* contra los herejes que afirmaban haber Jesús tenido cuerpo aparente. «Mas *su nombre,* que es, sobre todo, nombre, muestra a la vez su majestad divina» *(Ioann.* 1, 14. *Act.* 4, 12. *Philip.* 2, 9 s.; cfr. san Bernardo, *Sermo 2 in Circuncisionem n. 2).* Acerca del *nombre de Jesús,* página 80, nota 7. De ordinario juntamos al nombre personal de Jesús el de oficio, *Cristo;* este último debe su origen a la traducción griega del Antiguo Testamento: es una versión del nombre hebreo *Maschiach, Mesías* (cfr. Friedrich, *Der Christusname im Lichte der atl und ntl Theologie,* Colonia 1905).

58. **Año y día del nacimiento de Cristo.** Los primeros cristianos contaban los años como los demás ciudadanos, conviene saber, por los cónsules y emperadores de Roma. Desde 284-285 se introdujo la costumbre de contar desde el emperador Diocleciano, uno de los perseguidores más encarnizados de la Iglesia. Para desterrar tal costumbre, trató de averiguar el monje Dionisio el Exiguo († antes del 544) el año del nacimiento del Salvador. Los resultados de su estudio son la base de la cronología vigente; por eso a la era cristiana se la llama también era dionisiana. La era dionisiana fija el nacimiento de Cristo en el 25 de diciembre del año 753 de la fundación de Roma; este año 753 de Roma es el año 1 *ante Christum natum;* con el 1 de enero del año 754 de Roma comienza el año 1 *post Christum natum.* Fundó su cálculo Dionisio el Exiguo en dos indicaciones cronológicas de san Lucas: comienzo de la predicación del Bautista el año 15 del imperio de Tiberio (*Luc.* 3, 1); comienzo de la vida pública de Jesús hacia los 30 años (*Luc.* 3, 23). Creíase haber Tiberio empuñado las riendas del imperio a la muerte de Augusto, acaecida el 19 de agosto del 767 de Roma. Restando 14 años (completos), resulta ser el 753 el año del nacimiento de Cristo.

Pero Fl. Josefo nos habla de un eclipse de luna acaecido [1] poco antes de la muerte de Herodes; y comparando esta noticia con otros muchos datos, puede establecerse como cosa cierta haber muerto Herodes hacia la Pascua del 750. De donde el nacimiento de Cristo necesariamente debió acontecer antes de la Pascua del 750 [2]. Parece lo más verosímil y acertado *tomar como fecha del nacimiento de Jesús el año 749 o el 748 de Roma, o sea, el 5 ó 6 a. Cr.* Pues, en efecto, hay que retroceder del 750 lo suficiente para dar espacio a la Presentación de Jesús en el Templo, venida de los Magos, huída a Egipto, muerte de los Inocentes («niños de dos años abajo, conforme al tiempo que Herodes había averiguado de los Magos», *Matth.* 2, 16). Para todo esto basta un lapso de uno o dos años. Y, por otra parte, apenas hay posibilidad de disponer de más, pues Jesús tenía unos 30 al comenzar su vida pública, la cual siguió de cerca a la del Precursor; a éste «vino la palabra del Señor» el año 15 del imperio («hegemonía») de Tiberio César (*Luc.* 1 s.). Si calculamos el año 15 de Tiberio a partir de la muerte de Augusto, acaecida el 19 de agosto del 767, la vida pública de Cristo pudo haber comenzado hacia el año 782, o sea, hacia el 29 de la era cristiana; Jesús tendría entonces de 33 a 34 años, lo cual todavía queda dentro del marco que señaló Lucas en su frase: *unos 30 años poco más o menos.* Pero si computamos el año 15 del imperio de Tiberio desde que fué asociado al trono para gobernar las provincias [3] — como es más verosímil a nuestro entender, sobre todo observando que Tertuliano, que no desconocía el pasaje de san Lucas, fija en el año 12 de Tiberio el bautismo de Jesús [4], — la vida pública de Cristo pudo haber comenzado hacia el año 780 de Roma, 27 de la era cristiana; y, supuesto que Jesús hubiera nacido entre el 748 y el 750, habría comenzado su vida pública a la edad de 30 ó 32 años [5].

---

[1] Cfr. *Ant.* 17, 6, 4, en general 17, cap. 6-8.

[2] Véase también Hontheim en *Kath* 1907 II 18 ss.; Felten, *Ntl Zeitgeschichte* I 134 ss.

[3] El año 15 de Tiberio (*Luc.* 3, 1), calculado desde que fué asociado al trono por Augusto, equivale al año 12 de Tiberio como único reinante, y para este año atestigua Tertuliano (*Adv. Marc.* 1, 15) el bautismo de Jesús: *anno XII Tiberii Caesari revelatus.* Dieckmann en *BZ* XVI (1924) prefiere aquí la variante *XV* de un pequeño número de manuscritos; la variante *XII* es aquí la más difícil y a la vez la de los mejores manuscritos.

[4] Véase también Felten l. c. 175, nota 4 y II 238 ss.; Hartl, *Die Hypothese einer einjährigen Wirksamkeit Jesu* (Munich 1917) 63-79; Tillmann, *Die sonntäglichen Evangelien* (Düsseldorf 1917) 109 s.—Dieckmann, entre otros, combatió en *Klio* XV 339-375 y en *BZ* XVI (1924) 54-65 la hipótesis de haberse de tomar la data del imperio de Tiberio a partir de la asociación al trono, designada por los adversarios como «era del príncipe heredero» (*Kronprinzenära*).

[5] Ireneo hace una observación singular acerca de la *edad de Cristo* (*Adv. haer.* 2, 23, edición Harvey). Da al Salvador la edad de unos 50 años; pues, como quiso ser mo-

Tocante al *día del nacimiento* [1] del Salvador, ningún indicio hallamos en los Evangelios. Los escritores sagrados tratan ante todo de exponer la doctrina cristiana y dan poca importancia al dato cronológico. Y aunque lo hubieran conocido, habríales sido difícil expresar en fecha romana la judía de un suceso relativamente lejano. Además, la antigüedad cristiana parece no haber puesto interés en ello. En los escritores eclesiásticos hallamos muy pocos pasajes que hablen de este asunto. Mas de ellos se desprende que en la antigüedad la cosa no estaba muy clara; los que se interesaban por la cuestión, no acababan sus disputas. No se puede por tanto decir que la fecha del 25 de diciembre tenga a su favor la garantía de la tradición apostólica. Tampoco la fiesta eclesiástica de Navidad es argumento de la fecha del nacimiento del Salvador; pues, fuera de Roma, hasta fines del siglo IV dicha fiesta se celebraba, no el 25 de diciembre, sino el 6 de enero, conmemorándose en ella, además de la Natividad, la adoración de los Magos, el milagro de las bodas de Caná (primero que hizo Jesús en su vida pública) y el bautismo en el Jordán. Conocemos con toda exactitud la época en que el 6 de enero fué sustituído por el 25 de diciembre. En Constantinopla celebró san Gregorio Nacianceno por primera vez en 25 de diciembre la fiesta de Navidad el año 379 [2]; en Capadocia se efectuó la sustitución el año 380; en Antioquía la celebró san Juan Crisóstomo en la nueva fecha el año 386. Egipto se acomodó al nuevo uso entre el 418 y el 432. Según testimonio del obispo Epifanio de Salamina, en Chipre se celebraba la fiesta de Navidad el 6 de enero todavía a fines del siglo IV. Esta «costumbre antigua» [3] se conservaba en Jerusalén el año 385, y Efrén el Sirio nos la atestigua para las iglesias de Mesopotamia. Sólo en Roma se había introducido la costumbre de celebrar el 25 de diciembre el aniversario del nacimiento de Jesús, pero sin suprimir la fiesta del 6 de enero que se celebraba en otras partes. A principios del siglo IV, o en la época en que se introdujo la fiesta de Navidad, no existía tradición relativa al 25 de diciembre. Es verdad que en el *Comentario* de Hipólito († hacia el 236) al *Libro de Daniel* (4, 23, 3), algunos manuscritos recientes señalan la fecha del nacimiento del Salvador el 25 de diciembre del año 42 del imperio de Augusto; pero este pasaje es seguramente una interpolación. El primer testimonio que señala el nacimiento de Cristo en 25 de diciembre es el del «*Cronógrafo* de 354», un desconocido que reunió noticias cronológicas, históricas y hemerológicas tomadas de fuentes oficiales, que podían

---

delo y Redentor de todas las edades del hombre, necesario es que hubiese, por lo menos, tocado todas las edades; tal es, además, la tradición apostólica, y ello se desprende de *Ioann.* 8, 57. ¿Cómo llega Ireneo a tan singular observación? Está probado que no la recibió directamente de los discípulos de los apóstoles, sino que la tomó de la obra de Papías, el cual, por su parte, se remite a los «presbíteros». ¿Erró, pues, Papías, o le entendió mal Ireneo? Lo primero parece deber excluirse; pues la obra de Papías se conservó hasta la Edad Media y, no obstante, nadie sino Ireneo vió en él semejante observación. Luego Ireneo entendió mal a Papías; este quiso decir otra cosa muy distinta. Recientemente Chapmann (*Journal of Theological Studies* 1907) ha dilucidado el asunto. El exegeta latino más antiguo, Victorino de Pettau († hacia el 303), habla una vez, fundado sin duda en el pasaje de Papías utilizado por Ireneo, de siete etapas de la vida del Redentor: «También recorre las vicisitudes de la vida humana en el número siete, a saber: *nativitatis, infantiae, pueritiae, adulescentiae, iuventutis, perfectae aetatis, occasus*». No se trata aquí de siete períodos de la vida de Cristo, expresables en años (obsérvese; *nativitatis, occasus*), sino de un esquema inspirado en el número siete. Ireneo ha entendido las palabras al pie de la letra y les ha atribuído valores numéricos: a la palabra *iuventus*, desde los 30 años a los 40, según manera de considerar de los antiguos; a la *perfecta* (o *senior*) *aetas*, desde los 40 años a los 50. Las razones teológicas antes citadas y *Ioann.* 8, 57 confirmaron a Ireneo en su idea, y acaso le condujeron a su errónea opinión (cfr. J. Marx en *PB* 1908, 303 ss.).

[1] Seguimos en esto a H. Kellner, *Heortologie*³ 102 ss. Cfr. también Bardenhewer, *Mariä Verkündigung* 39 ss.; Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste* I (Friburgo 1901), 768.

[2] Lückeck en *Historisches Jahrbuch* 1907, 109.

[3] *Mos antiqua traditione servatus*, dice Casiano (*Collationes* 10, 2).

ser útiles a los funcionarios de aquella época. Cuando el *Cronógrafo* escribe que «Cristo nació bajo el consulado de C. César Augusto y L. Emilio Paulo (754 de Roma) el día 25 de diciembre, viernes, el día 15 del novilunio», con esta noticia, falsa en todos los pormenores que se han podido contrastar, sólo prueba que en Roma se celebraba la fiesta del nacimiento de Jesús mucho (unos 20 años) antes del 354. De la fecha de la introducción de la fiesta ha deducido el *Cronógrafo* la del nacimiento. Es evidente que el argumento carece de fuerza.

Kellner explica cómo pudo introducirse en Roma la práctica de celebrar la fiesta de Navidad el 25 de diciembre, contra la costumbre general: «Después que el sol ha adquirido su máxima latitud austral el día 21 de diciembre, comienza a describir círculos más amplios en el firmamento; el hombre inculto señala el día en que comienza a notarse esta ascensión solar como un natalicio del sol, del invencible dios solar [1]. ¿Qué cosa más obvia a los cristianos que observaban este fenómeno natural, patente a todos, que pensar en el nacimiento de aquél que es la verdadera luz del mundo? Aunque la Sagrada Escritura no hubiese dado pie para el empleo de la imagen, el sentido cristiano debería haberla descubierto. Y, en efecto, entre los santos Padres es corriente la comparación de Cristo con el sol, y de la virtud solar, con la victoria de la luz sobre las tinieblas. San Cipriano llama a Cristo el verdadero sol *(sol verus)* [2]. San Ambrosio dice: «El es nuestro nuevo sol *(hic sol novus noster)* [3]. Análogas expresiones encontramos en Gregorio Nacianceno, Zenón de Verona, León Magno, Gregorio Magno y otros muchos. Los niños de la escuela saben que Simeón llamó al Mesías recién nacido «luz para alumbrar a los gentiles»; y como el Mesías fué ensalzado por los profetas como luz en medio de las tinieblas *(Is.* 58, 10) y sol de justicia, era natural que expresiones análogas pasasen a la liturgia cristiana de Navidad [4]. ¿Qué más natural a los romanos nativos que trasladar el natalicio de este nuevo y verdadero sol al día en que su calendario señalaba desde antiguo un *Natalis solis?*» [5] A este mismo propósito nota Grisar [6]: «En la colección de Filocalo, el calendario profano señala el 25 de diciembre como *Natalis invicti,* es decir, día del dios solar invencible; y en el culto mitríaco (que en los siglos III y IV estaba extendido por todo el mundo pagano), el 25 de diciembre era el comienzo de la salud traída por el dios solar Mitra. Dado el empeño en dar sentido cristiano a las fiestas paganas, era natural celebrar en esta fiesta el nacimiento del verdadero sol del mundo, que es Cristo».

59. El edicto del emperador Augusto y el censo de Quirino. San Lucas 2, 1-2 nos da noticia de tres hechos históricos: 1. Decreto del emperador Augusto, por los días del nacimiento de Cristo, mandando efectuar el censo de todos los países habitados por los romanos o sometidos a su imperio («todo el orbe»). —2. Ejecución del decreto en Palestina bajo Herodes el Grande [7]. — 3. Este fué el primer censo llevado a cabo bajo Quirino, gobernador de Siria. Pues san Lucas nos da cuenta de un segundo censo, *Act.* 5, 37, realizado por el mismo gobernador 10 ó 12 años más tarde.

Se ha discutido estos tres hechos, contra los cuales se presentan las siguientes objeciones:

Primera objeción: Fl. Josefo [8] escribe que el censo efectuado al transformar Judea en provincia romana después de la deposición de Arquelao (hacia el

---

[1] Así, en el calendario civil oficial escrito en 354 por Filocalo, el 25 de diciembre está señalado como *Natalis Solis invicti* (cfr. Kellner l.c. 112 ss.).

[2] *De orat. Dom.* 35.

[3] *Sermo* 7, 1 3 *(Migne* 17, 614).

[4] En la Vigilia: *Sidus refulget iam novum;* en Laudes: *Orietur sicut sol Salvator mundi;* y en la Octava de la fiesta: *Tu lumen et splendor Patris.,* etc.

[5] Kellner, *Heortologie*³ 112 s.

[6] *Geschichte Roms und der Päpste* I 768.

[7] Cfr. *Luc.* 2, 1 con *Matth.* 2, 1 ss.

[8] *Ant.* 17, 13 y 18, 1.

año 6) fué cosa tan nueva e inaudita, que motivó un levantamiento; de consiguiente no pudo haberse efectuado censo alguno en tiempo de Herodes el Grande; san Lucas retrasa por error a la época de Herodes el Grande el censo realizado hacia el año 6. A esto replicamos: *a)* Es imposible que Lucas desconociese la fecha de ambos acontecimientos (transformación de Judea en provincia romana y alzamiento de Judas de Gamala, a los cuales va unido el «segundo» censo de Quirino), de tal suerte que retrasara el censo por error a la época de Herodes el Grande. *b)* Lo nuevo e inaudito que fué causa del alzamiento, no estuvo en el censo, sino en la manera de efectuarse: no se respetaron las costumbres nacionales judías. Mientras que el primer censo se llevó a cabo por los funcionarios del rey Herodes bajo la suprema dirección del gobernador de Siria y según la forma nacional judía, el segundo se efectuó por funcionarios romanos y a la usanza romana. Esto provocó un alzamiento.

Segunda objeción: La historia nada sabe de un censo general del imperio efectuado en tiempo de Augusto. A esto respondemos: Es cierto que no tenemos de ello noticias *directas*. Pero *a)* basta que tengamos testimonios directos de haberse efectuado un censo en distintas provincias. Ello sería argumento de haber el censo dimanado del edicto y de la voluntad de Augusto. *b)* Nótese que los Anales de Tácito comienzan por Tiberio, y que de los 55 libros de Dión Casio perecieron los correspondientes a los años 748-52. *c)* El *Breviarium Imperii*, es decir, las disposiciones testamentarias de Augusto, en las cuales se consignan «los ciudadanos y aliados, las flotas, los reinos y provincias, los tributos y exacciones, las necesidades y gastos» del imperio, presuponen la existencia de censos provinciales [1]. *d)* Hay testimonios posteriores, *independientes* del de san Lucas, por ser más amplios que los de éste, los cuales confirman el testimonio evangélico: α Casiodoro († 570), estadista y más tarde abad, alma del gobierno de Teodorico durante muchos años, el cual, por lo tanto, disponía de las mejores fuentes históricas, nota expresamente en un informe oficial compuesto en nombre de Teodorico, rey de los ostrogodos, haberse hecho en tiempo de Augusto la demarcación de los terrenos y del suelo para asegurar la propiedad y fijar los tributos correspondientes [2]. β Suidas, en un gran léxico compuesto a mediados del siglo x, en la palabra griega *apographe* (en latín *census)* dice que «Augusto envió a todas las provincias 20 hombres de reconocida lealtad para que tomasen nota de las personas y de sus bienes; después de la cual decretó un tributo».

Tercera objeción: Nada dice Fl. Josefo del censo efectuado en tiempo de Herodes el Grande. Mas esto nada prueba contra la existencia del censo. Porque *a)* Josefo no es más digno de crédito que san Lucas. *b)* Generalmente Flavio Josefo da poca importancia a medidas de carácter administrativo; y en lo que toca a los últimos años del reinado de Herodes, no pretende ser completo. *c)* Sin embargo, también Josefo [3] presupone la existencia de un censo en tiempo de Herodes, pues habla de los ingresos que a los hijos de Herodes provenían de las provincias.

Cuarta objeción: En tiempo del rey Herodes hubiera sido imposible llevar a cabo el censo de Palestina. Respondemos: El rey Herodes no era *rex socius aequo foedere*, sino *rex restitutus,* es decir, rey por gracia y en concepto de lugarteniente del emperador. Herodes había sido partidario de Antonio. Cuando en la batalla de Actium la suerte se inclinó a favor de Augusto, Herodes fué a marchas forzadas a Rodas a ponerse al lado del vencedor. Al entrar en la ciudad, depuso las insignias reales; pero Augusto se las devolvió y le admitió a su amistad [4]. Desde entonces Herodes fué rey, no *iure proprio,* como los *reges soccii,* sino solamente *titulo amici Caesaris.* Como tal, no podía resistirse a la voluntad del César.

Quinta objeción: Un censo llevado a cabo a las órdenes de Quirino, gobernador de Siria, no pudo efectuarse en tiempo del rey Herodes; pues consta que

---

[1] Tácito, *Annal.* 1, 21. [2] *Variae epistolae* 3, 52.
[3] *Ant.* 17, 11, 4 (cfr. núm. 39). [4] *Ant.* 15, 6 y 7.

por la época de la deposición de Arquelao (759 de Roma) hubo en Siria un gobernador llamado P. Sulpicio Quirino, mas no en el reinado de Herodes. Respondemos: *a)* Es indiscutible (si nos atenemos a Tácito) [1] que Quirino fué *dos veces* gobernador de Siria: del año 750 al 753 (del 4 al 1 a. Cr.) y del 760-765 (del 7 al 12 d. Cr.). *b)* No se puede negar que Quirino, sucesor de Varo en el cargo de gobernador, no pudo entrar en funciones hasta el otoño del año 750 y que, por consiguiente, aun no había ocupado el cargo cuando nació Jesucristo (hacia el 5 ó 6 a. Cr., por el error de Dionisio el Exiguo; cfr. núm. 58), ni siquiera en vida de Herodes el Grande († hacia la Pascua del 750). Mas la dificultad queda resuelta admitiendo que el censo hubiese comenzado en tiempo del gobernador Sencio Saturnino (745-748) (como atestigua Tertuliano) [2], continuándolo Varo (748-750) y terminándolo Quirino. San Lucas atribuye la ejecución del censo a Quirino por haber sido éste el más influyente y conocido de los tres.

El nacimiento de Cristo acaeció, pues, no en tiempo de Quirino, sino de Quintilio Varo. El Evangelista no dice que Jesús naciera en tiempo de Quirino, sino cuando se estaba llevando a cabo un censo que (en parte y definitivamente) fué efectuado por Quirino [3].

60. Belén y sus santuarios [4]. *Nombre, situación y habitantes de Belén.* Belén significa «casa del pan». Antiguamente se llamó Efrata, la fértil. Santa Paula alude al significado misterioso de Belén cuando (en el año 383) derramando lágrimas de alegría exclamó en la gruta de la Natividad: «Yo te saludo ¡oh Bethlehem! casa del pan, donde vió la luz de la tierra el pan descendido del cielo; yo te saludo, oh Ephrata, campo riquísimo y fertilísimo, que entre tus frutos has traído al mismo Dios» [5].

Belén se halla 7 Km. al sur de Jerusalén en un paraje muy fértil y esmeradamente cultivado; se alza majestuosa y bella sobre dos colinas de mediana elevación, dirigidas de norte a sur y unidas por una pequeña cresta. Al sudeste de la ciudad se encuentra la gruta de la Natividad y sobre ella la grandiosa iglesia de la Natividad con los conventos que la rodean. El lugar ofrece aspecto muy hermoso y está rodeado de olivos e higueras, de viñas y fértiles campos. La iglesia de la Natividad alcanza 725 m. sobre el Mediterráneo, del cual dista doce horas; 1169 m. sobre el nivel del mar Muerto, distante de 6 a 7 horas; más de 30 m. sobre la explanada del Templo de Jerusalén; unos 20 m. sobre la iglesia del Santo Sepulcro. El lugar más elevado de Belén, al norte, la casa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, llega a una altura de 820-830 m. También el extremo noroeste de Jerusalén llega a los 789 m.

Según los datos de Meistermann-Huber [6], la ciudad tiene 12000 habitantes: 6020 latinos, 4781 griegos no unidos, 500 mahometanos, 175 armenios no unidos, 132 protestantes, 93 griegos católicos, 12 coptos y 79 extranjeros. Los

---

[1] *Annal.* 3, 48. Teodoro Mommsen, *Res gestae divi Augusti* (Berlín 1865) 103 ss.

[2] *Adv. Marc.* 4, 19.

[3] Más pormenores en A. Mayer, *Die Schatzung bei Christi Geburt in ihrer Beziehung zu Quirinius* (Innsbruck 1908).—La cuestión «Quirino» quedaría resuelta de una vez, si fuese posible traducir *Luc.* 2, 2 de la siguiente forma: «Este censo fué anterior *al que se verificó* siendo Quirino gobernador de Siria». Así recientemente Legrange en su obra *Évangile selon Saint Luc* (París 1921). Lo del Evangelio vendría, pues, a ser una locución abreviada, que habría que completar con las palabras que van en cursiva. Pero difícilmente se puede admitir la traducción propuesta, a pesar de los ejemplos de expresiones braquilógicas del Nuevo Testamento, que cita Sickenberger en *BZ* XVI (1924) 215 ss.

[4] Cfr. von Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*8-10 282 ss.; Leo Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 12-16 y 328; Palmer, *Das heutige Bethlehem,* en *ZDPV* XVIII (1894) 89 ss. Acerca de las tradiciones de Belén, véase también Klameth, *Die ntl. Lokaltraditionen Palästinas* I 38-87.

[5] *Epitaph. Paulae (inter Epist. S. Hieron.* 108, 27) 10 (véase Apéndice I, 4). Cfr. *Epist.* 46, 17, 10; *HL* 1857, 73; 1879, 91.

[6] *Durchs Heilige Land.* (1913).

betlemitas cristianos, descendientes acaso de los italianos cisalpinos que se establecieron en la ciudad en tiempo de las Cruzadas, se distinguen por la belleza corporal, por su noble porte y su valor, y también por sus virtudes. Además de la ganadería y la agricultura, los betlemitas actuales se dedican a la confección de objetos piadosos de perlas, huesos de oliva y madera de olivo; las «mercancías de Belén» son conocidas en todo el mundo. Muchos ejercen también el oficio de albañiles y canteros.

61. El santuario más importante de Belén es la **gruta de la Natividad.** Su autenticidad está fuera de duda. Los santos Padres más antiguos señalan con toda precisión como lugar del nacimiento del Salvador la «cueva» de Belén; así san Justino Mártir, nacido hacia el año 100 en Siquem (Palestina), el cual, por tanto, conocía de vista el lugar [1]; también el pagano Celso (hacia el 150) nos habla de dicha cueva [2]. De las diversas que hay en la proximidad de Belén, sólo a ésta convienen las indicaciones de la Sagrada Escritura; a la otra parte de la misma, el monte ofrece pronunciadísimo declive. La señala también una tradición no interrumpida; los cristianos la tuvieron desde el principio en gran veneración, y parece que muy pronto la dedicaron al culto divino, pues ya en 137 el emperador Adriano, para alejar de allí a los cristianos, erigió la estatua de Adonis e introdujo un culto nefando. Mas esto mismo sirvió para que se conservase la memoria del lugar, hasta que el emperador Constantino y su madre santa Elena [3] hicieron construir, antes del año 326, la **iglesia de la Natividad,** que aun hoy existe [4].

La iglesia de la Natividad (lámina 1 b; planta en la fig. 6, pág. 105 y en la figura 7, pág. 106) es de elegantes proporciones y está construída y adornada con materiales preciosísimos El interior, sin el vestíbulo (1) [5], mide 57 $^1/_3$ m. de largo por 26 $^1/_3$ m. de ancho. Tiene cinco naves separadas por cuatro hileras de magníficas columnas corintias (6). Cada hilera tiene 11 columnas. El centro del crucero descansa en cuatro pilares rectangulares, a los cuales van adosadas ocho medias columnas que sustentan los arcos torales. Las columnas son *monolitos* de mármol rojo, de seis metros de altura (comprendidos la base y los capiteles); tienen 65 cm. de diámetro y algo más de 2 m. de perímetro. La nave central (5) tiene 16 m. de altura hasta el techo, por 10 $^2/_5$ m. de anchura; las otras cuatro pasan de 6 m. de altura. Las dos inmediatas a la central (6) tienen 4 $^1/_5$ m. de anchura, y las extremas 3 $^3/_4$ m. En las naves laterales los solivos y la techumbre apoyan en los capiteles de las columnas; en la nave central, sobre las columnas, se alzan muros de 9 a 10 m. de altura, que antiguamente estuvieron decorados con preciosos mosaicos sobre fondo dorado, regalo del emperador Comneno (*Porfirogeneta,* 1143-1180), obra del artista Efrén; de ellos quedan sólo vestigios. A cada lado se abren 12 ventanales correspondientes a los intercolumnios. La techumbre es una sencilla armadura abierta, del siglo XVII; la primitiva se cree haber sido un artesonado polícromo. El techo está protegido de plomo. Las cuatro naves laterales van a parar al crucero, terminado en ambos extremos, norte y sur, por ábsides semicirculares; éstos y el coro estaban antiguamente decorados con mosaicos que representaban escenas de la vida de Jesucristo. El año 1842 los griegos levantaron un tabique entre las naves y el crucero. En la nave meridional se ve una pila bautismal octógona, de mármol rojo del siglo VI o VII, que lleva esta inscripción: «En memoria y para remisión de los pecados (de los fundadores), cuyos nombres son conocidos de

---

[1] *Dial. c. Tryph. c. 78.*

[2] Orígenes, *C. Cels.* 1, 51.

[3] Cfr. Eusebio, *Vita Constantini* 3, 43 (véase Apéndice I, 1); *Demonstr. evang.* 7, 2; san Jerónimo, *Epist. ad. Marcell.* 46, 17, 12; *ad Paul.* 58, 3, 10; *ad Eustoch.* 108, 27, 10 (véase Apéndice I, 4); san Epifanio, *Haer.* 1, 20.

[4] Vincent-Abel, *Bethléem, Le Sanctuaire de la Nativité* (París 1914). Weigand, *Die Geburtskirche von Bethlehem* (Leipzig 1911). Hasak, en *HL* 1916, 19 ss.

[5] Los números corresponden a los de la planta de la página 105.

Dios». También el suelo era antiguamente una obra maestra del arte mosaico; pero los conquistadores árabes despojaron la iglesia de dicho adorno para decorar la mezquita de Jerusalén.

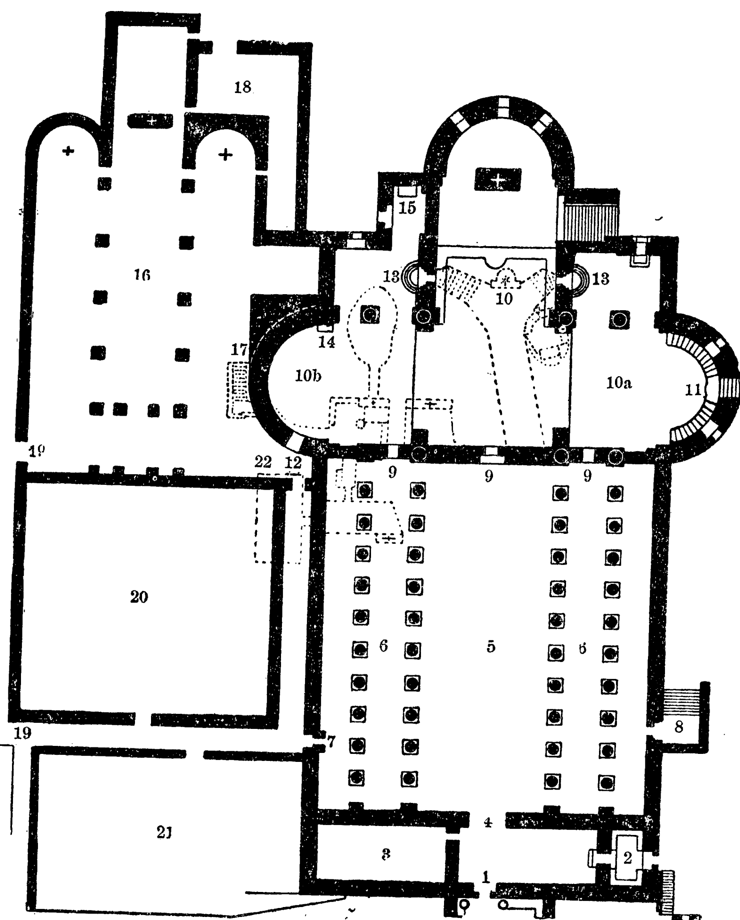


Fig. 6.—Planta de la Iglesia de la Natividad de Belén (cfr. lámina 1 b). Las líneas de puntos señalan los lugares de las capillas subterráneas (cfr. fig. 7, pág. 106).

1 Entrada al vestíbulo.
2 y 8 Entradas al convento armenio.
3 Sala de vigilancia.
4 Entrada a la iglesia de la Natividad.
5 Iglesia de la Natividad, nave central.
6 Naves laterales.
7 Entrada al convento de PP. Franciscanos.
9 Entrada al coro.
10 Coro, que sirve de iglesia a los griegos; pertenece también a los griegos 10a; 10b es de los armenios desde 1810, a excepción del espacio necesario para ir de la iglesia de santa Catalina a la gruta de la Natividad, al cual tienen derecho los PP. Franciscanos.
11 Entrada al convento griego.
12 Entrada de la iglesia de santa Catalina (y del convento de los PP. Franciscanos) a la parte norte del crucero de la iglesia de la Natividad.
13 Gruta de la Natividad.
14 y 15 Propiedad de los armenios.
16 Iglesia de santa Catalina, de los PP. Franciscanos.
17 Escalera de la iglesia de santa Catalina a las capillas subterráneas (8-13 de la fig. 7), o sea, a la entrada occidental de la gruta de la Natividad; esta entrada está de ordinario cerrada; guardan las llaves los PP. Franciscanos.
18 Sacristía.
19 Entrada al convento de los PP. Franciscanos.
20 y 21 Convento de los PP. Franciscanos; aneja una hospedería espaciosa para los peregrinos; hay también en el convento clases para dar escuela a los niños.
22 Cisterna.

62. La iglesia de la Natividad, antes propiedad de los católicos, les fué arrebatada en 1757 por las maquinaciones y el oro de los griegos. Los latinos

sólo pueden visitar la iglesia superior, y ello con permiso de los griegos, los cuales guardan las llaves. Para la santa gruta los latinos tienen entrada propia (17) de la *iglesia de Santa Catalina* (16), lindante con el ábside norte del crucero; pero de ordinario se entra (por 12) al crucero de los armenios (10 b) y, pasando por delante del altar (14), se baja a la gruta por la escalera (13). La iglesia de santa Catalina es hermosa, de tres naves, de estilo barroco sencillo; fué construída con la espléndida ayuda del emperador Francisco José de Austria. Se halla en el lugar que antes ocupaba una pequeña capilla, y donde, según piadosa leyenda, el Salvador se apareció a santa Catalina de Alejandría cuando visitaba los Santos Lugares, y le anunció el martirio. El año 1882, el 18 de agosto, fiesta de santa Elena, fué consagrada solemnemente la iglesia por el Custodio de Tierra Santa.

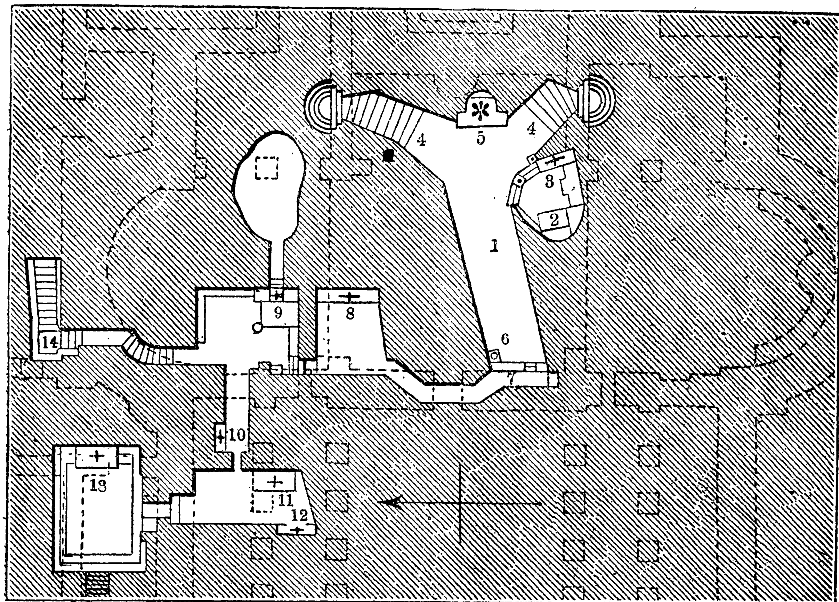


Fig. 7.—Planta de la gruta de la Natividad en Belén.

1 Gruta del nacimiento del Señor.
2 Lugar del Pesebre
3 Altar de los Tres Reyes.
4 Escalera de la iglesia de la Natividad a la gruta de la Natividad.
5 Altar del nacimiento del Señor.
6 Lugar donde milagrosamente brotó una fuente durante la estancia de la Sagrada Familia.
7 Entrada a las capillas subterráneas.
8 Altar de san José.
9 Altar de los Niños Inocentes.
10 Altar de san Eusebio.
11 Altar de las santas Paula y Eustoquio.
12 Altar de san Jerónimo.
13 Celda de san Jerónimo.
14 Escalera que conduce de las capillas subterráneas a la iglesia de santa Catalina.

63. *Descripción de la capilla de la Natividad.* Cfr. el plano de la iglesia de la Natividad (fig. 6) y el de la gruta de la Natividad (fig. 7). A uno y otro lado del coro griego nacen dos escaleras de mármol (13) que conducen de la iglesia a la **gruta** (1) **de la Natividad** (fig. 7). Originariamente era ésta una cueva natural de piedra calcárea con acceso al nivel del suelo. Al construirse la iglesia, fué transformada en cripta; hubo que cambiar el techo de la blanda roca por una bóveda majestuosa. Comienza la cripta bajo el coro de la iglesia y se extiende de este a oeste por todo el crucero, formando un cuadrilátero de 12 m. de longitud por 4 m. de ancho y unos 3 m. de altura. Preciosos mármoles de varios colores cubren el pavimento y las paredes; arden de continuo muchas lámparas que derraman suavísima claridad por todo aquel santo

recinto, en donde nunca penetra la luz del día; pertenecen unas a los católicos y otras a los griegos y armenios; unas penden del techo, otras en derredor de los altares del Nacimiento y de los Tres Reyes y otras bajo el altar del Nacimiento. Al fondo, en el extremo oriental, entre las dos escaleras, se ve un nicho semicircular de 2 $^1/_2$ m. de altura y 1 $^1/_3$ de anchura: es el *lugar del Nacimiento del Señor* (5). El suelo está enlosado con una plancha de mármol blanco, incrustada en jaspe; en medio se ve una estrella de plata con la inscripción: **Hic de Virgine Maria Iesus Christus Natus est,** «aquí nació Jesucristo de María Virgen». También este venerando lugar fué arrebatado a los católicos (en 1757) por los griegos. Bajo el arco abovedado en que descansa la mesa del altar penden 16 lámparas en torno de la estrella. A siete pasos de distancia hacia el sudeste, vese un hueco excavado en la piedra, de forma abovedada, de unos 4 m. de largo por 3 de ancho (2); es la *capilla del Pesebre,* propiedad de los católicos. Bájase a ella por tres escalones. Un banco labrado en la roca en forma de cuna y recubierto de mármol blanco representa el Pesebre de madera en que la Virgen Santísima reclinó al divino Infante recién nacido [1]. En la pared oriental, frente al Pesebre, hay un altar dedicado a los Magos de Oriente, el *altar de los Tres Reyes* (3).

64. *Culto especial en la santa cripta.* Los PP. Franciscanos celebran diariamente la Misa en el altar de los Tres Reyes, etc., y diariamente también hacen a las tres de la tarde una procesión que, saliendo de la iglesia de santa Catalina, se dirige a visitar los santuarios de la cripta. Comienza con la adoración del Santísimo Sacramento, que se expone en la iglesia de santa Catalina; luego se dirige por una puerta del brazo septentrional del crucero de la iglesia de la Natividad a buscar la escalera norte que conduce a la cripta; visita aquí el altar de los Tres Reyes, el de san José, el de los Inocentes, el oratorio de san Jerónimo; de regreso se detiene en la capilla sepulcral de san Jerónimo, de las santas Paula y Eustoquio y de san Eusebio; finalmente, por una escalera practicada en la roca, sube directamente de la capilla de los Inocentes a la iglesia de santa Catalina, donde se termina el acto con el himno, la antífona y la oración de santa Catalina, la letanía lauretana y algunas devotas oraciones.—La *Nochebuena* se celebra con extraordinaria pompa y al mismo tiempo con infantil regocijo [2]. Tanto a media noche como en la misa solemne de la mañana oficia el patriarca de Jerusalén, con gran concurso de fieles. Por la tarde de la fiesta de Navidad sale una procesión al *campo de los Pastores* y visita la cripta de la iglesia de los Angeles. Con análoga solemnidad se celebra la fiesta de la Epifanía.

65. *Santos lugares que están en comunicación con la gruta de la Natividad.* En el extremo occidental de la *santa gruta,* un paso angosto (7) conduce a diversas estancias, que datan sin duda del tiempo de Constantino. La primera es la capillita de *san José* (8). Contigua a ella está la capilla de los Inocentes (9), a la cual se puede bajar directamente de la iglesia de santa Catalina por un paso practicado en la roca (4). De la capilla de los Inocentes, dando cara al oeste, se va por un corredor y, pasando por el sepulcro y el altar de *san Eusebio* de Cremona (10), discípulo y compañero inseparable de san Jerónimo, se llega a una amplia capilla donde están el sepulcro y el altar de *santa Paula* y su hija santa Eustoquio (11); en la misma capilla y frente al altar de las santas, se encuentran el sepulcro y el *altar de san Jerónimo* (12), su maestro y guía en la vida espiritual. Los sepulcros están vacíos y en su lugar se ven los altares. Las reliquias de san Jerónimo fueron trasladadas a Santa María la Mayor de Roma; de las reliquias de las santas Paula y Eustoquio nada se sabía ya en tiempo de Quaresmio [3]. De la capilla de las Santas se pasa a la *celda de*

---

[1] Según leyenda que se remonta a fines del siglo XI, el Pesebre se encuentra en Santa María la Mayor de Roma. No se puede aducir razón histórica alguna de la traslación de un pesebre de madera, ni del culto del mismo en Belén (cfr. Grisar, *Analecta Romana* I, Roma, 1899, 589-593). [2] Véase *HL* 1911, 1 ss. [3] Véase Apéndice I, 20.

san Jerónimo [1], convertida hoy en amplia capilla (13), donde una puerta (tapiada actualmente) daba antiguamente acceso al crucero del monasterio latino.

66. Alrededores de Belén. Unos 250 m. al sudeste de la basílica de la Natividad, en una ladera de la misma colinita, se encuentra una cueva, generalmente llamada **gruta de la Leche** [2], porque, según creencia, allí se refugió la santísima Virgen María con su benditísimo Hijo al saber los planes sanguinarios de Herodes, hasta que el ángel dió a José la orden de huir a Egipto. Está transformada en capilla, que desde hace ya 500 años pertenece a los católicos. Bájase a ella por una escalera de trece peldaños. De forma irregular, mide 5 m. de largo por 3 de ancho y 2 $^{2}/_{3}$ de alto; está abierta en una especie de toba o piedra blanquizca y muy blanda, que con facilidad se desmorona; sostienen la bóveda siete columnas sueltas y algunas otras empotradas en la pared; en el ángulo sudeste se abre una cueva lateral. Casi a diario se dice en la gruta de la Leche la santa Misa, y todos los sábados se canta la letanía lauretana. Este lugar es tenido en gran veneración por cristianos, turcos y árabes.

67. Por una senda de pronunciada pendiente se baja en 15 minutos de la Gruta de la Leche a una aldea, cristiana en su mayor parte, llamada **Bet Sahur** *(en-Nasara,* es decir, cristianos), y también aldea de los Pastores (es decir, de los pastores a quienes anunció el ángel el nacimiento del Señor). A medio camino se ve a mano derecha el lugar donde se cree haber existido una casa de san José. Halláronse huellas de una iglesita; como hubiesen los PP. Franciscanos adquirido en 1882 el lugar, erigieron una capilla en honor de san José. Siete minutos más adelante se halla la aldea.

Al este de Bet Sahur se extiende una fértil campiña con sus campos y pastos, higueras y olivos; de él hace la tradición *el campo de Booz,* a donde Rut acudía en otro tiempo a espigar, y su biznieto David, a apacentar los rebaños de su padre y cantar las alabanzas del Señor en medio de tan bella naturaleza. En dieciocho minutos se llega cómodamente de Bet Sahur a un olivar provisto de una cerca, donde antiguamente hubo una iglesia de la qual aun queda la cripta, de 11,70 m. de largo por 6 de ancho y 4,21 de alto, con una *iconostasio* (retablo con pinturas) y un altar; conduce a la cripta subterránea una escalera de 21 peldaños; creen algunos que se trata de una antigua cisterna. Contiguo había antes un convento de monjas del que sólo quedan ruinas. Un poco al nordeste, en un cerro que ofrece hermosa vista por los alrededores, hay un cercado que ahora pertenece a los PP. Franciscanos, llamado *Siar el-Ghanem,* es decir, corrales de ovejas. Allí hay una gruta espaciosa, a la que no es preciso bajar como a la anterior. Allí debiera trasladarse el *campo de los Pastores.* Se encuentran ruinas de un convento y de una iglesia dedicada probablemente a los Pastores. Aquí estaba acaso la *torre del Ganado,* mencionada ya en tiempo del patriarca Jacob, en la cual se había de manifestar algún día la gloria del Señor, según el vaticinio de Miqueas *(Gen.* 35,21. *Mich.* 4,8).

Saliendo de Belén por la carretera de Jerusalén, a los diez minutos se encuentran a la derecha tres cisternas, llamadas *Biar-Daud* (pozos de David), de una de las cuales llevaron aquellos tres héroes el agua a su rey David (IV *Reg.*

---

[1] Este santo doctor de la Iglesia se trasladó en 385 de Roma a Belén, donde vivió hasta el 420, retirado junto al Pesebre de su divino Maestro, dedicándose a sus incomparables trabajos de la Sagrada Escritura. Al mismo tiempo llevaba la dirección espiritual de tres monasterios de religiosas y un monasterio de religiosos, fundados en Belén por su discípula santa Paula. Esta santa viuda, de la ilustre familia romana de los Gracos y Escipiones, había renunciado hacia el año 385 a los bienes y placeres del mundo, para llevar una vida recogida y penitente junto al Pesebre del Redentor. Habiendo muerto hacia el 404, su hija Eustoquio dirigió los monasterios de religiosas hasta la muerte, acaecida el 419. Al año siguiente, el 420, murió san Jerónimo, y el 421, su más fiel discípulo y compañero, san Eusebio de Cremona.

[2] Véase Klameth, *Die ntl. Lokaltraditionen Palästinas* 87.

23,14 ss.)[1]. La mayor tiene tres bocas; pertenece a los PP. Franciscanos; las otras dos son de los griegos. Veinte minutos más adelante se ve a la izquierda del camino de Jerusalén el *sepulcro de Raquel*[2]; todavía más hacia Jerusalén, a la izquierda del camino, se halla el hospital *Tantur,* propiedad de la Orden de Caballeros de Malta. Dedícanse allí desde 1894 los HH. de san Juan de Dios de una Provincia austriaca al cuidado de los enfermos pobres. Unos 2 Km. al noroeste de Belén se encuentra una aldea cristiana, *Bet Djala;* desde 1853 tiene parroquia, que es una espaciosa iglesia gótica, escuelas de niños y de niñas y seminarios mayor y menor, confiados desde 1921 por el patriarca de Jerusalén a los PP. Benedictinos de la Congregación de Beuron[3].

6. Presentación de Jesús en el Templo[4]

(*Luc.* 2, 22-39)

1. Presentación de Jesús y Purificación de María. 2. El anciano Simeón, su cántico y profecía. 3. Ana la Profetisa.

68. Cumplidos los (cuarenta) días de la purificación de María, según la Ley de Moisés, llevaron José y María al Niño a Jerusalén para presentarle al Señor[5], como está escrito en la Ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor»; y para presentar la ofrenda, según está dispuesto en la Ley del Señor: «Un par de tórtolas o dos palominos»[6].

Vivía a la sazón en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado *Simeón*[7], el cual esperaba ansioso la consolación

---

[1] Cfr. tomo I, núm. 514.

[2] Cfr. *Gen.* 35, 19; véase tomo I, núm. 190.

[3] Véase *HL* 1923, 51 s.

[4] Acerca del aprovechamiento homilético de esta perícope cfr. Mayenberg, *Homiletische und katechetische Studien*[5] (Lucerna 1905) 57; Tillmann, *Die sonntäglichen Evangelien im Dienste der Predigt erklärt* I (Düsseldorf 1917) 119 ss.; Schäfer, *Der Rosenkranz,* 1.ª parte, 50 ss.

[5] Tratábase aquí de dos leyes: *de la purificación* de la impureza legal contraída por el parto (*Lev.* 12, 1-8; 15, 19 ss.), y de la *consagración del primogénito varón,* que debía ser redimido por 5 siclos (unos 13 marcos. *Exod.* 13, 2 12; *Num.* 8, 16; 18, 15 s.). Pero ninguna de las dos obligaban ni a María ni a Jesús; no a María porque, virgen antes del parto, en el parto y después del parto, no sólo no quedó por ello maculada, sino más santificada (san Bernardo, *Sermo 3 de Purif.);* tampoco a Jesús, que, siendo Hijo del Rey celestial, no necesitaba ser rescatado del servicio en el Templo (san Hilario, *In Matth.* 17, 11). Mas, así como a la circuncisión (núm. 57), quiso también *someterse* a esta ley con su Madre Santísima, porque todavía no era manifiesto el misterio de su nacimiento, y quería dar ejemplo de humildad y obediencia. Quiso también pagar el rescate para ofrecerse por nosotros como rescate al eterno Padre (*Matth.* 20, 28. I *Tim.* 2, 6. *Hebr.* 10, 5 ss.). Los cinco siclos nos recuerdan sus cinco llagas.

[6] Era el sacrificio de los *pobres.* Los *ricos* debían ofrecer una tórtola o un palomino en sacrificio *pro peccato* y un cordero de un año en holocausto (véase tomo I, núm. 340). Realizóse la ofrenda en la puerta de Nicanor, que daba acceso por oriente al atrio de las mujeres.

[7] Algunos críticos han querido ver un «desconcertante parecido» entre el relato del encuentro de Simeón con el divino Niño y la visita del asceta indio Asita al palacio del rey Suddhodana que nos cuenta la leyenda de Buda (*Lalita Vistara).* Indólogo tan poco prevenido en favor de los Evangelios como *Oldenberg,* rechaza esta opinión (*Theol. Literarzeitung,* editado por Harnack y Schürer, 1905, 67). Y, en efecto, se necesita gran dosis de buena voluntad para hallar un «parecido desconcertante» entre ambos relatos. Compárese el relato evangélico con el siguiente: El anciano Asita, que ha logrado las ocho propiedades mágicas para poder visitar los cielos, se entera allí de que en el mundo ha nacido un Buda (un «iluminador»). Escudriña el mundo con sus divinos ojos, y averigua que el niño Buda se halla en el reino de India, en la gran ciudad de Kapilavastu, en el palacio de Suddhodana. Ayudado de su fuerza desciende a Kapilavastu, va al palacio real, pre-

de Israel [1], y el Espíritu Santo moraba en él. El mismo Espíritu Santo le había revelado que no había de morir antes de ver al Ungido del Señor. Vino (dicho varón) al Templo, movido por el Espíritu Santo. Y al presentar los padres al Niño para practicar con él lo prescrito por la Ley, tomándole Simeón en sus brazos, bendijo a Dios, diciendo: «Ahora, Señor, llevas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Porque mis ojos han visto (al Salvador y en él) *tu salud,* que tienes preparada a la faz de todos los pueblos, como una *luz* para iluminar a los gentiles [2], y para *gloria* de tu pueblo de Israel» [3]. Su padre y su madre escuchaban con admiración las cosas que de él se decían. Simeón bendijo a entrambos [4] y dijo a María, su madre: «*Mira, este niño está destinado para ruina y para resurrección* de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción [5]; y una *espada traspasará tu propia alma* [6], a fin de que sean descubiertos los pensamientos ocultos en los corazones de muchos» [7].

---

gunta por el niño, le adora, aduce las 32 señales corpóreas y los 84 signos de segunda clase que señalan al niño como futuro grande hombre, y *llora*, por fin, al verse tan viejo y achacoso para presenciar todavía la gloria de este Buda. – Prescindiendo de este único detalle, haberse encontrado una vez en la vida el anciano con el niño, todo lo demás son contrastes con el relato sencillo del Evangelio (cfr. también Lippl en *ThpMS* XVII [1907] 661 ss.; especialmente Götz en *Kath* 1912 I 429 ss.).

[1] Metonimia por «autor de la consolación mesiánica, Mesías».

[2] Como tantas veces lo anunciaron los profetas (cfr. *Is.* 2, 1 ss.; 42, 6; 49, 6 9; 60, 1 ss.; *Mich.* 4, 1; *Malach.* 4, 2), y como él se llama a sí mismo (*Ioann.* 8, 12).

[3] *Cuatro bienes,* que Jesucristo nos trae, celebra Simeón en su cántico, en su «plegaria de la tarde de su vida»: Paz, luz, salud y gloria. 1. *Cristo* es nuestra paz (*Mich.* 5, 5); él une «ambas cosas» (*Ephes.* 2, 14 ss.), reuniendo en su persona la naturaleza humana y la divina, congregando en *un solo* pueblo al judío y al gentil, reconciliando al hombre con Dios y anunciando la paz a los que están lejos y a los que están cerca. 2. *El es la luz del mundo,* y quien le sigue no anda en tinieblas, sino tendrá la luz de la vida (*Ioann.* 8, 12). 3. *El es la salud del mundo,* porque por su Pasión es causa de la salvación de todos los que a él se entregan (*Hebr.* 5, 9). *El es prez y gloria* de su pueblo Israel, en cuanto que de Israel salió y por él fué Israel el punto de partida de la salud de todos los pueblos (*Rom.* 9, 5).

[4] Es decir, felicitó a María y a José. Iluminado por Dios, comprendió la diferencia entre ambos y se volvió sólo a la Madre del Redentor, para profetizar acerca de la Pasión de éste, y de la parte que en ella había de caber a María.

[5] Cfr. *Is.* 8, 14 15; 28, 16; *Rom.* 9, 32 s.; I *Petr.* 2, 6 ss.—Jesús ha de ser ocasión de la *ruina* espiritual, de la eterna *condenación,* de quienes en su soberbia despreciaren la gracia (cfr. *Ioann.* 15, 22; *Tit.* 1, 16); en cambio, para los humildes que creyeren en él y recibieren la gracia, ha de ser causa de la *resurrección* de la muerte del pecado a la vida de la gracia y de la bienaventuranza. *Un signo de contradicción* fué Jesús durante su ministerio en el país de los escribas y fariseos (cfr. especialmente *Matth.* 11, 19; *Marc.* 3, 21 s.; *Ioann.* 8, 48) hasta culminar en aquel grito de la turba: «crucifícale», y lo seguirá siendo hasta el fin de los tiempos para todos los mundanos que vivieren entregados a sus placeres. Y así, siempre ha de ser «escándalo para los judíos y locura para los gentiles» (1 *Cor.* 1, 23).

[6] Presenciando y compartiendo la Pasión de su divino Hijo, sobre todo al pie de la Cruz. Este vaticinio de Simeón fué el *primero* de los «siete dolores» que traspasaron el corazón de María (cfr. *KL* VIII 819; acerca de los lugares de los siete dolores, *HL* 1882, 11).

[7] Estas palabras (cuyo mejor comentario son ciertos pasajes como *Ioann.* 9, 16; I *Ioann.* 2, 19; I *Cor.* 1, 23 y 11, 19) deben unirse con aquellas otras: «como signo al cual se contradecirá», o también con lo que inmediatamente antecede, por cuanto que miran a la Pasión de Cristo. Si Jesucristo no hubiese padecido, quizá muchos le habrían seguido con ideas terrenas; en su Pasión y Muerte se puso en claro quienes fuesen sus verdaderos discípulos. *Y así, en Jesús se dividen los hombres:* para los que están imbuídos de ideas mundanas y quieren servir al pecado, Jesús es un escándalo y objeto de aborrecimiento; para quienes miran a las cosas celestiales, es objeto de santo amor. Lo

Estaba allí entonces una profetisa de avanzada edad, llamada *Ana,* hija de Fanuel, de la tribu de Aser; sólo siete años había vivido con su marido desde su estado de doncella, y era a la sazón viuda de ochenta y cuatro años de edad. No salía del Templo, sirviendo en él a Dios día y noche con ayunos y oraciones. También ésta llegó en aquella coyuntura y alabó al Señor. Y después hablaba de él a todos los que esperaban la redención de Israel.

69. En la **fiesta de la Purificación,** llamada también *Candelaria,* y por los griegos «fiesta del encuentro», la *bendición de las candelas* simboliza la iluminación espiritual de los gentiles mediante Jesucristo; la *procesión* con las velas encendidas nos debe traer a la memoria la alegría con que hemos de recibir a Jesús, nuestra luz y nuestra vida, el ansia con que debemos buscar su verdad y su gracia, y el cuidado con que se ha de guardar encendida la lámpara de la gracia santificante y de las buenas obras para salir en nuestra hora postrímera al encuentro de Cristo, como las vírgenes prudentes.

7. Los Magos de Oriente

(*Matth.* 2, 1-12)

1. Los Magos en el palacio de Jerusalén. 2. Adoración del Niño Jesús en Belén.

70. Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, he aquí que unos sabios [1] vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando: «¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque nosotros vimos en Oriente su estrella [2] y hemos venido con el fin de adorarle». Oyendo esto el rey Herodes, turbóse, y con él [3] toda Jerusalén. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas del pueblo [4], les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo. A lo cual ellos respondieron: «En Belén de Judá. Pues así está escrito [5] en el profeta (Miqueas): Tú, Belén, en la tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre los principados de Judá; porque de ti ha de salir el caudillo que rija mi pueblo Israel».

Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó de ellos cuidadosamente el tiempo de la aparición de la estrella. Y encaminándolos a Belén, les dijo: «Id, e informaos puntualmente de ese Niño; y

---

mismo sucede con el cuerpo místico de Jesucristo, con la Iglesia; él padece en la Iglesia (*Act.* 9, 4), y la espada de la tribulación atraviesa el corazón de la Iglesia hasta el fin del mundo, para que se manifiesten los corazones de los hombres y sea siempre patente quiénes están con Cristo.

[1] La Sagrada Escritura les da el nombre de *Magos;* el P. Kugler S. J., tan competente en estudios teológicos como en la astronomía, en su artículo *Der Stern von Bethlehem* de la revista *StL* (1912), 488 ss., sale en defensa de los Magos contra aquellos que los hacen representantes de las fantasías astrológicas, y no sabios astrónomos (cfr. también Schreiber, en *ThG* I [1909] 186 ss.). Acerca de los pretendidos «paralelos» histórico-religiosos, cfr. Benning, *Die Glaubwürdigkeit der Kindheitsgeschichte Jesu (Matth.* 2) *gegenüber religionsgeschichtlichen Parallelen,* en *ThG* IX (1917) 577 ss.; Rheinwald en *ThpMS* 1912, 217.

[2] Es decir, la estrella que ha de anunciar su nacimiento (véase núm. 76).

[3] *Herodes* se conturbó, porque temía que un rey de nacionalidad judía fuera a desposeerle del reino que a costa de tantos trabajos había logrado. *Jerusalén* se turbó, porque allí se sabía por triste experiencia de qué atroces crueldades era capaz la ambición desmedida de Herodes por mantenerse en el trono.

[4] Probablemente mandó consultar al Sanedrín, como dan a entender las palabras (véase núm. 330). [5] *Mich.* 5, 2; no al pie de la letra, sino en sustancia.

en habiéndole hallado, dadme aviso, para ir yo también a adorarle» [1].

Luego que oyeron esto al rey, partieron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que se paró sobre el sitio en que estaba el Niño. A la vista de la estrella se regocijaron por extremo [2].

Y entrando en la casa [3], *hallaron al Niño con María, su madre* [4]; y postrándose, le adoraron [5]. Y abriendo sus cofres, le ofrecieron presentes de *oro, incienso* y *mirra*. Y habiendo recibido en sueños un aviso del cielo para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino [6].

71. Epoca de la venida de los Magos [7]. Siguiendo la harmonía evangélica más antigua, el *Diatessaron,* compuesto hacia el 160 por Taciano,

---

[1] En su astucia contaba Herodes con que el Niño se mostraría sin temor a aquellos Magos que venían a tributarle homenaje, mientras que de él se guardaría con recelo. El disimulo y la astucia le valieron entonces tan poco como después su crueldad desatinada.

[2] Tanto mayor debió de ser ahora su alegría, cuanto mayores habían sido las pruebas sostenidas hasta entonces.

[3] Los Magos encontraron al Niño en una «casa» del lugar, mas no en el establo, como suelen representarlo los artistas. Pues, una vez de regreso las gentes que habían ido a Belén a empadronarse, desapareció la necesidad de refugiarse en un establo, con lo que seguramente buscaron María y José otro albergue para el divino Infante.

[4] *Jesús y María* aparecen inseparablemente unidos en las primeras páginas del Evangelio (cfr. núms. 40 b, 50, 56 s.), como lo están en los corazones de los católicos de todos los tiempos. En este sentido exclama san Crisóstomo: «¡Bienaventurada María! Pues sin María no nace Jesús, porque ella es el instrumento de la Encarnación; sin María no se le puede hallar, por ser ella la sierva de su infancia; sin María no es crucifijado, porque ella es la participante de la Pasión». —*San José* aparece separado del divino Niño siempre que se trata de relaciones *propiamente* filiales (cfr. *Matth.* 2, 13 20 21; *Luc.* 2, 34). Mas aquí no se le nombra, acaso porque no se hallara presente a la llegada de los Magos.— San Anselmo y san Bernardo ponderan *la alegría y la dicha que tendrían María y José* viendo y tratando tan de cerca al divino Niño. A este propósito pondera muy bien el piadoso Ludolfo de Sajonia (hacia el 1330): «Pues que la Reina está junto al Pesebre, acércate a ella y regocíjate en el divino Niño, pues de él sale divina virtud. Todo creyente, y en especial toda ánima consagrada a Dios, debería desde Navidad a Candelaria visitar por lo menos una vez al día *el Pesebre del Señor,* adorar al Niño, venerar a su Madre y meditar devota y amorosamente en la humildad y bondad de ambos».

[5] La expresión puede *en sí* designar el homenaje que se tributa a un rey; *pero* quizá *aquí* significa *adorar* en el sentido estricto de la palabra (cfr. *ThG* 1910, 287 ss.). Pues no se comprende que Dios condujese a estos hombres por vía tan maravillosa al Pesebre de su Hijo, y no les hubiese al mismo tiempo revelado todo el misterio de la Encarnación. Además se trataba de dar cumplimiento a una de las profecías mesiánicas más sublimes, y del gran misterio de la vocación de los gentiles a la fe en el divino Redentor. Ello parecen indicar el contexto y los presentes de los Magos, y la firme creencia de toda la cristiandad de haber Dios otorgado a los Magos, en recompensa a su fidelidad, un *claro conocimiento* del Niño, de su Madre virginal y del misterio de la Encarnación. Por eso dice el papa san León Magno *(Sermo 4 de Epiph.)*: «Aquel que hizo aparecer ante los ojos (de los Magos) la luz maravillosa en la estrella, de manera no menos prodigiosa les iluminó interiormente».—Así como los Magos se postraron ante aquel pobre Infante, reconociendo en él por la fe al verdadero Hijo de Dios, así nosotros, los cristianos, con los ojos de la fe vemos bajo la *especie de pan* al mismo Unigénito de Dios y nos prosternamos tributándole nuestra adoración: *Tantum ergo Sacramentum veneremur cernui,* etc.

[6] Así nosotros, como advierte san Agustín, una vez que hayamos encontrado a Jesús, debemos tomar *otro camino* que nos lleve a la patria celestial. Pues, como dice san Gregorio Magno, nuestra patria es el paraíso; de él nos alejamos por la soberbia, desobediencia, afición a las cosas terrenas, y cuando gustamos de la fruta prohibida. Mas hemos de tornar a él por la penitencia y obediencia, por el desprecio de lo terreno, teniendo a raya los apetitos de la carne.

[7] Las opiniones de los santos Padres acerca de los puntos aquí discutidos se hallan exactamente expuestas en Diekamp, *Hippolytos von Theben* (Münster 1898) 57-67; véase también Floss, *Dreikönigenbuch* (Colonia 1864); Kellner, *Heortologie*[3] 130 ss.

y a los más de los exegetas, creemos deber fijar la venida de los Magos a Belén *después* de la Presentación de Jesús en el Templo. Porque 1, así se explica mejor el hecho de haber Herodes mandado degollar a los niños «de dos años abajo» tras exacta averiguación de la fecha en que la estrella apareció a los Magos; 2, de haber acaecido la visita *antes* de la Presentación en el Templo, sería preciso admitir que el burlado Herodes difirió tanto la ejecución de su plan sanguinario, que dió tiempo a la Presentación de Jesús en el Templo. Mas psicológicamente no se explica esta dilación de Herodes. Desaparecen en cambio todas las dificultades admitiendo que la visita acaeciera *después* de la Presentación en el Templo.

La liturgia eclesiástica celebra desde antiguo la adoración de los Magos el día 6 de enero, *antes* de la fiesta de la Presentación. Mas con esto no pretende la Iglesia dictaminar acerca de la fecha de la visita de los Magos o acerca del orden en que se sucedieron los hechos. Para fijar las fiestas la Iglesia se guía, no por el orden cronológico, sino por la relación que entre sí guardan los misterios. Después de celebrar el nacimiento del Redentor y la manifestación a los Pastores y la Circuncisión, quiso la Iglesia celebrar la manifestación a los gentiles (Epifanía quiere decir manifestación, revelación); siguiendo el mismo criterio, luego de la Natividad celebra la fiesta de san Esteban y de los santos Inocentes. Demás de esto, siempre fué, y aun hoy es, la fiesta de la Epifanía una fiesta colectiva, es decir, una fiesta que comprende diversos acontecimientos de la vida de Jesús, en los cuales se declara su divinidad. Esto pone de manifiesto la antífona del *Benedictus* cuando dice: «Hoy se unió la Iglesia a su celestial esposo al lavar Cristo en el Jordán (con el bautismo) los pecados de ella; corren presurosos los Magos con presentes a las bodas (de la Encarnación); y los convidados (a las bodas de Caná) se alegran del agua convertida en vino».

72. ¿Magos? ¿Reyes? [1] La Sagrada Escritura da el nombre de «Magos» a los ilustres visitantes orientales. Este es el nombre que se daba a los sacerdotes y sabios medo-persas y caldeos, los cuales se dedicaban principalmente a las ciencias naturales, a la astrología y a la teología. En las decisiones importantes se consultaba a los magos. Eran consejeros de los reyes y ayos de los príncipes; ejercían gran influencia en los negocios del Estado. A sus jefes se les reconocía categoría de príncipes. Así, en *Jeremías* (39, 3 13) vemos al «jefe de los magos» entre los príncipes más distinguidos de Nabucodonosor. En este sentido podemos llamar también «Reyes» a los Magos de nuestra historia. No eran reyes en el sentido de príncipes soberanos, pues el Evangelio nada nos dice de ello; seguramente san Mateo no hubiera callado una circunstancia que le ofrecía ocasión de alegar, como acostumbra, el cumplimiento de la profecía encerrada en *Ps.* 71, 9-11 y en *Is.* 1 ss. Parece ser que de la consideración de estos pasajes nació en la leyenda cristiana el nombre de «Reyes», que se da a los Magos. Tampoco las «representaciones cristianas antiguas de los Magos saben nada de la dignidad real que les atribuyó la Edad Media (¿desde el siglo VI?) y que el arte no acogió entre sus motivos hasta el siglo VIII [2].

73. El número de los Magos es tres en la tradición occidental. Los Padres más antiguos guardan silencio en este particular. Orígenes parece haber sido el primero en señalar tres. Las representaciones más antiguas siguen dicha opinión. Sólo hallamos dos excepciones: en el fresco de san Pietro e Marcellino (siglo III) y en el de santa Domitila; y ello obedece «a razones de simetría, pues

---

[1] Según leyenda que se remonta al siglo XI, los restos mortales de los tres Reyes fueron llevados a Constantinopla por santa Elena. De allí los trajo a Milán el obispo Eustorgio (315-331). Después de la conquista de Milán por Federico I Barbarroja, el canciller Rainaldo de Dassel los trasladó en 1164 con los cuerpos de los santos Félix y Nabor a *Colonia*, donde se construyó en el siglo XIII la célebre catedral en acción de gracias a Dios por el favor dispensado a los santos Reyes Magos.

[2] Kraus, *Geschichte der christl. Kunst* I 151.

en el uno se representan dos Magos y en el otro cuatro» [1]. Pero no se puede negar la posibilidad de que la terna de personajes de la pintura haya nacido de la terna de dones, puesto que cada regalo se representa en la mano de un personaje. De la arqueología cristiana no se puede, pues, sacar argumento estrictamente histórico en favor del número tres. Ni en el Breviario ni en el Misal alude la liturgia romana al número de personas; sólo habla de tres dones, en conformidad con el relato evangélico.

74. Encontramos por primera vez los **nombres** de los Magos en un manuscrito del siglo VII o de principios del VIII, conservado en la Biblioteca de París. Son como siguen: *Bithisarea, Melchior, Gathaspa.* Los nombres corrientes: Gaspar, Melchor y Baltasar son de Agnelo, historiador del siglo IX, en su *Liber Pontificalis Ecclesiae Ravennatis* [2]. Nada importa el desconocimiento de los nombres para la veneración, pues la Iglesia da culto a los Magos que adoraron a Jesucristo, prescindiendo de sus nombres. Desde el siglo XII se les representa en el arte cristiano según las tres edades del hombre, o según las tres cabezas del linaje humano después del diluvio: *Melchor,* de color gris y con luenga barba, representante de la raza de Jafet (Europa), ofrece el oro; *Gaspar,* joven y rubio, representante de los semitas (Asia), ofrece el incienso; *Baltasar,* moreno y con barba llena, representante de los camitas (Africa), ofrece la mirra [3]. Nótese también que los pintores de la Edad Media (especialmente Fiésole, y E. Lochner en el célebre cuadro de la catedral de Colonia) expresan sobre todo el humilde acatamiento y la interna devoción de los Magos, mientras que los pintores del Renacimiento (por ejemplo, Benozzo Gozzoli, Botticelli) representan el pomposo ceremonial y la brillante comitiva, en la que retrataron a menudo a sus contemporáneos.

75. Sólo aproximadamente se puede determinar **la patria y el origen** de los Magos. Porque «Oriente» es para el historiador sagrado todo el país que está situado al este de Palestina. Se ha pensado en Arabia, Persia y Caldea. San Justino [4] y algunos modernos indican *Arabia,* que se designa ordinariamente como Este u Oriente en el Sagrado Texto. Los más de los intérpretes antiguos consideran como *persas* [5] a los magos, y Liell [6] intenta demostrar que los artistas cristianos antiguos querían «pintarlos como originarios de Persia». En sentir de Orígenes [7] y otros exegetas antiguos, *Caldea* fué la patria de los Magos. En pro de este país, cuna de la astrología, habla sobre todo el hecho de haberse los Magos fijado en la «estrella del Rey recién nacido de los judíos» cuando observaban el firmamento. No era difícil que los Magos tuviesen conocimiento del significado de la estrella, y más si suponemos que el llamamiento externo de la gracia fuera acompañado del interno; porque las relaciones de estos países con el de Israel eran múltiples, sobre todo desde la época del cautiverio babilónico. Tampoco les era desconocida la expectación mesiánica de los judíos. Parece estar ya suficientemente demostrado con documentos que los pueblos de Oriente dirigían desde mucho tiempo atrás sus miradas hacia un rey futuro, que había de aparecer en Occidente [8].

76. **Tocante a la estrella,** dos cosas hallamos en la Escritura: 1. «Hemos visto su estrella en Oriente», dicen los Magos. Consideradas estas palabras en unión con el relato que le sigue (especialmente con el vers. 10), no autorizan a creer que la estrella les hubiera acompañado durante todo el camino. Tamaño

---

[1] Ibid. Cfr. también Kaufmann, *Handbuch der christl. Archaologie* (Paderborn 1905), 369.
[2] 2, c. 2 (en *Migne* 106, 620).
[3] Cfr. Detzel, *Christl. Ikonographie* I (Friburgo 1894) 204 ss.
[4] *Dial. c. Tryph.* 77 78 88 106.
[5] Así Clemente Alejandrino, san Basilio, san Efrén, san Juan Crisóstomo.
[6] *Die Darstellung der allerseligsten Jungfrau* (Friburgo 1887) 290.
[7] *C. Celsum* 1, 58.
[8] Cfr. también Tácito, *Hist.* 5, 18; Suetonio, *Vespas.* 4.

prodigio hubiera sido superfluo. Porque, iluminados por gracia especialísima de Dios, reconocieron en la estrella la «señal del Rey recién nacido de los judíos» y fueron a buscarle, como era natural, a Jerusalén. Para el viaje no necesitaban guía; el camino era conocido. 2. La Sagrada Escritura dice de esta suerte: «Luego que oyeron esto al rey, partieron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que, llegando sobre el sitio en que estaba el Niño, se paró». ¿Qué significan estas palabras? Veámoslo. Si la estrella *fué* realmente *delante de ellos* de Jerusalén a Belén y se paró delante de la *casa* en que se hallaba el divino Niño, para no dejar en duda a los Magos acerca del lugar, — es evidente que se trata de una estrella milagrosa o de un fenómeno luminoso en forma de estrella; porque Belén está al mediodía de Jerusalén, y no hay estrella que naturalmente se mueva en esa dirección. Tampoco una estrella que se mantenga fija puede señalar con precisión una casa determinada; esto sólo podía hacerlo un fenómeno luminoso de la atmósfera. Leyendo el Sagrado Texto sin prejuicio, nos imaginamos la «estrella de Belén» como una *creación maravillosa* de la omnipotencia divina, con cuya aparición coincidió el *interior alumbramiento sobrenatural* de los Magos [1].

Pero aun en el campo católico hay exegetas que niegan *deberse* entender en el sentido indicado las palabras del texto, arriba aducidas. Sostienen que la frase: «la estrella les precedía», no puede tener el sentido que arriba se le ha dado, si se considera que los Magos no necesitaban de la estrella para un camino de dos horas que hay de Jerusalén a Belén, y si se advierte que «preceder» tiene un sentido más amplio en otros pasajes (por ejemplo: *Matth.* 14, 22; 21, 31; 28, 7). La frase puede muy bien decir en estilo popular: «la estrella estaba allí (en Belén) a su vista, y caía sobre el lugar donde se hallaba el Niño». Y aun cabe interpretarla según el conocido fenómeno de que las estrellas parecen ir por delante al que va de camino; con lo que el texto vendría a decir que los Magos tenían la estrella a la vista [2]. Además, la expresión: «se paró sobre el lugar donde se encontraba el Niño», no quiere decir que la estrella mostrase la casa a los Magos. Dice a este propósito Hontheim: «La estrella estaba siempre sobre los Magos (algo delante de ellos). Cuando tenían ya Belén a la vista, estaba ella encima de ellos y (al parecer) a las puertas de Belén. Cuando llegaron a Belén, la estrella estaba encima de ellos y de Belén, lugar (ciudad) donde estaba el Niño (*Matth.* 2, 9). La vista de este compañero de viaje que les anunciaba bienandanzas, les llenó de regocijo (*Matth.* 2,10). Luego fueron a la casa donde vivía la Sagrada Familia (*Matth.* 2, 11). No dice el Evangelista cómo le reconocieron; acaso por algún fenómeno externo (algún resplandor especial, que se derramase de la estrella sobre la casa), o por una revelación interior». El sentido literal del texto no se opone, pues, a la idea de que Dios pudiera haberse servido de alguna estrella existente o de algún meteoro eventual para indicar *por una especial gracia* a los sabios astrólogos el nacimiento del Rey Salvador, del Redentor del mundo, para llevarlos hasta él ganándoles los corazones. Los cálculos astronómicos han demostrado que el año 7 a. Cr. hubo un fenómeno estelar sumamente extraordinario y raro: «la conjunción máxima»: tres veces en medio año (el 28 de mayo, el 3 de octubre y el 4 de diciembre) Júpiter y Saturno entraron en conjunción en el signo *Piscis;* pudieron observarla los Magos en su país y verla de nuevo en Belén. Algunos sabios católicos modernos creen haber sido la dicha *conjunción máxima* la «estrella», de los Magos. Pero surge en seguida una *objeción:* con la palabra *aster,* «estrella», nunca se designa, según Kugler, un *par* de planetas, pues desde antiguo tiene cada planeta un significado mitológico y astrológico especial y restringido. Tampoco se puede recurrir en apoyo de esta opinión, como lo hacen muchos, al célebre astrónomo *Kepler* († 1630). Este sabio, profundamente piadoso, advirtió que la conjunción observada por él en 1604 ocurrió también en tiempo del nacimiento de Jesús y fué visible en

---

[1] Cfr. P. Kugler S. J., *Der Stern von Bethlehem,* en *StL* 83 (1912) 481 ss.

[2] Cfr. Knabenbauer, *Comm. in Matthaeum*[2] 97; Hontheim en *Katholic* 1907, II 119.

Belén; mas nunca la tuvo Kepler por la estrella de los Magos, sino que siempre creyó haber sido ésta una estrella *milagrosa* que no se movía en la región del éter, sino en las capas inferiores de la atmósfera [1].

77. **Acerca de los dones** de los Magos nota (hacia el año 190) san Ireneo [2]: «Con sus dones declararon los Magos quién fuese aquél a quien se debía adorar. Ofreciéronle *mirra,* porque había de morir por el linaje humano; *oro,* porque era Rey, cuyo reino no ha de tener fin; *incienso,* porque era Dios». El sacerdote español Juvencio, primer poeta cristiano (330), resumió en el siguiente verso el sentido de los dones:

Thus, aurum, myrram regique hominique deoque.
«Incienso, oro y mirra al Dios, al Rey, al hombre».

Le ofrecemos el *oro,* como dice san Gregorio Magno, cuando le veneramos como a Rey del universo; el *incienso,* cuando le adoramos como a verdadero Dios; la *mirra,* cuando creemos en su humanidad, en la cual murió por nosotros.

En nuestra vida le ofrecemos el oro de las limosnas y de las obras de caridad, el incienso de la oración y de la piedad, la mirra de los padecimientos y de las obras de mortificación. En sentido más perfecto le ofrecen estos dones las almas que se entregan a Dios con fe viva y santo temor, profesando en el estado religioso. Ofrécenle el oro en el voto de la pobreza, con la renuncia a todos los bienes terrenos; la mirra en el voto de castidad, renunciando a los placeres de la carne; el incienso en el voto de obediencia, entregando a Dios en holocausto lo más querido, su propia voluntad, es decir, a sí mismos.

8. Huída a Egipto y regreso a Nazaret

(*Matth.* 2, 13-23. *Luc.* 2, 40)

1. Huída a Egipto. 2. Muerte de los Inocentes. 3. Regreso a Nazaret. 4. Vida oculta de Jesús.

78. Después que los Magos partieron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José diciéndole: «Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto [3], y estate allí hasta que yo te avise. Porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle» [4]. Levantándose José, tomó al Niño y a su Madre, siendo aún de noche [5], y se retiró a Egipto, donde se mantuvo

---

[1] Los pasajes de Kepler pueden verse en Grimm-Zahn, *Leben Jesu* I² 347 ss.

[2] *Adv. haer.* 3, 9, 2

[3] De antiguo los judíos perseguidos solían refugiarse en Egipto (cfr. III *Reg.* 11, 40; IV *Reg.* 25, 26); era a donde con más rapidez se podía llegar, y aun con más seguridad, porque el camino iba por el desierto. En tiempo de Jesucristo había ya numerosas colonias judías en Egipto, donde en las cercanías de Heliópolis tenían un templo que en magnificencia competía con el de Jerusalén, y donde podían practicar su religión sin estorbos de ninguna clase y vivir conforme a los preceptos de su Ley.—Pudo san José haber tomado el camino ordinario que va por Hebrón, o el de Gaza pasando por Eleuterópolis; mas pudo también haberse encaminado hacia el oeste de Jerusalén, buscando la ruta de Joppe, donde era menos probable que le persiguiesen los agentes de Herodes.

[4] «Hizo aquí Dios, dice san Crisóstomo (*Hom.* 8, *in Matth.*), lo que suele hacer con todos los santos, a los cuales, ni aflige con perpetua tribulación, ni consuela con deleites continuados; sino que teje su vida por modo admirable de sucesos prósperos y adversos». Así sucede aquí; al gozo por la adoración de los Magos sigue el dolor de la huída. Este fué el *segundo* de los siete grandes dolores de María Santísima (cfr. núm. 68).

[5] ¡Ejemplo admirable de perfecta obediencia! ¡Cuántas objeciones no hubiera podido hacer a la orden recibida! La divinidad del Niño, la omnipotencia de Dios, la futilidad de los esfuerzos de Herodes contra Dios, las dificultades del camino (más de 600 Km., es decir, 150 horas de viaje por lo menos, la mayor parte por un desierto desolador, árido y sin agua), el país pagano que se le señalaba, el honor mismo del Salvador, de cuya divinidad podía dudarse en vista de la huída. Mas obedeció, porque se le había mandado, y en la forma que se le mandó.

hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por boca del profeta: «Yo llamé de Egipto a mi hijo» [1].

Viéndose Herodes burlado de los Magos, se irritó sobremanera, y mandando a sus satélites, hizo degollar [2] en Belén y toda su comarca a todos los niños de dos años abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos. Vióse entonces cumplido lo que predijo el profeta Jeremías, diciendo: «Oyóse en Roma una voz, muchos lloros y alaridos: Raquel que lloraba a sus hijos, sin querer admitir consuelo, porque ya no existen» [3].

---

[1] *Os.* 11, 1. Las palabras del Profeta se refieren al *pueblo* de Israel en Egipto y a la liberación mediante Moisés («hijo mío» equivale a menudo en el Antiguo Testamento a «pueblo mío»: *Exod.* 4, 22; *Ierem.* 31, 9; *Deut.* 8, 5; 32, 6). Mas ahora el *Mesías* es el representante y la flor de todo el pueblo. De aquí el aplicarse al Mesías ciertos acontecimientos y vicisitudes de la historia del pueblo de Israel (como aquí la estancia del pueblo escogido en Egipto y el regreso a la tierra de promisión); y muchos lugares, que por su sentido histórico se refieren directamente a Israel, pueden entenderse típicamente del Mesías.

[2] Se calcula que los niños degollados habrían sido de 12 a 15 ó, a lo sumo, unos 20. Para ello se parte de que en una población de 1000 habitantes ocurren unos 30 nacimientos por año, 15 de niños y otros tantos de niñas, muriendo el primer año la mitad. Pero, a nuestro entender, el número es algo corto; porque: 1), 30 por 1000 parece ser un número de nacimientos demasiado pequeño; cfr. *Konvers. Lex*, I, columna 1482, artículo *Bevölkerung* (de la editorial Herder de Friburgo). Según los datos que allí se aducen, el año 1900 hubo en Alemania 35,6 nacimientos por 1000 habitantes, y el año 1897 en Rusia 49,5. 2), la cifra de mortalidad infantil no llega con mucho al 50 % de los nacimientos; cfr. l. c. VI, II, col. 136, tabla *Sterblichkeitsstatistik* (estadística de mortalidad). Y, por fin, 3), no es cierto que Belén no tuviese más de 1000 habitantes en tiempo de Jesucristo, aunque éste fuera el número en tiempo del profeta Miqueas (5, 2). De donde no se puede decir que el cálculo descanse en base firme. Pero sí se puede afirmar que, por cruel que fuera la acción de Herodes, quedó en cierta manera olvidada entre los demás crímenes de tan cruel como suspicaz monarca; de ahí se explica el silencio del historiador Josefo, tanto más cuanto que refiere otras crueldades de la misma época, en las cuales podría estar incluído el degüello de los Inocentes (*Ant.* 17, 2, 4; 15, 10, 4; cfr. también en 17, 6, 5 el juicio sumario de Josefo: El Rey «desencadenó su furor con igual maldad contra inocentes y culpables»). Estando postrado en el lecho del dolor, cinco días antes de su muerte, mandó ejecutar a su propio hijo Antípater, cuya sentencia de muerte firmó Augusto a instancias de Herodes, mas no sin recomendarlo a la benignidad del padre (cfr. núm. 39). Macrobio (*Sat.* 2, 14; hacia el 400 d. Cr.) refiere este hecho juntamente con el degüello de los Inocentes, y añade que, al saberlo Augusto, dijo que era mejor ser puerco (*hys*) que hijo (*hyos*) de Herodes, porque siendo Herodes medio judío, no sacrificaba dicho animal, empero no tenía reparo en sacrificar a sus propios hijos. Algunos no quieren admitir la fuerza del testimonio de Macrobio, porque une el degüello de los Inocentes con la ejecución de Antípater, que era adulto. Pero antes se podría concluir «que Macrobio en su observación no sigue al Evangelista, sino a su fuente», y que, por consiguiente, representa una fuente independiente de Mateo en la historia del degüello de los Inocentes (cfr. Belser en *TQS* 1890, 361; *ThG* LX [1917] 577 ss.).—La Iglesia venera a los Inocentes como a *mártires;* porque con «razón pueden llamarse primicias de los mártires los que como tiernos capullos se helaron al primer soplo de la persecución, los que, no sólo por Cristo, sino *en vez de* Cristo perdieron la vida» (san Agustín, *Sermo 10 de Sanctis*). En este degüello ven los santos Padres el principio y la imagen de las persecuciones de la Iglesia (cfr. también *Apoc.* 12, 1 ss.); pero así como Herodes no pudo dar muerte a Jesús, así tampoco las persecuciones logran destruir la Iglesia, antes contribuyen a engrandecerla.

[3] A la muerte de los niños sigue el llanto de las madres. Esto trae a la memoria del Evangelista un pasaje del profeta Jeremías (31, 15), que reproduce según el sentido y lo ve «cumplido», es decir, realizado en toda su extensión. El Profeta ve en espíritu a Raquel, madre y representante de Israel, llorar y lamentarse por la ruina de su pueblo, que se reúne en Rama (no lejos del sepulcro de Raquel) para ser llevado a la cautividad de Babilonia. «Raquel lloraba a sus hijos y no admitía consuelo, porque habían perecido». Pero la ruina del pueblo, por la cual llora y se lamenta Raquel en la visión del Profeta, es un preludio de la ruina que amenaza ahora a «sus hijos», cuando el Mesías está a punto de ser muerto en la misma cuna y, para escapar al degüello, se ve obligado a huir de su pro-

79. Luego después de la muerte de Herodes, el ángel del Señor se apareció a José en Egipto, diciéndole: «Levántate, y toma al Niño y a su Madre, y vete a la tierra de Israel; porque ya han muerto los que [1] atentaban a la vida del Niño». Levantándose José, tomó al Niño y a su Madre, y vino a tierra de Israel [2]. Mas, oyendo que Arquelao reinaba [3] en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y avisado en sueños, retiróse [4] a tierra de Galilea [5], y vino a morar en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese lo que había sido dicho por los profetas [6]: Será llamado *nazareno*. Aquí fué el Niño creciendo y fortaleciéndose, estaba *lleno de sabiduría,* y la gracia de Dios reposaba en él [7].

---

pio pueblo. El llanto de Raquel se «cumple» y llega al summum cuando contempla la ruina de su pueblo, iniciada con la muerte de los Inocentes y la huída del Mesías a Egipto (cfr. Knabenbauer, *Comm. in Matth.).*

[1] Herodes y sus principales partidarios. A la muerte de Herodes, habiendo ido a Roma su hijo Arquelao para recabar del emperador la confirmación en el reino, estalló en Palestina un fuerte levantamiento contra la dominación herodiana, que con dificultad lograron sofocar los romanos. En aquella ocasión perecieron millares de judíos, y entre ellos, muchos de los partidarios de Herodes.

[2] *Cuándo* sucediera esto, lo da a entender la Sagrada Escritura al decirnos que san José supo *en el camino* que Arquelao había subido al trono, lo cual aconteció seis meses después de la huída de la Sagrada Familia a Egipto (cfr. Josefo, *Ant* 17, 9-11).

[3] Véase núm. 39. Para este pasaje véase Tillmann, *Die sonntäglichen Evangelien* I 133 ss.

[4] Creen algunos que siguió el camino del litoral, pasando por Ascalón, Joppe, Cesarea, dejando a la derecha Judea y bordeando por el mediodía el Carmelo, para tomar luego la dirección de Nazaret.

[5] Donde reinaba Antipas (véase núm. 39). Arquelao era tan semejante en crueldad a su padre, que ya el año 6 d. Cr. fué depuesto por Augusto y desterrado a Vienne de Galia.

[6] Y así fué que los judíos, especialmente los que no le reconocían por el Mesías, le llamaban el «Nazareo» o el «Nazareno» (por ejemplo, *Matth.* 26, 71; *Marc.* 10, 47; *Luc.* 18, 37, etc.). Con ello daban a entender la aversión que tenían a su patria. Pues se esperaba que el Mesías había de venir de Belén (*Ioann.* 7, 41 s.), mas no de la Galilea semipagana, de donde «no viene profeta» (*Ioann.* 7, 52), y menos de Nazaret, la cual ni es mencionada una sola vez en el Antiguo Testamento, ni goza del aprecio de los judíos (*Ioann.* 1, 46). Pero san Mateo, cuidadoso siempre de explicar a sus lectores judío-cristianos todo cuanto pudiera chocar de alguna manera a sus sentimientos, descubre en la permanencia de Jesús en Nazaret el dedo de la divina providencia y el cumplimiento de las profecías. El Evangelista pensó en primer término en el profeta Isaías (11, 1): «Un retoño saldrá de Jesé, y un pimpollo (*nézer*) crecerá de su raíz»; y parécele cosa dispuesta por la divina providencia el haber el Mesías, el *nézer,* es decir, el pequeño, el insignificante retoño de la humillada casa de David, crecido en la ciudad que tiene el nombre de la misma palabra *nézer* y es despreciada como insignificante. Pero cuando el Evangelista alude a *los profetas,* ante su espíritu surgen, además de Isaías, todos los profetas que usaron denominaciones equivalentes a la palabra *nézer* (por ejemplo, *Ezech.* 17, 22 s.; *Ierem.* 23, 5; 33, 15; *Zach.* 3, 8; 6, 12) y dijeron lo mismo del Mesías, no en el nombre, sino en la substancia.

[7] *Luc.* 2, 40. El *crecimiento de Jesús* se refiere propiamente al desarrollo corporal; pues se dice también aquí: el Niño *estaba lleno de sabiduría*, etc.; porque el alma de Cristo, por la unión de la naturaleza humana con la divina en *una* persona divina, poseía desde el primer instante de la Encarnación pleno conocimiento de Dios y de todas las verdades (cfr. *Ioann.* 1, 14; *Col.* 2, 3 9). Cuando más tarde se habla del crecimiento de Jesús «*en sabiduría, en edad y gracia ante Dios y ante los hombres*» (*Luc.* 2, 25; núm. 81), ello significa, como indica la colocación de las palabras, que Jesús iba poco a poco manifestando *ad extra, según avanzaba en años,* la plenitud de sabiduría y gracia que en él habitaba; y también en este aspecto era objeto de la complacencia del Padre celestial, y al mismo tiempo iba ganándose la admiración y el aprecio de los hombres cada vez en mayor grado (más detalles acerca de esto en santo Tomás, *Summa theol. 3, q. 7, a. 12;* cfr. también *Kath.* 1872 I 175 ss.; 1874 I 30 ss.; *StL* XVI 1 12 ss., 129 ss.). Desarrollo *verdadero y propiamente dicho* cabía en cuanto a aquellos conocimientos que se *adquie-*

80. Con la **estancia en Egipto** [1] Jesús conquistó para sí este país, que se distingue por haber aceptado muy pronto y con gran entusiasmo el Cristianismo. Allí florecieron los primeros monasterios que albergaban a millares de monjes, «por medio de los cuales el desierto quedó elevado sobre el Paraíso, de suerte que parecía como si innumerables turbas de ángeles resplandeciesen en cuerpos mortales» [2]. Allí, en Alejandría, se fundó la primera Universidad cristiana, donde enseñaron san Panteno, discípulo de los apóstoles, Clemente, discípulo de Panteno, y Orígenes, discípulo de Clemente. Allí también hay lugares santificados por la huída del Niño Jesús; por lo que Egipto es una prolongación de *Tierra Santa,* y ordinariamente es visitado por los peregrinos de los Santos Lugares [3].

Según la leyenda, la Sagrada Familia se estableció en las cercanías de *Heliópolis* [4], no lejos, por consiguiente, del templo judío allí edificado. En el camino descansó bajo un *sicomoro* o higuera silvestre en la actual **Matariyéh,** lindante con el desierto. Todavía hoy se ve allí un árbol de esta naturaleza [5]; mide 6 m. de perímetro y 8 de altura; es antiquísimo y está hueco desde hace siglos; el año 1656 quedó medio roto, y la piedad de los peregrinos lo va poco a poco destrozando.

A pocos pasos vese una *fuente* profunda, la única agua dulce de todo el Bajo Egipto, llamada por los Árabes *Ain-Chems,* que significa «fuente del sol»; créese haber nacido por las oraciones de la Virgen, cuando extenuada de la fatiga de tan largo viaje y abrasada de la sed se puso a descansar debajo del árbol con el divino Hijo [6]. Con el esfuerzo de los PP. Jesuítas franceses del Colegio de la Sagrada Familia de El Cairo se ha construído allí una iglesita sencilla, pero digna, cuya inscripción: *Sanctae Familiae in Aegipto exsuli* («dedicada a la Sagrada Familia desterrada en Egipto») saluda de lejos al devoto peregrino. Otra piadosa leyenda, que asciende por lo menos al tiempo de las Cruzadas, nos habla de la estancia de la Sagrada Familia en *Fostat,* arrabal meridional de El Cairo, llamado también *Cairo Antiguo,* junto a la antigua *Babilonia.* En el lugar donde vivió la Sagrada Familia se ve hoy una basílica, que está bajo la advocación de la santísima Virgen (entre los coptos está también bajo la de san Sergio, «Abu Serge»); data del siglo VI, y fué renovada el año 1195. Era antes propiedad de los católicos, mas hoy está en posesión de los coptos cismáticos. Por una escalera de diez gradas se baja a la cripta, llamada **Santa María de la Gruta;** ésta es de tres naves. Detrás del altar de mármol se ve en la rotonda una cruz grabada en piedra, la cual indica el lugar de la mansión de la Sagrada Familia. Los padres Franciscanos que desde el siglo XIII venían disfrutando del derecho indiscutible de propiedad y uso de la capilla, se vieron obligados en 1860 a pedir permiso, por convenio especial con los coptos, para decir allí la santa misa.

---

ren por el uso de los sentidos y de las facultades naturales del alma, por la experiencia y la reflexión. Mas nada nuevo podía aprender Jesús en virtud de *éste* conocimiento, sino sólo conocer por otra vía lo que ya por la visión de Dios conocía de antemano de manera más completa y perfecta.

[1] Las noticias de los antiguos acerca de la permanencia de Jesús en Egipto pueden verse en Diekamp, *Hippolytos von Theben* 67 ss.

[2] San Juan Crisóstomo, *Hom. 8 in Matth.*

[3] Cfr. también Kayser-Rodolf, *Aegypten einst und jetzt*[3] (Friburgo 1908) 292 ss.; Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten*[8-10] (Friburgo 1922) 24.

[4] Las ruinas de esta ciudad están 10 Km. al nordeste de *El Cairo,* a unos 13 Km. de Fostat (véase tomo I, núm. 204). No confundir *Heliópolis* de Egipto (*On* de la Biblia; *Gen.* 41, 45) con la de Siria, que hoy se llama Baalbek.

[5] Está en un huerto, rodeado de palmeras, naranjos, granados, etc. En la Edad Media había allí un hermoso plantío de bálsamo, que por algún tiempo estuvo en poder de los cristianos (cfr. Bernhard von Breidenbach en el Apéndice I 18 b).

[6] Cfr. P. Jullien S. J., *L'Arbre de la Vierge à Mataryéh près Le Caire. Souvenirs de la Sainte Famille*[2] (Beyrouth, Impr. Catholique 1886); *KM* 1907/08, 64 s.; también Szczepanski, *Nach Petra und zum Sinai* (Innsbruck 1908) 187 ss.

9. Jesús en el Templo a la edad de doce años [1]

(Luc. 2, 41-52)

1. La Sagrada Familia va en peregrinación a Jerusalén por la Pascua. 2. Jesús, perdido en el Templo; primera manifestación del Hijo de Dios. 3. Es buscado con dolor y hallado con alegría. 4. Vuelta a la vida oculta de Nazaret.

81. Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el Niño ya de doce años cumplidos, subieron también a Jerusalén, según solían en aquella fiesta [2]. Como se volviesen a casa al terminar los días [3], quedóse el Niño Jesús en Jerusalén [4] sin saberlo sus padres. Persuadidos éstos de que venía entre los peregrinos [5], hicieron una jornada entera, y luego le buscaron entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron a Jerusalén en busca suya [6]. Y al cabo

---

[1] Cfr. Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 194 ss.; Bartmann, *Christus ein Gegner des Marienkultus?* (Friburgo 1909) 43-61.

[2] La Ley prescribía a los varones ir en peregrinación al Templo de Jerusalén en las fiestas principales *(Exod.* 23, 14-17). Las mujeres piadosas solían unirse a los devotos peregrinos. No dice la Ley a qué edad comenzaba la obligación, acaso a los 20 años, cuando se adscribían al ejército de Israel; pero quizá a los 12 años, pues desde esta edad, por lo menos según uso judío más reciente, el niño era ya un *ben-ha-thora* o *bar-mizweh*, un hijo de la Ley, es decir, estaba obligado a la observancia de la Ley. Los judíos de la Diáspora no estaban estrictamente *obligados* a emprender estas peregrinaciones, y quizás tampoco los galileos, pues, «de hecho, ni los judíos, ni el rey Herodes, ni el procurador romano consideraban a Galilea como país estrictamente judío y como tierra absolutamente sagrada, y ello de manera oficial» (cfr. V. Hartl, *Die Hypothese einer einjährigen Wirsamkeit Jesu kritisch geprüft.* Munich 1917: *NA* VII 1/3 fascículo, 157 ss.). Mas los judíos *piadosos* de Galilea no omitían la peregrinación sino por motivos gravísimos.

[3] O después del segundo día de la fiesta, o después de la semana.

[4] No *casualmente* o por desobediencia del Niño, sino, como se desprende de lo que sigue, por santo designio divino.—*Culpar* a Jesús o a José y María, es olvidar que Jesús era verdaderamente Hijo de Dios y que acerca de ello tenían certeza completa José y María. *Jesús* quiso mostrar ya desde aquel momento que, así como en los negocios terrenos estaba sujeto a José y María, en todo lo que tocaba a su misión de Redentor sólo obedecía al Padre celestial. Razonablemente, los *padres* no podían creerse obligados a vigilar con inquietud al divino Niño.—Observa acertadamente Bartmann (l.c. 60): Este episodio «encierra dificultades reales, mas no tanto para nosotros que lo interpretamos, como para los que entonces intervinieron en el suceso. Son dificultades de orden *práctico* para las personas que tomaron parte, mas no *especulativas* para la teología de la Iglesia. Mas por ningún lado entorpecen estas dificultades el culto católico de María. Ellas... nos muestran tan sólo que María..., en lo que toca al porvenir mesiánico de su Hijo y a la relación que ella tiene con ese porvenir, está unida y asociada a los divinos designios del Padre, que poco a poco se van declarando en el Hijo».

[5] Que pudo ser muy grande y seguramente se movía en perfecto orden. Acaso iba Jesús con los niños de su edad o entre los parientes y amigos. El error se hizo manifiesto al atardecer, en el sitio del primer descanso, que, según la leyenda, fué la ciudad de *Beroth*, la actual el-Bix, a unas 4 horas (16 Km.) de Jerusalén, en los confines septentrionales del reino de Judá. Allí construyeron los Cruzados una hermosa iglesia de tres naves dedicada a Nuestra Señora; medía 32 m. de largo, sin contar los ábsides, por 18 m. de ancho; se terminó en 1146 y le fué añadido un hospicio. Todavía se ven los tres ábsides y un muro del norte. Estas ruinas fueron adquiridas en 1883 por los católicos (cfr. *HL* 1883, 197).

[6] ¡Quién podrá expresar las angustias y el dolor de tan tierna madre! Porque, si no ignoraba que su Hijo lo era de Dios, sabía también que había de padecer, mas no *cuándo* había de verificarse la terrible separación y comenzar la Pasión. Este fué el *tercero* de los siete *dolores* (núms. 68, 78).

de tres días [1], le hallaron en el Templo [2] sentado en medio de los doctores [3], oyéndoles y haciéndoles preguntas. Cuantos le oían, quedaban pasmados de su entendimiento y de sus respuestas [4]. Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados [5]; y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? [6] He aquí que tu padre y yo te hemos buscado llenos de aflicción». Y él les respondió: «¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que *yo debo emplearme en las cosas que miran a mi Padre?*» [7] Mas ellos no comprendieron las palabras que les dijo [8]. Fuése con ellos a Nazaret, y *les estaba sujeto* [9]. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón [10]. *Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* [11]. Aquí permaneció oculto hasta la edad de 30 años, y era tenido por hijo de José [12].

---

[1] Es decir, al tercer día de la salida de Jerusalén. Cuando advirtieron la desaparición, habían caminado ya una jornada; necesitaban otra para volver a Jerusalén; al tercer día encontraron a Jesús.

[2] En una de las dependencias de los edificios anejos o en una sinagoga que había en el extremo del atrio del Templo (cfr. núm. 83).

[3] Cfr. núm. 130.

[4] Es decir, de la inteligencia que se manifestaba en sus respuestas.

[5] María y José no se maravillaron de su sabiduría, sino de lo que veían, pues era cosa nueva y desacostumbrada.

[6] Manera de expresar la aflicción maternal; mas no un reproche, de no ser como cuando los santos, con la plena confianza que tienen con Dios, le dirigen amorosas quejas (cfr. *Ps.* 43, 23; *Iob.* 7, 20; 13, 23 ss.).

[7] Estas son *las primeras y únicas* palabras de Jesús que los Evangelios nos han conservado de todo el tiempo de la vida oculta; se han interpretado de dos maneras: 1. ¿No sabíais que yo debo detenerme en la casa de Dios, es decir, en el Templo? 2. ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los negocios de mi Padre celestial y en lo que atañe a la misión que me ha traído a tierra? (cfr. *Ioann.* 9, 4; 14, 31). La segunda interpretación se aviene mejor al sentido literal.—Esta respuesta del adolescente de 12 años muestra que, no al fin de su vida, sino ya desde el principio tenía la firme convicción del carácter divino de su persona. «La sencillez y sobriedad del relato, y las dificultades que ofrece a quien lo lee superficialmente, son garantía de la veracidad de la información, como también lo es la alusión manifiesta a la fuente de donde está tomado (versículo 51), la cual debe reconocerse como la más fidedigna» (Tillmann, *Die sonntäglichen Evangelien* I 154).

[8] *Ellos no entendieron* el sentido profundo de aquellas palabras, es decir, lo que significaba «las cosas de mi Padre», ni la relación que con ello pudiera tener el haberse quedado en el Templo, etc. Jesús *quiere darles a entender* que es ya hora de manifestar al mundo su sabiduría sobrenatural (cfr. *Matth.* 13, 54; *Ioann.* 7, 15) y de enseñar a los hombres; que es preciso sacrificar las atenciones y respetos, aun los más tiernos y legítimos, sobre todo cuando uno es llamado a participar en la obra de Jesucristo o a imitar su vida y ejemplo (en el estado religioso) (cfr. *Matth.* 4, 20; 8, 19-22; 10, 37; 19, 27 ss.; *Luc.* 9, 57-62). Quería al mismo tiempo preparar a su Madre Santísima para el dolor de la separación y para todas las amarguras que en su Pasión y muerte habían de traspasar su alma (cfr. núm. 68). De ahí que los santos Doctores de la Iglesia (santo Tomás en su *Catena aurea)* vieron en esta separación de tres días una *figura* de aquella otra más dolorosa de los tres días que Jesús descansó en el sepulcro.

[9] Este es el compendio de toda su *vida oculta* hasta los 30 años. Lleno de admiración exclama aquí san Bernardo *(Hom. 1 super Missus est):* «Dios, a quien obedecen los ángeles, estaba sumiso a María y a José. ¡Oh humildad sin ejemplo!» ¡Y qué trabajos hacía aquí el Hijo de Dios, y en qué les estaba sometido! Con ello quiso Jesús ennoblecer el estado de artesano, enseñarnos a amar la vida interior y hacernos comprender que lo importante, no es la magnitud de la obra, sino el amor con que se hace. Quiso con ello enseñarnos a apreciar y amar la vida oculta de humildad y obediencia (cfr. *Col.* 3, 3).—Además de las sobredichas palabras, hallamos otras en *Marc.* 6, 3 que derraman luz sobre la vida oculta del Señor: «¿No es éste el carpintero?»

[10] Cfr. núm 57. [11] Cfr. núm. 79.

[12] *Luc.* 3, 23.

82. A fines del año 20 a. Cr. (734 de Roma) o a principios del 19, en el año 20 de su reinado, emprendió Herodes el Grande la **reconstrucción del Templo** [1]. En año y medio restauraron los sacerdotes y levitas el Templo propiamente dicho; los atrios se terminaron en 8 años. Luego se celebró la acostumbrada Dedicación. Pero en las dependencias había mucho que trabajar y reparar; de suerte que el conjunto de edificios que designamos con el nombre de Templo de Jerusalén no se terminó hasta pocos años antes de la destrucción de la Ciudad Santa (fig. 8 y 9, págs. 123 y 124) [2].

Las enormes construcciones salomónicas de *cimentación* [3] fueron notablemente ampliadas hacia norte, sur y oeste. Especialmente por los lados del oeste, sur y este se levantaron desde gran profundidad fuertes muros que llegaban a la altura del monte del Templo [4]; rellenóse el espacio que entre ellos y la vertiente del monte quedara, parte con grandes bóvedas [5] y parte con terraplenes; así se formó un solar de unos 300 m. de anchura por 480 de largura [6]. Esta

---

[1] *Fuentes* para la historia de la construcción del Templo: Josefo, *Ant.* 15, 11; *Bell.* 1, 21; 5, 5. *Talmud. babyl., tract. Middoth* («medidas» e instituciones del Templo y de su recinto).—*Bibliografía:* De Vogüé, *Le temple de Jérusalem* (París 1864). En la presente Historia Bíblica hemos reproducido la planta y la perspectiva de la reconstrucción ideada por De Vogüé (figs. 8 y 9, pág. 123 s.). O. Wolff, *Der Tempel von Jerusalem und seine Masse* (Graz 1887). El mismo, *Der Tempel von Jerusalem. Eine Kunsthistorische Studie über seine Masse und Proportionen* (Viena 1913). Schick, *Die Stiftshütte, der Tempel in Jerusalem und der Tempelplatz der Jetztzeit* (Berlín 1896). Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*[8-10] (1922) 244 s. Düsterwald en *KL* XI[2] 1304 ss.—Según Josefo (*Bell.* 15, 11, 1), Herodes expuso antes al pueblo judío en un discurso el proyecto de reparar el Templo. Dijo que a ello le movía la gratitud a Dios por las muchas mercedes que tenía recibidas; pero probablemente obró por la vanidad de que su nombre se inmortalizase, por congraciarse con los judíos y acaso también por hacer ver que en él y por él se cumplía la profecía de Ageo (2, 7) acerca de la belleza del segundo Templo. Para atajar al pueblo que desconfiaba de que hubiera de terminarse la obra, hizo grandiosos preparativos trayendo 1000 carros, 10000 artífices escogidos y gran acopio de materiales; y para construir el Templo propiamente dicho hizo que 1000 sacerdotes se adiestrasen en el arte de tallar la piedra, la madera, etc.

[2] Bajo Agrippa II y el penúltimo gobernador romano Albino. Fueron despedidos más de 18000 operarios, que quedaron sin trabajo y sin manera de ganarse el sustento (Josefo, *Ant.* 20, 9, 7).

[3] Según Josefo (*Bell.* 5, 5, 1), las piedras tenían 40 codos (21 m.) de largo (el codo equivale a 52,5 cm.; cfr. *ZDPV* 1878, 227). Así de grandes y aun mayores son algunas de las piedras que aun se ven en las ruinas del templo de Baalbek (véase Bludau, *Ein ausflug nach Baalbek und Damaskus,* Frankfurt 1904); los tres enormes sillares que se ven en el muro occidental, a 6 m. del suelo, tienen 19 $^1/_2$ m. de largo, 4 de alto y otros 4 de grosor; y en la cantera próxima hay otra piedra, ya labrada, que tiene 21 $^1/_2$ m. de largo por 4 1/3 de alto y 4 de grosor, con 370 m.^{3} de volumen y 1500000 Kg. de peso. En los actuales muros *exteriores* del Templo, que algunos hacen remontar a Herodes y aun a Salomón, no se ven tamañas piedras; algunas llegan a 8, 10 y aun 12 m. de largo y a 1 m. o poco más de alto y otro tanto de grosor, de suerte que ninguna pasa de los 12 m.^{3} ni, por consiguiente, de los 18000 Kg. Keppler, *Wanderfahrten*[8-10] 450.

[4] Por el lado oriental todavía sobresale el muro unos 15 m., y en el ángulo del sudeste, 30 m. sobre los inmensos montones de ruinas que los siglos han acumulado. Según Fl. Josefo (*Bell.* 5, 6, 1; *Ant.* 8, 3, 9), los muros alcanzaban una altura de 300 a 400 codos (157-210 m.) y más, pero estaban en parte cubiertos de tierra en el fondo de los valles donde arrancaban. De las excavaciones de Warren se desprende que más de la mitad de los muros meridionales está bajo los escombros, de suerte que antiguamente descollaban 150 pies ingleses, es decir, más de 45 m.

[5] Las del ángulo sudeste se llaman *caballerizas de Salomón,* el cual tenía su palacio probablemente en aquel lugar, en la región meridional de la explanada del Templo; las pilastras de estas bóvedas, construídas con grandes sillares, alcanzan 6 $^1/_2$ m. de altura. Las bóvedas llegan a los 9 m., y sirvieron a los Templarios en tiempo de las Cruzadas para alojar sus caballos.

[6] Según Schick (*Die Stiftshütte* 240), la actual explanada (con los muros) tiene las siguientes dimensiones: el lado occidental 486 m., el oriental 474, el septentrional 317 y el meridional 283.

explanada, ceñida por elevados muros que arrancaban de las construcciones de cimentación, recibió el nombre de *monte del Templo*. Sobre los muros surgieron magníficos *pórticos* [1]; los del norte, este y oeste constaban de tres hileras de columnas, formando, por consiguiente, dos naves o galerías; éstas medían 30 codos (15 3/4 m.) de longitud y probablemente 50 pies (33 1/3 codos, 17 1/2 m.) de altura; la techumbre, de cedro, era plana; el maderamen, ricamente labrado. El pórtico oriental se llamó *pórtico de Salomón* [2] (4) [3], por apoyarse en construcciones de cimentación que databan del tiempo del Rey Sabio [4]. Se distinguía por su magnificencia y hermosura el pórtico meridional, llamado *pórtico real* (7), que era triple y se extendía desde el valle oriental al occidental, con una longitud de 280 m. Las naves o galerías laterales tenían 30 pies (20 codos, 10 1/2 m.) de ancho y 50 pies (17 1/2 m.) de alto; la central, 45 pies (30 codos, 15 3/4 m.) de ancho y 100 pies (35 m.) de alto [5]: — «la obra más grande que el sol alumbró», dice Fl. Josefo. Y añade este historiador que desde lo alto del tejado hasta la base del muro y los fundamentos de las construcciones de cimentación y hasta el fondo del valle sobre el que se alzaba el muro, era tal la profundidad, que daba el vértigo antes de que la vista alcanzase a divisar el Cedrón [6].

83. En el ángulo noroeste, sobre una escarpada roca de 50 codos (26 1/4 m.) de altura, se levantaba la **torre Antonia** (2), dominando la explanada del Templo [7]. *Cuatro puertas*, según Fl. Josefo [8], conducían del *pórtico occidental* a la ciudad: dos de ellas (10), al Arrabal; la tercera, la más meridional (11) a un *puente* enorme que, salvando el Tiropeón (12, el valle de la ciudad, el-Wad), comunicaba con el palacio de Herodes, situado en la Ciudad Alta o Sión; la

---

[1] Las columnas eran monolitos de mármol blanco y alcanzaban 25 codos de altura (13,12 cm.), sin contar la doble basamenta y el capitel corintio, con un perímetro de 5 m.; las del pórtico meridional, 162 en número, tenían 27 codos de altura (14,17 m.) y 5 1/2 m. de perímetro, de suerte que con dificultad las podían abrazar 3 hombres. Estaban formando 4 columnatas de a 40; la que daba al muro meridional tenía las columnas medio empotradas en el muro; había, además, dos columnas donde la nave central del pórtico se unía al puente. Supuesto que las torres de este y oeste midieran 30 codos cada una, resulta ser de 12 codos la distancia de columna a columna.

[2] Aquí *enseñó el Salvador* en la fiesta de la Dedicación del Templo (*Ioann.* 10, 23). Aquí predicó san Pedro el *segundo sermón* (*Act.* 3, 11 ss.). Aquí se reunían a menudo los primeros cristianos de Jerusalén (*Act.* 5, 12).

[3] Los números o letras incluídos en paréntesis se refieren al plano del Templo de las páginas 123 y 124.

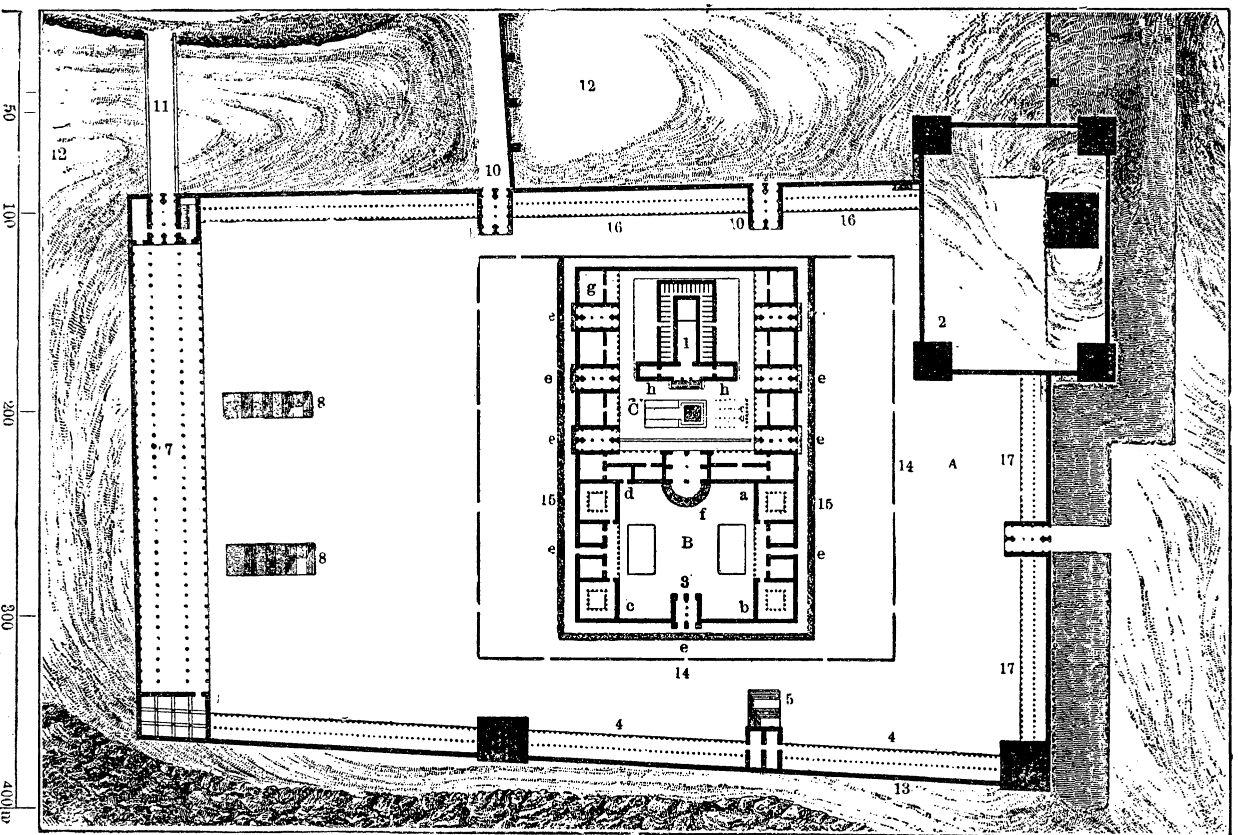
[4] Según Josefo (*Ant.* 20, 9, 7), se levantaban sobre un enorme muro de 400 codos de alto (210 m., o acaso 400 pies, que equivalen a 120 m.); las piedras del muro tenían 20 codos de largo, 6 de alto (y otro tanto de ancho), con 104 $m.^3$ de volumen y 420000 Kg. de peso.

[5] La anchura de las naves era, según esto, de 36,75 m. (la catedral de Colonia tiene 135,5 m. de largo por 61 m. de ancho; el coro llega a 61,5 m. de altura).

[6] En ambos extremos del pórtico real se alzaban sendas torres. En el ángulo del sudeste se hallaba, quizá, el «pináculo del Templo» (6), a donde el tentador llevó al Señor (*Matth.* 4, 5). Elevábase por lo menos 100 codos (52,5 m.) sobre el atrio del Templo, y más de 100 m. (según Josefo, 262 m.) sobre el valle del Cedrón (13).

[7] Según Fl. Josefo, la roca estaba de abajo arriba cubierta de losas pulimentadas; la ciudadela, de 40 codos de altura (21 m.), presentaba aspecto de torre, y el muro que la rodeaba tenía en los ángulos otras cuatro torres, 3 de las cuales alcanzaban a los 50 codos (26,25 m.), y la del sudeste, 70 codos (36,75 m.), de suerte que desde esta última se dominaba todo el Templo. Por la parte contigua al Templo estaba limitada la torre Antonia por un muro de 3 codos (1,5 m.) de altura. La torre Antonia estaba comunicada con el pórtico septentrional y con el occidental por escaleras, desde las cuales los soldados romanos vigilaban el Templo y, en caso de necesidad, podían acudir con rapidez, como sucedió *cuando fué hecho prisionero san Pablo* (*Act.* 21, 32 35 40). Había, además, un paso subterráneo que comunicaba con el Templo por la puerta oriental (puerta corintia); sobre la salida a flor de tierra se elevaba una torre, en la que se podía refugiar en caso de motín (cfr. Josefo, *Ant.* 15, 11 4 7; *Bell.* 5, 5, 8; véase también *HL* 1917, 23 ss.).

[8] *Ant.* 15, 11, 5. Según el *Talmud*, en el lado occidental había *una sola* puerta; lo cual es difícil de creer, siendo tan concurrido el Templo por la parte que daba a la ciudad.



1 Templo.
2 Torre Antonia.
3 Puerta corintia.
4 Pórtico de Salomón.
5 Puerta áurea.
6 Pináculo del Templo (ángulo exterior).
7 Pórtico real.
8 Puertas de Hulda.
9 Paso subterráneo a la Ciudad Baja.
10 Puertas del Arrabal.
11 Puente de la Ciudad Alta (o del monte Sión).
12 Valle del Tiropeón (el-Wad).
13 Valle del Cedrón.
14 Balaustrada de piedra con inscripciones.
15 Escalinata.
16 Pórtico occidental.
17 Pórtico septentrional.
A Atrio de los gentiles.
B Atrio de las mujeres.
C Atrio de los sacerdotes.
a Sala de los leprosos.
b Depósito de la leña.
c Sala de los Nazareos.
d Depósito del vino y del aceite.
e Las 9 puertas exteriores del Templo.
f Las 15 gradas de la «gran puerta».
g Sala Gasith.
h Las 12 gradas de la fachada del Templo.

Fig. 8. — Planta del Templo de Herodes. Reconstrucción de De Vogüé.

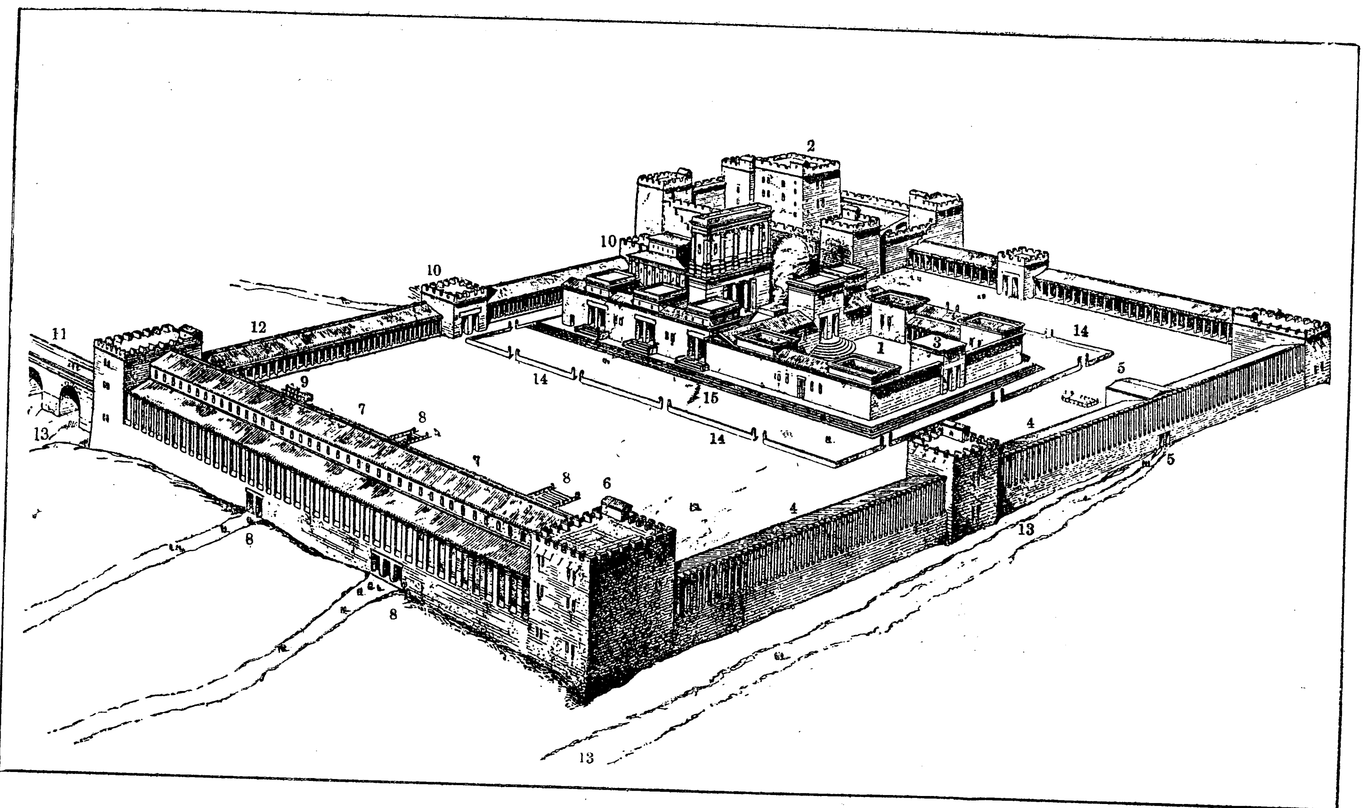


Fig. 9. — El Templo de Herodes en perspectiva. Reconstrucción de De Vogüé.
1 Templo. 2 Torre Antonia. 3 Puerta corintio de Nicanor. 4 Pórtico de Salomón. 5 Puerta áurea. 6 Pináculo del Templo (ángulo exterior). 7 Pórtico real. 8 Puertas de Hulda. 9 Paso subterráneo a la Ciudad Baja. 10 Puertas del Arrabal. 11 Puente que conduce al monte Sión. 12 Valle del Tiropeón. 13 Valle del Cedrón. 14 Balaustrada con inscripciones. 15 Escalinata.

cuarta puerta (9) daba a un camino escalonado que conducía a lo profundo del Tiropeón y a la Ciudad Baja, y luego, atravesando el valle, a la Ciudad Alta [1]. El pórtico del sur (7) tenía *dos puertas* (8) [2]; el oriental (4), sólo una, que daba al valle del Cedrón, llamada *puerta áurea* [3], y el septentrional (17), otra, que de ordinario permanecía cerrada. El espacio comprendido por estos pórticos se llamaba **atrio** *exterior o* **de los gentiles** (A), porque allí tenían éstos libre acceso. Estaba pavimentado con losas de varios colores. Allí había una *sinagoga* [4]; allí estaba también el *mercado del Templo* con los puestos de cambistas y vendedores de víctimas, y allí tenían sus habitaciones los levitas.

84. Rodeado de todas partes por el atrio de los gentiles, mas no en el centro, sino algo al norte, se veía el Templo con sus dependencias, limitado por una *balaustrada* de tres codos de altura, a la cual se ascendía por unas pocas [5] gradas [6]. La balaustrada limitaba un cuadrado (14) [7] de 500 codos [8] ($262\,^1/_2$ m.) de lado. Dentro del mismo, sobre una **gran plataforma** se alzaba el Templo propiamente dicho con sus atrios. Por una escalinata de 12 gradas [9] se subía a un terraplén de 10 codos ($5\,^1/_4$ m.) de anchura, el *spatium antemurale* [10], donde se elevaba un muro que circuía los atrios interiores, sobresaliendo 25 codos (13 m.) sobre el de los israelitas y 40 codos (21 m.) sobre el de los gentiles. Este muro tenía *nueve puertas* (e), cuatro al norte, cuatro al sur y una al oriente [11].

---

[1] Hállase en el plano a la derecha del ángulo sudoeste del Templo, entre la puerta central y la meridional, que comunica con el puente y el palacio real; el camino escalonado pasa formando un túnel por debajo del pórtico occidental.

[2] Propiamente túneles, pasos abovedados, que ponían en comunicación la explanada del Templo con el barrio de la ciudad construído en la colina de Ofel. De ahí su nombre: puertas de Hulda, es decir, puertas de comadreja o de topo.

[3] En el *Talmud* se le da el nombre de *puerta Susan,* por haberse colocado sobre ella una figura representando la ciudad de Susa en memoria de la dominación persa. Era la puerta principal y daba al pórtico de Salomón; *por ella entró solemnemente el divino Redentor el Domingo de Ramos* (cfr. *ZDPV* 1899, 94). Todavía existe, en la forma en que quedó restaurada en el siglo VII; mas fué tapiada por los turcos. Ni ésta ni la septentrional menciona Josefo.

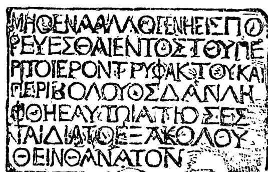


Fig. 10. — Inscripción del Templo de Jerusalén (Museo de Constantinopla).

He aquí la traducción: «Ningún extranjero (gentil) penetre en la balaustrada que rodea el Santuario. Quienquiera que fuere prendido dentro de ella, aténgase a las consecuencias (la muerte)».

[4] Allí, pudo ser el lugar donde estuvo *Jesús* sentado *a los 12 años* entre los escribas; cfr. *Luc.* 2, 46.

[5] Josefo, *Ant.* 15, 11, 5.

[6] Todas las gradas del Templo tenían medio codo (26 cm.) de ancho y alto.

[7] En las entradas del mismo había, de trecho en trecho, unas columnas con inscripciones griegas y latinas, prohibiendo el acceso a los paganos bajo pena de muerte (véase Josefo l.c.; *Bell.* 5, 5, 2). Hallóse en 1871 una de estas inscripciones en las proximidades de la explanada del Templo; consérvase en el museo de Constantinopla (figura 10; cfr. *HL* 1874, 132; 1877, 85; *ZDPV* 1884, 119). En Josefo (*Bell.* 6, 2, 4) se lee cómo Tito echa en cara a los cabecillas de los judíos el profanar tan vergonzosamente el Templo, habiendo ellos, por medio de inscripciones griegas y latinas (previo permiso de los romanos), amenazado con pena de muerte a todo extranjero que pusiese el pie en él.

[8] Así el *Talmud;* según Josefo, cada lado tenía un estadio (600 pies griegos, 400 codos ó 183 m.).

[9] Según Josefo, por *catorce* gradas, incluídas acaso las dos de la balaustrada de piedra.

[10] Según el *Talmud,* allí había un aposento donde el Sanedrín celebraba las sesiones los sábados y días festivos; por consiguiente, no en la sala Gasith (véase pág. 127).

[11] Según Josefo, cinco gradas conducían del *antemurale* a las puertas; según el *Talmud,* por doce gradas se subía al atrio de las mujeres, quizá las doce arriba señaladas que conducían de la balaustrada al *antemurale,* del cual se llegaba a pie llano al atrio de las mujeres, tanto por la puerta oriental como por la contigua que daba al norte; mientras que del *antemurale* se subía por quince gradas a las seis puertas restantes exteriores y a

85. La puerta oriental o corintia (3)[1] daba acceso al **atrio de las mujeres** (B)[2]. Estaba éste por tres lados rodeado de amplia y hermosa galería sostenida por columnas, desde donde asistían las mujeres a las solemnidades del culto. En los cuatro ángulos había *dependencias:* en el noroeste, una cámara para la purificación de los leprosos (a); en el nordeste, un depósito de leña para los holocaustos (6); en el sudeste, el aposento donde los nazareos se cortaban el cabello y cocían la carne para su sacrificio (c); en el sudoeste, depósitos para el vino de las libaciones y para el óleo (d). En las paredes de este atrio, en los intercolumnios, había trece cepillos[3] con las inscripciones correspondientes, destinados a recoger las limosnas del Templo; de ahí el nombre de Gazofilacio. En este atrio estaban instalados los *candelabros de cuatro brazos,* de 50 codos (26 ¼ m.) de altura, que se encendían en la víspera de la fiesta de los Tabernáculos. Por una escalinata semicircular de 15 gradas (f)[4] se subía a una grande y magnífica puerta, ricamente revestida de oro, llamada «puerta superior» o de Nicanor, la cual ponía en comunicación el atrio de las mujeres con el de los hombres, situado al occidente y separado de aquél por una pared[5].

El **atrio de los israelitas**[6], llamado también interior o grande, tenía también *galerías sencillas* en los muros del norte y del sur y *dependencias* para los instrumentos del sacrificio, etc.; en el ángulo sudoeste se hallaba la *cámara Gasith,* es decir, «la sala de los sillarejos», donde de ordinario celebraba sesión el Sanedrín. Tenía el atrio de los israelitas siete puertas, tres al norte, tres al sur[7] y una al oriente. En la parte oriental de este atrio había un espacio de 11 codos (5 ¾ m.) de anchura, separado por una balaustrada de piedra de un codo (52,5 cm.) de altura, destinado a los 24 representantes de Israel y a los demás que tenían participación en los sacrificios; el espacio restante, algo más elevado, estaba reservado a los sacerdotes y levitas: llamábase **Atrio de los sacerdotes** (C)[8]. Once codos al oeste de la puerta de Nicanor, en el atrio de los sacerdotes, en medio del espacio libre de 76-78 codos de

---

la interior, que estaba entre el atrio de las mujeres y el de los israelitas. Sobre las nueve puertas se veían otras tantas *torres* de 40 codos (21 m.) de altura, en las cuales había diversas dependencias. Según O. Wolff, la altura de las torres debió de ser 60 codos (31,50 m.), excediendo en 20 codos a los muros, que lo eran de 40. Las puertas alzaban 30 codos (15,75 m.), con una anchura de 15 codos (según el *Talmud* sólo 20 codos de altura y 10 de anchura), y tenían cada una dos hojas recubiertas de planchas de plata y oro; la oriental (3) se llamaba puerta de oriente, o también *corintia,* porque las hojas eran de bronce corintio fundido; brillaba como oro puro y era más apreciada que las demás, con estar adornadas de oro y plata; era tan pesada, que difícilmente la podían cerrar 20 hombres.

[1] Es la *puerta especiosa donde san Pedro curó al paralítico* (cfr. *Act.* 3, 2); la Mischna la llama *puerta de Nicanor,* porque fué edificada por un rico judío alejandrino llamado Nicanor (cfr. *ZNW* VII (1906) 51-68). Según el *Talmud,* tenía dos pequeñas puertas laterales, donde se verificaba la *purificación de la madre* y la presentación de los leprosos, y se celebraba el juicio de las mujeres sospechosas de adulterio.

[2] *Se llamaba así, porque las mujeres podían llegar a él, mas no pasar adelante.* En él estaban tres (de las nueve) puertas; por las del norte y sur sólo las mujeres podían entrar; por las del este, los hombres. No da Josefo las dimensiones de los atrios; según el *Talmud,* el de las mujeres tenía 135 codos de largo y ancho (sin los edificios de derecha e izquierda). Según O. Wolff, tenía 135 codos de largo y 20 de ancho, como el Templo salomónico, porque no había espacio suficiente para ampliarlo hacia el este.

[3] Allí arrojó la viuda los dos cornados *(Marc.* 12, 41. *Luc.* 21, 1 s.).

[4] Según el *Talmud,* eran semicirculares y en ellas cantaban los levitas los 15 Salmos Graduales *(Ps.*119-133).

[5] A derecha e izquierda de la entrada había cuatro cámaras donde se guardaban los instrumentos de los cantores del Templo.

[6] Según el *Talmud,* medía 187 codos de este a oeste y 135 de norte a sur (sin los edificios laterales).

[7] De las tres puertas meridionales, *la del centro* era *la de los primogénitos,* porque allí se ofrecían y rescataban. De las tres septentrionales, la central se llamaba puerta Corban o del sacrificio, porque por ella entraban al Templo las víctimas.

[8] Este atrio (como el de las mujeres) estaba enlosado.

este a oeste, delante del Templo propiamente dicho, estaba el *altar de los holocaustos:* un cuadro de 32 codos de lado, con una altura de 10 codos (5 $^1/_4$ m.)[1]; era escalonado, de suerte que en lo alto quedaba reducido a un cuadrado de 24 codos (12 $^1/_2$ m.) de lado. Subíase a él por un plano inclinado de 16 codos de ancho y 20 de largo, colocado en el costado meridional. Distaba del vestíbulo del Templo 22 codos (11 $^1/_2$ m.). Un poco más hacia el Templo, algo a la izquierda, se veía el *pilón de las purificaciones,* que sustituyó al mar de bronce. De Etam (junto a Belén) y de Hebrón venía por canales el agua necesaria para el Templo. Al norte del altar de los holocaustos estaba el lugar destinado a la *inmolación de las víctimas.* En el pavimento se veían 24 argollas dispuestas en 3 ó 4 hileras, donde se sujetaban las víctimas, y 8 columnas de poca altura, en las que descansaban vigas de cedro provistas de ganchos de hierro, de donde se colgaban los animales degollados. En los intercolumnios había 8 mesas de mármol para cortar las víctimas.

El **Templo** propiamente dicho (1), construído de grandes sillares de mármol blanco[2], ricamente dorado por dentro y por fuera, se levantaba sobre una plataforma, a la cual se ascendía por 12 gradas (4)[3]. Como los sucesivos recintos que hemos ido examinando iban adquiriendo cada vez mayor elevación, el Templo, que ocupaba la parte más elevada y sobresalía por lo menos 143 codos (75 m.) sobre la explanada, era visible desde toda la ciudad. Sobre la puerta del vestíbulo mandó Herodes esculpir el nombre de su protector Agrippa, yerno de Augusto, y colocar una grande *águila romana* de oro. Comprendido el vestíbulo, el Templo medía 100 codos (52 $^1/_2$ m.) de largo y 60 (31 $^1/_2$ m.) de ancho[4]; el cuerpo del edificio y el *vestíbulo* se elevaban a 100 codos; el último tenía también 100 codos de ancho; excedía por consiguiente en anchura al cuerpo del edificio 20 en codos (10 $^1/_2$ m.)[5] por cada lado[6].

86. Un portal (h) de 70 codos de altura y 25 de anchura[7], siempre franco y abierto, daba acceso al *vestíbulo,* amplia *sala* de 90 codos (47 $^1/_4$ m.) de altura[8] por 50 (26 $^1/_4$ m.) de anchura y 11 (5 $^1/_2$ m.) de fondo[9]. Tanto el interior de la sala como el frontis estaban revestidos de oro. Una *puerta* de doradas hojas[10] de 55 codos (29 m.) de altura por 16 (8 $^1/_3$ m.) de anchura[11], daba entrada al **Santo** (1), que medía 40 codos (21 m.) de largo por 20 de ancho y 60 de alto[12], todo él revestido de oro. De la puerta que siempre permanecía abierta, pendía un velo de preciosa tela babilónica de cuatro colores (blanco, jacinto, púrpura

---

[1] Según Fl Josefo, el altar de los holocaustos medía 50 codos de largo y ancho y 15 de alto. Si en vez de codos leemos pies, las medidas coinciden con las del *Talmud.*

[2] Tenían, por lo general, 25 codos de largo por 8 de alto y 12 de ancho; es decir: 13,4 × 4,2 × 6,3, más de 350 m.^{3} de volumen, más de 28300 quintales de peso; algunos llegaban a los 45 codos de longitud por 5 de altura y 6 de anchura, o sea: 23,6 × 2,6 × × 3,15 m., 193 m^3, 15000 quintales (Josefo, *Ant.* 15, 11, 3; *Bell.* 5, 5, 6).

[3] Estas gradas tenían asimismo medio codo de alto, empero un codo de ancho; la cuarta y séptima tenían 3 codos y, la más alta, 4 de anchura.

[4] Según el *Talmud,* 70 codos de ancho.

[5] Según el *Talmud,* 15 codos.

[6] En estos salientes había celdas donde se guardaban los instrumentos para el sacrificio de las víctimas; de ahí el nombre de «casa de los cuchillos del sacrificio»; cada una de estas celdas tenía 20 codos de largo (15 codos, si descontamos el grosor del muro exterior).

[7] Si, en vez de codos, se lee *pies,* vendría a coincidir con el *Talmud,* cuyos datos son: 40 codos de alto por 20 de ancho

[8] El muro exterior tenía 5 codos de grosor, el interior (del Templo) 6 codos; con lo cual el fondo del vestíbulo hasta el Santuario llegaba a los 22 codos.

[9] De esta suerte el Templo con su vestíbulo y los dos salientes tenía, según el *Talmud,* figura de león.

[10] Según el *Talmud,* 40 codos.

[11] Es decir, dos hojas en la cara exterior del muro oriental del Templo (o muro occidental del vestíbulo) y otras dos en la interior.

[12] Según el *Talmud,* 20 codos de alto por 10 de ancho (10,50 y 5,25 m.).

y carmesí); sobre la entrada se veía una gigantesca *cepa dorada,* con racimos enormes del tamaño de un hombre, que simbolizaban a Israel [1]. También pendía sobre la entrada el *candelabro áureo* de la reina Elena de Adiabene, el cual, herido por los rayos del sol, resplandecía con deslumbradores reflejos. En el Santo se hallaban el *candelabro de los siete brazos, la mesa de los panes de la Proposición* [2] y *el altar del incienso*, todo ello recubierto de oro. Una pared de madera separaba el *Santo* del **Santísimo** o **Sancta Sanctorum,** oscura y reducida sala de 20 codos cúbicos, a la cual daba acceso una puerta provista de un velo primoroso [3]. El *Sancta Sanctorum* no contenía absolutamente nada [3]. La puerta estaba sustituída por un precioso velo [4].

Sobre el Santo y el *Sancta Sanctorum* quedaba un espacio de 40 codos de altura que se aprovechaba para *aposentos superiores,* como en el Templo salomónico. También en el de Herodes había *edificios laterales de tres pisos,* con una altura total de 60 codos [5], descollando sobre ellos, todavía 40, el cuerpo del edificio. El techo era una cubierta de dos aguas, protegida de planchas de oro; circuíala una balaustrada de 3 codos (1 1/4 m.) de altura, y a lo largo del pináculo se veían agujas de un codo de longitud.

Surgió, pues, de nuevo *el Templo* con sus atrios a la vista de la ciudad que en forma de anfiteatro se extendía en su derredor. Como los sucesivos recintos estaban en planos cada vez más elevados, el Templo ofrecía un aspecto majestuoso y ofuscaba la vista al reverbero de los rayos del sol; visto de lejos, parecía un monte cubierto de nieve por la blancura deslumbradora de la piedra [6]. Herodes creyó erigirse con ello un monumento imperecedero; mas aquel Templo había de ser testigo del repudio del pueblo escogido y de indecibles escenas sangrientas y espantosas, y, apenas terminado (64 d. Cr.) [7], había de ser completamente destruído sin quedar piedra sobre piedra (año 70 d. Cr.).

II. Vida pública de Jesús

87. Duración de la vida pública de Jesús. Acerca de esta cuestión no tenemos otra fuente que los Evangelios. La tradición apostólica nada nos dice sobre el particular. Mas las indicaciones de los Evangelios son tan breves, que nos es imposible llegar a resultados ciertos. Los *Sinópticos* describen la actividad de Jesús en Galilea, y trasladan al Maestro a Jerusalén para la Pascua de la Pasión; pudiera, pues, creerse que la vida pública de Cristo no pasó de un año. Mas cuando por otras fuentes se sabe que la duración del ministerio de Jesús superó el año, se echa de ver que los *Sinópticos* no excluyen esta hipótesis, antes la favorecen. Porque al decirnos san Lucas (6, 1) que en el

---

[1] Cfr. *Is.* 3, 14; 5, 1 ss.; 27, 2; *Ierem.* 2, 21; 12, 10.

[2] Copiados ambos en el arco de triunfo de Tito (en Roma).

[3] Según el *Talmud,* tenía de alto sólo 40 codos, y en el interior se veía únicamente la Roca Sagrada en que antiguamente estuvo el Arca de la Alianza; sobresalía del suelo 3 pulgadas, es decir, unos 8 cm.

[4] San Pablo le llama «el segundo velo» *(Hebr.* 9, 3); es el *que se rasgó en la muerte de Jesús (Matth.* 27, 51). Había propiamente dos velos de cuatro dedos de grosor, distantes un codo el uno del otro, pero se consideraban como *un solo* velo.

[5] Con 38 dependencias, 15 en cada costado y 8 en la parte trasera.

[6] Cfr. Fl. Josefo, *Bell.* 5, 5, 6. Mientras Herodes realizaba la obra, desde el año 18 de su reinado, 734 de Roma, 20 a. Cr. (cfr. núm. 82), el Espíritu Santo fabricaba un templo mucho más hermoso, fundado sobre los santos montes *(Ps.* 86, 1), el cual resplandecía en pureza más que todos los ángeles y estaba ricamente adornado con el oro del amor de Dios: la Santísima Virgen María. Edificada con pureza incomparable en su Concepción Inmaculada y adornada con el santo amor de Dios y con todas las virtudes, iba creciendo poco a poco y llegando al momento señalado por el Eterno. El magnífico Templo de Herodes era una pálida figura de su pureza y hermosura y de su altísimo destino de morada de Dios y Madre del Señor.

[7] Cfr. núm. 82.

«sábado segundo primero» [1] los discípulos de Jesús arrancaron espigas de un sembrado, alude implícitamente a una Pascua distinta de aquella en que ocurrió la Pasión; pues este «sábado segundo primero» es seguramente posterior a la fiesta pascual, en la que se ofrecían a Dios en el Templo las primicias de los cereales. Al decirnos san Marcos [2] que en el milagro de la multiplicación de los panes el Salvador hizo sentar a la multitud sobre la «verde hierba», indirectamente nos da a entender que los *Sinópticos* fijan dicho milagro por la Pascua; pues ni mucho antes ni mucho después de esa fecha reverdecían los campos. Frases como esta de san Lucas (13, 34): «¡Jerusalén, Jerusalén! *¡Cuántas veces* quise congregar a tus hijos», suponen largo ministerio de Jesús en la Ciudad Santa, no sólo de unos 8 a 14 días. Hay también en los *Sinópticos* varias alusiones a viajes a Jerusalén [3]. También es fácil convencerse de que los viajes de Jesús por Galilea y Transjordania, por los confines de Tiro y Sidón, los trabajos apostólicos de los Doce, la misión de los setenta y dos, la educación de los discípulos, los acontecimientos relacionados con la Crucifixión y Muerte del Mesías, todas estas cosas de que nos dan cuenta los *Sinópticos,* exigían un lapso de tiempo superior a un año.

Pero ¿existen fuentes que nos hablan de una actividad de varios años? Lo dice el primero *san Juan.* Este apóstol habla certísimamente de dos fiestas de Pascua: la que siguió al bautismo de Jesús [4], y la Pascua de la Pasión [5]; y *muy probablemente* de una tercera Pascua [6], luego del milagro de la primera multiplicación de los panes, del cual también hacen mención los *Sinópticos* [7]. En el siguiente pasaje de san Juan (6, 4) [8]: «Mas se aproximaba la Pascua de los judíos», se ha pretendido suprimir «la Pascua» (τὸ πάσχα) y leer simplemente: «se aproximaba la fiesta de los judíos», entendiendo por ella la de los Tabernáculos. El Evangelista se referiría a la misma a que alude cuando dice un poco más adelante (7, 2): «Se aproximaba una fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos». En apoyo de ello se aduce el testimonio de los Padres: Clemente Alejandrino, Tertuliano, Orígenes, Seudo-Cipriano, Lactancio, Julio Africano; y el de los herejes: gnósticos, alogos [9], valentinianos (en Ireneo) [10]; todos los cuales admiten que la vida pública de Jesús fué de *un* año. Por donde no es posible que hubiesen leído en *Ioann.* 6, 4 la palabra τὸ πάσχα. Pero en este caso particular es de poco peso la autoridad de los Padres [11]; porque éstos trataban de defender frente a paganos y herejes las verdades fundamentales, y no pretendían salir al paso de objeciones histórico-cronológicas; por lo mismo, no entraron de lleno en el asunto de la sucesión de los relatos evangélicos. Quizá del «año de gracia» [12] dedujeron que la vida pública de Cristo se había de reducir a un año. En ningún manuscrito antiguo, ni en ninguna versión, falta la expresión τὸ πάσχα en *Ioann.* 6, 4; y aunque no estuviese atestiguada, todavía no se podría aducir 7, 1, como hacen algunos, para asegurar que san Juan alude en 6, 4 a la fiesta de los Tabernáculos. Porque, de admitirlo, resulta muy extraña la manera de historiar de Juan: «Acercábase ya la fiesta de los judíos» (6, 4); milagro de la multiplicación de los panes (6, 5-15); Jesús camina sobre las aguas del lago (6, 16-21); discurso en la sinagoga de Cafarnaum (6, 22-59); apostasía de muchos de sus discípulos (6, 60-72); después de esto, Jesús andaba

---

1 Cfr. *Lev.* 23, 15. 2 *Marc.* 6, 39. 3 *Luc.* 9, 51; 13, 22; 17, 11.
4 *Ioann.* 2, 13. 5 *Ioann.* 11, 55; 12, 1. 6 *Ioann.* 6, 4.
7 *Marc.* 6, 35 ss. 8 *Ioann.* 6, 4. 9 Según Epifanio, *Haer.* 51, 22.
10 *Adv. haer.* 1, 3, 3; 2, 20, 1; 22, 1, 5.—Para los gnósticos, y especialmente para los valentinianos, el punto de partida, no era «ni la Escritura ni la tradición, sino sus teorías filosófico-religiosas, según las cuales en el Pleroma había 30 eones, los cuales habían de manifestarse en los años de vida del Redentor. Y como, según *Luc.* 3, 23, Jesús fué a bautizarse hacia los 30 años, no le queda de vida pública sino cosa de un año, que luego lo hallaron anunciado en el «año de gracia del Señor» (*Luc.* 4, 19 = *Is.* 61, 2) (Véase Heinisch en *BZ* 1906, 402).
11 Cfr. Nagl, *Die Dauer der öffentlichen Wirksamkeit Jesu,* en *Kath* 1900 II, 200 318 417 481. 12 *Is.* 61, 2. *Luc.* 4, 19.

por Galilea, porque no quería ir a Judea, visto que los judíos procuraban su muerte» (7, 1); «mas estando próxima la fiesta de los Tabernáculos (*la fiesta de los judíos* a que antes he aludido; 7, 2)... Jesús subió a Jerusalén». San Juan no pudo escribir de esta manera. Sostenemos, pues, que la lectura de todos los manuscritos y versiones es cierta, y que san Juan se refiere en 6, 4 a la fiesta de Pascua; siendo, pues, tres las fiestas de Pascua mencionadas por san Juan, la vida pública de Jesús debió durar por lo menos *dos años*.

Pero con *gran verosimilitud* se puede añadir todavía otra cuarta Pascua; pues en 5, 1 dice el Evangelista san Juan: «Luego de esto se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén». Los modernos creen que san Juan se refiere aquí a la fiesta de los Purim; mas esta fiesta tumultuosa y civil no era muy a propósito para una visita de Jesucristo. Ireneo entendió que se refería a la Pascua [1]; lo cual parece lo más verosímil, cotejando *Ioann.* 4, 35 con 6, 1 de san Lucas, quien suele referir los sucesos por riguroso orden cronológico [2]. Algunos Padres [3] y exegetas[4] opinaron que se trataba de la fiesta de Pentecostés; supuesto lo cual, habría que admitir una Pascua entre 4, 35 y 5, 1 de san Juan, lo cual es muy posible; de consiguiente, también según la última interpretación resultan cuatro Pascuas en la vida pública de Jesús.

Admitiremos, pues, que fueron cuatro las Pascuas, y, por tanto, *tres* los años que Jesús dedicó a la vida activa. Esta opinión ha prevalecido y obtenido general aceptación desde Eusebio y san Jerónimo, y los impugnadores recientes todavía no han logrado dar apariencia de verosimilitud a la suya. A ella nos acomodamos en la presente obra [5], fijando el bautismo de Jesús en el comienzo del año 27, y la muerte en el (14 ó) 15 de Nisán (¿7 de abril?) del año 30 d. Cr. (Cfr. núm. 338).

A. Preparación de la vida pública

(Desde el otoño del 779 de Roma, 26 d. Cr., hasta la Pascua del año 780 de Roma, 27 d. Cr.)

10. Juan, el Precursor de Jesús

(*Matth.* 3, 1-12. *Marc.* 1, 2-8. *Luc.* 3, 1-18. *Ioann.* 1, 26-27)

1. Llamamiento de Juan. 2. Misión de Juan, su vida (vestido, alimento) y sus obras (predicación, bautismo, frutos de la predicación). 3. Primer testimonio de Juan en favor de Jesús.

88. (Como se acercase el tiempo en que Jesús había de manifestarse en público como Redentor del mundo), el año 15 del imperio de Tiberio

---

[1] Cfr. Cornely, *Introductio in S. Scripturam* III 249 s.; Schubert, *Das Zeugnis des Irenäus über die öffentliche Tätigkeit Jesu,* en *BZ* IV (1906) 39 ss.; Hoh, *Die Lehre des hl. Irenäus über das NT* (1919), 160. [2] *StL* 15 (1878), 210 y 54 (1898), 447.

[3] Cirilo Alejandrino, *In Ioann.* 5, 5; san Juan Crisóstomo, *In Ioann. hom.* 36, 1.

[4] Homanner, *Die Dauer der öffentlichen Wirksamkeit Jesu,* en *BSt* XIII, 3 (1908).

[5] Para el estudio de esta cuestión véase: Meinertz, *Methodisches und Sachliches über die Dauer der öffentlichen Wirksamkeit Jesu,* en *BZ* XIV (1906) 119; Nisius en *ZKTh* XXXVII (1913), 457 ss.—Van Bebber (*Zur Chronologie des Lebens Jesu. Eine exegetische Studie,* Münster 1898), decididamente apoyado por Belser (*BZ* I [1903] 55-63 160-174, etc.), pretendió deducir de san Juan que la vida pública de Jesús se limitó a un año. He aquí su opinión: en otoño del 781 aparece en escena el Precursor y bautiza durante todo el invierno; a mediados de febrero del 782 fué bautizado Jesús. En la fiesta de Pascua del 782, que cayó el 18 de abril, comienza Jesús el ministerio, medio año después del Bautista, y, después de *un año* de actividad didáctica y taumatúrgica, muere en viernes, el 15 de Nisán (7 de abril del 783). Las bases de su argumentación son: 1) *Is.* 61, 2 = *Luc.* 4, 19 («el año de gracia del Señor»); 2) *Ioann.* 8, 56; 9, 4; 11, 9. Estos pasajes encierran, en sentir de Van Bebber, una alusión a la vida pública de un año o de 12 meses. Mas la hipótesis debe resueltamente abandonarse. Cfr. especialmente V. Hartl, *Die Hypothese einer einjährigen Wirksamkeit Jesu kritisch geprüft* (Münster 1917; *NA* VII, 1/3 fascículo). Allí se discute la literatura concerniente a esta cuestión.

César, gobernando Poncio Pilatos la Judea [1], siendo Herodes tetrarca de la Galilea y Perea [2], y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconitis [3], y Lisanias tetrarca de Abilene [4], hallándose de sumos sacerdotes Anás y Caifás [5], *vino la palabra del Señor sobre Juan en el desierto* [6]. Vino Juan por toda la ribera del Jordán [7] predicando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados [8]. Hizo su aparición como está escrito en el libro de los discursos del profeta Isaías: «La voz del que llama (resuena) en el desierto: Aparejad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle será rellenado, y rebajado todo monte y cerro; lo curvo será enderezado, y allanados los caminos escabrosos. Y toda carne verá la gloria del Señor» [9]. «*Haced penitencia,* clamaba,

---

[1] He aquí los **procuradores romanos** de Judea desde la deposición de Arquelao (cfr. núm. 39) hasta que Herodes Agrippa fué constituído jefe de todo el país (el año 41; cfr. núm. 39): 1. Coponio (6-9 d. Cr.); 2. Marco Ambivio o Ambíbulo (9-12 d. Cr.), del cual sólo Fl. Josefo da testimonio (*Ant.* 18, 2, 2), mientras que otros lo ponen en duda; 3. Annio Rufo (12-15 d. Cr.); 4. Valerio Grato (15-26 d. Cr.); 5. *Poncio Pilatos* (26-36 d. Cr.); 6. Marcelo (36-37 d. Cr.); 7. Marulo (37-41 d. Cr.). Según Fl. Josefo y Filón, *Poncio Pilatos* se distinguió por su desdén hacia la Ley judía, no obstante estar reconocida por los romanos, y por su pérfida crueldad. Fué el primero que llevó a Jerusalén los estandartes romanos con el águila y la imagen del emperador, y mandó erigirlos de nuevo secretamente. El pueblo se dejaba antes matar que consentir en la Ciudad Santa imágenes ante las cuales se hubiesen ofrecido sacrificios idolátricos; desprecio tan inaudito de la muerte logró mover al procurador romano a retirar sus medidas. Pero como más tarde exigiese el pueblo la devolución de los tesoros robados al Templo, mandó a los soldados romanos disfrazarse y con garrotes dar la muerte a los indefensos ciudadanos. Acerca de la muerte de Pilatos, véase núm. 414. [2] Cfr. núm. 39. [3] Cfr. núm. 39.

[4] En la ladera meridional del Antilíbano (cfr. núm. 39). Las noticias del evangelista acerca de Lisanias (el Joven) se han visto confirmadas por una inscripción de Abila.

[5] Estaba dispuesto que el **pontificado** fuese de por vida y hereditario. Pero desde Herodes los sumos sacerdotes eran instituídos o depuestos arbitrariamente por los emperadores y procuradores romanos, o por los potentados judíos, y últimamente por las turbas amotinadas. Herodes el Grande instituyó seis, su hijo Arquelao, tres; al último de éstos, Joazar, le depuso el procurador Quirino al desterrar a Arquelao, nombrando sucesor a *Anás,* hijo de Seti (6 d. Cr.); depúsole a éste, el año 15, Valerio Grato, antecesor de Pilatos, nombrando en tres años otros cuatro sumos sacerdotes: *Ismael, Eleazar,* hijo de Anás, *Simón* y *José,* por sobrenombre *Caifás,* yerno de Anás (*Ioann.* 18, 13); Caifás desempeñó el pontificado desde el 18 al 36 d. Cr., hasta que fué depuesto por el procurador Vitelio (Josefo, *Ant.* 18, 4, 3).—Anás conservó, aun después de su deposición, el título de sumo sacerdote, siguió gozando de gran prestigio e hizo en circunstancias las veces de su yerno Caifás. Era el jefe del partido saduceo, al cual supo mantener muy unido; era de gran energía y muy rico. Cuán grande fuera su influencia, puede inferirse de haber cinco de sus hijos (además del yerno) desempeñado la dignidad de sumo sacerdote: Eleazar (16 d. Cr.), Jonatán (36 d. Cr.), Teófilo (37 d. Cr.), Matías (43 d. Cr.) y Anano (62 d. Cr., cuando Anás tenía 90 años) (Josefo, *Ant.* 20, 9, 1). [6] Núms. 53 c y 55.

[7] En el extremo meridional, en las cercanías del mar Muerto, a 8 ó 9 horas (unos 40 Km.) de Jerusalén (cfr. núm. 90).

[8] El bautismo de Juan era, como él mismo lo decía, una ceremonia simbólica y figurativa: «Yo bautizo con agua», etc. 1. *Simbolizaba* la purificación, que se adquiere por la penitencia, a la cual se mostraba dispuesto quien recibía el bautismo. 2. *Representaba* el Bautismo de Cristo, el cual purifica y santifica real y verdaderamente («con fuego y con el Espíritu Santo»), y 3. Preparaba a ello despertando sentimientos de sincera penitencia. El bautismo de Juan tenía, según esto, significación análoga a la de los múltiples lavatorios y purificaciones de los judíos, con la sola diferencia de relacionarse *directamente* con el Bautismo de Cristo y ser un paso para éste.—Tan característico era el bautismo en la actividad de Juan, que san Lucas (7, 20) y el Salvador (*Matth.* 11, 11) le llaman «el Bautista».

[9] *Is.* 40, 3 ss. Con estas figuras quiere el Bautista expresar el siguiente pensamiento: «Se han de quitar todos los estorbos para la salvación, y todos los hombres han de ser testigos de cómo Dios cumple su palabra». Cada una de las imágenes puede utilizarse con

porque está cerca el reino de los cielos» [1]. Traía Juan un vestido de pelos de camello y un cinto de cuero a sus lomos [2]; y su comida era langostas y miel silvestre [3]. Iban, pues, a encontrarle las gentes de Jerusalén y de toda la Judea y de toda la ribera del Jordán; y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados [4].

89. Y como viese que muchos *fariseos y saduceos* [5] venían a su bautismo, les dijo: «¡Raza de víboras! [6] ¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que os amenaza? [7] Haced, pues, frutos de penitencia, y dejaos de decir: Tenemos por

---

provecho en la explicación homilética: *Valle* representa lo bajo e innoble del carácter; *monte,* lo altanero, altivo, vano y fanfarrón; *curvo,* lo falso; *escabroso,* la rudeza y brusquedad de carácter.

[1] Es decir, la venida del Mesías y de su reino perfecto, que procede del cielo y a él conduce.

[2] El *vestido* era semejante al de los antiguos profetas y predicadores de penitencia, al de Elías, por ejemplo: un vestido estrecho, de pelos negros de cabra, llamado cilicio o saco, que acostumbraban a llevar los penitentes y los que hacían duelo (cfr. *Ps.* 68, 12; *Is.* 20, 2; *Iudith.* 9, 1; san Jerónimo, *In Is.* 20, 2). Juan fué el último y el mayor de los profetas (cfr. *Matth.* 11, 11 13).

[3] *Alimento* de los pobres en Oriente. La *langosta* alcanza 13 cm. de longitud y el grosor del dedo; se cuece como el cangrejo y se come con sal, o bien se desmenuza asada o seca y se tuesta de ella un bollo. La *miel silvestre* proviene de las abejas silvestres, muy numerosas en Palestina, las cuales labran sus panales en las grietas de las peñas o en los huecos de los árboles, etc. (Mislin, *Die heiligen Orte* III, 125 s.; Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 308 s). Según algunos, el evangelista se refiere a una savia dulce que exudan ciertos árboles y arbustos. Según tradición, el Bautista se alimentaba de los frutos del algarrobo (árbol del pan de san Juan, nombre que le viene del Precursor), no raro en los desiertos de Palestina, el cual todavía se ve hoy en la comarca de la gruta de san Juan. Las vainas alcanzan de 20 a 30 cm. de longitud y son parecidas a nuestras habas; maduras, tienen un sabor dulzarrón no desagradable (Fonck, *Streifzüge durch die biblische Flora* 48 126; también *HL* 1916, 171 ss.).

[4] Seguramente no sólo en general, sino también los pecados *personales en particular.*

[5] Los *fariseos,* los «separados», constituían un partido político-*religioso* que nació en tiempo de los Macabeos; proponíanse observar estrictamente, tanto en la vida privada como en la pública, la Ley y las «tradiciones de los mayores» *(Matth.* 9, 14; 12, 1; 15, 2. *Marc.* 7, 8; *Luc.* 18, 12), es decir, la Ley cual la interpretaban los rabinos; eran, según *Act.* 26, 5, el «partido más riguroso» de la religión judía. En lo que toca a la esperanza mesiánica, los fariseos con los más de los israelitas, esperaban un Mesías político mas no un redentor de los pecados. Su justicia era externa y mecánica; reparaba con escrúpulo en nimiedades y cosas secundarias, y descuidaba la principal, la santificación interior y la entrega de la voluntad de Dios, la mortificación del egoísmo, la misericordia *(Matth.* 15, 11 ss.). Vanidad, presunción ilimitada, afán de parecer justos, orgullo e hipocresía *(Matth.* 16, 6 y 12; 23, 2 ss.) eran los defectos fundamentales que nacían de su devoción meramente externa. Las disputas con el Salvador versaron principalmente sobre los siguientes puntos: guarda del sábado, leyes de la purificación, ayuno, trato con publicanos y pecadores. — Los *saduceos* eran un partido religioso-*político,* opuesto al de los fariseos; a él pertenecía la aristocracia sacerdotal, que procedía de Sadoc o Sadduc (de aquí el nombre). Eran pocos en número, pero de gran influencia por su riqueza y distinción. Admitían los libros del Antiguo Testamento, pero no las «tradiciones de los mayores», negaban la subsistencia del alma después de la muerte, la resurrección *(Matth.* 22, 23 ss. *Marc.* 12, 18 ss. *Luc.* 20, 29 ss.), la existencia de ángeles y espíritus y la providencia divina; profesaban una vida completamente materialista. No esperaban un redentor de los *pecados,* pues no creían necesitarlo. Llevaron a cabo la crucifixión de Jesucristo, de acuerdo con los fariseos, movidos principalmente por motivos políticos (Anás y Caifás) y por temor a complicaciones con los romanos *(Ioann.* 11, 47 ss.).

[6] Es decir, hijos que habéis heredado los sentimientos malos e hipócritas de vuestros padres. El reproche era muy fundado, como lo demostraba el pasado y lo había de demostrar el futuro. También el Salvador lanzó repetidas veces el mismo reproche a los fariseos *(Matth.* 12, 34; 23, 33 ss. *Ioann.* 8, 44).

[7] ¿Creéis poder evitar el juicio de Dios viniendo aquí con mera apariencia de penitentes?

padre a Abraham [1]. Porque yo os digo: poderoso es Dios para hacer que de estas mismas piedras le nazcan hijos a Abraham. Ya la segur está aplicada a la raíz de los árboles. Todo árbol que no produzca buen fruto será cortado y echado al fuego». Y preguntándole *las gentes:* «¿Qué es lo que debemos hacer?» [2], les respondía diciendo: «El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene ninguno; y haga otro tanto el que tiene que comer» [3]. Vinieron asimismo *publicanos* [4] a ser bautizados, y le decían: «Maestro, ¿nosotros qué debemos hacer?» Respondióles: «No exijáis más de lo que os está tasado». Preguntábanle también los *soldados:* «Y nosotros ¿qué haremos?» A éstos dijo: «No hagáis violencia ni injuria a nadie; y contentaos con vuestra soldada».

(Tan grande fué la impresión que el porte y las palabras de Juan producían en el pueblo, que) todos pensaban que quizá fuera el Mesías (con tanto anhelo esperado). Mas él les dijo: «Yo, en verdad, os bautizo con agua; pero está por venir otro más poderoso que yo, al cual no soy digno de desatar la correa de los zapatos [5]. El os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego [6]. El tiene en su mano el bieldo, y limpiará su era, recogiendo el trigo en su granero y quemando la paja en un fuego inextinguible» [7]. Y entre otros muchos avisos, anunciaba al pueblo la *buena nueva* (de la próxima aparición del Mesías).

90. Según opinión de algunos, **el lugar en que Juan bautizaba y donde Jesús fué bautizado** es el mismo por donde en otro tiempo pasaron los israelitas

---

[1] Los judíos vivían de un prejuicio nacional: por ser hijos de Abraham según la carne (*Ioann.* 8, 33-39) creían tener asegurado el reino de Dios, habiéndolo Yahve prometido al Patriarca y a sus descendientes. Empero Juan declara que el Omnipotente puede suscitarle hijos a Abraham de las piedras (que allí enderredor había); ¡cuánto más podrá incorporar al Patriarca hombres (gentiles) de sentimientos piadosos y creyentes, haciéndolos herederos de las promesas! Y es más, el castigo del pueblo israelita es inminente: será destruído como el árbol separado de las raíces.

[2] Cfr. *Act.* 2, 37; 16, 30; 22, 10.

[3] Es decir: «Ejercitaos en obras de caridad». No se han de entender estas palabras tan a la letra, que se apliquen materialmente a la «túnica» y a la «comida»; o como si quisiera el Bautista decir que, quien tenga dos túnicas, debe necesariamente dar una de ellas. Con estos ejemplos concretos nos inculca el Precursor la caridad para con el prójimo, enseñándonos el camino más breve para la salvación. Cfr. II *Cor.* 8, 13-15; *Iac.* 2, 15-17; I *Ioann.* 3, 17.

[4] Los *publicanos* eran una clase sumamente odiada y despreciada por los judíos, porque estaba al servicio de los opresores romanos, y porque, en general, se hacían aún más odiosos con su rastrero egoísmo y con el ejercicio inhumano de su oficio. Las aduanas de las provincias se subastaban en Roma al mejor postor; éste, a su vez, las arrendaba a otros por idéntico procedimiento. Todos buscaban el lucro en aquel negocio. Para la recaudación de las contribuciones y de los derechos de aduana disponían de la fuerza militar del imperio romano. Por la elevada fianza que depositaban en Roma y por el enorme movimiento de capital que la cosa suponía, los arrendatarios superiores—uno de ellos era Zaqueo (*Luc.* 19, 2)—eran en Roma de las personas más influyentes; de ahí que los gobernadores y procuradores no se atrevieran a oponerse a sus injustas exacciones y fuesen a menudo sobornados con ricos presentes.

[5] Era oficio de esclavos o siervos atar las sandalias de su señor, soltárselas y llevarlas en pos de él.

[6] Cfr. página 132, nota 8. El bautismo del Mesías se efectúa «en el Espíritu Santo»; y la gracia del Espíritu Santo ha de obrar en el hombre a la manera del fuego en el orden natural: en el Bautismo y en los demás sacramentos purifica, acrisola y santifica por manera invisible los corazones de los creyentes.

[7] Mientras que yo me limito a predicar penitencia y castigos, él ha de separar a los malos de los buenos: ahora, atrayendo a éstos hacia sí con su doctrina y ejemplo y señalando a aquéllos con su estigma, y más tarde, separando para siempre a los unos de los otros (*Matth.* 25, 32 33 46). En Oriente, una vez trillados los cereales en un plaza circu-

el Jordán cuando Josué erigió doce piedras en el lecho del río y otras doce en la ribera. Por el mismo punto lo atravesó Elías antes de ser arrebatado milagrosamente al cielo, y luego Eliseo. El Evangelista san Juan (1, 28) llama el lugar «*Betania* de allende el Jordán» [1]. Los peregrinos de los siglos IV al VI lo buscaron en la ribera oriental del río, a unas 5 millas romanas (7,360 Km.) aguas arriba de la desembocadura del Jordán en el mar Muerto. Una iglesia «rectangular» sustentada en cuatro arcos de piedra señalaba el lugar de tan santos recuerdos. Pero a mediados del siglo VI la solemnidad conmemorativa del bautismo de Jesús se trasladó a la ribera *occidental* del Jordán. Pronto se vió surgir allí en honor del Bautista un gran monasterio con su iglesia y dos hospicios para los peregrinos. Opina Carlos Mommert que el monasterio construído modernamente por los griegos sobre las ruinas del templo de «Mar-hanna» ocupa el lugar del antiguo. Cuentan los peregrinos que en el río mismo se erigió una gran cruz en el lugar donde Jesús fué bautizado por Juan, y que ambas riberas estaban enlosadas con mármol. Cuando los peregrinos llegaban al Jordán, descendían los sacerdotes al río a recitar sus oraciones y esparcir bálsamo y hierbas aromáticas en el agua; los devotos se zambullían en las olas bendecidas, envuelto cada uno en su sábana, la misma que más tarde le había de servir de mortaja. Todos llevaban a su patria agua del Jordán, como el más precioso recuerdo [2]. Cuando ya se había arraigado la costumbre de conmemorar en la ribera occidental del Jordán el bautismo de Jesús, desapareció — no antes del siglo XII — la memoria de que el lugar auténtico estaba en la orilla oriental. Habíase derruído la «pequeña iglesia rectangular» sustentada sobre cuatro arcos de piedra, construída por el emperador Anastasio († 518), como nos lo dice el *Itinerarium* de Teófilo (véase Apéndice 1, 9), aquella iglesia que todavía en tiempo de Arculfo (hacia el 670) era bañada por las olas del Jordán, pero que ya en tiempo de Wilibaldo (723-728) estaba en seco. Mommert ha descubierto las ruinas de ella, con lo cual recobra sus derechos la antigua tradición cristiana [3].

11. Bautismo de Jesús [4]

(*Matth.* 3, 13-17. *Marc.* 1, 9-11. *Luc.* 3, 21-23; cfr. *Ioann.* 1, 31-34)

1. Bautismo. 2. Teofanía.

91. Por aquel tiempo, Jesús, que tenía unos 30 años, dejó a Nazaret de Galilea y se encaminó al Jordán en busca del Bautista, para ser por él

---

lar bien apisonada y expuesta al viento, se aventan contra el viento, para que vaya lejos la paja y caiga al suelo el grano.

[1] La variante «Betania» debe considerarse como cierta, si bien Orígenes, los códices *Syrus Sinaiticus* y el *Syrus Curetonianus*, el *Onomástico* eusebio-jeronimiano (editado por Klostermann 58, 18; cfr. Apéndice núm. I, 1) y el mapa de Madaba (véase fig. 3, página 75, y Apéndice I, 8) llaman el lugar del bautismo «Betabara». Véase Lagrange en *RB* IV (1895) 502-512.

[2] Acerca de la peregrinación anual de los betlemitas al Jordán en la madrugada de Pascua, cfr. *HL* 1887, 90. Hoy visitan los peregrinos el Jordán 1,8 Km. más al sur del convento citado en el texto, cerca del vado de Hadchla.

[3] Cfr. Mommert, *Aennon und Bethanien, die Taufstätten des Täufers* (Leipzig 1903). — Cree el P. Féderlin haber encontrado las ruinas de Betania transjordánica en los restos de unas 100 casas de distintas magnitudes, a la derecha del Wadi Nimrim, unos 20 minutos al oriente del Jordán, 3,8 Km. más arriba del lugar señalado por Mommert; y opina que no muy lejos del Wadi el-Ghoraniye había un lugar del Jordán que cumple todas las condiciones que requieren los datos evangélicos (cfr. Féderlin, *Béthanie de Perée,* en la revista *Jérusalem* núm. 56 (1909). 305 ss. Relación más detallada acerca de esto puede verse en A. Dunkel, *Kath* 1909, II, 307 ss.

[4] Innitzer, *Johannes der Täufer* 218 ss. También *ThpMS* XXV 633 ss. 717 ss.; Fischer, *Der Wortlaut der Himmelsstimme bei der Taufe Jesu*, en *WSt* III 125. Cfr. también Diekamp, *Über den Ursprung des Trinitätsbekenntnisses* (Münster 1910); Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien. Eine biblisch-dogmatische Untersuchung* (Düsseldorf 1918).

bautizado. Juan, empero, que no le conocía de vista [1], fué interiormente iluminado en el momento mismo en que Jesús se disponía a bajar al río; y lleno de profundo respeto se resistía diciendo: «Yo he menester ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» A lo cual respondió Jesús, diciendo: «Déjame hacer ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia». Accedió entonces Juan. Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua, estando en oración, abriéronse los cielos sobre él, y el Espíritu Santo descendió sobre él a manera de paloma [2], y oyóse una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias» («Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo yo mis complacencias»).

92. Habiendo querido Jesús someterse *en todo a la Ley,* hasta tanto que con su muerte de cruz instituyese la Nueva Alianza, cuya gracia y verdad había de iluminar las tinieblas y sustituir las imágenes por la realidad, quiso cumplir la voluntad de su Padre celestial sometiéndose al *bautismo de Juan.* Quiso también con ello mezclarse *con los pecadores,* puesto que, aun sin tener pecado alguno, había cargado sobre sí los del mundo para seguir la senda de la *penitencia* y ejercitarla con todo rigor durante su vida. Quiso además animarnos a la penitencia, dejando a la Iglesia un elocuente ejemplo de esta virtud. Finalmente, con su bautismo *consagró y santificó el agua* para que fuese instrumento de regeneración en su Iglesia. A esto alude aquella hermosa antífona de la fiesta de la Epifanía: «Hoy contrajo nupcias la Iglesia con el celestial esposo, porque Cristo lavó los pecados de ella en el Jordán».—El Catecismo Romano [3], alegando algunos pasajes de san Gregorio Nacianceno y de san Agustín, dice haber el Señor instituído el *sacramento del Bautismo* «cuando, bautizado por san Juan, comunicó al agua la virtud santificadora», lo cual queda atestiguado de una manera particular por haberse en aquella ocasión manifestado la *Santísima Trinidad,* en cuyo nombre se confiere el Bautismo. En cada bautismo se repite en cierto modo lo que aconteció en el Jordán: ábrese el cielo, que es la herencia del *neófito,* el Espíritu Santo se cierne sobre éste, y el Padre celestial le reconoce por hijo suyo, por hermano de Cristo y miembro de su cuerpo, la Iglesia [4].

Con aquella aparición y con aquella voz quedó Jesús solemnemente acreditado por Dios como *el Mesías prometido;* pues allí se cumplieron las principales señales que habían vaticinado los profetas: *a)* Dios le ha de ungir con el Espíritu Santo, que descenderá sobre él en toda su plenitud [5]; *b) El* es el *Hijo* eterno *de Dios,* igual a El en esencia [6]; *c)* El es el *predilecto de Dios* [7]. No lo *fué* Jesús por el bautismo, pues ya lo era en su sacratísima humanidad desde el momento mismo de la Encarnación; pero Dios lo quiso atestiguar solemnemente en aquella ocasión [8].

---

[1] Cfr. *Ioann.* 1, 31. «No es esto de maravillar, dice san Crisóstomo, porque Juan desde su niñez vivía en el desierto», y quizá nunca había visto a Jesús que vivió en Nazaret —Las pinturas del Renacimiento en que aparecen juntos el Niño Jesús y Juan, por ejemplo la Madonna de la Sedia de Rafael, no están conformes con la verdad histórica.

[2] *Luc.* 3, 22. Es decir, no en una paloma real, sino en figura de paloma (Cfr. el comentario de Maldonado a san Lucas 3, 22). La «paloma» del bautismo de Cristo es *símbolo del Espíritu Santo,* y asimismo símbolo del espíritu con que Jesús ejercía su ministerio. Pues la paloma es en todos los pueblos símbolo de inocencia y santidad, de amor y mansedumbre, de dulce tolerancia y de resignación. Así debe ser el espíritu de los cristianos. [3] P. 2, c. 2, q. 20.

[4] I *Cor.* 12, 12 13; cfr. *Rom.* 8, 14 ss.; I *Ioann.* 3, 1; II *Petr.* 1, 4.

[5] *Is.* 11, 2 ss.; 61, 1; cfr. *Act.* 10, 38.

[6] *Ps.* 2, 6 ss.; 44, 7 ss.; 71, 6 ss.; 109, 1 ss. *Is.* 7, 14; 8, 13 14; 9, 6; 35, 4. *Mich.* 5, 2. *Ierem.* 23, 6; 33, 16. *Dan.* 7, 13 s.; 9, 24. *Zach.* 12, 8 10; 13, 7. *Malach.* 3, 1.

[7] II *Reg.* 7, 13 s.; 12, 25. *Is.* 42, 1.

[8] La Iglesia celebra desde antiguo el 6 de enero la manifestación de la divinidad del Señor en el bautismo; cfr. núm. 71.

12. Jesús es tentado por el diablo [1]

(Matth. 4, 1-11. *Marc.* 1, 12 s. *Luc.* 4, 1-13)

1. Ayuno de cuarenta días. 2. Triple tentación. 3. Le sirven los ángeles.

93. Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fué llevado por el (mismo) Espíritu al desierto, para ser allí tentado por el diablo [2]. Y como hubiese ayunado cuarenta días y cuarenta noches [3], tuvo hambre [4]. Acercándose entonces el tentador [5], le dijo: «Si eres Hijo de Dios [6], di que esas piedras se conviertan en pan» [7]. Mas Jesús le respon-

[1] Cfr. Ketter, *Die Versuchung Jesu nach dem Berichte der Synoptiker* (Münster 1918; en *NA* VI, 3); también *ThpMS* XXIV 535 ss. – No hay razón ninguna para rechazar el carácter histórico del relato de la tentación de Jesús, en el cual los tres *Sinópticos* están esencialmente concordes. Descríbese la tentación como acontecimiento *externo* que se desarrolla en el tiempo y en el espacio. Claro es que, siendo sobrenaturales los personajes que en ella intervienen, resultan interna y externamente incompetente la humana representación y experiencia para apreciar algunas circunstancias. «Quien considere la historia de la tentación como una parábola envuelta en un suceso (Schleiermacher, Hase y otros), y quien sostenga que Jesús puso a la vista de sus discípulos hechos internos» para combatir las esperanzas mesiánicas tradicionales, «no sólo incurre en contradicción con los *Sinópticos,* sino que también corre peligro de delinquir contra la impecabilidad de Jesucristo, que todos los apóstoles afirman». «No se encuentra un solo ejemplo de haber Jesús hecho de sí mismo base de una parábola», y «jamás pudo atribuirse en una parábola conceptos que nunca tuvo» (Bludau, *Versuchung Christi,* en *KL*² XII 826 ss.). Lippl demuestra en *ThpMS* (1907) 715 s. que todos los detalles concretos que se aducen para probar la dependencia del relato de la tentación de fuentes budistas carecen en absoluto de fuerza demostrativa; Götz en *Kath* 1912 I 435 ss.

[2] El nombre viene del griego *diábolos,* calumniador; en hebreo se dice Satán, es decir, adversario; — es el enemigo del género humano, y anda cual león rugiente buscando a quien devorar (I *Petr.* 5, 8).—Jesús, el fuerte, busca al enemigo para luchar con él, mostrándonos con ello cómo debemos resistirle cuando nos ataca. Comienza la lucha en el desierto, símbolo de la tierra maldecida por Dios después del pecado de Adán y antítesis del Paraíso (cfr. *Luc.* 11, 21 s.; *Ioann.* 12, 31).

[3] Acerca del significado de este número cfr. núm. 95.

[4] «Nada comió», dice san Lucas; y san Marcos añade: «Estaba con los animales del desierto». Allí, en el pavoroso desierto de Jericó (véase núm. 96), Jesús hizo penitencia por nosotros y para darnos ejemplo. Una cueva era su habitación, la dura roca su lecho, las bestias su compañía.

[5] Como se puede colegir de lo que sigue, presentósele el tentador en figura corporal, pero ocultando cuidadosamente su verdadera naturaleza. Sólo por permisión de Cristo podía Satanás «ejercer influjo meramente externo, sin que la sugestión produjese la menor eficacia en el interior de Jesús, y sin que naciera contradicción entre la voluntad superior y la inferior», en virtud de la unión hipostática, es decir, de la unión de la naturaleza humana con la divina en *una* persona divina (cfr. Rappenhöner, *Die Körperleiden und Gemütsbewegungen Christi,* Düsseldorf 1878, 117 s.). Pero aunque estaban excluídas la vacilación de la voluntad y la posibilidad del consentimiento, «no por ello fué menor el mérito de la lucha, aun con estar asegurada la victoria por la fuerza del combatiente. La verdadera libertad consiste en querer y practicar el bien» (Schanz en *KL*² VI 1440).

[6] Satanás recoge aquí las palabras aquellas venidas del cielo: «Este es mi Hijo muy amado», etc. Mas no sabía en qué sentido se aplicaban a Jesús; pues le era desconocido el misterio de la Encarnación (núm. 40 b; santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 64, a. 1 ad 4; 3, q 29, a. 1 ad 3);* y de la naturaleza y vocación de Jesús sólo le era dado conocer lo que Dios le consentía. Pero de todo lo que hasta entonces había podido entender, sospechaba que el destino de Jesús debía de ser sumamente elevado y extraordinario, y que quizá fuera el Mesías. Con la tentación trataba de poner en claro este extremo y, si posible, hacer fracasar la misión de Jesús.

[7] Las tres tentaciones están en correspondencia con las tres raíces de todos los pecados, con la triple concupiscencia (I *Ioann.* 2, 16). La primera tentación se dirige a la concupiscencia de los sentidos. Suponiendo Satanás que Jesús fuese mero hombre, trató de aumentarle la necesidad natural de manjares, convirtiéndola en apetito desordenado; quiso

dió: «Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Después de esto le transportó el diablo a la santa ciudad [1] de Jerusalén y, poniéndole sobre el pináculo del Templo [2], le dijo: «Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito que te mandará sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos, para que tu pie no tropiece contra alguna piedra» [3]. Replicóle Jesús: «También está escrito: No tentarás al Señor Dios».

Todavía le subió el diablo a un monte muy elevado y, mostrándole todos los reinos del mundo [4] y la gloria de ellos, le dijo: «Todas estas cosas te daré [5], si postrándote delante de mí me adorares». Respondió entonces Jesús: «Retírate, Satanás [6], porque está escrito: Adorarás al Señor, Dios tuyo, y a él solo servirás». Con eso le dejó [7] el diablo hasta cierto tiempo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían [8].

---

también hacerle olvidar que Dios le había conservado prodigiosamente 40 días, y trató de incitarle a la presunción de querer obrar un milagro por antojo y sin necesidad. Jesús alega los 40 años que Israel peregrinó por el desierto, alimentado maravillosamente por Dios, y las palabras con que Moisés recordaba al pueblo escogido la solicitud de Dios en acudir en socorro de los suyos con un milagro de su divina omnipotencia (*Deut.* 8. 3). El Salvador nos muestra, por consiguiente, cuán necesarios sean el *abandono* en la divina voluntad y la *confianza* absoluta en el poder divino, no la taumaturgia sugerida por Satanás, la cual revela *desconfianza en la providencia divina.*

[1] A Jerusalén, que aun hoy se llama *el-Kuds,* la (ciudad) santa.

[2] Quizá al extremo oriental del tejado del pórtico real, desde donde la vista del valle del Cedrón, a más de 100 m. de profundidad, producía el vértigo (pág. 123, nota 6).

[3] Como Jesús alegase una sentencia de la Escritura en respuesta a la primera tentación, el tentador adujo también la palabra de Dios (*Ps.* 90, 11 12), pero torciendo y falseando el sentido. El Salmo habla del justo que en sus necesidades y apuros espera en Dios y en El confía. Satanás trae el pasaje para mover con él a Jesús a buscar *su gloria,* e inducirle a orgullosa *temeridad.*—De aquella altura se podía bajar por escaleras hasta el fondo del valle; era, pues, una temeridad querer llegar ileso a él mediante un milagro (inútil).—El Salvador replica con otra sentencia de la Escritura (*Deut.* 6, 16), y nos enseña que debemos rechazar al espíritu de la mentira, aun cuando pretenda apoyarse en la autoridad de la palabra de Dios.

[4] «En un instante», añade san Lucas (4, 5), para indicar que Satanás no sólo mostró a Jesús lo que por vía natural se alcanzaba a ver desde la cima, sino que trató de agrandar la visión y el efecto que pudiera producir en Jesús, ya por medio de palabras, ya por un espejismo, ya finalmente influyendo en la fantasía del tentado. Aquí, pues, se da a conocer a las claras Satanás. Trató de apartar a Jesús de la vocación mesiánica y de hacer de Cristo un Anticristo que, en vez de fundar el reino celestial, contribuyera a establecer el reino del demonio. Para ello apeló al *apetito de dominar* que en él suponía, al apetito de bienes terrenos, a la codicia y a la concupiscencia de los ojos, que tan fácilmente rinden los corazones de los hombres (*Ephes.* 5, 5. I *Tim.* 3, 7; 6, 9; cfr. *Eccli.* 10, 9).

[5] Nada tiene para dar el diablo y, con todo su poder, no pasa de aquello que Dios le permite. Cuando el Salvador mismo le llama «príncipe de este mundo» (*Ioann.* 12, 31; 14, 30; 16, 11), no quiere con ello decir que el demonio sea señor del mundo creado por Dios, sino que es causa y, en cierto modo, señor y amo de todo lo malo y de todos los impíos del mundo (cfr. *Ioann.* 8, 34 44; *Ephes.* 6, 12; *Col.* 1, 13).

[6] Esta es la respuesta que debemos dar al tentador y a todos sus instrumentos, los tentadores. «Resistid al demonio, y él huirá de vosotros» (*Iac.* 4, 7; cfr. *Ephes.* 4, 27; I *Petr.* 5, 9).

[7] Así *Luc.* 4, 13. De donde se desprende que el diablo volvió de nuevo, acaso en el huerto de los Olivos, o tentando a los miembros de Jesús, a Judas, a Pedro y a los demás apóstoles. De igual suerte nosotros, aun después de múltiples victorias, nunca estamos a salvo de sus asechanzas. De ahí la necesidad de estar siempre vigilantes (*Matth.* 26, 41. *Marc.* 13, 37; *Ioann.* 14, 30. I *Petr.* 4, 7; 5, 8).

[8] Servíanle manjares, como en otro tiempo a Elías en el desierto, y le adoraban. Lo mismo acontece con nosotros: cuando hemos sostenido victoriosamente la prueba, el alma

94. *Acerca de la triple tentación* dice san Gregorio Magno [1]: «Nuestra mente rehuye, nuestros oídos compasivos temen oír cuando se dice que Dios-hombre fué llevado por el diablo a un monte alto o a la Ciudad Santa. Con todo, si pensamos en ello y en otros hechos, reconoceremos que no es cosa increíble. Ciertamente, el diablo es la cabeza de todos los impíos, y éstos son sus miembros. ¿No fué Pilatos miembro del diablo? ¿No fueron miembros del diablo los judíos que persiguieron a Cristo y los soldados que le crucificaron? Por qué, pues, nos admiramos de que, quien toleró ser sacrificado por los miembros del diablo, consintiera ser llevado por éste a un monte? Por tanto, no es indigno del Redentor, que consintió morir, dejarse tentar por el diablo. Justo era que con sus tentaciones venciese las nuestras, quien había venido a este mundo a vencer nuestra muerte con la suya».

95. El número «40» se lee en pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, y no deja de ser significativo como número *simbólico,* pues siempre aparece relacionado con algún castigo, con alguna penitencia o con las manifestaciones de la misericordia divina que al castigo y a la penitencia van ordinariamente aparejadas. Así acontece en los 40 días que duró el diluvio, en los 40 años que Israel peregrinó por el desierto, en los 40 días de penitencia de los ninivitas, en los 40 días de desagravio del profeta Ezequiel; y, aunque en otro aspecto, en los 40 días que el Señor conversó con sus discípulos después de la Resurrección [2]. Pero de manera especial se nos declara el profundo simbolismo de dicho número en el ayuno de Moisés, de Elías [3] y de Jesucristo, en el cual se cumplieron la Ley y los Profetas.

El número 40 parece ser, por consiguiente, el número simbólico de la *vida terrena del hombre,* en cuanto que ésta, empleada en obras de penitencia, es una preparación para la eterna. El ayuno y la penitencia de 40 días representa la consagración y entrega de la vida terrena a Dios. Por esta razón tiene la Iglesia en tanta estima el *ayuno cuadragesimal:* en él ve una práctica santificada por la Ley, por los Profetas y por el Salvador, un diezmo sagrado de los 365 días del año, un reconocimiento y una prenda de que todo el año y todos los años de nuestra vida deben estar consagrados a Dios en espíritu de penitencia y renuncia de nosotros mismos, para de esta manera asegurar el logro de la vida verdadera y perdurable.

96. Lleva el nombre de **Quarantania** o Cuarentena (Djebel Karantal) un monte de las proximidades de Jericó y de la fuente de Eliseo, a donde, según tradición constante desde el siglo XII, se retiró el Señor durante los cuarenta días de ayuno. Cuando los Cruzados llegaron a Palestina, sin duda era ya tenido el lugar en veneración por los orientales. Denomínase *desierto de Quarantania* [4] la región septentrional del desierto de Judá, comprendida entre Djebel Karantal, Macmas, Anatot y Jerusalén. El desierto de Judá se extiende a lo largo de la costa occidental del mar Muerto, uniéndose por el sur con el desierto de Arabia. Aquellas peladas montañas, aquellos barrancos profundos que descienden entre tajadas peñas hasta abismos que causan espanto, aquella tierra desolada, cenicienta, sin la menor sombra, sin un árbol, sin una brizna de hierba, hacen de este desierto uno de los páramos más pavorosos de la tierra. He aquí cómo lo describe Schubert: [5] «Jamás he visto ni recorrido región más hórrida y desapacible.

---

queda inundada de paz y alegría y Dios le otorga un refrigerio y una fortaleza, tanto mayores cuanto más duro fué el combate.

[1] *Hom. 16 in Evang.*

[2] *Gen.* 7, 12. *Num.* 13, 26; 14, 33; *Ps.* 94, 10. *Ion.* 3, 4. *Ezech.* 4, 6. *Act.* 1, 3; cfr. también *Gen.* 8, 6; 50, 3; *Lev.* 12, 2 ss.; I *Reg.* 17, 16; *Ezech.* 29, 10 ss.

[3] *Exod.* 24, 18; 34, 28; 3 *Reg.* 19, 8.

[4] Es decir, lugar del ayuno cuadragesimal. Los árabes le llaman *Kruntul.* Acerca del desierto de la Quarantania véase especialmente el artículo *Quarantaine (Désert de la)* de L. Heidet en *DB* V 903 ss.

[5] *Reise in das Morgenland* III 72.

El desierto de Arabia Pétrea y Egipto, con sus dunas y peñascos disgregados, se parece a un cementerio lleno de misteriosas piedras cadavéricas, por el que el viajero pasa sin horror. Mas el desierto que se extiende de Jericó a Jerusalén se asemeja al lecho mortuorio, donde la última chispa de vida lucha con la muerte y está a punto de extinguirse, sin fuerzas siquiera para apagarse. Lo que es para el oído el extertor del moribundo que combate rudamente con la muerte, eso mismo es para la vista la figura y el color de las raquíticas plantas y de los famélicos animalitos que se mueren desfallecidos. El pecho se siente ahogado en el ardor asfixiante del mediodía como por los cálidos vapores de un horno».

Conduce al *monte de la Cuarentena* un camino difícil y peligroso que, saliendo de la fuente de Eliseo (junto a Jericó), va por escarpadas pendientes y entre vertiginosos derrumbaderos, bordeando un talud imponente.

Según medidas tomadas por la *Exploration Fund* (sociedad inglesa de exploración), el monte, o mejor dicho, la roca (pues tal nombre se le puede dar), se eleva 492 m. sobre el mar Muerto, 323 m. sobre Ain es-Sultan (fuente de Eliseo), 98 m. sobre el Mediterráneo; yérguese escarpado y casi vertical frente a Tell es-Sultan (montículo de ruinas del Jericó de la época de Josué). Las laderas del monte están perforadas de cavernas, que antiguamente estuvieron habitadas por anacoretas.

Desde la cumbre se domina toda la vasta llanura de Jericó y las sinuosidades del Jordán con la verde espesura de sus márgenes. Al norte la vista se dilata por el país de Galaad y de Basán, recreándose en las cumbres nevadas del Líbano; al oriente se divisa el país de los antiguos amorreos; al sur se extiende el mar Muerto y parte del desierto de Judá hasta el país de los idumeos, grandioso panorama, muy propio para el objeto que el tentador se proponía en el tercero de sus ensayos.

13. Juan vuelve a dar testimonio de Jesús. Primeros discípulos

(*Ioann.* 1, 15-51)

1. Observación preliminar del evangelista. 2. Segundo testimonio de Juan acerca de Cristo. 3. Tercer testimonio. 4. Primeros discípulos de Jesús.

97. Juan dió testimonio de Jesús repetidas veces. A grandes voces solía anunciar: «Este es de quien dije: El que ha de venir después de mí, fué hecho antes que yo, pues era anterior a mí» [1]. De su plenitud hemos recibido todos nosotros gracia por gracia. Porque la Ley fué dada por Moisés; mas la gracia y la verdad fueron traídas por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo unigénito, existente en el seno del Padre, él nos lo ha contado.

He aquí el testimonio que dió Juan [2] a favor de Jesús, cuando los judíos [3] le enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para preguntarle: «¿Tú quién eres?» (¿Pretendes acaso pasar por el Mesías?) El confesó abiertamente:

---

[1] Es decir: Jesús, aun siendo *posterior a mí* en su aparición temporal y humana, era *antes que yo,* porque, en virtud de su naturaleza divina y por ser Hijo de Dios, era desde la eternidad.—Las siguientes palabras son del Evangelista san Juan, el cual fué primero discípulo del Bautista; ellas sirven de introducción al testimonio de su maestro acerca del divino Salvador.

[2] Mientras Jesús permanecía en el desierto, luego del bautismo.

[3] Es decir, el Sanedrín. Las personas que dirigían este Colegio (los sumos sacerdotes) eran de tendencia saducea; pero el partido preponderante del mismo era el fariseo. Desconfiando del ministerio del Bautista, el Sanedrín había mandado una delegación oficial que le interrogara formalmente acerca de su persona y sus obras. El Bautista contesta a los delegados que su misión es preparar el camino al Mesías, pero que el Mesías está ya entre ellos.

«Yo no soy el Cristo» [1]. «Pues ¿quién eres?», le dijeron. «¿Eres tú Elías» [2] Y dijo: «No lo soy». «¿Eres tú el profeta?» Respondió: «No». «Pues ¿quién eres tú? (dínoslo) para que podamos dar alguna respuesta a los que nos han enviado; ¿qué dices de ti mismo?» «*Yo soy, dijo entonces, la voz del que clama en el desierto.* Preparad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías» [3]. Los enviados eran de la secta de los fariseos; los cuales le preguntaron: «¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni profeta?» Respondióles Juan, diciendo: «Yo bautizo con agua [4]; pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis [5]. El es el que ha de venir después de mí, **el que ha sido hecho antes que yo;** a quien no soy digno de soltar la correa del zapato» [6]. Todo esto sucedió en *Betania,* allende el Jordán, donde Juan bautizaba [7].

98. Al día siguiente [8] vió Juan a Jesús que venía a encontrarle, y dijo: «**He aquí el cordero de Dios,** que quita los pecados del mundo [9]. Este es aquel de quien os tengo dicho: En pos de mí viene un varón, el cual fué hecho antes que yo; pues era anterior a mí. Yo no le conocía [10]; pero para que él sea manifestado en Israel he venido yo a bautizar con agua». Y dió entonces Juan testimonio de Jesús, diciendo: «*Yo he visto al Espíritu* descender del cielo *en forma de paloma* y reposar sobre él. Yo no le conocía; mas el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel

---

[1] Cfr. página 98, nota 7 al fin.

[2] Elías era esperado como precursor del Mesías (cfr. núm. 38).

[3] *Is.* 40, 3 (núm. 88). Juan quiere decir: Mi misión es ir delante del Mesías invitando al pueblo a quitar los estorbos para su venida, como el heraldo que en Oriente iba delante del rey, requiriendo a los súbditos a quitar del camino los estorbos.

[4] Cfr. página 132, nota 8.

[5] Es decir: el Mesías está ya entre vosotros; mas no le conocéis.—Juan se esfuerza, no tanto por probar a los delegados del Sanedrín el derecho que tiene a bautizar, como por dar ante ellos testimonio de la venida, de la grandeza y excelsitud del Mesías. Echales en cara que, siendo jefes y directores del pueblo, obligados a tener conocimiento cabal del Mesías, se muestran apáticos y aun hostiles frente al movimiento mesiánico.

[6] La imagen está tomada de la vida oriental: atar y soltar las sandalias era oficio del siervo o del esclavo. [7] Núm. 90.

[8] Según Belser *(Das Evangelium des hl. Johannes 51 s.),* los delegados del Sanedrín estaban presentes cuando Juan dió testimonio del Mesías.

[9] ¡Cuán significativa es esta palabra! Ella nos revela la sublimidad del *ser* de Jesús y de su vocación *redentora.* Este *cordero de Dios* estaba *figurado* en el cordero pascual y en los dos que mañana y tarde se ofrecían en nombre del pueblo, y manifiestamente *anunciado* por Isaías (53, 6 s.). Juan llama a Jesús «cordero de *Dios*», porque de Dios procede y a Dios pertenece, y a Dios está consagrada en sacrificio su vida entera, su Pasión y Muerte. Sólo en calidad de «cordero de Dios» podía Jesús llevar a cabo la satisfacción vicaria de que eran incapaces los sacrificios de la Antigua Alianza, y por ella «quitar los pecados del mundo». Profundo sentido encierran estas palabras del Bautista: «el pecado del mundo» (según el original griego). Todos los innumerables pecados que acumularon los siglos desde la caída de Adán, y los que han de acumular los siglos venideros, aparecen ante la mirada del Bautista como una culpa ingente, como un peso único, grande y gravísimo, que Jesús carga sobre sus hombros y borra y quita del mundo con su vida, Pasión y Muerte. Y no menos expresa Juan con dichas palabras la universalidad de la Redención que se extiende a todo el mundo, a todos los hombres, a todos los pueblos y tiempos. Cuando, según el concepto humano y las apariencias, nadie veía en Jesús sino al hijo del carpintero de Nazaret, Juan le anuncia como a Redentor del mundo. Y la historia ha confirmado en su proceso y desarrollo el testimonio de Juan, reconociendo en Jesús al Redentor del mundo. ¡Qué cúmulo de ideas elevadas, de verdades consoladores y de importantes perspectivas apologéticas!: «¡He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!»

[10] Núm. 91.

sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo y reposa sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo le he visto; y por eso doy testimonio de que él es **el Hijo de Dios**» [1].

Otro día [2] estaba el Bautista en el Jordán con dos de sus discípulos. Y viendo a Jesús que pasaba, dijo: «*Ved el cordero de Dios*». Los dos discípulos, al oírle hablar así, se fueron en pos de Jesús [3]. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, díjoles: «¿Qué buscáis?» Respondieron ellos: «Maestro, ¿dónde vives?» Respondióles: «Venid, y lo veréis». Fueron, pues, al lugar donde habitaba, y se quedaron con él aquel día; era entonces como la hora décima [4]. Uno de los dos era *Andrés*, hermano de Simón *Pedro*. El primero a quien éste halló fué su hermano *Simón*, y le dijo: «Hemos hallado al *Mesías*» [5], Y le llevó a Jesús. Y Jesús, mirándole con fijeza, le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú te llamarás *Cefas*» [6].

99. Al día siguiente (del llamamiento de Pedro), quiso Jeús encaminarse a Galilea; en el camino encontró a *Felipe* [7], y le dijo: «Sígue-

[1] San Juan hace resaltar que sus testimonios de la mesianidad y divinidad de Jesús están fundados en una revelación recibida de Dios y en el prodigio que se obró en el bautismo de Jesús.

[2] Después del testimonio arriba citado. La precisión en los datos relativos a las personas, a los tiempos y lugares revelan al testigo presencial.

[3] Jesús quiso recibir los primeros discípulos mediante el Precursor, para honrar la misión de éste. Es claro que ambos discípulos trataban de ir a ver a Jesús, una vez que hubiesen descubierto la casa en que vivía. Jesús se les adelanta con su pregunta e invitación. Hermosa ilustración de *Ioann.* 6, 37.

[4] Es decir, eran las cuatro de la tarde cuando llegaron a la mansión del Señor. Quedáronse aquella noche con él hasta el siguiente día. Es de notar la frescura y viveza con que el discípulo amado nos pinta, 60 años más tarde, su primer encuentro con el Salvador. Sin duda él era el otro discípulo que con Andrés visitó la mansión del Señor, pero por modestia omite su propio nombre.—También las palabras del Bautista: «¡He aquí el cordero de Dios!» se grabaron profundamente en el ánimo del Evangelista san Juan; pues de esta imagen se sirve con frecuencia en el *Apocalipsis*.

[5] Estas palabras nos revelan el ardiente deseo, el ansia con que estos hombres piadosos esperaban al Redentor.

[6] *Kephas* en arameo y *Pétros* en griego significan *roca*. Oscuro y enigmático parecía a Pedro lo que Jesús le quiso decir con el cambio de nombre. Mas para nosotros no hay en ello misterio alguno.—En las enumeraciones de apóstoles siempre va Pedro el primero, y a veces con la adición: *el primero (Matth.* 10, 2); lo cual obedece, sin duda a la preeminencia de que gozaba entre los apóstoles; pues, en el tiempo, Andrés fué el primer discípulo, y con él, Juan. Y no dicen los evangelistas: «el segundo», «el tercero», etc. Entre los tres privilegiados, Pedro ocupa siempre el primer puesto: «Pedro, Santiago y Juan», y se le antepone aún al discípulo amado. Muchas veces se le nombra sólo a él, dándole categoría sobre los demás: «Pedro con los Once», «Pedro y los apóstoles», «decid a mis discípulos y a Pedro», y otras frases a este tenor. Desde el primer llamamiento destaca tan claramente en todo el Evangelio la persona de Pedro sobre los demás apóstoles, que salta a la vista el destino que le está reservado: ser jefe y cabeza de todos. A su casa va a vivir el Señor; desde su barca enseña al pueblo; por él paga el tributo del Templo de manera prodigiosa; ruega por él para que no mengüe su fe; le habla personalmente en el huerto de Getsemaní: «¿Duermes Simón?» Magdalena le lleva la primera noticia de la Resurrección y a su testimonio se aquietan los discípulos, incrédulos hasta entonces: «El Señor ha resucitado verdaderamente, y se ha aparecido a Simón». Acerca de la primacía de Pedro después de la Ascensión del Señor, cfr. núm. 536.—Jesús le mira con los ojos de su divina omnisciencia y, en la primera palabra que le dirige, le dice quién sea y qué haya de ser: la roca sobre la cual el divino arquitecto ha de edificar su Iglesia, tan firme que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella *(Matth.* 16, 18). Este nombre tan significativo fué en adelante su nombre personal.

[7] Probablemente ya en Galilea. Del lugar del bautismo hasta Escitópolis, que está en

me» [1]. Felipe Era de Betsaida [2], patria de Andrés y Pedro. Felipe halló a *Natanael* [3] y le dijo: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y anunciaron los profetas, a Jesús de Nazaret, el hijo de José» [4]. Respondióle Natanael: «¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?» [5] Dícele Felipe: «Ven y lo verás» [6]. Vió Jesús venir hacia sí a Natanael, y dijo de él: «He aquí un verdadero israelita [7], en quien no hay doblez». Dícele Natanael: «¿De dónde me conoces?» Respondióle Jesús: «Antes que Felipe te llamara, yo te vi cuando estabas debajo de la higuera» [8]. Al oír esto Natanael, le dijo: *«¡Maestro! Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel»* [9]. Replicóle Jesús: «Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera crees; mayores cosas que éstas verás todavía. En verdad, en verdad os digo, algún día veréis abierto el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar [10] sobre el Hijo del hombre».

---

los límites de Galilea, hay unos 90 Km., más de 20 horas, y de Escitópolis a Caná todavía 35 Km., unas 9 horas.

[1] Este llamamiento de los primeros discípulos no había tenido antes otro alcance sino ponerlos en relación con Jesús. La vocación propiamente dicha se realizó más tarde en Galilea, a orillas del lago de Genesaret.

[2] Que significa «lugar de pescadores». Estaba próximo a Cafarnaum (más detalles en núm. 106).

[3] Era de Caná de Galilea, como se colige de *Ioann.* 21, 2, único pasaje donde se le vuelve a nombrar. Aparece allá, sin embargo, en medio de los apóstoles, cuando el Salvador resucitado confirió a Pedro el cargo de pastor supremo. Los demás evangelistas nombran a *Bartolomé* junto a Felipe en las listas de apóstoles (*Matth.* 10, 3; *Marc.* 3, 18; *Luc.* 6, 14). De ello se ha deducido, y no sin razón, que Bartolomé y Natanael son una sola y misma persona, siendo Natanael nombre propio y Bartolomé el sobrenombre del Apóstol (*Bar Tholmai,* hijo de Tolmai; como *Bar Jona, Bar Timaeus,* etc.) En el lugar donde se supone haberse levantado su casa fué más tarde edificada una iglesia (cfr núm. 105).

[4] Estas palabras de Felipe reflejan la opinión común de los contemporáneos acerca de Jesús. Del misterio del nacimiento milagroso de Jesús todavía no podía tener noticia alguna. Obsérvese la fidelidad informativa del evangelista.

[5] Cfr. *Ioann.* 7, 52; los sumos sacerdotes y fariseos se mostraban parciales y engañados haciendo decir a la Sagrada Escritura que de Nazaret no sale profeta alguno. Solían despreciar a Galilea y ensalzar a Judea. Pero Isaías (9, 1 s.) había profetizado que de Nazaret había el Mesías de derramar la luz de su verdad y gracia. Mas también se cumplió la profecía de que Jesús había de nacer en Belén.

[6] Es decir: ¡Déjate de prejuicios! ¡Examínalo honradamente! Cfr. *Ioann.* 12, 21 y 14, 8.

[7] Es decir, no sólo por el nacimiento, sino también por su carácter, hijo fiel del patriarca Jacob, que tenía por sobrenombre Israel. «En el cual no hay dolo» significa: desea realmente y con veras el «consuelo de Israel»; está dispuesto a dejar de lado su prejuicio («¿puede venir cosa buena de Nazaret?») y a comprobarlo honradamente. Jesús, que vió a Natanael antes que le llamase Felipe, conocía seguramente la conversación que con éste había tenido.

[8] Jesús vió lo que debajo de la higuera pasaba entre Natanael y su Dios y lo que aún hacía vibrar el alma del israelita. Jesús se lo dió a entender y, sin más, Natanael quedó convencido de la mesianidad de quien así le hablaba. Parecido es lo que aconteció con la Samaritana (*Ioann.* 4, 29; y con Tomás, *Ioann.* 20, 28). Qué fuera ello, difícilmente podemos conjeturarlo, no habiéndonos el evangelista descorrido el velo del misterio.

[9] El Mesías prometido por los profetas. En la mente de Natanael aun no va unido a la expresión «Hijo de Dios» el conocimiento claro y pleno de la naturaleza y persona divinas de Jesús. Había de entenderlo más tarde en el trato con el Maestro. El primero en expresar con claridad la filiación divina y eterna de Jesús es el Apóstol san Pedro (*Matth.* 16, 13 ss.). Véase Jansen en *ZKTh* 1909, 262 ss.

[10] Alusión a la escala de Jacob (*Gen.* 28, 12 ss.), símbolo del comercio entre el cielo y la tierra, que se ha establecido plenamente mediante el Redentor y se ha de manifestar de manera sublime ante los discípulos. Ello comenzó a cumplirse en el milagro que luego siguió, y en toda la vida prodigiosa de Jesús, pero de manera especial en la Transfigura-

100. El Hijo del hombre[1]. Según testimonio acorde de los Evangelios, Jesús se dió a sí mismo frecuentemente el título de «Hijo del hombre». Esta denominación aparece como algo natural y sabido de todos, sin una palabra del Señor que lo explique, sin una pregunta o una señal de admiración por parte de los oyentes. Es un *título mesiánico honorífico*. Todos los pasajes bíblicos en que aparece admiten interpretación mesiánica; y los más de ellos, especialmente *Matth.* 16, 13 ss. y las profecías relativas a la Pasión y a la Parusia, no sufren otra interpretación sino la mesiánica. Además, Jesús se lo da a sí mismo desde los primeros días de su vida pública; estaba, por consiguiente, de antemano convencido de su dignidad mesiánica, y se presentó ante los suyos con manifiesta conciencia de su mesianidad. Es insostenible la hipótesis de la evolución paulatina de la conciencia mesiánica de Jesús. La fuente o raíz del título está en aquella visión de Daniel[2] en la cual se mostró al Profeta un personaje «semejante al Hijo del hombre», que venía entre nubes y fué adornado de *eterna* potestad real sobre *todos* los pueblos, tribus y lenguas. Dicho título se da el Salvador a sí mismo siempre que cumple la misión de Redentor y Salvador[3], cuando habla de su Muerte y Pasión[4], de la segunda venida como juez del mundo y del término de todo el plan de la Redención[5]. «Jesús declaró con toda precisión la idea de que el Hijo del hombre desarrolla en tres fases su vida y su obra: primero en la figura de la humanidad pobre y humillada, luego en la figura de siervo paciente que va a la muerte, finalmente en la figura de juez que viene a juzgar al mundo rodeado de gloria y majestad».

Pero ocurre preguntar: ¿entendieron los contemporáneos y compatriotas de Jesús la relación que el título escogido por Jesús guardaba con la profecía de Daniel? ¿Vieron en él un título mesiánico? Al parecer, no. Y se explica; porque el Hijo del hombre aparece en Daniel rodeado de la gloria de Dios; mas Jesús se presentó vestido de humildad. La profecía de Daniel alude a la instauración del reino de Dios; mas los judíos, que soñaban con un gran reino temporal, no vieron cumplido el vaticinio en el reino espiritual de la verdad y de la gracia, fundado por Cristo; por lo mismo no supieron relacionar a Jesús con el Hijo del hombre de la profecía de Daniel. Una vez cayeron en cuenta de que el Salvador se aplicaba el título de «Hijo del hombre» en el sentido del vaticinio de Daniel; fué cuando solemnemente declaró ante el Sanedrín que le juzgaba: «Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo»[6]. Inmediatamente replicaron los sanedristas: «¿Eres tú, pues, el Hijo de Dios?»[7].

Mas ¿por qué escogió Jesús el título de «Hijo del hombre», pudiendo haber escogido otro cualquiera? He aquí la respuesta clara y atinada de Bartmann:[8] «La razón de haberlo adoptado está en que era ciertamente conocido; pero, sin embargo, quedaba como en suspenso y envuelto en el misterio. ¿Qué pensar de la oscura visión de Daniel, mientras no se hiciera comprensible y palpable con la aparición concreta de Jesús? El Hijo del hombre de la visión era, ante todo, un príncipe; y sin embargo, precisamente por su transcendencia (por su carácter sobrehumano) no era un rey de la casa de David: *era un Mesías sin tinte político y temporal*. El vástago de David, el Mesías, era el titular del reino de

---

ción, y más tarde cuando, luego de la entrada solemne en Jerusalén, la voz del cielo dió testimonio de él; finalmente en la gloriosa Ascensión a los cielos (*Matth.* 17, 1 ss.; *Ioann.* 12, 28; *Act.* 1, 9 ss.).

[1] Cfr. Fr. Tillmann, *Der Menschensohn; Jesu Selbstzeugnis für seine messianische Würde,* en *BSt* 12, 1/2 (1907); el mismo, *Jesus der Menschensohn* en *BZF* I, 11 ([4]1920); Bartmann, *Das Himmelreich und sein König nach den Synoptikern* (Paderborn 1904) 85 ss.; Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 310 ss.; Hartl en *BZ* VII (1909) 342-354.

[2] *Dan.* 7, 12 ss. [3] Por ejemplo, *Matth.* 9, 6; *Marc.* 2, 10; *Luc.* 5, 24.

[4] Por ejemplo, *Ioann.* 3, 14; *Marc.* 8, 31; 9, 30, etc.

[5] Por ejemplo, *Matth.* 24, 30; 25, 31; *Marc.* 13, 26.

[6] *Matth.* 26, 64. *Luc.* 22, 69.

[7] *Luc.* 22, 70. [8] *Das Himmelreich* etc. 106 s.

Dios que había de tener su centro en Sión, el rey que había de quebrar los cetros de todos los reyes paganos y traer a sus pies a todos los pueblos del orbe. En cambio *Hijo del hombre* será el título del Señor en el reino escatológico, cuando venga a proclamar el señorío *completo* de Dios sobre la humanidad. Ese reino escatológico es el punto luminoso de su vida y vocación. No es, pues, de maravillar que mire a menudo con el título de «Hijo del hombre» a ese dorado fin, para consolarse cuando no encuentra «donde reclinar su cabeza»; para estimular a los suyos, puesto que en aquel momento ha de quedar definitivamente sellada la «salvación»; para amenazar y castigar a los enemigos, porque entonces aparecerá rodeado de poder y gloria, terror de todos los adversarios».

14. Las bodas de Caná. Primer milagro de Jesús [1]. En Cafarnaum

(Ioann. 2, 1-12)

1. El milagro de Caná. 2. Jesús en Cafarnaum.

101. Tres días después [2] se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, a las cuales asistió la madre de Jesús [3]. Fué también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos [4]. Y como viniese a faltar el vino, dijo a

[1] Cfr. L. Fonck, *Die Wunder des Herrn im Evangelium* I² (Innsbruck 1907) 127 ss.; Fillion, *Les miracles de N.-S. Jésus-Christ* II (París 1910) 5 ss.; Dausch, *Die Wunder Jesu,* en *BZF* V, 11/12 (1912), 48 s.; Bartmann, *Christus ein Gegner des Marienkultus?* (1909) 61-95; Schäfer, *Die Wunder Jesu in Homilien erklärt*⁸ (Friburgo 1912) 1-13; K. Weiss, *Die Fürbitterin in Kana* (Eichstätt 1924). Lo que el Apóstol san Juan nos cuenta de las bodas de Caná es, sin duda, un hecho histórico que presenció y consignó en su Evangelio como testigo ocular. Como testigos del hecho aparecen también los criados, el maestresala, los esposos y los invitados. Que el Evangelista pretende relatar una historia real y no exponer un símbolo, se colige de una cita posterior de su Evangelio (4, 46): «Fué Jesús nuevamente a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino». No es ésta la manera de aludir a un símbolo o alegoría, sino a un hecho histórico. Numerosas circunstancias del suceso, como por ejemplo los datos cronológicos, el número y el volumen de las hidrias, la broma del maestresala, revelan un testigo presencial y no admiten interpretación alegórica ni simbólica. Si el Evangelista, que se propone relatarnos cuanto «Jesús hizo en presencia de sus discípulos» (20, 30 s.) para que los lectores del libro «crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios», no quiso en este relato exponer un hecho histórico real, sino una alegoría o un símbolo, debería habérnoslo indicado de alguna manera; mas no hay una sola palabra que establezca diferencia entre el carácter de este relato y el de los demás. Ahora bien, a juzgar por lo que el testigo ocular nos cuenta, lo allí acaecido fué un verdadero *milagro.* Pues no hay *virtud natural* capaz de cambiar la esencia de una cosa en la forma que aquí sucedió. El milagro tenía por objeto manifestar y atestiguar la «gloria», la majestad y virtud divina de Jesús, y robustecer la fe de los discípulos en Jesús, el Mesías enviado por Dios. Esta fué la finalidad moral del milagro, la cual se consiguió plenamente. Porque «sus discípulos creyeron en él»; échase de ver el alcance de esta frase observando que el evangelista que nos describe el hecho era discípulo y testigo ocular; con ello quiere decir: «nuestra fe, imperfecta hasta entonces, se fortaleció con aquel prodigio». Un falsario nos hubiera pintado el efecto producido en los esposos, en los invitados, en la turba, etc. Mas el evangelista se fija aquí (como también más tarde en 2, 17-22; 11, 15; 21, 12) sólo en los *discípulos,* porque él era discípulo y testigo ocular.

[2] Después de la conversación con Natanael, unos dos meses después del bautismo del Señor, a principios de mayo.

[3] Acaso porque fuese pariente de los novios; y como Jesús regresase por aquel entonces de Judea, fué también él invitado con los discípulos que había reunido en torno suyo. Acerca de los usos y costumbres nupciales en Palestina, cfr. *HL* 1872, 47; Kalt, *Biblische Archäologie* núms. 42 y 56.

[4] No nombrándose a *san José,* esposo de la Virgen María, se admite comúnmente que ya había *muerto,* quizá no mucho antes. Lo cierto es que ya no vivía en la época de la Pasión, pues Jesús encomendó a su madre al cuidado del discípulo amado. La piedad cris-

Jesús su madre: «No tienen vino» [1]. Respondióle Jesús: «*Mujer, ¿a ti y a mí, qué?* Aun no es llegada mi hora» [2]. Dijo entonces su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». Había allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos [3], en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaras [4]. Díjoles Jesús: «Llenad de agua aquellas hidrias». Llenáronlas hasta arriba. Díceles después Jesús: «Sacad

---

tiana se recrea en la consideración del cuadro consolador de la muerte del glorioso Patriarca en brazos de Jesús y en presencia de su santísima esposa, la Madre de Dios. Cfr. Seitz, *Die Verehrung des hl. Joseph* (Friburgo 1908); P. Meschler, *Der hl. Joseph*[6] (Friburgo 1919).

[1] Tres cosas encierran estas palabras: 1, amorosa y tierna compasión de María ante el apuro de los esposos; 2, confianza en que Jesús va a poner remedio; 3, súplica humilde y respetuosa a su divino Hijo para que se digne socorrerlos.

[2] Las palabras: «Mujer, ¿a ti y a mí, qué?», en la lengua aramea en que fueron pronunciadas por el Salvador (como en el hebreo: cfr. *Ios.* 22, 24; *Iudith.* 11, 12; II *Reg.* 16, 10; 19, 22; III *Reg.* 17, 18; IV *Reg.* 3, 13; 9, 18 s.; II *Par.* 35, 31; véase también *Matth.* 8, 29; 27, 19; *Luc.* 8, 28) encierran una fórmula denegatoria, difícil de traducir; algo así como «¿qué tenemos que hacer tú y yo en este asunto?» El Salvador, una vez comenzada su vida pública, en la cual está a las órdenes del Padre celestial, rechaza la ingerencia de su madre humana; en todas las obras mesiánicas sólo mira a «su hora», y la hora se la señala sólo el Padre celestial, no su madre según la carne. Quiere, por tanto, decir aquí: «Déjalo a mi cuenta; todavía no ha llegado la hora de socorrerlos». Pero debemos advertir: 1. Esta fórmula denegatoria, de uso frecuente, en modo alguno encierra siempre una desatención, sino quiere expresar, según el contexto, las circunstancias o el tono de la voz, que nada tiene uno que ver con cierta persona o en determinado negocio, o que no se quiere entrometer uno en el pensamiento, en el deseo o en el ruego de alguno, ya directa ya indirectamente. Si nos atenemos al contexto, Jesús emplea la citada fórmula en un sentido amistoso y dulce.—El haberle llamado «mujer» en vez de «madre» encierra algo serio y solemne, pero no desatento; la expresión no contraviene en nuestro caso (como tampoco en *Ioann.* 19, 26) a los sentimientos de amor y respeto; por el contrario, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento tiene el mismo valor que le damos hoy, y lleva consigo cierto sentido de dignidad y elevación (cfr. *Gen.* 2, 23; 3, 15; *Ruth.* 3, 11; *Prov.* 31, 10; *Iudith* 8, 29, etc.); y quizá deliberadamente usó de ella Jesús en esta ocasión, como en la Cruz, en vez de «madre»—aquí, para indicar la separación arriba indicada de las relaciones naturales, en la Cruz, para no aumentar el dolor de María con el dulce nombre de madre.—3. Tampoco fué absoluta la repulsa; mas quedó aclarada en las palabras que luego siguieron: «Mi hora (de intervenir para socorrerlos) no ha llegado (por el momento)»; pero llegará y no se hará esperar. Ciertamente, la madre de Jesús entendió al punto el alcance de las palabras de su divino Hijo, y no vió en ellas una absoluta repulsa, como lo demuestra el aviso que diera a los criados, de estar preparados a la primera señal —De las numerosas explicaciones que se han dado de este pasaje, vamos a citar sólo dos. las cuales, a nuestro juicio, no son acertadas: Hoberg (*Jesus Christus. Vorträge auf dem Hochschulkurs zu Freiburg* 1908, pág. 31, nota 2) no entiende como pregunta, sino en sentido admirativo, las palabras: «Mujer. qué a ti y a mí», y les da este giro: «¡Qué pasa entre nosotros dos, es decir, qué íntima unión de pensamientos existe entre nosotros dos, que has adivinado lo que yo me proponía hacer! empero no quiero hacer todavía el milagro. sino cuando pase un breve espacio de tiempo».—Knabenbauer (*Comm. in Evang. sec. Ioann.* 120) entiende las palabras «mi hora» como pregunta: «¿No ha llegado mi hora?», es decir: ¿No he aparecido yo ahora públicamente para manifestarme por medio de milagros? Pierde cuidado.

[3] Para lavar las manos y limpiar las vasijas, como solía hacerse antes de comer, en conformidad con las prescripciones de los rabinos.

[4] En griego y en latín *metretas*. La medida para líquidos, hallada en Jerusalén por el P. Germer Durand, el *bath*, cabe 21,25 litros. De acuerdo con esto, el total del vino de las hidrias ascendía a 382 litros (cfr. *Conférences de Saint-Etienne* [Ecole pratique d'Etudes bibliques] 1909/10, París 1910. En la tercera conferencia trata el P. Germer Durand [asuncionista] de las medidas de capacidad usadas por los hebreos en tiempo de Jesucristo). Tan *liberalmente* socorrió Jesús a los esposos, que sobró abundante provisión de vino, como más tarde en la multiplicación de los panes. Es, además, de notar que las fiestas nupciales duraban varios días y que acaso tomaba parte en ellas toda la aldea.

ahora y llevádsela al maestresala» [1]. Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino,—como él no sabía de dónde era, bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado,—llamó al novio y le dijo: «Todos sirven primero el vino mejor; y cuando los convidados están bebidos [2], sacan el más flojo; tú al contrario, has reservado el buen vino hasta ahora».

102. En Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros, con lo que manifestó su gloria [3], y sus discípulos [4] creyeron en él. Después de lo cual pasó con su madre, sus hermanos [5] y sus discípulos a *Cafarnaum* [6], donde se detuvo unos pocos días.

103. No carece de **profundo misterio** haber iniciado el Señor su vida pública asistiendo a una *boda*, obrado en ella su *primer milagro* y haberlo obrado a ruego de su benditísima *Madre.* Los comentadores antiguos descubren aquí muchas relaciones secretas con la obra de la Redención. El *matrimonio* es una imagen terrena de la *alianza de Dios* con la humanidad; imperfecto en la Antigua Alianza, como lo era ésta misma, fué restituído por Jesús a su primitiva pureza[7] y elevado a sacramento, para que así pudiera representar dignamente la Alianza perfecta, Nueva y eterna, y simbolizar fielmente *la unión de Cristo con su Iglesia* [8]. El matrimonio proporciona a la Iglesia hijos con los que ésta complete el número de los escogidos. Por eso quiso Jesús declarar con su presencia y la de su santísima Madre que el *matrimonio no es pecaminoso* y quiso honrarlo con el primer milagro, que fué la manifestación de su divinidad y contribuyó al afianzamiento de la fe de los discípulos.

El *milagro de la transformación* del agua en vino es figura del más sublime de los sacramentos, en el cual Cristo celebra los más altos misterios de su alianza con la humanidad, la Encarnación y la Pasión; lo es también del banquete exquisito en que él se une íntimamente con el alma. Su *bendita Madre* asiste como una segunda Eva, como instrumento escogido de la Encarnación, como natural intercesora y medianera de las gracias de su divino Hijo. Los *discípulos* nos enseñan que la fe viva en la divinidad de Jesús es condición primera e indispensable para pertenecer a Cristo y a su Iglesia.

104. Los «hermanos y hermanas» de Jesús [9] no se deben entender en

---

[1] El inspector y director del banquete, de ordinario uno de los amigos del anfitrión. Tenía a su cargo la cocina y la bodega y dirigía la servidumbre.

[2] El maestresala habla por experiencia de lo que acontece de ordinario, con cierto humorismo.

[3] «Gloria como del Unigénito que procede del Padre» (*Joann.* 1, 14, núm. 41).

[4] Ya habían creído en él como Mesías, y por ello le habían seguido. Con este milagro se robusteció su fe.

[5] Cfr. núm 104.

[6] Unos 30 Km. de Caná, 37 Km. de Nazaret, en el lago de Genesaret (núm. 106). Esta «bajada» a Cafarnaum fué sólo *una visita transitoria;* no confundirla con aquella otra, cuando vino a establecerse en la ciudad del lago de Genesaret. luego que sus conciudadanos le echaron de Nazaret (*Matth.* 4, 13. *Luc.* 4, 31). Acaso fué una visita a los padres de sus primeros discípulos; quizá quiso el Salvador, una vez llegado el tiempo de su vida pública, presentarse en aquella concurrida ciudad comercial y manifestarse en Galilea precedido de la fama que debió de darle el sorprendente milagro de Caná, antes de acudir a la fiesta de Jerusalén para allí dar a conocer su misión divina.

[7] *Matth.* 5, 32; 19, 7 ss. I *Cor.* 7, 10 s. 39.

[8] *Ephes.* 5, 22-33.

[9] Acerca de los «hermanos de Jesús» cfr. *KL* II² 1342. Ya *san Jerónimo* refutó brillantemente en su libro contra Helvidio (especialmente c. 3 6 ss. 11 s. 13 ss.) las objeciones, arriba apuntadas, contra la perpetua virginidad de María. De modo irrefutable demuestra Meinertz (*Der Jakobusbrief und sein Verfasser in Schrift und Überlieferung,* Friburgo 1905) 6 ss. (*BSt* X fascículo 1-3) con argumentos positivos y negativos, que los

el sentido estricto de la palabra, sino en el de *parientes próximos* [1], cuyos padres nombra expresamente la Sagrada Escritura: María, «hermana» (acaso «consanguínea») de la madre de Jesús, con la cual estuvo al pie la Cruz [2], y Alfeo o Cleofás, su marido (por lo que a aquélla se le llama también María de Cleofás). En algunos pasajes se habla de los ***hermanos*** de Jesús en general [3], en otros se les menciona en particular. Sus nombres son [4]: Santiago, José, Simón y Judas. Santiago y Judas eran apóstoles; mas no Simón, que fué el segundo obispo de Jerusalén [5]. Santiago (el Menor) se da a sí mismo el nombre de [6] «Santiago, siervo de nuestro Señor y Dios Jesucristo»; y Judas (Tadeo) comienza su carta con estas palabras: «Judas, siervo de Jesucristo, hermano de Santiago».— La ***tradición*** viene a completar los datos de la Sagrada Escritura. Epifanio preguntaba hacia el año 375 a los adversarios de María: «¿Quién osó nunca pronunciar el nombre de María sin añadir «la Virgen?» [7] San Jerónimo alega a Ignacio, Policarpo, Ireneo, Justino y a otros muchos varones apostólicos [8]; y tiene razón en apoyarse en la autoridad de ellos, como podemos demostrarlo. Pues aunque estos Padres no hablaron directamente de los «hermanos de Jesús», dieron unánime testimonio de la virginidad de María, con lo cual indirectamente declararon el sentido que se debía dar a la expresión «hermanos de Jesús» [9]. Esta tradición de la virginidad perpetua de María no puede estar adulterada; su universalidad y antigüedad son garantía de verdad.

El llamarse Jesús **primogénito** de María [10], es porque en griego y en latín sucede como en alemán y en castellano, que no hay una palabra adecuada para expresar la hebrea, la cual no encierra idea numérica, sino legal: la idea de que el primer hijo debía consagrarse al Señor [11]. De donde primer hijo no significa que la madre haya tenido otros después. Como cuando decimos: «esta mujer murió al primer parto», nadie entiende que después haya tenido otros hijos.

Cosa análoga sucede con las partículas: **antes que, hasta que,** relacionadas con el parto virginal de María [12]. No indican necesariamente que una cosa no acaecida hasta entonces hubiera sucedido *después*. El sentido se infiere más bien del contexto; el cual es aquí abiertamente opuesto a que María hubiese

---

«hermanos de Jesús» no eran hijos según la carne de José y María o hijos de José de matrimonio anterior. Cfr. también Durand en *RB* 1908, 9-35 y en el libro *L'Enfance de Jésus-Christ* (París 1908) 217 ss.—La afirmación sentada recientemente por el sabio protestante Zahn, de ordinario tan razonable (*Forschungen zur Geschichte des ntl Kanons* VI, Leipzig 1900, 362): «Después de haber María engendrado a su primer hijo Jesús, consumó José el matrimonio y tuvo de ella a Santiago, José, Judas, Simón y varias hijas», ha sido rechazada como se merece por Bardenhewer (*LR* 1901, 7 s.). «Tanto los argumentos bíblicos como los de tradición (aducidos por Zahn) son tan deleznables y apolillados, que es difícil creer al autor cuando asevera haber tratado históricamente la cuestión histórica, según exigía la naturaleza del asunto, sin *pararse en* el aspecto dogmático u ético». En el hermoso artículo *Mariä Verkündigung* (*BSt* X, fascículo 5) insiste Bardenhewer en la cuestión y advierte que la réplica de Zahn (*Katholische Kritik,* en *NKZ* XII [1901[206 ss.) no le hace «retirar ni una sola de las palabras» del artículo anterior.

[1] Cfr. *Gen.* 12, 5 13; 13, 8; 20, 2 5 12; 29, 15; 31, 23. Cfr. también Gesenius, *Hebräisches und chaldäisches Handwörterbuch,* en la palabra *ach,* hermano, donde dice: «Los hebreos usan el nombre de "hermano" en las siguientes relaciones: 1, primo, pariente en cualquier grado (*Gen.* 14, 16; 13, 8; 29, 12 15)», etc.—Es muy de notar: 1, que en la Sagrada Escritura nunca se habla de «hijos» de José y María, sino sólo de «hermanos y hermanas de Jesús», —precisamente en la acepción de «parientes»; 2, que Jesús encomendó a su madre al cuidado de san Juan.

[2] *Ioann.* 19, 25; cfr. *Matth.* 27, 56 61; *Marc.* 15, 40 47.

[3] *Matth.* 12, 46 ss. (Cfr. *Marc.* 3, 31 ss.; *Luc.* 8, 19 ss.); *Ioann.* 2, 12; 7, 3 ss. *Act.* 1, 14. I *Cor.* 9, 5. [4] *Matth.* 13, 55. *Marc.* 6, 3; 16, 1. *Luc.* 24, 10.

[5] *Matth.* 10, 3. *Marc.* 3, 17. *Luc.* 6, 15 s. *Act.* 1, 13. *Gal.* 1, 19.

[6] *Iac.* 1, 1. [7] San Epifanio, *Haer.* 78, 6.

[8] San Jerónimo. *Adv. Helv.* c. 17.

[9] Blume, *Das Apostolische Glaubensbekenntnis* (Friburgo 1893) 127-163.

[10] *Matth.* 1, 25. [11] *Exod.* 13, 2 ss. *Num.* 3, 47 ss.; 18, 15 s.

[12] *Matth.* 1, 18 25.

cesado de ser virgen después del nacimiento de su divino Hijo.—Del cuervo que despidió Noé del Arca se dice: «No volvió *hasta que* la tierra estuvo seca», [1] es decir, según el contexto: no volvió; y de Micol, hija de Saúl, se dice: «no parió hijos hasta el día de su muerte» [2], es decir, no volvió a dar a luz.

105. Caná [3] de Galilea, llamada así para distinguirla de otra Caná, situada a tres horas de Tiro, es, según muchos, la actual *Cafr-Kenna,* aldea de cierta importancia, al nordeste de Nazaret, de la que dista hora y media en coche. Está situada en la vertiente meridional de una colina. Cinco minutos al sur de la aldea hay una fuente a la que van por agua las mujeres con sus cántaros, como en tiempo de Cristo. En las proximidades de Caná se ven hermosas plantaciones de olivos y de otros árboles. Todavía indica la tradición el lugar en que se celebraron las bodas de Caná. Ya el peregrino de Piacenza (580) [4] debió de encontrar una iglesia, pues nos habla de un altar [5]. Es probablemente la misma de la cual dice Nicéforo Calisto [6] haber sido construída por santa Elena. San Wilibaldo (véase Apéndice 1, 15) hace mención el año 727 de una gran iglesia de Caná. Los Cruzados edificaron allí un hermoso templo. Sobre las ruinas de éste comenzaron a construir en 1879 los PP. Franciscanos una iglesia con un monasterio anejo. En la supuesta casa de Natanael hay una capilla en honor del Apóstol san Bartolomé (cfr. pág. 143, nota 3).

Otros sabios buscan a Caná en el lugar llamado Chirbet-Kana, dos horas al noroeste de Kafr-Kenna. La hipótesis no parece imposible en absoluto. Las ruinas que se ven en Chirbet-Kana, por lo menos las de la colina, indican construcción sólida.—De las cercanías de Caná merecen especial mención en el camino que va a Nazaret las aldeas de *el-Meschhed* (a media hora de la fuente de Caná) y de *er-Rene* (veinte minutos más adelante). Al norte de Caná se extiende una fértil llanura, que por el oeste llega hasta Séforis (pág. 85, nota 6), y por el este, hasta Lubiyé, con una longitud de 12 Km. (de este a oeste) y una anchura de 3 Km. (de norte a sur); en la región oriental de la llanura creyeron hallar los peregrinos de la Edad Media el lugar donde los discípulos de Jesús *cogieron espigas* en día de sábado. En el borde septentrional, a unos 4 Km. de Caná y frente a ella, se ve la aldea de *Turan*; 3 $^1/_2$ Km. al este encontramos *Khirbet Meskeneh* (ruinas), 1 $^1/_2$ Km. más adelante, Lubiyé, y 4 Km. al nordeste, la *aldea de Hattin* y el *monte Kurn Hattin,* es decir, cuernos de Hattin. Todos estos lugares se ven desde el camino que conduce a Tiberíades.

106. Cafarnaum [7], situada en los confines de Zabulón y Neftalí (cfr. *Matthaei* 4, 13) y perteneciente a esta última, en la ruta de Damasco y a orillas del lago de Tiberíades, era una importante escala de comercio con despacho de aduanas. Allí vivía Pedro con su hermano Andrés; allí vivían Juan y Santiago; allí llamó Jesús a Mateo, sacándolo de su garita de alcabalero; allí enseñó con preferencia Jesús su doctrina y allí obró muchos milagros; allí curó al siervo del centurión, a la suegra de Pedro, al hijo del funcionario real, a la Hemorroisa, al enfermo de gota que fué introducido en la casa por el tejado, a muchos posesos, etc., y allí resucitó a la hija de Jairo. Allí finalmente hizo la promesa de la Eucaristía.

---

[1] *Gen.* 8, 6 s. [2] II *Reg.* 6, 23.

[3] Cfr. P. Barnabé Meistermann, *Nouveau guide de Terre sainte* 398 ss.; Leo Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 192 y 349; *P. Aegidius Geissler, der erste Pfarrer von Kana,* en *HL* 1887, 101-130.

[4] Geyer, *Itinera* 161 (véase Apéndice I, 11).

[5] Opina Geyer que en el respectivo pasaje de las memorias del Peregrino de Piacenza hay una laguna; de ahí el no hallarse (actualmente) mención de la iglesia.

[6] *Hist. eccl.* 8, 30, en *Migne* 147, 113.

[7] Este nombre significa «aldea o lugar del consuelo»; según los rabinos, lugar (sepulcro) del profeta Nahum; según san Jerónimo, «lugar agradabilísimo» (en hebr. *Caphar-naim).* Acerca de Cafarnaum, Betsaida y Betsaida Julias, véase P. Sonnen en *HL* 1909, 82 s.; Leo Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 190 ss.; especialmente 219 ss.

Identifícase actualmente el Cafarnaum del Evangelio con *Tell*[1] *Hum,* situado en el extremo noroeste del lago de Genesaret, unos 4 Km. al sudoeste de la desembocadura del Jordán; fúndase esta opinión principalmente en la existencia de un dilatado campo de ruinas (todavía no investigado) y en los restos de una importante sinagoga (véase lám. 2a y b).—Según los datos del Evangelio, bien podría situarse algo más al sur, en la llanura de Genesar, en el lugar llamado hoy Khan Minieh (Khan significa albergue). Tampoco habla en favor de Tell Hum, sino más bien en pro de Khan Minieh, el haber habido aduana en Cafarnaum, lo cual exige que la ciudad estuviera en la ruta comercial, *via maris,* de Damasco a Egipto; pues Tell Hum dista más de media hora de dicha vía. Además, Tell Hum carece de puerto que, para una ciudad marítima como Cafarnaum, era de extraordinaria importancia; en cambio Khan Minieh posee el mejor puerto de todo el lago en el pantano de ʿAin et-Tine. La palabra (árabe) Minieh es diminutivo de *mina,* puerto; significa por consiguiente «puerto pequeño». Tell Hum no tiene fuentes; mientras que Fl. Josefo (*Bell.* 3, 10, 8) habla expresamente de una fuente de Cafarnaum. Por lo demás, la descripción que Josefo hace de la fuente sólo puede convenir a dos actualmente existentes: a la de *ʿAin et-Tine* de Khan Minieh, o a la de ʿAin et-Tabiga, cuyas aguas fueron conducidas por un canal a la actual Khan Minieh. Ninguna de estas fuentes fué nunca llevada por medios naturales o artificiales al actual Tell Hum. Tocante a la antigüedad de las ruinas de la sinagoga de Tell Hum, es muy probable que el edificio no date del tiempo de Cristo, sino de época posterior (del siglo II)[2].

Los que buscan la antigua Cafarnaum en Khan Minieh, trasladan *Betsaida* a *ʿAin et-Tabiga,* el lugar del lago más rico en pesca; así se explica el nombre, pues Betsaida quiere decir *casa de la pesca.* A esta misma circunstancia debe su nombre y origen *Betsaida Julias;* pues junto a Ain et-Tabiga, precisamente en el actual *et-Tell,* al nordeste de la desembocadura del Jordán, donde probablemente estuvo situada Betsaida Julias, hay un lugar donde hasta el día de hoy los pescadores son favorecidos por la fortuna en su laborioso oficio. Sitúase hoy comúnmente *Corozaín*[3] en el considerable campo de ruinas llamado *Keraze,* a 3 ó 4 Km. de Tell Hum. Allí se ven las ruinas de una sinagoga, que muestran rica ornamentación. Unos 5 Km. al sur de Khan Minieh, al extremo sur de la llanura de Genesaret, se halla la aldea de Medchdel o *Magdala,* patria (o por lo menos residencia temporal) de María Magdalena; y otros 5 Km. al sur se halla la ciudad de *Tiberiades* (lám. 3b), que dió el nombre al lago[4].

Entre ʿAin et Tabiga y Khan Minieh se encuentra la posesión adquirida el 9 de febrero de 1889 por la *Palästinaverein der Katholiken Deutschlands* («Asociación palestinense de los católicos de Alemania»; lámina 3a). Tiene hoy 300 Ha. de extensión. En la ribera del lago se halla el hospicio con un economato para recibir a los peregrinos. Al sudoeste asciende en suave pendiente un monte de 120 m. de altura, llamado Orême, límite septentrional de la llanura de Genesaret. Los campos de cultivo están en su mayor parte en la llanura de Genesaret, pero se extienden hacia oeste y noroeste por las laderas del monte Orême. La *Deutscher Verein vom Heiligen Lande* (Asociación alemana de

---

[1] *Tell* significa en árabe propiamente «colina», y en sentido lato, «montículo de ruinas», especialmente el montículo cubierto de tierra.

[2] Cfr. *Die Synagogen Ober-Galiläas,* relación acerca de la sinagoga de Tell Hum y de otras de la Alta Galilea por Kohl y Watzinger, los cuales, comisionados por la Sociedad Orientalista Alemana, dirigieron las excavaciones en 1905. Puede verse una relación detallada en *HL* 1916, 144 ss. No está de acuerdo el P. Barnabé Meistermann. Cree este padre franciscano que Tell Hum es el Cafarnaum del Evangelio, que los restos de la sinagoga de Tell Hum proceden del tiempo de Jesucristo y que el centurión de los evangelistas edificó la sinagoga cuyos restos vemos hoy en Tell Hum; así lo defiende en su libro *Capharnaüm et Bethsaïde* (París 1921).

[3] *Matth.* 11, 21. *Luc.* 10, 13.

[4] *Ioann.* 6, 1; 21, 1. Véase también núms. 124 y 125.

Tierra Santa; v. Apéndice II), que nació de la fusión de la *Palästinaverein* arriba mencionada con la *Verein vom Heiligen Grabe* («Asociación del Santo Sepulcro»), conocedora de las condiciones de Palestina, ha escogido Tabiga como centro y punto de partida para la cristianización del norte de Palestina, la antigua Galilea, y comenzando de allí ha fundado una porción de escuelas. Los PP. Lazaristas alemanes administran la posición de Tabiga en nombre de la *Deutscher Verein vom Heiligen Lande* y trabajan allí con mucho fruto. Es ciertamente agradable y hermoso morar y trabajar en este rinconcito del mundo, santificado como ningún otro de Palestina por las predicaciones y por los prodigios del Señor. Pero no olvidemos que la misión de estos esforzados religiosos es sumamente difícil y peligrosa. Porque raro es el que se libra de las pérfidas fiebres malarianas que roban la salud y destrozan los nervios del desgraciado en quien hacen presa. Ningún peregrino de Tierra Santa debería dejar de hacer una visita a Tabiga, siendo hoy tan fácil el acceso a ella, pues un camino propio la une con la carretera de Tiberíades a Damasco [1]. Merece hacerse una excursión en lancha de Tabiga a Tell Hum.

Cafarnaum (con Betsaida y Corozaín) acarreó sobre sí la maldición del Señor por haber permanecido incrédula a tantos milagros y tantas gracias: «Te ves ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás abatida» [2]. Tristes ruinas señalan el lugar de aquellas ciudades tan florecientes en otro tiempo. «Mas ¡cómo alegra el alma, escribe el obispo de Rottenburg, von Keppler [3], ver que los católicos alemanes hacen el primer esfuerzo para conquistar este suelo en nombre del Cristianismo! Seguramente la maldición del Señor se tornará en bendición. Allí donde Jesús anunció el misterio de la Eucaristía, ha comenzado a venerarse después de muchos siglos tan augusto misterio; los alemanes son los que distribuyen por aquella comarca las misericordias divinas y los frutos de la actividad y del trabajo. Dios te proteja, colonia germánica. Crece y prospera; que la fe, la esperanza y la caridad expíen las prevaricaciones de los antiguos moradores, para que entres en posesión de lo que aquéllos perdieron».

B. De la primera Pascua a la segunda

(27-28 d. Cr.)

a) Primera salida de Jesús por Judea

(Desde la Pascua del año 27 hasta principios de febrero del 28 d. Cr.)

15. Jesús expulsa del Templo a los traficantes

(Ioann. 2, 13-15)

1. «El celo de tu casa me consume». 2. «Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré». 3. Jesús no se fiaba de ellos; pues sabía lo que había en el hombre.

107. Estaba ya cercana la Pascua de los judíos, y Jesús subió [4] a Jerusalén. Y encontrando en el Templo [5] gentes que vendían bueyes y ovejas y palomas, y cambistas sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas un azote, los echó a todos del Templo, juntamente con las ovejas

---

[1] Véase *HL* 1925, 87. [2] *Matth.* 11, 21 ss. *Luc.* 10, 15.

[3] *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*[8-10] 419. Acerca de Tabiga, lugar santo *(Tabigha als heilige Stätte)*, véase *HL* 1917, 88 ss.; 1925, 87. Véase también *Ein Besuch in Tabigha am See Genesareth* en *HL* 1914, 29 ss.; 1918, 162 s.; también Häfeli l. c. 214 ss.

[4] «Subir» es el término que de ordinario se emplea para designar la peregrinación a Jerusalén, por la mucha altura de la Ciudad Santa.

[5] Estos comerciantes tenían su guarida en el atrio de los gentiles (cfr. núm. 83), donde vendían a los extranjeros todo lo necesario para el sacrificio, no dándoseles nada de la santidad del lugar, ni de la turbación que causaban a la piedad de los gentiles.

y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas [1], derribando las mesas. Y a los que vendían palomas, les dijo: «Quitad eso de ahí, y no queráis hacer de la casa de mi Padre [2] una casa de tráfico». Entonces se acordaron los discípulos que está escrito: «El celo de tu casa me consume» [3].

Pero los judíos (los sanedritas) se dirigieron a él, y le preguntaron: «¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesús: *Destruid este Templo, y yo en tres días lo reedificaré* [4]. Los judíos le dijeron: «Cuarenta y seis años [5] se ha trabajado en la reedificación de este Templo, ¿y tú lo has de levantar en tres días?» Mas él les hablaba del templo de su cuerpo. Así, cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos recordaron lo que dijo, y creyeron a la Escritura y a las palabras de Jesús [6].

En el tiempo que estuvo en Jerusalén con motivo de la fiesta de la Pascua, creyeron muchos en su nombre [7], viendo los milagros que hacía. Verdad es que Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía bien a todos; pues él sabía lo que había en el hombre.

108. Las palabras griegas que hemos traducido por ***destruir*** y ***reedificar*** pueden aplicarse tanto a la ruina y reedificación de un edificio, como a la muerte violenta y a la vuelta de un cuerpo a la vida. Tampoco es cosa inusitada llamar templo al cuerpo. De los cristianos se dice que sus cuerpos son templos de Dios, porque en ellos habita el Espíritu Santo [8]. ¿Con cuánta mayor razón no se podrá decir del cuerpo de Cristo «en el cual habita la plenitud de la divinidad?» [9]. Al decir el Salvador: «destruir», etc., quiso indicar lo que los judíos habían de hacer con su cuerpo, y que él lo había de resucitar.

¿Por qué no dió Jesucristo signo alguno a los judíos, sino les remitió al milagro de su futura Resurrección? La contestación está en las palabras siguientes: Jesús no se fiaba de ellos, etc., es decir, conocía sus pensamientos, que eran los de una generación corrompida, adúltera, quebrantadora de la Ley [10], de una generación indigna e incapaz de milagros. Jamás obró Jesús un milagro a instancias de la curiosidad o de la malicia.—Aquella frase se grabó en la memoria de los judíos, pues tres años más tarde la recordaron y supieron tergiversarla para acusar a Jesús.

La presencia de Jesús, su doctrina y sus milagros, tuvieron desde el principio

---

[1] Cambiaban, no sin lucro para ellos, las monedas corrientes por el medio siclo sagrado con que se pagaba el tributo del Templo (1,50 marcos; cfr. Kalt, *Biblische Archäologie* núm. 68).

[2] Ya aquí anuncia el Salvador a los judíos de palabra y por obra su *divinidad,* y se conduce en la casa de Dios como señor de ella (cfr. *Malach.* 3, 1).

[3] Estas palabras que el Salmista pone en boca del Mesías (*Ps.* 86, 10), significan el gran celo de Jesucristo por la gloria de Dios, y al mismo tiempo el odio mortal de sus enemigos. Ambas cosas se manifiestan ya aquí en la primera demostración pública de celo.

[4] Véase núm. 108.

[5] Si trasladamos la primera Pascua de la vida pública de Jesucristo al año 780 de Roma (27 d. Cr.), la réplica de los judíos está de acuerdo con lo que sabemos acerca del comienzo de la edificación del Templo. Porque, contando los 46 años a partir del 780, venimos al año 734. Ahora bien, Herodes el Grande comenzó la obra el año 18 de su reinado (Josefo, *Ant.* 15, 11, 1), o sea, el año 734/735 de Roma. Cfr. Hartl, *Die Hypothese einer einjährigen Wirksamkeit Jesu* 49 ss.

[6] Entonces comprendieron el alcance de estas palabras que antes no entendían, como otros muchos pasajes de la Escritura referentes al Mesías (cfr. *Luc.* 18, 31 ss.; 24, 32 44 ss.).

[7] Reconocieron en él un hombre extraordinario, un profeta, etc. De lo que sigue se desprende que aun no tenían plena fe en su divinidad.

[8] I *Cor.* 3, 16 s.; 6, 19. II *Cor.* 6, 16.

[9] *Col.* 2, 9. [10] Cfr. *Matth.* 12, 39; 16, 4.

aquella ***doble virtud*** que anunció Simeón [1]: las almas buenas concebían alta estima de Jesús y le profesaban profundo respeto; las almas torcidas eran presa del odio y de la envidia, que cada día fueron en aumento, hostilizaron al Señor con sospechas y persecuciones y acabaron también por ponerle en una cruz. Estas persecuciones amenazaron también desde el principo a los seguidores de Cristo, como echamos de ver en el tímido proceder de Nicodemus. Los pusilánimes quedaron desorientados y se tornaron vacilantes, por lo que Jesús no podía contar con ellos.

16. Diálogo de Jesús con Nicodemus [2]

(*Ioann.* 3, 1-21)

Puntos sobre los cuales versó el diálogo: 1. Necesidad de «renacer». 2. Testimonio del Hijo del hombre venido del cielo. 3. Alusión a la muerte de cruz y a su saludable eficacia 4. Amor misericordioso de Jesús, fundamento de la Encarnación. 5. Santificación y fidelidad del hombre, fines de la Encarnación. 6. Necesidad de la fe y consecuencias de la incredulidad.

109. Entre los que creían en Jesús, había un fariseo ilustre, llamado *Nicodemus,* miembro del Sanedrín. Deseoso de instruirse, pero temiendo la persecución, fuése de noche [3] a Jesús, y le dijo: «Maestro, nosotros conocemos que eres un maestro enviado de Dios [4]; porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, a no tener a Dios consigo» [5]. Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo [6], no puede ver el reino de Dios». Dícele Nicodemus: «¿Cómo puede nacer de nuevo un hombre, siendo *viejo?*» [7] «En verdad, en verdad te digo, respondió Jesús, que *quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo* [8], no

[1] *Luc.* 2, 34. Núm. 68.

[2] A. Holzmeister, *Grundgedanke und Gedankengang im Gespräche des Herrn mit Nikodemus,* en *ZKTh* XLV (1921) 527.

[3] «De noche» llegó Nicodemus a la «luz del mundo»; Judas se apartó de ella para ir a la noche.

[4] Quiere instruirse acerca de la manera de participar en el reino de Dios. Sin duda Nicodemus expuso a Jesús cuáles fuesen, en opinión de los judíos y de él mismo, los requisitos para ser uno admitido en el reino de Dios: descender de Abraham según la carne, pertenecer al pueblo judío, celo fariseo por la observancia de la Ley. Jesús le enseña que *la primera y más necesaria condición es el renacer, la nueva vida,* es decir, *el Bautismo;* y luego en pocas palabras le hace el bosquejo del Evangelio. Cuán grande fuera el convencimiento que Jesús llevó al ánimo de Nicodemus, y hasta qué grado le ganó para su causa, se echa de ver en la conducta que observó el nuevo discípulo ante el Sanedrín y con ocasión del sepelio del Maestro (*Ioann.* 7, 50; 19, 39).

[5] Para Nicodemus los milagros eran el fundamento de la fe, testimonios *externos,* no mera experiencia interna. A los testimonios *externos* remite a menudo el Salvador, por ejemplo, al testimonio de Juan el Bautista, a quien reconocían por profeta los judíos (*Ioann.* 5, 31-47), y a los propios milagros (*Ioann.* 10, 37 s.), especialmente a la Resurrección (*Matth.* 12, 39).

[6] La expresión significa también: «de arriba». Con ello se indica de antemano la *razón propia y el origen* de este renacimiento; sólo por Dios puede ser operado.

[7] No conociendo Nicodemus sino *una* suerte de nacimiento, mal podía formarse idea de lo que Jesús le explicaba; de ahí la pregunta. Para el Salvador el renacimiento consiste en que del agua y de la gracia del Espíritu Santo, que va misteriosamente unida a aquel elemento, el alma nazca a la *nueva vida,* que es absolutamente indispensable para ser admitido en el reino del Mesías.

[8] «Agua» y «Espíritu Santo» son el signo externo y la gracia interna del Bautismo. Que Jesús se refiera al *Bautismo sacramental,* se colige del contexto, especialmente de los *efectos* que atribuye al Bautismo y, además, de la relación del Bautismo de Cristo con el de Juan, como el mismo Bautista lo declaró (núm. 89); expresamente lo declara la Iglesia (*Trid. sess. 7, de bapt. can. 2*).—Se nombra en especial al *Espíritu Santo,* porque es el autor de la santidad; pero de tal suerte, que el Padre y el Hijo no están excluídos, ya que todas las obras *ad extra* son comunes a las tres divinas personas, en cuyo nombre se administra el Bautismo.

puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es; mas lo que ha nacido del espíritu, espíritu es. No te extrañes que te haya dicho: Es preciso que volváis a nacer. Pues el viento sopla donde quiere; y tú oyes su sonido, mas no sabes de dónde sale o a dónde va. Eso mismo sucede al que nace del espíritu» [1].

Replicóle Nicodemus: «¿Cómo puede hacerse esto?» Respondióle Jesús: «¿Tú eres maestro en Israel y no lo sabes? [2] En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos lo que sabemos y atestiguamos [3] lo que hemos visto; y vosotros no admitís nuestro testimonio [4]. Si os he hablado de cosas de la tierra, y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablo de cosas del cielo? [5] Nadie sube al cielo, sino aquél que ha descendido del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo [6]. Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en él, no perezca, sino logre la vida eterna [7]. Pues *tanto amó Dios al mundo,*

---

[1] El reino de Dios no es natural y terreno, sino espiritual y sobrenatural: gracia y gloria. Por lo mismo es preciso el nacimiento *espiritual* para poder entrar en él. Porque el nacimiento corporal, según la carne, proporciona al hombre la naturaleza humana; mas el nacimiento del agua y del Espíritu Santo le confiere la *gracia* y le da derecho a la gloria, o sea, le introduce en el reino de Dios. Este nacimiento espiritual es obra de un poder libre, incomprensible al hombre en su origen y en su finalidad (cfr. I *Cor.* 2, 9-14), a saber, la omnipotencia del Espíritu Santo; sólo se la ve en los *efectos*. El *viento* es una imagen adecuada; no se le percibe con los ojos corporales, pero se da a conocer por el zumbido y otros efectos. Imagen verdaderamente bella y efectista, dado caso que al pronunciar estas palabras se percibiese el mugido del viento.

[2] Tú, que eres «maestro en Israel», debías saber estas cosas, pues los profetas hablaron muy a menudo del renacimiento del pueblo de Dios mediante el Mesías, por ejemplo *Ezech.* 11, 19; 36, 25 ss.; 47, 1 ss.; *Zach.* 13, 1; 14, 8; *Ioel* 2, 28 s.; 3, 18; *Is.* 12, 3 ss ; 44, 3; 55, 1; *Ierem.* 31, 33; y aun en *Deut.* 30, 6; *Ps.* 50, 12, etc.

[3] Jesús habla en plural, porque tiene en su mente a Juan el Bautista, que también predicó la necesidad del nacimiento espiritual. El testimonio del Precursor y el suyo propio son como una emanación de la ciencia e iluminación divina; por eso reclama Jesús absoluta fe a sus palabras.

[4] El reproche no va tanto dirigido contra Nicodemus, como contra el Sanedrín, del cual era miembro el ilustre israelita; el Sanedrín había recibido con hostilidad al Bautista en el Jordán (cfr. núm. 97) y a Jesús en el Templo; va también el reproche contra el judaísmo de los fariseos y saduceos.

[5] *Cosas terrenas* son las que proceden de la general propensión al pecado («lo que nace de la carne», etc.) y de la general necesidad de redención, las cuales hacen imprescindible tornar a nacer; estas cosas son manifiestas a todos, y el hombre adquiere conciencia de ellas mediante la observación aquí en la tierra. *Cosas del cielo,* es decir, los eternos misterios de la vida divina, la Santísima Trinidad, la Encarnación del Verbo, etc.

[6] Nadie es testigo de los secretos celestiales, sino el Unigénito de Dios, que bajó del cielo para enseñar a los hombres; y aunque por la humanidad de que se revistió está en la tierra, por su divinidad está en el cielo, en el seno del Padre (cfr. núm. 97). Las palabras nos recuerdan las del himno litúrgico: *Verbum supernum prodiens-Nec Patris linquens dexteram.*

[7] *La vida eterna* significa aquella vida interna y sobrenatural que Jesús nos mereció con su Muerte; la cual se comunica en la tierra a las almas por la gracia santificante, y en el cielo, primero a las almas de los justos y después de la resurrección de la carne también a los cuerpos, mediante la gloria celestial. Gracia y gloria no se diferencian en su naturaleza intrínseca. La gracia es el principio de la gloria, y la gloria es la consumación, el término de la gracia. Quien, pues, aquí abajo guarde en su alma la gracia, lleva ya en sí la «vida eterna». — Aquí recuerda Jesús a Nicodemus aquella misteriosa *figura* de su Muerte que dió el Señor por medio de Moisés en el desierto (*Num.* 21, 9; cfr. Gutberlet, *Das Buch der Weisheit,* Münster 1874, 404 ss.). Nicodemus no debió de entender en un principio todo el alcance de esta doctrina (cfr., por ejemplo, *Ioann.* 20, 9). Quizá pensó

que entregó a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en él, no perezcan, *sino vivan vida eterna.* Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio se salve. Quien cree en él, no es condenado; *pero quien no crea, ese está ya juzgado* [1], porque no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Este juicio consiste en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas. Pues quien obra mal, aborrece la luz y no se arrima a ella, para que no sean reprendidas sus obras [2]. Al contrario, quien obra según la verdad, se arrima a la luz, a fin de que sus obras se vean, porque están hechas según Dios».

110. En este diálogo manifestó Jesús a Nicodemus las principales verdades del Cristianismo: el misterio de la *Santísima Trinidad,* el *plan divino de la Redención* y la parte que en él corresponde a cada uno de las divinas personas: el Padre entrega a su Hijo unigénito; el Hijo acepta el sacrificio; el Espíritu Santo confiere al agua la virtud omnipotente y realiza la obra de la regeneración y santificación en los hombres, haciéndolos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y herederos del cielo. También queda patente la *causa* de la Redención y regeneración: por parte del Padre, el infinito amor; por la del Hijo, el holocausto voluntario en la Cruz; por la del Espíritu Santo, la acción en el sacramento del Bautismo; por la del hombre, una fe viva y confiada en Jesús que se ha ofrecido con infinito amor por el género humano. Finalmente, la *eficacia* del plan divino de la Redención se extiende a todos los hombres, judíos y gentiles, y ha de ser tal, que todos aquellos que se entreguen a él serán salvos, y quienes se le opongan se condenarán. Como sucedió en el desierto con los israelitas que, mirando confiadamente al «signo de la salud» (*Sap.* 16, 6), quedaban curados; al contrario de aquellos que, despreciando tan sencillo remedio, perecieron miserablemente envenenados por las mordeduras de las serpientes de fuego. Con razón incurren en *este juicio;* porque despreciaron el juicio saludable al que les hubieran conducido la verdad y la gracia divinas, abriéndoles los ojos para que viesen sus pecados y maldades e induciéndoles a la penitencia y una vida arreglada.

17. Los discípulos de Jesús bautizan en Judea. Ultimo testimonio de Juan el Bautista; su encarcelamiento

(*Ioann.* 3, 22-36; *Luc.* 3, 19 s. *Matth.* 4, 12; 14, 3; *Marc.* 1, 14; 6, 17 s.)

1. Celo de los discípulos de Juan. 2. Juan explica su relación con Jesús; parábola del amigo del esposo. 3. Juan da testimonio de la divinidad de Jesús y su doctrina. 4. El Bautista encarcelado.

111. Después de esto se fué Jesús con sus discípulos por tierra de Judea, y bautizaba [3]. Juan asimismo seguía bautizando en Ennón, junto a

que Jesús exigía el reconocimiento de su alta dignidad. Pero cuando quitó a Jesús de la Cruz (*Ioann.* 19, 39), entendió con toda claridad el sentido que encerraban.

[1] Se hace reo de condenación, se condena a sí mismo; el juicio que más tarde ha de celebrarse servirá para hacer patente la condenación (cfr san Agustín, *Trac. 12, in Ioann, sub fine.—Lect. 1, fer. 2, Pentec.:* «Todavía no se ha hecho manifiesto el juicio y, sin embargo, se ha celebrado»). Se trata, evidentemente, de los que *por su culpa* no creen, es decir, de aquellos que, habiendo conocido la divina Revelación, no creen.

[2] La razón de condenarse los que no creen que yo soy el Unigénito del Padre es: que yo he dado testimonio suficiente de mí mismo (cfr. *Ioann.* 1, 9: núm. 41), especialmente desde que me hice hombre; de suerte que quienes no creen en mí, a sabiendas se ciegan y endurecen contra la luz clarísima, llevados de sus viciosos sentidos y malas obras, temerosos de que la fe les represente lo abominable de su conducta.

[3] Este bautismo era, sin duda, el cristiano, el sacramental (cfr. Belser, *Die*

Salim, donde había mucha abundancia de aguas [1], y concurrían las gentes y se bautizaban. Pues todavía Juan no había sido encarcelado. Suscitóse cierta disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos (y cierto judío, según el texto griego) acerca de la purificación [2]. Y acudieron a Juan sus discípulos, y le dijeron: «Maestro, aquél que estaba contigo a la otra parte del Jordán, de quien diste testimonio, se ha puesto a bautizar, y todos se van a él» [3]. Pero Juan les respondió: «Nadie puede atribuirse más de lo que el cielo le ha dado [4]. Vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo, sino he sido enviado delante de él. El esposo es aquel que tiene esposa; mas el amigo del esposo, que está para asistirle y atender a lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Ahora se ha cumplido mi gozo [5]. Conviene que él crezca y yo mengüe.

Geschichte des Leidens und Sterbens des Herrn 175 ss.); los méritos de la muerte redentora de Jesús obraban allí por adelantado, como sucedió en la Concepción Inmaculada de María y en la santificación del Precursor. Por regla general Jesús no administraba el Bautismo, sino sus discípulos (cfr. *Ioann.* 4, 2; núm. 113). Con ello aparecía como autor y señor de su Bautismo, mientras que los discípulos eran los «siervos y ministros de los misterios de Dios» (cfr. I *Cor.* 4, 1).

[1] Según Eusebio y san Jerónimo (*De situ et nom. loc. hebr.*), *Ennón* (que significa fuentes) estaba situado 8 millas romanas (12 Km.) al sur de Escitópolis, unos 40 Km. al sur del lago de Genesaret, cerca de los confines meridionales de Galilea, no lejos de Salim o Salumias, 5 Km. al oeste del Jordán; el nombre le venía de la abundancia de fuentes. Lagrange (*RB* IV [1895] 508 s.) busca Ennón junto al actual ed-Der o el-Fatur; Salim bien puede ser la actual Tell es-Sarem o también Umm el-Amdan; la última se aviene mejor con el dato de la *Peregrinatio Silviae* (Edic. Geyer 57; cfr. Apéndice I, 3), según el cual Ennón estaba situado a 200 pasos de Salim.—Así como antes preparó Juan en Judea el camino al Señor bautizando a orillas del Jordán, así también quiso hacerlo en Galilea mediante su actividad personal. Con lo cual terminó su carrera (*Act.* 13, 25) y recibió la palma del martirio. El haber Juan enseñado y bautizado una temporada aun después que Jesús comenzó su ministerio, no dejaba de tener su razón de ser en el plan divino. Lo mismo sucedió después de establecido el Cristianismo con los usos figurativos y preparatorios judíos, los cuales continuaron hasta la destrucción de Jerusalén, coexistiendo con la Iglesia de Cristo, para que así fuese más fácil a los judíos el paso al nuevo orden de cosas (acerca del ministerio simultáneo de Juan y de Jesús, cfr. Pottgiesser, *Johannes der Täufer* 86 ss.). Innitzer (*Johannes der Täufer* 287 s.) opina que Juan no desplegó su actividad en Galilea; en nuestro sentir, las razones no son convincentes. Inclínase Innitzer a creer que el lugar donde Juan fué a bautizar estaba en las cercanías de Hebrón.

[2] Es decir, acerca del significado del bautismo de Jesús comparado con el de Juan; o en otros términos: si el bautismo de Jesús producía mayor grado de purificación que el de Juan. Así parece indicarlo el contexto, pues el Bautista afirma en presencia de sus discípulos la dignidad y misión incomparablemente mayor de Jesús; quiere, pues, ello decir: Yo sólo puedo administrar el bautismo de penitencia; mas este Jesús os administrará el Bautismo «con el agua y el Espíritu Santo» (*Ioann.* 3, 5).

[3] Hablan, como si Jesús debiese todo su prestigio al testimonio de Juan y estuviera supeditado al Bautista.

[4] ¿Debo ensalzarme arrogándome un oficio que Dios no me ha dado? Yo soy precursor y siervo; Jesús es el Señor, el amo (cfr. núms. 89 y 97).

[5] El Antiguo Testamento representa a menudo la amorosa unión de Dios con la humanidad, especialmente en el Mesías, bajo la imagen del estado o lazo matrimonial (cfr. núm. 102). Jesús es, en frase del Bautista, el divino esposo; él, en cambio, es el amigo del esposo o guía de la esposa. Porque: 1, así como el amigo del esposo hace las diligencias cerca de la esposa y la lleva al esposo, así Juan con su ministerio de Precursor hizo las diligencias cerca de la humanidad, despertando en los corazones de los hombres el deseo de la Redención; 2, así como el amigo del esposo que le asiste durante las fiestas nupciales, oye sin envidia el regocijo y no tiene otro gozo que ver realizado el fin para el cual ha sido escogido, no de otra manera se alegra Juan de ver que la humanidad acude a Jesús, y que los desposorios comienzan en la fe y en la caridad; 3, y así como la misión del amigo del esposo termina con las fiestas de la boda, así también la actividad de Juan toca

El que ha venido de lo alto, es superior a todos. Quien trae su origen de la tierra, a la tierra pertenece y de la tierra habla [1]. Pero el que ha venido del cielo, es superior a todos y atestigua cosas que ha visto y oído; y, con todo, nadie [2] presta fe a su testimonio. Mas quien se adhiere a lo que él atestigua, testifica [3] con su fe que Dios es veraz. Porque éste, a quien Dios ha enviado (Cristo), pronuncia palabras de Dios; pues Dios no da su espíritu con medida [4]. El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. *Quien cree en el Hijo de Dios, tiene (ya) la vida eterna;* pero quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino la ira de Dios permanece siempre sobre él».

112. Con tan magnífico testimonio [5] acaba el Precursor su misión. Luego de esto, *Herodes* (Antipas, hijo de Herodes el Grande), tetrarca de Galilea y Perea, mandó *apresar a Juan* y aherrojarlo en un calabozo [6]. Porque, como Herodes hubiese tomado para sí en matrimonio a Herodías, mujer de su hermano, en vida de éste, Juan le reprendía este crimen, entre otros, diciéndole: «No te es lícito tener la mujer de tu hermano» [7].

Según Josefo *(Ant.* 18, 2, 2), la prisión del Bautista se hallaba en *Maqueronte (Machaerus),* situada sobre el río Zerka, 50 Km. (en línea recta) al sudeste de Jerusalén, unos 15 Km. al este del mar Muerto, en una estribación de forma cónica del monte Attarus, 1158 m. sobre el nivel del mar Muerto, 764 sobre el del Mediterráneo. Inaccesible casi por todos los lados, la colina, fortificada ya con anterioridad, fué coronada por Herodes con un castillo y convertida en plaza de armas contra Arabia; el castillo fué circundado de gruesas murallas cuyos 4 ángulos estaban defendidos por sendas torres de 60 codos (13 ½ m). Al mismo tiempo fué instalada con esplendidez la fortaleza para servir de mansión y se edificó un palacio magnífico por su hermosura y mag-

---

ya a su término. «El debe crecer, y yo menguar». Jesús ha de ir creciendo en autoridad e influencia y en partidarios; Juan, en cambio, debe ir menguando en todas estas cosas y retirarse del teatro de su actividad. San Agustín *(Sermo 288, In Nativ. Ioann. n. 2,* en *Migne* 38, 1308) expresa en las siguientes palabras un sentido aun más profundo: El debe crecer en la Cruz, yo debo menguar por la decapitación.

[1] Mis palabras (aunque divinamente inspiradas) son las de un hombre terreno; yo no os hablo de las cosas divinas por ciencia directa; mas en Cristo habla el mismo Dios, que se eleva sobre todo lo terreno y caduco; él tiene ciencia directa de las cosas divinas (cfr. *Ioann.* 1, 18; 3, 11; núms. 97 y 109). Debo, pues, retirarme de él, como se retiran las sombras de la noche a los rayos del sol naciente.

[2] Muy pocos, si atendemos a las palabras que siguen inmediatamente.

[3] Corroborándolo con los hechos.—El mismo pensamiento expresado negativamente en I *Ioann.* 5, 10.

[4] Dios da el espíritu a su Hijo encarnado, no como a los hombres, en mayor o menor medida, sino en toda la plenitud (cfr. núm. 92 y *Col.* 1, 19).

[5] Es como un resumen y desarrollo de los anteriores testimonios acerca de aquél que, siendo antes que él, había de venir en pos de él, de aquél cuyas sandalias no era digno de soltar, de aquél que bautiza con fuego y con el Espíritu Santo, de aquél que un día ha de separar a los buenos de los malos, de aquél sobre quien descansa en su plenitud el Espíritu Santo, etc., del cordero de Dios que quita los pecados del mundo (núm. 89).

[6] Véase también Ketter, *Sind die Berichte der Evangelien über die Gefangennahme und Hinrichtung Johannes des Täufers historisch glaubwürdig?* en *PB* 1918, 433 ss.

[7] Sus relaciones adúlteras eran todavía más repugnantes por las circunstancias de que iban acompañadas. Herodes Antipas había sido recibido en Roma con toda clase de demostraciones de afecto por su hermano Filipo, que vivía como hombre privado en la capital del imperio. Herodes pagó a su hermano raptándole la mujer, Herodías, sobrina de entrambos, hija de Aristóbulo y nieta de Herodes el Grande y de Mariamna, la asmonea. Cfr. Josefo, *Ant.* 18, 5; además *BZ* VII (1909) 186; también núm. 39 y la tabla genealógica, página 77.

nitud. Herodes Antipas heredó esta importante fortaleza con el tetrarcado de Galilea y Perea. Después de la destrucción de Jerusalén fué arrasada desde los cimientos. Hoy se llama aquel lugar Mukaur *(Machaerus);* imponentes ruinas señalan todavía el sitio de la antigua fortaleza [1].

b) Ministerio de Jesús en Galilea

(Desde principios de febrero hasta la Pascua del 28 d. Cr.)

18. Jesús en la fuente de Jacob

(Ioann. 4, 1-42. *Matth.* 4, 12. *Marc.* 1, 14. *Luc.* 4, 14)

1. Diálogo con la Samaritana [2]: *a)* ruego de la Samaritana; *b)* alusión al agua viva; *c)* revelación del estado espiritual de la mujer; *d)* promesa de la verdadera religión; *e)* Jesús se declara el Mesías. 2. Instrucción de los discípulos acerca de la gran cosecha espiritual. 3. Los habitantes de Sicar reconocen a Cristo por Salvador del mundo.

113. Como hubiese sabido Jesús que los fariseos habían oído que él juntaba más discípulos y bautizaba más que Juan (si bien Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos [3]), dejó la Judea, y partió otra vez a Galilea [4]. El camino (más corto) le llevaba por el país de Samaria. Llegó, pues, a la ciudad de *Sicar,* próxima a la heredad que Jacob diera a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob [5]. Fatigado del camino, sentóse Jesús a descansar [6] sobre el brocal del pozo, mientras los discípulos fueron a la ciudad a comprar víveres. Era cerca de la hora sexta [7].

Vino entonces una samaritana a sacar agua. Díjole Jesús: «Dame de beber» [8]. Pero la samaritana le respondió: «¿Cómo tú, siendo judío [9], me pides de beber a mí, que soy samaritana? Porque los judíos no tratan con

---

[1] Cfr. Musil, *Arabia Petraea. I: Moab* (Viena 1907) 238.

[2] El relato nos ofrece un cuadro fiel de las relaciones existentes en aquella época entre judíos y samaritanos; se ha tenido en cuenta la topografía; el desarrollo de la fe de la Samaritana es psicológicamente fiel (*a.* «Señor»—pero con cierta duda; *b.* «Señor» y ruego confiado; *c.* «Profeta»; *d.* «Mesías»). El relato tiene el aspecto de informe de un testigo ocular, y de él se puede decir aquello de *Ioann.* 19, 35; 21, 24. Y no obsta a ello lo del versículo 8: «sus discípulos fueron a la ciudad a comprar víveres»; ¿habían de haber ido *todos* a ese menester? No; podemos estar ciertos de que Juan fué testigo presencial de cuanto aquí nos relata.—Acerca de un supuesto paralelo budista, véase A. Götz en *Kath* 1912 II 27 ss.

[3] Núm. 111.

[4] De aquí y de la comparación con los demás evangelistas se echa de ver que los fariseos habían incitado a Herodes contra el Bautista y pensaban hacer lo mismo contra Jesús.

[5] Acerca del campo y del pozo cfr. núm. 116.

[6] Cansado y fatigado del camino, sentóse al mediodía (cfr. la nota siguiente) junto al pozo. Mas no le movieron a ello la fatiga y el hambre. Su venida tenía por objeto buscar y salvar a un alma extraviada y llevar la luz de la verdad a una población—¿Quién no recuerda aquí las conmovedoras palabras del *Dies irae: Quaerens me sedisti lassus?* ¡Cuán amorosamente rige y guía las cosas para llevar a esta alma a la confesión y al arrepentimiento de sus pecados, al deseo del remedio, al verdadero conocimiento de Dios, y hasta al celo ardiente porque sus compatriotas hallen la misma felicidad que ella y vayan a Jesús!

[7] Es decir, las doce. No era la hora en que se solía ir por agua; por regla general las mujeres iban al pozo al atardecer. Pero la Samaritana pudo tener sus motivos para escoger aquella hora desacostumbrada.

[8] Muchas veces el mejor recurso para ganarle a uno la voluntad es pedirle un favor.

[9] Se les conocía en el vestido y en el lenguaje.

los samaritanos» [1]. Respondióle Jesús: «Si tú conocieras el don de Dios [2] y quien es el que te dice: Dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido a él, y él te hubiese dado agua viva» [3]. Dícele la mujer: «*Señor*, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo; ¿dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos, y sus ganados?» [4] Respondióle Jesús: «Quien bebiere de esta agua, tendrá otra vez sed [5], pero quien bebiere del agua que yo le dé, nunca jamás volverá a tener sed. Antes el agua que yo le dé, vendrá a ser dentro de él un manantial que manará sin cesar hasta la vida eterna» [6]. La mujer le dijo: «*Señor, dame* de esa agua, para que no tenga ya más sed, ni venga aquí a sacar agua».

114. Dícele Jesús: «Anda, llama a tu marido». Respondió la mujer: «Yo no tengo marido». Dícele Jesús: «Tienes razón en decir que no tienes marido. Porque cinco has tenido; y el que ahora tienes, no es marido tuyo. En eso has dicho verdad» [7]. Díjole la mujer: [8] «Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte [9], y vosotros decís que en Jerusalén es donde se debe adorar». Respóndele Jesús: «Mujer, créeme a mí, llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis [10] al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; pero

---

[1] Los judíos no admitían comunidad de casa y mesa con los samaritanos. Cfr. núm. 115 y *Luc.* 9, 53.—Mas ello no empece para que los discípulos fueran a la ciudad en busca de víveres; pues ni estaba prohibido a los judíos el trato con los samaritanos, ni lo rehuían del todo los samaritanos; por otra parte, en Siquem había judíos; Samaria era una provincia de Judea, había estado antes regida por Herodes y Arquelao y en aquel entonces estaba administrada desde Cesarea por un procurador romano, Poncio Pilatos.

[2] La coyuntura que Dios te ofrece de encontrar al Mesías y de hablar con él.

[3] *Agua viva* designa propiamente el agua de la fuente, a diferencia del agua estancada de cisterna. El Salvador se sirve de esta expresión en sentido figurado para designar el agua de su doctrina y de su gracia, por medio de la cual se nos da la vida divina. La Samaritana no llega a alcanzar el sentido de las palabras de Jesús; pero sospecha que no es un extranjero vulgar quien le habla.

[4] La Samaritana, a diferencia de Nicodemus, despliega una charla amena.

[5] Podemos suponer que entretanto había bebido el Señor del agua.

[6] El agua terrena sólo puede apagar pasajeramente la sed; mas el agua misteriosa de la verdad y de la gracia divina que Jesús ha venido a dar apaga completamente la sed del conocimiento y de la felicidad sobrenatural. Quien, pues, recibe en su alma esta agua de la verdad y de la gracia divinas, lleva en sí todo cuanto puede hacer al alma feliz y bienaventurada en el tiempo y en la eternidad y no necesita desear otra cosa. Y la vida del alma, ilustrada y santificada por la verdad y la gracia, y todo cuanto hace el alma en espíritu de verdad y de gracia, se transforma como en un torrente impetuoso que va a verterse en el mar de la eterna felicidad.

[7] Jesús se dispone a acceder a su petición y darle el «agua viva»; mas antes quiere despertar en ella sentimientos de penitencia, descubriéndole el estado del alma, para que la revelación de su dignidad mesiánica redunde en provecho del alma de aquella mujer.

[8] No, como muchos creen, para desviar la conversación de asunto tan poco honroso, sino porque la súbita convicción de que Jesús era un profeta le daba ocasión de resolver la gran contienda de judíos y samaritanos. Luego podrían tratar con garantía de acierto de la manera de arreglar su vida en conformidad con las leyes de Dios.

[9] El monte Garizim, en cuya base estaba situada la ciudad de Sicar o Siquem (cfr. núm. 115 s.).

[10] *Adorar* significa en este pasaje, como en otros muchos (cfr. *Gen.* 22, 5; *Act.* 8, 27), ofrecer los *sacrificios* solemnes y participar en el culto público que a ellos iba unido en el *único* lugar establecido (en el Tabernáculo y, posteriormente, en el Templo de Jerusalén). Los samaritanos sostenían que el lugar elegido por Dios para ofrecer sacrificios era el

nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud (prometida) viene de los judíos [1]. Pero llega la hora [2], y estamos ya en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque tales adoradores busca el Padre. Dios es espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle». Dícele la mujer: «Sé que está para venir el **Mesías**; cuando venga, pues, él nos lo declarará todo». Y Jesús le responde: *Lo soy yo, que hablo contigo.*

En esto llegaron los discípulos; y se extrañaban que hablase con una mujer. No obstante, nadie le dijo: «¿Qué le preguntas, o por qué hablas con ella?» La mujer, dejando allí su cántaro, se fué a la ciudad, y dijo a las gentes: «Venid y veréis a un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho. ¿Será quizá éste el Mesías?» Con esto salieron de la ciudad, y vinieron a encontrarle. Entre tanto estábanle los discípulos diciendo: «Maestro, come». Díceles él: «Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabéis». Decíanse, pues, los discípulos unos a otros: «¿Si le habrá traído alguno de comer?» Jesús les dijo: «Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra. ¿No decís vosotros: dentro de cuatro meses estaremos ya en la siega? [3] Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos y ved ya

---

monte Garizim, que está junto a la ciudad de Siquem, santificada por la historia de los Patriarcas. Esta era la magna cuestión que dividía a judíos y samaritanos, y acerca de ella pregunta la Samaritana a Jesús, no acerca de si sólo se puede *orar* en Jerusalén, o también en el Garizim; porque orar se podía en todas partes; no así ofrecer *sacrificios,* para lo cual un solo lugar señalaba la Ley.—*A esto* se refiere también la *respuesta de Jesucristo.* Pues contesta a la Samaritana: 1. *Los judíos están en lo cierto;* vosotros, samaritanos, no tenéis razón en escoger arbitrariamente el lugar para sacrificar y en seguir con vuestros usos caprichosos, en los cuales dais muestras de no haber conservado el verdadero conocimiento de Dios. 2. Mas lo que los judíos practican ajustándose a las prescripciones divinas, tampoco es la religión perfecta, sino sombra, *figura,* que ha de tener pronto cumplimiento. 3. El *cumplimiento* consiste en que no ha de ser *un* lugar, el Moriah o el Garizim, donde se han de *ofrecer sacrificios;* la contienda va a quedar pronto dirimida, porque «desde el orto del sol hasta el ocaso el nombre de Dios ha de ser grande entre las naciones, y se ofrecerá una ofrenda pura a su nombre» (*Malach.* 1, 11). 4. En vez del culto del Antiguo Testamento, externo y figurativo, se implantará otro culto en que todo será «verdad y gracia», «espíritu y vida» (*Ioann.* 1, 14 17; 6, 64).—De aquí se puede colegir cuán desacertados andan quienes alegan este pasaje para demostrar que *el culto externo y los templos y ceremonias de la Iglesia Católica* no son conformes a la voluntad de Dios. Dios ordenó en la Antigua Alianza todo lo concerniente al culto, hasta en los menores detalles; y el Unigénito «no vino a soltar la Ley, sino a cumplirla» (*Matth.* 5, 17), no a suprimir las ceremonias, etc., sino a santificarlas con su *propio ejemplo* y darles nueva vida con su gracia. Por eso, en todo lo que atañe al culto, en la Iglesia hay verdad y gracia, espíritu y vida; el santo sacrificio de su carne y sangre es el foco luminoso, el rico manantial de la gracia. El culto va acompañado de ceremonias, porque así lo exige la verdad tratándose de seres que constan de cuerpo y alma, y en cuerpo y alma pertenecen y deben servir a Dios, sobre todo siendo tan poderoso el influjo que ejercen las impresiones de los sentidos, así las buenas como las malas. Empero la Iglesia tiene solícito cuidado de que no se reduzca todo a ceremonias. En ninguna parte se insiste más que en ella en la adoración de Dios en espíritu y verdad; en ninguna otra parte se hace tanto hincapié como en ella en los *sentimientos interiores* de fe, esperanza y caridad; en ninguna parte se cultiva en tan alto grado el espíritu de oración y de piedad.

[1] «De quienes desciende Cristo según la carne», *Rom.* 9, 5.

[2] «*Llega* la hora», porque todavía no ha consumado su obra el Salvador; «*y estamos ya en ella*», porque ha comenzado a anunciar la buena nueva y a reunir discípulos en torno suyo.

[3] Entienden algunos que Jesús dijo estas palabras por vía de refrán: Cuando se siembra, no viene en seguida la cosecha, sino que entre la siembra y la cosecha debe transcu-

las mieses blancas a punto de segarse [1]. Y quien siega, recibe su jornal y acumula frutos para la vida eterna, a fin de que se regocije el sembrador a la vez que el segador. Pues aquí se verifica el refrán: Uno es el que siembra, y otro el que siega. Yo os he enviado a vosotros a segar lo que no labrasteis. Otros hicieron la labranza, y vosotros habéis entrado en sus labores».

Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer, que aseguraba: «Me ha dicho todo cuanto yo hice». Y venidos a él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. En efecto, se detuvo dos días en aquella ciudad. Con lo que fueron muchos más los que creyeron en él por haber oído sus discursos. Y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú has dicho; pues nosotros mismos le hemos oído, y hemos conocido que éste es verdaderamente *el Salvador del mundo*» [2].

115. La población de Samaria [3] se formó de la mezcla de israelitas que quedaron en aquel país al ser destruído el reino del Norte y deportados a Asiria los más de sus habitantes, y de colonos gentiles allí enviados en tiempo de Sargón y Asurbanipal, siete siglos antes de Cristo. Poco a poco la idolatría fué perdiendo terreno, llegando a dominar el culto del verdadero Dios, del Dios de Israel. Cuando en tiempo de Ciro los judíos cautivos regresaron a Jerusalén y emprendieron la reconstrucción del Templo, ofreciéronles apoyo los samaritanos. Mas los judíos lo rehusaron. Amargados los samaritanos, acudieron a toda clase de intrigas ante los reyes persas, y aun apelaron a medios violentos, para impedir a todo trance la reconstrucción del Templo y la reparación de los muros de la ciudad. Desde entonces data la encarnizada enemistad entre judíos y samaritanos; la cual se ahondó más y más cuando en tiempo de Nehemías unos sacerdotes judíos, excluídos del culto de Jerusalén por haber contraído matrimonio con mujeres paganas, fueron a los samaritanos e instituyeron en el monte Garizim un culto semejante al del Templo de Jerusalén. Y aun llegaron a más; porque en tiempo de Alejandro Magno, o acaso antes, construyeron en el mismo monte un grandioso templo, semejante al de Jerusalén. En las crueles persecuciones de Antíoco Epífanes renegaron los samaritanos cobardemente del culto y adoración del verdadero Dios y del parentesco con los judíos, y se mostraron dispuestos a consagrar su templo de Garizim a Zeus Xenios. Cuarenta años después — hacia el año 129 a. Cr. — el rey y sumo sacerdote Juan Hircano destruyó aquel templo, que no volvió a reedificarse. Aun, con todo, Garizim fué en adelante el lugar santo de los samaritanos, al cual acudían en peregrinación en las tres fiestas principales: Pascua,

---

rrir cierto espacio de tiempo. Mas como Jesús dedicó todavía más tiempo al ministerio en Judea (cfr. núm. 107 ss.), creemos interpretar mejor sus palabras tomándolas en el sentido más obvio y sencillo, entendiendo que faltaban aún cuatro meses para la siega. Como en Siquem no suele comenzar la siega hasta mediados de marzo, sería a principios de febrero cuando Jesús dijo estas palabras. No es posible que se refiriera a la cosecha de las semillas *de verano*, que se recogen en agosto o septiembre y se siembran en el mes de Nisán (cfr. Hartl, *Die Hypothese einer einjährigen Wirksamkeit Jesu* 55-63).

[1] Con esto quiere el Salvador decir a sus discípulos que para ellos ha llegado la época de la siega, pues ha ya tiempo que se hizo la siembra mediante los Patriarcas y los profetas de la Antigua Ley.

[2] El *Mesías* prometido en la Ley; no ciertamente el que esperaban los judíos, un príncipe temporal y para *un solo* pueblo, sino el Redentor del pecado, que lo había de ser de todo el mundo. Los samaritanos no participaban de las ideas mezquinas de los fariseos acerca del Mesías, y además fueron en aquella ocasión instruídos por Jesús mismo.

[3] Cfr. los artículos muy instructivos de Fell, *Samaritaner y Samaritanische Sprache und Literatur* en *KL* X² 1645 ss. 1659 ss.; Häfeli, *Geschichte der Landschaft Samaria von 722 v. Chr. bis 67 n. Chr.* (Münster 1922); el mismo, *Ein Jahr im Heiligen Land* 118 ss. y 339 ss.

Pentecostés y Tabernáculos [1]. Para justificar su culto, modificaron aquel pasaje del *Pentateuco (Deut.* 27, 4 ss.) en donde Moisés manda al pueblo erigir piedras conmemorativas de la Ley y un altar en el monte Ebal, leyendo «Garizim» por «Ebal». De los Sagrados Libros sólo reconocían el *Pentateuco;* esperaban al Mesías bajo el nombre de *Ha-Taheb,* que quiere decir «el misionero», el cual había de reedificar el templo en el Garizim y convertir todos los pueblos a la verdadera fe. Los judíos señalaban a los samaritanos con desprecio, odio y altanería, y el nombre de «samaritano» era en su boca una palabra injuriosa. Por temor a la impureza legal y a las violencias de los samaritanos, los judíos de Galilea evitaban el camino que va a Jerusalén por Samaria, y preferían dar un rodeo por Transjordania.

Los últimos restos de este antiguo pueblo tan odiado por los judíos son una comunidad samaritana de 170 almas, que viven al sudeste de la ciudad de Nablus o Naplusa (v. núm. 116). Al pie del Garizim hay una sencilla sinagoga en la que se guarda un *manuscrito de los libros de Moisés (Pentateuco)* escrito en caracteres samaritanos, esto es, hebreos antiguos. Se la hace proceder del sumo sacerdote Abisua, hijo de Fineés, biznieto de Aarón, o sea, de unos 3300 años; en realidad no es anterior al siglo VI de la era cristiana.

116. Sicar [2], la antigua **Siquem,** estaba situada entre los montes Ebal y Garizim; es célebre en Israel por los recuerdos históricos de Abraham, Jacob, Josué y Abimelec y por haberse consumado allí la división del Reino. Era ciudad levítica y una de las tres de refugio de aquende el Jordán, y fué más tarde el centro religioso de los samaritanos. Envuelta en la guerra de los judíos (66 d. Cr.), y derrotados los samaritanos en el monte Garizim, Siquem fué convertida en colonia romana y recibió el nombre de *Flavia Neapolis,* del general y emperador romano Flavio Vespasiano; de ahí su nombre actual *Nablus* o *Naplusa.* Siquem estaba un poco al este de la actual Nablus. Allí nació el año 100 el mártir san Justino († 167), y muy pronto fué la ciudad sede episcopal. En la actualidad tiene 25000 habitantes, entre ellos algunos cientos de cristianos, griegos los más, y sólo unos 60 latinos. Cuenta ocho mezquitas. En la parte oriental de la ciudad está la «Gran Mezquita», antigua iglesia dedicada a san Juan, edificada por Justiniano y reconstruída el año 1167; el frontispicio se asemeja al de la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén. Los habitantes son tan inquietos y amigos de pendencias como antes, y muy hostiles a los cristianos.

La comarca es fértil en sumo grado; por ello y por la posición privilegiada, la ciudad es una plaza comercial de importancia. A la salida oriental del valle de Siquem, a 2 Km. de la ciudad, se ve en una mezquita **el sepulcro del Patriarca san José,** en el campo que en otro tiempo comprara Jacob a los hijos de Hemor, padre de Siquem, por 100 corderos, del cual hizo heredero a su hijo predilecto José. Unos 300 pasos al mediodía se ve el **pozo de Jacob,** que en la Edad Media tenía 32 m. de profundidad y hoy llega a los 23. Ya en el siglo IV se alzaba sobre él una iglesia en forma de cruz, que visitaron santa Paula en 385 [3], el obispo franco Arculfo en 685 (Apéndice I, 13) y en 727 san Wilibaldo (Apéndice I, 15), pariente próximo de san Bonifacio; el año 1187 fué destruída por el sultán Saladino. El lugar, con el pozo, pertenece hoy a los cismáticos griegos; éstos han descubierto las ruinas de una iglesia

---

[1] Todos los años por la Pascua ofrecían allí los samaritanos siete corderos. (Puede verse la descripción de la fiesta en la revista *HL* 1871, 73 ss.; 1897, 29; acerca del sábado y del día de penitencia y expiación entre los samaritanos, cfr. ibid. 1897, 228 ss.).

[2] San Jerónimo opina que Sicar es error de amanuense por Siquem. El *Itinerarium Burdigalense* (véase Apéndice I, 2) distingue Neápolis y Siquem; empero Sicar, según el mismo *Itin. Burd.,* está «a 1000 pasos de distancia» de Siquem; de Sicar bajó la Samaritana al lugar donde Jacob abrió el pozo (Geyer, *Itinera* 20). Por eso creen algunos que se debe identificar Siquem con Balâta, y Sicar con Askar (cfr. *ZDPV* 1910, 98 ss.).

[3] San Jerónimo, *Epitaph. Paulae, Epist. ad Eustoch. 108, al. 27, n. 13;* cfr. Apéndice I, 4.

medieval, que ocupó el sitio de la iglesia mencionada. El pozo venía a estar debajo del altar mayor del ábside central; al oriente tenía tres ábsides y el coro estaba algo más elevado que la nave central.—En el **monte Garizim** vense en el lugar del antiguo templo grandiosas ruinas de una iglesia bizantina. Fué ésta construída hacia el 480 por el emperador Zenón; y como en cierta ocasión la hubiesen asaltado los samaritanos, el emperador Justiniano I (527-565) mandó protegerla con un fuerte recinto amurallado; los habitantes de Nablus (Naplusa) la llaman «el-Kalaah», el castillo. Desde lo alto del monte el horizonte se dilata ofreciendo hermosa vista al espectador.

19. Jesús cura en Caná al hijo de un ilustre funcionario de Cafarnaum

(*Ioann.* 4, 43-54. *Luc.* 4, 15. *Matth.* 4, 13. *Marc.* 1, 14)

1. Jesús visita a Caná. 2. Ruego del funcionario real. 3. Jesús accede y obra un milagro. 4. El funcionario se hace creyente y con él toda su casa.

117. Pasados dos días, salió Jesús de Sicar y prosiguió el viaje a *Galilea* [1], que había de ser en adelante el principal teatro de su actividad. Fué bien recibido de los galileos, que habían visto todas las cosas que hiciera en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, pues también ellos habían concurrido a celebrarla; y su fama se extendía por toda la región. Primero fué a *Caná*. A la noticia de su llegada a Galilea, fué a encontrarle un funcionario real [2], que tenía un hijo enfermo en Cafarnaum. Suplicóle

---

[1] No en la ciudad de sus padres, Nazaret, sino en la región de Galilea; «pues, como añade san Juan (4, 44), Jesús mismo dió testimonio de que un profeta no es honrado en su patria». Los hechos debían de dar la razón al evangelista, a pesar de los milagros que Jesús llevaba hechos en Galilea (*Luc.* 4, 23 ss.).

[2] El *funcionario real (Basilikos)* que nos presenta el evangelista, era quizá un alto empleado, no militar, del tetrarca Herodes Antipas, a quien el pueblo llamaba «rey». Es posible que fuera el «mayordomo de Herodes», de quien habla san Lucas (8, 3), llamado Cusa, marido de Juana, una de las piadosas mujeres que seguían a Jesús; mas no se puede asegurar. El hecho a que se refiere el relato es ciertamente *distinto* de aquel otro del centurión de Cafarnaum, descrito por Mateo (8, 5-13). Porque, fuera de que aquí y allí se trata de curaciones a distancia, las demás circunstancias son diferentes. Aquí pide favor un «funcionario real», manifiestamente un judío (cfr. versículo 48), para su hijo; allí un centurión, un pagano, para su esclavo. Aquí intercede el hombre personalmente; allí, por medio de algunos ancianos de los judíos (cfr. *Luc.* 7, 3). Aquí desea el padre que Jesús se digne ir a su casa; allí dice el centurión a Jesús que mande a distancia que su hijo sea curado. Aquí no va Jesús; allí, sí. Aquí da Jesús la orden de curación en Caná; allí la da en Cafarnaum. Aquí censura Jesús la fe imperfecta del padre, nacida del aprieto en que se halla, y no del interés religioso; allí se alaba la fe asombrosa del pagano. En vista de todo esto ¿hay derecho a identificar ambos acontecimientos? El evangelista garantiza la *historicidad* del hecho, es decir, que las cosas se desarrollaron como aquí se describen. Es indudable que quiere darnos historia, ofrecernos hechos realmente sucedidos; de ello es prueba el modo y manera como inicia el relato (vers. 43-46). No quiere presentarnos un símbolo ni un mito; pues no hay razón alguna que nos lo permita suponer. En época en que las cosas podían ponerse en claro, hubiera sido muy arriesgado acudir a invenciones, dejando de lado «los muchos otros signos» que Jesús «obró en presencia de sus discípulos», para probar «que era el Cristo, el Hijo de Dios» (*Ioann.* 20, 30 s.). El relato llano y diáfano de cosas tan sencillas, tan fáciles de averiguar y de comprobar en la época en que se escribieron, lleva en sí el sello de la verdad. Ciertamente, si el hecho se desarrolló en la forma que relata el evangelista, no hay manera de explicarlo *por vía natural*. Pues a la palabra de Jesús, pronunciada lejos de donde yace postrado el enfermo, sin que el niño se haya enterado de cómo su padre ha acudido a Jesús en demanda de favor, desaparece de súbito la fiebre que amenaza la vida del niño. Padre y criados, al encontrarse, cotejan la hora de pronunciar Jesús las palabras: «Anda, que tu hijo está bueno» y la de cesar la fiebre: era la misma. ¿Calificaremos de casualidad, lo que los interesados no llamaron así? ¿Pudo intervenir en ello la sugestión? ¿O a qué otra fuerza natu-

que bajase a curar a su hijo, que estaba en trance de muerte. Pero Jesús le respondió: «Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis [1]». Instábale el funcionario: «Ven, señor, antes que muera mi hijo». Dícele Jesús: «Anda, que tu hijo está bueno». Creyó aquel hombre a la palabra que Jesús [2] le dijo, y se puso en camino. Yendo hacia su casa, le salieron al encuentro los criados con la nueva de que su hijo estaba ya bueno. Preguntóles a qué hora había sentido la mejoría, y ellos le respondieron: «Ayer a la hora séptima [3] le bajó la fiebre». Reflexionó el padre que aquella era la hora misma en que Jesús le había dicho: «Tu hijo está bueno». Y así, creyó en Jesús, y con él toda la familia [4].

20. Jesús en la sinagoga de Nazaret

(Luc. 4, 16-30. *Matth.* 4, 13 [13, 54-58]. *Marc.* 1, 14 s. [6, 1-6]. *Ioann.* 4, 43 s.)

1. Jesús enseña en la sinagoga de Nazaret. 2. Incredulidad de los habitantes de Nazaret.

118. Jesús enseñaba en las sinagogas [5] de Galilea y era estimado y honrado de todos. Habiendo ido (también) a Nazaret, entró en día

---

ral puede atribuirse el hecho? Jesús hizo un «signo» (un milagro), dice *Juan el Apóstol.* Nosotros no podemos decir otra cosa.

[1] Jesús, que quería, no sólo sanar al niño moribundo, sino también curar espiritualmente al padre «y a toda su casa» infundiéndoles fe viva, reprende con palabras de benevolencia la poca fe del funcionario y de los galileos en general. Mientras que los samaritanos de Sicar (cfr. núm. 114) por sola su *palabra* creyeron en el «Salvador del mundo», los galileos querían milagros y sólo veían en él a un remediador de las necesidades terrenas, mas no al gran remediador de las *espirituales,* «al Salvador del mundo». Su fe carecía de aquella elevación que da a la fe en Jesús el carácter de viva y santificante y hace de ella una fuente de salud, cuyas aguas «van a parar en la vida eterna».—Alegar estas palabras como prueba de que Jesús no daba importancia a sus milagros, es querer encubrir el sentido claro de ellas. Precisamente el objeto de los milagros y signos era robustecer la fe de los débiles. En ningún pasaje se afirma que los signos y milagros carecieran de finalidad e importancia.

[2] En adelante ya no se le pudo aplicar el reproche de Jesús. Creyó aun antes de ver el prodigio.

[3] Hacia la una de la tarde. Cafarnaum quedaba a unos 30 Km., 8 horas. Partiendo de madrugada, podía el funcionario estar en Caná al mediodía. Oídas las consoladoras palabras de Jesús, en seguida seguramente emprendió el regreso. Hasta Arbela, que está a medio camino, el viaje no ofrece dificultad; pero desde aquí se hace molesto por el rápido declive, no exento de peligros en la estación de las lluvias y de noche (cfr. núm. 114).

[4] Con la curación milagrosa del niño moribundo entró en casa del funcionario real de Cafarnaum la fe en Jesús, la cual conduce a la «vida eterna».

[5] Las *sinagogas* nacieron en tiempo de Esdras, o acaso durante el destierro. En ellas se reunía los sábados la comunidad, principalmente para instruirse en la Ley; según Filón, las sinagogas eran, sobre todo, «escuelas» (cfr. también *Marc.* 1, 21 s.). En las ciudades donde convivían juntos judíos y paganos, la sinagoga tenía existencia autónoma al lado de la comunidad política. «En las poblaciones exclusivamente judías, los ancianos del pueblo eran a la vez, a lo que parece, ancianos de la sinagoga» (Schürer, *Geschichte* II^3 432). Además de los ancianos, que en general dirigían los asuntos de la comunidad, había establecidos funcionarios para fines especiales, *no* para la lección de las Escrituras, para la predicación y la oración (pues en estas funciones alternaban libremente en tiempo de Jesucristo todos los miembros de la comunidad), sino para la policía externa. Eran los siguientes: 1, el *archisinagogo* o *jefe de la sinagoga (Marc.* 5, 22. *Luc.* 13, 14. *Act.* 18, 8); era de su incumbencia la inspección de todo lo concerniente a la Sinagoga, en particular la guarda del orden externo en el culto. Era el «director de la asamblea litúrgica»; determinaba, por consiguiente, quién había de tener la lección de Escritura, quién la oración, e invitaba a predicar a personas competentes *(Act.* 13, 15); 2, el *limosnero;* 3, el *ministro,* encargado de llevar los Libros Sagrados a los actos litúrgicos y de volverlos a su sitio *(Luc.* 4, 20), de ejecutar el castigo de flagelación, de enseñar a los niños a leer

de sábado según su costumbre en la sinagoga [1]; levantóse en señal de que se proponía leer de los Libros Sagrados [2]. Alargáronle el libro del profeta Isaías. Y en abriéndolo, halló (acaso en la lección del día) el pasaje (directamente mesiánico) donde estaba escrito: «*El Espíritu del Señor sobre mí, porque él me ha ungido* (para el ministerio mesiánico), él me ha enviado a evangelizar a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos la vista, a soltar a los que están oprimidos, a promulgar *el año de gracia del Señor* [3] y el día de la recompensa». Y arrollado el libro, entregóselo al ministro y sentóse. Todos en la sinagoga tenían fijos [4] en él los ojos. Entonces comenzó diciendo: «Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura ante vosotros».

Todos le elogiaban, asombrados de las palabras tan llenas de gracia que salían de sus labios, y decían: «¿No es éste el hijo de José (el carpintero)? (¿No se llama María su madre, y no son Santiago y José y Simón y Judas sus hermanos? ¿y sus hermanas no viven entre nosotros? [5] Pues ¿de dónde le viene todo eso, esta sabiduría y esta virtud de hacer milagros?» [6]) Mas

---

(sacristán, maestro y ministro en una pieza); 4. en el judaísmo posterior al *Talmud,* los *diez hombres* que (mediante una remuneración pecuniaria) se obligaban a la asistencia perpetua al culto divino. *Las sinagogas* eran, por lo general, edificios rectangulares divididos interiormente en naves por columnas; además de la puerta de la fachada, tenían otras dos laterales; construíanse, por regla general, fuera de la ciudad, en la proximidad de algún río (*Act.* 16, 13) o a orillas del mar, con miras a facilitar las purificaciones legales. El ajuar de la sinagoga era muy sencillo: un armario para guardar (envueltos en un paño) los rollos de la Ley y demás Libros Sagrados; una plataforma con su pupitre para la lectura; lámparas; bocinas que se tocaban el primer día del año y trompetas que se dejaban oír los días de ayuno. La *disposición en las ceremonias litúrgicas* era la siguiente: los miembros más respetables se sentaban en el primer lugar, los jóvenes, detrás; los hombres, separados de las mujeres —Recitábase el *Sch'ma:* «Oye, Israel, tu Dios es *el solo* Dios» (*Deut.* 6, 4-9; 11, 13-21); seguía la oración, que se hacía de pie, con el rostro vuelto a Jerusalén; dirigíala un miembro de la comunidad señalado por el jefe de la sinagoga; la comunidad respondía: Amén. Lección (también de pie) de la Ley, que estaba dividida en 154 secciones (*parascha, paraschoth*), y de los Profetas, que se distribuían en *haphtaroth* (*Luc.* 4, 16); traducción de los perícopes del hebreo al arameo, lengua hablada entonces en Palestina por el pueblo; sermón (*midrasch*), también de pie, acerca de lo que se acababa de leer (*Luc.* 4, 20); bendición sacerdotal, de hallarse presente algún sacerdote. Eran dias de reunión los sábados y días festivos, y acaso también los lunes y jueves. La lámina 2 b da idea del interior de una sinagoga.

[1] Colígese de *Matth.* 13, 54 ss. y *Marc.* 6, 1 ss. que Jesús *volvió todavía* una vez *a la ciudad de sus padres, Nazaret;* pero a pesar de sus milagros y su fama, fué objeto del mismo desprecio. Probablemente ambos evangelistas se refieren al suceso arriba mencionado, pues san Mateo no cuida, en general, de presentarnos los hechos en orden cronológico, y san Marcos depende en parte de san Mateo.

[2] Tomando por base el pasaje del Profeta, que trata de la vocación y misión del Mesías, Jesús explicó a sus conciudadanos su divina misión y les mostró cómo se habían cumplido en él todas las circunstancias. Lucas nos da sólo las ideas principales del discurso de Jesús.

[3] Es decir, el año jubilar, así llamado porque se anunciaba con las bocinas; ese año recobraba el israelita las heredades familiares enajenadas o la libertad perdida (*Lev.* 25, 8 ss.); la expresión designa aquí la *época mesiánica de la gracia* con todos los bienes espirituales que trae consigo.

[4] Habían ya oído (cfr. *Luc.* 4, 23) los grandes milagros obrados en Judea y Galilea y, finalmente, la curación del hijo del funcionario real de Cafarnaum (cfr. núm. 117).

[5] *Matth.* 13, 54 s. *Marc.* 6, 2 s.; cfr. núm. 104.

[6] Los milagros (*Marc.* 6, 5 s.) y la predicación de Jesús exigían de ellos la fe en su divina misión; pero la falsa idea de que el Mesías había de ser un rey potente y glorioso les impedía reconocerlo en Jesús, a quien habían visto entre ellos tan pobre y oculto. Jesús penetró sus dudas y supo atajar las objeciones.

él les dijo: «Sin duda me aplicaréis aquel refrán: Médico, cúrate a ti mismo [1]. Todas las grandes cosas que hemos oído que has hecho en Cafarnaum, hazlas también aquí en tu patria. Mas, en verdad os digo: *Ningún profeta es bien recibido en su patria* [2]. En verdad os digo: muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses, siendo grande el hambre por toda la tierra; y a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a una viuda (pagana) de Sarepta, ciudad del territorio de Sidón. Había asimismo muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo; y ninguno de ellos fué curado, sino Naamán, el sirio».

Al oír estas cosas, todos en la sinagoga montaron en cólera [3]. Y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron al borde del monte sobre el cual estaba su ciudad edificada, con ánimo de despeñarle. Pero Jesús, pasando por medio de ellos, se marchó [4].

21. Jesús enseña en Galilea y llama a cuatro apóstoles. Milagros en Cafarnaum

(*Matth.* 4, 13-25; 8, 14-18. *Marc.* 1, 14-39. *Luc.* 4, 31-44)

1. Los países de las «tinieblas» ven la «luz». 2. Vocación de cuatro apóstoles. 3. Jesús en la sinagoga de Cafarnaum; libra a un poseso. 4. Curación de la suegra de Pedro y de muchos enfermos. 5. Oración de Jesús. 6. Jesús recorre toda Galilea.

119. Dejando a Nazaret, fué Jesús a vivir a *Cafarnaum* [5], ciudad situada en los confines de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías: «El país de Zabulón y el país de Neftalí, región del mar, Galilea de los gentiles, el pueblo que andaba en tinieblas ve una grande luz, y sobre los que están sentados en la región de las sombras de la muerte resplandece una luz» [6].—Desde esta época comenzó

---

[1] Remedia primero tu pobreza y la de los tuyos aquí en Nazaret, antes que cuidarte del prójimo, y obra también en la ciudad de tus padres milagros estupendos. De semejante manera fué injuriado en la Cruz: «A otros remedió, etc.» (*Matth.* 27, 42).

[2] Al mal traído refrán: «¡Médico, cúrate a ti mismo!», contrapone Jesús otro que se está cumpliendo en él, como desgraciadamente tantas veces se cumplió en la historia de Israel. Para ilustrarlo, aduce Jesús hechos de la vida de los dos grandes profetas, Elías y Eliseo. Los gentiles, tan despreciados por Israel, se mostraron más dignos de la gracia y de los milagros que los propios compatriotas de los profetas.

[3] Los habitantes de Nazaret comprenden en seguida el alcance de aquellos ejemplos y la aplicación a su propia incredulidad. No pueden soportar que Jesús, «el hijo del carpintero», les discuta el derecho a la salud mesiánica, posponiéndolos a los gentiles, por negarse a creer en su mesianidad. Cúmplese a la letra lo de *Ioann.* 1, 11.

[4] Viendo la dignidad divina con que se mostraba a ellos, se quedaron sobrecogidos de miedo, como más tarde los soldados que, al oír aquellas palabras pronunciadas con divina majestad en el huerto de Getsemaní: «Yo soy», se retiraron y cayeron por tierra (*Ioann.* 18, 6).

[5] Cfr. núm. 106.

[6] *Is.* 19, 1 s. El pueblo que habita la citada comarca es «un pueblo que anda en tinieblas» y está sentado «en la región de las sombras de la muerte»; porque, abandonado al poder e influjo del paganismo en el curso de los siglos, ha caído en el estado de miseria religiosa y moral en que se encuentra. Pero precisamente para este pueblo ha de brillar la «gran luz», el sol espiritual del Mesías. Así lo predijo el profeta; así lo ve cumplido el evangelista. Aquel rincón del lago de Genesaret, donde Jesús enseñaba e iniciaba en los misterios de la religión a sus apóstoles escogidos del despreciado pueblo galileo, se ha convertido en foco resplandeciente del Cristianismo y de la cultura y civilización cristianas que sobrepujan el brillo de la grandeza, poder y gloria del mundo antiguo.

Jesús a anunciar el Evangelio del reino de Dios [1], diciendo: «*El tiempo se ha cumplido* [2], y el reino de Dios se acerca. Haced penitencia y creed al Evangelio».

Caminando un día Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió a dos hermanos, *Simón Pedro* y *Andrés*, que echaban la red en el mar, pues eran pescadores, y les dijo: «Seguidme, que yo os haré *pescadores de hombres*» [3]. Al instante los dos, dejadas las redes, le siguieron. Pasando más adelante, vió a otros dos hermanos, *Santiago* y *Juan*, que remendaban sus redes en la barca con Zebedeo su padre, y los llamó. Ellos también al punto, dejadas las redes y a su padre, le siguieron [4].

120. Entraron después en Cafarnaum; y Jesús comenzó luego a enseñar los sábados al pueblo en la sinagoga [5]. Y los oyentes se asombraban de su doctrina; porque enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas [6]. Había en la sinagoga un hombre poseído [7] del *espíritu inmundo*, el cual exclamó, diciendo: «¿Qué tenemos nosotros [8] que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a perdernos? Ya sé quien eres: el Santo de Dios» [9]. Mas Jesús le conminó, diciendo: «Enmudece,

---

[1] Bartmann, *Das Reich Gottes in der Heiligen Schrift*, en *BZF* V, 4/5 (1913); H. Dieckmann, *De Ecclesia tractatus historico-dogmatici* I (Friburgo 1925) *tract. 1*.

[2] El tiempo de preparación para el reino mesiánico. Cfr. núm. 88 s.; *Is.* 40, 3 9; 41, 27; *Nah.* 1, 15.

[3] Es muy frecuente en los monumentos cristianos antiguos la figura del pescador sacando del agua un pez—símbolo del Bautismo, en el cual se ganan almas para Jesucristo (cfr. también núm. 126).

[4] Acerca del trato anterior de Andrés, Juan y Pedro con Jesús, cfr. núm. 98.

[5] Cfr. núm. 118. En adelante Cafarnaum será la residencia propiamente dicha de Jesús por todo el tiempo de su peregrinación por Galilea. San Mateo le llama «su ciudad» (*Matth.* 9, 1). Allí vivió en la casa de Simón Pedro.

[6] Los escribas hablaban como intérpretes de la Ley; mas Jesús, como legislador. Aquéllos no tenían poder de hacer milagros; él los hacía sin trabas de ningún género. Júntese a esto la sublimidad arrebatadora y la fuerza avasalladora de sus palabras, su ejemplo y su perfecto desinterés. Siguiéronle en ello después los apóstoles; hablaban, «que parecían palabras de Dios, no por adulación o avaricia o afán de honores, no con palabras persuasivas de humano saber, sino en la virtud de Dios» (I *Petr.* 4, 11. I *Thess.* 2, 5-13. I *Cor.* 2, 4 ss.). Por lo mismo, el Evangelio era para ellos «una virtud de Dios para salvar a todos los que creen en él», y «la palabra de Dios, viva y más penetrante que cualquiera espada de dos filos, de suerte que penetraba hasta el espíritu y el ánima, hasta las junturas y los tuétanos» (*Rom.* 1, 16. *Hebr.* 4, 12; cfr. *Apoc.* 1, 16; 2, 12 16).

[7] Llámanse *impuros* los espíritus malos, no porque puedan cometer consigo mismos pecado de impureza, lo que repugna a su naturaleza espiritual, sino, en general, en cuanto que están empecatados y, por lo mismo, son objeto de aborrecimiento para Dios, infinitamente puro y santo. *Acerca de los endemoniados* véase núm. 122.

[8] El espíritu impuro se solidariza con todos los malos espíritus; por eso habla en nombre de todos.

[9] ¿Has venido acaso ya al juicio para encerrarnos en el infierno por una eternidad, es decir, para cortar definitivamente nuestra actividad satánica y, por ende, aumentar nuestro castigo? (Cfr. II *Petr.* 2, 4; *Iudae* 6; *Apoc.* 20, 9). No queremos nada contigo, sino sólo con los pecadores; confesamos que tú eres *el Mesías* (cfr. *Dan.* 9, 24).—Acerca de los lugares en que los demonios llaman a Jesús «el Santo» y le reconocen por «Hijo de Dios», se expresa acertadamente Bartmann (*Das Himmelreich und sein König* 116) en los siguientes términos: «No se ha de exagerar ese "conocimiento". Comprendían los demonios que del Señor salía una fuerza antidemoníaca inaudita, y sospechaban que fuese un hombre superior, singularmente favorecido de las divinas gracias, a cuyos conjuros se sentían ahuyentados, desbancados y atormentados. Por otra parte, el entendimiento creado del demonio necesita de medios para llegar al conocimiento de las cosas, no es intuitivo (inmediato, sino discursivo, mediante raciocinio). De las *obras* de Cristo podía deducir que

y sal de ese hombre» [1]. Entonces el espíritu inmundo, agitándole [2] con violentas convulsiones y dando grandes alaridos, salió de él sin hacerle daño. Y quedaron todos atónitos, tanto que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta? El manda con imperio a los espíritus inmundos, y le obedecen».

121. Saliendo de la sinagoga, fué Jesús a casa de Simón Pedro y Andrés, su hermano. Hallábase la *suegra de Pedro* en cama con fiebre [3], y habláronle luego de ella. Acercándose Jesús la tomó por la mano, la levantó y mandó a la fiebre; al instante la dejó la fiebre; y ella, levantándose, comenzó a servirles [4]. Por la tarde, después de la puesta del sol (o sea, pasado ya el descanso sabático), llevaron a su presencia a *todos los enfermos y posesos.* Toda la ciudad se congregó a la puerta de la casa; y él, imponiendo a cada uno las manos, fué curando a los enfermos [5] y arrojó con *una* palabra los malos espíritus. Estos salían de los posesos gritando y diciendo: *Tú eres el Hijo de Dios.* Mas él les amenazaba y no les dejaba hablar, porque ellos sabían que él era el *Mesías* [6].

Por la mañana, muy de madrugada, salió fuera a un lugar solitario, y allí estaba en oración [7]. Pedro y los demás discípulos le buscaban. Y habiéndole hallado, le dijeron: «Todos te buscan». Las multitudes llegaron hasta él y le detenían para que no fuese. Mas él les dijo: «Es preciso ir también a otras ciudades a anunciar el Evangelio del reino de Dios; porque para eso he venido». E iba Jesús recorriendo toda *Galilea,* enseñando en las sinagogas, arrojando los demonios y sanando toda dolencia y toda enfermedad en el pueblo. Su fama corrió por toda la Siria, y presentábanle todos los que estaban enfermos y aquejados de varios males y de dolores agudos, y los endemoniados, y los lunáticos, y los paralíticos; y

---

allí se encerraba algún ser superior. Cuando los evangelistas (*Marc.* 1, 34. *Luc.* 4, 41) dicen que los demonios le conocían, *dedúcenlo,* y con razón, del uso que tenía entre los judíos el nombre que los demonios daban a Jesús y del proceder de Jesús que lo rehusaba. Cuál fuera el alcance de este conocimiento, sólo los demonios lo sabían. Claro es que en su testimonio no iba incluído el homenaje; era sólo la expresión de un sentimiento forzado de temor. Cristo lo rechaza, porque no quiere por heraldo al demonio».

1 Aun la verdad la dice el espíritu de la mentira con torcida intención (santo Tomás, *Summa theol. 1, q. 64, a. 2 ad 5);* de ahí la orden que les impone Jesús de callar y de dejar las víctimas de su nequicia. De igual suerte san Pablo en *Filipos (Act.* 16, 17).

2 Jesús se lo permite, para que se vea la malicia del demonio y sea manifiesto el milagro; mas no le permite que haga daño al hombre (santo Tomás, *Summa. theol. 3, q. 44, a. 1 ad 3).*

3 Véase núm. 15, página 24 s.

4 No quedó en estado de debilidad y agotamiento, mas fué curado repentina y completamente.

5 Mateo ve cumplida en estas obras de Jesús las palabras de Isaías 53, 4: «El ha tomado sobre sí nuestros achaques y cargado con nuestras enfermedades» (cfr. también I *Petr.* 2, 24). El Profeta habla propiamente de la *Pasión expiadora* «del varón de dolores». Mateo lo aplica a la *virtud taumatúrgica* de Jesús, y no sin razón. Pues siendo Jesús quien expía los pecados y quita la culpa de ellos, puede también poner remedio al mal físico, consecuencia del pecado. Y, por otra parte, cuando le vemos remediar los males físicos, hemos de concluir que él es quien borra los pecados, el Mesías.

6 Jesús no quería el homenaje de los demonios, proferido a regañadientes y con mala intención. Aquellas palabras de los demonios fácilmente podían despertar planes siniestros en la multitud excitable, poseída de ideas poco acendradas acerca del Mesías.

7 Cfr. núm. 123: *oración de Jesús;* también Margreth, *Das Gebetsleben Jesu Christi, des Sohnes Gottes* (Münster 1902).

los curaba. E íbale siguiendo una gran muchedumbre de Galilea, y de *Decápolis* [1], y de Jerusalén, y de Judea, y de Transjordania.

122. Los posesos [2]. Amén de varios relatos sumarios acerca de curaciones de posesos, los Evangelios nos cuentan seis casos en especial, y aun siete, si se quiere: 1, el poseso de la sinagoga de Cafarnaum (*Marc.* 1, 23-28. *Luc.* 4, 31); 2, un mudo (*Matth.* 9, 32); 3, un ciego y mudo a la vez (*Matth.* 12, 22. *Luc.* 11, 14); 4, la hija de la Cananea (*Matth.* 15, 21. *Marc.* 7, 24); 5, el lunático (*Matth.* 17, 14-20. *Marc.* 9, 14-28. *Luc.* 9, 37-43); 6, expulsión de demonios en el país de los gerasenos (*Matth.* 8, 28. *Marc.* 5, 1. *Luc.* 8. 26); 7, la mujer encorvada (*Luc.* 13, 10-16). Aun la escuela «histórico-crítica» admite que, aparte ciertos pormenores, son auténticos los relatos evangélicos acerca de la virtud curativa de Jesús, especialmente en lo que atañe a los «demoníacos», y sostiene con tesón la *historicidad* del encuentro de Jesús con los endemoniados y de las curaciones de éstos. Ahora bien, según dichos relatos evangélicos, es evidente que en tiempo de Jesucristo se creía en la posesión diabólica de ciertos hombres y que el mismo Jesús no se opuso a esta creencia, sino que la compartió con sus contemporáneos. Los evangelistas distinguen muy bien entre posesión y enfermedad. Así, por ejemplo, en la curación de los ciegos (*Matth.* 9, 27-31, *Marc.* 8, 22-26; 10, 46), en la del sordomudo de Decápolis (*Marc.* 7, 32 ss.), en la de los leprosos, de la Hemorroisa, del hombre de la mano seca, no se habla de expulsión de demonios; y en los relatos sumarios se mencionan aparte las expulsiones de demonios, como casos singulares. He aquí expuesto el concepto de la posesión diabólica según los Evangelios y la teología creyente: 1. No es una enfermedad corporal, aunque frecuentemente vaya unida con diversas afecciones, o los síntomas de la posesión diabólica difieran poco y aun nada de los que se manifiestan en los desarreglos nerviosos; la *causa* es distinta en uno y otro caso. 2. La posesión diabólica no consiste en un mero influjo de Satanás en la voluntad humana (como sucede en muchísimas tentaciones) mediante fantasmas, excitación de la fantasía, inspiración de malos pensamientos, preparación de ocasiones pecaminosas — tentaciones que no pueden violentar al hombre, antes el hombre las puede vencer con el libre albedrío y la gracia de Dios. La posesión diabólica es más bien un *influjo físico* de Satanás en la parte inferior del hombre, un enseñoreamiento de los órganos corporales y de las potencias del alma, de suerte que el demonio ejerce poder formal en el hombre y abusa de los órganos y potencias de éste. En el cuerpo del hombre se introduce otro Yo que habla por boca del poseso o impide a éste hablar, ejerce dominio sobre la vista y el oído, trastorna el sistema nervioso, piensa con el cerebro humano, muévese y obra con su cuerpo, priva al alma del dominio de los órganos del cuerpo y abusa de ellos para acciones abominables.

Sólo quien niegue la existencia personal del demonio pondrá en duda la posibilidad de tal enseñoreamiento del hombre por el diablo. Los estados

---

[1] Es decir, *la comarca de las diez ciudades*, al nordeste de Judea, en Transjordania. Formaban una confederación de ciudades bajo la soberanía de los romanos. La más importante era Escitópolis, única de aquende el Jordán; las demás eran Gadara, Gerasa, Pella, Hippos, Dion, Rabbat-Ammón (Filadelfia), Damasco, etc. Y aunque más tarde fueron entrando otras ciudades más en la liga, no por eso cambió la denominación común (cfr. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* I³ 299; II³ 29 ss. 115).

[2] Taczak, *Dämonische Besessenheit* (Münster 1903). Joh Smit, *De daemoniacis in historia evangelica Dissertatio evangelico-apologetica* (Roma 1913). Leistle, *Die Besessenheit mit besonderer Berücksichtigung der Lehre der Väter* (Dillingen 1887); Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 352-384. Heyne, *Die Besessenheitswahn bei geistigen Erkrankungszuständen* (Paderborn 1904). Schneider, *Der neuere Geisterglaube*² (Paderborn 1885). Polz. *Das Verhältnis Christi zu den Dämonen* (Innsbruck 1907). Dausch en *ThpMS* XXII (1912) 318 ss. Jäger, *Ist Jesus Christus ein Suggestionstherapeut gewesen?* (Mergentheim 1918).

magnéticos y la sugestión a que son ciertas personas sometidas nos prueban ser posible que un poder extraño llegue a posesionarse del sistema nervioso del hombre. Con razón pregunta Schanz (*Apologie* II² 712 ss.): «Si la pasión degrada el espíritu del hombre hasta hacerle esclavo de la sensualidad, ¿por qué no ha de ser posible que el espíritu del mal se apodere del espíritu y del cuerpo del hombre y se sirva de él como de un instrumento incapaz de oponer resistencia? Hay hombres que en todo su porte revelan naturaleza diabólica, ¿no habría de poderse manifestar el poder del hombre mediante fenómenos físicos? El Evangelio de san Juan nos ha consignado aquel aspecto particularmente en Judas; los *Sinópticos* nos han mostrado este otro aspecto en los numerosos relatos de expulsiones de demonios».

Cierto es que sólo con el consentimiento de Dios puede el demonio ejercer tal violencia en el hombre. Pero el consentimiento divino es tan posible como lo es en general la permisión del mal. Sucede ello en castigo o para humillación del hombre, a fin de que éste vea la malicia de Satanás y se guarde de él, para acrecentamiento de la fe y glorificación de Cristo y de su Iglesia. La permisión divina es *independiente del estado moral* del hombre, de suerte que puede darse en personas piadosas y santas. Mas suele el hombre con el pecado preparar el camino y abrir la puerta al demonio o contribuir con el libre albedrío a la malicia de aquél. Tales estados demoníacos van siempre acompañados de *grandes peligros espirituales;* mas también aquí es cierto que Dios no permite que el hombre sea tentado sobre sus fuerzas, y que, cuanto mayores son los combates y los peligros, tanto mayores gracias concede y tanto mayor premio reserva al esforzado vencedor. El Salvador transmitió a la Iglesia el poder de lanzar los demonios, y ésta lo ejerce mediante los exorcismos o conjuros. La *multitud* de endemoniados *en tiempo de Jesucristo* y en su alrededor se explica por la crisis en que necesariamente se encontraba el reino infernal con la venida del Salvador y de su reino. «A los resplandores del día huyen las aves nocturnas».

El moderno *racionalismo,* que no cree en la existencia del demonio y, por consiguiente, tampoco en la posesión del hombre por el demonio, tiene por imposibles todos estos milagros de Jesucristo y trata de buscar una explicación natural de la posesión «demoníaca» y de la curación. Para los racionalistas, la posesión diabólica es una enfermedad del ánimo, de los nervios y del espíritu, histeria aguda, «neurosis histérica»; y las curaciones de Jesús se pueden explicar naturalmente por sugestión; la voz imperiosa de Jesús, la autoridad de su persona, su «prodigioso poder sobre las almas de los que en él ponían su confianza», ahuyentaban la enfermedad. Mas esta explicación no tiene apoyo ninguno en los Evangelios, de no maltratar los testimonios y los textos de forma que digan lo que a uno se le antoja.

Sólo negando el carácter mesiánico de Jesús se puede tener la posesión diabólica por «neurosis histérica» o cosa análoga. Porque en tal supuesto, Jesús se habría equivocado; o bien se habría acomodado a ideas religiosas erróneas en forma equivalente a una mentira. Pero quien puede *curar* como Jesús en aquellos casos, no yerra en el diagnóstico. Por otra parte, no es admisible que Jesús, conociendo la naturaleza verdadera de aquella enfermedad, obrase como el médico que sigue la idea fija del paciente para no excitarlo. Contra esta hipótesis habla la manera de obrar de Jesús en presencia de los endemoniados: dirige la palabra a los demonios, les increpa y los lanza; no aparece la agitación del comediante, sino la santa seriedad del Hijo de Dios, del «más fuerte, que viene sobre el fuerte». Además, Jesús mismo nos da testimonio de que lanza los demonios por la virtud del Espíritu de Dios (*Matth.* 12, 28); él mismo dice que la eficacia es consecuencia de su victoria sobre Satanás y el reino infernal. Y en la intimidad con sus discípulos, cuando podía esperarse que diera alguna explicación, no habla de aquel mal como de ilusión popular a la cual se acomoda, sino como de cosa verdadera e importante; y aun les confiere el poder de lanzar los demonios (*Matth.* 10, 18. *Marc.* 16, 17) y les instruye de la manera como deben prepararse para ello (*Matth.* 17, 20). No se

puede, por tanto, hablar de acomodación a la manera errónea de pensar de la época [1].

Aun concediendo que la posesión diabólica fuese una «neurosis histérica» (que no lo era), con todo, *no se podría* explicar *naturalmente* la *curación* en la forma como Jesús la hacía. La persona más autoritaria y de mayor voluntad y dominio sobre las almas no habría podido *curar* por *vía natural* a los dos gerasenos, al lunático, al de la sinagoga de Cafarnaum *en la forma* como Jesús lo hizo. Faltaba aquí el requisito necesario para la aplicación del método curativo psicológico y para la eficacia de la acción del sugestionador, a saber: la completa *entrega* del paciente a la voluntad del hipnotizador. Los gerasenos se resistían con todas sus fuerzas a la curación y a la expulsión del mal espíritu que les dominaba. Y en el caso de la hija de la Cananea, necesariamente fracasa toda hipnosis y sugestión; pues «por tratamiento hipnótico de la madre no sabemos curar a la hija enferma del espíritu» (posesa, hablando con propiedad) (Knur).

123. La oración de Jesús. Jesús no necesita orar, porque es Dios; pero Jesús puede orar, y se siente impulsado a hacerlo, porque es hombre verdadero. La oración de Jesús como oración del Hombre-Dios, es la más íntima, profunda, sublime y perfecta que puede ofrecerse a Dios, y es modelo inimitable de verdadera y genuina oración. Ora Jesús como cabeza de la humanidad y como Redentor divino-humano del mundo en nombre de todos los mortales y por todos ellos. Su oración era, como oración del Redentor, una obra de satisfacción vicaria, una función sacerdotal, una entrega de sí mismo al Padre celestial por la salud del género humano. No por eso debemos imaginarnos la oración de Jesús inundada de dulzuras y consuelos. Era más bien una oración de lucha dolorosa de súplicas y ruegos con la justicia divina que está a punto de descargar sobre la humanidad, una oración deprecativa, satisfactoria y de inmolación por los pecadores y los pecados del mundo.

124. El lago de Genesaret se llamó antiguamente *Kinneret* (acaso de *Kinnor,* arpa), y en el Nuevo Testamento recibió además el nombre de *lago de Tiberíades* o *mar de Galilea;* actualmente se le llama Bahr et-Tabariyé. Está 18 $^1/_2$ Km. al sur del lago de Merom y, como éste, recibe las aguas del Jordán. Tiene 21 Km. de largura por 11 $^1/_2$ de anchura; su profundidad llega a 45 m. El nivel del lago está 191 m. por debajo del Mediterráneo. Sus aguas son cristalinas, buenas y potables; abunda la pesca. Está rodeado de montes que pasan de los 300 m.; los del oeste son de basalto; los del este, calcáreos. Los montes próximos se yerguen en derredor del lago en forma de anfiteatro, en cuyo centro el calor, que llega a los 50° C., se hace insoportable y produce violentos huracanes, especialmente por la tarde y al anochecer, hasta que se restablece el equilibrio térmico con los montes circundantes. Las riberas del lago son encantadoras; antiguamente eran fértiles en extremo y estaban pobladas de ciudades y aldeas. Pero toda aquella hermosura ha desaparecido; las ciudades florecientes [2], las magníficas quintas y la exuberante vegetación que adornaban antaño sus riberas, pasaron a la historia. Numerosas ruinas recuerdan todavía lo que fueron en otro tiempo aquellos parajes. Junto a la ciudad de Tiberíades y en Umm-Keis, la antigua Gadara, 12 Km. al sudeste del lago, brotan fuentes termales [3]; y todo el valle del Jordán con los alrededores del lago de Genesaret y del mar Muerto son a veces visitados por violentas sacudidas sísmicas. En 1837 un terremoto destruyó casi por completo la ciudad de Tiberíades, quitando

---

[1] Pueden verse también las observaciones que en esta obra hacemos en cada caso particular.

[2] Núm. 106. Acerca de estas poblaciones de entonces cfr. Josefo, *Bell.* 3, 10, 8.

[3] Los baños termales llamados Hammath (del hebreo *cham,* caliente), que se hallan media hora al sur de Tiberíades, alcanzan la temperatura de 60° C; uno de los manantiales, de caudal copioso, brota del monte. Ludolfo de Suthem las compara con las de Aquisgrán, Schubert con las de Karlsbad. Ya en época remotísima se conocía y utilizaba su virtud curativa; en tiempo de Jesucristo había allí magníficos balnearios (cfr. *KL* IV [2] 445).

la vida a 6000 personas[1]. Cruzaban la región en todas direcciones importantes vías comerciales que unían la costa con Damasco y el Oriente, con el Nilo y el Eufrates[2]; la industria y el comercio florecían por todas partes y ocupaban a numeroso pueblo; habíase establecido allí una importante colonia pagana, la cual influía en la vida pública de la comarca (véase láminas 3 a y b).

125. Tiberíades, actualmente la única ciudad de la costa (llamada Tabariyé), fué construída el año 22 d. Cr. por Herodes Antipas, el cual le dió el nombre de Tiberias en honor a Tiberio. Fué capital y plaza de armas de Galilea, y a ella trasladó Herodes Antipas su residencia de Séforis (cfr. pág. 85, nota 6). Magníficos baños y un anfiteatro le daban aspecto de ciudad pagana. En la guerra de los judíos la ciudad se rindió a Vespasiano, quien la perdonó. Después de la destrucción de Jerusalén (70 d. Cr.), los judíos con el Sanedrín y la escuela de sabios se trasladaron primero a Jabnia (Jamnia), luego a Séforis y por fin (en el siglo III) a Tiberíades[3].

En tiempo de Constantino se erigió en Tiberíades una *iglesia en honor de san Pedro,* y desde el siglo v sabemos que fué sede episcopal. San Wilibaldo (véase Apéndice I, 15) encontró en 727 una iglesia. El año 1099 conquistó Tancredo la ciudad, que fué destruída por Saladino en 1187, después de la batalla de Hattin. Desde el terremoto de 1837 la ciudad ofrece aspecto ruinoso y en el interior es muy sucia. Se ha restaurado la iglesia que erigieron los Cruzados en honor de san Pedro; está situada a orillas del lago, al norte de la ciudad. Cuidan de la parroquia los PP. Franciscanos que viven en el convento anejo, administrando los sacramentos a los pocos católicos de la ciudad y del hospicio (véase lámina 3 b).

22. La pesca milagrosa

(*Luc.* 5, 1-11)

1. Sermón del Señor desde la barca de Pedro. 2. Pesca milagrosa. 3. Efecto del milagro.

126. Sucedió un día que, hallándose Jesús junto al lago de Genesaret, las gentes se agolpaban alrededor de él, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto vió Jesús dos barcas a la orilla del lago; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando sus redes. Subiendo, pues, en una de ellas, la cual era de Simón, pidióle que la separase un poco de la ribera. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca a numeroso concurso. Acabada la plática, dijo a Simón[4]: «Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar». Replicóle Simón: «Maestro, toda la noche[5] hemos estado trabajando y nada hemos pescado; no obstante, sobre tu palabra echaré la red». Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas a los compañeros de la otra

---

[1] Cfr. P. Sonnen, *Ein Ritt um den See Genesareth,* en *HL* 1908, 173 ss. y 1909, 12 ss. 80 ss.; véase también *HL* 1921, 10 y los números sucesivos; A. Dunkel, *Eine Fahrt über den See Genesareth* (tiénese en cuenta en la obra el viaje de Christian Adrichomius [véase Apéndice I, 19]), en *HL* 1913, 34; Biever, *Au bord du lac de Tibériade,* en *Conférences de Saint-Etienne* I y II; véase Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*8-10 409 ss.; Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 190 ss.

[2] Más detalles en Felter, *Ntl Zeitgesch.* I 38.

[3] Más detalles acerca de la historia de los judíos en Palestina en Hölscher, *Die Geschichte der Juden in Palästina seit dem Jahre 70 n. Chr.* (Leipzig 1909).

[4] Cfr. página 142, nota 6.

[5] El tiempo más apropiado para la pesca. Véase Fr. Dunkel, *Die Fischerei am See Genesareth und das NT,* en *Biblica* 1924, 375-390.—La palabra «Maestro, etc.» nos hace penetrar en el estado de ánimo de Pedro.

barca, que viniesen y les ayudasen. Vinieron luego, y llenaron tanto las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen.

Viéndolo Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Y es que el asombro se había apoderado así de él como de todos los demás que con él estaban, a la vista de la pesca que acababan de hacer [1]. Lo mismo sucedía a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Entonces Jesús dijo a Simón: «No temas; *de hoy en adelante serás pescador de hombres*». Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron [2].

127. Simbolismo de la pesca milagrosa. La pesca milagrosa de los discípulos en el lago de Genesaret es, no sólo un milagro de la omnipotencia (o sabiduría) de Jesús, sino también, por voluntad del mismo Jesucristo, un símbolo profético que se cumple constantemente desde hace diecinueve siglos, una profecía real de la actividad de la iglesia. Simón Pedro y los demás discípulos son, en unión con Jesús, imagen de la Iglesia. El mar con sus olas simboliza el mundo; la pesca es figura del género humano; echar las redes a la voz de Jesús representa la predicación del Evangelio; la pesca simboliza la admisión de los hombres en el seno de la Iglesia; la multitud innumerable de peces es figura de la no menos innumerable de almas que el celo apostólico de la Iglesia ha de ganar para Jesucristo de generación en generación [3]. Pero encierra especial simbolismo la relación en que están Jesús y Pedro en la maravillosa pesca. Sin la intervención de *Jesús*, hubiera fracasado completamente el esfuerzo de los discípulos; llevaban trabajando toda la noche y nada habían pescado. Mas con Jesús, su trabajo fué coronado por el éxito más lisonjero. La actividad apostólica de la Iglesia debe por tanto comenzar en Jesús y su gracia, y descansar también en Jesús y su gracia. La pesca milagrosa de los discípulos fué obra y prodigio de la divina gracia; así también lo es la conversión del mundo y el ingreso de los hombres y de los pueblos en el seno de la Iglesia. Y el aparecer *Simón Pedro* en este hecho el primero entre todos los discípulos, y el haberle Jesús prometido: «Desde ahora serás pescador de hombres», es un símbolo profético de que Pedro y sus sucesores en la Sede de Roma han de ser por todos los siglos hasta el fin del mundo los jefes supremos y guías de la actividad de la Iglesia, los afortunados e históricos «pescadores de hombres». (Acerca de la segunda pesca milagrosa véase núm. 507).

23. Jesús cura a un leproso

(*Matth.* 8, 1-4. *Marc.* 1, 39-45. *Luc.* 5, 12-16)

1. Ruego del leproso. 2. Respuesta de Jesús. 3. Efecto de la respuesta. 4. Prohibición y mandato de Jesús.

128. Jesús predicaba en las sinagogas y en toda Galilea. Estando cierta vez en una ciudad [4], vino a él un hombre todo cubierto de

---

[1] Síguese de aquí claramente que Pedro y sus compañeros, a pesar de estar familiarizados con el lago y con el oficio, reconocieron en aquella pesca *un milagro*.

[2] A punto de abandonar a Cafarnaum y emprender nuevos viajes, mediante la pesca milagrosa inicia Jesús simbólicamente en cierto modo en la vocación a estos discípulos, llamados en parte ya antes (véase núm. 119). Porque el milagro de la pesca es símbolo y prenda del feliz éxito que ha de tener la actividad apostólica que desde ahora se va a iniciar; representa: 1, la suerte de trabajo que han de realizar (echar la red en el mar del mundo); 2, la magnitud de los esfuerzos y fatigas; 3, los copiosos frutos que han de recoger, como trabajen guiados por la voz y voluntad del Señor y en unión con Pedro.

[3] Cfr. también núm. 166 la parábola de la red de pescar.

[4] Mateo trae este milagro *luego* del Sermón de la Montaña; Marcos y Lucas, por el contrario, poco *antes*, siguiendo el orden cronológico. Mateo, con ocasión del Sermón de

lepra [1], el cual, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: «Señor, si tú quieres, puedes curarme». Y Jesús, extendiendo la mano, le tocó diciendo: *Quiero; sé curado* [2]. Y de repente quedó limpio de la lepra. Díjole Jesús: «Mira, que a nadie lo cuentes [3]; mas ve, preséntate al sacerdote [4], y lleva la ofrenda por tu curación, según lo ordenado por Moisés, a fin de que les sirva de testimonio» [5]. Mas él fué y lo propaló por todas partes [6], de suerte que Jesús (durante varios días) no podía entrar en la ciudad (de Cafarnaum) por el excesivo concurso del pueblo, sino que se mantuvo en lugares retirados y allí oraba (cfr. núm. 123).

129. La lepra y su simbolismo. Los judíos daban a la lepra los nombres de «golpe, azote»; en ella veían un terrible azote de Dios, y en el leproso, un herido por el Señor. Los leprosos eran impuros ante la Ley y estaban por ello excluídos del trato con los demás hombres, como también por el peligro de contagio. Vivían ordinariamente a las puertas de las ciudades y fuera de las aldeas, en viviendas propias dispuestas al efecto en el campo. Tenían obligación de andar con el vestido rasgado en el pecho, como los que hacían duelo, con el cabello desgreñado y la cara embozada. Y si se les acercaba algún transeúnte, debían gritar con su voz apagada y ronca: ¡impuro! ¡impuro!, para denunciarse a sí mismos. Como legalmente impuros, no podían pisar el Templo, ni ofrecer sacrificios, ni participar en los banquetes sagrados, ni comer cosa consagrada

---

la Montaña, nos ofrece un resumen de las principales enseñanzas de Jesús, para luego confirmarlas con los milagros (cfr. pág. 15).

[1] «Lleno de lepra» (*Luc.* 5, 12), o sea, aquejado en sumo grado de la enfermedad más terrible.

[2] Eco hermoso de la súplica del enfermo: «Señor, si tú quieres, etc.».—En sentir de autoridades médicas, la lepra hoy existente (por ejemplo en India, México, Colonia del Cabo, Islandia, Bretaña) es idéntica a la bíblica. La medicina moderna ha logrado descubrir el bacilo de la lepra, muy semejante al de la tuberculosis; pero no halla remedio para tan terrible enfermedad, ni conoce mejores recursos profilácticos que la antigüedad (el aislamiento).—Tocante a la curación lograda por Jesús, no hay explicación natural posible. Está excluído el tratamiento psíquico, la sugestión. «Cualquiera que fuera la afección cutánea en los casos (de los leprosos curados por Jesús), ninguna de ellas, ni siquiera la urticaria, que pasa pronto, se puede curar por un mandato y en tan poco tiempo» (Ebstein, *Die Medizin im NT* 91). No cabe otra explicación de las curaciones de leprosos obradas por Jesús sino *el milagro.* Testigos irrecusables de ellas son los sacerdotes judíos, enemigos de Jesús. Porque, ciertamente, no sin detenido y profundo examen dieron fe de la curación; y ninguno de los contemporáneos de Jesús salió a contradecirle o atajarle cuando dijo de su actividad mesiánica: «Los leprosos son curados» (*Luc.* 7, 22). Cfr. Knur, *Christus medicus?* 55 ss.; véanse en la revista *Hochland* año 1, tomo II, págs. 294 y 498, dos artículos acerca de la lepra actual (el segundo rectifica algunos puntos del primero).

[3] A juzgar por lo que sigue, podría completarse la frase de esta manera: «antes que hayas cumplido lo que te digo, y antes que se compruebe oficialmente tu limpieza». —En algunos milagros, Jesús intima *prohibiciones* análogas a ésta; otras muchas veces no prohibió darles publicidad, *y aun mandó en ocasiones* que se publicasen. Prohibiólo sin duda en atención al curado, el cual, como tal, no debía pensar en servir de espectáculo, antes bien, en cumplir con los deberes que le imponía la Ley; acaso también en atención a la muchedumbre, fácilmente excitable, imbuída de ideas poco acrisoladas acerca del Mesías y del reino mesiánico.

[4] Cuando un leproso creía estar curado, debía, según *Lev.* 14, 2, someterse al examen de ciertos sacerdotes diputados para este menester.

[5] Para que mis mayores enemigos (cfr. núms. 107 y 113) confirmen la curación y corroboren el milagro; al mismo tiempo, en testimonio (para ellos) de que yo acato la Ley y no la conculco, como calumniosamente dicen de mí. La ley relativa a la lepra, en el *Levítico,* cap. 13 y 14.—Estas mismas palabras dice el Salvador en su Iglesia a los leprosos del espíritu, a los pecadores: «Anda, preséntate al sacerdote».

[6] Sin duda por agradecimiento; lo cual disculpa tanto más la desobediencia, cuanto que el curado podía pensar que Jesús le había intimado aquella orden movido de su gran modestia.

y santificada. En algunos lugares se les permitía acudir a la sinagoga; pero debían ocupar un lugar reservado, angosto y separado, entrar los primeros y salir los últimos. Les estaba prohibido visitar las casas de los sanos y de los legalmente puros.

La lepra que, cuando es avanzada, se presenta como una putrefacción del cuerpo en vida, es *imagen del pecado,* de la corrupción moral, de la muerte del alma por el pecado y de la muerte eterna. El leproso es figura de los que viven en pecado mortal y del pecador que ha incurrido en la muerte eterna. La fe respetuosa y la viva confianza con que el leproso se acerca a Jesús pidiendo la salud son figura de la fe y confianza con que el pecador debe acercarse a la gracia y buscar en ella la salud del alma. La curación del leproso por la palabra regeneradora y transformante de Jesús es imagen de la curación y santificación del pecador mediante la gracia del Redentor, que todo lo regenera y transforma.

24. El paralítico (gotoso)

(*Matth.* 9, 1-8. *Marc.* 2, 1-12. *Luc.* 5, 17-26)

1. Curación del alma pecadora. 2. Curación del cuerpo enfermo.

130. Como hubiese vuelto Jesús a Cafarnaum y morase en una casa [1], congregóse el sábado mucha gente para oírle, de suerte que, no sólo toda la casa, sino todas sus puertas estaban llenas de gente. Estaban asimismo sentados allí varios fariseos y doctores de la Ley, que habían venido de todos los lugares de Galilea, y de Judea, y de la ciudad de Jerusalén para espiarle; y la virtud del Señor se manifestaba en sanar a los enfermos [2]. Cuando he aquí que llegan unos hombres que traían tendido en una camilla a un paralítico; y como no pudiesen llegar a Jesús por el concurso de gente, subieron (por la escalera exterior) a la terraza (de la casa, que era de un piso [3]), y por una abertura descolgaron al enfermo con la camilla delante de Jesús. El cual, viendo su fe [4], dijo al paralítico: «Consuélate, hijo mío, *tus pecados te son perdonados*» [5].

Entonces los escribas [6] y fariseos empezaron a pensar diciendo para sus

---

[1] Quizá en casa de Simón Pedro (pág. 142, nota 6).

[2] Así la *Vulgata;* según los manuscritos griegos más antiguos, «para que él (Cristo) curase».

[3] Acerca de la disposición de las casas de Palestina véase *HL* 1913, 179; también Miller, *Das Wohnhaus im Lande der Bibel,* en la revista mensual de los PP. Benedictinos, *Benediktinische Monatsschrift* 1919, 338 ss. y 407 ss.

[4] De los que traían al enfermo. De igual suerte recompensó la fe del centurión de Cafarnaum, curando al siervo.

[5] De aquí se colige haber sido la enfermedad consecuencia de algún pecado, de igual suerte que la del enfermo que yacía postrado hacía 38 años.

[6] Los **escribas,** llamados también «doctores de la Ley», «legisperitos», eran hombres dedicados al estudio de la Ley (de la Sagrada Escritura), mas no sin practicar algún oficio manual (véase lo tocante a san Pablo en el núm. 567). Los más de los escribas pertenecían al partido de los fariseos; pero no faltaban saduceos, como se desprende de *Luc.* 5, 30: «Los fariseos y *sus* escribas». Tenían representación en el Sanedrín, y eran especialmente influyentes (*Act.* 15, 34) por su competencia en cuestiones jurídicas y teológicas. Gozaban de gran prestigio entre los judíos celosos de la observancia de la Ley; su actividad se extendía a lo legislativo, judicial y doctrinal («tradiciones de los padres», *Matth.* 15, 2); cuidaban de que se les diera el tratamiento de Rabbi, «mi señor», «mi maestro» (*Matth.* 23, 5-11). Véase núm. 316 la pintura que de ellos hace el Salvador (*Matth.* 23, 5 ss.). Las «tradiciones», especialmente las relativas a los sacrificios, a la guarda del sábado, a los ayunos, purificaciones y tributos, a los sacerdotes y al Templo (*Luc.* 18. 12; *Matth.* 6, 1 ss.; 6, 5 ss.), tenían igual fuerza obligatoria que la misma Ley (*Matth.* 15, 3; *Marc.* 7, 13);

adentros: «Blasfema de Dios; pues ¿quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?» Mas Jesús, que vió sus pensamientos, les dijo: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: tus pecados te son perdonados; o decir: levántate y anda? [1] Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados, levántate (dijo al paralítico), yo te lo mando, carga con tu camilla y vete a tu casa». Y levantándose al punto, marchó a su casa. Con lo cual todos quedaron pasmados y sobrecogidos de temor; glorificaban a Dios que ha dado tal potestad a los hombres [2] y decían: «Nunca habíamos visto cosa igual. Hoy hemos visto maravillas».

---

la Mischna (*Sanh.* 11, 3) llega a decir: «un pecado contra el fallo de los escribas es peor que un pecado contra las Escrituras». Los *fariseos* predicaban las doctrinas de los escribas. En lo esencial, los escribas y los fariseos forman un mismo partido; pero también entre los saduceos había escribas.—El afán de los escribas era el proselitismo, y la aspiración pedagógica, conseguir que el discípulo llegase a saber de memoria las prescripciones recibidas por tradición. Sabio es quien presto aprende y difícilmente olvida (*Aboth.* 5, 12). Enseñaban en escuelas, en el Templo, etc.; los discípulos se sentaban en el suelo, el maestro, en un lugar más elevado (*Luc.* 2, 46). La enseñanza oral en que se exponía una doctrina no directamente contenida en la Sagrada Escritura, se llamaba *halacha* (marcha, conducta, o sea, regla de conducta; plural *halachoth*). La doctrina tomada de la Escritura, es decir, la explanación de un texto de la Escritura, adornada con elementos legendarios, muy subjetiva a veces, se llamaba *haggada.* La exposición homilética o exegética de la Escritura, hecha por los rabinos, se llamaba en general *midrasch* (plural, *midraschim*). En tiempo de Jesucristo (hasta el 50 de nuestra era) los doctores más afamados eran Hillel, Schammai, Gamaliel. Acerca de Gamaliel, núms. 556, 558 y 567. Después de la destrucción del Templo (70 d. Cr.), los escribas (rabinos) eran los únicos jefes del pueblo. Sus trabajos se hallan en el *Talmud.* Cfr. Aicher, *Das AT in der Mischna,* en *BSt* XI, 4 (1906); Felten, *Ntl Zeitgeschichte* I 337 ss.

[1] En la estimación común, decir: «tus pecados te son perdonados», es más fácil que decir: «levántate y anda»; pues aunque ambas son obras de la divina omnipotencia, la segunda se aprecia con los ojos, y la primera es invisible y oculta. Jesús, para quien ambas cosas son igualmente fáciles, presenta la primera como más difícil y la segunda como más fácil. Ante la obra *visible* de la curación del paralítico, realizada a la vista de todos, los escribas y fariseos se verán precisados a reconocer que Jesús tiene también la virtud de realizar la obra *invisible* de perdonar los pecados y que su palabra es indefectible, en el segundo caso lo mismo que en el primero. Tenemos aquí un ejemplo manifiesto de que las obras y los milagros de Jesús, según intención del mismo, son el *sello divino* de su doctrina.

En el relato de la curación del paralítico hay dos hechos indudables: que el agraciado estaba del todo paralítico, y que a las palabras de Jesús: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa», se curó súbita y completamente; el Salvador está cierto, ya antes de pronunciar aquel «Levántate, etc.», de que sus palabras eran indefectiblemente eficaces; pues las pronuncia en prueba de que ha perdonado al paralítico los pecados y curado interiormente el alma. Ningún médico del mundo compromete su fama de terapeuta, ni siquiera la reputación de hombre de sano juicio, diciendo a un paralítico a quien ve por primera vez, en prueba de una afirmación de importancia: «Levántate, etc.». Pues todos saben que las fuerzas *naturales* no alcanzan a tanto. Mas Jesús las pronunció, y al instante tuvieron eficacia—señal cierta de que disponía de fuerza *sobrenatural,* de divina virtud taumatúrgica; señal de que el Padre ha «sellado», es decir, acreditado al Hijo del hombre, su persona, doctrina y misión (*Ioann.* 6, 27). Pues, no sucediendo cosa alguna sin causa suficiente, como queda excluída toda causa natural, debemos por fuerza buscarla *sobre* las fuerzas de la naturaleza, en Dios que ha creado la naturaleza y la ha dotado de todas las fuerzas que en ella actúan, y está sobre toda la creación como Señor de ella, más libre e independiente que el arquitecto sobre su edificio, que el relojero sobre el reloj, que el artista sobre su obra de arte. Dios en tales casos deja, en general, que las leyes sigan su curso; pero con fuerza omnipotente ejecuta una acción que no hubiera acaecido de seguir su curso las leyes naturales—un milagro.

[2] Estas palabras se aplican a la autoridad espiritual y a los plenos poderes que el Hijo de Dios confiere a los sacerdotes.

25. Vocación de Mateo: Defiende Jesús a sus discípulos en lo tocante al ayuno. Tres parábolas

(*Matth.* 9, 9-17. *Marc.* 2, 13-22. *Luc.* 5, 27-39)

1. Vocación del publicano Leví y banquete en su casa. 2. Consulta de los discípulos de Juan acerca del ayuno. 3. Respuesta del Señor en parábolas: *a)* el médico; *b)* el esposo; *c)* los remiendos y el vestido; los odres y el vino.

131. Como hubiese salido Jesús de la ciudad al mar, las gentes iban en pos de él; y Jesús las adoctrinaba. Al pasar, vió a un hombre llamado *Leví* o *Mateo* [1], hijo de Alfeo [2], sentado al banco de los tributos y díjole: «Sígueme». Y levantándose, dejó todo y le siguió. Lleno de alegría, preparó un banquete [3] al Señor en su casa; y vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos. Escandalizáronse de ello los escribas y fariseos y decían a los discípulos del Señor: «¿Cómo es que vuestro maestro come y bebe con publicanos [4] y pecadores?» Habiéndolo oído Jesús, replicó: «Los que están buenos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos [5]. Id y aprended qué significa aquello: misericordia quiero y no sacrificio [6]. Yo no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores».

132. Luego suscitaron los fariseos otra cuestión. Acercáronse a Jesús con los discípulos de Juan y preguntaron: «¿Por qué razón ayunan tan a menudo los discípulos de Juan y los de los fariseos y hacen oración, y los tuyos no ayunan, sino que comen y beben?» Mas él les respondió: «¿Acaso pueden los amigos del esposo hacer duelo mientras el esposo está en su compañía? Tiempo vendrá en que les será quitado el esposo; entonces ayunarán» [7].

Díjoles también la siguiente parábola: «Nadie a un vestido viejo le echa un remiendo de paño nuevo; porque, fuera de que el retazo nuevo rasga lo viejo (llevándose parte de la tela que le rodea), no cae bien el remiendo nuevo en el vestido viejo. Tampoco echa nadie vino nuevo en odres viejos; de otra suerte el vino nuevo hará reventar los odres, y se derramará el vino, y echaránse a perder los odres; sino que el vino nuevo se debe echar en odres nuevos, y así entrambas cosas se conservan. Del mismo modo, ninguno acostumbrado a beber vino añejo quiere inmediatamente del nuevo, porque dice: Mejor es el añejo» [8].

[1] Véase núm. 5 ss.
[2] Este Alfeo no es, sin embargo, el padre de los «hermanos de Jesús» arriba (núm. 104) citado.
[3] Como Eliseo al ser llamado por Elías. [4] Cfr. núm. 89.
[5] Así como un hombre de sana razón no echa en cara al médico el tratar con los enfermos cumpliendo los fines de su vocación, así tampoco quien esté en sano juicio puede ver con malos ojos que alterne con los pecadores el «Hijo del hombre», que ha venido a curarlos y santificarlos. Censurarlo, es no comprender la caridad redentora del Salvador y arguye falta de caridad compasiva en el propio corazón. Por eso, «aprended lo que significa: misericordia quiero, y no sacrificio». [6] *Os.* 6, 6.
[7] Jesús recuerda a los discípulos de Juan Bautista la imagen que su maestro ha empleado al hablar del Mesías (cfr. núm. 111). Con ello quiere indicar que en sustitución de los ayunos del Antiguo Testamento ha de haber para sus discípulos y partidarios otro ayuno, para conmemorar su muerte y prepararse a la segunda venida y a la unión con él.
[8] La idea es ésta: el reino mesiánico no es la Antigua Alianza mejorada y corregida; es una Nueva Alianza, término y cumplimiento de la Antigua. Por eso no ha de tomar la Nueva Alianza los ritos y prácticas de la Antigua, especialmente las introducidas por los fariseos; la Nueva Alianza necesita prácticas y ritos nuevos.

C. De la segunda a la tercera Pascua

(28/29 d. Cr.)

a) Jesús celebra la Pascua en Jerusalén

(28 d. Cr.)

26. Jesús cura en Jerusalén a un hombre que llevaba 38 años enfermo; declárase Hijo de Dios

(*Ioann.* 5, 1-47)

1. La piscina de Betesda. 2. Curación del enfermo. 3. La profanación del sábado. 4. Defensa del Señor: *a)* acción idéntica del Padre y del Hijo; unidad de naturaleza; *b)* alusión a obras todavía mayores, como la resurrección de los muertos y el Juicio; *c)* testimonios en pro de estas verdades: α) el Bautista; β) el Padre, por medio de los milagros y en las Escrituras del Antiguo Testamento; *d)* raíz de la incredulidad; *e)* alusión al castigo.

133. Después de esto, siendo la fiesta de los judíos [1], partió Jesús a Jerusalén. Hay en Jerusalén una piscina, llamada probática, en hebreo Betsaida [2], la cual tiene cinco pórticos. En ellos yacía una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas. Pues un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina, y se agitaba el agua. Y el primero que después de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese [3].

Allí estaba un hombre, enfermo hacía ya treinta y ocho años. Como Jesús le viese tendido [4] y conociese que hacía tiempo le aquejaba la enfermedad, dícele: «¿Quieres ser curado?» [5] «Señor, respondió el doliente, no tengo una persona que me meta en la piscina así que el agua está agitada [6]; por lo cual mientras voy yo, ya otro ha bajado antes». Dícele Jesús: *Levántate, coge tu camilla* [7] *y anda.* De repente se halló sano este hombre, cogió su camilla e iba caminando [8].

---

[1] Según nosotros, una Pascua (cfr. núm. 87).

[2] En el texto griego se lee: «En Jerusalén hay en la puerta probática una piscina, llamada en hebreo Betsaida (Betesda)», etc. Betsaida, propiamente casa de caza o de pesca, es un vocablo que puede designar en general el estanque de peces o piscina con sus edificios; *Betesda* (hebr. *Beth-chesda)* quiere decir casa de gracia, lugar de gracia, y puede referirse a la amable acogida que en ella encontraban los enfermos, o, más probablemente, a las curaciones prodigiosas que allí se realizaban. (Más pormenores núm. 135).

[3] Esto sólo podía ser efecto de algún milagro, pues no hay fuente que tenga tal virtud curativa.—Las palabras: «El ángel del Señor», hasta «enfermedad que tuviese», faltan en algunos manuscritos, aun en buenos; de ahí que algunos las tengan por adición, muy antigua ciertamente. Pero es muy probable que el evangelista las escribiera para que los lectores pudiesen comprender las siguientes palabras del enfermo: «Señor, no tengo una persona», etc.

[4] Tan desamparado y falto de amistad.—Muchas veces Jesús cura sin que se lo pidan. Así aquí; así también al ciego de nacimiento (*Ioann.* 9, 1 ss.), a Malco (*Luc.* 22, 51) y a otros.

[5] Con esta pregunta quiere el Salvador excitar la atención del enfermo y reanimar sus esperanzas ya casi desvanecidas (cfr. *Act.* 3, 4).—A este propósito cfr. Knur, *Christus medicus?* 50 s.

[6] La época era indeterminada, no sucediéndose con regularidad periódica las agitaciones del agua.

[7] Las camas no eran pesadas como las nuestras, sino unos armazones ligeros y bajos, hechos de nervios de hojas de palmera, con uno o varios cobertores, como se ve aún hoy en Oriente; de ahí la facilidad de transportarlas.

[8] No sabemos qué enfermedad aquejaba a nuestro enfermo. Lo único que consta es que el hombre se encontraba completamente desamparado, privado de movimiento, redu-

Sucedió esto en día de sábado. Por lo que decían los judíos al que había sido curado: «Hoy es sábado; no te es lícito llevar la camilla» [1]. Respondióles: «El que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla, y anda» [2]. Preguntáronle entonces: «¿Quién es ese hombre que te ha dicho: Toma tu camilla, y anda?» Mas el que había sido curado no sabía quien fuese, porque Jesús se había retirado del tropel de gentes que allí había.

Hallóle después Jesús en el Templo, y le dijo: «Bien ves cómo has quedado curado; no peques, pues, en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor» [3]. Gozoso aquel hombre, fué y declaró a los judíos que Jesús era quien le había curado [4]. Pero éstos por lo mismo perseguían a Jesús, por cuanto hacía tales cosas en sábado. Entonces Jesús les dijo: *Mi Padre hasta ahora está obrando, y yo obro también* [5]. Mas por esto mismo con mayor empeño andaban tramando los judíos para quitarle la vida; porque no solamente violaba el sábado, sino que decía *de su Padre ser Dios, haciéndose igual a Dios* [6]. Por lo cual, tomando la palabra, les dijo:

---

cido al auxilio que quisieran prestarle los hombres; esto es indicio de parálisis; «el porte aparentemente ordenado del enfermo no permite que le supongamos enfermo de la mente; como tampoco se compadecen con la histeria la larga duración de los mismos síntomas y el proceder general del enfermo» (Knur, l. c. 50). Además, la raíz última del mal que aquejaba al desgraciado estaba, según se desprende del texto, en una culpa de orden moral. Pues las palabras (v. 14): «No peques en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor», no se explican por el prejuicio judío de que todo mal físico de gravedad es consecuencia de una culpa personal; Jesús rechaza este concepto judío (*Ioann.* 9, 1-3) y sienta la verdadera doctrina acerca del asunto. Debemos, pues, admitir que las palabras «no peques en adelante» se basaban en el conocimiento real y profundo de la causa de la enfermedad, la cual no era sino el pecado, una aberración moral, acaso de orden sexual; pues en el griego del Nuevo Testamento la palabra *hamartanein* se emplea muy a menudo para designar la aberración sexual. Y no es necesario apelar a la omnisciencia divina de Jesús para ver la posibilidad del conocimiento de la enfermedad; el mismo enfermo, con el cual el Señor se entretuvo conversando un buen rato antes de pronunciar su palabra omnipotente: «Levántate», pudo haberle informado noble y sinceramente acerca de la causa de su dolencia. La palabra de Jesús produjo de súbito la total *curación*. Esta no pudo ser sino milagro. Pues un mal físico de 38 años, nacido de abusos sexuales, que tenía al enfermo extenuado y paralítico, no se puede curar repentina y totalmente sino mediante un milagro (véase J. Schäfer, *Die Wunder Jesu*[3] 177 ss.).—No hay por qué decir que, según el Sagrado Texto, el enfermo de la piscina de Betesda era distinto del paralítico de quien hablan *Matth.* 9, 1-8; *Marc.* 2, 1-12; *Luc.* 5, 17-25.

[1] Cfr. *Ierem.* 17, 21 s.: «No llevéis carga alguna en día de sábado ni la paséis por las puertas de Jerusalén». Véase también Beer, *Der Mischnatraktat «Sabbat» im Deutsche übersetzt* (Tubinga 1908) 78-81.

[2] Sin duda aquel hombre discurría de esta manera con la lógica de su sano juicio: Yo debo suponer que quien puede curar mi enfermedad tiene autoridad para mandarme que lleve mi camilla.

[3] La «cosa aun peor» con que Jesús amenaza al hombre, si vuelve a pecar, sólo puede estar en *la otra vida*. Pues ¿qué peor cosa puede haber en la tierra que estar 38 años enfermo, con fiebre, tullido, pobre y desamparado de todos? ¿Acaso la muerte? No se refería a ella el Salvador; pues, por mucho que viviese, no había de escapar a la muerte corporal. La «cosa aun peor» debe de ser, pues, algo que se puede evitar llevando una vida arreglada (cfr. J. Schäfer[3] l. c. 182).

[4] Seguramente con buena intención y lleno de gratitud.

[5] Aunque el Padre ha terminado la obra de la Creación, sin embargo sigue conservándola y rigiéndola para salud del mundo y de los hombres; mas lo que yo obro en día de sábado es sólo una manifestación de mi actividad, que está de acuerdo con la acción del Padre. La censura que contra mi actividad se haga es una censura contra la actividad de Dios, que no descansa de laborar por la salud de los hombres.

[6] Los judíos anduvieron acertados al entender que con aquellas palabras Jesús *se hacía igual a Dios;* en su ceguedad no repararon en los milagros que Jesús adujo en

134. «En verdad, en verdad os digo, que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que éste hace, *lo hace igualmente el Hijo*. Y es que el Padre ama al Hijo y le comunica todas las cosas que hace; y aun le manifestará obras mayores que éstas, de suerte que quedéis asombrados. Pues así como el Padre *resucita a los muertos* y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida a los que quiere [1]. El Padre a nadie juzga, sino que *todo el poder de juzgar* lo dió al Hijo [2], con el fin de que *todos honren al Hijo de la manera que honran al Padre*. Quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado.

En verdad, en verdad os digo, que quien escucha mi palabra y cree a aquel que me ha enviado, tiene *la vida eterna* y no incurre en sentencia de condenación, sino que ha pasado de muerte a vida [3]. En verdad, en verdad os digo, que viene el tiempo, y estamos ya en él [4], *en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y aquellos que la escucharen, vivirán*. Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también ha dado al Hijo el tener *la vida en sí mismo*, y le ha dado potestad de juzgar, en cuanto es Hijo del hombre [5]. No tenéis que admiraros de esto, pues vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y saldrán los que hicieron buenas obras a *la resurrección de la vida*, pero los que las hicieron malas, a la resurrección del juicio. No puedo yo de mí mismo hacer cosa algnna. Yo sentencio según oigo de mi Padre, y mi sentencia es justa; porque no pretendo hacer mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado [6].

Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es idóneo; otro hay que da testimonio de mí; y sé que es testimonio idóneo el que da de mí [7]. Vosotros enviasteis a preguntar a *Juan*, y él dió testimonio a la verdad; yo no he menester testimonio de hombre; sino que digo esto para vuestra salvación [8]. Juan era una antorcha *que ardía y brillaba;* y vosotros por un breve tiempo quisisteis mostrar regocijo a vista de su luz [9]. Pero yo tengo un testimonio superior al testimonio de Juan [10]. Porque *las obras* que el Padre me dió para que las ejecutase, estas obras que yo hago dan testimonio en mi favor de que me ha enviado

---

prueba de ello. Jesús explica primero las palabras que habían producido tanto escándalo; luego alega otras obras divinas que ha de obrar en el Padre y con el Padre, mayores que la curación del enfermo de Betesda, a saber: 1, la resurrección espiritual y corporal de los muertos, y 2, el juicio del mundo.

[1] Con esto hace resaltar Jesús su divina libertad y omnipotencia, en virtud de las cuales puede dar la vida *natural* y *sobrenatural* a todos sin distinción, con un mero acto de su voluntad divina.

[2] Y por eso también la resurrección de los muertos para el juicio, el cual sólo para los malos será verdadero juicio, es decir, condenación.

[3] De la muerte del pecado a la vida de la gracia; por lo cual no será juzgado, es decir, condenado. Pasa luego el Salvador a declararlo describiendo la resurrección y el juicio.

[4] En la resurrección espiritual del pecador a la vida de la gracia, y en las resurrecciones de muertos que obró el Redentor, prendas de la resurrección universal.

[5] Es decir, porque es el verdadero y eterno Hijo de Dios, y tiene en sí la vida, y es la fuente de la vida de todas las criaturas, por eso puede resucitar los muertos; y también le compete, como a Dios, celebrar el juicio; pero también en cuanto a su humanidad ejerce este poder, porque con el juicio se termina la obra de la Redención para la cual se hizo hombre, y porque como Hijo del hombre es cabeza de toda la humanidad.

[6] Jesús justifica de nuevo su facultad de obrar y juzgar, que es la misma del Padre.

[7] El Salvador alega en prueba de cuanto acaba de decir de sí mismo: 1, el testimonio de Juan (especialmente *Ioann.* 1, 19-28; núm. 97); 2, el de su Padre celestial en los milagros y en las Escrituras.

[8] Jesús se remite al testimonio del Bautista, no porque necesitara de testimonio humano para probar su mesianidad y divinidad, sino sólo para que los judíos abrazasen la fe, convencidos por el testimonio del Bautista, el cual gozaba de gran prestigio entre ellos, y de esa suerte salvasen sus almas para la vida eterna.

[9] Como los niños que se divierten un rato con un juguete y luego lo arrojan (cfr. *Ezech.* 33, 30 ss.).

[10] Sólo *el testimonio del Padre* es de tanta autoridad y responde completamente a las

el Padre; y el Padre que me ha enviado, El mismo ha dado testimonio de mí; vosotros, empero, no habéis oído jamás su voz, ni visto su semblante; ni tenéis impresa su palabra dentro de vosotros, pues no creéis a quien El ha enviado [1]. *Vosotros registráis las Escrituras* porque vosotros [2] creéis hallar en ellas la vida eterna; ellas también dan testimonio de mí; y con todo no queréis venir a mí para alcanzar la vida.

Yo no me pago de la gloria de los hombres; pero yo conozco que el amor de Dios no habita en vosotros [3]. *Pues yo vine en nombre de mi Padre,* y no me recibís; si *otro* viniere de su propia autoridad, a aquél le recibiríais. Y ¿cómo es posible que creáis (que os hagáis creyentes), vosotros que andáis mendigando alabanzas unos de otros [4] y no procuráis aquella gloria que de sólo Dios procede? [5] No penséis que yo os haya de acusar ante el Padre; vuestro acusador es *Moisés* mismo, en quien vosotros confiáis. Porque si creyeseis a Moisés, acaso me creeríais también a mí; pues de mí escribió él [6]. Pero si no creéis sus escrituras [7], ¿cómo habéis de creer lo que yo os digo?»

135. La piscina de Betesda. Según noticias antiguas de peregrinos de Tierra Santa (*Itinerarium Burdigalense,* Eusebio y Jerónimo en el *Onomasticon,* Cirilo, Euquerio y Teodosio, Anónimo de Piacenza [8]), muchas de las cuales tienen no poco de legendarias, aunque en el fondo son exactas, la piscina de Betesda se hallaba al norte del Templo, en lo alto de una colina recientemente añadida a la ciudad, llamada Betesda (*Itin. Burd.).* Estaba dividida en dos secciones por un muro, donde se apoyaba un pórtico. He aquí lo que acerca de la piscina dice Cirilo Jerosolimitano (*Homil.* 2): «En Jerusalén había una piscina con cinco pórticos, cuatro de los cuales la rodeaban uno por cada lado, y el quinto, donde solían estar echados los enfermos, la atravesaba de parte a parte». En la primera mitad del siglo VI se erigió en aquel lugar una iglesia consagrada a Nuestra Señora. Schick, consejero técnico alemán de construcciones, con ocasión de reconstruir en 1888 la iglesia de santa Ana (página 86), encontró muy cerca de ésta, al noroeste, las bases de una piscina y restos de una antigua iglesia; con lo cual se ha descubierto el lugar donde situaba la antigüedad cristiana la piscina de Betesda [9]. Excavaciones posteriores han revelado claramente una parte de los «cinco pórticos», la iglesia grecobizantina construída sobre ellos y la iglesia que los Cruzados levantaron sobre los fundamentos de la anterior, con el ábside muy bien conservado y las ruinas del recinto.

---

verdades celestiales; el Padre lo da en los *milagros* que yo hago y en las *profecías* que se han cumplido en mí.

[1] A Dios, que es espíritu puro, no se le percibe con los sentidos; El os habla en los milagros y en las Escrituras; el no haberlos vosotros aceptado es porque no creéis en mí, por más que dan manifiesto testimonio de mí.

[2] Recalca Jesucristo el «vosotros» censurando la parcialidad de los fariseos en alegar e interpretar la Sagrada Escritura.

[3] Yo hablo así de mí, no por ilusoria ambición o por vanagloria; pues así como no recibo testimonio de los hombres (v. pág. 180, nota 8), así tampoco admito gloria humana (cfr. *Ioann.* 6, 14 s.; *Luc.* 11, 27 s.); hablo así dolorido de que vosotros no tenéis la caridad de Dios; si la tuvierais, no os dejaríais cegar por el egoísmo que os impide reconocerme. Después de mí vendrán *seudo profetas* que halagarán vuestras pasiones; vosotros les recibiréis, y también al *Anticristo,* de quien aquéllos son precursores (cfr. *Matth.* 24, 23 s.; *Act.* 20, 30; I *Tim.* 4, 1 s.; II *Petr.* 2, 1 ss.; II *Thess.* 2, 7-13; I *Ioann.* 4, 1 ss.). [4] Estas palabras se explican en *Ioann.* 12, 42 s.

[5] Es decir, la honra que sólo Dios reconoce.

[6] En las numerosas figuras, como también especialmente en las profecías mesiánicas explícitas (*Deut.* 18, 15). Cristo es, en general, el contenido y el asunto de los libros de Moisés. *El* es la meta de la historia atestiguada por Moisés; *él* es el cumplidor de la Ley escrita por Moisés; *él* es el instaurador de la teocracia figurada en Moisés.

[7] En cuanto que de mí hablan; lo cual vuestras pasiones os impiden reconocer y admitir. [8] Acerca de los itinerarios aquí mencionados cfr. Apéndice I, 1 2 7 9 11.

[9] *ZDPV* XI (1888) 178; también *MN* de *ZDPV* 1900, 81 s.

b) Jesús en Galilea

(28 d. Cr.)

27. Los discípulos cogen espigas en sábado. Jesús cura a un hombre que tenía la mano seca

(*Matth.* 12, 1-14. *Marc.* 2, 23-3, 6. *Luc.* 6, 1-11)

1. Los discípulos cogen espigas en sábado. 2. Queréllanse los fariseos de la profanación del sábado. 3. Jesús sale en defensa de los discípulos. 4. Cura en día de sábado a un hombre que tenía la mano seca (privada de vigor). 5. Justifícase el Señor ante los fariseos.

136. Pasando en cierta ocasión Jesús en el día de *sábado* [1] por junto a unos sembrados [2], sus discípulos, teniendo hambre, comenzaron a coger espigas y comer los granos. Y viéndolo los fariseos, le dijeron: «Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito en día de sábado» [3]. Pero él les respondió: «¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que le acompañaban se vieron acosados del hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios [4], y comió los panes de la Proposición, que no le era lícito comer, sino sólo a los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la Ley cómo los sacerdotes en el Templo trabajan en el sábado, y con todo eso no pecan? Pues yo os digo que *aquí está uno que es mayor que el Templo* [5]. El sábado se hizo por causa del hombre, y no el hombre por el sábado. *Por eso el Hijo del hombre es también señor del sábado»* [6].

Otro sábado entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar. Hallábase allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Los sacerdotes y fariseos le estaban acechando por si curaba en sábado, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, que penetraba sus pensamientos, dijo al que tenía seca la mano [7]: «Levántate y ponte en medio». Díjoles entonces Jesús: «Tengo

---

[1] Entre Pascua y Pentecostés. En *Luc.* 6, 1 se lee la expresión: «en el sábado segundo-primero». La explicación más probable de esta palabra oscura «segundo-primero» es la siguiente: el primer sábado después del segundo día de Pascua. El segundo día de Pascua se ofrecían las primeras gavillas, y desde aquel momento comenzaban a contarse las siete semanas (*Lev.* 23, 15).

[2] Acerca del lugar, 4-5 Km. al oriente de Caná, véase núm. 105.

[3] La cosa *en sí* estaba permitida (*Deut.* 23, 25); los fariseos decían que estaba prohibida en día de sábado, como el segar.

[4] En el Tabernáculo, propiamente en el Atrio.

[5] El Redentor muestra, con el ejemplo de David, que en caso de necesidad puede el hombre ser dispensado de los preceptos divinos que se refieren a instituciones externas; confírmalo con el ejemplo de los sacerdotes, los cuales en día de sábado practican todo lo que exige el culto divino. Esto prueba que el precepto del descanso sabático no es absoluto y que, si por razón del culto se permite una excepción, el Señor del Templo está sobre las leyes concernientes al sábado.

[6] El Salvador se arroga un derecho semejante, como cuando perdonó los pecados al enfermo de gota. «Allí absolvió a uno que realmente era culpable de transgresión; aquí declara oficialmente que no hubo transgresión, aunque lo parecía. En ambos casos hace uso de los derechos divinos y de la omnipotencia en servicio de los intereses más elevados y tiernos, la moralidad y la religión» (Bartmann, *Das Himmelreich und sein König.* 100 s.).

[7] «Trátase aquí, con toda probabilidad, de una parálisis unida a atrofia muscular», dice Knur (*Christus medicus?* 47); parece excluída la «parálisis histérica»; pues, en sentir de Binswanger (*Hysterie* 402), ni siquiera la parálisis histérica prolongada produce atrofia muscular. En ninguna circunstancia se puede lograr por procedimientos naturales la curación instantánea de la parálisis unida a atrofia muscular; nos encontramos, pues, también aquí con un *milagro.*

que haceros una pregunta: ¿es lícito en día de sábado hacer bien o mal [1], salvar a un hombre la vida o quitársela? [2]» Y lanzando una mirada de enojo en derredor suyo, dijo al hombre: «Extiende tu mano». Extendióla, y la mano quedó sana. Mas ellos, llenos de furor, salieron afuera y conferenciaron con los herodianos [3] cómo podrían perderle.

28. Elección de los apóstoles

(*Matth.* 9, 35-10, 4; 12, 15-21. *Marc.* 3, 7-19. *Luc.* 6, 12-16)

1. El Salvador lleno de poder y de mansedumbre. 2. El verdadero pastor de almas. 3. El salvador vela toda una noche en oración. 4. Elección de los apóstoles.

137. Salió en otra ocasión Jesús al mar, y le seguían las gentes de toda Judea y de Jerusalén y del país marítimo de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y a curarse de sus dolencias. Los enfermos se abrían paso violentamente para ser tocados por él; y él los curaba. Los posesos caían a sus pies, y los espíritus inmundos le confesaban a voces Hijo de Dios [4]. Mas él mandaba a los curados que no lo manifestasen [5], para que se cumpliesen las palabras del profeta: [6] «Ved aquí a mi siervo, a quien yo tengo elegido, el amado mío, en quien tengo mis complacencias [7]. Pondré sobre él mi espíritu [8], y anunciará la justicia a las naciones [9]. No contenderá con nadie, no voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas [10]. No quebrará la caña cascada, ni acabará de apagar la mecha que aun humea [11], hasta que haga triunfar la justicia [12]; y en su nombre pondrán las naciones la esperanza» [13].

Viendo Jesús las turbas que se estorbaban para oír su palabra, tuvo compasión de ellas, porque estaban maltrechas [14] y tendidas [15] como ovejas sin pastor [16]. Por lo cual dijo a sus discípulos: «La mies es verdade-

---

[1] Poder ayudar a un desgraciado, y no hacerlo, es tanto como hacerle un mal, abandonarlo a su perdición.

[2] Las leyes farisaicas permiten la asistencia médica en sábado sólo en peligro de muerte. Así reza una disposición: «Si alguien se hubiese descoyuntado la mano o el pie, no le está permitido agitar aquel miembro en agua caliente, aunque sí puede lavarlo como de ordinario; si se cura, curado» (Beer, *Der Mischnatraktat «Sabbat» ins Deutsche übersetzt* [Tubinga 1809] 113 s.; cfr. *Matth.* 23, 4: «cargas insoportables»). Mas Jesús curó la mano del hombre con un acto de su voluntad, sin trabajo ninguno material, de suerte que no se le podía acusar de haber con su *trabajo* quebrantado el precepto del sábado. Por eso los fariseos salieron fuera de sí y concibieron el proyecto de dar muerte a Jesús (*Marc.* 3, 6).

[3] Así se llamaban los adeptos y partidarios de Herodes y de la dominación romana, partido político del cual los fariseos eran enemigos irreconciliables. Ya aquí les vemos unirse en el odio contra Jesús.

[4] En la medida que Dios les permitía conocer, es decir, como a Mesías (cfr. pág. 167, nota 9). [5] Cfr. página 174, nota 3.

[6] *Is.* 42, 1 ss. [7] Cfr. núm. 91. [8] Cfr. núms. 92 y 98.

[9] El será su legislador, les dará la ley del Evangelio, la Nueva Alianza.

[10] Dominará y juzgará con dulzura y mansedumbre.

[11] Su mansedumbre con los pecadores, con sólo ver en ellos una chispita de bondad.

[12] Hasta que su reino, la verdadera religión, triunfe y domine por todo el orbe.

[13] Reconocerán en él a su Salvador, y pondrán en él toda su confianza. San Mateo trae el pasaje, no al pie de la letra, sino según el sentido.

[14] Por la miseria corporal y espiritual.

[15] Estaban en cierto modo abandonadas en su miseria.

[16] Por lo mismo, el Buen Pastor se interesó amorosamente por ellas (cfr. *Ezech.* capítulo 34; *Zach.* 10, 2; 11, 4 ss.).

ramente mucha; mas los obreros, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies» [1]. Y habiendo pasado toda la noche en oración en el monte próximo [2], al apuntar el día reunió a sus discípulos y escogió doce [3] de entre ellos, a quienes le plugo; y en razón de la misión que más tarde les confiara, les llamó *apóstoles,* es decir, enviados. He aquí sus nombres: El primero [4] Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro, y Andrés su hermano [5]; Santiago, el hijo de Zebedeo y su hermano Juan [6], a quienes dió el sobrenombre de «hijos del trueno» [7]; Felipe y Bartolomé [8]; Tomás [9] y Mateo, el publicano [10]; Santiago, el hijo de Alfeo [11], y Judas Tadeo [12]; Simón, por sobrenombre Zelotes [13], y Judas Iscariote [14], el mismo que le hizo traición.

138. Importancia de la elección de los apóstoles. Los apóstoles habían de acompañar siempre al Salvador y ser testigos de la vida y doctrina y de todas las acciones del Maestro, para después llevar su nombre por las naciones y anunciar a las gentes lo visto y oído del «Verbo de la vida». Se les daría poder de curar las enfermedades y lanzar los demonios, a fin de disponer los corazones de los hombres imbuídos del espíritu mundano y libertino, abriéndoles el camino del reino de Dios y de las sublimes doctrinas y austeras exigencias divinas. Quedarían pertrechados de la virtud misteriosa de bendecir y consagrar, que debía transmitirse a los sucesores de generación en generación hasta el fin de los siglos. Serían en el Nuevo Testamento la réplica de los doce hijos de Jacob, de los doce patriarcas. Así como aquéllos fueron padres de Israel según la carne, así los doce apóstoles habían de ser padres espirituales del nuevo Israel, de la Iglesia, la cual de ellos se propagaría por todo el mundo y en ellos tendría sólido fundamento por todos los siglos hasta el fin de los tiempos. De ahí que la apostolicidad, la procedencia de los apóstoles, sea siempre una de las notas de la Iglesia del Redentor del mundo.

---

[1] De aquí podemos colegir que Dios hace depender de la oración de los fieles el envío de buenos pastores. Por eso la Iglesia dispone oraciones y ayunos especiales en los días señalados para conferir órdenes sagradas, las Témporas.

[2] Cfr. núm. 149.

[3] Como patriarcas espirituales y príncipes del verdadero Israel, la Iglesia de la Nueva Alianza (cfr. *Ephes.* 2, 20; *Apoc.* 21, 14).

[4] No por el llamamiento; tampoco porque así lo exigiera la manera de enumerar, pues no sigue diciendo el evangelista: «el segundo, el tercero», etc , sino por la dignidad, por la primacía. Como si dijera: el principal, la cabeza de los apóstoles (cfr. pág. 142, nota 6). [5] Cfr. núms. 98 y 119.

[6] Cfr. ibid. Créese que era oriundo de *Betsaida* (núm. 22); según algunos, de Jaffa de Galilea, no lejos de Nazaret.

[7] *Marc.* 3, 17; cfr. *Luc.* 9, 54 ss.

[8] Es decir, hijo de Tolmai; probablemente se identifica con Natanael (núm. 99).

[9] La voz hebrea *thaom,* en arameo *thoma,* significa lo mismo qne la griega *didymos,* gemelo. De *Ioann.* 21, 2 se puede colegir que era galileo. [10] Núm. 5 ss. 131.

[11] Uno de los «hermanos», es decir, parientes de Jesús, como Judas y Simón (cfr. núm. 104); para distinguirlo de Santiago, el hermano de Juan, se le llama el Menor o el Joven, quizá porque era más joven, acaso porque fué llamado más tarde que aquél (cfr. Steinmann en *Kath* 1909 I 207, contra Mader en *BZ* VI [1908] 392).

[12] *Schad* quiere decir en hebreo pecho; en arameo *thad.* Llámasele también *Lebeo,* del hebreo *Leb,* corazón. Ambas palabras significan una misma cosa: el animoso, el esforzado.

[13] Llamado también *Cananeo,* no de la ciudad de Caná, sino del hebreo *kanna* o *kannan,* el celante (cfr. *Luc.* 6, 15 y *Act.* 1, 13 con *Matth.* 10, 4; *Marc.* 3, 18).

[14] En hebreo *isch-keriyoth,* hombre de Karioth (es decir, cortijos), ciudad de la tribu de Judá *(Ios.* 15, 25); no confundirla con la fortaleza moabita del mismo nombre *(Ierem.* 48, 41. *Amos* 2, 2). Estaba situada probablemente en el lugar de la actual Kariatein, unas 4 horas (20 Km.) al sudeste de Hebrón.

29. El Sermón de la Montaña [1]

(*Matth.* cap. 5-7. *Luc.* 6, 17-49; cfr. *Marc.* 3, 13)

Ocasión: la mansedumbre que acosa al Salvador.

139. Como hubiese elegido Jesús a los doce apóstoles, bajó con ellos del monte y se paró en un llano donde se habían reunido sus discípulos y un gran gentío de toda Judea, de Jerusalén y del país marítimo de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y a ser curados de sus dolencias. Fueron también curados los afligidos por los espíritus inmundos. Todo el mundo procuraba tocarle; porque salía de él una virtud que daba la salud a todos; subió luego de nuevo al monte, y como se hubiera sentado, se le acercaron los discípulos, y dirigiendo su mirada hacia ellos, abrió los labios para enseñarles, diciendo: [2]

a) Fundamentos del reino de los cielos

Las ocho Bienaventuranzas

(*Matth.* 5, 3-12. *Luc.* 6, 20 26)

140. «Bienaventurados los *pobres de espíritu;* porque de ellos es el reino de los cielos. [3]

---

[1] *Bibliografía:* H. Weiss, *Die Bergpredigt Christi in ihrem organischen Zusammenhang erklärt* (Friburgo 1892); Raue, *Christus als Lehrer und Erzieher*[2] (Friburgo 1902); A. Steinmann trae una explicación exegético-homilética detallada en *KK* 1921, 16 y a cada paso. Véase también Steinmann, *Jesus und die soziale Frage* (Paderborn 1920); Heinen, *Die Bergpredigt Jesu Christi. Vas sie dem Manne des 20 Jahrh. zu sagen hat.* (M.-Gladbach 1921, Volksvereinsverlag). Interpretaciones erróneas de palabras del Sermón de la Montaña pueden verse esclarecidas por Kneib, *Die «Jenseitsmoral» im Kampfe um ihre Grundlagen* (Friburgo 1906) 211 ss.; igualmente Hoffmann en *ThpMS* 1907, 510 ss.; también Dausch, *Die Bergpredigt nach modernen Rätselraten,* ibid. 1918, 157 ss.; H. Muckermann, *Die Botschaft vom Gottesreich* (*Neues Leben.* libro II) (Friburgo 1925). En E. König, *Talmud und NT* (Lichterfelde-Berlín 1907), pueden verse todas las cuestiones concernientes a la relación histórica del judaísmo con el Cristianismo, estudiadas en sus fuentes, con un juicio crítico acerca de las obras modernas; tienen su importancia esas cuestiones en el Sermón de la Montaña. E. Bischoff demuestra en su obra *Jesus und die Rabbinen* (Leipzig 1905) que «las ideas de Jesús llevan en todos sus puntos esenciales carácter original, y que es ilusión hacerlas depender de fuentes rabínicas». También H. Heinrici (*Die Bergpredigt. Beiträge zur Geschichte und Erklärung des NT* III Ibid. 1905) demuestra que es intento vano «derivar (el Sermón de la Montaña) del patrimonio ético-religioso del judaísmo posterior y del helenismo».

[2] Tenemos dos redacciones del Sermón de la Montaña, lata la de san Mateo, breve la de san Lucas. Mateo, que escribió para los judío-cristianos, trataba de presentar al Salvador como al *Gran Profeta* y *Maestro mesiánico* prometido, que anuncia la *ley perfecta* de la Nueva y eterna Alianza a sus hermanos, no entre truenos y rayos, sino con amable condescendencia. Por eso en el Sermón de la Montaña inserta algunas enseñanzas y sentencias expuestas por el Señor en otros tiempos y circunstancias, y con todo ello forma en cierto modo un breve compendio de todo lo que el divino Maestro enseñó acerca de las leyes fundamentales y condiciones principales del reino mesiánico. Lucas, en cambio, que escribía para los cristianos procedentes de la gentilidad, dejó de lado algunas doctrinas en que el Salvador precisaba la situación respecto de la Antigua Ley. De ahí la diferencia que se advierte en ambas redacciones del mismo Sermón de la Montaña (cfr. núms. 8 y 16).—De san Lucas parece colegirse que el Sermón de la Montaña acaeció luego de la elección de los doce apóstoles.—Acerca del *lugar* véase núm. 149.

[3] Cfr. Dausch, *Die Seligpreisungen und das neue Lebensideal Jesus,* en *ThpMS* XXIV 199.—*Las ocho Bienaventuranzas* (llamadas también *macarismas,* de la

Bienaventurados *los mansos y humildes;* porque ellos poseerán la tierra.[1]

Bienaventurados *los que lloran;* porque ellos serán consolados.[2]

Bienaventurados *los que tienen hambre y sed* de justicia; porque ellos serán saciados.[3]

Bienaventurados *los misericordiosos;* porque ellos alcanzarán misericordia.[4]

---

palabra griega *makarioi,* con que comienzan en el texto griego) encierran los fundamentos de la perfección a que lleva a los hombres la Nueva Alianza; el cumplimiento de lo que disponen y establecen los Diez Mandamientos; las condiciones para conseguir los bienes del reino de Dios aquí abajo en la Iglesia de Jesucristo y después en la eternidad. Traen su nombre, «Bienaventuranzas», de la doble felicidad que proporcionan: la participación en las gracias del Redentor acá en la tierra y en su gloria allá en el cielo.—Las ocho Bienaventuranzas son la antítesis de la idea material y externa que los judíos tenían del reino de Dios y de sus bienes, la antítesis de los principios mundanos. El Salvador las mostró por manera perfectísima con el ejemplo, especialmente en su sagrada Pasión; de igual modo la perfección y santidad de un hombre se mide por el cumplimiento de lo que encierran las Bienaventuranzas.—San Lucas enumera cuatro bienaventuranzas en vez de ocho: Bienaventurados los pobres, los que padecen hambre, los que lloran, los perseguidos por causa de la justicia; en cambio trae los cuatro *ayes* del Señor sobre los hombres de sentimientos opuestos a lo que expresan las Bienaventuranzas. Ni san Mateo ni san Lucas se propusieron escribirlo todo. A este propósito dice acertadamente san Ambrosio: «En aquellas ocho Bienaventuranzas están contenidas estas cuatro, y en estas cuatro, aquellas ocho» *(Lib. 5 in Luc.* c. 6; en el Breviario *Com. pl. Mart. 2. loco, lect. 8).*

Pobres de espíritu son: 1, los que apartan su corazón de los bienes de este mundo y, si son pobres, no apetecen pecaminosamente las riquezas; y si ricos, «poseen los bienes cual si nos lo poseyeran» (I *Cor.* 7, 30); aquellos, por consiguiente, que no ponen su fin en el lucro, en la posesión y en el disfrute de los bienes terrenos; 2, de una manera especial los que por amor a Jesús renuncian a todo y le siguen, como los apóstoles; 3, los humildes que renuncian a sí mismos, conocen su debilidad e impotencia y atribuyen a la gracia divina todo lo bueno que tienen y hacen (I *Cor.* 15, 10).—La pobreza de espíritu es una *disposición de ánimo necesaria* para la vida sobrenatural. El alma se desliga de los falsos bienes y queda libre para entregarse a Dios. Por eso el *galardón* de la pobreza de espíritu es el reino de los cielos, es decir, acá abajo el reino celestial de la gracia con la paz y bendición *(Ioann.* 14, 27), y en la otra vida el reino de la gloria con la eterna bienaventuranza en Dios.—Cfr. también el artículo *Armut* en *KHL* I 345 s. A. Steinmann dice: «Por pobres de espíritu se entiende todos aquellos que, sintiéndose desamparados de los hombres, andan delante de Dios como mendigos» *(ThG* 1922, 94 ss. y *Jesus und die soziale Frage,* Paderborn 1920, 23 s.).

[1] Los *mansos,* propiamente los contemporáneos de Jesús que no querían traer el reino de Dios con ira y violencia, sino lo esperaban confiados en la fidelidad y providencia de Dios; en sentido más amplio, los que teniendo un corazón que no admite limitaciones en sus deseos, un corazón apasionado e impetuoso, saben, sin embargo, vencerse; aquellos, por consiguiente, que se dominan a sí mismos; estos tales poseerán «la tierra» de la felicidad sobrenatural, de la bienaventuranza y de la gloria, de la cual era figura la tierra prometida *(Ps.* 36, 3 11 29).

[2] *Los que lloran,* los que se atribulan en el mundo por el poder siniestro del demonio y del pecado, aquellos que aceptan con paciencia las tribulaciones que Dios les envía, desprecian las alegrías pecaminosas del mundo, lloran la miseria del mundo, sus propios pecados y los ajenos, en una palabra, *los que tienen concepto serio de la vida* y no ven en los placeres terrenos el fin y objeto de su existencia, los que encuentran en Dios su consuelo ya acá en la tierra, en medio de los trabajos y fatigas de esta vida, y especialmente en la eternidad (cfr. *Ps.* 93, 19; 125, 5; II *Cor* 7, 4; *Apoc* 7, 17; 21, 4)

[3] Los que, como *el sediento* el manjar y *el sediento* la bebida, ansían la gracia que justifica delante de Dios o hace al hombre cual Dios quiere que el hombre sea, recibirán una saciedad cual nunca los bienes terrenos pueden dar, una hartura llena de placer y sin fastidio, aquí abajo mediante abundantes gracias y virtudes, y en la otra vida por la posesión de Dios y de los goces celestiales (cfr. *Ps.* 16, 15; 35, 9 ss.).

[4] Con numerosos favores corporales y espirituales, perdón de los pecados, gracias abundantes y eterna misericordia (cfr. *Ps.* 17, 25 ss.; *Tob.* 4, 11; 12, 9; *Dan.* 4, 24; *Marc.* 6, 12; 15, 32).

Bienaventurados *los limpios de corazón;* porque ellos verán a Dios. [1]
Bienaventurados *los pacíficos;* porque ellos serán llamados hijos de Dios [2].
Bienaventurados *los que padecen persecución* por la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos. [3]
Dichosos vosotros cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos; porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos. Del mismo modo persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros» *(Matth.* 5, 1-12).

«Mas ¡ay de vosotros *los ricos!* [4] porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo. ¡Ay de vosotros los que andáis *hartos!* porque sufriréis hambre. ¡Ay de vosotros los que ahora *reís!* [5] porque día vendrá en que os lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros cuando los hombres (mundanos) *os aplaudieren!* que así lo hacían sus padres con las falsos profetas» *(Luc.* 6, 24-26).

b) Misión de los discípulos y de la comunidad de seguidores de Jesús, es decir, de la Iglesia

(Matth. 5, 13-16; cfr. *Luc.* 8, 16; 11,33)

Imágenes: 1, la sal; 2, la luz; 3, la ciudad edificada sobre un monte.

141. «*Vosotros* [6] *sois la sal de la tierra* [7]. Buena cosa es la sal. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino

---

[1] Aquellos que no se contentan, como muchos judíos, con las purificaciones en uso por aquella época, sino *guardan puro el corazón* de toda mancha de pecado, especialmente de la impureza, y aspiran a la inocencia de corazón, pureza de intención y simplicidad de ánima, contemplarán la hermosura inenarrable de Dios, que no se puede ver con los ojos corporales, pero sí con los ojos de un corazón puro. Ellos contemplan la divina hermosura ya aquí en la tierra mediante el don de una fe viva y por medio de la comprensión de todo lo elevado y noble; estos tales son los que están particularmente próximos a Dios y le contemplan en el cielo de una manera privilegiada, pues siguen al Cordero a dondequiera que va (cfr. *Prov.* 22, 11; *Sap.* 4, 1; *Matth.* 6, 22; 19, 11; 22, 30; *Ioann.* 13, 23; 19, 26 s.; 21, 7; *Apoc.* 14, 4).

[2] Aquellos que *guardan* la *paz* en sus corazones y, en cuanto está de su parte, la guardan con todos los hombres y tratan de conservarla y *restablecerla* entre sus semejantes, tienen cierto rasgo de semejanza con Dios, que es un Dios de paz, y con el divino Redentor, Príncipe de la paz, que nos la trajo al mundo. Por ello son reconocidos de una manera especial por hijos de Dios (cfr. *Is.* 9, 6; *Mich.* 5, 5; *Luc.* 2, 14; *Rom.* 15, 33; I *Cor.* 14, 33; *Ephes.* 2, 17; *Col.* 1, 20).

[3] Pertenecen al grupo de aquellas almas nobles del Antiguo y Nuevo Testamento que dan a Dios la prueba más elocuente de amor, y con ello granjean la prenda más segura del cielo (cfr. *Ioann.* 15, 13; *Rom.* 8, 35 ss.; *Hebr.* 11, 33 ss.).

[4] Que (como el rico epulón) halláis vuestro «consuelo» y felicidad en la riqueza, y no apetecéis los bienes espirituales.—Pueden verse en Schilling, *Reichtum und Eigentum in der altkirchlichen Literatur* (Friburgo 1908), los principios bíblicos acerca de la riqueza y la propiedad y manera de conseguirlas (en la literatura cristiana antigua).

[5] Los que pasáis la vida entre burlas y chanzas, sin tomar en serio las cosas.

[6] «Vosotros», todos los que sois discípulos míos y constituís mi Iglesia.

[7] Así como la *sal* está destinada a preservar de la corrupción los manjares y condimentarlos, así cada uno de vosotros, mis discípulos, estáis destinados a influir con la palabra y con las obras entre vuestros semejantes, en la familia, en vuestro alrededor y en la sociedad, santificando, ennobleciendo e ilustrando en la medida de vuestras fuerzas. Cuanto mejor cumpla esto cada uno de vosotros, tanto más será la Iglesia la *sal de la tierra.* Por tanto, conservad la virtud propia de la sal. El discípulo de Jesús que no cumpla este deber, es semejante a la sal insípida.—Así como es propio de la *luz* iluminar y consumirse brillando, así vosotros habéis de llevar al mundo la luz de la verdad y de la gracia mediante una vida luminosa.—Así como *la ciudad edificada sobre un monte* no se

para ser arrojada y pisada por las gentes. *Vosotros sois la luz del mundo.* No se puede encubrir una *ciudad edificada sobre un monte.* Ni se enciende la luz para ponerla debajo del celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa [1]. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» [2].

c) La justicia farisaica y la verdadera

(Matth. 5, 17-48. *Luc.* 6, 27-30)

1. Posición de Jesús respecto a la Antigua Ley. 2. Explícase esto por medio de seis ejemplos: *a)* el homicidio; *b)* el adulterio; *c)* el divorcio; *d)* el juramento; *e)* el talión; *f)* la caridad.

142. «No penséis que yo haya venido a destruir la *Ley y los Profetas.* No he venido a destruirlos, sino a darles cumplimiento [3]. Pues con verdad os digo: antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse cuanto encierra la Ley, hasta una jota o una tilde de ella. Y el que violare uno de estos mandamientos, por insignificante que parezca, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos [4]; pero el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos.

Porque yo os digo que si vuestra justicia no es más cumplida que la de los escribas [5] y fariseos [6], no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: *No matarás;* quien matare, será reo de juicio. Mas yo os digo: Quienquiera que tome ojeriza con su hermano, será reo de juicio [7]. Y el que le llamare *raca,* merecerá que le condene el Sanedrín. Mas quien le llamare *fatuo,* será reo del fuego del infierno. Por tanto [8], si al tiempo de pre-

---

oculta a las miradas del universo, así el discípulo que vive según las palabras y el ejemplo de Jesús no permanecerá desapercibido, y no dejará de producir impresión en los que, poseídos de amor a la verdad, alternen con él; y *todos* los discípulos, formando unidos la *Iglesia,* aparecerán al mundo como verdadera Iglesia de Cristo, tan de manifiesto como la ciudad edificada en la cima de un monte aparece al caminante que se dirige a ella. Quizá se refería Jesús y señalaba con el dedo la ciudad de *Safed* que, sentada en la cima de una montaña, se veía a gran distancia. Acerca de estas parábolas cfr. Schäfer, *Die Parabeln des Herrn*[3] 416 410 156; Fonck, *Die Parabeln des Herrn*[3] 780 787; Meinertz, *Jesus und die Heidenmission* 139 ss.; contra Aicher en *BZ* V (1907) 48 («Vosotros sois el molino de la tierra», etc.), véase Fonck en *ZKTh* 1907, 553; Müller en *BZ* VI (1908) 363.

[1] Sentencias análogas en *Luc.* 8, 16; 11, 33.

[2] Mediante cuya gracia y para cuya gloria la habéis ejecutado.

[3] Benz, *Die Stellung Jesu zum atl Gesetz,* en *BSt* XIX, 1 (1914). El Salvador quiere cumplir la *ley moral,* es decir, guiar al hombre a la idea perfecta y espiritual que encierra la ley moral, como lo explica con seis ejemplos. Trata de cumplir la *ley ceremonial,* instituyendo la esencia y la realidad en lugar de la figura y la sombra. El Salvador no quiere destruir la «Ley ni los Profetas», es decir, la Revelación del Antiguo Testamento, sino cumplirla. Ella ha de perdurar de manera más elevada y perfecta en el reino mesiánico del Nuevo Testamento como un todo orgánico, hasta el fin de los siglos y hasta el reino de Dios en la eternidad.

[4] El Salvador no habla aquí de oposición sistemática a la Ley. Lo que afirma es lo siguiente: La grandeza en el reino de los cielos depende del cumplimiento fiel, espiritual, ideal de la Ley, de palabra y por obra, en la forma que indican los ejemplos que siguen, y como el Salvador mismo lo enseñó de palabra y con el ejemplo.

[5] Véase página 175, nota 6. [6] Véase página 133, nota 5.

[7] Agotando el contenido del quinto mandamiento, *prohibe* el Salvador aun los pensamientos internos de ira, y todavía más la manifestación de tales pensamientos mediante expresiones molestas (como *raca,* del hebreo *rêk,* vacuo, inútil, holgazán) y palabras ofensivas (como «fatuo», palabra que en hebreo, *nabal,* encierra la idea de impiedad y perversión moral, como si dijéramos: infame, malvado).—La gradación de castigos: 1, juicio por agravios; 2, Sanedrín; 3, infierno, expresa de manera concreta la magnitud del pecado.

[8] El Salvador intima la reconciliación mediante estos dos ejemplos: *a)* por bueno que sea ofrecer sacrificios, es antes el deber de la caridad y de la reconciliación; y Dios no

sentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve después a presentar tu ofrenda. Componte con tu contrario mientras estás con él todavía en el camino; no sea que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue en las del alguacil, y te metan en la cárcel. En verdad te digo, que de allí no saldrás hasta que pagues el último maravedí» [1].

143. «Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: *No cometerás adulterio.* Mas yo os digo: Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo [2], ya adulteró en su corazón. *Si tu ojo derecho te escandaliza,* sácalo y arrójalo fuera de ti; pues mejor te está perder uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si es tu mano derecha la que te escandaliza, córtala y tírala lejos de ti; porque te es mejor que perezca uno de tus miembros, que no que vaya todo tu cuerpo al infierno. También se ha dicho: *Cualquiera que despidiere a su mujer,* déle libelo de repudio [3]. Pero yo os digo que cualquiera que

acepta el sacrificio, mientras no se haya cumplido aquel deber.—*b)* Así como en la vida ordinaria es aconsejable arreglarse con el adversario antes que ir al juez, porque el proceso puede resultar mal, del mismo modo debe hacerse la reconciliación con el prójimo antes de presentarse a juicio; porque allí se hará estrecha justicia. Cfr. Schäfer, *Die Parabeln des Herrn*³ 282.

¹ El texto dice «cuadrante», una moneda romana equivalente a la cuarta parte de un «as», que era la sexagésima parte de un denario. El denario romano, o decena (porque primitivamente se dividía en 10 ases), venía a valer una dracma ática en tiempo de los Emperadores. El valor del denario (dracma), según el patrón oro impuesto desde el imperio de Augusto, era de 0,87 marcos; el de la mina, 87 marcos; el del talento, 5220 marcos. Pues el talento ático (a él se refiere seguramente el Evangelio, y no al judío) valía 60 minas y 6000 dracmas (denarios). Un cuadrante venía a ser algo más de un fennig. Cfr. Friedrich Hultsch, *Griechische und römische Metrologie*² (Berlín 1882) 252.

² Las miradas casuales y los movimientos involuntarios de la sensualidad no son en sí pecado, sino tentación; pero el *mal deseo* es ya en el corazón un pecado consumado. Pero, por desgracia, aunque no haya mala intención, el corazón sigue con facilidad a los ojos (cfr. *Iob.* 31, 1 7; II *Reg.* 11, 2); de ahí el consejo del Salvador: antes arrancarse el ojo, que, etc. No quiere decir con ello el Salvador que deba uno mutilarse por evitar tales peligros; la Iglesia ha rechazado siempre tal interpretación y desaprobado semejante manera de proceder. El sentido de las palabras es el siguiente: Aunque una ocasión, una persona, etc., te fuese tan querida y tan imprescindible como tu ojo, tu mano, etc., deberías renunciar a ella y *aun sacrificar lo más estimado,* por defenderte del peligro de caer en tales pecados. Muy lejos del verdadero sentido de este pasaje y de la verdadera doctrina de Jesucristo está el célebre escritor ruso *Tolstoi,* cuando, refiriéndose a estas y las siguientes palabras del Salvador, dice en distintas ocasiones: así como el amor meramente sensual, así también el matrimonio es, en todas las circunstancias, un estorbo en el camino del fin último del hombre, y desde el punto de vista cristiano «todo matrimonio es una caída y no una elevación». Por lo demás, el ejemplo de Tolstoi nos muestra claramente cuánto se expone a errar, por noble que sea el empeño, cualquiera que sin preocuparse de ninguna autoridad y sin los conocimientos necesarios para la recta comprensión de las Divinas Letras se pone a interpretarlas. Las teorías de Tolstoi acerca de la doctrina de Jesús no las justifican ni la letra ni el espíritu de las sentencias del divino Maestro. Cfr. especialmente Staub, *Graf Tolstojs Leben und Werke* (Kempten 1908); también *ZKTh* 1908, 613 ss.

³ No sólo en los malos deseos, sino también en una situación tolerada en el Antiguo Testamento puede existir pecado de adulterio. En el Antiguo Testamento se permitía *el divorcio;* pero para que la mujer no quedase indefensa ante las leyes, se dispuso la presentación del libelo de repudio. El Salvador lo declara inadmisible en adelante, porque los matrimonios contraídos por las partes separadas son relaciones adulterinas. Sólo cuando el divorcio sea consecuencia de un adulterio, la parte inocente no es responsable de las consecuencias del repudio. Mas con ello no permite el Salvador el nuevo matrimonio, o sea, no declara disuelto *el vínculo,* como lo declaran las siguientes palabras: «Quien se casare con la repudiada, es asimismo adúltero», porque la repudiada es a los ojos de Dios mujer del hombre que la despidió. Otros pasajes de la Sagrada Escritura quitan todas las *dudas* que pudieran quedar en este asunto; por ejemplo, *Matth.* 10, 11; *Luc.* 16, 18; I *Cor.* 7, 10 11; *Rom.* 7, 23 (más pormenores en el núm. 280). Aun sabios protestantes como Bernardo Weiss *(Das Neue Testament*², Leipzig 1907) admiten que, según las palabras del

despidiere a su mujer, si no es por causa de adulterio [1], la expone a ser adúltera [2]; y el que se casare con la repudiada [3], es asimismo adúltero.

También habéis oído que se dijo a vuestros mayores: *No jurarás en falso.* Mas yo os digo: (No sólo no habéis de jurar en falso, sino que) de ningún modo debéis jurar: ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey; ni tampoco debéis jurar por vuestra cabeza, pues no está en vuestra mano hacer blanco o negro un solo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí; no, no. Lo que pasa de esto, de mal principio proviene» [4].

144. «Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: *Ojo por ojo y diente por diente* [5]. Yo, empero, os digo: no hagáis resistencia al agravio; antes si

---

Señor y del Apóstol san Pablo, en absoluto están prohibidos el divorcio, es decir, la disolución del vínculo, y el nuevo matrimonio de los divorciados.

[1] Pues por ese hecho es ya ella adúltera, y el *hombre,* con despedirla, *no hace* que quebrante el matrimonio, es decir, no es responsable de las consecuencias del repudio.

[2] Volviéndose ella a casar, o procurándolo. El *vínculo conyugal* perdura, por consiguiente, aun después de la separación; lo cual es evidente cuando el repudio es por causas distintas del adulterio; pero si el repudio se debe al adulterio, también entonces subsiste el vínculo para la repudiada, pues a la esposa infiel no le ha de estar permitido lo que se prohibe a la que no es tan culpable; es decir, no puede ser que el Salvador establezca un premio, como quien dice, a la infidelidad conyugal, dando permiso a la adúltera para contraer nuevas nupcias.

[3] En general, cualquiera que fuere el motivo, declárase aquí ser adulterio el matrimonio con una repudiada. Sólo está permitida la ruptura de la *vida conyugal* por causa de adulterio. El no citar otros motivos de separación de *esta naturaleza* se debe a que Jesucristo habla sólo del repudio de la mujer por el hombre; mas la mujer difícilmente puede dar al hombre otros motivos que justifiquen la separación (como malos tratos, peligro inevitable de seducción); acaso también porque sólo el adulterio toca directamente a las relaciones conyugales, mientras que las otras causas de separación afectan propiamente a la seguridad personal de una de las partes (más detalles, núm. 280).

[4] El Salvador no se refiere al juramento exigido por el juez o por la autoridad competente, sino, como lo demuestran los cuatro ejemplos, a las fórmulas que los judíos usaban frecuentemente en la conversación, acerca de cuya validez y fuerza de obligar se disputaba en las escuelas de los rabinos. De sus discípulos exigía el Redentor veracidad absoluta y evitar aquellas fórmulas con que se invocaba inútil e innecesariamente, superficial y ligeramente a Dios por testigo en cosas de poco momento. En cuanto al juramento serio y fundado, de aquellas palabras de Jesucristo: «Todo cuanto pase de "sí, sí; no, no", de *mal* principio procede», dedúcese no estar prohibido en el presente orden de cosas, en que el mal no está aún del todo vencido y reina la desconfianza provocada por la falacia y la versatilidad del hombre; no es, por consiguiente, malo en sí. Mientras el mal, el pecado, perdure en la sociedad humana, no se podrá prescindir del juramento. Mas el verdadero discípulo de Jesús debe procurar que, tratándose de su persona, sea superfluo el juramento. Cfr. Steinmann, *Die Bergpredigt,* en *KK* 1921, 256 ss.

[5] Cfr. *Exod.* 21, 24; *Lev.* 24, 20. Tal derecho correspondía sólo a la autoridad; de ahí dedujeron los escribas el derecho a la vindicta privada. Frente a él establece el Señor, no disposiciones *penales,* sino principios *morales,* en cuya aplicación se puede prescindir del juez, y el hombre se hace verdaderamente grato a Dios: 1.°, no opongas la venganza y el talión a la arbitrariedad e injusticia, sino la fuerza vencedora de la abnegación y de la caridad que todo lo sufre y a todo está dispuesta (ejemplos, Jesús mismo, *Ioann.* 18, 11; *Luc.* 23, 34; I *Petr.* 2, 23; los discípulos; los primeros cristianos); cfr. también el aviso de san Pablo, I *Cor.* 6, 7; 2.°, ejercita la abnegación y mata en ti el egoísmo, de suerte que te sea difícil rehusar nada al indigente que te pide. Estos avisos y consejos están pronunciados en medio de una serie de ejemplos concretos, los cuales de ninguna manera deben entenderse como preceptos *literales* para los distintos casos de la vida; sirven sólo para ilustrar de una manera llamativa las exigencias fundamentales de la caridad que todo lo perdona, todo lo sufre y a todo está dispuesta. Con el propio ejemplo enseña Jesús la licitud de la legítima defensa, la defensa de la vida, de la propiedad y del honor, etc., y que no hay obligación de otorgar todo lo que se pide (por ejemlo, *Luc.* 4, 30; *Ioann.* 8, 59; 11, 54; 18, 20 s.). Tocante a las sentencias del Señor arriba señaladas y de otras semejantes, los modernos representantes de la moral natural las declaran inútiles, fanáticas y aun inmorales. Frente a tales afirmaciones debe quedar sentado: 1, que descansan en la interpreta-

alguno te hiriere en la mejilla derecha[1], vuélvele también la otra. Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa. Y si alguien te alquilare para una milla, ve con él otras dos. Al que te pide, dale; y no tuerzas tu rostro al que pretende de ti algún préstamo.

Habéis oído que fué dicho: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*[2]. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian; para que seais hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿No lo hacen así aun los publicanos? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos, ¿que tiene eso de particular? ¿Por ventura no lo hacen también los gentiles? Sed, pues, perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto»[3].

d) Farisaísmo y vida genuinamente moral

(*Matth.* 6, 1-7, 12)

1. La recta intención. 2. Explicación mediante seis ejemplos: *a)* la limosna; *b)* la oración[4]; *c)* el ayuno; *d)* la solicitud por las cosas terrenas; *e)* los juicios[5]; *f)* el celo indiscreto. 3. La oración perseverante[6], fuente y raíz de la vida moral. 4. Suma de todos los deberes para con el prójimo[7].

145. «Guardaos bien de hacer *vuestras obras buenas* en presencia de los hombres con el fin de que os vean[8]; de otra manera no recibiréis el galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.

---

ción errónea de las palabras del Señor; se toman al pie de la letra prescripciones expresadas de una manera gráfica, aplicándolas a casos concretos; 2, que proclaman una moral que aun naturalmente considerada no está exenta de objeciones, por ejemplo, cuando Bergemann (*Soziale Pädagogik*, Gera 1900, 428) dice: «Pagar mal con bien, es inmoral». Puede verse en W. Förster, *Jugendlehre* (Berlín 1904) una excelente refutación de tales opiniones desde un punto de vista natural. Cfr. también Kneib, *Handbuch der Apologetik* (Paderborn 1912) 427 446 ss.

[1] Quien da una bofetada con la mano derecha *abierta*, pega en la mejilla *izquierda* al enemigo; para dar en la mejilla derecha, es menester dar la bofetada con el *reverso* de la mano. Según un pasaje de la *Mischna (Baba qamma* 8, 6), esta manera de pegar es la más delictiva, correspondiéndole doble pena que a la primera. Es también de notar que en la manera de abofetear se puede dar en la mejilla *izquierda* sólo en el caso que el paciente la ofrezca. No carecen de importancia estas advertencias para esclarecer las sentencias gráficas del Salvador. Cfr. Weismann en *ZNW* XIX 175 s.; Holzmeister en *ZKTh* 1921, 334.

[2] La Ley dice (*Lev.* 19, 18): «Ama a tu prójimo como a ti mismo»; pero bajo el nombre de prójimo entendía al compatriota. De ahí la interpretación de los escribas: «Odia, por tanto, a tu enemigo», cosa evidentemente opuesta a la Ley; pues la misma Ley prescribe expresamente por lo menos ciertas demostraciones de caridad hacia el enemigo (*Exod.* 23, 4 s.; cfr. tambien *Prov.* 25, 21 s.). Frente a la Ley (ceñida a los estrechos límites mencionados) y frente a la falsa interpretación, el Salvador prescribe la caridad universal en pensamiento, palabra, obra y oración, sin distinción de amigos y enemigos. El motivo ha de ser la bondad paternal de Dios que todo lo abarca, cuya imitación debe ser nuestro supremo anhelo (cfr. Nikel, *Das AT und die Nächstenliebe* en *BZF* VI, 11/12 [1913]).

[3] Muy bien dice Hugo Weiss (*Die Bergpredigt Christi* 62 s.): «En todas estas prescripciones de Jesús, lo que se impone, no es la consecución del grado más alto del ideal, sino la lucha por el ideal, la ascensión más elevada posible, según las gracias naturales y sobrenaturales concedidas a cada uno. Pero sí es cierto que el aviso de Cristo como remate de todas las enseñanzas dadas acerca de la perfección y "cumplimiento" de la Ley señala una meta mucho más elevada y alta que la justicia que se podía conseguir en los tiempos anteriores al Mesías: según el juicio inmediato que podían formar los oyentes de Jesús, el ciudadano del reino de los cielos que cumple realmente la Ley completa descuella sobre los "justos" del Antiguo Testamento como el hombre maduro sobre el adolescente». Según la sentencia de Cristo, no sólo la voluntad de Dios es la razón última de la moralidad, sino la santidad divina es el *ejemplar* de la misma. Véase Kneib, *Die Heteronomie des christl. Moral.* (Viena 1903). [4] Cfr. *Luc.* 1, 1-13.

[5] *Luc.* 6, 37-42. [6] *Luc.* 11, 5-13. [7] *Luc.* 6, 31.

[8] El Salvador insiste en la recta intención, sin la cual es imposible la virtud verda-

Mas cuando das *limosna* [1], no quieras publicarla a son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, a fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa [2]. Mas cuando tú des limosna, no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha [3], para que tu limosna quede oculta; y tu Padre, que ve lo oculto, te lo recompensará [4].

Asimismo, cuando *oráis* [5], no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre [6]; y tu Padre que te ve en lo secreto, te premiará. En la oración no hables mucho, como hacen los gentiles [7], que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlos; que bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester, antes de pedírselo. Ved, pues, cómo habéis de orar: *Padre nuestro*, etc. Porque si perdonáis [8] a los hombres las ofensas que cometen contra vosotros, también vuestro Padre os perdonará vuestros pecados. Pero si vosotros no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados.

Cuando ayunéis [9], no os pongáis tristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros [10], para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo, que ya recibieron su galardón. Tú, al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te dará por ello la recompensa».

146. «No queráis *amontonar tesoros* para vosotros *en la tierra,* donde el orín y la polilla los consumen, y los ladrones los desentierran y roban; atesorad

---

dera, merecedora de galardón sobrenatural. La recta intención consiste en tener puesta la mira únicamente en agradar a Dios. Cfr. también nota 4.

1 *Limosna* es un ejemplo concreto con que se quiere indicar *cualquier obra de caridad.*

2 La palabra griega *apekein* era la fórmula corriente entre los helenistas para significar que una cuenta «queda saldada»; el texto, por consiguiente, quiere decir: «ya no tienen derecho alguno a la recompensa, cual si la cuenta estuviera saldada» (Deissmann, *Licht vom Osten*[2] 79).

3 Es decir, ocúltalo aún a tus propios ojos; guárdate de contemplarte a ti mismo.

4 Lo que se hace por recompensa humana, tiene su galardón en la alabanza de los hombres. Quien obra por puro amor a Dios, recibe de Dios en recompensa el amor; de suerte que quien así se conduce, crece interiormente en el amor de Dios, y crece también el amor de Dios hacia él y la divina complacencia en él; quien acá en la tierra procede por puro amor de Dios, crece en gracia acá en la tierra y adquiere aumento de gloria en la eternidad.

5 *Orar* es un ejemplo concreto con que se da a entender *cualquiera obra de piedad.* Para este pasaje cfr. Dausch, *Vom rechten Beten,* en *ThpMS* XX IV 367.

6 Es decir, quédate a solas con Dios.

7 Otro error respecto de la oración consiste en atribuir valor al número y a la elegancia de las palabras. El Salvador nos enseña a pedir con breves y sencillas palabras lo que necesitamos. Más tarde, a petición de los mismos discípulos, les enseñó el *Paternoster* que san Mateo inserta en este lugar (la explicación en el núm. 240).—Al aludir el Salvador a la omnisciencia del Padre celestial, no quiso con ello dar a entender que fuese inútil la oración, como lo prueba *Matth.* 7, 7.—Porque en la oración reconocemos nuestra dependencia de Dios y manifestamos nuestra confianza filial en Dios; ella eleva nuestro corazón de lo terreno a lo eterno. Cfr. Thomin, *Weltordnung und Bittgebet* (Maguncia 1912); Jos. Zahn, *Einführung in die christliche Mystik* (Paderborn 1908) 152 ss.

8 Aquí declara el Salvador de una manera especial la quinta de las siete peticiones, e indica que ella es una suerte de contrato que encierra algo muy consolador o algo muy terrible, según nuestra propia elección.

9 *Ayunar* representa *todas las obras de mortificación.*

10 De qué manera, se declara en lo que sigue; no lavaban sus rostros, no peinaban ni ungían sus cabellos. El clima cálido de Oriente hace necesario ungir la piel. El Salvador recomienda hacer todas estas cosas como de ordinario, para no dar a conocer en el exterior la mortificación que se practica ocultamente.

más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín, ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben [1]. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. *La antorcha de tu cuerpo* son tus ojos. Si tus ojos fueren sencillos (sanos), todo tu cuerpo estará alumbrado; pero si tus ojos fueren malos (dañados), todo tu cuerpo estará en tinieblas. Porque si lo que debe ser luz en ti son tinieblas, ¿cuán grandes no serán las mismas tinieblas? [2] Cuida, pues, de que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Porque si tu cuerpo estuviere iluminado, sin tener parte alguna oscura, todo lo demás será luminoso, y como antorcha luciente alumbrará. *Ninguno puede servir* [3] *a dos señores:* porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a *Mammón* [4]. Por esto [5] os digo: *no os acongojéis* por vuestra vida, qué hayáis de comer, ni por vuestro cuerpo, con qué hayáis de vestiros. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? [6] Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues ¿no valéis vosotros mucho más que ellas? Y ¿quién de vosotros a fuerza de cuidados puede añadir un codo a su estatura? [7] Y acerca del vestido ¿a qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo cómo crecen. Ellos no labran ni tampoco hilan: sin embargo, yo os digo que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió como uno de éstos. Pues si una hierba [8] del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? No vayáis, pues, diciendo acongojados: ¿Qué vamos a comer, o qué vamos a beber, o con qué nos vestiremos? [9] Todos estos cuidados son propios de los gentiles. Bien sabe vuestro Padre que necesitáis de estas cosas. *Buscad, pues, primero* [10]

---

[1] No andéis tras los tesoros terrenos y perecederos; buscad más bien los bienes imperecederos, eternos, sobrenaturales, celestiales. Pues nada hay que tanto aleje el corazón humano de los verdaderos bienes como el codiciar las cosas terrenas (núm. 94); esto nos enseña el ejemplo del ojo. Así como el ojo «sencillo», es decir, sano, es una lumbrera para el cuerpo, así el alma que se entrega sin reservas a la luz celestial, es una antorcha para toda la vida del hombre.

[2] Cfr. *Luc.* 11, 34-36. Cuida que tus *intenciones* y los móviles de tu proceder no se dirijan a lo terreno. Si estás libre de tan bajas miras, todas tus obras serán celestiales, y fácilmente hallarás lo que en cada caso se debe hacer.

[3] La palabra del texto griego significa propiamente «servir como esclavo». Ahora bien, de hecho, es *imposible* que uno sea esclavo de los bienes terrenos y a la vez trate de los eternos. La cuestión es, por consiguiente, cuál sea nuestro bien supremo. Si lo es Dios, las cosas terrenas no son sino medios para conseguir este verdadero bien (cfr. *Luc* 16, 9; también I *Cor.* 7, 31); pero si lo son los bienes terrenos, entonces hemos de subordinar el amor de Dios al de los bienes terrenos.

[4] *Mammón,* palabra siria, corresponde a la hebrea *matmon,* de *taman,* ocultar, esconder, y designa propiamente el lugar donde se esconde una cosa, y, por extensión, lo que se esconde, el tesoro. Aquí se personifica a *Mammón* como a una divinidad (el dios del oro o del dinero), en oposición a Dios.—Acerca del poder siniestro del dinero, «alma materializada del mundo», cfr. Simmel, *Die Philosophie des Geldes* (Leipzig 1900); Poliska, *Das Geld und sein Paradies* (Ratisbona 1906).

[5] Para que, bajo capa de solicitud legítima, no caigáis en la peligrosa dependencia de los bienes terrenos El Salvador nos avisa del peligro de la *solicitud desasosegada,* que no piensa en Dios y en su amorosa providencia; empero no prohibe el *cuidado sosegado y racional.*

[6] Dios, que os ha dado lo más, el cuerpo y la vida, no os negará lo menos, el sustento necesario. Es, pues, *irracional* vivir acongojado. [7] La solicitud es, pues, *inútil.*

[8] El lirio crece salvaje en los campos y prados de Palestina y brilla con vivos y muy variados colores; mas un viento cálido basta, a veces, para secarlo en pocos segundos. Una vez seco, no sirve sino de combustible. Fonck (*Moderne Bibelfragen* 314) dice: «Para calentar los pequeños hornos, que en ninguna casa faltan, de no haber leña o carbón, se usa «la hierba del campo»; el calor que suministra es suficiente para calentar las piedras del suelo o las paredes del horno».

[9] Muy bien pinta esta triple pregunta la inquietud e intranquilidad que producen los cuidados. Tal solicitud es *innecesaria y pagana.*

[10] *Esto* es lo único que puede hacer al hombre feliz y bienaventurado, *lo único nece-*

el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura [1]. No andéis, pues, acongojados por el día de mañana; que el día de mañana cuidará de sí mismo. Bástale a cada día su propio mal» [2].

147. «*No juzguéis,* si no queréis ser juzgados [3]; no condenéis, para que no seáis condenados; perdonad, y se os perdonará. Con el mismo juicio que juzgaréis, habréis de ser juzgados; y con la misma medida con que mediréis, seréis medidos vosotros. Mas tú ¿cómo ves la astilla en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está dentro del tuyo? O ¿cómo dices a tu hermano: Deja que yo saque esa astilla de tu ojo; mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás de sacar la astilla del ojo de tu hermano [4].

No deis a los perros las cosas santas, ni echéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las huellen con sus pies, y se vuelvan contra vosotros, y os despedacen.

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llame, se le abrirá [5]. Haced vosotros con los demás todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros. Porque esto es la Ley y los Profetas» [6].

e) Ultimos avisos

(*Matth.* 7, 13 29)

1. La puerta estrecha y el camino angosto [7]. 2. Hay que guardarse de los falsos profetas [8]. 3. Desconfianza de sí mismo [9]. 4. Conclusión: la casa edificada sobre la roca y la construída sobre la arena [10].

148. «Entrad por la *puerta angosta.* Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que por allí entran. ¡Qué

sario, el objeto de nuestro primer cuidado; también de lo terreno debe cuidar el hombre, pero sin descuidar lo principal. Por eso Dios mismo da al hombre la seguridad tranquilizadora de que no le ha de faltar lo necesario, como permanezca fiel a su primordial obligación. Si los hombres trastornan este principio, pierden los bienes eternos y no hallan la felicidad en los terrenos, porque faltan la bendición de Dios y la paz del corazón, y porque el afán desmedido lleva las riquezas a las manos de unos pocos hombres, sumiendo en la miseria a los más, lo cual acarrea gravísimos peligros a los ricos.

[1] Doctrinas análogas predicó el Salvador más tarde a propósito de la parábola del rico necio (*Luc.* 12, 16-31).

[2] Cada día os trae bastantes cuidados. ¿Por qué, pues, acumular afanes sin necesidad ni utilidad? ¡Cuán amoroso el aviso del Salvador! ¡Cuánto y cuán atrozmente se atormentan los hombres por un porvenir que no ha de existir para ellos, que no han de alcanzar a ver! ¡Qué angustias e inquietudes pasan por cosas que a la postre toman distinto rumbo del que se preveía! Mas cuando realmente llega la cruz, viene con tal mesura y acompañada de tantas gracias, que la podemos llevar, porque Dios es fiel y no permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas (cfr. I *Cor.* 10, 13).

[3] Los juicios que en la vida ordinaria hacemos del prójimo sin necesidad ni provecho, son un mal muy común, mas no pequeño, del cual nos avisa el Salvador con *una* palabra, aludiendo a las malas consecuencias que nos acarrean, y a la injusticia y falta de caridad que con ello se comete casi siempre. Quien aspire a una vida verdaderamente moral, debe ante todo esforzarse por evitar los juicios aventurados, ligeros, desconfiados, suspicaces, duros, de propio encomio, faltos de caridad.

[4] No se prohibe juzgar razonablemente a los hombres. Lo demuestra el aviso del Salvador de *no comunicar* imprudentemente las verdades santas a hombres que no sean capaces de apreciarlas y aceptarlas. La Iglesia y sus Santos han seguido siempre este aviso, cuidando de preparar poco a poco los corazones de los hombres a la aceptación de dichas verdades (cfr. I *Cor.* 3, 2; *Hebr.* 5, 12).

[5] La exhortación a la *perseverancia en la oración* (cfr. núm. 145) nos enseña dónde debemos buscar fuerzas para llevar a la práctica aquellas sublimes doctrinas.

[6] En lo tocante a los deberes para con el prójimo, aquí se cifra toda la Ley, y este consejo es la suma y el compendio de todos los puntos del Sermón de la Montaña. Cfr. Kneib en *Philos. Jahrbuch der Görres-Gesellschaft* 1908, 497. [7] Cfr. *Luc.* 13, 23 s.

[8] Cfr. *Luc.* 6, 43-45. [9] Cfr. *Luc.* 6, 46. [10] Cfr. *Luc.* 6, 47-49.

angosta es la puerta, y cuán estrecha la senda que conduce a la vida eterna! ¡y son pocos los que atinan con ella! [1].

Guardaos de los *falsos profetas,* que vienen disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces [2]. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, o higos de las zarzas? Todo árbol bueno produce buenos frutos; y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, y un árbol malo no puede dar frutos buenos. Todo árbol que no dé buenos frutos, será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los conoceréis [3].

No todo aquel que diga: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial, ése entrará en el reino de los cielos [4]. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor! ¿no hemos nosotros profetizado en tu nombre, y lanzado en tu nombre los demonios, y hecho muchos milagros en tu nombre? [5] Mas entonces yo les protestaré: Jamás os he conocido; ¡apartaos de mí, operarios de la maldad! [6]

Por tanto, cualquiera que escucha estas mis palabras y las practica, es semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra. Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra la casa; mas no fué destruída, porque estaba fundada sobre piedra. Pero cualquiera que oye estas palabras y *no las pone en obra,* se asemeja a un hombre necio que fabricó su casa sobre arena. Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fué grande» [7].

Habiendo Jesús concluído este discurso, los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina; porque les instruía como quien tiene autoridad, y no a la manera de los escribas [8] y fariseos [9].

149. Una tradición, que data de la época de los Cruzados, señala como **lugar del Sermón de la Montaña** o **monte de las Bienaventuranzas** el *Karn-Hattin,* monte de dos cumbres accesible desde la carretera que por el oeste del Tabor va a Magdala, a orillas del lago de Tiberíades, y sigue luego al lago de Meron y a Damasco. El Karn-Hattin queda 9 Km. al oeste de Tiberíades. La tradición antigua y genuina, es decir, las noticias de los antiguos peregrinos, desde el siglo IV hasta la Edad Media, no apuntan, como se ha creído, a un monte situado a unos 3 Km. *al norte* de Tabiga, junto a Sedcherât el-Mubarakât (árboles bendecidos o consagrados), sino a una cadena de

---

[1] Manteneos firmes; y no temáis seguir con fidelidad estas mis doctrinas, ni porque os parezcan difíciles y temerosas, ni porque exijan humillaciones y mucho vencimiento propio, ni por el exiguo número de los que las practican; porque sólo así se gana el cielo.

[2] Otro peligro es el de las perniciosas interpretaciones de los *falsos doctores.* El Salvador los desenmascara llamando la atención sobre los frutos de ellos, es decir, sobre sus obras y las consecuencias de ellas.

[3] Véase en *Matth.* 12, 33 sentencias análogas del Salvador directamente aplicables a los fariseos.

[4] *Jesús termina el discurso* dando a entender que no enseña a los hombres su doctrina para dar pábulo a la curiosidad o para obtener el reconocimiento externo o la fe vacía, sino para que los hombres vivan según ella. Quien *observare* la ley de Jesús, será bienaventurado; quien no la observare, se condenará.

[5] Han reconocido, por consiguiente, al Salvador, han creído en él y hasta han obrado milagros mediante la fe en él e invocando su nombre; con tales dones de la gracia han ayudado a los demás; mas ellos mismos perecen, porque su fe era *vacía,* sin obras, sin anhelo por la perfección moral.

[6] Jesús habla aquí como juez eterno; lo mismo en los discursos que más tarde lanzó contra los fariseos y en la sentencia que ha de pronunciar en el Juicio (*Luc.* 13, 27. *Matth.* 25, 41).

[7] Acerca de los efectos de las lluvias y tormentas en Palestina, véase *HL* 1911, 114 y 116. [8] Cfr. página 175, nota 6.

[9] Cfr. *Marc.* 1, 22; *Luc.* 4, 32; página 133, nota 5.

montañas de mediana elevación, situada al *extremo oriental de la llanura de Tabiga,* la cual cumple todas las condiciones del Texto Sagrado. Partiendo de Tell-Hum, a los dos Km. de camino se llega a la ladera sudeste de prolongada colina; un Km. más adelante, al pie de un peñasco, sobre una suerte de terraza se ven ruinas de antigua iglesita con su ábside. La terraza, con la peña por respaldo, forma una tribuna natural, desde la cual la voz domina completamente la espaciosa llanura que se extiende a los pies, donde pueden situarse miles de personas [1].

150. Ofrece aspecto particularmente bello **Safed** [2], *la ciudad sobre el monte* [3], distante 25 Km., situada sobre un monte de 844 m. de altitud [4]. En la cumbre septentrional se ven las ruinas de una fortaleza que, según tradición, data de la época de los romanos. El sultán Saladino conquistó la ciudad el año 1189, después de asediarla durante dos años; pero en 1240 la recuperaron los cristianos. En 1266 hubieron de rendirse los Templarios al sultán Bibars, el cual cometió la felonía de hacer degollar a toda la guarnición, compuesta de unos 2000 hombres.

30. Jesús cura al siervo del centurión de Cafarnaum

(*Matth.* 8, 5-13 [5]. *Luc.* 7, 1-10)

1. Carácter del centurión. 2. Intercesión de los ancianos. 3. Ruego humilde y confiado del centurión. 4. Elogio y recompensa de su fe.

151. Concluída toda su plática al pueblo que le escuchaba, entró en Cafarnaum. Hallábase allí a la sazón un centurión [6], que tenía enfermo y a la muerte a un criado a quien estimaba mucho. Y como hubiese oído hablar de Jesús, envióle algunos de los ancianos de los judíos a suplicarle que se dignase venir a curar a su criado. Llegado que fueron a Jesús, le rogaban con grande empeño y le decían: «Merece que le hagas ese favor, porque es afecto a nuestra nación, y aun nos ha construído una sinagoga» [7]. Iba, pues, Jesús con ellos. Y estando ya cerca de la casa, el centurión le envió a decir por sus amigos: «*Señor,* no te tomes esa molestia; porque *no merezco yo que tú entres dentro de mi morada.* Por lo mismo no me tuve por digno de salir en persona a buscarte; *pero di tan sólo una pala-*

---

1 Cfr. *HL* 1916, 170 ss.; especialmente 1917, 90 ss.

2 Identifícanla algunos con la Betulia del *Libro de Judit.* Pero antes nos inclinamos por Sephet (*Tob.* 1, 1) y por Seph, que menciona Josefo (*Bell.* 2, 20, 6).

3 *Matth.* 5, 14; núm. 141.

4 A 1070 sobre el lago de Genesaret.

5 Mateo, como otras muchas veces, relata el hecho breve y sumariamente; Lucas describe el proceso en todos sus pormenores. En Lucas vemos que el centurión acudió al Señor, no directamente, sino primero por medio de los ancianos y luego por medio de sus amigos. Seguimos el relato de san Lucas.

6 No confundirlo con el funcionario real (núm. 117); en el Sagrado Texto se le llama *Centurio,* es decir, jefe de una centuria o división de 100 hombres. Residente en Cafarnaum, de suponer es que estuviera al servicio de Herodes Antipas; pues los príncipes herodianos habían organizado el ejército según el modelo romano y tenían muchos soldados romanos entre sus tropas asalariadas.—Los centuriones de que nos hablan los libros del Nuevo Testamento (el que estaba al pie de la Cruz. *Luc.* 23, 47; Cornelio, *Act.* 18, 1 ss.; Julio, *Act.* 27, 3 43) son figuras muy simpáticas. Cfr. núms. 441, 596 y 681.

7 El centurión era prosélito. Al decir los ancianos (en san Lucas) «*la* sinagoga», dan a entender que en Cafarnaum existía *una sola;* de ser así, el Salvador hizo la promesa de la Eucaristía (núm. 184) en la sinagoga construída por el centurión pagano. Queda por dilucidar si es la misma sinagoga cuyas ruinas se han descubierto en Tell-Hum (cuya reconstrucción puede verse en las láminas 2 a y b; véase también página 150, nota 2).

bra, y sanará mi criado. [1] Pues aun yo, que no soy sino un hombre y un oficial subalterno, como tengo soldados a mis órdenes, digo al uno: ¡ve! y va; y al otro: ¡ven! y viene; y a mi criado: ¡haz esto! y lo hace» [2]. Así que Jesús oyó esto, quedó admirado [3] y, vuelto a las muchas gentes que le seguían, dijo: «En verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado fe tan grande. Yo os declaro que *vendrán muchos del Oriente y del Occidente,* y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Mientras que los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores [4]; allí será el llanto y el crujir de dientes!» [5] Después dijo Jesús al centurión: «¡Vete, y sucédate conforme has creído!» Y en aquella hora misma quedó sano el criado. [6]

31. Resurrección del joven de Naim

(*Luc.* 7, 11-16)

1. El milagro. 2. Efectos del milagro.

152. Luego de esto fué Jesús a la ciudad de *Naim* [7], y con él iban sus discípulos y mucho gentío. Y como estuviese cerca de la puerta de la ciudad,

---

[1] Estas palabras humildes y llenas de fe pronuncia la Iglesia en el momento en que el divino Salvador se dispone a visitar los corazones de los creyentes para curarlos de sus debilidades y alimentar en ellos la vida de la gracia.

[2] Es decir: si a mí, que soy un simple mortal y subalterno, se me obedece a la primera palabra, ¡cuánto más a ti, a quien todo está subordinado!

[3] Si bien Jesús, en cuanto Dios, sabía de antemano todas las cosas, podía, sin embargo, en cuanto *hombre* admirarse y alegrarse de lo ocurrido. Cfr. página 118, nota 7.

[4] Así según *Matth.* 8, 11 ss. El regocijo del cielo se compara a menudo con un festín o con un banquete nupcial. Israel fué llamado el primero; pero malogró esta gracia por su incredulidad.

[5] Mientras que la sala de bodas está esplendorosamente iluminada, fuera reinan las tinieblas. Estas designan el infierno; el llanto y el crujir de dientes son las penas que allí se padecen.

[6] Mateo hace resaltar que el criado estaba paralítico y padecía grandes dolores; Lucas añade que estaba a la muerte. Fundándose en esto cree Knur (*Christus medicus?* 6, ss.) poder concluir que se trataba de una parálisis cerebral o espinar; porque la parálisis periférica o nerviosa, es decir, producida por lesión directa de los nervios, no deja al hombre en trance de muerte, y la parálisis histérica no es probable en un criado que era «muy estimado de su amo». Cualquiera que fuese la enfermedad—, no era posible por vía natural remediarla a distancia con un acto de la voluntad. Tal curación es y será *un milagro*. El racionalismo no puede darnos una explicación satisfactoria. Porque la manera como O. Holtzmann (*Leben Jesu* 155) sale del paso, no satisface a ningún hombre reflexivo. Dice así: «Jesús mismo se admira de la gran confianza del hombre y está cierto de que no quedará defraudada. *Yo os digo, que ni en Israel he hallado fe tan grande.* Jesús sabe que la fe y la confianza pueden trasladar los montes. Y así, despide a los enviados con palabras de consuelo. Al llegar éstos a casa, aquella grande fe ha obrado el milagro. La curación del esclavo es un hecho. La fe firme del amo se ha traspasado al siervo produciendo la curación». El mismo Holtzmann parece darse cuenta de la debilidad de su razonamiento, pues añade en una nota: «Esta explicación parecerá, quizá, demasiado simple. Pero no siempre las explicaciones complicadas son las buenas y, en nuestro caso, no son las indicadas, pues desconocemos la naturaleza de la enfermedad. *El relato de Lucas produce completamente la impresión de verdad histórica*». Hemos trasladado en cursiva la última frase, porque encierra una confesión de mucho valor.

[7] *Naim* (que quiere decir graciosa, amable), recibió el nombre quizá de su pintoresca situación sobre una terraza bastante elevada de la ladera noroeste del Pequeño Hermón, al oriente de la llanura de Jezrael, unos 12 Km. al sudeste de Nazaret, 18 Km. al sur de Caná. Todavía subsisten algunas pocas casas. En el lugar del milagro se construyó una capilla, en la cual se dice de cuando en cuando la santa misa. Al oeste de Naim se ven en las rocas algunas cuevas sepulcrales (cfr. Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 176 ss.).

he aquí que sacaban a enterrar a un *difunto,* hijo único de su madre, la cual era viuda, e iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad [1]. Así que la vió el Señor, movido a compasión, le dijo: «¡No llores!» Y arrimándose tocó el féretro. Los que lo llevaban, se pararon. Dijo entonces Jesús: «Muchacho, yo te lo mando, ¡levántate!» Y luego se incorporó el difunto, [2] y comenzó a hablar. Y Jesús le entregó a su madre [3]. Con esto quedaron todos penetrados de temor; y glorificaban a Dios, diciendo: «*Un gran profeta ha aparecido entre nosotros,* y Dios ha visitado a su pueblo» [4].

32. Mensaje de Juan el Bautista

(*Luc.* 7, 17-35. *Matth.* 11, 2-19)

1. Jesús da testimonio de sí mismo a los enviados del Bautista. 2. Jesús da testimonio de Juan. 3. Lamentos de Jesús por la incredulidad de Israel (parábola de los niños caprichosos).

153. Corrióse por toda Judea y los confines la fama de tan maravillosa resurrección. De todas estas cosas informaron a Juan sus discípulos. Y Juan, llamando a dos de ellos, envióles a Jesús para que le hiciesen esta pregunta: *¿Eres tú el que ha de venir* [5], *o debemos esperar a otro?* [6] Por toda respuesta, Jesús les remitió a los milagros que acababa de hacer con

---

[1] El evangelista hace resaltar: 1, la gran pérdida de la viuda (el dolor por la muerte del hijo único era proverbial; cfr. *Ierem.* 6, 26, *Zach.* 12, 10; *Amos* 8, 10); 2, la general condolencia del pueblo.

[2] Hoy, como entonces, en Oriente se llevan los muertos al sepulcro, no en cajas, sino en angarillas. Las tumbas se hallaban fuera de poblado. Además de la sepultura en cámaras labradas en la roca, estaba también en uso la inhumación. Véase *HL* 1909, 160 ss.

[3] Aludiendo quizá a este milagro observa Quadrato, discípulo de los apóstoles, en su carta apologética de la religión cristiana, que dirigió al emperador Adriano hacia el año 124 d. Cr.: «Manifiestas son las obras de Cristo; en pro de sus milagros hablan testigos que aún viven, a saber, las mismas personas que fueron curadas de sus enfermedades o resucitadas de entre los muertos. Se las vió, no sólo en el momento en que fueron curadas o volvieron a la vida, sino también largo tiempo después; vivieron, no sólo en vida del Salvador, sino también muchos años después de su muerte, y algunas de ellas hasta nuestros días» (Eusebio, *Hist. eccl.* 4, 3. Bardenhewer, *Geschichte der altkirchl. Literatur* I 168-171).

[4] Ha otorgado al pueblo gracias inapreciables enviando a tan gran profeta.

[5] El Mesías prometido, a quien en el Antiguo Testamento se designa como «aquél que ha de ser enviado, el que ha de venir, la expectación de las gentes», etc.

[6] De ninguna manera se atribuya esta embajada de Juan «a impaciencia por la tardanza en instituir el reino mesiánico», ni a dudas acerca de la mesianidad de Jesús. Lo primero repugna por completo a un hombre que ha pronunciado las palabras de *Matth.* 3, 11 ss., y lo segundo no se compadece con el cuadro que del Mesías nos dibuja el Bautista en la predicación de penitencia, la cual no sólo no tiene nada de común con el falso concepto mesiánico de los judíos, antes bien encierra el verdadero carácter del Mesías («el más fuerte», el «cordero de Dios», «el esposo de Israel», etc.) y manifiesta perfecto conocimiento de la obra de la Redención. De los testimonios que el Bautista dió de Jesús (*Ioann.* 1, 33; cfr. núm. 97 s.) se desprende que por divina inspiración había alcanzado la certeza de la mesianidad de Jesús. Ahora bien, nadie que haya llegado a la fe puede ponerla luego seriamente en duda o renunciar a ella sin pecado. Adviértase también que Cristo alaba al Bautista ante todo el pueblo por su fortaleza de carácter y por su firmeza en la fe; ¿cómo había éste de vacilar en la fe? No era, pues, por él la embajada, sino por los discípulos; éstos no tenían concepto exacto de Jesucristo, como se desprende de *Ioann.* 3, 26; *Matth.* 9, 14; y eran tan adictos a Juan, que no podían resolverse a abandonarle por Jesucristo; y, sin embargo, así había de ser, pues la carrera del Precursor tocaba a su fin. Por eso los envió a Jesús, para que por sus propios ojos viesen, y el celestial esposo les convenciese. A ello conformó Jesús su proceder. Primero hizo que los discípulos de Juan fuesen testigos de los prodigios que obraba, y luego los envió a su tan apreciado maestro a que les explicase lo que habían visto.

muchos enfermos, achacosos, posesos y ciegos, y dijo: «Id y contad a Juan las cosas que habéis oído y visto: Los ciegos ven, los sordos oyen, los muertos resucitan [1], a los pobres se les anuncia el Evangelio. Y *bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí»* [2].

154. Luego que se fueron éstos, empezó Jesús a hablar de Juan, y dijo al pueblo: «¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve? ¿a un hombre muellemente vestido? Los que visten muellemente están en los palacios de los reyes. [3] ¿A algún profeta? Sí, os lo aseguro, y aun mucho más que profeta [4]. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envío a mi Angel ante tu presencia, el cual irá delante de ti aparejando el camino. En verdad os digo, *que no ha surgido entre los hijos de mujer (profeta) alguno mayor que Juan Bautista* [5]; si bien el menor en el reino de los cielos es superior a él. Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente el reino de los cielos padece violencia [6], y los violentos lo arrebatan (a los que en él desearían entrar) [7]. Porque todos los profetas y la Ley han profetizado hasta Juan [8]; y si queréis entenderlo, *él es Elías* que ha de venir [9]. El que tiene oídos para entender, entiéndalo» [10].

---

[1] Trátase aquí de verdaderas resurrecciones, como se colige de la enumeración de obras *milagrosas* que hace el Señor, obras que, según el contexto, no pueden interpretarse en sentido espiritual; dedúcese también de la resurrección del joven de Naim, que en Lucas se relata inmediatamente antes (7, 11-22).

[2] Jesús declara ser el Mesías, alegando los vaticinios de los profetas acerca de sus milagros (en especial *Is.* 35, 4 ss.; 61, 1 ss.); enciérranse en estas palabras *dos* testimonios de su mesianidad: los milagros mismos, y el cumplimiento de la profecía mediante la actividad taumatúrgica. Es también este pasaje testimonio manifiesto de haber Jesús querido que sus milagros fueran el *sello,* es decir, la prueba de su misión divina. No se opone a ello *Ioann.* 4, 48; cfr. núm. 117. Jesús insiste en que nadie debe escandalizarse de la pobreza y mezquindad de su aparición. «El reino de los cielos no fuerza al reconocimiento los sentidos y la inteligencia; ha de aceptarse por un acto libre de fe. El portador de ese reino y la forma de su existencia son de tal condición, que pueden rechazarse por esa su forma de aparición». (Bartmann, *Das Himmelreich und sein König* 8).

[3] Con esto se caracteriza a Juan como a hombre de sentimientos inmutables, de un género de vida que desprecia toda molicie.

[4] Juan es «más que profeta»: 1, porque es el heraldo del Mesías que viene en pos de él y le señala con el dedo, mientras que los profetas le vieron en el futuro lejano; Juan pudo anunciar la proximidad inmediata del reino mesiánico; 2, porque, como Precursor, él mismo fué objeto de profecías.

[5] «El más pequeño en la época presente de cumplimiento está sobre el mayor del tiempo de la promesa» (Bartmann l.c. 9). Porque quien está en posesión del reino de Dios, «por pequeño que sea», posee con ello una gracia sobrenatural, una dignidad y elevación que ni al «mayor» podía dar el Antiguo Testamento, el Testamento de la *promesa, como tal.* En el fondo estas palabras encierran la superioridad de la Nueva Alianza sobre la Antigua. Es muy de notar, que no se establece comparación entre la santidad de Juan el Bautista y la de otro miembro cualquiera del reino mesiánico; tampoco se refieren dichas palabras a la gloria y bienaventuranza que pueda corresponder a la santidad.

[6] Es decir, el reino de los cielos (el reino mesiánico) es oprimido. Cfr. *Matth.* 23, 13.

[7] Alúdese a la contradicción y a la hostilidad de los jefes del pueblo al Mesías y su reino. Cfr. Peters, *Die homil.-aszetische Verwertung des Textes Matth 11, 12,* en *Kölner Pastoralblatt* 1920, 256.

[8] Con Juan cesa la profecía; él señala con el dedo al Mesías. La profecía y el vaticinio se han tornado cumplimiento; ha llegado el reino.

[9] Si queréis entenderlo en el sentido verdadero, es decir, no a la letra, sino por analogía, él es Elías; la misión de Juan es guiar el pueblo al Mesías antes de su venida en humildad, como la de Elías es conducirlo a Jesús antes de la venida gloriosa.

[10] Oiga y entienda que Juan tiene esta misión, y conviértase, para poder reconocer y recibir al Mesías.

«Todo el pueblo que oía (a Juan), y aun los publicanos, cumplieron la voluntad de Dios recibiendo el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los doctores de la Ley despreciaron en daño de sí mismos el designio de Dios, no habiendo recibido dicho bautismo». «¿A quién, pues, concluyó el Señor, diré que se asemejan los hombres de esta generación? y ¿a quién se parecen? Parécense a los *muchachos (caprichosos),* que se sientan en la plaza y parlan los unos con los otros; diciendo: "Os cantamos al son de la flauta, y no habéis danzado; entonamos lamentaciones, y no habéis llorado". (Así tampoco Dios obra nunca a vuestro gusto). Vino Juan Bautista, que ni comía pan, ni bebía vino, y habéis dicho: "Está endemoniado". Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe como los demás, y decís: "He aquí un hombre voraz y bebedor, amigo de publicanos y de pecadores". Y, sin embargo, la sabiduría de Dios ha sido justificada ante todos sus hijos» [1].

33. La Pecadora y penitente anónima

(Luc. 7, 36-50)

1. Proceder afectuoso de la Pecadora. 2. Descortesía del fariseo. 3. Parábola de los deudores. 4. El Señor sale en defensa de la pecadora. 5. El perdón de los pecados.

155. Rogóle un fariseo, llamado Simón, que fuera a comer con él. Y habiendo entrado Jesús en casa del fariseo, se puso a la mesa. Cuando he aquí que una pecadora que había en la ciudad [2], tan pronto como oyó que Jesús se había puesto a la mesa en casa de Simón el fariseo, vino con un vaso de alabastro lleno de bálsamo y, poniéndose detrás de Jesús [3], junto a sus pies [4], comenzó a bañárselos con sus lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza y los besaba, y derramaba sobre ellos el perfume [5]. Lo cual viendo el fariseo que le había convidado, decía para consigo: «Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando, que es una pecadora». Jesús, respondiendo a su pensamiento, le dijo: «Simón, una cosa tengo que decirte». «Dí, maestro», respondió él. «Cierto acreedor, comenzó el Señor, tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios [6], y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos, a tu parecer, le amará más?» Respondió Simón: «Me imagino que aquél a quien se perdonó más».

---

[1] La Sabiduría, que en Juan se manifestó como austeridad y en Jesús como bondad y afabilidad, es reconocida como Sabiduría divina por todos aquellos que la escuchan.

[2] Seguramente una ciudad de Galilea. De ser cierta la hipótesis (cfr. núm. 157) de la identidad de la Pecadora con María Magdalena, bien pudiera referirse el texto a *Magdala,* ciudad del extremo meridional de la llanura de Genesaret, 6 Km. al norte de Tiberíades, hoy mísera aldea de unas 30 chozas, que lleva por nombre Medschdel, (cfr. Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 206).

[3] El texto griego dice «llorando».

[4] En los convites de etiqueta era costumbre ponerse a la mesa reclinados en cojines, con la cara vuelta a la mesa, los pies hacia fuera o hacia atrás. Los pies, desnudos, pues las sandalias o los zapatos se dejaban a la puerta de la sala.

[5] *La unción,* especialmente la de la cabeza, es general y aun necesaria en los climas cálidos de Oriente; ella y el lavar los pies del huésped eran, por tanto, demostraciones ordinarias de afecto y amistad. El ungüento se hacía de aceite de oliva mezclado con materias aromáticas, especialmente mirra. El ungüento más precioso era el de nardo de India, que se guardaba en vasijas de alabastro (cfr. *Cant.* 5, 5; *Marc.* 14, 3; *Ioann.* 12, 3). La Pecadora demostró en aquel acto su profundísima humildad e íntima veneración, el arrepentimiento de sus pecados y la esperanza en el favor del médico amorosísimo.

[6] Unos 435 marcos (cfr. pág. 189, nota 1).

Díjole Jesús: «Has juzgado rectamente». Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me has dado agua con qué lavar mis pies; mas ésta los ha bañado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; pero ésta desde que llegó no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza; y ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes. Por todo lo cual te digo: Sus muchos pecados le son perdonados, porque ha amado mucho; mas aquél a quien menos se le perdona, también ama menos» [1]. En seguida dijo a la mujer: *Perdonados te son tus pecados*. Y luego los convidados comenzaron a decir interiormente: «¿Quién es éste, que también perdona pecados?» Mas él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado; ¡vete en paz!»

156. Relatos evangélicos de la unción. En los cuatro Evangelios se habla de una unción del Señor. No hay duda que *Matth.* 26, 6-13, *Marc.* 14, 3-9 y *Ioann.* 12, 1-8 aluden a un mismo hecho, pues coinciden en el lugar, en la época y en las circunstancias. Pero san Lucas, que refiere un hecho análogo, difiere de los otros tres evangelistas en cuanto al *lugar, circunstancias y época*. Según los tres primeros, acaeció la unción en Betania; según san Lucas, en una ciudad de Galilea, probablemente cerca de Cafarnaum, pues los relatos que anteceden y siguen al de la unción se desarrollan en Galilea, y no se ven razones objetivas que hubiesen podido moverle a intercalar entre ellos un hecho acaecido en Betania. Según Mateo, Marcos y Juan, acontece inmediatamente antes de la Pasión de Jesucristo; según Lucas, mucho antes de ella. Aquéllos no mencionan la parábola del Señor dirigida al anfitrión, ni las atenciones omitidas por el ilustre huésped; tampoco enumeran las cosas que hizo la mujer, ni nos cuentan cómo Jesús le perdonó los pecados, ni el estupor de los convidados; Lucas, en cambio, no alude a la murmuración de los discípulos, al entierro del Señor, a los pobres, ni a la fama de la mujer. En los unos y en el otro el nombre del que ofrece el convite es Simón; pero a este Simón se le denomina en san Lucas el «fariseo», nunca el «leproso» (es decir, el curado de la lepra); en cambio Mateo, Marcos y Juan le conocen por el «leproso», nunca por el «fariseo». En Lucas, la mujer es una pecadora que quiere dolerse y hacer penitencia de sus pecados; en los otros tres evangelistas, una discípula de Jesús que quiere mostrar su amor y gratitud al Maestro. De la lectura de los Evangelios deducimos, pues, que fueron *dos* las unciones del Señor. Mas aquí se presenta una cuestión acerca de la

157. Identidad o unidad de la persona ungente. ¿Fueron dos las personas que ungieron al Señor en estas dos ocasiones, o fué las dos veces la misma persona? Y, si lo fué, ¿era María Magdalena? Nos inclinamos a contestar afirmativamente a ambas cuestiones.

Habiendo de admitir, como hemos visto, que las unciones fueron muy parecidas en la *manera de realizarse*, ya *a priori* se inclina uno a creer que la per-

---

[1] Según el Concilio Tridentino (*sess.* VI, c. 6), el pecador, movido y asistido de la gracia, se dispone a la justificación mediante la fe, el temor, la esperanza y el comienzo de la caridad, fuente de toda justicia. Cuanto mayor sea esta caridad, tanto más perfecta será la disposición; y tan grande puede ser, que de ella surja un arrepentimiento perfecto y se logre el perdón completo. Y así, la caridad obra el perdón. Pero el perdón a su vez es causa de la caridad por la gracia que en aquel se comunica, y por la gratitud que despierta; y la caridad será tanto mayor, cuanto mayor haya sido la culpa perdonada.—La Iglesia enseña explícitamente (*Conc. Trid. sess. XIV, c. 4 de poenit.*) que la caridad perfecta y el arrepentimiento llevan consigo el deseo de confesar la culpa y obtener la absolución explícita (el deseo del Sacramento); y lo vemos muy claramente en la conducta de la Pecadora, que confesó y lloró públicamente su culpa, y en el proceder del divino Redentor que la absolvió.

sona fué en ambas la misma. Pues, como ingeniosamente observa Le Camus [1], es muy inverosímil que dos mujeres, en fechas diversas, hubiesen tenido la idea de desatar sus cabellos y enjugar los pies del Señor después de haberlos rociado con un perfume mezclado, la primera vez, con lágrimas; pero nada tiene de extraño que la noble penitente, ahora fiel y privilegiada amiga del Señor, renovase poco antes de la muerte de Jesús la conmovedora escena de contrición y misericordia que devolvió a su alma la vida. Hay además en la segunda unción una circunstancia de ternura refinada que la eleva sobre la primera: la segunda vez, la conciencia de su plena justificación presta a María un atrevimiento de que no habría sido capaz la primera. Ella, que antes sólo se atrevió a ungir los pies, derrama ahora el bálsamo sobre la cabeza del Señor, cuyo rostro contempla sin que el rubor le haga bajar los ojos al suelo, y aun se atreve a tocar su cabeza con santo respeto. Si por razones internas nos parece probable que la pecadora de san Lucas fuera la misma María de Betania, una observación de san Juan, dejada caer sin intención particular, al parecer, da a nuestra opinión fundamento suficientemente sólido. Después de nombrar san Juan en 11, 1 a María, hermana de Lázaro, como para caracterizarla mejor, añade (v. 2): «Era aquella María que ungió al Señor con bálsamo y le enjugó los pies con sus cabellos, cuyo hermano yacía postrado.» Acertadamente observa Le Camus: «Evidentemente, si tan singular testimonio de afecto y de respeto hubiera sido dado a Jesús por dos mujeres distintas, nadie habría pensado hacer de él distintivo y mérito especial de una de ellas. Nuestra observación es sobre todo fundada, si, en el momento en que se habla, la persona que se trata de designar no ha realizado todavía el acto por el cual es caracterizada (Juan nos cuenta la unción de Betania en 12, 3), en tanto que la otra ha verificado ya el suyo hace ya mucho tiempo. La alusión, anticipada de esa suerte, resulta poco inteligible; por el contrario, es naturalísima, si se refiere al suceso pasado, hecho célebre en la Iglesia por la tradición consignada por san Lucas (7, 36-50), suceso en el cual había obtenido la pecadora el perdón.»

Quien admita la identidad de la Pecadora con María de Betania, no tendrá dificultad en dar un paso más, e identificarla todavía con María Magdalena. Hable aquí también en nuestro nombre Le Camus: «Retroceder ante la identificación de María, hermana de Lázaro, con Magdalena, es convenir en que aquélla, tan ardiente, tan amada, tan fiel, no tomó parte en las grandes escenas de la Pasión y de la Resurrección; es decir, que no encontró siquiera fuerza para terminar, después de la muerte del Maestro, el generoso embalsamamiento que con tanto valor había empezado mientras vivía (*Ioann.* 12, 7. *Marc.* 14, 8. *Matth.* 26, 12). Todo esto parece poco lógico.» Y resume su pensamiento Le Camus en estas palabras: «En todo caso, debe convenirse en que, si por una parte no hay inverosimilitud alguna en reconocer en el ardiente y demostrativo amor de María, hermana de Lázaro, las emociones generosas de la Pecadora perdonada, por otra, cada una de estas dos mujeres se encuentra admirablemente viva, con todo su valor y tierno afecto hacia Jesús, en aquella Magdalena que desde la tarde del Calvario hasta la mañana de la Resurrección muestra ser la más fiel y valerosa de las amigas del Crucificado. No hay, pues, imposibilidad psicológica que objetar aquí, y, de tres mujeres tan visiblemente parecidas desde el punto de vista moral, podemos determinarnos lógicamente a no hacer sino una. Dividir, por el contrario, este papel de amistad generosa que acompaña al Maestro desde el ministerio galileo hasta la glorificación postrera, en una serie de personajes que nada tienen de común entre sí, es hacer inexplicable el privilegiado afecto de Magdalena, lo mismo que la situación excepcional de María en la familia de Betania; es, en fin, arrojar en las sombras, apenas expuesta a la luz, la hechicera figura de la Pecadora, penitente y rehabilitada.»

---

[1] Le Camus, *Los Orígenes del Cristianismo*, tomo II: La vida de nuestro Señor Jesucristo; página 293 ss. Traducción española de J. B. Codina y Formosa (Herederos de J. Gili, Barcelona).

Queda por explicar de dónde a María de Betania le vino el nombre de María Magdalena, es decir, María de Magdala. *Magdala* sin duda fué el teatro de sus liviandades hasta que el Salvador la sacó del pecado y la elevó a la gracia. Convertida de pecadora en discípula de Cristo, quedóle en la comunidad apostólica el nombre que recordaba los extravíos, el arrepentimiento, a la vez que la benevolencia y gracia del Salvador. San Lucas nos la pinta en compañía de las santas mujeres que seguían a Jesús en Galilea (8, 2). y, más tarde, con sus hermanos Lázaro y Marta en la intimidad de la casa de Betania, que la acogió después de convertida [1].

34. El sermón del lago: parábolas del reino de los cielos [2]

(*Matth.* 13, 1-52. *Marc.* 3, 20 21 31-35; 4, 1-34. *Luc.* 8, 1-21; 13, 18-21)

1. El séquito del Mesías. 2. Ocasión de las parábolas. 3. Parábola del sembrador. 4. Motivo y objeto de la nueva manera de enseñar. 5. Interpretación de la parábola del sembrador. 6. Aviso a los discípulos. 7. Parábola de la cizaña y del trigo. 8. Parábola de la semilla que germina. 9. Parábola del granito de mostaza. 10. Parábola de la levadura. 11. Reflexión del evangelista acerca del método didáctico del Señor. 12. Interpretación de la parábola de la cizaña. 13. Parábola del tesoro oculto. 14. Parábola de las perlas. 15. Parábola de la red de pescar. 16. Figura del padre solícito. 17. La madre y los parientes de Jesús.

158. *El séquito del Mesías.* Regresado que hubo Jesús de Jerusalén a Galilea, recorrió las ciudades y lugares anunciando el reino de Dios; acompañábanle los Doce y algunas mujeres que habían sido libradas de los espíritus malignos y curadas de varias enfermedades, María, por sobrenombre Magdalena, de la cual había echado siete demonios, Juana, mujer de Cusa, mayordomo del rey Herodes, Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes [3].

159. *Ocasión de las parábolas.* Salió de casa [4] cierto día y sentóse a la orilla del mar. Y se juntó alrededor suyo un concurso tan grande de

---

[1] En la tan debatida *cuestión acerca de la Magdalena*, de los exegetas católicos están *por* la identidad de María Magdalena con María de Betania y la Pecadora, entre otros, Kaulen (*KL* VII² 275 ss.), Belser (*Die Geschichte des Leidens und Sterbens... des Herrn* 24 s.) y Pölzl (*Kurzgefasster Kommentar zum Evangelium des hl. Lukas* 133), con especial denuedo Corluy, *Commentarius in Evangelium S. Ioannis* [Gante 1880] 263-279). Están contra la identidad, entre otros, Schanz y Knabenbauer en sus respectivos comentarios. Recientemente ha estudiado Urban Holzmeister minuciosamente en *ZKTh* 1922, 402 ss. la tradición eclesiástica tocante a la cuestión de la Magdalena, llegando al siguiente resultado: la tradición eclesiástica en manera alguna está unánime en admitir la identidad de la ungente, de la Pecadora (innominada de Lucas) y de Magdalena. Sickenberger en *BZ* XVII (1925) 63 ss. admite «que María Magdalena, María de Betania y la Pecadora fueron tres mujeres distintas» (ibid. 74).

[2] Cfr. Fonck *Die Parabeln des Herrn*³; J. Schäfer, *Die Parabeln des Herrn*³⁻⁴ (1922); el mismo, *Das Reich Gottes im Lichte der Parabeln des Herrn*. Las cuestiones generales pueden verse en Meinertz, *Die Gleichnisse Jesu*³, en *BZF* VIII 3/4 (1921); Soiron, *Der Zweck der Parabellehre Jesu im Licht der synoptischen Überlieferung*, en *ThG* 1917, 385; Buzy, *Introduction aux paraboles évangéliques* (París 1912); Oliver, *Les paraboles, études sur la physiognomie intelectuelle de Notre-Seigneur Jésus-Christ* (París 1909). Acerca de la belleza formal de las parábolas, véase *Kath* 1901 II, 1, 109. Acerca de la manera de enseñar de Jesús en general, cfr. la excelente obra de J. P. van Kasteren, *Wie Jesus predigte*, refundición alemana de J. Spendel (²⁻³ Friburgo 1923).

[3] Según san Jerónimo, era costumbre antigua entre los judíos prestar tales servicios a los maestros afamados, para que más libremente pudieran éstos dedicarse a su ministerio (*Comment. in Matth.* 27, 56). Ni los enemigos más encarnizados de Jesús hallaron en ello cosa merecedora de censura.

[4] En Cafarnaum, a donde había vuelto.

gentes, que le fué preciso entrar en una barca [1] y tomar asiento en ella; y todo el pueblo estaba en la ribera. Al cual habló de muchas cosas por medio de parábolas [2], diciendo:

160. *Parábola del sembrador.* «Salió una vez cierto sembrador a sembrar [3], y al esparcir los granos, algunos cayeron cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y se los comieron. Otros cayeron en pedregales, donde había poca tierra, y luego brotaron, por estar muy someros en la tierra. Mas, nacido el sol, se quemaron y se secaron, porque casi no tenían raíces. Otros granos cayeron entre espinas, y crecieron las espinas y los sofocaron. Otros, en fin, cayeron en buena tierra y dieron fruto, dónde ciento por uno, dónde sesenta y dónde treinta. Quien tenga oídos para entender, entienda».

161. *Motivo y objeto del nuevo método didáctico de Jesús.* Cuando estuvo solo Jesús, le preguntaron los Doce que estaban con él acerca del significado de esta parábola, diciendo: «¿Por qué causa les hablas en parábolas?» El cual les respondió: «A vosotros se os han dado a conocer los misterios del reino de los cielos; mas a los que están fuera se les anuncia todo en parábolas; porque al que tiene, dársele ha aún más, y estará sobrado; mas al que no tiene, le quitarán aun lo que tiene [4]. Por eso les hablo con parábolas, porque ellos viendo no vean, y oyendo no oigan, ni entiendan. Conque vendrá a cumplirse en ellos la profecía de Isaías que dice: "Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis; veréis con vuestros ojos, y sin embargo no veréis. Porque ha endurecido este pueblo su corazón, y oye difícilmente con sus oídos; y tapa sus ojos, a fin de no ver con ellos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón, no sea que, convirtiéndose, yo les dé la salud". ¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y dichosos vuestros oídos, porque oyen! Pues en verdad os digo, que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron».

162. *Significado de la parábola del sembrador.* «Con que ¿vosotros no entendéis esta parábola? ¿Pues cómo entenderéis todas las demás? Escuchad, pues, la parábola del sembrador. La semilla es la palabra de Dios; el sembrador es el que siembra la palabra. Los de junto al camino, son los que la oyen; luego viene el diablo y se lleva la palabra sembrada en sus corazones, para que no crean y sean bienaventurados. Los de los pedregales, son aquellos que, oída la palabra, la reciben con gozo; mas no tienen raíces en sí mismos, creen durante algún tiempo y, luego que viene alguna tribulación o persecución por causa de la palabra, se escandalizan y apostatan en tiempo de la tentación. Lo que cae entre espinas, son los que oyen la palabra; pero los afanes del siglo, la ilusión de riquezas, los placeres de la vida y los demás apetitos desordenados ahogan la palabra divina, la cual viene a quedar infructuosa. Lo que, finalmente, cae en buena tierra, son los que oyen la palabra, y la conservan en bueno y óptimo corazón, y dan fruto en paciencia, quién a treinta por uno, quién a sesenta y quién a ciento» [5].

---

[1] Para verse libre de la apretura y poder enseñar con libertad.

[2] La parábola bíblica, en sentido lato, es una imagen terrena que declara una verdad celestial. [3] *Matth.* 13, 1-23; *Marc.* 4, 1-20; *Luc.* 8, 4-15.

[4] A quien aprovecha con fidelidad la primera gracia, se le dan otras todavía mayores; pero a quien desprecia las recibidas, le son quitadas las que tiene. Así acontece ahora a los judíos. No quisieron abrir los ojos a mis prodigios y a la ley de mi doctrina, por eso les envuelvo las grandes verdades del reino de Dios en parábolas, para que al menos no las desprecien. Esto acrecienta su ceguera, de suerte que viene a cumplirse la queja de Dios (*Is.* 6, 9 10) por la obstinación de Israel.

[5] La parábola se refiere a la fundación del reino de Dios entre los hombres y en cada

Aviso a los discípulos. «Nadie enciende una antorcha [1] y la esconde bajo el celemín ni debajo de la cama; sino que la pone sobre un candelero para que alumbre a los que entran. Porque nada hay oculto, que no deba ser descubierto; ni escondido, que no haya de ser conocido y publicado. Notad bien lo que oís. Con la medida que midiereis seréis medidos, y aun se os dará con creces. Pues a quien tiene, dársele ha; y al que no tiene, aun aquello mismo que tiene le será quitado» [2].

163. *Parábola de la cizaña y del trigo.* Otra parábola les propuso, diciendo [3]: «El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, al tiempo de dormir la gente, vino cierto enemigo suyo, sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en hierba, y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias acudieron a él y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña? Respondióles: Algún enemigo mío lo ha hecho. Replicaron los criados: ¿Quieres que vayamos a recogerla? A lo que respondió: No, porque no suceda que, arrancando la cizaña, arranquéis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer una y otra hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Coged primero la cizaña, y haced gavillas de ella para el fuego, y meted después el trigo en mi granero» [4].

Parábola de la semilla que germina. Decía asimismo: «Sucede con el reino de Dios, como cuando un hombre siembra en su heredad [5]. Ya duerma, ya vele de noche y de día, la semilla germina y va creciendo sin que el hombre lo advierta. Porque la tierra de suyo produce el fruto, primero el tallo, luego la espiga. Y después que está el fruto maduro, inmediatamente se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega».

164. *Parábola del granito de mostaza.* Y proseguía diciendo: «¿A qué cosa compararemos el reino de los cielos? ¿o con qué parábola lo representaremos? Es como el granito de mostaza [6] que, cuando se siem-

---

uno de los corazones mediante la predicación de la palabra divina. El resultado se aprecia en el uso que los hombres hacen de las gracias ofrecidas y de la propia libertad. La parábola señala las distintas clases de oyentes de la palabra divina.

[1] Es decir: «Aunque a vosotros comunico primero los misterios del reino, empero no son sólo para vosotros; vosotros sois como lumbreras que estoy preparando, para que un día alumbréis a todos y anunciéis a todos la verdad» (*Marc.* 4, 21-25. *Luc.* 8, 16-18; cfr. núm. 141).

[2] Exhortación a repartir las gracias recibidas cuando sea tiempo (cfr. núm. 166 la figura del solícito padre de familias; también núm. 174).

[3] *Matth.* 13, 24-30. No ya desde la barquichuela, pues se hallaba con solos sus discípulos; otro día, o acaso el mismo.

[4] La explicación de esta parábola puede verse en el núm. 165. Döller en *ThpQS* 1916, 573 ss.

[5] Cfr. *Marc.* 4, 26-29. La parábola pone de manifiesto, según los santos Padres, *el continuo crecimiento de la Iglesia* hasta el gran día del Juicio. Una vez fundada por el Redentor, crece como por cierta necesidad y, al parecer, sin que intervenga el Salvador, como la semilla, una vez sembrada; de hecho, Jesús asiste invisiblemente a su obra, la conserva y cuida, hasta que cumpla su destino entre los hombres y madure la cosecha para el Juicio (*Matth.* 28, 20; *Apoc.* 14, 14 ss.; 20, 9 ss.); entonces viene la siega. No nos parece acertada la interpretación propuesta por K. Weiss (*Voll Zuversicht! Zur Parabel Jesu vom zuversichtlichen Sämann Mk 4, 26-29,* en *NA* X, 1 (Münster 1922), el cual entiende por siega la segunda venida de Jesús y en la parábola ve únicamente expresado este pensamiento: Jesús espera confiado el éxito de la fundación de su reino.

[6] *Matth.* 13, 31 32; *Marc.* 4, 30-32; cfr. *Luc.* 13, 18 s. La parábola se refiere al *crecimiento externo de la Iglesia,* la cual, humildísima en sus comienzos, llega con

bra en la tierra, es la más pequeña entre las semillas; mas, después crecida, es mayor que todas las legumbres, y se torna en árbol, de suerte que vienen las aves del cielo y viven en sus ramas».

Parábola de la levadura. «El reino de los cielos es semejante a la levadura [1], que cogió una mujer y mezcló con tres medidas [2] de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada».

Reflexión del Evangelista acerca del nuevo método didáctico de Jesús. Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo [3] en parábolas, y le predicaba la palabra en muchas de estas parábolas según podían oír, y sin parábolas no les hablaba, para que se cumpliese lo que había dicho el profeta: «Abriré mi boca para hablar en parábolas, publicaré cosas que han estado ocultas desde la Creación del mundo» [4]. Mas cuando estaban solos, se las interpretaba a los discípulos.

165. *Interpretación de la parábola de la cizaña.* Después que Jesús hubo despedido al pueblo y vuelto a casa [5], se le acercaron los discípulos y le dijeron: «Explícanos la parábola de la cizaña sembrada en el campo». El cual les respondió: «El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena simiente son los hijos del reino; la cizaña, los hijos del maligno espíritu. El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino todos los escándalos (a todos los escandalosos) y a cuantos obran la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre [6]. El que tiene oídos para entender, entienda».

166. *Parábola del tesoro escondido.* «Es también semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre de nuevo y, gozoso del hallazgo, va, y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo» [7].

---

el tiempo a difundirse por todo el orbe. El *grano de mostaza* es, en concepto de los judíos, la semilla más pequeña; con él se designa proverbialmente una cosa minúscula. La *planta de la mostaza,* especie de las umbelíferas, crece en Palestina hasta 3 m. con espeso follaje, donde acuden los pájaros a cobijarse.—La actividad del sembrador representa la actividad mesiánica del Redentor del mundo. La pequeñez de la semilla de la mostaza es figura de la insignificancia de la Iglesia en los comienzos. La magnitud asombrosa de la planta de la mostaza simboliza la *grandeza de la Iglesia que abarca todo el mundo.*

[1] *Matth.* 13, 33; cfr. *Luc.* 13, 20 21. La parábola simboliza *la fuerza interior del Cristianismo, que transforma el mundo.* La Iglesia posee la virtud «de renovar todas las cosas en Cristo» (*Ephes.* 1, 10). Prueba de ello es la historia de sus Santos.

[2] 3 seah, 36 litros.

[3] *Matth.* 13, 34 35. *Marc.* 4, 33 34.

[4] Así como Asaf, el cantor y profeta sagrado que vaticinó en el Salmo 77 los misterios de la Nueva Alianza bajo la figura de la historia de Israel (cfr. I *Cor.* 10, 11), así quiso Jesucristo anunciar estos mismos misterios en forma figurada, cumpliendo aquello de que Asaf fué figura.

[5] *Matth.* 13, 36-43. Los discípulos desean que Jesús les explique una cosa que todavía no se les alcanza: cómo es que se deja que crezca la cizaña. Es el gran misterio de la *permisión del mal,* que sólo se explica satisfactoriamente por la futura *recompensa eterna.*

[6] Particularmente aquellos que instruyen a los demás en la justicia (*Dan.* 12, 3).

[7] La Iglesia, como institución visible de salud, es como el «áncora»; como compendio y suma de todos los bienes espirituales, es como un «tesoro oculto» a los ojos materiales del hombre. El hombre representado en la parábola es aquél que con prudencia, con energía que todo lo sacrifica y expone, trata de hacerse miembro vivo de la Iglesia. Cfr. Schäfer, *Die Parabeln* 3 y 4 236; para las dos parábolas siguientes v. ibid. páginas 226 y 386.

Parábola de las perlas. «El reino de los cielos es asimismo semejante a un mercader que trata en perlas finas. Y viniéndole a las manos *una* de gran valor, va, y vende todo cuanto tiene, y la compra» [1].

Parábola de la red de pescar. «También es semejante el reino de los cielos a una red [2] que, echada en el mar, allega todo género de peces. La cual, en estando llena, sácanla los pescadores y, sentados en la orilla, van escogiendo los buenos y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del mundo. Saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos, y arrojarlos han en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes».

Figura del solícito padre de familias. «¿Habéis entendido bien todas estas cosas?» «Sí», le respondieron. Y él añadió: «Por eso [3], todo escriba bien instruído en lo que mira al reino de los cielos es semejante a un padre de familias, que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas, según conviene» [4].

167. *La madre y los parientes de Jesús.* Mientras Jesús enseñaba por medio de las referidas parábolas a las turbas allí congregadas, salieron los suyos para detenerle; pues decían: «Se ha puesto loco» [5]. También su madre y sus hermanos [6] vinieron; mas, a causa de la multitud, no pudieron llegar a donde él estaba. Así que le dijeron: «Mira que tu madre y tus hermanos están fuera preguntando por ti». Pero él, respondiendo al que se lo decía, replicó: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?» Y mostrando con la mano a sus discípulos: «Estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» [7].

---

[1] El comerciante que busca perlas es aquél que, considerando las cosas desde el punto de vista verdadero y sobrenatural, llega a conocer que lo sensual y creado que le ofrece el mundo como único bien no puede saciar los anhelos de un corazón que ansía la felicidad perfecta; aquél que en la Iglesia ve la perla única e incomparable y posee la voluntad firme e inquebrantable de ser y permanecer miembro *vivo* de la Iglesia.

[2] La Iglesia está instituída en medio del mar proceloso del mundo; ella reúne en sí hombres de todas clases. Al fin del mundo se verifica la separación de buenos y malos.

[3] Puesto que habéis entendido estas cosas, haced buen uso de los conocimientos que os he comunicado, de suerte que en mi casa, en mi Iglesia, todos estén acomodados con abundancia (cfr. núms. 141 y 162).

[4] Al terminar Mateo (13, 54-58; cfr. *Marc.* 6, 1-6) las parábolas, hace mención de haber estado Jesús en Nazaret, quizá al principio de su ministerio en Galilea; acaso esta permanencia es la misma a que alude san Lucas (4, 16 ss.; cfr. núm. 118). Desde aquí sigue san Mateo por orden cronológico la vida de Jesús.

[5] *Marc.* 3, 21 según la *Vulgata.* Así pensaban, porque aun no tenían fe firme y cabal en la divinidad del Maestro (cfr. *Ioann.* 7, 5); por lo mismo no podían comprender rectamente el fuego del celo que mostraba por instruir a las turbas. Al mismo tiempo estaban llenos de inquietud viendo el odio mortal de los fariseos a su Maestro (cfr. *Ioann.* 5, 16 18; *Matth.* 12, 14; núms. 133 y 136). G. Hartmann (en *BZ* XI [1913] 249-280) traduce de esta suerte el texto *griego:* «Y el va (o viene) a una casa. Y se agolpa de nuevo una confusa multitud, de suerte que ni siquiera podían tomar alimento. Y habiendo los suyos oído la muchedumbre, salieron a fuera para detenerla; pues decían: "están locos"». El P. Zorrell, conocido por su *Lexicon graecum Novi Testamenti,* propone (en *ZKTh* 1913, 695 ss.) la siguiente traducción: «Como hubiesen venido a una casa, agolpóse de nuevo la multitud, de suerte que no le era posible ponerse a la mesa. Habiéndolo sabido los suyos, vinieron a él para obligarle (a ello) (o para invitarle a la mesa); pues decían "está del todo agotado"». Ninguna de estas dos versiones deja de ser forzada.

[6] Primos y, en general, parientes cercanos (cfr. núm. 104).

[7] *Matth.* 12, 46-50. *Marc.* 3, 31-35; cfr. *Luc.* 8, 19-21. En las últimas palabras vemos claramente indicado (cfr. núms. 82 y 103) que su misión está muy por encima de las relaciones *naturales,* aun respecto de su Madre Santísima; mas no se puede ver en ellas

35. Jesús calma la tempestad[1]

(Matth. 8, 23-27. *Marc.* 4, 35-40. *Luc.* 8, 22-25)

1. Tormenta del lago. 2. Calma repentina a la voz del Señor. 3. Efectos del milagro.

168. Aquel mismo día por la tarde, como le siguiese un gran gentío, dijo Jesús a sus discípulos: «Pasemos a la otra ribera». Subió, pues, con sus discípulos a una barquichuela, y le acompañaron otras barcas. Levantóse entonces una gran tempestad de viento[2], que arrojaba las

---

una prueba *contra* el culto católico de la Virgen (cfr. Bartmann, *Christus, ein Gegner des Marienkultus?* 95 ss.).—Nos hacemos *hermanos de Jesús* por la fe que nos torna hijos de Dios *(Rom.* 8, 17); *madre de Cristo* es en cierto modo quien por la predicación forma a Cristo en los demás, animándoles a imitar fielmente a Cristo *(Gal.* 4, 19).

[1] La crítica racionalista se esfuerza desde hace tiempo por despojar del carácter sobrenatural el hecho atestiguado por tres evangelistas de haber Jesús apaciguado la tempestad del lago. Unos entienden este relato como una «anécdota» de libre invención: otros ven en Jesús «un poder simpático sobre la naturaleza»; otros, en fin, consideran la narración de los tres evangelistas como «un error de los apóstoles o de la tradición galilea». Es típica la explicación de O. Holtzmann *(Leben Jesu,* Tubinga 1901, 209): «Así como para una persona en estado de pura naturaleza (para un salvaje) todas las cosas tienen vida personal, así para Jesús la tormenta que muge amenazadora es una persona viviente, a la cual da la voz de mando: *¡Calla, sosiégate!* No es ello de extrañar en un hombre que se imagina que una palabra pronunciada con firme confianza es capaz de transportar al mar los montes. Lo asombroso es que, en efecto, el mar se calmó. Pero se dan coincidencias semejantes». Las últimas palabras muestran a las claras la perplejidad del intérprete. Para cuantos no creen en la divinidad de Jesús, es y será «asombroso» que la palabra de Jesús hubiese tenido tal virtud. Los discípulos galileos, familiarizados con el lago, reconocieron que Jesús había ejercido una virtud que excedía las fuerzas del hombre y de la naturaleza.

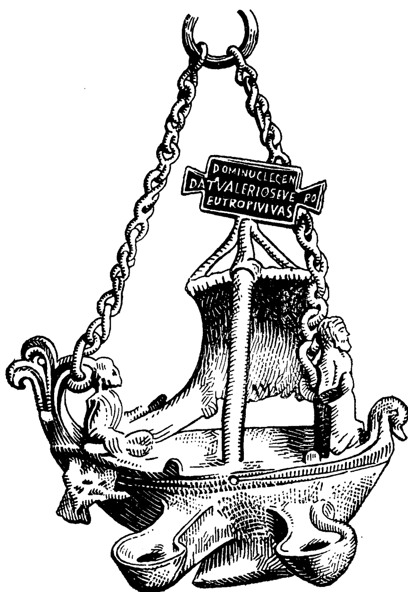


Fig. 11.
Lámpara cristiana de bronce, de Valerio Severo, en la cual aparece Cristo como piloto (siglo IV) (Florencia, Uffizi).

[2] Cfr. núm. 124. Los santos Padres ven en la *navecilla una imagen de la Iglesia,* o también del *alma* consagrada a Dios; la tormenta significa las persecuciones y los combates de Satán, del mundo y de la propia concupiscencia; el piloto y los remeros son el papa y los obispos, sucesores de Pedro y de los apóstoles. En tales esfuerzos parece como si Jesús estuviese dormido, o como si hubiese abandonado la Iglesia y a los suyos. Pero de pronto claman a él, y el auxilio se manifiesta pronto y maravilloso *(Luc.* 18, 7 s.).—En las Catacumbas se ve la representación de la vida terrena de Cristo simbolizada en una nave que arriba a velas desplegadas al puerto de la eternidad (empujada por el soplo de la divina gracia). Se conserva una lámpara antigua en forma de navecilla con las velas desplegadas. De timonel aparece Cristo con un rollo en el remo; delante se ve a un hombre que mira al término del viaje, y en la punta del mástil se lee la siguiente inscripción: «Cristo da la ley a Valerio Severo. ¡Viva Eutropio!» (fig. 11). Es un cristiano que boga en dirección de la eternidad en la nave salvadora de la Iglesia, protegido por la fe cristiana. La misma idea viene a encerrar aquella representación del *delfín* (símbolo de Jesucristo) llevando sobre su espalda una nave a través de las olas de este mundo.

olas en la barca, de suerte que ya ésta se llenaba de agua. Entretanto Jesús estaba durmiendo en la popa sobre un cabezal. Despiértanle sus discípulos y le dicen: «Maestro, ¿no se te da nada que perezcamos? ¡Señor! ¡Sálvanos, que perecemos!» Mas Jesús les dijo: «¿Por qué estáis temerosos, hombres de poca fe?» [1] Y levantándose, *mandó al viento y a la mar:* «¡Calla, sosiégate!» Y al instante calmó el viento y sobrevino una grande bonanza. Los hombres [2] tuvieron gran miedo y se decían asombrados: «¿Quién es éste a quien aun el viento y la mar obedecen?»

36. Los posesos del país de los gerasenos

(*Matth.* 8, 28-34. *Marc.* 5, 1-20. *Luc.* 8, 26-39)

1. Curación de los posesos. 2. Los demonios toman posesión de los puercos. 3. Impresión del prodigio en los pastores, en los gerasenos y en los curados.

169. Fué Jesús con sus discípulos a la otra parte del mar, al *país de los gerasenos* [3]. Corrieron a su encuentro dos endemoniados que salían de unas cuevas sepulcrales [4], los cuales eran tan furiosos que nadie osaba transitar por aquel camino. Uno de ellos particularmente estaba muy furioso, y andaba desnudo; hacía tiempo que no usaba ropa y no vivía en casa, sino en sepulcros labrados en las rocas. Daba grandes gritos y se hería con piedras; en vano era intentar sujetarle los pies y las manos con cadenas, pues las rompía. Este, pues, viendo de lejos a Jesús, corrió a él y le adoró; y clamando en alta voz dijo: «¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? ¿Acaso has venido a atormentarnos antes de tiempo? En nombre del mismo Dios te conjuro que no me atormentes». Jesús le preguntó: «¿Cómo te llamas?»—«Legión, respondió, porque somos muchos». Estaba paciendo en la ladera del monte vecino una gran piara de puercos. Y los espíritus infernales rogaban a Jesús que no les mandase ir al abismo (del infierno), sino que les permitiera tomar posesión de la piara. Jesús se lo permitió. Y saliendo los espíritus inmundos entraron en los puercos, y con gran furia toda la piara, que era de unos 2000 puercos, corrió a precipitarse en el mar, donde se anegaron todos.

Cuando vieron esto los pastores, huyeron y llevaron la noticia a la ciudad y a la comarca. Las gentes salieron a ver lo acontecido. Y llegando a donde estaba Jesús, vieron al que antes era atormentado del demonio, vestido y en su sano juicio. Llenos de temor comenzaron a rogarle que se

---

[1] Los discípulos son «creyentes», pues confían en el poder de Cristo, cuando vela; pero son «hombres de *poca* fe», porque les falta la confianza en Jesús, cuando duerme.

[2] Además de los discípulos, las gentes que acompañaban a Jesús en las naves, como arriba queda dicho.

[3] Taczak, *Dämonische Besessenheit* 17 ss. La variante *gerasenos* se encuentra en la *Vulgata* en *tres* lugares paralelos; en los manuscritos griegos se lee gerasenos, gadarenos y gergeseos. La variante «gerasenos» es la más segura desde el punto de vista de la crítica textual. Así Lagrange, *Origène, la critique textuelle et la tradition topographique,* en *RB* 1895, 512-522. Créese haber encontrado la población de nuestro relato en las ruinas que hoy llevan por nombre *Kursi*. Próxima al lugar hay una pronunciada pendiente que reune todos los requisitos de nuestro relato. Cfr. también *ZDPV* 1890, 78; 1902, 109; *HL* 1908, 183 s.

[4] Cámaras sepulcrales dispuestas en cuevas labradas en la roca, como todavía se ven hoy en aquella comarca.

retirase de sus términos. Y al ir Jesús a embarcarse, el que había sido atormentado del demonio le suplicaba que le admitiese en su compañía. Mas Jesús no le admitió, sino que le dijo: «Vete a tu casa y con tus parientes, y anuncia a los tuyos la gran merced que te ha hecho el Señor y la misericordia que ha usado contigo». Fuése aquel hombre, y empezó a publicar por el distrito de Decápolis cuantos beneficios había recibido de Jesús [1].

---

[1] *Matth.* 8, 28-34 cuenta de *dos* endemoniados; san Marcos (5, 1-20), o mejor san Pedro, que nos habla en el Evangelio de aquél, se fija en uno de los dos, al cual nos lo pinta de una manera extraordinariamente gráfica y animada. También *Luc.* 8, 26-39 relata el mismo suceso. El hallarse en los tres *Sinópticos* es prueba suficiente de que luego de la muerte de Cristo formaba parte de la catequesis apostólica. Es historia verdadera; pues de no serlo, los evangelistas no se habrían atrevido a consignarlo por escrito en vida de numerosos testigos, amigos y enemigos. La indicación del lugar en que aconteció (país pagano), el episodio de los puercos anegados, el ruego de los habitantes de aquel país (que Jesús se alejase de sus dominios para no padecer mayores quebrantos en los bienes materiales)—todos estos rasgos, casi imposibles de inventar, subrayan el carácter *histórico* del relato. Cierto es que el proceder de aquel poseso apenas se diferencia del de un enfermo de la mente. Pero, de no violentar el texto, debemos buscar la causa íntima de las manifestaciones características del enfermo, no en una enfermedad natural, sino en la *posesión demoníaca*. Los tres evangelistas, aun el mismo Lucas, el médico, nos hablan de la vida que ya desde antes llevaba el poseso, y de sus padecimientos; y tiene especial valor la opinión de san Lucas, porque, siendo médico, de seguro sabía que Hipócrates había opinado ser la posesión una enfermedad mental. De padecer aquel hombre una enfermedad mental, no se explica el conocimiento que tiene de Jesús, manifestado en la exclamación: «¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Te conjuro que no me atormentes». Porque ¿cómo pudo haber adquirido conocimiento tan aventajado de Jesús un enfermo de la mente que «ya de mucho tiempo atrás» (*Luc.* 8, 27) evitaba la sociedad y era de ella evitado, y vivía en el país pagano de Decápolis, visitado una sola vez por Jesús? Y aunque temporalmente hubiese alternado con los hombres, no habrían éstos podido comunicarle tal conocimiento, por la sencilla razón que no lo tenían. ¿Qué pudo mover a aquel hombre, que huía de sus semejantes y les amenazaba hostilmente, a correr hacia Jesús tan pronto como «le vió de lejos» (*Matth.* 5, 6), y a suplicarle lleno de angustia: «No me atormentes», y pedirle que no acabase en aquel país con el poder demoníaco? Semejante ciencia y tal proceder no se explican por una enfermedad mental.—Tampoco el Salvador tuvo por cosa natural el estado y la enfermedad del hombre; prueba de ello, la manera como procede: interpela al mal como si fuera persona, le pregunta por su nombre, le amenaza, le permite tomar posesión de los animales:—todo esto sería absurdo, de tratarse de una enfermedad de orden natural. El Salvador, por consiguiente, diagnosticó de posesión aquella enfermedad.—Pasemos a la *curación*. Los demonios, atormentados por la presencia de Jesús, le ruegan que les permita entrar en los puercos que por allí pacían. Se lo permite. La piara se precipita en el lago, y el poseso queda curado; vestido y en sano juicio, cae a los pies de Jesús, donde le encuentra la gente que allí había venido a ver lo que ocurría. Y la curación debió de ser duradera, y no mera calma de un ataque pasajero (estupor); pues el recién curado fué a los suyos y comenzó a anunciar por Decápolis los beneficios recibidos de Jesús. *Quien es capaz de curar de esa suerte, sabe también dar el diagnóstico* y determinar con exactitud la naturaleza de la enfermedad; Jesús la calificó de posesión.—Pero, aun supuesto que se tratara de una enfermedad natural, la curación sólo puede atribuirse a un milagro. Explican algunos el hecho diciendo que en el último ataque de la enfermedad aquel hombre furioso echó los puercos al agua, y luego fué curado por Jesús, con lo que la gente vino a creer que los espíritus malos se habían ahogado con los animales; mas esta interpretación no se aviene con el texto, y la cosa no queda por ella más clara. Pues al precipitarse al mar asustados por aquel furioso los primeros animales, los otros (según *Marc.* 5, 13 la piara era de unos 2000), más asustados todavía por la suerte de los primeros, ayudados de su natural instinto, habrían buscado otra manera de librarse del furioso. Tampoco se explica el hecho por un «terror pánico» que se hubiese apoderado repentinamente de los puercos; pues sería extraño que el «terror pánico» los invadiese en pleno día, en el momento mismo en que Jesús expulsaba del poseso a los demonios.—Mas ¿cuál pudo ser la *finalidad moral* del milagro? Indudablemente despertar en aquellos hombres, paganos en su mayor parte, groseramente sensuales y engolfados en las cosas terrenas, la idea de que la pérdida de los bienes terrenos nada es comparada con la salvación de *una* sola alma. Todas las sentencias y parábolas, por impre-

37. La hija de Jairo y la mujer enferma

(*Matth.* 9, 18-26. *Marc.* 5, 21-43. *Luc.* 8, 40-56)

1. Camino de la casa de Jairo. 2. Curación de una mujer que padecía flujo de sangre. 3. Lamentos fúnebres en casa de Jairo. 4. Resurrección de la niña. 5. Efectos del milagro.

170. Habiendo regresado Jesús a la ribera occidental, salió el pueblo lleno de alegría a recibirle. Entonces se le presentó un jefe de la sinagoga [1], llamado Jairo [2]. Tenía éste una hija única, de doce años, que estaba a la muerte. Echándose a los pies de Jesús, le suplicaba diciendo: «Señor, mi hija está en las últimas; pero ven, impónle tu mano, y se curará». Jesús fué con él; y le siguieron los discípulos y un gran gentío, y la muchedumbre se apiñaba en derredor de él.

Aprovechó la coyuntura una mujer que hacía doce años que padecía flujo de sangre [3], la cual había gastado en médicos toda su hacienda, sin que ninguno hubiese podido curarla. Abriéndose paso por entre la multitud, se acercó a Jesús y le tocó de detrás la orla del vestido; pues decía en sus adentros: «Si llegase a tocar no más que su vestido, me curaré» [4]. Al instante mismo paró el flujo de sangre. Mas volviéndose Jesús, dijo: «¿Quién ha tocado mis vestidos?» Pedro y los que le acompañaban le dijeron: «Maestro, un tropel de gentes está a punto de sofocarte, y preguntas ¿quién me ha tocado?» Pero Jesús replicó: «Alguno me ha tocado; pues yo sé que de mí ha salido cierta virtud». Acercóse entonces la mujer temblorosa y, echándose a los pies de Jesús, declaró en presencia de todo el pueblo la causa por qué le había tocado, y cómo al momento había quedado sana [5]. Y Jesús le dijo: «Hija, consuélate, tu fe te ha curado. Vete en paz».

---

sionantes que fuesen, no hubieran producido en aquellas gentes tamaña impresión. Para que ésta fuese duradera y eficaz quedaba allí el recién curado, pregonero de la salud entre sus compatriotas. Acerca de la posesión véase también núm. 122.

[1] Cfr. página 164, nota 5.

[2] La palabra hebrea *Jair* significa: Dios es iluminador.

[3] Es decir, hemorragias producidas por tumores. Tales hemorragias no se curan por sugestión, e «inútil es buscar semejante virtud en el catálogo de nuestras drogas» (Knur, *Christus medicus?* 46).

[4] Aquí sucede el milagro al contacto del *vestido de Jesús*. Calvino, temeroso de que de ello se sacara argumento a favor del culto de las reliquias, afirmó haber la mujer procedido con celo indiscreto y supersticioso. Pero Jesús alabó expresamente su fe y se la recompensó con la curación completa.

[5] Ya sabía el Salvador quién fuese la que le tocó; pero quiso preguntarlo, para que ella misma declarase lo sucedido, a fin de que se conociese, de una parte, la fe y confianza de la mujer y, de otra, el poder taumatúrgico y la omnisciencia suya. La gravedad con que Jesús afirma haber obrado un milagro es prueba de su divinidad (cfr. núm. 169). La leyenda da a aquella mujer el nombre de Verónica; según Eusebio (*Hist. eccl.* 7, 14), era una pagana de Paneas, ciudad próxima a la fuente del Jordán; en agradecimiento mandó erigir en la puerta de su casa una estatua de bronce sobre pedestal de piedra: Jesús tendiendo la mano a una mujer que, arrodillada a sus pies, dirige hacia él sus manos en ademán suplicante. A los pies de Jesús, junto a la base de la columna, se dice haber nacido una planta desconocida que llegó hasta la fimbria de la túnica y tenía la virtud de curar toda clase de enfermedades. Eusebio mismo vió la estatua hacia el año 330; pero Juliano el Apóstata mandó destruirla el año 362.

171. Aun estaba hablando, cuando vino uno a decir al jefe de la sinagoga: «Tu hija ha muerto; no tienes que cansar ya al Maestro». Pero Jesús, así que lo oyó, dijo al padre de la niña: «No temas, basta que creas, y ella vivirá». Llegado a la casa, halló a los tañedores de flauta [1] y un gran gentío, que lloraban y se lamentaban por la muerte de la niña. Mas Jesús les dijo: «¿Por qué lloráis y alborotáis? La niña no está muerta, sino dormida» [2]. Y se burlaban de él [3]. Entonces Jesús despachó a todos y, acompañado de los padres, de Pedro, Santiago y Juan, subió a la estancia donde yacía la niña. Y acercándose, la tomó por la mano y le dijo: *Talitha kum,* es decir: «¡niña levántate!». Y se levantó al instante y andaba por allí. Jesús mandó que le diesen de comer [4]. Los padres quedaron llenos de asombro; a los cuales mandó el Señor que a nadie dijesen lo que había sucedido [5]; pero la fama corrió por toda la comarca [6].

38. Jesús da la vista a dos ciegos y cura a un poseso mudo
(*Matth.* 9, 27-34)

1. Curación de dos ciegos. 2. Prohíbeles Jesús que hablen de ello. 3. Curación de un mudo.

172. Partiendo Jesús de aquel lugar, le siguieron [7] dos ciegos gritando y diciendo: «Hijo de David, ten compasión de nosotros» [8]. Luego que llegó a casa, volviéndose a los ciegos, les preguntó: «¿Creéis que yo puedo curaros?» [9] Dícenle: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos, diciendo: «Según vuestra fe, así os sea hecho». Y al instante se les abrieron los

---

[1] *El llanto a voces por los muertos* estaba en uso en la antigüedad, que no conocía, o conocía sólo a medias (como los judíos), las creencias consoladoras del Cristianismo. José y sus hermanos celebraron «con grande y acerbo llanto» (*Gen.* 50, 10 ss.) la muerte de su padre Jacob. David lloró la muerte de Saúl y Jonatás, como también la de Abner; Jeremías lloró la de Josías, etc. Pero muy pronto el duelo por los muertos llegó entre los judíos a las exageraciones de los paganos. Tuvieron *plañideras,* que, luego de morir una persona, daban gemidos desgarradores (*Ierem.* 9, 17 18) que repetían durante la conducción del cadáver y en los siete días siguientes; había músicos fúnebres, especialmente tañedores de flauta. Según el *Talmud,* aun el israelita más pobre estaba obligado a alquilar dos tañedores de flauta y una plañidera para celebrar las exequias de su mujer.

[2] Entre los primeros cristianos es corriente llamar *sueño* a la muerte (cfr. I *Cor.* 7, 39; 11. 30; 15, 6; I *Thess.* 4, 13; II *Petr.* 3, 4). Los lugares destinados al entierro se llamaban *cementerios* (coimeterion), es decir, lugares destinados a dormir o descansar.

[3] Porque sabían muy bien que estaba muerta, mientras que Jesús aun no la había visto. Pero también Jesús sabía que la niña estaba realmente muerta, y había prometido al padre volverla a la vida, con tal condición que tuviera fe. Pero no estaba muerta en el sentido que creían las gentes, a saber, como los demás muertos, sino como quien está durmiendo, pues muy pronto había de volver a la vida.

[4] Con esto queda desvanecida la ilusión de los que creen que la niña estaba muerta sólo en apariencia.

[5] Cfr. página 174, nota 3.

[6] Acerca de la visita a Nazaret, que Marcos intercala en este lugar, cfr. página 207, nota 4.

[7] Los «ciegos» seguían a Jesús por el camino que les era conocido, guiados por el griterío del pueblo que acompañaba al Maestro.

[8] «Compadécete de nosotros»; están convencidos de que, si quiere, *puede apiadarse* de ellos. Estos ciegos, que no veían los milagros de Jesús, y sólo de oídas pudieron haber tenido una idea de su persona, avergonzaban a los judíos que, viendo, no creían.

[9] Téngase en cuenta que no dice Jesús: «yo puedo *recabar* vuestra curación», sino «yo puedo curaros». — Jesús no oyó en el acto a los suplicantes; quería elevarlos a un grado superior de fe («probarlos») y dar a conocer las veras de su fe.

ojos [1]. Mas Jesús los conminó, diciendo: «Mirad que nadie lo sepa» [2]. Mas ellos lo publicaron por toda la comarca.

Salidos éstos, le presentaron a un mudo endemoniado [3]. Y arrojado el demonio, habló el mudo, y las gentes se llenaron de admiración, y decían: «Jamás se ha visto cosa semejante en Israel». Los fariseos, al contrario, decían: «Por arte del príncipe de los demonios expele a los demonios» [4]

39. Misión preparatoria de los apóstoles.—Instrucción pastoral

(*Matth.* 9, 35-10, 42. *Marc.* 6, 7-13. *Luc.* 9, 1-6)

1. Preparación de los apóstoles para el ministerio. 2. Instrucción pastoral: *a)* deberes y derechos de los apóstoles; *b)* peligros, trabajos y padecimientos que les aguardan; *c)* motivos de consuelo. 3. Los apóstoles en el ejercicio del ministerio.

173. Jesús iba recorriendo todas las ciudades y villas, enseñando en las sinagogas, y predicando el Evangelio del reino de Dios, y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y al ver aquellas gentes, se compadeció de ellas, porque estaban como ovejas sin pastor [6]. Habiendo convocado a sus doce discípulos, les dió potestad para lanzar los espíritus inmundos y curar toda clase de dolencias y enfermedades, y les dijo:

«No vayáis (por ahora) a tierra de gentiles, ni tampoco entréis en poblaciones de samaritanos; mas id antes en busca de las ovejas perdidas [7] de la casa de Israel, y predicad, diciendo: Se acerca el reino de los cielos. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, lanzad los demonios. Dad de gracia lo que de gracia habéis recibido [8]. Nada llevéis para el camino. No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje; ni más de una túnica y un calzado, ni cayado [9]; porque el que trabaja,

---

[1] Por no admitir en ello milagro alguno, se recurre a la ceguera histérica (amaurosis). Pero en la histeria la ceguera vendría a ser, a lo sumo, *un* síntoma de tantos, y la «curación» de un solo síntoma poco significa. El pronóstico de la histeria que llega hasta la amaurosis es desfavorable (Knur, *Christus medicus?* 25 ss.).

[2] Sin embargo, la curación era externamente perceptible; el Salvador quiso con ello decirles que no revelasen que él era el Mesías; y que no hiciesen ruido, para no irritar a los enemigos. Los ciegos, empero, que no conocían la razón última de la prohibición, se creyeron en el deber de publicar el milagro de Jesús (cfr. pág. 174, nota 3, y núm. 171).

[3] No el sordomudo de *Marc.* 7, 32 ss.

[4] Cfr. *Matth.* 12, 22 ss.; *Luc.* 11, 14 ss. una curación semejante, seguida de análogo desprecio de los fariseos y de una seria amonestación del Salvador.

[5] La enseñanza y amonestación son mucho más breves en Marcos y Lucas. San Mateo reúne aquí sumariamente, según costumbre, las principales doctrinas que el Señor dió a sus apóstoles en diversas ocasiones. Puede verse una excelente explicación de esta «lección pastoral» en Schegg, *Leben Jesu* I 315 ss. Meinertz (*Jesus und die Heidenmission* 113 ss.) considera el discurso desde el punto de vista de la idea misional de Jesús.

[6] Cfr. núm. 137.

[7] Así llama Jesús a los judíos, porque estaban abandonados de sus jefes, o porque con falsas interpretaciones de la Escritura y con prescripciones dadas por los hombres se les impedía reconocer al verdadero Pastor y Mesías.

[8] Estos dones se llaman en el lenguaje eclesiástico *carismas,* es decir, dones gratuitos que se conceden a algunos hombres en provecho de la comunidad; por lo mismo no se puede recibir por ellos recompensa alguna terrena. No quiere esto decir que quien trabaja no haya de recibir su salario, el alimento, y que los que sirven al altar, al Evangelio, no hayan de vivir de él (*Matth.* 10, 10. *Luc.* 10, 7. I *Tim.* 5, 17 s. I *Cor.* 9, 7-14).

[9] Ejemplos concretos que no más quieren decir: id a anunciar el Evangelio pobres, frugales, sobrios, con la máxima libertad de movimientos y con absoluta confianza. Estos consejos fueron siempre seguidos en el espíritu, y aun a la letra, por los misioneros de la Iglesia. Libres de todo apego mundano y de los cuidados terrenos, confiando plenamente

merece que le sustenten. En cualquiera ciudad o aldea en que entrareis, informaos quién haya en ella que sea digno, y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Al entrar en una casa, decid: "La paz sea en esta casa" [1]. Que si la casa lo merece, vendrá vuestra paz a ella; mas si no lo merece, vuestra paz se volverá con vosotros. Caso que no quieran recibiros ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos [2]. En verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio, que no la tal ciudad» [3].

«Mirad que yo os envío como a ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas [4]. Recatáos, empero, de los tales hombres. Pues os delatarán a los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; ante los gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para dar testimonio a ellos y a los gentiles [5]. Y cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar; porque os será dado en aquella hora lo que hayáis de decir; puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla con vosotros [6]. Entonces un hermano entregará a su hermano a la muerte, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres y los harán morir; y vosotros vendréis a ser odiados de todos por causa de mi nombre. *Mas quien persevere hasta el fin, éste se salvará»* [7].

«Cuando en una ciudad os persigan, huid a otra. En verdad os digo, que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre» [8].

174. *No es el discípulo más que su maestro* [9], ni el siervo más que su amo. Baste al discípulo que le suceda como a su maestro; y al criado, como a su

---

en la divina providencia, penetraron en los más remotos países gentiles y los conquistaron para Cristo. Ejemplo, san Francisco de Xabier y todos los grandes hombres y misioneros que trabajaron y trabajan en India, China, Japón y América.

1 En boca de Cristo y sus mensajeros no es un saludo convencional, sino una comunicación efectiva de gracias internas, de santa paz y de bendiciones divinas, supuesto que los moradores de la casa sean dignos de ello.

2 En testimonio de que habéis ido a ellos y no os han recibido, y de que nada queréis tener de común con quienes rechazan la gracia y se hacen por ello reos del juicio de Dios.

3 *Matth.* 10, 1-14; cfr. *Marc.* 6, 7-11; *Luc.* 9, 1-5. Mientras que los avisos precedentes claramente se refieren a la misión del momento, los siguientes miran a la futura misión por todo el mundo; Mateo los reúne aquí, como lugar más apropiado, tomándolos de las distintas instrucciones de Jesús a sus discípulos y apóstoles (cfr. pág. 213, nota 5).

4 A pesar de toda vuestra sencillez y sinceridad, debéis de estar en guardia contra los enemigos de mi Evangelio y contra sus ardides.

5 De *Ioann.* 16, 5 se desprende que hasta la Ultima Cena no les anunció Jesús *clara y distintamente* el odio y las persecuciones que el mundo les preparaba, si bien se lo había indicado ya antes repetidas veces, por ejemplo, en *Luc.* 9, 23; 14, 27; cfr. *Matth.* 10, 38; 16, 24; *Marc.* 8, 34.

6 El «Espíritu del Padre» es a la vez el «Espíritu del Hijo» (*Gal.* 4, 6. *Ioann.* 14, 16 26; 15, 26; 16, 7 14 s.); es el Espíritu Santo. El es quien ha de infundir en los apóstoles y en los fieles seguidores de los mismos ánimo y fortaleza, sabiduría y elocuencia, a que no podrán resistir los más encarnizados y astutos enemigos (*Luc.* 21, 15). Ejemplo elocuente de ello tenemos en san Esteban. Cfr. Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien* 91 s.

7 *Matth.* 10, 17-22; cfr. *Luc.* 21, 12-19. Las últimas palabras encierran el *primer motivo de consuelo.* Jesús anuncia la victoria definitiva y el triunfo de sus fieles combatientes en particular y de su causa en general; el triunfo ha de llegar tan de cierto como las persecuciones que predice.

8 Jesús desea de sus discípulos valor intrépido; pero no quiere que sin necesidad se expongan al peligro. Además les promete que nunca les faltará donde acogerse hasta que él venga a juzgar. El juicio mesiánico abarca toda la época mesiánica (véase núm. 319). Señalando Cristo su venida para tan pronto, que no habían de tener tiempo los apóstoles de acabar su misión en las *ciudades de Israel,* se refiere sin duda a la terrible guerra con los romanos y la destrucción de Jerusalén del año 70 d. Cr., fin del primer acto del gran drama mundial.

9 *Segundo motivo de consuelo:* suerte análoga a la de Jesús (cfr. *Luc.* 6, 40

amo. Si al padre de familias le han llamado Belcebú [1], ¿cuánto más a sus domésticos? Pero por eso no les tengáis miedo. Porque nada está encubierto, que no se haya de descubrir; ni oculto, que no se haya de saber. Lo que yo os digo de noche, decidlo a la luz del día; y lo que yo os digo al oído, predicadlo desde los terrados [2]. Nada temáis a los que matan el cuerpo [3], y no pueden matar el alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos gorriones por un as? [4] Y, no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre. *Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.* No tenéis, pues, qué temer; valéis vosotros más que muchos pájaros. A todo aquél que me confesare delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos; mas a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos» [5].

175. «No penséis que yo haya venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz, sino la guerra [6]. Pues he venido a separar al hijo de su padre, a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra; y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa [7]. Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco es digno de mí. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien salva su vida, la perderá [8]; y quien perdiere su vida por amor de mí, la volverá a hallar» [9].

«*Quien a vosotros recibe, a mí me recibe;* y quien a mí me recibe, recibe a aquél que me ha enviado [10]. El que hospeda a un profeta en atención a que es

---

Ioann. 13, 16; 15, 18-21). No deben, pues, maravillarse de ello, ni dejarse engañar o atemorizarse; por el contrario, deben esperar que entonces participarán en la gloria de Cristo (cfr. II *Cor.* 1, 5; 4, 17; II *Tim.* 2, 12).

[1] Cfr. núm. 172. Beelzebub (probablemente «dios de las moscas», divinidad de la ciudad filistea de Accarón, a la cual se atribuía la virtud de producir o de ahuyentar las moscas) significa en el Nuevo Testamento «el jefe de los demonios» (*Matth.* 12, 24).

[2] Cfr. página 205, nota 1.

[3] *Tercer motivo de consuelo:* la impotencia del mundo contra los fieles discípulos y contra la obra de Jesús. El Evangelio ha de anunciarse a pesar de todas las persecuciones.

[4] Es decir, unos 5 fennigs; cfr. página 189, nota 1. Este, como tantos otros dichos de Jesús, procede de la observación de la vida cotidiana, como lo demuestra Deissmann (*Licht vom Osten* 204 s.) a propósito del precio que en el mercado tenían los gorriones.

[5] *Matth.* 10, 26-33; cfr. *Luc.* 12, 2-9.—Lo *único de temer* es la cobardía y el apocamiento en los peligros y persecuciones, por donde vengan a quedar separados de Dios (cfr. *Rom.* 8, 35 ss.).

[6] Jesús alienta aquí a los suyos a sostener una prueba menos temible en apariencia, pero en realidad más peligrosa que todas las persecuciones, conviene saber: el respeto de los parientes, sus lágrimas, súplicas, reproches, etc. Los discípulos deben tener presente que Dios es el bien supremo y único, y que la carne y la sangre deben callar cuando se trata de la fidelidad a Dios.—Jesús, el Príncipe de la paz, no es el autor de la separación, sino el motivo; el autor es el mundo que exige injusta e impíamente que se le obedezca antes que a Dios.

[7] Precisamente por el sobredicho peligro o por su hostilidad.

[8] La vida verdadera es la eterna; se logra mediante el aprovechamiento de la temporal. Mas quien considere como supremo bien la vida temporal y por amor de ella se sustraiga a las persecuciones, etc., perderá la vida eterna, que es la verdadera.

[9] *Matth.* 10, 34-39. De *Luc.* 9, 23 ss.; *Marc.* 8, 34 (cfr. *Matth* 16, 24) se desprende que el Señor comenzó a hablar a sus discípulos de la necesidad de tomar sobre sí la cruz después que les hubo hablado clara y manifiestamente de su propia cruz. Más tarde les instruyó a menudo acerca de ese punto (cfr. *Luc.* 12, 49-53; 17, 33; *Ioann.* 12, 25; 15, 18 ss.; 16, 1 ss. 20 ss. 32 s.; 17, 14). Acerca del propio testimonio de Jesús encerrado en estas palabras, cfr. Seitz, *Das Evangelim vom Gottessohn* 416 ss.

[10] Cfr. *Luc.* 10, 16; *Ioann.* 13, 20. *Cuarto motivo de consuelo;* Jesús dice con cuánta magnificencia ha de recompensar a quienes reciban a sus discípulos; en ello muestra cuánto les ama y que nunca han de faltar almas buenas que se hagan acreedoras a tan hermoso galardón.

profeta [1], recibirá premio de profeta; y el que hospeda a un justo en atención a que es justo, tendrá galardón de justo. Y cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra, que no perderá su recompensa» [2].

Y partieron los apóstoles de dos en dos y recorrieron los lugares predicando penitencia y anunciando la proximidad del reino de los cielos. Lanzaron muchos demonios, *ungieron a muchos enfermos con óleo* [3] y los curaron [4].

40. Degollación de san Juan [5]. Herodes muestra deseo de ver a Jesús

(*Matt.* 14, 1-12. *Marc.* 6, 14-29. *Luc.* 3, 18-20; 9, 7-9)

1. Sed de venganza de Herodías. 2. Ligereza de Herodes. 3. Petición criminal de la hija de Herodías. 4. Degollación del Bautista. 5. Remordimiento del asesino; «muestra deseo de ver a Jesús».

176. Sedienta de venganza, buscaba Herodías la ocasión de quitar la vida al Bautista, que languidecía [6] en la cárcel. Pero Herodes temía a Juan, sabiendo que era un varón santo y justo; y aun le oía a gusto y seguía muchas veces su consejo. Temía también al pueblo, que le veneraba como a profeta.

Algún tiempo después dió Herodes un banquete a los príncipes y grandes de su reino con motivo de la fiesta de su nacimiento. Entró en aquella coyuntura la hija de Herodías y bailó [7]; y agradó tanto a Herodes y a los convidados, que dijo el rey a la muchacha: «Pídeme cuanto quisieres, que te lo daré». Y le añadió con juramento: «Aunque fuese la mitad de mi reino, te lo daré».

177. Y habiendo ella salido [8], dijo a su madre: «¿Qué pediré?» Respondióle: *La cabeza de Juan Bautista*. Y volviendo al instante a toda prisa a donde estaba el rey, le hizo esta demanda: «Quiero que me des luego en una fuente la cabeza de Juan Bautista». El rey se entristeció; mas en atención al juramento y a los que estaban con él a la mesa, no

---

[1] Es decir, por ser profetas, justos. Quien a éstos recibe, sirve a la misma causa que ellos, y, por lo mismo, participará en el galardón de ellos.

[2] Cfr. *Marc.* 9, 40.

[3] Cfr. *Marc.* 6, 12 13. No *era aún esto el sacramento de la Extremaunción*, mediante el cual se curan y fortalecen las almas enfermas y se alivian a veces los cuerpos (*Iac.* 5, 14 ss.); pero quizá era una *señal* (*Conc. Trid. sess. XIV de Sacr. extr. unct. c. 1*).

[4] El **regreso de los apóstoles** véase en el núm. 179.

[5] Los evangelistas insertan aquí este hecho, porque con él guardan relación el receloso deseo de Herodes de ver a Jesús y la retirada de Jesús de Galilea.

[6] Cfr. núm. 111 s. Maqueronte (*Machaerus*) es también el teatro de la historia aquí referida (según Josefo, *Ant.* 18, 5, 2). La relación de Josefo está impresa y traducida en *MKR* 1907, 132 s. Véase también Ketter, *Sind die Berichte der Evangelien über die Gefangennahme und Hinrichtung Johannes des Täufers historisch glaubwürdig?* en *PB* 1918, 433 ss.

[7] Según Josefo (*Ant.* 18, 5, 4), se llamaba Salomé y era hija de Herodías y de Herodes Filipo (véase en la pág. 77 la genealogía de Herodes). En los festines públicos paganos solían las bailarinas exhibir su arte sensual. No nos debe maravillar que un Herodes rindiese tributo a tal costumbre y que una Herodías diese para ello licencia a su propia hija.

[8] No era costumbre que las mujeres tomasen parte en tales banquetes.

quiso disgustarla [1]; sino que, enviando a un satélite, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El satélite, pues, le cortó la cabeza en la cárcel, y trájola en una fuente, y se la entregó a la muchacha, que se la dió a su madre [2]. Lo cual sabido, vinieron los discípulos de Juan, cogieron su cuerpo y le dieron sepultura. Luego fueron a contárselo a Jesús [3].

Entretanto habían ido los apóstoles a su ministerio; la fama de los milagros de Jesús y de sus apóstoles llegó a Herodes [4], el cual oía decir a unos: «Juan ha resucitado»; a otros: «es Elías»; y a otros: «es un profeta». Todo esto le tenía intranquilo, por lo que dijo a sus confidentes: «Yo hice degollar a Juan; ¿quién, pues, es éste de quien oigo tales cosas?» Y deseaba ver a Jesús.

178. No dice la Sagrada Escritura cuál fuera el lugar del *sepulcro de san Juan.* Según tradición autorizada, el cuerpo del Santo, sin la cabeza, fué enterrado en *Sebaste* (Samaria), que no pertenecía al tetrarcado de Herodes, sino estaba regida por gobernadores romanos. En tiempo de Juliano el Apóstata (año 362) el sepulcro fué profanado por los gentiles que vivían en la ciudad, quemados en parte los huesos y esparcidas las cenizas por el campo. Pero unos monjes que habían venido de Jerusalén en devota peregrinación para honrar las reliquias, se mezclaron entre los sacrílegos con harto peligro de su vida y lograron salvar algunos de los preciosos restos, que transportaron a *Alejandría,* donde san Atanasio los depositó provisionalmente en una iglesia. Más tarde el patriarca Teófilo de Alejandría erigió una iglesia en honor del Bautista sobre las ruinas del templo de Serapis y allí trasladó las santas reliquias. Inauguróse esta iglesia el 27 de mayo del 380 o del 386. En *Sebaste* (hoy aldea de Sebastiyé) [5] se admiran todavía hoy las grandiosas ruinas de una hermosa iglesia de tres naves, que se dice haber construído los Caballeros de san Juan sobre el sepulcro del santo Patrón de su Orden en el lugar de una basílica que aun estaba en pie en el siglo VI. Actualmente la iglesia es una mezquita turca; sobre la fosa en que antes estaba el sepulcro de san Juan han levantado los turcos una pequeña capilla. Cuando los discípulos de Juan llevaron el cuerpo a enterrar, la *cabeza* debió de quedar en poder de Herodías. Según una tradición a la que alude san Jerónimo, aquella mujer infame, en su odio insaciable, pinchó con agujas la lengua del Bautista, envolvió la cabeza en unos andrajos y la sepultó en un lugar secreto del palacio de Maqueronte. Cuenta la leyenda que allí fué descubierta merced a una aparición del Santo, y de allí transportada a Jerusalén. Parte de ella vino después a Roma y parte a Amiens. En Génova se muestra el

---

[1] Ya que se avergonzase de quebrantar la palabra dada delante de ellos, ya que ellos, por hostilidad al santo varón, hubiesen apoyado el ruego de la muchacha. *El juramento* de Herodes no tenía fuerza obligatoria, ni por qué cumplirse. Fué ya un pecado jurar tan de ligero; pero nunca jamás la invocación del nombre de Dios puede obligar a cometer un crimen. Ello sería un nuevo crimen.

[2] Acerca del trágico fin de Herodes y Herodías véase núm. 39 b. — Castigo aun más manifiesto alcanzó a *Salomé,* según tradición conservada por Nicéforo (*Hist. eccl.* 1, 20). A lo que se cree, en un viaje de recreo por un lago helado, habiéndose quebrado el hielo, fué su cuello aprisionado hasta quedar cortado. Más detalles en Felten, *Ntl Zeitgeschichte* I 178, nota 4.

[3] La enseñanza del maestro (núm. 111) había llegado a un término.

[4] La residencia habitual de Herodes era Séforis, no lejos de Nazaret (pág. 85, nota 6), o también la ciudad de Tiberíades que acababa de construirse (cfr. núm. 125). Sin duda los remordimientos de conciencia por la muerte del Bautista le debieron de llevar de Maqueronte, lugar del crimen, a Tiberíades. Aquí se informó de la actividad cada vez mayor de Jesús y sus apóstoles, y los remordimientos de la conciencia movieron a aquel príncipe, frívolo de suyo, a enterarse más al detalle de la vida del Nazareno.

[5] Véase Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 145 ss.

plato en que fué presentada a Herodes la cabeza del Bautista, en Venecia la piedra donde fué decapitado, y en Aquisgrán la sábana en que le amortajaron sus discípulos[1].

41. Regreso de los apóstoles. Primera multiplicación de los panes

(*Matth.* 14, 13-23. *Marc.* 6, 30-46. *Luc.* 9, 10, 17. *Ioann.* 6, 1-15)

1. Solicitud de Jesús por sus apóstoles. 2. Jesús se compadece del pueblo. 3. Da de comer a cinco mil hombres. 4. Efectos del prodigio.

179. Algún tiempo después de la muerte de Juan, regresaron de su misión los apóstoles y contaron a Jesús lo que habían enseñado y hecho. Como estuvieran necesitados de descanso y no tuviesen tiempo ni para comer, por la multitud de gente que iba y venía, Jesús les dijo: «Venid aparte a un lugar solitario y descansad un poco». Subieron, pues, con Jesús a una nave, y pasaron el lago para ir a un *desierto* retirado que había *junto a Betsaida* [2]. Las turbas, que les vieron marchar, les seguían por tierra y llegaron antes que Jesús. Como viese Jesús las turbas, se compadeció de ellas, pues estaban como ovejas sin pastor [3]. Y sin tomar descanso, subiendo a un monte, se sentó con sus apóstoles y los demás discípulos. *Estaba muy próxima la fiesta de Pascua* [4]. Jesús comenzó a enseñarles muchas cosas. Les habló del reino de Dios y curó a los enfermos.

Y como entretanto comenzase a declinar el día, se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: «Despacha al pueblo, que vaya a las aldeas próximas y compre alimentos». Pero Jesús les dijo: «No tienen necesidad de ir [5]. Dadles vosotros de comer». Y Felipe replicó: «Doscientos denarios [6] de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado». Pero Jesús respondió: «¿Cuántos panes tenéis?» Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: «Hay aquí un muchacho que tiene *cinco panes de cebada*

---

[1] Cfr. san Jerónimo, *Comment. in Abdiam* 1, 1; *Epist. 46 ad Marcell.* n. 12 (véase Apéndice I, 4); Kellner, *Heortologie*[3] 167 s.

[2] Cfr. *Luc.* 9, 10. Según *Ioann.* 6, 1 y 17 el milagro debió de acontecer en la ribera *oriental* del lago, no lejos de *Betsaida Julias,* hoy et-Tell (montículo de ruinas), 5 Km. al nordeste de Cafarnaum, 2 Km. al norte de la desembocadura del Jordán en el lago de Genesaret, en la ribera izquierda del río. Pertenecía a Gaulanitis y había sido embellecida y ampliada por el tetrarca Filipo (núm. 39 a). El sobrenombre Julias le vino de Julia, hija del emperador Augusto. Al sudeste de la ciudad se extiende el desierto adonde se retiró Jesús (cfr. Fonck, *Die Wunder des Herrn* I[2] 199 303 341). —Desde el siglo IV las noticias de los peregrinos señalan el lugar del milagro en la ribera occidental del lago, cerca de *Ain et-Tabiga;* recientemente se han encontrado allí mosaicos que pertenecían a una antigua iglesia, erigida, a lo que se cree, en memoria de tan señalado favor (*HL* 1916, 225 ss.). Pero, de situar en la ***ribera izquierda*** el lugar de la multiplicación de los panes, no acaban de explicarse los pasajes de los Evangelios; por otra parte, las noticias de los peregrinos no bastan para decidir con certeza dónde estuviera realmente dicho lugar. La cosa exige nuevas investigaciones. Además de la Betsaida oriental, hay otra en la ribera occidental, no lejos de Cafarnaum (véase núm. 106); a ésta vino de regreso Jesús (*Marc.* 6, 45 y *Ioann.* 6, 17; pág. 189, nota 1).

[3] Cfr. núms. 137 y 173.

[4] *La tercera Pascua* de la vida pública de Jesús, 29 d. Cr. Cfr. núm. 87.

[5] Jesús manifiesta aquí, como tantas otras veces, el infinito amor y la bondad sin límites de su divino corazón, que cuida hasta de nuestras necesidades temporales. Quiere al mismo tiempo demostrarnos con tan sorprendente milagro que, a quienes sobre todas las cosas miran a las celestiales, no permite sufran detrimento en las temporales, según expresamente lo tiene prometido: «Buscad primero el reino de Dios, etc.» (núm. 146).

[6] Unos 174 marcos (cfr. pág. 189, nota 1).

y dos peces; ¿pero esto qué es para tanta gente?». Jesús dijo: «Traédmelos». Y luego dió esta orden: «Haced que se siente la gente por grupos». En aquel lugar había mucha hierba. Sentáronse todos [1], *unos 5000,* sin contar mujeres y niños, por grupos de ciento y de cincuenta.

Tomando Jesús los cinco panes y los dos peces, dirigió sus ojos al cielo [2], los bendijo, los partió y se los dió a los discipulos [3] para que los distribuyeran al pueblo. También partió los dos peces entre todos y les dió cuanto querían. Todos comieron y se hartaron. Dijo entonces Jesús a sus discípulos: «Recoged los fragmentos que han sobrado, para que no se pierdan». Los recogieron y llenaron *doce canastas* [4] de fragmentos que sobraron de los cinco panes de cebada y de los dos peces.

Viendo este prodigio las gentes, se decían llenos de asombro: «*Verdaderamente que éste es el Profeta* que ha de venir al mundo» [5]. Y conociendo Jesús que querían venir para llevarlo y hacerle rey [6], mandó a sus discípulos que subiesen a la nave y marchasen antes que él a la otra orilla hacia Betsaida [7], mientras él despachaba al pueblo. Una vez que lo hubo despedido, subió otra vez al monte para orar [8].

180. La crítica racionalista y el relato de la multiplicación de los panes. Vamos a contestar a las objeciones de la crítica contra la credibilidad del relato evangélico de la multiplicación de los panes. 1. Dícese que el milagro no tenía *objeto* ninguno. Pero, prescindiendo de que allí se nos declaran la omnipotencia del Redentor, su misión divina, su caridad y su misericordia, contribuye a arraigar en las inteligencias la doctrina de ser el Salvador «pan del cielo, vivo y verdadero», que da la vida espiritual al hombre. Sin duda tuvo gran importancia este pasaje evangélico en la catequesis apostólica, pues es de los pocos comunes a los cuatro Evangelios. 2. Se afirma que el milagro

---

1 Según *Marc.* 6, 40 «por series o grupos» de a 50 y de a 100. De ahí la posibilidad de calcular con facilidad el número, y de guardar orden en la distribución del pan.

2 Jesús nos enseña aquí y en otras ocasiones a no tomar el alimento sin antes hacer oración. Lo mismo nos enseñan los apóstoles; cfr. *Act.* 2, 46; 27, 35; *Rom.* 14, 6; I *Cor.* 10, 31; I *Tim.* 4, 3 s.

3 Idénticas ceremonias observó Jesús al instituir la Eucaristía, en la cual se repite por modo sublime la multiplicación de los panes, sirviendo el Santísimo Sacramento de manjar para todo el mundo sin que por ello se menoscabe.

4 *Cestas de mano o sacos de viaje,* de los que solían llevar los judíos en sus viajes o excursiones. El *haber recogido* los pedazos sobrantes hizo resaltar el milagro y sirvió para preparar los corazones a la fe en el pan maravilloso del cielo que Jesús luego les prometiera. Enséñasenos asimismo a no despreciar los dones de Dios o dejar que perezcan, y a reservar para los menesterosos nuestro sobrante. Podemos también aquí aprender que la limosna no empobrece, antes acarrea la bendición de Dios para esta vida y la futura, como aconteció a los apóstoles, que, después de haber distribuído cuanto llevaban, se encontraron con más que antes tuvieran. Acerca del milagro mismo, cfr. el hermoso pasaje de san Agustín (*Tractatus 24 in Ioannem*).

5 Prometido por Dios a Moisés (*Deut.* 18, 15), el Mesías (cfr. núms. 97, 99, 114).

6 Sobrado habían dicho los profetas que el Mesías había de ser el gran Rey de Israel y de todos los pueblos, claro está que en un sentido más elevado que el material y terreno de los judíos contemporáneos de Cristo.

7 Véase *Marc.* 6, 45 y *Ioann.* 6, 17: Betsaida junto a Cafarnaum (cfr. núm. 106 y página 218, nota 2).

8 San Crisóstomo observa a este propósito (*Homil. in Matth 50, al. 51, 4, 1*): «Jesús busca a menudo la *soledad* y pasa la noche en oración, para enseñarnos que debemos buscar lugar y tiempo apropiados para orar con sosiego. Pues el retiro es la madre de la paz, y es el puerto de la calma que nos resguarda de todas las tormentas». Así Jesús pasó en oración la noche antes de elegir los apóstoles (núm. 137); lo mismo hace antes de la promesa de la Eucaristía; no de otra suerte antes de la Pasión.

no tuvo *resultado* ninguno; pues, según san Juan, luego (el sábado siguiente) el pueblo deseó de nuevo un milagro: «pan del cielo», «maná como dió a sus padres Moisés». Los mismos apóstoles, no mucho después de haber visto el milagro (y aun habiéndolo vuelto a presenciar en otra ocasión), anduvieron inquietos cierta vez que se olvidaron de llevar pan consigo (*Matth.* 16, 6. *Marc.* 8, 16). A esto replicamos: *a)* Los resultados deficientes de un suceso no son prueba de la realidad e historicidad del mismo. *b)* No tenemos base suficiente para apreciar el verdadero resultado del suceso. *c)* Tanto por el relato de los *Sinópticos* como por el de san Juan aparece claro que el milagro no dejó de tener sus resultados. San Juan (6, 14 s.) refiere que el pueblo trató de proclamar rey a Jesús; y aunque los *Sinópticos* no se extienden acerca de la impresión producida por el milagro, bien a las claras dan a entender que lo fué muy grande, cuando observan que Jesús se vió *precisado* aquella misma tarde a embarcar a sus discípulos y a hacerles marchar de allí. No es necesario admitir que todos los asistentes a la multiplicación de los panes participasen del deseo de otro milagro; y aunque así fuera, ello probaría la obstinación de los judíos en renovar los prejuicios contra la mesianidad de Jesús, al no querer éste ser Mesías en el sentido que ellos deseaban. En lo que toca a los apóstoles, dice san Marcos (6, 52) que «su corazón estaba ofuscado». 3. Se afirma ser históricamente inverosímil que entre toda aquella multitud no se hubiesen encontrado provisiones; esto es un recurso de los evangelistas para imaginarse la ocasión del milagro. Examinemos la solidez de la objeción. Podemos suponer que la multitud aquella se componía de peregrinos habituales y de gentes de las cercanías. Es muy inverosímil que los primeros llevasen consigo provisiones para todo el viaje, aun dadas las costumbres orientales; en cuanto a las gentes de las cercanías, dice san Marcos (6, 33) que se esforzaron en «llegar antes» que el Señor; en el ardor de su entusiasmo no es fácil que se acordasen de llenar de provisiones sus cestas. En la segunda multiplicación de los panes, que acaeció en verano, cuando nada de extraordinario tiene en Oriente pasar la noche al campo, la multitud llevaba ya tres días con el Señor. 4. Pero principalmente se ha combatido la credibilidad de la tradición evangélica por relatarse *el mismo* suceso *dos veces;* la duplicidad es indicio de «vacilación» en la tradición del relato; tenemos dos referencias de un mismo suceso, el cual, por lo mismo, no pudo acaecer en la forma que los Evangelios suponen. Pero esta hipótesis es completamente arbitraria. Tanto difieren uno de otro ambos relatos, que no pueden estar basados en un solo hecho: cinco panes y dos peces,-siete panes y algunos pececillos; 5000 hombres,-4000 hombres; doce canastas,-siete canastas; un día,-tres días; hierba verde donde sentarse (Pascua),-tierra (verano). Tenemos además un testimonio importante de la duplicidad del hecho en *Matth.* 16, 9 s. y *Marc.* 8, 19 s. Ahora bien, la crítica admite sin reparo que los informes de Marcos están sacados de las narraciones de Pedro; se trata, por consiguiente, de relatos de un testigo ocular. Es además de tal naturaleza el contenido de la tradición, que es imposible engañarse, e inadmisible el embuste. No es comprensible que se hubieran inventado el relato de la multiplicación de los panes y la repetición del prodigio cuando todavía vivían testigos oculares. La hipótesis de la leyenda que va elaborándose poco a poco se refuta de por sí sola; porque la leyenda en nuestro caso habría procedido contra lo que de ordinario acontece, a saber, empequeñecido, en vez de aumentar: de 5000 hombres del primer relato, a 4000. No hay por consiguiente razón sólida que oponer a la credibilidad del relato de los cuatro evangelistas acerca de la primera multiplicación de los panes, ni al de Mateo y Marcos acerca de la segunda. También aquí se nos manifiesta que la verdadera razón de poner en entredicho los relatos evangélicos está en el prejuicio racionalista de ser imposibles los milagros.

181. Explicación racionalista del milagro. La crítica racionalista se esfuerza inútilmente por desvirtuar el carácter sobrenatural del suceso milagroso relatado por los cuatro evangelistas. Decir que Jesús dió de sus provisio-

nes a los demás y que los mejor provistos de la multitud imitaron su ejemplo distribuyendo las suyas a los necesitados, es fantasía y arbitrariedad; y el comentarista que quiera explicar naturalmente lo de las doce canastas, necesita, según Strauss, de los virajes más arriesgados para eludir el milagro. Está fuera de toda discusión, aun en sentir de Strauss, que el relato quiere presentar el suceso como milagroso. Pero como a Strauss los relatos de esta naturaleza no le merecen crédito histórico, atribuye al nuestro origen legendario. Con razón le objeta Chr. H. Weisse que «el Evangelio de san Marcos, por su antigüedad, origen y carácter literario, está fuera del campo en que se deja sentir la influencia de la iniciada formación de mitos cristianos». El mismo Weisse recurre a la hipótesis de que el relato sea una mala comprensión de cierta parábola de Jesús. Mas no nos explica la manera cómo la tradición primitiva pudo transformar un hecho vulgar en milagro tan asombroso, ni cómo «de ideas quiméricas sin suelo firme de realidad pudo nacer relato tan sorprendente» (Hase). Los críticos posteriores no han dado un paso más allá de estas explicaciones insuficientes.

182. Las representaciones del milagro en las catacumbas demuestran que la Iglesia primitiva lo entendió en la forma arriba expuesta. La más antigua es el famoso fresco de la multiplicación y fracción de los panes, de los primeros decenios del siglo II, descubierto en 1894 por Wilpert en la parte más antigua del cementerio de santa Priscila junto a la Vía Salaria (fig. 12)[1]. «En un triclinio semicircular, algo elevado sobre el suelo, están

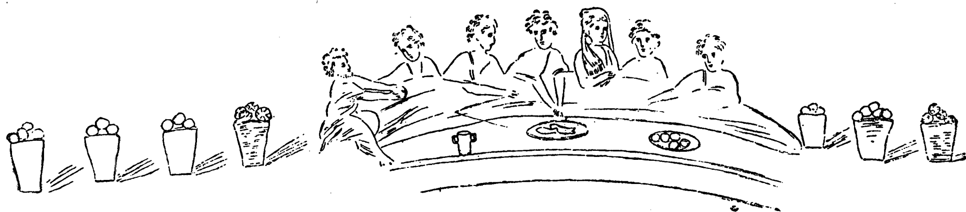


Fig. 12. — Multiplicación y fracción de los panes. Fresco del cementerio de santa Priscila. (Principio del siglo II.) (Según Wilpert.)

sentadas seis personas, entre ellas una mujer con la cabeza cubierta por un velo. En el extremo de la derecha (a la izquierda, según se mira), sobre un objeto que no se puede precisar, está sentado un hombre de barba, con las manos extendidas en ademán de partir un pan. Delante de él se ve una copa de dos asas, y más a la derecha un plato con dos peces y otro con cinco panes. A ambos lados del grupo se ven canastas llenas de pan, tres a la derecha y cuatro a la izquierda; los panes están señalados con una incisión en forma de cruz. Los cinco panes, los dos peces y las siete canastas son indicio manifiesto de que se trata del milagro de la multiplicación de los panes. Pero el pintor relacionó el hecho con el sacrificio y banquete eucarístico, del cual se consideraba figura el milagro de los panes»[2]. En otros cuadros de las catacumbas y en antiguos relieves de los sarcófagos se representa a Jesucristo entre unas cestas de pan, tocando una de ellas con una vara, o poniendo su mano sobre los panes y los peces que le presentan dos apóstoles a derecha e izquierda. En algunas representaciones se ve a un solo apóstol junto al Señor, y a los pies de éste unas cestas que aluden a la multiplicación de los panes. La razón de haber tantas veces representado el milagro evangélico los artistas cristianos antiguos—se conocen unas 120 representaciones — está sin duda en la interpretación que se dió a aquella escena. Ahora bien, en las más de ellas la intención primordial del artista ha sido representar *el simbolismo eucarístico que encierra el milagro de la multiplicación de los panes.*

[1] J. Wilpert, *Fractio Panis. Die älteste Darstellung des eucharistischen Opfers* (Friburgo 1895). [2] Véase Fonck, *Die Wunder des Herrn im Evangelium* I² 386 s.

42. Jesús camina sobre las aguas[1] y cura a los enfermos que llegan a tocar su vestidura

(*Matth.* 14-24-36. *Marc.* 6, 47-56. *Ioann.* 6, 16-21)

1. Viaje nocturno de los apóstoles por el lago embravecido. 2. El Señor camina sobre las aguas. 3. Valor y temor de Pedro. 4. El arribo. 5. Curaciones.

183. Mientras Jesús oraba en el monte[2], los discípulos emprendieron el regreso por el mar de Galilea. Era de noche, y la navecilla estaba en medio del mar, batida reciamente por las olas, pues soplaba el viento contrario[3]. Viendo Jesús el grande esfuerzo que tenían que hacer para remar, cuando llevaban bogando unos 25 ó 30 estadios[4], vino a ellos a eso de la cuarta vigilia[5] *caminando sobre el mar,* como si quisiera pasar por junto a ellos. Asustados, dijeron: «¡Un fantasma!», y dieron gritos de terror; pues todos le vieron[6].

Al instante les habló Jesús, diciendo: «Cobrad ánimo, soy yo, no tengáis miedo». Y *Pedro* respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas». Y él dijo: «¡Ven!» Y Pedro bajó de la barca e iba caminando sobre el agua para llegar a Jesús[7]. Pero viendo la fuerza del viento, se atemorizó; y empezando luego a hundirse, dió voces diciendo: «¡Señor sálvame!» Al punto Jesús, extendiendo la mano, le cogió del brazo y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has titubeado?» Y luego que subieron a la barca, cesó el viento. Mas los que dentro estaban, se acercaron a él y le adoraron, diciendo: *Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios*[8].

---

[1] Acerca del pretendido paralelo budista cfr. Götz, en *Kath* 1912 II 19.

[2] Cfr. núm. 123.

[3] La nave enfilaba la proa hacia el oeste, sin apartarse demasiado de la costa; mas un viento huracanado, empujándola hacia el sur, lanzóla a alta mar.

[4] Los judíos dividían la noche al estilo romano en cuatro vigilias de a 3 horas, de 6 de la tarde a 6 de la mañana siguiente. Era, por consiguiente, a eso de las 3 de la mañana. Hasta entonces no habían podido pasar los discípulos la mitad del lago, cuando en tiempo de calma se podía atravesar, aun donde la anchura es máxima, en unas 2 ó 3 horas.

[5] Unos 5 Km., pues 40 estadios equivalen a 7 $^1/_2$ Km.; hasta Betsaida (núm. 179) había unos 12 Km.

[6] También *el andar sobre las aguas* había de servir de preparación a la promesa de la Eucaristía; prueba tan portentosa de la omnipotencia y del amor de Cristo no podía menos de robustecer la fe y avivar la confianza de los apóstoles. Enredados en las esperanzas mesiánicas terrenas de su pueblo, podía parecerles extraño que el Maestro se sustrajera al deseo de la multitud de proclamarle rey; al día siguiente habían de sostener la gran prueba, cuando Jesús en aquel «duro discurso» les anunciase la gran separación.—El milagro encerraba extraordinaria importancia didáctica, particularmente para *Pedro,* el cual aquella noche de portentos, como un año más tarde la noche de la Pasión, pasó de repente del valor temerario a la zozobra y al temor, pero fué librado por la gracia de Jesús.—Entre las representaciones de esta escena, una de las más famosas es el mosaico del vestíbulo de la fachada de San Pedro de Roma llamada vulgarmente «Navicella di San Pietro» ejecutado por Giotto en 1298 y más tarde restaurado (cfr. Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst* II 272 ss.).

[7] *Matth.* 14, 28-32. En sentir de los santos Padres, también aquí mostró *san Pedro* la fe viva y el ardiente amor que le distinguían («mándame ir a *ti*»). Vémosle a veces vacilar en sus nobles y elevados propósitos; ello procede de la excesiva confianza en las propias fuerzas.

[8] El *efecto* de este milagro fué un «asombro extremado», según nos lo dice Marcos (6, 51), el cual procura presentar la fe de los discípulos, no como nacida del entusiasmo momentáneo y pasajero, sino como fruto que madura lentamente hasta llegar al reconocimiento de la divinidad del Maestro. Dice así: «Y quedaron sobremanera (según

Atravesado el lago, arribaron [1] a tierra de Genesar [2] y abordaron allí. Luego que salieron de la barca, conocieron a Jesús los habitantes de aquel lugar; y recorriendo toda la comarca, empezaron a sacar en andas a todos *los enfermos,* llevándolos a donde oían que pasaba. Y doquiera que llegaba, fuesen aldeas o alquerías o ciudades, ponían los enfermos en las calles, suplicándole que les dejase tocar siquiera el ruedo de su vestido. Y todos cuantos le tocaban, quedaban sanos [3].

43. Promesa del Santísimo Sacramento [4]

(*Ioann.* 6, 22-72)

1. Ocasión de la promesa. 2. Discurso: *a)* el Salvador, Mesías y Hombre-Dios, pan de vida para quien cree en él; *b)* el Salvador, pan de vida en la Eucaristía para quien le come. 3. Murmuración de la incredulidad. 4. Confesión de la fe. 5. El «pan de vida» y el traidor.

184. A la mañana siguiente, como no viesen las turbas allí a Jesús que tan milagrosamente les había dado de comer, se embarcaron en unas naves que acababan de llegar de Tiberíades, y se volvieron a *Cafarnaum* a buscarle. Le hallaron en la sinagoga [5]. Y como la noche anterior habían visto embarcarse a los discípulos, mas no a Jesús, le dijeron admirados: «Maestro, ¿cuándo (y cómo) has venido?» El les respondió: «En verdad, en verdad os digo, que vosotros me buscáis, no por los milagros que habéis visto [6], sino porque os he dado de comer de aquellos panes hasta saciaros [7]. Trabajad para tener, no tanto el manjar que se consume, sino

---

el texto griego) asombrados en sí mismos; pues todavía no habían vuelto en sí (del asombro de la multiplicación) de los panes; porque su corazón estaba ofuscado». Mateo (14, 33) particulariza el «asombro extremado» relacionándolo con aquella exclamación: «Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios». La cual no significa *solamente:* «Tú eres el Mesías», sino algo todavía más elevado. Bajo la impresión de lo que acaban de ver y de las anteriores pruebas subyugadoras de la omnipotencia divina, quieren los discípulos expresar de alguna manera su convicción de que Cristo llama *Dios a su Padre en un sentido especial,* por más que aun no tienen noción clara del misterio de la Santísima Trinidad ni de la unión hipostática de la naturaleza divina con la humana en la persona de Jesucristo.

[1] Según san Beda el Venerable, esto significa que, si nosotros recibimos a Jesús en la navecilla de nuestra vida, llegaremos pronto y felizmente a la ribera que apetecemos, al puerto del cielo.

[2] Cfr. núms. 106 y 124.

[3] *Matth.* 14, 35 s. *Marc.* 6, 54-56. Cfr. núm. 170. También estas curaciones, sucedidas algunas de ellas en el camino de Cafarnaum, luego de atravesar el lago, habían de contribuir a preparar los corazones de los discípulos a la promesa de la Eucaristía, en cuanto que en ellas se declaraba la *omnipotencia* de Cristo; pues si el mero contacto de sus vestidos curaba de toda enfermedad, ¿cuánta mayor eficacia no habían de tener su sacratísimo cuerpo y su sangre, alimento del alma para la vida eterna y prenda segura de resurrección?

[4] E. Seipel, *Das Brot des Lebens. Erklärung und Einleitung zur homiletischen Verwendung der ntl Texte über das allerheiligste Altarsakrament* (Friburgo 1910). Th. Philips, *Die Verheissung der heiligen Eucharistie nach Johannes. Eine exegetische Studie* (Paderborn 1922).

[5] Acerca de la sinagoga de Cafarnaum cfr. núm. 151 y página 150, nota 2.

[6] o porque os hayáis convencido de mi poder divino y de mi sabiduría.

[7] Jesús no contesta a la pregunta, sino censura los motivos *sensuales* que les guían. Por ser sensual el motivo, no puede él alegrarse del interés que muestran en buscarle, aun siendo grandes el entusiasmo (véase 15) y la perseverancia (véase 22), el apresuramiento y los esfuerzos que ponían en ello. El *motivo* es lo que importa sobre todo.

el que dura hasta la vida eterna, el cual os lo dará el Hijo del hombre, pues en éste imprimió su sello el Padre, que es Dios»[1].

185. Preguntáronle luego ellos: «¿Qué es lo que debemos hacer para ejercitarnos en las obras de Dios?»[2] Respondióles Jesús: «La obra agradable a Dios es que creáis en aquél que El os ha enviado». Dijéronle: «¿Pues qué milagros haces tú para que veamos y creamos? ¿Qué cosas extraordinarias haces? Nuestros padres comieron el *maná* en el desierto, según está escrito: Dióles a comer pan del cielo»[3]. Respondióles Jesús: «En verdad, en verdad os digo que Moisés no os dió pan del cielo; mi Padre es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo[4]. Porque pan de Dios es aquél que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo». Dijéronle ellos: «Señor, danos siempre de ese pan»[5]. A lo que Jesús respondió: «**Yo soy el pan de vida**; el que viene a mí, no tendrá hambre; y *el que cree en mí,* no tendrá sed jamás. Pero ya os lo he dicho, que vosotros me habéis visto obrar milagros, y con todo no creéis en mí. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí[6], y al que viniere a mí, no le desecharé[7]. Pues he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquél que me ha enviado. Y la voluntad de mi Padre que me ha enviado es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite a todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre que me ha enviado es que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el último día».

186. Los judíos entonces empezaron a murmurar de él, porque había dicho: «Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo», y decían: «¿No es éste aquel Jesús, hijo de José, cuyo padre y cuya madre nosotros conocemos? Pues ¿cómo dice éste[8]: Yo he bajado del cielo?» Mas Jesús les

---

[1] Es decir, el Padre le ha acreditado (como se acredita un documento con el sello) mediante los milagros en general, y especialmente con la multiplicación de los panes, de ser él, el Mesías, quien ha de dar ese manjar imperecedero. A ello, y no al manjar corpóreo, deberían dirigir su atención.

[2] Las *obras de Dios,* es decir, como Dios las desea, para poder recibir tan sabroso manjar. Lo primero y más necesario que exige Jesús, lo *único,* es *creer* en él y en su misión divina.

[3] Si Jesús es el Mesías y tan superior a Moisés, debe probarlo dando un manjar semejante, y aun más maravilloso que el maná.

[4] *El maná,* con ser un pan maravilloso y venir de arriba, no procedía propiamente del cielo, ni lo dió Moisés, sino mi Padre celestial, el cual quiso con ello representar el verdadero pan del cielo que os da por medio de mí.

[5] Entienden las palabras de Jesús literalmente, como la Samaritana (núm. 113), y creen que les habla de un pan material, superior al maná mismo. Jesús les sale al paso *declarando ser él mismo el pan de vida,* pan que sacia el hambre del alma mediante la gracia y la verdad, comunicando la vida sobrenatural de la gracia y de la gloria. Pero esto es lo que no quieren los judíos; no quieren creer en Jesús, por más «que le han visto» y han sido testigos de sus milagros. De ahí el reproche que a continuación les hace.

[6] El *impulso* decisivo a creer en Jesucristo y entregarse a él no viene de los hombres, sino de Dios. Por lo mismo es necesario que el hombre renuncie al egoísmo, se abandone en Dios y se deje guiar por el impulso de la gracia, si verdaderamente quiere conseguir la fe y la salud. Completamente opuesta era la disposición de aquellos judíos.

[7] De buena gana *recibirá* Jesús a cuantos le lleve el Padre, puesto que se hizo hombre por cumplir en todo la voluntad del Padre, para redención y salud de los hombres.

[8] Lenguaje de la *incredulidad;* niegan la posibilidad. «Este», dicen con acento despectivo.

respondió, y dijo [1]: «No andéis murmurando entre vosotros. Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le atrae; y al tal le resucitaré yo en el último día. Escrito está en los profetas: Todos serán enseñados de Dios [2]. Cualquiera, pues, que ha escuchado al Padre y aprendido, viene a mí. No porque algún hombre haya visto al Padre, sino sólo aquél que ha nacido de Dios, éste ha visto al Padre [3]. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, tiene la vida eterna».

«**Yo soy el pan de vida.** Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Mas éste es el pan que desciende del cielo, a fin de que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y **el pan que yo daré, es mi carne, la cual daré yo para la vida del mundo»** [4].

Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros [5], diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer *su carne?*» [6] Jesús, empero, les dijo [7]: «En verdad, en verdad os digo, que *si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre,* no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día [8]. Porque *mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre*

---

[1] *Seria amonestación:* «No juzguéis según la carne y la sangre, ni resistáis al impulso de la gracia; de otra suerte, no tendréis parte conmigo, ni lograréis la vida eterna».

[2] Es decir, tiempo ha de venir en que Dios mismo instruirá e iluminará interiormente a los hombres (*Is.* 54, 13 y en otros lugares); ese tiempo ha llegado ya; no os resistáis, pues, a la instrucción divina y al impulso interno de la gracia.

[3] A pesar del aleccionamiento interior recibido de Dios, no está de más venir a mí; pues sólo yo, Hijo del Padre, igual a El en esencia, tengo conocimiento pleno y esencial de Dios; por lo mismo, el Padre atrae a mí las almas, para que encuentren en mí la perfecta doctrina acerca de Dios y la gracia divina y la vida eterna (cfr. núms. 41, 97, 109).

[4] Una vez amonestados los judíos por haber murmurado de que Jesús se llame a sí mismo pan de vida, pasa a declarar *de qué manera* haya él de ser el pan de vida; se llama a sí mismo *pan vivo,* porque lleva en sí la vida eterna y divina, y es el *pan de vida para los hombres,* porque quiere comunicarles la vida celestial, y *quiere comunicársela* mediante la unión íntima y maravillosa y la comunidad de vida que se establece entre él y el que *come su carne y bebe su sangre,* por donde el hombre viene a hacerse *un cuerpo y una sangre con él,* como dice Cirilo Jerosolimitano († 386); *Cat. myst. 4, Lect. IV in Oct. Corp. Chr.* del Brev. Rom.

[5] No podían admitir que maestro tan santo y sabio les hablara en serio de comer su carne; y, sin embargo, las palabras no tenían otra interpretación. Erraban sólo en el *sentido grosero* que les dieron, como si quisiera decirles que habían de comer su carne muerta. De ahí el altercado. Algunos, sin duda, se burlaron; otros, acordándose del milagro de la multiplicación de los panes, querían quizá saber mediante qué nuevo milagro iba a cumplir tan extraña promesa. Y así, altercaban unos con otros.

[6] *¿Cómo?—palabra judía,* dice san Cirilo.—*¿Cómo?* así pregunta siempre la incredulidad; así preguntaron también Calvino y Zuinglio, sin querer tomar en consideración las siguientes palabras corroborativas del Salvador. «Este» (como arriba, pág. 224, nota 8), despectivamente.

[7] De haber querido el Salvador que se entendieran simbólicamente sus palabras, con una sola pudo evitar el escándalo y la extrañeza. El comer simbólico mediante la fe nada tiene en sí que repugne a la razón, a los sentidos y a los sentimientos humanos. Pero lejos de dar una interpretación figurada a sus palabras, Jesús las corrobora solemne y enérgicamente haciendo resaltar la *necesidad de comer su carne,* primero con una *amenaza* muy seria y terrible: «No tendréis la vida en vosotros», luego con una *promesa* tierna y bondadosa: «Aquél tendrá la vida eterna», etc., finalmente, con la *pregunta* a los discípulos: «¿También vosotros queréis marcharos?» Para más detalles véase núm. 188.

[8] Porque recibe a Jesús, fuente de la vida sobrenatural, y mediante unión vital tan íntima con Jesús aquí en la tierra adquiere título y gracias abundantísimas y eficacísimas

es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, *en mí mora, y yo en él*[1]. Así como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá también por mí[2]. *Este es el pan* que ha bajado del cielo; no como el maná que vuestros padres comieron en el desierto, y murieron. Quien come de este pan[3], vivirá eternamente»[4]. Estas cosas las dijo Jesús enseñando en la sinagoga de Cafarnaum.

187. Muchos de sus discípulos, habiéndolas oído, dijeron: *Dura es esta doctrina*[5]; *y ¿quién puede escucharla?* Mas Jesús, sabiendo por sí mismo que sus discípulos murmuraban de ello, díjoles: «¿Esto os escandaliza? Pues ¿si viereis al Hijo del hombre subir adonde antes estaba?[6]

---

para vivir en Jesús y con Jesús y, vencidas todas las tentaciones de esta vida, llegar a aquella gloriosa y eterna unión con Jesús en el cielo.

[1] *Su carne* permanece en nosotros mientras duran las especies sacramentales; pero aunque éstas desaparezcan, sigue *él* viviendo en nosotros; *su divina persona* permanece íntimamente unida al alma, comunicándole aquella vida que él tiene del Padre desde la eternidad, aquella vida que posee también su sacratísima humanidad desde el primer instante de la Encarnación; es la *vida sobrenatural* que nos hace «partícipes de la naturaleza divina» (II *Petr.* 1, 4), la vida de la gracia aquí en la tierra, la de la gloria allí en el cielo; y es también la *vida corporal,* en cuanto que consiste en la futura participación del cuerpo en la vida de la gloria. Todo esto obra la Eucaristía en cuanto que es *manjar* del alma; así como el alimento material se transforma en substancia de nuestro organismo y conserva la vida corporal, no de otra manera este manjar del cielo se une a nuestra alma para conservar la vida espiritual; *pero con una diferencia:* que allí el alimento corporal, como cosa más baja, sube de categoría llegando a participar de nuestra vida corporal; pero aquí nuestra vida espiritual es elevada a la categoría de este manjar celestial, incorporándose a él, es decir, a Cristo mismo, transformándose, como si dijéramos, en él. De ahí aquellas palabras que el divino san Agustín *(Conf.* 7, 10) pone en boca del Salvador: «Yo soy el manjar de los adultos; crece, pues (en el conocimiento de la virtud), y me comerás. Mas no me transformarás en ti, como el alimento de tu cuerpo, sino tú serás transformado en mí».

[2] Porque el Padre, *que vive* y es la fuente de la vida divina y de la vida de todas las criaturas, *me ha enviado* en la Encarnación para que, mediante la comunicación de una vida superior y sobrenatural, se compenetren los hombres con Dios; y *así como yo vivo por el Padre,* porque del Padre tengo la vida divina desde la eternidad y la humana en el tiempo — así quien me come *vivirá por mí,* porque comiendo mi carne y bebiendo mi sangre será alimentado con la vida divina que en ella habita. Esta unión del alma con Dios en la Sagrada Comunión es tan íntima y viva, que él mismo la compara con aquella íntima y vivífica relación que hay entre él y el Padre (cfr. también *Ioann.* 15, 1 4; 17, 21-23).

[3] Como Jesús habló del *banquete eucarístico ya bajo una sola especie,* ya bajo ambas, e hizo resaltar con idénticas palabras en ambos casos su necesidad y utilidad, el Concilio Tridentino *(sess. XXI, c. 1 de Commun.),* de conformidad con los santos Padres, alega estos pasajes para demostrar que para la salvación basta la Comunión bajo *una sola* especie (cfr. también I *Cor.* 11, 27).

[4] *Preserva de la muerte* del pecado y de la muerte eterna y es también para el cuerpo prenda de la futura resurrección gloriosa. Por eso dicen los Padres y Doctores de la Iglesia que mediante el Santísimo Sacramento se injerta en el cuerpo mortal cierto *germen de inmortalidad,* y san Ambrosio exclama *(Sermo 18 in Ps. 118):* «¿Cómo había de morir quien se alimenta de la vida? Acercaos a él y saciaos, que él es el pan; acercaos y bebed, que él es la fuente; acercaos y sed iluminados, que él es la luz; acercaos y quedad libres, que, donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad».

[5] Molesto de oír y difícil de creer. Ahora comienza la *prueba de la fe de los discípulos.* Jesús reconoce por discípulos sólo a quienes con viva fe en su divinidad tienen la virtud de comprender y abrazar tan augusto misterio; por el contrario, abandona a quienes no quieren creer que él tenga poder para dar su carne en alimento y su sangre en bebida. Aquella fe es también el *signo de la verdadera Iglesia* y de sus verdaderos hijos.

[6] ¿También vosotros os escandalizaréis de ello y lo tendréis por imposible? Teniendo vosotros ante los ojos esta prueba manifiesta de mi poder y divinidad y habiendo de ver

El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve [1]; las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son [2]. Pero entre vosotros hay algunos que no creen». Que bien sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y decía: «Por esta causa os he dicho que nadie puede venir a mí, si mi Padre no se lo concediere».

Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle, y ya no andaban con él. Por lo que dijo Jesús a los Doce: «¿Vosotros queréis también marcharos?» [3] Respondióle Simón Pedro: «¡Señor! ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna [4], y nosotros hemos creído y conocido [5] que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». Replicóle Jesús: «Pues qué, ¿no soy yo el que os escogí a todos doce?; y con todo, uno de vosotros es un diablo» [6]. Esto lo decía por Judas Iscariote, hijo de Simón; que, no obstante de ser uno de los Doce, le había de vender.

188. Siempre ha visto la Iglesia católica en este pasaje de san Juan **la promesa del Santísimo Sacramento.** Y en efecto, si Jesús quiso hablar del Santísimo Sacramento en el sentido en que lo entiende la Iglesia, no pudo hacerlo de manera más clara y precisa. Examinemos brevemente *las razones por las cuales las palabras de Jesús no pueden entenderse en sentido figurado*, por ejemplo, «de la fe en él y en su Pasión».

a) Jesús cambia completamente de tono en los versículos 48-60. Antes ha hablado del pan del cielo, que da el *Padre* ya actualmente, y se ha señalado a sí mismo como ese pan celestial, exigiendo la fe en su persona y misión divina. Pero desde el versículo 48 habla de un pan celestial que *él mismo* ha de dar en lo futuro, pan que es también él mismo, *su carne y su sangre que es preciso comer y beber;* añade luego que su carne es *verdadera comida,* y su sangre verdadera bebida, y habla hasta cuatro veces de comer su carne, y tres de comer su carne *y* beber su sangre.

b) Todos los presentes, los judíos, los discípulos y los apóstoles entendie-

---

más tarde subir mi cuerpo glorioso a los cielos, ¿podréis dudar de que yo tenga poder para daros por modo admirable este cuerpo *glorioso* como pan del cielo? Aquí toca el Salvador en el escollo principal que habían encontrado sus palabras; habían escandalizado, porque se las interpretaba groseramente (cfr. pág. 225, nota 5) y porque no se creía en la omnipotencia de Jesús.

[1] A juzgar por lo que precede y sigue, estas palabras se refieren a la *disposición de ánimo de los oyentes,* y significan que, para la comprensión de tan augustos misterios, se debe tener *espíritu de fe,* puesto que la carne y la sangre, es decir, el conocimiento meramente humano y los sentidos no alcanzan a comprenderlo. De ahí que cante la Iglesia: *Praestet fides supplementum sensuum defectui*—«lo que no alcanza el sentido, súplalo la fe».

[2] Habéis de comer *mi cuerpo real y verdadero* como verdadero manjar, mas no en el sentido grosero y sensual, cual si hubieseis de sacrificarlo y comerlo a pedazos; sino que comeréis *mi cuerpo vivo, glorioso, espiritualizado,* misteriosamente oculto bajo las especies de pan y vino, *visible sólo a los ojos del espíritu y de la fe.*

[3] No es una pregunta melancólica, sino seriamente inquisitiva. *Pedro,* cabeza de los apóstoles, contesta también aquí en nombre de todos.

[4] No palabras duras y molestas, como habían dicho los judíos.

[5] Tratándose de las verdades divinas, *lo primero y más necesario es la fe;* de ella se desenvuelve luego el recto conocimiento; de ahí la sentencia: *Credo ut intelligam*—«creo, para llegar al conocimiento» (san Anselmo, *Proslogium* c. 1—*Cur Deus homo* c. 2). Acerca de este pasaje de san Anselmo, cfr. Becker, *Philosophisches Jahrbuch* 1906, 115 ss.

[6] Quiere esto decir: Pedro, tú has hablado en nombre de todos los apóstoles, a excepción de Judas. Este no cree, mas no por ello abandona al Salvador. En su ánimo es ya un demonio y será traidor. Espantoso contraste: apóstol y demonio. Acerca de cómo el Salvador pudo escoger a Judas para apóstol, sabiendo de antemano que le había de entregar véase núm. 331.

ron a la letra y no figuradamente las palabras de Jesús; es más, no les era *posible* entenderlas en sentido figurado; porque, quien habla en sentido figurado, para ser rectamente comprendido debe acomodarse al uso corriente. Ahora bien, en el uso corriente y constante de la lengua siríaca (aramea) la frase «comer la carne de uno» *sólo tiene el sentido figurado* de «hacer un mal grave a alguno», especialmente mediante calumnia o falso testimonio. Véanse a este particular los pasajes de *Ps.* 26, 2; *Iob,* 19, 22; *Mich.* 3, 3. La versión siríaca de la Biblia traduce siempre el término griego *diabolos* (es decir: «calumniador», «adversario») que se da al demonio, por *ochelkarzo,* que significa «devorador de carne»; y cuando los Evangelios dicen que los judíos calumniaron a Jesús, la versión siríaca dice que los judíos «comieron un trozo de él». De haberse de entender las palabras en sentido figurado, a juzgar por el uso, querrían decir lo siguiente: A quienes le hagan algún daño, le denigren o calumnien, Jesús les promete por ese mismo hecho la vida eterna. ¿Quién puede admitirlo?

c) *Si Jesús sólo quiso hablarles de la fe en él* y en su Pasión, si todo su discurso se redujo a recomendarles que se aprovecharan de su aparición en la tierra para aprender de él, imitar sus ejemplos, amarle con ferviente corazón, y otras cosas parecidas a éstas, no se comprende que se sirviera de frases desacostumbradas y ambiguas; y aun menos que no deshiciese con una sola palabra el manifiesto error, el escándalo y la murmuración de los circunstantes; en otras ocasiones el Señor salía al paso de los errores (por ejemplo, *Matth.* 16; 6 ss.; *Ioann.* 3, 3 ss.; 4, 32 ss., 11, 11 ss.); pero aquí declara repetidas veces la necesidad de comer su carne y de beber su sangre para conseguir la vida eterna, y corta con ello toda otra interpretación que no sea la literal.

d) Deja el Señor que *murmuren los judíos* y que *deserten sus discípulos,* y aun se vuelve a los mismos apóstoles preguntándoles si ellos también piensan abandonarle.

e) Pero *los apóstoles* se muestran inclinados a aceptar el misterio y siguen fieles a Jesús, no porque interpreten en sentido figurado sus palabras, sino porque tienen *fe en su divinidad* y están convencidos de que sus palabras son verdaderas y saludables.

f) En el *cumplimiento* de la promesa, al instituir el Santísimo Sacramento, sírvese Jesús de las mismas palabras: «Comed, éste es mi cuerpo; bebed, ésta es mi sangre».

g) Finalmente, jamás desde los discípulos de los apóstoles se interpretaron *en la Iglesia de Jesucristo* aquellas palabras en sentido figurado, sino siempre en sentido literal [1].

D. Desde la tercera Pascua hasta la cuarta

(29-30 d. Cr.)

a) Jesús sigue en Galilea hasta la fiesta de los Tabernáculos (hasta octubre del 29)

44. Jesús vitupera las tradiciones perversas de los fariseos

(Matth. 15, 1-20. *Marc.* 7, 1-23. *Ioann.* 7, 1)

1. La costumbre de lavarse las manos. 2. Jesús rechaza la acusación de los fariseos. 3. Doctrina de la *verdadera* impureza.

189. Después recorrió Jesús otra vez la Galilea; pues no quería esta vez ir por la Pascua a Judea, porque los judíos le buscaban para matarle. Reuniéronsele los fariseos y algunos escribas que habían venido exprofeso

---

[1] V. Schmitt, *Die Verheissung der Eucharistie (Ioann. 6) bei der Väter* (Würzburg 1900); el mismo, *Die Verheissung der Eucharistie bei Cyrill von Jerusalem und Johannes Chrysostomus* (Würzburg 1903).

de Jerusalén para observarle. Y como viesen que algunos discípulos de Jesús *no se lavaban las manos* antes de comer, le preguntaron: «¿Por qué no andan tus discípulos conforme a las tradiciones de los antiguos [1], sino que comen con manos impuras?».

Y él les respondió: «*¿Por qué vosotros mismos traspasáis el mandamiento de Dios* por seguir esta tradición? [2] Pues que Dios tiene dicho: ¡Honra al padre y a la madre! y también: Quien maldijere al padre o a la madre, sea condenado a muerte. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre o a la madre: *corban* [3] — es decir, (es) ofrenda mía (a Dios) todo aquello con que podría valerte —, ya no tiene obligación de asistir a su padre o a su madre; con lo que habéis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradición. ¡Hipócritas! con razón profetizó de vosotros Isaías [4], diciendo: "Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres". Y habiendo llamado al pueblo, dijo: Escuchadme, y atended bien a esto. No lo que entra por la boca es lo que mancha al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que le mancha» [5].

---

[1] Por temor de contraer inconscientemente alguna impureza, cosa fácil de suceder por contacto casual de alguna persona o cosa inmunda, lavábanse las manos antes de comer, no fuese que los manjares quedasen contaminados, y después de comer, no fuese que hubieran tocado algún manjar impuro (véase *ThpQS* 1911, 748 ss.). Costumbre tan buena en sí, los judíos la habían trocado en severo precepto; lo mismo habían hecho con una porción de costumbres análogas. Pronto dieron tanta importancia a estas cosas *exteriores*, que se les iba de las mientes el *espíritu* de la Ley, y aun llegaban a explicar de tal suerte ciertas leyes, que venían a quedar como destruídas y abrogadas, cosa que el Salvador les echa en cara en lo que sigue.—Los *herejes* alegaron este pasaje *contra los usos de la Iglesia católica;* pero la Iglesia exige siempre que las ceremonias y los ritos vayan acompañados de sentimientos de fe, caridad, arrepentimiento, etc., nunca los antepone a los mandamientos de Dios, y desea que ante todo se cumplan los mandamientos y la obligación. Enseña, es cierto, y la experiencia lo confirma, que las ceremonias son muy saludables para el pueblo cristiano.

[2] Muy desacertados andan los *herejes* al alegar este pasaje en su afán de *desechar* la **tradición eclesiástica.** Porque Jesús habla, como claramente se echa de ver, de constituciones arbitrarias establecidas por los hombres, las cuales estaban además en flagrante contradicción con la ley de Dios. Mas la tradición eclesiástica puede ser de dos maneras: a) *divina*, que siendo, con la Sagrada Escritura, fuente de la fe, no es otra cosa sino el tesoro de la divina Revelación, para cuya fiel guarda la Iglesia cuenta con la asistencia del Espíritu Santo hasta el fin de los tiempos; b) *meramente eclesiástica*, la cual se refiere a instituciones, leyes, prescripciones apostólicas y eclesiásticas acerca del culto, fiestas, ceremonias, etc., que la Iglesia considera provechosas para la salud de los fieles, para lo cual tiene de Dios recibido poder, y del Espíritu Santo prometida asistencia; de donde se las puede desechar sin negar la autoridad divina de la Iglesia. Pero ni estas tradiciones meramente eclesiásticas han sido arbitrariamente estatuídas por los hombres, ni nunca jamás se hallan en contradicción con la ley y la Revelación de Dios, antes contribuyen a su fiel observancia y al fomento de la piedad.—Nada tienen que ver con la tradición eclesiástica ciertas *noticias históricas privadas* acerca de personas, objetos, sucesos, etc. eclesiásticos, y aun menos ciertas leyendas y fábulas desprovistas de garantía, que se pueden admitir o rechazar, según el grado de credibilidad; y aun mucho menos ciertos usos supersticiosos, etc., que siempre ha combatido la Iglesia.

[3] La palabra hebrea *corban* significa «ofrenda», «don ofrecido al Templo». Los fariseos enseñaban que se podía ofrecer al Templo aquello con que se había de sustentar a los padres ancianos, quedando así uno libre de toda obligación para con ellos.

[4] *Is.* 29, 13.

[5] También de esta sentencia han abusado repetidas veces los herejes alegándola *contra los preceptos eclesiásticos de la abstinencia.* No es el manjar lo que mancha, sino la desobediencia, como sucedió en la transgresión del precepto de no comer del árbol prohibido y sucede cuando se quebranta la ley relativa a los manjares.

190. Y cuando, despedido al pueblo, se hubo retirado a su casa [1], se le acercaron los discípulos diciendo: «¿No sabes que los fariseos se han escandalizado de esto que acaban de oír?» Mas Jesús respondió: «Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado [2], arrancada será de raíz. Dejadlos; ellos son unos ciegos que guían a otros ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, entrambos caen en la hoya». Aquí *Pedro,* tomando la palabra, le dijo: «Explícanos esa parábola». A lo que Jesús respondió: «¿También vosotros estáis aún con tan poco entendimiento? ¿Pues no conocéis que todo cuanto entra en la boca pasa de allí al vientre, y se echa en lugares secretos? Mas lo que sale de la boca, del corazón sale; y eso es lo que mancha al hombre. Porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias; estas cosas sí que manchan al hombre. Mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha» [3].

45. La Cananea

(*Matth.* 15, 21-28. *Marc.* 7, 24-30)

1. Ruego de una mujer pagana. 2. Titubeo de Jesús. 3. Poder de la oración confiada y constante.

191. Partiendo de allí Jesús, retiróse hacia el país de *Tiro y Sidón.* Cuando he aquí que una *mujer pagana* venida de aquel territorio, una sirofenicia [4], empezó a dar voces, diciendo: «¡Señor, hijo de David, ten lástima de mí! [5] Mi hija es cruelmente atormentada del demonio». Jesús no le respondió palabra [6]. Mas no cesando ella de gritar, los discípulos se acercan al Maestro intercediendo por ella. Mas Jesús respondió: «Yo no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» [7]. No obstante, ella le siguió a la casa en que entraba, se postró a sus pies

---

[1] A casa de Pedro (núms. 98, 121 s.).

[2] Toda doctrina que no proceda del cielo, sino de invención humana, juntamente con sus inventores.

[3] El hombre se compone de cuerpo y alma. Conforme a esto, la vida se desarrolla de dos distintas maneras: una corporal y otra espiritual. Los manjares, o «lo que penetra en la boca», toca exclusivamente al cuerpo, no al alma del hombre. De ahí que los manjares *en sí mismos* no turban la inocencia del alma. Y lo que se dice de los manjares, puede asimismo aplicarse a todas las cosas que se refieren al cuerpo; en sí y de por sí, es decir, cuando por uso o abuso no se quebrante con ello la ley divina, tales cosas no menoscaban la limpieza moral del hombre. Lo que hace impuro al hombre a los ojos de Dios viene «de lo íntimo del corazón», es decir, procede del entendimiento y de la voluntad del hombre, en cuanto no se conforma con lo que Dios quiere y enseña mediante la voz de la conciencia (cfr. Schäfer, *Die Parabeln des Herrn*[3] 16 ss.).

[4] Mateo dice: «una *cananea*». Los cananeos, antiguos habitantes de Palestina, al ser este país conquistado por los israelitas, habían quedado en parte confinados en la región septentrional. Marcos la llama *sirofenicia,* con lo que indica su lengua (el siríaco) y su raza (fenicia).

[5] «Compadécete de mí»; el dolor de la hija lo es de la madre.

[6] Jesús quería que su fe aumentara; de ahí el silencio y la respuesta, dura en apariencia, a los discípulos y a la mujer misma.

[7] Jesús quiso predicar *propia y personalmente* sólo a los judíos; a los gentiles, mediante los apóstoles. Sin embargo, suficientemente claro dijo haber venido a buscar y salvar lo que se había perdido, a redimir a todo el mundo (*Luc.* 19, 10. *Ioann.* 12, 47); por ello envió a sus apóstoles por todo el orbe con el mensaje del Evangelio y con las gracias de la Redención (*Matth.* 28, 19. *Marc.* 16, 15. *Luc.* 24, 47. *Act.* 1, 8).

y le adoró diciendo: «¡Señor, socórreme!» Y Jesús le respondió: «Deja que primero se sacien los hijos; pues no es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros» [1]. Mas ella dijo: «Es verdad, Señor; pero los perritos comen a lo menos de las migajas que caen de las mesas de sus amos» [2]. Entonces Jesús, respondiendo, le dice: «¡Oh mujer! grande es tu fe; hágase conforme tú lo deseas». Y en la misma hora su hija quedó curada. Pues al llegar la mujer a casa, halló a su hija reposando en la cama y libre ya del demonio [3].

192. Tiro, la actual Sur, rica en otro tiempo y poderosa capital de Fenicia, después de varias crisis que le anunciaron los profetas en castigo de su sensualidad, era en la época de Jesús una importante ciudad del imperio romano. A dos tiros de flecha de la ciudad, en medio de la arena de la plaza mostráronle al obispo franco Arculfo una gran piedra de mármol, donde, según tradición oral, había predicado el Señor; en tiempo de los Cruzados se edificó allí una iglesia [4]. Atribúyese a san Pedro *la fundación de la Iglesia de Tiro.* Allí encontró el Apóstol san Pablo en su viaje a Jerusalén muchos cristianos fervorosos (*Act.* 21, 3 s.). Fué Tiro desde muy antiguo sede episcopal, distinguiéndose principalmente por una magnífica iglesia construída por los años de 313 a 323. El año 636 cayó en poder de los sarracenos; pero los *Cruzados* la reconquistaron en 1125 y la fortificaron, con lo que volvió a ser muy poderosa. En la parte sudeste de la ciudad construyeron una hermosa iglesia de tres naves, en cuyos escombros se trató inútilmente en 1874 de encontrar los restos de Federico Barbarroja, que en ella fué enterrado en 1190. El año 1291 tomó por asalto la ciudad Melek el-Aschraf, sultán de Egipto y Damasco, destruyó sus muros e hizo de ella una ciudad abierta. Desde entonces comenzó a decaer Tiro, especialmente bajo la dominación turca (1517). Inundaciones y terremotos (el último en 1837) despojaron el suelo de su fertilidad y cubrieron de arena las rocas (cfr. *Ezech.* 26, 14). Donde antes se agitaba un bosque de mástiles que traían a los ricos señores la plata de España, el estaño de Inglaterra y el ámbar del mar Báltico, vense ahora míseros botes de pescadores; de cuando en cuando aparece en sus aguas algún buque mercante.

193. Sidón, la actual Saida, está 40 Km. al norte de Tiro, al pie del monte Líbano, en la ladera noroeste de un promontorio, rodeada de jardines por el norte y el sur.

---

[1] Estas palabras eran aún más duras y humillantes en boca de un judío, porque los judíos despreciaban a los gentiles en general como a impuros, viciosos e impíos, y evitaban el trato con ellos, y aun a los mejores de entre ellos los tenían por muy inferiores al pueblo de Dios. Jesús participa al parecer de la opinión judía. «De esa suerte hiere, humilla y castiga Cristo a menudo a las almas santas que a él acuden en demanda de favores, para que los deseen con más humildad y fervor y así lleguen a lograrlos», nota Cornelio a Lápide en un comentario de san Mateo 15, 26.

[2] Su profunda humildad y fe viva le hacen descubrir en la comparación de Jesús lo que le favorece a ella. Comparado con los innumerables beneficios que Jesús lleva hechos a los judíos, lo que ella pide es como una migaja de pan, que para su omnipotencia nada supone y a los judíos nada perjudica.

[3] Esta curación no se puede explicar naturalmente; «la hipótesis falla aquí completamente. También el socorrido recurso de la casualidad desempeña aquí un triste papel. ¿Qué médico hubiera arriesgado semejante profecía confiado en la casualidad? Cristo no se muestra aquí más médico que en otras circunstancias. No ha visto a la enferma, no le prescribe recetas, la cura a distancia, no sabemos de qué manera. Por sugestión de la madre no sabemos curar a la hija enferma (mejor diríamos, endemoniada). Debemos confesar que la medicina desconoce un caso análogo» (Knur, *Christus medicus?* 44). Cfr. página 64 ss. y especialmente página 169 ss.

[4] Adamnanus, *De locis sanctis* II 26 (véase Apéndice I, 13); Quaresmio, *Elucidatio Terrae Sanctae historica, theologica, moralis II* (Amberes 1639) l. 7. c. 10 (véase Apéndice I, 20).

Después del milagro que arriba hemos referido, Jesús «fué al mar de Galilea pasando por Sidón» (*Marc.* 7, 31; núm. 194). En memoria de su estancia en la ciudad, delante de la puerta oriental, en un jardín próximo al cementerio turco, se ve aun hoy una capilla, *La Cananea*. Los turcos la han convertido en mezquita que llaman *Zalusa*, por ser éste, según ellos, el nombre de la Cananea. San Pablo tocó la ciudad en su viaje a Roma (*Act.* 27, 3). El año 1111 los Cruzados, al mando de Balduino, conquistaron la ciudad que, después de varias vicisitudes, cayó definitivamente en poder de los turcos el año 1289. Sus dos puertos están hace ya tiempo en gran parte soterrados.

46. Jesús cura a un sordomudo y da de comer a 4000 hombres

(*Matth.* 15, 29-39. *Marc.* 7, 32-8, 10)

1. Jesús, remedio universal; curación de un sordomudo. 2. Perseverancia de la multitud. 3. Segunda multiplicación de los panes.

194. Dejando Jesús los dominios de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, atravesando el territorio de *Decápolis* [1]. Y habiendo subido a un monte, se sentó. Acudió a él una gran multitud que le había seguido de Tiro y Sidón, con una porción de mudos, ciegos, cojos y otros muchos enfermos; pusiéronlos a los pies de Jesús, el cual los curó, con lo que el pueblo prorrumpió en alabanzas al Señor [2]. Entre los enfermos le presentaron a un *sordomudo* [3], suplicándole que pusiera sobre él su mano para curarle. Y tomándole Jesús aparte, le introdujo los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua. Y alzando los ojos al cielo, dió un suspiro [4], y díjole: «*Ephphata*, que quiere decir, ábrete». Y al momento se le abrieron los oídos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba claramente [5]. Y mandó Jesús a los circunstantes que no lo dije-

---

[1] Cfr. página 169, nota 1. De Sidón parte en dirección sudeste una ancha cañada; por ella asciende la vía que, bordeando las estribaciones meridionales del Líbano, salva la cuenca del Leontes y viene a parar a la población de Banias, situada en la base del Gran Hermon. Desde Paneas, en las fuentes del Jordán, el camino se dirige hacia el lago de Genesaret, ya por la margen derecha paralelamente a dicho río, o bien por el oriente, atravesando las campiñas de Gaulanitis. Son unos 90 Km. que se recorren en 25 horas.

[2] *Matth.* 15, 29-31.

[3] *Marc.* 7, 32-37; no es el mismo milagro que refiere Mateo (9, 32) en la curación de un endemoniado mudo (núm. 172).

[4] Por las múltiples miserias que el pecado ha acarreado al hombre.

[5] También aquí el Evangelista san Marcos relata lo que oyó a Pedro, quien fué testigo del hecho. Prueba de ello es la descripción minuciosa de la curación, en especial la circunstancia de habernos conservado una palabra aramea (*ephphata*) que salió de labios del Señor, la cual tuvo a bien traducir para que los lectores la entendiesen.—El *método terapéutico* empleado por Jesús fué muy simple: 1. Tomó aparte al enfermo quizá para que sus ojos, que en medio de la multitud miraban acá y allá errantes y tímidos, se fijasen atentos en él. 2. Púsole los dedos sobre las orejas, para que advirtiese que ya sabía Jesús dónde estaba el mal y qué procedía hacer. 3. Tocóle con su saliva la lengua, en señal de que le quería curar aquel órgano hasta entonces seco y rígido. 4. Finalmente, pronunció la palabra de su omnipotencia: *¡ephphata!*, es decir, ¡ábrete! La curación estaba hecha. Los *signos externos* que emplea aquí Jesús no tienen valor terapéutico, pero sí didáctico y simbólico. Sirven primero para dar a entender al sordo que Jesús quiere curarle. Pero también simbolizan la curación misma, y son figuras de los santos sacramentos, en los cuales se realiza la curación y santificación del alma de manera mucho más prodigiosa, por medio de signos exteriores insignificantes que van acompañados de poderosa gracia interior.

La curación fué milagrosa. No se puede admitir que se tratara de sordomudez histérica, pues la sordera histérica es casi siempre transitoria y unilateral, y, por lo mismo, no puede producir mudez secundaria; de donde habríamos de admitir que en aquel caso hubo coincidencia de sordera histérica bilateral y de mudez histérica. Cosa verdaderamente

ran a nadie [1]. Pero cuanto más lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban, y tanto más crecía su admiración y decían: «Todo lo hace bien; él ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos».

195. Como en su celo hubiese olvidado otra vez la multitud el cuidado del alimento corporal, y no tuviese bocado que comer [2], llamó Jesús a sus discípulos y les dijo: «Me dan compasión estos pueblos, porque tres días hace ya que perseveran en mi compañía, y no tienen qué comer; y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino». Pero sus discípulos le respondieron: «¿Cómo podremos hallar en este lugar desierto [3] bastantes panes para saciar a tanta gente?» [4] Jesús les dijo: «¿Cuántos panes tenéis?» Respondieron: *Siete, con algunos pececillos.* Entonces mandó a la gente que se sentase en tierra. Y él, tomando los siete panes y los peces, dió gracias, los partió y dió a sus discípulos, y los discípulos los repartieron al pueblo. Y comieron todos, y quedaron satisfechos. Y de los pedazos que sobraron llenaron *siete espuertas.* Los que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar los niños y las mujeres. Con eso, despidiéndose de ellos, entró en la barca y pasó al término de Magedan [5].

47. Los fariseos piden una señal del cielo. Jesús previene a sus discípulos que se guarden de la levadura de los fariseos y cura a un ciego

(*Matth.* 16, 1-14, *Marc.* 8, 11-26)

1. Las señales de los tiempos y las señales de Jesús. 2. La «levadura» de los fariseos. 3. Curación del ciego.

196. Aquí vinieron a encontrarle los fariseos y saduceos; y para tentarle, le pidieron que les hiciese ver *algún prodigio del cielo* [6]. Mas él

---

para sorprender, que precisamente a Jesucristo se le hubiese presentado uno de esos casos patológicos tan discutibles, que se prestase al tratamiento hipnótico y además hubiese cedido a tiempo para disimular una recaída o un nuevo síntoma» (Knur, l. c. 37).—Los santos Padres ven en el *sordomudo una figura del hombre,* que viene al mundo con el pecado original. También éste es sordo para oír y entender las verdades sobrenaturales de la fe cristiana y mudo para confesar luego su propia miseria; pero por la gracia omnipotente de Jesucristo se le otorga la facultad sobrenatural para oír y entender la palabra divina y para confesar públicamente sus faltas. Por ello usa la Iglesia de esos signos al conferir el santo Bautismo. El sordomudo es también *figura del pecador que se convierte;* condúcesele primero a Jesús, a quien se ruega por él; luego se le aparta del tumulto del mundo; Jesús suspira por él y le enseña a suspirar por sus pecados, le abre los oídos a la verdad divina para que reconozca sus pecados, suelta su lengua para que sinceramente los confiese y prorrumpa luego en alabanzas a Dios por la salud obtenida (cfr. Schäfer, *Die Wunder Jesu*[3] 116).

[1] Cfr. página 174, notas 3 y 6. [2] *Matth.* 15, 29-39. *Marc.* 8, 1-10.

[3] Todas las ciudades de Decápolis, a excepción de la capital, Escitópolis, se hallaban en Transjordania; debemos, pues, buscar el lugar del milagro a la otra parte del lago de Genesaret; pero parece empeño inútil querer fijarlo con seguridad. Tampoco puede impugnarse del todo la posibilidad de que el milagro aconteciera al occidente del lago.

[4] Las objeciones de la crítica incrédula contra la historicidad de la segunda multiplicación de los panes, con la refutación de las mismas, pueden verse arriba, núm. 180.

[5] San Marcos (8, 10) dice: en la región de Dalmanuta. Según esto, ambos lugares distaban poco entre sí. Carecemos de referencias para fijarlos con precisión. Algunos identifican Magedan con Magdala, en la ribera occidental del lago; numerosos manuscritos traen también este último nombre. Cfr. *HL* 1909, 18.

[6] A pesar del milagro que acababan de presenciar, pedían signos extraordinarios y

les respondió: «Cuando va llegando la noche, decís: Mañana hará buen tiempo, porque el cielo está claro. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad, pues el cielo está rojo oscuro. ¿Conque sabéis adivinar por el aspecto del cielo, y no podéis conocer *las señales de los tiempos?*» Y arrojando un suspiro de lo íntimo del corazón, dijo: «Esta generación mala y adúltera [1] pide un prodigio; mas no se le dará sino *el del profeta Jonás*» [2]. Y dejándolos, se embarcó otra vez, pasando a la ribera opuesta [3].

Los discípulos se habían olvidado de llevar provisiones, y sólo *un* pan tenían en la nave. Cuando, pues, el Señor les dijo: «*Guardaos de la levadura* de los fariseos y saduceos y de la levadura de Herodes» [4], pensaban en su interior: «Lo dice porque no hemos traído pan». Lo que conociendo Jesús, dijo: «¡Hombres de poca fe! ¿qué andáis discurriendo dentro de vosotros, porque no tenéis pan? ¿Todavía no lo comprendéis y ya no os acordáis? ¿Seguís teniendo el corazón endurecido? ¿Teniendo ojos no veis, y oídos no oís? Cuando partí los *cinco panes entre cinco mil hombres*, ¿cuántos cestos recogisteis?» Respondiéronle: «Doce». «Y cuando partí los *siete panes para cuatro mil hombres*, ¿cuántas espuertas recogisteis de lo que sobró?» Respondiéronle: «Siete». «Ahora, pues, continuó Jesús, comprended que no os hablaba del pan cuando os dije: Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos». Entonces entendieron que no quiso decir que se guardasen de la levadura del pan, sino de la *doctrina de los fariseos y saduceos* [5].

197. Habiendo llegado a **Betsaida,** presentáronle a un **ciego** [6], suplicándole que le tocase. Y él, tomándole por la mano, le sacó fuera de la aldea [7]; y humedeciéndole los ojos con saliva, impúsole las manos y le preguntó si veía algo. El ciego, abriendo los ojos, dijo: *Veo andar a unos hombres que me parecen como árboles* [8]. Púsole segunda vez las manos sobre los ojos; y empezó a

---

prodigios celestes. Mas Jesús les remite *por ahora* a los «signos del tiempo» (el cumplimiento de las profecías, la actividad mesiánica desarrollada por él en palabras y obras hasta entonces), los cuales enseñan con claridad y seguridad a todo el que no está ciego y obstinado que ha llegado ya el tiempo del Mesías, y claramente manifiestan que Jesús es el Mesías. *Para más tarde* les promete el gran signo de su Resurrección. — Análoga demanda le hicieron más tarde los judíos, y fueron aún más expresamente amonestados por ello (cfr. *Luc.* 11, 16 29 ss.; núms. 244 y 246).

[1] Adúltera, es decir, quebrantadora de la Alianza, pues según las ideas del *Antiguo Testamento,* la relación de Yahve con el pueblo de Israel se representa bajo la figura del matrimonio (*Num.* 14, 33. *Is.* 1, 21 y a menudo).

[2] Cfr. en especial núm. 246.

[3] A la ribera oriental (acaso a la occidental; cfr pág. 233, nota 3).

[4] Creían que les advertía que no fuesen a comprar pan a los fariseos y saduceos.

[5] La *levadura* es la doctrina, en cuanto que penetra y transforma el ánimo del hombre, como la levadura la harina. De la misma comparación se sirve el Señor en buen sentido, para declarar la virtud del Evangelio (cfr. núm. 164); pero ordinariamente se emplea en mal sentido, para designar los sentimientos corrompidos (*Osee* 7, 4; I *Cor.* 5, 6-8; *Gal.* 5, 9).

[6] *Marc.* 8, 22-26. Cfr. Schäfer, *Die Wunder Jesu*[3] 90.

[7] Porque no quería que el milagro llamase mucho la atención.

[8] Es decir, por la figura no puedo discernir si lo que veo son hombres o árboles; del movimiento deduzco que son hombres. El proceso gradual de la curación encierra finalidad didáctica. Pues Jesús siempre lleva fines morales en los milagros y de éstos se sirve para comunicar al hombre las verdades sobrenaturales. No son difíciles de descubrir, si se considera el estado espiritual y moral de los que a él acudían en busca de remedio, el de los circunstantes y el de los discípulos. No por realizarse gradualmente desaparece el carácter

ver mejor, y finalmente recobró la vista, de suerte que veía claramente todos los objetos. Con lo que le remitió a su casa, diciendo: «Vete a tu casa; y si entras en el lugar, a nadie lo digas» [1].

48. Confesión y primado de Pedro [2]

(*Matth.* 16, 13-19. *Marc.* 8, 27-29. *Luc.* 9, 18-20)

1. Opiniones de las gentes acerca del Hijo del hombre. 2. Confesión de san Pedro. 3. La gran promesa de Jesús a san Pedro.

198. Viniendo después Jesús al territorio de *Cesarea de Filipo* [3], preguntó a sus discípulos: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?* Respondieron ellos: «Unos dicen que Juan Bautista [4]; otros, que Elías; otros, en fin, que Jeremías, o alguno de los profetas». Díceles Jesús: *Y vosotros ¿quién decís que soy yo?* Tomando la palabra Simón Pedro dijo: **Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo** [5].

---

sobrenatural de la curación del ciego. Jesús muestra que puede darle cuanto apetezca, y trata por ese medio de excitar en él y en los discípulos que presencian el milagro sentimientos de fe cada vez más firme y viva.—Quien se imagine que acaso se efectuó la *curación* por procedimientos hipnóticos, deberá primero demostrar que se trataba de un caso, rarísimo por cierto, de ceguera histérica bilateral: pues sólo a la ceguera histérica, y no a la orgánica, se podría en circunstancias aplicar la sugestión. Mas entonces le diríamos que meditase en aquellas palabras del psicópata Delboeuf, nacidas de larga experiencia: «La sugestión no tiene el poder mágico de la eficacia instantánea de un: *¡sésamo, ábrete!*, y en el hipnotismo, como en todo, el tiempo es un factor casi siempre imprescindible» (citado por Jäger, *Ist Jesus Christus ein Suggestionstherapeut gewesen?* Mergentheim 1918). Acerca de los signos externos cfr. pág. 232, nota 3.

[1] Cfr. página 174, nota 3.

[2] Cfr. núm. 199 b; Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 284 ss.; Tillmann, *Der Menschensohn* 113 ss.; el mismo, *Jesus und das Papsttum, Eine Antwort auf die Frage* (Schnitzers): *Hat Jesus das Papsttum gestiftet?* (Colonia 1910); Dausch, *Kirche und Papsttum eine Stiftung Jesu* (Münster[3] 1920, en *BZF* IV, fascículo 2); Kneller, en *StL* 50 (1896) 129 288 375; Dieckmann, *Die Verfassung der Urkirche* (Berlín 1923) 62 ss.; Batiffol, *Urkirche und Katholizismus*. Traducido (y precedido de una introducción) por F. X. Seppelt (Kempten 1911).—Excelentes artículos en *ThpMS* XX 727; XXI 65; *ThG* III 89; *PB* XXIV 577; XXXII 193; *HPB* CXLVI 737. En *ZKTh* XLIV (1920) 147 ss. rechaza Kneller victoriosamente la novísima interpretación de *Matth.* 16, 18 s., propuesta por Harnack, según la cual la frase: «Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», no es auténtica, y las palabras: «Las puertas del infierno, etc », significan: la muerte corporal no ha de tener fuerza sobre ti, no morirás de muerte corporal. El P. Kneller termina su artículo con las siguientes palabras: «Las explicaciones protestantes de *Matth.* 16, 18 son una galería y un muestrario de curiosidades... Frente a *Matth.* 16, 18 sólo queda *una* salvación para los que huyen del Catolicismo: huir al absurdo» (la explicación detallada puede verse en el núm 199 a). Puede también consultarse con provecho J. Sickenberger en *ThR* 1920, 1 ss.; Dieckmann, *Neuere Ansichten über die Echtheit der Primatstelle,* en *Biblica* II 189; Fonck ibid. I 240 ss.

[3] De 10 a 12 horas o de 40 a 50 Km. al norte de Betsaida.

[4] Entre ellos Herodes (núm. 177), quizá porque no se resignaban a la muerte de tan esclarecido varón, y se imaginaban que seguía viviendo y actuando en alguna parte. *Elías* ha de preceder a la segunda venida del Mesías, o sea, al Juicio (*Malach.* 4, 5. *Eccli.* 48, 10 s.); los judíos confundieron la segunda venida con la primera. *Jeremías* escondió el Arca de la Alianza y asistía a su pueblo con sus oraciones; de ahí el suponer erróneamente que había de aparecer en tiempos del Mesías y tomar parte de alguna manera en la restauración de Israel. Cosas análogas se decían de otros profetas: sospechas imprecisas e interpretaciones erróneas de pasajes proféticos.

[5] *El Hijo de Dios en sentido propio y verdadero,* no como se llamaron hijos de Dios aquellos grandes profetas o los hombres en general. Algunas semanas o meses antes había san Pedro confesado cosa análoga en nombre propio y en el de los demás discípulos

199 a. Y Jesús, respondiendo, le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná; porque no te lo ha revelado la carne y la sangre [1], sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que **tú eres Pedro** [2], **y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno** [3] **no prevalecerán contra ella** [4]. **Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos** [5]. Y *todo lo que atares sobre la tierra,* será también atado en los cielos; y *todo lo que desatares sobre la tierra,* será también desatado en los cielos» [6].

199 b. La promesa del primado y la ciencia acatólica [7]. Hasta época reciente trató siempre la ciencia acatólica de demostrar que las palabras del

---

con ocasión de la promesa de la Eucaristía (núm. 187; cfr. núm. 183); pero aquí por primera vez unió *clara y distintamente* a estas palabras el concepto de la divinidad verdadera y esencial de Jesucristo, como debemos concluir de las palabras que siguen (cfr. a este propósito Bartmann, *Das Himmel und sein König* 119 ss.).—*En este sentido* se llamaba Jesús a sí mismo Hijo de Dios; pero los judíos que lo oían, o algunos, como Natanael (núm. 99), que se expresaban de manera análoga, tenían cierta idea más o menos elevada de la *misión de Jesús,* de su íntima y *especialísima relación* con Dios; teníanle por profeta, y aun por Mesías. Pero aun sobre el mismo Mesías eran por necesidad oscuras sus ideas; porque de una parte los profetas hablaron claramente de su divinidad, y de otra el monoteísmo impedía a los judíos formarse idea de la Encarnación, en tanto que les estuviese oculto el misterio de la Santísima Trinidad.

1 No de ti mismo ni de hombre alguno has sacado tú el conocimiento y la fe, sino mediante una gracia particular de Dios; por ello y por tu entrega fiel y sin reservas a esta gracia eres tú bienaventurado. «En virtud de la inspiración del Padre, dice el papa san León Magno († 461), Pedro, venciendo lo corpóreo y elevándose sobre lo humano, vió con los ojos del espíritu al Hijo de Dios vivo y confesó la gloria de su divinidad» (*Sermo de transfiguratione Domini*).

2 Así como mi Padre te ha revelado mi dignidad, y tú la has confesado, así yo quiero manifestarte la tuya y confesar solemnemente lo que tu nombre, Pedro, encierra; de lo cual te muestras ahora tan digno. *Por esa fe eres tú la piedra; por ello* edificaré yo la Iglesia mía sobre esta piedra, sobre ti; y *de ahí* que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Acerca del sentido e importancia de esta promesa, de los pasajes que a ella se refieren, *Luc.* 22, 32 y *Ioann.* 21, 15 ss., y del oficio de pastor supremo de san Pedro, cfr. Concilio Vaticano, primera decisión dogmática acerca de la Iglesia de Cristo (*sess. III, Constit. Pastor aeternus,* etc.), que se puede consultar cómodamente en Denzinger-Bannwart, *Enchiridion symbolorum.*

3 Es decir, el infierno mismo, el poderío del infierno (cfr. *Gen.* 22, 17; *Iudic.* 5, 8; *Is.* 14, 31). Las palabras de Jesús nos traen a la memoria la parábola del hombre que edificó su casa sobre la roca (núm. 148) y la lucha de la serpiente infernal contra la Iglesia (*Apoc.* 12, 1 ss.).

4 La explicación núms. 199 b y 200.

5 Según esto, Pedro tiene las *llaves* del reino de Cristo, es decir, la *potestad suprema, la plenitud de la autoridad;* a él corresponde el primer puesto, la alta dirección y el gobierno, y él ejerce el magisterio y la potestad judicial en la Iglesia. Por eso *a él solo* se da el poder de las llaves, mientras que el poder de atar y desatar se concede más tarde también a los demás apóstoles (núm. 215). Pedro es el *vicario* del pastor eterno, del cual dice Dios al Profeta: «Yo pondré sobre sus espaldas la llave de la casa de David; él abrirá, y no habrá quien cierre; él cerrará, y nadie abrirá» (*Is.* 22, 22; cfr. 9, 6; *Apoc.* 1, 18; 3, 7; también *Luc.* 11, 52; *Apoc.* 9, 1; 20, 1).

6 *El poder de atar y desatar* es una consecuencia del poder de las llaves. Siendo Pedro en la Iglesia la primera autoridad, teniendo la plenitud del poder, es también ecónomo de las verdades y de las gracias, legislador y juez supremo. Lo que él determine y decida en cosas de fe y de costumbres, de disciplina y administración de los sacramentos, tiene fuerza obligatoria para toda la cristiandad. Puede también distribuir o reservar los tesoros de las gracias, perdonar o retener pecados y penas; y lo que él haga en la tierra, tendrá eficacia en el cielo; él ata a los fieles en la conciencia, de suerte que de ello depende la eterna salvación (cfr. V. Brander, *Ist Binden und Lösen bei Mt 16, 16 und 18, 18 ein rabbinischer Schulausdruck?* en *Kath* 1914 II 116 ss.).

7 La bibliografía en la página 235, nota 2.

Señor: «Tú eres Pedro, etc.», no hablaban de primacía; y los teólogos protestantes creyentes siguen aún hoy día esta opinión. Así, uno de sus más conocidos representantes, Teodoro Zahn, se expresa en estos términos: «Con estas palabras no caracteriza Jesús a Pedro como cimiento roqueño, garantía de solidez de la casa que sobre él se eleva, sino como roca que ha de ser la primera piedra del edificio...; él es la primera piedra, a la cual han de ir uniéndose las demás que se empleen en la construcción de la casa» [1]. Pero quien sin prejuicios lea el texto y repare el contexto, no podrá asentir a semejante interpretación. Porque el fundamento es distinto del edificio; el fundamento es Pedro, no la fe, sino la persona de Pedro que acaba de proclamar solemnemente su fe en Jesús; la casa, la Iglesia, se asienta sobre el fundamento roqueño de Pedro, para tener tal firmeza y solidez, que ni el poder del infierno pueda destruirla. Muchos críticos modernos de la escuela «protestante-liberal», como Ferd. Christian Baur, H. Holtzmann, J. Grill [2], O. Pfleiderer, admiten que la interpretación católica de dicho pasaje es la verdadera. Así, por ejemplo, este último llega a decir: «A pesar de todos los esfuerzos protestantes por desvirtuarlo, no se puede poner en duda que el pasaje encierra la proclamación solemne de la primacía de Pedro; declárasele fundamento de la Iglesia, poseedor de las llaves, o sea, ecónomo del reino de Dios, soberano legislador, cuyas decisiones sobre lo lícito o ilícito han de tener fuerza de ley sancionada por Dios» [3]. Pero la teología protestante-liberal (lo mismo que la modernista) trata de desvirtuar el pasaje negándole *autenticidad* y sosteniendo que Jesús no pudo pronunciar tales palabras. Examinemos el valor de estas dos afirmaciones.

1. La primera de ellas está en pugna con la *tradición textual* del pasaje. Todos los *manuscritos* antiguos sin excepción lo traen en la forma en que hoy lo leemos; no se nota en ellos ni una ligera huella de interpolación posterior, por ejemplo: vacilación en las variantes, diferente colocación de las palabras, o cosas análogas. ¿Y cómo había de ser posible una interpolación? En toda la *literatura cristiana antigua* no encontramos la más leve protesta contra falsa interpolación de este pasaje. Justino, Tertuliano, Orígenes, Ireneo [4] lo conocen y lo tienen por auténtico. Acertadamente observa Teodoro Zahn: «Se comprendería que el pasaje fuese interpolado, si entre los años 160 y 180 se hubiese celebrado un Concilio General que, no sólo hubiera determinado la lista de los libros canónicos, sino también por medio de una comisión especialmente diputada para ello hubiera fijado el texto evangélico oficial e introducido en él algunas interpolaciones recientemente inventadas o propuestas por la comisión, y decretado, finalmente, el exterminio total de los manuscritos evangélicos existentes. Pero ni aun todo esto hubiese bastado; porque dicha comisión habría tenido que sustituir en todas las versiones existentes, en las latinas y en las siríacas, los textos originales por los interpolados, convertidos ya en canónicos... Ello habría tenido que acontecer en un lapso reducido de años y llevarse a cabo hacia el 180 en todas las Iglesias» [5]. Pues, en efecto, en todas las *versiones antiguas* aparece el pasaje en la forma en que hoy le tenemos. Harnack, fundándose en una cita libre y abreviada que de dicho pasaje hace Efrén en su comentario al *Diatessaron* de Taciano (pág. 4), se creía autorizado a concluir que en la segunda mitad del siglo II se introdujeron en los Evangelios las palabras comprendidas desde la glorificación de Pedro («bienaventurado eres, etc.») hasta la frase: «y las puertas del infierno, etc.». Pero ha sido refutado brillantemente por Zahn [6], el cual escribe: «¿Cómo había de ser posible que testigos tan diversos, como el autor de las homilías clementinas, Tertuliano y Orígenes,

---

[1] *Das Evangelium des Matthäus*[2] (Leipzig 1905) 539.
[2] *Das Primat des Petrus* (Tubinga 1904) 11.
[3] *Das Urchristentum* 518.
[4] Cfr. *ZKTh* 1910, 758.
[5] *Forschungen zur Geschichte des ntl Kanons* (Erlangen 1881) I 245, también 163 s.; II 290 s.
[6] *Das Evangelium des Matthäus* (Leipzig 1903) 359, al fin de la nota.

citasen el texto católico como el único conocido de ellos, de haber éste nacido en sus días?» Es asimismo arbitraria e insostenible la reciente hipótesis de Harnack, según la cual el texto decía primitivamente: «Las puertas del averno (Hades) no prevalecerán contra *ti* (Pedro)», como si sólo quisiera asegurar a Pedro la inmortalidad *corporal*[1]; fáltale a la hipótesis base documental de manuscritos, y no conocemos un solo escritor cristiano antiguo que entienda el pasaje en el sentido de la inmortalidad *corporal* de Pedro. De consiguiente, ***la crítica textual ningún reparo puede poner a este pasaje, el cual debe reconocerse por absolutamente auténtico.***

2. Pero la «crítica superior» trata de probar por criterios internos que Jesús no pudo haber pronunciado semejantes palabras. La predicación de Jesús, afirman, se funda según los *Sinópticos* en la proximidad del fin del mundo. Jesús creía que el fin del mundo se acercaba; por consiguiente, no pudo pensar en instituir la Iglesia y el Papado. A esto replicamos[2]: *a)* Jesús mismo rehuyó expresamente decir nada concreto acerca de la época del fin del mundo (cfr. *Matth.* 24, 36; *Marc.* 13, 32). *b)* Es completamente inexacto que *toda* la predicación de Jesús descansara en la proximidad del fin del mundo. En el Sermón de la Montaña, en las parábolas y en otros muchos discursos del Señor, no suena la idea del fin del mundo. De ser la proximidad del fin del mundo el principal asunto de la predicación de Jesús, la tardanza del fin tan esperado por los primeros cristianos habría hecho que se disipara la religión de Cristo; la tardanza sólo sirvió para esclarecer opiniones erróneas y falsas interpretaciones; pero la doctrina de Jesús subsistió. Porque precisamente *el núcleo de la predicación de Jesús está sobre todos los tiempos y sobre toda escatología.* La doctrina de las postrimerías forma parte de la predicación de Jesús, pero no es la parte central; lo admiten aún los críticos de la escuela «protestante-liberal»; y así, escribe Jülicher[3]: «Jesús explanó los más de sus discursos de suerte que, no sólo en el momento, sino en todo tiempo tuvieran eficacia. ¿Creían los oyentes de Jesús que el reino de Dios había de bajar del cielo dentro de unos meses? ¿Sabían, por el contrario, que, pasados muchos siglos, habían de resucitar de un largo sueño para ser juzgados? Cuestión secundaria y de escasa importancia, sobre todo no habiendo omitido Jesús recordar que en cualquier momento puede exigir de nosotros el alma... ¿Qué tiene que ver con la proximidad del reino aquella sentencia de *Matth.* 25, 31 ss.: "lo que hicisteis con alguno de estos mis pequeñitos hermanos, conmigo lo hicisteis?"... Los principios que proclama Jesús, no sólo valen para circunstancias excepcionales, sino sirven para guiar la humanidad en todas las edades». Ciertas obligaciones que parecen duras y ásperas no prueban el carácter escatológico de la predicación de Jesús, sino el valor y destino del alma humana, por cuya salud se debe sacrificar todo, si es preciso. Muy acertadamente dice a este propósito *Tillmann*[4]: «Ninguna cosa áspera y opuesta al mundo hay en la doctrina de Jesús. ¿Quién ha mirado con ojos abiertos, como Jesús, la vida enmarañada de la naturaleza? ¿Quién ha considerado con tan amoroso y conmovido sentimiento los lirios del campo y las aves del cielo? ¡Qué alegría tan pura en las obras de Dios brota de todas sus parábolas! Quien pone su mano bienhechora sobre la cabeza del niño, quien tiene palabras tan conmovedoras de profunda comprensión para una desgraciada pecadora, quien con tanta naturalidad y sin reparo alterna en la mesa con los pecadores y publicanos y no desdeña la invitación a las bodas de Caná, no puede ser acusado de turbar el goce de las cosas de esta vida, condenadas a próxima muerte, con la lúgubre impresión que en el ánimo de los oyentes produce el anuncio del fin perentorio del mundo. La predicación de Jesús no es enemiga, sino

---

[1] Cfr. página 235, nota 2. Véase especialmente Kneller en *ZKTh* 1920 ss ; también Sickenberger en *ThR* 1920, 1 ss.; Dieckmann en *Biblica* II 189; Fonck en *Biblica* I 240.
[2] Para más detalles véase también núm. 319.
[3] *Kultur der Gegenwart* I, 4, página 60 s.
[4] *Jesus und Papsttum* 17 s.

avasalladora y santificadora del mundo. Nada en el universo hay tan estimable, que pueda una valla de separación entre el alma y Dios. Si algo llegase a interponerse, no es dudosa la elección: hay que odiarlo, aunque sea el propio padre; hay que extirparlo, aunque sea un ojo de la cara. Tal es el espíritu de la predicación de Jesús, independiente de toda escatología, siempre nuevo, eterno, fuerte y vivo». *c)* Tampoco la predicación *acerca del reino de Dios* tiene carácter exclusivamente escatológico; cfr. *Luc.* 17, 20 s., 4, 17 ss.; 7, 28; 12, 32; *Matth.* 12, 28; 21, 31 43; *Marc.* 10, 15. Según los pasajes aludidos, el reino de Dios no está por venir, sino es una fuerza ya existente y eficaz; está entre los hombres, ha venido con Jesucristo, es el nuevo régimen religioso instaurado por Cristo, en el cual existen apóstoles y jefes escogidos por Cristo, entre los cuales ocupa Pedro el primer puesto en los cuatro Evangelios. Parábolas como la del sembrador, la de la semilla, la del granito de mostaza, la de la levadura, la de la cizaña, la de las redes de pescar, demuestran con toda claridad que el Salvador hablaba de una transformación íntima del mundo, de una expansión paulatina y progresiva del reino de Dios. No creía, pues, inminente el fin del mundo. «Su mirada no se dirige a un mundo que fenece, sino a un mundo y a una evolución mundial que va a removerse desde los cimientos por la fuerza de la Buena Nueva. Pero por lo mismo se hacen necesarias aquella organización y seguridad de las verdades y de las fuerzas, que admiramos en la Iglesia de Jesucristo como el poder más activo y eficaz que registra la historia» [1].

Según acabamos de ver, *no hay una sola razón interna sólida de que Jesús no pudiera pronunciar las palabras de la promesa del primado; y que realmente las pronunció, nos lo dicen las razones internas, los manuscritos y las versiones antiguas.* El pasaje mismo de la promesa, en sí y en el contexto, a menos que se le violente, sólo puede interpretarse tal como lo entendió siempre la Iglesia Católica.

200. Algún tiempo después anunció el Señor a los **demás apóstoles** que también ellos habían de ejercitar el poder de atar y desatar, pero *subordinados a Pedro,* el pastor supremo, a quien están confiadas las llaves del reino de los cielos [2]. Mas en el pasaje que venimos estudiando, Jesús declara a **Pedro fundamento firme e inconmovible de la Iglesia**, en el cual se estrellarán todos los esfuerzos que haga el infierno por destruir la obra de la Redención y la institución de Cristo. *Jesús* es propiamente el fundamento y la piedra angular de la Iglesia [3]. *Pedro* es su vicario en la tierra, y después de él, sus *sucesores,* los romanos pontífices, pues la Iglesia ha de durar hasta el fin de los siglos. Donde está Pedro, donde está el papa, allí está la verdadera Iglesia de Cristo, la Iglesia que no puede ser destruída de afuera, ni corromperse de adentro, que defiende vencedora contra los ataques del infierno la verdad y la gracia, los tesoros de la Redención de Jesucristo, y los guarda fielmente para que la humanidad los disfrute hasta el fin de los siglos.

También los demás apóstoles son llamados piedras fundamentales, sillares de la Iglesia [4]; pero solamente lo son unidos con Pedro; Pedro lo es por sí solo, por ello se le dice: *Sobre esta piedra* edificaré mi Iglesia. También a los demás apóstoles se les confiere el poder de atar y desatar [5], pero sólo pueden ejercerlo unidos con Pedro, que es supremo administrador, a quien están confiadas las llaves del reino de los cielos. Así como los *sucesores de Pedro* son herederos de la potestad del Príncipe de los apóstoles, así los *sucesores de los apóstoles,* los obispos legítimamente consagrados, heredan las facultades de

---

1 Ibid. 24.
2 *Matth.* 18, 18; cfr. núm. 215.
3 *Ps.* 117, 22. *Is.* 28, 16. *Dan.* 2, 45. *Zach.* 3, 8 s. *Act.* 4, 11. I *Cor.* 3, 11. *Ephes.* 2, 20. I *Petr.* 2, 4 ss.
4 *Ephes.* 2, 20. *Apoc.* 21, 14.
5 *Matth.* 18, 18.

éstos; a los obispos compete por disposición divina el gobierno de la Iglesia (*Act.* 20, 28), pero sólo bajo la dependencia del jefe supremo, el papa, y cada uno en la parte de la Iglesia que el papa le señale, en la diócesis que le asigne el supremo jerarca. Quien abandona la piedra, no la tiene por fundamento; es decir: quien se aparta de Pedro y de los sucesores de Pedro, los papas, ya no pertenece a la Iglesia que Cristo edificó.

No otra cosa querían expresar los primitivos cristianos cuando representaron a *Pedro cual otro Moisés* [1] hiriendo la piedra para que brotaran de ella ríos de gracia, o cuando le representan en el monte con los apóstoles Pedro y Pablo a derecha e izquierda, Pedro delante de Jesucristo con el libro o la Ley, o bien recibiendo de manos del Maestro un rollo con la leyenda: ***Dominus,*** o ***Dominus dat legem, Dominus dat pacem*** [2].

201. Cesarea de Filipo, donde el Señor hizo tan admirable promesa a Pedro, estaba situada junto a una de las fuentes del Jordán, cerca de la ciudad de Dan, al pie del majestuoso Hermón, a 350 m. de altitud, en un paraje bello, fértil y espléndido sobre toda ponderación. Parece como que el ***príncipe del mundo*** (*Ioann.* 12, 31) había escogido este lugar para hacer ostentación de su poder y señorío, pues desde muy antiguo se dió en él culto a los dioses falsos. Aquí erigió un ídolo la tribu de Dan, y Jeroboam el becerro de oro. Aquí había en tiempo de Jesucristo un templo dedicado a Pan, dios de los pastores, del cual recibió la ciudad el nombre de Paneas (hoy Baniyâs). Aquí edificó Herodes un templo en honor de Augusto. El tetrarca Filipo, hijo de Herodes, amplió y embelleció la ciudad de Paneas, y le dió el nombre de Cesarea (en honor del César); y para distinguirla de Cesarea de Palestina, le añadió su propio nombre, llamándola Cesarea de Filipo. Aquí pasaban temporadas los poderosos del mundo, Herodes, su hijo Filipo, su nieto Agrippa II, Augusto, Vespasiano, Tito; aquí se les erigieron estatuas, se esculpieron sus nombres en mármol, como aun hoy se puede ver. Aquí lucharon en la arena por orden de Tito los judíos unos contra otros y contra las fieras, después de la destrucción de Jerusalén, muriendo más de 2500 [3]. Aquí también la gratitud de la Hemorroisa erigió al Señor una estatua de bronce [4]. Este mismo lugar escogió el ***Hijo de Dios*** para designar al humilde pescador Pedro para piedra inconmovible de un reino que ha de destruir el del «príncipe de este mundo» y ver la ruina de todas las grandezas terrenas. Por su hermosura, fertilidad y esplendidez, la comarca de Cesarea de Filipo era muy adecuada para simbolizar la grandeza, gloria y prosperidad del nuevo reino.

De todo aquel esplendor sólo queda en medio de ruinas una mísera aldea, ***Baniyâs,*** habitada por turcos y griegos. El año 1866 se restableció la sede episcopal de Baniyâs, siendo nombrado para ocuparla un melchita, el cual fijó su residencia en ed-Djedîde, al oeste del Gran Hermón [5]. Consérvase aún gran parte de la ciudadela de Baniyâs. Una hora al norte de la aldea se ve sobre un monte de 350 m. de altitud el «castillo de Baniyâs», llamado también ***es-Subêbe,*** edificado sobre una roca, quizá por Herodes el Grande; es de los más hermosos de Siria, y desde el siglo XVII está completamente abandonado. Desde él se domina Baniyâs, los montes Hermón y Líbano y la región superior del Jordán.

---

[1] Cfr. Kaufmann, *Handbuch der christlichen Archäologie*[3] 340. Pedro, como vicario de Cristo, es el legislador de la Nueva Alianza; de ahí que se le presente sólo a él con el báculo, como a Moisés y a Cristo; cfr. también san Macario († 390), *Homil.* 26, núm. 23: «A Moisés ha sustituído Pedro, al cual se confió la nueva Iglesia de Cristo y el verdadero Cristianismo».

[2] Es decir: «El Señor», «el Señor da la ley», «el Señor da la paz». Para más detalles, véase Kraus, *Roma Sotterranea*[2] 339 s. 346 s. 360 ss.; *Realenzyklopädie* I 158 446; II 156 609.

[3] Josefo, *Bell.* 2, 1; 8, 1.

[4] Página 211, nota 5.

[5] Cfr. *HL* 1886, 67.

49. Jesús anuncia por primera vez su Pasión y Muerte

(*Matth.* 16, 20-28. *Marc.* 8, 30-39. *Luc.* 9, 21-27)

1. El gran misterio de la Pasión y Muerte del Hijo de Dios. 2. La imitación de Jesús es el camino real de la Cruz.

202. Entonces mandó Jesús a sus discípulos que a nadie dijesen que él era el Cristo [1]. Y desde luego comenzó [2] a manifestar a los discípulos que convenía que él fuese a Jerusalén y que allí padeciese mucho de parte de los ancianos, y de los escribas, y de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto, y que resucitase al tercer día. Tomándole aparte Pedro, trataba de disuadirle diciendo: «¡Lejos esto de ti, Señor! Eso no ha de ser así». Pero Jesús, vuelto a él, le dijo: «Quítateme de delante, Satanás [3], que me escandalizas; porque no piensas en las cosas que son de Dios, sino en las de los hombres» [4].

Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz* y sígame [5]. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará [6]. Porque ¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? o ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida? Pues si alguien se avergonzare de mí y de mi doctrina en medio de esta generación adúltera y pecadora, igualmente se avergon-

---

1 Los apóstoles sabían ya con toda certeza que Jesús era el Mesías e Hijo de Dios. Pero los demás discípulos habían de llegar más tarde a este conocimiento. Preciso era que ello se verificara gradualmente y con precaución, para no excitar las esperanzas y los deseos terrenos y nacionales del pueblo. Antes era menester corregir la imagen del Mesías, nublada con las esperanzas terrenas y nacionales. De ahí el mandato de no hablar de lo que habían presenciado.

2 Cuando estaban ya tan firmes en la fe en su divinidad, que no podían ser fácilmente inducidos a error; pero, por otra parte, esta fe en la divinidad de su Maestro les estorbaba para concebir la posibilidad de la Pasión.

3 Es decir, adversario, tentador (cfr. *Kath* 1911 I 300 s.). Este pasaje, en sí considerado, nos demuestra que no hablaba Jesús de su muerte «por oscuras presunciones»; pues con tales palabras no defiende uno «oscuras presunciones» frente a quienquiera que trate de disiparlas.

4 Pedro hablaba así por el amor que tenía a su Maestro; pero le movían consideraciones humanas, y no reflexionaba que con ello se oponía a la gran obra de la Redención, para la cual se había humanado el Unigénito del Padre. La respuesta de Jesús, dura al parecer, y las explicaciones que la siguieron, tenían por objeto grabar indeleblemente en el ánimo de Pedro, en el de los discípulos y en el de todos los cristianos, que en el reino de Dios no debe uno guiarse por sentimientos y respetos humanos, sino por la voluntad y por los designios de Dios, porque «la carne y la sangre no poseerán el reino de los cielos» (I *Cor.* 15, 50). La *Transfiguración,* acaecida pocos días después, enseñó a Pedro y a los demás apóstoles que la Pasión y Muerte de Jesús no habían de ser consecuencia de la humana debilidad, sino obra del amor y cumplimiento de los divinos decretos anunciados por los profetas.

5 Después que el Señor ha hablado tan claro y terminante de su Pasión y Muerte y rechazado las consideraciones humanas de Pedro, invita a los discípulos a padecer y morir con él y por él, para poder participar de su gloria (cfr. núm. 175). Mis discípulos, dice, han de recorrer el mismo camino que yo, sea padeciendo y muriendo por la verdad, sea andando espiritualmente el camino de la cruz con paciencia, con perpetua renuncia y abnegación en la lucha contra las inclinaciones terrenas y sensuales de su corazón. Esto parece a los hombres cosa difícil; de ahí el siguiente aviso: «¿Qué aprovecha al hombre, etc.», es decir: ¡qué locura amedrentarse por las dificultades, cuando se trata de escapar del juicio de Dios y de asegurar el logro de la eterna felicidad!

6 Cfr. *Matth.* 10, 39; núm. 175.

zará de él el Hijo del hombre, cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de los santos ángeles a dar el pago a cada uno conforme a sus obras» [1].

50. Transfiguración del Señor [2]

(*Matth.* 17, 1-13. *Marc.* 9, 1-12. *Luc.* 9, 28-36)

1. La Transfiguración de Jesús; aparición de Moisés y Elías; teofanía (nube luminosa, voz). 2. Pedro y sus compañeros. 3. Testimonio del Padre celestial. 4. Diálogo después de la Transfiguración.

203. Seis días después [3], tomando Jesús consigo a Pedro, y a Santiago, y a Juan su hermano, subió con ellos solos a un alto monte a hacer oración. Y mientras oraba, se transfiguró a la vista de ellos [4]; su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos, blancos como la nieve. Y al mismo tiempo se aparecieron Moisés y Elías [5] y conversaron con él de lo que debía padecer en Jerusalén [6]. Pedro y sus compañeros estaban

---

[1] La venida del «reino de Dios en virtud» y la venida del Hijo del hombre significan en este lugar, en conformidad con el contexto, el *juicio mesiánico*. El juicio mesiánico se extiende a todo el tiempo mesiánico; la *primera* fase, la que más resalta, es la *ruina de Jerusalén* el año 70 d. Cr.; la *última* será el *Juicio Final*. Refiriéndose el Salvador al juicio mesiánico como a cosa que no todos «los que están aquí» han de presenciar, pero que «algunos de los que están aquí» han de ver con sus propios ojos, alude sin duda a la *ruina de Jerusalén*. No porque la exégesis católica *no* vea en estos y análogos pasajes la segunda venida para el *Juicio Final*, no se ha de decir que «tuerza y debilite los dichos de Jesús»; ello es más bien tomar en consideración el hecho indudable y seguro (*Marc.* 13, 32; *Act.* 1, 6 s.) de haberse Jesús negado a dar a sus discípulos una indicación acerca del momento de la segunda venida. Cfr. K. Weiss, *Exegetisches zur Irrtumslosigkeit und Eschatologie Jesu Christi* (Münster 1916; en *NA* V, 4/5). Cfr. también núms. 319 y 199 a.

[2] De Waal, *Die Verklärung auf Tabor in Liturgie und Kunst, Geschichte und Leben* (Munich 1913); la importancia para la mística cristiana puede verse en Jos. Zahn, *Einführung in die christliche Mystik* 267 ss. De la Transfiguración hablan los tres *Sinópticos*, y alude a ella II *Petr.* 1, 16 (el pasaje véase *infra* pág. 243, nota 3). De la lectura se desprende que se trata de un *hecho externo*, no de una mera visión interna, de un sueño o de una ilusión óptica. Tampoco puede explicarse recurriendo al mito (Strauss) nacido del deseo de querer ver repetida en Jesús en grado más sublime la transfiguración de Moisés. Esta no puede parangonarse con la de Cristo. El hecho del Tabor con todas sus circunstancias sólo puede explicarse por causas *sobrenaturales*, o sea, por un *milagro* propiamente dicho (como en II *Petr.* 1, 16), que tuvo por objeto manifestar el poder divino y la grandeza de Jesús.

[3] San Lucas dice algo más vagamente (9, 28): «*Unos* ocho días después»; cuenta el día de Cesarea de Filipo y el día de la Transfiguración.

[4] El resplandor de la esencia divina de Jesús penetraba y transfiguraba la envoltura corpórea. El Salvador anticipó durante un corto espacio aquel estado glorioso en que se encuentra después de resucitado. Sólo por el anonadamiento infinitamente meritorio (*Philip.* 2, 6-8) le fué rehusado a su sagrada humanidad el estado glorioso *permanente*. Cfr. a este propósito Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 219 ss.

[5] Según santo Tomás de Aquino, *Elías* se apareció con su propio cuerpo, y *Moisés*, a la manera como se aparecen los ángeles con un cuerpo cualquiera (*Summa theol. 3, q. 45, a. 3 ad 2;* cfr. *Summa theol. 1, q. 51, a. 2 et 3;* Gutberlet, *Das Buch Tobias* 164 ss.).

[6] *Objeto de la Transfiguración:* El Antiguo Testamento, representado en Moisés, el gran legislador, y en Elías, el mayor de los profetas, da solemne testimonio ante los apóstoles que la Ley y los Profetas (figuras y profecías), rectamente interpretados, no excluyen, antes bien, exigen la *Pasión* del Mesías. Por eso el diálogo de Jesús con ambos representantes de la Antigua Alianza versa acerca de la Pasión y Muerte (*Luc.* 9, 31), y por lo mismo está tan estrechamente unida la Transfiguración del Señor (cfr. los *datos cronológicos* de los tres *Sinópticos)* con la profecía de la Pasión, poco antes manifestada (cfr. núm. 202). El objeto de la Transfiguración es *instruir* a los discípulos en el misterio de la Pasión, una parte del misterio del Mesías, y *fortalecer* en la fe de tal manera a los tres principales apóstoles, que no fueran capaces de desarraigarla los sucesos del Viernes

dormidos mientras Jesús oraba. Y al despertar vieron la majestad de Jesús y a los dos hombres que con él estaban; y *Pedro* dijo a Jesús: «Maestro, bueno es estarnos aquí. Si te parece, formaremos tres pabellones, uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías» [1]. Y no sabía lo que se decía [2], porque quedaron aterrados. Aun estaba Pedro hablando, cuando vino a cubrirlos una *nube resplandeciente* [3], en la cual entraron Moisés y Elías, y resonó desde la nube una voz que decía: **Este es mi hijo muy amado,** *en quien tengo todas mis complacencias; a él habéis de escuchar* [4]. Y al resonar aquella voz, Jesús estaba solo. Los discípulos, al oirla, cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesús se llegó a ellos, los tocó, y les dijo: «Levantaos, y no tengáis miedo». Y alzando los ojos, no vieron a nadie sino a sólo Jesús.

204. Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: «*No digáis a nadie lo que habéis visto* [5], hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos». Por lo cual ellos callaron; pero se preguntaban entre sí qué significaba aquello: «hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos». Mas a Jesús le preguntaron: «¿Cómo dicen los escribas que primero (antes que el Mesías) debe venir *Elías?*» [6] Jesús les respondió: «En efecto, Elías ha de venir antes y entonces restablecerá todas las cosas. Pero yo os declaro que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo cuanto quisieron.

Santo. Había de correr por cuenta de estos *tres* apóstoles sostener a los demás. «La decisión del Señor de manifestar su gloria solamente a estos tres discípulos procedió, sin duda, de la misma idea que le movió a prohibir (véase núm. 9) que nada dijesen de lo que habían visto, hasta que el Señor resucitase de entre los muertos. Difícil cosa hubiera sido guardar secreto entre muchos testigos; y, por otra parte, el conocimiento prematuro del suceso hubiera producido efecto contrario al que se proponía Jesús» (Tillmann, *Die sonntäglichen Evangelien* I 316).

[1] Inundado de la bienaventuranza que Jesús irradia, expresa Pedro el deseo de que perdure indefinidamente el estado glorioso del Maestro.

[2] No se daba cuenta de que no necesitaban tiendas aquellos a quienes veía rodeados de tanta gloria. Se encontraba subyugado por la aparición.

[3] *La nube resplandeciente* era una señal de la presencia de Dios, conocida en el Antiguo Testamento (por ejemplo, *Exod.* 13, 21 s.; I *Reg.* 8, 10 s.); añádase a esto la *voz del Padre,* que da solemne testimonio de su Hijo verdadero y unigénito, como al principio de la vida pública en el momento del bautismo y como más tarde inmediatamente antes de comenzar los sucesos de la Pasión (*Ioann.* 12, 28), y se comprenderá la impresión que el hecho pudo producir en el corazón de los apóstoles. Fué tan grande, que, 35 años más tarde escribía san Pedro a la vista de la persecución de Nerón (II *Petr.* 1, 16 ss.): «No os hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosas, sino como testigos oculares de su grandeza. Porque al recibir de Dios Padre aquel glorioso testimonio, cuando desde la gloria esplendorosa resonó aquella voz, que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias; ¡escuchadle!, nosotros oímos también esta voz venida del cielo, estando con él en el monte santo».

[4] Atendido el contexto, «escuchadle» significa: Escuchadle, aun cuando os hable de su Pasión, que os parece incomprensible y opuesta a la misión del Mesías.

[5] Cfr. núm. 202 y página 242, nota 6.

[6] La aparición de Elías les traía a la memoria la antigua profecía, según la cual el mayor de los profetas había de preceder al Mesías; admirábanse ahora de que el vaticinio no se hubiese cumplido, a pesar de estar ya el Mesías entre ellos. Todavía no saben distinguir entre la *primera* venida de Cristo, que ha de ser precedida de un profeta en el espíritu y en la virtud de Elías, y la *segunda,* a la cual precederá Elías en persona (cfr. núms. 38 y 198).

Así también harán ellos padecer al Hijo del hombre»[1]. Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista.

205. La tradición tiene por **monte de la Transfiguración el Tabor**[2] (láminas 4 a y b), 10 Km. al este de Nazaret, en el extremo nordeste de la llanura de Esdrelón. Cual majestuoso templo de Dios elévase este monte de Galilea 235 m. sobre Nazaret, 305 m. sobre el valle de Esdrelón, 562 m. sobre el Mediterráneo, 770 m. sobre el lago de Genesaret, dominando todos los montes circundantes. Visto del oeste, ofrece el aspecto de un cono truncado; del sudoeste, desde Naim, el de un enorme hemisferio. La explanada de la cumbre mide 800 m. de este a oeste y unos 400 de norte a sur, con un perímetro de 2 Km. La parte norte de la explanada, la más pequeña, pertenece hoy a los griegos; la del sur, a la cual se entra por la puerta ojival de una fortaleza situada al oeste, llamada Bab el-Hawa (que significa puerta del viento), está en posesión de los PP. Franciscanos. El Tabor «domina toda la comarca circundante; es el rey de las montañas de Palestina (*Ierem.* 46, 18). Como punto panorámico, no tiene igual, porque desde él se contempla la sierra de Gelboé y la cadena de colinas de Samaria, el macizo imponente del Carmelo y las alturas del Djebel es-Sachi (Pequeño Hermón) con las aldeas de Endor y Naim, de imperecedero recuerdo, el Gran Hermón con su plateada cumbre, las paredes rocosas del Haurán de color violáceo, el ojo claro-azul del lago de Genesaret y el espejo esmeralda del Mediterráneo, los campos de Esdrelón con su verde tapiz, y la áspera llanura de Hattin con el monte de las Bienaventuranzas»[3].

206. La tradición, que hace del Tabor el monte de la Transfiguración, está sólidamente atestiguada. San Pedro habla en su *Segunda Epístola*[4] del «monte santo», suponiéndole conocido de los lectores. No hay duda que, después de la Resurrección, los apóstoles que fueron testigos del misterio, habrían mostrado a los cristianos el monte de tan señalado acontecimiento, el cual habría sido objeto de santa veneración para los fieles. Encontramos los primeros testimonios de la tradición en el siglo III; Orígenes[5] nos habla de él hacia el año 240; san Cirilo[6], obispo de Jerusalén, hacia el 350; santa Paula[7], hacia el 386 y san Jerónimo[8], en 404. Según Nicéforo[9], santa Elena edificó una iglesia en el monte; y san Jerónimo nos dice que a fines del siglo III fué allí santa Paula. El peregrino de Piacenza vió en dicho monte, hacia el año 580, tres iglesias, dedicadas al Salvador, a Moisés y a Elías; Arculfo en 685 y san Wilibaldo[10] en 727 encontraron un gran monasterio en medio de la explanada de la cima. Se ve, pues, que la tradición constante de los primeros siglos tiene el Tabor por el monte de la Transfiguración; y esto es tanto más de tomar en consideración, cuanto que la fantasía antes se hubiera fijado en el Hermón, el cual, por «responder mejor al relato bíblico, y por su condición y figura, merecía tanto como el Tabor ser escogido para tan sublime misterio»[11]. Contra el testimonio tradicional se objeta que, según el relato bíblico, desde la confesión de san Pedro en Cesarea de Filipo hasta la Transfiguración pasaron «seis días». Pero, distando el Tabor sólo 20-22 horas de Cesarea de Filipo, bien podía llegar a él Jesús con los suyos en seis días, aun sin seguir el camino más corto. Tampoco tienen valor las razones que movieron a Carlos Ritter[12] a preferir el *Gran Hermón* al Tabor. Fundábase el sabio geógrafo en que hasta la destrucción de Jerusalén hubo constantemente una plaza fuerte en la cima del Tabor. Pero lo único cierto es que

---

[1] Es el precursor, no sólo de mi predicación, sino también de mi Pasión.
[2] Ahora Djebel et-Tur. Cfr. Barnabé Meistermann, *Le Mont Tabor. Notices historiques et descriptives* (París 1900).
[3] Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient* 8-10; cfr. también Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 183. [4] Página 243, nota 3.
[5] *In Psalm.* 88, 13. [6] *Catech.* 12, 10.
[7] San Jerónimo, *Epist. 46, al. 44, 12* (cfr. Apéndice I, 4).
[8] *Epist. 108, al. 86; Epitaph. Paulae n. 13.* [9] *Hist. eccl.* 8, 30.
[10] Cfr. Apéndice I, 13 y 15. [11] Keppler l. c. 403. [12] *Erdkunde* XVI 395.

Antíoco el Grande construyó allí trincheras, las cuales ya en tiempo de Jesucristo estaban deshechas y abandonadas, pues en la Guerra Judaica (69 d. Cr.) Josefo tuvo que subir de la base del monte los materiales para las fortificaciones que hubo de improvisar en 40 días en el Tabor. Tampoco había agua en la cima; y de haberse instalado en ella una plaza fuerte o un castillo con guarnición, era indispensable que existiera por lo menos alguna cisterna. Pero aunque en tiempo de Jesucristo estuviese habitado el monte, había seguramente lugares solitarios «en la explanada de la amplia cima, de media hora de perímetro, o en las laderas, donde pudo desarrollarse sin testigos extraños el misterio de la Transfiguración» (Keppler) [1].

207. El Tabor desde las Cruzadas. Cuando en 1099 llegaron allí los Cruzados, sólo hallaron ruinas. Godofredo de Bouillon puso al frente de Galilea a Tancredo, el cual erigió una iglesia «en honor del Salvador» *(San Salvador)* en lo más elevado de la parte sudeste de la explanada; pronto se le agregó un monasterio benedictino de la Congregación de Cluny, cuyos monjes fueron asesinados en 1113 por los sarracenos. Los Cruzados construyeron una fortaleza que, después de muchas vicisitudes, fué arrasada por el sultán Bibars en 1263; desde entonces la cumbre siguió desierta, hasta que en 1867 los griegos, y en 1873 los PP. Franciscanos de Nazaret comenzaron a descombrarla. Hacia el centro de la mitad septentrional de la explanada han reedificado los *griegos* una pequeña iglesia de tres naves, probablemente una de las tres que vió en 580 el peregrino de Piacenza, acaso la dedicada al profeta Elías. En el extremo oriental de la propiedad de los *PP. Franciscanos* encontraron éstos las ruinas de la gran *iglesia del Salvador,* de tres naves y 36 m. de longitud por 16 de anchura; una escalera de 16 gradas, que arranca del oeste, conduce a la antigua cripta, excavada en parte en la roca; es probablemente la misma cripta del templo primitivo, construído *en los primeros siglos del Cristianismo.* A la derecha de la escalera se ven los restos de una antiquísima capilla, de 5-6 m. de largo por 4 de ancho. El ábside mira al oriente y tiene restos de un altar; el suelo conserva en parte su mosaico de piedrecitas blancas y negras, todo ello en estilo romano antiguo. Puede muy bien ser la iglesia dedicada a Moisés. Ambas iglesias estaban dentro del recinto amurallado del convento y de la fortaleza. En octubre de 1919 se colocó la primera piedra de la iglesia dedicada al Salvador o al misterio de la Transfiguración, la cual se eleva sobre las ruinas de la antigua iglesia del Salvador. Gracias a las limosnas de los católicos norteamericanos, pudo el legado pontificio, cardenal Giorgi, inaugurarla con toda solemnidad el día 1 de junio de 1924 (lámina 4 b).

Al pie del monte Tabor, al oeste, se halla la pequeña aldea de *Deburiye,* antigua Dabereth, ciudad levítica de la tribu de Zabulón *(Ios.* 19, 12), donde, según la tradición, el Señor dejó a los nueve restantes apóstoles al subir al monte, y donde al bajar curó al lunático (núm. 208). Vense allí ruinas de una iglesia.

51. Jesús cura a un lunático [2] y anuncia por segunda vez su Pasión

(Matth. 17, 14-22. *Marc.* 9, 14-31. *Luc.* 9, 37-45)

1. Impotencia de los discípulos para curar al lunático. 2. Jesús despierta la fe. 3. Cura al muchacho. 4. Instruye a sus discípulos acerca de la fe. 5. Profetiza por segunda vez su Pasión.

208. Bajado que hubo del monte el Señor al día siguiente, viniendo a donde estaban los demás discípulos, los halló rodeados de la muchedumbre y

---

[1] Keppler l. c. 404.

[2] Ambas escenas bíblicas, la de la Transfiguración de Cristo y la de la curación del lunático, se hallan magistralmente pintadas por Rafael en el cuadro arrobador de la

de los escribas que disputaban con ellos. Y el pueblo, luego que vió a Jesús, se llenó de asombro y de respeto; y todos acudieron a saludarle. Y he aquí que se le acerca un hombre, e hincadas las rodillas delante de él, le dice: «Señor, mira por mi hijo, que es el único que tengo; ten compasión de él, porque es epiléptico y padece mucho; está poseído de un espíritu maligno que le torna mudo, le despedaza y le hace echar espuma por la boca; y a menudo cae en el fuego y con frecuencia en el agua. Lo he traído a tus discípulos, rogándoles que lanzasen el espíritu maligno, pero no han podido socorrerle».

Mas Jesús respondió: «¡Oh raza incrédula y perversa! [1] ¿hasta cuándo habré de estar entre vosotros? ¿hasta cuándo habré yo de sufriros? Traédmele a mí». Y habiéndolo traído, apenas (el lunático) vió a Jesús, cuando el espíritu comenzó a agitarle con violencia; y tirándose (el enfermo) contra el suelo, se revolcaba echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: «¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?» [2] «Desde la niñez, respondió. Pero si puedes algo, socórrenos y ten compasión de nosotros». A lo que Jesús dijo: «Si tú puedes creer, todo es posible para el que cree». Y luego el padre del muchacho, bañado en lágrimas, exclamó diciendo: «¡Señor! yo creo; ayuda tú mi incredulidad» [3].

Viendo Jesús el tropel de gente que iba acudiendo, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: «Espíritu sordo y mudo [4], yo te lo mando, sal de este muchacho, y no vuelvas más a entrar en él». Y dando un gran grito,

---

Transfiguración. En lo alto de un monte, envuelta en claridad se cierne la figura de Cristo, las manos hacia el cielo, descollando sobre Elías y Moisés que le contemplan a ambos lados, y todavía más sobre los tres apóstoles privilegiados, que deslumbrados por el resplandor se encuentran postrados en tierra. En la base del monte se desarrolla una conmovedora escena de la miseria e impotencia humana: un padre, que sostiene a su hijo acometido de furiosos ataques, dirige a los nueve restantes apóstoles sus ojos, en los cuales brilla un rayo de esperanza; dos mujeres, postradas en tierra, la una con mirada tranquila pero elocuente, la otra con gesto apasionado, apoyan la súplica del padre. Los apóstoles están profundamente conmovidos, pero se declaran incapaces de remediar al desgraciado; uno de ellos señala con la mano al Redentor glorioso, el *único* que puede aliviar el mal. No había terminado Rafael de pintar esta obra maestra, cuando le arrebató la muerte un Viernes Santo (el 6 de abril de 1520). A la cabecera de su cadáver amortajado se veía el cuadro de la Transfiguración.—Fr. Schneider *(Theologisches zu Raffael,* Maguncia, 1896, 11 ss.), atendiendo a la época en que se pintó el cuadro, cree que Rafael, al unir en uno la curación del lunático y la Transfiguración, quiso representar el triunfo de la Cristiandad sobre el temible poder de la Media luna. Cfr. también Pastor, *Historia de los Papas,* tomo IV volumen VIII., p. 264 s. Gustavo Gili, Barcelona 1911 [1].

[1] «¡Oh raza incrédula y perversa!» es un reproche dirigido 1°, al pueblo, que por las contiendas de los escribas con los discípulos se había prevenido contra Jesús; pero también 2°, a los mismos discípulos, que, en vista del fuerte ataque del enfermo, y temerosos de los escribas y fariseos que les miraban, no se atrevieron a poner manos a la cura; y 3°, al padre del enfermo. Las palabras: «¿hasta cuándo habré de estar entre vosotros?», etc., no se dirigen por igual al pueblo y a los discípulos (cfr. también *Ioann.* 14, 9). —Así como a la Cananea exigió Jesús la fe como condición necesaria para que la hija fuese curada, así se la exige también aquí al padre, señal manifiesta de no haber sido obra de la sugestión el remedio del muchacho; el Salvador exige la fe, porque no quiere obrar la salud del cuerpo en aquellos que no abren su alma a la gracia.

[2] Acerca de tales preguntas de Jesús, cfr. núms. 169 y 170.

[3] Sin que los hombres se lo dijeran, sabía aquel padre sometido a aquella dura prueba lo que tan hermosamente dice san Agustín: «Dios no nos manda cosas imposibles; pero, si nos las impone, quiere que hagamos lo que está de nuestra parte y que le pidamos aquello a que no alcanzamos» *(Lib. de nat. et grat. c. 43;* cfr. *Con. Trid. sess. VI, cap. 11).*

[4] Así le llama Jesús por los efectos que produjo en el muchacho.

y atormentando horriblemente al joven, salió de él[1], dejándole como muerto, de suerte que muchos decían: «Está muerto». Pero Jesús, tomándole de la mano, le ayudó a alzarse y se lo entregó sano a su padre[2].

---

[1] Cfr. núm. 120.

[2] El *carácter histórico* de este relato, consignado por los tres *Sinópticos*, no puede ponerse en tela de juicio. También aquí el más rico en noticias es Marcos, que las debe al Príncipe de los apóstoles, Pedro.—Las autoridades médicas declaran que los síntomas y señales descritos en el relato evangélico son los de la epilepsia. Puede ser; pero no es la medicina quien aquí tiene la última palabra. Hay otro síntoma además de los de la epilepsia; pues el Sagrado Texto nos dice que los sufrimientos del muchacho tenían su origen en la posesión diabólica. Si sólo el padre del muchacho y el pueblo hubieran atribuído a la posesión diabólica la enfermedad, podría decirse que se dejaron influir de erróneas ideas religiosas. Pero el Salvador mismo ve claramente en el estado del muchacho un caso evidente de posesión diabólica; ello se deduce de la manera como interpela al demonio y procede contra él. Las palabras y el proceder de Jesús presuponen la convicción de que el muchacho está poseído del demonio.—De nada sirve decir que el Salvador se acomodó en ello a las erróneas ideas religiosas del pueblo para hacerse entender de las gentes; pues también en el círculo de sus apóstoles habla Jesús de la posesión, no como de una opinión errónea popular, sino como de una verdad importante. Enseña a los apóstoles cómo deben prepararse a luchar con el espíritu malo mediante la fe, ejercitándose en el trato con Dios y refrenando la vida sensual con la práctica constante del vencimiento propio (*Marc.* 9, 28 s.; cfr. *Matth.* 17, 21). De ser ilusión la creencia del pueblo en la posesión diabólica, Jesús debía habérselo aclarado a los discípulos, y seguramente lo hizo; pues en otros casos le vemos salir al paso de ideas erróneas del pueblo, como, por ejemplo, la creencia de ser las desgracias materiales castigo de culpas personales (cfr., por ejemplo, *Ioann.* 9, 1-3; *Luc.* 13, 1-5). Siempre combatió Jesús los conceptos erróneos del farisaísmo. Ni vale objetar que si Jesús se hubiera apartado de la opinión popular en la apreciación de la naturaleza de aquella enfermedad, los discípulos no le habrían entendido. En otros puntos importantes los discípulos no le entendieron de pronto, y, sin embargo, no se recató Jesús de exponerles «doctrinas duras» (*Ioann.* 6, 61). Por lo demás, la creencia en la posesión diabólica no era general. Los saduceos no creían en ella, por donde Jesús podía muy bien contar con su aprobación con sólo haber proferido una palabra explicativa. Aun menos cabe hablar de acomodación de Cristo a las opiniones populares; recuérdese que él mismo dió a los apóstoles poder de lanzar demonios (*Marc.* 16, 17; cfr. *Matth.* 10, 18), y que al referirle los discípulos: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre», les replica: «Yo vi (a vuestra palabra) caer del cielo a Satanás como un rayo» (raudo y sin resistirse, como cae del cielo el rayo. *Luc.* 10, 17-20). Desechará plenamente la hipótesis de que Jesús se acomodara a las ideas erróneas de sus contemporáneos, quien atentamente considere la discusión de Jesús con los fariseos (*Matth.* 12, 22-30; *Marc.* 3, 22-29; *Luc.* 1, 14-23), la cual culmina en este pensamiento: «Si en el dedo de Dios (es decir, por la virtud de Dios) lanzo los demonios, entonces el reino de Dios ha venido de verdad a vosotros», entonces «el más fuerte» ha venido sobre el «fuerte» y ha quebrantado su poderío.—Queda, por tanto, excluído que Jesús se hubiese acomodado aquí a las ideas populares. Mas, prescindiendo de otras razones, la *curación* misma es argumento de no haber sido Jesús víctima de algún error de la época. Quien puede curar un caso semejante, no se equivoca en el diagnóstico ni profesa errores de la época. Antes bien, aquí muestra Jesús ser en verdad el «más fuerte» que viene sobre el «fuerte», el que vence a los demonios con la virtud del Espíritu divino y establece el reino de Dios.—Knur (*Christus medicus?* 40) observa a propósito de la curación: «Los evangelistas nos dicen que el muchacho fué curado. La supresión de algún ataque no hubiera tenido importancia. Curar a un epiléptico, curarlo de una vez, bien sabemos lo que esto significa los que tan a menudo trabajamos inútilmente con bromuros y otras medicinas, y después de tratamientos prolijos de meses y aun años nos contentamos con ver aminorada la intensidad de los ataques, sin garantía de haber detenido la decadencia intelectual. Si, pues, el muchacho era epiléptico, la curación fué extraordinaria. Supongamos el caso curioso de haber sido histérico-epileptiformes desde la infancia los ataques del muchacho; esto será un juego de palabras, mas no por ello desaparece el carácter extraordinario de la curación. Ciertamente, de tratarse de parálisis infantil cerebral complicada con ataques epilépticos, hubiera el Evangelio consignado la parálisis. Tampoco puede pensarse en idiotez acompañada de ataques. En ambos casos la curación significaría un milagro.

209. Vuelto que hubo el Señor a la casa donde moraba, sus discípulos le preguntaban a solas: «¿Por qué motivo nosotros no le hemos podido lanzar?» Respondióles Jesús: «Porque tenéis poca fe [1]. Pues ciertamente os aseguro que si tuviereis fe como un granito de mostaza, podréis decir a este monte: Trasládate de aquí a allá, y se trasladará [2], y nada os será imposible. Esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oración y el ayuno» [3].

Luego de esto, atravesando Jesús la Galilea con sus discípulos, como admirasen todos la grandeza de Dios en las cosas que Jesús hacía, dijo a sus discípulos: «Tomad buena cuenta de esto: *el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres, y por ellos ha de ser muerto; mas al tercer día resucitará*». Pero ellos no entendieron este lenguaje, y les era tan oscuro el sentido de estas palabras, que nada comprendieron, ni tuvieron valor para preguntarle sobre lo dicho. Y se entristecieron en gran manera [4].

52. Tributo del Templo. Jesús exige de los discípulos sencillez de niño y les previene que se guarden del escándalo

(*Matth.* 17, 24-18, 11. *Marc.* 9, 33-49. *Luc.* 9, 46-50)

1. El hijo del rey, exento de tributos; la moneda hallada en la boca del pez. 2. La sencillez de niño y el reino de los cielos. 3. El «hijo del trueno» y el exorcista. 4. Malicia y castigo del que escandaliza. 5. Dos razones de la malicia del escándalo.

210. Habiendo llegado a Cafarnaum [5], se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo del didracma [6], y le dijeron: «¿Vuestro maestro no paga el didracma?» «Sí», respondió Pedro. Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesús diciendo: «¿Qué te parece, Simón? Los reyes

---

[1] El Salvador da como razón la «incredulidad», es decir, la falta de fe *firme* y de confianza en el poder del divino Maestro; se habían *acobardado* los discípulos por lo difícil del caso y ante las miradas escrutadoras de los escribas.

[2] Los discípulos de Jesús han de demostrar fe viva y confianza inquebrantable en Dios, convencidos de que puede ayudarles y les ayudará, aun con milagros, si la cosa es conforme a los fines de su sabiduría. Una fe de esa naturaleza, es decir, insignificante al parecer, pero de virtud tan fuerte como el granito de mostaza (cfr. *Matth.* 13, 31), «traslada los montes», hace posible lo imposible y vence todos los obstáculos. Pero téngase muy en cuenta que la confianza no es la fuerza y la causa misma del feliz resultado de la oración, sino un requisito moral, en virtud del cual obra Dios omnipotente, omnisciente y bondadoso y escucha a los que a El acuden.

[3] El *ayuno* (ejercicio de vencimiento y dominio de sí mismo) eleva al alma sobre los apetitos de la concupiscencia, y la *oración* la une con Dios; cuanto más íntimos y continuos sean estos ejercicios, tanto más íntima será la unión con Dios, y mayor la capacidad del alma para recibir las divinas gracias, y mayor también la facultad para dominar los malos espíritus (cfr. núms. 88, 93, 145). El pasaje encierra a la vez un nuevo testimonio de cómo es voluntad de Jesucristo que en su Iglesia se practique el ayuno (cfr. núm. 132). Observa muy bien W. Foester (*Jugendlehre*[3] 25) que, aun considerada la cosa desde el punto de vista puramente humano, el ayuno, la ascesis en general, es un medio natural de educación para todas las naturalezas profundas; pues, «de quien nunca ha renunciado a cosas lícitas, no se puede esperar que sepa renunciar a las ilícitas». En general, no existe «virilidad robusta sin haber antes pasado por alguna forma de ascesis».

[4] Después de la *Transfiguración del Tabor* dirige Cristo su mirada al *Calvario*. Los discípulos no sabían unir estas dos cosas. Sin embargo, estaban ya prevenidos contra la tentación que les deparaba la Pasión de Jesús, conociendo claramente que era *voluntaria*, como lo habían dicho los profetas y el mismo Jesucristo (cfr. *Is.* 53, 7; *Ioann*, 10, 17 etc.).

[5] *Matth.* 17, 23-26.

[6] El tributo del Templo, a que estaba obligado todo israelita desde los 20 años, importaba medio siclo sagrado, medio stater o dos dracmas áticas, marco y medio poco más o menos (cfr. pág. 152, nota 1). Destinábase este tributo al sostenimiento del culto público, especialmente para costear el holocausto cotidiano. En tiempo de Cristo la recaudación del tributo del Templo estaba perfectamente organizada, tanto en Palestina como en la Diáspora.

de la tierra ¿de quién cobran tributo o censo, de sus mismos hijos o de los extraños?» «De los extraños», dijo él. Replicó Jesús: «Luego los hijos están exentos [1]. Con todo, por no escandalizarlos, ve al mar y echa el anzuelo, y coge el primer pez que saliere; y abriéndole la boca, hallarás una pieza de plata de cuatro dracmas; tómala, y dásela por mí y por ti».

211. Llegado que hubieron a casa, les preguntó: «¿De qué ibais tratando en el camino?» Mas ellos callaban; y es que habían tenido en el camino una disputa entre sí sobre quién de ellos fuese el mayor de todos en el reino de los cielos [2]. Entonces Jesús, sentándose, llamó a los Doce y les dijo: «Si alguno pretende ser el primero, hágase el último de todos y el siervo de todos». Y tomando a un niño, le puso en medio de ellos; y después de abrazarle [3], díjoles: «En verdad os digo, que si no os tornáis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ése tal será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere a un niño como éste [4] en nombre mío, a mí me acoge; y quien a mí me recibe, no me recibe a mí, sino a quien me ha enviado. El que entre vosotros es el menor, ése es el mayor».

212. Tomó la palabra Juan y dijo: «Maestro, hemos visto a uno que andaba lanzando los demonios en tu nombre, que no es de nuestra compañía, y se lo hemos prohibido». «No hay por qué prohibírselo [5], respondió Jesús; puesto que ninguno que haga milagros en mi nombre, podrá luego hablar mal de mí. Que quien no está contra vosotros, por vosotros está [6]. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque seáis discípulos de Cristo, en verdad os digo que no será defraudado en su recompensa» [7].

213. «Mas quien escandalizare a alguno de estos pequeñitos que creen en mí, mucho mejor le fuera que le ataran al cuello una rueda de molino [8]

---

[1] Con más razón lo está el *Unigénito de Dios* del tributo para el palacio de su Padre. Con ello recuerda Cristo a san Pedro la profesión de fe, le da ocasión de corroborarla y le equipara en cierto modo consigo mismo, como a vicario suyo. Bien lo entendieron los demás apóstoles; de ahí su conversación acerca de la primacía.

[2] *Marc.* 9, 32 s. Discusiones análogas se suscitaban a menudo entre los apóstoles.

[3] Para significar cuán grande sea su amor a los niños por la sencillez, humildad e inocencia que en ellos resplandecen, y cuánto amará a los apóstoles que se les asemejen. Los *sentimientos infantiles,* y no la primacía externa, deciden de la grandeza en el reino de Cristo.

[4] Propiamente en sentido literal: «quien movido a misericordia acoge a un niño necesitado»; y en sentido figurado, como se ve por lo que sigue: «quien acoge a un discípulo verdadero de Jesús». Los apóstoles deben esforzarse por asemejarse a los niños.

[5] Los discípulos vieron sólo el lado externo de la acción del exorcista; y, creyendo que sólo tenían derecho a obrar y hablar en nombre de Jesús quienes le siguiesen libre y abiertamente, se lo prohibieron; pues no les constaba que fuese discípulo. Mas Jesús quiere que se le deje en paz. Porque, quien invocando el nombre de Jesús ejerce poder sobre los espíritus malos, no puede al momento blasfemar de él (cfr., por ejemplo, también I *Cor.* 12, 3).

[6] Estas palabras parecen estar en contradicción con aquellas otras que se leen más tarde: «Quien no está conmigo, está contra mí» (*Luc.* 11, 23); pero allí declara Jesús una verdad general, a saber: que los hombres por necesidad tienen que estar o por él o contra él, ser hijos de Dios, o hijos de Satanás; aquí, en cambio, combate la falsa opinión de los discípulos que consideraban como enemigos a todos los que no estuviesen con ellos en la compañía del divino Maestro. Jesús dice: «Quienquiera que enseñe y haga lo que vosotros, con vosotros está, pues corrobora vuestra doctrina»; no le censuréis, pues, sino tratadle como querríais que se os tratara a vosotros (núm. 175). [7] Cfr. núm. 175.

[8] Propiamente una piedra de molino de las que suele mover un asno; con ello quiso significar una piedra de gran tamaño.

y le echaran al mar. ¡Ay del mundo por razón de los escándalos! Bien es forzoso que vengan escándalos [1]; mas ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! Que si tu mano te es ocasión de escándalo, córtala y arrójala de ti; más te vale entrar manco en la vida eterna, que tener dos manos y ser arrojado en el infierno [2], en el fuego inextinguible, en *donde su gusano nunca muere, y el fuego nunca se apaga* [3]. Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtalo y arrójalo de ti; más te vale entrar cojo en la vida eterna, que tener dos pies y ser arrojado al infierno, al fuego inextinguible, donde su gusano nunca muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te sirve de escándalo, arráncalo y arrójalo de ti; más te vale entrar *tuerto* en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado en el fuego del infierno, donde su gusano nunca muere, y el fuego jamás se apaga».

214. «Porque allí serán todos ellos salados con fuego, y toda víctima será sazonada con sal [4]. La sal es buena; mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened siempre en vosotros sal [5], y guardad la paz entre vosotros».

---

[1] Y no puede ser de otra suerte, porque «el mundo entero está poseído del mal espíritu» (I *Ioann.* 5, 19); mas Dios lo permite, porque deja a los hombres el libre albedrío y a los justos la ocasión de lucha, para que así «se descubran los que son de virtud probada» (I *Cor.* 11, 19). Acerca del escándalo cfr. también núms. 143 y 165.

[2] Sobre este particular cfr. página 188, nota 4.

[3] *El gusano* de la mala conciencia que eternamente está royendo, el *fuego* del infierno (núm. 166) que nunca se extingue. Guillermo Schneider, obispo que fué de Paderborn (*Das andere Leben. Ernst und Trost der christlichen Welt-und Lebensanschauung* [6], Paderborn 1902, 527 s.), dice a propósito del *fuego del infierno:* «El fuego del infierno será *efectivo* desde el día del Juicio Final; mas no es preciso que sea corpóreo a la manera que ordinariamente se le describe. Nada sabemos acerca de la causa eficiente y de la esencia de ese fuego. Y no va ni contra la Sagrada Escritura ni contra la tradición quien opine que no ha de obrar sobre el cuerpo del condenado de afuera adentro, sino que ha de encenderse y alimentarse de continuo y para siempre del *alma* misma. Así como el cuerpo glorioso recibe del ánima el resplandor, no de otra manera los cuerpos de los condenados llevan en sí el hogar del fuego del infierno... En pro de esta hipótesis habla la experiencia psicológica. Un deseo vehemente, un movimiento del ánimo, una pasión violenta, en particular el furor de la ira y de la desesperación y, finalmente, una conciencia atormentada, encienden en el cuerpo un *verdadero* fuego, que se manifiesta en los ojos centelleantes, en el rostro encendido, en la sangre que hierve en las venas. ¡Qué incendio corporal tan grande no experimentará el ánima inflamada por la amargura, por la vergüenza y la desesperación! Plutarco observa que los atormentados por frío o fuego interior sufren más que aquellos a quienes el frío o el calor les viene de afuera. Por la simpatía del cuerpo con la conciencia atormentada, el frío y el calor alternan en la tortura de los sentidos del condenado; de ahí la razón de ser del frío helador que el Dante incluye en la escala de castigos del infierno. Con esta hipótesis acerca del fuego del infierno se explica cómo cada cuerpo y aun cada miembro de un mismo cuerpo puede ser atormentado a medida de su participación en el pecado; cúmplese en ello aquel refrán: Por donde uno pecó, por allí es atormentado». Acerca de la esencia del fuego del infierno hablan por extenso Pohle, *Lehrbuch der Dogmatik* III [4] 682 ss., y Jos. Zahn, *Das Jenseits* (Paderborn 1916) 159 ss.

[4] *La sal,* imagen de la incorruptibilidad, acompañaba a todo sacrificio en señal de la estabilidad de la Alianza entre Dios y los suyos; aquí, en cambio, aparece como símbolo de la enemistad entre Dios y aquellos que quebrantan la Alianza, como símbolo de la eternidad del fuego y de las penas de las víctimas de la justicia divina. Y así como la sal rodea un cuerpo y le penetra sin consumirlo, antes bien ello sirve para que se conserve, eso mismo hace el fuego del infierno con los cuerpos y las almas de los condenados. El Salvador exhorta a los apóstoles a ser como la sal en el sentido bueno y glorioso de la palabra (cfr. núm. 141), para que se vean libres de aquella terrible desgracia.

[5] Como símbolo de la sabiduría divina y de la gracia (núm. 141) que os guarde de la soberbia y de la ambición, único medio de conservar la paz recíproca.

«Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos; porque os hago saber que *sus ángeles en los cielos* [1] están siempre viendo la cara de mi Padre celestial [2]. Pues el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido» [3].

53. De la corrección fraterna

(*Matth.* 18, 15-20)

1. Concepto, suerte, manera y motivo de la corrección fraterna. 2. Autoridad y poder de la Iglesia. 3. Virtud de la oración en común.

215. Y continuó Jesús: «Si tu hermano pecare contra ti, ve y corrígele estando a solas con él [4]. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no hiciere caso de ti, todavía válete de una o dos personas. Y si no los escuchare, díselo a la iglesia [5]; *pero si ni a la misma iglesia oyere, tenle como por gentil y publicano* [6].

En verdad os digo, que *todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo;* y todo lo que desatareis sobre la tierra, será también desatado en el cielo.

Os digo más: que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre, que está en los cielos. Porque *donde dos o tres personas se hallan congregadas en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellas*» [7].

54. Parábola del siervo sin entrañas

(*Matth.* 18, 21-35)

1. Ocasión de la parábola. 2. Culpa del siervo e indulgencia del rey. 3. Dureza del siervo para con su compañero.

216. En esta sazón, acercándose Pedro, le dijo: «Señor, *¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano,* cuando pecare contra mí? ¿hasta

---

[1] *Primer* motivo para guardarse de escandalizar: los santos *Angeles Custodios.* Aquí oímos de boca del Salvador un testimonio de la existencia de Angeles Custodios; por ello este pasaje se lee en el Evangelio de la fiesta de los Santos Angeles Custodios. Alude el Salvador a los Angeles Custodios para declarar el valor de un alma, aunque sea de un niño, pues se le da por compañero que le asista a un príncipe del cielo, y para que estemos sobre aviso; porque estos espíritus celestiales, así como son testigos de la tentación, así también son acusadores temibles ante Dios y vengadores del escándalo.

[2] Llevan siempre consigo el cielo, como los espíritus malos el infierno (*Matth.* 12, 43; *Luc.* 11. 24).

[3] *Matth.* 18, 11; más expresamente, abajo. *Segundo* motivo: el amor de Jesús al alma. Pónese aun más de manifiesto en la parábola de la oveja perdida (*Matth.* 18, 12-14).

[4] Es negocio de la caridad avisar al que peca, para que reconozca su falta, pero avergonzándole lo menos posible.

[5] Es decir, al superior eclesiástico competente; y lo que aquí se dice de las faltas contra la caridad, se aplica siempre que es preciso tomar una resolución encaminada al bien espiritual de los hombres.

[6] Quien desprecia la autoridad de los legítimos superiores eclesiásticos, ya no pertenece a la Iglesia de Cristo, porque desprecia al Salvador mismo (cfr. núm. 175; II *Thess.* 3, 14; *Tit.* 3, 10 s.), y debe ser formalmente excomulgado para que abra los ojos, y sean los demás advertidos y preservados del contagio (I *Cor.* 5, 3-13; I *Tim.* 1, 20).

[7] Para que mejor conozcáis cuánto agrada a Dios esta concordia y caridad, os digo que será escuchada toda oración que saliere de las almas unidas en la caridad, porque yo pido con ellas.—Es una verdad de fe que la oración que reúne las debidas condiciones es escuchada; Dios otorga lo que se le pide, o, de no ser ello conveniente, concede otra cosa mejor (cfr. núms. 147 y 243).

siete veces?» Respondióle Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete [1]. Por esto el reino de los cielos viene a ser semejante a un rey que quiso tomar cuenta a sus criados. Y habiendo empezado a tomársela, le fué presentado uno que le debía *diez mil talentos* [2]. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él, y su mujer, y sus hijos, con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo". Movido el señor a compasión de aquel criado, le dió por libre, y aun le perdonó la deuda.

Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró a uno de sus compañeros que le debía *cien denarios;* y agarrándole por la garganta le ahogaba, diciéndole: "Paga lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo". El, empero, no quiso escucharle, sino que fué y le hizo encarcelar, hasta que le pagase lo que le debía [3]. Al ver los otros criados sus compañeros lo que pasaba, se contristaron por extremo, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Entonces le llamó su señor y le dijo: "¡Oh criado inicuo! yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?" E irritado el señor, le entregó en manos de los verdugos, para que fuese atormentado hasta tanto que satisficiera la deuda toda por entero [4]. Así de esta manera se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no perdonare de corazón a su hermano» [5].

b) Jesús, camino de Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos (octubre del año 29 d. Cr.)

55. Sale de Galilea. Sucesos en el camino

(*Matth.* 19, 1; 8, 19-22. *Marc.* 10, 1. *Luc.* 9, 51-62. *Ioann.* 7, 1-10)

1. Aspecto natural de la obra sobrenatural de Jesús. 2. Jesús toma el camino de Samaria. 3. Inhospitalidad de los samaritanos; celo de los «hijos del trueno». 4. Discípulos vacilantes.

217. Como hubiese llegado entretanto *la fiesta de los Tabernáculos*, dijéronle sus hermanos [6]. «Vete a Judea (con nosotros, en compañía de la

---

[1] 490 veces, o sea, innumerables veces.

[2] Podemos imaginarnos a este deudor como a un lugarteniente o alto funcionario de un rey oriental. Tales empleados, por elevado que fuera su cargo, respecto del rey se consideraban como siervos.—Un talento (ático) equivalía a 6000 denarios; de donde 10000 talentos vienen a ser 60 millones de denarios, unos 52 millones de marcos—suma exorbitante en comparación de los 100 denarios del compañero, unos 87 marcos, que parecen una nonada. «Para los valores elevados (mina y talento), estaba en uso (en tiempo de Cristo) la moneda ática; una dracma o denario venía a valer 0,87 marcos; una mina de plata, 87 marcos; un talento de plata, 5220 marcos (véase Kalt, *Biblische Archäologie* núm. 68).

[3] Según las leyes romanas de entonces, el acreedor tenía derecho a proceder de esa suerte. Podía también guardarlo arrestado y obligarle a pagar su deuda mediante prestación de trabajo.

[4] Lo que Dios ha perdonado una vez, perdonado queda para siempre. La parábola quiere sólo decir que al *irreconciliable* le espera *un juicio sin compasión (Iac.* 2, 13).

[5] Esta exigencia de Jesús es celestial y sobrenatural, y su cumplimiento, propio del Cristianismo. Cierto es que ya algunos de los más nobles filósofos gentiles recomendaron el perdón magnánimo de los vencidos y desgraciados, pero nadie se atrevió a imponer la doctrina del perdón incondicional y reiterado de que tenemos ejemplo en Dios (cfr. Waldmann, *Die Feindesliebe in der antiken Welt und im Christentum* [*Theologische Studien der Leo-Gesellschaft* I], Viena 1902).

[6] Es decir, parientes; cfr. núm. 104.

caravana de Galilea que va a la fiesta), para que también aquellos discípulos tuyos vean las obras maravillosas que haces. Puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido; ya que haces tales cosas (tan grandes prodigios como vemos aquí), date a conocer al mundo». Porque aun muchos de sus hermanos no creían en él [1]. Mas Jesús les dijo: «Mi tiempo no ha llegado todavía; el vuestro siempre está a punto [2]. A vosotros no puede el mundo aborreceros; a mí sí que me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Vosotros subid a esa fiesta, mas yo no subo a ella (con vosotros, con los designios y el objeto que de mí exigís); porque mi tiempo aun no se ha cumplido».

218. Dicho esto, él se quedó en Galilea. Pero después que marcharon sus hermanos, él también se puso en camino para ir a la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto [3]. Y cuando estaba para cumplirse el tiempo en que Jesús había de ser recibido arriba [4], mostróse decidido para ir a Jerusalén [5]. Despachó a algunos delante de sí a una ciudad de los samaritanos en demanda de hospedaje. Mas no quisieron recibirle, porque el aspecto era de uno que iba a Jerusalén [6]. Viendo esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: «¿Quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?» [7] Pero Jesús, vuelto a ellos, les reprendió diciendo: «No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para perder a los hombres, sino para salvarlos». Y con esto se fueron a otra aldea [8].

219. Y sucedió en el camino, que se le acercó un escriba diciendo: «Señor, yo te seguiré a dondequiera que fueres». Pero Jesús le respondió:

---

[1] Como hubiesen visto los milagros de Galilea y esperasen un reino como los «de este mundo», querían moverle a que abandonase aquel país desacreditado y sin importancia, y se trasladase a la capital de Judea, centro de la vida religiosa y política, para allí hacer valer sus pretensiones mesiánicas. No tenían fe verdadera en el Mesías y en su reino; entendían de una manera natural lo que era sobrenatural.

[2] Nuestros mensajes son completamente diversos. Para mi obra, mi Pasión y Muerte, aun no ha llegado el tiempo; por eso debo yo todavía guardarme del odio de los judíos y no puedo ir ahora a Jerusalén con la intención y finalidad que vosotros exigís de mí. Pero vosotros podéis realizar vuestra obra; a vosotros no os odian; pues todavía no estáis en flagrante oposición con el mundo.

[3] Jesús no fué en la *comitiva de los peregrinos;* llegó al final de la fiesta—todavía a tiempo para decir verdades importantes; pero fué tan de sorpresa y tan de paso, que el Sanedrín no pudo tomar una medida seria.

[4] Literalmente según la *Vulgata:* de su asunción, es decir, de su Pasión y glorificación.

[5] Literalmente: «El afirmó su faz para ir a Jerusalén», es decir, llevó con ello a cabo su firme e invariable resolución. Dejó Galilea, para en adelante continuar y acabar su ministerio en Judea. Sólo de paso tocó una vez Galilea, quizá solamente los límites.

[6] Los samaritanos negaban a menudo la hospitalidad a los peregrinos galileos que iban a Jerusalén; y aun a veces caían sobre ellos y los mataban. Josefo nos cuenta un caso *(Ant.* 20, 6, 1).

[7] Los manuscritos griegos añaden: «Como hizo Elías». Jesús les enseña que en el Nuevo Testamento deben reinar la mansedumbre y la misericordia, no el espíritu de rigor y de justicia del Antiguo Testamento, especialmente en la época de Elías.—La violencia del enojo se explica por el amor que profesaban al Maestro y por su carácter fogoso, por lo que el Señor les llamó «Boanerges» *(boane-regesch = b'ne-regesch;* según san Jerónimo, *b'ne-ra'am),* es decir, «hijos del trueno» *(Marc.* 3, 17; núm. 137). Negar la hospitalidad se consideraba en Oriente como una ruindad; negársela a los peregrinos que iban a Jerusalén, era entre los judíos algo que clamaba al cielo.

[8] Probablemente de Galilea, para ir a Transjordania pasando por el límite meridional de Galilea.

«Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza» [1]. A otro, empero, le dijo Jesús: «Sígueme»; mas éste respondió: «Señor, permíteme que vaya antes, y dé sepultura a mi padre». Replicóle Jesús: «Deja a los muertos el cuidado de sepultar a sus muertos [2]; pero tú ve y anuncia el reino de Dios». Y otro le dijo: «Yo te seguiré, Señor; pero primero déjame ir a despedirme de mi casa». Respondióle Jesús: «Ninguno que pone la mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios» [3] (lám. 5 b).

56. Misión de los setenta y dos discípulos [4]

(*Luc.* 10, 1-24; cfr. *Matth.* 11, 20-30)

1. Avisos y normas para la misión. 2. Regreso y relación de su obra. 3. Júbilo mesiánico de Cristo. 4. Jesucristo felicita a los discípulos.

220. Después de esto señaló el Señor otros setenta y dos discípulos [5], a los cuales envió delante de él, de dos en dos, por todas las ciudades y lugares [6] a donde había de venir él mismo. Dióles avisos y normas, como diera antes a los apóstoles [7]. Díjoles entre otras cosas:

«La mies a la verdad es mucha, mas los trabajadores pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies... Curad a los enfermos y decidles: El reino de Dios está cerca de vosotros. Pero si en la ciudad donde hubiereis

---

[1] *Jesús, el Hijo de Dios,* vivió en completa *pobreza*, sin propiedad de ningún género, alimentándose de las limosnas de sus criaturas. Con su pobreza quiso *expiar* los crímenes y pecados que nacen del egoísmo, de la codicia y de la sensualidad. Con la pobreza quiso *enseñarnos* que la verdadera grandeza, la verdadera paz, la verdadera felicidad interna, son independientes de la posesión y disfrute de los bienes terrenos. «Bien sabéis cuál haya sido la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de que vosotros fueseis ricos por medio de su pobreza» (II *Cor.* 8, 9).—La respuesta de Jesús deja entrever que el escriba no vino con recta intención, sino que esperaba del seguimiento de Cristo ganancia terrena y gloria humana; de ahí que le desechase el Salvador.

[2] De estas palabras del Salvador se desprende que los parientes de aquel hombre estaban muertos espiritualmente, es decir, muertos a Dios, a la gracia, de donde resultaban peligrosos para la vocación y salud eterna. Aquí nos enseña Jesús que se debe seguir al llamamiento sin dilación y anteponer su amor al de las criaturas.—«Según tradición antigua, admitida ya por Clemente (*Strom.* 3, 25), nacida quizá del Evangelio (apócrifo) de Felipe, las susodichas palabras (*Luc.* 9, 60) fueron dirigidas a Felipe, al evangelista Felipe, puesto que se refieren a uno que no es apóstol». Así Th. Zahn, *Einl.* II³ 339, nota 27.

[3] Quien quiera ingresar en el reino de Dios, debe aplicarse por entero y con asiduidad a lo divino y eterno, como el diligente labrador consagra su atención y actividad al arado, y no debe conservar apego desordenado a lo terreno. A Eliseo se le permitió despedirse de sus padres, porque en ello iba guiado de nobles sentimientos y no había peligro para su vocación.

[4] Cfr. Meinertz, *Jesus und die Heidenmission* 122 ss.

[5] Muchas ediciones dicen setenta; este número trae a la memoria los 70 (ó 72) Ancianos, que por mandato de Dios señaló Moisés para auxiliares suyos. La Iglesia ve figurados en estos discípulos (como en aquellos Ancianos) a los *sacerdotes, que son auxiliares de los obispos (Pontif. Rom. Ordin. Presb. in praef.).* La misión que el Salvador confió a los discípulos, análoga a la que antes encomendara a los apóstoles (cfr. núm. 173 ss.), es indicio manifiesto de que no había de ser transitoria, sino que se trataba de uua institución permanente de la Iglesia (cfr. Grimm, *Leben Jesu* IV, 179 ss.).

[6] Seguramente de los confines meridionales de Galilea, en el camino de Transjordania (núm. 218).

[7] Cfr. núm. 173.

entrado no quisiesen recibiros, saliendo a las plazas, decid: Hasta el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad lo sacudimos contra vosotros. Yo os aseguro que Sodoma será tratada en el día aquel del Juicio con menos rigor que la tal ciudad ¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida! [1] Porque si en Tiro y en Sidón hubiesen acaecido los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que hubieran hecho penitencia [2]. Por eso Tiro y Sidón serán juzgadas con más clemencia que vosotras [3]. Y tú, Cafarnaum, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? No; serás abatida hasta el profundo del infierno [4]. El que os escucha a vosotros, me escucha a mí; y el que os desprecia a vosotros, a mí me desprecia. Y quien a mí me desprecia, desprecia a aquél que me ha enviado» [5].

221. Al cabo de algún tiempo regresaron [6] los setenta y dos discípulos llenos de gozo, diciendo: «Señor, hasta los demonios mismos se sujetan a nosotros por la virtud de tu nombre». A lo que les respondió: «Yo estaba viendo a Satanás caer del cielo a manera de relámpago [7]. Vosotros veis que os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo [8], de suerte que nada podrá haceros daño. Con todo, no tanto habéis de gozaros porque se os rinden los espíritus inmundos, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos» [9].

En aquel mismo punto manifestó Jesús un extraordinario gozo por impulso del Espíritu Santo [10], y dijo: «Yo te alabo, Padre mío, Señor del

---

[1] Cfr. núm. 106. Estos ayes de Jesús son como el eco de la despedida de Galilea (página 253, nota 5). Las palabras demuestran lo que *Ioann.* 20, 30 dice expresamente: que los evangelistas nos dan sólo un extracto de los hechos de Jesús, pues en ninguno de los cuatro Evangelios se cuenta cosa alguna de los numerosos e importantes milagros realizados en Corozaín y Betsaida.

[2] En boca de quien dijo: «Decimos lo que sabemos», las palabras del texto son algo más que una figura retórica. Jesús se atribuye en ellas ciencia aun de cosas que sucederían si se cumpliese cierta condición (*scientia media*). Mas ¿por qué no predicó Jesús y obró milagros en Tiro y Sidón, sabiendo que los habitantes de aquellas ciudades se habrían convertido? No se negaron a estas ciudades los medios suficientes para la conversión; pero en cuanto a los medios extraordinarios—y de tales se trata aquí—Dios no está obligado a dárselos a nadie; si los da, demuestra en ello su bondad infinita; si los niega, a nadie hace injusticia.

[3] Pues cuanto mayores sean el conocimiento, la obstinación y el desprecio de Dios, tanto más riguroso será el juicio y mayor el castigo.

[4] Es decir: ¿Todavía no te bastan las distinciones, las demostraciones del poder divino? ¿Acaso quieres ser elevada al cielo? No; oprobio y perdición vendrán sobre ti. De esta ciudad sólo quedan hoy ruinas, entre las cuales crece pujante el abrojo (cfr. núm. 106).

[5] Cfr. núms. 175 y 215.

[6] Quizá hallaron todavía al Salvador en Perea.

[7] El Salvador quiere evidentemente decir: Bien lo sé; pues vi que a vuestra palabra caía Satanás, raudo y sin poderse resistir, como cae el rayo del cielo

[8] Sobre todas las criaturas que de alguna manera son tributarias del infierno (cfr. *Marc.* 16, 18), y sobre todo lo malo que viene de Satanás, ese adversario maligno e inquieto del linaje humano (*Sap.* 2, 24 s. *Ioann.* 8, 44. *Apoc.* 12, 9 s.).

[9] Aun teniendo el don de hacer milagros, puede uno perderse (*Matth.* 7, 22; cfr. núm. 148); más que todo ello vale el grado ínfimo de gracia santificante y de virtud. Por eso debéis tener en mucho mayor aprecio la gracia y la elección que de vosotros he hecho para que me sigáis en la tierra y un día gocéis conmigo eternamente en el cielo (cfr. I *Cor.* 12, 30; 13, 1 ss.). Véase también Jos. Zahn, *Einführung in die christliche Mystik* 563 s.

[10] Del cual estaba lleno en cuanto hombre (*Matth.* 7, 22; cfr. núm. 11). El divino Maestro se llenó de gozo por los progresos que hacían sus discípulos en el conocimiento de las cosas divinas y en el desempeño de la elevada y próspera misión que les confiara. Se llenó de júbilo de que su Padre celestial hubiese manifestado a los humildes y sencillos discípulos las verdades sublimes y los misterios escondidos a los sabios del mundo (cfr. I *Cor.* 1, 17-31). Véase también Meinertz, *Jesus und die Heidenmission* 100 s.

cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas a los sabios y prudentes, descubriéndolas a los pequeños. Así es, ¡oh Padre!, porque así fué de tu agrado. *El Padre ha puesto en mi mano todas las cosas. Y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo quisiere revelarlo»* [1]. Y vuelto a sus discípulos, dijo: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Pues os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; como también oír las cosas que vosotros oís, y no las oyeron [2]. Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera» [3].

57. Parábola del buen samaritano

(*Luc.* 10, 25-37)

1. Ocasión de la parábola. 2. La parábola: *a)* digno de lástima, *b)* sin entrañas, *c)* compasivo.

222. A estas últimas palabras de Jesús se levantó [4] un doctor de la Ley, y díjole por tentarle [5]: «Maestro, ¿qué debo hacer yo para conseguir la vida eterna?» Y Jesús le respondió: «¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? ¿cómo lees?» Respondió él: «Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo» [6]. Replicóle Jesús: «Bien has

---

[1] Estas palabras de Jesús, críticamente inatacables, auténticas e inalteradas, esta parte imborrable del mensaje evangélico más antiguo, este documento brillante de la identidad cristológica de los Sinópticos y de san Juan (los adversarios lo llaman «pasaje joánico de los Sinópticos»), es un testimonio luminoso de la conciencia divina de Jesús. «Nadie», es decir: ningún entendimiento creado puede comprender adecuadamente al Hijo (en toda su perfección); sólo el Padre le conoce adecuadamente. De la misma manera, no hay entendimiento creado que comprenda adecuadamente al Padre; sólo el Hijo le comprende de una manera perfecta. De ahí se sigue que *el Padre y el Hijo son iguales en esencia y en perfección.* Al reino de los cielos se entra sólo por el Hijo. Pues «todo cuanto se relaciona con la salvación de la humanidad el Padre lo ha entregado al Hijo, nada ha reservado para otro; lo decisivo para la salud es la relación que uno adquiera con el Hijo». Cfr. Bartmann, *Das Himmelreich und sein König,* 130 ss.; H. Schumacher, *Die Selbstoffenbarung Jesu bei Matth. 11, 27 (Luc.* 10, 22). *Eine Kritisch-exegetische Untersuchung* (Friburgo 1912; Kogler en *ThpQS* 1913, 50 ss. y a menudo, y 1914, 100 ss. y a menudo).

[2] Bienaventurados los que habéis presenciado la venida del Mesías y sois discípulos de él (cfr. núm. 161).

[3] Con estas palabras (*Matth.* 11, 28-30) se vuelve Jesús a todo el pueblo y a todos los hombres, enseñándoles a encontrar el verdadero consuelo y auxilio *en el corazón del divino Redentor,* y la verdadera paz en su fiel imitación. Recuerda especialmente la *mansedumbre y la humildad,* porque ellas son el fundamento de todas las virtudes sobrenaturales y se oponen a los vicios de la soberbia y de la ira, que son los que más estragos hacen en el corazón del hombre, robándole la paz, por lo que son la señal del hombre desenfrenado.

[4] Quizá se encontraba ya Jesús en la comarca donde localiza la parábola, en el camino de Jericó a Betania.

[5] Para poner a prueba sus opiniones y el conocimiento de la Ley, y acaso para sorprenderle en alguna manifestación contra la Ley o contra la interpretación tradicional de la misma.

[6] *Deut.* 6, 5.

respondido; haz eso y vivirás». Mas él, queriendo dar a entender que era justo [1], preguntó a Jesús: *¿Y quién es mi prójimo?* [2]

223. Entonces Jesús tomando la palabra dijo: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y aunque le vió, pasó de largo. Llegó asimismo al lugar un levita, vióle y siguió adelante [3]. Pero acertando a pasar por allí un caminante samaritano, llegóse a él, y viéndole, movióse a compasión. Y acercándose, le lavó con aceite y vino [4] las heridas y se las vendó; y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios de plata [5] y los dió al mesonero, diciéndole: Cúidame a este hombre; y todo lo que gastares de más, yo te lo abonaré a mi vuelta. ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» [6] «Aquél, respondió el doctor, que usó con él de misericordia». «Pues anda, díjole Jesús, y haz tú otro tanto» [7].

224. De Jerusalén a Jericó. El camino de Jerusalén a Jericó (lám. 6 a) [8], que puede recorrerse en unas 4 ó 5 horas, partiendo de la Ciudad Santa atraviesa el valle del Cedrón y, salvando el monte Olivete por la parte meridional, toma la dirección de Betania, que deja a la izquierda; a la derecha, no muy lejos del camino, cerca de la «Piedra del Coloquio», se ven una torre y la cúpula de una iglesia griega cismática; también se ve la pequeña aldea de Abu Dis. El camino desciende rápidamente describiendo curvas hasta llegar a la «Fuente de los Apóstoles», la única que se encuentra en el actual camino de Jerusalén a Jericó; créese, no sin fundamento, ser ésta la «Fuente del Sol» de que se habla en el *Libro de Josué* (15, 7), situada en los confines de Judá; los árabes la llaman ʿAin el-Hod, fuente del pilón. Continuando el camino, todavía se ven por la primavera en el valle algunos sembrados de lentejas y cebada, mas poco a poco la vegetación desaparece, y a la vista del caminante sólo se ofrecen raquíticas matas en las laderas de los montes y rocas peladas. El paisaje va tomando aspecto cada vez más agreste y silencioso: colinas, montes y valles pelados. El camino se hace a menudo muy angosto, atravesando rocas y montículos desnudos, que en las estaciones cálidas reflejan los rayos ardientes del sol sobre el caminante. En las frescas mañanas de primavera es muy agradable un paseo por estos valles apacibles y tranquilos en buena compañía de amigos. Algo más que a mitad del camino se encuentra el Khan Hatrur, llamado por los peregrinos

---

[1] Que estaba poseído de celo por el cumplimiento exacto de la Ley.

[2] Era ésta una discusión que apasionaba a los judíos de aquel tiempo; los más contestaban que sólo los judíos, como miembros del pueblo escogido, debían considerarse como prójimos y amigos; en cuanto a los gentiles, había que odiarles como a enemigos.

[3] En Jericó había una residencia sacerdotal. Probablemente regresaban allí los sacerdotes y levitas después de terminar sus funciones en Jerusalén y, con mezquina preocupación por su propia seguridad, se apartaban a toda prisa de tan peligroso paraje (cfr. núm. 224).

[4] Que llevaba para el camino. El aceite se empleaba para aliviar el dolor (*Is.* 1, 6), y el vino para cortar la hemorragia producida por la contracción de los vasos sanguíneos y para contrarrestar la supuración.

[5] Dos denarios, 1,75 marcos (pág. 189, nota 1). El dinero tenía en aquella época valor mucho más elevado; un denario, por ejemplo, era un buen jornal.

[6] ¿Quién de estos tres se ha conducido como prójimo del desgraciado?

[7] Así también debes tú considerar como prójimo tuyo, sin distinción, a todo el que necesita de tu auxilio, y conducirte con él como prójimo.

[8] *HL* 1890, 27; 1916, 51 ss. 97 ss.

«Khan (albergue) del Buen Samaritano», y en un cerro próximo se ven las ruinas de un castillo fortificado. El camino se hace ingrato: rocas peladas y, en las cercanías, profundas gargantas; aquí está el llamado Telʿat ed-Dam (cuesta de la sangre; cfr. *Ios.* 15, 7; 18, 18). Es un lugar verdaderamente indicado para una sorpresa. De los collados inmediatos se puede espiar al incauto viajero; las gargantas y valles proporcionan buenos escondites a los salteadores después de perpetrado el crimen. El peregrino que actualmente recorre este camino en gran comitiva y en época en que circulan cómodamente los coches, no se da cuenta de lo peligroso del viaje; no así quien tiene que andarlo montado en tardo jumento, o arrastrando con mucha fatiga el terco animal. En el último tercio aparece de súbito, próximo a la carretera y visible durante algún trecho, el majestuoso Wadi el-Kelt, uno de los desfiladeros más imponentes y hermosos de Judea. Por un momento se deja ver un jirón del mar Muerto, próximo en apariencia, en realidad a unos 10 Km. Comienza de nuevo a bajar rápidamente el camino, y pronto llegamos a una gran llanura que desciende suavemente hasta el valle del Jordán y el mar Muerto. La Jericó de la época del Salvador comenzaba en el punto mismo donde el camino se ve libre del cerco de montañas que le tenía aprisionado; en las ruinas de Bet Djaber et-Tahtani creen hoy algunos descubrir la fortaleza de Cypros, de la cual dice Fl. Josefo *(Ant.* 16, 5, 2): «Encima de Jericó edificó Herodes el Grande una fortaleza agradable y segura que llamó Cypros, del nombre de su madre». La actual Jericó está situada 3 Km. al este de dichas ruinas. De donde la Jericó del tiempo de Jesucristo, por lo menos su extremo occidental, distaba 3 Km. de la actual; 3 Km. al norte se halla Tell es-Sultan, lugar de la Jericó del tiempo de Josué. Como se ve, la ciudad ha estado siempre en la misma comarca, pero no en el mismo lugar.

La campiña de Jericó, tan fértil en otro tiempo, es hoy un árido desierto por efecto del abandono de los antiguos acueductos y del descuido del cultivo. La ciudad ha desaparecido, siendo sustituída por una mísera aldea, llamada Er-Riha, con algunas quintas. Sede episcopal antiguamente, los nombres de sus obispos constan en las actas de varios Concilios. Hoy viven allí unos pocos católicos, entre griegos ortodoxos y árabes mahometanos. Los católicos tienen una capillita, a donde van a decir misa los domingos y días festivos los PP. Franciscanos de Jerusalén [1]. En Jericó hay gobernador inglés desde que Inglaterra ejerce el protectorado de Palestina.

58. Marta y María

(Luc. 10, 38-42)

1. Marta activa. 2. María contemplativa. 3. La mejor elección.

225. Caminando Jesús hacia Jerusalén, llegó a un lugar [2] donde una mujer, por nombre *Marta* [3], le hospedó en su casa. Tenía ésta una hermana *María* [4]. La cual, sentada a los pies del Señor, estaba escuchando su divina palabra. Mientras tanto Marta andaba muy afanosa disponiendo todo lo que era menester, por lo cual se presentó a Jesús y le dijo: «Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile, pues, que me ayude». Pero el Señor le dió esta respuesta: «Marta, Marta, tú te afanas y te inquietas acerca de muchas cosas. *Y ciertamente*

---

[1] Véase Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 328.

[2] De Jericó subió a Betania (cfr. núm. 224), donde vivía Lázaro, el amigo de Jesús, con sus dos hermanas Marta y María *(Ioann.* 11, 1 ss.).

[3] Marta, nombre siro-caldeo, significa señora, de *mar, maran,* señor. Acerca del nombre de María, véase página 80, nota 1.

[4] Cfr. núm. 157.

una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte [1], que no le será quitada» [2].

Betania [3] (lámina 6 b), que hoy llaman los árabes *el-ʿAzariyé,* está situada en la vertiente sudeste del monte Olivete, propiamente en el *Ras-ech-schaya,* a 15 estadios *(Ioann.* 11, 18) ó 2,8 Km. (tres cuartos de hora) de Jerusalén. Vense en sus alrededores higueras, almendros, olivos y algarrobos, y en primavera, verdeantes campos de cereales. Hoy tiene unas 60 casas con unas 300 almas. Sobre el lugar se alzan las ruinas del *palacio de Lázaro,* enorme torre construída por Melisenda, mujer del rey Fulco de Jerusalén, para defensa del monasterio de Benedictinas que ella misma hizo edificar el año 1138. Al sur de ella se ve el lugar de la casa de Lázaro y sus hermanas. En el extremo nordeste de Betania se muestra el *sepulcro de Lázaro* y, 150 m. más al oeste, la *casa de Simón el Leproso* (tradición del siglo XIII), donde en otro tiempo hubo una iglesia. En la proximidad de Betania se hallan también la «Piedra del Coloquio» y la «Cisterna de Marta».

c) Jesús asiste a la fiesta de los Tabernáculos

(De octubre a diciembre del año 29 d. Cr.)

59. Discursos de Jesús en la fiesta de los Tabernáculos

(Ioann. 7, 11-53)

1. Diversos rumores que corrían acerca de Jesús antes de su aparición en la fiesta. 2. Un grupo de concurrentes a la fiesta se admira de Jesús, que, sin haber tenido maestro, sabe las Sagradas Letras. Jesús prueba la divinidad de su doctrina y se justifica del reproche de profanador. 3. Otro grupo rehusa creer en él por su humilde procedencia. Jesús afirma su origen divino y el próximo retorno al Padre. 4. Testimonio que de sí mismo da Jesús el último día de la fiesta y efecto que produce en el pueblo y en el Sanedrín.

226. Llegó por fin [4] Jesús a Jerusalén. Los judíos habían andado buscándole el día de la fiesta, y entre la gente se hablaba mucho de él. Unos decían: «Sin duda es hombre de bien»; otros al contrario: «No, sino que trae embaucado al pueblo» [5]. Pero nadie osaba declararse públicamente

---

[1] Jesús no censura en Marta la *laboriosidad,* nacida del amor que profesaba al Maestro, pero da la preferencia al sosiego *contemplativo* de María, porque ésta se ocupaba directamente en los asuntos de la eterna salvación, mientras que aquélla, atareada en negocios externos, lo hacía indirectamente. Jesús defiende aquí a las almas interiores que dedican a la oración y contemplación todo el tiempo de que pueden disponer, una vez cumplidas las obligaciones, y condena a aquéllos que menosprecian la vida contemplativa.— La Iglesia y los Doctores ven en estas dos hermanas *el símbolo de la vida activa y contemplativa,* y dan la preferencia a la última. Mas la perfección está en la *unión de ambas,* de lo cual tenemos ejemplo en Jesús mismo y en sus santos apóstoles. Cfr. Mausbach, *Kernfragen christlicher Welt-und Lebensanschauung*[4] (M.-Gladbach 1905) 59 s.; el mismo, *Die Ethik des hl. Augustinus* (Friburgo 1909) I 69 s. y 421 s.; Schell, *Christus, das Evangelium und seine weltgeschichtliche Bedeutung* (Maguncia 1906) 77 *(Christus und die Aszese),* 96 *(Christus und der Besitz),* 102 *(Christus und die Arbeit);* con gran acierto también Jos. Zahn. *Einführung in die christliche Mystik* 117-136.

[2] La vida activa termina con la muerte; la contemplativa continúa en el cielo y allí llega a la perfección.

[3] Según san Jerónimo, «casa de la aflicción» o «de la obediencia»; según otros, «casa de la hondonada» (por la posición en que se hallaba) o «de los dátiles verdes». El nombre árabe *el-ʿAzariye* (por *el-Lazariye)* se ha formado del latín *Lazarium,* como se llamaba aquel lugar desde el siglo IV ó V. [4] Núm. 218.

[5] Así se habla a diario, observa san Agustín, de todos los servidores de Cristo. Apenas aparece uno dotado de gracias extraordinarias, y se le ve hacer progresos no comunes en la virtud, dicen unos: «es una buena persona»; y otros: «es un embaucador». Pero los que le elogian, hablan quedo; mas los que le censuran, hablan muy recio, a voz en cuello *(Tract. in Ioann.* 28, 11).

partidario suyo, por temor de los judíos (del Sanedrín). Como estuviese ya dimidiada la fiesta, subió Jesús al Templo y púsose a enseñar. Los judíos se decían unos a otros maravillados: «¿Cómo sabe éste las Letras Sagradas, sin haberlas estudiado?» (no habiendo sido discípulo de ningún escriba). Jesús les respondió:

«Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado [1]. Quien quisiere hacer la voluntad de éste, conocerá si la doctrina es de Dios, o si procede exclusivamente de mí [2]. Quien habla de su propio movimiento, busca su propia gloria; mas el que busca la gloria del que le envió, ése es veraz, y no hay en él injusticia [3]. ¿Por ventura no os dió Moisés la Ley, y con todo eso ninguno de vosotros observa la Ley? [4] Pues, ¿por qué intentáis matarme?» [5] Respondió el pueblo [6] y dijo: «Estás endemoniado» [7]; ¿quién trata de matarte?» Jesús prosiguió, diciéndoles: «*Una sola* obra hice, y todos os admiráis [8]. Por eso (tengo una cosa que deciros): Moisés os dió la ley de la circuncisión (no que traiga de él su origen, sino de los Patriarcas), y vosotros no dejáis de circuncidar al hombre aun en día de sábado. Pues si un hombre es circuncidado en sábado para no quebrantar la ley de Moisés, ¿os habéis de indignar contra mí, porque he curado a un hombre en todo su cuerpo en día de sábado? [9] No queráis juzgar por las apariencias, sino fallad con rectitud».

227. Comenzaron entonces a decir algunos de Jerusalén [10]: ¿No es éste a quien buscan para darle la muerte? Y con todo vedle que habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que los jefes del Sanedrín han conocido

---

[1] La doctrina que os propongo, no es mía—de un mero hombre, como vosotros os imagináis—sino que es de origen divino.

[2] *Criterio subjetivo* para reconocer el origen divino de esta doctrina: Quien esté siempre animado del recto anhelo de cumplir en todo la voluntad de Dios, manifestada en la ley natural y en el Decálogo, reconocerá que mi doctrina no le entorpece el camino, antes le ayuda a elevarse al cumplimiento *perfectísimo* de la voluntad divina.

[3] *Criterio objetivo* para conocer el origen divino de la doctrina: desinterés y abnegación de Jesús y único anhelo por lograr el honor y gloria del Padre. Quien, como Jesús, busca únicamente la gloria de Dios sacrificándose hasta la muerte, sirve a la verdad en todo cuanto enseña, y de él están muy lejos los manejos criminales (cfr. *Ioann.* 5, 16-18; 7, 19-24).

[4] Vosotros destruís el espíritu de la Ley, y a mí me queréis matar como a transgresor de la misma.

[5] La razón de no reconocer los judíos la misión y la doctrina de Jesús, por más que ambas llevan en sí el sello de la divinidad, es porque les falta el anhelo sincero de cumplir la voluntad de Dios, manifestada en la Ley, que promulgó Moisés en el Sinaí. Prueba de ello, el homicidio que el Sanedrín proyecta.

[6] La gente del pueblo, en particular los extranjeros que nada sabían del atentado que proyectaba el Sanedrín.

[7] Debes de estar endemoniado, pues te imaginas cosa tan increíble; de la misma manera *Ioann.* 8, 48; 10, 20 s.

[8] Refiérese Jesús al hombre que llevaba enfermo 38 años, cuya curación fué el motivo de que le acusaran de violar el sábado y le buscasen para matarle (cfr. *Ioann.* 5, 18; núm. 133).

[9] Jesús se defiende brillantemente de la acusación de violar el sábado. En la Ley mosaica, dice el Salvador a sus acusadores, se prescribe la circuncisión del niño a los 8 días de nacer y el descanso sabático. Y si el octavo día cae en sábado, no hacéis cuenta de ello y circuncidáis al niño. Anteponéis, por consiguiente, la ley de la circuncisión, que es una ley ceremonial que se practica en un miembro del cuerpo, a la del descanso sabático ¿Cómo, pues, podéis decir que yo quebranto la ley del sábado por realizar en sábado con una sola palabra de mi boca, no ya una curación parcial, sino la total?

[10] Que habían oído algo de lo que los enemigos de Jesús maquinaban contra él, y ellos mismos le eran desafectos. Viviendo en la capital, sabían mejor que los extranjeros arriba mencionados (nota 6) lo que el Sanedrín tramaba contra Jesús.

de cierto ser éste el Cristo? Pero de éste sabemos de dónde es [1]; mas, cuando venga el Cristo, nadie sabrá su origen» [2]. Entretanto decía Jesús en alta voz en el Templo, enseñando y diciendo: «Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy; pero **yo no he venido de mí mismo,** sino que me ha enviado el Veraz, al cual vosotros no conocéis [3]. Yo sí que le conozco, porque de él soy, y él me ha enviado [4]. Al oír esto, buscaban cómo prenderle; mas nadie puso en él las manos, porque aun no era llegada su hora. Entretanto muchos del pueblo creyeron en él, y decían: «Cuando venga el Cristo, ¿hará por ventura más milagros que los que hace éste?» [5]

Habiendo oído estas cosas los fariseos, de acuerdo con los sumos sacerdotes despacharon ministros para prenderle. Pero Jesús les dijo a ellos y a los judíos que en torno de él se habían congregado: «Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo [6], y después me voy a aquél que me ha enviado [7]. Vosotros me buscaréis [8], y no me hallaréis; y donde yo estoy [9], vosotros no podéis venir». Sobre lo cual dijeron los judíos entre sí: «¿A dónde irá éste, que no le hayamos de hallar? ¿Iráse quizá a los que están dispersos entre los gentiles y a enseñar a los gentiles?» [10]

228. En el último día de la fiesta, el día grande [11], Jesús se puso en pie, y en alta voz decía: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Del seno de aquél que cree en mí manarán, como dice la Escritura, *ríos de agua viva*» [12]. Esto lo dijo por el Espíritu Santo, que habían de recibir los

---

1 Conocemos su origen, a sus padres (cfr. *Ioann.* 6, 42; núms. 118 y 186).—«Este», en tono despectivo.

2 Tanto la ascendencia davídica del Mesías como el nacimiento en la ciudad de Belén (*Mich.* 5, 2) estaban claramente anunciados en los profetas. Pero en lo tocante a la ascendencia próxima había gran variedad de opiniones imprecisas y erróneas, fundadas en vaticinios proféticos que hablan del origen divino del Mesías (cfr. Lagrange, *Le Messianisme chez les Juifs,* París 1909).

3 Vosotros me conocéis por defuera; conocéis también mis hechos y milagros, de los cuales deberíais colegir *que soy algo más* de lo que indican mi nacimiento y origen humano; deberíais concluir que yo soy lo que ya os dije: «De mí mismo no he venido, etc.», es decir, que soy el *Mesías* prometido, de quien vosotros acabáis de hablar. Bien lo entendieron los judíos; por eso querían prenderle.

4 Cfr. núm. 97.

5 Cfr. núm. 109.

6 Es decir, hasta la próxima Pascua, medio año aproximadamente.

7 Vuestro deseo, por consiguiente, será en parte cumplido; pero entonces iréis a buscarme.—Refiriéndose a las providencias que los miembros del Sanedrín habían tomado para prenderle, Jesús habla con divina tranquilidad y elevación de su próxima ida al Padre.

8 Iréis en busca del Mesías después que me hayáis desechado; pero no le encontraréis, antes bien seréis excluídos de su reino (cfr. *Ioann.* 5, 43; núm. 134).

9 Donde estoy yo en todo tiempo y he de estar luego de mi muerte redentora, en la gloria celestial.

10 Más tarde (*Ioann.* 8, 22; cfr. núm. 231) emiten otra conjetura.

11 Con ocasión de la ceremonia de sacar el agua. Porque en la fiesta de los Tabernáculos se traía con gran solemnidad y júbilo de la fuente de Siloé el agua, que se mezclaba con las libaciones (cfr. tomo I, pág. 344). El nombre de la fuente, Siloé (en hebreo *schiloách*), es decir, enviado, trae a la memoria el nombre del Mesías, «que había de ser enviado» (*Gen.* 49, 10) y había de traer torrentes de gracia, prefigurados en la fuente de Siloé. La cual, con sus frescas, inagotables y tranquilas aguas, siempre fué figura de las gracias y bendiciones concedidas y prometidas a la casa de David y, mediante ésta, al pueblo escogido, gracias y bendiciones que habían de derramarse a torrentes sobre Israel mediante el «Hijo de David», el Mesías.

12 Cfr. núm. 133.—Quien crea en Jesús, recibirá en *tanta abundancia las gracias del Espíritu Santo,* que todo su ser y vida quedan llenos de ellas, y él mismo se tornará

que creyesen en él; pues aun no se había comunicado el Espíritu Santo, porque Jesús todavía no había sido glorificado.

Dijeron entonces algunos del pueblo: «Este es ciertamente el *profeta*» (prometido por Moisés, el Mesías). *Este es el Cristo,* decían otros. Mas algunos replicaban: «¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No está claro en la Escritura que del linaje de David, y del lugar de Belén, donde David moraba, debe venir el Cristo?» [1] Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su persona. Había entre la muchedumbre algunos que querían prenderle; pero nadie se atrevió a echar la mano sobre él [2].

Y así los ministros volvieron a los pontífices y fariseos, los cuales les dijeron: «¿Cómo no le habéis traído?» Respondieron los ministros: «Jamás hombre alguno ha hablado como éste» [3]. Dijéronles los fariseos: «Qué, ¿también vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Acaso cree en él alguno de los jefes del Sanedrín o de los fariseos? Sólo ese populacho, que no entiende la Ley, es el maldito» [4]. Entonces *Nicodemus,* aquél mismo que de noche vino a Jesús [5] y era uno de ellos [6], les dijo: «¿Por ventura nuestra Ley condena a nadie sin haberle oído primero y examinado su proceder?» Respondiéronle: «¿Eres acaso tú galileo? [7] Examina bien las Escrituras, y verás cómo no hay profeta originario de Galilea» [8]. En seguida se retiraron cada uno a su casa.

60. La adúltera [9]. Jesús enseña repetidas veces en el Templo

(*Ioann.* cap. 8)

1. Compasión de Jesús y juicio despiadado de los fariseos. 2. Testimonio de Jesús: «Yo soy la luz del mundo»; su validez. 3. Jesús alude a su muerte y a las consecuencias de ella. 4. Jesús promete a los creyentes, en recompensa, conocimiento verdadero y libertad verdadera. 5. Refutación de los judíos que se creen libres. 6. Relación de Jesús con Abraham; testimonio de su eterna divinidad.

229. Jesús pasó la noche en el monte Olivete [10]. Al romper el día, volvió al Templo; y habiéndosele reunido el pueblo, se sentó y púsose a

a su vez fuente de salud para los demás. Jesús no se refiere aquí a comunicaciones particulares del Espíritu Santo, cuales fueron las del anciano Simeón, Zacarías, Isabel y Juan Bautista; alude al Paráclito que ha de ser enviado a toda la humanidad luego de la Ascensión, como lo anunciaron los profetas (cfr. *Ioel.* 2, 28; *Is.* 12, 3; 44, 3; 55, 1; *Ezech.* 36, 25; 47, 1 ss., etc.).

[1] Isaías (9, 1 s.) predijo que el Mesías había de predicar en *Galilea;* pero también se cumplió la profecía del nacimiento en Belén.

[2] El porqué, lo vemos en lo que sigue; la divina verdad hablaba por su boca, y la manera de obrar del Mesías les tenía atadas las manos. [3] Cfr. núm. 148.

[4] Alusión a *Deut.* 27, 26: «Maldito el que no persevera en todas las palabras de esta Ley». Pero la maldición recayó sobre ellos mismos, porque la Ley hablaba del Mesías, y ellos sin examen condenaron a quien con la autoridad de la Ley y de los Profetas y con tantos milagros se había declarado Mesías y había demostrado serlo. Esto les echó en cara Nicodemus, alegando las prescripciones que exigían que se escuchase atentamente al reo antes de condenarle (cfr. *Deut.* 17, 8 ss.; 19, 15; *Num.* 35, 30). [5] Cfr. núm. 109 s.

[6] Miembro del Sanedrín. [7] Partidario de Jesús, el Galileo.

[8] Falsedad inspirada por la pasión (cfr. núm. 99); Elías, Jonás y Nahum eran galileos, y del Mesías estaba anunciado que había de predicar en Galilea.

[9] Acerca de la autenticidad de este relato (*Ioann.* 7, 53-8, 11) véase página 46.

[10] En Betania (cfr. núm. 225), o acaso en el huerto de Getsemaní, en la base del monte Olivete, frente a Jerusalén.

enseñarle. Cuando he aquí que los escribas y fariseos traen a una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés en la Ley nos tiene mandado apedrear a las tales [1]. Tú ¿qué dices a esto?» Lo cual preguntaban por tentarle y poderle acusar [2]. Pero inclinándose Jesús, con el dedo escribía en la tierra [3]. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó, y les dijo: «El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera piedra». Y volviendo a inclinarse otra vez, continuaba escribiendo en el suelo. Mas, oída la respuesta, se escabullían uno tras otro, comenzando por los más viejos, hasta que dejaron solo a Jesús (con sus discípulos y el pueblo) y a la mujer que estaba en medio. Entonces Jesús, enderezándose, le dijo: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?» Ella respondió: «Ninguno, Señor». Y Jesús, compadecido, le dijo: «Pues tampoco yo te condenaré. Anda, y no peques más en adelante» [4].

230. Y volviendo Jesús a hablar al pueblo [5], dijo: «**Yo soy la luz del mundo.** El que me sigue, no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» [6].

Replicáronle los fariseos: «Tú das testimonio de ti mismo; y así, tu testimonio no es idóneo». Respondióles Jesús: «Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fe. Porque yo sé de dónde vengo y a dónde voy; mas vosotros no sabéis [7] de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; pero yo no juzgo a nadie. Y cuando yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino *yo y el Padre* que me ha enviado. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos personas es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y además el Padre que me ha enviado». Decíanle a esto:

---

[1] *Lev.* 20, 10. *Deut.* 22, 22.

[2] Refinada astucia; porque si, dada su manera de proceder con los pecadores, trataba *compasivamente* a la adúltera, le podían acusar de menosprecio de la Ley mosaica; y si pronunciaba *sentencia de muerte,* como exigía la Ley, afrontábase con las autoridades romanas que habían quitado a los judíos el derecho de imponer la pena capital. Jesús confunde la astucia apelando a la misma Ley mosaica, donde se disponía que los acusadores arrojasen la primera piedra al delincuente (*Deut.* 7, 7); pues, de hacerlo, se creaban un conflicto aun más serio con la autoridad romana; al mismo tiempo les echa en cara la dureza con que proceden contra los pecadores, no estando ellos exentos de pecado. Su celo por la Ley era pura hipocresía, pues únicamente buscaban perder a Jesús.

[3] En señal de que no hacía caso de su pregunta ni quería responder a ella.

[4] De esta suerte, con *una* palabra ejerce Jesús misericordia, respeta la Ley, libra a la pecadora, desenmascara a los hipócritas y se justifica a sí mismo. Queda triunfante, huyen sus enemigos, se salva un alma.

[5] «Cerca del gazofilacio del Templo» (cfr. núm. 85), en el atrio de las mujeres, que se iluminaba la tarde del primer día de la fiesta de los Tabernáculos con cuatro grandes candelabros de oro de unos 25 m. de altura, cada uno con cuatro recipientes de oro para el aceite (cfr. tomo I, pág. 345).

[6] Así como la ceremonia de *sacar el agua* de la fuente de Siloé dió pie al Salvador para hablar de los torrentes de su divina gracia, así el recuerdo de la *fiesta de las luces* le dió ocasión de manifestarse como la verdadera luz que ilumina a todos los hombres y les derrama la luz y la vida de la gracia y de la gloria (cfr. Leitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 400 ss.).

[7] Jesús declara aquí ser absoluto e incontestable su testimonio, por ser él Hijo de Dios. Lo dice veladamente para no irritar a los judíos; pero les echa en cara que no saben juzgar sino superficialmente y según la carne, pues de otra suerte habrían reparado en que su testimonio está apoyado en dos testigos, a los cuales no ven con los ojos del cuerpo: por el Verbo eterno unido a su humanidad, y por el Padre; por lo que deberían admitirlo sin vacilar (según aquello de *Deut.* 17, 6).

«¿En dónde está tu padre?» [1] Respondió Jesús: «Ni me conocéis a mí, ni a mi Padre; si me conocierais a mí, no dejaríais de conocer a mi Padre». Estas cosas les dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el Templo [2]; y nadie le prendió, porque aun no era llegada su hora.

231. Díjoles Jesús en otra ocasión: «Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y vendréis a morir en vuestro pecado. Adonde yo voy, no podéis venir vosotros. A esto decían los judíos [3]: «¿Si querrá suicidarse, y por eso dice: Adonde yo voy, no podéis venir vosotros?»

Y Jesús proseguía diciéndoles: «Vosotros sois de acá abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo [4], yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados; porque si no creyereis que yo soy [5], moriréis en vuestro pecado». Replicábanle: «¿Pues quién eres tú?» Respondióles Jesús: «Yo soy el principio [6], el mismo que os estoy hablando. Muchas cosas tengo que decir y condenar de vosotros; pero el que me ha enviado es veraz; y yo sólo hablo en el mundo las cosas que oí a él» [7]. Ellos entendieron que *a su Padre le llamaba Dios*.

Por tanto les dijo: «*Cuando habréis levantado en alto al Hijo del hombre,* entonces conoceréis quién soy yo, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado [8]. Y el que me ha enviado, está siempre conmigo, y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que es de su agrado». Cuando Jesús dijo estas cosas, muchos creyeron en él [9]. Decía, pues, a los judíos que creían en él: «Si perseveráis en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos. Conoceréis la verdad, y *la verdad os hará libres*» [10].

232. Respondiéronle ellos: «Nosotros somos descendientes de Abraham, y jamás hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo, pues, dices tú que ven-

---

[1] Ellos querían ver corporalmente a estos dos testigos. Jesús les responde que, si le conociesen a él, es decir, si le conociesen, no sólo externamente (*Ioann.* 7, 28; núm. 227), sino de verdad, en su naturaleza divina y en su relación con el Padre, no manifestarían semejante deseo (análoga respuesta en *Ioann.* 14, 8 ss.) cuando Felipe le dice: «¡Muéstranos al Padre!» [2] Cfr. p. 243, nota 5 y núm. 85.

[3] Cfr. *Ioann.* 7, 33; núm. 227. «Pues que no creéis en mí, no tendréis parte en mi Redención y en mi reino». Luego alude Jesús al *género* de muerte que le han de dar los judíos, con lo cual sellaron su propia condenación.

[4] Por vuestra misma ceguedad culpable no sois capaces de entender lo que os digo para salvaros. Por esta ceguedad desecháis a vuestro Mesías y Redentor, y seréis luego reprobados vosotros mismos.

[5] Que soy aquél por quien me tengo: el Mesías, el verdadero Hijo de Dios. Ellos entienden perfectamente la insinuación; de ahí la pregunta: «¿Quién eres, pues?»

[6] Así la *Vulgata,* que se interpreta de esta manera: Yo soy el Verbo eterno del Padre, por el cual todo fué creado, el cual se os manifiesta ahora. El texto griego se interpreta de muy distintas maneras; la más sencilla y verosímil es la siguiente: «En resumidas cuentas, ¿a qué hablaros todavía?» (Vosotros ni siquiera habéis pensado en examinar mis palabras).

[7] Muchas cosas os podría echar en cara; pero sólo quiero representaros que deberíais haber creído tanto en mí como en el que me ha enviado. Con esto Jesús se equiparaba al Padre, pero los judíos siguieron sin entenderlo.

[8] De hecho, a la muerte de Jesús en la Cruz, y aun estando Jesús todavía en ella, comenzó rápida la conversión de gran parte de los judíos, ora por los milagros que acompañaron la Muerte, la Resurrección y la venida del Espíritu Santo (*Matth.* 27, 53 54. *Luc.* 23, 48. *Act.* 2, 22 ss. 36 ss.; 3, 13 ss.; 4, 4, etc.), ora por el torrente interior y maravilloso de gracia que salía de la Cruz (cfr. *Ioann.* 3, 14; 12, 32; núm. 109).

[9] Al vivo influjo de la verdad interna de sus palabras, acompañadas de milagros (cfr. núm. 107), muchos creyeron en él, y él les animaba a perseverar en la fe.

[10] Esta fe os da la verdad, y la verdad os librará de la ilusión de las falsas opiniones, de la servidumbre del pecado y de la eterna condenación en que incurren los siervos del pecado. La verdad os elevará ya aquí abajo a la «libertad de los hijos de Dios», es decir, a la libertad religiosa y moral, y os librará un día de todas las ligaduras de lo terreno y caduco, llevándoos a la vida eterna.

dremos a ser libres?»[1] Replicóles Jesús: «En verdad, en verdad os digo, que *todo aquel que comete pecado, esclavo es del pecado.* El esclavo no mora para siempre en la casa; el hijo sí que permanece siempre en ella. *Luego si el hijo os da libertad, seréis verdaderamente libres*[2]. Yo sé que sois hijos de Abraham[3]; pero también sé que tratáis de matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto en mi Padre; vosotros hacéis lo que habéis visto en vuestro padre».

Respondiéronle diciendo: «Nuestro padre es Abraham». «Si sois hijos de Abraham, les replicó Jesús, obrad como Abraham. Mas ahora pretendéis quitarme la vida, siendo yo un hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios; no hizo eso Abraham. Vosotros hacéis las obras de *vuestro* padre»[4]. Ellos le replicaron: «Nosotros no somos nacidos de fornicación; *un solo* padre tenemos, que es Dios». A lo cual les dijo Jesús: «Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais a mí; pues yo nací de Dios y *he venido de parte de Dios*[5]; que no he venido de mí mismo, sino El me ha enviado. ¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? Es porque no podéis sufrir mi doctrina[6]. Vosotros sois *hijos del diablo,* y así, queréis satisfacer los deseos de vuestro padre. El fué homicida desde el principio y no permaneció en la verdad[7]; y así, no hay verdad en él. Cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira. A mí, empero, no me creéis, porque os digo la verdad. *¿Quién de vosotros me inculpará de pecado?*[8] Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? *Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios.* Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios».

233. A esto respondieron los judíos diciéndole: «¿No decimos bien nosotros, que tú eres un samaritano, y que estás endemoniado?»[9] Jesús

---

[1] Réplica, a la verdad, altiva, pero desprovista de verdad. Desde hacía ya 600 años habían servido a Babilonia, Persia, Grecia (Alejandro Magno, Ptolomeos, Seléucides) y Roma, y ya en Egipto se habían ensayado en ser esclavos. Cierto que su orgullo nacional se rebelaba siempre contra el yugo extranjero; una sola vez reconocieron este yugo, cuando con ciega ira desecharon a Jesús, gritando: «No tenemos otro rey que el César». Jesús les echa en cara su engreimiento por la descendencia de Abraham según la carne, y les muestra la verdadera libertad, que él, su Salvador, quiso traerles.

[2] *A Israel* se le presentaba esta *alternativa:* reconocer al Salvador y ser mediante él elevado a la verdadera libertad, o rechazarlo con desdichada ceguera para seguir siendo esclavo del pecado y del error y excluído de la casa de Dios, del reino del Mesías.

[3] Según la carne, por el linaje; pero en sentimientos estáis tan alejados de serlo (núm. 89; cfr. *Rom.* 4, 11 12 16; *Gal.* 3, 7), que en vuestra obstinación buscáis la manera de matarme.

[4] Ahora reconocieron que Jesús hablaba de una paternidad espiritual, e inmediatamente protestaron de que se les achacara no ser hijos de Dios a la manera de Abraham. «Adulterio» significa la ruptura de la Alianza con Dios o la idolatría, el paganismo.

[5] Yo salí del Padre desde la eternidad, y he venido en el tiempo a los hombres (núm. 231; cfr. *Ioann.* 16, 27 28; 17 8).

[6] Porque estáis obstinados. Jesús les había dado toda clase de pruebas de la verdad de sus palabras. Pero el orgullo, la envidia y la malicia impedían a los judíos reconocerlas. Lo dice luego Jesús de una manera clara y terminante, para que sirva de seria amonestación.

[7] En el Paraíso y en todo tiempo. La mentira y la violencia fueron siempre las armas de los enemigos de la Iglesia de Dios (cfr. *Sap.* 2, 24 25).

[8] Ni podéis disculparos diciendo que mi vida no es conforme a mi doctrina. Sólo la santidad de Dios podía plantear esta cuestión frente a tan malignos y encarnizados enemigos (cfr. *Hebr.* 7, 26; I *Petr.* 2, 22; I *Ioann.* 1, 8). Obsérvese también que Jesús, que a sí mismo se llama *humilde* de corazón, y en realidad lo era, sabe excitar en los demás la conciencia del pecado, y, sin embargo, nunca se incluye a sí mismo entre los pecadores, antes bien se excluye siempre que se trata de pecado o culpa. Una sola vez dice: «Perdónanos *nuestras* deudas», pero es cuando quiere enseñar a sus *discípulos* la manera de orar.

[9] Impotentes para contestar con razones, acuden a las mayores injurias llamando a Jesús samaritano y poseído del demonio. Jesús rechaza lo segundo, mas no lo primero,

les respondió: «Yo no estoy poseído del demonio; sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a mí. Pero yo no busco mi gloria; otro hay que la busca y juzga [1]. En verdad, en verdad os digo, que *quien observare mi doctrina, no morirá para siempre*» [2]. Dijeron los judíos: «Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algún demonio. Abraham murió, y murieron también los profetas, y tú dices: Quien observare mi doctrina, no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y que los profetas, que asimismo murieron? Tú ¿por quién te tienes?».

Respondió Jesús: «Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada vale; pero es mi Padre el que me glorifica, el que decís vosotros que es vuestro Dios. Vosotros, empero, no le habéis conocido, yo sí que le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería como vosotros un mentiroso. Pero le conozco bien, y observo sus palabras. *Abraham, vuestro padre, ardió en deseos de ver este día mío; viólo, y se llenó de gozo*» [3]. Los judíos le dijeron: «Aun no tienes cincuenta años [4] ¿y viste a Abraham?» Respondióles Jesús: «En verdad, en verdad os digo, que **antes que Abraham fuera, soy yo**» [5]. Al oír esto, tomaron piedras para arrojarle [6]. Mas Jesús se escondió [7] y salió del Templo.

61. El ciego de nacimiento [8]

(Ioann. cap. 9)

1. Pregunta de los discípulos y respuesta de Jesús. 2. Curación del ciego de nacimiento. 3. Impresión que el milagro produjo en los que habían conocido al ciego. 4. Citación del ciego curado y de sus padres. 5. Expulsado por los judíos, el ciego curado es recibido por Jesús entre los discípulos. 6. Anuncio de un severo castigo a los fariseos.

234. Al pasar [9] vió Jesús a un ciego de nacimiento. Y los discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién ha pecado, para que éste haya nacido

---

para darnos a entender que a ningún pueblo desprecia, ni excluye a nadie de la salvación (cfr. *Act.* 10, 35). Aquel insulto da ocasión al Salvador para exponer *la relación que le une con Abraham;* él es el Salvador esperado por el Patriarca, el Dios y Señor de Abraham.

[1] Con mis palabras y reproches hablo en nombre de la causa de Dios; mas vosotros me replicáis con vulgares insultos. Pero ello no me importa; porque puedo dejar a mi Padre el cuidado de dar a cada uno su merecido.

[2] Es decir, quedará preservado de la muerte espiritual, que es consecuencia del pecado mortal, y también de la muerte eterna; y aun la misma muerte corporal, para todo aquél que lleve en su alma la vida sobrenatural de la gracia y en ella el germen de la gloria, será un tránsito a una vida nueva, eterna y bienaventurada. Participarán de esta vida primero el alma y, después de la Resurrección de la carne, también el cuerpo, de suerte que el hombre vivirá en cuerpo y alma eternamente en la gloria celestial (cfr. *Ioann.* 5, 24; núm. 134).

[3] Abraham vivía esperando alegre mi venida como Redentor (cfr. *Gen.* 12, 3; 18, 18; 26, 4; *Eccli.* 44, 25; *Act.* 3, 25; *Gal.* 3, 8); y aun en el limbo ha recibido con júbilo la nueva de mi Encarnación y de mi nacimiento. Por «día de Cristo» entienden otros el tiempo de su aparición y peregrinación en la tierra; otros, finalmente, el tiempo de su ministerio mesiánico acompañado de milagros. [4] ¡Ni siquiera medio siglo para dos mil años!

[5] No dice Jesús: «... he sido ya», sino, «... *soy*»; con lo cual se designa a sí mismo como Dios eterno, como *Yahve,* el que es, en quien no hay pasado ni futuro (núm. 41).

[6] Por supuesta blasfemia contra Dios (*Lev.* 24, 15 16). Piedras había allí en abundancia para la construcción del Templo (núm. 82).

[7] Se les escapó de manera prodigiosa, como en parecida ocasión en Nazaret (núm. 118).

[8] Cfr. Schäfer, *Die Wunder Jesu*[3] 97; Dausch, *Die Wunder Jesu* 83; Fillion, *Les miracles* II 202.

[9] En una de las puertas del Templo donde solían reunirse los mendigos, lisiados y enfermos para pedir una limosna a los transeúntes; cfr. *Act.* 3, 2.

ciego, él o sus padres?» [1] Respondióles Jesús: «Ni él ni sus padres; sino que ello ha sucedido para que las obras de Dios [2] resplandezcan en él. Conviene que yo haga las obras de aquél que me ha enviado, mientras dura el día; viene la noche, cuando nadie puede trabajar [3]. Mientras estoy en el mundo, *yo soy la luz del mundo»* [4]. Así que hubo dicho esto, escupió en tierra y, formando lodo con la saliva, lo aplicó sobre los ojos del ciego y díjole: «Anda, y lávate en la piscina de Siloé (palabra que significa: el enviado)». Fuése, pues, lavóse allí y volvió con vista [5].

---

[1] Como partiesen del principio de que el mal ha venido al mundo por el pecado, creían comúnmente los judíos que todo mal grave que aqueja al individuo es castigo de algún pecado determinado y personal, propio o de los padres o antepasados—hipótesis fundada en la falsa aplicación de aquellas palabras: «Yo soy... un Dios celoso que castigo los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación (*Exod.* 20, 5. *Num.* 14, 18. *Deut.* 5, 9; cfr. núm. 251). El Salvador les enseña que Dios puede enviar o permitir los males por otras causas, como en aquel caso, donde Jesús había querido manifestar su poder (cfr. Job y Tobías, en los cuales los males tenían un fin instructivo: probar al paciente y acrisolarle en el amor divino).

[2] *Las obras de Dios* son las que El solo puede obrar, en particular los milagros; el Salvador designa con esa expresión todo su ministerio en favor de la salud de los hombres. *El día* es el tiempo de su permanencia en la tierra; *la noche,* la muerte, que pone término a su ministerio.

[3] Los mejores manuscritos griegos ponen en boca del Salvador estas palabras: «*Nosotros* debemos obrar las obras de aquél que *nos* ha enviado», con lo cual evidentemente se refiere el Señor a los apóstoles que son socios suyos en el ministerio (*Matth.* 10, 1. *Marc.* 3, 15. *Luc.* 9, 1). La frase tiene carácter de sentencia general.

[4] Mediante su actividad para la iluminación y redención de los hombres. También ahora y siempre es Jesús esta luz, aunque de otra manera, no con su presencia corporal, sino mediante la Iglesia, a la cual ha confiado la continuación de su obra (*Matth.* 5, 13; 16, 18; 18, 17; 28, 18 ss. *Ioann.* 20, 21; 21, 15 s. *Act.* 1, 8; núms. 141, 198 y 215). En prueba de ser Jesús la «luz del mundo», que ha de ser el principio de una nueva vida, devuelve la vista al ciego.

[5] Mientras que en otros casos Jesús curaba a los enfermos, y aun a los ciegos (cfr. *Matth.* 10, 46), con sólo su palabra, aquí se sirve (como en *Marc.* 7, 32 ss. y 8, 22 ss.) de un signo externo. Mezcla un poco de polvo del suelo con saliva, y unge con ello los ojos del ciego. Y aunque por aquella época se atribuía a la saliva cierta virtud medicinal o una eficacia mágica (cfr. Plinio, *Hist. nat.* 28, 4), aquellas palabras del ciego: «Jamás se oyó decir que alguno hubiese abierto los ojos de un ciego de nacimiento», nos dicen que *los hombres de entonces no atribuyeron a la saliva, o a otro remedio, la virtud de curar a un ciego de nacimiento.* Las referidas palabras expresan la opinión popular. No deja de ser un misterio para nosotros haberse Jesús servido de aquel medio y no de otro. No hay indicio de que atribuyera la ceguera a influencia demoníaca; y, en cuanto a la saliva, nadie que haya leído los relatos evangélicos, donde se ve a Jesús expulsar los demonios con sola su palabra, puede creer que el Salvador le atribuyera virtud mágica. De donde debemos concluir que Jesús se sirvió de aquel medio *por algún fin misterioso y simbólico* que aleccionara a los enfermos y a los circunstantes. Y en efecto, cuantos presenciaron el hecho, se persuadieron de que Jesús quería curar al ciego con una virtud que salía de él. Es como si hubiese querido decir: «Hay algo en tus ojos que es preciso quitar, para que llegues a tener vista; yo te lo quitaré, si prometes seguirme». Y aquello misterioso que Jesús hacía con él, indudablemente había de ganarle la confianza para hacer lo que se le decía y marchar camino de la fuente de Siloé, consolado y lleno de esperanza.—No hay razón para entender *simbólicamente* el relato de Juan. Es cierto que Jesús en este pasaje se llama a sí mismo simbólicamente «la luz del mundo» (9, 5) y atestigua de sí mismo haber venido a este mundo para celebrar un juicio: para que los ciegos vean, y los que ven, queden ciegos (9, 39). Mas precisamente cura Jesús al ciego de nacimiento en prueba de ser él «la luz del mundo» y en señal de que es preciso ir a él, como no quiera uno quedarse ciego teniendo ojos. Demás de esto, la curación fué motivada por un hecho histórico real (cfr. nota 1 de esta pág.); de consiguiente, primero es *historia,* luego símbolo. El hecho histórico puede, pues, servir para probar la verdad del símbolo (9, 5).—Refiérenos el evangelista el *curso* de los hechos cual si tratara de transcribir un proceso verbal, presentándonos al ciego, a los testigos, a los jueces instructores. El *ciego* confiesa llana y senci-

Por lo cual los vecinos y los que antes le habían visto pedir limosna decían: «¿No es éste aquél que, sentado allá, pedía limosna?» «El mismo», respondían algunos. Y otros decían: «No es él, sino alguno que se le parece». Pero él decía: «Sí que soy yo». Le preguntaban, pues: «¿Cómo se te han abierto los ojos?» Respondió: «Aquel hombre que se llama Jesús hizo un poquito de lodo, lo aplicó a mis ojos y me dijo: Ve a la piscina de Siloé y lávate allí. Yo fuí, me lavé, y veo». Preguntáronle: «¿Dónde está aquél?» Respondió: «No lo sé» [1]. Llevaron, pues, a los fariseos al que antes estaba ciego [2].

235. Es de advertir que, cuando Jesús formó el lodo y le abrió los ojos, era día de *sábado*. Nuevamente, pues, los fariseos le preguntaban también cómo había logrado la vista. El les respondió: «Puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo». Sobre lo que decían algunos de los fariseos: «No es enviado de Dios este hombre, pues no guarda el sábado» [3]. Otros,

---

llamente que era ciego de nacimiento y que, gracias a Jesús, ahora ve. Nadie puede arrancarle esta convicción. A la «argumentación dogmática» de los fariseos, opone simplemente «el hecho histórico» (véase 25). *Testigos* son «los vecinos y conocidos» (9, 8); y aunque algunos de ellos dudan de la identidad personal, el curado les asegura ser él mismo el hombre a quien conocieron ciego y ahora ven con vista. Testigos son también sus padres (9, 20 ss.): a las preguntas de la autoridad, contestan sin titubeo ser aquél su hijo, que había sido ciego de nacimiento, pero que se ha curado de la enfermedad de la manera que él mismo les puede contar. Es digno de notar el proceder de la *autoridad investigadora*, que se componía de fariseos, aquellos representantes oficiales del judaísmo, versados en las Escrituras. Están *a priori* predispuestos contra Jesús; primero tratan de negar el hecho para evitar las consecuencias desagradables de la manera más expedita posible (9, 18); luego se esfuerzan por que el ciego deponga a gusto de ellos (9, 24): tras el repetido fracaso, usan de la violencia y, entre injurias, lanzan la excomunión al ciego. Para nosotros, el alto tribunal judío, mediante el resultado de sus investigaciones, es *el testigo principal de estos dos hechos:* el hombre aquel era ciego de nacimiento, y Jesús le dió la vista. Pero todavía hay más testigos: los judíos que, en vista de la curación del ciego de nacimiento, se decían: «¿Puede el demonio hacer que los ciegos vean?», es decir, esta curación no es obra del demonio, como quieren los fariseos, sino de Dios. Y todavía podemos recoger otro testimonio, el de los judíos que en el sepulcro de Lázaro decían: «Este, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no podría hacer que Lázaro no hubiese muerto?» (*Ioann.* 11. 37). Precisamente el haber Juan dos veces aludido a este hecho es una prueba concluyente de que se propuso escribir *historia,* no un símbolo o una alegoría.—Están, pues, claros los *hechos: un ciego de nacimiento,* a quien Jesús da *completamente* la vista. ¿Cómo juzgar de la *curación* a la vista de estos dos hechos? Los judíos no quieren ver en la curación una prueba de ser Jesús de Nazaret el Mesías enviado por Dios; su argumento es el siguiente: Dios no puede venir en auxilio de un profanador del sábado; por consiguiente, Jesús no obra por la virtud de Dios, sino, como afirman repetidas veces, «por arte del príncipe de los demonios» (*Matth.* 9, 34; cfr. *Ioann.* 10, 20 s.). En cambio, el interesado y el Evangelista ven en la curación un milagro. Con la lógica de su sano entendimiento deducen del hecho la siguiente conclusión: Si no fuese realmente el enviado de Dios, no podría hacer semejante prodigio en señal de que lo es (9, 30-34; cfr. *Ioann.* 10, 20 s.). También *nosotros, hombres del siglo* xx, vemos un milagro en la curación del ciego de nacimiento. Y no podemos menos de verlo; porque la terapéutica de la hipnosis y de la sugestión no alcanza a explicar el hecho sin recurrir al milagro (cfr. Jäger, *Ist Jesus Christus ein Suggestionstherapeut gewesen?* 1919). Mas el milagro demuestra que Jesús es en verdad *la luz del mundo.*

[1] El ciego aun no tenía conocimiento exacto de la persona de Jesús, por lo que le faltaba la expresión propia para designarle. Después le llama «profeta» (vers. 17), «enviado de Dios» (vers. 33), «Hijo de Dios» (vers. 35-38). El examen de los fariseos le hizo ir adquiriendo idea clara de la persona de Jesús.

[2] Como esta escena se hubiese desarrollado en día de sábado, cuando el Sanedrín no celebraba sesión, no es probable se tratase de un interrogatorio ante el Gran Consejo, sino ante algunas personas revestidas de carácter oficial.

[3] Estaba prohibido hacer la levadura (amasar) en día de sábado (*Mischna, Schabbath* 7, 2 y 24, 3; cfr. también Beer, *Schabbath. Der Mischnatraktat «Sabbat» ins Deutsche übersetzt und unter besonderer Berücksichtigung zum N. T. mit Anmerkungen versehen* [Tubinga 1908] 71 118).

empero, decían: «¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales milagros?» Y había disensión entre ellos. Dicen, pues, otra vez al que había sido ciego: «Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?» Respondió: *Que es un profeta* [1].

Pero por lo mismo no creyeron los judíos que hubiese sido ciego [2] y recobrado la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? Pues ¿cómo ve ahora?» Sus padres les respondieron, diciendo: «Sabemos que éste es hijo nuestro y que nació ciego; pero cómo ahora ve, no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos; preguntádselo a él. Edad tiene, él dará razón de sí». Esto dijeron sus padres por temor de los judíos; porque ya éstos habían decretado echar de la sinagoga a cualquiera que confesase a Jesús por Mesías [3]. De ahí que dijeran sus padres: «Edad tiene, él dará razón de sí».

236. Llamaron, pues, los fariseos otra vez al hombre que había sido ciego, y dijéronle: «¡Da gloria a Dios! [4] Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». Mas él les respondió: «Si es pecador, yo no lo sé [5]; sólo sé que yo antes era ciego, y ahora veo». Replicáronle: «¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?» [6] Respondióles: «Os lo he dicho ya, y lo habéis oído; ¿a qué fin queréis oírlo de nuevo? ¿Si será que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?» [7] Entonces le llenaron de maldiciones, y por fin le dijeron: «Tú seas su discípulo; que nosotros [8] somos discípulos

---

1 Es la deducción lógica de un entendimiento sano frente a la pasión.

2 Presentan una cuestión que es la base de lo hasta entonces discutido: el hecho mismo de la ceguera y de la curación. Con ello manifiestan a las claras que buscan un motivo de querella; hasta entonces habían admitido el hecho de la curación, para querellarse contra Jesús por quebrantamiento del sábado; pero, habiendo fracasado por este lado, quieren hacer ver que ha habido engaño por parte de Jesús o del ciego.

3 Este acuerdo se tomó probablemente en aquella sesión en que Nicodemus salió en defensa de Jesús (núm. 228). *La excomunión* se cita ya en I *Esdr.* 18, 8; II *Esdr.* 13, 25 (cfr. *Ioann.* 12, 42; 16, 2). Más tarde los judíos distinguieron *dos grados* de excomunión. El primero se llamó *Niddui,* separación, o también *Schammatha,* maldición; el excomulgado de esta suerte debía vivir 30 días seguidos alejado por lo menos 40 codos de sus semejantes, a excepción de la mujer e hijos, pero se le permitía asistir a la sinagoga, aceptar y prestar servicios, etc. Esta excomunión podía ser impuesta por un solo miembro de la junta; para aplicar la otra, la más grave, se necesitaban por lo menos 10 miembros. Llamábase *Cherem,* y en virtud de ella quedaba uno separado de todo comercio con judíos. No es seguro que ya en tiempo de Jesucristo existieran las dos clases de excomunión, temporal y perpetua. El Nuevo Testamento nos habla sólo de expulsión de la Sinagoga. Pero se admite la posibilidad de la doble excomunión en tiempo de Cristo (cfr. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Christi* II³ 434 s.).

4 Muestra que tienes a Dios por juez omnisciente del falso testimonio; di, pues, la verdad, a saber, que has sido curado mediante un acto profanador del sábado. ¡Di, pues, la verdad! A las claras se ve cuál sea la declaración que esperan de él y tratan de arrancarle.

5 De eso no quiero yo disputar con vosotros; aquí se trata de si ha sido o no un milagro, y yo puedo atestiguarlo. A la «argumentación dogmática» opone el interpelado un «hecho histórico» (Schanz), y *contra factum non est illatio,* es decir, *contra los hechos* nada valen los argumentos, no cabe discusión. Del curso del interrogatorio se desprende que nuestro hombre había en sus adentros concluído que Jesús no podía ser un pecador.

6 Tratan de embrollarle y de ponerle en contradicción consigo mismo.

7 Con esto se declara intrépidamente discípulo de Jesús. «Lo dice indignado contra la obstinación de los judíos; y él, que era ciego y ahora ve, se indigna contra los ciegos (san Agustín, *Tract. 44 in Ioann. n. 11).*

8 ¡Declaración altiva frente a un hombre indocto del pueblo! Después del fracaso de

de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; mas éste no sabemos de dónde es». Respondió aquel hombre y les dijo: «Pues es cosa extraña que vosotros no sepáis de dónde es éste, habiéndome abierto los ojos. Lo que sabemos es que Dios no oye a los pecadores [1]; sino que aquél que honra a Dios y hace su voluntad, ése es a quien Dios oye. Desde que existe el mundo no se ha oído jamás que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. *Si este hombre no fuese de Dios, no podría hacer nada de lo que hace*». Dijéronle en respuesta: «Naciste envuelto en pecados [2], ¿y vienes a darnos lecciones?» Y le arrojaron fuera.

Oyó Jesús que le habían echado fuera; y haciéndose encontradizo con él, le dijo: «¿Crees tú en el **Hijo de Dios?**» Respondió él y dijo: «¿Quién es, Señor, para que yo crea en él?» Díjole Jesús: «Le viste ya, y *es el mismo que está hablando contigo*». Entonces dijo él: «Creo, Señor». Y *postrándose a sus pies le adoró*. Y añadió Jesús: «Yo vine a este mundo a ejercer un justo juicio, para que los que no ven, vean, y los que ven, queden ciegos» [3]. Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban con él, y le dijeron: «Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos?» Respondióles Jesús: «Si fuérais ciegos, no tendríais pecado; pero como decís: nosotros vemos, por eso vuestro pecado queda en vosotros» [4].

237. La **fuente de Siloé** nace al pie de la colina de Ofel, en la ladera oriental del valle de Josafat o del Cedrón, 333 m. al sur del ángulo sudeste de la explanada del Templo, frente a la aldea de *Siloán,* situada en la vertiente occidental del monte del Escándalo. Llámase también fuente de María, *Ain Sitti Maryam* (fuente de la Virgen María) o *Ain um el-Deradj* (fuente de la escalera), porque, a lo que se cree, allí solía ir por agua la Virgen María. Aun los turcos la tienen en gran veneración, como lo demuestra el oratorio que allí cerca se ve, restos de antigua mezquita. El agua es ligeramente salobre, pero potable. Es la única fuente accesible de Jerusalén y por ello muy frecuentada. Junto a la entrada se ven unos pilones cavados en parte en la roca. Bájase a la fuente por una escalera de treinta y dos gradas, divididas en dos tramos separados por un descanso. En un pasillo cavado en la roca calcárea se ve un remanso de 3 ½ m.

---

todas sus argucias contra el buen sentido de aquel hombre, aducen como último argumento las injurias—la fuerza bruta.

[1] *A veces también a los pecadores oye Dios,* aunque le pidan un *milagro* (*Matth.* 7, 22; núm. 148). Pero ordinariamente sólo se inclina a las súplicas de los justos y desecha las plegarias de los pecadores, a menos que acudan a El con ánimo contrito, o le pidan la gracia de la conversión (cfr. *Ps.* 33, 16; *Eccli.* 15, 20; *Is.* 59, 1 2; *Prov.* 28, 9; *Mich.* 3, 4). Lo que sí se puede asegurar es que Dios *no acredita* por medio de un milagro a quien falsamente se presenta como profeta o enviado suyo. «Con certeza cada vez mayor de la victoria y con santo celo va el ciego poniendo en evidencia la mala voluntad de los judíos» (Schanz). La argumentación es magnífica en la mayor, en la menor y en la conclusión. Cfr. el argumento análogo de Gamaliel en pro del Cristianismo. *Act.* 5, 34 ss.

[2] Dedúcenlo de haber nacido ciego; cfr. página 267, nota 1.

[3] Es decir: «Mi venida se torna de por sí en juicio, por el hecho de decidirse los hombres por mí o contra mí». En vida de Jesús se decidió la suerte de los hombres: los que le recibieron, fueron iluminados por la luz de su verdad y de su gracia; los que se obstinaron contra él, fueron heridos de ceguera espiritual que les llevó al abismo. Así sucede todavía y sucederá hasta el Juicio Final (cfr. núms. 68 y 232).

[4] Es decir: si hubieseis sido realmente incapaces de reconocer la luz de la verdad, aparecida en mí, y de recibir en vosotros la iluminación de la fe y de la gracia, no tendríais pecado. Pero con orgullosa altivez os creéis en el secreto de la verdad y cerráis vuestra alma a la luz de la verdad y de la gracia, que sólo por la fe en mí podríais alcanzar. De ahí resulta que el pecado de incredulidad mancha vuestra alma, os morís sin la gracia e incurrís en la eterna condenación.

de largo por 1 ½ de ancho, en el cual el agua alcanza la profundidad de 0,33 a 1 m. El nivel oscila periódicamente dentro del día. Créese que el agua viene de un gran remanso existente debajo del Templo; cuando se llena este remanso subterráneo, alimentado por diversos afluentes ocultos, vierte sus aguas por un canal que hace de sifón. De la *fuente de Siloé* parte un acueducto abierto en la roca, el cual, atravesando la colina de Ofel, estribación meridional del monte del Templo, y describiendo curvas que le dan una longitud de 535 m., va a desaguar en la **piscina de Siloé,** llamada también piscina superior de Siloé. Es un rectángulo de 16 m. a lo largo por 5 ½ a lo ancho. En él se lavó el ciego de nacimiento obedeciendo a la voz de Jesús, y recobró la vista. En recuerdo de tan memorable hecho, la cristiandad erigió allí una basílica de la cual hace mención el *Anónimo de Piacenza* hacia el año 580 d. Cr.; estaba dedicada al «Salvador, Iluminador». Sólo quedan ruinas. Algo más abajo había otra piscina aun mayor, *la piscina inferior de Siloé;* está en el día completamence cegada y convertida en huerto regado por un arroyuelo que viene de la piscina superior de Siloé.

62. El Buen Pastor

(*Ioann.* 10, 1-21)

1. Jesús entró en el redil por la puerta; su misión es verdadera. 2. Jesús es «la puerta» de las ovejas; sólo él confiere la misión verdadera. 3. Jesús, el Buen Pastor, a diferencia de los mercenarios. 4. Impresión producida por las palabras de Jesús.

238. Jesús prosiguió: «En verdad, en verdad os digo, que quien no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas [1], sino que sube por otra parte [2], el tal es un ladrón y salteador [3]. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. A éste el portero le abre [4], y las ovejas escuchan su voz, y él llama por su nombre a las ovejas propias, y las saca fuera al pasto. Y cuando ha hecho salir sus propias ovejas, va delante de ellas [5],

---

[1] Los rasgos particulares de la parábola guardan relación con ciertas costumbres que en parte todavía hoy subsisten en Oriente. Los rebaños permanecen en el campo de marzo a noviembre, es decir, durante la estación seca. De día cada pastor (generalmente el amo) apacienta su rebaño donde le place. Pero por la noche reúnen varios pastores sus rebaños en una majada común, es decir, en un lugar cercado de un seto bajo con espinos superpuestos. Una puerta formada por estacas o espinos da acceso a la majada. Mientras los pastores (o amos) duermen en sus tiendas, un criado guarda armado el rebaño. Porque al rebaño acechan peligros, ya por parte de los ladrones o bandidos, ya por parte de las fieras (lobos y chacales). Muy de mañana los pastores van a la majada. Como cada rebaño tiene sus animales guías con nombres propios, al sentirse éstos llamados, conocen la voz y siguen al pastor, que acostumbra ir delante del rebaño. Cfr. Döller, *Das Gleichnis vom guten Hirten in palästinensischer Beleuchtung,* en *ThpQS* 1921, 65.

[2] Saltando el seto o el muro, o rompiéndolo.

[3] Jesús declara en esta parábola (alegoría) que el ciego no quedó excluído de la comunidad de los hijos de Dios, como pensaban los fariseos cuando lanzaron sobre él la excomunión, pues les faltaba a éstos el distintivo de los verdaderos pastores, la misión divina. Indica luego que el ciego de nacimiento ha entrado en la comunidad de los hijos de Dios al venir a Jesús y entrar en el aprisco por la puerta. Desígnase, por fin, a sí mismo *Jesús como verdadero pastor,* e insinúa la dicha y felicidad reservada a los que a él se entregan.

[4] *La puerta* es, a juzgar por lo que sigue, el Salvador mismo; mediante él reciben los pastores legítimos la misión y los pertrechos necesarios para desempeñarla. *El portero* es el Espíritu Santo; él abre a los pastores la puerta de las ovejas, haciendo que su actividad sea eficaz mediante la gracia que reparte en las almas. *El aprisco* es el pueblo de Dios, el verdadero Israel, la Iglesia de Cristo.

[5] Los fieles conocen a sus pastores y oyen su voz; el pastor verdadero conoce todas y cada una de sus ovejas y dedica a cada una de ellas sus cuidados con la palabra y con el ejemplo y distribuyendo solícito las gracias necesarias.

y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas a un extraño no le siguen, sino que huyen de él, porque no conocen la voz del extraño».

Este símil les puso Jesús; pero no entendieron lo que les decía. Por eso Jesús les dijo segunda vez por lo claro: «En verdad, en verdad os digo, que **yo soy la puerta** de las ovejas [1]. Todos los que hasta ahora han venido, son ladrones y salteadores [2], y las ovejas no les han escuchado. Yo soy la puerta [3]. El que por mí entrare, se salvará: entrará, y saldrá sin tropiezo, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para robar, y matar, y hacer estrago. Mas yo he venido para que las ovejas tengan vida, y la tengan en más abundancia».

239. «**Yo soy el Buen Pastor** [4]. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es el pastor [5], de quien no son propias las ovejas, en viendo venir el lobo desampara las ovejas y huye, y el lobo las arrebata y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por la razón de que es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el Buen Pastor; y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen a mí [6],

[1] Las palabras de Jesús eran claras; pero los fariseos no entendieron el sentido, porque no querían aplicárselas a sí mismos. Por eso les dijo Jesús clara y concretamente: *Yo soy la puerta,* etc., es decir, sólo aquellos que reciben de mí la misión, son legítimos pastores. Pero los que se presentan sin que yo les haya enviado, son ladrones, etc. Recibieron esta misión los Patriarcas, Moisés y los profetas, mas no los fariseos (cfr. núm. 148).



Fig. 13.
El Buen Pastor (siglo III)
(Roma, Letrán).

[2] A saber, todos aquellos de quienes se trata, es decir, los fariseos y su partido (cfr. *Matth.* 7, 29; *Ioann.* 6, 68). No puede ser que se refiera a Juan el Bautista y a los profetas del Antiguo Testamento.

[3] Todavía en otro sentido, a saber: no sólo la puerta por donde entran los pastores verdaderos, sino la de todos los hombres que, bajo la dependencia de los legítimos pastores, son guiados por mí a los buenos pastos de la verdad y de la gracia y reciben en abundancia todo cuanto puede asegurarles aquí abajo la vida de la gracia y en el cielo la vida de la gloria.

[4] La figura más conmovedora de cuantas podía emplear Jesús para declarar su amor. Por eso hace resaltar inmediatamente el punto capital, la suma y el compendio de este su amor: la *entrega absoluta y voluntaria de su vida* para nuestra redención. Todos cuantos antes envió, fueron figuras de este Buen Pastor, y cuantos ha de enviar hasta la consumación de los siglos, han de ser también en lo posible imágenes fieles de este único Buen Pastor (cfr. *Eccli.* 18, 13; *Is.* 40. 11; *Ezech.* 34, 12 23; *Ierem.* 23, 4; I *Petr.* 5, 2-4; también número 137). Ya en las Catacumbas aparece (88 veces) representado el Buen Pastor; «es la figura más popular y simpática, y una de las más antiguas del primer arte cristiano» (Kaufmann, *Handbuch der christlichen Archäologie* 356 s). De notar es también «que los restos más antiguos que nos quedan del arte escultórico cristiano de los tres o cuatro primeros siglos reproducen este asunto». Cfr. Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst* I 226 (fig 13: la estatua más antigua del Buen Pastor). Según Tertuliano *(De pudic.* c. 7), representábase a menudo en los cálices la figura del Buen Pastor.

[5] Que apacienta el rebaño por el lucro y el provecho propio. No es como los ladrones y salteadores que depredan el rebaño; pero, como sólo mira a su provecho, a la hora del peligro abandona el rebaño, si en ello le va algo. En *Ezech.* 34, 1-10 hallamos una descripción emocionante de tales mercenarios y malos pastores.

[6] La entrega de la vida es *la primera señal* del buen pastor; el conocimiento *recíproco* es *la segunda.* Esto ocurre en sumo grado con Jesús; él conoce a los suyos en

como el Padre me conoce a mí [1], y yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz; y (de todas) se hará **un solo aprisco y un solo pastor** [2]. Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida por mis ovejas, bien que para tomarla otra vez [3]. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad. Yo soy dueño de darla y dueño de recobrarla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre» [4].

Suscitóse de nuevo disensión entre los judíos por este discurso. Decían muchos de ellos: «Está poseído del demonio y ha perdido el juicio; ¿por qué le escucháis?» Otros, en cambio, decían: «No son palabras éstas de quien está endemoniado. ¿Por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos?» [5]

63. Jesús enseña a sus discípulos a orar y les exhorta a ser perseverantes en la oración

El Padrenuestro

(*Luc.* 11, 1-13. *Matth.* 6, 9-13)

1. La oración dominical. 2. Parábola del amigo que pide un favor. 3. Parábola del niño que pide.

240. Cuando Jesús hubo dejado a Jerusalén y orado en un lugar solitario, díjole uno de sus discípulos: «*Señor, enséñanos a orar,* como enseñó también Juan a sus discípulos». Y Jesús le respondió: «Cuando os pongáis a orar, habéis de decir [6]: *Padre nuestro* que estás en los cie-

virtud de su divina omnisciencia, y también los suyos le conocen y corresponden con fidelidad y entusiasmo al inefable amor que les manifiesta. La misma relación debe existir entre los representantes de Jesús en el oficio pastoral y los verdaderos fieles; la cual debe ser tanto más perfecta e íntima, cuanto más exactas imágenes del Buen Pastor sean aquéllos.

[1] *Tan perfecta,* íntima y amorosamente; de ahí lo que luego añade: «Y doy mi vida por mis ovejas» (cfr. *Ioann.* 10, 27 s.; 17, 20 ss.; 21, 15 ss.; *Luc.* 15, 4 ss.).

[2] Así la *Vulgata;* el texto griego dice: «un *rebaño* y un pastor». Pero el sentido es esencialmente el mismo. Con ello alude Jesús a la conversión de los gentiles. El Buen Pastor derriba el muro que separa a los judíos de los gentiles (*Ephes.* 2, 14), facilitando con ello la unión de todos los redimidos bajo una cabeza, el divino Redentor; esa unión se realizará al fin de los tiempos (*Matth.* 24, 14. *Rom.* 11, 25 ss. *Col.* 1, 18 ss.).

[3] *La tercera señal* del Buen Pastor es el amor del Padre; en cuanto Dios, lo posee desde *ab aeterno,* y en cuanto hombre, desde el momento de la Encarnación, por la unión de su humanidad con la persona del Verbo; pero lo posee de manera especialísima por su inmolación *completa y voluntaria* para rescatar para la humanidad el amor perdido y la gracia de Dios. Estaba profetizado que Jesús había de inmolarse voluntariamente, y lo recalca el Salvador en el Nuevo Testamento. El anuncia su Pasión con todos los pormenores; él sabe el odio que le tienen sus enemigos y cómo le acechan para darle muerte; pero sabe también evadirse de los perseguidores, los cuales ningún poder tienen sobre él, hasta que de sí propio se entregue a ellos cuando sea llegada la hora por él mismo señalada.

[4] Cuán grande sea este amor del Buen Pastor a su Padre y a la humanidad descarriada, cuán grandes sus ansias por reconciliarla con Dios, lo muestra de una manera emocionante en la *parábola de la oveja perdida.*

[5] De la fiesta de los Tabernáculos (*Ioann.* 7, 11-10, 21; núms. 226-239), san Juan pasa de repente (10, 22) a la Dedicación del Templo que caía dos meses más tarde. Por Lucas (11, 1-13, 22) sabemos que entretanto anduvo Jesús *por Judea.*

[6] Cfr. *Matth.* 6, 9 ss.; núm. 145. Lucas nos transmite en forma algo más breve que Mateo la oración dominical. En la invocación al Padre no trae las palabras: «que estás en

los [1], santificado sea el tu nombre [2]. Venga a nos el tu reino [3], hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo [4]. El pan nuestro de cada día dánosle hoy [5]. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdona-

---

los cielos»; faltan asimismo las peticiones tercera y séptima. Ya los santos Padres demostraron que estas dos peticiones estaban encerradas en las que inmediatamente las preceden, por lo cual no eran esenciales como las demás; en cuanto a las palabras: «que estás en los cielos», son un complemento de la invocación «Padre». Desde Orígenes se discute cuál sea la forma auténtica del *Paternóster*. Porque no es probable que Jesús enseñara dos veces en forma distinta dicha oración. Nos inclinamos a la forma de san Lucas; porque psicológicamente es inadmisible que los evangelistas tratasen de abreviar o resumir la oración dominical; en cambio se explica que con la práctica y la difusión, aun a sabiendas del Señor, o al menos de los apóstoles, se introdujesen ciertas pequeñas adiciones manifiestamente comprendidas en las peticiones. Véase Grimm, *Das Leben Jesu* IV 462 ss. Otros opinan que Mateo nos da la forma auténtica de la oración dominical; así Jos. Hensler, *Das Vaterunser. Text- und literar-kritische Untersuchungen* (Münster 1914: *ATA* IV 5). Acerca del contenido del *Paternóster* cfr. ante todo el *Catechismus Romanus* c. 39. Además, Margreth, *Das Gebetsleben Jesu-Christi* 113 ss.; J. P. van Kasteren, *Was Jesus predigte* (explicación del *Paternóster*, refundición alemana de Spendel [[3]Friburgo 1923]); A. Ehrhard, *Das Vaterunser* (Maguncia 1912); Kilian, *Das Gebet des Herrn nach dem hl. Thomas von Aquin erklärt* (Wiesbaden 1925); pensamientos dignos de consideración en V. Hartl, *Der trinitarische Character des Vaterunsers,* en *ThG* XIII (1921) 70; exposición popular y pastoral en Heinen, *Das Vaterunser im Lichte moderner ideen* (Kempten); P. Oer, *Das Vaterunser*[5-6] (Friburgo 1923).—Exposición social del *Paternóster* en Steinmann, *Die Bergpredigt,* en *KK* 1922, 94 ss.; en la misma obra, y además en Bludau, *Der katholische Seelsorger* XX 19 ss. y 53 ss., puede verse cómo ciertas semejanzas del *Paternóster* con algunos pasajes tomados de obras y oraciones judías en manera alguna suponen que la oración dominical dependa de aquellas fórmulas.

[1] La palabra «Padre» es la primera y más importante de la oración dominical; ella nos recuerda la confianza con que debemos orar; nos recuerda también nuestra dignidad de hijos, a la cual hemos de corresponder con una santa vida, y nos trae a la memoria nuestras faltas, que nos hacen semejantes al hijo pródigo. La segunda palabra, «nuestro», nos advierte que debemos estar unidos en el espíritu de caridad y que, si deseamos alcanzar la salvación, debemos orar juntos y los unos por los otros (cfr. *Matth.* 18, 19 s.; núm. 215). Las palabras siguientes, arrebatan nuestros corazones *al cielo* y nos enseñan que en todas nuestras obras, y especialmente en todo lo que suplicamos a Dios, debemos tener siempre puesta la mira en el último fin.

[2] Si tenemos fe viva y verdadera caridad, nuestro primero y principal deseo ha de ser que Dios sea conocido de todos, amado de palabra y de obra y honrado en la oración y en el culto público.—«Nombre de Dios» significa lo que el nombre representa: la esencia de Dios, a Dios mismo.

[3] Tu reino, tu señorío, tu *amor* (tu gracia) venga a nuestros corazones, para que reines y gobiernes en ellos como rey (véase *Imitación de Cristo,* libro II, cap. 1, 1 ss.; 7, 2). Tu reino, *tu Iglesia,* venga más y más a todos los hombres, difúndase cada vez más y someta a tu cetro las almas (cfr. *Priester und Mission* VIII [1924], 80). Tu *reino celestial* venga a nosotros y reciba en su seno beatífico a todos los hombres (cfr. *Matth.* 25, 34; *Apoc.* 21, 2 ss.).

[4] Hágase tu voluntad, no la mía, no la voluntad de la carne, del mundo, de Satanás; y cúmplase tu voluntad tan perfecta, pura, enérgica, vigorosa, celosa y ardientemente por los hombres sobre la tierra, como por los ángeles y santos en el cielo (cfr. números 41 y 57).

[5] Literalmente: «nuestro pan suficiente»; *epiusios, epi usian,* para el ser, necesario para el sustento; antítesis: *peri-usios,* abundante (cfr. Sickenberger, *Unser ausreichendes Brot gib uns heute! Akademische Rede.* Habelschwerdt 1923). Aquí pedimos todo lo necesario para nuestra vida, y en ello reconocemos el derecho de Dios, que como Creador y Señor dispone libremente de los bienes de la tierra.—Según muchos santos Padres, pedimos también aquí *la sagrada Eucaristía,* este pan *sobrenatural* que alimenta el alma, este pan vivo que ha bajado del cielo y da la vida al mundo. Este pan nos ayudará a cumplir la voluntad de Dios y a hacernos semejantes a los ángeles. Véase Bock, *Die Brotbitte des Vaterunsers. Ein Beitrag zum Verständnis dieses Universalgebets und einschlägiger patristisch-liturgischer Fragen* (Paderborn 1911). Cfr., sin embargo, *ThR* 1911, 575, y 1912, 64; y también *BZ* XIII (1915) 244.

mos a nuestros deudores [1]. Y no nos dejes caer en la tentación [2], mas líbranos de mal [3]. Amén» [4].

241. Con razón hacen resaltar los comentaristas *la maravillosa conexión* de acontecimientos que precedieron a la enseñanza de tan sublime oración. Jesús ha terminado su ministerio en Galilea; y acercándose el tiempo de salir de este mundo [5], se encamina a Judea [6]. Acaba de manifestar en la fiesta de los Tabernáculos toda la grandeza de su persona y misión divinas [7]. Los discípulos han confesado solemnemente la divinidad de Jesús y están rebosantes de fe y de entusiasmo por él [8]; le ven de nuevo en la soledad y absorto en la oración, y el ejemplo despierta en ellos el deseo de orar como el Maestro. Entonces les enseña el *Paternóster* y les exhorta a ser perseverantes en la oración.

El **Padrenuestro** es la más excelente y el *modelo de las oraciones,* porque encierra cuanto hemos de pedir a Dios. Por ello Tertuliano [9] y san Cipriano [10] la llaman suma y compendio del Evangelio, y ambos con Gregorio de Nyssa, Crisóstomo, Agustín, Pedro Crisólogo, Tomás de Aquino, santa Teresa, etc., hacen de ella bellísimos comentarios. Los *santos Padres* se deshacen en alabanzas de la oración dominical, tan sencilla y a la vez tan profunda. La Iglesia antigua la llama «oración de los fieles» y descubre en ella en especial la relación filial que contraen con Dios los que renacen por el Bautismo. Por esta razón se enseñaba a los catecúmenos, a una con el símbolo apostólico y los sacramentos, inmediatamente antes de conferirles el santo Bautismo; para los demás catecúmenos era un secreto. Quizá «de ahí venga la costumbre, aun hoy existente, de recitar el *Paternóster* en *secreto,* es decir, en voz baja, en todos los oficios litúrgicos, excepto en la Misa» (a cuya parte esencial no asistían los catecúmenos) [11].

242. En el monte Olivete, unos cien pasos al sur de la iglesia de la Ascensión, se halla **el lugar** donde, según tradición, enseñó el divino Maestro a sus discípulos la **oración dominical.** La tradición no es anterior al siglo XII. La princesa de la Tour d'Auvergne, Aurelia de Bossi, compró en 1868 aquel lugar y edificó un claustro y la grande y hermosa iglesia ojival de tres naves, la *iglesia del Paternóster* (1875). Construyóse también un monasterio para las reli-

[1] Por más que uno tenga a Dios por padre, lleve dentro de sí el reino de Dios, se esfuerce en cumplir la voluntad divina como se cumple en el cielo y se alimente a diario del pan de los ángeles, todavía debe considerarse pecador y pedir al Padre celestial perdón de sus culpas cotidianas. Y lo conseguirá, si está dispuesto a perdonar al prójimo. Al *irreconciliable,* en cambio, esta petición se le torna en espada con la que él mismo se asesta en el pecho un golpe mortal, dice san Crisóstomo (cfr. núms. 145 y 147).

[2] El Salvador nos enseña aquí a pedir que no caigamos en la tentación, es decir, que no consintamos en ella, antes bien tengamos la gracia de vencerla, como se colige de la siguiente petición. Heller, *Die sechste Bitte des Vaterunsers, ZKTh* 1901, 85, demuestra que esta explicación se justifica lingüísticamente. No siempre quiere Dios impedir que seamos tentados; mas cuando permite la tentación, ello es para nuestro provecho, para el progreso y afianzamiento en el bien, para aumento de nuestros méritos y para ignominia de Satanás y gloria de Dios. Debemos, pues, estar vigilantes y orar (cfr. *Matth.* 26, 41; *Iac.* 1, 12 ss.).

[3] Propiamente «del malo», lo cual entienden algunos Padres «del demonio», es decir, del influjo de Satanás y del señorío del mismo sobre el alma. *Del mal,* es decir, del pecado, fuente de todos los males; y como lo entiende la Iglesia, «de todos los males pasados, presentes y futuros» de alma y cuerpo; también pedimos ser eternamente librados del pecado y del mal, y admitidos en el reino de la gloria, donde ningún mal tiene entrada (cfr. II *Tim.* 4, 18; *Apoc.* 7, 16 s.; 21, 4).

[4] ¡Así sea! Expresión del deseo y ansia de que nuestras peticiones sean atendidas.— Los protestantes y los católicos sirios añaden al *Paternóster:* «porque tuyo es el reino, la virtud y la gloria». Estas palabras, introducidas a fines del siglo primero, deben considerarse como un desarrollo del texto primitivo (Didaké).

[5] *Luc.* 9, 51. [6] Núm. 218. [7] Núms. 227 s., 231, 233 y 236.

[8] Núms. 198, 202 ss. y 220 ss. [9] *De orat. c. 1.* [10] *De orat. Dom. 28.*

[11] Riezler, *Das Evangelium unseres Herrn Jesus Christus nach Lukas* (Brixen 1900) 340, nota 3.

giosas del Carmen, establecidas el año 1873 en Jerusalén. En las paredes del claustro, sobre grandes cuadros de mosaico, léese la oración dominical en 35 idiomas.

Entrando en el monasterio por la puerta occidental, a mano izquierda se halla la *gruta del Credo*. Es una estancia profunda y alargada, dirigida de sur a norte; en las paredes laterales se ven doce medias columnas que sustentaban otros tantos arcos ojivales, de los cuales sólo quedan los dos primeros del extremo norte. Hay también un altar sencillo. Antes del siglo XVI no existe tradición de lugar alguno del monte Olivete consagrado a la memoria del Credo.

Entre la iglesia del Paternóster y la gruta del Credo, junto a la actual mezquita de la Ascensión (antiguamente *Imbomon;* cfr núm. 523), trabajando la tierra los PP. Blancos, toparon casualmente con los fundamentos de una gran iglesia y con una cueva natural, ampliada y transformada posteriormente en gruta monumental. Apenas cabe dudar que se trata de la *basílica* constantiniana *de Eleona* o *del monte Olivete,* construída sobre la gruta, de la cual hablan frecuentemente los relatos de los peregrinos antiguos. Hacía diez siglos que se había perdido la memoria de la basílica; pero la tradición local atestigua ya desde el siglo IV que allí «enseñó el Señor a sus apóstoles antes de la Pasión» [1]. Por la época en que Eteria [2] escribió su *Peregrinatio* (hacia el 385), todos los años la noche del Martes Santo en dicha basílica el obispo leía del Evangelio de san Mateo el vaticinio de la destrucción de Jerusalén [3]; también otros días se celebraban funciones litúrgicas [4]. Según el P. Vincent, la basílica medía 29,50 m. a lo largo; el atrio con el peristilo, 24,90 m.; el pórtico con la escalinata, 11,75 m. La actual «gruta del Credo» corresponde al subterráneo del pórtico [5]. Sobre las ruinas de la basílica se levantará pronto una hermosa iglesia; el 2 de enero de 1919 colocó el cardenal Dubois, arzobispo de París, la primera piedra; se aspira a que sea una «église mondiale» [6].

243. Jesús prosiguió: «Si alguno de vosotros tuviere un amigo y acudiere a él a media noche a decirle: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa, y no tengo nada que darle; aunque aquél desde dentro le responda: No me molestes, la puerta está ya cerrada, y mis hijos están conmigo en la cámara; no puedo levantarme a dártelos; si el otro porfía en llamar, yo os aseguro que cuando no se levantare a dárselos por razón de ser amigo, a lo menos por librarse de su importunidad se levantará al fin y le dará cuantos hubiere menester [7].

«Así, pues, os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama, se le abrirá [8]. Que si entre vosotros un hijo pide pan a

---

[1] *Itinerarium Burdigalense;* en Geyer, *Itinera* 23.
[2] Cfr. Apéndice I, 3. Artículos interesantes del obispo Agustín Bludau acerca del importante escrito de la peregrina Eteria, en *HL* 1923, 57 y años siguientes.
[3] *Peregrinatio ad loca sancta* 33, 2; en Geyer, *Itinera* 85.
[4] L.c. 30 ss.; en Geyer 83 ss.; cfr. también *HL* 1920, 66.
[5] Cfr. P. Vincent en *RB* 1911, 219-265; P. Cré en *OChr* 1911, nueva serie I 119 ss.; *ZDPV* XXXVIII 58.
[6] *HL* 1920, 64.
[7] Esta parábola encierra un argumento *a fortiori*. Si un amigo cuyo cariño es tan exiguo, que una pequeña incomodidad le impide ayudar al amigo, se deja por fin vencer por la súplica *insistente,* ¡cuánto más oirá Dios la súplica perseverante, siendo infinitamente bueno, siempre propicio y dispuesto a ayudarnos!
[8] Cfr. *Matth.* 7, 7-12; núm. 147. *Toda oración confiada y perseverante es oída.* Pero sucede a menudo que pedimos una cosa creyendo ser buena para nosotros, cuando en realidad nos es inútil y aun perjudicial. Si Dios otorgase una súplica al tenor de nuestras palabras, sería como darnos una piedra o una serpiente o escorpión. Pero El atiende al

su padre, ¿acaso le dará una piedra? O si pide un pez, ¿le dará una sierpe? O si pide un huevo, ¿por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el espíritu bueno [1] a los que se lo piden!» [2]

64. La blasfemia contra el Espíritu Santo y la reincidencia

(*Matth.* 12, 22-45. *Marc.* 3, 22-30. *Luc.* 11, 14-26; 12, 10)

1. Curación de un endemoniado, ciego y mudo. 2. Los fariseos blasfeman contra el Espíritu Santo y piden una señal del cielo. 3. Jesús declara la insensatez de la conducta de los fariseos, la malicia de su blasfemia, y el castigo del abuso que hacen de la gracia.

244. Cierto día le presentaron a un *endemoniado, ciego y mudo.* Luego que Jesús hubo lanzado al demonio, el mudo comenzó a hablar y recobró la vista. Con lo que todo el pueblo quedó asombrado, y decía: «¿Por ventura no será éste el hijo de David (el Mesías)?» Pero los fariseos, oyéndolo, decían: «Este no lanza los demonios sino por obra de Belcebú [3], príncipe de los demonios». Tentábanle otros y le pedían *una señal del cielo* [4]. Pero Jesús, penetrando los pensamientos de ellos, les dijo:

«¿Cómo puede un demonio lanzar a otro demonio? Todo reino dividido en facciones contrarias será desolado; y cualquiera ciudad o casa, dividida en bandos, no subsistirá. Y si un demonio echa fuera a otro demonio, es contrario a sí mismo; ¿cómo, pues, ha de subsistir su reino? Que si yo lanzo los demonios en nombre de Belcebú, vuestros hijos ¿en nombre de quién los echan? Por tanto, esos mismos serán vuestros jueces. Mas si yo echo los demonios en virtud del Espíritu de Dios, síguese por cierto que ya el reino de Dios ha llegado a vosotros [5]. Cuando el fuerte guarda armado el atrio de su casa, todas las cosas están seguras. Pero si otro más fuerte que él asaltándole le vence, le desarmará de todos sus arneses en que confiaba, y se repartirá sus despojos [6]. *El que no está por mí, contra mí está;* y el que conmigo no recoge, desparrama» [7].

---

sentido de nuestras súplicas, que seguramente encierran algo bueno, y nos concede cosas útiles y saludables en vez de las perjudiciales que acaso hemos pedido (cfr. núm. 215).

[1] El Espíritu Santo con sus dones. Jesús nombra aquí el don mayor, como prenda de que también obtendremos los menores, con tal que éstos no comprometan el don supremo y la eterna salud. [2] Núm. 147.

[3] Página 215, nota 1. [4] Cfr. núm. 196.

[5] Los fariseos trataban de destruir la impresión que aquel gran milagro había producido en el pueblo, y de sembrar la desconfianza en Jesús, afirmando que estaba en connivencia con el demonio y arrojaba los demonios por virtud diabólica. Jesús rechaza tan infame como mezquina imputación con dos sencillos e irrefutables argumentos: *a)* no es posible que Satanás destruya su propio reino; ahora bien, es claro que Jesús emplea todas sus actividades contra el demonio, de donde no es posible que esté aliado con él; *b)* ellos mismos, los fariseos, confesaron siempre que sólo en nombre y con la virtud de Dios son lanzados los demonios. Debían, pues, haber reconocido en el milagro la virtud de Dios, y en su testimonio la verdad; y el milagro debía serles garantía de que él era el fuerte que vence al demonio e instaura su trono sobre las ruinas del imperio de Satanás. Habrían debido argumentar de la siguiente manera: la expulsión de los demonios es prueba cierta de que el fuerte ha sido atado por el más fuerte; y siendo esto así, es indudable que ha venido el reino de Dios y que Jesús es el Mesías; de donde ya no cabe elección; cuando el «más fuerte» lucha con el «fuerte» por la posesión de las almas, nadie debe permanecer neutral; todos deben decidirse; quien no se decide por Jesús, está contra él.

[6] Cfr. *Is.* 49, 24 s.

[7] Serio aviso a los fariseos: nada sirve el disimulo y la aparente imparcialidad con que critican las obras de Jesús, pues se enfrentan con quien puede causar su ruina o su resurrección.

245. «Por lo cual os declaro: que cualquier pecado y cualquiera blasfemia se perdonará a los hombres; pero la **blasfemia contra el Espíritu Santo** no se perdonará. A cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero a quien hablare contra el Espíritu Santo, no se le perdonará [1] *ni en esta vida ni en la otra* [2]; no obtendrá perdón por toda la eternidad, sino será reo de eterno delito». (Hablóles de esta suerte, porque decían: «Está poseído de un espíritu maligno» [3]). «O bien decid que el árbol es bueno y bueno su fruto, o si tenéis el árbol por malo, tened también por malo su fruto; ya que por el fruto se conoce el árbol [4]. ¡Oh raza de víboras! ¿cómo es posible que vosotros habléis cosa buena, siendo malos? Pues de la abundancia del corazón habla la boca [5]. El hombre de bien del fondo de su corazón saca cosas buenas, y el hombre malo de su mal corazón saca cosas malas. Yo os digo que hasta de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del Juicio. Porque por tus palabras habrás de ser justificado, y por tus palabras condenado [6].

«Cuando el **espíritu inmundo** ha salido de un hombre [7], anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, y no lo halla [8]. Entonces dice: Tornaréme a mi casa de donde he salido. Y volviendo a ella, la encuentra desocupada, bien barrida y adornada [9]. Con eso, va y toma consigo otros siete espíritus peores que

---

[1] El pecado y la blasfemia que no pasen del quebrantamiento de la Ley de Dios o de Jesucristo, la misma blasfemia contra Cristo, mientras proceda de ignorancia total o parcial, de debilidad o pasión, pueden ser perdonados. Pero *la blasfemia contra el Espíritu Santo,* que consiste en atribuir al demonio las obras del Espíritu de Dios y se opone manifiestamente a la luz de la verdad y a la propia convicción, lleva en sí por su misma naturaleza carácter de impenitencia y de oposición a la gracia del Espíritu Santo; por lo mismo no puede ser perdonada mientras dure ese estado de alma. *Apenas* se apoderan del ánima *sentimientos de penitencia,* se abre paso en ella el perdón; mas estos sentimientos son muy raros y difíciles en tales almas, aunque no imposibles. De ahí la doctrina firme de la Iglesia, que ningún pecador puede dudar de la gracia de Dios, y el serio aviso del Salvador a los empedernidos fariseos.—Cfr. a propósito de este pasaje Tillmann, *Der Menschensohn* 133 ss.; Leitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 480 ss.; Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien. Eine biblisch-dogmatische Untersuchung* (Düsseldorf 1918) 85.

[2] Por este pasaje se ve que hay pecados que pueden ser *borrados* en la otra vida. En el infierno los pecados *se expían,* empero no se borran; nada que esté manchado puede entrar en el cielo; de donde es preciso que exista un lugar de purificación, un «purgatorio».—Muchos teólogos protestantes, antiguos y modernos, reconocen que en la teología protestante existe un vacío muy sensible, de resultas de desechar la doctrina del purgatorio. Y así dice, por ejemplo, Hase (*Handbuch der protest. Polemik*[4], Leipzig 1878, 400): «Los más de los moribundos son demasiado buenos para el infierno, pero demasiado malos para el cielo. Debemos admitir abiertamente que en el protestantismo hay algo que no está claro». Más pormenores en Schneider, *Das andere Leben*[6] 523 ss.; Jos. Zahn, *Das Jenseits* 180 ss.; Keppler, *Armenseelenpredigt*[6-7] (1919).

[3] La «blasfemia contra el Espíritu Santo», que no se perdona, consiste, pues, en atribuir al demonio lo que viene de Dios, a pesar de las pruebas manifiestas y de la propia convicción.

[4] Admitid, por consiguiente, la verdad sencillísima; si creéis que es cosa buena lanzar los demonios, no me tengáis a mí por malo, etc. (cfr. núm. 148).

[5] Pero vosotros no queréis rendir honor a la verdad, porque abrigáis torpes pasiones en vuestros corazones y habláis según ellas.

[6] Por ser ellas expresión de vuestros sentimientos. Cuán riguroso haya de ser el juicio que les aguarda, lo da a entender Jesús al decirles que ni siquiera las *palabras ociosas* pasarán como cosa indiferente.

[7] Según el contexto próximo, un serio aviso a los fariseos: Israel, que tan a menudo ha abusado de la gracia de Dios, luego que desprecie las últimas gracias que su mismo Redentor le ha traído, será poseído de Satanás más cruelmente que nunca. Lo mismo se puede decir esencialmente de los reincidentes.

[8] Lleva consigo por todas partes las penas infernales, y el aparente sosiego que encuentra en dañar a los hombres, le será quitado al verse confinado en lugares solitarios y desiertos donde a nadie puede hacer daño.

[9] Vacía de la gracia de Dios y adornada para Satanás, cual si se tratara de un huésped ilustre.

él, y entrando habitan allí; con lo que viene a ser el postrer estado de aquel hombre más lastimoso que el primero. Así ha de acontecer a esta raza de hombres perversísima» [1].

65. ¡Dichosa la Madre de Jesús! El signo de Jonás

(*Matth.* 12, 39-42. *Luc.* 11, 27-54)

1. Una mujer del pueblo proclama bienaventurada a la madre del Señor. 2. La señal de Jonás. 3. La luz del cuerpo y la del alma. 4. Jesús come en casa de un fariseo; conversación y sus efectos.

246. Diciendo Jesús estas cosas, alzó la voz de en medio del pueblo una mujer, exclamando: «**Bienaventurado el vientre que te llevó** y los pechos que te amamantaron». Pero Jesús respondió: «Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» [2].

Como concurriesen las turbas a oírle, comenzó a decir: «Esta raza de hombres es una raza perversa; ellos piden un signo [3], y no se les dará [4] otro sino **el del profeta Jonás** [5]. Pues a la manera que Jonás estuvo

---

[1] ¡Qué triste cumplimiento han tenido estas palabras del Redentor! Los *judíos*, libres del culto idolátrico merced a los duros castigos de Dios, reincidieron en su antiguo orgullo y obstinación, llegando a negar, rechazar y dar muerte al verdadero Mesías. Ni siquiera la ruina de la Ciudad Santa y del Templo les hizo volver en sí.

[2] La mujer pondera la dicha de la madre de tal Hijo. Fué en eso figura de la Iglesia Católica, como nota Beda el Venerable (S. Beda l. 4, c. 49, *in Luc. XI,* en *Offic. B. M. V. lect. VII).* El Salvador aprovecha la coyuntura para enseñar que el cumplimiento de su santa doctrina nos une con él más estrechamente que los lazos de la carne y de la sangre. Mas con ello no quiso rectificar a la que llamó bienaventurada a su madre, antes bien confirmó y realzó lo que ella dijera: «Cierto; es merecedora de que se la ensalce por ser madre mía, pero lo es mucho más por su fe y su fidelidad». No sería la más bienaventurada de las criaturas, si no se elevara sobre todas ellas por su fe e inquebrantable fidelidad. Las palabras del Salvador recuerdan la repetida observación de san Lucas: «María conservaba todas estas cosas, etc.» (cfr. núms. 57 y 82; también núms. 101, 103 y 167; A. Schäfer, *Die Gottesmutter in der Heiligen Schrift* 197-201; Bartmann, *Christus ein Gegner des Marienkultus?* 110).

[3] Núms. 196 y 244; muchos intérpretes protestantes modernos afirman que, al aludir Jesús al signo de Jonás, se refería sólo a la predicación, como si quisiera decir que, no en sus milagros, sino en su predicación se había de buscar la prueba del origen de su poder; más tarde se interpretó falsamente de la Resurrección de Jesús, y el evangelista se hizo eco de dicha interpretación; las palabras: «así como Jonás... en el corazón de la tierra», no son, pues (según dichos protestantes), palabras de Jesús, sino del evangelista, que interpreta (falsamente) la precedente sentencia de Jesús. La interpretación protestante pugna con el contexto y ha nacido de la repugnancia al milagro de Jonás y, en general, a toda clase de milagros y profecías.

[4] De las palabras: «no se les dará signo alguno», sería completamente erróneo deducir que Jesús no obró milagros, o que los milagros de Jesús no tenían el carácter de «signos», es decir, pruebas de la mesianidad. El Salvador emplea aquí ese término en el mismo sentido que sus adversarios: No recibirán un «signo» cual demandan y creen poder arrancar con amenazas para encubrir su incredulidad; el ministerio de Jesús, su doctrina y sus milagros eran señal suficiente para los que sinceramente se esforzaban por conseguir la salvación. Porque si la predicación de Jonás movió a los ninivitas a penitencia, y si la reina de Sabá vino del sur a oír la sabiduría humana de Salomón, ninguna disculpa tendrán en el Juicio los incrédulos judíos; tenían una doctrina de garantía incomparablemente mayor y una sabiduría muy superior a la de Salomón, y no creyeron.

[5] «El signo de Jonás», es decir, el milagro que aconteció con su persona. En realidad de hecho, Jesús estuvo *muerto un día completo y dos noches;* el pasaje del Antiguo Testamento dió ocasión a que se contase al estilo judío, según el cual el día en que comienza o termina una acción se cuenta y calcula como un día natural completo. En efecto, la Resurrección es un «signo» que separa los espíritus. Y aunque a los infieles no se les concedió ver la Resurrección, los efectos de ella y los hechos del Cristianismo les dieron la prueba irrefragable de aquel milagro.

tres días y tres noches en el vientre del pez, así el Hijo del hombre ha de estar tres días y tres noches en el corazón [1] de la tierra. Los *ninivitas* se levantarán en el día del Juicio contra esta generación y la condenarán, porque a la voz de Jonás hicieron penitencia; y ved aquí a quien es mayor que Jonás. *La reina del Austro* se levantará en el día del Juicio contra esta generación y la condenará, por cuanto ella vino del cabo del mundo a escuchar la sabiduría de Salomón; y veis aquí a uno superior a Salomón» [2].

247. «Nadie enciende una candela para ponerla en un lugar escondido, ni debajo de un celemín; sino sobre un candelero, para que los que entran, vean la luz. Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tus ojos estuvieren sanos, todo tu cuerpo será alumbrado; mas si estuvieren dañados, también tu cuerpo estará lleno de tinieblas. Cuida, pues, que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Porque si tu cuerpo estuviere todo iluminado, sin tener parte alguna oscura, todo lo demás será luminoso, y como el fulgor del relámpago te alumbrará» [3].

Así que acabó de hablar, un fariseo le convidó a comer en su casa; y entrando Jesús en ella, púsose a la mesa. Entonces el fariseo, discurriendo consigo mismo, comenzó a decir: «¿Por qué no se ha lavado [4] antes de comer?» Mas el Señor le dijo: «Vosotros, fariseos, tenéis gran cuidado en limpiar el exterior de las copas y de los platos; pero el interior de vuestro corazón está lleno de rapiña y de maldad. ¡Necios! ¿No sabéis que quien hizo lo de afuera hizo asimismo lo de adentro?[5] Dad antes bien de limosna el contenido (la copa y de la escudilla), y todo será limpio [6] para vosotros. Mas ¡ay de vosotros, fariseos!, etc.» [7].

Como les hubiese dicho estas cosas, irritados los fariseos y doctores de la Ley empezaron a contradecirle fuertemente a fin de taparle la boca con muchas preguntas. Armáronle asechanzas y trataron de sonsacarle alguna palabra de que poder acusarle [8].

66. Parábola del necio rico [9]

(Luc. 12, 1 13-21)

1. Ocasión de la parábola. 2. La parábola: *a)* manera de obrar y hablar del rico; *b)* manera de hablar y obrar de Dios; *c)* la gran enseñanza.

248. Habiéndose juntado alrededor de Jesús tanto concurso de gentes, que se atropellaban unos a otros, salió uno de entre la multitud

[1] No sólo en el sepulcro donde descansó su cuerpo, sino «en la parte inferior de la tierra» *(Ephes.* 4, 9), es decir, en el limbo de los justos, a donde descendió su alma (I *Petr.* 3, 19). [2] *Matth.* 12, 39-42.—La reina del Austro es la reina de Sabá.

[3] *Luc.* 11, 33-36 (cfr. sentencias análogas del Señor en *Luc.* 8, 16-18; *Marc.* 4, 21-25; *Matth.* 5, 15; 6, 22 s.; núms. 141, 146 y 161); aquí hace el Salvador una aplicación a los sentimientos de los fariseos. A la vista tienen los grandes milagros, la santa vida y las obras de Jesús; pero sus ojos espirituales, es decir, la facultad de conocer y de querer está enferma y cegada por los prejuicios y las pasiones. Por eso permanecen ciegos frente a las verdades más claras y manifiestas, mientras que se apasionan por minucias externas, como vemos en lo que luego sigue. ¡Cuán de otra suerte acaece cuando el ojo es puro y limpio, es decir, cuando uno está habituado a seguir la luz de la verdad divina! Entonces da pronto el alma con lo justo y lo grato a Dios.

[4] Las manos (cfr. *Matth.* 15, 1 ss.; *Marc.* 7, 1 ss.; núm. 189).

[5] El Dios por quien guardáis esas exterioridades ¿no es el mismo que ha mandado aún con mayor insistencia la santidad verdadera e interior y la justicia?

[6] Los fariseos se daban particularmente a la avaricia *(Luc.* 16, 14; *Matth.* 23, 14 23). Limosna significa aquí las obras de caridad; y la caridad es el cumplimiento de la Ley *(Rom.* 13, 10; cfr. también núm. 222 s.).

[7] *Luc.* 11, 37-54. El Señor repitió *los ayes sobre los fariseos (Luc.* 11, 42-54) en la semana de su Pasión *(Luc.* 20, 45-47. *Matth.* 23, 1-36. *Marc.* 12, 38-40). Véase núm. 316. [8] *Luc.* 11, 53 s. Así le tentaron más tarde a propósito de los tributos.

[9] Del pensamiento y doctrina de Jesús acerca de la pobreza y las riquezas trata

diciéndole[1]: «Maestro, dile a mi hermano que me dé la parte que me toca de la herencia»[2]. Pero Jesús le respondió: «¡Oh hombre! ¿quién me ha constituído a mí juez o repartidor entre vosotros?»[3] Con esta ocasión les dijo: «Estad alerta y *guardaos de toda avaricia*[4]; que no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que posee». Y en seguida les propuso esta parábola: «Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad; y discurría para consigo, diciendo: «Qué haré, que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Al fin dijo: Esto haré: derribaré mis graneros y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo cual diré a mi alma: ¡Alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años; descansa, come, bebe y date buena vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de ti el alma; ¿de quién será cuanto has almacenado? Esto es lo que sucede, concluyó Jesús, al que atesora para sí, y no es rico a los ojos de Dios»[5].

67. Parábolas del siervo vigilante, del ladrón nocturno y del mayordomo fiel y del infiel

(*Luc.* 12, 35-49. *Matth.* 24, 43-51)

1. Los criados vigilantes; su apresto y su recompensa. 2. Ladrón que viene de súbito e inopinadamente. 3. Recompensa del mayordomo fiel. 4. Castigo terrible del mayordomo infiel. 6. El fuego del amor de Jesús.

249. Prosiguió Jesús diciendo: «*Tened vuestras ropas ceñidas a la cintura*, y en vuestras manos *las luces ya encendidas*[6]; sed semejantes a

sumariamente A. Steinmann, *Jesus und die soziale Frage* (Paderborn 1920); especialmente en las páginas 28, 34 y 200 ss.

[1] Leemos en *Lucas* (12, 1-12) que Jesús avisó y previno a los discípulos que se guardasen de la levadura de los fariseos, es decir, de la hipocresía, les predijo que la doctrina evangélica se había de predicar públicamente, les enseñó a temer sólo a Dios, a confiar totalmente en Dios, a confesarle libre y abiertamente a la faz del mundo y a abandonarse incondicionalmente en la asistencia del Espíritu Santo; al mismo tiempo les llamó la atención sobre la magnitud del pecado de quienes blasfeman del Espíritu Santo, de quienes, como los fariseos, resisten a sabiendas a la verdad divina (cfr. *Matth.* 10, 19 s. 26 32; 12, 31 s ; 16, 6; *Marc.* 3, 28 s.; 4, 22; 8, 15 38).

[2] Nada tenía de inusitado que el pueblo apelase a maestros prestigiosos para dirimir las querellas jurídicas. Y así, este hombre recurre a la autoridad de Jesús en provecho de sus intereses terrenos.

[3] No he venido al mundo para apoyar y promover los apetitos de codicia.

[4] Jesús corrobora su advertencia con dos puntos que ponen en claro la *futilidad de las riquezas;* y el uno es que las riquezas no tienen poder para alargar la vida del hombre ni para hacerle feliz, pues en cualquier momento puede venir la muerte. Por otra parte Jesús pondera los *graves peligros* que las riquezas acarrean al alma, pues ahogan la semilla de la palabra divina y dificultan la entrada en el reino de los cielos (cfr. núms. 146 y 160; I *Tim.* 6, 9 ss.).

[5] Acumulando tesoros celestiales de buenas obras; por ello Jesús avisa todavía (*Luc.* 12, 22-34) que se guarden de los cuidados mundanos innecesarios, les advierte sobre todo que busquen el reino de Dios (*Matth.* 6, 20-34), y dice a sus discípulos: «*No tienes que temer, pequeñita grey;* porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros el reino», el reino de los cielos; ¡cuánto más cuidará de daros en la tierra lo necesario! (cfr. núm. 146).

[6] La súbita muerte del rico nos avisa que debemos *estar siempre prevenidos,* y pensar en la muerte y en el juicio, único medio de no ser sorprendidos. El cinto servía para arregazar el vestido a fin de estar uno dispuesto al trabajo y a salir de viaje. El siervo debe tener prevenida la luz para poder recibir a su amo. Espiritualmente «ceñimos los

los criados que aguardan a su amo cuando vuelve de las bodas [1], a fin de abrirle prontamente luego que llegue y llame a la puerta. Dichosos aquellos siervos a los cuales el amo al venir encuentra así velando. En verdad os digo que, arregazándose él su vestido, los hará sentarse a la mesa, y se pondrá a servirles [2]. Y si viene a la segunda vela, o viene a la tercera, y los halla así prontos, dichosos tales criados. Tened esto por cierto, que si el padre de familias supiera a qué hora ha de venir el ladrón, estaría ciertamente velando, y no dejaría que le horadasen la casa. Así vosotros estad siempre prevenidos [3]; porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del hombre».

250. Preguntóle entonces *Pedro:* «Señor, ¿dices por nosotros esta parábola o por todos?» Respondió el Señor: «¿Quién piensas que es aquel *mayordomo fiel y prudente* a quien su amo constituyó sobre la servidumbre, para distribuir a cada uno a su tiempo la medida de trigo correspondiente? [4] Dichoso el tal siervo, si su amo a la vuelta le hallare conduciéndose de esa suerte. En verdad os digo, que le dará la superintendencia de todos sus bienes [5]. Mas si dicho criado dijere en su corazón: Mi amo no piensa en venir tan presto, y empezare a maltratar a los criados y a las criadas, y a comer, y a beber, y a embriagarse, vendrá el amo de tal siervo en el día que menos le espera [6], y en la hora que él no sabe, y le dividirá, y darle ha su merecido en compañía de los hipócritas [7]; allí será el llanto y el crujir de dientes [8]. Aquel siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no se sometió a ella, ni se portó conforme quería su

---

lomos por la continencia y la castidad; y tenemos lámparas encendidas en nuestras manos, cuando con las buenas obras damos al prójimo ejemplo de buen comportamiento» (san Gregorio Magno, *Hom. 13 in Evang ;* cfr. núm. 141).

[1] Cuando todo está en profundo sueño. Jesús viene también de las bodas, en cuanto que es el esposo que introduce las almas santas en los goces celestiales y quiere llevar allí aun a aquellos que visita inesperadamente. Las *cuatro vigilias* (núm. 183) son las cuatro edades; la primera, la niñez, es poco apta para prepararse a aquel trance; la última, la ancianidad, tiene siempre a la vista la muerte; pero en cambio la adolescencia y la edad viril necesitan recordar el aviso del Salvador.

[2] El Señor les dará parte en su gloria; esta gloria recreará al «alma hambrienta y sedienta de justicia» como un festín; el Salvador mismo será quien lo sirva, por ser él la causa y la fuente de la felicidad.

[3] Debéis tener especialísima vigilancia sobre todo vosotros, los apóstoles, y todos cuantos habéis sido llamados a hacer mis veces y a cuidar de los míos como padres de familia y mayordomos. Esto dió ocasión a Pedro a la siguiente pregunta, a la que Jesús contestó diciendo que el aviso era para todos (cfr. *Matth.* 13, 37), pero de manera especial para los jefes de su Iglesia.—La Iglesia lee las dos parábolas sobredichas en la fiesta de los Confesores, por ser éstos modelos resplandecientes de vigilancia.

[4] ¿Quién sino vosotros, a quienes yo he destinado para administradores de mi casa, la Iglesia?

[5] El le pondrá en posesión de los bienes celestiales y le dará parte de su eterno señorío (cfr. *Matth.* 19, 28; 25, 1 ss.; I *Cor.* 6, 3; *Apoc.* 22, 5).

[6] Le matará de la manera más espantosa. Sin embargo, el Salvador comienza ya aquí a dejar la imagen y a hacer la aplicación. Por haberse el siervo infiel olvidado del juicio divino, llámale Dios a cuentas de súbito e inopinadamente; por haber abusado de su autoridad espiritual, el Señor le «divide», es decir, le separa de la comunidad de los suyos; y por haberse dado a la buena vida, su suerte es el infierno, donde será el gemir y el crujir de dientes.

[7] Con los más infames enemigos de Dios, que hipócritamente aparentaban ser sus amigos, pero hicieron traición a su causa y engañaron a su Redentor.

[8] Núm. 151.

señor, recibirá muchos azotes; mas el que, sin conocerla, hizo cosas que de suyo merecen castigo, recibirá menos azotes. Porque se pedirá cuenta de mucho a quien mucho se le entregó; y a quien muchas cosas le confiaron, más cuenta le pedirán» [1].

« *Yo he venido a poner fuego en la tierra,* ¿y qué he de querer sino que arda? Mas yo tengo de ser bautizado con un *bautismo,* ¡oh, y cómo me urge hasta que lo vea cumplido!» [2]

68. Parábola de la higuera estéril

(*Luc.* 13, 1-9)

1. Con ocasión de dos sucesos de su tiempo, Jesús exhorta al pueblo a la penitencia. 2. Alusión al último plazo de la gracia mediante la parábola de la higuera estéril.

251. Algunos de los oyentes contaron a Jesús lo que había sucedido a unos *galileos, a quienes Pilatos hizo dar muerte cuando estaban ofreciendo sacrificios.* Sobre lo cual les respondió Jesús: «¿Pensáis que aquellos galileos eran entre todos los demás de Galilea los mayores pecadores, porque fueron castigados de esta suerte? Os aseguro que no; y entended que si vosotros no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente. Como también aquellos dieciocho hombres, sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató [3], ¿pensáis que fuesen los más culpables de todos los moradores de Jerusalén? Os digo que no; mas si vosotros no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente» [4].

Y añadió la siguiente parábola: «Un hombre tenía plantada una *higuera* en su viña, y vino a ella en busca de fruto, y no lo halló. Por lo que dijo al viñador: Ya ves que hace tres años seguidos que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala, pues; ¿para qué ha de ocupar terreno en balde? Pero él respondió: «Señor, déjala todavía este año; yo

---

[1] Jesús recalca la justicia del castigo: quien está al frente de los siervos, conoce mejor que éstos la voluntad del amo; tanto más duramente será castigada su infidelidad. Porque «aquellos que ejercen potestad sobre otros, serán juzgados con extremo rigor», y «los grandes sufrirán grandes tormentos» (*Sap.* 6, 6 s.).

[2] Jesús habla del *fuego de la caridad y del celo* que él mismo ha traído a la tierra, fuego que primero se enciende en su *Corazón Sacratísimo* y le lleva a inmolarse por nuestra salud en la Pasión y Muerte De este divino Corazón se difunde el fuego en los corazones de los suyos, los cuales sólo así son capaces de conducirse como siervos fieles y vigilantes, y de resistir a todas las tentaciones persecuciones y tribulaciones.—Lo que luego añade Jesús (*Luc.* 12, 51-59) lo hallamos con otras sentencias del Señor en *Mateo* (10, 34 s.; 16, 2-4; 5, 25 s.; núms. 142, 175 y 196).

[3] Nada nos dice Josefo de estos sucesos, que carecían de importancia para lo que él se propuso en sus obras. El *asesinato* de los galileos fué un pequeño episodio de la serie de violencias que se permitieron los romanos, en particular Pilatos (cfr. Josefo, *Ant.* 18, 13, 1 s.; 4, 1; *Bell.* 2, 9, 2 ss.), en las fiestas principales se llegaba a veces a sangrientas luchas con la guarnición romana en los atrios del Templo.—La «torre de Siloé» acababa quizá de construirse; y no es inverosímil que formase parte del recinto amurallado de la ciudad, por el lado en que estaba la piscina de Siloé. Situada ésta en una profunda torrentera, su caída debió de causar súbita y espantosa muerte en los que allí cerca vivían o por allí se encontraban.

[4] Como los judíos creyesen que *toda desgracia es un castigo por algún pecado* (página 167, nota 1), les dice Jesús que aquellos desgraciados no eran más pecadores que los demás. De ellos, los que estaban en pecado hallaron con la *muerte temporal* también *la eterna.* Por eso les avisa Jesús, para que hagan penitencia y no les suceda lo mismo.

cavaré alrededor de ella, y le echaré estiércol; acaso dé fruto. Cuando no, entonces la harás cortar» [1].

69. La mujer curada en día de sábado

(*Luc.* 13, 10-18)

1. Curación de la mujer encorvada. 2. Enojo del jefe de la sinagoga. 3. Réplica del Señor. 4. Efecto de la réplica.

252. Enseñando Jesús un día de sábado en la sinagoga, vino allí *una mujer que* hacía dieciocho años *padecía un espíritu de enfermedad* [2] y andaba encorvada, sin poder mirar poco ni mucho hacia arriba. Como la viese Jesús, llamóla a sí, y le dijo: «Mujer, libre quedas de tu achaque» [3]. Impúsole las manos, y ella se enderezó al momento, y daba gracias y alabanzas a Dios. El jefe de la sinagoga [4], indignado de que Jesús hiciera esta cura en sábado, dijo al pueblo: «Seis días hay destinados al trabajo [5]; en esos días podéis venir a curaros, y no en el día de sábado» [6]. Mas el Señor replicó: «¡Hipócritas! [7] ¿Cada uno de vosotros no suelta del pesebre su buey o su asno, aunque sea sábado, y los lleva a abrevar? Y a esta hija de Abraham, a quien ha tenido atada Satanás por espacio de dieciocho años, ¿no será permitido desatarla de estos lazos en día de sábado?» [8] A estas palabras quedaron avergonzados todos sus contrarios; y todo el pueblo se complacía en todas aquellas gloriosas acciones que se obraban por medio de él [9].

---

[1] *La higuera* de la viña del Señor es figura del *pueblo de Israel*. Así como el hombre de la parábola plantó la higuera y cuidó de ella, así Dios escogió a Israel y le colmó de gracias más que a ningún otro pueblo de la tierra. Motivo tenía Dios para esperar que Israel allanase el camino al Mesías mediante la penitencia y la santidad; pero se ensañó, si nos es lícito emplear un lenguaje humano. Israel renunció insistentemente, se resistió con pertinacia a dar frutos de penitencia y santidad y con ello demostró la mala voluntad que tenía. Y donde falta la buena voluntad, allí acaban también la misericordia y la gracia divinas, y sólo queda la justicia. Esta pronuncia la sentencia. Si se difiere la ejecución, es porque Cristo interpone su valimiento ante el Padre celestial en favor de Israel. Es la última prórroga de la gracia. Y si Israel no se aprovecha de ella, queda sellada la reprobación ¿Se aprovechará de ella Israel? No hallamos la contestación en la parábola. Pero en el castigo de la higuera (*Matth.* 21, 18 s.) da el Salvador proféticamente la respuesta, y la historia la confirmó el año 70 d. Cr.—Lo mismo acontece con todos los *pecadores impenitentes.*

[2] De las siguientes palabras: «Satanás tenía atada a la mujer», se ha querido deducir que se trataba de posesión demoníaca; pero no hablando luego de expulsión de demonios, acaso quepa interpretar las palabras en general, en el sentido de que toda enfermedad es consecuencia del pecado (cfr. núms. 122 y 208).

[3] El Salvador mismo le ofrece la salud, sin que ella se lo pida.

[4] Cfr. página 164, nota 5.

[5] Para este hombre, curar era un trabajo y constituía transgresión del descanso sabático. Acerca de curar en sábado, dice el tratado *Schabbath* de la Mischna (22, 6): «Está permitido ungirse o darse masaje, pero sin hacer esfuerzo, y no es lícito darse fricciones. No se puede pisar en suelo de barro, ni se permite en sábado tomar eméticos artificiales. No se puede estirar los miembros de un niño, ni reducir una fractura» (Beer, *Schabbath. Der Mischnatraktat «Sabbat» ins Deutsche übersetzt,* Tubinga 1908, 113 s.). Cfr. también página 183, nota 2.

[6] Bajo capa de celo por la Ley encubría su hostilidad y ojeriza a Jesús Volvióse, pues, al pueblo con su censura, pues temía la reprensión de Jesús, a la cual, empero, no escapó.

[7] Las palabras aparentaban piedad, pero la intención era mala.

[8] «El contraste pone en evidencia toda la hipocresía de los adversarios. Allí son las bestias, aquí es una hija de Abraham; allí las bestias atadas al pesebre, aquí la hija amarrada por Satanás; allí un sábado, aquí 18 años; ¡cómo no indignarse de la malicia de los enemigos que torcían la Ley en perjuicio corporal y espiritual de los hijos de Abraham!» (Schanz).

[9] Aquí añadió Jesús las parábolas del grano de mostaza y de la levadura (*Luc.* 13, 18-21; cfr. *Matth.* 13, 31-33; *Marc.* 4, 31 s.; núm. 164).

d) Jesús en la fiesta de la Dedicación del Templo; viaje a Perea

(desde diciembre del 29 hasta febrero del 30 d. Cr.)

70. Jesús en la fiesta de la Dedicación del Templo

(*Luc.* 13, 22. *Ioann.* 10, 22-42)

1. Demanda de los judíos: «Si eres Cristo, dínoslo claramente». 2. El Salvador les remite a sus obras, en las cuales está la respuesta. 3. Declárase Hijo de Dios, y consustancial con el Padre. 4. Los judíos tratan de apedrearle por «blasfemo»; pero él marcha a Betania del Jordán.

253. Jesús recorrió las ciudades y aldeas evangelizando por todas partes y tomó el camino de *Jerusalén.* Celebrábase allí la fiesta de la *Dedicación del Templo* [1], fiesta que era en invierno. Paseándose Jesús en el Templo por el pórtico de Salomón [2], rodeáronle los judíos, y le dijeron: «¿Hasta cuándo nos has de traer perplejos? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente». Respondióles Jesús: «Os lo estoy diciendo, y no lo creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas están dando testimonio de mí [3]; mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas [4]. Mis ovejas oyen la voz mía; y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos [5]. Pues lo que mi Padre me ha dado [6], todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlo de mano de mi Padre. **Mi Padre y yo somos una misma cosa».** Al oír esto los judíos, cogieron piedras para apedrearle.

254. Díjoles Jesús [7]: «Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por

---

[1] Llamada también «fiesta de las Encenias o de las Luces», el 25 de Casleu, o sea, en diciembre; duraba 8 días y se celebraba con inusitada solemnidad en memoria de la purificación del Templo llevada a cabo por Judas Macabeo (véase Apéndice I, 562-564).

[2] Núm. 82.

[3] Hacían la pregunta, no con deseo de saber la verdad o ansiosos de la salud, sino con indignación y violencia, no para instruirse, sino para hallar ocasión de acusar a Jesús. Porque si les decía sin ambages: «Yo soy el Cristo», podían entregarlo a los romanos como a enemigo de su soberanía, pues los judíos esperaban en el Mesías a un rey temporal, y los romanos lo sabían. Y si no decía: «Yo soy el Cristo», entonces estaba justificada su incredulidad y podían esparcir nuevas sospechas en el pueblo. Pero la Verdad eterna supo desbaratar las intrigas de la malicia. Sin decirles lo que esperaban oír, les hace oír lo que les obliga a creer, y les da a entender con suficiente claridad quién sea. Lo hace con tal energía, que, a falta de razones, echan mano de las piedras.

[4] Porque *no estáis bien dispuestos para recibir la fe.* Mausbach, *Kernfragen christlicher Welt-und Lebensanschauung*[4] 28 s ; y *StL* 80 (1911) 3 ss., expone de manera sugestiva cómo el «amor a la verdad es condición de la fe».

[5] De lo que prometo a los míos podéis colegir quién soy yo.

[6] Lo que yo tengo de mi Padre, es decir, mi naturaleza y esencia divina, es mayor que toda otra esencia y que todo poder, por ser aquélla divina. De ahí se sigue que los míos no pueden ser arrebatados de mis manos ni de las de mi Padre; yo los guardo y conservo. Pues *yo y mi Padre somos una cosa,* de una misma naturaleza y esencia y, por lo mismo, tenemos idéntico poder, etc.—En el contexto es imposible buscar otra interpretación a esas palabras, como si, por ejemplo, se refiriesen a la unidad moral o conformidad de voluntades; pues no se trata de esto, sino de la omnipotencia, etc. Así lo entendieron los judíos; creyeron que Jesús se atribuía poder divino y esencia divina, y tal pretensión les pareció blasfemia; por eso le quisieron apedrear (según *Luc.* 24, 14 ss.).—Observa a este propósito san Agustín: «Con la palabra *unum,* una misma cosa, señala el Señor la igualdad de naturaleza; con la palabra *sumus,* somos, la distinción de divinas personas».

[7] Si Juan Bautista contestó clara y abiertamente a los judíos: «Yo no soy el Cristo» (núm. 97), ¿con cuánta mayor razón debería haber contestado Jesús lo mismo, de no serlo

la virtud de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?» Respondiéronle los judíos: «No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia, y porque, siendo tú hombre, *te haces Dios*». Replicóles Jesús: «¿No está escrito en vuestra Ley: Yo dije, dioses sois?[1] Pues si llamó dioses a aquellos a quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de mí, a quien ha santificado el Padre y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: **soy Hijo de Dios?** Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, cuando no queráis darme crédito a mí, dádselo a mis obras, a fin de que conozcáis y creáis que **el Padre está en mí, y yo en el Padre**»[2].

Quisieron entonces prenderle; mas él se escapó de entre sus manos, y se fué de nuevo a la otra parte del Jordán a aquel lugar en que Juan bautizó primero[3], y permaneció allí. Y acudieron muchos a él, y decían: «Es cierto que Juan no hizo milagro alguno; mas todas cuantas cosas dijo Juan de éste, han salido verdades»[4]. Y muchos creyeron en él.

71. Los primeros serán los postreros. Herodes amenaza a Jesús. Jesús se lamenta de la ruina de Jerusalén

(*Luc.* 13, 23-35. *Matth.* 23, 37-39)

1. Curiosidad y seria amonestación. 2. Figura de la puerta cerrada, símbolo de la reprobación de Israel. 3. Herodes trata de apoderarse de Jesús. 4. El amor de Jesús figurado con el de la gallina para con sus polluelos.

255. En cierta ocasión alguien le preguntó: *Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan?*[5] El en respuesta dijo a sus oyentes: «Esforzaos en entrar por la puerta angosta; porque[6] os aseguro que muchos buscarán cómo entrar, y no podrán. Y después que el padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, empezaréis desde fuera a llamar a la puerta diciendo: Señor, Señor, ábrenos; y él os responderá: No os conozco, ni sé de dónde sois[7]. Enton-

---

real y verdaderamente? Mas Jesús no rectifica el sentido que sus oyentes han dado a sus palabras, antes lo corrobora haciendo ver que los nombres de «Dios» e «Hijo de Dios» le cuadran en un sentido más elevado que a todos aquellos a quienes la Sagrada Escritura da esos nombres, es decir, le cuadran *en sentido propio y verdadero,* como lo demuestran especialmente las últimas palabras y lo entendieron muy bien los judíos.

[1] He aquí la argumentación de Jesús: Si los libros del Antiguo Testamento, cuya autoridad divina todos vosotros reconocéis, llaman «dioses» a los jueces y príncipes de la tierra (por ejemplo, en *Ps.* 81, 6), para recordarles que son lugartenientes de Dios, ¿cómo podéis tacharme de blasfemo a mí porque me doy el nombre de Hijo de Dios, habiendo sido destinado por el Padre para el oficio y vocación de Mesías, y enviado al mundo como «el Santo de Dios» (núm. 120) y acreditado como tal? Se ve que Jesús reclama para sí el ser que comparte con el Padre ya antes que el mundo fuese y antes de su Encarnación (cfr. también Leitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 255 s.).

[2] Estas palabras son equivalentes a las que hemos subrayado: *Yo y el Padre somos una misma cosa,* y fueron entendidas por los judíos en el mismo sentido que ellas. Y en prueba de que está justificada la pretensión, se remite a sus *obras,* las cuales deben reconocerse como *obras* de Dios y demuestran la plena unidad de amor, vida y ser que existe entre Jesús y el Padre celestial.

[3] A «Betania de junto al Jordán» (cfr. núm. 90), en contraposición a Ennón, donde bautizó más tarde (núm. 111). Jesús sabía que en aquel lugar donde aun vivían el recuerdo y el testimonio de Juan, era posible trabajar con fruto en las almas, como sucedió.

[4] Y aun quedó confirmado con los numerosos y grandes milagros de Jesús.

[5] Esta pregunta proviene de la curiosidad; por eso la deja sin contestar, empero aprovecha la coyuntura para enseñar a la muchedumbre.

[6] Cfr. núm. 148. Jesús expresó las verdades más importantes casi siempre bajo las mismas figuras y a menudo con las mismas palabras, por diferentes que fueran las épocas y circunstancias.

[7] Ante Dios, lo que decide, lo que vale, es la *bondad interior,* la posesión de la gracia santificante. Quien no la tenga, no será reconocido por Jesús, por cerca de él que externamente hubiere estado.

ces comenzaréis a decir: Nosotros hemos comido y bebido contigo, y tú predicaste en nuestras plazas. Y él os repetirá: "No os conozco, ni sé de dónde sois. ¡Apartaos lejos de mí todos vosotros, malvados!" Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, y a Isaac, y a Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán también gentes del oriente y del occidente, del norte y del mediodía, y se pondrán a la mesa en el convite del reino de Dios [1]. Y ved aquí que los que son ahora *los últimos, serán entonces los primeros, y los que son primeros, serán entonces los últimos»* [2].

256. En el mismo día vinieron algunos fariseos a decirle: «Sal de aquí y retírate a otra parte, porque Herodes quiere matarte» [3]. Y Jesús les respondió: «Andad, y decid de mi parte a esa zorra: Sábete que expulso demonios y sano enfermos el día de hoy y el de mañana, y que al tercer día soy consumado [4]. No obstante, así hoy como mañana y pasado mañana, yo he de seguir mi camino, porque no cabe que un profeta pierda la vida fuera de Jerusalén [5]. *¡Jerusalén, Jerusalén,* que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados! ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina cobija sus polluelos debajo de las alas, y tú no has querido! He aquí que vuestra morada va a quedar desierta [6]. Y os declaro que ya no me veréis más, hasta que llegue el día en que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» [7]

---

[1] Cfr. núm. 151.

[2] *Los judíos* eran hasta entonces el pueblo escogido y el primeramente llamado a la salvación. Pero por su obstinación son desechados; y los *gentiles les preceden* en el reino del Mesías. Lo mismo acontece cada día con las personas en particular. Muchos que fueron llamados antes que otros a la felicidad, malogran la gracia, y otros vienen a ocupar su puesto; los cristianos que se hacen indignos de la gracia, la pierden, y los herejes e incrédulos se la apropian (cfr. *Matth.* 19, 30; 20, 16; 21, 31 43; 25, 29; *Marc.* 10, 31; *Rom.* 11, 25; *Apoc.* 3, 11).

[3] Jesús estaba en Perea, al oriente del Jordán, en los dominios de Herodes Antipas (núm. 39). De la respuesta de Jesús: «Id y decid...», se colige que los fariseos, movidos por Herodes, querían intimidar a Jesús para que abandonase aquellos dominios. Acaso temía Antipas a aquel predicador austero, o recelaba alguna intervención de los romanos, por la multitud que seguía a Jesús; mas no tenía valor para poner sus manos en él. Por eso acudió a su acostumbrada astucia: aparentó querer dar muerte a Jesús y así lo manifestó a personas de quienes estaba seguro que habían de ir a contárselo. Según otros intérpretes, los fariseos querían hacer que Jesús volviese a Judea, para allí entregarlo a una muerte segura. Jesús les contesta que de fijo ha de morir en Jerusalén, empero en el tiempo por él señalado para ello.

[4] Por la astucia y cobardía que caracterizaban a este príncipe, Jesús le da el nombre de zorra, y le manda decir que el temor a él no le impide cumplir su obra hasta el término. Para Herodes la respuesta resultaba enigmática; los fariseos entendieron probablemente que, a pesar de la amenaza, Jesús pensaba continuar su ministerio, y que dentro de poco había de ser muerto por Herodes, a la manera de Juan; no podían menos de admirar la intrepidez de Jesús y su abandono en los divinos consejos. En realidad, Jesús aludía al pronto cumplimiento de la obra de la Redención mediante su muerte y a la gloria que luego se le había de seguir.

[5] No fué la amenaza de Herodes lo que movió a Jesús a dar término a su ministerio en Perea; sino que se aproximaba el tiempo señalado por los decretos del Padre para ir a Jerusalén y dar allí término a su obra, a semejanza de los profetas, que fueron figura de Jesucristo.

[6] Alusión a *Dan.* 9, 29: «Vuestra casa», es decir, Jerusalén y el Templo, será destruída, y destruída quedará en castigo del deicidio.

[7] Estas palabras señalan una condición para la salud; he aquí su significado: Experimentaréis de nuevo en vosotros mi *amor de Redentor* sólo a condición que os convirtáis y me reconozcáis y saludéis como a Mesías. Los más de los judíos de aquella época y de las generaciones siguientes no han cumplido la condición; mas, según *Rom.* 11, 25 s., la han de cumplir los judíos que vivan en los últimos tiempos. Belser (*Die Geschichte des Leidens... des Herrn* 36) lo explica así: El Salvador anuncia que no ha de pisar más el Templo y la ciudad hasta que resuene el grito de júbilo: «bendito sea el que viene», etc.; lo cual aconteció en la entrada solemne de Jesús en Jerusalén. El martes de la semana de

72. Jesús va un sábado a comer a casa de un fariseo principal
(*Luc.* 14, 1-24)

1. Curación de un hidrópico. 2. Parábola de los primeros puestos. 3. Parábola de la invitación meritoria. 4. Parábola de la cena: *a)* ocasión; *b)* los invitados desdeñan asistir a la cena de su señor; *c)* el señor desprecia a los invitados.

257. Habiendo entrado Jesús un sábado en casa de uno de los fariseos principales a comer, le estaban éstos observando. Y he aquí que se puso delante de él *un hombre hidrópico*[1]. Y Jesús, vuelto a los doctores de la Ley y a los fariseos, les preguntó: «¿Es lícito curar en día de sábado?» Mas ellos callaron. Y Jesús, habiendo tomado al hidrópico, con sólo tocarle, le curó, y despachóle. Dirigiéndose después a ellos, les dijo: «¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cayere en algún pozo, no le sacará luego, aunque sea día de sábado?» Y no sabían qué responder a esto.

Como notase que los convidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso esta parábola[2]: «Cuando fueres convidado a bodas, no te pongas en el *primer puesto,* porque no haya quizá otro convidado de más categoría que tú, y viniendo el que a ti y a él os convidó, te diga: Haz lugar a éste; y entonces con sonrojo te veas precisado a ponerte el último. Antes bien, cuando fueres convidado, vete al último lugar; para que, cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Lo que te acarreará honor a la vista de los demás convidados. Así es que cualquiera que se ensalza, será humillado, y quien se humilla, será ensalzado».

Decía también al que le había convidado: «Tú, cuando das comida, o cena, *no convides a tus amigos,* ni a tus hermanos, ni a los parientes, o a vecinos ricos; no sea que también ellos te conviden a ti, y te sirva esto de recompensa[3]; sino cuando haces un convite, has de convidar a los pobres, y a los tullidos, y a los cojos, y a los ciegos; y serás afortunado, porque no pueden pagártelo; en cambio serás recompensado en la resurrección de los justos»[4].

258. Habiendo oído esto uno de los convidados, le dijo: «¡Bienaventurado aquel que tendrá parte en el festín del reino de Dios!»[5] Mas Jesús le respondió:

Pasión se despidió de la población de idéntica manera (*Matth.* 23, 37-39) hasta el 14 de Nisán; en la tarde del 14 de Nisán entró Jesús en la Ciudad a la hora en que se sentaba la gente para el banquete pascual y se cantaba el Hosanna: bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Esta interpretación nos parece algo artificiosa.

[1] Esperaba sin duda a su médico; mas los fariseos se alegraron de que se les ofreciera ocasión de «observar» a Jesús, es decir, de espiarle para poder denostarle y acusarle.

[2] Para censurar compasiva pero enérgicamente su orgullo. La parábola nos enseña cómo aun en la vida ordinaria el orgullo acarrea bochorno y humillación, la modestia, en cambio, honra y aprobación; de suerte que la humildad es el único medio de ser grande ante Dios. La medida de nuestra grandeza depende del grado de humildad.

[3] En modo alguno quiso con ello prohibir Jesús el acceder a las invitaciones de los amigos y parientes o de la gente rica; sino que, aprovechando la coyuntura de haber sido invitado a aquel banquete, quiso darnos esta gran enseñanza, aplicable a todas las categorías sociales y a todas las obras de caridad: buscad el galardón eterno en vez del perecedero; o bien: no os dejéis guiar en vuestros actos por el egoísmo, sino por el espíritu de verdadera piedad.

[4] Es decir, cuando seas recibido en los cielos; lo cual acaece para el alma luego de la muerte, para el cuerpo, después de la resurrección de la carne.

[5] Quien llegue a gustar de los goces celestiales (pág. 197, nota 4) Quien tal exclamó, hablaba quizá de veras, tocado en el corazón por las palabras de Jesús; pero la parábola que propuso Jesús nos da a entender que a los comensales les faltaba voluntad de ganar la felicidad Nos pinta en ella el divino Maestro cómo los judíos, orgullosos de la elección de Israel, han despreciado el llamamiento del reino mesiánico y, por ende, han perdido la bienaventuranza celestial.

«Un hombre dispuso una *gran cena,* y convidó a mucha gente [1]. A la hora de cenar envió a un criado a decir a los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron todos, como de concierto, a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito salir a verla; ruégote que me des por dispensado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que admitas mis excusas. Otro dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá [2]. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto a su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo a su criado: Sal luego a las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá a cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Dijo después el criado: Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aun sobra lugar. Respondióle el amo: Sal a los caminos y cercados, y fuérzales a que vengan [3], para que se llene mi casa. Pues os digo que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena».

73. Seguimiento de Jesús

(*Luc.* 14, 25-35)

1. Disposiciones necesarias para seguirle: renuncia y negación de sí mismo. 2. Parábola de la torre. 3. Parábola del rey que celebra consejo de guerra. 4. Símil de la sal que se torna insípida.

259. Como le siguiese gran multitud, vuelto a ellos les dijo: «Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y a su madre, y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y hermanas, y aun a su misma vida, no puede ser mi discípulo [4]. Y el que no carga con su cruz y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo [5]. Porque ¿quién de vosotros, queriendo *edificar una torre,* no

[1] La *cena* es el reino de Cristo en la tierra y en el cielo. Dios la preparó en la Antigua Alianza e invitó a ella por medio de los profetas. En la plenitud de los tiempos llegó la hora del banquete; entonces envió El a su siervo, el Mesías; pero los invitados, sobre todo el *pueblo judío* y en particular sus jefes, los escribas, los fariseos y los sumos sacerdotes, no quisieron acudir, porque, dominados por sus aficiones terrenas y cegados por la triple concupiscencia, se habían forjado un Mesías a su antojo y le esperaron como a grande y poderoso rey y emperador del mundo y, en cambio, desecharon al verdadero Mesías, al Redentor del pecado. En lugar de ellos, Jesús llamó de la calle a los publicanos y pecadores, fué por los setos y cercados en busca de los samaritanos y gentiles y con ellos llenó la casa de Dios, su Iglesia.—Lo mismo se va repitiendo en general y en particular en el curso de los siglos (cfr núm 255).—La Iglesia con los santos Padres aplica el reproche que encierra la anterior parábola a los que son reacios en recibir la Eucaristía. Están por ello expuestos a ser un día excluídos del banquete celestial (cfr. núm. 187).—Véase en núm. 309 la parábola análoga del banquete nupcial.

[2] Las *excusas* significan, en general, los sentimientos mundanos que apartan del reino de Dios; pero fácilmente se ve en la primera de ellas la soberbia que se enorgullece con la posesión de los bienes de la tierra, en la segunda, la codicia que sólo piensa en aumentar las riquezas, en la tercera, la concupiscencia de la carne (cfr. I *Ioann.* 2, 15 ss.).

[3] Acerca del *Compelle intrare* cfr. *KHL* I 975.

[4] La palabra «odiar» significa a veces en el uso bíblico «anteponer una cosa a otra», «amar menos una cosa que otra» (cfr. Zorell, *Novi Testamenti Lexicon graecum*, en la palabra *miséo).* San Mateo (10, 37) traslada así el pasaje: «Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí». Quien frente a los fariseos ha enseñado como Jesús en *Matth* 15, 3-6 y en *Marc.* 7, 9-13, está suficientemente defendido ante cualquier hombre de sano juicio contra los que le achacan haber aquí exigido el «odio» al padre y a la madre. Cfr. también Kneib, *Die «Jenseitsmoral»* 216; el mismo, *Handbuch der Apologetik* 519 ss.

[5] Quien es convidado al banquete celestial, no debe apegarse a las cosas de este mundo (núm. 258), pues se trata de un negocio serio y santo, del cielo y de la eternidad; por cosa tan alta debe estar dispuesto a cualquier sacrificio y a soportar y vencer todas las dificultades (cfr. núms 175, 202 y 219); de otra suerte, se asemeja uno al hombre que quiere construir una torre muy alta sin contar con medios suficientes, o al que pretende sostener con éxito un combate sin disponer de las fuerzas necesarias. Esto se puede decir de todos en general, pero muy especialmente de los maestros y jerarcas.

cuenta primero sentado los gastos, si tiene lo necesario para acabarla; no le suceda que, después de haber echado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean comiencen a burlarse de él, diciendo: Ved ahí a un hombre que comenzó a edificar, y no pudo rematar? O *¿cuál es el rey que habiendo de hacer guerra contra otro rey,* sentándose primero, no consulta si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él? Que si no puede, despacha una embajada, cuando está el otro todavía lejos, y entra en arreglos de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. La sal es buena; pero si la sal se desvirtúa, ¿con que será sazonada? Nada vale, ni para tierra, ni para estiércol; así es que se arroja fuera [1]. Quien tiene oídos para escuchar, atienda» [2].

74. Se declara en tres parábolas la caridad del Redentor

(Luc. 15, 1-32. *Matth.* 18, 12 13)

1. Parábola de la oveja perdida [3]. 2. Parábola de la dracma perdida. 3. Parábola del hijo pródigo: *a)* el hijo menor en la casa paterna, lejos de la familia y de nuevo en ella; *b)* amor solícito, compasivo, magnánimo y triunfante del padre; *c)* sentimientos poco fraternales del hijo mayor.

260. Solían los publicanos y pecadores acercarse a Jesús para oírle. Y los fariseos y escribas murmuraban de ello diciendo: «Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos». Entonces les propuso esta parábola:

«¿Quién hay de vosotros que, teniendo *cien ovejas,* y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en el desierto [4] y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla? En hallándola se la pone sobre los hombros muy gozoso; y llegado a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mía, que se me había perdido [5]. Os digo, que así habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia» [6].

«O ¿qué mujer, teniendo *diez dracmas* [7], si pierde una, no enciende lumbre, y

---

[1] Cfr. núms. 141 y 214.

[2] Núms. 154 y 160.

[3] *Matth.* 18, 12 s ; cfr. núms. 214 y 239.

[4] En los pastos de parajes montañosos o en otros lugares apartados, ricos en hierba (cfr. núm. 179).

[5] *San Ambrosio (In Apol. Dav. c. 5)* ve en la oveja perdida la ***humanidad en general,*** cuando dice: «Alegrémonos; porque aquella ovejita que se perdió en Adán, en Cristo ha vuelto al redil. Los brazos de la Cruz son los hombros sobre los cuales descargo mis pecados y donde descanso como en deliciosa pradera. Rico es el pastor; nosotros, los hombres, somos la centésima parte del rebaño de aquél a quien sirven los Angeles y Arcángeles, las Dominaciones y Potestades y la grey innumerable que ha dejado en las montañas». Este amor de Jesús a la humanidad pecadora es la prenda más segura de su amor *a cada uno de los pecadores,* a los cuales busca Jesús con misericordia infinita, mueve a la conversión con la palabra y la virtud prodigiosa de la gracia y recibe amoroso en la compañía de los suyos mediante el sacramento de la Penitencia, con gran regocijo de los hijos de Dios y de los santos ángeles. – Acerca de las representaciones del Buen Pastor véase página 272, nota 4.

[6] El pastor se alegra tanto de ello, no porque esta oveja valga en sí más que todas las demás, sino porque le ha proporcionado una alegría que no le han dado las otras: la alegría de volverla a encontrar. Los ángeles del cielo participan de la alegría de Jesús. Sucede a menudo que tales arrepentidos aventajan a muchos justos en ferviente amor a Dios y en ardiente celo por su gloria; recuérdese la Magdalena, Pedro, Pablo, etc. «Pero no se ha de olvidar que hay muchos justos cuya vida causa en el cielo una alegría superior a la que pueda producir la conversión de cualquier pecador» (san Gregorio Magno, *Hom. 34).*

[7] Una dracma equivale a 87 fennigs (pág. 189, nota 1).

barre bien la casa, y lo registra todo, hasta dar con ella?[1] Y en hallándola, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, que ya he hallado la dracma que había perdido. Así os digo yo, que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia».

261. Y prosiguió Jesús: «*Un hombre tenía dos hijos*[2], de los cuales el más joven dijo a su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me toca. Y el padre repartió entre los dos la hacienda. No se pasaron muchos días, que aquel hijo más mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó a un país muy remoto, y allí desperdició su hacienda viviendo disolutamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, sobrevino una grande hambre en aquel país, y comenzó a padecer necesidad. Y fué, y se llegó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su granja a guardar cerdos. Allí deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas que comían los cerdos; mas nadie se las daba[3].

Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre mío, pequé contra el cielo[4] y contra ti[5]; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Con esta resolución se pone en camino para la casa de su padre. Y todavía lejos, divísale su padre; y enterneciéndosele las entrañas, corre a su encuentro, le echa los brazos al cuello y le cubre de besos. Dícele el hijo: Padre mío, yo he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre por respuesta ordena a sus criados: Presto traed aquí luego el vestido más precioso que haya en casa, y ponédselo, ponedle un anillo en el dedo, y calzadle las sandalias; y traed un ternero cebado, matadlo, y comamos, y celebremos un banquete; pues que este hijo mío estaba muerto, y ha resucitado; habíase perdido, y ha sido hallado. Y con eso dieron principio al banquete.

262. Hallábase a la sazón el hijo mayor en el campo; y a la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y la danza; y llamando a uno de sus criados, preguntóle qué venía a ser aquello. El cual le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, por haberle recobrado en buena salud. Al oír esto, indignóse, y no quería entrar. Salió, pues, su padre afuera, y empezó a instarle con ruegos. Pero él replicó diciendo: Tantos años ha que te sirvo, sin haberte jamás desobedecido en cosa alguna que me hayas

---

[1] Esta parábola, como la que precede, nos pinta el amor de Jesucristo que va en busca del pecador y acaba triunfante. Así como la mujer busca la dracma perdida, así busca el Hijo del hombre las almas apartadas de Dios.

[2] De manera tan bella como enternecedora explica el Salvador su *amor a los pecadores* mediante la siguiente parábola, que puede aplicarse a toda la humanidad, al pueblo judío y a cada pecador en particular.

[3] Las «bellotas» eran quizá el fruto del algarrobo o árbol del pan de san Juan (página 133, nota 3 y *HL* 1916, 173), alimento del ganado, y también de pobres en tiempo de carestía. Pero aun esto le era negado por el jefe de los criados (cfr. *Luc.* 12, 42; núm. 250).

[4] Contra Dios y su santo orden. En esto consiste la esencia del pecado.

[5] A tus ojos; es decir, lo que yo he hecho era a tus ojos un pecado, desde un principio lo desaprobaste. Tú tenías razón; yo no. Con esta confesión da a su padre la satisfacción debida.

mandado, y nunca me has dado un cabrito para divertirme con mis amigos; y ahora que ha venido ese hijo tuyo, el cual ha consumido su hacienda con meretrices, luego has hecho matar para él un becerro cebado. Hijo mío, respondió su padre, tú siempre estás conmigo, y todos los bienes míos son tuyos (y están a tu disposición). Mas era muy justo celebrar un banquete y regocijarnos, por cuanto este tu hermano había muerto, y ha resucitado, estaba perdido, y se ha hallado».

263. *El objeto de la parábola* es declarar la infinita misericordia de Dios, que preserva a los pecadores de la desesperación y a los justos de la envidia y del despecho que pudiera en ellos despertar la vista de la indulgencia divina. Quiere particularmente el Salvador manifestar *a los fariseos* cuánto discrepa de la voluntad y de las intenciones de Dios el desprecio que a los publicanos y pecadores muestran y el desdeñoso aislamiento en que se mantienen respecto a los paganos, y cómo aun a la propia conciencia íntima repugna tal conducta, puesto que la parábola del hijo pródigo halla generoso y alegre eco en todo corazón donde no esté borrada la imagen de Dios, conforme a la cual fué el hombre creado.

Vemos primeramente por qué caminos se *aleja de Dios* el pecador: por el desprecio y la disipación de los dones y gracias naturales y sobrenaturales. Síguese el *hambre,* es decir, aquel vacío infinito que siente, aun en medio de los placeres y de la abundancia, el alma que no posee a Dios. *El señor* a quien sirve el alma alejada de Dios, es el demonio; éste la ocupa en *guardar puercos,* es decir, en servir a las bajas pasiones de que es esclavo el *pecador. Las algarrobas* son los placeres sensuales que busca quien a las pasiones se entrega; y aun a menudo no los halla; y si los encuentra, llena con ellos su vientre sin que alcance a saciarse. «¡Oh torcidos caminos de los hombres!, exclama san Agustín (*Confesiones* 6, 16). ¡Desdichada el alma que se atrevió a esperar que había de hallar mejoría alejándose de Vos! Por más vueltas que dé atrás y adelante, a los lados, hacia todas partes, cuanto halle será tormentos; y sólo en Vos encontrará su descanso».

En la parábola vemos indicadas *las condiciones para recibir dignamente el sacramento de la Penitencia.* El examen de conciencia y el arrepentimiento, en aquellas palabras: «entró en cuentas consigo mismo»; el propósito, en aquellas otras: «me levantaré, etc.»; la confesión de boca, en aquel rendido reconocimiento: «Padre, he pecado, etc.»; la satisfacción, finalmente, en aquella humilde petición: «Trátame como a uno cualquiera de tus jornaleros».—Aquel amoroso adelantarse del padre significa la gracia de Dios que se anticipa al pecador, le mueve a penitencia, le prepara a cumplir todos los requisitos y termina la obra de la conversión devolviendo al hijo pródigo el vestido de la inocencia, y el anillo de la amistad, el calzado para que pueda caminar por la senda de la justicia, le hace hijo de Dios y heredero del cielo, con gran júbilo de los santos ángeles. El banquete es el Sacramento del Altar, prenda de la futura participación en el perpetuo festín de la celestial bienaventuranza.

75. Parábola del mayordomo desleal

(*Luc.* 16, 1-18)

1. La parábola: *a)* destitución inminente; *b)* plan sagaz del mayordomo; *c)* ejecución resuelta del plan. 2. Acertado empleo de los bienes terrenos. 3. Efecto de las palabras del Señor en los fariseos.

264. Dijo también Jesús a sus discípulos[1]: «Erase un hombre rico, que tenía un mayordomo, del cual por la voz común vino a entender que le había

[1] En las parábolas precedentes se había dirigido Jesús principalmente a los fariseos para enseñarles a imitar la misericordia divina. Ahora se vuelve a los discípulos, es decir,

disipado sus bienes. Llamóle, pues, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? dame cuenta de tu administración; porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda [1]. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes? Yo no valgo para cavar, y para mendigar no tengo cara. Pero ya sé lo que he de hacer, para que, cuando sea removido de mi mayordomía, halle yo personas que me reciban en su casa. Llamando, pues, a los deudores de su amo uno tras otro, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Respondió: Cien barriles [2] de aceite. Díjole: Toma tu factura, siéntate enseguida, y escribe cincuenta. Dijo después a otro: Y tú, ¿cuánto le debes? Respondió: Cien coros [3] de trigo: Díjole: Toma tu factura, y escribe ochenta. Habiéndolo sabido el amo, alabó a este mayordomo infiel de que hubiese sabido portarse sagazmente; porque los hijos de este siglo son a su manera [4] más sagaces que los hijos de la luz.

265. Así os digo yo a vosotros [5]: Granjeaos amigos con el injusto Mammon [6], para que, cuando falleciereis, seáis recibidos en las moradas eternas [7]. Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho [8]. Si en el injusto Mammon no habéis sido fieles, ¿quién os fiará los bienes verdaderas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién pondrá en vuestras manos lo propio vuestro? [9] Ningún criado puede servir a dos

---

a los oyentes que tenían voluntad de practicar su doctrina, aunque no le seguían de manera tan perfecta como los apóstoles. Enséñales a hacer *recto uso de los bienes terrenos,* ya que no se decidan a renunciar totalmente a ellos. En esta parábola no todos los rasgos son aplicables, ni se debe creer que el Salvador aprobara la manera de obrar del administrador; *una sola cosa* quiere Jesús hacer resaltar: la *prudencia* «a su manera» con que saben proceder los hombres del mundo. La decisión rápida, enérgica y consciente, prudente al estilo del mundo, del hombre de la parábola, el cual se aprovecha de los bienes de que todavía dispone para asegurar su porvenir terreno, debe enseñar «a los hijos de la luz» a usar enérgica y conscientemente de todos los bienes a ellos confiados, para asegurar el porvenir eterno. Los «hijos de la luz» pueden y deben hacer por medios lícitos lo que por ilícitos hizo el administrador, guiado por una prudencia «a su manera», es decir, por una prudencia mundana (cfr. J. Schäfer, *Die Parabeln des Herrn*³ 330; Fonck, *Die Parabeln des Herrn*³ 675; Tillmann en *BZ* [1911] 171; Simon Weber en *TQS* XCIII [1911] 339 ss.). Historia detallada de la exégesis de esta difícil parábola en A. Rücker, *Über das Gleichnis vom ungerechten Verwalter,* en *BST,* 5 (1912).

[1] Todos los bienes de cuerpo y alma que el hombre pueda poseer le han sido confiados como en administración; es, por consiguiente, responsable de ellos a Dios, a quien tendrá que rendir cuentas.

[2] Según la *Vulgata, cad,* es decir, puchero, cántaro; según el griego, *bath,* medida hebrea equivalente a 21 ¹/₄ litros (cfr. pág 146, nota 4).

[3] Propiamente *cor,* medida hebrea de 240 litros.

[4] Según el texto: *en su generación* o *en relación a su linaje,* es decir, en sus relaciones recíprocas los hijos del mundo se amañan para buscar su provecho; mientras que los hijos de la luz son mucho menos solícitos de sus intereses *eternos* que aquéllos de los *temporales.*

[5] El Salvador mismo hace la *aplicación.*

[6] Llámanse así las riquezas, porque a menudo, aunque sin saberlo, se las posee injustamente, y porque más a menudo aun son para sus poseedores origen de innumerables injusticias. ¡Cómo le gusta al hombre considerarse amo y señor de las riquezas, no siendo sino mero administrador de las mismas! Schlögl, en *BZ* XIV (1917) 41, y otros, optan por la traducción: «riqueza engañosa» y creen poder «desterrar de la Biblia al *injusto* Mammon»; pero el «injusto Mammon» puede todavía ofrecer alguna resistencia a salir de los Libros Sagrados.

[7] Vosotros, los ricos, dad bienes temporales a los hombres; ellos se tornarán en eterno galardón en el otro mundo, en el cielo, que vosotros no conseguiréis si no lo ganáis en los pobres (cfr. *Matth.* 25, 40 ss.).

[8] En la cosa más pequeña que Dios confíe al hombre se verá si éste es capaz de usar bien de bienes y dones mayores. Quien apega su corazón a los bienes terrenos, pierde el gusto de los eternos (cfr. *Eccli.* 31, 5-11; núms. 93 s., 146 y 248).

[9] Lo ajeno son los bienes terrenos, de los cuales disfrutamos a título de préstamo; nuestra propiedad son los eternos, que como hijos de Dios hemos de heredar (*Rom.* 8, 17).

amos; porque o aborrecerá al uno, y amará al otro, o se aficionará al primero, y no hará caso del segundo: *no podéis servir a Dios y a Mammon*» [1].

Estaban oyendo todo esto los fariseos, que eran avarientos, y se burlaban de él [2]. Mas Jesús les dijo: «Vosotros os vendéis por justos delante de los hombres; pero Dios conoce el fondo de vuestros corazones; porque sucede a menudo que lo que parece sublime a los ojos humanos, a los de Dios es abominable [3]. La Ley y los Profetas han durado hasta Juan; después acá la Buena Nueva del reino de Dios es anunciada, y todos [4] le hacen violencia».

76. Parábola del rico epulón y del pobre Lázaro [5]

(*Luc.* 16, 19-31)

1. Contrastes de la vida. 2. Desquite y galardón después de la muerte.

266. «Hubo cierto hombre muy rico [6], que se vestía de púrpura y de lino finísimo y tenía cada día espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro [7], el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta del rico, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa de aquél; mas nadie se las daba [8]; los mismos perros venían a lamerle las llagas. Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham [9]. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y cuando estaba en los tormentos, levantando los ojos vió a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno; y exclamó diciendo: Padre mío Abraham, compadécete de mí y envíame a Lázaro, para que, mojando

---

[1] Cfr. núm. 146.—Importa, pues, grandemente para asegurar el porvenir eterno aprovecharse del «Mammon injusto», «mezquino», bajo y vulgar, «extraño» a la naturaleza íntima del hombre, mediante la misericordia y las buenas obras.

[2] El avaro es el hombre más necio (núm. 248); mas a él le parece lo más necio y ridículo el desprecio de la riqueza.

[3] Jesús juzga aquí la *hipocresía de los fariseos,* que aparentaban hacer muy buen uso de sus riquezas en limosnas, diezmos, dones al Templo, etc., mientras que su corazón estaba lleno de sórdida avaricia. Mas antes que repliquen que Dios tiene prometidos en la Ley los bienes terrenos *en premio de la virtud,* les repite Jesús lo que ya antes les había dicho: que *la Ley llega hasta Juan,* pero que desde Juan entra en vigor la ley mucho más excelente de la Nueva Alianza, que es el cumplimiento verdadero y exacto de la Antigua; insiste también en la cuestión del divorcio (cfr. núms. 143, 154 y 280).—En confirmación solemne y luminosa de la necesidad de emplear *los bienes terrenos, no en servicio de la pasión,* sino para remediar la miseria, cuenta el Salvador la siguiente parábola del rico epulón y del pobre Lázaro.

[4] Aquéllos de quienes habla el Salvador, es decir, los fariseos y los judíos incrédulos.

[5] Simon Weber, *Die zeitgeschichtlichen Warnparabeln im Evangelium des hl. Lukas,* en *TQS* XCVIII (1916) 36 ss. Entre las parábolas monitorias, además de la del rico epulón, cuenta Weber la del fariseo y el publicano, la de la higuera, la de los viñadores homicidas, la de la cena y la de las minas. El objeto de ellas es, a juicio de Weber, amonestar a los fariseos.

[6] Creen algunos que Jesús tomó pie de algún acontecimiento real.

[7] En hebreo Eleazar, *El-azar,* Dios ayuda.

[8] Por orgullo nadie se cuidaba del pobre que yacía a las puertas del rico esperando algo de los restos que comúnmente se arrojaban a la calle. Pero todavía era más lamentable la situación de Lázaro: los mismos perros, que hambrientos esperaban aquellos restos y a la vista del pobre Lázaro los cogían antes que llegasen al suelo, venían a él y le aumentaban el dolor lamiéndole ávidos las heridas.

[9] En el seno de Abraham, lugar de los justos. La descripción es figurada, pues las almas no gritan, ni tienen dedos, ni ansían agua; tampoco existe trato entre los bienaventurados y los condenados. La parábola tiene por objeto hacer ver de una manera gráfica la felicidad de que disfrutan los justos en la otra vida, y cuán despreciados, en cambio, son los impíos.

la punta de su dedo en agua, me refrigere la lengua [1], pues me abraso en estas llamas.

267. Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males. Y así éste ahora es consolado y tú atormentado. Fuera de que, entre nosotros y vosotros está de por medio un gran abismo [2], de suerte que los que de aquí quisieran pasar a vosotros, no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá. Dijo entonces el rico: Ruégote, pues, ¡oh padre! que le envíes a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, a fin de que los aperciba, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos. Replicóle Abraham: Tienen a Moisés y a los Profetas; escúchenlos. Mas él replicó: No basta esto, ¡padre Abraham! Pero si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia. Respondióle Abraham: Si a Moisés y a los Profetas no les escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito» [3].

77. Parábola del siervo obligado a servir de continuo a su señor [4]

(*Luc.* 17, 7-10)

1. Relación entre el siervo y el señor. 2. Relación entre el hombre y Dios.

268. Después de algunas sentencias acerca del escándalo, de la reconciliación y del poder de la fe, análogas a otras anteriores [5], prosiguió Jesús: «¿Quién hay entre vosotros que, teniendo un *criado* labrador o pastor, luego que vuelve del campo, le diga: Ven, ponte a la mesa; y que, al contrario, no le diga: Dispónme la cena, cíñete y sírveme mientras yo como y bebo, que después comerás tú y beberás? [6] ¿Por ventura el amo se tendrá por obligado al tal criado, por haber hecho éste lo que se le mandó? No por cierto. Así también vosotros, después que hubiereis hecho todas las cosas que se os han mandado, habéis de decir: Somos siervos inútiles; no hemos hecho sino lo que teníamos obligación de hacer» [7].

---

[1] Por donde uno más ha pecado, por allí particularmente le llega el castigo. «Aquel rico que negaba a Lázaro las migajas de su mesa, ansiaba una gotita de agua» (*Ant. ad Magnif. fer. V hebd. 2 Quadr.*; cfr. *Imitación de Cristo,* libro I, cap. 24, núms. 3 y 4). Acerca del fuego del infierno cfr. página 250, nota 3.

[2] Una separación eterna e infranqueable.

[3] Sobradas pruebas tienen para creer; pero como su incredulidad proviene de las pasiones, tampoco por grandes prodigios que vean se convencerán (núms. 109, 134, 196, 231 ss. y 253 ss.). Y así vemos que los escribas y fariseos no se hicieron creyentes cuando pocos días después Jesús resucitó a Lázaro, a las puertas de Jerusalén como quien dice, sino se obstinaron más y más y decidieron darle muerte. Mas él, que todo lo sabía, se lo advierte de antemano, acaso estando ya de camino para resucitar a Lázaro (cfr. núms. 269 ss. y 273 ss.).

[4] Cfr. J. Schäfer, *Die Parabeln des Herrn*[3] 277; Fonck, *Die Parabeln des Herrn*[3] 644; también K. Weiss en *ThpQS* 1923, 80 y 202.

[5] *Luc.* 17, 1-6; cfr. *Matth.* 18, 7 15; 17, 19; núms. 208, 213 y 215.

[6] Con esto quiso indicarnos Jesús que debemos obrar en conformidad con la voluntad de Dios, no sólo en algunas cosas y por algún tiempo, sino en todo y hasta el término de nuestra vida, y consagrar a Dios todos nuestros días hasta el fin, toda nuestra vida hasta el atardecer de la misma. Quien perseverare hasta el fin, se salvará (núm. 173).

[7] No os enorgullezcáis de haber cumplido completa y cabalmente lo que se os ha mandado. Se lo debéis a Dios, de quien sois siervos y todo lo habéis recibido. Por eso dice san Pablo: «Por predicar el Evangelio no tengo gloria; pues estoy obligado a ello» (I *Cor.* 9, 16). Mas ¿quién podrá decir que ha cumplido todo con perfección? ¿No deberíamos más bien suspirar con Job: «si soy impío, ¡ay de mí!; si soy justo, no por eso puedo levantar mi cabeza?» (*Iob.* 10, 15; cfr. 9, 15).

e) Desde la resurreción de Lázaro hasta la entrada triunfal en Jerusalén

(De febrero a fin de mayo del año 30 d. Cr.)

78. Resurrección de Lázaro[1]. El sanedrín decide la muerte de Jesús

(*Ioann.* 11, 1-54)

1. Mensaje de las hermanas de Lázaro. 2. Palabras de consuelo; demora de Jesús. 3. Conversación con los discípulos. 4. Llega Jesús a Betania; instruye a Marta. 5. Jesús y María de Betania. 6. Jesús ante el sepulcro de Lázaro. 7. Resurrección de Lázaro. 8. Efectos del milagro.

269. Mientras Jesús estaba allende el Jordán[2], enfermó Lázaro de Betania, lugar de María y Marta sus hermanas[3]. Esta María es aquélla misma que derramó sobre el Señor el perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos[4]; su hermano Lázaro estaba ahora enfermo. Las hermanas, pues, enviaron a decirle: «Señor, mira que aquél a quien amas está enfermo»[5]. Oyendo Jesús el recado, díjoles[6]: «Esta enfermedad no es para muerte[7], sino para gloria de Dios, para que por ella el Hijo de Dios sea glorificado»[8].

Jesús tenía particular afecto a Marta y a su hermana María, y a Lázaro[9]. Cuando oyó que éste se hallaba enfermo, quedóse aún dos días más en el mismo lugar; después de pasados éstos, dijo a los discípulos: «Volvamos a la Judea»[10].

---

[1] Ya antes indicamos (núm. 23) que la resurrección de Lázaro representada en el Cementerio de santa Priscila constituye un testimonio importante de la canonicidad del Evangelio de san Juan a principios del siglo II. Séanos permitido añadir que muchas de las representaciones de la resurrección de Lázaro en las Catacumbas son gráfica expresión de aquella esperanza que inspiró al papa *san Dámaso* (366-384) la siguiente inscripción funeraria de su propia tumba: «El que doma las fieras olas del abismo y presta vida a las semillas durmientes, el que pudo soltar las ataduras de la muerte devolviendo a Lázaro, pasados tres días, a Marta su hermana, creo que resucitará a Dámaso de sus cenizas». Cfr. Kaufmann, *Handbuch der altchristlichen Epigraphik* (Friburgo 1917) 357, y *Handbuch der christl. Archäologie* 380. Acerca de la *historicidad* del relato, véase número 274. [2] Núm. 256. [3] Núm. 225. [4] Cfr. núms. 155-157.

[5] Según los santos Padres, estas palabras son el *modelo de la oración perfecta*, que consiste en la simple exposición de la necesidad, acompañada de completa confianza y total abandono. «Es como si dijesen: basta que tú lo sepas; porque tú no puedes amar a uno y dejarle abandonado» (san Agustín, *Tract. 49 in Ioann.* n. 5).

[6] Las palabras iban dirigidas a los enviados de Marta y María; mas las hermanas, a las cuales llegó el mensaje después de morir Lázaro, al oírlas adquirieron la convicción de que aun así puede Jesús poner remedio; iban también dirigidas a los discípulos.

[7] En sentido ordinario, es decir, separación *permanente e irrevocable* del alma y del cuerpo.

[8] Mediante la admirable resurrección que acreditó a Jesús de Hijo de Dios. También aquí aparecen equiparados *Dios* y el *Hijo de Dios*.

[9] Jesucristo, en cuanto Dios, ama a *todos los hombres* desde la eternidad; en cuanto hombre, los ama desde el momento de la Encarnación con aquel amor sobrenatural que procede del amor de Dios y tiene por fin la gloria de Dios. Mas, como se hizo semejante a nosotros en todo, excepto el pecado (*Hebr.* 2, 17; 4, 15), y tenía corazón verdaderamente humano y sentimientos humanos, profesaba a aquellas dos hermanas *particular afecto*, nacido de la alta estima de sus virtudes y de la gratitud por el amor que le mostraban y los beneficios que le hacían. Pero también este amor particular de Jesús a las hermanas de Lázaro estaba subordinado al de Dios, su Padre celestial, y al celo de su gloria. Por eso tarda. ¡Con qué ansias debieron de esperarle! Lázaro empeora por momentos, y Jesús no llega. Lázaro se muere, y Jesús no ha llegado. Así prueba a sus más caros amigos, cuando la gloria de Dios y la perfección de aquéllos lo exigen.

[10] Como se desprende de lo que sigue, Lázaro había muerto el mismo día que los mensajeros llegaron a Jesús; mas Jesús quiso aumentar con el retardo el efecto de la prodigiosa resurrección.

Dícenle sus discípulos: «Maestro, hace poco que los judíos querían apedrearte [1], y ¿quieres volver allá?» Jesús les respondió: «¿Pues, qué? ¿no son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; al contrario, quien anda de noche, tropieza, porque no tiene luz» [2]. Así dijo, y añadióles después: «Nuestro amigo Lázaro duerme [3]; mas yo voy a despertarle del sueño». A lo que dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, sanará». Mas Jesús se refería al sueño de la muerte; y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesús claramente: «*Lázaro ha muerto;* y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, a fin de que creáis. Pero vamos a él» [4]. Entonces Tomás, por otro nombre Dídimo [5], dijo a sus condiscípulos: «Vamos también nosotros, y muramos con él» [6].

270. Llegó, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba sepultado [7]. Distaba Betania de Jerusalén como unos quince estadios [8]. Muchos de los judíos habían ido a consolar a Marta y a María de la muerte de su hermano. Marta, luego qué oyó que Jesús venía, le salió a recibir; y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano [9]. Pero bien sé yo que ahora mismo te concederá Dios cualquiera cosa que le pidieres». Dícele Jesús: «Tu hermano resucitará». Respóndele Marta: «Bien sé que resucitará en la resurrección del día postrero». Díjole Jesús: «**Yo soy la resurrección y la vida** [10]; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá [11]; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre [12]. ¿Crees tú esto?» [13] Respondióle: «¡Señor! yo

[1] Núm. 253 s.

[2] El día es la vida terrena señalada por Dios a cada uno; la noche, la hora de la muerte; Jesús dice, por consiguiente, a sus discípulos que nada tiene que temer mientras no llegue el término de su carrera terrenal y el fin de su ministerio, señalado por el Padre (cfr. núm. 256).

[3] Cfr. núm. 171. El paganismo, para *encubrir* la naturaleza de la muerte, decía que era un sueño; el Salvador le da ese mismo nombre para *declarar* la naturaleza de ella. El eufemismo poético se torna amable verdad (cfr. *Matth.* 27, 52; *Act.* 7, 50; 13, 36; I *Cor.* 7, 39; 11, 30; 15, 6 18; I *Thess.* 4, 13; II *Petr.* 3, 4).

[4] Jesús habla como hombre; pues como Dios, allí estaba; indica al mismo tiempo que, de haber estado presente, hubiera curado a Lázaro, pero que no quiso estar allí, por obrar un prodigio mucho mayor; y así, en el dintel mismo de su humildísima Pasión, fortalece la fe de los suyos.

[5] Página 184, nota 9.

[6] Tomás, melancólico por naturaleza y pesimista en aquella coyuntura, cree prever que con aquel viaje a Judea Jesús corre a la muerte; en su amor por el Señor, declárase dispuesto, si necesario fuese, a morir con él.

[7] Por temor a la corrupción que en países cálidos se inicia rápidamente, y por evitar la impureza legal del contacto de los cadáveres (*Num.* 19, 11), el sepelio se efectuaba luego de la muerte, como se ve en el entierro de Jesús y en los de Ananías y Safira.

[8] 2,8 Km., unos tres cuartos de hora (cfr. núm. 225).

[9] No un reproche, sino una manera de expresar su amargo dolor. Durante la enfermedad habían, sin duda, hablado las dos hermanas que, de llegar Jesús a tiempo, no moriría Lázaro. Pues María se expresa (véase núm. 32) de la misma suerte que Marta.

[10] Es decir: no es necesario que lo pida. Porque yo, el que vive eternamente, igual en esencia al Padre, como Señor de la muerte y de la vida he de vencer a la muerte con mi Resurrección, y aun al alma muerta en el pecado puedo dar la vida de la gracia, puedo resucitar el cuerpo y comunicar al hombre en cuerpo y alma la vida eterna (cfr. I *Cor.* 1, 30).

[11] Quien muriere creyendo en mí, no está muerto.

[12] Quien viviere creyendo en mí y en su fe viva en mí experimentare la muerte corporal, su alma vivirá en la eternidad, su cuerpo se unirá con el alma el día del Juicio, su ser, en cuerpo y alma, vivirá eternamente transfigurado en la gloria celestial.

[13] Marta debe creer, no sólo que Lázaro ha de resucitar en la resurrección de la carne, no sólo que Jesús puede con su intercesión recabar del Padre la resurrección («Dios te

creo que tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo» [1].

271. Dicho esto, fuése y llamó secretamente a María, su hermana, diciéndole: «Está aquí el Maestro y te llama». Apenas ella oyó esto [2], se levantó apresuradamente, y fué a encontrarle; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que aun estaba en aquel mismo sitio en que Marta le había salido a recibir. Por eso los judíos que estaban con María en la casa, y la consolaban, viéndola levantarse de repente y salir fuera, la siguieron diciendo: «Esta va sin duda al sepulcro para llorar allí». María, pues, habiendo llegado adonde estaba Jesús, viéndole, postróse a sus pies y le dijo: «¡Señor! si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano» [3]. Jesús, al verla llorar, y también a los judíos que habían venido con ella, se conmovió en su espíritu, se acongojó [4] y dijo: «¿Dónde le pusisteis?» [5] «Ven, Señor, le dijeron, y lo verás». Y Jesús rompió en llanto [6]. «Ved cómo le quería», decían entre sí los judíos al ver aquellas lágrimas. Y algunos de ellos dijeron: «Pues éste, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no podía hacer que Lázaro no muriese?» [7]

---

dará todo, etc.»), sino que Jesús mismo es «la Resurrección y la vida», es decir, puede despertar la vida ya muerta.

[1] A la pregunta concreta del Salvador, Marta, la mayor de las hermanas, pronuncia la misma hermosa confesión que Pedro (núm. 198); quiere decir: «Creo en tu verdadera divinidad; por eso admito con fe firme todo cuanto me propongas». Así habla el católico a su madre, la Iglesia, esposa de Cristo (cfr. Leitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 270 ss.).

[2] Todavía sumida en amargo dolor, olvida sus penas tan pronto como oye que Jesús ha venido. Los que la han visto sufrir, se imaginan que va a llorar al sepulcro de su hermano; mas ella sale al encuentro de su Redentor, a quien ama indeciblemente más que a su hermano.

[3] María no añade lo de su hermana Marta: «Pero ahora sé que Dios te dará todo lo que le pidieres». Tan grande es su emoción, que no hace más que llorar, y no puede decir más.

[4] *El estremecimiento* denota la emoción interna de la congoja, a la cual siguen la aflicción externa y las lágrimas. En nosotros estas emociones no son libres; Jesús se turba a sí mismo, porque quiere. Muéstrase aquí como aquél que plenamente «se ha hecho todo para todos; él es pobre con los pobres, tiene hambre con los hambrientos y sed con los sedientos y derrama lágrimas con los que lloran» (san Ambrosio, *Lib. 4, in Luc., in fine prooem.;* cfr. *Rom.* 12, 15). Con sus lágrimas santifica las lágrimas del amor y de la amistad; pero con esas lágrimas se mezclan las de la íntima compasión por la miseria humana, que tan de manifiesto se le presenta en aquella coyuntura. Acerca del «derecho a las lágrimas» en la muerte de las personas queridas, cfr. Schneider, *Das andere Leben*[6] 70. —Se ha hecho notar que la *Sagrada Escritura nunca dice que Jesús se riera,* pero sí a menudo que llorara. Lloró cuando niño desvalido en el Pesebre, en la muerte de Lázaro, por la suerte de Jerusalén y en la Cruz (san Basilio, *Regul. fus. tract. interrog.* 17, cfr. *Hebr.* 5, 7).—También se debe notar que este fragmento, que encierra una prueba brillante de la *divinidad* de Jesús, es a la vez la afirmación más rotunda de su verdadera *humanidad;* cfr. *Ioann.* 11, 5 33 35 38.

[5] «Tú sabes que Lázaro ha muerto, observa san Agustín a este propósito; ¿y no habías de saber dónde está enterrado?» Cristo pregunta aquí, como en otro lugar (cfr. núms. 169 s. y 208), por lo que ciertamente sabe, porque trataba con los hombres como hombre, para llamar la atención sobre lo que iba a suceder.

[6] Lágrimas de compasión por la pena de las hermanas de Lázaro. Es de admirar la brevedad dramática del relato; análogamente *Ioann.* 5, 9; 13, 30; 18, 40.

[7] Los judíos quieren decir con estas palabras: «Ahora llora; pero ¿por qué no vino a curarle? Evidentemente, porque no pudo; y si no pudo, ¿es cierto que dió la luz a los ojos del ciego de nacimiento?» Esta incredulidad produce nueva turbación en Jesús.—Se han fijado algunos en la circunstancia de haber los judíos aludido a la curación del ciego de nacimiento, y no a la resurrección del hijo de la viuda de Naim o a la de la hija de Jairo, y

Y Jesús, conmoviéndose de nuevo, vino al sepulcro que se hallaba en una gruta cerrada con una gran piedra [1].

272. Dijo Jesús: «Quitad la piedra». Marta, hermana del difunto, le respondió: «Señor, mira que ya hiede, pues hace ya cuatro días que está ahí». Díjole Jesús: «¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?» Quitaron, pues, la piedra; y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «¡Oh Padre! gracias te doy porque me has oído [2]. Yo ya sabía que siempre me oyes, mas lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado». Dicho esto, gritó Jesús en alta voz: *¡Lázaro, sal afuera!* [3] Y en el mismo punto el que había estado muerto salió fuera, ligado de pies y manos con vendas, y tapado el rostro con un sudario [4]. Díjoles Jesús: «Desatadle, y dejadle ir».

273. Con eso, muchos de los judíos que habían venido a visitar a María y a Marta, y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos y les contaron las cosas que Jesús había hecho. Entonces los *pontífices y fariseos juntaron consejo,* y dijeron: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él [5]; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y la nación». En esto uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo pontífice de aquel año [6], les dijo: «Vosotros no entendéis nada, ni reflexionáis que os conviene que *muera un solo hombre por el pueblo,* y no perezca toda la nación» [7]. Mas esto no lo dijo de propio movimiento; sino que, como era el sumo pontífice en aquel año, *profetizó* [8] *que Jesús había de morir por*

---

de ello sacan argumento contra la historicidad del relato de la curación del ciego de nacimiento. Pero precisamente esta circunstancia habla en favor de la credibilidad. Porque un falsario hubiera buscado *tales* paralelos; mas el Evangelista san Juan reproduce fielmente lo que los judíos dijeron; a estos judíos de Jerusalén les eran menos conocidos los milagros efectuados en Galilea que la curación del ciego de nacimiento, que ellos mismos habían presenciado tres o cuatro meses antes. Véase núm. 234 ss. [1] Véase núm. 275.

[2] Según esto, Jesús se lo había pedido a su Padre; pero podía haber dejado de hacerlo. Lo pidió como hombre; y también como hombre es siempre atendido. Quiso enseñarnos a orar, no sólo de palabra, sino con el ejemplo. En esta ocasión, más que en ninguna otra, el ruego de Jesús, atendido por el Padre con tan sorprendente prodigio, había de probar el origen divino de su misión a los judíos que aún seguían teniéndole por mero hombre. Mas también la unidad de voluntad con el Padre y, por ende, la *divinidad* de Cristo, están suficientemente declaradas en aquellas palabras: «Yo sabía que tú siempre me oyes, etc.» (cfr. Margreth, *Das Gebetsleben Jesu Christi* 129).

[3] Acerca del *milagro* véase núm. 274.

[4] Así enterraban los muertos los judíos. El haber salido de aquella manera del sepulcro era un nuevo prodigio que hacía subir de punto la impresión del milagro de la resurrección. Estos detalles revelan al testigo ocular.

[5] Entonces se originarán disturbios—así opinan los fariseos y Caifás—y los romanos aprovecharán la ocasión para intervenir.

[6] Como si dijera: en aquel año *memorable y funesto;* Caifás fué sumo sacerdote del 18 al 36 d. Cr. Cfr. acerca de Caifás núm. 88. Holzmeister, *ZKTh* (1920) 306 ss., fundado en un pasaje del *Talmud,* opina que se necesitaba la *confirmación anual* en la dignidad pontifical, confirmación que se otorgaba mediante una suma; de ahí la frase de san Juan: «que era pontífice aquel año».

[7] El monte que está al sur de Jerusalén lleva también el nombre de monte «del Mal Consejo», por creerse que allí tenía Caifás una quinta donde dió aquel mal consejo.

[8] Está clara la malicia de las palabras de Caifás: era preciso que Jesús muriese, porque, si el pueblo llegaba a reconocerle por Mesías y a aclamarle rey (cfr. núm. 179), los

la nación; y no solamente por la nación judaica, sino también para congregar en *un cuerpo* a los hijos de Dios [1] que estaban dispersos (por todo el orbe). Y así, desde aquel día no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesús ya no se dejaba ver en público entre los judíos, antes bien se retiró a un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada *Efrem,* donde moraba con sus discípulos.

274. Historicidad del relato. El milagro. No cabe dudar que el Evangelista san Juan quiere que su relato sea tomado como verdadera *historia.* Ello se colige de la manera extraordinariamente plástica como nos cuenta el suceso, con un cúmulo de particularidades que no se inventan (como, por ejemplo, el versículo 39), que delatan al testigo ocular y no pueden interpretarse en sentido alegórico o simbólico; dedúcese también de la sobriedad, objetividad y ausencia de atavíos fantásticos con que nos relata el hecho. Nótese, ante todo, la figura del Señor, el cual descubre clara y bellamente, como en ningún otro pasaje de los evangelistas, su doble naturaleza, la humana y la divina: ama como verdadero amigo (vers. 5 y 35); se estremece y llora como verdadero hombre (versículos 33 y 38); pero obra como Dios.—Obsérvase luego el calor y la vida de los demás personajes: los apóstoles, en particular el melancólico y pesimista Tomás (v. 16, cfr. con. 14, 5; 20, 24 ss.), y sobre todo la contemplativa María y la activa Marta *(Luc.* 10, 38-42), cuyos caracteres en nada discrepan de los que ya conocíamos por los *Sinópticos.* El saludo idéntico con que una y otra hermana reciben al Señor, cual si de antemano hubieran convenido en ello: «Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano» (vers. 21 y 32); este rasgo, tomado de la realidad, nos muestra el sesgo de las conversaciones que aquellas nobles hermanas habían tenido antes de llegar Jesús a las cercanías de Betania. Observemos también cómo el Evangelista dice dos veces (vers. 17 y 39) que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro cuando Jesús llegó; los «cuatro días se pueden fácilmente calcular, pues en el versículo 6 dice san Juan que, recibida la noticia, Jesús «permaneció aún dos días en el mismo lugar»; de suponer es que Lázaro habría muerto el mismo día en que los mensajeros llevaron a Jesús la noticia de la enfermedad, y que también lo habrían enterrado el mismo día, conforme a la costumbre. La observación de que Betania distaba de Jerusalén 15 estadios (2,8 Km., unos tres cuartos de hora) explica la presencia de judíos condolientes en la casa de Lázaro; mas no se ve qué de alegórico o simbólico pueda haber en ello. A un lector libre de prejuicios no se le alcanza que en esta narración, tan lisa y llana, aunque no por ello menos conmovedora, haya querido el Evangelista brindarnos sino un suceso realmente histórico, un acontecimiento que él mismo presenció con sus propios ojos. No dice san Juan que lo sepa de oídas o que en cierto lugar en tales o cuales circunstancias aconteciese el suceso relatado; sino cita el lugar, Betania, y da claramente a entender que fué uno de los últimos hechos de la vida pública de Jesús, precisamente el que motivó el grito de alarma de los enemigos de Jesús (cfr. *Ioann.* 11, 47 ss.). Tres veces vuelve todavía san Juan al referido milagro *(Ioann.* 12, 1; 12, 9 s.; 12, 17 s.); lo cual es argumento manifiesto de no haber pretendido exponernos una alegoría o un símbolo, sino un hecho real. Aduce por testigos del hecho a los enemigos más encarnizados de Jesús. Es cierto que en el proceso ante el sanedrín y ante Pilatos no figura este hecho, que fué para los jerarcas *motivo próximo* de resolverse a quitar la vida al Señor. Pero bien se ve que no era para ello procedente alegar un milagro de la omnipotencia y caridad divinas. Los *Sinópticos* hacen

---

romanos tendrían pretexto para un golpe de mano. Pero en realidad profetizó, aunque sin saberlo, la gran verdad de la virtud redentora de la muerte de Cristo. Lo que Caifás temía como consecuencia de reconocer a Cristo, se hubiera evitado de haberle los judíos reconocido; pero, desgraciadamente, se cumplió en castigo de haberle desechado (cfr. núm. 256).

[1] No sólo al pueblo judío, sino también a los pueblos gentiles se había de extender la obra de la Redención, formándose de todos ellos la gran familia de Dios (núm. 239).

resaltar qué fuera lo que sirvió de base al proceso: el falseamiento político de la figura del Mesías. También aquí completa san Juan a los *Sinópticos*. De ser las cosas como nos las pinta san Juan, estamos en presencia de un **notorio** *milagro*. Pues hasta hoy no conocemos fuerza natural alguna capaz de devolver la vida a los muertos, y se puede asegurar que el ingenio y esfuerzo humanos no llegarán en lo futuro a descubrir semejante virtud. No sabemos lo que todavía nos reserva la naturaleza, bien estudiada y dirigida por el ingenio del hombre; pero podemos asegurar con toda certeza que las fuerzas naturales no pueden producir ciertos fenómenos; y entre ellos está la resurrección de un muerto. Resucitar a los muertos será hasta el fin de los siglos prerrogativa exclusiva de la omnipotencia divina. Pero el racionalismo cree haber hallado un arbitrio para eludir el milagro: pretende que la muerte de Lázaro no fué real, sino aparente. El mismo David Federico Strauss [1] vierte su burla mordaz sobre los que tal afirman. Oigamos sus palabras: «¡Qué de ficciones para explicar cómo Jesús pudo observar que Lázaro revivía, y cómo éste pudo tornar a la vida! Entre el apartar la piedra y la acción de gracias de Jesús, dice el profesor de Heidelberg (Paulus, † 1851, partidario de la muerte aparente), está el momento de tan sorprendente éxito; Jesús, que se hallaba a pocos pasos, debió de notar entonces que Lázaro no estaba muerto. ¿En qué? preguntamos, y ¿cómo con tanta rapidez y certeza? y ¿por qué él y no los demás? Se dirá que en ciertos movimientos. Pero ¡qué fácilmente podía engañarse con un muerto que yacía en oscura fosa! ¡Qué precipitado estuvo Jesús cuando, sin examinar con detención, afirmó categóricamente que Lázaro vivía! Y si los movimientos del muerto aparente eran violentos y fáciles de observar, ¿cómo no los advirtieron los circunstantes? Finalmente, sabiendo Jesús que él no había devuelto la vida a Lázaro, sino que su intervención se había reducido a descubrir que Lázaro revivía, ¿cómo pudo en la acción de gracias aducir en testimonio de la divinidad de su misión el hecho inminente de la vuelta a la vida? En pro de la posibilidad de la reviviscencia de Lázaro se aducen circunstancias desconocidas que pudieron concurrir en la muerte aparente: el pronto sepelio, el frescor de la tumba, los perfumes fuertes y, finalmente, la corriente de aire caliente que invadió la sepultura al levantar la piedra. Todas estas circunstancias no nos dan ni siquiera el grado ínfimo de posibilidad, equivalente a absoluta inverisimilitud; resulta, pues, inexplicable la certeza con que Jesús predice el hecho». Hasta aquí son palabras de Strauss.

Pero también en nombre de la *medicina* debemos resueltamente desechar la hipótesis de ser muertes aparentes las resurrecciones obradas por Jesús, en particular la de Lázaro. A este propósito dice Knur [2]: «La experiencia médica no conoce un estupor que pueda confundirse con la muerte, pero que súbita y completamente desaparezca con unas simples palabras del médico». Y «aun en el estupor más profundo sigue latiendo el corazón (aunque muy suavemente); no se corta la respiración (aunque se haga muy ligera); los músculos del cuerpo se tornan rígidos como los de un muerto, pero no se echan de ver la palidez y el frío cadavéricos (antes bien a menudo la temperatura se eleva algún tanto sobre la normal); en los más de los casos se advierten algunas señales de vida: parpadeo, cambio de dirección visual, etc. ... Hemos de suponer también que los judíos sabían distinguir el olor propio de los cadáveres que han entrado en putrefacción (cfr. v. 39). Consideremos, además de esto, que un estupor (muerte aparente) se desarrolla poco a poco. Los judíos no conocían la alimentación artificial. Hemos, pues, de suponer que Lázaro llevaba en su casa varios días sin tomar alimento. Envuelto en el sudario y encerrado en el sarcófago, en pocos días habría perdido el resto de energía que le quedaba. Y ello no obstante, a la voz de Jesús sale de la tumba vivo y sano; tan sano, que los fariseos tratan de dar muerte al molesto testigo del hecho (*Ioann.* 12, 11). No es esta la manera de curar el estupor, ni se pasa de él con tanta facilidad al estado de perfecta

---

1 *Das Leben Jesu, kritisch bearbeitet* II³ (Tubinga 1839), 163 s.
2 *Christus medicus?* 72 s.

salud; pues es una fase de una enfermedad mental grave, que transcurre con oscilaciones y sacudidas y se cura sólo en parte».

Mas ¿cuál es el *objeto* de tamaño prodigio? Dar testimonio del Hijo de Dios y glorificarle (vers. 4 40 42). Jesús quiso dar la última prueba de su divina misión a los indecisos, vacilantes y perplejos (cfr. versículo 45 s.). Quiso también llevar a las hermanas de Lázaro por la áspera senda del dolor a la cumbre de la fe (cfr. versículo 25). A los apóstoles, finalmente, que muy pronto habían de asistir al «escándalo de la cruz», quiso darles la prueba más decisiva y sorprendente de la «gloria» de Cristo, para que cuando el Crucificado se presentase ante ellos resucitado, no temiesen el engaño (cfr. versículo 25).

Y ¿cuál fué la *eficacia* del milagro? En las hermanas de Lázaro y en los apóstoles se consiguió el efecto apetecido. Pues, como dice san Juan 1, 14: «Nosotros (los discípulos) vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». Y uno de los fulgores más luminosos de la «gloria» fué la resurrección de Lázaro, descrita en el capítulo 11. Pero no es esto solo; porque «muchos de los judíos que habían venido a casa de Marta y María y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él» (*Ioann.* 11, 45 y 12, 9-11). Pero los dirigentes de Israel permanecieron incrédulos. Es más: su odio se hizo tan grande, que en el Sanedrín decidieron dar muerte a Jesús (*Ioann.* 11, 47-53). También éstos presenciaron el prodigio extraordinario (cfr. 11, 47; «hace muchos prodigios»); pero no quisieron ver en él la «gloria de Dios» y la de Jesús. El milagro a nadie puede *constreñir* a la fe; el hombre que no tiene *buena disposición* para la verdad y la fe, resistirá a ellas, aunque se le brinden a través del milagro [1].

275. El mausoleo de Lázaro era, sin duda, un **sepulcro cavado en la roca** [2], pues los judíos acostumbraban enterrar a los muertos en *cámaras sepulcrales* cavadas en roca viva. Constaban de antecámara (atrio) y cámara sepulcral propiamente dicha. La antecámara era abierta por delante, o, por lo menos, provista de amplia entrada que le daba suficiente luz; de ella se pasaba a la cámara por una puerta practicada en el muro del fondo, la cual se podía cerrar con una gran piedra rodadera. Aquí estaba el *loculus* (o *lectus*) donde se colocaba el cadáver. En las sepulturas familiares se abrían unos huecos rectangulares (*kokim*) en la parte inferior de las paredes laterales, a ras de tierra, en los cuales se introducían los cadáveres con los pies hacia adelante; cerrábanse luego con una losa. En cambio, en las sepulturas individuales, en la roca viva, que formaba la pared natural, labrábase a cincel un banco de piedra de medio metro de altura y otro tanto de anchura, ora completamente plano, ora ahuecado en forma de artesa; en él se colocaba el cadáver con los pies hacia la entrada, envuelto en mortajas, pero sin ataúd, expuesto a próxima corrupción.

276. Muéstrase hoy el sepulcro de Lázaro hacia el extremo oriental de la actual Betania, en el lado norte de la aldea. San Jerónimo habla [3] de una iglesia construída sobre el sepulcro de Lázaro, que visitó santa Paula. El Peregrino de Piacenza vió en 580 el sepulcro de Lázaro y muchos monasterios en los alrededores; el obispo Arculfo hacia el año 685 encontró una gran basílica con su monasterio [4]. Después de las Cruzadas y aun después de la destrucción de las iglesias por los sarracenos, quedaron los PP. Franciscanos en posesión del tem-

---

[1] De cómo el «amor a la verdad» o la buena disposición sea condición necesaria para la fe, cfr. Mausbach, *Kernfragen christl. Welt- und Lebensanschauung* 28 ss.; *StL* 80 (1911), 8 ss.

[2] Acerca de los sepulcros judíos véase Mommert, *Golgotha und das heilige Grab zu Jerusalem* (Leipzig 1900), 167 ss.; *KHL* I 538 s.

[3] *Onomasticon* (Klostermann, *Eusebius' Werke* 3, 1, 59) y *Ad Eustoch. ep. 108, al. 27, n. 12* (Apéndice I, 1).

[4] *Itinerarium Anonymi* (Apéndice I, 11) c. 16; Adamnanus, *De locis sanctis lib.* 1, c. 25 s., en *Migne* 72, 905; 88, 703, o en Geyer, *Itinera Hierosolymitana* 170 251 (Apéndice I, 13).

plo, hasta que los turcos se lo arrebataron en 1496 y construyeron una mezquita sobre las ruinas; tiene ésta un alminar semejante al campanario de las iglesias cristianas. Los mahometanos veneran en dicho lugar al «profeta Esdras». Conservan los PP. Franciscanos el derecho de celebrar misa en la tumba de Lázaro en determinados días del año. Pero, como la entrada a ella por la mezquita ofrecía ciertas dificultades—actualmente está tapiada—, Jeremías de Brescia, Custodio de Tierra Santa, mandó abrir (de 1612 a 1615) desde el camino una puerta con su escalera labrada en la roca. La escalera conduce por 24 peldaños a un aposento subterráneo o antecámara de 3,35 m. a lo largo por 2,20 a lo ancho y unos 5 de altura. De aquí se sube por tres gradas muy altas a la tumba de Lázaro, la cual está recubierta interiormente de mampostería, como la antecámara, por ser la roca muy débil y deleznable. Ya no existe el banco primitivo en que descansó el cadáver.

277. ***Después de lo referido, nada se sabe de la vida de Lázaro y sus hermanas.*** Según la leyenda, los tres hermanos vinieron de Betania a Provenza; Lázaro fué obispo de Marsella, María se retiró a hacer penitencia en Ste.-Baume, Marta llevó vida claustral con unas piadosas mujeres. Mas todo ello, según Duchesne y Morin, no pasa de invención del siglo XI. Al Lázaro del Evangelio se le ha confundido, según Morin, con un obispo que hubo en Aix en el siglo V, llamado Lázaro, y con san Nazario, a quien se venera en Autun. Defiéndese hoy como probable la tradición oriental de haber muerto Lázaro en Chipre, siendo obispo de Citium [1]. Supónese que sus reliquias fueron trasladadas a fines del siglo IX de Citium a Constantinopla por el emperador León VI, y regaladas a la emperatriz Ricarda, mujer de Carlos el Gordo, en ocasión de su viaje a Palestina. La emperatriz las entregó al monasterio de Andlau (Alsacia), por ella fundado.

79. Los diez leprosos. La venida del reino de Dios

(*Luc.* 17, 11-21; cfr. *Ioann.* 11, 55)

1. Viaje de Jesús a Jerusalén. 2. Curación de diez leprosos. 3. Ingratitud de los nueve israelitas y gratitud del samaritano. 4. Pregunta de los fariseos acerca de la venida del reino de Dios. 5. Respuesta del Señor.

278. Acercándose ya la fiesta de la Pascua, fué Jesús a Jerusalén, pasando por Samaria y Galilea [2]. Y a punto de entrar en una población, le salieron al encuentro ***diez leprosos,*** los cuales se pararon a lo lejos [3]; y levantando la voz, decían: «Jesús, Maestro, ten lástima de nosotros». Luego que Jesús los vió, les dijo: «Id, mostraos a los sacerdotes» [4]. Y cuando iban, quedaron curados. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atrás glorificando a Dios a grandes voces, y se postró a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole gracias; y éste era samaritano. Jesús dijo entonces: «Pues qué, ¿no son diez los curados?

[1] Rietsch, *Die nachevangelischen Geschicke der bethanischen Geschwister und die Lazarusreliquien zu Andlau* (Estrasburgo 1902).

[2] Mas no para desarrollar allí el ministerio; acaso pasó por el límite meridional de Samaria (cfr. núms. 218 y 220).

[3] A los leprosos no se les permitía acercarse a los hombres sanos; tenían obligación de pararse a cierta distancia y gritar: «impuro, impuro» (cfr. núm. 129). Al encontrarse con el Salvador, la exclamación prescrita se cambia en ruego suplicante.

[4] Cfr. núms. 128 y 129. A esto se reduce todo el tratamiento. Hoy no se curan de esa manera ni siquiera los casos más sencillos de lepra. En cuanto a la curación, debió de ser real y completa, pues había de comprobarse oficialmente, para lo cual el Salvador mismo envió al recién curado a los sacerdotes (cfr. núm. 128 s.). En la respuesta al Bautista, dice Jesús, sin que nadie le contradiga: Los leprosos quedan limpios (*Matth.* 11, 5; *Luc.* 7, 22).

¿y los nueve, dónde están? No ha habido quien volviese a dar a Dios la gloria, sino este extranjero» [1]. Después le dijo: «Levántate, vete, que tu fe te ha salvado» [2].

Como le hubiesen preguntado los fariseos: *¿Cuándo viene el reino de Dios?* [3], les dió por respuesta: «El reino de Dios no ha de venir con muestras de aparato [4]; ni se dirá: Helo aquí, o helo allá [5]. Porque he aquí que *el reino de Dios está entre vosotros*» [6].

279. Según la tradición, el lugar donde fueron curados los leprosos fué **Ginea,** la actual *Djenîn* y antigua Ain-Gannim (*Ios.* 29, 21; 21, 19), ciudad levítica de la tribu de Isacar, en los confines meridionales de Galilea, pero perteneciente en tiempo de Jesucristo a los dominios de Samaria. Antiguamente hubo una iglesia en la entrada oriental de la ciudad, en el lugar donde aconteció la curación milagrosa. Bonifacio de Ragusa, Custodio de Tierra Santa, la vió el año 1555 «en polvo y ruinas», y aun éstas han desaparecido. La pequeña ciudad mahometana, de unos 3000 habitantes, está lindamente situada al pie de las montañas de Samaria, en la entrada sudeste del valle de Esdrelón, 20 Km. al norte de Samaria, 20 Km. al sur de Nazaret, 10 Km. al sudoeste de los montes de Gelboé, a 170 m. de altitud. Se han conducido las aguas de una caudalosa fuente, que alimenta varios pozos y una piscina de la ciudad, riega los jardines y campos y va luego a parar al Cisón. Rodean la ciudad setos de cactus y hermosas palmeras.

80. Indisolubilidad del matrimonio. La castidad virginal

(*Matth.* 19, 1-12. *Marc.* 10, 1-12)

1. Una cuestión muy debatida entre los contemporáneos de Jesús. 2. Respuesta de Jesús a los fariseos: *a)* transcendencia del libelo de repudio; *b)* naturaleza del matrimonio (unidad e indisolubilidad) explicada por el relato de la creación del hombre. 3. Diálogo de Jesús con los discípulos: *a)* restitución del matrimonio a su condición primitiva; *b)* la virginidad.

280. De Samaria tomó Jesús el *camino de Jerusalén* por la región transjordánica [7], y le seguían las multitudes; él les enseñaba, y curaba los

---

[1] Pregunta efectista, para hacer resaltar la ingratitud de los judíos que acababan de ser curados; tomaron éstos la curación como cosa natural. «Precisamente los hijos mimados del pueblo escogido eran los desagradecidos, ellos, que habían sido colmados de gracias y misericordias divinas...; habituados a los favores divinos, todo lo recibían como si a ello tuviesen *perfectísimo derecho*» (Schäfer, *Die Wunder Jesu*[3] 148).

[2] También a los demás les había salvado la fe y la obediencia; pero este samaritano agradecido fué además curado en el alma y, por haber vuelto agradecido a Jesús, recibió esta segunda gracia, mucho más preciosa que la primera. La ingratitud privó a los otros de tan señalado favor. Por eso dice san Bernardo (*Sermo 15 in Cant.*): «La ingratitud es el enemigo del alma; desvirtúa el merecimiento, estraga las virtudes, corrompe los beneficios. Es viento abrasador que seca la fuente de la benevolencia divina, el rocío de la misericordia de Dios y los arroyos de la gracia».

[3] El Mesías y su reino. Acaso pretendían hacer burla de él, porque a menudo les hablaba de este reino y les decía que estaba ya cercano, etc.; quizá querían indicar que en aquella humildad y bajeza no podía ser el Mesías ni instaurar el reino mesiánico.

[4] No se forma a la manera de los reinos terrenos.

[5] No se circunscribe a un determinado lugar como los reinos terrenos.

[6] Está en medio de vosotros; los fundamentos están ya sentados; porque «en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis», dice el Bautista (*Ioann.* 1, 26); «si yo lanzo los demonios con el dedo de Dios, es evidente que ha llegado ya el reino de Dios a vosotros», dice el Salvador mismo (*Luc.* 11, 20; *Matth.* 12, 28). El Salvador, los apóstoles, los discípulos, la predicación del Evangelio, los demonios expulsados, los milagros— todo esto son los elementos del reino de Dios en medio de vosotros.– Puesto que el Salvador habla a los fariseos, insensibles hasta entonces a la doctrina evangélica, no parece conforme con el contexto la interpretación propuesta por algunos: «el reino de Dios está "en vosotros", "en vuestros corazones"». [7] Cfr. núm. 278.

enfermos. Vinieron entonces a él unos fariseos y le preguntaban por tentarle: «¿Es lícito al marido por cualquier causa *repudiar a su mujer?*» [1] Pero él les respondió diciendo: «¿Qué os mandó Moisés?» Ellos dijeron: «Moisés permitió repudiarla, precediendo escritura legal de repudio». Y Jesús replicó: «En vista de la dureza de vuestro corazón os dejó mandado eso. Pero al principio no fué así; porque el que creó a los hombres, los creó hombre y mujer, y dijo: Por ello dejará el hombre a su padre y a su madre, y juntarse ha con su mujer. De donde ya no son dos, sino una sola carne. *No separe, pues, el hombre lo que Dios ha unido*».

281. Después, en casa, le interrogaron otra vez sus discípulos sobre el mismo punto. Y él les inculcó: «*Cualquiera que desechare a su mujer* [2], *y tomare a otra, comete adulterio,* y quien toma a la repudiada, comete (igualmente) adulterio. Y si una mujer desecha a su marido y se casa con otro, comete adulterio». Dícenle sus discípulos: «Si tal es la condición del hombre con respecto a su mujer, no tiene cuenta el casarse» [3]. Jesús les

---

[1] A propósito del repudio, dice la escuela de Schammai: «El hombre no debe repudiar a su mujer, excepto el caso de serle antipática... La escuela de Hillel: puede repudiarla por haber dejado quemar el cocido... R. Akiba: puede repudiarla por otra más hermosa, o como se suele decir: cuando la mujer ya no halle gracia en sus ojos» (*Mischna, Gittin* 9, 10; cfr. Delitzsch, *Jesus und Hillel*[2] 27.

[2] San Mateo añade aquí (19, 9), como arriba (núm. 143; *Matth.* 5, 32): «sino en caso de adulterio», para hacer resaltar que el repudio sólo puede llevarse a cabo a consecuencia de adulterio. Todavía no viola el hombre la fe conyugal con ese repudio, pero sí cuando vuelve a contraer nuevas nupcias; subsiste, por consiguiente, *el vínculo conyugal,* y es adulterio volverse a casar en vida de la otra parte. Exigen esta interpretación el contexto y la comparación con Mateo y Lucas, quienes lo dicen terminantemente. Jesús prescribe el retorno a la primitiva indisolubilidad. Extrañados de ello los discípulos, insisten en su pregunta, y el Señor confirma la absoluta indisolubilidad de una manera terminante; por lo cual los discípulos encuentran preferible no casarse.—A. Ott (*Die Auslegung der ntl Texte über die Ehescheidung* [Münster 1911] 289 ss.) explica de una manera forzada el pasaje de san Mateo (19, 9): «Cualquiera que repudiare a su mujer—lo cual no está permitido ni siquiera en caso de fornicación—y se casa con otra, comete adulterio». (Véase también Denner, *Die Ehescheidung im NT. Die Auslegung der ntl Schrifttexte über die Ehescheidung bei den Vätern historisch kritisch dargestellt* (Paderborn 1911).

[3] Así hablan los discípulos considerando la cosa por el lado *terreno:* mejor es no casarse, que vivir atado de esa suerte. Jesús les muestra el *sentido profundo y piadoso* que en sus palabras se encierra, a saber, que la elección del *celibato por amor de Dios,* para mejor servirle, es una singularísima gracia de Dios. El celibato y la virginidad son, por consiguiente, estados *más perfectos que el matrimonio* (cfr. I *Cor.* 7, 5 25 s. 32 34 38. —*Conc. Trid. sess. XXIV, can. 10).* Sólo en la verdadera Iglesia de Jesucristo se conservan estas dos cosas: el matrimonio indisoluble con carácter de sacramento y la virginidad consagrada a Dios. Cfr. Denifle, *Luther* (Maguncia 1904), 143 (*Lehrer des hl. Thomas von Aquin und anderer Lehrer vor Luther über die Räte und das Lebensideal);* Fritsch, *Das christliche Lebensideal und Adolf Harnack* (Essen-Ruhr 1907); cfr. también la excelente obra de Strehler, *Gänge durch die katholische Moral*[2] (Breslau 1907); el mismo, *Das Ideal der katholischen Sittlichkeit* (Breslau 1908). Cuando, pues, los protestantes nos hablen de la «doble moral» de la Iglesia Católica, hemos de replicarles que siempre y en todas partes la Iglesia conoció y conoce una sola moral, la caridad que está sobre todos los estados. El estado religioso representa el *estado* de perfección, pero en *cualquier otro* se puede alcanzar *la misma y aun la suma* perfección. Porque hay diferencia esencial entre *estado de perfección* y *estado de perfecto.* Este último es algo puramente *interior;* apréciase por la intensidad con que nuestros pensamientos, palabras y acciones se dirigen a Dios, bien supremo y fin último de nuestras actividades. Sólo Dios puede juzgar, y no los hombres, el grado de perfección de cada uno. El *estado de perfección,* el de las Ordenes Religiosas, es algo *extrínseco,* propio del organismo externo de la Iglesia. También en la vida social se dan distintos estados: profesorado, milicia, judicatura. Quien abraza uno de estos estados, condiciona las *actividades*

respondió: «No todos comprenden esta palabra, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; los hay que lo fueron por obra de los hombres; y los hay, finalmente, que se hicieron a sí mismos por el reino de los cielos. Quien pueda entender, que lo entienda».

282. La *disolución* del matrimonio repugna por su esencia y su fin a la idea sublime del Creador, que quiere ver en el estado conyugal la imagen pura de su amor a la humanidad, y exige la indisolubilidad del mismo en interés de esa misma pureza y para la salud corporal y espiritual de los cónyuges, de los hijos y de la sociedad humana en general. Transitoriamente toleró Dios en la Antigua Ley el repudio; pero en la Nueva Ley, con la gracia divina, el matrimonio debe restituirse a la primitiva condición, y aun ha de ser ennoblecido mediante un sacramento.

En la Nueva Ley el matrimonio es *un sacramento*, que representa la unión de la Iglesia con Cristo (*Ephes.* 5, 22-32). Así como Cristo tiene una sola Iglesia y con ella está desposado indisolublemente, así ha de ser también entre los esposos cristianos. Alégase entre *acatólicos* que Jesús permite *el divorcio por causa de adulterio* [1]. Pero es de notar que sólo consiente la separación de los cónyuges, es decir, la ruptura de la vida marital, y califica expresamente de adulterio el contraer nuevo matrimonio en vida de la otra parte [2]. Lo mismo enseña san Pablo con palabras que no dan lugar a duda [3]: «A las personas casadas mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido; pero si se ha separado, no pase a otras nupcias, o bien reconcíliese con su marido. Ni tampoco el marido repudie a su mujer. La mujer está ligada a la ley mientras vive su marido; pero si su marido fallece, queda libre: cásese entonces si quiere, con tal que sea según el Señor».

La Iglesia practicó siempre esta doctrina ya desde los tiempos apostólicos y en los primeros siglos; no encontramos indicio alguno de que el adulterio disolviera *el vínculo* del matrimonio, antes bien leemos sentencias que declaran la indisolubilidad. «Abandone el marido a la adúltera impenitente, y guarde continencia; pero si abandonando a su mujer se casa con otra, rompe él mismo el matrimonio». Así se expresa Hermas hacia el año 100 [4]. Lo mismo repiten de 140 a 180 Justino [5], Atenágoras [6], Teófilo [7]. En idéntico sentido definió solemnemente la Iglesia la indisolubilidad del matrimonio en el Concilio de Trento [8].

81. Parábola del juez y de la viuda

(*Luc.* 18, 1-8)

Esta parábola nos enseña la necesidad de perseverar en la oración.

283. Propúsoles también una parábola, para enseñarles que *conviene orar perseverantemente y no desfallecer* [9], diciendo: «En cierta ciudad había un

---

por más o menos tiempo y aun por toda la vida a un conjunto de obligaciones que tienen un fin propio y determinado. Cuál sea la perfección del religioso que ha abrazado el estado de perfección, depende del mayor o menor grado de caridad hacia Dios y hacia el prójimo: pues *la perfección cristiana consiste esencialmente en la caridad.*

[1] Cfr. página 189, especialmente el final de la nota 2.

[2] Núm. 143; cfr. *Marc.* 10, 11 12; *Luc.* 16, 18. [3] I *Cor.* 7, 10 11 39.

[4] *Past. 2, mand.* 4, 1. [5] *Apol.* I 45. [6] *Legat.* 33.

[7] *Ad Autol.* 3, 13. [8] *Sess. XXIV, can. 7 de matrim.*

[9] El Salvador compara con la viuda oprimida a *todos y cada uno* de los que tratan con veras de seguir el Evangelio y a todos los que están afiliados a la Iglesia. Privada de auxilio y apoyo, la viuda cae en manos de un adversario criminal; y el único que podía hacerle justicia, el juez, es un hombre sin conciencia, a quien nada se le da del apuro de aquella mujer indefensa. Pero, por fin, la insistencia de la viuda logra el fin apetecido. El ejemplo de la viuda debe ilustrar a los cristianos y a la Iglesia. Porque si el juez sin con-

juez, que ni tenía temor de Dios ni respeto a hombre alguno. Vivía en la misma ciudad una viuda, la cual solía ir a él, diciendo: Hazme justicia de mi contrario. Mas el juez en mucho tiempo no quiso hacérsela. Pero después dijo para consigo: Aunque yo no temo a Dios, ni respeto a los hombres, con todo, para que me deje en paz esta viuda, le haré justicia, a fin de que no acabe por venir a ultrajarme. Ved, añadió el Señor, lo que dijo ese juez inicuo. Y ¿creéis que Dios dejará de hacer justicia a sus escogidos que claman a él día y noche, y que ha de sufrir siempre que se les oprima? Os aseguro que no tardará en hacerles justicia [1]. Pero cuando viniere el Hijo del hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra?» [2]

82. Parábola del fariseo y el publicano

(*Luc.* 18, 9-14)

1. Ocasión de la parábola. 2. El fariseo. 3. El publicano. 4. La doctrina.

284. Dijo asimismo a ciertos hombres, que presumían de justos y despreciaban a los demás, esta parábola: «Dos hombres subieron al Templo a orar: el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! yo te doy gracias [3] de que no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana [4] y pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo; sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador [5]. Os declaro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro; porque todo aquél que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado» [6].

---

ciencia cedió a las repetidas instancias de la viuda, ¿cómo no ha de atender el Dios *justísimo* las súplicas de sus escogidos, si con *perseverancia apelan a él?* Mas quien en sus apuros acude perseverante a la oración, debe, ante todo, *creer* con fe sencilla, firme y viva.

[1] Acá abajo a menudo muy pronto y de súbito. Y aunque alguna vez les deja clamar a Él largo tiempo y aun morir en la opresión, ¡qué pronto pasa todo! Comparado con la eternidad del galardón, ello es un momento (cfr. II *Cor.* 4, 17; *Apoc.* 6, 10 11).

[2] No puede el Salvador hablar del terrible día de la recompensa general sin pensar con tristeza en la infidelidad y general apostasía que reinará entonces entre los hombres (cfr. *Matth.* 24, 38 ss.; II *Thess.* 3, 2 ss.).

[3] Los santos saben que cuanto son y tienen lo han recibido de la gracia de Dios (*Ioann.* 15, 5); saben que Dios distribuye sus dones de distintas maneras (*Matth.* 25, 15. I *Cor.* 12, 11); saben que la cuenta ha de ajustarse a la medida de las gracias y a la fiel cooperación (*Luc.* 12, 48), de lo cual sólo a Dios compete el juicio (*Rom.* 14, 4). Saben que nunca aprovechan con bastante fidelidad las gracias recibidas, y miran siempre en sí mismos las deficiencias y en el prójimo las virtudes, y nunca se tienen por justificados (I *Cor.* 4, 4). Y aunque vean en los demás grandísimos pecados, no se creen superiores a ellos (I *Cor.* 10, 12. *Gal.* 6, 1. *Rom.* 11, 20), antes bien dicen para sus adentros: «Si aquellos hubiesen recibido tantas gracias como yo, habrían sido mejores que yo» (cfr. *Matth.* 11, 23; núms. 197 y 220 s.).

[4] El lunes y el jueves (cfr. núm. 132; *KL* IV² 1251).

[5] He aquí a este propósito una oración de Cornelio de Lapide, breve, pero enjundiosa: «Señor, confieso que soy un pecador, y me arrepiento de todo corazón de haber ofendido tan gravemente a vuestra Majestad con mis pecados; en ninguna otra cosa pienso sino en mis pecados que abomino en extremo, y no deseo de ti otra cosa sino que me perdones y me des la gracia para enmendarme y hacer sincera y duradera penitencia». — Semejante oración, pronunciada con verdadera humildad y contrición perfecta, puede en un momento obtener la gracia de la justificación y transformar en justo al mayor pecador del mundo. Análoga fué la oración del Buen Ladrón en la cruz.

[6] Núm. 257. En la Sagrada Escritura se condena la soberbia y la presunción. Este vicio corrompe todas las virtudes. Por eso dice san Gregorio Magno (*Expositio in 3.*

83. El amigo de los niños

(*Matth.* 19, 13-15. *Marc.* 10, 13-16. *Luc.* 18, 15-17)

1. Deseo de unas madres. 2. Proceder de los discípulos. 3. Proceder de Jesús.

285. En esta sazón le presentaron a unos niños para que les impusiera las manos y orase por ellos. Mas los discípulos, creyendo que le importunaban, les reñían. Jesús, por el contrario, les dijo: «Dejad a los niños que vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. En verdad os digo, que quien no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él» [1]. Y estrechándolos entre sus brazos, y poniendo sobre ellos las manos, los bendijo.

Eran tan pequeños los niños [2], que los discípulos consideraron el deseo de las madres, aunque bien intencionado, impertinente, máxime en las circunstancias en que se hallaba el Señor, acosado por la multitud, solicitado por los menesterosos y quizá rendido de fatiga. En cambio, Jesús llamó a los niños diciendo: «*Precisamente para éstos* que vosotros queréis apartar de mí es el reino de los cielos; y tan exclusivamente, que quienes ya no son niños, deben imitarles en la inocencia y humildad, en la sinceridad y alma infantil, si desean entrar en el reino de los cielos».

84. El joven rico. Peligros de la riqueza. Galardón de la pobreza voluntaria

(*Matth.* 19, 16-30. *Marc.* 10, 17-31. *Luc.* 18, 18-30)

1. Pregunta de un joven. 2. Respuesta de Jesús (precepto y consejo). 3. Peligros de la riqueza. 4. Bendición de la renuncia y pobreza.

286. Habiendo Jesús salido a la calle, pasaba un *joven distinguido,* el cual arrodillándose le dijo: «Maestro bueno, ¿qué obras debo hacer para conseguir la vida eterna?» Y Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? [3] Dios sólo es bueno [4]. Por lo demás, si quieres entrar en la

Psalm. poenit.): «Quien acumula virtudes sin humildad, es como quien esparce polvo al viento. Cuanto se hace, desaparece, si no está fundado en la humildad».

[1] Cfr. núm. 211.

[2] San Lucas les llama *brephê,* es decir, recién nacidos, chiquitines.

[3] En *Mateo:* «¿Qué me preguntas acerca del bien?» Ambas ideas se pueden conciliar fácilmente.

[4] Como el joven ve en Jesús a un mero hombre, rechaza éste el predicado encomiástico: «Maestro bueno»; mas de ello toma pie el Salvador para señalar el verdadero punto de vista desde el cual puede contestarse la pregunta. Porque la vida eterna es la bienaventuranza en Dios. Si, pues, el hombre desea saber qué deba practicar para conseguir la vida eterna, pregúnteselo a Dios, fuente de todos los bienes; ponga su querer al unísono con la voluntad infinitamente santa de Dios, norma suprema y regla de toda moralidad. La voluntad divina se nos manifiesta en los mandamientos. «Si (pues) quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». —De haber Jesús rechazado el título de «Maestro bueno», deduce el racionalismo un argumento contra la absoluta impecabilidad y santidad de Jesús; lo cual es desconocer totalmente el contexto. Acertadamente observa Hartmann a este propósito (*Das Heimmelreich und sein König* 150): «No hallamos manera más acertada de indicar la *suprema fuente* de toda bondad a aquel joven rico que ya había alcanzado cierto grado de perfección moral. Porque atribuyéndose a sí mismo el primer puesto entre los hombres, hace depender todo su éxito de aquél que es el único bueno. Mas ¡cómo generalizar una frase pronunciada en determinada coyuntura y con un fin particular, como si hubiese con ello querido decir que fuera de Dios nada hay bueno, anulando y suprimiendo todas las invitaciones a seguirle, a ir a *él,* a depender de *él,* a perseverar en *él!*» Cfr. también Leitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 404 ss.

vida eterna, guarda los mandamientos». Díjole el joven: «¿Qué mandamientos?» «No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre y ama a tu prójimo como a ti mismo» [1]. Dícele el joven: «Maestro, todo eso he guardado desde mi juventud; ¿qué más me falta?» [2] Dirigiéndole Jesús una mirada amorosa, le dijo: «Si quieres ser perfecto [3], anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ven después, y sígueme». Habiendo el joven oído estas palabras, se retiró entristecido; y era que tenía muchos bienes [4].

287. Y mirando Jesús en torno suyo, dijo a los discípulos: «¡Oh cuán difícilmente entrarán los ricos en el reino de Dios!» [5] Los discípulos quedaron atónitos al oír tales palabras. Pero Jesús, volviendo a hablar, les añadió: «*¡Hijitos!* [6] ¡cuán difícil cosa es que *los que ponen su confianza en*

---

[1] Jesús cita algunos de los mandamientos, para quitar toda clase de dudas al joven, que esperaba de él exigencias extraordinarias en orden a la perfección, y para que supiera a *qué* mandamientos se refería. Cita mandamientos de la segunda Tabla porque, quien por piedad cumple sus deberes con respecto al prójimo, es de suponer que los cumplirá con respecto a Dios. En este sentido dice el Salvador: «Este es el precepto mío, que os améis los unos a los otros, etc.»; y el Apóstol: «Quien ama a su prójimo, ha cumplido la Ley» (*Ioann.* 15, 12; cfr. 13, 34 35; *Rom.* 13, 8).

[2] Acaso dijo el joven cuánto se esforzaba en el cumplimiento del Decálogo; por eso le mira el Salvador «con amor».

[3] Si te sientes llamado por la gracia y por un impulso del ánima inspirada por Dios (por la vocación) a seguir un camino más perfecto que el ordinario de los mandamientos, «vende cuanto tienes y dalo a los pobres», es decir, despójate de tus posesiones y practica la *pobreza* perfecta. Pero esto no basta; lo hacen los filósofos paganos. Por eso añade el Salvador: «Ven y *sígueme*». Renuncia, pues, a tu *propia familia* y al fundamento de la misma e imítame en la perfecta *virginidad.* Renuncia a tu *propia voluntad* e imítame en la completa *obediencia.*—En contraposición al camino de los *mandamientos,* camino que todos deben seguir para llegar a Dios, mediante el cual se aproxima uno tanto más a Dios cuanto más fiel y concienzudamente lo recorriere, señala la Iglesia el camino de los *consejos evangélicos,* pobreza absoluta, obediencia perfecta y perpetua castidad, camino que no es para todos, sino sólo para algunas almas especialmente llamadas a ello (cfr. núm. 281). Pero es de notar que, quien sintiéndose llamado a este camino por la gracia de Dios y la vocación no va por él, no por eso abandona el negocio de su salvación, pero queda muy por debajo de la perfección que Dios le exige y, por ende, muy por debajo del grado de bienaventuranza que Dios le tenía deparado. Cfr. también A. Steinmann, *Jesus und die soziale Frage* 31 s.

Es del todo injustificado el reproche de los enemigos de la Iglesia, según los cuales ésta enseña una doble moralidad (cfr. pág. 305, nota 3). A todos enseña la Iglesia la misma moral, expresada en aquellas palabras de Jesucristo: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Matth.* 5, 48), un solo ideal, la perfecta imitación de Cristo, una sola perfección cristiana, una justicia, una caridad; enseña también que, para conseguir esta perfección, no a todos se les ha señalado el mismo camino. Cfr. Denifle, *Luther* 141 y 188-218 (*Ritschls und Harnacks Auffassung des katholischen Lebensideals);* Mausbach, *Die katholische Moral. Ihre Methoden, Grundsätze und Aufgaben* (Colonia 1901) 113 ss.; el mismo, *Ethik des hl. Augustinus* I 409 ss.; Kneib, en *Magazin für volkstümliche Apologetik* IV 326; Lutz, *Die christliche Lehre von den evangelischen Räten mit Berücksichtigung ihrer sittlichen und sozialen Bedeutung* (Paderborn 1907); *MKR* 1907, 79 ss.

[4] Esto hacía difícil la renuncia requerida por Jesús para la perfección que el joven deseaba alcanzar. Repítese esta *tristeza* siempre que Dios llama a vida más perfecta a un alma, y ella no tiene el valor necesario para llevar a cabo la renuncia.

[5] Del retraimiento del joven tomó ocasión Jesús para ilustrar a sus discípulos acerca de la *dificultad* (no imposibilidad) que tienen los ricos de alcanzar la bienaventuranza (cfr. también *ThG* 1911, 756 ss.).

[6] Tiernas palabras, para mejor disponerles a recibir su doctrina.

las riquezas[1] entren en el reino de Dios! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que el entrar en el reino de los cielos un rico (que pone su confianza en el dinero)» [2]. Con esto subió de punto el asombro de los discípulos, y se decían unos a otros: «¿Quién podrá, pues, salvarse?» Pero Jesús, fijando en ellos la vista, les dijo: «A los hombres es esto imposible, mas no a Dios; pues para Dios todas las cosas son posibles» [3].

288. Aquí Pedro, tomando la palabra, le dijo: «He aquí que nosotros hemos renunciado todas las cosas, y te hemos seguido; ¿qué será de nosotros?» [4] A lo que Jesús respondió: «En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección [5], cuando el Hijo del hombre se sentare en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis a las doce tribus de Israel [6]. Y cualquiera que hubiere dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos [7], o heredades por causa de mi nombre y por el Evangelio, recibirá por ello ahora el ciento por uno, en este tiempo, en medio de las persecu-

---

[1] *Marc.* 10, 24. Poner la confianza en el dinero es tanto como practicar la idolatría con él *(Ephes.* 5, 5; núms. 248 y 266 s.). *Tres veces* repite Jesús el aviso, para que los ricos despierten, si no están ya muertos.

[2] Locución vigorosa y proverbial para indicar algo imposible. El camello, bestia de carga de los países de Asia Menor, tiene gran agilidad para pasar por portales y puertas estrechas; mas seguramente no pasa por el ojo de una aguja. (Este refrán del «camello» tiene tan poco de chocante como aquel otro de Mateo [23, 24]: «colar el mosquito y tragar el camello» [núm. 316]). El Salvador no quiere decir con ello que un rico no pueda ir al cielo; sino que el rico *que ponga su confianza en el dinero* y haga de él objeto de idolatría, no irá al cielo. Sólo mediante *gracias extraordinarias* puede el tal ser movido a renunciar a su malhadada «confianza» en las riquezas y a tratar de la salvación del alma. Mas como el rico está en próximo peligro de «poner su confianza» en el dinero que posee, por eso se dice en general que la riqueza es un peligro grave para la consecución de la eterna bienaventuranza. —Historia de la exégesis de aquella figura, en Aicher, *Kamel und Nadelöhr. Eine kritisch-exegetische Studie über Matth. 19, 24 und Parallelen* (Münster 1908). Cfr. también *BZ* II (1904) 176; III (1905) 39; IV (1906) 367; VII (1909) 200.

[3] Cfr. página 82.—San Ambrosio alega las palabras que pronunció el Señor con motivo de la conversión de Zaqueo: «hoy ha venido la salud a esta casa», en prueba de que también los ricos pueden salvarse *(Lib. 8 in Luc. in fine;* en el Breviario *2 die infra Oct. dedic. Eccli. lect. 7 et 8).*

[4] La pregunta fué motivada, a lo que se ve, por lo que precede: «He aquí que *nosotros*» (nosotros, los apóstoles) hemos hecho lo que aquél no quiso. *Nosotros hemos dejado todo;* no era ello mucho, pero era todo cuanto tenían y podían poseer en lo futuro (núms. 119 y 175). Para ellos Jesús era el único bien, su todo. De ahí la magnífica promesa.—Acerca de la descripción de la gloria celestial por medio de pinturas sensuales y sobre la acusación de eudemonismo, cfr. Kneib, *Die Lohnsucht der christlichen Moral* (Viena 1904) 52 ss.

[5] En la resurrección general, en la cual los hombres renacerán en cierta manera a la vida eterna.

[6] El número doce no se ha de entender al pie de la letra; en él están incluídos todos los que, a semejanza de los apóstoles, han de juzgar con Jesús (I *Cor.* 6, 3); de igual suerte las *doce tribus de Israel* designan, no sólo el pueblo judío, sino todos los hombres, puesto que todos han sido llamados a formar parte del pueblo de Dios y a la bienaventuranza (cfr. *Apoc.* 7, 4 ss.). Se han de «sentar en tronos», es decir, tomarán parte en el juicio de Dios como testigos y pregoneros de la sentencia y partícipes de su poder y de su gloria (cfr. *Apoc* 4, 4; 20, 4).

[7] En la forma querida por Cristo y determinada por la Iglesia. El hombre no puede dejar a su mujer sino de común acuerdo y consagrándose ella a Dios en el estado religioso. Los padres no pueden abandonar a sus hijos, mientras éstos necesiten de los padres. Los hijos no pueden abandonar a sus padres, si por ello hubieren éstos de quedar en la miseria. Los que se encuentran en tal situación, deben cumplir sus deberes con paciencia, y esperar hasta que Dios mismo les allane el camino.

ciones [1], y en el siglo venidero, la vida eterna. Pero muchos que fueron primeros, serán postreros, y los últimos, primeros» [2].

85. Parábola de los viñadores
(Matth. 20, 1-16)

1. Llamamiento a trabajar en la viña (figura del llamamiento a trabajar en el reino de Dios). 2. Pago del salario al atardecer (figura de la recompensa en la otra vida).

289. «El reino de los cielos, prosiguió el Señor, se asemeja a un padre de familias, que *al romper el día* salió a contratar jornaleros para su viña. Y ajustándose con ellos en un denario [3] por día, enviólos a su viña. Saliendo después cerca de la hora de *tercia,* se encontró con otros que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: Andad también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Otras dos veces salió a eso de la hora *sexta* y de la hora *nona,* e hizo lo mismo. Finalmente salió cerca de la hora *undécima* [4], y vió a otros que estaban todavía allí y les dijo: ¿Cómo os estáis aquí ociosos todo el día? Respondiéronle: Es que nadie nos ha alquilado. Díjoles: Pues id también vosotros a mi viña.

Puesto el sol, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores, y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando por los primeros. Venidos, pues, los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los *primeros,* se imaginaron que les darían más; pero, no obstante, éstos recibieron igualmente cada uno su denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él por respuesta dijo a uno de ellos: Amigo, yo no te

---

[1] El céntuplo por lo que abandonaron lo hallan en la caridad, en el auxilio, en el consuelo y en todo lo demás que encuentran en esta gran familia cristiana (cfr. *Apoc.* 2, 44; 4, 32; 16, 15 y otros pasajes.—«Ved cómo se aman unos a otros», decían de los primeros cristianos los gentiles). No lo impedirán las persecuciones que el mundo prepara a los seguidores de Jesús, porque los principios de ambos son diametralmente opuestos (cfr. *Sap.* 2, 12 ss.; *Ioann.* 7, 7; 15, 18; II *Tim.* 3, 12; núms. 175 y 217). Antes bien, se cumplirán aquellas palabras: «en medio de las persecuciones».

[2] Es decir, quien haya comenzado el camino de la imitación de Cristo, debe seguir por él hasta el fin sin vacilaciones ni desfallecimientos. Fácilmente puede acontecer que «los primeros», es decir, los que han sido llamados antes que los demás o han recibido gracias mayores, se queden «los últimos», por haber desmayado en el camino o haber cooperado deficientemente a la gracia. Y también puede acontecer que «los últimos», es decir, los postreros en el tiempo o los menos favorecidos por la gracia, sean «los primeros», por la cooperación más fiel y perfecta a las gracias recibidas. Por consiguiente, lo que decide del grado de bienaventuranza, no es la duración ni la magnitud de la obra, sino la gracia interior que la libérrima bondad divina comunica al hombre, y la energía y fidelidad con que el hombre emplea y aprovecha las gracias recibidas.—Para ilustrar a los oyentes de cómo los «primeramente llamados» en el sentido explicado no por ello tienen derecho a un grado especial de bienaventuranza, y de cómo Dios es libérrimo en el reparto de sus gracias, propuso el Salvador la siguiente *parábola de los trabajadores de la viña.* Cfr. también núm. 290.

[3] El denario romano, equivalente casi a la dracma griega, tenía en tiempo de Jesucristo el valor de 87 fennigs (cfr. página 189, nota 1).

[4] El día (con la noche) se dividía en 24 horas. En la vida ordinaria se contaba *el día de trabajo* desde la salida hasta la puesta del sol; ese espacio de tiempo se dividía en 12 horas, y la *noche,* en 4 vigilias (pág. 122, nota 4). La hora de prima, la madrugada, era hacia las 6 de la mañana; la hora de tercia, hacia las 9 de la mañana.

hago agravio; ¿no te ajustaste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo [1], y vete. Yo quiero dar a éste, bien que sea el último, tanto como a ti. ¿Acaso no puedo yo hacer de lo mío lo que quiero? ¿O ha de ser tu ojo envidioso, porque yo soy bueno? De esta suerte, los postreros serán primeros, y los primeros, postreros [2]: pues muchos son los llamados, mas pocos los escogidos» [3].

290. Al llamamiento del padre de familias a trabajar en la viña corresponde en el orden sobrenatural *el llamamiento de Dios a los hombres que están ociosos en la plaza de la vida a trabajar en la santificación de sus almas.* Así como el padre de familias sale varias veces en distintas ocasiones para ocupar en las labores de su viña a ser posible a todos los que están ociosos, así Dios invita una y otra vez a los hombres a entrar en su santo servicio y cumplir los deberes a cada uno asignados. Y así como los operarios contratados por el padre de familias, llamados de distinta manera, se aplican en la viña a trabajos muy diversos por la magnitud y calidad y por la fatiga que consigo llevan, así los llamados por Dios a la santificación de sus almas se encuentran en circunstancias, situaciones, estados y trabajos muy diversos, dentro de los cuales deben esforzarse por llegar a la meta señalada. Al uno se le exige el máximo esfuerzo; al otro un trabajo sumamente sencillo al parecer.

Mas llega la hora del salario con la tarde, es decir, al terminar cada uno su jornada con la muerte, y al acabar la suya la humanidad el día del Juicio. Entonces se verá que la «tasación del salario en el reino de Dios no depende sólo de la magnitud, aspereza y duración del trabajo y del valor extrínseco de la obra realizada por cada uno, sino sobre todo y en primer lugar de la libre voluntad y de la benevolencia del padre de familias, el cual distribuye sus gracias como le place (I *Cor.* 12, 11). El Señor recompensará a cada uno según sus obras (*Rom.* 2, 6) y hará que en todo resplandezca estrechísima justicia. Pero la norma para apreciar el mayor o menor galardón no ha de ser la magnitud de la obra realizada, sino la gracia de Dios y la cooperación a la misma por parte del hombre. La medida de la gracia depende única y exclusivamente del divino beneplácito. Por eso insiste la parábola en la liberalidad del señor para con los últimos que fueron a trabajar en la viña. En muy poco tiempo pueden unos ganar para el reino de los cielos lo que otros en largos años, porque se les dió en mayor medida la gracia de Dios, dádiva liberal de la bondad divina» [4].

Los santos Padres relacionan esta parábola con la historia de la humanidad: la primera hora representa desde Adán hasta Noé; la tercera, desde Noé hasta

---

[1] Lo que has ganado en virtud del *convenio*. Los hombres ganan *méritos* ante Dios mediante las buenas obras, porque El lo ha prometido en galardón, aunque nosotros estamos obligados a ello y aun a muchas otras cosas. Y es más: El es quien nos llama, nos previene con sus gracias, nos acompaña con su auxilio y termina nuestras obras. Aunque, pues, verdaderamente hayamos merecido algo, porque su bondad así lo ha establecido, debemos decir: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (I *Cor.* 15, 10), y aquello otro: «Siervos inútiles somos, etc.» (*Luc.* 17, 10; núm. 268). Acerca de esta verdad cfr. la hermosa carta de san Agustín a Juliana, madre de la virgen Demetria (san Agustín, *Epist.* 188, *alias* 143).

[2] Cfr. núms. 255 y 288.—Los últimos de la parábola son los primeros en recibir el salario; así lo exige la narración. Porque si los primeramente contratados hubieran sido también los primeros en recibir el salario, se habrían marchado de allí con su denario sin enterarse del proceder del amo de la viña; con lo que éste no habría tenido ocasión de justificar su conducta.

[3] Cfr. *Matth.* 22, 14.—*Muchos* (objetivamente, *todos*) *son los llamados;* pues «Dios quiere que todos los hombres se salven», y ha entregado a su Hijo por todos, y «por todos ha muerto Cristo» (I *Tim.* 2, 4. II *Cor.* 5, 15; cfr. núms. 41 y 109; pág. 314, nota 4); *pero pocos* son «los escogidos para participar de gracias especiales y extraordinarias, mediante las cuales en breve espacio de tiempo llenen la carrera de una larga vida» (*Sap.* 4, 13).

[4] Fonck, *Die Parabeln des Herrn*[3] 356.

Abraham; la sexta, desde Abraham a Moisés; la nona, desde Moisés a Cristo; la undécima, desde Cristo hasta el fin del mundo. Es acertada la aplicación. Podría también aplicarse la parábola a la vocación de los judíos y de los gentiles.

86. Jesús profetiza por tercera vez su Pasión y muerte. Petición de los hijos del Zebedeo

(*Matth.* 20, 17-28. *Marc.* 10, 32-45. *Luc.* 18, 31-34)

1. Anuncio de la Pasión, muerte y Resurrección. 2. Efecto en los apóstoles. 3. Petición de la madre de los Zebedeos. 4. Respuesta del Señor. 5. Enojo de los apóstoles contra la familia del Zebedeo. 6. Es menester guardarse de la ambición.

291. Continuaron el viaje subiendo a Jerusalén; y Jesús se adelantaba a los discípulos, los cuales estaban como atónitos y le seguían llenos de temor [1]. Y llamando a sí a los Doce [2], comenzó a repetirles lo que había de sucederle. «*Mirad que vamos a Jerusalén,* donde se ha de cumplir cuanto anunciaron los profetas acerca del Hijo del hombre. Porque ha de ser entregado a los príncipes de los sacerdotes [3], a los escribas y a los ancianos; y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que sea escarnecido, y azotado, y crucificado; mas él resucitará al tercer día». Y ellos no entendían estas cosas, y estas palabras les eran escondidas, y no comprendían lo que con ello quería decirles [4].

Entonces la *madre de los hijos del Zebedeo* [5] se le acerca con sus dos hijos y le adora, manifestando querer pedirle alguna gracia. Jesús le dice: «¿Qué quieres?» Y ella le responde: «Dispón que estos dos hijos míos tengan su asiento en tu reino, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda» [6]. Mas Jesús les respondió: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo de beber, o ser bautizados con el bautismo con

---

[1] Jesús caminaba de prisa para indicar la *buena gana* con que iba *a la Pasión;* los discípulos no le seguían, quizá porque Jesús iba demasiado de prisa, acaso por el asombro, temor y recelo que les causaba el viaje. Conocían el odio de los judíos a Jesús y cómo le habían buscado para darle muerte, y no podían comprender que se expusiera de nuevo a tan evidente peligro de muerte. Temían también por su propia suerte (cfr. núms. 253 s., 269 y 273).

[2] Por fin, se para Jesús, les llama y les anuncia sin rodeos su próxima Pasión, haciéndoles ver que en ella se cifra el cumplimiento de lo que de él anunciaron los profetas. Es la *tercera vez* que se lo predice; la primera sucedió luego de la confesión de Pedro; la segunda, a raíz de la Transfiguración (núms. 202 y 209). Se lo repetía tan a menudo, para que viesen cuán presente la tenía y cuán de buena gana iba a ella (cfr. *Luc.* 12, 50; 22, 15; *Ioann.* 10, 11 17 s.; 13, 1; núms. 239 y 250); al mismo tiempo quería fortalecerlos contra las tentaciones que de tamaña humillación habían necesariamente de venirles.

[3] Página 132, nota 5.

[4] Con ser tan claras las palabras de Jesús, los apóstoles no las entendieron, porque repugnaban a sus ideas, deseos y esperanzas.

[5] Salomé, madre de los apóstoles Santiago el Mayor y de Juan (cfr. *Matth.* 27, 56; *Marc.* 15, 40; núms. 22, 119 y 137), se acercó «entonces» a Jesús, acaso el mismo día en que por tercera vez profetizaba su Pasión. Era una de las piadosas mujeres que seguían a Jesús y le servían con sus bienes (núm. 158). Dióle pie para ello quizá el haber Jesús aludido a la Resurrección y hecho la grande promesa (núm. 288), y le movieron sin duda los servicios que hacia a Jesús y la devoción de sus dos hijos por el Maestro.

[6] Pide para sus dos hijos los dos primeros puestos honoríficos del reino de los cielos; los hijos se asocian a la madre. Jesús no le afea su conducta; ella ha obrado como madre; pero sus dos hijos no saben lo que piden. Jesús no ha venido para fundar un reino terrenal esplendoroso, sino espiritual, en el cual las primeras distinciones son para la humildad más profunda y para la pasión más acerba.

que yo voy a ser bautizado?» [1] Dícenle: «Bien podemos». «Mi cáliz sí que lo beberéis, les dice, y seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado [2]; pero el asiento a mi diestra o siniestra no me toca concedéroslo, sino (que será dado) a aquéllos a quienes lo ha destinado mi Padre» [3].

292. Como oyesen esto los otros diez apóstoles, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús los llamó y les dijo: «No ignoráis que los príncipes de las naciones las dominan, y los grandes ejercen imperio sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros, sino que, quien aspire a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo; al modo que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para rescate de muchos» [4].

87. Los ciegos de Jericó

(Matth. 20, 29-34. *Marc.* 10, 46-52. *Luc.* 18, 35-43)

1. Los ciegos. 2. Actitud del pueblo. 3. Actitud del Señor.

293. Jesús proseguía su camino a Jerusalén. Cerca de Jericó dió la vista a *dos ciegos* que estaban sentados en el camino y pedían limosna; el uno se llamaba *Bartimeo,* que quiere decir hijo de Timeo [5]. Sucedió, en efecto, que como hubiesen oído tumulto de gente que pasaba por delante, preguntaron

---

[1] *Cáliz* significa la suerte risueña *(Ps.* 22, 5; 15, 5) o amarga, especialmente esta última *(Ps.* 10, 7. *Is.* 51, 17 22. *Ierem.* 25, 15 ss.; 49, 12); *bautismo* viene a decir la misma cosa, pero tiene otra segunda acepción: «ser totalmente anegado en el sufrimiento» *(Ps.* 68, 1 2; cfr. núm. 250). «Bautismo» puede también referirse a los padecimientos y dolores externos; «cáliz», a los interiores.

[2] *Santiago* bebió el primero el cáliz de la pasión y fué bautizado con su propia sangre, cuando el rey Herodes Agrippa I mandó degollarlo hacia el año 42 d. Cr. (pág. 76; cfr. *Act.* 12, 2); su hermano *Juan* bebió el último el cáliz del Señor, cuando, según tradición conservada por Tertuliano *(Da praescriptione haereticorum c.* 36), sufrió el año 90 d. Cr. en Roma el martirio, del cual fué librado milagrosamente por Dios, hasta que Jesús le llamó un día, como se lo había prometido (núm. 22; cfr. *Ioann.* 21, 22 ss.; *Apoc.* 22, 20).

[3] Las distinciones en el reino mesiánico dependen de los eternos decretos divinos; estos son comunes a las tres divinas personas, pero se atribuyen especialmente al Padre, como todas las obras del poder y de la providencia.

[4] Para muchos, porque muchos, no todos, se aprovecharán de las gracias de la Redención; de hecho murió por todos; pues quiso que todos se salvasen (cfr. pág. 312, nota 3). *Los cargos en el reino de Cristo* tienen por finalidad la salud de las almas, y quien lleva en ellos otras intenciones, no sirve para desempeñarlos. Así en la familia la suprema autoridad sobre los hijos compete a los padres, pero sólo para servirles con amor y sacrificio desinteresado. Pero todavía se confirma esta verdad de manera más comprensible con el ejemplo de Cristo. El, Hijo de Dios y Señor del mundo, Redentor y cabeza de la humanidad, se ha ofrecido a sí mismo, su tiempo, sus fuerzas, sus pensamientos y actividades, y por fin su sangre y vida por la salud de todos. Lo mismo deben hacer los superiores eclesiásticos. Jesús inculcó repetidas veces esta doctrina a sus discípulos de una manera conmovedora después del lavatorio de los pies *(Ioann.* 13, 12-17. *Luc.* 22, 25-27), y en testimonio de tan grande verdad, se da a sí mismo el supremo jerarca de la Iglesia el nombre de «siervo de los siervos de Dios».

[5] Según san Lucas, Jesús curó a un ciego *antes* de entrar en Jericó; según san Marcos, curó al ciego Bartimeo *después* de salir de la ciudad; san Mateo habla simultáneamente de ambos sucesos, cuyas circunstancias, por otra parte, son casi idénticas. Bien pudieron mover a Marcos a citar al ciego por su *nombre* las mismas razones que tuvo para hacer mención de los hijos de Simón de Cirene *(Marc.* 15, 21; cfr. *Rom.* 16, 13): ser conocido Bartimeo de los primeros lectores del Evangelio como discípulo particularmente celoso.

qué fuese aquello. Alguien les contestó que venía allí Jesús de Nazaret. Entonces comenzaron a dar voces: «¡Jesús, hijo de David! ¡ten lástima de nosotros! Mas las gentes les increpaban para que callasen. Ellos, no obstante, alzaban más el grito, diciendo: ¡Señor, hijo de David! ¡apiádate de nosotros! Paróse a esto Jesús, y llamándolos, les dijo: «¿Qué queréis que os haga?» «Señor, le respondieron ellos, que se abran nuestros ojos». Y Jesús les dijo: «Andad. Vuestra fe os ha curado». Y de repente comenzaron a ver, y siguieron a Jesús por el camino alabando al Señor. El pueblo, que vió la curación, prorrumpió en alabanzas a Dios [1].

88. Zaqueo

(*Luc.* 19, 1-10)

1. Humildad y sencillez de Zaqueo. 2. Bondad del Señor. 3. Murmuración del pueblo.

294. Atravesando Jesús la ciudad de Jericó, he aquí que un hombre muy rico, llamado *Zaqueo* [2], jefe de alcabaleros [3], hacía diligencias para conocer a Jesús de vista; y no pudiendo a causa del gentío, por ser de muy pequeña estatura, se adelantó corriendo y subióse a un cabrahigo [4] para verle, porque había de pasar por allí. Llegado que hubo Jesús a aquel lugar, alzando los ojos le vió, y díjole: «Zaqueo, baja luego; porque voy a hospedarme hoy en tu casa». Bajó Zaqueo a toda prisa, y le recibió gozoso. Todo el mundo, al ver esto, murmuraba diciendo que se había ido a hospedar en casa de un pecador. Mas Zaqueo, puesto en pie, le dijo: Señor, (desde ahora) doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si he defraudado en algo a alguno, le voy a restituir el cuádruplo» [5]. Jesús le respondió: «Ciertamente que el día de hoy ha sido de salvación para esta casa; pues que también éste es hijo de Abraham; porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido» [6].

---

[1] Desde principios del siglo XIV hasta el siglo XVI había a la entrada de Jericó una iglesita en recuerdo de la curación de Bartimeo.

[2] En hebreo *zakkai,* puro, inocente, como en latín *Innocentius.*

[3] Cfr. página 134, nota 4.

[4] *La higuera silvestre o cabrahigo,* llamada también *sicomoro* (cfr. núm. 80), extendida desde Palestina hasta Abisinia, se asemeja a la morera por sus hojas acorazonadas y por la apariencia exterior; llega a la altura de 12-15 m. y es más elevada y gruesa que la higuera común. Los frutos son menos gustosos que los de ésta, por lo que es manjar de pobres (*Amos* 7, 14); se emplean como medicamento. De su madera, blanda, pero incorruptible, se fabrica toda clase de muebles; de ella se hacían los sarcófagos de las momias egipcias (cfr. Fonck, *Streifzüge durch die biblische Flora* [Friburgo 1900] 111 ss.). El Peregrino de Burdeos (Apéndice I, 2) vió en 333 el *árbol de Zaqueo* al oeste de Jericó (Eriha). Todavía en 580 encontró el Peregrino de Piacenza (Apéndice I, 11) el tronco seco en el interior de una capilla. No es de maravillar que ya no se dé el sicomoro en la campiña de Jericó, antes el paraíso de Palestina (núm. 224), hoy triste desierto. Los árabes de la actual Eriha llaman *Zakkum,* es decir, árbol de Zaqueo, a una especie arbórea, al mirobálano, y *óleo de Zakkum,* al aceite oloroso que se extrae del mismo árbol, útil para curar heridas; hacen sus devociones debajo de un Zakkum que hay detrás de la aldea, en la creencia de ser el mismo a que subió Zaqueo.

[5] Bien sabía Zaqueo que no basta la liberalidad para la justificación, sino que es preciso reparar las injusticias. Por eso dice san Ambrosio a este propósito: «La liberalidad no halla gracia mientras dura la injusticia»; y san Agustín: «El pecado no se perdona si no se restituye lo ajeno». El ofrecimiento de Zaqueo es verdaderamente heroico, prueba manifiesta de su grande alegría por el favor que Jesús le dispensa, y de la pronta y completa conversión de los pecados. Por eso le recibe Jesús como a verdadero hijo de Abraham, es decir, le perdona los pecados y le da la gracia santificante (cfr. también núm. 287). Créese haber sido Zaqueo más tarde consagrado obispo de Cesarea de Palestina (*Cons. Apost.* 7, 46. *Recogn.* 3, 65, 74; en *Migne* 1, 1048 1310 1314).

[6] Cfr. núms. 214 y 218. La Iglesia lee el relato de Zaqueo (*Luc.* 19, 1-10) en el

89. Parábola de las diez minas

(*Luc.* 19, 11-28)

1. Viaje de un hombre de noble origen para recibir la investidura real. 2. Tarea de sus criados durante la ausencia. 3. Protesta de unos conciudadanos enemigos. 4. De regreso, pide cuentas a los criados y a los conciudadanos enemigos.

295. Después que hubieron oído estas cosas, añadió una parábola, porque se hallaba vecino a Jerusalén, y las gentes creían que luego se había de manifestar el reino de Dios [1]. Dijo, pues: «Un hombre de ilustre nacimiento marchóse a una región remota para recibir la investidura real y volver con ella. Y llamando a diez de sus criados, dióles diez minas [2], diciéndoles: Negociad con ellas hasta mi vuelta. Es de saber que sus conciudadanos le aborrecían; y así, despacharon tras él una embajada diciendo: No queremos a ése por nuestro rey. Pero como hubiese vuelto con la investidura de la realeza, mandó luego llamar a los criados a quienes había dado su dinero, para informarse de lo que había negociado cada uno. Vino, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha producido diez minas. Respondióle: Bien está, buen siervo; ya que en esto poco has sido fiel, tendrás mando sobre diez ciudades [3]. Llegó el segundo, y dijo: Señor, tu mina me ha dado de ganancia cinco minas. Dijo asimismo a éste: Tú tendrás también el gobierno de cinco ciudades. Vino otro [4], y dijo: Señor, aquí tienes tu mina; la he guardado envuelta en un sudario; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre de recia condición: tomas lo que no has depositado, y siegas lo que no has sembrado [5]. Dícele el amo: Por tu propia boca te condeno, siervo malo; sabías que yo soy un hombre duro, que me llevo lo que no deposité, y siego lo que no he sembrado; pues ¿cómo no pusiste mi dinero en el banco, para que yo en volviendo lo reclamara con el lucro? [6] Por lo que dijo a los

---

Evangelio de la Misa de la Dedicación; porque, al consagrarse un nuevo templo, allí se aloja Jesús con sus gracias para buscar los pecadores y bendecir y fortalecer a los justos.

[1] Los discípulos y todos los que creían en Jesús eran de esa opinión, por los prodigios estupendos que le habían visto obrar en este viaje. Jesús les enseña que el reino de Dios *no está tan cerca* ni *es de la índole* que ellos piensan (cfr. núm. 278). El se dispone a dejarlos para tomar posesión del reino cuando suba a los cielos (cfr. *Matth.* 28, 18 ss.; *Marc.* 16, 19; *Act.* 1, 6 ss.); a ellos les ha de tocar ver cuánto se le odia y que nada se quiere saber de él; habrán de negociar con los tesoros que se les ha confiado, es decir, trabajar por él y por la misión que les incumbe y esperar con paciencia la segunda venida; pues solamente los siervos fieles, laboriosos y trabajadores recibirán alabanza y galardón en su reino (cfr. núms. 288 y 291 s.); los perezosos, en cambio, quedarán privados de las gracias de que dispusieron, y los soberbios, que nada quisieron saber de su reinado, perecerán irremisiblemente (*Matth.* 16, 27; 23, 37 ss.; 24, 2 ss. 30 ss.; 25, 31 ss.; 26, 64; *Luc.* 22, 29. *Rom.* 2, 6 ss.). Los discípulos no entendieron por entonces la parábola; pero más tarde, después de la Pasión y Ascensión del Señor, había de esclarecérseles el sentido de ella y contribuir no poco a robustecer su fe y animarles al servicio del Señor.—La parábola está del todo conforme con el estado de cosas de aquel tiempo. Los príncipes orientales solían ir a menudo a Roma para recibir la investidura de algún reino. Así Herodes el Grande, Arquelao y otros, para recabar el principado sobre sus conciudadanos.

[2] Propiamente minas (véase pág. 189, nota 1).

[3] La recompensa indica la participación en el reino de Jesucristo; la diversidad de recompensas significa la diversidad de grados de gloria.

[4] De los diez siervos, sólo tres figuran en la parábola. Mediante *dos* siervos fieles se pone de manifiesto el *distinto* resultado del buen uso del dinero recibido; mediante el perezoso, se ilustra el mal uso del capital recibido.

[5] Mísero descargo y ruín calumnia; pues nada exigió el Señor a quien nada diera, y, en cambio, recompensó con real liberalidad a los que habían trabajado con lo que se les confió.

[6] El descargo tiene tan poco valor, que el juez mostrará al culpable, de manera que le haga enmudecer, con cuánta facilidad y aun casi sin esfuerzo hubiera podido proporcionar a su amo cierta ganancia por lo menos, evitando de esa suerte el castigo y asegurando la recompensa. Pudo conseguir el cielo mediante el cumplimiento del Decálogo; pues «los preceptos de Dios no son difíciles» (*Ioann.* 5, 3).

circunstantes: Quitadle la mina, y dádsela al que tiene diez. Replicáronle: Señor, que tiene ya diez minas. Yo os declaro, respondió entonces, que a todo aquél que tiene, dársele ha, y se hará rico; pero al que no tiene, aun lo que parece que tiene se le ha de quitar [1]. Por lo que toca a aquellos enemigos míos, que no me han querido por rey, conducidlos acá y quitadles la vida en mi presencia». Dicho esto, Jesús se dirigió a Jerusalén, e iba delante de todos.

90. Los sumos sacerdotes ordenan prender a Jesús. María unge al Señor

(*Ioann.* 11, 55-12, 11. *Matth.* 26, 6 13. *Marc.* 14, 3-9)

1. Plan de los sumos sacerdotes contra Jesús. 2. Llega el Señor a Betania; cena en casa de Simón el Leproso. 3. María, la hermana de Lázaro, unge a Jesús. 4. Murmuración de Judas Iscariote y de otros. 5. Jesús defiende a María. 6. Se acentúan el encono y la enemistad de los judíos.

296. Como estuviese próxima la Pascua [2] de los judíos, muchos subieron a Jerusalén antes de la fiesta, para purificarse (por medio de sacrificios, de toda impureza legal que les impidiera participar de la Pascua). Los peregrinos buscaban a Jesús, y se decían en el Templo unos a otros: «¿Qué será, que aun no ha venido a la fiesta?» Pero los pontífices y fariseos tenían ya dada la orden de que, si alguno supiese dónde estaba Jesús, le denunciase para hacerle *prender* [3].

Entretanto vino Jesús de Jericó *a Betania seis días antes de la Pascua* [4]. Habíanle preparado una cena en casa de *Simón el Leproso* [5]. Lázaro estaba entre los convidados, y Marta servía al Señor. María trajo en un frasco de alabastro una libra [6] de ungüento de nardo puro de gran precio, ungió con él los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos [7]; quebró luego el frasco [8] y derramó óleo sobre la cabeza del Señor. La casa se llenó de la fragancia del perfume [9].

---

[1] Cfr. núm. 161. Por cada gracia bien aprovechada, Dios les concede nuevas y mayores y, con ello, la esperanza de una gloria mayor en el cielo, «una medida buena, apretada, remecida y bien colmada» (*Luc.* 6, 38; núm. 147); mas quien no aprovechare la gracia, corre peligro de perder aún las gracias que posee (cfr. núm. 161). Tal sucedió con el pueblo judío; así ocurrió a Judas (*Act.* 1, 16 ss.); esta amenaza lanzó el Señor a aquel obispo de Efeso (*Apoc.* 2, 1 s.).

[2] Es la *cuarta Pascua* de la vida pública de Jesús (núm. 87). Ahora trata él de inmolarse como verdadero cordero pascual, entregándose antes a la Iglesia como cordero perpetuo de la Nueva Alianza en la Eucaristía.

[3] Estas palabras explican por qué el pueblo dudó que Jesús viniera a la fiesta. Acerca de la obstinación en el odio a Jesús cfr. núms. 267 y 273.

[4] Descontado el día de su llegada y el de la Pascua, el **viernes** anterior a su Pasión; era *el día 8 de Nisán.* Jesús vino al atardecer, cuando comenzaba el descanso sabático, y permaneció *en Betania* todo el **sábado,** *el 9 de Nisán.* San Mateo (y con él Marcos) relata de tal suerte la unción de Betania, que podría creerse haber sucedido «dos días antes de la Pascua»; pero ambos evangelistas se guían en el relato, no por el orden cronológico, sino por el objetivo; la unción, en efecto, hizo que madurase el plan del traidor, el cuál entró en tratos con los príncipes de los sacerdotes dos días antes de la Pascua. Aquí, como en otros pasajes, Juan trata de evitar, mediante datos cronológicos precisos, que se entiendan mal los *Sinópticos.*

[5] Cfr. núms. 225 y 276. Tenía este sobrenombre, sin duda, por haber sido antes leproso. Acaso le había curado Jesús, y, movido de la gratitud, ofreció el banquete a su bienhechor. Lázaro y sus hermanas eran, quizá, amigos de la familia de Simón, por lo que Marta y María ayudaban a Simón a hacer los honores de la casa.

[6] Unos 325 gramos.

[7] Véase en página 200, nota 4, cómo pudo llevarlo a cabo.

[8] Es decir, quebró el cuello del frasco (Plinio *Hist. nat.* 9, 35).

[9] Esta unción es probablemente distinta de la anterior (cfr. núm. 156).

297. Al ver esto, dijo uno de los discípulos, Judas Iscariote: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por más de trescientos denarios [1] para limosna de los pobres?» Esto dijo, no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era ladrón y, teniendo la bolsa, malversaba las limosnas que se echaban en ella [2]. También algunos otros discípulos se indignaron en su interior y decían: «¿Para qué este derroche?» Y murmuraban de la mujer. Jesús, que lo sabía, dijo: «¿Por qué molestáis a esta mujer? dejadla que lo emplee para el día de mi sepultura [3]. Ha hecho conmigo una buena obra; pues que a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien cuando quisiereis; mas a mí no me tenéis siempre (visible entre vosotros). Ella ha hecho cuanto estaba en su mano; se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que doquiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, se contará también en memoria de esta mujer lo que acaba de hacer».

Como se supiese en Jerusalén que Jesús estaba en Betania, fué allí una multitud de judíos, no sólo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Pero los príncipes de los sacerdotes deliberaron quitar también la vida a Lázaro, visto que muchos judíos por su causa se apartaban (del partido del Sanedrín) y creían en Jesús.

91. Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén

(*Matth.* 21, 1-16. *Marc.* 11, 1-10. *Luc.* 19, 29-44. *Ioann.* 12, 12-19)

1. El Rey pacífico. 2. Entusiasmo del pueblo. 3. Envidia de los fariseos. 4. Jesús llora por Jerusalén. 5. Entrada en la ciudad y en el Templo.

298. Al día siguiente [4] prosiguió Jesús su camino a Jerusalén. Luego que llegó a *Betfagé* [5], lugar del monte de los Olivos, despachó a dos de sus discípulos, y les dijo: «Id a ese lugar que tenéis enfrente, y luego al

---

[1] Unos 261 marcos (cfr. pág. 189, nota 1).

[2] Judas dió apariencia de virtud a su murmuración y logró arrastrar a algunos discípulos ingenuos. No sospechaban éstos el engaño de que eran objeto; ni advertían cómo lastimaban a un alma santa. Jesús lo permitió para probar a esa alma y realzar su mérito; mas luego tomó la defensa de la misma y le prometió eterna alabanza por aquella transitoria murmuración.

[3] Puede entenderse de esta suerte: dejadla que haga de antemano una cosa que quede y sirva para mi sepelio, o lo que desearía ella hacer conmigo el día de mi sepelio; o bien: dejadla que, cuando venga a mi entierro, tenga el consuelo de pensar que ya ella me ungió para aquel acto y pueda tomar esta unción por la que hubiera querido realizar en mi sepultura y no le será ya posible. Pues cuando Jesús fué bajado de la Cruz, había ya comenzado el sábado; y cuando, pasado el sábado, vino María con el ungüento, ya había resucitado.

[4] **El domingo,** 10 de Nisán, 5 días antes de la Pascua; ese día se llevaba el cordero a casa, y de allí al Templo el 14 de Nisán por la tarde para ser inmolado. Ese mismo día quiso Jesús, el verdadero cordero, entrar solemnemente en Jerusalén, donde la tarde del 14 de Nisán había de darse a los suyos en alimento, y el 15 llevar a cabo con su muerte en la Cruz nuestra redención y liberación del dominio de Satanás. La Iglesia celebra anualmente la entrada solemne de Jesús en Jerusalén el **Domingo de Ramos.** No está en lo cierto Belser (*Geschichte des Leidens*, etc., 25 ss.) cuando dice que el Salvador entró en Jerusalén *el sábado al atardecer*, al resplandor de la luna llena. Véase en contra *BZ* IX (1911) 164-170.—Kellner (*Heortologie*[3] 46 ss.), apoyándose en la detallada e interesante descripción que la Peregrina de Aquitania (Eteria; cfr. Apéndice I, 3) nos da de las ceremonias usadas en Jerusalén (siglo IV) en la Semana Santa, busca en Jerusalén el origen de nuestra procesión de Palmas. [5] Véase núm. 301.

entrar en él hallaréis un asna atada, y junto a ella un pollino, en el cual nadie ha montado hasta ahora [1]. Desatadlos, y traédmelos. Y si alguien os dijere: ¿por qué los soltáis? responded que el Señor lo ha menester; y al instante os los dejarán traer acá» [2]. Habiendo ido, hallaron todo conforme Jesús se lo había dicho y trajeron el pollino con el asna. Y habiendo aparejado el pollino con los vestidos de ellos, montó Jesús en él. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el profeta: «Decid a la hija de Sión: ¡No temas, hija de Sión! Mira que viene a ti tu Rey, lleno de mansedumbre, sentado sobre un asna y sobre un pollino, hijo de una bestia de carga» [3]. Los discípulos por entonces no reflexionaron sobre esto; mas después que Jesús fué glorificado, se acordaron que tales cosas estaban escritas de él, y que ellos mismos las cumplieron [4].

299. Como hubiesen oído las multitudes que habían acudido a la fiesta, que Jesús venía a Jerusalén, cogieron ramos de palmas y salieron a recibirle, gritando: *Hosana, bendito sea el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel* [5]. Muchos tendieron sus vestidos en el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las esparcían por el camino; y la turba de discípulos alababa a Dios a grandes voces por todos los milagros que había visto; y tanto las multitudes que iban delante, como las que seguían detrás, le aclamaban diciendo: «¡Hosana al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que vemos llegar ahora! ¡Hosana en las alturas!» Y también daban testimonio de él las gentes que estaban con Jesús cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos; por esta causa [6] salió tanta gente [7] a recibirle, por haber oído que había hecho tamaño prodigio [8].

Mas los fariseos dijéronse unos a otros: «¿Veis cómo no adelantamos

---

[1] Por estar destinado para el Rey, para el Mesías, no había de haber montado nadie en él. Lleváronse también el asna, porque el pollino estaba acostumbrado a ella y no había de ser privado de su compañía.

[2] Según V. Weber (*Kath* 1908 II 446 ss), tanto el texto griego como el de la *Vulgata* de *Matth.* 21, 3 deberían traducirse, de conformidad con la exégesis patrística, de esta manera: «y luego (que se hubiere servido de ellos) os los *devolverá*». Así también *Marc.* 11, 3.

[3] Las primeras palabras son de Isaías (62, 11); la sustancia del pasaje, de Zacarías (9, 9); estaba predicho, porque había de suceder, y Jesús lo cumplió, porque había sido predicho. Jesús quiso mostrarse en la apariencia externa como Príncipe de la paz, manso y humilde, no como Rey terreno.

[4] Sin saberlo, habían cooperado al cumplimiento de la profecía.

[5] *El Mesías,* pues a él referían generalmente los judíos las sobredichas palabras del «Hallel» (*Ps.* 117, 26), que en este sentido se cantaba en el banquete pascual, y con singular solemnidad en la fiesta de los Tabernáculos. Del desarrollo mismo del acontecimiento se desprende que le fueron aplicadas a Jesús en idéntico sentido, pues todos estos homenajes se le dieron sólo como a Mesías, y el motivo de ellos fué los grandes milagros de Jesús, en especial la resurrección de Lázaro (cfr. también pág. 287, nota 7).—*Hosanna* (acomodación griega de la palabra hebrea *Hoschi'anna),* propiamente «ayuda, pues», es decir: Oh Señor, que la obra del Mesías tenga éxito. En nuestra liturgia ha perdido esa palabra su antigua significación; hoy es grito de júbilo, ¡salve!, como si dijéramos.

[6] Es decir, por la enorme impresión que el milagro había producido.

[7] Principalmente peregrinos que habían venido a la fiesta; cfr. *Ioann.* 12, 12 s.

[8] La comitiva del Señor, formada por los discípulos y las gentes de Betania, se unió con la multitud que venía de Jerusalén; ambas procesiones unidas tomaron el camino de Jerusalén.

nada? [1] He aquí que todo el mundo [2] se va en pos de él». Con esto algunos de los fariseos que iban entre la gente, dijeron a Jesús: «Maestro, reprende a tus discípulos». Respondióles él: «En verdad os digo que, si éstos callaren, las mismas piedras darán voces» [3].

300. Al llegar cerca de Jerusalén, *derramó lágrimas sobre ella* [4], diciendo: «¡Ah, si conocieses también tú, por lo menos en este tu día, lo que puede traerte la paz! Mas ahora está todo ello oculto a tus ojos. Porque vendrán unos días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras y te estrecharán por todas partes. Te derribarán a ti, y a los hijos tuyos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo en que fuiste visitada» [5].

Entrado que hubo Jesús en Jerusalén [6], se conmovió toda la ciudad, diciendo: «¿Quién es éste?» A lo que respondían las gentes: «Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea». Y fué al Templo. Y se llegaron a él varios ciegos y cojos, y los curó. Pero los príncipes y los escribas, al ver las maravillas que hacía, y a los niños que le aclamaban en el Templo, diciendo: «¡Hosana al Hijo de David!», se indignaron y dijeron a Jesús: «¿Oyes tú lo que éstos dicen?» Jesús les respondió: «Sí, por cierto. Pues qué, ¿no habéis leído jamás: De la boca de los niños y de los lactantes obtuviste alabanza perfecta?» [7]

301. Betfagé, que quiere decir casa o lugar de higos, se llamó así probablemente por las muchas higueras que había en sus alrededores. Estaba tan pró-

---

[1] Es decir: ¿no véis el error que hemos cometido? Hace tiempo que debiéramos haber seguido el plan de Caifás (véase núm. 273). Ahora es ya casi irrealizable.

[2] Exageración nacida del despecho; cfr. *Ioann.* 3, 26.

[3] La misma naturaleza inanimada vendría a dar testimonio de ser yo el Mesías, el Hijo de Dios. Cinco días después callaron los discípulos, mas las piedras hablaron cuando a su muerte la tierra tembló y las rocas se hendieron dando testimonio de la divinidad del Crucificado.

[4] En el siglo XII se levantó una iglesia en el lugar donde la tradición guardaba el recuerdo de las lágrimas del Señor. Más tarde fué convertida en mezquita; hoy se ve allí un montón de ruinas. La iglesia se llamó *Dominus flevit,* es decir, «el Señor lloró». Los PP. Franciscanos adquirieron la heredad contigua a las ruinas y allí han erigido una capilla. Dos veces al año, el día de la Ascensión y en la fiesta de san Lázaro, se va en procesión a visitar el lugar (cfr. *HL* 1892, 116).

[5] *Luc.* 19, 41-44; cfr. 13, 34 s.; núm. 256. Este era el objeto de la entrada solemne de Jesús en Jerusalén. Tras tantos y tan portentosos milagros, Jesús quería *manifestarse a los judíos solemnemente como el Mesías.* Bien sabía, empero, que no le habían de corresponder con la fe, sino con la muerte. Ello no obstante, otorgóles esta postrera gracia. Puede decirse que para los judíos aquél fué el *día* decisivo *de la salud* (cfr. II *Cor.* 6, 2), el *tiempo de la visitación* (cfr. *Luc.* 1, 68 78). Jerusalén no le reconoció, y por ello se cumplió 40 años más tarde al pie de la letra el castigo anunciado por Jesús (véase núm. 729 ss.).

[6] Por la puerta oriental, la «Puerta Dorada» (pág. 126, nota 3).—Véase C. Schick, *Durch welches Tor ist Jesus am Palmsonntag in Jerusalem eingezogen?* en *ZDPV* 1899, 94.

[7] Cfr. *Ps.* 8, 3; allí se habla propiamente de la incomparable belleza del cielo estrellado, que hace prorrumpir a los niños en alabanzas al Creador. El balbucir del niño confunde y condena a los impíos y enemigos de Dios. En grado todavía mayor debía avergonzar y condenar el orgullo y la ceguera de los escribas y sumos sacerdotes el júbilo de los niños por los milagros de Jesús. El Salvador no cita la frase restante del Salmo: «por causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengador»; pero sus adversarios, que no ignoraban el Salmo, al oír las palabras que pronunció, se acordaron sin duda de las restantes.

xima a Jerusalén, que aun estando extramuros, en el monte Olivete, se la consideraba como parte de la ciudad; muéstrase hoy el lugar que ocupaba en una pequeña hondonada, entre la cumbre del monte y Betania, a 10 minutos del monasterio del *Paternóster*. Los modernos, sin embargo, la buscan en la vertiente occidental o sudoeste del Olivete. De Betania a Jerusalén hay un camino que pasa por la cumbre central del Olivete; pero hay otro que va por el valle profundo que separa dicha cumbre central de la cumbre meridional o monte del Escándalo (así llamado porque en él se cree haber Salomón erigido altares a los ídolos por amor a las mujeres paganas). Siendo este camino meridional más transitable, suponen que Jesús lo habría tomado en su viaje de Betania a Jerusalén [1]. Los PP. Franciscanos de Jerusalén sostuvieron siempre la primera opinión, y todos los años, el Domingo de Ramos, solían hacer una procesión de Betania a la cumbre del Olivete y de aquí a Jerusalén Pero en el siglo XVII hubieron de abandonar dicha costumbre. Siguen, sin embargo, visitando el lugar sin ceremonia alguna cuando regresan de las funciones solemnes del sepulcro de Lázaro [2]. El año 1871 se encontró una piedra que ofrecía aspecto de altar, decorada con pinturas alusivas a la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén; la piedra estuvo antes rodeada por una rotonda. También hubo en tiempo del reino latino de Jerusalén en el monte Olivete una iglesita, llamada Betfagé [3]. En 1880 compraron los PP. Franciscanos el lugar, que estaba en poder de un turco, y allí han construído una capillita con un pequeño convento.

92. En vísperas de la glorificación de Jesús. Ceguedad de los judíos

(*Ioann.* 12, 20-50)

1. Ruego de unos gentiles. 2. Glorificación del Hijo del hombre mediante la Pasión y Resurrección, el triunfo sobre el señorío de Satanás y la virtud victoriosa de su inmolación. 3. Incredulidad del pueblo. 4. Consideración del evangelista (san Juan) acerca de la incredulidad del pueblo y sus causas. 5. Avisos y amonestaciones.

302. Entre los concurrentes a la fiesta había *algunos gentiles* [4]; los cuales se llegaron a Felipe, natural de Betsaida de Galilea [5], y le hicieron esta súplica: «Señor, deseamos ver a Jesús». Felipe fué y lo dijo a Andrés; y Andrés y Felipe juntos se lo dijeron a Jesús.

Jesús les respondió, diciendo: «Venida es la hora en que debe ser *glorificado el Hijo del hombre* [6]. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto [7]. Así, el que ama su vida, la perderá; mas el que aborrece su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna [8]. El que quiera servirme,

---

[1] Cfr. *HL* 1873, 65 ss. [2] Núm. 276.

[3] Más detalles en *HL* 1888, 47.

[4] Gentiles que probablemente se habían incorporado al judaísmo como *prosélitos;* pero como eran de origen pagano, los apóstoles no se atrevían a presentarlos al Señor sin antes advertírselo. Jesús accedió a la petición sin vacilar; es más, como eran en cierto modo las primicias de los gentiles, tomó de ello ocasión para hablar de la inminente glorificación ante el mundo entero, a la cual había de preceder la muerte redentora.

[5] Galilea lindaba por el norte y el oriente con regiones paganas (núms. 119 y 125); la observación parece indicar que aquellos gentiles conocían a Felipe.

[6] La hora de su muerte, mediante la cual libró a la humanidad de las garras de Satán, trajo todas las almas bien dispuestas a su íntimo amor y adoración y mereció para su santa humanidad la gloria celestial que por la unión hipostática y por ser cabeza y modelo nuestro le correspondía desde el primer momento de la Encarnación (cfr. *Philip.* 2, 6 ss.).

[7] Así como el grano de trigo muriendo en el seno de la tierra renace a nueva vida y produce fruto, así el Hijo de Dios humanado ha de morir, pero para resucitar a la vida de la gloria y ser la fuente de la vida sobrenatural de todos los fieles (*Rom.* 8, 17 ss I *Petr.* 4, 13).

[8] Cfr. núms. 174 y 259.

que me siga; que donde yo estoy, allí ha de estar también mi siervo [1]; y a quien me *sirviere,* le *honrará* mi Padre. Ahora mi alma se ha conturbado. Y ¿qué diré? ¡Padre! ¡líbrame de esta hora! Mas... para ello he llegado a esta hora. ¡Padre! ¡glorifica tu santo nombre!» [2] Al momento se oyó *del cielo una voz:* «He glorificado ya (mi nombre en ti y por medio de ti) y le glorificaré todavía más» [3]. La gente que allí estaba y oyó el sonido de esta voz, decía que aquello había sido un trueno. Otros decían: «Un ángel le ha hablado» [4]. Jesús les respondió, y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo [5]; ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera. Y cuando yo sea levantado de la tierra en alto, todo lo atraeré a mí» [6]. (Esto lo decía para significar de qué muerte había de morir).

Replicóle la gente: «Nosotros sabemos por la Ley que el *Cristo debe vivir eternamente;* pues ¿cómo dices que debe ser levantado en alto el Hijo del hombre? ¿Quién es ese Hijo del hombre?» [7] Respondióles Jesús: «La luz aun está entre vosotros por un poco de tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz, para que las tinieblas no os sorprendan; que quien anda entre tinieblas, no sabe a dónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Habiéndoles dicho estas cosas, se fué y se ocultó [8].

---

[1] Conmigo en la Pasión y después conmigo también en la gloria (cfr. II *Cor.* 1, 7; *Philip.* 3, 10).

[2] Mi naturaleza humana se acongoja al pensar en la espantosa muerte que me espera; sin embargo, voy gustoso a la muerte, porque me encarné para padecerla y con ello glorificar a mi Padre y redimir las almas. ¡Termine yo, pues, la obra de la Redención, y sea con ello glorificado tu nombre!

[3] El Padre fué glorificado en el Hijo mediante la Encarnación y la vida de Jesucristo; pero mucho más aún con la muerte. La glorificación del Padre lo es a la vez del Hijo (cfr. *Ioann.* 11, 4).—Quiso el Padre dar este testimonio ahora, inmediatamente antes de la Pasión de Cristo, como lo diera antes en el nacimiento, en el bautismo y en el Tabor. Cfr. Leitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 219 ss.

[4] Según esto, la voz fué tan fuerte y clara, que causó impresión general. Pero la interpretación fué diversa, según el estado de ánimo de los oyentes. Algunos entendieron las palabras; todos entendieron lo suficiente para que Jesús aludiese a aquel prodigio como a un testimonio dado por el Padre en favor suyo.

[5] Ahora se va a fallar la sentencia de condenación sobre el pueblo (judío) incrédulo, que se juzga y destruye a sí mismo clavando en una cruz a quien no puede culpar de pecado (*Ioann.* 8, 46), antes bien debería rendir homenaje como a Mesías.

[6] Ahora será quitado a Satanás el dominio del mundo y, en vez de la cruel tiranía, se va a instaurar el señorío pacífico y dichoso del legítimo Rey de la humanidad, señorío que comenzará con mi muerte en la Cruz (cfr. núm. 109, 221, 231 y 244). La Cruz de Cristo, la prueba más grande del amor del Hijo de Dios a los hombres, es el imán que atraerá a él los corazones con fuerza irresistible (cfr. *Rom.* 8, 35 ss.; *Philip.* 3, 8). «Mi amor ha sido crucificado», exclama san Ignacio de Antioquía ardiendo en deseos de entregar su vida por Jesús (*Rom.* c. 7; cfr. c. 5). El mismo pensamiento fortalecía desde el principio a los cristianos para sobrellevar todos los sufrimientos y aun la misma muerte (I *Petr.* 4, 1), a los apóstoles y varones apostólicos para los mayores trabajos y fatigas, a los confesores y vírgenes para padecer y luchar con santo denuedo, y a todos los verdaderos cristianos para todas las obras de caridad, para los combates y las virtudes, para los mayores sacrificios por Jesús. Y así, la Cruz ha sido la *bandera de la victoria* mediante la cual Jesús conquista el mundo y es el rey de los corazones. Acerca de la fuerza con que Jesús atrae hacia sí las almas en el estado religioso, cfr. los hermosos pasajes de Montalembert, *Les Moines d'Occident* V, hacia el fin. Acerca del señorío del príncipe de este mundo, cfr. *Kath* 1882 I 187 301).

[7] Cierto es que la Ley y los Profetas hablan del señorío glorioso y eterno del Mesías; pero no con menos claridad hablan de su Pasión y muerte (cfr. *Ps.* 21; *Is.* 53; *Dan.* 9, 25 s.; *Zach.* 11; 12 ss.; 12, 10 ss.; 13, 7, etc.; también núm. 99). Pero para los judíos «la cruz era un escándalo» (I *Cor.* 1, 23); sólo querían oír hablar de un Mesías que instaurase un reino glorioso. Esta ceguedad fué la causa de que no entendiesen las profecías de la Pasión del Redentor, de que le desechasen y fuesen en castigo reprobados por Dios. Acerca del «Hijo del hombre» cfr. núm. 100 y Tillmann, *Der Menschensohn* 142, nota 1 y 166 s.

[8] Jesús les echa en cara su ceguera y les aconseja que no cierren los ojos a la luz de

303. Con haber hecho Jesús delante de ellos tantos milagros, no creían en él, para que [1] se cumpliesen las palabras del profeta Isaías: «¡Señor! ¿quién ha creído a lo que oyó de nosotros? ¿y de quién ha sido conocido el brazo (el poder) del Señor?» Por eso no podían creer [2], pues ya lo había dicho Isaías: «Cegó sus ojos y endureció su corazón, para que con los ojos no vean, y no perciban en su corazón, ni se conviertan, ni yo los cure». Esto dijo Isaías cuando vió su gloria y habló de su persona [3].

No obstante, hubo aún de los jefes muchos que creyeron en él; mas por temor de los fariseos no lo confesaban, para que no los echasen de la sinagoga [4]. Y es que amaron más la estimación de los hombres que la gloria de Dios [5]. Jesús, pues, alzó la voz, y dijo: «Quien cree en mí [6], no cree solamente en mí, sino en aquél que me ha enviado. Y el que a mí me ve, ve al que me envió [7]. Yo he venido como *luz* al mundo, para que quien cree en mí, no permanezca entre las tinieblas [8]. Que si alguno oye mis palabras, y no las observa, yo no le doy la sentencia; pues no he venido ahora a juzgar al mundo, sino *a salvarlo* [9]. Quien me menosprecia y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue: la palabra que yo he predicado, esa será la que le juzgue en el último día [10]. Puesto que yo no he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió, él mismo me ordenó lo que debo decir y lo que debo enseñar. Y yo sé que su mandato es la vida eterna. Las cosas, pues, que yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho» [11].

---

su doctrina y de sus milagros. En vano. Veíase obligado a ocultarse de ellos, volviendo todos los dias a pernoctar en Betania (*Luc.* 21, 37 s.), para que no le prendiesen antes del día señalado por él mismo. Luego trae el Apóstol san Juan (12, 37-50) la dolorosa consideración acerca de la incredulidad y ceguera de los judíos y los avisos y consejos de los días que precedieron a la Pasión.

[1] No eran incrédulos porque Isaías lo había predicho, sino Isaías lo profetizó viendo por revelación divina su incredulidad; y las cosas acaecieron como estaban anunciadas (*Is.* 6, 9 s.; 53, 1).

[2] Considerada la cosa en sí misma, podían ellos creer; pero su culpable obstinación se lo impedía. El «no quiero» se torna en «no puedo». Dios permite el endurecimiento del corazón en castigo de la continuada culpa e infidelidad, o como efecto de la incredulidad voluntaria y obstinada. Esto quieren decir aquellas palabras: «El ha cegado».

[3] El Profeta ve la gloria de Dios, que rodeado de Serafines está sentado en su trono; oye el trisagio de los Serafines. El evangelista refiere esta revelación al Hijo de Dios, al Mesías, mediante el cual se manifiesta Dios al mundo. Los santos Padres opinan que aquí le fué revelado al Profeta el misterio de la Santísima Trinidad.

[4] Cfr. núm. 235. No estaban animados del espíritu que se manifiesta en *Marc.* 8; 34-38 (núm. 202) y en palabras análogas de Jesús.

[5] Su proceder fué causa de la perdición de muchos, como se colige de la pregunta de los fariseos: «¿Cree en él por ventura alguno de los jefes?» (núm. 228). De ahí la grave responsabilidad y la reprobación que les aguardaba. Hay casos en que no confesar la fe equivale a negarla.—Frente al proceder incrédulo de los judíos, el Evangelista san Juan resume en breves sentencias las doctrinas expuestas ya a menudo anteriormente y sostenidas en los últimos discursos al pueblo.

[6] No sólo en mí, sino también en el Padre que me ha enviado, con quien soy consubstancial (núm. 253).

[7] Los que vieron a Jesús, no contemplaron la divinidad misma, que no se percibe con ojos corporales; pero vieron a aquél que es Dios, uno y consubstancial con el Padre.

[8] Cfr. núm. 230.

[9] Cfr. *Ioann.* 3, 17. El fin de la primera venida de Cristo no es juzgar al mundo, sino redimirlo. Los que no le reciban, no quedarán sin castigo; tienen ya ahora su juez, que es Dios; las palabras, la predicación de Cristo y los milagros que la acompañaron harán inexcusables a los que se le resistieren (cfr. núm. 109); también juzgará a los que, habiendo creído en él, no acomodaron la vida a su fe.

[10] Es decir, si la rechaza, será ello causa de su propia reprobación. Despreciar la palabra de Jesús es despreciar la de Dios.

[11] Con parecidas palabras termina a menudo Jesús los discursos a los judíos; aquí lo hace por última vez. Los milagros demuestran de una manera incontrovertible que él obra y enseña en nombre y de parte del Padre y que, de consiguiente, los que no creen en él resisten al mismo Dios (cfr. núms. 153, 230, 236, 239, 253, 273, 297, etc.).

93. Maldición de la higuera[1]. Purificación del Templo
(*Matth.* 21, 12 22. *Marc.* 11, 11-23. *Luc.* 19, 45-48)

1. Maldición de la higuera: *a)* símbolo de la reprobación del pueblo judío; *b)* imagen del castigo del alma infiel. 2. Purificación del Templo. 3. Jesús enseña en el Templo. 4. Poder de la oración confiada.

304. Al atardecer regresó Jesús con los Doce a Betania[2]. Al otro día[3], así que salieron de Betania, tuvo hambre[4]. Y como viese a lo lejos una *higuera* con hojas, encaminóse allá por ver si encontraba en ella alguna cosa; y llegando, nada encontró sino follaje, porque no era aún tiempo de higos. Y hablando a la higuera, le dijo: «Nunca jamás coma ya nadie fruto de ti»[5]. Lo cual oyeron sus discípulos. Llegaron, pues, a Jerusalén. Y habiendo Jesús entrado en el Templo, comenzó a echar fuera *a los que vendían y compraban* en él, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas, y no permitió que nadie transportase una vasija en el Templo. Y los instruía, diciendo: «¿Por ventura no está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones; pero vosotros habéis hecho de ella una guarida de ladrones?»[6] Como

---

[1] Los más de los críticos (racionalistas) consideran este relato como un desarrollo ulterior de la sentencia del árbol (*Matth.* 3, 10; 7, 19) y de la parábola de la higuera estéril (*Luc.* 13, 6 ss.). El dogma de la imposibilidad de los milagros es la única razón que tienen para discutir la credibilidad del relato, corroborado por testigos oculares (Mateo y Pedro [que nos habla en san Marcos]). También según B. Weiss «este relato, que descansa en la tradición de Pedro, tiene segurísima garantía y, por lo mismo, no puede ser una transformación de la parábola de la higuera estéril en historia, porque la parábola tiene ciertamente el desenlace contrario» (*Leben Jesu* II 414 s. 421 s.). Pero B. Weiss se queda a medio camino, afirmando que no se trata de un milagro de Jesús, sino de una profecía simbólica, bajo la cual Dios puso su sello inconfundible, tocando el árbol con su mano prodigiosa.

[2] Cfr. página 322, nota 8. [3] **El lunes,** 11 de Nisán.

[4] Esto es claro indicio de haber Jesús pasado aquella noche, como otras muchas, en la oración y el ayuno, para así prepararse a la última batalla, como se preparó para su vida pública, por salvarnos y darnos ejemplo (cfr. núm. 93).

[5] Aunque no era propiamente época de higos – lo indica Marcos cuando observa: «no era tiempo de higos» —sin embargo, el hermoso follaje de *la higuera* hacía concebir esperanzas de hallar ya higos tempranos o, al menos, algunos tardíos; «porque generalmente el fruto aparente de la higuera (es decir, el receptáculo carnoso que rodea el verdadero fruto, que son los granitos interiores) comienza a desarrollarse antes que las hojas, como observó ya Plinio (16. 26, 113), y además la higuera da las más de las veces dos frutos al año» (Fonck, *Streifzüge durch die biblische Flora* 113 s.). Pero resultó que aquel árbol había vuelto a su primitiva forma salvaje y por ello toda su fuerza se había perdido en hojas. Claro está que Jesús lo sabía aún antes de ir a verlo (cfr. pág. 118, nota 7). Pero fué allí con sus discípulos porque deseaba mostrarles una *figura* elocuente *del pueblo judío,* al cual en vano predicaba el Hijo de Dios, y cuya vida espiritual se reducía a meras ceremonias, en vez de producir obras de justicia y de caridad; por ello fué maldecido y desechado por Dios, de suerte que vino a secarse; abandonado del espíritu de Dios, ha quedado como árbol muerto, sin frutos de vida, hasta el fin de los tiempos, cuando Dios volverá a compadecerse de él. Este mismo viene a ser el contenido de las siguientes reprensiones y profecías. Preséntasenos el suceso, por su misma naturaleza y por el contexto del relato evangélico, como una *parabola facti,* es decir, como una acción simbólica y de profundo significado. Nada importa que los apóstoles no entendiesen por el momento el sentido del símbolo; pues tampoco alcanzaron siempre a entender *inmediatamente* el sentido de las parábolas (por ejemplo, las de la cizaña, del grano de mostaza y de la levadura). Ni se menoscaba el simbolismo por haber el Salvador tomado pie del milagro para inculcar la importancia de la oración; porque con ello quiso Jesús presentar el suceso en otro aspecto: de la virtud de la palabra del Maestro deben sacar los discípulos una lección importante para los días difíciles y para las pruebas que les amenazan, conviene saber: que, firmes en la fe y amparados en la oración confiada, pueden «trasladar los montes», es decir, vencer todos los obstáculos y dificultades.

[6] Cfr. *Is.* 56, 7 y *Ierem.* 7, 11. Con su ambición y codicia, hicieron del Templo una cueva de ladrones, porque por el dinero profanaban la casa de Dios y con su indigno pro-

hubiesen oído esto los príncipes de los sacerdotes y los escribas, andaban trazando el plan para quitarle la vida secretamente; pero no hallaban medio, porque el pueblo estaba pendiente de él y le escuchaba maravillado. *Todos los días enseñaba en el Templo;* y al atardecer salía de la ciudad y regresaba a Betania.

305. A la mañana siguiente [1], pasando junto a la higuera, vieron los discípulos que estaba *seca* de raíz. Recordando Pedro la maldición del día anterior, dijo: «Maestro, mira; la higuera que maldijiste se ha secado» [2]. Y Jesús, tomando la palabra, les dijo: «Tened confianza en Dios. En verdad os digo que si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis esto con la higuera, sino que cualquiera que dijere a ese monte: "Quítate de ahí, y échate al mar", no vacilando en su corazón, sino creyendo que cuanto dijere se ha de hacer, así se hará [3]. Por tanto, os aseguro: todo cuanto [4] pidiereis en la oración acompañada de la fe, os será concedido».

94. La autoridad de Jesús. Parábola de los dos hijos

(*Matth.* 21, 23-32. *Marc.* 11, 27-33. *Luc.* 20, 1-8)

1. Los sanedritas preguntan a Jesús acerca de su autoridad. 2. Réplica de Jesús. 3. Parábola de los dos hijos: *a)* su sentido histórico; *b)* su perpetua realidad.

306. Volvieron a Jerusalén. Y como enseñase Jesús en el Templo predicando el Evangelio, se le acercaron los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo y le dijeron: «*¿Con qué autoridad haces estas cosas?* ¿Y quién te ha dado tal potestad?» [5] Respondióles Jesús: «Yo también quiero haceros una pregunta; y si me respondéis a ella, os diré luego con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan [6] ¿de dónde era? ¿del cielo, o de los hombres?» Mas ellos discurrían para consigo, diciendo: «Si respondemos: del cielo, nos dirá: ¿Pues por qué no habéis creído en él? Si respondemos: de los hombres, tememos que el pueblo nos apedree»; porque todos miraban a Juan como a un profeta. Por tanto, contestaron a Jesús, diciendo: «No lo sabemos». Replicóles Jesús: «Pues tampoco yo os diré con qué autoridad hago estas cosas» [7].

---

ceder impedían el ejercicio de la oración a los piadosos gentiles que tenían acceso al atrio exterior (cfr. núms. 83 y 107).

[1] **Martes,** 12 de Nisán.

[2] Las parábolas siguientes habían de esclarecer la relación de aquel hecho con el pueblo judío; por eso Jesús se limita ahora a presentar la cosa por el lado que se refiere al robustecimiento de la fe de los discípulos. Así como el pueblo judío quedó tronchado y murió a la vida divina, así sucede con las almas que no aprovechan las gracias de Dios para producir frutos de virtudes y de buenas obras. Por fin vienen a ser abandonadas de Dios y luego mueren a la gracia sobrenatural (núm. 160 ss.).—Tan de súbito como se secó aquella higuera, cae de su aparente altura el *impío,* herido por la maldición de Dios (cfr. *Ps.* 36, 35 s.).

[3] Cfr. núm. 209.

[4] Para un verdadero discípulo de Cristo, inútil observar que las palabras «*todo* cuanto pidiereis, etc.», salidas de la boca de aquél que nos enseñó el *Paternóster* y vino a poner por obra lo que encierran las tres primeras peticiones, se refieren únicamente a lo que toca a la gloria y a la voluntad de Dios, a los intereses de su reino, a los fines de su sabiduría y a la salud espiritual de los hombres.

[5] Hacía tiempo que Jesús les había dicho y demostrado con milagros que enseñaba y obraba en nombre de su Padre celestial; por eso no les contesta, sino les propone a su vez una cuestión que les deja avergonzados y les trae a la memoria los testimonios de Juan en pro de su divinidad.

[6] Su misión en general; nadie dudaba que fuese divina, quizá ni los sumos sacerdotes, etc. Pero el orgullo y las pasiones no les dejaban oírle. Eran hipócritas; aparentaban devoción, pero no querían hacer obras de verdadera piedad (cfr. núms. 89 y 113). A esto se refiere la siguiente parábola.

[7] Puesto que no os habéis preocupado de la misión de Juan, debéis renunciar a inquirir la mía.

307. «¿Y qué os parece? Un hombre tenía *dos hijos,* y llamando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Y él respondió: "No quiero". Pero después, arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo; y aunque él respondió: "Voy, señor", no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?» «El primero», dijeron ellos. Y Jesús respondió: En verdad os digo, que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios [1]. Porque vino Juan a vosotros por las sendas de la justicia [2], y no le creísteis, mientras que los publicanos y las rameras le creyeron. Vosotros lo habéis visto, mas no habéis hecho penitencia para creer en él». De esta manera comenzó Jesús a hablarles en parábolas [3].

95. Parábola de los viñadores homicidas

(Matth. 21, 33-46. *Marc.* 12, 1-12. *Luc.* 20, 9-19)

1. El padre de familias apareja su viña con toda solicitud. 2. Va de viaje y la da en arriendo a los viñadores. 3. A las repetidas demandas del padre de familias responden los criados con violencias. 4. El último recurso: envía a su propio hijo. 5. Asesinato del hijo y heredero. 6. Interpretación de la parábola en relación con *Ps.* 117, 22 s.

308. Entonces propuso Jesús al pueblo la siguiente parábola: «Érase un padre de familias, que plantó una viña y la cercó de vallado, e hizo en ella un lagar y edificó una torre [4]. Arrendó después la viña a ciertos *viñadores* y se ausentó [5] a lejanas tierras. Y llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados a los viñadores para que percibiesen los frutos de ella. Mas los viñadores, echando mano a los criados, al uno hirieron, y al otro mataron, y al otro apedrearon. Segunda vez envió nuevos criados en mayor número que los primeros; y los

---

[1] Propiamente: «Van delante de vosotros al reino de Dios»; con su ejemplo os enseñan el camino; son los que en otro tiempo decían: ¡No queremos!, mas después se arrepintieron e hicieron la voluntad de Dios; pero ni aun tales ejemplos bastan para avergonzarlos. — De la parábola se desprende que ante Dios nada valen las buenas palabras sin las obras, sino el fiel cumplimiento de la voluntad divina.

[2] Enseñó la justicia con palabras y ejemplos (cfr. *Matth.* 11, 19; núm. 154).

[3] *Marc.* 12, 1. Propiamente al pueblo, pero en presencia de los escribas y fariseos y con miras a ellos.

[4] *El lagar* se componía de dos grandes cubas; en una de ellas se pisaban los racimos, y por una abertura corría el mosto a la otra, que ordinariamente estaba enterrada en el suelo por razón de la temperatura. *La torre* servía de mansión al vigía y para guardar los aperos. La *valla* defendía la viña de los animales rapaces y de los hombres. Así como el padre de familias hizo por la viña cuanto estaba de su parte, así también el Señor concedió a Israel todo lo necesario y útil para su destino y para el fomento del temor de Dios y de la virtud. Púsole en la tierra de promisión, cercada de límites naturales, y dióle preceptos y disposiciones con que fuese protegido contra la influencia pagana, peligrosa para su fe monoteísta (la *valla).* Confióle los tesoros de la verdadera religión, el Tabernáculo y el Templo (la *torre).* Dióle el altar de los holocaustos en que se ofreciesen los dones visibles en prueba de los sentimientos de gratitud, arrepentimiento, etc., de que debía estar penetrado (el *lagar).*

[5] La parábola comienza casi con las mismas palabras que *Is.* 5, 1 ss. (cfr. *Ierem.* 2, 21; cfr. también núm. 289); de donde es indudable que se refería a los judíos: *El padre de familias* es Dios; la *viña,* el pueblo judío; los *viñadores* son los jefes del pueblo; *ausentarse* significa que Dios, después de haber dado mediante Moisés todas las disposiciones necesarias para que el pueblo escogido cumpliera su misión, hizo que las revelaciones se desarrollaran e influyesen en la vida de Israel, a fin de que éste produjese *frutos,* a saber, el temor de Dios y otras virtudes. Dios quiere recoger estos frutos por medio de sus *siervos,* los profetas y, finalmente, por medio de su *Hijo* unigénito. Pero los judíos maltrataron y aun dieron muerte a los profetas y concibieron el plan de matar al mismo Hijo de Dios. Jesús les echa en cara su obstinación y les pone ante los ojos las perniciosas consecuencias de ella (cfr. núms. 256 y 316 s.).

trataron de la misma suerte. Dijo entonces el amo de la viña: ¿Qué haré? Aun me queda el hijo; les enviaré, pues, a *mi hijo único y muy amado;* quizá se atemoricen cuando le vean. Mas cuando le vieron los viñadores, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémosle, y su herencia será nuestra. Y agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron [1]. Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña ¿qué hará de aquellos labradores?» «*Hará,* le respondieron, *que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores,* que le paguen los frutos a su tiempo». Y Jesús añadió: «Sí, vendrá, matará a los viñadores y dará a otros la viña» [2]. Al oír esto, replicaron: «Dios no lo quiera». Dirigióles una mirada Jesús, y les dijo: «¿No habéis leído en las Escrituras: *La piedra que desecharon los que edificaban vino a ser cabeza del ángulo;* el Señor es quien ha hecho esto, y es cosa admirable en vuestros ojos? Por lo cual os digo que os será quitado el reino de Dios y dado a gentes que rindan frutos [3]. Y quien cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y ella hará añicos a aquél sobre quien cayere». Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba por ellos, y trataron de prenderle entonces mismo; pero tuvieron miedo al pueblo, que miraba a Jesús como a un profeta.

96. Parábola del banquete nupcial

(*Matth.* 22, 1-14)

1. Invitación a los ciudadanos, sin resultado. 2. Furor y venganza del rey. 3. Invitación a los extranjeros. 4. El convidado sin vestido de bodas.

309. Jesús siguió diciendo: «En el reino de los cielos acontece lo que a cierto *rey que, celebrando las bodas de su hijo* [4], envió sus servidores a llamar a los convidados; mas éstos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos criados, con orden de decir de su parte a los convidados: Tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto: venid, pues, a las bodas. Mas ellos no hicieron caso; antes bien se marcharon, quién a su granja, quién a su oficio. Los demás prendieron a los criados, y después de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. Lo cual oído por el rey, montó en cólera; y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas, y abrasó la ciudad. Entonces dijo a sus criados: «Las prevenciones para las bodas están hechas; mas los convidados no fueron dignos. Id, pues, a las salidas

[1] Crucificáronle extramuros de Jerusalén; con lo cual se cumplió la figura encerrada en los sacrificios *pro peccato,* que se quemaban fuera de la ciudad; Jesús fué la verdadera víctima expiatoria (*Ioann.* 19, 16 ss.; *Hebr.* 13, 12), el verdadero sacrificio por los pecados del mundo.

[2] En la mirada de Jesús y en el tono de la voz notaron que acababan de pronunciar su propia sentencia. Mas Jesús ofrece a su consideración otra profecía que están a punto de cumplir para su propia ruina (*Ps.* 117, 22 s.). Ellos, que debían ser los artífices de la casa, desecharon la verdadera piedra angular, con lo que no estorbaron los designios de Dios, antes bien contribuyeron a que el cumplimiento fuese más prodigioso; pues con la muerte de Jesús quedó fundado el reino mesiánico. Pero ellos, los artífices de la casa, se estrellaron contra esa piedra, pues en ella firmaron su apostasía, y fueron por ella aplastados 40 años más tarde en castigo del deicidio (cfr. también *Is.* 8, 14; 28, 16; *Dan.* 2, 34 ss.; *Zach.* 3, 9; *Luc.* 2, 34; *Rom.* 9, 32 s.; I *Petr.* 2, 6 ss.).—La alusión era manifiesta; pues todo el Salmo 117 era tenido por mesiánico y como tal se cantaba en las funciones del culto; y aquellas palabras sobre todo: «¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!», se aplicaban al Mesías esperado (cfr. núm. 256). Suponen algunos que, al aludir Jesús a la figura de la piedra angular, señalaba con el dedo una enorme *piedra angular* del *edificio del Templo,* que estaba a la vista de los oyentes.

[3] Cfr. núm. 255.

[4] Acerca de esta figura cfr. núms. 151 y 258.

de los caminos, y a todos cuantos encontréis convidadlos a las bodas. Al punto los criados, saliendo a los caminos, reunieron a cuantos hallaron, malos y buenos, de suerte que la sala de las bodas se llenó de invitados. Entrando después el rey a ver los que estaban a la mesa, reparó allí en un hombre que no iba con vestido *de boda*, y díjole: Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? Pero él enmudeció. Entonces dijo el rey a sus ministros: Atadle los pies y manos y arrojadlo a las tinieblas exteriores [1]; allí habrá llanto y crujir de dientes. *Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos*» [2].

310. Desde época muy remota en Oriente el padre es quien escoge esposa para el hijo, y esposo para la hija; así acontece aquí. La parábola tiene gran parecido con la de la *gran cena* y la de la viña [3]. El *rey* es Dios; el *hijo,* Jesucristo; la *esposa* es la Iglesia, figurada en el Antiguo Testamento, fundada por Cristo [4]; el *banquete nupcial* es la participación en la Iglesia y en todas sus bendiciones y gracias, aquí y en la eternidad [5]. Los siervos primeramente enviados son los profetas del Antiguo Testamento; los posteriores, Juan el Bautista y los apóstoles [6]; los *invitados* que maltrataron a los siervos son los príncipes de los judíos y éstos en general. Los *ejércitos* son los romanos que destruyeron a Jerusalén, dando muerte a medio millón de judíos y dispersando a los demás por todo el mundo. Las vías *públicas* son los países gentiles. La *revista* de los convidados significa el Juicio; el *vestido nupcial* falta a quienes pertenecen externamente a la Iglesia por la fe, pero están interiormente desprovistos de virtudes y buenas obras [7]. Según costumbre oriental, el rey provee de vestido nupcial a todos los invitados; de suerte que, si alguien carece de él, es por propia culpa.

97. Cuestión del tributo. La resurrección

(*Matth.* 22, 15-33 *Marc.* 12, 13-27. *Luc.* 20, 20-40)

1. Pregunta capciosa e insidiosa de los fariseos. 2. Respuesta verdaderamente divina. 3. Consecuencia absurda de los fariseos, deducida de una verdad religiosa. 4. Refutación. 5. Impresión que producen las palabras de Jesús.

311. Entonces los fariseos se retiraron a tratar entre sí cómo podrían sorprenderle en lo que hablase, a fin de entregarle a la jurisdicción y potestad del procurador. Para ello enviaron a sus discípulos con los herodianos [8], los cuales le dijeron: «Maestro, sabemos que eres sincero, y que para ti nada vale el respeto humano. Dinos, pues: *¿Es o no lícito pagar tributo al César?*» [9] A lo cual Jesús, conociendo su astucia, respon-

[1] Cfr. núm. 151. [2] Núm. 289. [3] Núm. 258.
[4] Cfr. *Ephes.* 1, 22 23; 5, 23 ss. [5] *Apoc.* 19, 7 9; 21, 2 9-11.
[6] Cfr. *Ioann.* 3, 29; *Matth.* 9, 14 15. [7] *Apoc.* 19, 8.
[8] Cfr. página 183, nota 3.
[9] Como hubiesen fracasado todas las tentativas de apoderarse de Jesús por la fuerza, apelaron los fariseos a la astucia. Proponen a Jesús un punto muy discutido por los partidos, en cuya solución, cualquiera que ella fuese, esperaban hallar la manera de perderle. Porque si contestaba: «Sí, es lícito pagar el tributo al César», sufría menoscabo su prestigio ante el pueblo, que a disgusto y con extrema repugnancia soportaba la dominación de los romanos y no podía reconocer por Mesías a quien acatase la tiranía de los gentiles sobre el pueblo de Dios. Y si, por el contrario, respondía: «No, no es lícito», se enfrentaba con la autoridad romana que infligía la pena capital a quien negase el derecho a imponer tributos. Los herodianos, partidarios de la soberanía romana, se hubieran encargado de entregar a Jesús a las autoridades del imperio. Las frases de alabanza y reconocimiento tenían por objeto darle seguridad para que manifestase sin ambages su pensamiento. Mas ¿qué puede la astucia humana contra la sabiduría divina? Jesús deshace con

dió: «¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda del tributo». Y ellos le mostraron un denario [1].

Entonces Jesús les dijo: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?» Respóndenle: «De César». Y Jesús les replicó: *Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios* [2]. Con lo que no pudieron hallar motivo de censurarle ante el pueblo y, admirados de su respuesta, calláronse y se fueron de allí.



Fig 14.
Denario acuñado bajo el emperador Tiberio. Moneda con la que los judíos del tiempo de Jesucristo pagaban los tributos. Anverso: TI. CÆSAR DIVI AVG. (cabeza de Tiberio, coronada de laurel). Reverso: F (ilius) AVGVSTVS. (La emperatriz Julia Livia, sentada, con una flor y un cetro).

312. Aquel mismo día vinieron los saduceos, que niegan la resurrección [3], a proponerle este caso: «Maestro, Moisés ordenó que si alguno muriere sin hijos, el hermano se

---

una sola palabra la maraña de su intriga y les tiende el mismo lazo en que pensaron cogerle; con lo que enmudecieron y se marcharon sin decir palabra

[1] Núm. 142. Desde la dominación romana, ésta era la moneda de más circulación, y con ella particularmente se pagaban los tributos. En un tiempo llevó la imagen de Roma; desde Augusto, la del emperador romano.

[2] *El derecho de acuñar moneda* se consideraba como signo esencial de soberanía. La figura y la inscripción del denario mostraban a primera vista que la soberanía correspondía de hecho a los romanos. De ahí nacía el deber de prestar a los romanos los servicios consiguientes al ejercicio de toda autoridad, por ejemplo: sostener las cargas del Estado y obedecer a sus justas disposiciones. Mas el Salvador une a ello el deber de *dar a Dios* cuanto dimana de la soberanía divina sobre los hombres. Es preciso reconocer íntegramente y en todos los casos la soberanía divina, de la cual nace toda autoridad humana. Por eso dice el Apóstol que no hay potestad que no dimane de Dios y que quienes desobedecen a las autoridades, ellos mismos se acarrean la condenación (*Rom.* 13, 1 ss.); también enseña el Evangelio que antes se debe obedecer a Dios que a los hombres, y antes sufrir la misma muerte que obedecer en cosas que vayan contra la voluntad de Dios (*Act.* 4, 19 ss.). Y así, vemos que el Salvador y los apóstoles muestran siempre respeto a los superiores como a autoridad establecida por Dios, mas les resisten hasta la muerte cuando se trata de dar a Dios lo que le pertenece. Elevándose muy por encima de los términos de la cuestión propuesta, expone una regla eternamente valedera que regula las relaciones del hombre para con las autoridades terrenas y para con Dios Proclama el *principio de la separación de ambas potestades, la terrena y espiritual,* principio exclusivo del Cristianismo, único fundamento sólido de la verdadera libertad, de la *libertad de conciencia,* la sola salvaguardia de la dignidad de la autoridad y de la de los súbditos, y que extirpa eficazmente y de raíz la arbitrariedad de arriba y la revolución de abajo (cfr. Mausbach, *Kernfragen* 54 ss.).

[3] Eran los *librepensadores* de entonces; negaban, no sólo la resurrección del cuerpo en el Juicio Final, sino también la inmortalidad del alma. Se imaginaban poner en aprieto a Jesús; y creyendo que, aunque había resuelto otras dificultades, no sabría salir airoso de sus objeciones, esperaban consolidar su prestigio y ganar adeptos para su falsa doctrina. Mas nada tan superficial como las objeciones de los librepensadores contra la verdad revelada. Así aconteció en esta ocasión. Los saduceos admitían el *Pentateuco;* porque, de otra suerte, habrían debido renunciar al nombre de judíos, pues aun los samaritanos admitían los cinco libros de Moisés. Pero sostenían que en dichos libros nada se dice de la resurrección y de la inmortalidad, cual si no fuese gran despropósito hablar de religión sobrenatural y revelada, no admitiendo tales doctrinas. Viniendo al caso, se atrevieron a sacar argumento de la misma Ley mosaica en pro de sus opiniones, pues, de haber resurrección y vida eterna, Moisés vendría a contradecirse consigo mismo. En efecto, según lo dispuesto por Moisés, en el caso propuesto (manifiestamente inventado), un hermano tras otro hubieron de casarse con la mujer del primer hermano (levirato); como haya resurrección, siete serán los maridos legítimos de una misma mujer. Jesús les dice primeramente que los conceptos que tienen acerca de la otra vida son muy groseros; les explica cómo las condiciones de la otra vida son muy distintas de las actuales, pues, no habiendo ya muerte, no tiene razón de ser el matrimonio. El número de los elegidos está completo y cerrado, los

case con su mujer, para dar sucesión al hermano. Es el caso que había entre nosotros siete hermanos. Casado el primero, vino a morir y, no teniendo sucesión, dejó su mujer a su hermano. Lo mismo acaeció al segundo, y al tercero, hasta el séptimo. Y después de todos ellos murió la mujer. Ahora, pues, así que llegue la resurrección, ¿de cuál de los siete ha de ser mujer, supuesto que lo fué de todos?» A lo que Jesús les respondió: «Muy errados andáis, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios [1]. Porque después de la resurrección ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos; sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo. Mas tocante a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído las palabras que Dios os tiene dichas: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora, pues, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Estáis, pues, en un grave error». Entonces algunos de los escribas, tomando la palabra, le dijeron: «Maestro, bien has respondido» [2]; y el pueblo que había oído todo esto, se admiraba de su doctrina. Mas los saduceos no se atrevieron ya a hacerle nuevas preguntas.

98. El mandamiento más importante. Cómo Cristo es Hijo y Señor de David

(*Matth.* 22, 34-46. *Marc.* 12, 28-37. *Luc.* 20, 41-44)

1. Pregunta un doctor de la Ley cuál sea la norma para conocer la importancia de los preceptos. 2. Respuesta de Jesús. 3. El doctor aprueba la respuesta. 4. Jesús propone una cuestión importantísima a los fariseos; su solución.

313. Pero los fariseos, informados de que había tapado la boca a los saduceos, se reunieron; y uno de ellos, doctor de la Ley, el cual había oído la respuesta de Jesús a los saduceos, se le acercó para tentarle [3], diciendo: «Maestro, *¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?*» [4] Jesús le contestó aludiendo al amor de Dios y del prójimo, como hiciera en cierta ocasión a otro doctor de la Ley [5].

---

hombres entran en la compañía de los ángeles. Tendrán cuerpos y participarán de los goces de los sentidos, pero serán puros y virginales; los cuerpos estarán espiritualizados y transfigurados (cfr. I *Cor.* 15, 43 ss.). Luego les recuerda la denominación que frecuentemente se da a Dios en los libros de Moisés, denominación de sumo valor para todo judío, pero que, de acabar todo con esta vida, carecería de sentido. Pues Dios, que es «Yahve», es decir, el que es, el eterno, la vida misma, vendría a recibir denominación ¡y con qué solemnidad! de los muertos, de algo que no es, de la nada.—Es de notar, sin embargo, que el Salvador niega sólo la subsistencia del comercio sexual, no la subsistencia de la comunidad *moral*. «Así como los ángeles no hacen vida conyugal, así la humanidad, una vez completo su número y terminada su carrera al fin de los siglos, estará libre del mandato de reproducirse y de la inclinación a hacerlo. No fundará ya más familias, sino formará una grande y única familia bajo Cristo, su cabeza, cuyos miembros estarán íntima e inseparablemente unidos mediante el *vínculo del amor celestial*» (Schneider, *Das andere Leben*[6] 310).

[1] El cual puede llamar del sepulcro a los muertos.

[2] Seguramente eran escribas de tendencia *farisea* los que entre el aplauso y la aclamación del pueblo creyente felicitaron al Salvador por el triunfo sobre los saduceos. Pues «los saduceos niegan la resurrección y la existencia de ángeles y espíritus; mas los fariseos confiesan ambas cosas» (*Act.* 23, 8).

[3] Como se desprende del siguiente elogio de Jesús, el doctor de la Ley no lo había hecho con maligna intención, sino para aprovecharse de la sabiduría de Jesús.

[4] Según Marcos: «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» El sentido de la pregunta es el siguiente: ¿Qué condiciones debe tener un mandamiento para que se considere grave, y cuál es el grave entre todos? Pues los doctores de la Ley dividían los preceptos en dos clases: graves y leves; mas ni con mucho estaban conformes en la apreciación de cuál fuese grave y cuál leve (por ejemplo, la escuela de Schammai y de Hillel; véase página 305, nota 1). Cfr. Belser, *Die Geschichte des Leidens des Herrn* 54 s.

[5] *Luc.* 10, 25; núm. 222.—El Salvador declara ser el mandamiento primero y fundamental el del amor a Dios y al prójimo, en el cual se cifran todos los demás; de la relación que los demás guarden con aquél depende la mayor o menor importancia de cada

Díjole entonces el doctor de la Ley: «Maestro, has dicho bien y con toda verdad que Dios es *uno solo,* y no hay otro fuera de él. Y que el amarle de todo corazón, y con todo el espíritu, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Viendo Jesús que el letrado había respondido sabiamente, díjole: «No estás lejos del reino de Dios» [1].

314. Estando allí juntos los fariseos. Jesús les hizo esta pregunta: [2] *¿Qué os parece a vosotros del Cristo? ¿De quién es hijo?* Dícenle: «De David». Replicóles: «¿Pues cómo David en espíritu [3] le llama su Señor, cuando dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra; mientras tanto que yo pongo a tus enemigos por peana de sus pies? Pues si David le llama su Señor, ¿cómo cabe que sea hijo suyo?» A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo ya quien desde aquel día osase hacerle más preguntas. Pero la gente del pueblo le escuchaba con agrado.

99. En guardia contra los escribas y los fariseos

(*Matth.* 23, 1-36. *Marc.* 12, 38-44. *Luc.* 20, 45-21, 4)

1. Jesús habla a los discípulos y al pueblo acerca de la doctrina y la vida de los fariseos. 2. Ocho maldiciones contra los escribas y fariseos. 3. El óbolo de la viuda.

315. Entonces dirigiendo Jesús la palabra al pueblo y a sus discípulos, les dijo: «*Guardaos de los fariseos y de los escribas* [4]. Es verdad que están sen-

uno. Pues «al sumo Bien deben rendirse todas las cosas en caridad y adoración, porque lo es y porque todos los bienes creados, cada uno según el grado de participación en el sumo Bien, es decir, en la Verdad, son atraídos y dignificados por la gravitación moral que en él tiene su centro». Mausbach, *Die katholische Moral* 75; el mismo, *Die Ethik des hl. Augustinus* I 168 ss.

[1] Reconocía ser Dios el único bien verdadero, digno de ser amado sobre todas las cosas, y el amor a El, superior a todas las obras externas de religión Con ello se manifestaba opuesto a las ideas de los fariseos, para quienes las exterioridades tenían sumo valor, y demostraba poseer los sentimientos que Jesús quería ver en los verdaderos discípulos y especialmente en los apóstoles, los cuales debían dejarlo todo para ir en pos de él (cfr. núms. 174 s. y 288).

[2] Los fariseos habían preguntado a Jesús multitud de cosas, las más de ellas de orden secundario; muy lejos de querer asegurarse de lo principal, a saber, *si Jesús era verdaderamente el Mesías,* cifraban todo su interés en coger en la palabra a Jesús y perderle. De ahí que Jesús, acercándose ya el fin de su peregrinación por la tierra, les propusiera la cuestión decisiva. Recordóles un Salmo de carácter mesiánico unánimemente reconocido, cuya tranquila consideración era muy a propósito para disipar los prejuicios contra Jesús y hacerles reconocer el origen de su misión. El motivo principal de la repugnancia que sentían en reconocerle por el Mesías estaba en su humildad y bajeza; le despreciaban, porque se imaginaban que el Mesías había de ser un príncipe terreno poderoso y glorioso, cual creían distinguirlo en el Salmo 109. La pregunta de Jesús era muy a propósito para hacerles reflexionar; porque el Salmo 109 habla del Mesías de tal suerte, que resulta imposible el concepto superficial y terreno que tienen de él. Ya en las primeras palabras, cuando David llama al Mesías Señor suyo, se da a entender que la relación de éste con David no es meramente humana, sino que el Mesías es Dios. Y cuando más adelante el Salmo describe al Mesías como a príncipe victorioso, cuyo reino sale de Sión, que tiene parte en el poder y en la gloria de Dios, que en virtud de un decreto invariable de Dios reúne en sí con la dignidad real la de sacerdote, no según el orden de Aarón, sino según el de Melquisedec, que ejerce el cargo de juez supremo de las naciones y de los reyes, de todo esto podían los judíos deducir que el Mesías no era un mero «hijo, es decir, descendiente de David», sino que estaba en una relación de orden superior con David, del cual era «hijo» por descendencia humana. De haber meditado en todas estas cosas y traído a su mente cuanto habían visto, oído y presenciado, no les hubiera sido difícil convencerse de que Jesús no era sólo un hijo de David, sino también el Hijo de Dios. Faltábales también seriedad moral y valor para descubrir la verdad. Así que optaron por callar y siguieron en su ceguera y obstinación.

[3] Inspirado por el Espíritu Santo.

[4] Cfr. núm. 148.

tados en la cátedra de Moisés. Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren [1]; pero no arregléis vuestra conducta por la suya; porque dicen y no hacen [2]. Van liando cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni aplicar la punta del dedo para moverlas. Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres. Por lo mismo llevan *filacterias* [3] más anchas, y más largas las fimbrias (flecos, borlas) [4] de su vestido. Les gusta también ocupar los *primeros asientos* en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas, ser saludados en la plaza, y que los hombres les den el título de *maestros* [5]. Vosotros, por el contrario, no habéis de querer que os llamen maestros; porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco habéis de llamar a nadie sobre la tierra padre vuestro; pues uno solo es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni debéis preciaros de ser llamados

---

1 Aquí argumenta el Salvador en el terreno de los hechos todavía existentes, «sabiendo muy bien que, después de su partida, el lenguaje de Dios por medio de signos y de obras será suficientemente poderoso para hacer conocer a todos los hombres de buena voluntad que el orden de la antigua teocracia ha quedado disuelto y sustituído por la Iglesia de Cristo, y que los escribas y fariseos han dejado definitivamente de ser intérpretes autorizados de la Ley» (Belser, *Geschichte des Leidens... des Herrn* 69). De hecho, mientras subsistiesen las instituciones del Antiguo Testamento, los escribas y fariseos eran los maestros legítimos e intérpretes autorizados de la Ley. El consejo «haced cuanto os dijeren», está limitado por el contexto a cuanto dijeran los fariseos como intérpretes oficiales de la Ley, «sentados en la cátedra de Moisés», mas no se extiende a lo que afirmaran como hombres de partido y jefes de escuela. Harto criticó y reprobó el Señor las opiniones de escuela y las leyes que los fariseos establecían (números 136 y 189).

2 El Señor censura ante todo la contradicción entre la doctrina y la vida, entre la teoría y la práctica.

3 Siguiendo al pie de la letra el precepto de llevar «como señal en la mano o como recuerdo entre los ojos» lo que Dios hizo en Egipto (*Exod.* 13, 9 16), y aquel otro: «atad estas palabras en vuestras manos para señal; ellas serán un recuerdo entre vuestros ojos» (*Deut.* 11, 18; cfr. *Deut.* 6, 6 ss.), los israelitas escribían en cedulitas de pergamino las siguientes palabras: «Escucha, oh Israel: El Señor Dios nuestro es el único Señor. Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas, etc.» (*Deut.* 6, 4 s.); las ponían en unas cajitas hechas de vendas, y se las ceñían a la frente y a la mano izquierda antes de la oración y de la lectura. Los fariseos procuraban que estas *cedulitas y vendas de oración (tefillin;* en griego *filacterias,* despertadores de la observancia de la Ley o preventivos contra las infracciones de la misma) fuesen grandes, para parecer celosos observantes de la Ley. Para más detalles Johannes, *Die jüdischen Gebetsriemen,* en *ThpMS* 1909, 399 486; Fr. Dunkel en *HL* 1917, 150 ss. (cfr. también tomo I, núm. 336).

4 En las palabras: «Dirás a los hijos de Israel que se hagan unas franjas en los remates de sus mantos poniendo en ellas cordones de jacinto, para que viéndolos se acuerden de todos los mandamientos del Señor y los cumplan y sean santos para su Dios» (*Num.* 15, 37 ss.; *Deut.* 22, 12), se mandaba a los israelitas poner *flecos,* es decir, *borlas (zizith)* en los cuatro cabos del manto cuadrangular. Y así como los ojos corporales se dirigían todos los días a esas borlas, del mismo modo el espíritu y el corazón de los israelitas debían enderezarse cada día hacia los mandamientos divinos. Posteriormente se introdujo la costumbre de llevar debajo de los vestidos ordinarios un *escapulario* con franjas en los cuatro ángulos. Mas como esta prenda no era visible, se adoptó un manto especial que se llevaba durante la oración y otros ejercicios piadosos (cfr. tomo I, núm. 337).

5 *Rabbi,* título honorífico del jefe de una escuela; lo mismo significan *padre* y *doctor.* Los escribas procuraban formar cada uno su escuela y obtener aquel título honorífico. Los discípulos les obedecían ciegamente; no tenían fin las disputas entre las distintas escuelas. Jesús no quiere ver en sus discípulos este partidismo indigno y soberbio, este empeño altanero y ambicioso de tener a los demás a su servicio y bajo su dependencia, siendo todos ellos iguales respecto de su Maestro, Doctor y Padre.—Los herejes se apoyaron en este pasaje para combatir la *jerarquía* eclesiástica, es decir, las distintas categorías de dignidades eclesiásticas; tal interpretación pugna con el contexto. Además, la institución de la jerarquía eclesiástica está claramente expresada en pasajes de la Sagrada Escritura (*Matth.* 16, 18; 18, 16 ss.; núms. 199 y 215. *Act.* 20, 28. *Ephes.* 4, 11. I *Tim.* 3, 1. *Tit.* 1, 5, etc.).

maestros; porque el único maestro vuestro es Cristo. El mayor entre vosotros ha de ser criado vuestro» [1].

316. «Pero *¡ay* de vosotros escribas y fariseos hipócritas! [2] que *cerráis* el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que de grado entrarían [3].

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! que *devoráis* las casas de las viudas, con el pretexto de hacer largas oraciones [4]. Por eso recibiréis sentencia mucho más rigurosa.

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! porque andáis girando por mar y tierra, a trueque de hacer *un prosélito,* y después de convertido, le hacéis digno del infierno dos veces más que vosotros [5].

¡Ay de vosotros, *guías ciegos!* que decís: Jurar uno por el Templo no es nada; mas quien jura por el oro del Templo, está obligado. ¡Necios y ciegos! ¿qué vale más, el oro, o el Templo, que santifica el oro? Y si alguno jura por el altar, no importa; mas quien jurare por la ofrenda puesta sobre él, se hace deudor [6]. ¡Ciegos! ¿qué vale más, la ofrenda, o el altar, que santifica la ofrenda? Cualquiera, pues, que jura por el altar, jura por él, y por todas las cosas que se ponen sobre él. Y quien jura por el Templo, jura por él, y por aquél que lo habita. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquél que está en él sentado.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que *pagáis diezmos* [7] hasta de la hierbabuena, y del eneldo, y del comino, y habéis abandonado las cosas más esenciales de la Ley, la justicia, la misericordia y la fidelidad. Estas debierais observar, sin omitir aquéllas [8]. ¡Guías ciegos, que *coláis el mosquito* y os tragáis un camello! [9]

---

1 Cfr. núm 292.

2 Ya en su último viaje a Judea, en Transjordania, había Jesús recriminado en un banquete la perversidad de los fariseos (cfr. *Luc* 11, 37-54; núm. 247). Aquí lo hace por última vez, pero detallando y con insistencia.

3 Ellos habían sido llamados los primeros a reconocer en Jesús al Mesías mediante la inteligencia de las Escrituras y de las profecías y a servir de guías al pueblo. Pero lejos de hacerlo, apartaron al pueblo de su Mesías y Redentor.

4 Os apoderáis de los bienes de las viudas y encubrís vuestra rapiña bajo capa de piedad.

5 Mientras los fariseos desatienden el oficio de pastores de su pueblo, como lo indica este primer «ay» de Jesús (cfr. también *Ioann.* 10, 1-16; núm. 238 s.), el espíritu partidista les empuja a hacer prosélitos entre los gentiles. Y no buscan precisamente hacer de los paganos hombres interiormente virtuosos, sino se contentan con que lleguen a cumplir las leyes externas del judaísmo. Con el conocimiento de la divinidad y de la Ley, los «conversos» sólo consiguen aumentar su responsabilidad; porque antes faltaban en muchas cosas por ignorancia disculpable, mas ahora ya no tienen disculpa alguna.

6 Cfr. núm. 204. La distinción se fundaba quizá en que el juramento envuelve invocación de Dios, ahora bien, creían ellos erróneamente que el oro del Templo decía relación exclusiva a Dios, lo mismo que el sacrificio, no así otras muchas cosas del Templo y del altar, menos directamente relacionadas con Dios; de ahí los distingos tocante a la fuerza obligatoria del juramento. Mas con tales sutiles distinciones que, como se lo demuestra inmediatamente Jesús, no son verdaderas, socavaban la santidad del juramento en general.

7 Sobre lo prescrito por la Ley, que sólo exige el diezmo de los frutos del campo (*Lev.* 27, 30 ss. *Num.* 18, 21 ss.).—La hierbabuena es una planta de flores liliáceas, tiene olor aromático y se emplea como medicamento.

8 Jesús no censura la escrupulosidad en las cosas pequeñas (cfr. núm. 265) ni el ejercicio voluntario del celo y de la piedad (cfr. núm. 286); pero exige que todo vaya ordenado de suerte que primero se cumpla el deber y el mandamiento, sin que las prácticas voluntarias lo estorben.

9 Por temor a contraer impureza legal por deglución de alguno de estos insectos, colaban cuidadosamente el vino. De esta suerte mostraban gran escrupulosidad en cosas pequeñísimas, mientras que no tenían escrúpulo en quebrantar los mandamientos y en cometer pecados gravísimos. Esta es la característica del farisaísmo: rigor exagerado en cosas secundarias y accidentales, laxismo en cosas importantes y descuido de la lim-

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! que limpiáis *por defuera* la copa y el plato; y por dentro estáis llenos de rapacidad e inmundicia. ¡Fariseo ciego! limpia primero por dentro la copa y el plato, si quieres que lo de afuera sea limpio [1].

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! porque sois semejantes a los *sepulcros blanqueados* [2], los cuales por afuera parecen hermosos a los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre. Así también vosotros en el exterior os mostráis justos a los hombres; mas en el interior estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.

¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! que fabricáis los *sepulcros de los profetas,* y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la muerte de los profetas. Con lo que dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de los que mataron a los profetas [3]. *Acabad, pues, de llenar la medida de vuestros padres* [4]. ¡Serpientes, raza de víboras! [5] ¿cómo evitaréis el castigo del infierno?»

317. «Porque he aquí que yo voy a enviaros profetas, y sabios, y *escribas,* y de ellos degollaréis a unos, crucificaréis a otros, a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y los andaréis persiguiendo de ciudad en ciudad; para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra [6], desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías [7], a quien matasteis entre el Templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre la generación presente» [8].

---

pieza *interior* y de la perfección; gazmoñería y perversión moral. (A propósito de la frase «tragarse un camello», cfr. también núm. 287.)

[1] Jesús compara el hombre a una vasija: el exterior es el cuerpo; el interior, el alma; ambos son de Dios. Así como el siervo que sólo cuida de limpiar el exterior del vaso, dejando el interior sucio e inmundo, recibe rigurosa reprensión, así acontece aquí a los fariseos; porque hacen mucho caso de la impureza legal, mas nada se les da de la interior, el pecado.

[2] Por prescripción rabínica *se blanqueaban los sepulcros* todos los años cuatro semanas antes de la Pascua, fuese para embellecerlos, fuese para que se vieran de lejos y ningún peregrino corriese peligro de contraer impureza legal que le impidiera participar de la fiesta.

[3] Con tal proceder reconocían ser verdaderos profetas aquéllos a quienes sus padres dieron muerte; en sus palabras se confesaban hijos de los asesinos de los profetas, y con su conducta para con Jesús y los apóstoles imitaban a sus padres; mas ellos tenían aún menos disculpa que los profetas, pues no podían menos de ver en Jesús y en sus enviados las mismas señales de la misión divina que en los profetas, y aun en mayor grado.

[4] Haciendo morir a aquél que los profetas anunciaron, al Mesías, y a sus enviados (cfr. *Act.* 3, 18; 13, 27). Su inexcusable obstinación es, pues, también el motivo de la siguiente amenaza: «¿Cómo será posible que evitéis el juicio del infierno?»

[5] Cfr. núm. 89.

[6] Puesto que sois como vuestros padres y vais a llenar la medida con la muerte del Hijo de Dios y de sus fieles servidores, os hacéis responsables de toda la sangre inocente vertida; vosotros, con vuestros padres, no sois hijos de Dios, hijos de la promesa, sino hijos del mundo, que tienen por padre a Caín y persiguen siempre a los hijos de Dios.

[7] El Salvador aduce las muertes violentas de Abel y Zacarías, por ser el primero y el último de los homicidios de que se hace mención en el Antiguo Testamento. Zacarías no puede ser otro que el sacerdote a quien hizo dar muerte Joás (II *Par.* 24, 20-22) en el atrio del Templo, entre el altar de los holocaustos y la puerta del Santo. El padre de este Zacarías se llamó Joiada. No deja de ser artificiosa la hipótesis de que el padre de Zacarías tuviera dos nombres: Joiada y Baraquías. Jesús habló probablemente de Zacarías, sin añadir el nombre del padre. Mas, como según testimonio de san Jerónimo (*comm. ad Matth.* 23, 35), en el Evangelio de los Hebreos se leía «hijo de Joiada», pasó probablemente también el nombre verdadero del padre al original griego de Mateo, y, por error del traductor griego de Mateo, vemos hoy escrito en el Evangelio griego de san Mateo (23, 35) «hijo de Baraquías» (cfr. Belser, *Die Geschichte des Leidens... des Herrn* 74 s.).

[8] Son los mismos que poco después gritaron: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»; los mismos que con sus hijos sufrieron el justo castigo de Dios, sucumbiendo

318. Como estuviese Jesús mirando hacia el gazofilacio [1], vió a varios ricos que iban echando mucho. Y vió asimismo a una *pobrecita viuda,* la cual echaba dos pequeñas monedas [2]. Y dijo a sus discípulos: «En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado más que todos. Por cuanto todos éstos han ofrecido a Dios parte de lo que les sobra; pero ésta, de su misma pobreza ha dado lo que tenia para su sustento» [3].

100. La ruina de Jerusalén y el fin del mundo [4]

(*Matt.* 24, 1-51. *Marc.* 13, 1-37. *Luc.* 21, 5-36)

1. Ocasión del gran discurso (apocalíptico) del Señor acerca de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo. 2. El discurso: *a)* avisos para la época mesiánica: «mirad, que no os dejéis engañar por nadie en los aprietos exteriores e interiores; *b)* respuesta a la *primera* pregunta de los discípulos: «¿Cuándo sucederá esto?» (la destrucción de Jerusalén y del Templo); *c)* avisos para los tiempos mesiánicos; *d)* respuesta a la *segunda* pregunta de los discípulos: «¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?»; *e)* exhortación final a la vigilancia y fidelidad.

319. Al salir Jesús del Templo, se le acercaron los discípulos para hacerle reparar cómo el edificio estaba adornado de hermosas piedras y ricos dones. Uno de ellos le dijo: «Maestro, *mira qué piedras* [5] *y que edificios*». Jesús le respondió: «¿Veis todas esas cosas? Pues en verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruída» [6]. Y habiendo llegado al monte Olivete, sentóse Jesús de cara al Templo [7]. Acercáronsele entonces los discípulos; y Pedro, Santiago, Juan y Andrés

---

el año 70 d. Cr. en la destrucción de Jerusalén. A estos *ocho ayes* sobre los jefes del pueblo añade Mateo (23, 37-39) los conmovedores *lamentos del Señor por la ruina de Jerusalen* y la reprobación del pueblo (cfr. núm. 256).

[1] Cfr. núm. 85.

[2] Propiamente dos monedas pequeñas que juntas hacen un cuadrante, un fennig aproximadamente (cfr. pág 189, nota 1).

[3] Dios, que todo lo tiene y nada necesita, no mira la magnitud del don, sino el amor con que se ofrece (pág. 306, nota 9).

[4] Cfr. K. Weiss, *Exegetisches zur Irrtumslosigkeit und Eschatologie Jesu Christi* (*NA* V, 4/5, Münster 1916); A. Schenz, *Der Zeitpunkt der Wiederkunft Jesu nach den Synoptikern* (1912); Knabenbauer, *Comm. in Matth* II² 315 ss.; el mismo en *StL* 74 (1908), 487 ss.; Billot, *La Parousie* (París 1920); Steinmann, en *ThG* 1911, 95 ss.; la memoria de W. Schmidt: *Die strophische Gliederung der Parusierede des Herrn,* en *ThG* XIII (1921) 259, y su obra: *Der strophische Aufbau des Gesamttextes der vier Evangelien* (Viena 1921), no pueden admitirse, por arbitrarias, violentas e inconsecuentes (véase también *ThR* 1922, 9 ss.). Sobre la concordancia de la doctrina bíblica del fin del mundo con la astronomía moderna, cfr. *StL* 30 (1886), 303; *Hochland* 1 (1903) 303; cfr. también núm. 199 a.

[5] Tenían dos, cuatro, cinco y aun diez, y doce, y más metros de longitud; la anchura y la altura era de uno, dos y aun seis metros, «de suerte que el Templo parecía construirse para durar eternamente» (Josefo, *Ant.* 15, 11, 13; cfr. *Bell.* 5, 5, 6; núm. 82 ss.). Habíanse empleado con profusión el oro y los mármoles más preciosos. Por eso dice el *Talmud:* «Quien no ha visto el Templo de Herodes, no ha visto cosa buena» (véase núms. 82-86).

[6] Estas palabras expresaban figuradamente la destrucción total de Jerusalén, pero se cumplieron al pie de la letra. *Tito* mandó destruir la ciudad y el Templo desde los cimientos; sólo quedaron en pie tres torreones y una pequeña parte del oeste de la ciudad, donde se alojaron los soldados. Pero aun esos pocos restos fueron arrasados cuando el emperador *Elio Adriano* sofocó en 135 d. Cr. el levantamiento del seudo Mesías Barcoquebas. Los esfuerzos de Juliano el Apóstata (361-363) por desmentir la palabra del Señor sólo sirvieron para que aun los cimientos fuesen arrancados y deshechos. La abominación de la desolación escogió por morada la Ciudad Santa (cfr. núm. 729 ss.).

[7] Quizá en el mismo lugar donde había llorado sobre Jerusalén (núm. 300).

le dijeron: Maestro, dinos *cuándo* ha de suceder esto, y cuál será *la señal de tu venida y del fin del mundo*» [1]. Tomando la palabra, les respondió Jesús de esta manera:

320. (Avisos generales para los tiempos mesiánicos). «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo [2]; y seducirán a mucha gente. Oiréis asimismo noticias de batallas y rumores de guerras. No hay que turbarse por ello, que si bien han de preceder estas cosas, *no es todavía esto el término.* Es verdad que se armará nación contra nación, y un reino contra otro reino, y habrá pestes y hambres y terremotos en varios lugares y habrá señales extraordinarias [3]. Empero todo esto aun no es más que *el principio de los males.* Mas antes que todo esto suceda, se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y os echarán en las cárceles. Seréis azotados y llevados a la presencia de los reyes y magistrados por causa de mí, para que deis delante de ellos testimonio. Mas cuando os hubieren entregado, no caviléis de antemano lo que habéis de hablar, sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance. Porque yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Seréis entregados por vuestros mismos padres, y hermanos, y parientes, y amigos; el hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre, al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres y les quitarán la vida; y vosotros seréis aborrecidos de todo el mundo por causa de mi nombre; no obs-

---

[1] Estas palabras encierran dos preguntas; véase el índice al principio de este párrafo. Como los profetas habían visto y descrito la época mesiánica desde su principio hasta su fin en *un cuadro único* (cfr. Selbst, *Die Kirche Jesu Christi nach den Weissagungen der Propheten,* Maguncia 1883, 103 ss.), y Jesucristo mismo había hablado simultáneamente del castigo de los judíos y del Juicio Final (núms. 204 y 256), creyeron los discípulos que habían de coincidir en el tiempo *la destrucción de Jerusalén con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo.* Jesús niega la simultaneidad de ambos acontecimientos; cfr. *Matth.* 24, 6: «todavía no es este el fin», y 24, 8: «esto es sólo el principio de los dolores», es decir, de los «ayes mesiánicos», bajo los cuales el mundo enemigo de Dios se ha de trocar en el mundo amigo de Dios. *¿Cuándo* acontecerá el nacimiento del mundo nuevo? Cuando Jesús venga al fin de los tiempos. ¿Cuándo será esto? Jesús no da indicaciones precisas, porque por voluntad divina han de permanecer *secretos* el día y la hora de la segunda venida de Cristo, para que los hombres estén *siempre vigilantes* y preparados al tremendo juicio, como nos lo avisa el Salvador en las *siguientes parábolas* del siervo vigilante y de las diez vírgenes.

Es inadmisible la hipótesis de haber *Jesús mismo señalado como próxima e inminente la segunda venida para el Juicio Final (Parusía).* Tan acentuado ambiente escatológico está en pugna: 1, con los principios morales de Jesús; 2, con el destino universalista del Evangelio; 3, con el de «no saber de aquel día y de aquella hora» (*Marc.* 13, 32); 4. Ni faltan alusiones a un lapso de tiempo, quizá largo, entre la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo, por ejemplo, cuando dice que hasta su segunda venida se cumplen los tiempos de las naciones y que el Evangelio debe ser predicado a todos los pueblos (cfr. *Luc.* 21, 24 25; *Matth.* 24, 14); 5. Recuérdense también las parábolas del grano de mostaza, de la levadura, de la cizaña, de los siervos (*Luc.* 12, 36-38; 12, 45) y otras. Más detalles en la bibliografía arriba citada; cfr. también núm. 199 a.

[2] Después de la Ascensión del Señor, especialmente durante la guerra judía y en el momento de arder el Templo en llamas (cfr. Josefo, *Ant.* 20, 8, 6 10; *Bell.* 6, 5, 2), hubo *seudo profetas* que engañaron a los judíos y acarrearon sobre ellos desgracias sin cuento con la falsa especie de que se acercaba el Mesías. En adelante aparecieron a menudo seudo mesías, y aparecerán todavía otros muchos hasta el fin de los tiempos (cfr núm. 134). Acerca de los seudo mesías entre los judíos hasta el siglo XVIII, véase *StL* XVII 58.

[3] Todas estas tribulaciones precedieron a la destrucción de Jerusalén: hambre (*Act.* 11, 28); al hambre siguió la peste; el año 60 hubo terribles terremotos; en el imperio romano se desencadenaron tremendas luchas de partidos, las más espantosas, en Judea; y la destrucción de Jerusalén fué anunciada por diversas señales prodigiosas celestes y terrestres. Todo ello se repite con frecuencia en la vida de la humanidad y precederá al Juicio Final de manera aun más horrorosa.

tante, ni un cabello de vuestra cabeza se perderá [1]. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas [2]. Muchos padecerán entonces escándalo [3], y se harán traición unos a otros, y se odiarán unos a otros. Y aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a mucha gente; y como abundará el vicio, se resfriará la caridad de muchos [4]. Mas el que perseverare hasta el fin, ése se salvará [5]. Entretanto se predicará este Evangelio del reino de Dios en todo el mundo en testimonio para todas las naciones [6], y *entonces* vendrá el fin» [7].

321. (Respuesta a la *primera* pregunta acerca de la destrucción de Jerusalén). «Cuando viereis a *Jerusalén cercada por un ejército,* entonces tened por cierto que su desolación está cerca. Y cuando viereis que está establecida en el lugar santo [8] la abominación desoladora que predijo Daniel — quien lea esto nótelo bien [9] —, los que moren en Judea, huyan a las montañas; y el que esté en el terrado, no baje a sacar cosa alguna de su casa; y el que se halle en el campo, no vuelva a coger su túnica [10]. Pero ¡ay de las mujeres que estén encinta o criando (porque no podrán huir tan presto)! Rogad, para que vuestra huída no sea en invierno o en sábado [11]. Porque será tan terrible la tribulación entonces, que no la hubo semejante desde el principio del mundo, ni la habrá jamás [12]. Pues serán

---

[1] Estáis enteramente en las manos de Dios; vuestros más encarnizados enemigos no podrán dañaros sino en la medida que Dios permita; y lo que les permite, no es en daño vuestro; os lo devolverá todo cumplido y os recompensará largamente.

[2] Para la vida eterna. Porque *la paciencia* es el medio de hacer meritorios los padecimientos, y sobre todo es muy el apropiado para asegurar la salud de nuestra alma. Los padecimientos llevados con impaciencia y entre murmuraciones de nada sirven.

[3] En la persecución se prueban la fe y el amor. Muchos perderán en ella el tino y apostatarán, llegando a convertirse en terribles enemigos de los que siguieren fieles, y traidores a la causa que antes defendieron.

[4] El mal ejemplo del mundo apóstata ejercerá maléfica influencia en muchos de los que no cayeren (núm. 283).

[5] Estos y algunos otros avisos dió el Salvador al enviar por primera vez a sus discípulos al ministerio (núm. 173 ss.; cfr. también núm. 247).

[6] Incompletamente, ya en tiempo de los apóstoles (*Rom.* 1, 8); completamente, al fin de los tiempos. Obsérvese que dice: «se predicará», mas no que todos *hayan de creer.*

[7] Muy bien dice a este propósito san Agustín (*Epist.* 197, n. 4): «¿Qué otra cosa quiere decir esto, sino que no vendrá antes? Cuánto tardará en venir, es cosa incierta para nosotros; pero no debemos dudar que no haya de venir antes... Por lo cual, aunque nos notificasen como certísimo que el Evangelio se predica a todas las gentes, todavía no podríamos decir cuánto tiempo falta hasta el fin».

[8] Es decir, la espantosa desolación que profetizó Daniel (9, 26 s.). Refiérese a las indecibles abominaciones y a las infamias sin nombre con que profanaron el Templo los partidos que se combatían unos a otros antes de sitiar los romanos la ciudad, y aun durante el asedio. Al principio de esta tribulación aun fué posible abandonar la ciudad; así lo hicieron los cristianos; marcháronse a Pella, allende el Jordán, y se les perdonó la vida (Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 5; cfr Josefo, *Bell.* 2, 20, 1).

[9] *Quien lea la profecía de Daniel,* nota bien lo que encierra, en conformidad con la explicación que os doy.—Algunos atribuyen esta observación al evangelista; mas sería el único pasaje en que Mateo hubiese intercalado una observación propia en los discursos del Señor; mientras que, de otra parte, la advertencia recuerda la que se le hizo a Daniel: «¡Sábete y observa bien!», y la del Señor: «Quien tenga oídos para oír, oiga».

[10] O también: No baje en modo alguno, sino huya por los tejados, o escápese al campo por la escalera exterior; o bien: No se detenga en casa a coger cosa alguna. Mas, quien esté trabajando en la pieza, no vuelva al extremo de ella a coger la capa que allí dejó. *Tan rápida e inopinadamente ha de sobrevenir la huída.*

[11] Cuando la lluvia o las tempestades dificultan la fuga, o el descanso sabático la impide. En sábado sólo se permitía andar 2000 codos (1 Km. aproximadamente, o un cuarto de hora); estaba, no obstante, permitida la huída para salvar la vida. Pero fundándose la huída en este aviso de Cristo, seguramente los judíos no habrían comprendido la necesidad de ella y la hubiesen estorbado.

[12] Los horrores y sobresaltos de la *guerra judía* y de la ruina de Jerusalén no tienen semejantes en la historia de la humanidad. Véase la descripción en núm. 729 ss., donde se hará ver por menudo *cómo se cumplieron puntualmente todas las cosas* que de las

días de venganza, para que se cumpla todo lo que está escrito [1]. Parte morirán a filo de espada; parte serán llevados cautivos a todas las naciones. Y si no se abreviasen aquellos días, no se salvaría hombre alguno; mas en gracia de los escogidos serán abreviados [2]. Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse» [3].

322. (Avisos para toda la época mesiánica). «Si entonces alguien os dijere: El Cristo está aquí o allí, no le creáis. Porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, y harán alarde de grandes maravillas y prodigios; por manera que aun los escogidos, si posible fuera, caerían en error [4]. Ya veis que yo os lo he predicho. Así, aunque os digan: He aquí que está en el desierto, no vayáis allí; o bien: Mirad que está en la parte más interior de la casa, no lo creáis [5]. Porque como el relámpago sale del oriente y se deja ver en un instante hasta el occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre [6]. Donde estuviere el cadáver, allí se juntarán las águilas» [7].

323. (Respuesta a la *segunda* pregunta acerca del fin del mundo). «Pero luego [8] después de la tribulación de aquellos días, *el sol se oscurecerá,* la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos (los astros) se conmoverán; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas, secándose los hombres de temor y de

---

señales precursoras del castigo y del castigo mismo Jesús había predicho.—Mas no se cumplieron del todo las palabras de Cristo.—El Salvador no habla sólo de los aprietos de la destrucción de Jerusalén, sino anuncia a la vez, como en lo que sigue iremos viendo con claridad, *las angustias del fin del mundo,* que realmente han de ser las mayores de todas, de las cuales fueron imagen terrible las de la destrucción de Jerusalén.

1 En Moisés y en los profetas (cfr. *Os.* 3, 4 s.; *Is.* 6, 11 ss.; 65; *Dan.* 9, 24; *Zach.* 12, s.).

2 Mas se cumplirán estas palabras al fin del mundo en la batalla última y más reñida de la Iglesia, cuando todo se conjure para hacer zozobrar a los escogidos: violencias, engaños, seudo profetas, seudo mesías, signos y prodigios engañosos, incredulidad, enfriamiento de la caridad, persecuciones y, por añadidura, los sobresaltos de los últimos días. Para que no perezcan los escogidos, esta prueba ha de ser de corta duración.

3 *Hasta que se predique a los gentiles el Evangelio,* y ellos estén maduros para el juicio, sea que hayan aceptado la fe, sea que la hayan rechazado. Entonces se ofrecerá la gracia del Evangelio al pueblo de Dios, el cual la admitirá (núm. 256; *Rom.* 11, 25 ss. Véase en *HL* 1874, 97, patéticas reflexiones acerca de la continua desolación que el mundo experimenta).

4 Cfr. núm. 320. Así como a la destrucción de Jerusalén precedieron tales seductores, lo mismo sucederá, y en mayor escala, antes del fin del mundo, es decir, desde la institución de la Iglesia hasta su consumación. Entre ellos están los *herejes,* que por eso les llama san Juan «anticristos». Pero los seductores más peligrosos y terribles aparecerán al fin de los tiempos; con ayuda de Satanás harán cosas prodigiosas, de suerte que sólo las personas muy fundadas en la fe y en la gracia de Dios se salvarán del peligro. La última y máxima prueba será la del Anticristo, instrumento escogido por Satanás, que reunirá en sí todo cuanto en los siglos se alzó contra la Iglesia de Dios (cfr. I *Ioann.* 2, 18 22; 4, 3; II *Ioann.* 7; II *Thess.* 2, 3; núm. 134).

5 Los impostores que precedieron a la ruina de Jerusalén atrajeron al pueblo al *desierto;* otros se hacen buscar «en las cámaras», es decir, en lugares secretos y escondidos, para engañar a los incautos con el atractivo del misterio.

6 La segunda venida de Cristo será *tan repentina* y *manifiesta,* tan grandiosa y para los impíos tan terrible, que nadie dudará de ella ni por un instante.

7 El sentido del pasaje es el siguiente: «Donde hay materia de juicio, allí está el Hijo del hombre». Su aparición como juez del mundo no está limitada a un lugar.

8 «Luego», cuando hayan llegado al punto culminante y último los aprietos de la época mesiánica, cuando el mundo esté maduro para la ruina, entonces aparecerán los fenómenos espantosos de la naturaleza que han de preceder y acarrear el fin del mundo; entonces vendrá el juez del mundo, tan rápido, tan de súbito, tan inesperado, tan certero como el águila (o el buitre) que olfatea la presa; y será tan visible su venida, que nadie tendrá necesidad de preguntar: ¿Dónde está?—En la descripción de los fenómenos del fin del mundo el Salvador se ajusta a las ideas cósmicas de su tiempo.

sobresalto por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo [1]. Entonces aparecerá en el cielo *la señal del Hijo del hombre* [2], a cuya vista todos los pueblos de la tierra [3] prorrumpirán en llanto; y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes resplandecientes del cielo con gran poder y majestad. El cual enviará sus ángeles, que a voz de trompeta sonora [4] congregarán a los escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un cabo del cielo hasta el otro. Cuando comience a suceder todo esto, levantad la cabeza; porque entonces se acerca vuestra redención».

«Tomad esta comparación sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, conocéis que el verano está cerca [5]. Pues así también, cuando vosotros viereis todas estas cosas, tened por cierto que el Hijo del hombre está ya a la puerta. En verdad os digo, que no se acabará esta generación, hasta que se cumpla todo eso [6]. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán».

«Mas en orden *al día y a la hora, nadie lo sabe,* ni aun los ángeles del cielo, y ni el Hijo [7], sino sólo mi Padre. Lo que sucedió en los días de Noé, eso mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre. Porque así como en los días anteriores al diluvio proseguían los hombres comiendo y bebiendo, casándose y casando a sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, y de

---

[1] Atzberger, *Die christliche Eschatologie in den Stadien Ihrer Offenbarung in AT und NT* (Friburgo 1890), 300-380; von Keppler, *Die Adventusperikopen*³ 16 ss.; Pohle, *Lehrbuch der Dogmatik* III⁴ 705 ss.; Tillmann, *Die sonntäglichen Evangelien* I 53 ss. Véase en *StL* 30 (1886) 303, una consideración astronómica de este pasaje.

[2] **La Cruz,** de la cual habló el Salvador en su diálogo con Nicodemus y con los judíos (*Ioann.* 3, 14 15; 8, 28; 12, 32 ss.; núms. 109, 231 y 302). Este signo de salud y de redención, que para los enemigos de Cristo es una locura o un escándalo, aparecerá resplandeciente en el cielo y anunciará la venida del juez, produciendo indecible consuelo en los que la amaron e indescriptible espanto en los que la odiaron. *Hoc signum Crucis erit in coelo cum Dominus ad iudicandum venerit,* canta la Iglesia;—este signo aparecerá en el cielo cuando el Señor venga a juzgar.—Acerca del «Hijo del hombre», cfr. núm. 100.

[3] Todos los hombres temblarán y se estremecerán ante el juicio inminente. Mas los discípulos del Señor no tienen que temer; pues «los que pasaron aquí humillados y oprimidos y fueron burlados como mojigatos», podrán aquel día andar con la cabeza muy alta. Para ellos se acerca la «redención», el término de la obra redentora de Cristo, la transfiguración en el reino consumado de Dios (cfr. von Keppler l. c. 21).

[4] Pues «la trompeta ha de sonar» (I *Cor.* 15, 52; cfr. I *Thess.* 4, 16), como en otro tiempo resonó en el Sinaí; acaso quiere ello significar en sentido figurado el llamamiento al Juicio, que será percibido por todos, y al cual nadie podrá resistir.

[5] Así como cuando la higuera comienza a retoñar se sabe que pronto llega el verano, así los fieles pueden conocer por la sobredicha señal que pronto y ciertamente el reino llega a su consumación. Y así como el hombre se alegra con los indicios del verano que se avecina, así se han de alegrar los fieles al ver las señales del próximo término feliz.

[6] Es decir, el pueblo judío. La *generación* deicida, que llamó sobre sí y sus hijos la sangre de Jesús, ha de presenciar la destrucción de Jerusalén (cfr. núms. 173 y 317); y el *pueblo judío,* desparramado por todo el orbe, no desaparecerá hasta que llegue el Juicio Final. ¡Oh! ¡y cómo se han cumplido ambas cosas! ¡Y qué maravilla nos produce la última de ellas, habiendo desaparecido desde entonces tantas otras naciones, si bien es cierto que al pueblo judío le ha sido quitado casi todo lo que constituye una nación!

[7] *Marc.* 13, 32. *El Hijo conoce esta hora tan bien como el Padre,* siendo una cosa y consubstancial con El; y *aun* considerado *en cuanto hombre,* conoce todas las cosas por la unión hipostática de la naturaleza divina con la humana en la persona divina del Verbo (cfr. pág. 118, nota 7; *Col.* 2, 3). Mas no las conoce, *como se trate de su misión a los hombres;* es decir: no entra en los divinos decretos de la salud que el Hijo participe a los hombres la hora (cfr. *Ioann.* 12, 49; núm. 303; también *Act.* 1, 7; *StL* XVI 9 ss.; *MKR* 1911, 5 s.). En el mismo sentido dijo el Salvador que a él no le corresponde conceder los primeros puestos del reino de los cielos (cfr. núm. 291). De estas palabras de Jesús se desprende también cuán necio sea querer determinar y calcular el tiempo del fin del mundo.

nada hicieron caso [1], hasta que vieron comenzado el diluvio que los arrebató a todos; así sucederá en la venida del Hijo del hombre [2]. Entonces, de dos hombres que se hallarán juntos en el campo, uno será tomado, y el otro dejado. Estarán dos moliendo en un molino: el uno será tomado, y el otro dejado» (lámina 7 b) [3].

324. (Exhortación final). «*Velad,* pues, *sobre vosotros mismos;* no se ofusquen vuestros corazones con la glotonería, y embriaguez, y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel día, que será como un lazo que habrá de sorprender a todos los que moren sobre la superficie de toda la tierra. *Velad,* pues, *orando en todo tiempo,* a fin de que merezcáis escapar de todos estos males venideros y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre; porque no sabéis cuándo vendrá vuestro señor, si a la tarde, a la media noche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos. *Lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: Velad*» [4].

10. Parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias

(*Matt.* 25, 1-13)

1. Las vírgenes en espera del esposo. 2. Venida del esposo. 3. Suerte de las vírgenes.

325. «Entonces [5] el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. De las cuales, cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite. Al contrario las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y al fin se quedaron dormidas [6]. Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las pru-

---

[1] A pesar de haber sido anunciado el castigo con tanta certeza y precisión, y a pesar de que Noé trabajaba a la vista de todos en la fabricación del arca y predicaba penitencia.

[2] La gran masa de los hombres persistirá tranquila en su vida licenciosa a pesar de tan espantosas e indudables señales.

[3] En todos los estados hay escogidos y réprobos, lo cual se pondrá de manifiesto cuando hasta los vecinos más próximos, los miembros de una misma familia, sean para siempre separados los unos de los otros por la sentencia de Jesús, para ser los unos recibidos en la eterna felicidad y los otros condenados a eternos suplicios Acerca de esta separación trae páginas emocionantes Schneider (*Das andere Leben*[6] 389 ss.), tomando pie de san Efrén y del sermón de Mac Carthy acerca del Juicio Final (impreso en Jungmann, *Theorie der geistlichen Beredsamkeit* [Friburgo 1908]).

[4] La hora de la venida del Señor significa aquí, como en las siguientes parábolas, además del día del Juicio Final al cabo de los tiempos, el Juicio Particular que se verifica inmediatamente luego de morir el hombre. En cierto sentido ambos coinciden, en cuanto que la sentencia que recaiga sobre el hombre en el Juicio Particular será la misma que se hará pública en el Juicio Final a la vista de todo el mundo. Por eso dice san Agustín (*Epist.* 80): «En el estado en que a cada uno le hallare el día postrimero de su vida, en ese mismo le encontrará el último día del mundo, porque todos hemos de ser juzgados el día del Juicio Final según hayamos muerto».—Aquí inserta san Mateo (24, 42-51) las parábolas del padre de familias vigilante y de los siervos diligentes, parábolas que el Señor pronunció en ocasión anterior (cfr. núm. 249 s.).

[5] En las dos parábolas siguientes nos enseña el Salvador de manera intuitivamente comprensible cómo *siempre debemos* estar vigilantes y aparejados para la segunda venida de Jesús.

[6] Este rasgo indica que la venida del esposo ha de ser inesperada para *todos*. Sólo que unos están aparejados y salen a su encuentro a toda prisa; en tanto que otros comienzan entonces a prevenirse; pero ¡ya es tarde! (cfr. núm. 322 s.).

dentes: dadnos de vuestro aceite [1], porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que éste que tenemos no baste para nosotras y para vosotras [2]; mejor es que vayáis a los que venden, y compréis el que os falta. Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas, entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Pero él respondió, y dijo: En verdad os digo que yo no os conozco [3]. *Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora*».

El lazo que une a los prometidos o a los casados es en el Antiguo y Nuevo Testamento imagen de la relación de Dios con su Iglesia y con cada uno de sus miembros [4]. La humanidad, como cada alma en particular, debe estar preparada en todo momento para el Juicio Final o para la hora de la muerte. Por esto los cristianos prudentes que cuidan de su salvación eterna hacen a tiempo prevención de buenas obras, y están aparejados para la entrada en el reino de los cielos, por inesperada que sea la venida del Señor. Por el contrario, otros muchos cristianos, distraídos en los negocios mundanos, cuando a veces les viene el pensamiento de la eternidad, se consuelan con la esperanza de hallar más tarde buena coyuntura de prepararse para el cielo; pero al fin de sus días experimentan con terror que el tiempo de la preparación se pasó, y quedan excluídos para siempre del reino de los cielos.

326. En las *lámparas* podemos ver representada la fe cristiana; el *aceite* son las buenas obras, que resplandecen como lumbreras en la presencia de Dios y de los hombres [5]. *La fe que se manifiesta por las buenas obras,* es admitida al banquete nupcial; la fe sin obras, será excluída: tal es en substancia la verdad que encierra la parábola, como se declara suficientemente en otros lugares [6]. San Crisóstomo nos advierte que la virginidad, por muy encomiada que se la encuentre en la Sagrada Biblia, no suple las demás virtudes, y que quien la guarda, no debe creer que con ello basta. Al contrario, precisamente por ser la lucha por la consecución de esta virtud la mayor y la más santa de todas, son tanto más censurables los que, sabiendo vencer al enemigo más fuerte, sucumben al más débil. Con razón, pues, se les llama *necios*. La necedad se manifiesta de una manera especial, según el mismo Doctor, en los que se dejan arrastrar por el amor al dinero y olvidan las obras de caridad y misericordia [7]. San Gregorio Magno entiende por *aceite la humildad;* he aquí sus palabras [8]; «Frecuentemente, hermanos míos, os exhorto a huir de las malas obras, a evitar las manchas del mundo; pero la lectura del santo Evangelio de hoy me impulsa a deciros que tengáis mucho cuidado hasta en las buenas obras que hacéis, no sea que, en lo que obráis con rectitud, se busque el favor o aprecio de los hombres, o se introduzca el apetito de elogio, y ocurra que, lo que luce por de fuera, se halle vacío de mérito por de dentro. He aquí que el Redentor habla de diez vírgenes; todas vírgenes, pero al fin no todas fueron recibidas dentro de las puertas de la bienaventuranza; pues algunas de ellas, mientras ansiaban la gloria externa de la virginidad, no quisieron tener aceite en sus lámparas».

---

[1] Las necias quieren pedir prestado lo que debieran haber prevenido.
[2] Los justos temen que quizá su justicia no sea hallada suficiente. De ese artículo no se tiene más de lo necesario. «Que si el justo a duras penas se salva, ¡a dónde irán el impío y el pecador!» (I *Petr.* 4, 18).
[3] Cfr. núm. 255.
[4] Cfr. núms. 102, 111 y 132.
[5] *Matth.* 5, 16; *Ioann.* 5, 35. *Philip.* 2, 15. *Ephes.* 5, 8; núm. 141.
[6] Cfr. *Matth.* 7, 21; 25, 34 ss.; *Gal.* 5, 6; *Iac.* 2, 14-26; II *Petr.* 1, 5-10; núm. 148.
[7] *Hom. in Matth.* 78, n. 1.
[8] *Hom. 12 in Evang.*

102. Parábola de los talentos

(Matth. 25, 14-30)

1. Reparto de los bienes entre los criados. 2. Distinta manera de administrarlos. 3. El señor, de regreso, pide cuentas a los criados.

327. «Allí sucederá — prosiguió Jesús — como con cierto señor que, yéndose a lejanas tierras, convocó a sus criados y les entregó sus bienes [1], dando al uno cinco talentos [2], al otro dos y uno solo a un tercero, a cada cual según su capacidad [3], y marchóse inmediatamente. El que recibió cinco talentos, fué y, negociando con ellos, sacó de ganancia otros cinco. De la misma suerte, aquél que había recibido dos, ganó otros dos. Mas el que recibió uno, fué e hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

Pasado mucho tiempo, volvió el amo de dichos criados y llamólos a cuentas. Llegando el que había recibido cinco talentos, presentóle otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco más, que he ganado con ellos. Respondióle su amo: Muy bien, siervo bueno y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven a tomar parte en el gozo de tu señor [4]. Llegóse después el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me diste, aquí te traigo otros dos, que he granjeado con ellos. Díjole su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas más: entra a participar del gozo de tu señor.

Por último, llegando el que había recibido un talento, dijo: Señor, yo sé que eres un hombre de recia condición, que siegas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido; y así, temeroso de perderlo, me fuí y escondí tu talento en tierra [5]. Aquí tienes lo que es tuyo. Pero su amo, cogiéndole la palabra, le replicó y dijo: ¡Oh siervo malo y perezoso! tú sabías que yo siego donde no siembro y recojo donde nada he esparcido; pues por eso mismo debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con los intereses. Ea, pues, quitadle aquel talento y dádselo al que tiene diez talentos; porque a quien tiene, dársele ha, y vendrá a tener abundancia; mas a quien no tiene, quitarásele aun aquello que parece que tiene [6]. Ahora bien, a ese siervo inútil arrojadle a las tinieblas de afuera: allí será el llorar y el crujir de dientes» [7].

---

[1] Parábola del todo análoga en los puntos principales y pronunciada con el mismo objeto es la «de las diez minas» (*Luc.* 19, 11-28; núm. 295). La de los talentos hará que se grabe aún más profundamente en los discípulos el consejo del empleo solícito de las gracias del Redentor.

[2] El talento equivale a 5220 marcos oro (cfr. pág. 189, nota 1).

[3] Según la posición que ocupan los siervos, a cada uno según su *aptitud,* es decir, según la posición de cada uno en la Iglesia, la misión, el empleo que desempeña, etc. Claro que esta «capacidad» es a su vez un don gratuito de Dios (I *Cor.* 12, 5 6). Mas, cuanto mayores sean las gracias, y más elevado el empleo, tanto mayor será la cuenta que se ha de pedir (cfr. núm. 250).

[4] En pago de su fidelidad todos van a la misma gloria celestial; mas cada uno recibe el grado de bienaventuranza que corresponde a su fiel cooperación a la gracia (núm. 295; cfr. I *Cor.* 3, 8; 15, 41 s.).

[5] De ahí el dicho: «enterrar el talento», es decir, no utilizarlo (cfr. II *Cor.* 6, 1).

[6] Núms. 161 y 295. [7] Cfr. núms. 151 y 255.

103. Del Juicio Final y de la eterna separación
(*Matth.* 25, 31-46)

1. Reunión de todas las gentes ante el trono del Hijo del hombre. 2. La sentencia. 3. La separación eterna.

328. Y prosiguió Jesús: «*Cuando venga, pues* [1], *el Hijo del hombre con toda su majestad* y acompañado de todos sus ángeles, sentarse ha entonces en el trono de su gloria. Y se congregarán delante de él todas las naciones de la tierra, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda [2].

Entonces el Rey [3] dirá a los que estén a su derecha: *Venid, benditos de mi Padre* [4], a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo [5]. Porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis a verme [6]. A lo cual los justos le responderán: ¡Señor! ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te hallamos de peregrino, y te hospedamos; desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, y en la cárcel, y fuimos a visitarte? [7] Y el Rey en respuesta les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis [8].

---

[1] Jesucristo había hablado (*Matth* 24, 31; núm. 323) de su segunda venida, y de ahí tomó ocasión para exhortar por medio de la parábola de las vírgenes y de la de los talentos a estar vigilantes y preparados. Ahora insiste en la descripción del Juicio Final terminándola en breves y sublimes pinceladas. Al mismo tiempo nos muestra que la vigilancia y la fidelidad se deben probar sobre todo en obras de caridad y de misericordia.

[2] Los ángeles llevarán a cabo la separación (núms. 163 y 165). Los buenos, por su inocencia, mansedumbre y paciencia, son comparados con las ovejas; los malos, por las razones contrarias, a los cabritos.

[3] Llámase *Rey el Hijo del hombre* por ser el Señor del reino celestial, en el cual recibe a unos, mientras que a otros excluye para siempre (cfr. *Ps.* 2, 6 13; *Dan.* 7, 13 14).

[4] *Benditos* por la gracia divina, benditos por las nuevas gracias recibidas en pago de la fiel cooperación y benditos ahora por la conservación de todas las gracias en la gloria celestial.

[5] *La bienaventuranza* les está destinada desde *ab aeterno* (*Ephes.* 1, 3); *el lugar* está aparejado desde el principio de la Creación. También los desgraciados que reciben la sentencia de condenación estaban destinados al cielo (núms. 289 y 309); pero lo han perdido por su culpa y maldad.

[6] Estas obras de caridad, junto con la de «enterrar a los muertos» (cfr. *Eccli.* 38, 16; *Tob.* 12, 12), se llaman en el lenguaje eclesiástico *obras de misericordia.* Nómbralas el Salvador por ser las demostraciones más palpables del amor al prójimo,—en el cual se prueba el amor a Dios,—por no citar todas las obras de caridad y las demás obras buenas que se hacen por amor.

[7] No lo preguntarán de hecho, pues lo saben por la fe; pero *prorrumpirán en tales exclamaciones* llenos de indecible asombro, porque entonces verán que ello es verdad y de qué sublime manera y en qué insospechada medida lo es, y cuán incomparablemente grande y magnífica va a ser la recompensa.

[8] Tanto amó él a sus hermanos, que por ellos se hizo hombre y sufrió muerte acerbísima en la Cruz; los ama como el Padre le ama a él y como él ama al Padre, y él es la cabeza del cuerpo místico, del cual ellos son miembros; mas los justos hacen las obras de caridad por amor a él, las refieren a él.—A menudo se ha dignado el Señor declararnos esta verdad de una manera intuitiva; así, cuando rodeado de sus ángeles se apareció a

329. Al mismo tiempo dirá a los que estén a la izquierda: *Apartaos de mí, malditos* [1], id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles [2]. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me recogisteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitasteis. A lo que replicarán también los malos: ¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o encarcelado, y dejamos de asistirte? Entonces les responderá: Os digo en verdad, siempre que dejasteis de hacerlo con alguno de estos mis más pequeños hermanos, dejasteis de hacerlo conmigo. *E irán éstos al eterno suplicio, y los justos a la vida eterna»* [3].

III. Pasión y muerte de Jesucristo [4]

(Cuarta y última Pascua, año 30 d. Cr.)

104. Manejos del traidor. El cordero pascual y el Lavatorio de los pies

(*Matth.* 26, 1-5 14-20; *Marc.* 14, 1 2 10-17. *Luc.* 21, 37 s.; 22, 1-18. *Ioann.* 13, 1-20)

1. Jesús anuncia su Pasión. 2. El Sanedrín delibera cómo prender a Jesús. 3. Judas en tratos con los sumos sacerdotes. 4. Preparación de la Cena Pascual. 5. La Cena Pascual; contienda acerca de los primeros puestos. Lavatorio, exhortación a la humildad y a la caridad; anuncio de la traición.

330. Desde su entrada triunfal en Jerusalén, Jesús enseñaba durante el día en el Templo, y al atardecer salía de la ciudad para pasar la noche

---

san Martín y le dijo: «Martín me ha cubierto con este vestido»; como cuando al piadoso marido de *santa Isabel de Turingia* se le apareció la imagen del Crucificado en vez del pobre leproso a quien la Santa cuidaba.

[1] No se dice: «de mi Padre», porque tan terrible estado, que los hace en extremo aborrecibles a Dios y merecedores del infierno, no viene del Padre, sino nace de la malicia de su propia voluntad.

[2] No se dice: «que os está preparado»; porque el infierno no ha sido creado para el hombre; sino que los hombres se crean a sí mismos, en cierto modo, para el infierno, haciéndose esclavos del príncipe del infierno e imitando a los que allí moran. Tampoco se dice: «desde el principio del mundo»; porque el pecado fué anterior al infierno, que Dios creó cuando a ello fué, en cierto modo, obligado por la apostasía de los ángeles.

[3] Así como el cielo *nunca tiene fin para los bienaventurados,* tampoco el infierno lo tendrá para los desgraciados que se condenen; la expresión es ambas veces idéntica; y tampoco en otros pasajes deja de ello la menor duda la divina Revelación.— *El Salvador cierra su ministerio público* con esta verdad tan terrible como consoladora, para luego comenzar la amarga Pasión y con su muerte en la Cruz recabar para los hombres la gracia de que se libren del infierno y consigan el cielo. Todavía volvió a insistir en ello inmediatamente antes de pronunciarse la sentencia que le entregó a la muerte.

[4] *Comentarios* católicos modernos *acerca de la historia de la Pasión:* además de los comentarios a cada uno de los Evangelios, véase Grimm-Zahn, *Geschichte des Leidens Jesu,* 2 vol. (Ratisbona 1894 y 1899); Belser, *Die Geschichte des Leidens... des Herrn*[2] (Friburgo 1913); Pölzl-Innitzer. *Kurzgefasster Kommentar zur Leidens- und Verklärungsgeschichte Jesu Christi*[3] (Graz 1925); Groenen, *Het lijden en sterven van onzen Herr Jesus Christus* (Leiden 1915; obra excelente). Acerca de la literatura moderna concerniente a este asunto (hasta el año 1915), véase Holzmeister en *ZKTh* 1915, 318 ss. Para fines *homiléticos* son muy recomendables: Grönings, *Die Leidensgeschichte unseres Herrn Jesu Christi erklärt, und auf das christiliche Leben angewendet*[4] (Friburgo 1907); Lennig, *Bertrachtungen über das bittere Leiden Jesu Christi* (Maguncia 1903); Nestlehner, *Jesus Christus in seinen Leiden und Sterben. Gemeinverständliche Vorträge mit exegetischen Anmerkungen* (Paderborn 1912).

en el monte Olivete [1]. Por la mañana venía todo el pueblo al Templo a oírle [2]. Cuando hubo terminado los anteriores discursos, dijo [3] a sus discípulos: «Bien sabéis que de aquí a dos días debe celebrarse la Pascua, y que el Hijo del hombre será entregado a muerte de cruz». Por el mismo tiempo [4] se juntaron los príncipes de los sacerdotes [5], los escribas y los magistrados del pueblo en el palacio [6] del sumo pontífice Caifás, y tuvieron consejo para hallar medio cómo apoderarse de Jesús secretamente y hacerle morir. Pero decían: «No conviene que se haga esto durante la fiesta, no sea que se amotine el pueblo» [7].

331. Entretanto *Satanás había entrado en Judas* [8], por sobrenombre Iscariote, uno de los doce apóstoles; el cual se fué a tratar con los príncipes

---

[1] En Betania (cfr. *Luc.* 21, 37 s.; pág. 328, nota 8).

[2] *Luc.* 21, 37 s

[3] Todavía el martes, 12 de Nisán (cfr. núm. 305).

[4] **El miércoles,** día 13 de Nisán. Las conversaciones del traidor habían comenzado quizá algunos días antes (cfr. *Ioann.* 11, 56; núm. 296 s.) y ahora se había llegado a un acuerdo. De ahí la costumbre antigua de ayunar el miércoles. Este día lo pasó el Salvador retirado en Betania.

[5] Son los «sumos sacerdotes» o «jefes de los sacerdotes» tantas veces citados, es decir, el sumo sacerdote en funciones, los que con anterioridad habían ejercido el cargo y los miembros de las familias distinguidas — de donde salían los sumos sacerdotes (cfr. *Act.* 4, 6). Juntamente con los ancianos del pueblo, que eran los jefes de las familias principales, y algunos doctores de la Ley y jurisperitos, formaban en Gran Consejo, o Concilio (Sanedrín, Sinedrio), que se componía de 71 miembros; la presidencia correspondía al sumo sacerdote en funciones. Los más de los sumos sacerdotes pertenecían al partido de los saduceos; los escribas eran en su mayor parte fariseos. En tiempo de Jesucristo el partido fariseo tenía influencia preponderante en el Sanedrín.

[6] Por regla general, celebrábanse las sesiones del Sanedrín en la sala Gasith (cámara de los sillares) que estaba en el atrio interior (véase pág. 127).

[7] El ofrecimiento hecho luego por Judas de entregárselo sin tumulto les determinó a desistir de su plan, tanto más, cuanto que del proceder del traidor concibieron la esperanza de que, una vez en su poder Jesús, ninguna resistencia les opondría el pueblo versátil.

[8] *¿Cómo pudo ser psicológicamente posible que Judas, apóstol escogido de Jesucristo, hiciese traición a su Señor?* He aquí la respuesta que se desprende de la lectura atenta de los Evangelios: Cuando Judas fué elegido apóstol, tenía una idea terrena y poco acrisolada del Mesías y de su reino, poco más o menos como los demás apóstoles. Pero mientras que éstos fueron corrigiendo sus falsas opiniones con las enseñanzas que recibían en la escuela de Jesús y con la propia experiencia, Judas seguía viviendo de sus antiguos prejuicios. Los demás apóstoles se habían elevado a aquella fe que se refleja en las palabras de Pedro en la sinagoga de Cafarnaum al oír la promesa de la Eucaristía: «Nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» (*Ioann.* 6, 70). Mas Judas no participaba de esa fe. Debiera entonces haber abandonado la intimidad de Jesús, habiendo el Salvador dicho expresamente: «¿También vosotros queréis marcharos?»; es decir, si no creéis mi palabra, debéis alejaros de mí; pero Judas no se fué. Sin fe y en trato continuo con Jesús, tornóse hipócrita. Tampoco supo reprimir las pasiones de su corazón, en especial la codicia que en él dormitaba, y se tornó ladrón (*Ioann.* 12, 6). Por la incredulidad, hipocresía y codicia vino a parar en tal estado de ánimo, que le fué fácil a Satanás infundir en su alma el plan de la traición y apoderarse de él para la ejecución del mismo. Los Evangelios insinúan repetidas veces la parte que al demonio cupo en la acción de Judas (*Luc.* 22, 3. *Ioann.* 13, 2 27). — *¿Cómo pudo el Salvador escoger apóstol a Judas, sabiendo de antemano que había de ser traidor?* He aquí la respuesta de von Keppler: «La elección de Judas no repugna a la bondad y santidad de Dios; convenía a la bondad divina llamarle al Cristianismo y al apostolado, atendido el lado bueno de su naturaleza y las aptitudes espirituales que le calificaban para el oficio de apóstol; convenía a la bondad y santidad divinas mostrar toda la grandeza de la caridad redentora al que por su culpa iba al término de su perdición, asistiéndole con la influencia continua de la gracia, sosteniéndole por medio de correcciones paternales. Convenía a la divina sabiduría dar cabida en el plan de la Redención a la culpa del discípulo, ponerla en relación causal con la muerte

de los sacerdotes y con los magistrados [1] de la manera de ponerle en sus manos. «¿Qué queréis darme, les dijo, y yo os le entregaré?» Ellos se holgaron mucho al oírle y le señalaron treinta monedas de plata [2]. Se avino a ello, y desde aquel instante buscaba coyuntura para entregarle sin tumulto.

332. Al día siguiente [3], primero de los ázimos [4], en el cual era necesario sacrificar el cordero pascual [5], se acercaron los discípulos a Jesús preguntándole: «¿A dónde quieres que vayamos a prepararte la Pascua?» Y el Señor envió a Pedro y Juan, diciéndoles: «Id a la ciudad, y encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle; y en dondequiera que entrare, decid al amo de la casa que el Maestro os envía a decir: Mi tiempo se acerca [6], voy a celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos». Hicieron, pues, los discípulos lo que Jesús les ordenara [7], y prepararon la Pascua [8].

---

redentora, anunciarla de antemano por boca del Profeta y del Salvador, poniendo de esta suerte el mal al servicio de la obra de la Redención. Convenía a la universalidad de la Pasión que en el cúmulo de dolores que sufrió Jesús no faltase la traición del amigo, y era conforme a la obediencia del Hijo en la tierra resignarse al divino decreto de la Redención, aun en este punto predicho por la Escritura, sufrir el tormento de la convivencia con Judas, y entregarse a ciencia cierta a la traición del comensal. No por ello experimentó determinación alguna o predestinación al mal la libertad de Judas; el anuncio de aquella felonía no supone predeterminación, y el encaje de la misma en el plan de la Redención no supone necesidad de cometerla» (*KL* VI² 1918 s.).

[1] Sin duda la gente principal del Templo, los sacerdotes y levitas (*Luc.* 22, 52. *Act.* 4, 1; cfr. IV *Reg.* 12, 19; 25, 18).

[2] Sin duda fueron tomados del erario del Templo, por lo que eran siclos sagrados, de unos 90 marcos (cfr. pág. 152, nota 1). Era el precio que se pagaba por un esclavo muerto (*Exod.* 21, 32); señalaron este precio los sumos sacerdotes, etc., para dar a conocer su desprecio a Jesús.

[3] **El jueves,** 14 de Nisán. Para más detalles, núm. 337 s.

[4] El primer día de los panes ázimos era propiamente el 15 de Nisán. Pero, como ya en la cena del cordero pascual debía comerse pan ázimo, se introdujo la costumbre de registrar solemnemente la casa con candelas, para reunir todo el pan fermentado que en ella hubiese. Comían de él todavía hasta las 10 ó las 11 del día 14, y desde este momento se guardaba ayuno hasta la hora de la cena del cordero pascual. Comenzábase a cocer los panes ázimos lo más pronto la mañana del 14. De ahí el hablarnos Josefo (*Ant.* 3, 10, 5; 2, 15, 1) ya de 7, ya de 8 días de panes ázimos, y el poderse llamar al 14 de Nisán primer día de los panes ázimos (cfr. *Exod.* 12, 18).

[5] Todavía por la mañana, pues había mucho que preparar y era preciso llevar a primera hora de la tarde el cordero al Templo para que fuese inmolado.

[6] El tiempo de mi Pasión y Muerte. Las palabras van, sin duda, dirigidas a alguno de los discípulos más fieles de Jesús y conocido de los apóstoles, lo mismo que las siguientes: «*En tu casa* voy a celebrar la Pascua con mis discípulos», como si dijera: entre los muchos que de buena gana me recibirían, a ti doy la preferencia. Opinan algunos que fuese *Nicodemus*. El Salvador no le llama por su nombre; sino con su divina omnisciencia dispuso la cosa de suerte que los dos discípulos encontrasen la casa y Judas no tuviese antes de tiempo noticia del lugar de la Cena Pascual.

[7] Esto indica la intención que tenía Jesús de dar en esta ocasión una prueba de su divina omnisciencia. Si consideramos las duras pruebas que iba a experimentar la fe de los apóstoles en la Pasión de Cristo, y cuán grande iba a ser el escándalo de la traición de Judas, comprenderemos fácilmente por qué quiso Jesús dar a sus discípulos en estos últimos días pruebas tan sorprendentes de su omnipotencia y omnisciencia divinas.

[8] Al simbolismo de los preparativos alude la *Imitación de Cristo* cuando pone en boca del Señor estas palabras, dirigidas al alma cristiana momentos antes de la *Sagrada Comunión:* «Si quieres que venga a ti y me quede contigo, limpia de ti la vieja levadura y limpia la morada de tu corazón. Aparéjame un palacio grande, bien aderezado, y haré contigo la Pascua con mis discípulos (Libro 4, cap. 12, núm. 1).

333. (El día) antes de la fiesta de la Pascua [1], sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin [2].

Llegada la hora de la cena, púsose a la mesa con los doce apóstoles. Y les dijo: «*Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión.* Porque yo os digo que ya no la celebraré otra vez, hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios» [3].

Y tomando el cáliz [4], dió gracias a Dios, y dijo: «Tomad y repartidlo entre vosotros. Porque os aseguro que yo no beberé del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios, hasta el día en que de nuevo le beba con vosotros en el reino de Dios».

334. Suscitóse entonces *entre los discípulos* [5] *una contienda* sobre quién de ellos fuese el mayor. Mas Jesús les dijo: «Los reyes de las naciones las tratan

---

[1] El 14 de Nisán; pues la fiesta legal era el día 15. Para más detalles, núm. 337 s.

[2] Digna introducción a los grandes *misterios del amor del Hijo de Dios* que han de llevarse a cabo dentro de pocas horas. Amó a los suyos hasta el fin de *su vida* sobre la tierra, hasta el último aliento y hasta el último extremo *del amor*, es decir: amó como no cabe amar más ni con mayor perfección; pues ahora les dió las pruebas más prodigiosas de amor haciéndose siervo de las criaturas, él, el Hijo de Dios, en el Lavatorio de los pies (cfr. *Ioann.* 13, 13 ss.), uniéndose con ellos íntimamente en el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre (cfr. *Ioann.* 6, 57), dándoles una prenda segura de amor inquebrantable y ofreciendo su vida por ellos en rescate de sus pecados y para la redención de todo el mundo (*Ioann.* 15, 13; cfr. 19, 34; I *Ioann.* 2, 2; 4, 10). *Los suyos* son los apóstoles y, después de ellos, todos los fieles (*Ioann.* 17, 20; cfr. *Matth.* 26, 28; *Marc.* 14, 24; *Luc.* 22, 20).

[3] *Luc.* 22, 15 s. Por última vez en figura que inmediatamente se cumple en la institución de la Eucaristía—todavía bajo un misterioso velo—y más tarde en el cielo con la visión de Dios (*Apoc.* 19, 9). Cfr. Seitz en *MKR* 1908, 284 ss.

[4] Fundándonos en el rito pascual judío, podemos imaginarnos de la siguiente manera *los sucesos del Cenáculo* (fig. 15, pág. 356): hacia las 6 de la tarde llega el Señor al Cenáculo con los discípulos; inícianse los ritos con el lavatorio de las manos; se escancia, bendice y sirve la primera copa ritual. Acomódanse en el triclinio; preparación de la segunda copa; *haggadah* de Pascua, o sea, relación del motivo y significado de la fiesta pascual; se consume la segunda copa y se reza la primera parte del *Hallel* (*Ps.* 112 y 113, 1-8).—Comienza el banquete propiamente dicho; el Salvador lo abre con las palabras: «Ardientemente he deseado», etc.; por remate, la tercera copa ritual; y probablemente entonces, o acaso a la cuarta copa, las palabras: «Tomadle y partidle entre vosotros... hasta que le beba en el reino de Dios». Sobreviene la contienda acerca de los primeros puestos; Jesús lava los pies a los apóstoles; anuncio de la traición, y retirada de Judas; institución de la Eucaristía con la cuarta copa, o acaso con la quinta.—Se discute sin posibilidad de solución sobre si Jesús consagró la cuarta copa, en la cual se rezaban la segunda parte del Hallel (*Ps.* 113, 9, hasta *Ps.* 117) y el Salmo 135, o bien una quinta copa añadida a las del rito pascual. Los evangelistas no pretenden describirnos la serie de actos rituales de la Pascua; por eso no se podrá esclarecer, fundándose en su relato, en cuál de las copas pronunció el Señor las palabras de la consagración. Acerca del Hallel y del número de copas, véase también la digresión de Zapletal, *Der Wein in der Bibel* (Friburgo 1920; *BSt* XXI, 1).

[5] Lucas inserta este hecho a continuación del anuncio de la traición de Judas (22, 24-30).—Nosotros lo trasladamos a este lugar. Pues Lucas no da indicaciones cronológicas. Relata primero la fiesta pascual figurativa; trae luego el cumplimiento que le dió Jesús y, por fin, nos cuenta la disputa de los discípulos, que no quiso darnos en su lugar, por no separar aquellos dos hechos importantísimos. Si el altercado de los discípulos precedió al Lavatorio de los pies, este acto de humildad fué un sermón eficacísimo para atajar la ambición de los discípulos. Mas luego del Lavatorio de los pies, tras un ejemplo de humildad tan admirable y después de participar de la Eucaristía, difícilmente se hubieran dejado llevar los discípulos de semejantes disputas ambiciosas. De las palabras del Señor acerca del reino de Dios tomaron, sin duda, ocasión de enzarzarse en aquella discusión, dado que hubiera acontecido donde nosotros suponemos.

con imperio; y los que tienen autoridad sobre ellas, son llamados bienhechores [1]. No habéis de ser así vosotros; antes bien, el mayor de entre vosotros condúzcase como el menor; y el que tiene la precedencia, como sirviente [2]. Porque ¿quién es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿no es claro que quien está a la mesa? Mas yo estoy en medio de vosotros como un sirviente. Vosotros sois los que constantemente habéis perseverado conmigo en mis tribulaciones. Por eso yo os preparo el reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» [3].

335. Acabada la cena [4], cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas Iscariote el designio de entregarle [5], Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que había salido de Dios y a Dios volvía [6], levántase de la mesa y quítase sus vestidos, y habiendo tomado una toalla, se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo, y pónese *a lavar los pies de los discípulos* y a limpiarlos con la toalla que se había ceñido. Viene a *Simón Pedro* [7], y Pedro le dice: «¡Señor! ¿tú lavarme a mí los pies?» [8] Respondióle Jesús, y le dijo: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo entenderás después» [9]. Dícele Pedro: «No me lavarás los pies jamás». Respondióle Jesús: «Si yo no te

---

[1] O padres de la patria, clementes, etc.; lo cual no pasa de ser, las más de las veces, pura adulación para satisfacer la vanidad.—En aquel tiempo estaba muy en boga la costumbre de llamar «Euergetes» (bienhechores) a los príncipes y a otros hombres distinguidos, como lo vemos en las inscripciones de monedas (Deissmann, *Licht vom Osten* 179 s.).

[2] Las palabras mismas de Jesús presuponen que en la Iglesia hay grandes y pequeños, jefes y siervos. Aquí, por consiguiente, quiere Jesús explicar *de qué espíritu* deben estar todos animados en su Iglesia. Quien ejerza algún cargo en ella, deberá administrarlo en provecho de los súbditos, teniéndose por siervo de todos ellos. En este sentido dice san Pablo haberse él «hecho siervo de todos», y ser «una buena obra el episcopado (la jerarquía)» (I *Cor.* 9, 19. I *Tim.* 3, 1; cfr. núms. 211, 291 y 336).

[3] A pesar de la advertencia que acaba de hacerles, no tienen por qué preocuparse los apóstoles. No tienen por qué discutir acerca de los primeros puestos En pago de los trabajos y de las contrariedades sufridas por Jesús, serán largamente recompensados, como ya antes les fué prometido (núm. 288).

[4] Refiérese al cordero y a la Cena Pascual. Algunos entienden que se trata de la institución de la Eucaristía, de suerte que el Lavatorio de los pies habría acontecido después de ésta, con lo que viene a fallar el simbolismo del Lavatorio, figura de la limpieza necesaria para recibir el Santísimo Sacramento. Mas ello es poco probable, pues no es fácil que san Juan hubiese dado a la Eucaristía el nombre de «banquete», «cena»; dice además expresamente que Jesús se sentó de nuevo a la mesa luego del Lavatorio de los pies. ¿Para qué? Nos lo dicen san Lucas (22, 20) y san Pablo (I *Cor.* 11, 25), según los cuales la institución de la Eucaristía se verificó *después* de la Cena Pascual.

[5] Conocía al *traidor* y sabía cuán adelante iba en sus maquinaciones; sin embargo quiso amarle—«hasta el fin», y agotar con él las demostraciones de amor, hasta que el desgraciado se entregó totalmente a Satanás (cfr. pág. 345, nota 8).

[6] Realiza este humildísimo oficio de siervos, a pesar de tener conciencia clara de su infinita grandeza y majestad (cfr. *Philip.* 2, 5 ss.).

[7] No se dice, sino a lo sumo se insinúa, *que hubiese comenzado por Pedro.* Algunos lo admiten, porque otro cualquier apóstol hubiera igualmente rehusado tanto honor, y Jesús le hubiera amonestado; con lo cual ya Pedro difícilmente se habría negado.

[8] *¡Tú,* el Hijo de Dios vivo (núm. 198), *quieres lavarme los pies,* prestarme tan humilde servicio *a mí,* criatura tuya, pobre pecador! No sabía Pedro que ello era el preludio de otras pruebas todavía mayores y más incomprensibles de amor, y que Jesús estaba dispuesto a rebajarse hasta la forma de pan, para darse a ellos en manjar, y a ofrecer su vida entre atroces dolores y oprobios. De ahí la dulce advertencia, luego la seria reconvención.

[9] Te lo aclararé luego; cfr. *Ioann.* 13, 12: «Sabéis», etc. Todavía lo había de entender mejor Pedro cuando se le declarase la relación simbólica de aquel acto de humildad con

lavare, no tendrás parte conmigo» [1]. Dícele Simón Pedro: «Señor, no solamente mis pies, sino las manos también, y la cabeza». Jesús le dice: «El que está lavado, no necesita lavar sino los pies para estar limpio del todo [2]. *También vosotros estáis limpios, bien que no todos*». Pues sabía quién era el que le había de hacer traición; por eso dijo: «No estáis todos limpios».

336. Después que les hubo lavado los pies, tomó otra vez su vestido, y puesto de nuevo a la mesa, díjoles: «*¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros?* [3] Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies el uno al otro (es decir, ejercitaros en obras de abnegación y de caridad). Porque ejemplo os he dado, para que hagáis los unos con los otros lo que acabo de hacer con vosotros. En verdad, en verdad os digo, que no es el siervo más que su amo, ni tampoco el enviado mayor que aquél que le envió. Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados, como las practiquéis. No lo digo por todos vosotros [4]; yo conozco a los que tengo escogidos; mas ha de cumplirse la Escritura: Uno que come el pan conmigo levantará contra mí su calcañar [5]. Os lo digo desde ahora, antes que suceda; para que cuando sucediere, reconozcáis *que lo soy*» [6].

337. Día de la Ultima Cena y día de la muerte de Jesús [7]. Los cuatro Evangelios coinciden en los *días de la semana* en que acontecieron la

---

la extrema humillación de Jesús en la Eucaristía y con la perfecta limpieza de alma que se requiere para recibir el pan de los ángeles.

[1] Si tú desprecias este *símbolo de la limpieza*, no te admitiré al banquete de mi carne y sangre; y si tú te empeñas y quieres guiarte por tus ideas humanas y tu propio juicio, renuncias a la comunidad conmigo.—Análoga admonición recibió Pedro, cuando quiso hacer desistir a Jesús de la idea de la Pasión (núm. 202). Los caminos de Dios no son los nuestros, ni sus pensamientos como los humanos (*Is.* 55, 8 9); y si el hombre quiere apreciarlos según su estrecho corazón y su limitado entendimiento, no llegará a comprenderlos, y se expone a perder la fe en los divinos misterios y a quedar privado de la comunidad con Dios (cfr. *Prov.* 25, 27). Dios exige fe humilde en su palabra y sujeción de niño a su voluntad, y le disgustan el propio juicio y la desobediencia, por nobles que parezcan los motivos.

[2] Según los santos Padres, con ello quiso indicar el Salvador con qué limpieza debe uno acercarse a la Sagrada Mesa. Así como los pies suelen estar polvorientos y sucios, sobre todo cuando uno va calzado con sencillas sandalias, así también ni los más justos se conservan libres de faltas ligeras y de imperfecciones; mas aun de éstas debe uno limpiarse antes de la Comunión para recibir dignamente a Jesús (cfr. *Imitación de Cristo*, libro IV, cap. 11, núm. 6; cap. 12, núm. 1).

[3] Al consejo de la limpieza añade Jesús el de *la humildad* (cfr. núm. 292). Esta virtud es tanto más necesaria en los jefes de su Iglesia, cuanto mayor es su categoría y autoridad.—En recuerdo del ejemplo del Salvador y del consejo que en aquella coyuntura dió a los discípulos, la Iglesia ha establecido el Jueves Santo la ceremonia del Mandato.

[4] Jesús excluye a Judas de la felicidad que promete a sus fieles apóstoles; y aun añade luego que mejor le fuera al desgraciado no haber nacido (*Matth.* 26, 24).

[5] Cfr. *Ps.* 40, 10. David habla aquí de un hombre que le pagó con vergonzosa traición los mayores beneficios, quizá de Aquitofel; pero el real Profeta fué en las vicisitudes de su vida, y especialmente en sus dolores, señalada figura del Mesías.

[6] Que yo soy lo que tan a menudo os he dicho, a saber, el verdadero Hijo de Dios, Dios omnisciente, que he tomado sobre mí voluntariamente todas las humillaciones y sufrimientos (cfr. núm. 239).

[7] Cornely, *Historica et critica introductio* III 269. Schneid, *Der Monatstag des Abendmahles und Todes unseres Herrn Jesus Christus* (Ratisbona 1905). Handmann en

Ultima Cena, la Crucifixión, el sepelio y la Resurrección del Señor. San Lucas dice: «Las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, observaron el sepulcro y la manera como había sido depositado el cuerpo de Jesús. Y al volverse, hicieron prevención de aromas y bálsamos, bien que durante el sábado se mantuvieron quietas según el precepto. Mas el primer día de la semana (domingo), muy de mañana, fueron...» [1]. Según san Marcos [2], Jesús fué crucificado en la «parasceve, es decir, el día que precede al sábado». Mateo [3] llama «día siguiente a la parasceve» al que siguió a la Crucifixión, y cuenta que, «pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana» vinieron las piadosas mujeres al sepulcro del Señor [4]. También señala san Juan el viernes como día de la Crucifixión cuando dice [5]: «Como era la parasceve de los judíos, y este sepulcro estaba cerca, pusieron allí al Señor». Queda, pues, claro que según los cuatro evangelistas la Ultima Cena del Señor sucedió en jueves, la Crucifixión en viernes, el descanso del sepulcro en sábado y la Resurrección en domingo.

Pero queda aún una cuestión tocante a la *fecha del mes:* ¿Celebró, o no, Jesús la Cena Pascual con los judíos, o sea, el día señalado por la Ley? El jueves en que Jesús celebró la Pascua ¿fué el 14 de Nisán, o fué el 13? ¿Murió Jesús el 14 de Nisán o murió el 15? Con otras palabras: ¿murió Jesús el primer día de la fiesta pascual, o el día anterior?

Examinemos primero los *Sinópticos*. Según los tres primeros evangelistas, Jesús comió la Ultima Cena «el primer día de los panes ácimos» [6], el día «en que se inmolaba el cordero pascual» [7], o «se debía inmolar» [8]. Este día era el 14 de Nisán, pues así estaba prescrito en la Ley [9]. Las palabras de los *Sinópticos* sólo tienen sentido claro, suponiendo que se trate de la celebración de la Pascua según la Ley mosaica. La pregunta de los discípulos: ¿Dónde quieres que preparemos la Pascua?»; las palabras de Jesús a los dos discípulos que envió con el mensaje al dueño de la casa; el haberse Jesús sentado a la mesa al anochecer y cuando fué llegada la hora; aquellas palabras: «ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros»; el discurso de la cena entre bendiciones y copas rituales [10] y con el «himno» o Hallel final en acción de gracias, todo viene a indicar que la Ultima Cena de Jesús fué la del cordero pascual, y no un banquete ordinario, y que Jesús observó en ella todas las prescripciones de la Ley, para que a la postrera celebración legal de la *figura* siguiese el *cumplimiento* con la institución de la Eucaristía. Así se explica también que sus enemigos, a pesar del empeño desesperado por encontrar alguna culpa de qué acusarle en el Sanedrín, no le pudieron echar en cara transgresión ninguna de la Ley en el rito de la Pascua, por más que seguramente estaban enterados de todo por Judas. Queda, pues, sentado que los *Sinópticos* suponen haber Jesús celebrado la Pascua el día señalado por la Ley, el 14 de Nisán, y según

---

NO 1904, 286-295 (cfr. *Kath* XXXIV [1906] 12 y a cada paso) calcula astronómicamente la fecha de la Crucifixión de Jesús fijándola en el 15 de Nisán del año 783 de la fundación de Roma, 7 de abril del año 30 de Cr.; Bach, *Monatstag und Jahr des Todes Christi* (Friburgo 1912) supone que Jesús murió el 14 de Nisán, 3 de abril del año 33 de Cr., habiendo anticipado al 13 de Nisán la celebración de la Pascua. Gerhardt (*Das Datum der Kreuzigung Jesu Christi geschichtlich-astronomisch betrachtet*, Berlín 1914) trae un cuadro sinóptico de todo el material relativo a la cuestión, y considera posible sólo el 7 de abril del año 30 de Cr. o el 27 de abril del 31. Según Sickenberger. *Zur Frage nach dem Todestage Christi (Kirchengeschichtliche Festgabe, A. de Waal zum goldenen Priesterjubileum dargereicht.* Roma-Friburgo 1913), Jesús murió el 15 de Nisán. El mismo Sickenberger califica de «intento desprovisto *a priori* de toda probabilidad de éxito» el de querer fijar por cálculos astronómicos el año de la muerte de Jesucristo fundándose en el día del mes, es decir: averiguar el año en que el 15 de Nisán cayó en viernes; porque los judíos de entonces disponían arbitrariamente el calendario. Cfr. también L. Kellner, *Heortologie*³ 32-39; *BZ* II (1904) 67 195 s.

[1] *Luc.* 23, 55; 24, 1. [2] 15, 42. [3] 27, 62. [4] 28, 1. [5] 19, 42; cfr. 19, 32. [6] *Matth.* 26, 17. *Marc* 14, 12. *Luc.* 22, 7. [7] *Marc.* 14, 12. [8] *Luc.* 22, 7. [9] *Exod.* 12, 6-8 16 18. [10] *Luc.* 22, 17 20.

los ritos legales; de donde la Crucifixión debió de acontecer el 15 de Nisán, o sea, el día primero de la fiesta pascual. Pero aquí surge una dificultad: según todas las indicaciones de los *Sinópticos,* el día de la Crucifixión del Señor era día de labor. Es muy extraño que la sesión del Sanedrín, el juicio, la Crucifixión, el descenso de la Cruz, la compra y preparación de perfumes [1], el regreso del Cireneo del campo [2], hubieran acaecido el día *primero de la Pascua;* a la puesta del sol de este día cesa todo trabajo, ni siquiera se permite acabar el entierro, y aun al odio se da tregua.

Según lo que acabamos de exponer, ya los mismos *Sinópticos* nos ofrecen un enigma: la Última Cena fué el jueves, 14 de Nisán; y por otro lado, el día siguiente, el 15 de Nisán, no parece haber sido primer día de Pascua. No se puede suponer que en ello haya error o confusión; pues los evangelistas demuestran conocimiento tan cabal de las costumbres judías, que es inadmisible que errasen en lo tocante al significado del 14 o del 15 de Nisán. Además, los lectores familiarizados con los usos de los judíos no tropezaron en la interpretación de los *Sinópticos* y no tuvieron dificultad en acomodarse a lo que veían descrito en los tres primeros Evangelios. Lo cual es argumento de que el enigma tiene solución.

Pero dejándolo aparte por ahora, pasemos a examinar el relato de *san Juan.* El cuarto Evangelio nos dice que la Ultima Cena sucedió (el día) «antes de la fiesta pascual» (13, 1); en lo cual no es difícil ver que está de acuerdo con los *Sinópticos.* Pues, siempre que la Ley habla de la Pascua, dice expresamente ser el 15 de Nisán el primer día festivo; podía, pues, san Juan llamar víspera de la Pascua el día de la Ultima Cena, el 14 de Nisán. Tampoco la indicación (19, 14) de haber sido la «parasceve» cuando Pilatos condenó al Redentor es argumento de que la Crucifixión hubiese acaecido el 15 de Nisán, como suponen los *Sinópticos.* Porque la expresión «parasceve de la Pascua» no debe entenderse como sinónima de «parasceve para la fiesta de la Pascua»; sino se puede también interpretar del día anterior al sábado, de la «víspera del sábado», es decir, del viernes. Otra cosa es lo de no haber querido los judíos entrar en la sala del juicio el día de la crucifixión, por no contraer impureza legal que les impidiera «comer la Pascua» *(Ioann.* 18, 28). No cabe entender la expresión «comer la Pascua» en otro sentido sino en el de comer el cordero pascual, o sea, de la celebración solemne de la Pascua. Según esto, san Juan dice que los judíos, en particular los jerarcas, no habían aún celebrado la Pascua el viernes, cuando Jesús fué condenado, crucificado y sepultado, sino que estaban preparándose para ella. ¿Quiere esto decir que el día de la muerte de Jesús (viernes) fué el 14 de Nisán y que, por consiguiente, el Colegio Apostólico celebró la Pascua el 13 de Nisán? ¿Cómo entonces conciliar con san Juan a los *Sinópticos* que dicen haber Jesús celebrado la Pascua *conforme a la Ley y la costumbre* (por consiguiente, el día 14 de Nisán), y haber muerto el día 15? Y si para ponerlos de acuerdo decimos que Jesús celebró la Ultima Cena el 14 de Nisán y fué crucificado el 15, ¿cómo explicar que los judíos comieran el día 15 el cordero pascual, contra el precepto de la Ley que disponía se comiese el día 14 de Nisán, y cómo explicar que, siendo el 15 de Nisán día festivo, no lo hubieran guardado?

338. No cabe que la conciliación de los *Sinópticos* con el cuarto Evangelio sea del todo imposible. Porque ¿cómo había de aceptar la Iglesia primitiva Evangelios que errasen en cosa tan clara y sencilla, o se contradijesen entre sí? Cuando se escribió el cuarto Evangelio, los tres primeros se habían ya difundido por toda la Iglesia. De haber querido san Juan salir al paso de algún error de los *Sinópticos,* habría expuesto llana y sencillamente la contradicción con toda su autoridad de apóstol y de testigo ocular. De no ser san Juan el autor del cuarto Evangelio, y de no concordar el libro con la síntesis histórica de los

---

1 *Luc.* 23, 56; cfr. *Matth.* 27, 57 ss.; *Marc.* 15, 42 ss.; *Ioann.* 19, 38 ss.

2 *Marc.* 15, 21.

Sinópticos, la Iglesia cristiana no lo habría admitido entre los canónicos. De consiguiente, no se puede hablar de contradicciones insolubles. Pero el problema ofrece ciertas dificultades, cuya solución es asunto de la ciencia. Varios son los caminos que para resolverlo se han seguido.

1. Buscando una *explicación conciliadora,* sostienen algunos que los *Sinópticos* y san Juan dicen la misma cosa: el Salvador comió el cordero pascual la noche del 14 de Nisán y fué crucificado el 15, primer día de la Pascua. Los romanos solían trasladar a la Pascua el castigo de los crímenes de cuenta (alta traición, sedición), «porque en dicha fiesta se reunía en Jerusalén gran muchedumbre de judíos palestinenses, celosos de la observancia de las prescripciones pascuales; de donde la ejecución del castigo resultaba más saludable, sobre todo en orden a reprimir la inclinación del pueblo a alzarse contra la dominación extranjera» [1]. Los jerarcas, que no querían entrar en la sala del juicio para no contraer impureza que les impidiera «comer la Pascua», no se referían a la cena del cordero pascual, que ya habían comido el día anterior, como Jesucristo, sino a los sacrificios propios de la fiesta. La explicación no nos satisface. No hay prueba alguna de que el día solemne de la Pascua fuera el señalado para crucificar a los reos o para concederles amnistía; ni podemos admitir que «comer la Pascua» signifique en san Juan cosa distinta de «comer el cordero pascual»[2]. Tampoco podemos convencernos de que a los judíos les estuviera permitido hacer las cosas que hicieron en ese primer día de la fiesta pascual sin quebrantar la Ley. Se objeta que los judíos, condenando a Jesús, creían hacer una obra agradable a Dios, propia, en cierto modo, del culto divino, una obra, por consiguiente, permitida en días festivos y de descanso, y que la ejecución del castigo fué cosa de los romanos; mas la réplica no es acertada, porque en los alrededores de la ciudad se hicieron en ese mismo día las labores del campo, y en la ciudad las tiendas estaban abiertas y los judíos iban a ellas de compra [3]. José de Arimatea pudo comprar lienzo después de la Crucifixión. Las mujeres compraron aromas y bálsamos, porque al día siguiente no lo permitía la Ley [4]. Todas estas dificultades deja sin resolver la teoría conciliadora que hemos expuesto.

2. *Teoría de la anticipación.* Ya en la segunda mitad del siglo II era corriente la opinión de haber el Salvador celebrado la Pascua el 13 de Nisán y muerto el 14 del mismo. Por ello los griegos, que aun siguen esta opinión, celebran la Santa Misa con pan fermentado, porque el Redentor, al instituir la Eucaristía el día 13 de Nisán, pudo hacerlo con pan fermentado. Pero la teoría está en pugna abierta con los *Sinópticos* y no tiene el apoyo del cuarto Evangelio. Los *Sinópticos* no indican que Jesús hubiese comido el cordero pascual en día distinto del señalado por la Ley; antes, al contrario, sus expresiones carecen de sentido, de no entenderse que el Salvador celebró la Pascua en el día prescrito. En cuanto al cuarto Evangelio, no excluye, como arriba hemos indicado, que el Señor celebrase la Pascua el 14 de Nisán.

Para eludir las dificultades que resultan de suponer que Jesús anticipase la celebración de la Pascua, se ha dado otro sesgo a la teoría, admitiendo la existencia *de una fiesta legal doble.* Chwolson [5] da por sentado que en tiempo de Jesucristo estaba en vigor el siguiente principio litúrgico: «La Pascua no prevalece sobre el sábado»; supone también que el tiempo entre «los dos atardeceres» no comprendía varias horas, como más tarde, sino hora y media. Cuando, pues, el 14 de Nisán cayese en viernes, como debió de acontecer

---

[1] Van Bebber, *Zur Chronologie des Lebens Jesu* (Münster 1898) 13.

[2] Cfr. Roth, *Die Zeit des letzten Abendmahles* (Friburgo 1874), 46 ss.; Strack, *Pesahim. Der Misnatraktat Passafest mit Berücksichtigung des NT und der jetzigen Passahfeier der Juden übersetzt und erläutert* (Leipzig 1912). Strack sigue la teoría de la anticipación.

[3] *Matth* 27, 62. *Marc.* 15, 42. *Luc.* 23, 54.

[4] *Matth.* 27, 59. *Luc.* 23, 53-56

[5] *Das letzte Passahmahl Christi und der Tag seines Todes*[2] (Leipzig 1908).

el año de la muerte de Cristo, no se podría asar el cordero pascual en el corto espacio de «entre los dos atardeceres». En estos casos se inmolaban y asaban los corderos el jueves, pudiéndose comer la Pascua en la noche del jueves, o en la del viernes. Jesucristo la comió el día 13 de Nisán y murió el 14; los sanedritas, en cambio, celebraron la Pascua el día 14. Mas entonces ¿llamarían Mateo y Marcos «primer día de los ázimos» al día 13 de Nisán? [1] José Schneid [2] propone otra solución al problema. Trata de demostrar que había dos maneras de entender la palabra «tarde» de la Ley mosaica: la de los galileos, y la de los judíos. Los galileos, interpretando que el precepto de la Ley se refería a la primera tarde del 14 de Nisán, comían el cordero pascual al principio del día 14, es decir, en la noche del 13 al 14. Los judíos, en especial los sanedritas y los peregrinos, comían el cordero pascual la segunda tarde del 14, o sea, la tarde del 14 al 15 de Nisán. Cristo se acomodó a la costumbre galilea. He aquí, en sentir de Schneid, el orden de los hechos: jueves, tarde (noche) del 13 al 14 de Nisán, Ultima Cena del Señor; viernes, 14 de Nisán, muerte de Jesús; viernes, noche del 14 al 15 de Nisán, Pascua de los judíos; sábado, 15 de Nisán, fiesta de la Pascua. En contra de la hipótesis está el testimonio de la antigüedad judía, que no conoce sino una sola celebración de la Pascua, tanto en el éxodo de Egipto, acaecido el día 14 de Nisán, como en Jerusalén. Sólo una escuela rabínica galilea que hubiese gozado de tanta autoridad como la de Jerusalén hubiera logrado que en el Templo se admitiera esta segunda interpretación de la Ley. Mas de su existencia nada sabemos. Los escribas de Jerusalén miraban con desprecio la ciencia escrituraria de los galileos. También está en contra de la hipótesis la manera de expresarse de los *Sinópticos (Marc.* 14, 12; *Luc.* 22, 7); los *Sinópticos* se refieren sin género de duda a la Pascua general y común a todos los judíos.

3. Hay todavía otra solución, que nos parece la más aceptable: la *teoría del aplazamiento*. Según ella, el *viernes* en que murió Jesucristo cayó en 15 de Nisán, día primero de la fiesta pascual hebrea. Las autoridades judías, el Sanedrín, fuese por obviar las extraordinarias incomodidades que se seguían de la concurrencia de dos fiestas con descanso (día primero de Pascua y sábado), fuese por otro motivo que nos es desconocido, trasladaron la fiesta de Pascua al sábado; así se explica perfectamente aquello de san Juan 19, 31: «era aquél un sábado muy solemne». Los sanedritas comieron el cordero pascual la noche del viernes; pero el Salvador observó con todo rigor la Ley, celebrando la Pascua con sus apóstoles en la tarde del jueves, noche del 14 de Nisán. De aquí la frase de san Marcos 14, 12: «El primer día de los ázimos, en que se *acostumbraba* sacrificar el cordero pascual» (en imperfecto); y la de san Lucas 22, 7: «Llegó el día de los ázimos, en el cual *era necesario* sacrificar el cordero pascual».

Partiendo de que el viernes en que murió Jesucristo cayó en *15 de Nisán,* ha habido astrónomos que han tratado de calcular el *año* de la muerte de Jesús, es decir, el año en que el 15 de Nisán cayó en viernes. Ha tenido gran aceptación el cómputo de Handmann, S. J., el cual fija la fecha de la Crucifixión de Jesucristo en 15 de Nisán del año 783 de Roma, o sea, en *7 de abril del año 30 d. Cr.* Pero no se puede dar fe absoluta a esta fecha, porque los judíos ordenaban el calendario con bastante arbitrariedad [3].

339. Dase el nombre de **Cenáculo** a la sala construída en el lugar donde el Salvador comió el cordero pascual e instituyó la Sagrada Eucaristía. Se halla *en el monte Sión.* Según tradición antigua y bien fundada, allí estuvo la casa donde Jesús comió el cordero pascual, lavó los pies a sus apóstoles dándoles ejemplo de humildad, caridad y pureza, e instituyó el Sacramento del Altar, juntamente con el sacerdocio del Nuevo Testamento. Ella fué la primera Iglesia

---

[1] *Matth.* 26, 17. *Marc.* 14, 12.

[2] *Der Monatstag des Abendmahles und Todes unseres Herrn Jesus Christus* 88 ss.

[3] Cfr. la bibliografía citada, página 349, nota 7.

cristiana. Allí se apareció Jesús el día de su Resurrección, para robustecer en la fe a sus discípulos y conferirles la misión que el Padre le encomendara y para instituir el sacramento de la Penitencia. Allí se apareció ocho días más tarde a los apóstoles para curar a Tomás de su incredulidad. Allí reunió a sus discípulos antes de la Ascensión para darles los últimos encargos. Aquí estaban congregados los apóstoles y discípulos, unánimes en la oración, pidiendo que viniera sobre ellos el Espíritu Santo. Allí fué escogido Matías por apóstol del Señor. Allí descendió en Pentecostés el Espíritu Santo sobre los apóstoles y primeros fieles, de donde tomó principio la Iglesia de Cristo. Allí predicó san Pedro su primer sermón que convirtió a 3000 hombres de todas las partes del mundo. Allí se reunía con frecuencia la primera comunidad cristiana de Jerusalén; y, si atentamente consideramos *Marc.* 14, 12-52 y *Act.* 12, 1-17 [1], no nos parecerá inverosímil que aquella fuese la casa de María, madre del Evangelista san Marcos, adonde se dirigió san Pedro el año 42 al ser libertado de la cárcel (cfr. número 616) para despedirse de la comunidad. Pero cualquiera que sea el valor de tradiciones tan antiguas, está fuera de toda duda que el lugar donde hoy se muestra el Cenáculo fué siempre tenido por los cristianos en suma veneración, por los caros y santos recuerdos que a él iban unidos.

340. Según san Epifanio [2], entre los pocos edificios que se libraron de la destrucción de Jerusalén encontró el emperador Adriano el año 126 en el monte Sión «la pequeña iglesia cristiana a cuyo primer piso (Cenáculo) subieron los discípulos, después de asistir a la Ascensión del Salvador» (*Act.* 1, 13 = = *Marc.* 14, 15. *Luc.* 22, 12), para esperar la venida del Espíritu Santo. De una pequeña iglesia edificada probablemente hacia el año 340 en el monte Sión, denominada «iglesia apostólica» (sin duda por los acontecimientos que allí presenciaron los apóstoles), habla san Cirilo de Jerusalén en su *Catequesis* 16 (año 348), cuando dice que en la «iglesia superior (¿situada en alto?) de los apóstoles vino sobre aquéllos el Espíritu Santo». Y la peregrina Eteria (cfr. Apéndice I, 3) describe lo que en su tiempo significaba la «iglesia de Sión» para la vida religiosa de Jerusalén. Las expresiones «iglesia de Sión», «Santa Sión», se van haciendo comunes, y la antiquísima liturgia siro-griega de Santiago ruega por la «gloriosísima Sión, madre de todas las iglesias» [3].

El santuario ha experimentado muchas vicisitudes. Destruído en 614 por los persas, lo reconstruyó luego Modesto, administrador (de 614 a 633) del patriarcado de Jerusalén en representación del patriarca Zacarías que se hallaba cautivo de los persas, y sucesor de éste desde 633 a 634, fecha en que murió. El obispo galo Arculfo trajo de un viaje a Tierra Santa un plano rudimentario del edificio en una tablilla de cera; consérvase una copia [4], en la cual vemos cómo se localizaban hacia el año 680 los distintos recuerdos que iban unidos a la iglesia de Sión. Esta fué destruída probablemente el año 1010 por el sultán Hakim, de la dinastía fatimita, pues *los Cruzados* sólo hallaron ruinas. Pero ya por los años de 1130 a 1140 edificaron en el mismo lugar una nueva iglesia de tres naves, de estilo franco-romano, dedicada a Santa María del Monte Sión, con un monasterio que fué confiado a los canónigos regulares de san Agustín. «En dos escritores griegos es donde relativamente más detalles hallamos acerca de este edificio oriental: en Juan Focas, que lo vió en su peregrinación de 1177, y en el historiador Nicéforo Calisto, que erróneamente lo atribuye a santa Elena. De los cuatro tramos de la nave central, tres estuvieron cubiertos, al parecer, por bóvedas planas, mientras que el cuarto remataba en una cúpula. Las naves laterales eran de dos pisos. Las tres terminaban en sendos ábsides. En el piso

---

[1] Cfr. página 17 s. y Th. Zahn, *Die Dormitio S. Virginis und das Haus des Johannes Markus* (Leipzig 1899); también Zahn, *Einleitung* II³ 205 y 217, nota 7.

[2] *De mensuris et pond.* c. 14, en *Migne* 43, 261.

[3] Un excelente resumen de las tradiciones que se refieren a esta iglesia puede verse en Diekamp, *Hippolytos von Theben* (Münster 1898) 96-113.

[4] Adamnanus, *De Locis sanctis* 1, 18 (véase Apéndice I, 13).

superior de la nave meridional se veneraba el lugar de la Ultima Cena, y en el inferior, el del Lavatorio de los pies. Al ábside de la nave central iba unido el recuerdo del milagro de Pentecostés. En uno de los ábsides laterales se mostraba el lugar del antiguo sepulcro de san Esteban, cuyos restos, luego de ser descubiertos en el siglo v (véase núm. 565)[1], descansaron transitoriamente en la antigua iglesia de Sión. Años después fueron trasladados a la basílica fundada en honra suya por la emperatriz Eudoxia; sobre los cimientos de ésta se levanta hoy la magnífica iglesia conventual de los Padres Dominicos franceses de Saint-Etienne, algo al norte de la puerta de Damasco (véase núm. 566). En el otro ábside lateral había también un sepulcro, que se creía ser el del rey David. Nació esta idea en la primitiva comunidad cristiana de la falsa interpretación de unas palabras de los *Hechos de los Apóstoles*. Pues en aquellas palabras del discurso de Pentecostés (*Act.* 2, 29; véase núm. 539): «el sepulcro (de David) se halla entre nosotros hasta el día de hoy», san Pedro no quiso decir sino que en tiempo de los apóstoles aun se mostraba en Jerusalén el sepulcro del Rey Profeta. Perjudicó no poco al patrimonio cristiano «de Sión» el haberse quizá interpretado erróneamente en la época bizantina posterior el pasaje de san Pedro, como si el Apóstol hubiera querido indicar que él mismo, sus compañeros y sus oyentes estuviesen en contacto directo con el sepulcro de David. Al noroeste de la iglesia de los Cruzados, como también en la iglesia bizantina, se veneraba el lugar del tránsito de la Madre de Dios, que en el uso se designa ordinariamente con la palabra latina *Dormitio*. Un libro occidental de peregrinaciones de fines de la dominación latina habla con entusiasmo de los magníficos mosaicos y de las preciosas incrustaciones en mármol de una capilla enclavada dentro de la iglesia principal»[2].

Al conquistar en 1187 a Jerusalén el sultán Saladino perdonó esta iglesia; pero el Cenáculo fué profanado con un banquete orgiástico. Los rapaces karesmios destruyeron totalmente la iglesia en 1244. Roberto de Anjou, rey de Sicilia, y Sancha, su mujer, compraron en 1305 al sultán de Egipto las ruinas del Cenáculo con otros Santos Lugares, que entregaron a los *PP. Franciscanos,* los cuales ya para aquella fecha tenían ganados muchos y grandes méritos en Tierra Santa[3]. Los PP. Franciscanos emprendieron en 1342 la reconstrucción de la iglesia y del monasterio en estilo gótico del siglo XIV. Pero sólo pudieron reedificar la parte sudoeste, que comprende los lugares de santos recuerdos, la cual no ha cambiado substancialmente hasta hoy. A pesar de las continuas hostilidades y sangrientas persecuciones, los PP. Franciscanos supieron mantenerse en posesión del lugar, hasta que los mahometanos los fueron expulsando poco a poco desde el año 1542 al 1561 de todos los santuarios que la iglesia encierra. Esta se transformó en mezquita, que fué provista de cúpula y alminar; 50 derviches con sus mujeres pasaron a habitar la morada de los hijos de san Francisco. El P. Guardián de los Franciscanos de Tierra Santa (Custodio de Tierra Santa) lleva todavía el título de *Guardián del monte Sión* en memoria del legítimo derecho de propiedad sobre el lugar. Todavía no han tenido feliz éxito las recientes negociaciones para poner el Cenáculo bajo la custodia de los PP. Franciscanos[4].

341. *La que antes fuera iglesia de Sión, hoy mezquita mahometana,* consta de dos pisos que en la distribución se corresponden exactamente. *El piso*

---

[1] Cfr. también Kellner, *Heortologie*³ 169 s.
[2] Baumstark, *Sion,* en *Kölnischer Volkszeitung,* 18 de marzo de 1906, núm. 226.
[3] Acerca de los méritos de los PP. Franciscanos en Tierra Santa, cfr. P. Heribert Holzapfel, *Handbuch der Geschichte des Franziskanerordens* (Friburgo 1909) 545 ss. y a cada paso; P. Leonhard Lemmens, *Die Franziskaner auf dem Berge Sion* 1336-1351 (Münster 1916); P. Girolamo Golubovich, *Biblioteca bibliografica della Terra santa e dell'Oriente Francescano,* tomo I, 1215-1300, Quaracchi 1916 (cfr. acerca de esto *Kath* XXXV [1907] 365 ss.).
[4] *HL* 1921, 161 s. Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 2 s.

inferior muestra todavía restos de gran antigüedad, sobre los cuales se ha levantado el nuevo edificio. Contiene dos estancias o salas, la mayor de las cuales, de 18 m. de este a oeste por 10 m. de norte a sur, es tenida por el *lugar donde Jesucristo lavó los pies a sus discípulos*. Dos pilares sostienen la bóveda y dos ventanas del muro meridional la iluminan. Está completamente vacía y desmantelada. La otra estancia, al oriente de la anterior, está dividida en dos por un tabique: la del norte, muy lóbrega, de 5 m. de norte a sur, está ocupada casi totalmente por el supuesto *sepulcro de David:* sarcófago gigantesco, cubierto de preciosos tapices; la del mediodía lleva en la pared meridional un *mihrab* o «nicho de oración» y sirve de mezquita; está pobremente adornada y escasamente iluminada por una ventana del muro oriental. El acceso al piso inferior es poco menos que imposible a quien no sea mahometano, por causa del «sepulcro de David» [1].

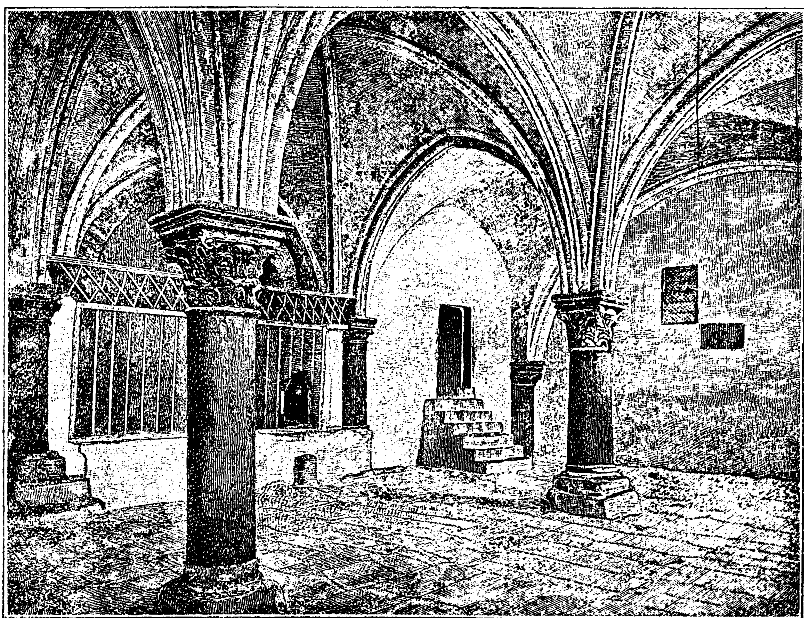


Fig. 15.—El Cenáculo. Paredes del norte y este. Las gradas conducen a la puerta que siempre está cerrada (Cfr. descripción en la pág. 355 ss.).

Descripción del Cenáculo en su estado actual. El Cenáculo (fig. 15, página 356) está en el *piso superior,* al cual conduce del primero una escalera prohibida a los cristianos. De ahí qúe para llegar a él sea preciso buscar el norte del conjunto de casas que desde la expulsión de los PP. Franciscanos se ha convertido en lo que los musulmanes llaman Deir Neby Daud (convento del profeta David). Atravesando el soportal medieval, se llega a un patio cuya pared norte lo es del edificio del Cenáculo. Luego a la izquierda del soportal, una escalera de 18 peldaños da acceso a una pequeña terraza embaldosada; torciendo a la izquierda, se entra en la sala del Cenáculo por el ángulo sudoeste de la misma, la cual tiene 15,40 m. a lo largo por 9,45 a lo ancho y está dividida en dos naves por tres columnas que sostienen la bóveda. Entrando, a mano

[1] Sin embargo, lo vió Mislin el 1 de abril de 1855 y lo describe punto por punto en su obra: *Die heiligen Orte* II 423 ss. Cfr. también tomo I de la presente *Historia Bíblica*, página 540.

izquierda, en el ángulo sudoeste, hay un baldaquino de piedra, en el cual está la escalera arriba mencionada que conduce al piso bajo. La puerta está al mediodía, como se ha dicho, como también las tres ventanas ojivales que iluminan la sala: la occidental, sobre la puerta; la central, sobre un *mihrab* o nicho de oración, por lo que está un tanto reducida. Frente a la tercera ventana, en el muro septentrional, una escalera de 7 gradas conduce a una puerta que permanece siempre cerrada. De la sala del Cenáculo se pasa por una escalera de pocos peldaños, situada en el ángulo del sudeste, a una estancia que se corresponde con la oriental de la planta baja y está, como aquélla, dividida en dos por un tabique: en la del norte, de 5 m. a lo largo por 11 m. a lo ancho, se halla el *cenotafio de David,* que se puede ver desde la sala del Cenáculo por una verja de hierro; es semejante al sarcófago del piso inferior. Una cúpula protegida de plomo da remate al cenotafio. La otra estancia, al sur de la anterior, es un oratorio musulmán desprovisto de toda ornamentación; venerábase antiguamente como lugar de la *venida del Espíritu Santo.*

342. Lugar de la mansión y del Tránsito (Dormitio) de la Bienaventurada Virgen María [1]. Desde Arculfo (hacia el año 658; cfr. Apéndice I, 13)

[1] No se puede demostrar con rigor histórico que *Jerusalén* sea el lugar del *Tránsito (Dormitio) de María;* mas la cosa misma habla en pro de Jerusalén. Pues Jesús encomendó a su bienaventurada Madre al cuidado de san Juan, y, cuando éste abandonó a Jerusalén, es muy seguro que la Madre de Dios había ya ido a unirse con su benditísimo Hijo (véase también núm. 536 a). Difícilmente se hubiera atrevido el discípulo amado a hacerla trocar por otra mansión aquellos lugares que presenciaron la ignominia y el triunfo de su divino Hijo. Los testimonios externos en favor de Jerusalén comienzan en el siglo IV; pero tampoco los hay anteriores a esa fecha que hablen en pro de otro lugar. Epifanio, que conocía a fondo Jerusalén, asegura que en su tiempo (315-403) la opinión *general* era que la Virgen no abandonó Palestina; rechaza la opinión de *algunos* que decían haberse ido con san Juan a Asia: «Juan emprendió, en efecto, el viaje a Asia, pero en ninguna parte consta que llevase consigo a la Virgen». Epifanio conoce la «tradición de Jerusalén» y la «leyenda de Efeso» (Bardenhewer en *ThR* 1906, 569 ss. contra Niessen, *Panagia Kapuli, das neuendeckte Wohn- und Sterbhaus der heiligen Jungfrau Maria bei Ephesus,* Dülmen 1906). Además de Jerusalén, reclaman para sí el honor de haber sido la morada y el lugar del Tránsito de la Santísima Virgen María *Efeso* y el monte *Bulbuldagh* (o monte del ruiseñor), tres horas al sur de Efeso. Pronunciáronse en pro de Efeso algunos sabios (especialmente desde Tillemont, † 1698), fundándose sobre todo en un pasaje de una carta que los obispos reunidos en el Concilio de Efeso (431 d. Cr.) dirigieron al clero y al pueblo de Constantinopla. Dice así: «Cuando Nestorio vino a Efeso, donde Juan el Teólogo (el Apóstol) y la Madre de Dios, la Virgen María..., se mantuvo alejado de la asamblea de los Padres, porque su mala conciencia no le permitía aparecer allí». La oración del relativo está sin terminar y necesita completarse. Como acerca de la relación de la Virgen María con Efeso no haya tradición anterior al Concilio, ni en tiempo del mismo, no hay derecho a completar la discutida oración en la forma que algunos sabios pretenden: «donde Juan el Teólogo y la Madre de Dios, la Virgen María, *vivieron y murieron»,* sino de esta otra manera: «donde se hallan Juan el Teólogo y santa María Teotocos Partenos (iglesias donde se reunían los ortodoxos)». En la oración de relativo se leen los *títulos* por las *iglesias.* Modernamente se ha querido fijar en el monte *Bulbuldagh* el lugar del Tránsito de María. Poulin (Gabrielovich), Fonck, Niessen, entre otros, creen haber hallado el lugar de la mansión y muerte de María de que habla en sus visiones y revelaciones la bienaventurada sierva de Dios Ana Catalina Emmerich (una casa situada en un monte a tres horas y cuarto de Efeso), en el monte *Bulbuldagh,* en las ruinas de «Panagia Kapuli», que quiere decir «puerta (mansión) de la Santísima». Pero a la hipótesis de Panagia Kapuli se pueden hacer las mismas objeciones que a la de Efeso. Además, la confrontación de los descubrimientos de Efeso con las visiones de Ana Catalina de Emmerich echa por tierra la hipótesis; pues la realidad no responde a lo que la monja agustina contempló en visión. Pero puestos a invocar revelaciones privadas, a la autoridad de la vidente de Dülmen podemos oponer la no menor de la venerable franciscana *María de Agreda* y la de *santa Brígida de Suecia,* las cuales dicen saber por divina revelación que Jerusalén fué el lugar del Tránsito de la bienaventurada Virgen María. La literatura relativa a este asunto puede verse en la obra arriba citada de Niessen y en los excelentes artículos de Heidet en *HL* 1907, 54 y a cada paso; 1908, 11 y a cada paso. Véase, además, *LR* 1908,

se viene buscando en Sión la casa donde pasó la Virgen los últimos años de su vida y murió. Con las fuentes a la vista demuestra Mommert [1] que ha oscilado notablemente en el decurso de los tiempos la tradición tocante al *lugar exacto* de la casa y a su relación con el Cenáculo. Hoy se venera como lugar del Tránsito de María la iglesia que lleva el nombre de *Mariä Heimgang,* o *Dormitio,* magnífica iglesia circular (con cripta) consagrada solemnemente el 10 de abril de 1910 en presencia de una gran peregrinación alemana, construída por la *Deutscher Verein vom Heiligen Lande* según los planos del arquitecto de la catedral de Colonia, Renard (véase lámina 7 a), en el campo de ruinas situado al noroeste del Cenáculo, campo que fué adquirido el 31 de octubre de 1898 por el emperador Guillermo II de Alemania en su visita a Jerusalén, y entregado a la *Deutscher Verein vom Heiligen Lande* para que la usufructuaran los católicos alemanes [2]. Podrá éste no ser el lugar del Tránsito de María [3]; pero la iglesia allí construída es uno de los santuarios más venerados de Jerusalén, porque, *a la sombra del Cenáculo,* evoca el recuerdo de los augustos misterios que acaecieron en la sala de la Ultima Cena. La guarda de la iglesia del Tránsito de María, «Dormitio», fué confiada por la *Deutscher Verein vom Heiligen Lande* a los *PP. Benedictinos de Beuron,* para los cuales se construyó un magnífico monasterio al sudeste de la Iglesia. En la guerra europea estuvieron los católicos alemanes en peligro de perder iglesia y monasterio; pero se pudo evitar, gracias a los esfuerzos del *papa Benedicto XV,* de feliz memoria; el templo de la «Dormitio» fué confiado temporalmente a los PP. Benedictinos *belgas* de la abadía de Maredsous. Actualmente está de nuevo en manos de los PP. Benedictinos alemanes [4].

343. *Los cementerios cristianos* se hallan al oeste del Deir Naby Daud y de la casa de Caifás (iglesia armenia de San Salvador), que está 70 m. al norte del Cenáculo. Medio kilómetro al sudeste del Cenáculo, a medio camino de la piscina de Siloé, hacia la mitad de la ladera sudeste del monte Sión, hay una gruta donde se ven las ruinas de una iglesia o capilla, de la advocación de *san Pedro in galli cantu;* a lo que se cree, es el lugar a donde el Príncipe de los apóstoles se retiró a llorar su negación [5].

104 a. Sale del Cenáculo el traidor [6]

(Matt. 26, 21-25. *Marc.* 14, 18-21. *Luc.* 22, 21-23. *Ioann.* 13, 31-32)

1. Anuncio de la traición. 2. ¿Quién es el traidor? 3. Sale Judas del Cenáculo.

344. Jesús estaba turbado en su espíritu, y lo declaró abiertamente diciendo: «En verdad, en verdad os digo, que *uno de vosotros me ha de*

516 ss.; *ThR* 1906, 569 ss.; *PB* 1907, 314 ss.; *WBG* 1907, 259; también Marta, *Ni Ephèse, ni Panaghia-Capuli, mais Jérusalem. Etude critique et historique sur le lieu de la mort de la Sainte Vierge* (Jerusalén 1911).—Acerca de la relación que guardan las visiones de Ana Catalina Emmerich con la Sagrada Escritura, cfr. L. Richen, *Die Wiedergabe biblischer Ereignisse in den Gesichten der Anna Katharina Emmerich (BSt* XXI 1; Friburgo 1923). Véase también Hümpfner, *Klemens Brentanos Glaubwürdigkeit in seinen Emmerik-Aufzeichnungen* (Würzbug 1924) y el juicio de Richen acerca de la misma obra en *ThpQS* 1924. 391 ss.

[1] *Die Dormitio und das deutsche Grundstück auf dem traditionellen Sion* (Leipzig 1899) 68 ss.

[2] *Das Kaisergeschenk der Dormitio auf Sion* en *HL* 1899, 1-38 93 ss. 146 ss. 179 ss.

[3] Según Mommert, el lugar donde murió la Bienaventurada Virgen María debe buscarse, no al noroeste, sino al sudeste del Cenáculo.

[4] *HL* 1921, 87 123.

[5] Acerca de las modernas excavaciones de los PP. Asuncionistas véase, *ThG* 1909, 167.

[6] Se disputa desde antiguo sobre si Judas salió del Cenáculo antes de la institución de la Eucaristía o después del banquete eucarístico; si, por consiguiente, Judas recibió o

entregar». Y ellos, afligidos sobremanera, se miraban unos a otros y no podían adivinar de quién hablaba; y uno tras otro preguntaban: «*¿Soy yo, Señor?*» Mas Jesús dijo: «Uno de los Doce, que moja conmigo la mano en el plato [1], es quien me ha de entregar. El Hijo del hombre se marcha, conforme está escrito de él [2]; pero ¡ay de aquél por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡mejor le fuera no haber nacido!» [3] Uno de ellos, a quien Jesús amaba [4], estaba recostado a la mesa sobre el seno de Jesús [5]. A este discípulo, pues, hizo una seña Simón Pedro, diciéndole: «¿Quién es ése de quien habla?» El, entonces, inclinándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: «Señor, ¿quién es?» Jesús le respondió: «Es aquél a quien yo ahora daré el pan que estoy mojando» [6]. Y habiendo mojado un pedazo de pan, se

---

no la sagrada Comunión. Muchos Padres y exegetas admiten que Judas recibió el Santísimo Sacramento, con lo cual selló su obstinación y es el escarmiento de los que se acercan indignamente al altar (*ZKTh* 1911, 30 ss.; 1912, 411). Otros lo niegan—como las Constituciones Apostólicas 5, 14 y el Padre más antiguo de la iglesia siria, Aphraates (hacia el 340 d. Cr.) en su homilía 12. Lo último nos parece más acertado (*BZ* 1911, 372 ss.). Pues Mateo y Marcos traen el anuncio de la traición *antes* de instituirse la Eucaristía; en cuanto a Lucas, en este punto no observa el orden cronológico; cfr. pág. 347, nota 5. También san Juan trae el anuncio de la traición luego de la escena del Lavatorio de los pies; sigue después la pregunta de Pedro sobre el traidor, y la salida de éste.—Spiteri (*Die Frage der Judaskommunion neu untersucht,* Viena 1918) examina la tradición más antigua acerca de la cuestión, y halla que los Padres no la han resuelto en sentido afirmativo.

[1] Uno de mis comensales, uno de mis más íntimos (*Ps* 40, 10).

[2] Para el Hijo del hombre la traición ha de ser sólo el cumplimiento de una de las profecías tocantes a las circunstancias de la Pasión (cfr. *Ps.* 21; *Is.* 53; *Zach.* 11, 12 ss , etc.); no por eso deja ella de ser un acto de maldad voluntario y merecedor de castigo (cfr. página 345, nota 8).

[3] Para el traidor el aniquilamiento sería un mal mucho menor que la eterna condenación (cfr. el grito desesperado de los condenados: «Montes, caed sobre nosotros», *Apoc.* 6,16; cfr. 9, 6). De igual suerte la Redención es para nosotros un bien mayor que la misma creación.

[4] *Ioann.* 13, 21 ss. Juan, que por su virginidad era amado de Jesús de una manera singular; que siguió al divino Maestro hasta el pie de la Cruz; a quien Jesús moribundo encomendó a su Madre virginal (cfr. *Ioann.* 19, 26; 20, 2; 21, 7 20). Como al principio de la vocación (número 98), así tampoco aquí quiere Juan llamar por su verdadero nombre al discípulo que fué objeto de tales preferencias (cfr. pág. 38 s.).

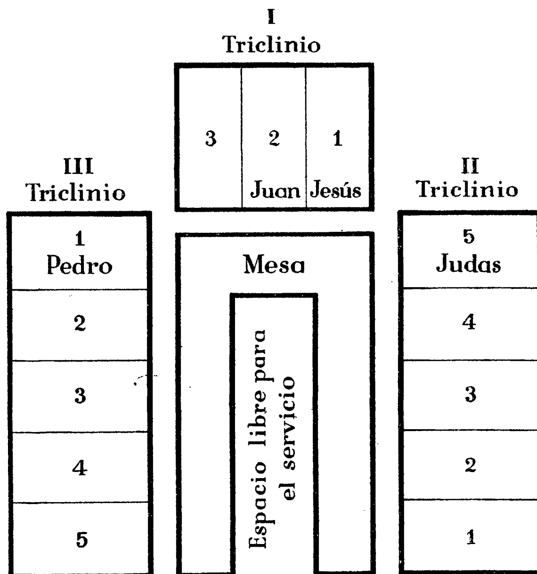


Fig. 16. — Disposición de los comensales en la Ultima Cena.

[5] Estaba echado delante de Jesús, apoyado en el codo izquierdo, con el busto vuelto hacia el Maestro (cfr. fig. 16 y pág. 200 y nota 4).

[6] Era costumbre que el padre de familia alargase un bocado por remate del banquete; con ello daba a entender el presidente del convite a los comensales (o a uno de ellos) que

lo dió a Judas Iscariote, hijo de Simón. *Y después que tomó éste el bocado, entró en él Satanás*[1]. Este preguntó todavía: «¿Soy quizá yo, Maestro?» Y respondióle Jesús: «Tú lo has dicho. Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes»[2]. Ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué fin se lo dijo. Porque, como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús le hubiese encomendado comprar lo que necesitaban para la fiesta, o dar algo a los pobres[3]. El, luego que tomó el bocado, se salió; *y era ya de noche.*

Salido que hubo Judas, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él[4]. Y si Dios queda glorificado en él, Dios igualmente le glorificará a él en sí mismo[5], y le glorificará muy presto».

105. Institución de la Eucaristía[6]

(*Matth.* 26, 26-29. *Marc.* 14, 22-25. *Luc.* 22, 17-21. I *Cor.* 11, 23-25)

1. Institución de la Eucaristía como sacrificio y convite. 2. Institución del sacerdocio del Nuevo Testamento.

345. Estando todavía Jesús a la mesa[7] con sus discípulos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y dióselo a sus discípulos, diciendo: *Tomad*

---

para ellos (para él) había ya terminado el banquete, y que tenían licencia de marcharse.

[1] Ya antes le había inspirado Satanás el malvado plan (pág. 345, nota 8); mas ahora, después de haber aquel infeliz abusado de las mayores muestras de amor y haberse obstinado contra los avisos más insistentes, apoderóse de él Satanás por completo. Con aquella hipócrita pregunta trató de ocultarse por un momento a las sospechas de los demás discípulos, y *en seguida,* antes de que éstos, especialmente Juan y Pedro, pudieran reflexionar sobre el hecho y tomar una resolución, se apresuró a salir *a la oscura noche*, figura de su alma abandonada de la gracia y dominada por el príncipe de las tinieblas (cfr. *Rom.* 13, 12; I *Thess.* 5, 5 7).

[2] No es una orden; son palabras que indican la divina permisión y las ganas que Jesús tiene de comenzar la Pasión cruenta (cfr. núms. 239, 250 y 291).

[3] El mismo Juan pudo en aquel momento entenderlo de esta suerte y, aunque seguro de la traición, suponer que no era tan inminente.

[4] La salida de Judas es el punto de partida de la amarga Pasión, mediante la cual Dios fué glorificado (núm. 302) y Cristo mereció para su santa humanidad la gloria que, en cuanto Dios, tenía *ab aeterno* en el Padre, y en cuanto hombre, gozaba por la unión hipostática.

[5] En su divinidad, de manera divina por la participación de esta gloria en la Resurrección, Ascensión, etc.

[6] La institución de la Eucaristía es una manifestación espléndida de la conciencia que Jesucristo tenía de su *divinidad*. Como hombre, no hubiera podido hacer lo que aquí hizo. Se ha querido discutir la historicidad de la institución. Pero en vano. Está atestiguada con sobrada claridad, no sólo por los Evangelios, sino también por san Pablo (I *Cor.* 11, 23 ss.) y por la práctica del Cristianismo primitivo; el «banquete del Señor» fué desde el principio el centro del culto. Se ha pretendido derivar el convite cristiano del culto de misterios; mas de ello no se ha hallado ni huella de prueba. Cfr. Berning, *Die Einsetzung der heiligen Eucharistie in ihrer ursprünglichen Form nach den Berichten des NT kritisch untersucht* (Münster 1901); Hehn, *Die Einsetzung des heiligen Abendmahles als Beweis für die Gottheit Christi* (Würzburg 1900); Struckmann, *Die Gegenwart Christi in der heiligen Eucharistie nach den schriftlichen Quellen der vornicänischen Zeit. Eine dogmengeschichtliche Untersuchung* (Viena 1905); Esser, *Das heilige Abendmahl des Herrn*, en *Magazin für volkstümliche Apologetik*, VI año, 28 ss ; Frischkopf, *Die neuesten Erörterungen über die Abendmahlsfrage* (Münster 1921, *NA* IX, 4/5 fascículo); Espenberger, *Gedanken über «Herrn»- und «Mysterienmahl»*, 1910, 550-554; el mismo, *Die Materie des Herrn- und Mithrasmahls,* en *MKR* 1912, 145; A. Steinmann, *Eucharistie, Agape und Mysterienmahl,* en *ThG* 1913, 715 ss.

[7] Mateo y Marcos emplean una expresión algo vaga: «Estando en la cena»; Lucas y Pablo precisan más: «Después de la cena», es decir, después de la cena figurativa. Si se

y comed[1]*;* **este es mi cuerpo**[2], *el cual se da por vosotros*[3]. **Haced esto en memoria mía**[4]. Y tomando el cáliz dió gracias, lo bendijo, y diósele, diciendo: *Bebed todos*[5] *de él; porque* **esta es mi sangre,**

---

dirige una mirada de conjunto a los cuatro relatos de la institución de la Eucaristía, se saca la impresión de haber Jesús consagrado el pan y el vino en dos actos consecutivos al remate de la Cena Pascual propiamente dicha. —Si se comparan unos con otros los cuatro relatos, aparecen divididos en dos grupos: Mateo y Marcos por una parte, Lucas y Pablo por otra. Sin embargo, del examen imparcial de los mismos se desprende que, aunque en manera alguna se contradicen, discrepan en algunos puntos, según la intencióu que cada uno lleva y el objeto que se propone, tanto en lo tocante a la idea que se forman de la fiesta, como en lo que mira a la reproducción de los pensamientos de Jesús. Berning, que en la obra arriba citada se ha propuesto descubrir el texto del banquete eucarístico lo más aproximado posible al primitivo y explicar cómo de allí pudieron desarrollarse los distintos relatos, llega a la siguiente conclusión (l. c. 160): «La diversidad de relatos se explica por la diversa manera de utilizar la tradición, motivada por fines particulares; y la coincidencia, que en algunos pasajes llega hasta los términos y aun a frases enteras, presupone una tradición oral fija».

[1] Estas palabras encierran el anuncio de lo que poco después había de suceder; no designan todavía, por consiguiente, el acto real de ofrecer la víctima, o la comunión, que no se verifica hasta que están consagradas ambas especies. «Dar gracias» y «bendecir» significan *las palabras mismas de la consagración,* que luego siguen palabra por palabra; con lo mismo se da a entender que *la fracción del pan* siguió a la consagración. La exposición es clara; primero se nos dice lo que se refiere a una especie y luego lo que a la otra. No había que temer error en esto, pues bien sabían los cristianos por la celebración de la Misa la sucesión de cada acto y de cada palabra. Otros entienden «dar gracias» y «bendecir» de una oración especial que Jesús, tomando pie de una oración del ritual judío, habría pronunciado *antes* de consagrar la ofrenda, dando a la acción de gracias un contenido más elevado, y a la bendición un fin más alto. «El Salvador dió, quizá, gracias por los beneficios otorgados a su santísima humanidad y a todo el linaje humano, sobre todo por tener él ocasión de librar a los hombres con su muerte de cruz de la miseria del pecado y de la esclavitud del demonio, y de darles el manjar más precioso y sublime en el Santísimo Sacramento. Cumpliólo con júbilo de su corazón y dió gracias y alabanzas a Dios. Bendijo asimismo el pan y el cáliz, y los preparó para la transustanciación que quería operar como Dios en unión del Padre y del Espíritu Santo» (Berning, *Die Einsetzung der heiligen Eucharistie* 84).

[2] Si Jesús quiso decir que su *cuerpo real* estaba presente, no pudo expresarse con mayor claridad; pero si quiso decir que se trataba de un símbolo, no pudo hablar con más imprecisión y con más peligro de inducir a error (para más detalles, véase núm. 346 ss.).

[3] Según I *Cor.* 11, 24: «que es partido por vosotros», a saber, en la muerte, mediante la muerte; como si dijera: «mi cuerpo que ofrezco por vosotros, mi cuerpo ofrecido como víctima». En la consagración del cáliz, el original griego trae el verbo en presente: *que es derramado.* Así queda expresado con más vigor que el cuerpo y la sangre de Cristo están allí presentes *como sacrificio,* de manera incruenta, pero el mismo cuerpo que al día siguiente fué inmolado en la Cruz, la misma sangre que de manera violenta fué separada del cuerpo y derramada. Expresan, por tanto, estas palabras, que el Salvador quería ofrecer *en aquel instante* bajo las especies separadas de pan y vino el mismo sacrificio redentor que consumó al día siguiente en el Gólgota, es decir: que *instituía el Santísimo Sacramento como sacrificio,* en el cual participaron los discípulos recibiendo la santa Comunión.

[4] En estas palabras, que Jesús repitió en la consagración del cáliz (cfr. I *Cor.* 11, 25), se encierra el poder y la orden de obrar aquel cambio inaudito en recuerdo de la muerte cruenta del Señor, para renovar el sacrificio redentor de la Cruz y para dar en alimento a los fieles el cuerpo mismo de Cristo. Con ellas queda también **instituído el sacerdocio del Nuevo Testamento** y se da cumplimiento a las dos grandes profecías del sacerdocio eterno de Cristo según el orden de Melquisedec y del sacrificio puro que se ofrecerá al Señor desde el orto al ocaso (*Ps.* 109, 4. *Malach.* 1, 11; cfr. *Conc. Trid. sess. XXII, c. 1 et can. 2 de sacrif. Missae).* Encierran también esas palabras una invitación a todos los creyentes a participar en el Santo Sacrificio y a gustar del Santísimo Sacramento. Por eso dice san Pablo (I *Cor.* 11, 26): «Cuantas veces comiereis este pan y bebiereis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (es decir, hasta el Juicio).

[5] De aquí dedujeron los herejes que a todos los fieles está mandada *la comunión bajo ambas especies.* Pero, tomadas al pie de la letra las palabras, son una invitación a comulgar sólo bajo la especie del vino, lo cual nadie ha sostenido. Las palabras de Cristo deben

la sangre del Nuevo Testamento [1], *la cual será derramada por muchos* [2] *para remisión de los pecados. Haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria mía.* Y todos bebieron de él.

346. Con la **institución de la Eucaristía** cumplió el Señor la promesa que un año antes hiciera; ahora ven los apóstoles a aquél en quien habían creído [3], y reconocen cuán liberalmente cumple su palabra y las figuras y promesas del Antiguo Testamento [4]. Contemplan al divino Maestro, al Salvador del mundo, dispuesto a derramar su sangre en una cruz por los pecados del mundo, y admiran el amor infinito que le impulsa a instituir de antemano la renovación perpetua e incruenta de su sacrificio redentor (cfr. *Luc.* 22, 15). Tomando ocasión del sacrificio figurativo y del banquete del cordero pascual, instituye la realidad, el cumplimiento de la figura, y los apóstoles le reconocen por el verdadero Cordero (I *Cor.* 5, 7), cuya sangre libra al mundo de la muerte eterna, cuya carne sacratísima alimenta el alma para el viaje por el desierto de esta vida. En él ven el modelo y el cumplimiento de todos los sacrificios, al cordero que se inmola *(Apoc.* 5, 12), al fundador de la Nueva Alianza que rocía a su pueblo con su propia sangre, al Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec.

347. Viéronse *instituídos lugartenientes* del Pontífice eterno, para ofrecer desde el orto al ocaso en todos los pueblos de la tierra el sacrificio incruento infinitamente inmaculado; para anunciar por medio del mismo la muerte del Señor y renovar realmente su sacrificio redentor, hasta que Jesucristo venga a juzgar a los hombres al fin del mundo (I *Cor.* 11,26); para disfrutar del sagrado convite de la carne y sangre de Jesucristo, cordero sin mancilla, verdadero maná, pan vivo y vivificante venido del cielo, y distribuirlo a los fieles como alimento del alma para la vida eterna, como medio para vivir estrechamente unido y en íntima comunidad con el divino Redentor, como fuente inagotable de gracias celestiales y como prenda de la eterna felicidad.

Acerca de todo esto les instruyó el divino Maestro al instituir la Eucaristía (véase núm. 344), y según las instrucciones celebraron en adelante los divinos misterios, ellos, sus sucesores y toda la cristiandad, durante 15 siglos.

---

de significar, por consiguiente, otra cosa, a saber, como lo vimos ya: que no beba cada uno de su propio cáliz, sino todos del que acaba de consagrar, lo cual había el Salvador expresado poco antes con las palabras: «Tomad y partidlo entre vosotros» *(Luc.* 22, 17). De aquí se comprende también la falta de análogas palabras al alargar la especie de pan, porque el Salvador mismo «partió el pan» y dió a cada uno de ellos un bocado.—En la *institución* de la Eucaristía debían estar presentes ambas especies sacramentales, porque se trataba del *sacrificio* de la Nueva Alianza, el cual mediante la separación de ambas especies representa el sacrificio cruento de Cristo en la Cruz; y *para los apóstoles* era necesario recibir *ambas especies,* porque aquí les instruyó el Salvador acerca del *sacrificio* incruento *que celebraba con ellos,* mientras les consagraba sacerdotes de la Nueva Alianza.—Ambas especies van siempre estrechamente unidas en la Santa Misa y en la comunión del sacerdote, sin que se permita excepción alguna. (Más detalles núms. 347 y 349.)

[1] Las palabras recuerdan las de Moisés al concertarse la Alianza del Sinaí, y quieren decir que Jesús instituye aquí el *sacrificio de la Nueva Alianza (Hebr.* 9, 19 ss.). En san Lucas (22, 20; cfr. I *Cor.* 11, 25) se lee: «Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, (cáliz) que por vosotros será derramado»; en lo cual nos dice con toda claridad que la sangre eucarística contenida en el cáliz es la *sangre de la víctima.*

[2] Objetivamente Cristo «ha muerto *por todos*» (II *Cor.* 5, 14-s.), «por los pecados del mundo entero» (I *Ioann.* 2, 2); subjetivamente, sólo por *muchos,* pues no todos participarán de los frutos de la Redención; pero ellos tendrán la culpa y ellos serán responsables, por «haber hollado al Hijo de Dios y tenido por inmunda la sangre del testamento por la cual fué santificado, y ultrajado al Espíritu Santo» *(Hebr.* 10, 29; cfr. núms. 289 y 292; también núms. 109, 239, 273, etc.).

[3] Cfr. núms. 184 ss. y 188; también núm. 179 s.; II *Tim.* 1, 12.

[4] Los sacrificios en general, especialmente el del cordero pascual, el de la Alianza del Sinaí y el de Melquisedec, las profecías de Cristo, Pontífice eterno, como también las de los sacerdotes y el sacrificio incruento de la Nueva Alianza.

Entonces surgieron *herejes* que, a pesar de las claras palabras del Señor tanto en la promesa como en la institución de la Eucaristía, y a pesar de las figuras y profecías del Antiguo Testamento, contradiciendo abiertamente la fe y la tradición de toda la cristiandad, se atrevieron a negar el misterio santísimo del amor. Del sacrificio de la Nueva Alianza hicieron *una mera cena, negando el sacrificio* y en parte también la *presencia real* del Señor, y afirmando que todo ello no es sino un símbolo de la Pasión de Cristo y de la participación en sus gracias.

348. Mas he aquí las pruebas de haber el Redentor instituído la Eucaristía **como sacrificio:**

a) Jesús escoge la *Pascua judía* para instituir la Eucaristía; siendo esta fiesta figura de un sacrificio sublime y santísimo, ¿cómo es posible que al cumplimiento, a la realidad, le faltara el carácter de sacrificio? [1] El Salvador mismo lo hace resaltar de una manera indubitable en las *palabras de la institución,* las cuales en el texto griego original lo dicen con más fuerza y claridad, si cabe, y aluden manifiestamente al sacrificio del Sinaí (véase núm. 344).

b) Obsérvase que *sin este sacrificio,* falta a la Nueva Alianza lo más sublime, el centro del culto público, y queda sin correspondencia ni cumplimiento el culto hebreo de los sacrificios, instituído y dispuesto en todos sus pormenores por el mismo Dios. Y por lo mismo vemos tan misteriosamente *figurado* nuestro sacrificio en el de Melquisedec, y *prometido* con palabras tan claras por David y Malaquías, y aun por Isaías, el cual, al hablar de sacerdotes y de levitas, presupone sin género de duda la existencia de sacrificios (véase núm. 345).

c) Lo dice también expresamente *el Apóstol de las gentes.* He aquí sus palabras acerca de la celebración de los divinos misterios: «Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, *anunciaréis la muerte del Señor* hasta que venga», es decir, celebraréis su inmolación. Habla el Apóstol del cáliz de bendición, que es la comunicación de la sangre de Cristo, del pan que partimos, que es la participación del cuerpo de Cristo, y del *altar* donde los cristianos se sientan a este sagrado banquete, altar que excluye toda participación en los altares y sacrificios de los gentiles, y del cual no pueden comer ni siquiera los que sirven en el Tabernáculo, es decir, los que están dedicados al altar y a los sacrificios de los judíos, mera sombra y figura del verdadero sacrificio [2].

d) Los santos Padres y los Concilios, las representaciones de las catacumbas [3], las oraciones de la Santa Misa, confirman desde la época de los apóstoles la *fe* cierta y universal *de la Iglesia* en la institución divina de la Eucaristía como verdadero sacrificio y banquete sagrado [4]. Es más, las liturgias más antiguas de toda la Iglesia guardan en el *Ordo Missae* relación con la fiesta judía de la Pascua, cosa imposible de explicar, de no tener su origen en aquella primera celebración, la noche de la Pascua judía, y de no haber sido dispuesta

---

[1] Lo insinúan las palabras del Precursor: «He aquí el cordero de Dios, etc.» (núm. 98); la alusión del cuarto Evangelio al cordero pascual (19, 36): «No le quebraréis hueso alguno»; el nombre de «cordero inmaculado» que nos redimió con su sangre (I *Petr.* 1. 19) y aquello de san Pablo (I *Cor.* 5, 7): «Cristo ha sido inmolado cual cordero pascual»; finalmente la aparición de Jesús ante el trono de Dios cual «cordero, como muerto» (*Apoc.* 5, 6). En la Eucaristía se ofrecen incruentamente al eterno Padre el mismo cuerpo y la misma sangre que se ofrecieron en la Cruz en sacrificio cruento; y los ofrece el mismo Pontífice, con la misma sumisión y obediencia; aquí la separación de especies representa la separación violenta de cuerpo y sangre del sacrificio cruento.

[2] Cfr. I *Cor.* 11, 26; 10, 16-21; *Hebr.* 8, 5; 13, 10.

[3] Cfr. Wilpert, *Fractio panis. Die älteste Darstellung des eucharistischen Opfers* (Friburgo 1895).

[4] Cfr. Gihr, *Das heilige Messopfer dogmatisch, liturgisch und aszetisch erklärt*14-16 (Friburgo 1918), § 52-54, § 76 y 77; además Kramp, *Messliturgie und Gottesreich* I y II3-5 (*Ecclesia orans.* Friburgo 1922); el mismo, *Eucharistia. Von ihrem Wesen und Kult* (Friburgo 1924). Rauschen, *Eucharistie und Busssakrament*2 (Friburgo 1910), § 3, página 43 s.

en todos sus pormenores por el divino Redentor y sus apóstoles [1]. Las oraciones de la Iglesia atestiguan que siempre se consideró la Misa, no como mero recuerdo, sino como renovación real e incruenta del sacrificio cruento de la Cruz: «Concédenos celebrar dignamente estos sagrados misterios: *porque, cuantas veces celebramos la memoria de este sacrificio, ejércese la obra de nuestra Redención»* (Secreta de la Misa de la Domínica IX después de Pentecostés).

349. Zuinglio y otros innovadores del siglo XVI opinaron haber Jesucristo instituído un **banquete conmemorativo** de la Pasión, en el cual el pan y el vino fueron *símbolos* de su cuerpo y sangre, de suerte que el sentido de las palabras de la institución sea el siguiente: «Esto *significa* mi cuerpo, etc.»; mas la explicación ha nacido quince siglos retrasada, contradice a las palabras claras y precisas de la promesa y de la institución de la Eucaristía, a la fe no menos claramente expresada y a la práctica constante de toda la cristiandad. Si el Salvador quiso dejarles un símbolo de su cuerpo y sangre, un *recuerdo gráfico* de su muerte de cruz, disponía de imágenes mejores y más comprensibles que el pan y el vino. Una talla, o una pintura de su Pasión, hubiera producido el mismo efecto; y aun el cordero pascual era una imagen más adecuada y conmovedora que el pan y el vino, los cuales ninguna relación tienen con la Pasión y muerte. Precisamente el haber el Redentor descartado la imagen conmovedora del cordero pascual, demuestra que la sustituyó por el cumplimiento pleno y verdadero, y que bajo las especies de vino y pan no quiso *darnos nuevas figuras,* sino la realidad misma, su sacratísimo cuerpo y su preciosísima sangre, como los ofreció a su eterno Padre en la Cruz. De manera admirable definió el Concilio Tridentino el dogma católico relativo a la Eucaristía, a la sagrada Comunión y al Santo Sacrificio de la Misa (*sess.* XIII, XXI, XXII).

350. Acerca de la Comunión en una sola especie [2], la Iglesia mantuvo siempre la misma doctrina, a saber, que en ella recibe el cristiano a Cristo vivo y glorioso: *en la especie del pan, el cuerpo vivo de Cristo glorioso,* como está ahora en los cielos, juntamente con su sangre; *en la especie de vino, su sangre viva,* juntamente con su sacratísimo cuerpo. Hasta el siglo XII se distribuía la comunión a los fieles por lo general en las dos especies; pero también se daba en *una sola* especie: en la de vino, a los niños que habían recibido el Bautismo; y en la de pan, a los enfermos, presos, anacoretas, y en general a todos los que no podían comulgar en la iglesia durante el sacrificio de la Misa. Por razones de conveniencia, en el siglo XII comenzó a darse la Comunión sólo bajo la especie de pan. Los Concilios de Constanza, Basilea y Trento [3] determinaron expresamente, frente a las exigencias de los husitas y protestantes, que se administrase la Eucaristía sólo bajo la especie de pan.

---

[1] Bickell, *Zusammenhang der apostolischen Liturgie mit dem jüdischen Kultus, insbesondere dem Pascharitual,* en *Kath* 1871, II. 129 257 385 513 y 1872, I, 245 294 (apareció también editado aparte con el título: *Messe und Pascha* [Maguncia 1878]); *ZKTh* 1877, 311; Baumstark, *Die Messe im Morgenland* (Kempten 1906).

[2] Cfr. página 361, nota 5.

[3] *Sess. XXI de commun.* c. 2.—En su artículo: *Brot und Wasser, die eucharistischen Elemente bei Justin (TU* VII, 2 [1891], 115) sostuvo Harnack que la Iglesia primitiva se mostró indiferente respecto del elemento del vino, y que la institución de Cristo se entendió en el sentido de que la consagración no se refería en forma preceptiva al pan y al vino, sino al comer y al beber, es decir, al convite. Frente a estas afirmaciones, tras concienzudo examen de las fuentes de los primeros siglos del Cristianismo, demuestra Scheiwiler de una manera incontrovertible (*Die Elemente der Eucharistie in den ersten drei Jahrhunderten* [Maguncia 1904] en *FLD* III, fascículo 4) que la primera Iglesia cristiana tenía la viva convicción de que lo importante en el banquete eucarístico era los elementos, no el banquete en cuanto tal; la consagración va unida al banquete, mas sólo porque éste se compone de los elementos eucarísticos. Prueba además que no eran indiferentes los elementos; el pan y el vino (mezclado con agua) estaban prescritos con todo rigor por el canon eclesiástico.—También en el campo de la ciencia protestante se han levantado protestas contra Harnack.

351. Al disponer la Iglesia que se *mezclen algunas gotas de agua al vino* que se ha de consagrar en la santa Misa, sigue lo que el Salvador hizo y lo que siempre se observó. En la *copa* que recorría la mesa en la *cena pascual* se solía echar un poco de agua al vino; y en general era *costumbre* de los antiguos mezclar agua al vino; lo contrario se tenía por señal manifiesta de intemperancia. *Las antiguas liturgias* prescriben la mezcla, alegando el ejemplo del Salvador. En la misma forma se expresan los santos Padres [1]. La Iglesia le atribuye significado *simbólico* al suplicar a Dios que, «por el misterio de esta agua y del vino, participemos de la divinidad de aquel que se dignó hacerse participante de nuestra humanidad».

106. Palabras de consuelo y exhortación a los discípulos

(*Matth.* 26, 30-35. *Marc.* 14, 26-31. *Luc.* 22, 24-38. *Ioann.* 13, 33-38)

1. El precepto de la caridad. 2. Palabras de aviso y consuelo a Pedro. 3. Palabras de consuelo y exhortación a todos los discípulos. 4. La hora de la prueba.

352. Como se acercase ya el momento de la separación, tomando Jesús un tono de entrañable amor, dijo a sus discípulos: «¡Hijitos! por un poco de tiempo aun estoy con vosotros. Vosotros me buscaréis; y así como dije a los judíos: Adonde yo voy no podéis venir vosotros, eso mismo os digo a vosotros ahora [2]. *Un nuevo mandamiento os doy:* que os améis unos a otros; y que, del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente [3]. Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis un tal amor unos a otros» [4].

353. Dícele *Simón Pedro* [5]: «Señor ¿adónde te vas?» [6] «Adonde yo voy, le responde Jesús, tú no puedes seguirme ahora; me seguirás después». Pedro

---

[1] Así el canon de Santiago, el de san Basilio. el de san Justino (*Apol.* I 61), el de Eutiquio (*De Pasch. et S. Euchar.*, en *Nova bibl. Patr.* IV 6). Kraus, *Realenzyklopädie* II 309 ss.

[2] A saber, a la muerte y al Padre. Lo que antes (cfr. núm. 227) había Jesús negado en absoluto a los judíos, se lo niega ahora a los discípulos relativamente, es decir: no pueden *ahora* todavía ir a donde él va. Por eso les participa también ahora **su testamento.**

[3] *El precepto de amar al prójimo como a sí mismo* es tan antiguo como la humanidad; está fundado *en la ley natural,* pues somos hijos de *un* Padre (*Malach.* 2, 10); en la *Ley mosaica* se inculca juntamente con el precepto del amor a Dios; y era bien conocido de los judíos (cfr. núms. 222 s. y 313). Pero dominado el linaje humano por el pecado y las pasiones, antes de Jesucristo fué muy poco atendido por los *paganos* este precepto natural, y los judíos lo limitaron a los compatriotas y correligionarios (núm. 222). *Es un precepto nuevo,* en cuanto que el Redentor lo inculcó de nuevo a los hombres, quitó las restricciones que le habían impuesto los judíos, lo anunció en todo su vigor y perfección y alcanzó para los hombres la gracia de cumplirlo de una manera perfectísima por motivos sobrenaturales y con heroico vencimiento del hombre sensual y de las pasiones. *Este amor perfecto,* verdaderamente fraterno y del todo sobrenatural vemos florecer entre los primeros cristianos, que eran *un solo* corazón y *una sola* alma; y tan nuevo pareció al mundo este ejemplo de verdadera caridad, que los gentiles exclamaban admirados: «¡Ved cómo se aman!» La caridad sigue viviendo en la Iglesia de Cristo y resplandece de una manera particular en los establecimientos que ha levantado la *caridad cristiana,* en especial en las Ordenes y Asociaciones Religiosas que se dedican a la práctica y al ejercicio de esta virtud.

[4] ¡Cómo había de poder nadie ser verdadero discípulo de Jesús sin esta caridad, amándonos Cristo tan entrañablemente, habiendo dado su vida por nosotros y habiéndonos ordenado que amemos a los demás como él nos amó a nosotros! Por eso dice san Agustín: «Sólo la caridad distingue a los hijos de Dios de los hijos de Luzbel». Y en otro lugar: «Quien en sus costumbres tiene la caridad, tiene todo lo que está manifiesto y escondido en las divinas letras» (*Tract. 5 in Ioann. Doctr. christ.* 3, 10).

[5] Acerca de las conversaciones íntimas de Jesús con los discípulos, que en lo que sigue llegan al grado sumo, cfr. núm. 173 ss.

[6] Pedro, llevado de su grande y ardiente amor a Jesús, no acababa de comprender el sentido de las palabras: «Adonde yo voy, etc.»; de ahí la pregunta: «*Domine, quo vadis?*

le dice: «¿Por qué no puedo seguirte al presente? Yo estoy dispuesto a dar mi vida por ti». Replícale Jesús: «¿Tú darás la vida por mí? En verdad, en verdad te digo, hoy mismo en esta noche, antes que el gallo cante por segunda vez, me negarás tres veces. ¡Simón, Simón! mira que Satanás va tras de vosotros [1] para zarandearos como el trigo [2]; *mas yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca* [3]*; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos»* [4].

354. Y volviéndose a todos ellos, les dijo: «*Todos vosotros padeceréis escándalo por causa de mí esta noche;* por cuanto está escrito: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño [5]. Mas en resucitando yo, iré delante de vosotros a Galilea» [6]. Respondiendo Pedro [7], le dijo: «Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo; dispuesto estoy a ir contigo a la cárcel y a la muerte». Y a este tenor seguía hablando: «Aunque me sea forzoso morir contigo, yo no te negaré». Eso mismo protestaron todos los discípulos [8].

355. Y Jesús les dijo: «En aquel tiempo en que os envié sin bolsa, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó alguna cosa?» [9] «Nada», respondie-

—¿Señor, adónde vas?» Jesús le repite a él en particular: «Tú no puedes seguirme ahora», mas luego le promete que después le seguirá en la cruz y en la muerte, como se lo dijo más claramente después de la Resurrección. — A unos 5 minutos de las murallas meridionales de Roma, allí donde se separa la vía Ardeatina de la vía Apia, hay una *iglesita* primitiva: *Domine, quo vadis,* con la cual se relaciona la siguiente leyenda: En tiempo del emperador Nerón, Pedro, que llevaba ya varios meses aherrojado en la cárcel, dejóse por fin convencer por las súplicas y los ruegos de los fieles a que abandonase a Roma y se conservase para la Iglesia. Había ya el Apóstol pasado los muros de la ciudad, cuando le salió al encuentro Jesús con la Cruz a cuestas. Pregúntale Pedro: «*Domine, quo vadis?*— ¡Señor! ¿adónde vas?», y Jesús le responde: «Voy a Roma a hacerme crucificar de nuevo». Pedro entendió el aviso, volvióse a Roma, fué prendido y murió en una cruz, como su divino Maestro. Así cuenta la leyenda san Ambrosio (*Sermo c. Auxent. n. 13;* en *Migne* 16, 1001; cfr. A. de Waal, *Roma Sacra. Die ewige Stadt in ihren christlichen Denkmälern und Erinnerungen alter und neuer Zeit,* Munich 1905, 46). El mismo, *Rompilger. Wegweiser zu den wichtigsten Heiligtümern... der ewigen Stadt*[12] (Friburgo 1925, Herder) 294.   [1] Como pidió permiso para tentar a Jacob.

[2] Que se zarandea recio; figura de la tentación violenta. Dios lo permitió para educar a los apóstoles más y más en la fe y en la caridad, para robustecerlos en la humildad y fortalecerlos en la convicción de que nada podían sin la gracia divina.

[3] Pedro no vaciló en la fe; pero le faltó valor para confesarla con intrepidez. La oración del Salvador consiguió al momento la conversión, y probablemente luego reunió el Príncipe de los apóstoles a los discípulos dispersos y levantó su ánimo decaído.—Toda la antigüedad cristiana refirió esta promesa de Cristo, no sólo a Pedro, sino también *a los sucesores del mismo* en la Silla Apostólica, la cual, en virtud de esta divina promesa, permanece *exenta de todo error* (cfr. san León Magno, *Sermo de Natali SS. Petri et Pauli;* san Cipriano, *l. 1 epist. 3 ad Cornel.),* como lo declaró el *Concilio Vaticano* en el decreto de la *Infalibilidad doctrinal del Papa (sses. IV, Constit. dogm. I «Pastor aeternus»* e. 4; cfr. *Kath* 1870, I 687, II 25).

[4] Una explicación detenida del pasaje puede verse en *Kath* 1868, I 404; cfr. 1875, II 357.

[5] Cfr. *Zach.* 13, 7. A la predicción de la infidelidad transitoria de los discípulos añadió Jesús otra, de la cual debían colegir que no por ello los reprobaba. Tan cierto como había de acaecer la primera, había también de suceder la segunda. ¡Qué consuelo para los discípulos espantados en el momento de la prueba!   [6] Véase núm. 490.

[7] De nuevo manifiesta Pedro fiarse demasiado en la fuerza de su amor y en la propia fortaleza, y no sufre ser equiparado a los demás. Se exceptúa a sí mismo; el aplomo le viene del corazón, su voluntad es buena; pero olvida la humildad y la modestia, no cuenta con la necesidad de la gracia y, en vez de pedir con humildad el auxilio divino, confiado en sí mismo, se antepone a los demás apóstoles. Aquella misma noche había de aventajar a todos... en flaqueza y cobardía (cfr. también pág. 222, nota 6).

[8] Estimulados por las afirmaciones rotundas de Pedro, no querían quedar atrás, y, en su amor a Jesús, no creían posible padecer escándalo por causa de él.

[9] Cfr. núm. 173 ss. Inútil empeñarse en convencerlos de lo contrario; con ello habría contribuído a robustecerlos más en la propia confianza, como sucedió con Pedro;

ron ellos. «Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsa, llévela, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica, y cómprela. Porque yo os digo, que es necesario que se cumpla en mí todavía esto que está escrito: El ha sido contado entre los malhechores (*Is.* 53, 12). Pues las cosas que de mí fueron escritas, van al término (de su cumplimiento)». Mas ellos le dijeron: «Señor, he aquí dos espadas» [1]. Pero Jesús les respondió: «Basta» [2].

107. Despedida de Jesús

(*Ioann.* cap. 14-16)

1. Las mansiones celestiales. 2. El camino para el Padre. 3. Promesa del Espíritu Santo. 4. La paz del Señor. 5. Cristo, verdadera cepa; «Permaneced en mi amor». 6. Precepto de la caridad. 7. Odio y persecución del mundo. 8. Acción del Paráclito en la tierra. 9. El duelo de los discípulos se tornará en alegría. 10. La oración en nombre de Jesús. 11. Vuelve a hablarles de la ida al Padre. 12. Conocimiento y confesión de los discípulos.

356. «*No se turbe vuestro corazón* [3]. Pues creéis en Dios, creed también en mí [4]. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones [5]; que si no fuese así, os lo hubiera yo dicho. Yo voy a preparar lugar para vosotros. Y cuando haya ido y os haya preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo [6], para que donde yo estoy, estéis también vosotros. Que ya sabéis adónde voy, y sabéis asimismo el camino» [7].

---

por eso les indica Jesús que ya ha llegado *la hora de la prueba:* Antes se os ha recibido con alegría como a discípulos míos y se os ha ofrecido de buena gana todo lo necesario; ahora que voy a ser tratado como un malhechor, vais a ser odiados y perseguidos conmigo, y entraréis en guerra con todo el mundo; debéis, pues, pensar en vuestra propia defensa. *El Salvador hablaba simbólicamente;* los apóstoles lo tomaron al pie de la letra. Jesús lo permitió, porque el uso que Pedro hizo de la espada en el momento de ser prendido le daba ocasión de mostrar su dulzura y mansedumbre, como también su divino poder y la espontaneidad de la Pasión (cfr. núm. 239), y de imprimir en los discípulos de manera imborrable esta verdad: que a nadie le está permitido oponer resistencia a la autoridad pública.

[1] De aquí nació en la Edad Media la figura de las dos espadas, símbolo de la autoridad eclesiástica y de la civil y de las relaciones recíprocas de ambos poderes (cfr. Hergenröther, *Katholische Kirche und christlicher Staat in ihrer geschichtlichen Entwicklung,* Friburgo 1872, 379 ss.).

[2] Jesús rompe la conversación acerca de este asunto para consolar a los discípulos que con lo anterior habían quedado muy intranquilos. En el *discurso de despedida* que sigue a continuación declara de manera cordialísima y conmovedora los nobles sentimientos de su corazón, en especial su sabiduría, bondad y amor.—Bella explicación del discurso de despedida ofrece von Keppler, *Unseres Herrn Trost,* Friburgo 1887; [2 y 3]1914, refundición de Simon Weber. Stettinger combate a los críticos modernos en *Textfolge der Johanneischen Abschiedsreden* (Viena 1918) y en *Geschichtlichkeit der Johanneischen Abschiedsreden* (Viena 1919).

[3] Este es el *primer consuelo* que da Jesús a sus desalentados discípulos: No os turbéis pensando en lo que os he dicho acerca del traidor, acerca de mi ida al Padre y acerca de vuestro porvenir.

[4] Según el original griego: «Creed...», es decir, venced con fe doblada vuestra conmoción interior: por la fe *en Dios,* porque él es la bondad, el amor y la omnipotencia, porque su corazón paternal abarca a todos sus hijos, porque en su casa pueden caber todos; por la fe *en mí,* porque yo soy igual al Padre en amor y omnipotencia, porque con pleno conocimiento de causa os ofrezco los motivos de consuelo.

[5] *Motivo principal de consuelo* es: que en el cielo, la casa de Dios, hay sitio, no sólo para Jesús, el Hijo que regresa a la casa paterna, sino también para todos los que por Jesús se hacen hijos queridos de Dios; de ser de otra suerte, no se lo habría ocultado Jesús, que tantas veces les dijo cosas duras y difíciles; pero no, Jesús va adelante (*Hebr.* 2, 10; 5, 9), y todos los suyos han de unírsele de nuevo en la «casa del Padre».—Las «muchas mansiones» son los distintos grados de gloria celestial.

[6] Vuestra alma, al morir; y, en la resurrección de la carne, vuestro cuerpo, que se unirá glorioso al alma.

[7] Habíales dicho con frecuencia que iba al Padre y que, como con su vida y su doc-

Dícele Tomás: «Señor, no sabemos adónde vas; pues ¿cómo podremos saber el camino?» [1] Respóndele Jesús: «**Yo soy el camino, y la verdad, y la vida** [2]; nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubieseis conocido a mí (como a Hijo de Dios, igual al Padre en naturaleza), hubierais sin duda conocido también a mi Padre; pero le conoceréis luego, y ya le habéis visto» [3]. Dícele Felipe: «Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta». Jesús le responde: «Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y aun no me habéis conocido? Felipe, **quien me ve a mí, ve también al Padre.** Pues, ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? [4] ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; mas el Padre que está en mí, él mismo hace las obras. ¿Cómo no creéis que estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Creedlo a lo menos por las obras que yo hago [5]. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ése hará también las obras que yo hago, y las hará todavía mayores; por cuanto yo me voy al Padre [6]. Y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre [7], yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo me pidiereis en mi nombre, yo lo haré» [8].

357. «*Si me amáis, observad mis mandamientos* [9]. Y yo rogaré al Padre,

---

trina, así también con su ida al Padre él mismo es el camino de los hombres al Padre. Los apóstoles «sabían también esto, pero no sabían que lo sabían», dice ingeniosamente san Agustín, es decir, no pensaban en ello por el momento (cfr. núms. 230 ss., 270, 302 ss. y 352 s.).

[1] Tomás, el melancólico, mira las cosas por el lado sombrío, en vez de contemplarlas en su aspecto consolador y risueño. Ve claro que Jesús va al Padre y que es el camino para el Padre, por ser la verdad absoluta (*Ioann.* 8, 32, 17, 3; I *Ioann.* 5, 20) y por ser la vida (*Ioann.* 11, 25).

[2] *Jesús es el único medianero* entre Dios y el hombre (*Hebr.* 7, 25; 9, 15; 12, 24. I *Petr.* 3, 18; *Rom.* 5, 2) por lo que hizo y hace por nosotros y sobre todo por su muerte redentora, pero también por haber fundado la Iglesia, enviado al Espíritu Santo, instituído la Santa Misa y los sacramentos y santificado las almas. El es el *camino* que deben seguir cuantos quieran ir al Padre. El es *la verdad* que todos deben creer. El es *la vida,* la fuente de la vida natural y sobrenatural, la vida de la gracia y de la gloria, la causa de la resurrección futura (cfr. núms. 41 y 270). También se explican los tres títulos de Cristo por estas tres equivalencias: camino, Rey; verdad, Maestro; vida, Sacerdote.

[3] Desde ahora, desde mi glorificación, vosotros, iluminados por el Espíritu Santo, conoceréis completamente lo divino en mí y con ello también lo divino en el Padre, y, por ende, al Padre mismo; lo habéis conocido ya, aunque no con tanta perfección.

[4] Felipe desea una aparición visible del Padre; la tenía de manera perfectísima en el Hijo encarnado (*Ioann.* 1, 14; núm. 41), y la divinidad invisible se manifestaba en la verdad divina que éste anunciaba y en las obras y en los milagros que obraba (cfr. núm. 253 ss.).

[5] Tanto por las mías como por otras aun mayores que vosotros mismos haréis cuando yo oiga vuestras oraciones y atienda vuestras súplicas. El Salvador alude a la maravillosa expansión de su obra, la Iglesia, mediante los apóstoles. Jesús dice que oirá las súplicas de sus discípulos, y más tarde (*Ioann.* 16, 23) dice que las oirá *el Padre;* y es que él posee, como el Padre, la esencia divina y obra todos los milagros divinos (núm. 133 s.); aparte de esto, los méritos de Cristo tienen virtud impetratoria.

[6] La muerte de Cristo, su Resurrección y Ascensión y su gloria a la diestra del Padre son el fundamento de aquella espléndida actividad de los apóstoles en la propagación de la Iglesia (cfr. *Marc.* 16, 19 20; *Act.* 1, 8).

[7] Hemos de *pedir al Padre por el Hijo,* como hace la Iglesia en todas las oraciones. Mas esto no empece para que acudamos a la intercesión de los Santos; pues Dios mismo nos dice (cfr. núm. 101 s.) que los Santos oran en nombre de Jesús, y el Salvador promete aquí expresamente otorgar y atender sus ruegos.—*Orar en nombre de Jesús* quiere decir: *a)* orar con *fe* viva en Jesús y *confiados* en la virtud de los méritos de su Redención; *b)* orar unidos con Cristo *en espíritu y en sentimientos,* de la manera como nos lo enseña en el «Paternóster». Semejante oración es siempre oída (núm. 215).

[8] Nótese: «Cuanto pidiereis al Padre»; y luego: «si algo me pidiereis»; en ambos casos añade: *yo lo haré.* Las oraciones dirigidas a Jesucristo son, por consiguiente, de igual virtud y eficacia que las dirigidas al Padre.

[9] Así como antes les exhortó a la *fe* y a la *esperanza,* les inculca ahora la *caridad,* que se manifiesta en la fiel observancia de los mandamientos (cfr. núm. 215) y les anuncia

y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros eternamente, a saber [1], el **Espíritu de verdad** [2], a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce [3]; pero vosotros le conoceréis; porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos; yo volveré a vosotros. Aun resta un poco de tiempo; después del cual el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veréis; porque yo vivo, y vosotros viviréis [4]. Entonces [5] conoceréis vosotros que yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en mí, y yo en vosotros. Quien ha recibido mis mandamientos, y los observa, ese es el que me ama. Y el que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré, y yo mismo me manifestaré a él» [6].

Dícele Judas, no el Iscariote: «Señor, ¿qué causa hay para que te hayas de manifestar claramente a nosotros, y no al mundo?» Jesús respondió así: «Cualquiera que me ame, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él [7]. Pero el que no me ama, no practica mi doctrina. Y la doctrina que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me ha enviado. Estas cosas os he dicho conversando con vosotros. *Mas el Paráclito, el Espíritu Santo,* que mi Padre enviará en mi nombre [8], os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas» [9].

---

la *venida del Espíritu Santo* y las condiciones que son necesarias para recibirle y, mediante él, participar de las gracias de Cristo.

[1] La palabra griega *paraclêtos* significa *padrino, abogado, intercesor, consolador.* Todo esto es el Espíritu Santo, el cual, como causa de la santificación y distribuidor de los dones y gracias sobrenaturales, vive en la Iglesia y en las almas de los justos, y permanece en ellos eternamente, es decir, los ilumina, fortalece, santifica y consuela en las tribulaciones, en las luchas y combates contra el espíritu de la mentira y del pecado.— Jesús le llama *otro consolador,* para distinguirlo de sí mismo; viniendo aquél, no quedarán huérfanos los apóstoles, aunque Jesús se les vaya. De donde se sigue *que el Espíritu Santo es una persona divina distinta del Padre y del Hijo;* esto se confirma por las *propiedades* que luego se le atribuyen. Aquí se dice que *el Padre le envía;* en otro lugar, que el Hijo es quien le envía (*Ioann.* 15 26; 16, 7 13 ss.). El es el Espíritu del Padre y del Hijo (página 214, nota 6). Procede *del Padre y del Hijo* desde la eternidad y es enviado por el Padre y el Hijo en el tiempo (cfr. Pohle, *Lehrbuch der Dogmatik* I[5], Paderborn 1911, 299 ss.; Bartmann, *Lehrbuch der Dogmatik* I[4-5], Friburgo 1920, § 54, pág. 212 ss.; también Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien* 101 ss.).

[2] Que, como el Padre y el Hijo, es la eterna divina verdad e inicia a la Iglesia en las verdades predicadas por Cristo, la protege y la defiende de todo error y comunica a las almas la verdad divina mediante la gracia de la fe.

[3] El mundo, sumido en la mentira y en el pecado, no tiene disposición ni sentido para el Espíritu Santo, para sus ilustraciones y sus gracias (cfr. núms. 109 y 232 s.; *Rom.* 8, 5 ss.).

[4] A pesar de que ahora voy a la muerte, soy el que vive eternamente, y doy la vida a los que creen en mí, la vida de la gracia y de la gloria, y también doy vida eterna al cuerpo después de la Resurrección (núms. 134, 185 ss., 230, 233 y 270). En adelante me veréis con los ojos de la fe aquí en la tierra, y después cara a cara en el cielo, y os uniréis conmigo y con el Padre en íntima comunidad de vida y de amor.

[5] Con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés ha de comenzar la visión de la fe, la íntima comunidad de la gracia y del amor, para adquirir un día la última perfección en el cielo por manera esplendorosa.

[6] Cuanto más íntimo sea el amor del alma a Cristo, y cuanto más se ejercite el hombre en las buenas obras, tanto más claro será el conocimiento de Cristo y de sus verdades y más abundante la gracia.

[7] Por la gracia del Espíritu Santo, que hace del hombre un templo vivo de Dios (cfr. I *Cor.* 3, 16; II *Cor.* 6, 16).

[8] Véase nota 1.

[9] El Espíritu Santo no enseñará cosas nuevas a los apóstoles, sino les iniciará en las verdades comunicadas por Cristo, de suerte que las reconocerán y las comunicarán *sin peligro de error.* Y como los apóstoles, así también *la Iglesia,* institución de la verdad fundada sobre los apóstoles. Ella posee el *magisterio infalible,* porque sin él sería vano el designio del divino Maestro de enseñar la verdad a los hombres. Por eso les llama el Apóstol san Pablo «columnas y fundamento de la verdad» (I *Tim.* 3, 15).

358. «*La paz os dejo,* la paz mía os doy; no os la doy como la da el mundo [1]. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. Oído habéis que os he dicho: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, os alegraríais sin duda de que voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo [2]. Yo os lo digo ahora antes que suceda, a fin de que cuando sucediere os confirméis en la fe. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en mí cosa que le pertenezca [3]; mas para que conozca el mundo que yo amo al Padre y que cumplo con lo que me ha mandado. Levantaos, vamos de aquí» [4].

359. «*Yo soy la verdadera vid* [5], y mi Padre es el labrador [6]. Todo sarmiento que no lleve fruto, lo cortará [7]; y a todo aquel que diere fruto [8], lo podará para que dé más fruto. Ya *vosotros* estáis limpios [9] en virtud de la doctrina que os he predicado [10]. Permaneced en mí [11], que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está unido, pues, conmigo, y yo con él, ése da mucho fruto; porque *sin mí nada podéis hacer* [12]. El que no permanece en

---

[1] No un mero saludo, no una paz que no lo sea en realidad (*Ierem.* 6, 14), sino aquella paz verdadera, de la cual cantaron los ángeles (núm. 57), toda la salud traída del cielo por Jesús, la cual produce la verdadera paz del alma en los hombres que la abrazan por la fe (cfr. *Philip.* 4, 7).

[2] El Salvador habla de sí mismo *según su naturaleza humana*, pues sólo según ésta puede él hablar de su ida al Padre; en cuanto Verbo divino, nunca ha dejado la gloria del Padre (núm. 109); pero en cuanto hombre, está a punto de dejar el estado de humildad y anonadamiento en que realizó la obra de la Redención, y entrar en su gloria eterna. Deberían alegrarse de ello los discípulos, si le amasen.

[3] Yo le permito que ejecute en mí su maldad, para vencerle y destruir su reino (núms. 93 y 302).

[4] Según *Ioann.* 18, 1, esto es una invitación a levantarse de la mesa y prepararse a marchar, una vez recitado el himno (cfr. pág. 347, nota 4; núm. 368).

[5] Compárase Jesús a la *cepa,* aludiendo manifiestamente a la institución de la Eucaristía, en la cual transformó el vino natural en su sangre santísima, que dió a beber a sus discípulos para fomentar la comunidad de vida con él, conservar la vida sobrenatural de la gracia, aumentarla y hacerla producir abundantes frutos. Los sarmientos de esta cepa son los apóstoles, a quienes hizo sacerdotes de la Nueva Alianza y a quienes dió plenos poderes para distribuir en su nombre la vida de la gracia y todos los bienes de la Nueva Alianza a los hombres y recoger abundante fruto mediante la conversión del mundo y la santificación de las almas. Llámase Jesús *verdadera* vid, en cuanto que la comunidad de vida que los sarmientos tienen con la vid y la fecundidad que de ahí reciben, son una imagen, aunque débil, de la íntima *comunidad de vida de Jesús con los suyos* y de los frutos celestiales que de ello nacen; además, porque en el Antiguo Testamento se da a menudo el nombre de viña de Dios a Israel, el cual estaba representado en el Templo bajo el símbolo de una vid de oro, como custodio que era de la verdad divina y depositario de las promesas, sombra de la plenitud de la verdad y de la gracia que apareció en Cristo (cfr. *Ps.* 79, 9-16, etc.; núm. 86). San Pablo compara la comunidad de vida de Jesús con los suyos a la unión que existe entre la cabeza y los miembros del cuerpo humano (I *Cor.* 12, 12. *Ephes.* 5, 30. *Col.* 2, 17).

[6] En cuanto que a El se atribuye de una manera especial el mando del reino de Dios en el Antiguo y Nuevo Testamento, como también la divina providencia bajo la cual se ha desarrollado y realizado el plan divino de la Redención.

[7] Privándole de las gracias que no ha empleado; de resultas de lo cual se seca la vid y es arrojada finalmente en el fuego del infierno.

[8] Con diversas pruebas y tribulaciones; quien se aprovechare de ellas, obtendrá gracias cada vez mayores y producirá frutos abundantísimos, como vemos en los apóstoles, particularmente en Pedro.

[9] No *os* resta, pues, sino emplear bien las gracias y producir abundantes frutos. Con eso quiere el Salvador alentar a los discípulos a producir abundantísimos frutos en íntima unión con él.

[10] Merced a la palabra divina que yo os he anunciado y a los frutos de santidad que, acompañada de mi ejemplo y de mi gracia, ha producido en vosotros.

[11] En esta íntima comunidad de vida mediante la fe y los sacramentos.

[12] Para toda obra sobrenatural y meritoria necesitamos en absoluto de la gracia de

mí, será echado fuera como sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá [1]. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará [2]. Mi Padre queda glorificado en que vosotros llevéis mucho fruto y seáis verdaderos discípulos míos. Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo. *Perseverad en mi amor* [3]. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor; así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho a fin de que os gocéis con el gozo mío, y vuestro gozo sea completo» [4].

360. «*El precepto mío es* [5]: que os améis unos a otros, como yo os he amado a vosotros. Nadie tiene amor más grande, que quien da su vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos [6], si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos; pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre [7]. No me elegisteis *vosotros* a mí; sino que yo soy el que os he elegido a vosotros, y destinado para que vayáis y deis fruto [8], y vuestro fruto sea duradero; a fin de que cualquiera cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la conceda. Lo que os mando es, que os améis unos a otros».

361. «*Si el mundo os aborrece,* sabed que primero que a vosotros me aborreció a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como a cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de aquella sentencia mía, que ya os dije: No es el siervo mayor que su amo [9]. Si me han perseguido a mí, también os han de perseguir a vosotros; como han practicado mi doctrina, del mismo modo practicarán la vuestra. Pero todo esto lo ejecutarán con vosotros por causa de mi nombre [10]; porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido y no les hubiera predicado, no tendrían culpa de no haber creído en mí; mas ahora no tienen excusa de su pecado [11]. El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos obras tales, cuales ningún otro ha hecho, no tendrían culpa; pero ahora ellos las han visto, y me han aborrecido

---

Dios, que debe prevenirnos y acompañarnos y perfeccionar la obra; sin ella no podemos ni siquiera tener un pensamiento (sobrenaturalmente) bueno (II *Cor.* 3, 5; cfr. *Rom.* 8, 26; I *Cor.* 12, 3). [1] Arde siempre, pero sin quemarse.

[2] Cfr. núm. 356. «La *condición* imprescindible para la oración saludable es la unión con Cristo, sin la cual la naturaleza sola no puede orar con fruto» (Pohle, *Lehrbuch de Dogmatik*[4] 408).

[3] Es el sello y el distintivo de la comunidad de vida con Cristo.

[4] Sólo en la unión con Jesús hay *verdadera alegría y felicidad;* él las posee en infinita abundancia y las reparte a los suyos con creciente largueza, hasta colmarlos de ellas en el cielo (cfr. *Imitación de Cristo* 2.° libro, cap. 8).

[5] Al *mandamiento nuevo* (núm. 352) llama aquí Jesús mandamiento *suyo,* porque él mismo lo ha practicado de manera perfectísima con el sacrificio de su vida, y porque desea que los suyos lo practiquen con igual perfección.

[6] Acerca de esta amistad con Dios trata acertadamente Pohle, *Lehrbuch der Dogmatik* II[4] 530 ss.

[7] Cfr. *Luc.* 12, 4. Durante tres años favoreció Jesús a los discípulos con su trato íntimo; les reveló el plan divino de la Redención; en particular los últimos días, les dió luces especiales acerca de dicho plan y les prometió la iluminación del Espíritu Santo para que entendiesen lo que no acababan de comprender.

[8] Esta grande preferencia no la deben a sus méritos, sino al grandísimo amor y a la gracia preveniente de su Dios y Salvador.

[9] Cfr. núm. 336; también núms. 174 y 334.

[10] El mundo, que no recibe a Jesús, tampoco recibe a sus discípulos. Mas no por ello deben éstos arredrarse, antes bien, animarse y fortalecerse mutuamente con el ejemplo del divino Maestro y con la propia elección y uniéndose tanto más estrechamente en la caridad.

[11] Los judíos no tienen disculpa, pues Jesús les ha mostrado en la divinidad de su doctrina, en todas las manifestaciones de su aparición, en la santidad de su vida y en sus grandes milagros ser el Mesías prometido.

a mí, no sólo a mí, sino también a mi Padre [1]. Por donde se viene a cumplir la sentencia escrita en su Ley [2]: Me han aborrecido sin causa alguna. Mas cuando viniere el Paráclito, *el Espíritu de verdad, que procede del Padre* [3], y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí [4]. Y también vosotros daréis testimonio, puesto que desde el principio estáis en mi compañía» [5].

«Estas cosas os las he dicho, para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas; y aun va a venir tiempo en que quien os matare, se persuada hacer un obsequio a Dios. Y os tratarán de esta suerte, porque no conocen al Padre, ni a mí. Pero yo os he advertido estas cosas con el fin de que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os las había anunciado».

362. «Y no os las dije al principio [6], porque entonces yo estaba con vosotros. Mas ahora me voy a aquél que me envió; ¿y ninguno de vosotros me pregunta: adónde vas? [7] Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si yo no me voy, el **Consolador** no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré [8]. Y cuando él venga, argüirá [9] al mundo de pecado, de justicia y de juicio. En orden al pecado, por cuanto no han creído en mí. Respecto a la

---

[1] Quien odia a Jesús, odia también al Padre; en vano, pues, invocan los judíos ser adoradores de Yahve. Al perseguir en su ceguera y obstinación tan injustamente a Jesús, el Mesías, dejaron de ser el pueblo de Dios (cfr. *Dan.* 9, 26).

[2] Su incredulidad prueba tan poco contra la verdad del Cristianismo, que antes bien es un testimonio en favor de él. Pues Dios tenía ya anunciada en el Antiguo Testamento la incredulidad de los judíos.

[3] En este pasaje y en algunas sentencias de los Padres griegos, mal interpretadas, se fundan los cismáticos para afirmar *que el Espíritu Santo procede sólo del Padre.* Mas el sobredicho pasaje dice expresamente que el Hijo envía al Espíritu Santo, lo cual necesariamente presupone que también procede de él; algo más abajo dice el Salvador: «El tomará de lo mío y os lo anunciará», «el Padre le enviará en mi nombre». Llámase el Espíritu Santo «Espíritu del Padre» y también «Espíritu del Hijo» (I *Petr.* 1, 11. *Gal.* 4, 6. *Philip.* 1, 19) etc. La tradición constante de la Iglesia y los decretos conciliares enseñan que el Espíritu Santo procede desde *ab aeterno* **del Padre y del Hijo** como de *único* origen. No menos necesariamente se deduce esto de la naturaleza de la Santísima Trinidad y de las relaciones mutuas de las tres divinas personas (más detalles en Heinrich, *Dogmatische Theologie* IV 233 ss. 397 ss. 493 ss.; Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien* 106 ss.).

[4] En la prodigiosa difusión de la Iglesia por todo el orbe y en la derrota del paganismo ha dado el Espíritu Santo testimonio a la faz del mundo de ser Cristo verdaderamente el Hijo de Dios y el Redentor del humano linaje; internamente depone el mismo testimonio en las almas iluminándolas con su gracia y moviéndolas a creer en Cristo.

[5] Con el continuo trato íntimo con Jesús fueron iniciados en los divinos misterios, robustecidos en la caridad, enseñados e ilustrados de cómo habían de predicar a Cristo y convertir el mundo asistidos por el Espíritu Santo.

[6] Alude a lo de arriba: habrá quien crea hacer servicio a Dios persiguiéndoles y dándoles muerte. Esto debió de parecerles muy duro, sobre todo cuando ya no tuviesen el consuelo y la compensación del trato con Jesús. Repetidas veces les había ya anunciado las persecuciones en general (cfr. núms. 173 ss., 317 y 320).

[7] Entabló la cuestión seguramente Pedro, y acaso también Tomás (núms. 353 y 356); mas el abatimiento impidió a ambos seguir preguntando a Jesús adónde iba, qué pensaba encontrar allá, por qué iba, cómo cuidaría de los suyos, cuándo esperaba volver, etc.

[8] El Espíritu Santo, que se había retirado de la humanidad por el primer pecado, no había de serle enviado hasta que no se abriese a los hombres el cielo, una vez realizada la obra de la Redención y coronada con la gloriosa Ascensión al Padre.

[9] La predicación y los milagros de los apóstoles y de sus sucesores, la prodigiosa difusión y constante conversación de la Iglesia, serán una prueba tan palpable de la divinidad del Cristianismo, que *a) la incredulidad no tendrá excusa, b)* Cristo, por su gloriosa Ascensión, por su triunfo sobre los poderes del mundo y del infierno y sobre los corazones, vendrá a ser reconocido como el justo. la fuente y la *causa de toda justicia,* y *c)* con la derrota del paganismo y la transformación del mundo, aparecerá a la faz del mundo *la victoria de Cristo* sobre Satán, sobre el pecado, la muerte y el infierno, lo cual será una prueba de la certeza de su futura venida a juzgar al mundo.

justicia, porque yo me voy al Padre, y ya no me veréis. Y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aun tengo otras muchas cosas que deciros; mas ahora no podéis comprenderlas. Cuando, empero, venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades [1]. Pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os anunciará las venideras [2]. El me glorificará; porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre, es mío. Por eso he dicho que recibirá de lo mío, y os lo anunciará».

363. «Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después *me volveréis a ver*, porque me voy al Padre» [3]. Al oír esto, algunos discípulos se decían unos a otros: «¿Qué nos querrá decir con esto: Dentro de poco no me veréis; mas poco después me volveréis a ver, porque me voy al Padre?» Decían, pues: «¿Qué poquito de tiempo es éste de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos». Conoció Jesús que deseaban preguntarle, y díjoles: «Vosotros estáis tratando y preguntándoos unos a otros por qué habré dicho: Dentro de poco ya no me veréis; mas poco después me volveréis a ver. En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y plañiréis, mientras el mundo se regocijará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer en los dolores del parto está poseída de tristeza, porque le vino su hora; mas una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo [4]. Así vosotros al presente, a la verdad, padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros [5], y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo. Entonces no habréis de preguntarme cosa alguna» (porque el Espíritu Santo os enseñará todas las cosas).

364. «En verdad, en verdad os digo, que cuanto *pidiereis al Padre en mi nombre,* os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre [6]. Pedidle, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo.

Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre [7]. Entonces le pediréis en mi nombre; y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros, siendo cierto que el mismo Padre, él propio, os ama,

---

[1] Prométese aquí a la Iglesia el *don de la infalibilidad* en la enseñanza de la verdad que Cristo trajo a la tierra, y en la difusión y desarrollo de la misma (cfr. pág. 369, nota 9).

[2] No os enseñará cosas nuevas u opuestas a mi doctrina, sino tomará *del tesoro* de la eterna verdad divina que me es común con el Padre y el Espíritu Santo y que yo os he comunicado. Dará también a la Iglesia el don de *profecía*. Lo poseyeron los apóstoles, y en todos los siglos ha habido santos que lo han ejercido. — Es clásico este pasaje (*Ioann.* 16, 13-15) para demostrar que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (cfr. Pohle, *Dogmatik* I[5] 336 ss.; Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien* 106 ss.).

[3] Al día siguiente fué preso Jesús; mas al tercer día le volvieron a ver, y la tristeza se trocó en inmensa alegría. Mas no parece que el Salvador se refiera a esto, sino a la *Ascensión,* después de la cual los discípulos quedaron como huérfanos, esperando la venida del *otro Paráclito* prometido, el Espíritu Santo, que consumase en ellos la obra de Cristo, les librase del abatimiento y de la tristeza, les llenase de santa alegría, de valor, de gracias y de fortaleza para su elevada misión, y permaneciese al lado de ellos (cfr. nota 5).

[4] Hermosa comparación, en verdad, para significar esta última mano que el Espíritu Santo ha de dar al renacimiento espiritual de los apóstoles, con lo cual éstos han de quedar trocados en otros hombres, y mediante ellos se ha de transformar el mundo.

[5] Transitoriamente los vió el Señor después de la Resurrección, y los ve perpetuamente después de morir los apóstoles y ser recibidos en el cielo. Parece, sin embargo, que primera y principalmente se refiere aquí el Salvador a la venida del Espíritu Santo, como lo da a entender en lo que sigue (cfr. núm. 357).

[6] Mientras yo he estado con vosotros, os habéis dirigido a mí en vuestras súplicas (cfr. núms. 356 y 359 s.).

[7] Lo que hasta ahora os parecía oscuro y misterioso, os será aclarado mediante la iluminación del Espíritu Santo.

porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre».

Dícenle sus discípulos: «Ahora sí que hablas claro, y no en proverbios. Ahora conocemos que tú lo sabes todo y no has menester que nadie te haga preguntas [1]; por donde creemos que has salido de Dios». Respondióles Jesús: «¿Ahora creéis? [2] Pues sabed que viene el tiempo, y ya llegó, en que seréis esparcidos, y cada uno de vosotros se irá por su lado, y me dejaréis solo; si bien yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis en mí la paz [3]. *En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza,* **yo he vencido al mundo»** [4].

108. La oración sacerdotal de Jesús

(Ioann. cap. 17)

El Salvador pide: 1, por sí mismo y por la glorificación de su sacratísima humanidad; 2, por los discípulos, para que se conserven en la verdad y unión, en la unidad de la fe y en la caridad y en la santidad, mediante la verdad y el amor, en suma: pide por la vida eterna de sus discípulos; 3, por todos los que un día se han de convertir a la voz de los discípulos.

365. Estas cosas habló Jesús; y levantando los ojos al cielo, dijo [5]: «Padre mío, la hora es llegada, *glorifica a tu Hijo,* para que tu Hijo te glorifique a ti [6]. Pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. Y la vida eterna consiste [7] en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra que me encomendaste. Ahora glorifícame tú ¡oh Padre! en ti mismo, con aquella gloria que tuve yo en ti antes que el mundo fuese [8].

Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado entresacados del mundo [9]. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han puesto por

---

[1] De estas palabras colegimos que tú, aunque no te lo preguntamos, sabías que no entendíamos con claridad aquello de: «todavía un poco, etc.»; que, por consiguiente, conoces los pensamientos de los corazones.

[2] ¿Es ahora firme e inconmovible vuestra fe? Así os lo figuráis, y así lo es en verdad; sin embargo, hoy mismo habéis de vacilar en la fidelidad hacia mí.

[3] La paz en mí, es decir, el sosiego, la seguridad de que todo cuanto ahora se desencadena sobre mí y sobre vosotros ha de ser para mi glorificación y para vuestro bien.

[4] Mediante la victoria del Salvador, especialmente en su Pasión y Muerte, ha quedado vencido el mundo con los príncipes del mismo; y aunque Dios permite que en el mundo continúe la lucha hasta el día del Juicio, mas es tan débil, que sólo son derrotados los que no quieren defenderse (361 s.; cfr. I *Ioann.* 5, 4).

[5] Llámase este discurso **oración sacerdotal de Jesús,** porque Jesús, Pontífice eterno, luego de la institución del sacrificio incruento, y en vísperas del cruento, ruega por sí mismo, por sus discípulos y por toda la Iglesia, y con esta oración se ofrece al sacrificio (cfr. *Hebr.* 5, 7); acerca de este asunto cfr. también Margreth, *Das Gebetsleben Jesu Christi* 155 ss.

[6] Cfr. *Ioann.* 12, 23; 13, 31 32; núms. 302 y 351.

[7] Comienza aquí abajo con el conocimiento de Dios por la fe viva acompañada de la caridad, y se consuma en la eternidad con la visión de Dios. El conocimiento del único Dios verdadero separa a los discípulos de los gentiles, y el conocimiento de Jesús, Redentor del género humano, los separa de los judíos. He aquí, pues, los dos principales dogmas diferenciales del Cristianismo.

[8] Jesús ha glorificado al Padre en la tierra, llevando a cabo la obra de la Redención que le encomendara el Padre movido de su amor al hombre. Ahora pide él para su santa humanidad, en la cual se ha de realizar la obra, aquella gloria que desde *ab aeterno* posee por ser Hijo de Dios.

[9] A los apóstoles y discípulos que Dios en sus eternos designios ha escogido de entre los pecadores y ha conducido a Cristo.

obra tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de ti. Porque yo les di las palabras que tú me diste; y ellos las han recibido, y han reconocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú eres el que me has enviado.

366. *Por ellos ruego yo ahora.* No ruego por el mundo, sino *por éstos que me diste*[1], porque tuyos son. Y todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías[2]; y en ellos he sido glorificado. Yo ya no estoy más en el mundo; pero éstos quedan en el mundo, y yo voy a ti.

¡Oh Padre santo! guarda en tu nombre a éstos que tu me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos[3]. Mientras estaba yo con ellos, yo los defendía en tu nombre. Guardado he a los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición, cumpliéndose así la Escritura[4]. Mas ahora vengo a ti; y digo esto estando todavía en el mundo, a fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que yo tengo.

Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos ya no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo.

Santifícalos en la verdad[5]. La palabra tuya es la verdad. Así como tú[6] me has enviado al mundo, así yo los he enviado también a ellos al mundo. Y yo por amor de ellos me santifico[7], con el fin de que ellos sean santificados en la verdad.

---

[1] Jesús ruega aquí primera y principalmente por sus discípulos; y para ser escuchado aduce que no ruega por el mundo incrédulo y pecador, sino por los que son suyos y del Padre mediante la fe y la caridad y son, por tanto, dignos de las gracias que pide. —Luego ruega Jesús por toda la Iglesia; en la Cruz ruega por sus enemigos, aun por los más encarnizados; y así como se ofrece por todos los hombres, así también ruega por todos ellos sin excepción (cfr. *Is.* 53, 12).

[2] Prueba irrefragable de la divinidad de Cristo.—Aquí y en las palabras que siguen hace Jesús resaltar tres razones de haberle de oír el Padre las súplicas que le dirige en favor de sus discípulos: *a)* porque éstos son tanto de él como del Padre; *b)* porque por medio de ellos es él glorificado; *c)* porque al ausentarse él pierden el consuelo que recibían de su trato.

[3] Para que sean una cosa en la fe y en la caridad, como *nosotros* lo somos por nuestra naturaleza divina.

[4] «Hijo de perdición» se llama a Judas, por haberse éste entregado a la perdición moral y, por ende, a la eterna. Había de perderse, porque así lo había predicho la Escritura (*Ps.* 40, 10); pero lo había predicho la Escritura, porque Judas libremente quiso perecer. Y muy lejos de detener con su perfidia el cumplimiento de los divinos decretos de la Redención, contribuyó a su realización y a que fuese glorificada la omnisciencia divina que había anunciado tantos siglos antes su negra traición (cfr. pág. 345, nota 8).

[5] Tómalos en tu santo servicio, guárdalos del mal para este objeto y prepáralos para predicar la divina verdad mediante el Espíritu Santo, a fin de que desempeñen con acierto su elevado ministerio y se santifiquen más y más.

[6] Dos razones para que sus ruegos sean escuchados: *a)* porque ellos son sus apóstoles; *b)* porque él se santifica para que ellos sean santificados. El Padre ha de apoyar y terminar esta obra de santificación, habiendo sido los apóstoles escogidos por Cristo para mensajeros de la verdad y mediadores de las gracias de la Redención.

[7] La palabra griega correspondiente no significa sólo consagrar, santificar, sino también *ofrecer en sacrificio;* y en este sentido se aplica aquí. Jesús se entregó a la muerte, se ofreció en la Cruz para reconciliar el mundo con Dios; entonces fué posible que viniese el Espíritu Santo sobre los apóstoles a hacerlos aptos para desempeñar el ministerio.

367. Pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que mediante su palabra han de creer en mí (por todos los creyentes, por la Iglesia), para que todos sean una misma cosa [1], como tú ¡oh Padre!, estás en mí, y yo en ti; a fin de que sean una misma cosa en nosotros, y crea el mundo que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste [2], para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros: yo en ellos, y tú en mí; a fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado y les amas a ellos, como a mí me amaste.

¡Padre! yo deseo que aquéllos que tú me has dado estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado; porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo.

¡Padre justo! el mundo no te ha conocido; yo sí que te he conocido; y éstos han conocido que tú me enviaste. Yo les he dado y daré a conocer tu nombre [3], para que el amor con que me amaste en ellos esté, y yo mismo esté en ellos».

109. Jesús en el monte Olivete

(*Matth.* 26, 36-46. *Marc.* 14, 32-42. *Luc.* 22, 39-46. *Ioann.* 18, 1 2; cfr. *Hebr.* 5, 7; 2, 18; 4, 15 s.)

1. Camino del monte Olivete. 2. En el huerto de los Olivos. 3. Agonía de Jesús. 4. La Oración del huerto. 5. Los discípulos dormidos. 6. El ángel confortador. 7. Sudor de sangre. 8. El traidor.

368. Después de este discurso [4], pasó al otro lado del torrente Cedrón [5] y fué, según su costumbre, al monte de los Olivos; los discípulos le siguieron. Llegó a una granja, llamada *Getsemaní* [6], donde había un huerto, en el que entró con sus discípulos. También Judas, que le entregaba, conocía el lugar; porque con frecuencia iba Jesús allí con sus

---

[1] Los cristianos están íntimamente unidos en la misma fe y en una misma caridad. La unidad de esencia, de entendimiento y de voluntad entre el Padre y el Hijo en un amor común del Espíritu Santo es el ejemplar y a la vez la razón de aquella unión que Cristo pide aquí para los suyos. Esta unión en la fe y en la caridad debe manifestarse hacia afuera y, a la verdad, de tal suerte, que el mundo vea en ello la prueba de la misión divina de Jesús (núms. 352 s. y 359 s.). El reinado de la caridad cristiana en la Iglesia y la unidad de la Iglesia a través de los siglos, a pesar de las furiosas tormentas que contra ella se han de desencadenar, son el testimonio perenne de la misión divina de su fundador y de su propia divinidad.

[2] Esta gloria de Cristo consiste en la transfiguración de su santa humanidad por la unión con la segunda persona divina; manifestóse al exterior desde la Resurrección. Es comunicada por Cristo a los suyos en el santo Bautismo mediante la gracia santificante, con la que los cristianos quedan como injertados en Cristo; progresa y se desarrolla en el cristiano de veras bajo el continuo influjo de la gracia, se conserva y alimenta con la Eucaristía y, finalmente, se consuma en la gloriosa resurrección y en la gloria celestial, donde Cristo ha de formar con todos los escogidos el gran reino de la Iglesia triunfante.

[3] Cfr. *Ps.* 21, 23; *Hebr.* 2, 12.

[4] Y después de recitar con sus discípulos el himno, la oración final (acaso el gran Hallel, es decir, el Salmo 135 o el grupo de salmos desde el 119 hasta el 135) (*Marc.* 14, 26; cfr. núm. 358). Sería hacia las 10 de la noche.

[5] Que quiere decir «arroyo negro»; *Ioann.* 18, 1 le llama «arroyo de invierno»; la *Vulgata* traduce «torrente»; acerca del arroyo y del valle del Cedrón véase núm. 371. Atravesólo en otro tiempo descalzo y llorando David, figura de Cristo (véase tomo I, núm. 542).

[6] Véase núm. 372 s.

discípulos [1]. Y como hubiesen llegado al lugar, dijo a sus discípulos: «Sentaos aquí mientras voy allá y hago oración». Y llevándose consigo a Pedro, a Santiago y a Juan [2], empezó a entristecerse, a sentir temor y a padecer angustias [3]. Entonces les dice: «*Mi alma siente angustias mortales* [4]; aguardad aquí, velad y orad conmigo» [5].

369. Y apartándose de ellos y adelantándose como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, prosternóse con la frente en tierra y oraba diciendo: «*Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz.* ¡Abba (Padre)! [6] Todo te es posible; aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» [7]. Luego volvió adonde estaban sus discípulos, y viéndolos dormidos de tristeza [8], dijo a Pedro [9]: «¡Simón! ¿duermes? ¿No

---

[1] A orar durante la noche (cfr. *Luc.* 22, 39 y 21, 37). No dejó de hacerlo esta vez, aun a costa de caer en manos del traidor; pues había ya sonado la hora decretada por el Padre, y el Salvador fué voluntariamente a la lucha.

[2] Los testigos de la Transfiguración lo habían de ser también de su profunda humillación y de su combate (cfr. núm. 203). La distancia a que se encontraban no era tan grande («un tiro de piedra»), ni tan pesado el sueño desde el primer momento de la lucha, que no alcanzasen a ver ni oír cosa alguna. La oración duró más de una hora, según aquello de *Matth.* 26, 40.

[3] Cfr. *Hebr.* 5, 7; 2, 14-18; 4, 15 s. Siendo Jesús, no sólo verdadero Dios, sino también hombre mortal, *podía* estar sujeto a las sensaciones de angustia, tristeza, etc. Pero el hecho de padecerlas y la medida dependían de su voluntad. «Se ofreció porque quiso» (*Is.* 53, 7); sufrió todo lo que sobre él vino, no porque debiera, sino porque lo quiso; así la angustia y tristeza, la agonía, el sudor de sangre, etc. Y precisamente se hizo *hombre para poder* sufrir todo esto por nuestra salvación (cfr. en especial *Hebr.* 2, 14-18). Por lo mismo, la Agonía de Jesús no denota cobardía, sino una *verdad conmovedora*, la verdad de su naturaleza humana, la verdad de sus indecibles sufrimientos por expiar nuestras culpas. Quiso Jesús en particular experimentar interiormente aquí en el huerto de Getsemaní todos los dolores de la Pasión que iban a sobrevenirle y probar toda su amargura, para mostrarnos la prontitud de ánimo con que los iba a sufrir (cfr. núms. 250 y 291) y para enseñarnos cómo debemos afrontar el dolor y los combates del espíritu y buscar en la oración la fuerza necesaria. Aquí vió Jesús con su divina omnisciencia todos los dolores de la acerbísima Pasión, con todas sus terribilísimas circunstancias, y permitió que obrasen en su ánima, de suerte que por adelantado los sufrió todos reunidos. Aquí cargó sobre sí la conciencia de todos los pecados de la humanidad, que ahora se habían tornado suyos propios, desde el primer pecado de Adán hasta el último que se ha de cometer al fin de los tiempos. Aquí permitió que el tentador se le acercase (cfr. pág. 138, nota 7, y *Luc.* 4, 13) para representarle todo cuanto pudiera estremecer su alma y desalentarle. Pues en el huerto de los Olivos quiso Jesús vencer en desigual combate a aquél que en el jardín del Paraíso venció y subyugó a su imperio toda la humanidad representada en nuestros primeros padres.

[4] Es decir, mi alma está transida de tristeza; como la del que lucha con la muerte.

[5] El Señor del mundo busca ayuda y consuelo en sus criaturas, con lo que se cumple el dicho de David: «Mi corazón está esperando el oprobio y la miseria; que espero que alguien se entristezca conmigo, y no le hay; y que alguno me consuele, y no le encuentro» (*Ps.* 68, 21). [6] Cfr. *Rom.* 8, 15; *Gal.* 4, 6.

[7] Bien se compadece con la perfecta entrega a la voluntad divina la impresión dolorosa que el pensamiento de la Pasión produjo en Cristo, y aun las súplicas que dirigió al Padre para ser librado de ella. La paciencia no consiste en la insensibilidad, sino en la entrega a la voluntad de Dios; y cuanto más se siente el dolor, tanto más puede resplandecer la paciencia. No hay oración más piadosa y santa que ésta: «No se haga mi voluntad, sino la tuya».

[8] *Luc.* 22, 45: Una grande tristeza y la alteración del ánimo, que de ahí nace, producen una relajación nerviosa que se manifiesta en somnolencia.

[9] Era la cabeza de los demás y había hecho especiales protestas de fidelidad y de firmeza. Cfr. núm. 353 s.; *Marc.* 14, 29 ss.; *Luc.* 22, 33.—Jesús, el Buen Pastor, ve a los suyos en peligro; su propio aprieto no le estorba para acudir amoroso en su auxilio, avisarlos y fortalecerlos.

has podido velar una hora conmigo? *Velad y orad,* para que no caigáis en tentación [1]. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca» [2].

370. Fuése otra vez y oró, diciendo: «Padre mío, si no es posible que pase este cáliz sin que lo beba, hágase tu voluntad». Y vuelto otra vez, encontrólos nuevamente dormidos; porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y no sabían qué responderle.

Y dejándolos, se fué y oró por tercera vez con las mismas palabras. Entonces se le apareció un ángel confortándole [3]; y como le sobreviniese una angustia mortal [4], oraba con más insistencia; y vínole *un sudor como*

---

[1] Propiamente: «Para que no *entréis* (caigáis) en tentación», para que la tentación externa no se torne en interna y os haga vacilar en la fe. Pues la profundísima humillación de Jesús, su desfallecimiento, todo el oprobio y la amarga Pasión fueron una prueba muy fuerte para la fe y la firmeza de los discípulos. Lo mismo sucede con la Iglesia, la esposa de Cristo, en tiempos de persecución y de humillación; por eso se ha de tener siempre presente la advertencia: «¡Velad y orad!»—Si hubiesen los apóstoles seguido el consejo, no habrían padecido escándalo aquella misma noche (cfr. núm. 354), y Pedro no habría negado a su Señor y Maestro. Treinta años más tarde escribe el Príncipe de los apóstoles a los cristianos con doloroso y vivo recuerdo: «Sed prudentes y velad en la oración»; y aquello otro: «Sed sobrios y velad; que el enemigo, el diablo, anda en derredor de vosotros cual león rugiente buscando a quién devorar» (I *Petr.* 4, 7; 5, 8).

[2] Es decir: vuestro espíritu (la voluntad) aspira a lo elevado, pero el cuerpo le obliga a descender. Quien, como los apóstoles, y especialmente san Pedro (núm. 353), está convencido de su amor a Jesús y firmemente resuelto a luchar con denuedo, con facilidad se olvida de que de la *buena voluntad* hay todavía largo trecho hasta la buena obra, y que no pocas esforzadas resoluciones, tomadas cuando están lejos el peligro y el enemigo, fracasan cuando éstos se presentan de frente—en esto consiste la debilidad de la carne, en oposición a la prontitud del espíritu; se olvida también de que «*Dios es* quien obra en nosotros el querer y el llevar a cabo» (*Philip.* 2, 13), y que, por consiguiente, no se ha de confiar en las propias resoluciones, antes bien se debe acudir a Dios con instantes súplicas, para que él, que nos da el buen deseo, nos otorgue también la gracia de ponerlo por obra.

[3] *Luc.* 22, 43 s. Le animó y le alentó poniéndole a la vista los decretos del Padre celestial y los frutos copiosísimos de su acerba Pasión, a saber, la gloria de Dios, la redención de la humanidad pecadora, la santificación de innumerables almas, el tierno e íntimo amor de éstas a Dios y a su Redentor y la eterna gloria en el cielo. Jesús sabía todas estas cosas antes que el ángel se las dijera. Mas el haber admitido el consuelo del ángel nos enseña, de una parte, cuán abandonada de la divinidad quedó en la Pasión su sagrada humanidad, y cómo ésta hubo de experimentar la plenitud de la amargura; nos enseña, además, cómo debemos luchar y combatir, y dónde encontraremos refugio seguro. Quiso también en esta ocasión, como cuando fué tentado en el desierto, humillarse hasta admitir el auxilio de las criaturas (cfr. núm. 93. Acerca del ángel confortador cfr. *Kath* 1881, I 251). —Las palabras «se le apareció un ángel... que corrían hasta la tierra» (*Luc.* 22, 43 s.) no constan en varios (aun buenos) manuscritos, por lo que dudan de su autenticidad algunos críticos protestantes. Pero en vista del mayor número de manuscritos de las antiguas versiones (por ejemplo, la *Itala,* la siríaca) que traen dichas palabras, y atendidos los testimonios de los Padres del siglo II (Justino, Taciano, Ireneo, Epifanio [*ZKTh* XLVII, 1923, 309]), debe sostenerse la autenticidad. No se ve que pudieran ser posteriormente interpolados estos versículos; por el contrario, se explica fácilmente la omisión de ellos por el temor de que los herejes, en especial los arrianos, se sirviesen de dicho pasaje para negar la naturaleza divina de Cristo. Entre los protestantes modernos están por la autenticidad, entre otros, Tischendorf, Tregelles, Blass y el mismo Harnack (*Sitzungsberichte der Kgl. Akademie der Wissenschaften* 1901, 251 ss.). El Concilio Tridentino decidió la *canonicidad* de ambos versículos. Cfr. también la decisión de la *Comisión Bíblica,* núm. 17 b, tercera pregunta.

[4] La aceptación completa y cierta de todos los horribles dolores que le amenazaban llenó su sagrada humanidad de una angustia indecible, de suerte que no sólo el cuerpo se cubrió de sudor, como en tales casos suele acontecer, sino que la sangre, en violento hervor, rompió los vasos y salió afuera por los poros mezclada con el sudor, y en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra en forma de gruesas gotas. Cfr. Ireneo, *Adv. haer.* 3, 22, 2: El ha «sudado gotas de sangre». Algunos han querido ver en este sudor algo

de gotas de sangre que corrían hasta la tierra. Y levantándose de la oración, se fué adonde estaban los discípulos, y encontrándoles dormidos (por la tristeza), les dijo: «Dormid, pues, el (breve) tiempo que resta, y descansad.—Basta, que ya se acerca la hora en que el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vámonos; he aquí que el traidor se acerca».

371. El valle del Cedrón o *Kidron* comienza 2 $^1/_2$ Km. al noroeste de las murallas de Jerusalén, cerca de las tumbas de los Jueces, se dirige hacia el sudeste pasando al norte de las tumbas de los Reyes y tuerce luego en el ángulo nordeste de la ciudad para tomar la dirección del sur, pero conservándose a 500 m. de distancia de las murallas. Al sur de Jerusalén se une con el valle Hinnón para formar el Wadi en-Nar, que se orienta hacia el sudeste (cf. lám. 9). Los habitantes de Jerusalén dan distintos nombres al Cedrón: 1, el trecho que está al oeste del sepulcro de María y de Getsemaní, hasta el puente inferior, se denomina Wadi Sitti Maryam (comúnmente valle de Josafat); 2, sigue al mediodía el Wadi Tantur Far'un, y a continuación 3, el Wadi Siloan, al oeste de la aldea del mismo nombre. Cruzan el valle en su sección más profunda dos puentes: el uno al sur del «sepulcro de Absalón», y el otro al norte del sepulcro de la Virgen. Frente a Getsemaní, el fondo del lecho del valle está a 697 m. sobre el Mediterráneo; junto al «pozo de Job», es decir, 1 $^1/_2$ Km. más al sur, a 603 m. —El valle actual tiene más alto nivel que el primitivo, por la cantidad de escombros que en él se han acumulado en el decurso de los tiempos; y se ha corrido algo hacia el oriente. Las excavaciones y perforaciones nos podrían dar detalles precisos acerca de su forma primitiva; según las investigaciones llevadas a cabo por los ingleses, «al oriente del ángulo sur de la explanada del Templo el lecho actual del Cedrón alcanza 2205 pies sobre el Mediterráneo; el antiguo, 2171 pies con 6 pulgadas; lo cual da una diferencia de 33 pies con 6 pulgadas, es decir, 10,21 m. El corrimiento del lecho del río hacia el oriente es de unos 105 pies, es decir, 32 m.» [1]. Estos corrimientos contribuyen a que no se pueda hoy hablar de **torrente Cedrón,** ni siquiera en la estación de las lluvias. No así antiguamente, cuando los montes estaban poblados de árboles y los acueductos traían al Templo agua en abundancia, que luego se vertía en el Cedrón.

372. El huerto de **Getsemaní** [2] (en hebreo *Gath-schemani*, «trujal») está al pie del monte Olivete [3], 50 m. al este del fondo del Cedrón; debe sin duda su nombre a que al pie del monte Olivete se prensaban las olivas. Fué adquirido en 1669 por los PP. Franciscanos, quienes lo fueron ampliando hasta darle una extensión de 52 m. de largo por 59 de ancho. El año 1847 lo rodearon los mismos Padres de un muro de 2 $^1/_2$ m. de altura para proteger los olivos y a los peregrinos que allí se retiraban a orar (véase lám. 8 a). Los *olivos* son 8, y alcanzan un perímetro de 5 a 6 m. Son antiquísimos; mas no se puede asegurar

---

extraordinario y prodigioso; y lo es, como es extraordinaria y prodigiosa toda la Pasión del Hijo de Dios. Por lo demás, médicos antiguos y modernos atestiguan haberse dado casos semejantes de sudar sangre. De aquí se ve cuán profunda y dolorosamente sintió Jesús su Pasión, y cuán terrible debió de ser, pues tales efectos produjo la sola representación de la misma. Buscó el consuelo y la fortaleza en la oración Cfr. *StL* 69 (1905), 514; quien con más detalle ha escrito acerca de este asunto es, a mi entender, W. Surbled-Sleumer, *Die Moral in ihren Beziehungen zur Medizin und Hygiene*. II: *Das geistig-sinnliche Leben*[2] (Hildesheim 1919) 183 ss.

[1] *ZDPV* XXXI (1908) 278, 1.—El desnivel del torrente en el recorrido correspondiente a la explanada del Templo es de 30 m.; hasta el mar Muerto, en un recorrido de 6 horas (en línea recta), es de 1146 m.

[2] Ha examinado a fondo la tradición acerca de *Getsemaní* von Keppler en *TQS* 1893, 430 ss. Cfr. también *ThG* 1910, 177; Meistermann, *Gethsemani. Notices historiques et descriptives* (París 1920).

[3] Acerca del Olivete cfr. núm. 522.

que sean de la época de Jesucristo [1]. No es difícil, sin embargo, que procedan de raíces del tiempo de Jesucristo; pues la raíz del olivo tiene la propiedad de echar brotes [2] aun después de cortado el tronco.

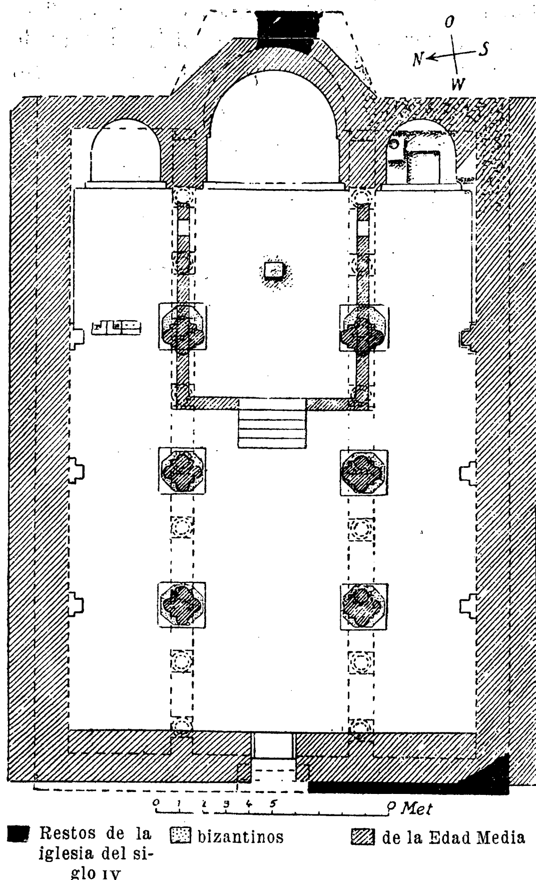


Fig. 17. — Antigua iglesia de Getsemaní.
Planta reconstruída por el P. H. Vincent, según las excavaciones

El olivar de los Padres Franciscanos se veneraba ya en el siglo IV como *lugar de la Oración y Agonía de Jesús*. Prueba de ello son los cimientos y el pavimento de mosaico que se han descubierto recientemente en el extremo oriental del huerto (figura 17). No hay duda de ser éstos los fundamentos de la *ecclesia elegans* (de que hace mención Eteria en su *Peregrinatio ad loca sancta* c. 36,1), edificada en el lugar *ubi oravit Dominus, sicut scriptum est in evangelio: Et accessit quantum iactus lapidis et oravit*. Porque «la desnuda roca, que sobresale un palmo del pavimento del ábside central, difícilmente puede ser otra cosa sino el lugar desde antiguo venerado en que el Salvador oró y derramó aquel sudor de sangre. ¿Qué otra roca de aquel paraje donde, según común testimonio, hubo antiguamente una iglesia *Orationis Domini*, pudo merecer incluirse en un templo y ser expuesta a la veneración de los fieles, para que, arrodillados en el pavimento de mosaico que la rodea, la regasen con sus lágrimas y la besaran con ardiente devoción?» [3] El 17 de octubre de 1919 se colocó la primera piedra para la reconstrucción de la basílica del huerto de Getsemaní, y el 15 de junio de 1924 fué consagrada la iglesia por el legado pontificio, cardenal Giorgi (lámina 8 a).

373. Un tiro de piedra al norte de la cerca, separada de ésta por el camino que sube a la cumbre del Olivete, se halla la **gruta de la Agonía de Jesús** [4].

---

[1] Según Josefo *(Bell.* 6, 1, 1), Tito mandó cortar todos los árboles en una extensión de más de cuatro horas en derredor de Jerusalén; lo mismo hizo Adriano (135 d. Cr.).

[2] Acerca del *olivo* cfr. *HL* 1883, 174; 1887, 17; Fonck, *Streifzüge durch die biblische Flora* 39-44.

[3] *HL* 1910, 197; 1920, 63 ss.; 1921, 34 ss.— Los griegos tienen su huerto de Getsemaní al oeste y norte del sepulcro de María; es quizá un trozo de la antigua granja. También los rusos compraron terreno el año 1883 en las proximidades; poseen ya un tercio de todo el Olivete *(HL* 1883, 132; 1903, 135). Entre las verdes copas de pino de un bosquecillo destacan las seis cúpulas doradas de la iglesia rusa de Getsemaní o de santa Magdalena (véase lámina 8 a).

[4] Los PP. Franciscanos están en posesión de la gruta desde la fundación de la Custo-

Destruída la basílica, los peregrinos debieron de trasladar el misterio de la Agonía del Señor a esta gruta que la Edad Moderna cuidó de restaurar y decorar. Por el lado del oeste una puerta guarnecida de hierro se abre a una escalera de ocho gradas, por donde se baja a la gruta irregular, de 10 m. a lo largo por 7 a lo ancho. Tres columnas talladas en la misma roca y tres pilares de mampostería sostienen la bóveda, en cuyo centro una abertura con enrejado de madera derrama tenue luz por la estancia. Las paredes no están recubiertas de mármol, como en otros santuarios, sino simplemente enlucidas. En ellas y en la bóveda se observan vestigios de inscripciones latinas, de frescos y estrellas, todo ello probablemente del tiempo de las Cruzadas. El suelo está pavimentado con losas de mármol; pero quedan a ambos lados del altar mayor dos pequeños espacios con el suelo desnudo. Tres altares tiene la gruta de la Agonía: dos laterales, de mármol, pero sencillos, y el mayor en el extremo nordeste, en el cual se ve un cuadro del Señor recibiendo consuelo y fortaleza del ángel; debajo de la mesa del altar arden día y noche preciosas lámparas e iluminan el suelo, donde una roseta con la cruz quíntuple de Tierra Santa lleva la siguiente inscripción latina: *Hic factus est sudor ejus sicut guttae sanguinis decurrentis in terram* [1]. Según lo arriba expuesto, no se ha de tomar el *hic* al pie de la letra.

110. Prisión de Jesús

(*Matth.* 26, 47-56. *Marc.* 14, 43-52. *Luc.* 22, 47-54. *Ioann.* 18, 3-28)

1. El beso de Judas. 2. Un milagro de la omnipotencia de Jesús (sólo en san Juan, 18, 4-9). 3. Un milagro del amor de Jesús. 4. Arresto. 5. Joven que huye (sólo en san Marcos 14, 51 s.).

374. Todavía estaba hablando Jesús, cuando he aquí que llega uno de los Doce, Judas Iscariote, y con él una turba numerosa [2] con linternas y hachas [3], espadas y palos, enviada por los príncipes de los sacerdotes y

---

día de Tierra Santa en el siglo XIV; el documento más antiguo data del año 1392. Sin embargo, los griegos les discuten el derecho; cfr. *HL* 1890, 137 ss. 168.—Al noroeste de la gruta aconteció, según tradición, el sepelio de la Virgen María, antes de su Asunción a los cielos (sepulcro de la Santísima Virgen; núm. 536 b).

[1] En algunas partes se acostumbra dar el *toque de Agonía* los jueves al anochecer; es una invitación a trasladarse con el pensamiento al huerto de Getsemaní y meditar en la Pasión del Señor. Desde las Cruzadas se introdujo la devoción de la Agonía del Señor, y el arte ha reproducido muy a menudo la escena. En las capillas laterales de las iglesias (en el lado norte) o en capillas dispuestas *ad hoc* en el crucero se erigieron, especialmente en el siglo XV y XVI, Olivetes de talla o de piedra de tamaño natural (del Salvador, del ángel con el cáliz simbólico, de los apóstoles dormidos); así en Ratisbona (1429, San Emmeran), en Estrasburgo (1498, catedral), en Espira (1505/09). La representación *más antigua* de Cristo en el huerto de Getsemaní es un mosaico de *Sant'Apolinare Nuovo* de Ravena (siglo VI; Cristo sobre una roca orando con los once apóstoles, a la derecha y a la izquierda tres picachos que representan el Olivete). Cfr. Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst* II, 1, 301.

[2] Componíase de un destacamento de la guardia levítica del Templo, de criados del Sanedrín (*Ioann.* 18, 10 26) y de «la cohorte» romana que estaba de guarnición en Jerusalén (*Ioann.* 18, 3 12). «Cohorte», no de 600 hombres, sino en sentido amplio, un destacamento. Entre aquel conglomerado había también algunos miembros del Sanedrín (*Luc.* 22, 52).—El arresto, interrogatorio y proceso por crimen cometido por un judío contra la religión judía eran de la incumbencia del Sanedrín. Mas para incoar un proceso capital se necesitaba el consentimiento del procurador romano. Seguramente no dejaron los judíos de solicitarlo, tanto más, cuanto que en el arresto de Jesús era de temer algún alzamiento popular (cfr. *Matth.* 26, 5; *Marc.* 14, 2). Así se explica sin más la participación de los soldados romanos en el arresto de Jesús. Cfr. Kastner, *Jesus vor Pilatus* (Münster 1912) 10 ss.

[3] Aunque era noche de luna llena (14 de Nisán, primera luna llena después del equinoccio de primavera), pudo el cielo estar cubierto de nubes. A la luz de las antorchas es apresado el que es «la luz del mundo».

escribas y ancianos del pueblo [1]. El traidor les había dado una señal [2] diciendo: «Al que yo *besare,* él es, cogedlo y conducidle con cautela» [3]. Y en llegando, acercóse en seguida y le dijo: «Salve, maestro»; y le besó. Mas Jesús le dijo: «Amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

375. Jesús, que sabía todas las cosas que debían acontecerle, se adelantó a la turba y dijo: «¿A quién buscáis?» Respondieron ellos: «A Jesús Nazareno». Díceles Jesús: *Yo soy.* Estaba entre ellos también Judas, que le entregaba [4]. Apenas les dijo: «Yo soy», retrocedieron todos y cayeron en tierra [5]. Preguntóles de nuevo: «¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: «A Jesús Nazareno». Respondió Jesús: «Ya os he dicho que soy yo; si, pues, a mí me buscáis, dejad a éstos que se vayan» — para que se cumpliese la palabra: «Ninguno he perdido de los que me diste» [6]. Entonces se acercaron para prenderle.

376. Viendo esto los discípulos, le dijeron: «Señor, ¿heriremos con la espada?» [7] Y *Simón Pedro* sacó su espada y, pegando con ella a un siervo de los príncipes de los sacerdotes, le cortó la oreja derecha; llamábase el siervo Malco. Mas Jesús dijo a Pedro: «Envaina tu espada. Porque todos los que echan mano de la espada, a espada morirán [8]. ¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre, el cual pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de ángeles? [9] Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que así suceda? [10] El cáliz que me ha dado mi

---

[1] Es decir, del Gran Consejo (Sinedrio, Sanedrín).

[2] Es posible que entre la turba hubiese quienes no conocían de vista a Jesús. El ósculo era la señal ordinaria de saludo (pág. 201); aquí fué un recurso de la más vil traición. Jesús, a quien este ósculo debió causarle más dolor que todos los sufrimientos posteriores, no lo rehusó, antes lo correspondió con un amoroso y último aviso: ¡«Judas», apóstol mío, «con un beso», signo de amistad y amor, «entregas al Hijo del hombre», al Mesías, al Redentor del mundo! Judas continuó obstinado. Véase página 345, nota 4, cómo se puede explicar psicológicamente la traición de Judas.

[3] Para que no se os escape (cfr. *Luc.* 4, 30; *Ioann.* 8, 59).

[4] Al ver Juan, único que nos describe la escena (18, 4-9), a Judas entre los satélites, alcanzó a comprender plenamente el sentido de lo que nos cuenta en 13, 21 ss. (núm. 344).

[5] Con seguridad también Judas que, según *Ioann.* 18, 5, estaba con ellos. Por ahí pudo ver el traidor lo superfluo de su consejo: «Prendedlo y conducidlo con cautela» (cfr. *ZKTh* 1895, 585).—Con este prodigio les mostró Jesús que se entregaba *voluntariamente* (cfr. núm. 239), pues él solo, sin armas, con una sola palabra pudo echarlos a todos por tierra. El mismo les dió poder sobre su persona; mas al mismo tiempo puso límites al furor de los satélites, *prohibiéndoles que tocasen a ninguno de los suyos.*

[6] Cfr. *Ioann.* 17, 12; sólo Judas, el «hijo de la perdición» (núm. 366), pereció en cuerpo y alma.

[7] Según *Luc.* 22, 38 (núm. 355), entre los apóstoles había dos espadas; una de ellas, sin duda, la tenía Pedro.

[8] Quien a hierro mata a hierro muere, y el que defiende su causa con la espada, debe disponerse a ser combatido con la espada hasta la muerte. Aunque Pedro podía creer que obraba en legítima defensa, como lo exigía el amor a su divino Maestro, enséñale Jesús, y en él a todos los discípulos, que la causa de Dios no se propugna con la violencia, sino con las armas misteriosas de la paciencia, de la firmeza del martirio, de la oración y de la confianza en Dios. Es el *secreto de la Cruz,* con el cual ha triunfado Cristo, y su esposa, la Iglesia, ha de triunfar hasta el fin de los tiempos.

[9] Vendrían a ser unos 72000, un ejército completo. El Hijo de Dios no necesita, pues, de ayuda humana, y cuando permite a los enemigos ejercer violencia, ello es para que se cumplan los divinos designios, para gloria de Dios y salud de las almas.

[10] Que yo debo sufrir voluntariamente y con paciencia; cfr., por ejemplo, *Is.* 53, 7.

Padre, ¿he de dejar yo de beberle?» Y habiendo tocado la oreja del herido, le curó [1]. Y volviéndose a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados del Templo y a los ancianos, que venían contra él, les dijo: «Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos a prenderme. Estando todos los días con vosotros enseñando en el Templo, no extendisteis las manos contra mí y no me detuvisteis; mas es preciso que se cumplan las Escrituras, y esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas». Prendieron, pues, a Jesús y *le ataron*. Entonces todos los discípulos de él, dejándole, huyeron. Le seguía cierto joven vestido con una sábana sobre sus carnes, al cual trataron de prender [2]. Mas él, soltando la sábana, desnudo se les escapó de las manos.

111. Jesús en casa de Anás y de Caifás

1. Jesús en casa de Anás; el interrogatorio; la bofetada (*Ioann.* 18, 13-14 19-24). 2. Jesús en casa de Caifás (*Matth.* 26, 57-66; *Marc.* 14, 53-64; *Luc.* 22, 54): sesión nocturna del Sanedrín; lugar: el palacio de Caifás; tiempo: entre una y tres de la noche. *a)* interrogatorio infructuoso; falsos testigos; *b)* pregunta solemne del sumo sacerdote; *c)* respuesta de Jesús; *d)* primera sentencia.

377. Y le condujeron [3] primeramente a casa de *Anás* [4]; pues éste era suegro de Caifás, el pontífice de aquel año. Caifás era quien dió a los judíos el consejo: «Conviene que *un* hombre muera por el *pueblo*» [5].

378. *El pontífice (Anás) interrogó a Jesús* acerca de sus discípulos y de su doctrina [6]. Respondióle Jesús: «Yo he hablado abiertamente al

[1] Jesús «alzó su omnipotente diestra, no para terminar lo que Pedro había hecho a medias y para aniquilar al agresor, sino *para curar con un milagro* la oreja herida, que Pedro cortó a aquel hombre que se disponía a prenderle y atarle» (Schäfer, *Die Wunde Jesu*³ 201).

[2] De aquí se colige que también habrían arrestado a los discípulos, si Jesús les hubiera dado poder para ello (cfr. núm. 374¹.—Según Grimm (*Geschichte des Leidens Jesu* I 408 ss.), Zahn (*Einl.* II³ 216 s.) y Belser (*Einl.*³ 70 y *Geschichte des Leidens... des Herrn*), este joven era *Marcos*, el autor del segundo Evangelio canónico. Acerca de este mismo asunto cfr. núm. 10. Algunos Padres pensaron en san Juan; mas esta hipótesis es poco fundada.

[3] Jesús había mostrado suficientemente con las palabras y con el ejemplo que se entregaba *voluntariamente* a los enemigos. Ahora comienza (entre doce y una de la noche) la primera etapa del itinerario de su Pasión (véase núm. 382).

[4] Anás, aunque depuesto del pontificado, influía decisivamente en la gestión de tan elevado cargo (véase pág. 132, nota 5). Caifás, el pontífice en funciones (véase ibid.), dispuso, sin duda, que Jesús fuese presentado a su suegro Anás, esperando que este hombre astuto tendría la habilidad de arrancarle respuestas de valor para el proceso. Según *Ioann.* 18, 13-24 (nótese en especial el versículo 24), el interrogatorio preliminar debe atribuirse a Anás. El nombre de «sumo sacerdote» que Juan le da, no ofrece dificultad; pues, aunque ya no ejercía las funciones pontificales, llevaba el título. *La primera negación de Pedro se desarrolla paralelamente al interrogatorio de Anás.* La descripción que los Evangelios nos hacen de la negación de Pedro da gran verosimilitud a la opinión, expuesta ya por Eutimio, de haber tenido sus residencias Anás y Caifás en el mismo palacio; la comparación de *Ioann.* 18, 18 con 18, 25 nos enseña que el Evangelista san Juan presupone la identidad de los dos lugares en que se halla Pedro antes y después de ser llevado Jesús de Anás a Caifás. Podemos imaginarnos el palacio de la manera que indica la figura 18 (cfr. pág. 388, nota 2).

[5] Véase *Ioann.* 11, 50; núm. 273. Con esto nos recuerda el Evangelista san Juan que Cristo fué a la Pasión para satisfacer por nosotros.

[6] La sentencia y la muerte de Jesús estaban decretadas ya mucho antes (cfr. núms. 273, 296 y 330); el proceso fué mero formulismo. Con sus respuestas y con su silencio des-

mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto [1]. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me oyeron, qué les haya hablado; ellos saben lo que he dicho» [2]. A esta respuesta, uno de los ministros que allí estaban dió una *bofetada* a Jesús, diciendo: «¿Así respondes tú al pontífice?» [3] Replicóle: «Si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me hieres?» Envióle entonces Anás a casa de *Caifás* (donde se había reunido entretanto el Sanedrín).

379. El sumo sacerdote (Caifás) y todo el Sanedrín andaban buscando contra Jesús algún *falso testimonio* para condenarle a muerte; mas no lo

---

enmascaró Jesús la hipocresía y la iniquidad de los jueces. Primero quieren que el acusado *deponga contra sí mismo;* Jesús les hace ver que no pueden echarle en cara la menor cosa. Luego apelan a *falsos testigos;* éstos se contradicen, y Jesús ya no se digna responder al pontífice que le interroga. No le queda a éste otro recurso sino proponer una cuestión que de buena gana hubiera evitado: *¿Eres tú el Cristo?* Así quedó patente al mundo entero *el motivo de la muerte:* el propio testimonio, acreditado con innumerables y portentosos milagros y su santa vida, de ser él Hijo de Dios, que se dispone a sufrir y padecer muerte por amor a los hombres, pero que un día ha de venir a juzgar al mundo (cfr. I *Tim.* 6, 13; núm. 380).

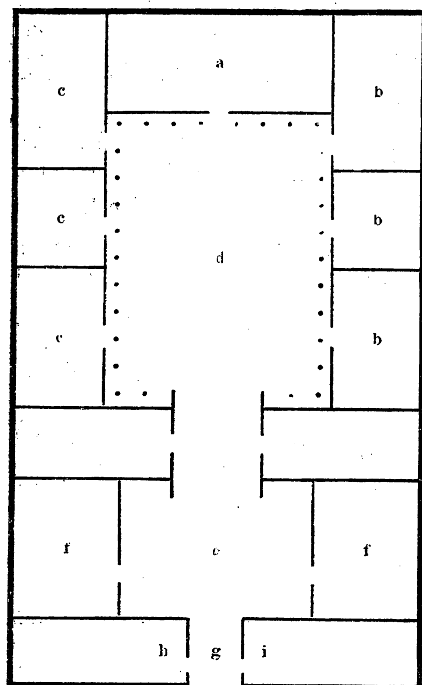


Fig 18. — Casa de (Anás y de) Caifás.
a sala de audiencia (sala en que Caifás juzgó a Jesús; según *Matth.* 14, 16, estaba a un nivel más alto que el atrio); *b* habitación de Caifás; *c* habitación de Anás; *d* atrio interior; *e* atrio exterior; *f* estancias para la servidumbre; *g* portal; *h* cuarto del portero; *i* sala de espera.

[1] Porque lo que en privado enseñaba a los discípulos (cfr. *Marc.* 4, 10; números 161), no era sino la explicación de lo que predicaba en público a todos y de lo que públicamente habían de enseñar sus discípulos (*Matth.* 10, 17; núm. 174).

[2] La respuesta era digna de la sabiduría del Hombre-Dios. No era justo exigirle testimonio en la propia causa. Siendo público el delito de que se le acusaba, no podía serles difícil aducir los testigos necesarios. Si no procedían así los jueces, era claro indicio de que la causa estaba ya de antemano sentenciada. Para dárselo a entender, Jesús salió por los fueros de la verdad y de su inocencia.

[3] El criado procedió de esa suerte llevado de vulgar adulación y grosería. Los jueces aprobaron la ofensa con el silencio. La acusación que se encerraba en el atrevimiento del ministro y en la aprobación de los jueces, y la circunstancia de haberse verificado la ofensa y la acusación en la sala pública del tribunal, lugar destinado a esclarecer la culpabilidad o la inocencia de los acusados, exigían una respuesta; también lo exigía la caridad para con aquel desgraciado adulador. Jesús la dió con gran mansedumbre y mesura. De esa suerte nos enseñó con su ejemplo que hay circunstancias en que la razón y la justicia, y aun la caridad, aconsejan no ofrecer *«la mejilla izquierda* a quien nos hiere en la derecha» (número 114). A este ejemplo del Maestro acomodaron los apóstoles su conducta. La misma noche y al día siguiente recibió Jesús *innumerables bofetadas* y malos tratos sin apartar su rostro ni pronunciar una sola palabra.

hallaban, por más que se presentaron muchos testigos a declarar falsamente; pues las declaraciones no estaban acordes. Comparecieron, finalmente, dos falsos testigos que dijeron: «Le hemos oído decir: yo puedo destruir el Templo de Dios, y reedificarlo en tres días. Yo destruiré este Templo fabricado por manos de hombre y levantaré otro que no esté hecho por manos humanas». Pero tampoco en este testimonio estaban acordes [1].

380. Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio, interrogó a Jesús, diciéndole: «¿No respondes nada a los cargos que te hacen éstos?» Pero él callaba y nada respondió. Interrogóle el sumo sacerdote nuevamente, y le dijo: «Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas **si tú eres el Hijo de Dios bendito»** [2]. Jesús le dice: «**Sí, lo soy** [3]. *Y os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre* (que ahora veis en vuestra presencia) *sentado* [4] *a la diestra del poder de Dios* (del Dios omni-

---

[1] Los testigos se referían a las frases que pronunció Jesús al echar del Templo a los mercaderes (*Ioann.* 2, 19; núm. 107); mas cambiaron sustancialmente las palabras, atribuyéndole haber dicho: «yo puedo», «yo destruiré», etc. Por eso eran falsos testigos. Apareció de manifiesto la falsedad en la gran diferencia de sus declaraciones, pues el uno hace decir a Jesús que va a destruir el Templo; el otro, que *puede hacerlo;* el uno, que reedificará el Templo; el otro, que construirá otro templo maravilloso (espiritual). Las palabras de Jesús fueron estas: «*Destruid (vosotros,* judíos) este Templo, etc.» (núm. 107); lo cual era *anunciarles una señal* por la cual habían de reconocer *más* tarde su omnipotencia y misión divina (*Ioann.* 2, 21 s.). Ello no era atribuirse indebidamente un poder divino, sino remitirles a una *prueba irrecusable de su divina misión,* que más tarde habían de ver, y a la cual habían de cooperar ellos mismos. — Profirieron todavía dos veces *esta acusación,* la una en son de burla cuando Jesús estaba colgado en la Cruz; la otra, como reproche contra san Esteban.

[2] La *pregunta,* formulada en forma solemne de conjuro, encierra dos pensamientos: 1. ¿Eres tú el Mesías (el Cristo) anunciado por los profetas? 2. ¿Eres tú el verdadero Hijo de Dios, igual a El en esencia? Pues ese es evidentemente el sentido que Caifás da a la expresión «Hijo de Dios». Mas ¿cómo pudo ocurrirle esta idea a Caifás? Hacía ya tiempo que los judíos habían colegido de las parábolas (*Matth.* 22, 2 ss.; 10, 33) y de las disputas teológicas (cfr. *Ioann.* 5, 17 ss.; 8, 58 s.; 10, 33) que Jesús se colocaba al mismo nivel de Dios, que se hacía igual a Dios. Caifás presentó, pues, la cuestión en el mismo sentido que Jesús. Lo cierto es que Jesús en su *respuesta* confiesa inequívocamente ser el Mesías, el verdadero Hijo de Dios, igual en esencia al Padre. De haberse Jesús declarado solamente Mesías en el sentido nacional judío, e «Hijo de Dios» en sentido ético o teocrático, los miembros del Sanedrín no habrían podido acusarle de *blasfemia.* Cfr. también Bartmann, *Das Himmelreich und sein König* 142 ss.; Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 289 ss.; P. Hilarin Felder O. M. C., *Jesus Christus* I 363 ss.; Schumacher, *Die Selbstoffenbarung Jesu bei Matt.* 11, 27 (Friburgo 1912) 197 ss.; Kastner, *Jesus vor dem Hohen Rat. I: Kommentar zum Markusbericht* (Zaborze 1914).

[3] *Esta pregunta,* hecha oficialmente y de la manera más solemne posible por la suprema autoridad espiritual, se refería al *asunto más importante,* no sólo para el pueblo judío, sino para *toda la humanidad;* desde el principio del mundo hasta la consumación de los siglos no hay cuestión más importante; de ella depende la eterna salvación o la eterna condenación del hombre. Por eso Jesús, que no desplegó sus labios para rechazar falsas imputaciones y mentiras, rompe aquí el silencio para dar testimonio de la verdad, sabiendo muy bien que ello le cuesta la vida. Es un testimonio digno a la verdad de ser sellado con su sangre divina, que es el sello de su vida terrena y de su actividad como Redentor del mundo.—*Por el mismo testimonio* sufre su esposa, la Iglesia, todas las persecuciones; miles de confesores lo deponen; por él murieron los santos Mártires.

[4] Es decir: Vosotros habéis de ver «desde ahora» al Hijo del hombre participar del poder y de la gloria de Dios, como está profetizado en *Ps.* 109, 1: El Hijo del hombre resucita de entre los muertos, convierte el mundo por medio de sus apóstoles, viene a celebrar el juicio de Jerusalén y de la nación judía. Con ello queda contestada la pregunta que dirigió en cierta ocasión a los judíos (*Matth.* 22, 41 ss.; núm. 314).

potente) *y venir en las nubes del cielo»* [1]. Al punto el sumo sacerdote, rasgando las vestiduras [2], dice: *«¡Ha blasfemado!* ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?» Y todos [3] gritaron: **Reo es de muerte** [4].

381. He aquí, a lo que se cree, la **primera etapa del itinerario de la Pasión:** preso y maniatado, sale Jesús de Getsemaní y, siguiendo por el este el curso descendente del Cedrón, recorre el valle de Josafat (llamado hoy *Wadi Sitti Maryam,* valle de la Virgen [Señora] María, por encontrarse allí el sepulcro de la Virgen) y pasa junto al sepulcro de Absalón; atraviesa luego el arroyo por el puente inferior (núm. 371), y, doblando el ángulo sudeste de las murallas de la explanada del Templo, asciende la colina de Ofel, y después de cruzar el Tiropeón (el valle de la ciudad, el Wad), sube a la parte alta de Jerusalén, que lleva el nombre de *Monte Sión,* donde está la casa de Anás (véase lámina 9). El mismo camino había recorrido del Cenáculo al huerto de los Olivos: unos 1300 m. o 2000 pasos (de 20 a 25 minutos). La tradición *le hace caer* en el puente, impelido y zarandeado por los sayones.

382. El peregrino de Burdeos (véase Apéndice I, 2) habla en 333 del lugar en que estuvo la **casa de Caifás** [5] (lámina 9), extramuros de Jerusalén (como ahora), en el camino que subía de Siloé a Sión. Hacia el año 530 nos refiere Teófilo (véase Apéndice I, 9) que la casa de Caifás, convertida en iglesia de san Pedro, se hallaba a unos 50 pasos de «la Santa Sión». Se puede asegurar con toda certeza que el palacio del sumo sacerdote se hallaba en la actual Sión; y con gran probabilidad, que se levantaba donde hoy se señala como lugar del palacio de Caifás, es decir, en la **iglesia de San Salvador,** perteneciente a un convento de monjes armenios, 50 m. al sur de la puerta de Sión, unos 70 m. al norte del Cenáculo. Después de las muchas reformas que iglesia y monasterio han experimentado en el transcurso de los tiempos, forman hoy ambos un cuadrilátero irregular. El conjunto presenta aspecto de castillo. Al norte está la entrada con su puerta pesada, baja y estrecha, forrada de hierro; en sus elevados muros no hay ventanas, sino pequeñas troneras y algunos agujeros por donde subir las cargas. La iglesia se levanta en el patio del monasterio. Tiene de 10 a 12 m. de longitud por 8 de anchura, recubierta interiormente de porcelana. En un pequeño ábside se ve el altar, de cuya ara dicen los armenios ser una parte de la *Piedra del Angel,* que cerraba el sepulcro de Cristo antes de la Resurrección; es semicircular, de 1,50 m. de longitud por 0,75 de anchura, y

---

[1] Es decir: Me veréis algún día venir como juez vuestro. Jesús les trae a la memoria la *profecía de Daniel acerca del Hijo del hombre (Dan.* 7, 13 s.; cfr. *Ps.* 2, 13); y dice «desde ahora», porque en ese momento incurren en su juicio, y porque él mismo queda investido del cargo de juez, merced a la sentencia que sella su muerte (cfr. núms. 99 ss., 323 y 328).

[2] En señal de profundo sentimiento; en realidad, impía hipocresía.

[3] Es decir, todos los que estaban presentes. De *Luc.* 23, 51 (núm. 454) y *Ioann.* 7, 50 ss. (núm. 228) se colige que José de Arimatea y Nicodemus no asistieron a la sesión.

[4] Acerca de la ilegalidad de este proceso, aun según las leyes judías (sin testigos de descargo, sin defensor, sin coincidencia de los dos o tres testigos de la acusación, juicio condenatorio sentenciado el día del proceso—todo esto era ilegal), como también acerca de la incapacidad moral de algunos miembros del Sanedrín, apareció un artículo con el título: *Valeur de l'assemblée qui prononça la peine de mort contre Jésus-Christ* (París 1876), escrito por los célebres hermanos Lémann (véase *Herders Conv.-Lex.* V³ 674), rabinos convertidos. Un escrito semejante publicó en 1828 el célebre jurista Dupin, en Migne: *Démonstration évang. XVI 727: Jésus devant Caïphe et Pilate.* Cfr. *Etudes relig., philos., littéraires par des pères de la Comp. de Jésus* 1876, 736. Acerca de la legalidad del proceso de Jesús ante *Pilatos,* véase núm. 390.

[5] P. Urbain Coppers, *Le palais de Caïphe et le nouveau jardin de Saint-Pierre au mont Sion* (París 1904).

está protegida por una capa de yeso. En el lado de la epístola (mediodía), por una puerta pequeña se pasa a una estancia muy estrecha, que los árabes llaman *Habs el-Messieh,* «Cárcel de Jesús», donde apenas hay espacio para dos hombres arrodillados ante el altar. Aquí pasó el Señor la terrible noche del jueves al viernes. Al oeste de la iglesia se encuentra un espacio a modo de crucero, de 25 pasos de largo por 10 de ancho, que se cree ser *el atrio* donde san Pedro estaba al fuego con la servidumbre y negó al Señor. En recuerdo de este hecho, contigua a la «Cárcel de Jesús» se alza una columna con un gallo de piedra.

383. Según tradición que no se remonta más allá del siglo xv, en el sitio que ocupó la *casa de Anás,* al norte de la puerta de Sión y dentro del actual recinto de la ciudad, levántanse hoy una iglesia y un convento de monjas armenias. En un patio exterior se enseñan unos olivos que son, según tradición, retoños de aquel en que estuvo atado el Señor hasta que fué conducido a la presencia del sumo sacerdote Caifás; de ahí el nombre de *monasterio del Olivo* (Dêr es-Zetuni). El oratorio está dedicado a los Santos Angeles.

112. Triple negación de Pedro

(*Matth.* 26, 69-75. *Marc.* 14, 66-72. *Luc.* 22, 55-62. *Ioann.* 18, 15 25-27) [1]

1. *Primera* negación durante el interrogatorio en casa de Anás. 2. *Segunda* negación durante el interrogatorio en casa de Caifás. 3. *Tercera* negación—una hora después de la primera; canta el gallo por segunda vez; Jesús dirige una mirada a Pedro; sale éste afuera y llora amargamente.

384. Simón Pedro [2] y otro discípulo habían seguido de lejos a Jesús hasta el palacio del sumo sacerdote *(Anás;* pág. 383, nota 4). Aquel discípulo era conocido del pontífice; y así, entró con Jesús en el atrio del pontífice. Mas Pedro quedó fuera en la puerta. Pero saliendo el otro discípulo, habló a la portera y franqueó a Pedro la entrada. Entonces una de las criadas del pontífice, la portera, dice a Pedro: «¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?» El respondió: «No lo soy». Los criados y ministros estaban a la lumbre, porque hacía frío [3], y se calentaban; sentóse Pedro con ellos al fuego, para ver en qué paraba la cosa. Y entró (de nuevo) la portera y, viéndole de más cerca al resplandor de la lumbre, le dijo: «También tú estabas con Jesús Nazareno». Y él lo negó delante de todos, diciendo: «Mujer, no le conozco; ni sé lo que

---

[1] Ofrece algunas dificultades la armonía de los cuatro relatos evangélicos; mas «precisamente en esta manera de informar debemos ver un testimonio brillante de imparcialidad y fidelidad. Encontrará diferencias inconciliables y contradicciones propiamente dichas sólo quien desconozca que, según los Evangelios, se trata de tres actos de un drama, cada uno de los cuales consta de dos o más escenas» (Belser, *Geschichte des Leidens*[2] 322). El *número* de negaciones no se ha de calcular por el de personas a cuyas afirmaciones y preguntas sale Pedro al paso con negaciones; de las circunstancias especiales (diferencia de lugar y de tiempo, energía creciente de la negación) se debe decidir en cuál de los tres actos nos hallamos.

[2] *Pedro,* recobrado del primer susto, se avergonzó de su huída. «Otro discípulo», según los más de los exegetas, *san Juan;* según Belser (l. c. 315 y 319), un discípulo oculto de Jesús, perteneciente a la aristocracia judía a la manera de Nicodemus o José de Arimatea (de ahí el conocimiento con el pontífice) procuró a Pedro la entrada en la casa del sumo sacerdote.

[3] El 26 de mayo de 1875 hubo una fuerte granizada en Jerusalén; luego vino la lluvia y la nieve, que aun cubría el 3 de abril los montes *(HL* 1875, 640; Fahrngruber, *Jerusalem,* etc., XXIV).

dices» [1]. Y al poco rato salió fuera al zaguán [2]; *entonces cantó el gallo.*

No mucho después dijo de nuevo la criada que le había visto: «Este es uno de ellos»; y otra criada dijo a los circunstantes: «Este estaba también con Jesús Nazareno»; y otro que le vió, dijo: «Tú eres uno de ésos». Pedro negó de nuevo con juramento, diciendo: «No conozco a tal hombre». Y se sentó (de nuevo) al fuego para calentarse. Dijéronle entonces: «¿No eres tú también uno de los discípulos suyos?» Nególo y dijo: «No lo soy» [3].

385. Y un rato después, como una hora [4], entraron *otros* [5] y dijeron a Pedro: «Verdaderamente tú eres de éllos, pues eres galileo. Tu modo de hablar te delata» [6]. Y uno de los siervos del pontífice, pariente de aquel a quien Pedro cortó la oreja, le dijo: «¿No te vi yo mismo con él en el huerto?» Entonces Pedro lo negó por tercera vez y comenzó a hacer imprecaciones y a jurar que no conocía a tal hombre. Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, *cantó el gallo* segunda vez. Y volviendo entonces Jesús el rostro, miró a Pedro [7]. Y Pedro recordó las palabras del Señor: «Antes que el gallo cante dos veces, me has de negar tres.» Y saliendo fuera *lloró amargamente* [8].

---

[1] ¡*Una criada* hace caer al Príncipe de los apóstoles, al que mayor ánimo y valor había mostrado! Aquí vemos que nada hay más débil que el hombre que confía en sus fuerzas. Dios permitió la caída, para que fuese manifiesta la debilidad del hombre, para que Pedro por la humildad se preparase a ejercer el cargo de pastor supremo, y para que él y todo el mundo supiesen que la fundación de la Iglesia y todas las maravillas que después sucedieron por medio del Príncipe de los apóstoles no eran cosa de los hombres, sino de Dios. Sin embargo, *Pedro no apostató interiormente del Señor como Judas, sino le negó sólo externamente.* Su pecado, no obstante, fué muy grande (cfr. núms. 174 y 198); el haberse levantado de la caída, obra fué de la gracia misericordiosa de Dios y de la tierna mirada del divino Redentor.

[2] Las casas de los personajes ilustres tenían, por lo general, dos atrios. El exterior, llamado también vestíbulo, comunicaba con la calle por una puerta y servía de antesala y de estancia para la servidumbre. Del vestíbulo se entraba por una puerta al espacioso atrio interior. Hallábase éste rodeado de galerías, a las cuales daban las puertas de los cuatro lados del rectángulo, donde estaban instalados los departamentos del piso inferior (cfr. pág. 383, nota 4; Winer, *Bibl. Realwörterbuch,* en la palabra *Häuser).*—Pedro salió del atrio interior al vestíbulo (*Marc.* 14, 68) para ocultar su espanto y perplejidad, acaso también para evitar ulteriores peligros.

[3] Va mezclándose cada vez más gente en el asunto. Ello explica el temor creciente del Apóstol, que le impelió a corroborar su negación con un juramento. Creyósele por el momento y no se le molestó más. Esto le dió cierta seguridad. La confianza en sí mismo volvió a dominarle; por otra parte, el amor que profesaba al Maestro le tenía intranquilo; y acordándose del aviso de Jesús, no reparó en los peligros de su situación. Entonces *Satanás* echó el resto para hacerle caer.

[4] Pedro había vuelto entretanto al atrio interior.

[5] Así según Mateo y Marcos; Lucas da a entender que cierta persona especialmente ponía en aprieto a Pedro, y san Juan dice que ese tal era un pariente de Malco y testigo de lo acaecido en el huerto de Getsemaní. Aquí se echa de ver la violencia con que atacó Satanás al Príncipe de los apóstoles (cfr. núm. 353), y se comprende que Pedro, abandonado a su flaqueza, perdiera el tino y tratase de imponer su negación a fuerza de juramentos e imprecaciones.

[6] Según Paul Haupt (*Oriental. Literatur-Zeitung* XI-1908, 239), los galileos no distinguían las guturales; este era el distintivo de su pronunciación.

[7] Desde la sala donde se celebraba la sesión (fig. 18); pudo ser también que Jesús viniera entonces de la sala de la audiencia para ir a la cárcel donde se le tuvo guardado hasta la madrugada.

[8] Acerca de la iglesia de san Pedro *in Galli Cantu,* véase núm. 343.

113. Jesús escarnecido. Comparece de nuevo ante el Sanedrín. Desesperación de Judas

(*Matth.* 26, 67 s.; 27, 1-11. *Marc.* 14, 65; 15, 1. *Luc.* 22, 63-71)

1. Escarnios y afrentas. 2. Sesión matutina[1] del Sanedrín; lugar: la casa de Caifás; tiempo: después del canto del gallo, entre 5 y 6 de la mañana; objeto: condenación definitiva de Jesús. 3. Arrepentimiento y desesperación de Judas; hipocresía de los sumos sacerdotes (sólo *Matth.* 27, 3-10).

386. Pronunciada ya la sentencia de muerte, Jesús fué maltratado durante el resto de la noche de la manera más afrentosa por los ministros encargados de su custodia. Escupíanle en la cara[2]; maltratábanle a puñadas; y después de haberle vendado los ojos, le daban bofetadas diciendo: «Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?» Y proferían otras muchas blasfemias contra él[3].

387. Muy de mañana se reunió de nuevo el Sanedrín para condenarle a muerte[4]. Hicieron que compareciese en su presencia y le dijeron: «Si tú eres Cristo, dínoslo». Y él les respondió: «Si os dijere, no me lo creeréis; y si (para justificarme) os preguntare (con qué derecho procedéis contra mí), no me responderéis (ni me soltaréis). Mas desde ahora el Hijo del hombre estará sentado a la diestra de Dios omnipotente». Dijéronle todos: **¿Luego tú eres el Hijo de Dios?** El respondió: **Sí, lo soy.** Y ellos dijeron: «¿Qué necesitamos más testimonio? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

388. Levantóse entonces toda la asamblea; y le llevaron atado de casa de Caifás al Pretorio, para entregarle[5] al procurador *Poncio Pilatos*[6].

---

[1] A nuestro juicio, *Luc.* 22, 66 es paralelo de *Matth.* 27, 1 y *Marc.* 15, 1; pero entonces *Matth.* 26, 57-66 y *Marc.* 14, 53-64 nos hablan de una sesión *nocturna* del Sanedrín, y *Luc.* 22, 66-71 de una sesión *matutina*. Opinan algunos (por ejemplo, *BZ* 1911, 266 ss.) que hubo una sola sesión del Sanedrín, que duró hasta el amanecer; con lo que los pasajes mencionados vendrían a hablar de la *misma* sesión. No carece de fundamento esta hipótesis, pero ofrece algunas dificultades. Quien la siga, deberá suprimir de este lugar lo que se dice en el núm. 387, identificándolo con núms. 379 y 380.

[2] Señal de sumo desprecio. Con estos horribles ultrajes y las demás groserías se cumplieron los vaticinios de los profetas, en especial *Ps.* 21, 2-8; *Is.* 50, 6 s.; 52, 14; 53, 2 s.

[3] Aquél a quien adoran los ángeles fué juguete de la hez de los hombres. De constitución tierna y perfecta, Jesús sentía de manera vivísima los dolores corporales; y cuanto más noble era su corazón, tanto más sentía hasta el fondo del alma todo lo que en el desprecio hubiese de humillante; en la burla, de amargo; en el insulto, de ofensivo; en el trato indigno, de irritante; en la ingratitud, de doloroso; «fué afrentado hasta la saciedad» (*Thren.* 3, 30). *¡Mas Jesús callaba!* (cfr. *Is.* 50, 5).

[4] La sentencia de muerte, pronunciada en sesión nocturna, era inválida; tampoco se podía fallar una causa en la misma sesión en que se hubiese examinado el proceso; de ahí el empeño de salvar las apariencias, convocando a sesión por la mañana para pronunciar la sentencia (cfr. Lémann, *Valeur de l'assemblée,* etc., 90). Acaso concertaron en esta sesión matutina las medidas que se habían de tomar en aquel negocio.

[5] El Sanedrín gozaba de independencia relativamente grande aun bajo la dominación romana. Sólo cuando entendía en pena capital necesitaba que el procurador romano confirmara la sentencia. «El procurador romano podía aplicar a su talante, ora las normas del derecho judío, ora las del romano. Para un caso especial se concedió a los judíos que se aplicasen las normas jurídicas judías aun a los ciudadanos romanos: si un extraño (no judío) se atrevía a franquear la balaustrada del Templo, accesible sólo a los judíos, era castigado con la pena capital, aunque fuese ciudadano romano (cfr. pág. 126, nota 7, y figura ibid.). Aun en este caso, la sentencia del tribunal judío debía ser confirmada por el procurador romano» (cfr. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Christi* II³ 209).

[6] El Pretorio estaba donde vivía el procurador; en aquella ocasión, en la Torre Antonia (véase núm. 395).

Era de madrugada (a eso de las siete). Entonces *Judas,* que le había entregado, viendo a Jesús sentenciado a muerte, arrepentido de lo hecho [1], restituyó las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: «He pecado *entregando la sangre del inocente»* [2]. A lo que dijeron ellos: «¿A nosotros qué nos importa? Allá te las hayas» [3]. Mas él, arrojando el dinero en el Templo, se fué y se colgó de una cuerda [4].

389. Y los príncipes de los sacerdotes, recogiendo las monedas, dijeron: «No es lícito sumarlas al tesoro del Templo, porque son precio de sangre» [5]. Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los peregrinos. Por lo cual se llamó dicho campo **Haceldama,** esto es, *campo de sangre* [6], y así se llama hasta el día (en que Mateo lo escribió). Con lo que vino a cumplirse el vaticinio del profeta Jeremías [7], que dice: «Y recibieron las treinta monedas de plata, precio en que ajustaron los hijos de Israel al digno de precio; las dieron para el campo de un alfarero, como me lo ordenó el Señor» [8].

---

[1] Su arrepentimiento no fué sobrenatural ni conducente a la salvación; no procedía de la fe y de la caridad, y faltábale la esperanza del perdón.

[2] De haber Judas meditado seriamente las cosas, se habría convencido de que su traición había de acarrear a Jesús muerte violenta. Porque no se le ocultaba el odio implacable y sanguinario que los sumos sacerdotes, etc., tenían a Jesús; como también había oído al Maestro a menudo profetizar (por ejemplo, *Matth.* 20, 18 s.) que no había de rehuir la muerte violenta por nuestra salud. Aconteció a Judas lo que sucede a innumerables pecadores y criminales desde nuestros primeros padres hasta nuestros días: la pasión le hizo sordo y ciego a las reflexiones y a los llamamientos de la conciencia. Mas cuando, satisfecha la pasión, vió las terribles consecuencias de su conducta abominable, entró en cuentas consigo mismo. Entonces oyó las terribles voces de la conciencia. Mas el demonio, que había favorecido la pasión y no le había dejado ver lo horrible de la cosa, se la representó ahora con tan terribles colores que, como Caín, llegó a desesperar de la gracia de Dios.

[3] Estas palabras despiadadas y despectivas acabaron de desesperar a Judas. Así hablan el demonio y el mundo a los que se entregan a ellos. Compran el crimen con un salario que la desgraciada víctima no llega a disfrutar, y luego abandonan a ésta a la desesperación, después de haberse aprovechado de ella *(ridentur, contemnuntur, deseruntur;* así Tirino a este propósito).

[4] Según la observación de san Pedro *(Act.* 1, 18 s.), el cual aduce el testimonio de los habitantes de Jerusalén, el cuerpo (del ahorcado) cayó de cabeza y reventó por medio, quedando esparcidas por la tierra las vísceras (cfr. núm. 536 y *BZ* 1909, 303 ss.).

[5] Los fariseos no quieren que el «precio de la sangre» ingrese en el tesoro del Templo; en cambio no tienen escrúpulo de comprar a un traidor, de presentar falsos testigos y de condenar a muerte al inocente.

[6] Porque el campo se adquirió con el dinero de la traición que acarreó la muerte a Jesús, y porque (según *Act.* 1, 19) el traidor se dió a sí mismo la muerte (cfr. Belser, *Geschichte des Leidens*[2] 337).—*Hacéldama* está al sur del valle de Hinnom (hoy *Wadi er-Rababi),* cerca de la confluencia con el valle del Cedrón. En la antigua Jerusalén había una puerta que daba al valle de Hinnom y se llamaba puerta de la alfarería *(Ierem.* 19, 1 s.), refiriéndose sin duda a este *campo del alfarero.*

[7] La profecía se encuentra en *Zacarías* 11, 12 s. en forma de parábola, en la que el Mesías describe la infidelidad de los judíos y el menosprecio con que le tratan. San Mateo cita el pasaje según el sentido, haciendo resaltar el cumplimiento de la profecía que encierra. El haberlo atribuído a Jeremías, y no a Zacarías, se debe a que Zacarías hace referencia a Jeremías, quien da (18, 1-3 y 19, 1 s.) el nombre del campo, que era lo que hacía al caso (cfr. tomo I núm. 713; Grimm, *Einheit der Evangelien* 715-724; Lohmann, *Das Leben unseres Herrn und Heilandes Jesus Christus*[4] [1906] 309 s.).

[8] Como a mí (el profeta) me encomendó el Señor que profetizara.

114. Jesús en presencia de Pilatos[1] y de Herodes

(*Matth.* 27, 11-14. *Marc.* 15, 2-5. *Luc.* 23, 2-12. *Ioann.* 18, 28-38)

1. Acusaciones de los judíos contra Jesús: «Malhechor» (*Ioann.* 18, 28-33); sedicioso; enemigo de pagar los tributos; pretendiente del trono (*Luc.* 23, 3). 2. *Primer* interrogatorio de Pilatos en el Pretorio acerca de la realeza de Jesús: *a)* origen y naturaleza del reino de Jesús; *b)* su dignidad real; *c)* su misión. 3. Pilatos declara a Jesús inocente. 4. Nuevas acusaciones, especialmente de sedicioso; silencio de Jesús. 6. Episodio de Herodes (sólo *Luc.* 23, 6-12).

390. Los sumos sacerdotes y los ancianos no entraron en el Pretorio[2], a fin de no contaminarse[3], y poder comer la Pascua (el cordero pascual)[4]. Salió, pues, Pilatos afuera y les dijo: «Qué acusación traéis contra este hombre?» Respondieron y le dijeron: «Si no fuese malhechor, no te lo hubiéramos traído»[5]. Díjoles Pilatos: «Tomadlo vosotros, y juzgadle conforme a vuestra ley»[6]. Dijéronle entonces los judíos: «A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie»[7]; para que se cumpliese lo que Jesús había dicho, significando de qué muerte había de morir[8].

---

[1] Acerca de la competencia de los procuradores en asuntos judiciales, cfr. Kastner, *Jesus vor Pilatus* 22 ss.; también Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* I³ 466 s., II 208 ss.; y núms. 374 y 387. Kastner (l.c. 14 s.) trae una excelente descripción del carácter de Pilatos según las fuentes (cfr. también núm. 88).—Modernamente se ha estudiado el proceso de Jesús ante *Pilatos* desde el punto de vista *jurídico.* Mientras que Giovanni Rosadi (*Il processo di Gesù* [Florencia 1903; ⁴1908]; cfr. Lebon, en *Revue d'histoire ecclésiastique* 1908, 746-749) concluye que Jesús fué víctima de un asesinato de la justicia, sostiene Robert von Mayr (*Archiv. für Kriminal-Anthropologie* XX 1905, 269 ss.) que Pilatos guardó, en general, las formas y normas procesales prescritas y que «el espectáculo que ofrece el proceso de Jesús no es un asesinato de la justicia, sino un asesinato *político-religioso* mediante *abuso de la justicia,* la cual en cierto modo debe regirse por el camino obligado que impone el cargo»; Dörr (*Archiv. für Strafrecht und Strafprozess* LV-1908, 12 ss.) está de acuerdo con von Mayr. Acerca de la legalidad del proceso de Jesús ante el *Sanedrín,* véase página 386, nota 4.

[2] Cfr. núm. 395 ss. La *residencia* del procurador estaba en Cesarea Marítima o de Palestina (véase núm. 601); en circunstancias especiales, como en las grandes fiestas de los judíos, venía el procurador a Jerusalén, para poder intervenir inmediatamente en los posibles alborotos. En Jerusalén ocupaba, según toda probabilidad, la Torre Antonia, contigua al Templo por el septentrión. Donde moraba el procurador, estaba también el Pretorio o sala del tribunal (*Ioann.* 18, 28).

[3] Los *fariseos,* que colaban el mosquito y se tragaban el camello (núms. 189, 247 y 316 ss.), tenían miedo de mancharse entrando en la casa de un gentil; pero la muerte de un inocente no les mancha, ni es óbice para participar en la cena del cordero pascual (cfr. núm. 388).

[4] Cfr. núm. 337; otros (por ejemplo, Belser, *Die Geschichte Leidens*² 149 s. y 159 s.) entienden la frase de san Juan «comer la Pascua» en sentido lato: «celebrar los banquetes sacrificiales propios de la fiesta (*schelamim*) y ofrecer los acostumbrados sacrificios de alabanza y acción de gracias».

[5] En esta respuesta se unen el odio a Jesús, la aversión a la soberanía romana y el enojo por no haber Pilatos aprobado sin más la sentencia. El altivo romano les dió una respuesta que denotaba análogo enojo.

[6] Es decir: Puesto que no queréis presentar acusación ninguna, supongo que se trata de algún asunto cuya decisión es de vuestra incumbencia. Dejadme, pues, tranquilo.

[7] Es decir: no, nosotros hemos pronunciado *sentencia de muerte;* mas no nos está permitido ejecutarla.

[8] Cfr. *Ioann.* 3, 14; 8, 28; 12, 32; *Matth.* 20, 17-19. La *crucifixión,* el tormento más humillante y acerbo (véase núm. 427), era desconocida de la ley judía; sólo podía aplicarse a Jesús en caso de correr la ejecución por cuenta de los gentiles, lo cual no se hubiera logrado de Pilatos sin el previo reconocimiento de la soberanía romana.

Y comenzaron a acusarle [1], diciendo: «A éste hemos hallado *amotinando a nuestra gente* y vedando dar *tributo* al César [2]; y de sí mismo dice ser *Cristo, el Rey*» [3].

391. Volviendo a entrar Pilatos en el Pretorio [4], llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Respondió Jesús: «¿Dices tú esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?» [5] Respondió Pilatos: «¿Soy acaso yo judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho?» Respondió Jesús: «*Mi reino no es de este mundo.* Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos. Mas mi reino no es de aquí» [6]. Entonces Pilatos le dijo: «¿Luego, tú eres rey?» Respondió Jesús: «**Sí, yo soy Rey.** Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que es de la verdad [7],

---

1 Ahora representan *cargos* concretos (incitación a la rebeldía, inducción a no pagar los tributos, pretensión del trono). Son muy distintos de los que han aducido en *su* juicio contra Jesús, tan falsos como aquéllos, pero calculados para producir impresión en el procurador romano. Pero la manifiesta inocencia y la dignidad divina de Jesús hicieron que fracasaran las acusaciones, y les obligaron de una parte a manifestar ante el juez gentil la verdadera causa de la sentencia que pronunciaran (núm. 413), a saber, que se decía a sí mismo *Hijo de Dios,* y de otra a desechar pública y solemnemente a su rey y reconocer la soberanía romana; tomaron sobre sí la terrible responsabilidad de aquella sangre inocente y dejaron de ser el pueblo de Dios.

2 No hacía cuatro días que Jesús les había dicho lo contrario (núm. 311). Uno de los principales deberes del procurador era velar por la recaudación de contribuciones.

3 También esta acusación era falsa en el sentido que le daban los acusadores para producir impresión en el ánimo de Pilatos. Nunca se dió a sí mismo el nombre de rey, nunca pretendió el reino en el sentido mundano, antes al contrario, lo rehuyó (núm. 179). Se dió a sí mismo el nombre de *Cristo, Mesías;* pero en todo su proceder y en sus palabras dió claramente a entender que en ello no iba incluído el concepto de reinado temporal (cfr. núm. 298 ss.).—Pilatos comienza el examen del reo por el punto más importante para él. La ley romana castigaba con todo rigor la rebelión de ese género y aun la excitación a ella. Toda suerte de rebelión se castigaba con pena de muerte agravada (cremación, fieras, crucifixión).

4 Cfr. núm 399.

5 De esta pregunta se desprende que durante la acusación Jesús no estaba presente, sino en el patio, en el interior del portal de la ciudadela (véase núm. 399). Bien sabía Jesús el origen de la pregunta de Pilatos; pero quiso con su réplica advertir al procurador romano que se trataba de un reino en un sentido muy especial, y que de la humilde aparición de Jesús, de la repugnancia de los judíos contra la soberanía romana y del anhelo por el Mesías, finalmente, de su mismo porte en aquella circunstancia, podía deducir que no se trataba de un reino temporal que pusiera en peligro el del César. Pilatos entendió hasta cierto punto la advertencia y el reproche; de ahí su pregunta desabrida: «¿Soy yo acaso judío?», etc., es decir: «Dime, pues, qué has hecho; así podré juzgar si es justa o no la acusación».

6 *El reino de Cristo es la Iglesia;* ella es un reino visible y está *en* este mundo (núms. 141 y 198), pero no es *de* este mundo, es decir, por su origen, por su contenido (verdad y gracia), por su finalidad, es un reino celestial; por lo mismo no viene a ser un peligro para ningún señorío terreno; como tampoco emplea medios violentos, antes, al contrario, enseña a someterse en todos los negocios temporales a las autoridades y a obedecerlas por Dios y en conciencia (cfr. núm. 311). Su patria es el cielo; mediante su doctrina y los sacramentos y por medio de sus ministros y representantes gobierna Cristo en él sobre los hombres que *voluntariamente* se le someten, y los conduce mediante el ministerio de la Iglesia a la patria celestial. Cfr. también pasajes como *Ioann.* 8, 23; 15, 19; 16, 28; *Marc.* 12, 17; *Luc.* 12, 14.

7 Quien busca y ama sinceramente la verdad y a ningún precio quiere ser esclavo del pecado (cfr. núms. 109, 232 y 303), se hace súbdito del Rey de la verdad y ciudadano de su reino.

escucha mi voz» [1]. Pilatos le dice: «¿Qué cosa es la verdad?» [2]

392. Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez a los judíos y les dijo: *Yo no hallo en él delito alguno* [3]. Y como le acusasen los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Y entonces interrogóle de nuevo Pilatos, diciendo: «¿A nada respondes? ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti?» Mas Jesús no le respondió a palabra alguna, de modo que el procurador se maravilló en gran manera [4]. Mas ellos insistían, diciendo: «Tiene al pueblo alborotado con la doctrina que esparce por toda Judea, comenzando desde Galilea, hasta aquí» [5].

393. Y oyendo Pilatos nombrar «Galilea», preguntó si aquel hombre era galileo [6]. Y luego que supo que era de la jurisdicción de *Herodes,* el cual a la sazón se encontraba en Jerusalén [7], remitióselo. Herodes se alegró mucho de ver a Jesús, pues había oído hablar mucho de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hizo muchas preguntas; mas Jesús nada le respondía [8]. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas estaban allí acusándole con gran tesón. Mas Herodes con sus soldados le escarneció,

---

[1] **¡Jesús, el Rey de la verdad!** ¡Su reino, el reino de la verdad! Hermosísimo testimonio que depone Jesús ante Pilatos, por el cual murió para salud del mundo, como lo decía la inscripción de la Cruz (cfr. *Ioann.* 19, 19; núm. 380). Porque es Rey de la verdad, es también *Rey de los corazones,* y su reino es de amor y de paz, como en el cielo es el reino de la eterna felicidad (núm. 302; también núms. 185 s. y 357 ss.). — A esta confesión de Jesús ante Pilatos se refiere san Pablo cuando dice (I *Tim.* 6, 13): «Cristo Jesús, que dió testimonio bajo Poncio Pilatos, un magnífico testimonio».

[2] Cfr. también página 285, nota 4. Muy hermosamente dice san Agustín (*De moribus eccl. cath.* 31): «Si no se desean con toda la energía del alma la ciencia y la verdad, no pueden ser halladas. Pero si se buscan dignamente, no se esconden a sus amantes». Pilatos, un grande de este mundo, no quiere saber más de una verdad que, a su entender, lleva consigo ciertas exigencias morales. Por eso corta la discusión. La persona de Jesús, su tranquilidad, su dignidad y majestad, su manifiesta inocencia, produjeron tal impresión en él, que en adelante se esforzó por librarle.

[3] Jesús confesó ser Rey, pero en un sentido que no podía dar motivo para una sentencia condenatoria. Además, dado el predicamento de Jesús, no era posible que Pilatos desconociese su vida y obras. Sí, Pilatos conocía muy bien el motivo verdadero de las acusaciones, a saber, la envidia de los sumos sacerdotes y de los escribas. Añádase a esto la persona y el continente de Jesús, — razón bastante para declarar la «inocencia». Desde ahora toda defensa era inútil. La inocencia de Jesús era patente a todo el mundo. Sólo la envidia y el odio de una parte y la cobardía de otra podían entregarle a la muerte que se *disponía* a sufrir por nosotros. De ahí el *silencio misterioso de Jesús* a las demás preguntas (cfr. también *Luc.* 22, 67).

[4] De la serenidad e intrepidez de Jesús. El silencio era a la vez un reproche para él; dió oído a las acusaciones sin exigir pruebas.

[5] Qué hubiese en ello de verdad, nos lo dice san Pedro (*Act.* 10, 38): «Pasó por todo el país haciendo bien y curando a todos los oprimidos de los demonios».

[6] Solamente *Luc.* 23, 5-16 (núm. 177, al fin). En 9, 9 prepara san Lucas el relato de este episodio diciendo que Herodes «tenía deseos de verle». La fuente de esta información está seguramente en *Luc.* 8, 3, donde se dice que entre las mujeres que «sostenían a Jesús con sus bienes» estaba «Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes» (véase Kastner, *Jesus vor Pilatus* 70).

[7] *Herodes Antipas,* que había dado muerte a Juan y amenazado a Jesús (núms. 39, 122, 176 s. y 256; acerca de su palacio de Jerusalén cfr. núm. 400).

[8] Jesús castiga sus crímenes y su vana curiosidad, declarándonos al mismo tiempo la prontitud de ánimo con que va a la muerte. Aquí, como en presencia de Pilatos, enseña a sus representantes con el ejemplo a observar aquella santa libertad y noble dignidad frente a los poderosos del mundo, frente a sus adulaciones y amenazas, como lo enseñó de palabra en otra ocasión (núms. 173, 320, 361 y 366).

mandando que le vistieran de una ropa blanca [1]; se lo devolvió a Pilatos [2]. Y aquel día quedaron *amigos Herodes y Pilatos;* porque antes eran enemigos entre sí [3].

394. Segunda etapa del itinerario de la Pasión (cfr. lámina 9). De casa de Caifás que, como queda dicho, estaba en Sión, fué Jesús conducido al Pretorio de Pilatos, instalado en la Torre Antonia, atravesando de parte a parte la ciudad: una carrera de unos 1200 m., ó 2000 pasos. De allí fué llevado a la presencia de Herodes, que tenía su mansión en el palacio de los Asmoneos, en la parte baja de Sión (véase núm. 400), unos 700 m. ó 1160 pasos, para regresar otra vez al Pretorio. Todo ello atravesando las calles más concurridas de la capital de Judea, entre continuos malos tratos y burlas, durante la Pascua, a cuya celebración acudían gentes de todo el país y de todas las comarcas del mundo, no sólo judíos, sino también gentiles, especialmente prosélitos. *¡Cuántos oprobios y humillaciones* sufrió el Hijo de Dios! Mas ¡cómo resplandece en todo ello la divina sabiduría! *Todo el pueblo judío, y aun puede decirse que todo el mundo fué de esta suerte testigo de los hechos emocionantes* que habían de predicar los apóstoles en Judea y Jerusalén y de un cabo al otro del mundo, y que la incredulidad no podría negar.

395. El Pretorio de Pilatos (fig. 19 y lám. 9) [4]. Durante las sangrientas persecuciones de los tres primeros siglos era de todo punto imposible el culto externo en los lugares santificados por la vida y Pasión del Señor; pero la piedad cristiana guardó fielmente su recuerdo durante aquellos tiempos difíciles. Demás de esto, los medios empleados por los gentiles para desterrar la memoria de los Santos Lugares, como, por ejemplo, la erección de estatuas y templos paganos, contribuyeron a que más hondamente se grabasen en los corazones de los fieles. La paloma inmaculada del Cristianismo huía de las abominaciones del culto pagano; mas ni en tan aciagos tiempos cesaron las peregrinaciones, antes fueron en aumento bajo Adriano y aun más en el imperio de sus sucesores. Del tiempo de Constantino conocemos las peregrinaciones del obispo Alejandro de Capadocia (Asia Menor), que fué a Jerusalén hacia el año 210 para estudiar sobre el terreno la historia evangélica [5], de Clemente Alejandrino [6], de Orígenes [7], de Firmiliano, obispo de Cesarea (de Capadocia) [8]. Tan pronto como Constantino y Licinio dieron en 313 el famoso edicto de Milán otorgando a los cristianos libertad de practicar su religión, numerosos cristianos de todo el orbe comenzaron a visitar Tierra Santa, y la piedad de los fieles edificó iglesias y capillas en los Santos Lugares. Escribe Eusebio [9] hacia el año 315, que las peregrinaciones a

---

[1] Para burlarse de su *dignidad mesiánica y real;* los romanos, a quienes solamente lo de rey se les alcanzaba, le vistieron un manto de púrpura.

[2] Ora por secreto temor a Jesús, ora por vulgar prudencia, teniendo por más conveniente darse por satisfecho con la supuesta cortesía de Pilatos y dejar el juicio del reo a cargo del romano, celoso de su poder.

[3] Cfr. *Act.* 4, 27; núm. 548. La enemistad de ambos es muy explicable, pues Pilatos, hombre orgulloso y sin miramientos, se entrometía en las atribuciones de Herodes. Un ejemplo, núm. 251, la muerte de los galileos. Herodes vió en la cortesía de Pilatos un reconocimiento de sus derechos; Pilatos, a su vez, pudo ver una deferencia análoga en la devolución del reo; de ahí su amistad. ¡Cuán a menudo se repite este espectáculo con la esposa de Jesucristo, con la Iglesia y sus fieles hijos!

[4] Cfr. Mommert, *Das Prätorium des Pilatus* (Leipzig 1903); Zaccaria, *Nuovo Bullettino di archeologia cristiana* (Roma 1900 y 1901); Lagrange en *RB* 1897, 455; P. Heinrich Häusler O. S. B. en *HL* 1918, 18 ss. y 58 ss.

[5] Eusebio, *Hist. eccl.* 5, 12; 6, 10, 11.

[6] San Jerónimo, *De viris illustr.* 38.

[7] *In Ioannis Evang.* l. 8; *Contra Celsum* 2, 1.

[8] Cipr., *Epist.* 75. San Jerónimo l.c. 54.—Acerca de las peregrinaciones a Jerusalén en los cuatro primeros siglos, cfr. *HL* 1904, 62 166; *ZDPV* 1910, 70 s.

[9] *Demonst. Evang.* 6, 16; 7, 3.

Jerusalén eran tan numerosas, que venían allí cristianos de todos los extremos del mundo; lo mismo observa san Jerónimo [1] a fines del siglo IV: eran tantas las visitas que venían a Jerusalén de todas partes, que a menudo se originaban grandes apreturas; y de los tiempos anteriores escribe estas memorables palabras: «Iríamos demasiado lejos si quisiéramos repasar todos los tiempos a partir de la Ascensión del Señor hasta nuestros días, para contar cuántos obispos, mártires y varones elocuentes en doctrina eclesiástica hayan venido a Jerusalén; pues habrían creído tener menos piedad y ciencia, si no adoraban a Cristo en aquellos mismos lugares donde primero comenzó a brillar desde la Cruz el Evangelio» [2]. Algunos peregrinos consignaron por escrito lo que vieron, y gracias a ellos tenemos noticias preciosas acerca de la situación de los Santos Lugares (véase Apéndice I, 1 ss.).

396. Uno de los lugares venerado por los primeros cristianos fué el *Pretorio o sala del tribunal de Pilatos,* donde Jesús fué oído por el procurador romano, escarnecido y maltratado por los soldados, el gran patio enlosado *(Gabbatha, Lithostrotos),* donde Pilatos tenía su silla judicial, donde Jesús fué presentado a los judíos con la corona de espinas y el manto de púrpura, donde fué azotado y condenado a muerte.

Atestiguan haber sido este lugar tenido en gran veneración el peregrino de Burdeos hacia el año 333 [3] y san Cirilo de Jerusalén en sus sermones catequísticos, pronunciados hacia el año 347 [4]. Pero es de ello testimonio aun más elocuente el haber santa Melania, noble[5] matrona romana, construído allí el año 416 un templo cristiano consagrado a «Santa Sofía»; no a una santa de este nombre, sino al Salvador, divina y eterna Sabiduría. Llegó a verlo hacia el año 600 el desconocido autor del *Breviarius de Hierosolyma* [6]. El célebre mosaico de Madaba (véase Apéndice I, 8, y fig. 19), plano de Palestina del siglo VI, señala la situación de la iglesia de «Santa Sofía» [7]. Habla también de ella hacia el año 530 *el Itinerarium* de Teodosio [8]. Pero las noticias más circunstanciadas acerca de la iglesia construída en el lugar que fué Pretorio de Pilatos las debemos al *Itinerarium* del peregrino de Piacenza [9] (llamado comúnmente Antonino, aunque por error), el cual visitó la ciudad por los años de 580. Cuenta el citado peregrino haber encontrado en el interior de la iglesia una piedra rectangular, adornada de plata y oro, sobre la cual se veía la huella del pie que Jesús dejó impresa cuando estuvo ante el tribunal de Pilatos. La última noticia de la antigüedad relativa a dicha iglesia la debemos a Sofronio [10]; era éste, en tiempo de la conquista y devastación de la Ciudad Santa por los persas (614), monje del monasterio de san Teodosio de Jerusalén y fué llevado cautivo a Persia. Allí cantó en

---

[1] *Epist. 58, al. 13, ad Paulin. n. 4.*

[2] *Epist. 46, ad Marcellam, de sanctis locis (Migne* 22, 489). Cfr. Apéndice I, 4.

[3] *Itinerarium Burdigalense* en Geyer, *Itinera Hierosolymitana saeculi IV-VIII.* Véase Apéndice I, 2.

[4] *Catech.* 13, 39.

[5] Cfr. Apéndice I, 5.

[6] Geyer l.c. 153-155; cfr. Apéndice I, 10.

[7] Señálase una iglesia (véase fig. 19) en el lado oriental de la calle que desciende de la puerta de Damasco a Siloé, junto al ángulo noroeste de la antigua explanada del Templo; y «como en aquella región de la ciudad no pudo haber entonces otro santuario sino el de la *iglesia de Santa Sofía,* construída en el lugar que ocupó el Pretorio de Pilatos, el edificio que el mencionado plan de la ciudad señala en este lugar no puede ser otro que el de *Santa Sofía,* el cual, según noticias antiguas de peregrinos, se hallaba aquí, en el lugar de la sentencia condenatoria de Jesús» (Mommert, *Das Prätorium des Pilatus* 92; cfr. también Jacoby, *Das geographische Mosaik von Madaba* [Leipzig 1905] 78). El P. Heinrich Häusler O. S. B. *(HL* 1918, 100 ss.) tiene, sin embargo, por iglesia de Santa Sofía la Santa María Nuova señalada en el plano.

[8] Geyer l.c. 141 s. Cfr. Apéndice I, 9.

[9] Ibid. 174 s.; cfr. Apéndice I, 11.

[10] En *Migne* 87, 3822. Cfr. Apéndice I, 12.

versos anacreónticos su nostalgia por la Ciudad Santa y los Santos Lugares, entre los cuales menciona a «Santa Sofía».

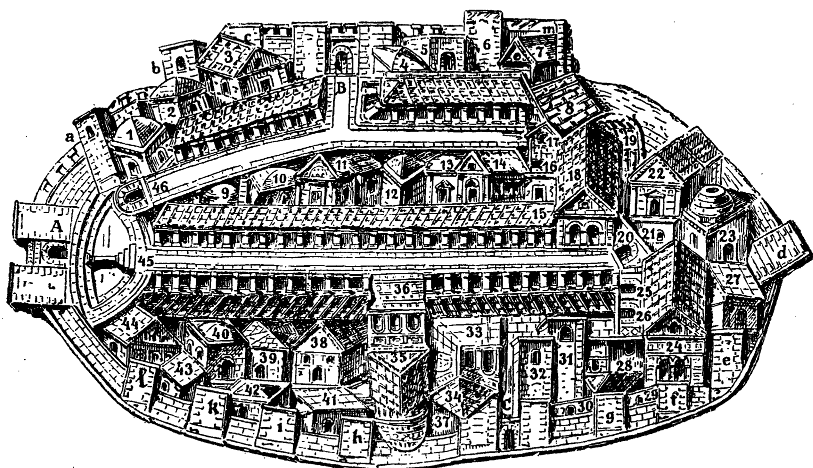


Fig. 19.—Plano de Jerusalén del mosaico de Madaba. Siglo VI
($^1/_8$ del tamaño natural)
(cfr. p. 75 y Apéndice I, 8)
Restitución por el P. M. Gisler O. S. B. (véase también *HL* 1912, fasc. 4)

A Puerta septentrional
B Puerta oriental
C Puerta occidental
a y b Torres capillas
c-l Torreones de las murallas
m Angulo sudeste del Haram
1 Iglesia de san Pedro
2 Santa Magdalena
3 Santa Ana
4 Santuario de la Torre Antonia
5 Puerta dorada
6 Torre de defensa o de alarma
7 Iglesia de El-Aksa
8 Estribo meridional del Haram
9 Sin identificar
10 Sin identificar
11 Iglesia de «Santa Sofía» (Pretorio)
12 Hospital de santa Elena
13 Sin identificar
14 Antiguo templo
15 Hospicio y
16 Convento de santa María Nuova
17 Pequeño Templo
18 Santa María Nuova
19 Estribo
20 Puerta de la calle
21 Edificios de Sión
22 San Pedro en Gallicante
23 Iglesia de la piscina de Siloé
24 Basílica de Sión (la Santa Sión)
25 Puertas del atrio
26 Puertas del atrio
27 Cenáculo
28, 29, 30 Iglesias y conventos (en el interior de Sión)
31 Torre de David
32 Torreón del castillo
33 Plaza del mercado
34 El Convento Grande
35 Iglesia del Santo Sepulcro
36 Vestíbulos de la misma
37 Sin identificar
38 Patriarcado
39 Clero catedral
40 Clero catedral
41 Hospital
42 Conventos sin identificar
43 Conventos sin identificar
44 Iglesia sin identificar
45 Columna colosal
46 Puerta media y comienzo de la *Via triumphalis*

397. Desde Sofronio hasta los Cruzados no hay peregrino que nos dé noticias del santuario. Estuvo éste olvidado durante la dominación mahometana; y cuando los Cruzados entraron en Jerusalén el 15 de julio de 1099 tras un asedio de 39 días, pudieron informarse con toda seguridad del sitio de la Crucifixión y del Sepulcro; pero se había extinguido la tradición del lugar del Pretorio. Escribe hacia 1108 el autor de *Gesta Francorum expugnantium Hierusalem* [1]: «No era cosa fácil averiguar los lugares de la Flagelación de Jesucristo y de la Coronación de espinas, sobre todo porque la ciudad había sido destruída y arrasada repetidas veces».

Por primera vez hacia el año 1145 hallamos en los escritos de un peregrino occidental [2] la opinión de haber estado el Pretorio *en Sión*. En las relaciones siguientes aparece dicha opinión como cosa cierta y comprobada y desde 1148 fué durante 25 años general la creencia de haber ocupado el Pretorio de Pilatos

[1] Véase Mommert l. c. 1. Cfr. Apéndice I, 17.
[2] Mommert l. c. 2 ss.

el sitio de la actual ciudadela. Los sabios modernos [1] tratan de resucitar de su sueño secular esta teoría (situación del Pretorio en la colina occidental). Mas no se puede invocar la tradición en su apoyo, como ha demostrado Mommert de manera convincente. Los pasajes que se aducen de Fl. Josefo y de Filón, prueban que los procuradores romanos, cuando estaban de paso en Jerusalén, solían habitar el magnífico palacio de Herodes situado en Sión; mas esto no resuelve el problema. Porque la prudencia más elemental aconsejaba a los procuradores romanos, cuando exprofeso venían de Cesarea de Palestina (su residencia habitual) a Jerusalén durante las fiestas judías, habitar la Torre Antonia, con preferencia al palacio de la Ciudad Alta. Por la acumulación de gente de todas las comarcas, las fiestas ofrecían a los judíos buena coyuntura para motines y sediciones; el foco principal solía ser el Templo. En la Torre Antonia, la fortaleza más importante de Jerusalén, había guarnición romana; mientras que en el palacio real de Herodes de la Ciudad Alta sólo había guardia. En las fiestas se reforzaba la guardia del Templo alojada en la Torre Antonia; las tropas destacadas en las escaleras de la explanada del Templo estaban dispuestas a intervenir en cualquier momento; un amplio foso subterráneo unía la explanada del Templo con la Torre Antonia. En tales circunstancias hubiera sido una temeridad escoger para morada el palacio de Herodes, situado a considerable distancia, de donde, en caso de apuro, con dificultad hubieran podido abrirse paso por entre calles angostas para llegar a la Torre Antonia. De ello nos podría hablar el procurador Gesio Floro, el cual en la guerra judía del año 66 no pudo llegar al Templo, sino que hubo de regresar a refugiarse en la fortaleza de Sión [2].

A nuestro juicio, la hipótesis (que sitúa el Pretorio de Pilatos en la colina occidental) es insostenible [3]; por lo mismo nos parece inverosímil que el itinerario de la *Vía dolorosa* fuera el siguiente: de Sión al Gólgota en dirección nordeste, atravesando las calles y la puerta septentrional *(Gennath)* de la Ciudad Alta [4].

398. A fines de la época de las Cruzadas, hacia el año 1173, frente a la hipótesis expuesta tomó incremento y halló aceptación otra teoría, que sitúa en la cima de la colina oriental de la Ciudad Santa, en la Torre Antonia, no sólo la mansión oficial o Pretorio de Pilatos, sino también el Lithostrotos o Gabbatha. Esta teoría ha sido casi generalmente admitida entre los católicos hasta nuestros días [5]. Adquirió especial fuerza cuando los PP. Franciscanos instituyeron en Jerusalén la devoción del *Vía Crucis* en la forma que todavía hoy se practica. Los hijos de san Francisco tomaron como punto de partida la residencia del bajá, el *antiguo Serai* (serrallo, palacio; actualmente cárcel del Estado) y el cuartel turco, construídos sobre las ruinas de la Torre Antonia, y fijaron la *primera estación,* la escena de la sentencia condenatoria, en este edificio del norte de la antigua explanada del Templo. Pero esta teoría aceptada y seguida durante cinco siglos no se aviene del todo con la antigua *tradición cristiana del Pretorio;* necesita un pequeño retoque. El peregrino de Burdeos encontró el lugar de la sentencia condenatoria «abajo en el valle», no en lo alto de la roca en que se eleva la Torre Antonia; con esta noticia coinciden las de peregrinos de épocas siguientes (cfr. núm. 396). El valle aludido es el de la Ciudad, el-Wad. Se ha logrado encontrar la iglesia de la «Santa Sofía», que, como se ha dicho arriba, se edificó en el lugar del interrogatorio, de la Flagelación, de la Coronación de espinas y de la sentencia condenatoria de

---

[1] Sepp *(Jerusalem und das Heilige Land* I [1873] 183); Kreyenbühl *(ZNW* III [1902] 16 ss.); van Bebber *(TQS* 1905, 179 ss.); Belser *(Geschichte des Leidens... des Herrn*[2] 341 y 351); Kastner *(Jesus vor Pilatus* 106 ss.) *ZDPV* 1911, 39 ss.

[2] Josefo, *Bell* 2, 15, 5; cfr. Schegg, *Pilgerreise* I 302.

[3] Cfr. también *HL* 1918, 18 ss.

[4] Así, por ejemplo, Belser, *Geschichte des Leidens... des Herrn*[3] 393.

[5] Véase Barnabé d'Alsace, *Le prétoire de Pilate et la forteresse Antonia* (París 1902).

Jesús, donde se veneraban las santas «huellas de las divinas plantas». Porque como en 1883 hubiesen los armenios unidos excavado en un solar contiguo a la cuarta estación para edificar una iglesia y un convento, se hallaron los restos de una antigua iglesia, y, al quitar los escombros, se halló en el ábside un mosaico que representaba dos sandalias orientadas de sudeste a noroeste. El P. Barnabé opina que se trata de los restos de una iglesia dedicada a la Madre Dolorosa *(Madonna dello Spasimo)*, y que el mosaico señala el lugar donde se hallaba la Madre de Dios cuando se encontró con su divino Hijo. Pero Zaccaria y Mommert no son del mismo sentir. Demuestran estos dos sabios que el antiguo mosaico del solar armenio sito en el-Wad representa las huellas de las sagradas plantas de *Jesús;* porque antes del siglo XIII no hubo un santuario dedicado a la *Madonna dello Spasimo,* mientras que el mosaico es seguramente anterior a la invasión mahometana; además, hasta que se hubo hallado el sobredicho mosaico en el solar que ocuparon las Termas del Sultán, nadie dijo que esta iglesia fuera erigida para conmemorar en las huellas de las plantas de María el lugar del encuentro de la Madre con su divino Hijo. Los restos y el mosaico de la iglesia son, de consiguiente, una prueba de ser éste el lugar de la antigua basílica de «Santa Sofía» y, por tanto, el lugar donde, según tradición de los seis primeros siglos, acaecieron el interrogatorio, la Flagelación, los escarnios, la Coronación de espinas y la sentencia de Jesús.

399. Los datos *bíblicos* acerca de los lugares donde acaecieron las escenas del drama de la Pasión confirman plenamente nuestra teoría. He aquí cómo reconstruye Mommert el escenario de la Pasión, ateniéndose a los datos bíblicos: La «sala del tribunal» (el Pretorio) o, lo que es lo mismo, el atrio (αὐλή) [1] de Pilatos estaba contiguo a una puerta del palacio del procurador que conducía a la ciudad. Delante de esta puerta y frente a la ciudad había una espaciosa terraza, llamada Lithostrotos o Gabbatha. En esta terraza, muy cerca probablemente de la puerta del palacio, se sentó Pilatos para dar la sentencia. Aquí, *fuera* del Pretorio, acudieron los sumos sacerdotes y escribas [2]; aquí estaba también la multitud, pues no se comprende que Pilatos permitiese la entrada en la Torre Antonia a aquellas turbas amotinadas. Aquí, pues, fué Jesús acusado por los judíos; aquí fué azotado, presentado al pueblo por Pilatos y, finalmente, sentenciado a la pena capital. Portal *adentro* de la fortaleza podemos imaginarnos la «sala del tribunal», el «Pretorio» o atrio de Pilatos. En él tenían sus cuarteles los soldados romanos. Allí fué «introducido» Jesús a la presencia de Pilatos para ser interrogado; allí fué coronado de espinas y escarnecido por los soldados.

En lo tocante al nivel de estos lugares, el Lithostrotos estaba a un piso con el Pretorio; pues los Evangelios designan las idas y venidas de uno a otro de estos lugares con las palabras *introire* o *ingredere* [3] y *exire* o *edducere. Dentro* también, pero en un *piso superior,* podemos imaginarnos las *habitaciones de Pilatos;* pues los Evangelios designan el movimiento de estos lugares a los anteriores con la palabra *descendere* [4], y con *ascendere* [5] el movimiento inverso.

Se cumplen realmente las circunstancias del terreno aquí exigidas, si admitimos que el Pretorio de Pilatos estaba en la colina de la Torre Antonia, pero que la plaza enlosada o el Lithostrotos (Gabbatha) se hallaba abajo en el valle de la ciudad, el-Wad (Tiropeón), al occidente de la Torre Antonia, al pie de ella, en las Termas del Sultán, donde hoy se levanta la iglesia de los armenios unidos. Según lo que acabamos de decir, sería preciso trasladar las tres primeras estaciones del Via Crucis «unos cuantos metros de los lugares que en la Edad Media se les asignaron sin certidumbre ni conocimiento del asunto, con lo cual la Via

---

[1] *Marc.* 15, 16 dice en el original griego: «Los soldados le introdujeron en el atrio, es decir, en el Pretorio». [2] *Ioann.* 18, 28 s.
[3] *Marc.* 15, 16. *Ioann.* 18, 28 29 33 38; 19, 4 5 9 13.
[4] *Matth.* 27, 65. [5] *Marc.* 15, 8.

Dolorosa queda acortada unos 100 m., y las *cuatro primeras estaciones* de la misma vienen a caer en un solar que se halla en posesión de los católicos armenios (unidos)» [1].

400. La vivienda de Herodes Antipas se hallaba seguramente en alguno de los palacios que su familia poseía en Jerusalén aun después de haberle sido quitado el mando y reino. No es creíble que estuviese en el suntuoso palacio real que edificó Herodes el Grande en el borde occidental de Sión, del cual hizo una fortaleza casi inexpugnable mediante la construcción de tres torres: Hípico, Fasael y Mariamna; porque los romanos se apoderaron de dicho palacio a la muerte de Herodes el Grande y lo convirtieron en ciudadela de la ciudad, como la Torre Antonia lo era del Templo [2]. Lo fué sin duda «el palacio de los Asmoneos», situado en el borde oriental de Sión, frente al extremo sudoeste de la explanada del Templo, a la cual dominaba. Habíalo adquirido Herodes el Grande por su matrimonio con Mariamna [3].

115. Jesús pospuesto a Barrabás. Flagelación y Coronación de espinas

(*Matth.* 27, 15-22 27-30. *Marc.* 15, 6-13 16-19. *Luc.* 23, 13-22. *Ioann.* 18, 39 s.; 19, 1-3)

1. Pilatos declara repetidas veces la inocencia de Jesús. 2. Propone a los judíos la libertad de Jesús o la de Barrabás. 3. Sueño y mensaje de la mujer de Pilatos. 4. Los judíos piden la libertad de Barrabás y la crucifixión de Jesús. 5. Lavatorio simbólico de Pilatos. 6. Flagelación de Jesús. 7. Coronación de espinas e Improperios.

401. Habiendo, pues, Pilatos convocado a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y a la plebe, díjoles: «Vosotros me habéis presentado a este hombre como amotinador del pueblo, y he aquí que, habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningún delito he hallado en él de los que le acusáis. Pero ni Herodes, pues nos lo devolvió [4]; ved que nada merecedor de muerte ha cometido (como queda ahora patente, o como me manda decir Herodes). Así, pues, le daré algún castigo [5] y le dejaré libre».

402. Era costumbre que, con ocasión de la fiesta de Pascua, el procurador concediese libertad a un preso [6], el que quisiera el pueblo.

---

[1] Mommert, *Das Prätorium des Pilatus,* Prólogo VII.

[2] Cfr. núm. 397 y *HL* 1917, 58 ss.

[3] Cfr. *HL* 1917, 26 s.

[4] Así según el texto griego; según la *Vulgata:* «Yo os he enviado a él; ved, sin embargo, etc.».

[5] La astucia de Herodes hizo fracasar el plan de Pilatos de desentenderse del asunto. En vez de hacer uso de su autoridad y dar libertad a Jesús, cuya inocencia reconoce por segunda vez y luego pronuncia públicamente, echa mano de medidas ineficaces y de evasivas que no pueden salvar a Jesús frente a *estos* enemigos, sino solamente aumentar los padecimientos y el oprobio. Su proceder tenía tanto de injusto como de imprudente. De otra manera obró Galio, procónsul de Corinto; cfr. *Act.* 18, 16; núm. 652. — El «castigo» de que habla Pilatos es el indeciblemente acerbo de la *flagelación* (cfr. núm 404). Con ello esperaba aplacar el odio de los judíos y salvar al menos la vida de Jesús.

[6] Como símbolo de la liberación de Egipto. Al hacerse cargo del mando, los prudentes romanos concedieron a los judíos como privilegio este uso existente ya anteriormente, El procurador tenía en este caso particular el derecho de indulto en virtud de poderes especiales recibidos del emperador; pues, en general, no gozaban de semejante facultad los procuradores. El papiro Florentino, núms. 61 y 59 ss., prueba que el emperador delegaba a veces dicha facultad a los gobernadores de provincias. Este papiro contiene el protocolo de un proceso del año (±) 85 d. Cr.; el gobernador de Egipto, C. Septimio Vegeto, dió libertad a un cierto Fibión, acusado de secuestro. Véase Kastner, *Jesus vor Pilatus* 26-33.

Tenía a la sazón en la cárcel a uno muy famoso, llamado Barrabás. Era éste un ladrón que había sido puesto en prisión por causa de un motín levantado en la ciudad y por un homicidio. Como acudiese [1], pues, el pueblo, pidió a Pilatos el indulto que siempre le solía otorgar. Mas Pilatos dijo al pueblo reunido: «Hay costumbre entre vosotros que por la Pascua os suelte a uno; ¿a cuál queréis que os deje libre, a **Barrabás o a Jesús,** que es llamado Cristo, el Rey de los judíos?» [2] Porque sabía bien que por envidia le habían entregado a Jesús los príncipes de los sacerdotes y los ancianos.

403. Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: «No te mezcles en las cosas de ese justo; porque he padecido mucho hoy en sueños por su causa» [3]. Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es que, preguntándoles el procurador otra vez «¿a quién de los dos queréis que os suelte?», exclamó a una toda la turba, diciendo: «Quítale a éste, y suéltanos a Barrabás». Y nuevamente les habló Pilatos queriendo soltar a Jesús [4]: «Pues ¿qué quereis que haga de Jesús, el Rey de los judíos?» Y todos ellos clamaron otra vez, diciendo: **Crucifícale, crucifícale**. Pilatos, empero, les dijo por tercera vez: «Pues ¿qué mal ha hecho éste? Ninguna causa de muerte encuentro en él. Castigaréle, pues, y le soltaré». Mas ellos instaban pidiendo con grandes voces que fuese crucificado.

404. Como viese Pilatos que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía el tumulto, tomando agua se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: *Inocente soy yo de la sangre de este justo* [5]*; allá os lo veáis vosotros.* Y todo el pueblo respondió diciendo: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» [6]. Entonces se determinó Pilatos a acce-

---

[1] Fuese la multitud que había acompañado a Jesús a la entrevista con Herodes, fuesen grupos de gente que venían del Templo y nada sabían de lo que pasaba, Pilatos aprovechó la coyuntura para librar a Jesús.

[2] Cuanto mayor era el contraste, más seguridad tenía Pilatos de conseguir su deseo; y sobre todo ahora ante un público que no era hostil a Jesús, pues seis días antes le había recibido con grandes manifestaciones de júbilo (núm. 299) Entonces ocurrió un entreacto que retardó la respuesta del pueblo y dió tiempo a los sumos sacerdotes y ancianos para azuzar contra Jesús a aquel pueblo vacilante: la mujer de Pilatos intercediendo por Jesús.

[3] *Matth.* 27, 19. A juzgar por la Sagrada Escritura y la interpretación de los santos Padres, el sueño vino de Dios, el cual le significó las desgracias que sobre Pilatos y su familia habían de sobrevenir de manchar el procurador sus manos derramando sangre inocente. En vano fué la divina advertencia. Según las actas apócrifas de Pilatos, compuestas en el siglo IV (cfr. también *RB* 1896, 594 ss.), la *mujer de Pilatos* se llamaba Claudia Prócula y era prosélito. Según algunos santos Padres, se hizo cristiana. Sin duda había oído hablar de Jesús y estaba asombrada de aquella su doctrina tan perfecta y de sus prodigiosos milagros. Con esto tenemos las condiciones naturales requeridas por aquel sueño infundido por Dios.

[4] Pilatos quedó consternado y perplejo ante el sesgo que tomaba el asunto; por lo que volvió a su primera idea: «Le castigaré y le daré libertad». A pesar de haber proclamado aquí solemnemente por *tercera vez* la inocencia de Jesús, quiere, sin embargo, Pilatos someterle a tan terrible castigo.

[5] Esta *cuarta* declaración de la inocencia de Jesús es el eco lejano del aviso divino comunicado por su mujer: «No te mezcles en las cosas de ese justo».

[6] Cumplióse esta horrible imprecación con espantoso rigor el año 70 d. Cr. en el

der a su deseo y les soltó a Barrabás; mas a Jesús mandó que le llevasen de allí y le **azotasen** [1].

405. Entonces, después que los soldados le hubieron azotado, le llevaron al atrio del Pretorio [2] y congregaron en torno de él a toda la cohorte. Y desnudándole, le cubrieron con un manto de púrpura [3]; y tejiendo una *corona de espinas* [4], se la pusieron sobre la cabeza, y una caña [5] en su mano derecha. Y se acercaban a él y, con la rodilla hincada

---

asedio y destrucción de Jerusalén. El castigo sobrevino cuando aún vivían muchos de los que allí gritaron; a sus hijos tocó resistir el empuje de los romanos y soportar la ira divina. La Pasión de Jesucristo comenzó por la Pascua; por la misma época del año comenzó Tito el asedio de Jerusalén. En el Olivete pusieron los judíos sus manos en el Salvador; en el Olivete especialmente sentaron las huestes romanas sus reales para asaltar la ciudad. Por 30 monedas vendió Judas al Salvador; cada 30 judíos fueron vendidos como esclavos por la sexta parte de una moneda de plata. Los judíos se regocijaron viendo a Jesús desnudo, atado a la columna y desgarrado el cuerpo por los azotes; los mismos soldados desnudaron a los judíos que en tropel huían de Jerusalén, los ataron a los árboles y les abrieron el cuerpo para descubrir el dinero que se habían tragado. Los judíos se mofaron de Jesús vistiéndole de un vestido blanco; Tito expuso en el anfiteatro de Roma a las burlas del pueblo a 2000 judíos, ridículamente vestidos. «¡Crucifícale, crucifícale!» gritaron los crueles judíos a Pilatos, y por fin le colgaron en una cruz a la vista de Jerusalén. «¡Crucifícalos, crucifícalos!», clamaban los soldados romanos a su general, cuantas veces caía en sus manos un grupo de judíos que se había resistido con tenacidad; y así fueron crucificados unos 500 soldados por día en los alrededores de la ciudad, de suerte que (según Josefo, *Bell.* 5, 11, 1) llegó a faltar madera para cruces. «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!», gritaron los judíos; en la toma de Jerusalén la sangre llenó las calles y los sepulcros, y aun por las gradas del Templo corrió a torrentes. Y desde entonces la maldición de Dios pesa sobre ese pueblo que lleva 19 siglos disperso por el mundo, sin patria ni rey, sin altar ni sacerdotes ni sacrificios, odiado y despreciado de todos (cfr. *Osee.* 3, 4. Más detalles núm. 729 ss.).

[1] Según las leyes romanas, a la crucifixión debía preceder la *flagelación*. Pilatos, demasiado débil para resistir al empuje de aquellos enfurecidos, cede a sus deseos. Sin pronunciar formalmente la sentencia de muerte, manda hacer los preparativos para la ejecución; seguía, sin embargo, esperando apaciguar el odio y el furor de los enemigos de Jesús con la terrible flagelación.—La flagelación romana era un horrible martirio (Horacio, *Sat.* 1, 3, 119: *horribile flagellum*). Desnudo completamente el delincuente, atábasele a una columna de la altura del hombre y se le azotaba sin compasión por cuatro sayones, sin límite en el número de golpes; el instrumento de la flagelación solía ser el azote *(flagis, flagellis)* o la correa *(loris)*. Hacíase el azote de cuero, y a menudo iba provisto de aguijones *(scorpionibus)* y de trocitos de hueso en forma de cubos, de botoncitos metálicos o de bolitas esféricas. Cuentan de sus mártires los esmirneos *(Epist. eccl. Smyrn.* c. 2) que se les descarnaba hasta que aparecían los tendones y las redes vasculares, de suerte que se podía apreciar la estructura interior del cuerpo. Filón *(In Flacc.* § 10), con otros muchos escritores, refiere que a menudo los flagelados desfallecían y venían a morir, y muchos tenían que guardar cama largo tiempo.

[2] Según esto, la flagelación no se verificó en el interior del Pretorio, sino en la plaza pública, a la usanza romana, delante del tribunal de Pilatos, por consiguiente, en el Lithóstrotos, a la puerta de la Torre Antonia; pues, según *Marc.* 15, 16 (cfr. *Matth.* 27, 27), hasta después de la flagelación no fué llevado Jesús al Pretorio, donde sucedieron la Coronación de espinas y los Improperios, luego de lo cual fué entregado por Pilatos para ser crucificado (cfr. *Ioann.* 19, 2 ss. 16).

[3] Se trata, sin duda, de la capa corriente de los soldados romanos, de color de escarlata, la cual llegaba hasta las rodillas y se ataba al pecho o a la derecha.

[4] Fonck *(Streifzüge durch die biblische Flora* 99-101) parte del supuesto que la Corona de Espinas se formó de ramas de un arbusto espinoso de los alrededores de Jerusalén, de tamaño y flexibilidad suficiente para poder tejer de él una corona; y discutiendo los arbustos posibles, nos deja optar entre el *Zizyphus vulgaris L.*, vulgarmente azufaifo, de ramas ondeadas y espinosas, y el *Paliurus aculeatus L.*, llamado espina de Cristo o espinavera.

[5] Además de la *Arundo phragmites L.* o carrizo, pudiera también ser el *Arundo donax L.* o caña común, que crece en Siria, Palestina, Egipto y en los restantes países del Mediterráneo, con una altura de 5 a 6 m. (cfr. Fonck l.c. 32 ss.).

en tierra, le escarnecían diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!» Y escupiéndole, tomaban la caña, le herían en la cabeza y le daban bofetadas.

406. Algunos críticos modernos niegan carácter histórico a la **Coronación de espinas,** considerándola como «un paralelo legendario» de los sucesos que se desarrollaron en presencia del Sanedrín. Esta opinión carece de base. Cierto es que san Lucas calla la Coronación de espinas, habiéndonos referido la befa que Herodes hizo de Jesús; también lo es que san Juan habla de ella en un contexto, al parecer, distinto. Pero a quien esté convencido de que ninguno de los evangelistas pretende darnos a conocer *todos* los pormenores de la Pasión, y de que san Juan se propuso completar los Sinópticos, no le será difícil trazar un cuadro armónico de los cuatro evangelistas. Nada hay psicológicamente imposible en lo que aquí se cuenta: los judíos han acusado a Jesús de decirse *rey;* Jesús se da a sí mismo este nombre en presencia de Pilatos; Pilatos le llama rey varias veces durante el proceso. La pretendida realeza de Jesús es, pues, de importancia capital en el proceso. ¿Qué de extraño tiene que los soldados hicieran del pretendido «Rey de los judíos» el blanco de sus befas? [1] No se puede afirmar en serio que ello repugne a la disciplina militar romana. Por lo demás, nada tiene de inverosímil la hipótesis de Hermann Reich de haber sido la Coronación de Jesús imitación de las escenas burlescas con que a menudo se hacía befa de los judíos en «mimos», es decir, en farsas o representaciones teatrales bufas; de haber, por consiguiente, los soldados romanos en esta ocasión imitado las escenas teatrales para escarnecer y humillar al Hijo de Dios. «Los soldados romanos a quienes fué entregado Cristo en calidad de Rey de los judíos, estaban acostumbrados a ver farsas o mimos en que se hacía burla de los judíos, y se habían divertido muchas veces a costa del rey burlesco de comedia. Precisamente en Oriente, donde estaban de guarnición los soldados de Pilatos, florecía en tiempo de Cristo la farsa o mimo... Y si el pueblo no podía pasarse sin esta diversión, mucho menos el soldado; si el pueblo creía insoportable el peso abrumador de la vida sin el esparcimiento de la comedia bufa, el soldado quería aliviar su existencia con las bufonadas de los payasos... ¡Magnífica coyuntura! ¡Jesús en el patio del cuartel! Fuera, el odiado pueblo judío armando un alboroto que tanto atemoriza al procurador romano. Aparece en el patio del cuartel uno de esos odiados judíos, tantas veces objeto de burla en las comedias bufas; y este judío criminal — que, de no serlo, no le habría condenado a crucifixión (diríase mejor «a flagelación») la primera autoridad de la provincia — es por añadidura el Rey de los judíos. Se reúne toda la guarnición, de todos los aposentos salen soldados libres de servicio y contemplan al ''Rey de los judíos''. Viénenles a la mente las escenas burlescas que han visto en las farsas; este Rey de los judíos se les antoja un ''rey de comedia''... Así se comprende cómo la soldadesca pone al instante manos a la obra, cual si de antemano hubiesen convenido unos con otros. Ante sus ojos tienen las mismas escenas burlescas de los mimos teatrales... Así se comprende también que no hubiesen intervenido los oficiales para reprimir la soldadesca en aquellos actos que parecen tan contrarios a la disciplina. Los soldados se entregaron al pasatiempo de una pequeña farsa, farsa que gozaba de privilegio en el ejército romano» [2]. Hasta

---

[1] Cfr. Kastner en *BZ* VI (1908) 378 ss.; el mismo, *Jesus vor Pilatus* 36-51; Allroggen en *ThG* I 689 ss.; véase además *BZ* IX (1911) 56.

[2] Hermann Reich, *Der König mit der Dornenkrone* (Leipzig 1905) 28 ss.—Según Wendland (*Hermes* XXXIII [1898] 175-179) la escena arriba descrita es un remedo de las saturnales. Vollmer (*Jesus und das Sacäenopfer* [Giessen 1905] y *ZNW* 1907, 317 ss.) opina que la Coronación de espinas y la escena de los Improperios tienen su fundamento en los recuerdos que los soldados guardaban de los saces. R. Lübeck (*Die Dornenkrönung Christi* [Ratisbona 1906]) demuestra que existen profundísimas diferencias entre la escena de los soldados romanos con Jesús y la manera de tratar al «rey de las saturnales», y que las características de los saces (libre elección de rey, desenfreno, muerte por la elección de rey) no se encuentran en la escena de los Improperios.—El *arte cristiano* representó con

aquí Hermann Reich. ¡El Rey de los reyes, la Sabiduría eterna, objeto de escarnio y malos tratos, como *un rey de teatro!*

407. ¡Cuán terriblemente se cumplieron *los vaticinios de los profetas* y las figuras del Antiguo Testamento! Los pecadores le araron las espaldas con espantosas ronchas y heridas producidas por los azotes, no dejando parte sana desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza; su rostro, afeado y desfigurado; varón de dolores, como leproso y herido por el Señor, semejante a un gusano, y no a un hombre [1]. Mas el Señor lleva sobre su frente la *corona de espinas* como un trofeo que nos recuerda que ha sido abolida la maldición pronunciada en otro tiempo sobre la tierra.

408. En memoria y para veneración de tan horrible tormento levantaron los Cruzados la *iglesia de la Flagelación.* Sobre sus ruinas se construyó en 1838 la actual **capilla de la Flagelación** (fig. 20) merced a la piadosa liberalidad

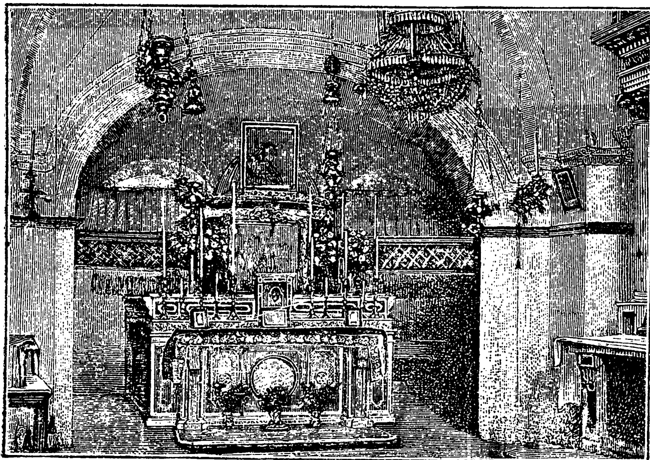


Fig. 20.—Capilla de la Flagelación, en Jerusalén.

del duque Maximiliano de Baviera. Hállase en un pequeño patio interior, en apacible retiro, separada de la calle por un muro. Allí se preparan los peregrinos para el Via Crucis y, si no se les permite el acceso al patio del llamado cuartel de Pilatos, en el que de ordinario se conmemora la primera estación, allí comienzan el piadoso ejercicio.

409. De la *columna de la Flagelación,* pero de una sola, nos hablan algunos peregrinos de la antigüedad cristiana [2]. Se la venera en la iglesia de Sión. Arculfo, que visitó la Ciudad Santa hacia el año 685, no hace mención de una columna, sino de una piedra, «sobre la cual — como se dice — fué azotado el Señor» [3]. Ninguno de los peregrinos posteriores, desde el siglo VI al XII, dice

---

gran respeto en los tiempos antiguos sólo algunas de las escenas de la historia de la Pasión; la más antigua de todas (primera mitad del siglo II, en las catacumbas de Pretextato) es la *Coronación de espinas* (cfr. Wilpert, *Malereien der Katakomben Roms* [1903], lámina 18 y texto página 226 s.).

[1] Cfr. *Ps.* 21, 7; 128, 3; *Is.* 1, 6; 53, 2 ss.

[2] El peregrino de Burdeos hacia el 333 (Geyer, *Itinera* 22); el *Breviarius de Hierosolyma* del siglo VI (ibid. 154); Teodosio hacia el 530 (ibid. 141); el peregrino de Piacenza hacia el 580 (ibid. 174); Sofronio hacia el 614. Los testimonios de estos peregrinos (cfr. Apéndice I, 2 9 10 11 12) se encuentran impresos también en Mommert *(Das Prätorium des Pilatus* 154 ss.).

[3] Geyer, *Itinera* 243 (Apéndice I, 13).

haber visto dicha columna. Parece haberse perdido el año 614 en el incendio y destrucción de la ciudad por los persas [1]. En el siglo XII comienza a hablarse de *tres* columnas; mas de ninguna de ellas puede probarse la autenticidad; una fué llevada a Roma en 1223 por el cardenal Colonna, legado del papa Honorio III, a la iglesia de santa Práxedes; otra se halla en posesión de los PP. Franciscanos y, desde 1555, se conserva en la iglesia del Santo Sepulcro, en un altar lateral de la capilla de la Aparición; la tercera la guardan los armenios desde el siglo XIII en la iglesia de San Salvador, casa de Caifás según la tradición.

410. Frente a la capilla de la Flagelación, al otro lado de la calle, un poco hacia el oeste, ha quedado enclavada en el cuartel turco la antigua capilla cristiana de la **Coronación de espinas;** es un pequeño edificio de cinco metros en cuadro, rematado por un cimborrio octogonal, muy parecido al mausoleo de un «santón», pero de ornamentación románica. El estilo del edificio apunta al siglo XII. Delante hay un pequeño coro rectangular de 2,50 m. de anchura por 1,50 de fondo; a ambos lados se ven dos nichos rectangulares de 1,33 m. de anchura por 0,80 m. de fondo. En medio de la capilla hay un sepulcro de mampostería, que en el siglo XVII se creyó ser del rey Luis de Sicilia, pero que para los turcos es de un jeque mahometano.

411. La **Corona de espinas** [2] créese haber sido llevada a Constantinopla hacia fines del siglo VI. En la toma de Constantinopla por los Cruzados el año 1204 la halló Balduino en el palacio imperial del Bucoleon. Pasó luego a manos de san Luis, rey de Francia, quien la trajo a París el año 1239 y mandó construir en su honor un magnífico templo, la «Sainte Chapelle» (la obra más bella del arte gótico francés). En los días aciagos de la revolución francesa, la Corona de espinas fué escondida en diversos lugares, hasta que en 1806 fué llevada a Notre-Dame, donde hoy se conserva. Mas ya no tiene espinas; éstas fueron regaladas a diversas iglesias (Roma, Jerusalén, Viena, Munich, Colonia, Tréveris, Venecia, Pisa, etc.) [3]. En la *iglesia del Eccehomo* de Jerusalén se celebra todos los años con gran pompa el viernes después de Ceniza la *fiesta de la Corona de espinas;* en ella se bendicen espinas que los peregrinos llevan a su patria como piadoso recuerdo.

116. Jesús es presentado al pueblo y condenado a muerte

(*Matt.* 27, 23-26. *Marc.* 15, 14 s. *Luc.* 23, 23-25. *Ioann.* 19, 4-16)

1. Reiteradas tentativas de Pilatos por librar a Jesús. 2. Reiteradas acusaciones de los judíos. 3. *Segundo* interrogatorio de Jesús en el Pretorio. 4. Negociaciones de Pilatos con los judíos. 5. Jesús es condenado a muerte de cruz.

412. Salió, pues, Pilatos de nuevo afuera [4] y díjoles: «He aquí que os le traigo fuera, para que conozcáis que yo no hallo en él delito ninguno» [5]. Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y revestido del manto de púrpura; y Pilatos les dijo: *Ved aquí al hombre*» [6]. Luego que los pontífices y sus ministros [7] le vieron, alzaron el grito, diciendo: «¡Cru-

---

[1] Mommert, *Das Prätorium des Pilatus* 156.

[2] Rohault de Fleury, *Mémoires sur les instruments de la Passion* (París 1870); De Mély, *Exuviae sacrae Constantinopolitanae* (París 1904) 165-440.

[3] O. Pfülf, *König Ludwig IX und die Dornenkrone,* en *StL* 48 (1895), 286 ss.

[4] *Ioann.* 19, 4-11. Tal habían dejado a Jesús, que el cruel Pilatos se conmovió a la vista y tuvo por cosa imposible que los enemigos más encarnizados no se moviesen a compasión al verle (núms. 401, 404 s.).

[5] Por *quinta vez* declara Pilatos la inocencia de Jesús.

[6] Aquí se cumplió *Is.* 53, 2 ss.

[7] El pueblo calló, impresionado al verlo, y comenzó a sentir compasión. Con lo que los sumos sacerdotes se vieron obligados a emplear los últimos recursos y a aducir, como

cifícale, crucifícale!» Díceles Pilatos: «Tomadle allá vosotros y crucificadle; que yo no hallo en él crimen» [1].

413. Respondiéronle los judíos: «Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir [2], porque se ha hecho **Hijo de Dios**». Cuando Pilatos oyó esto, se llenó de temor [3]. Y volviendo a entrar en el Pretorio, dijo a Jesús: «¿De dónde eres tú?» Mas Jesús no le respondió palabra. Por lo que Pilatos le dijo: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que está en mi mano el crucificarte, y en mi mano está el soltarte?» [4] Respondió Jesús: «No tendrías poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por tanto [5], quien me ha entregado a ti, tiene mayor pecado».

414. Desde entonces buscaba Pilatos cómo libertarle. Pero los judíos daban voces diciendo: «Si sueltas a ése, no eres amigo del César; pues cualquiera que se hace rey, contradice al César» [6]. Oyendo Pilatos estas

---

en el Sanedrín, *el motivo verdadero de la sentencia condenatoria de Jesús* (cfr. núms. 378 y 380). Con ello atrajeron a su lado la masa del pueblo y pudieron amedrentar a Pilatos. Tanto más creció el desasosiego de éste.

[1] *Sexta* declaración de la inocencia de Jesús.

[2] Los judíos aludían a *Lev.* 24, 16: «Quien blasfemare del nombre del Señor, muera de muerte». Véase *Matth.* 26, 64 ss.; núm 380.

[3] La serenidad de Jesús, la *divina dignidad* que demostró en aquel motín, en las humillaciones y malos tratos que llevaba sufridos, la grandeza con que se presentó a los acusadores y a los jueces, no como acusado, sino como juez, la sabiduría de sus respuestas, la noticia de los milagros, todo esto hizo, sin duda, creer a Pilatos que Jesús no era un hombre cualquiera, sino que tenía origen divino. Y aunque el procurador no se formara de ello sino una idea pagana, — por su memoria pasaron, quizá, los hijos de los dioses aparecidos en la tierra, de que hablan ciertos relatos mitológicos (cfr. también, por ejemplo, *Act.* 14, 11; 28, 6), — pudo, sin embargo, temer un terrible castigo si le entregaba a la muerte.

[4] Jesús calló, porque los discursos de nada valían. Con el *silencio de Jesús* se siente ofendido Pilatos; domínale el orgullo, y el fiero romano alardea de su poder. ¿Mas cómo había de infundir temor al Hijo de Dios un poder que no atemoriza a un hombre justo? (cfr. núm. 174). Con sosegada dignidad da Jesús a Pilatos una enseñanza muy apropiada para inspirar sentimientos de humildad en los poderosos de este mundo, recordándole el origen de su autoridad y ante quién era responsable de ella Represéntale también Jesús esta responsabilidad, aunque haciendo notar que era mayor la culpa de los judíos, especialmente la del sumo sacerdote Caifás.

[5] Viniendo *de arriba toda potestad* (cfr. *Rom.* 13, 1), y habiéndose de dar de ella estrecha cuenta a Dios, a aquéllos que han abusado de ella con más conocimiento y malicia les aguarda un castigo más terrible ante Dios, que les confió el poder (*Sap.* 6, 4 ss.). Pilatos comprendió la consecuencia que para él se deducía de ello, a saber, que la cobardía no le disculpaba ante Dios Por eso tomó desde este momento tan en serio libertar a Jesús, de suerte que los sumos sacerdotes hubieron de apelar al último y más eficaz recurso, por duro que les pareciera, pues ello encerraba el reconocimiento formal de la odiada soberanía romana.

[6] Con esto dan a entender que, de no condenar a Jesús, están dispuestos a acusarle al César, el desconfiado Tiberio, de que toleraba rebeldes y amotinadores. Pilatos, que por no perder el favor del César accedió al deseo de los judíos, cayó pronto, sin embargo, en desgracia. Habiendo cometido un acto de violencia contra los samaritanos, fué enviado el año 36 a Roma por Vitelio, gobernador de Siria, a quien estaba subordinado, para allí responder ante el emperador. Llegó a la capital del imperio cuando Tiberio acababa de morir (Josefo, *Ant.* 18, 3, 1; 4, 2) Eusebio (*Hist. eccl.* 2, 7) nos da la noticia, tomada de los historiadores griegos, de haberse Pilatos dado a sí mismo la muerte bajo el emperador Calígula. «Habla en pro de haber Pilatos acabado sus días violentamente, no sólo la fuente citada por Eusebio, sino también el hecho de haberle incluído Filón entre *Los Perseguidores de los Judíos;* pues Filón trata en dicha obra solamente de aquellos perseguidores que fueron castigados por Dios con muerte violenta» (Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* I[4] 498, nota; III[3] 527 s.). — La persona de Pilatos ha sido objeto predilecto de la

palabras, volvió a sacar afuera a Jesús y sentóse en su tribunal, en el lugar dicho en griego Lithóstrotos, y en hebreo Gabbatha [1]. Era entonces la *parasceve* de la Pascua [2], cerca de la hora de sexta [3]; y Pilatos dijo a los judíos: «Aquí tenéis a vuestro Rey» [4]. Ellos, empero, gritaron: «Quítale, quítale, crucifícale». Díceles Pilatos: «¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar?» Respondieron los pontífices: «No tenemos otro rey que el César» [5]. Entonces se lo entregó para que le crucificasen.

415. ¡Ecce·Homo! ¡Ved aquí al hombre! [6] Como lugar de esta escena muéstrase hoy el arco del Eccehomo, a unos 100 pasos del mosaico de las huellas de las divinas plantas de la antigua iglesia de «Santa Sofía» (véase

---

leyenda (cfr. Creizenach, *Legenden und Sagen von Pilatus*, en *Beiträge zur Geschichte der deutschen Sprache und Literatur*, editado por Paul und Braune [Halle, 1874] 89 ss.).

[1] La palabra griega *lithóstrotos* significa «pavimentado de piedra», «enlosado»; la hebrea Gabbatha, «sitio elevado». Refiérese a una plaza al aire libre que había delante de la puerta de la Torre Antonia que daba a la ciudad. Debe buscarse en el valle de la ciudad, el-Wad, en el solar que pertenece a los armenios (unidos), donde antiguamente estuvo la basílica de «Santa Sofía» (es decir, del divino Redentor) y hoy se levanta una hermosa iglesia. Este es, pues, el lugar de la *primera estación* del *Via Crucis* (cfr. núm. 395 ss.). Siguiendo la tradición franciscana nacida en el siglo XIII, se medita hoy la primera estación a unos cuantos metros de dicho lugar, en el cuartel de Pilatos (véase núm. 423).

[2] Es decir, el *viernes* (cfr. núm. 337; también *Luc.* 23, 54; *Marc.* 15, 42).

[3] La «crucifixión» comprendía una serie de operaciones. Así se explica que distintos escritores fijen la «hora» de la Crucifixión de distinta manera, según atiendan al comienzo de la acción o a la Crucifixión propiamente dicha. Y así, leemos en *Marc.* 15, 15: «Era la hora tercia (hacia las 9), cuando le crucificaron». Para Marcos, la Crucifixión es el conjunto de tormentos que padeció Jesús desde la Flagelación, que según el uso romano se aplicaba a los condenados a morir en cruz—aunque en el proceso de Jesús precedió a la sentencia definitiva—, hasta que fué levantado en la cruz; y por eso fija la Crucifixión en la «hora tercia». Mas para que nadie errase leyendo a Marcos, precisó Juan sus palabras diciendo: «Era hacia la hora sexta (entre las 11 y las 12) cuando Pilatos pronunció la sentencia definitiva, que inmediatamente debía ser ejecutada. Las «tinieblas» acaecieron según *Marc.* 15, 33; *Matth.* 27, 45 y *Luc.* 23, 44, de la hora sexta a la nona.

[4] En la intención de *Pilatos* estas palabras encierran un sarcasmo para los judíos y una débil tentativa de libertar a Jesús; con ellas se da a entender cuán loco e insensato sea temer nada contra la soberanía del César de un hombre tan miserable como el que tienen delante, y cómo la ignominia de la ejecución recae sobre los judíos, puesto que Jesús pertenece al pueblo judío y por pretender al trono de los judíos es condenado.—*Mas Dios* hizo que Pilatos pronunciase aquellas palabras para que los mismos judíos repararan y declarasen pública y solemnemente en aquel momento decisivo cuál era la alternativa que se les ofrecía y cuál su opción.

[5] Con esto queda hecha la elección — cfr. la altiva declaración de *Ioann.* 8, 33 — y sellada por largo tiempo, hasta el fin de los siglos. Decláranse libres de su verdadero Rey, el Mesías, y reconocen sin miramientos al César pagano por único señor. Con ello dejaron de ser el pueblo escogido (*Dan.* 9, 26), apostataron de su vocación, renunciaron a la protección y al auxilio de Dios y comenzaron a experimentar que habían reconocido por única autoridad precisamente la que Dios tenía escogida para castigarlos por la apostasía y dispersarlos por todo el mundo, después de destruída la Ciudad Santa y arrasado el Templo (cfr. núms. 300 y 321).

[6] Las *representaciones* más antiguas *del Eccehomo* son las del *Codex Egberti* y las de las tablas de la catedral de Aquisgrán. Poseemos muchos cuadros bellos de esta escena de la época clásica: de Giotto (Padua), de Fra Angélico (San Marcos de Florencia), de Luini (Milán), de Memling y de otros; también es conmovedor el Eccehomo del altar llamado de la «Misa de san Gregorio» (iglesia de Nuestra Señora de Lübeck). He aquí el juicio de Kraus (*Geschichte der christl. Kunst* II 1, 305 s.) acerca de estas representaciones: «Son creaciones en las cuales por los rasgos del Varón de dolores habla *toda la miseria de la humanidad* que Cristo ha cargado sobre sí; mas no la fría y desesperada resignación con que Niobe contempla la muerte de los suyos, ni el grito salvaje de dolor del mundo de hoy. Del rostro augusto y sublime del Eccehomo del arte cristiano habla el profundo misterio de la humanidad perdonada por Dios y consolada en todas sus penas».

número 396).—Acerca de él escribe *v. Keppler:* «En el siglo XV comienza a fijarse la atención en el arco del Eccehomo, debajo del cual o sobre el cual se cree haber sido presentado al pueblo el Salvador flagelado y coronado de espinas. Investigaciones precisas han dado a conocer que se trata de una obra romana, probablemente de un arco de triunfo, con dos arcos laterales menores, no de la época de Jesucristo, sino del siglo II o III. El arco central atraviesa la calle y está enclavado por una de sus partes en el convento de las Religiosas de Sión, fundado por el P. María Alfonso Ratisbonne» [1].

416. El *P. María Alfonso Ratisbonne* (nacido en Estrasburgo el 1 de mayo de 1814, muerto en San Juan de Jerusalén el 6 de mayo de 1884), convertido del judaísmo el 20 de enero de 1842 merced a una visión maravillosa de la Virgen María en la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte en Roma, concibió la idea de emplear todas sus energías en la conversión de su pueblo. Movió a su hermano mayor, *Teodoro,* convertido el Viernes Santo de 1827 y ordenado presbítero en Navidad de 1830, a fundar *la Congregación de Religiosas de Sión,* con el fin de expiar con fervientes oraciones los pecados cometidos por Israel contra su Redentor, e impetrar la conversión del pueblo judío; dedícanse también las Religiosas de Sión a extender el reinado de Cristo mediante la educación jóvenes judías y de otros niños que se les confía, y a practicar las obras de de las misericordia (dispensario de los pobres).

417. Guiado por la divina providencia, el P. Ratisbonne introdujo la Asociación en Jerusalén a principios de mayo de 1856; compró el 24 de noviembre del siguiente año el terreno inmediato al arco del Eccehomo; lo amplió con sucesivas compras y erigió un convento para las Religiosas de Sión, un magnífico horfanotrofio para niñas y la hermosa iglesia del Eccehomo, de tres naves. El 20 de enero de 1862, vigésimo aniversario de su conversión, comenzó la obra de la expiación, oyéndose por primera vez las campanas del monasterio y el canto de las Hermanas: *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt,* que todos los días se dice tres veces después de la consagración en la misa conventual. Al día siguiente se erigió el Vía Crucis en la iglesia y por primera vez se oró y cantó al fin de cada estación: *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.* Junto al lugar donde los judíos gritaron: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos», se alza hoy al cielo la súplica: «Padre, perdónales; que no saben lo que se hacen».

117. Jesús es clavado en la Cruz [2]

(Matth. 27, 31-38. *Marc.* 15, 20-28. *Luc.* 23, 26-33. *Ioann.* 19, 16-24)

1. El Salvador con la cruz a cuestas. 2. Simón de Cirene. 3. Las piadosas mujeres. 4. La Crucifixión. 5. La inscripción de la cruz. 6. Reparto de las vestiduras de Jesús.

418. Tomaron, pues, los soldados a Jesús y le desnudaron de la púrpura; y volviéndole a poner sus vestidos, le condujeron afuera para crucificarle. Y llevando él mismo a cuestas su cruz, fué al lugar del suplicio [3]. Eran también conducidos con Jesús a la muerte dos facinerosos.

---

[1] *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*$^{8-10}$ 273.

[2] Séanos permitido llamar la atención sobre el valor, no sólo artístico, sino también científico de la reproducción del panorama: *Jerusalem und der Kreuzestod Christi* (Jerusalén y la muerte de Cristo en la Cruz) de Gebhard Fugel, con texto explicativo de J. Damrich (10 autotipias con 20 páginas de texto [Ratisbona 1920]). Fugel ha tenido en cuenta la topografía de Jerusalén y los resultados de las investigaciones arqueológicas.

[3] Para aumentar el oprobio y la dureza del castigo, se obligaba de ordinario a los sentenciados a muerte a llevar a cuestas el instrumento del suplicio.—Callado, como un cordero que es conducido al sacrificio y no abre su boca *(Is.* 53, 7), se abandona Jesús a los sayones que se disponen a ejecutar la sentencia. Acerca de la *Vía Dolorosa* véase núms. 423 y 426.

Al salir (de la puerta de la ciudad)[1], echaron mano de un hombre *de Cirene,* llamado *Simón*[2], padre de Alejandro y Rufo, el cual de vuelta de su granja acertó a pasar por allí, y le obligaron[3] a que llevase la cruz en pos de Jesús[4].

419. Seguía a Jesús gran muchedumbre de gentes, y también *mujeres que plañían y lloraban*[5]. Pero Jesús, vuelto a ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque presto vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! y a los collados ¡Sepultadnos![6] Pues si al árbol verde le tratan de esta manera, ¿en el seco qué no harán?»[7]

420. Y llegado al lugar que en hebreo se llama **Gólgota,** y en latín **Calvario,** es decir, lugar de las calaveras[8], los soldados le dieron a beber

---

[1] Según la ley judía, la sentencia de muerte debía ejecutarse fuera del campamento o de la ciudad; así se hizo con el profanador del sábado, con Acán, Nabot y san Esteban (cfr. *Num.* 15, 35; *Ios.* 7, 24; III *Reg.* 21, 13; *Act.* 7, 57). La ley romana estaba de acuerdo con la judía en este particular.—Jesús quiso padecer la muerte de los criminales fuera de la ciudad, para tomar sobre sí los pecados de todos y, como verdadero sacrificio *pro peccato,* cumplir la figura de los antiguos sacrificios expiatorios dispuestos por él mismo en la Antigua Ley, la cual prescribía que los cuerpos de las víctimas se quemasen fuera de la ciudad (*Hebr.* 13, 11; cfr. *Lev.* 16, 14 ss.).

[2] Difícil es de decidir si era judío o pagano Simón de Cirene. La cuarta parte de los habitantes de Cirene, ciudad del norte de Africa (al oeste de Egipto), eran judíos, y los cirenenses tenían en Jerusalén una sinagoga propia (*Act.* 6, 9. Josefo, *Ant.* 14, 7, 2); mas esto no resuelve todavía la cuestión Los hijos de Simón, Alejandro y Rufo, nombrados por san Marcos, eran sin duda conocidos de los cristianos de Roma, para quienes Marcos escribió su Evangelio (núm. 11), y Rufo es ciertamente el mismo a quien manda san Pablo saludos en su *Carta a los Romanos,* con estas palabras: «Saludad a Rufo, escogido del Señor, y a su madre, que también lo es mía» (*Rom.* 16, 13). En cambio, el Alejandro que san Marcos nombra juntamente con Rufo, es seguramente distinto de aquel Alejandro de Efeso, excomulgado por san Pablo (I *Tim.* 1, 20. II *Tim.* 4, 14). — *Simón* llevó en un comienzo la cruz por fuerza y con repugnancia. Mas cuando a la luz de la fe reconoció luego que había merecido sostener al Redentor y ser figura de aquéllos que por amor a Jesús le siguen con su cruz, se sintió sin duda muy dichoso. Nótese: fué obligado; quiso; le fué dado llevar la cruz (véase *HEL* 1910, 130 ss.).

[3] En la desconsiderada soberbia con que procedían los soldados romanos en los pueblos sometidos a su dominio, obligaron al primero que toparon a cargar con el peso de la cruz. Temían, sin duda, que Jesús sucumbiese en el camino, lo cual nada hubiera tenido de extraño después de los malos tratos sufridos por el divino Paciente.

[4] La expresión parece indicar, no que Simón le ayudase a llevar la cruz, sino que la llevó él solo en pos del Salvador (*Matth.* 27, 32. *Marc.* 15, 21).

[5] *Luc.* 23, 27-31.

[6] En la desesperación, preferirán una muerte semejante, espantosa, pero súbita, que no verse en tan terrible aprieto (cfr. *Is.* 2, 10 19; *Osee* 10, 8; *Apoc.* 6, 16).

[7] Si yo, el inocente, padezco de esta suerte por los pecados ajenos, ¿qué será del desgraciado pueblo judío, que ha desechado a su Mesías y Redentor, ha rehusado la gracia de Dios y por ello está muerto para Dios? (cfr. núm. 317; cfr. también I *Petr.* 4, 17 s.). En medio de sus innumerables sufrimientos, recuerda el Salvador, lleno de compasión, las calamidades que amenazan a su pueblo.

[8] La palabra hebrea *gulgóleth,* como la latina *calvaria,* quiere decir calavera, cráneo. Veníale dicho nombre a aquel lugar de la creencia generalizada en tiempo de Jesucristo de haber sido allí enterrado Adán. «Hay dos hechos indudables: la existencia en tiempo de Cristo de una gruta sepulcral debajo del lugar de la Crucifixión, y la creencia de ser ella la gruta donde fué enterrado Adán» (Mommert, *Golgotha und das heilige Grab zu Jerusalem* [Leipzig 1910] 146; cfr. 24 ss.). Los santos Padres han hecho muy atinadas aplicaciones de esta leyenda judía (cfr. Orígenes, *Migne* 13, 1777; san Jerónimo, *Epist.* 46,

vino mezclado con mirra. Mas él, habiéndolo probado, no lo quiso beber [1]. Desnudáronle [2] entonces y le crucificaron [3]. Con él crucificaron también a los dos facinerosos, al uno a la derecha y al otro a la izquierda. Con lo que se cumplió la Escritura que dice: «Y fué puesto entre los malhechores» [4].

421. Pilatos mandó hacer una inscripción con la causa de su sentencia, para que se clavase en la parte superior de la cruz; estaba en hebreo, en griego y en latín, y decía así: **Jesús Nazareno, Rey de los judíos.** Muchos judíos leyeron la inscripción, pues el lugar en que Jesús fué crucificado estaba próximo a la ciudad. Por lo que los pontífices de los judíos dijeron a Pilatos: «No has de escribir: Rey de los judíos, sino: él ha dicho:

47, 3; *SS Paul. et Eustoch. ad Marcell.: Migne* 22, 485; *De situ et nominib. loc. hebr.: Migne* 23, 862; otra opinión del mismo Padre de la Iglesia véase en *Migne* 25, 209; 26, 526). —Hoy no se admite que el lugar de la Crucifixion llevara el nombre de Calvario por haber sido el lugar destinado al suplicio; como tampoco se puede sostener científicamente que se llamara así por la configuración especial del terreno. Pues el Calvario era en tiempo de Cristo un lugar esencialmente llano, con una escarpa de 4 m. de altura hacia el camino; «en modo alguno era una elevación sobre el terreno circundante en forma de enhiesto monolito, o en forma de montículo suavemente hinchado o, en fin..., en forma de cráneo» (Mommert l. c. 39). Desde el año 333 (peregrino de Burdeos) comienza a llamarse *colina* del Gólgota o *monte* Calvario el lugar designado por la Sagrada Escritura y por los Padres hasta los tiempos de Constantino simplemente con el nombre de «Calvario». El arquitecto de la basílica constantiniana, cercenando la roca en el lugar donde se erigió la cruz, sacó un monolito cúbico de 5 m. de lado en forma de monumento. Modesto, patriarca de Jerusalén (véase pág. 340), rodeó de un muro este bloque a principios del siglo VII. Así se conservó el Gólgota sin alteración esencial durante siglos. Con ocasión del incendio del 12 de octubre de 1808, los griegos desnudaron el bloque y cortaron el trozo donde fué erigida la cruz, para llevarlo a Constantinopla, adonde no llegó, por haber naufragado el buque que la conducía. La roca que quedó en el lugar fué de nuevo revestida (cfr. Mommert l. c. 37-99; acerca de la situación del Gólgota véase lámina 9). Las tradiciones relativas al Gólgota (*umbilicus terrae*, sepulcro de Adán, hendidura de la roca, etc.) pueden verse en Klameth, *Die ntl Lokaltraditionen Palästinas* I 88-138.

[1] Mateo dice más en general: mezclado «con hiel», es decir, «con una substancia amarga», Marcos, más concretamente: «con mirra». Solía darse a los sentenciados una bebida que embotase algún tanto los sentidos contra los dolores del suplicio. No otra finalidad tuvo en el caso de Jesús la mirra mezclada con vino. Gustó la amargura, para obedecer, para cumplir la profecía (*Ps.* 68, 22), para padecer y para expiar nuestra intemperancia; pero despreció el alivio que pudiera proporcionarle.

[2] A los sentenciados se les crucificaba, por regla general, «desnudos»; mas los griegos y romanos llaman «desnudo» a quien va insuficientemente vestido; dase este nombre en la Sagrada Escritura (*Is.* 20, 3; 32, 11) a los que, como los prisioneros, van cubiertos de un pañete, o a los que (*Ioann.* 21, 7) se han despojado de la túnica (*Ioann.* 21, 7). Ello, pues, no empece para que el Salvador hubiese llevado un pañete; al contrario, dada la repugnancia de los judíos a la desnudez total y la presencia de mujeres en la ejecución del castigo, es muy verosímil que Jesucristo no hubiese carecido de tan elemental indumento.

[3] Los detalles acerca de la *Crucifixión*, en los núms. 427 y 431. Los Evangelios no dicen si le fué quitada al Salvador la *Corona de espinas* antes de la Crucifixión, o si la llevó todavía en la Via Dolorosa y en la cruz. Sin embargo, consta que luego de la sentencia de muerte le quitaron el manto de púrpura; mas no así de la Corona de espinas. Probablemente se la dejaron sobre la cabeza; lo cual no está en desacuerdo con la inscripción de Pilatos ni con los sentimientos de los soldados romanos y la ira de los judíos. Agréguese a esto los testimonios antiguos, como el Evangelio de Nicodemus (c. 10), Orígenes (*Comm. in Matth.* 27, 31) y Tertuliano, el cual (*Adv. Iud.* c. 13) observa: «Eran misterios que se habían de cumplir en Cristo; Isaac con la leña a cuestas fué preservado (de la muerte), ofreciéndose (en su lugar) un carnero que tenía los cuernos enredados en un espino; y Cristo llevó en su tiempo el leño sobre sus hombros y quedó colgado en los cuernos (brazos) de la cruz, rodeada su cabeza de una corona de espinas».

[4] *Is* 53, 12. —Jesús sufrió el género de muerte más infamante; y el oprobio subió de punto con la compañía de que se vió rodeado en el suplicio: dos malhechores, cual si fuese el mayor de ellos. Más detalles en el núm. 427.

Yo soy el Rey de los judíos». Respondió Pilatos: «Lo que he escrito, he escrito» [1].

422. Y los soldados, cuando lo hubieron crucificado, tomaron sus vestiduras [2] e hicieron cuatro partes, una para cada uno (de los cuatro); y echaron suertes, qué parte llevaría cada cual. Mas la túnica [3] era inconsútil y de un solo tejido de arriba abajo. Por lo que dijeron entre sí: «No la dividamos, sino echemos suertes para ver quién se la lleva» [4]. Con lo que se cumplió la Escritura que dice: «Partieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica» [5]. Esto hicieron los soldados; y luego se sentaron y le guardaban.

423. La tercera y última etapa del itinerario de la Pasión se llama *Via Crucis* o *Via Dolorosa* (fig. 21) [6]. Comienza en la sala del tribunal de

---

[1] Era costumbre romana anunciar en el camino del suplicio el delito de los sentenciados, dando a conocer el nombre y la patria del criminal a voz de pregonero o mediante la inscripción en una tabla blanca; ésta se fijaba después en la cruz. Pilatos quiso con la inscripción castigar a los jefes judíos por haberle arrancado la sentencia a fuerza de porfías. Fué una burla a la nación judía llamar simplemente «Rey de los judíos» a aquél a quien los jefes del pueblo habían entregado a muerte afrentosa. Por eso desearon éstos que la inscripción se cambiase. Mas Dios la había inspirado a Pilatos, como antes a Caifás la idea de que Jesús había de morir por el pueblo (núm. 273), y Dios no quiso que se cambiara. Así cumplió Pilatos el decreto divino de que el Redentor había de ser en cierto modo proclamado solemnemente Rey, y a la verdad, por boca de un gentil, a pesar de la oposición de los judíos. La cruz es el trono de su señorío; desde ella atrae a sí todas las cosas (núm. 302). — La peregrina de Aquitania vió en 385 la inscripción *(titulus)* en Jerusalén (Geyer, *Itinera Hierosolymitana* 88; cfr. Apéndice I, 3). La historia ulterior es oscura. Acerca de la inscripción que hoy se muestra en Santa Cruz de Jerusalén de Roma, cfr. de Waal, *Roma sacra* 324 s.

[2] Es decir, el vestido de forma de capa, el cinto, las sandalias, el pañuelo de la cabeza.

[3] La túnica (en griego *jiton)*.

[4] Los santos Padres ven en la división de los vestidos de Jesús un símbolo de la vocación de los cuatro cabos del mundo, es decir, de toda la humanidad, a la participación en la gracia de Cristo; en la túnica inconsútil de Jesús consideran la unidad de fe y de amor en la Iglesia de Cristo. El Salvador se apareció al santo Mártir Pedro, obispo de Alejandría, con el vestido desgarrado y le dijo: «Arrio me ha desgarrado el vestido, que es mi Iglesia» *(Brev. Rom. 26 Nov.)*. Créese que la túnica de Jesús, tejida por la Virgen Santísima, fué llevada por santa Elena a su residencia imperial de *Tréveris*. Desde el año 1105 tenemos noticias escritas indiscutibles de esta tradición; así *Gesta Trevirorum (Mom. Germ. hist. Script.* VIII 152), que atribuye la donación de la insigne reliquia a santa Elena, en tiempo del obispo Agricio († 332). El *marfil* del tesoro de la catedral de Tréveris, que representa la entrega de santas reliquias (del siglo v), no se puede utilizar como argumento, porque su significado es muy discutido (Beissel en *KL* X[2] 1230; de otra opinión es F. X. Kraus, *Geschichte der christl. Kunst* I 502; y todavía de otra Strzygowski, *Orient und Rom* [Leipzig 1901] 85).—El año 1196 fué trasladada la túnica del coro de san Nicolás al altar mayor de la catedral. A ruegos del emperador Maximiliano I fué expuesta a la veneración del pueblo. Desde esa época se expuso a menudo; la última vez, el año 1891, desfilaron por la catedral unos dos millones de peregrinos para adorar la santa reliquia (Hulley, *Kurze Geschichte der Wallfahrt zum heiligen Rock in Trier im Jahre* 1891 [Tréveris 1891]. Beissel, *Geschichte des heiligen Rockes*[2] [Tréveris 1889]. Willems, *Der heilige Rock zu Trier und seine Gegner* [Tréveris 1892]). — El obispo de Tréveris, M. F. Korum, publicó un informe oficial (Tréveris 1894) sobre los «milagros ocurridos y gracias obtenidas en la última exposición de la Sagrada Túnica el año 1891». Cfr. también *Magazin für volkstümliche Apologetik* 1907, 154 ss.—La «Sagrada Túnica inconsútil» que se muestra en Argenteuil, se designa, según Willems, en documentos antiguos como capa del Niño Jesús.

[5] *Ps.* 21, 19.

[6] Cfr. Höpfl, *Die Stationen des heiligen Kreuzweges in Jerusalem, mit 15 Abbildungen* (Friburgo 1914); Düsterwald, *Der heilige Kreuzweg zu Jerusalem und die Kreuzwegandacht*.—El Via Crucis, iniciado en Jerusalén en el siglo xiii, fué imitándose en otras ciudades e iglesias. En los siglos xv y xvi cambió el número de estaciones; encontramos

Pilatos (el Pretorio) en el valle de la ciudad, el-Wad, donde los católicos armenios (unidos) han levantado la iglesia románica de tres naves sobre los fundamentos de la antigua iglesia de «Santa Sofía». Según esto, es preciso aproximar algún tanto entre sí las cuatro primeras estaciones del Via Crucis introducido por los PP. Franciscanos en el siglo XIII. En efecto, los PP. Franciscanos fijan el Pretorio, y por consiguiente la *primera estación* (sentencia de Jesús), en el patio del cuartel de Pilatos; de allí sigue la Via Dolorosa en línea recta hacia oriente, y a los 15 m. ó 25 pasos[1] señalan la *segunda estación,* junto a la puerta tapiada del cuartel de Pilatos, donde se cree haber estado la *Scala Sancta.* Tomando luego la dirección del oeste, la Via Dolorosa pasa por delante de la primera estación y de la capilla de la Flagelación que está enfrente, pasando por debajo del arco del Eccehomo, un recorrido de 233 m. ó 390 pasos, hasta el cabo de la calle de Sitti Maryam (calle de Nuestra Señora la Virgen María) o de Josafat, porque da a este valle. En el punto en que la calle desemboca en la de Tarik el-Wad (es decir, calle del valle), junto a la actual capilla de los católicos armenios, frente al hospicio austríaco, la tradición franciscana fija la *tercera estación.* Todavía otros 37 m. ó 60 pasos más adelante hacia el sur, señalan los PP. Franciscanos la *cuarta estación,* o sea, el lugar donde Jesús se encontró con su Madre dolorida. Al descombrar el terreno para construir la iglesia de los católicos armenios, se hallaron los restos de una iglesia, que se creyó ser *Santa Maria dello Spasimo,* mencionada por primera vez en el siglo XIV; con lo que se tuvo por cosa cierta ser aquél el lugar de la *cuarta estación;* contribuyó en particular a esta creencia el hallazgo de un mosaico que representaba las huellas de dos pies o sandalias, recuerdo sin duda del lugar donde María se hallaba cuando se encontró con su divino Hijo. Pero Mommert ha demostrado de una manera convincente que el mosaico representa las «divinas plantas de *Jesús*» que, según el peregrino de Piacenza, se veneraban en la antigua basílica cristiana de «Santa Sofía». Esta basílica se levantó sobre las ruinas del tribunal o Pretorio de Pilatos. Este es, por consiguiente, el lugar, como queda arriba dicho, de donde debe partir el *Via Crucis* o *Via Dolorosa.* «En la cripta del nuevo edificio de los católicos armenios, en el antiguo Lithóstrotos, en el altar que se eleva sobre el antiguo mosaico de las divinas plantas de Jesús» [2] se debe señalar la *primera* estación, y muy cerca de dicho lugar la *segunda, tercera* y *cuarta.*

424. Desde la cuarta estación, la tradición franciscana está en lo cierto. En la calle de el-Wad o del valle, unos pasos al sur de la iglesia de los armenios,

---

por primera vez nuestras 14 estaciones en la «Descripción de Jerusalén» *(Beschreibung Jerusalems)* aparecida en Colonia el año 1584, obra del sacerdote Adrichomius (cfr. Apéndice I, 19 y A. Dunkel, *Wie gingen unsere Vorfahren den Kreuzweg in Jerusalem?,* en *HL* 1915, 40 ss. 93 ss. 158 ss.). El célebre *Via Crucis* del escultor Adam Krafft de Nürnberg (1505) tiene sólo 7 estaciones. Kraus *(Geschichte der Kristlichen Kunst* II 1, 308 ss.) trae la reproducción de las siete. Los altorrelieves que se ven hoy en el camino del cementerio de san Juan de Nürnberg no son los antiguos, sino copias obtenidas hace algunos años. Los originales se encuentran en el Museo Germánico. Según Kneller *(Geschichte der Kreuzwegandacht von den Anfängen bis zur völligen Ausbildung* [Friburgo 1908] 61 ss.), Krafft no hizo su famoso *Via Crucis* para Martín Ketzel, ciudadano de Nürnberg y peregrino de Jerusalén, como se creía hasta ahora, sino para Heintz Marschalck. Acerca de la devoción del *Via Crucis,* además de Kneller, cfr. Nik. Paulus, en *Kath* 1905 I 326 ss. y el excelente libro de Thurston, *The Stations of the Cross. An Account of their History and devotion purpose* (Londres 1906); cfr. *WBG* 1907, 116, y 1909, 91; *ThG* 1909, 78. Puede verse en von Keppler, *Die vierzehn Stationen des heiligen Kreuzweges*[4] (Friburgo 1904), un estudio histórico y artístico del *Via Crucis,* juntamente con la explicación de las imágenes de la escuela de Beuron. Véase también página 407, nota 2.

[1] Las distancias que damos en el texto discrepan algún tanto de las que se leen en otras descripciones, ora porque no en todos es el paso igual, ora porque los trayectos están calculados como *hoy* se toman, es decir, algunos de ellos no directamente de una estación a otra. [2] Cfr. Mommert, *Das Prätorium des Pilatus* 141; cfr. núm. 395 ss.

dobla la Via Dolorosa tomando la dirección del Gólgota. La nueva calle se denomina Tarik el-Alam, o «calle de la Amargura»; en ella se encuentran las estaciones V, VI y VII. La V se halla al principio de la calle, a la izquierda, a los 23 m. ó 40 pasos de la IV. Junto a la entrada de la primera casa, a 1,50 m. del suelo, se ve una piedra rectangular con una ligera cavidad; señala el lugar donde el Cireneo fué obligado a llevar la cruz en pos del Redentor.— La *sexta estación* se encuentra 86 m. ó 140 pasos más adelante. Allí, al lado izquierdo de la calle, la leyenda señala el lugar donde vivía la santa Verónica [1],

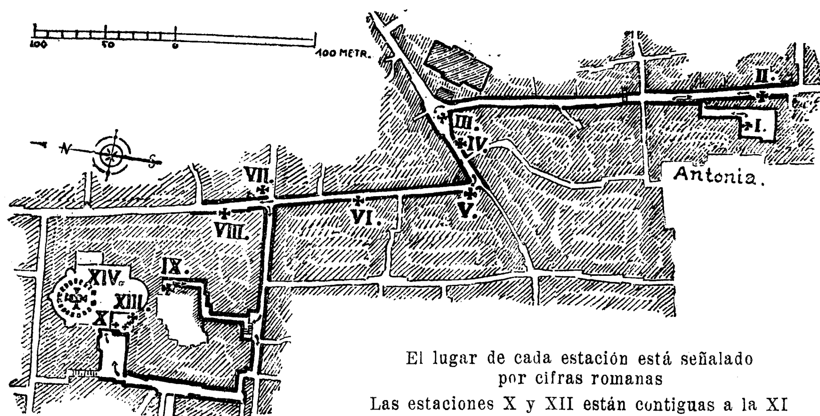


Fig. 21.—Plano del Via Crucis, según la tradición franciscana, en la forma en que hoy se practica en Jerusalén.

que se abrió paso por entre los soldados y, postrándose a los pies de Jesús, le alargó el sudario con que se enjugara el rostro ensangrentado, que quedó grabado en el lienzo [2]. Un trozo de columna roja empotrada en el suelo, que alcanza desde la casa hasta el centro de la calle, recuerda el lugar de tan memorable suceso.—La última parte de la «calle de la Amargura» está en cuesta, y en un trecho es abovedada. Donde cruza la calle del Bazar, 60 m. ó 100 pasos desde la sexta estación, se halla el lugar de la *séptima;* aquí tenía el segundo recinto amurallado de Jerusalén la *puerta* llamada *Judiciaria,*

[1] Es difícil dilucidar quién fuese la *Verónica*. Según la opinión defendida especialmente por Mabillón y Papenbroeck, el nombre nació de un error: de la fusión *en una* de las dos palabras *vera ikon* (verdadera imagen). Según otra hipótesis, que se apoya en Juan Maladas, historiador bizantino del siglo VI, la Hemorroísa se llamó Berenice, nombre griego que corresponde a Verónica. En el Misal de san Ambrosio se determina que el día de santa Verónica se lea el Evangelio de la Hemorroísa. Los Bolandos observan (4 de febrero) que Verónica fué, según tradición antiquísima, de linaje herodiano. Más detalles en Belser, *Geschichte des Leidens... des Herrn* 389.

[2] El *Sudario* de la Verónica o *Volto Santo* (santo Rostro), una de las grandes reliquias de la iglesia de san Pedro de Roma, es una efigie de Cristo de origen bizantino. A. de Waal, que la ha visto y examinado con detención, observa en su *Roma sacra* (página 279): «En los días de Carlomagno nada se sabía en Roma acerca de la reliquia; la primera noticia es de mediados del siglo XII. Según nuestras propias investigaciones, que se nos facilitaron el año 1892, la figura encerrada en un marco de plata tiene 63 cm. de altura por 51 de ancho. Una lámina de oro cubre el lienzo, dejando libre sólo la parte del rostro No se reconocen ni ojos, ni nariz, ni boca; en la parte superior se aprecia un color gris que indica el cabello; la barba grisácea desciende en dos puntas, y en la mejilla se nota una mancha también grisácea, como en la figura de Letrán. Los sudarios que suelen comprar los peregrinos de Roma no reproducen la figura tal cual es, sino según un dibujo antiguo». Con más detalles A. de Waal en *RQ* 1893, 259 s.; reproducido también por Kaufmann, *Handbuch der christl Archäologie* 407 ss. Acerca de las representaciones de la Verónica cfr. Kraus, *Geschichte der christl. Kunst* II, 1, 282 s.

por donde los sentenciados salían de la ciudad al lugar del suplicio. Una inscripción de la casa de enfrente señala el lugar donde se hallaba la puerta Judiciaria y acaeció la escena de la *séptima estación:* la segunda caída de Jesús bajo el peso de la cruz.

425. Estamos ya fuera de la ciudad. Unos 35 m. ó 60 pasos en dirección occidental, en la calle del Chanke o del monasterio (así llamada por un convento de derviches), se encuentra la *octava estación,* donde habló Jesús a las piadosas mujeres que iban llorando: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; antes llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque presto vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar». Una piedra redonda en la pared del convento griego de san Caralambo (al norte de la capilla de santa Elena de la iglesia del Santo Sepulcro) indica el lugar de esta estación, al salir de un trecho abovedado de la calle de Chanke. De aquí hasta la *novena estación,* la Via Dolorosa seguía unos 50 m. u 80 pasos en dirección sur. Pero cerrado actualmente el paso por casas, es preciso dar un rodeo. Después de desandar los 35 m. que hay hasta la calle del Bazar, se toma la dirección sur, caminando unos 80 m. ó 130 pasos; se tuerce a oeste por la callejuela de Akkabet Der es-Sultan (vereda del monasterio del Sultán) que está al oriente de la iglesia del Santo Sepulcro, y al cabo de unos 96 m. ó 160 pasos (en total 211 m. ó 350 pasos) se llega a la *novena estación,* donde el Señor cayó por tercera vez bajo el peso de la cruz. Encuéntrase en el patio del convento de los abisinios, delante del coro de la iglesia del Santo Sepulcro, y está indicada con un trozo de columna empotrado en el suelo fuera de la pequeña puerta de entrada.

Las *cuatro estaciones siguientes* se hallan en las capillas del Calvario de la iglesia del Santo Sepulcro, que más tarde describiremos (véase lámina de la portada y figuras 24 y 25, en los núms. 474 y 475); la *décima,* donde desnudaron de las vestiduras a Jesús y le dieron de beber hiel y vinagre, está en la capilla de la Crucifixión, a los 4 m. del término de la escalera de subida; una roseta señala en el suelo el lugar; dista unos 60 m. ó 100 pasos de la novena estación. La *undécima estación,* donde Jesús fué clavado en la cruz, está en la misma capilla, 2 m. ó 3 pasos al este de la anterior; un mosaico señala el lugar del suceso.—La *duodécima estación,* donde Jesús expiró en la cruz, está en la capilla septentrional del Calvario, llamada capilla de la Exaltación de la Cruz, a 4 m. ó 7 pasos de la undécima. Debajo del altar de los griegos se ve en el suelo una abertura chapeada de plata, la cual indica el lugar donde se alzó la cruz del Redentor.—En la pilastra que se ve entre el altar de la Crucifixión y el de la Exaltación de la Cruz, el pequeño altar del *Stabat Mater* señala el lugar de la *décimotercera estación,* a 3 m. ó 5 pasos de la anterior, donde la Madre Dolorosa recibió en el regazo el cadáver de su divino Hijo.—La *décimocuarta estación* es el Santo Sepulcro, debajo de la gran cúpula de la iglesia, a 42 m. ó 70 pasos de la décimatercera. Para más detalles, véase en el número 473 la descripción de la iglesia del Santo Sepulcro y el grabado de la portada.

426. Acerca de las catorce estaciones observa acertadamente el obispo *von Keppler* [1]: «No debemos enojarnos contra la leyenda y la devoción que se permitieron localizar los misterios de la Pasión por lo general sin base alguna histórica ni topográfica. No fué la intención de los fieles piadosos descubrir datos históricos. Contentáronse con saber que, a juzgar por la dirección y el término del itinerario, aquél era el camino que recorrió el Salvador con la cruz a cuestas; y para ejercitar la devoción y facilitar la práctica común bien ordenada del Via Crucis, se permitieron disponer y distribuir de aquella manera la Via Dolorosa. Tampoco debemos acusarles de falsarios porque a los episodios conservados en los Evangelios (la sentencia, Jesús con la cruz a cuestas, el Cireneo, las piadosas mujeres, el despojo de las vestiduras, la Crucifixión, la

[1] *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*$^{8-10}$ 275.

muerte en la cruz, el Descendimiento y el Sepelio) hayan añadido algunos otros: encuentro de Jesús con su dolorida Madre, triple caída bajo el peso de la cruz, caridad de una piadosa mujer, en la cual aparece personificada la compasión hacia el Señor en sus amargos padecimientos, último reposo del cadáver de Jesús en el regazo de su Madre. Pues estos rasgos, aunque imposibles de comprobar históricamente, tienen tanta verosimilitud, dicen tan bien con el relato mismo, son tan conmovedores, que no causan escándalo, antes sirven de gran edificación al sentimiento cristiano».

427. La crucifixión es, en boca de Cicerón [1], «el más afrentoso y terrible de los suplicios». *Entre los romanos* sólo se aplicaba a esclavos, salteadores, asesinos e insurrectos y a grandes criminales. La *ley judía* no lo conoce: los cadáveres de grandes criminales podían ser colgados en un palo, cruz, etc., para mayor afrenta del delincuente; pero aun así se consideraba la crucifixión como imagen terrible de la maldición divina, según reza la Ley: «Maldito todo aquél que pende de un madero» [2]. Entre los romanos, al crucificado se le clavaba de pies y manos al madero [3]. Para llevar a cabo la crucifixión con menos dificultad y más acierto, se ataba primero al paciente con cuerdas a la cruz. A esto se refieren acaso ciertos escritores cuando dicen que crucificar es «colgar a uno en el árbol de la desgracia», etc. [4]; y Tertuliano, comentando la profecía de Jesucristo acerca de san Pedro [5]: «Otro te ceñirá», etc., la explica de esta suerte: «Pedro será ceñido por otro, cuando se le haya de sujetar a la cruz» [6]. No es probable que tales expresiones se refieran a la crucifixión mediante mera sujeción a la cruz sin empleo de clavos, con lo cual se prolongaría muchos días el suplicio [7]. Los Evangelios nos dan a entender que en la crucifixión del Señor fueron clavados los pies y las manos, y los santos Padres nos hablan del modo como se llevó a cabo la Crucifixión. Jesús habla a Tomás de las heridas de sus manos [8], y a los apóstoles reunidos, de las llagas de sus manos y pies el día mismo de la Resurrección [9]. En los mismos términos se expresan Justino Mártir [10], Tertuliano [11], etc. De esta suerte se cumplió al pie de la letra la profecía: «Han taladrado mis manos y mis pies; han contado mis (descarnados y descoyuntados) huesos» [12].

428. Por regla general, primero se plantaba la cruz en la tierra; luego se levantaba al paciente a brazo o por medio de cuerdas, y con éstas se le sujetaba a la cruz, lo cual no era cosa difícil, como no fuese alta. Pero a veces se extendía la cruz en tierra, y los verdugos *ataban y clavaban en ella al sentenciado,* y luego la alzaban y fijaban en el suelo [13]. No se puede decir cuál de los dos procedimientos se siguió en la crucifixión de Jesucristo.

Tampoco sabemos si fueron *tres, o fueron cuatro, los clavos;* de los Evangelios nada se puede concluir. Los más de los santos Padres dicen que cada pie fué clavado con clavo distinto. De los testimonios que hablan de *un solo* clavo para ambos pies, unos son de época en que no estaba en uso la crucifixión, y otros

---

[1] *In Verrem* 5, 64; cfr. *StL* 86 (1914), 274 ss.; *HL* 1911, 135 166.
[2] *Deut.* 21, 23; cfr. *Gal.* 3, 13.
[3] Así lo supone, como regla general, el poeta latino Plauto (muerto en 184 a. Cr.; *Mostellaria* 2, 1 12 13; cfr. *TQ* 1889, 522).
[4] *Liv., Hist.* 1, 1. [5] *Ioann.* 21, 18. [6] *Scorpiace* c. 15.
[7] Cfr. Kraus, *Der heilige Nagel in der Domkirche zu Trier. Zugleich ein Beitrag zur Archäologie der Kreuzigung Christi* (Tréveris 1868); Rohault de Fleury, *Mémoires sur les instruments de la Passion* (París 1870); Münz, *Archäol.-Bemerkungen,* etc., 134.
[8] *Ioann.* 20, 27. [9] *Luc.* 24, 39 s.
[10] *Apol.* I c. 35; *Dial. c. Tryph.* c. 97 104.
[11] *Adv. Marcion.* l. 3, c. 19; *Adv. Iud.* c. 10. [12] *Ps.* 21, 17.
[13] En el *Prometeo* de Luciano dice Mercurio (c. 1 2): «Alarga tu diestra; mas tú, Vulcano, sujeta, atraviesa y blande el martillo con vigor. Alarga también la otra mano, etc.». Y en las *Actas* del Mártir san Pionio se dice: «Desnudóse espontáneamente de sus vestidos y, mirando al cielo y dando gracias a Dios, extendióse él mismo sobre el madero y entregóse a los soldados para ser clavado. Una vez sujeto en la cruz, le alzaron».

de origen apócrifo. Con razón afirma *Kraus* que se puede «tener por cierto, aun por motivos de índole anatómica, que cada pie fué fijado a la cruz con distinto clavo» [1].

Según la tradición, con la Santa Cruz se descubrieron también los *clavos* (véase núm. 432). Mas no se puede demostrar rigurosamente la autenticidad de los que hoy veneramos. Los que gozan de mayor autoridad son los de la catedral de Tréveris y los de Santa Croce de Roma. El anillo de la famosa *corona* de hierro que se guarda en el tesoro de la catedral de Monza comenzó en 1587 a relacionarse con un clavo de la cruz que santa Elena hizo colocar, según san Ambrosio, en la diadema de su hijo Constantino [2]. Los clavos que desde hace siglos se guardan en muchas iglesias son imitaciones de clavos tenidos por auténticos, tocados en éstos o fabricados con alguna partecita de ellos. A este proposito son muy de notar las palabras de F. X. Kraus [3]: «Bien saben los fieles que en los santos clavos no veneran el hierro, sino las llagas de Cristo y los misterios de la Redención. Con esto no queremos decir que no se haya pecado a veces gravemente de ligereza e indiscreción en este sentido — con ello se han quebrantado las reglas de la razón y de la moralidad, y se ha contravenido también al *verdadero* espíritu de la Iglesia, al cual no se puede achacar haber exagerado el culto debido a las reliquias». Con objeto de evitar la caída del cuerpo y que los clavos rasgaran las heridas de las manos, acaso tenía la cruz en el centro de la rama vertical un apoyo *(sedile)*, donde descansase el cuerpo del crucificado; o quizá se conseguía el mismo resultado sujetando el cuerpo con cuerdas al madero. Dejemos a un lado la cuestión de si para mejor clavar los pies se ponía un tarugo debajo de ellos. Justino [4], Ireneo [5] y Tertuliano [6] suponen haber existido en la cruz de Jesucristo el apoyo *(sedile)* para descanso del cuerpo; pero lo deducen de la disposición que ordinariamente tenían las cruces; de un tarugo para los pies *(suppedaneum* o *tabula)* no se hace mención hasta san Gregorio de Tours [7], en el siglo VI.

429. Había *dos sistemas de cruz: crux commissa*, en forma de T, en la cual el madero horizontal descansa sobre el vertical (cruz de san Antonio) y *crux immissa*, en forma de +, en la que el madero horizontal se ingiere en el vertical (cruz latina). La del Salvador fué probablemente *immissa* + *(Luc.* 23, 38 y *Ioann.* 19, 19), pues los santos Padres comparan la cruz, y al Salvador que en ella fué colgado, con objetos que suponen esta última forma [8], y en los brazos de la cruz ven simbolizada la predicación del Evangelio por los cuatro puntos cardinales [9]; a la misma idea obedecen las palabras de san Pablo cuando

---

1 *Geschichte der christl. Kunst* II 1, 336.

2 Puede verse la figura en *Herders Konvers-Lex.*[3], en la palabra *Kronen.*

3 *Der heilige Nagel in der Domkirche zu Trier,* 104.

4 *Dial.* n. 91.

5 *Adv. haer.* 2, 42.

6 *Adv. Marc.* 3, 18.

7 *De glor. mart.* 1, 6. — Acerca del «poyete para los pies de la cruz de Cristo» cfr. *ZK* 1907, 77 ss.

8 Tertuliano *(Apol.* c. 16) la compara con el estandarte romano que bajo el resalto del extremo superior del astil llevaba pendiente una vara horizontal con la enseña representada en un lienzo; Minucio Félix *(Octav.* c. 29), Máximo de Turín *(De Cruce Domini, hom.* 2), san Paulino de Nola *(Carm. nat. XI in S. Felic. vers.* 612 s.), con el navío que boga a velas desplegadas, o con un mástil y sus velas hinchadas que destacan a derecha e izquierda; Eustaquio de Antioquía (en Nicéforo, véase *Spic.-Sol* I 351), con una escalerilla de mano; san Agustín *(Epist.* 120; *In Psalm.* 130; *Tract. in Ioann.* 118, etc.), con el cordero pascual atravesado por el asador; san Jerónimo *(In Marc.* c. 11), con el pájaro que vuela, o con el hombre que nada; san Justino *(Dial. c. Tryph.* c. 40), con Moisés, cuando suplicaba a Dios con los brazos extendidos, etc. — Gran número de Padres (san Agustín: *In Psalm. 103, Ep. 120, Tract. in Ioann.* 118; san Juan Damasceno: *De fide orth.* 4, 2, etc.) atestiguan también expresamente que la cruz de Cristo tenía cuatro brazos. Cfr. Kaufmann, *Handbuch der christlichen Archäologie* 296 s.

9 Cfr. Cornelio a Lapide, *Comm. in Eph. 3, 18.*

nos habla de la «anchura y largura, altura y profundidad» del misterio de la Redención [1].

430. Acerca de la *clase de* madera de la cruz de Jesucristo nos faltan datos de confianza. Las partículas que se han conservado son de cedro o pino, según ha mostrado el examen microscópico. La leyenda se ha cuidado de dar contestación a la piadosa curiosidad; según ella, la cruz constaba de cuatro clases de madera: ciprés, cedro, abeto y boj, o de ciprés, abeto, olivo y palmera [2]. Según otra leyenda, la cruz fué labrada de un olivo cortado a media hora de distancia de Jerusalén, en el camino de san Juan (véase núm. 52), en el lugar donde se levanta el *monasterio de la Santa Cruz* (con seminario y biblioteca), antes de los georgianos y hoy de los griegos no unidos. Este monasterio fué fundado en el siglo V por Taciano, rey de los georgianos. La iglesia es ciertamente anterior a la conquista de Jerusalén por la Media Luna, o sea, anterior al año 636, pues los Cruzados la encontraron ya como iglesia abacial de los georgianos, y no se comprende la posibilidad de una nueva construcción entre estas dos épocas. Debajo y, en parte, detrás del altar mayor de la espaciosa y adornada iglesia, se muestra una abertura en el suelo de mármol, donde estuvo el olivo de que se labró la cruz de Jesucristo.

431. La Crucifixión y el arte cristiano antiguo. Mediante el examen de las representaciones antiguas se ha querido elucidar ciertas circunstancias de la Crucifixión, por ejemplo: si Jesús fué crucificado desnudo o con un lienzo en derredor de la cintura, si con la corona de espinas o sin ella, si la cruz tenía apoyo *(sedile)* o no, si ambos pies con un mismo clavo o cada uno con el suyo, si éstos descansaban en un tarugo *(suppedaneum)* o no, si la cruz tenía la forma de *crux commissa* (T) o de *crux immissa* (+). Pero todos los esfuerzos resultan vanos, y ello por las siguientes razones: Prescindiendo del *crucifijo burlesco* [3], probablemente de la primera mitad del siglo III, descubierto el año 1856 en Roma entre las ruinas de los palacios imperiales del Palatino, el cual, según recientes investigaciones, nada tiene que ver con la Crucifixión del Señor, sólo dos imágenes *antiguas* nos quedan del Crucificado: el relieve de la célebre *puerta de santa Sabina de Roma,* y el *marfil de Londres* [4]. Pero no son anteriores a los siglos V y VI respectivamente, cuando ya no se practicaba la crucifixión y era difícil tener conocimiento exacto de todos los pormenores. Y también es difícil que los artistas de aquella época dispusieran de un modelo de los primeros siglos, fundado en conocimiento exacto; porque no hubo costumbre de representar la Crucifixión del Señor. Por eso está en lo cierto Grisar [5] cuando escribe: «De nuestras imágenes no se puede concluir nada cierto acerca de las particularidades históricas de la Crucifixión. Otra cosa sería si tuviésemos una serie de representaciones que alcanzase a los siglos I o II. Pero sólo tenemos imágenes que aparecen de improviso en el siglo V sin conexión alguna con una tradición artística anterior (pues el crucifijo burlesco del Palatino, bizarro garabato pagano, sólo en sentido restringido puede aducirse para la tradición cristiana). Las formas de aquellas imágenes son producto de la inspiración subjetiva, y dependen de los hábitos artísticos y de los conocimientos de la

[1] *Eph.* 3, 18.

[2] Puede verse en Ludolfo de Sajonia, *Vita Iesu Christi 2, c. 63, n. 35,* una hermosa explicación del significado de los cuatro componentes de la cruz; acerca de las leyendas de la Edad Media relativas a este asunto, cfr. Kampers, *Mittelalterliche Sagen vom Paradiese und vom Holze des Kreuzes Christi* (Colonia 1897).

[3] Kraus, *Das Spottkruzifix auf dem Palatin und ein neu entdecktes Graffito* (Friburgo 1872); el mismo, *Geschichte der christl. Kunst* I 172 s.; Kaufmann, *Handbuch der christl. Archäologie* 1905, 253 ss.; Grisar, *Geschichte Roms* I 607 y 608 (con grabados).

[4] Kraus, *Geschichte der christl. Kunst* I 174, II 311 y 331 ss. Kaufmann l. c 394 ss.

[5] *Kreuz und Kreuzigung auf der altchristlichen Türe von Santa Sabina in Rom,* en *RQ* 1894, 8.

época. La crítica histórica y bíblica dispone de otras fuentes para lograr algún conocimiento arqueológico de las circunstancias del drama del Gólgota».

432. Historia de la Santa Cruz. San Cirilo de Jerusalén, ordenado diácono el año 334 o el 335 por el obispo Macario, y presbítero el año 345 por el obispo Máximo, de 347 a 348 dió en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén pláticas catequísticas que han llegado hasta nosotros. En la cuarta, décima y décimatercera recuerda la Santa Cruz y hace resaltar que la mayor parte de ella se muestra todavía en Jerusalén y es objeto de veneración, y que muchas partecitas de ella se encuentran en diversas iglesias del orbe [1]. El año 351, Cirilo, ya obispo de Jerusalén, recuerda al emperador Constancio en una carta del 7 de mayo del 351 que en tiempo de Constantino fué hallado en Jerusalén el madero de la Cruz [2]. El testimonio tiene valor histórico incontestable. Porque, como con razón afirma Kraus [3]: «Un hombre de la altura espiritual y moral de Cirilo, de no estar cierto de ello, no hubiera hablado en una carta al emperador de sucesos que presenció de joven, o pudo y aun debió saber con toda exactitud, como las circunstancias lo pedían». Sólo el testimonio de Cirilo basta para dar fe histórica del hecho de la Invención de la Santa Cruz, ocurrido en tiempo del emperador Constantino.

El *Cronicón Pascual* o *Alejandrino* [4] fija la fecha del suceso en el 14 de septiembre de 320 [5]. Se discute el valor científico del *Cronicón;* pero la fecha que en él se señala va ganando crédito por haberla atestiguado la peregrina Eteria (véase Apéndice I, 3), que visitó Jerusalén hacia el año 385, época en que aun vivía Cirilo. Hace resaltar que en Jerusalén se celebra con gran pompa el aniversario de la consagración de la iglesia del Gólgota y del Sepulcro (Martyrium y Anastasis), «porque ese día fué hallada la Cruz del Señor; y la razón de haber sido consagradas las dichas iglesias en el mismo día en que se halló la Cruz del Señor fué, porque con gran júbilo se celebrasen en un mismo día ambos acontecimientos». [6] Por otros documentos sabemos que la basílica constantiniana (Martyrium y Anastasis) fué consagrada el 14 de septiembre del año 335. Estando, pues, en lo cierto el *Cronicón Pascual* en cuanto *al día* de la invención de la Santa Cruz, no hay motivo para que *al año* le pongamos reparos. La peregrina sigue contándonos que a la fiesta de la consagración acudieron de todas partes el clero y el pueblo, hombres y mujeres, no «habiendo quien no fuese presuroso a Jerusalén en tan alegre y solemne día». De la *Adoratio Crucis* del Viernes Santo escribe la peregrina: «el obispo tomó asiento en la cátedra. Delante de él, una mesa cubierta con un paño blanco; en su derredor, los diáconos. Trajéronle un arca forrada de plata, en la cual se guardaba la Santa Cruz. Abierta el arca, sacóse de ella la Santa Cruz con la inscripción *(titulus)* que se colocó sobre la misma. El obispo con sus diáconos hacía la guardia, mientras los fieles y los catecúmenos se acercaban e, inclinándose, besaban la Cruz y la tocaban con la frente y los ojos, mas no con las manos.

---

[1] *Migne* 33, 468 685 776.

[2] Ibid. 1168. A. Dunkel trae la versión alemana de los textos de Eusebio, Cirilo, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto en *HL* 1910, 120 127 179.

[3] *Der heilige Nagel in der Domkirche zu Trier* 70. — También Grisar observa en *Civiltà cattolica* del 26 de junio de 1906, 715: Según todos los criterios históricos, la Invención de la Santa Cruz bajo Constantino debe considerarse como cierta. El P. Rouillon, dominico, dice *(Sainte Helène*[2], París 1908, 171): «Lo más prudente y seguro es atestiguar, con los textos en la mano, la existencia y, por consiguiente, de no hallarse prueba en contrario, el descubrimiento de la Cruz en la primera mitad del siglo IV, pero separándolo de las circunstancias y modalidades diversas de que lo encontramos revestido en el transcurso de la historia». Véase también *HL* 1916, 93 ss. 138 ss. 193 ss.

[4] El *Cronicon Pascual,* obra cronológica del siglo VII, que comienza con la creación del mundo, nació en los círculos del clero constantinopolitano (cfr. *KL* III[2] 308 s.).

[5] Así Kellner *(Heortologie*[3] 249 s.), el cual tiene el *Cronicon* «por muy fidedigno», invocando *Excerpta lat. Barbari,* edición de Frick 359.

[6] Geyer, *Itinera Hierosolymitana* 100.

De esta suerte desfilaron uno tras otro» [1]. En vista de estos testimonios, no se puede negar la *historicidad* de la Invención de la Santa Cruz en tiempo del emperador Constantino. Y con gran *verosimilitud* podemos fijar en el 14 de septiembre del año 320 la fecha de tan memorable acontecimiento.

433. Pero el relato de cómo fué hallada la Santa Cruz está enturbiado por la leyenda. Mientras que san Ambrosio, obispo de Milán desde el 7 de diciembre de 374 hasta el 4 de abril del 397, en la oración fúnebre de Teodosio el Grande [2] (395) dice con indudable claridad que santa Elena por el título reconoció la verdadera Cruz del Señor, nos cuenta Rufino, y tras él una serie de escritores eclesiásticos, multitud de cosas que antes, al parecer, no se sabían y que no resisten a un riguroso examen. Aparece manifiesto el proceso de la leyenda. Macario, así nos cuenta Rufino [3], lleno de fe hizo oración a Dios, y en presencia de la emperatriz y del pueblo mandó aplicar las cruces a una matrona de Jerusalén que estaba a punto de morir. Ningún efecto produjeron en la enferma las dos cruces de los ladrones; mas el contacto de la tercera le devolvió la salud. Paulino de Nola y Sulpicio Severo [4] no hablan de curación, sino de resurrección. Con el tiempo la leyenda del hecho histórico fué adornándose con nuevas circunstancias [5], viéndose el *Decretum Gelasianum* (tenido por del 496, pero probablemente más reciente) en el caso de llamar la atención acerca de un escrito *De inventione crucis Dominicae*. A pesar de ello, la leyenda alcanzó gran difusión en la Edad Media.

Los sabios modernos ponen en tela de juicio, no sólo las circunstancias legendarias del relato, sino también el hecho de la Invención. Así, por ejemplo, escribe Zöckler [6], dando prueba manifiesta de falta de objetividad y ecuanimidad: «La pretendida Invención de la Santa Cruz por santa Elena ha sido origen de exuberante superstición del peor género, matriz fecunda y rizoma de todo el culto de las reliquias y del afán de peregrinar de los siglos siguientes». El argumento más importante que aduce contra la historicidad del hecho es el silencio de Eusebio. A este propósito dicen Gildemeister y von Sybel [7]: «En dos obras pudo habernos hablado de ello Eusebio: en la *Crónica* y en la *Vida de Constantino*. En la *Crónica,* por lo menos en la redacción auténtica, nada se dice. Y no porque en las refundiciones latinas posteriores se haya interpolado la noticia de aquel hecho, ni porque los escritores antiguos aduzcan el testimonio de Eusebio, son suyas las palabras que se le atribuyen». Zöckler [8] hacer notar el silencio de Eusebio y dice: «Es muy extraño que Eusebio, el único testigo

---

[1] Ibid. 88. [2] *De obitu Theodosii* 49. [3] *Hist.* 2, 8.

[4] Paulino (✝ 431) obtuvo por medio de santa Melania un trozo del *Lignum Crucis,* del cual envió a Sulpicio Severo una partecita, engastada en oro, que acompañó de una carta, en la cual relata la Invención de la verdadera Cruz de Cristo por santa Elena y pondera cuán grande tesoro se encierra en tan pequeña reliquia, contemplada con los ojos de la fe, y cómo a la vista de ella deberían renovarse espiritualmente en nuestros corazones los milagros acaecidos en la muerte de Cristo *(S. Paulini Epist. 31, ad Severum;* cfr. Lagrange, *Geschichte des hl. Paulinus von Nola* [Maguncia 1882] 376). — También el hermoso himno de Venancio Fortunato: *Vexilla regis prodeunt,* y probablemente también el himno del mismo autor: *Pange lingua gloriosi proelium certaminis,* deben su origen a la recepción solemne de una reliquia del *Lignum Crucis,* regalo del emperador Justino II (569) a la reina Radegundis para el monasterio de la Santa Cruz *(Abbàye de Ste. Croix de Poitiers)* fundada por ella (cfr. *KL* X² 726 s.; Kaiser, *Beiträge zur Geschichte und Erklärung der ältesten Kirchenhymnen* [Paderborn] 395).

[5] Cfr. Teodoreto, *Hist. eccl.* 1, 17; Socrates, *Hist.* 1, 17; Sozomeno 2, 1; Nicéforo 8, 29. Véase también *HL* 1911, 154 ss. Straubinger *(Die Kreuzauffindungslegende* [Paderborn 1913]) investiga las redacciones antiguas atendiendo especialmente a los textos siríacos. — La leyenda así adornada se halla tratada artísticamente por primera vez en dieciocho escenas de un *manuscrito miniado de Wessobrunn* (814; Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst* I, 1, 29). Posteriormente el pintor florentino Agnelo Gaddi se inspiró en la leyenda para un ciclo de imágenes de Santa Cruz de Florencia.

[6] *Das Creuz Christi* (Gütersloh 1875) 162.

[7] *Der heilige Rock zu Trier* I (Düsseldorf 1844) 18. [8] l.c. 159.

contemporáneo (¿dónde deja a Cirilo?), habiéndonos dado cuenta circunstanciada de la peregrinación de santa Elena y de lo que antes que ella hizo Constantino para desembarazar y adornar los Santos Lugares, nada nos diga de lo que en la tradición es el timbre de mayor gloria y el éxito más señalado del viaje de la santa emperatriz: la Invención de la Santa Cruz». Ante todo debemos contestar que Zöckler apenas da importancia al testimonio de otro contemporáneo, aunque algo posterior a Eusebio: al de Cirilo de Jerusalén. Mas ¿cómo explicarlo? No se puede negar que es muy extraño el silencio de Eusebio en este asunto, pues vivió en tiempo de Constantino, fué obispo de Cesarea, provincia eclesiástica de Jerusalén, estuvo presente en la consagración de la basílica constantiniana el año 335 y relata el descubrimiento del Santo Sepulcro. Era natural que hablase también de la Invención de la Santa Cruz; pues si el hecho aconteció en tiempo de Constantino, debió saberlo. Pero, como acertadamente observa Kraus [1], «el hecho de no hablar Eusebio de la Invención, no prueba que de ello nada supiera». Nos consta que pasó en silencio otros hechos que no aprobaba pero que tampoco quiso censurar, por ejemplo, la erección de una estatua de oro en el arco de triunfo del emperador Constantino. Mas, ¿cuál pudo ser la razón de su silencio acerca de la Invención de la Santa Cruz? Kraus apunta una muy comprensible: la antipatía de Eusebio por el culto de las imágenes y de las reliquias. La vemos manifiesta [2] en la carta que escribiera a Constancia; y, para más abundancia, el historiador Gregoras Nicéforo llama a Eusebio «iconoclasta». El desagrado que le producían la actividad de la emperatriz Elena y el celo de los obispos católicos por el culto de los instrumentos de la Pasión debió de mover al obispo semiarriano a no hablar de la Invención de la Santa Cruz. Si para demostrar que el descubrimiento de la reliquia pertenece al dominio de la fábula se quisiera alegar el silencio del peregrino de Burdeos (333), replicaríamos que ello obedece a que la reliquia de la Cruz se expuso a la pública veneración después de terminada la basílica el año 335. Se objetará que la madera no puede permanecer 300 años en la tierra sin pudrirse; mas «la objeción cae de por sí, observando que la madera de cedro que, según los estudios de Rohault de Fleury, es la materia de las reliquias de la Santa Cruz, alcanza duración extraordinaria y permanece inalterable durante siglos en la tierra o en el agua, como acontece con la madera del olmo y del aliso de los palafitos que se conservan incomunicados con el aire» [3].

434. La parte mayor de la Santa Cruz quedó en Jerusalén, otra debió de ir a Constantinopla y otra a Roma. De estos grandes trozos fueron sacándose otros pequeñitos para regalar a algunas iglesias y a fieles cristianos ilustres. San Cirilo, obispo de Jerusalén, nos dice que ya en su tiempo había reliquias del *Lignum Crucis* por todo el mundo [4]. Desde Calvino se viene repitiendo que son tantas las partículas del *Lignum Crucis,* que superan con mucho el material de la Cruz. Rohault de Fleury ha reunido noticias exactas acerca de las partículas públicamente adoradas y de las demás existentes. De sus datos se desprende que el volumen de todas ellas alcanza a $^1/_{45}$ del volumen probable de la Cruz, el cual vendría a tener por lo menos unos 178 decímetros cúbicos [5].

435. Festividad en honor de la Santa Cruz. Debemos recordar aquí un hecho acontecido en el siglo VII con la reliquia del *Lignum Crucis* que se conserva en Jerusalén. Cuando los persas conquistaron en 614 la ciudad, se apoderaron también de la Santa Reliquia. Pero Heraclio los derrotó el año 628 en varias batallas; con lo que se vieron obligados a devolver la insigne Reliquia, que entró triunfalmente en Jerusalén el 3 de mayo del año 629. Cuéntase que el

[1] *Der heilige Nagel in der Domkirche zu Trier* 71.
[2] *Act. Conc. Nicaen.* II, en *Mansi* XIII 313. [3] Suitb. Bäumer en *KL* VII² 1098.
[4] *Catech. 4, n. 10; 13, n. 4.* Las mayores reliquias del *Lignum Crucis* se hallan hoy en Roma (San Pedro, Santa Cruz), en Venecia (San Marcos), París (Notre-Dame) y Bruselas (Santa Gúdula).
[5] Cfr. *ZKTh* XX (1896) 272; también Mislin, *Die heiligen Orte* II 263 650.

emperador llevó la Cruz sobre sus hombros hasta el monte Calvario; pero que, habiendo llegado la procesión entre himnos y cánticos a la puerta que da al Gólgota, no pudo el emperador continuar: una mano invisible parecía detenerle. Estupefacto al ver aquello el patriarca Zacarías, que había vuelto de la cautividad persa, alzó sus ojos al cielo y exclamó de repente, iluminado de lo alto: «Considera, oh emperador, si vestido con los arreos de la victoria tienes algún parecido con el Salvador que llevó la Cruz por este mismo camino como el más pobre y humillado de los mortales». Desnudóse Heraclio de sus galas y, cubierto de un pobre manto y los pies descalzos, siguió el camino con la Cruz a cuestas sin obstáculo alguno, llevándola hasta el lugar de la Crucifixión. Desde entonces, la *fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz* del 14 de septiembre, que originariamente estaba consagrada sólo a la *Invención del Lignum Crucis,* sirvió en la iglesia griega para conmemorar asimismo el solemne acontecimiento de la reposición de la Cruz en el Gólgota. La iglesia latina introdujo en el siglo VII la fiesta del 3 de mayo, y en el siglo VIII comenzó a celebrar también la fiesta del 14 de septiembre.

118. Las siete[1] palabras. Expira Jesús

(Matth. 27, 39-56. *Marc.* 15, 29-41. *Luc.* 23, 34-49. *Ioann.* 19, 25-30)

1. Las dos primeras palabras. 2. Los testigos de la muerte de Jesús y la tercera palabra. 3. Tinieblas. 4. Las cuatro últimas palabras. 5. Prodigios a la muerte de Jesús. 6. Efecto de estos prodigios.

436. Clavado que estuvo Jesús en la cruz, dijo: **Padre, perdónales: que no saben lo que hacen**[2]. Y los que iban y venían, blasfemaban de él meneando sus cabezas, y diciendo: «¡Hola! tú que destruyes el Templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Y el pueblo que estaba allí, lo veía todo y se mofaba; y con él escarnecían a Jesús los jefes, los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, diciendo: «A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo. Si es el escogido de Dios, el Rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que seamos testigos de vista, y le creamos[3]. El pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama tanto, líbrele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios». Insultábanle no menos

[1] Resultan *Siete Palabras* si se atiende a los cuatro Evangelios; *Matth.* 27, 46 y *Marc.* 15, 34 cuarta palabra; *Luc.* 23, 34 43 46 primera, segunda y séptima; *Ioann.* 19, 26 28 30 tercera, quinta y sexta.

[2] *Luc.* 23, 34. Esta es la respuesta del Hijo de Dios a los crueles dolores que le han deparado los hombres. Una palabra de su boca bastaba para deshacer a aquellos criminales; mas él se apresura a detener la mano vengadora de su Padre celestial: «¡No saben lo que hacen!» Los soldados romanos apenas si sabían lo que estaban haciendo; pero no carecían de culpa su crueldad, sus burlas e improperios. Los escribas y sumos sacerdotes no sabían lo que hacían, pues de haber conocido al Señor de la gloria, no le hubieran crucificado (I *Cor.* 2, 8; también *Act.* 13, 27); y el pueblo, que deseó la libertad de un asesino, y en cambio exigió la muerte del autor de la vida, obró por ignorancia. Cfr. la explicación de estas palabras de Jesús en san Pedro, *Act.* 3, 14 ss. Mas ¿no hubo acaso culpa en unos y otros? De haber tenido buena voluntad y examinado imparcialmente los milagros, la vida y la doctrina, y considerado los vaticinios de los profetas, ¿no le habrían reconocido por Mesías? Jesús pide perdón *de la culpa,* y en descargo de ellos aduce la falta de conocimiento *completo.* ¡Oh caridad conmovedora y compasión inefable del divino Corazón de Jesús! Lo que refieren *Luc.* 23, 48 y *Act.* 2, 41 puede considerarse como efecto de la oración de Jesús.

[3] Este escarnio estaba profetizado en *Ps.* 21, 8 9; *Is.* 50, 6. Pero ni aun así hubieran creído; pues habían visto sus milagros, últimamente la resurrección de Lázaro; después se les instruyó acerca de la Resurrección de Jesús, y no creyeron. Así es la incredulidad, porque procede de la malicia del corazón (cfr. núms. 109, 232, 267, 297 y 303).

los soldados, los cuales se arrimaban a él y, presentándole vinagre, le decían: «Si tú eres el Rey de los judíos, ponte en salvo».

437. Despreciábanle también los dos malhechores [1] que habían sido crucificados con él; uno de los cuales le dijo con sarcasmo: «Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros». Mas el otro le reprendía, diciendo: «¿Ni aun tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Nosotros a la verdad estamos en él justamente; pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste, ningún mal ha hecho». Y dijo luego a Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino». Y Jesús le dijo: **En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso** [2].

438. Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás [3] y María Magdalena [4]; también Salomé, madre de los hijos del Zebedeo [5]; y de lejos observaban estas cosas todos los conocidos [6] de Jesús y muchas mujeres, muchísimaas, que le habían seguido de Galilea y subido con él a Jerusalén. Viendo, pues, Jesús a su madre y al discípulo a quien amaba [7], que estaban allí, dice a su madre: **Mujer** [8], **ve ahí a tu hijo** [9]. Después dijo al discípulo: **Ve ahí a tu madre** [10]. Y desde aquel punto la tomó el discípulo consigo.

---

[1] Jesús es blasfemado *por todo género de hombres*, aun por los criminales más abyectos. El quiso ofrecer todo por nosotros, aun su honor y su buen nombre, para expiar nuestro orgullo y para que más fácilmente podamos nosotros sacrificarnos por él (cfr. I *Cor.* 4, 10 13; II *Cor.* 6, 8; *Gal.* 2, 20). — *Ambos malhechores* le blasfemaban (*Matth.* 27, 44. *Marc.* 15, 32); Dios les paga con un rayo de su misericordia. El uno de ellos (*Luc.* 23, 39), tocado en el corazón por la celestial paciencia y caridad de Jesús y conmovido por aquellas palabras: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen», se aprovecha de la gracia y se salva en aquellos últimos instantes de su vida. — El *Buen Ladrón* une de manera maravillosa la fe más viva («tu reino») con la confesión más decidida, el conocimiento de su maldad con la confianza en la divina misericordia y con la completa resignación al castigo de sus pecados. Para más detalles acerca de ambos ladrones véase núm 442 s.

[2] *Luc.* 23, 39-43. *Paraíso* significa propiamente jardín de recreo (*Eccles.* 2, 5; *Cant.* 4, 13; *Gen.* 2, 8); significa también el jardín de delicias donde vivieron Adán y Eva antes del pecado; por último, *la mansión de los justos en el limbo o seno de Abraham* (núm. 266). A éste bajó el alma de Jesús, luego de la muerte, a anunciar a las almas de los justos la Redención (I *Petr.* 3, 18 s.; cfr. *Act.* 2, 27 31; *Ephes.* 4, 9).

[3] Cleofás o Alfeo; según *Matth.* 27, 56 y *Marc.* 15, 40, esta María es la madre de Santiago (el Menor) y de José (cfr. núm. 104). Según Egesipo (en Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 11) y Epifanio (*Haer.* 78, 7), Cleofás (Alfeo) era hermano de san José; por eso María, su mujer, era (según el uso judío) «hermana» de la Virgen Santísima.

[4] Núm. 155 ss. [5] *Marc* 15, 40 s. *Matth.* 27, 56. Núm. 291.

[6] Así *Luc.* 23, 49: ¿No había de haber algún apóstol entre aquella muchedumbre? De las palabras de Jesús en *Matth.* 26, 31; *Marc.* 14, 27 (núm. 354) no se deduce necesariamente que estuviesen ausentes en aquella ocasión. [7] Juan; cfr. núms. 98 y 351.

[8] No quiere Jesús acrecer el dolor de María llamándola con el dulce nombre de *Madre*. «Mujer» es un tratamiento respetuoso; cfr. núm. 103, 1; para todo este pasaje véase también Bartmann, *Christus ein Gegner des Marienkultus?* 123 ss.

[9] Según los santos Padres, Jesús encomienda aquí a su Madre virgen al cuidado del discípulo virginal, recompensando el amor y devoción con que éste acompañó a María al pie de la cruz. — De este lugar se colige claramente que san José había pasado a mejor vida ya antes de la muerte de Jesús (cfr. pág. 145, nota 4).

[10] A *Juan* le vivía aún la madre, Salomé, con la cual sin duda vivía; allí habría llevado a vivir a la Virgen Santísima.—Esta tercera palabra de Jesús puede aplicarse a todos los redimidos. Acertadamente dice a este propósito Belser (*Geschichte des Leidens .. des Herrn*[2] 420): «Por voluntad del Redentor María es madre (espiritual) de Juan, y Juan hijo de María. Y puesto que todos cuantos reciben a Jesús (por la fe y el Bautismo) se hacen, como Juan, hijos de Dios (*Ioann.* 1, 12 13), síguese que todos ellos pueden con-

439. A eso de la hora sexta, la tierra se cubrió de tinieblas [1], y el sol se oscureció hasta la hora de nona [2]. Y a la hora nona exclamó Jesús, diciendo con grande voz: **¡Eloi, Eloi! ¿lamma sabacthani?**, que significa: **¡Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?** [3] Oyéndolo algunos de los circunstantes decían: «Ved cómo llama a Elías» [4].

440. Al poco tiempo, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: **Tengo sed** [5]. Había allí un vaso lleno de vinagre [6]. Al instante corrió uno, tomó una esponja y, empapándola en vinagre, púsola en un ramo de hisopo [7] (en la

---

siderarse como hijos (espirituales) de María» (véase también Pohle, *Dogmatik* II⁴ 302). Todos los hombres deben, por consiguiente, ver a su madre en María, y la Madre de nuestro Redentor ha de recibirnos a todos por hijos. Pues así como el Padre eterno quiso que María fuera la Madre de su Hijo unigénito, así quiso también lo fuese de todos aquellos que son redimidos por la sangre de su Hijo y entran por el Bautismo en el número de sus hijos. De ahí que los Padres más antiguos llamen a María verdadera Eva, madre de la vida, causa de nuestra salvación y otras muchas cosas análogas (cfr. san Ireneo, *Haer.* 3, c. 22; 5, c. 19; Tertuliano, *De carne Christi* c. 17; san Agustín, *Sermo 51 de concord. Matth. et Luc.*; *Sermo* 232, c. 2).

[1] Estas tinieblas no pudieron provenir de un entenebrecimiento ordinario del sol, sino de origen sobrenatural y milagroso. Más detalles en el núm. 444 s.

[2] Comenzaron, según esto, inmediatamente luego de la Crucifixión de Jesús, y se disiparon poco antes de expirar. El astro luciente del día se cubrió durante la Pasión y agonía del Hijo de Dios y asistió al comienzo de los prodigios con que se manifestó su gloria luego ya de morir. Acerca de estas tinieblas, más detalles en núm. 444 s.

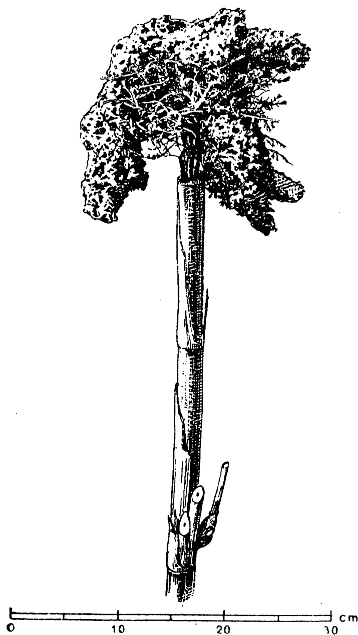


Fig. 22. — Hisopo con caña y esponja.

[3] *Matth.* 27, 46. *Marc.* 15, 34. Las palabras son el comienzo del Salmo 21, que recitó el Salvador en la cruz, allí precisamente donde había de cumplirse. No son un grito de desesperación, como afirmaron los herejes, sino la verdadera expresión de lo que sufre Jesús en cuanto hombre, entregado en manos de sus encarnizados enemigos y abandonado a los más terribles sufrimientos sin género de consuelo. Son una queja rendida y respetuosa.

[4] No siendo fácil que los soldados romanos tuviesen noticia de Elías, ni pudiéndose admitir que los judíos se hubiesen atrevido a torcer el nombre de Dios (*El* significa Dios) en son de burla, es de creer que fueran judíos los que así hablaban, pero que no entendieron claramente el grito de Jesús. Mas en sus palabras hay una ironía amarga, tanto por la extrema miseria de Jesús, como también porque, diciendo ser el Mesías, pedía auxilio al Profeta que había de ser precursor, o sea, siervo del Mesías. También hubo escarnio cuando, al alargar uno de ellos el vinagre, le gritaron: «Deja», etc.; es decir: «No te molestes, ya vendrá Elías a ayudarle». — Elías, el mayor de los profetas, era tenido por los judíos por gran remediador en las necesidades y poderoso protector del pueblo de Dios.

[5] *Ioann.* 19, 28 s. También la sed y el *vinagre* estaban profetizados (*Ps.* 68, 22; cfr. 21, 16). Jesús quiso cumplirlo, probando este último sufrimiento. Véase núm. 446.

[6] *Vinagre,* vino ácido preparado del orujo; mezclado con agua, era la bebida ordinaria de los soldados romanos.

[7] Mateo y Marcos dicen en general: «Pusieron (la esponja) en derredor de la caña»; Juan aclara la cosa diciendo: «Pusiéronla en (un ramo de) hisopo metido en una caña» (figura 22). De modo que el ramito de hisopo se introdujo por el tallo en una caña, y la

punta de una caña) y se la aplicó a la boca. Mas los restantes decían: «Deja, veamos si viene Elías a librarle». Mas él se la dió a beber, diciendo: «Dejadme (que lo haga); veremos si viene Elías a descolgarle». Y habiendo Jesús tomado el vinagre, dijo: **Todo está consumado** [1].

Y clamando de nuevo con una gran voz [2] dijo: **Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu** [3]. E inclinando la cabeza, expiró [4].

441. Y he aquí [5] que el velo del Templo se rasgó en dos partes de arriba abajo [6], y la tierra tembló, y hendiéronse las rocas [7], y los sepul-

esponja fué puesta y quedó sujeta en el hisopo. El hisopo bíblico no es, como opinan Fonck (*Streitzüge durch die biblische Flora* 109) y otros, el *Origanum Maru L.*, sino el *zuhéf* de los árabes (cfr. en hebreo *êzôb*, en griego y latín *hysopus*), es decir, el timiama salvaje de Palestina. Véase Heidet en *HL* 1910, 60; Gisler, ibid. 1911, 80. Cfr. también tomo I, página 275, nota 3.

[1] *Ioann.* 19, 30. La dolorosa Pasión y la Redención con ella lograda, anunciada por los profetas y prefigurada múltiples veces en el Antiguo Testamento, encomendada a Cristo por el Padre celestial, estaban terminadas mediante la obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz (*Phil.* 2, 8).

[2] Un crucificado muere de debilidad y agotamiento. Por eso el centurión vió algo de sobrenatural en aquella grande voz. Jesús mostró en ello que entregaba su vida voluntariamente (núm. 239); lo mismo quiso indicar, según san Crisóstomo, la circunstancia de haber Jesús primero inclinado la cabeza y luego expirado, pues ordinariamente acontece lo contrario (*Offic. Pass. Domini lect.* 8).

[3] *Luc.* 23, 46. También aquí nos alecciona Jesús mostrándonos cómo deben morir todos los cristianos. Encomienda al eterno Padre su alma como precioso bien que se deposita en poder de una persona amiga hasta que se vuelve por él. *Nosotros,* que somos pecadores y nunca estamos seguros de nuestra salvación, debemos encomendar nuestra alma a la misericordia de Dios, para que no proceda con ella según el rigor de su justicia.

[4] Hacia las tres de la tarde, a la hora en que se ofrecía el holocausto vespertino de cada día. Más detalles acerca de la muerte de Jesús en los núms. 447-449.

[5] Aquí comienza la glorificación de Cristo sobre la tierra, mientras su alma descendía al limbo, para anunciar la Redención a las almas de los justos (cfr. I *Petr.* 3, 19).

[6] Refiérese, sin duda, al velo del *Sancta Sanctorum* y no al del *Sancta;* lo uno, porque era el más importante; lo segundo, por el simbolismo que se encerraba en haber perdido su significación el *Sancta Sanctorum* del Antiguo Testamento, desapareciendo el sacerdocio aaronítico y los sacrificios, y cediendo las figuras y sombras a la verdad y al cumplimiento, al sacrificio expiatorio de valor infinito del Pontífice eterno de la Nueva Alianza. A esto alude san Pablo cuando compara (*Hebr.* 9, 7 25) la muerte redentora de Cristo con el sacrificio que ofrecía el sumo sacerdote el gran día de la Expiación; y en aquella única vez que entraba el pontífice del Antiguo Testamento en el *Sancta Sanctorum* con sangre ajena (la de la víctima), ve una figura de Cristo, que con su inmolación y con su propia sangre ha entrado en el *Sancta Sanctorum* del cielo y nos le ha franqueado (cfr. también *Hebr.* 4, 14 ss.; 8, 6 ss.; 9, 7 ss.; *Rom.* 5, 2; *Ephes.* 2, 18).

[7] Véase también núm. 450. Toda la naturaleza mostró a su manera dolor y consternación por la muerte de su Señor y Creador: el sol, la tierra, las duras peñas y hasta el inexorable reino de los muertos. «Y si de esa suerte tembló la naturaleza inanimada, dice un piadoso escritor, ¿qué no habría sentido la Madre de Jesús? No hay lengua capaz de expresar ni entendimiento capaz de pensar el dolor que penetró el alma de María» (Cfr. Ludolfo de Sajonia, *Vita I. Chr.* II, c. 64, n. 16). Aquí consumó ella su sacrificio, penetrándole el corazón agudísima espada de dolores (núm. 68). En decir de san Lorenzo Justiniano (*De agone Chr.* c. 2), fué crucificada en alma con Cristo; y según san Anselmo (*De excellent. Virg.* c. 5), todo cuanto padecieron los mártires fué cosa ligera en comparación con los dolores de María. Por eso la proclamamos con razón, como dice san Bernardo (*Sermo in Apocal.* 12, 1, n. 14 s.), Reina de los Mártires. — La tierra que tiembla y las rocas hendidas avergüenzan a los empedernidos y obstinados judíos. «¡Oh corazones de los judíos, exclama san Ambrosio, más duros que las rocas! Las rocas se parten, pero los judíos no se ablandan, antes permanecen en su inmutable dureza, a pesar de que todo el orbe se estremece». Según san Bernardo, estas señales muestran a los cristianos los efectos que en ellos debe producir la Pasión: los corazones terrenos deben temblar de temor del pecado y estremecerse de dolor de los sufrimientos de Cristo; deberían quebrarse de arrepentimiento y compunción, aun cuando fuesen más duros que rocas;

cros se abrieron [1]; y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron, y después de la Resurrección de Jesús fueron de sus sepulcros a la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos [2].—Y cuando el centurión, que estaba enfrente, vió lo que había ocurrido, y que Jesús había expirado dando tan grandes voces [3], glorificó a Dios, diciendo. «Verdaderamente este hombre era justo; era Hijo de Dios». Y los soldados que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto y las cosas que sucedían, se llenaron de grande temor y decían: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios». Y todo aquel concurso que se hallaba presente a aquel espectáculo, se volvió a casa dándose golpes de pecho [4].

442. Con la **conversión del Buen Ladrón** comenzó a cumplirse la promesa de Jesús: «Cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré a mí todas las cosas» [5]. Y precisamente la máxima humillación de la muerte de cruz, la prueba más ostensible del infinito amor con que Jesús se inmoló, le ha ganado en todos los siglos millones de corazones, como no lo hubieran logrado ni sus divinas doctrinas ni sus estupendos milagros. Esta fuerza misteriosa de la muerte de cruz parecía tan maravillosa al gran conquistador del mundo, Napoleón I, que en ella veía la prueba más contundente de la divinidad de Jesús. «¡Ahora estoy en Santa Elena! exclamó en su soledad. ¿Dónde están los cortesanos de mi desgracia? ¿Hay quien se acuerde de mí? ¿Dónde están mis amigos? Sí, vosotros, dos o tres, inmortales por vuestra fidelidad, vosotros compartís mi destierro. Un momento, y mi cuerpo tornará a la tierra para ser pasto de los gusanos... ¡Qué distancia de mi profunda miseria al reino eterno de Cristo, que es anunciado, querido y adorado, que vive en todo el orbe! ¿Puede decirse que esto sea morir? ¿No es más bien vivir? Semejante muerte era la de un Dios» [6].

443. El *ejemplo* del Buen Ladrón debe alentar a los pecadores arrepentidos; pues en él se nos muestra cómo Dios busca al pecador aun en los últimos instantes, acepta su arrepentimiento y le perdona. Pero es también una dura recriminación para los impenitentes que, teniendo pruebas tan manifiestas de la divinidad de Cristo, viven en la incredulidad y en el vicio. «¿Qué avisos, exclama el papa san León Magno [7], movieron a aquél a la fe? ¿Qué maestros le enseñaron? ¿Qué predicadores le inflamaron el corazón? No había visto los milagros de Jesús, la curación del paralítico, la iluminación del ciego. la resurrección del muerto, etc.; aun no habían sucedido los portentos de la muerte de Cristo; y, sin embargo, reconoce por Señor y Rey a quien a sus ojos no pasa de ser un compañero de suplicio».

Se cree comúnmente que el Buen Ladrón se hallaba a la derecha de Jesucristo, por ser la derecha el lado de los elegidos [8]. «La cruz misma, dice san Agustín [9], si bien la consideras, era el juicio; porque mediante el juez que estaba en medio fué salvado el que creyó, y condenado el que blasfemó; así mostró Jesucristo ya

---

deben abrirse y echar fuera con la confesión sus obras muertas, los pecados, y así resucitar con Cristo a nueva vida (san Bernardo, *Sermo in fer. 4, mai. hebd.*). Cfr. núm. 450.

[1] Por efecto, sin duda, de haberse hendido las rocas. Véase también núm. 451. Acerca de las grutas sepulcrales judías, cfr. núm. 274.

[2] *Matth.* 27, 51-53. La resurrección de muertos fué probablemente real, semejante a la de Jesús, y tuvo por objeto atestiguar y glorificar la del divino Redentor (cfr. especialmente Knabenbauer, *Com. in Matth.* 27, 53; más detalles en el núm. 451).

[3] Debió de ver morir a muchos; mas esa manera de expirar era a todas luces sobrehumana. Acerca del alcance de la confesión del centurión, cfr. Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 464 s.

[4] Todos vieron los milagros; los gentiles confiesan a Jesús, el pueblo se conmueve (cfr. *Luc.* 23, 48 con 18, 13): pero los escribas y sumos sacerdotes permanecen obstinados. Tal es el poder y la maldad de las pasiones. Cfr. núm. 436.

[5] Cfr. núm. 302. [6] Nicolas, *Etudes sur le Christ* III 2.

[7] *Sermo 2 de Pass.* [8] Cfr. núm. 328. [9] *Tract. 31 in Ioann.*

en aquella coyuntura lo que haya de hacer con los vivos y muertos, cuando coloque a unos a su derecha y a otros a su izquierda.»—El Martirologio Romano celebra la memoria del Buen Ladrón, sin llamarle por su nombre, el 25 de marzo [1]; los griegos le conmemoran dos días antes [2].

444. Las tinieblas de la Crucifixión fueron *milagrosas;* no pudieron proceder de eclipse ordinario y natural del sol, que no se da en el plenilunio, y además dura sólo unos siete minutos [3]. Poco importa la manera cómo Dios obró el prodigio, directamente o sirviéndose de causas naturales extraordinarias. Como quiera que fuese, el hecho es indudable; pues en la época en que se escribieron los Evangelios vivían testigos oculares de la muerte de Jesús. Estas maravillosas tinieblas que duraron hasta el momento de expirar Jesús, y los milagros que siguieron a la muerte de Cristo, habían de corroborar su divinidad, confirmar la fe vacilante de los discípulos, confundir la incredulidad de los judíos y dar a conocer su espantosa ceguera. «Todos los elementos, exclama el papa san León Magno [4], os responden a vosotros, necios y blasfemos, y pronuncian sentencia contra vosotros; el cielo, la tierra, el sol, las estrellas, que os señalan solemnemente como indignos de su servicio, y con su espantoso temblor y sus tinieblas anuncian al mundo el entenebrecimiento de vuestra ceguera».

445. Del relato evangélico no se deduce que las tinieblas se hubiesen extendido por todo el orbe. Las palabras que emplean los sagrados autores pueden significar «por todo el país (comarca)» o «por todo el orbe». En la primera acepción las leemos en varios pasajes, por ejemplo, en *Luc.* 4, 25: «Muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses, siendo grande la hambre por toda la tierra». Ya Orígenes se pronuncia abiertamente por la opinión de que las tinieblas sólo se extendieron sobre Jerusalén y los alrededores, y hace notar que, de haber alcanzado este suceso extraordinario a todo el orbe, se habrían tenido de ello noticias. Conoce el testimonio de Phlegon de Tralles (cronista pagano del siglo II), el cual habla de un eclipse acaecido en Bitinia y de un terremoto sucedido en Nicea; pero esto no le satisface [5]. Tampoco tienen fuerza demostrativa los demás testimonios [6], incluso el de Tertuliano (hacia el 200), el cual invita a los paganos de su tiempo a leer los informes oficiales (de Pilatos acerca de la Crucifixión de Cristo y de los sucesos de Palestina) conservados en los archivos romanos, en los cuales se consigna el eclipse en cuestión, «suceso que alcanzó a todo el orbe» [7].

446. La sed de Jesús en la cruz fué sin duda el suplicio más amargo, el efecto más atormentador de la Crucifixión [8]. Como observa Wiseman [9], varias

[1] Quizá porque antes se creía ser el 25 de marzo el día de la muerte del Señor (cfr. núm. 338).

[2] En los evangelios apócrifos se le da distintos nombres. En el de Nicodemus (c. 10) llámase el Buen Ladrón *Dismas,* y el otro *Gesmas* (o Gestas). Hónrase al primero como a patrón de los sentenciados a muerte. La patria del Buen Ladrón es, según la leyenda, *Latrum (castellum boni latronis),* originariamente *Nâtrûn,* entre Jaffa y Jerusalén (a unos 35 Km. de Jaffa y 30 de Jerusalén), en una elevación, $^1/_2$ Km. a la derecha del camino (colonia de los PP. Trapenses). Latrum fué antiguamente una fortaleza importante; tuvo en tiempo de los Cruzados una hermosa iglesia dedicada a los santos Macabeos con una abadía de monjas. Hoy sólo se ven ruinas, entre las cuales hay todavía algunas míseras chozas de labradores (cfr. von Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*[8-10] 204 s.).

[3] El eclipse de sol se efectúa por interposición de la luna entre el astro del día y la tierra; una pequeña región de nuestro planeta queda en sombra o en penumbra. Mas dicho fenómeno sólo puede acaecer en el novilunio; en el plenilunio la luna ocupa en la esfera celeste una posición diametralmente opuesta a la de la tierra.

[4] *Sermo 10 de Pass. c 5 (Migne* 54, 348).

[5] *Comm. in Matth. series 134 (Migne* XIII 1781 s.).

[6] Hállanse reunidas en C Baronio, *Annales eccl. ad a. 34, n. 116 et 117.*

[7] *Apol.* c. 21. [8] Cfr. núm. 427.

[9] *Zusammenhang zwischen Natur und Offenbarung* 238 ss.

autoridades médicas, en particular Richter y ambos Gruner, padre e hijo, han demostrado que los tormentos de la crucifixión eran enormes, a causa de las heridas y la posición innatural y violenta del cuerpo, en virtud de lo cual cualquier movimiento o convulsión producían indecibles dolores, que se aumentaban muchísimo con el entorpecimiento de la circulación y con la sed producida por la fiebre. La posición violenta del cuerpo, con los brazos extendidos, oprime grandemente la aorta; por lo que, imposibilitada ésta para recibir toda la sangre que afluye del ventrículo izquierdo, por fuerza ha de quedar impedido el retorno de la sangre de los pulmones. Estas circunstancias producen en el ventrículo derecho una acumulación de sangre y un sofoco «más intolerable que todos los tormentos y que la misma muerte». Las partes del cuerpo heridas, expuestas al aire, se irritan e inflaman. Por eso vemos que hombres de extraordinario vigor y gigantescas fuerzas suspiran por una bebida refrescante en el curso de la crucifixión [1].

447. Acerca del género de muerte de Jesús, observa Schegg [2]: «La muerte de cruz *satisfizo* por nuestros pecados de la manera más perfecta que se puede imaginar, puesto que, figurada simbólicamente en la serpiente de bronce y significada proféticamente en los Salmos, era el género de muerte más doloroso e ignominioso, e iba a la vez acompañado de una manera particular de la maldición. Por eso dice el Apóstol: "Jesucristo nos redimió de la maldición de la Ley, habiéndose hecho maldición por nosotros; pues está escrito: Maldito todo aquél que pende en un madero...!" [3] Sólo la muerte de cruz hacía posible que Jesús manifestase sin interrupción en la muerte y mientras moría su *amor y la prontitud con que se inmolaba.* Aquí, en la cruz, derramó su vida lentamente, gota a gota. Aquí en la cruz, tuvo tiempo de pronunciar las siete últimas interesantísimas palabras. En estas horas de suprema angustia pudo manifestar en todo su esplendor y grandeza la *santidad,* la paciencia y sumisión, la obediencia, la dignidad y fortaleza de alma, la mansedumbre y el amor, como el sol sus rayos al ocultarse en las olas del mar. Esto tenía ante sus ojos san Ambrosio cuando hablaba de la *real majestad* de Jesús que de la cruz irradia por todo el mundo; esto consideran los santos Padres cuando con santo celo sostienen la autenticidad de aquel pasaje de los Salmos: "El Señor reinará desde el madero" [4]. Todo esto hubiera sido imposible en otro género de muerte, por ejemplo, lapidación, decapitación. Sólo la crucifixión representaba de una manera digna, impresionante y, sin embargo, tranquila, la muerte violenta de Jesús».

448. «La muerte de cruz representa simbólicamente de manera incomparablemente bella los bienes de la Redención. La cruz, Jesús en la cruz, oscilando entre el cielo y la tierra.—Estos signos son los símbolos gloriosos de los frutos de la Redención. La cruz del Calvario es la réplica del *árbol de la ciencia* del Paraíso. Por el fruto del árbol del Paraíso recibimos la muerte, por el fruto del árbol de la cruz fuimos vivificados. De donde nació la muerte, había de venirnos también la vida. Quien venció mediante el madero, había de ser vencido mediante el madero. La cruz con sus cuatro brazos *es imagen del mundo.* ¿Qué otra cosa es la figura de la cruz, exclama san Jerónimo, sino la señal de las cuatro partes del mundo? Y san Gregorio Nacianzeno: Por esto quiso Jesús ser extendido en la cruz, para congregar a todos los hombres de la tierra y hacer de ellos una misma cosa en su divino corazón. Jesús en la cruz es *imagen del amor,* cual no la hay otra igual. Contempla las heridas del Crucificado, exclama un antiguo escritor [5], la sangre del moribundo, el precio del combate

---

[1] Ejemplos en Schegg, *Pilgerreise* I 139.

[2] *Leben Jesu* II 520 ss. [3] *Gal.* 3, 13; cfr. núm. 427.

[4] *Ps.* 95, 10: *Dominus regnavit in ligno:* Ya san Justino defiende esta adición de los *Setenta.*

[5] *Inter opera S. Aug., Manuale c. 23.* Cfr. en san Bernardo *(Liber de Passione Domini,* en *Officium SS. Quinque vuln. lect. 4 et 5)* la tierna descripción de las llagas de Jesús como otras tantas rosas de ardentísimo amor.

por los redimidos. La cabeza inclinada para besar; el corazón abierto para amar; los brazos extendidos para abrazar; todo el cuerpo entregado para redimir. Jesús, alzado en la cruz entre el cielo y la tierra, es la verdadera *escala de Jacob;* sus heridas son los peldaños; por ellas suben las oraciones al trono del Omnipotente; por ellas bajan los ángeles para repartir las gracias».

449. **La muerte de Jesús** fué voluntaria (véase núm. 239), pues la aceptó por amor al hombre, conforme a los designios divinos; no por eso dejó de ser una consecuencia natural de los muchos tormentos corporales y espirituales que la produjeron de una manera violenta en tan corto espacio. Para admitir la *hipótesis de la muerte aparente* de Jesús (propuesta por el profesor de Heidelberg, Paulus, † 1851), es preciso dar al traste con los hechos más notorios y con la sana razón. ¿Qué hacer entonces de Cristo, el cual inmediatamente antes había declarado solemnemente que iba a morir para llevar a cabo la gran obra de la Redención, y después se presentó a los discípulos como resucitado de la muerte real? ¿Qué hacer de los milagros que acompañaron la muerte de Jesús? Pero dejemos esto a un lado y consideremos que en el caso de Jesús era completamente imposible la muerte aparente, aunque sólo hubiera estado tres horas en la cruz. Por una serie de espantosos tormentos corporales y espirituales, especialmente por la Agonía y el sudor de sangre de la víspera, por los malos tratos que recibió hasta la mañana, por la horrible Flagelación que sola de por sí era capaz de producir la muerte (véase pág. 401, nota 1), por la dolorosísima Corona de espinas, por la traición de Judas y la negación de Pedro, por el enorme peso de la cruz y el no menos enorme de nuestros pecados, cuando llegó Jesús al pie del Calvario estaba tan agotado, que los soldados tuvieron que echar la carga de la cruz sobre el *Cireneo* (véase núm. 418). Añádase la lanzada, mortal en sí misma, aparte de que con ella se puso de manifiesto una señal manifiesta de la muerte: la sangre y el agua que corrieron de la herida; ésta fué tan grande, que Tomás pudo introducir la mano, y no sólo el dedo como en las heridas de las manos y de los pies *(Ioann.* 20, 27 s). Las cien libras de aromas y perfumes con que Jesús fué embalsamado *(Ioann.* 19, 39) y la cámara sepulcral cerrada, son circunstancias que, lejos de hacerle volver en sí, eran suficientes para tornar en real la muerte aparente. Y no se comprende que un descanso de tres días pudiese bastar para devolver el vigor y la salud a un cuerpo que había pasado por el suplicio de la crucifixión y perdido toda su sangre en la Agonía, en la Flagelación, en la Coronación de espinas, por las heridas de los clavos y por la de la lanza. El mismo David Straus llega a reconocer: «Un hombre que hubiera salido del sepulcro medio muerto y arrastrándose, que a fuerza de medicinas, vendajes, reconstituyentes y reposo hubiese conseguido prolongar una mísera existencia, y que por fin sucumbe al dolor, no habría podido producir en los discípulos la impresión de un vencedor de la muerte y del sepulcro, de un príncipe de la vida, fundamento de la actuación posterior de los apóstoles. Esto no habría podido trocar el duelo de los discípulos en entusiasmo, ni transformar su respeto en adoración» [1].

450. **Del terremoto y del hendimiento de las piedras** se pueden ver todavía vestigios en el monte Calvario. En la iglesia del Santo Sepulcro, entre el sitio de la cruz de Cristo y el de la del Mal Ladrón se ve una hendidura profunda [2]. Mommert, que atentamente la ha estudiado y medido, y ha examinado los distintos testimonios acerca de ella, viene a concluir: «Nos creemos autorizados a admitir que la célebre hendidura de la roca del Gólgota se ha mantenido hasta nuestros días sin alteración esencial de su forma primitiva» [3]. Investiga-

---

[1] *Das Leben Jesu* I 378.

[2] Dice a este propósito san Cirilo *(Cat.* 13, c. 39): «Este Gólgota elevado, visible hasta el día de hoy, que todavía nos muestra cómo se partieron entonces las rocas a causa de Cristo».

[3] *Golgotha und das heilige Grab* 135-144. — Contra la autenticidad de la roca del Calvario presenta Tobler *(Golgotha St. Gallen* 1851 287) las siguientes objeciones: 1, las

dores antiguos y modernos aseguran que la hendedura no es artificial, sino que fué producida por un fenómeno violento de la naturaleza. Ya en su tiempo observó Henry Maundrell (1697) [1]: «No tenemos otra prueba de haberse esta hendidura producido por el terremoto que acaeció en la Pasión del Señor, que la tradición; pero cualquiera que la vea, se convencerá de que es una hendidura natural, en la cual nada tiene que ver el arte. Ambas partes de la sección se ajustan adecuadamente, a pesar de sus complicadas circunvoluciones, imposibles de imitar artificialmente o de ser producidas por ningún instrumento». Por su parte Gatt, el anciano y benemérito misionero católico de Gaza, que murió el día 5 de junio de 1924 [2], canónigo del Santo Sepulcro, nos declara: «Las investigaciones ponen de manifiesto que la roca no está hendida en dirección de sus vetas, sino de través» [3].

451. El abrirse los sepulcros tuvo sin duda relación con el terremoto y con el hendirse de las rocas, y se efectuó a la vez que estos dos fenómenos. En cuanto a *la resurrección de los muertos,* estuvo indudablemente relacionada con su aparición en la ciudad, lo cual aconteció después de haber resucitado Jesucristo. Estos «santos eran justos insignes del Antiguo Testamento, venerados de manera especial de los judíos, de los contemporáneos de Jesucristo y de aquéllos a quienes se aparecieron, y fallecidos con la fe puesta en el Redentor prometido.—Su resurrección, etc., tenía por objeto dar fe de la de Cristo en Jerusalén y hacer patente que mediante la muerte redentora de Jesús había sido vencida la muerte, y que su gloriosa Resurrección encerraba la prenda segura de la nuestra [4]. No se puede resolver con certeza si la resurrección de aquellos «santos» fué transitoria o permanente. Lo último parece más probable; primero, porque la Sagrada Escritura no insinúa que hubiesen tomado cuerpos aparentes o muerto de nuevo en sus cuerpos reales; segundo, porque muchos santos Padres [5] lo dicen expresamente; finalmente, porque de esta suerte se mostraba de manera más perfecta el triunfo de Cristo sobre la muerte, y al mismo tiempo se manifestaban su amor y largueza en hacer que «muchos» de los redimidos participaran aun corporalmente en su triunfo.

119. La herida del costado. Sepultura

(*Matth.* 27, 57-66. *Marc.* 15, 42-16, 1. *Luc.* 23, 50-56. *Ioann.* 19, 31-42)

1. Un soldado abre con su lanza el costado de Jesús. 2. José de Arimatea recaba de Pilatos el cadáver de Cristo. 3. Nicodemus trae perfumes de mucho precio. 4. Jesús es sepultado. 5. Las piadosas mujeres siguen el cortejo fúnebre. 6. Guardia en el sepulcro. 7. Las piadosas mujeres intentan terminar el embalsamamiento de Jesús.

452. Como era paresceve (víspera de sábado), a fin de que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado (porque era grande aquel día de sábado) [6], suplicaron los judíos a Pilatos que se les quebrasen las piernas

---

medidas de la hendidura dadas por peregrinos antiguos no concuerdan con las actuales; 2, el color de la piedra no está de acuerdo con el de las descripciones antiguas. En contra de ello demuestra Mommert (*Golgotha* 142 ss.): 1, que sólo ha cambiado el revestimiento de mármol de la hendidura, pero que ésta ha permanecido siempre la misma; 2, que los distintos datos de los peregrinos relativos al color, cuando no se fundan en apreciaciones erróneas, tienen su razón de ser en la confusión del revestimiento marmóreo con la roca natural. [1] *Reisen in die Morgenländer* 61.

[2] Véase *HL* 1924, 56. [3] *Beschreibung über Jerusalem* 15.

[4] Cfr. *Hebr.* 2, 14 s.; *Ioann.* 5, 25 s.; 11, 25 s.; I *Cor.* 15, 14-26 54 s.; cfr. *Col.* 1, 18; 2, 15; I *Petr.* 1, 3 21; *Apoc.* 5, 5.

[5] Por ejemplo, san Ambrosio, *Ps. 1, n. 54;* san Jerónimo, *Ep.* 120, 8; Epifanio, *Haer.* 75, 8; del mismo modo Cirilo Alejandrino, Rábano Mauro, Pascasio Radberto, Cayetano, Jansenio, Maldonado y otros, en sus respectivos comentarios al pasaje *Matth.* 27, 53.

[6] La ley prohibía en general (*Deut.* 21, 22 s.) dejar durante la noche los cadáveres

a los crucificados, y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro que había sido crucificado con Jesús [1]. Mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas; sino que uno de los soldados [2] *con la lanza le abrió el costado* [3], *y al instante salió sangre y agua* [4]. Y quien lo vió, es quien lo asegura, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis. Pues estas cosas sucedieron en cumplimiento de la Escritura: «No le quebraréis ningún hueso» [5]. Y otro lugar de la Escritura dice: «Verán a aquél a quien traspasaron» [6].

---

de los ajusticiados que para mayor ignominia hubiesen sido colgados (después de muertos) en un palo (cfr. Josefo, *Bell.* 4, 5, 2). Añádase a esto ser aquel día víspera de sábado, sábado que era «grande», es decir, particularmente santo, porque coincidía con el primer día de la fiesta de Pascua (cfr. núm. 338, 3 .

[1] El quebrar las piernas se usaba también como castigo independiente; aquí tuvo por objeto apresurar la muerte, pero de manera cruel, para no aminorar con ello el rigor del castigo. Mas si parecía que el crucificado estaba ya muerto, para mayor seguridad se le daba un golpe mortal. Así aconteció con Jesús; si aun no hubiera estado muerto, seguramente este golpe dado por mano de un soldado le habría producido la muerte, dada la poca elevación de la cruz (cfr. núm. 440). Pero Jesús estaba ya muerto, como lo hace resaltar el Evangelio.

[2] El Martirologio Romano da el nombre de *Longinos* al soldado que dió a Jesús la lanzada, y le conmemora el 12 de marzo. Mas porque al centurión se le llama también Longinos en el Evangelio de Nicodemus (cap. 11; cfr. pág. 49, nota 4) y en los historiadores posteriores (cfr. Bolandos, *Act. Sanct. d. 15 Mart.*, y Baronio, *Annales eccl. ad a. 34, n. 127 187)*, se le identifica con este soldado. Longinos era el sobrenombre de la *gens Cassia*. Entre los asesinos de César había un Casio Longinos. Siendo, pues, Longinos nombre romano, es arriesgado suponer que la leyenda lo inventara derivándolo de *longe,* palabra griega que significa lanza.

[3] La lanzada llegó al *corazón de Jesús,* pues se trataba de darle un golpe mortal, caso de que aún le quedara algún resto de vida. Según las noticias más antiguas (especialmente la versión etiópica de la Sagrada Escritura), el soldado asestó el golpe de derecha a izquierda. El golpe no fué ligero, como se desprende de la herida que dejó, en la cual pudo Tomás introducir su mano; de donde la lanza habría penetrado 10-12 cm.

[4] Acerca de un lugar paralelo de *Matth.* 27, 49 véase *BZ* X (1912) 396 ss.; XI (1913) 384, nota 3; XII (1914) 32 ss. El haber manado sangre y agua del cuerpo ya muerto, fué un milagro, como notan los santos Padres y atestigua el Evangelista san Juan (*Ioann.* 19, 35. I *Ioann.* 5, 8); al mismo tiempo afirma aquí san Juan como testigo ocular el hecho de no haberle sido quebrantado a Jesús hueso alguno, sino abierto el costado, de suerte que en ello vino a cumplirse una figura misteriosa (el cordero pascual, *Exod.* 12, 46) y una gran profecía (*Zach.* 12, 10). Según los santos Padres, esta *sangre y esta agua* son el símbolo de los sacramentos de la Iglesia, en particular del Bautismo y de la Eucaristía. En el *costado abierto* del Salvador dormido en la cruz, el segundo Adán, se cumple la figura encerrada en la creación de Eva. Del costado del nuevo Adán, nuestro padre espiritual, se forma la verdadera Eva, la madre espiritual de los vivos, la Iglesia, la esposa de Cristo. Según san Agustín, aquí se nos abrió la *puerta de la vida,* figurada en la puerta del arca, por la que entró todo cuanto no había de perecer en las aguas del diluvio (cfr. san Cirilo Alejandr., *Comm. in Ioann.* l. 12; san Agustín, *Tract. 120 in Ioann.; Kath.* 1886, II 585) .— De todo ello nos habla la Iglesia en la **fiesta del Sagrado Corazón de Jesús;** la Iglesia ve en este misterio el sello y la consumación del sacrificio de Jesús en la cruz, el recuerdo de su amor y de su mística Pasión eucarística y una invitación a refugiarnos en ese divino Corazón, para allí remediar nuestras necesidades e inflamar el nuestro en el fuego del amor divino. «Los clavos y la lanza, dice un antiguo escritor, me están dando voces y asegurándome que si le amare me admitirá a su reconciliación. Longinos con su lanza me abrió el costado de Cristo, y yo me he entrado por él y en él descanso seguro», etc. (*Inter Opera S. Aug., Manuale* c. 23).—Cfr. también el bello pasaje de san Bernardo, *Sermo 3 de Pass. Dom.*, en las lecciones del segundo nocturno de la fiesta del Sagrado Corazón. [5] Cfr. *Exod.* 12, 46 y I *Cor.* 5, 5.

[6] *Zach.* 12, 10. Cuando le traspasaron, miráronle con desprecio y escarnio; volverán a mirarle con dolor y arrepentimiento, o con terror y desesperación, cuando venga como juez de vivos y de muertos y les muestre sus llagas (cfr. núms. 323, 328 y 380).

453. La Historia de la Lanza está envuelta en tinieblas. Créese que santa Elena la encontró con los demás instrumentos de la Pasión. Según el *Cronicón Pascual* o *Alejandrino* [1], el emperador Heraclio la llevó a Constantinopla, donde fué conservada en el palacio imperial del Bucoleon. Balduino II empeñó el hierro de la Lanza a los venecianos, de quienes la adquirió san Luis IX, rey de Francia, llevándola a París con la Corona de espinas. Allí fué vista todavía el año 1796 en la Biblioteca Nacional; después, nada se ha sabido de ella [2]. Cuando Balduino empeñó el hierro de la Lanza, la mayor parte debió de quedar en Constantinopla. El sultán Bayaceto II la regaló en 1492 al papa Inocencio VIII; éste la entregó a la iglesia de San Pedro, donde se guarda con las demás «reliquias insignes» en las *Loggia* de las pilastras que sustentan la cúpula, mostrándose al público en días señalados. En el mausoleo que Antonio Pollaiuolo levantó en San Pedro de Roma a Inocencio VIII se representa a este Pontífice con la sagrada Lanza en la mano izquierda [3].—Refiérese también que el 14 de junio de 1098, hallándose casi desesperado el ejército de los Cruzados en Antioquía, se llenó de valor y esfuerzo al encontrar el sacerdote Pedro Bartolomé la sagrada Lanza delante del altar de la iglesia de San Pedro de aquella ciudad. Ignoramos cómo pudo llegar a Antioquía esta santa reliquia. Tampoco se ha esclarecido el origen de la santa Lanza que se encontró entre las insignias del Sacro Romano Imperio [4].

454. Al atardecer [5] vino un hombre rico, natural de Arimatea [6], llamado José; era miembro ilustre del Sanedrín [7], varón bueno y justo, que también esperaba el reino de Dios, y discípulo de Jesús, oculto por miedo a los judíos. No había asentido a la decisión de los otros, ni a lo que habían ejecutado [8]. Este tal entró resueltamente a Pilatos y pidió el cuerpo de Jesús. Pilatos se admiraba de que tan pronto hubiese muerto; y llamando al centurión, preguntóle si había muerto Jesús. Y como se cerciorase por el centurión, dió el cuerpo a José. Y habiendo éste comprado una sábana, fué y bajó el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemus, aquél que en cierta ocasión había visitado de noche a Jesus [9], trayendo consigo una confección de mirra y áloe, cosa de cien libras [10]. Tomaron,

---

[1] Cfr. página 417, nota 4.

[2] Pfülf en *StL* 48 (1895), 286 ss. Rohault de Fleury, *Mémoires sur les instruments*, etc., 275. Mély, *Exuviae sacrae constantinopolitanae* (París 1904) 22-163; Hofmeister, *Die heilige Lanze, Ein Abzeichen des alten Reiches* (Breslau 1908; véase a este propósito *StL* 81 [1921], 91). Cfr. también *KHL* II 560 s.

[3] Pastor, *Historia de los Papas*, tomo III, vol. V., página 320 ss. (Barcelona, Gustavo Gili) 1911.

[4] Cfr. *KL* VII² 1419-1422.

[5] Se procede de prisa al entierro, porque el sábado comienza al encenderse las luces. José de Arimatea había hablado, sin duda, con los discípulos y las mujeres, y encargado el lienzo; y hechos todos los preparativos, fué en persona a Pilatos. Gran valor se necesitaba para confesar públicamente a Jesús ante los judíos, precisamente en el momento en que éstos triunfaban y Jesús moría ignominiosamente. Por lo demás, según la ley romana, los cadáveres de los ajusticiados se entregaban a los parientes o amigos que lo solicitasen (*Digest.* 48, 24, 2); pero a menudo los jueces no respetaban la ley (cfr. *Cicero in Verr.* 6, 45).

[6] Acerca de Arimatea véase núm. 457.

[7] Miembro del Sanedrín (núm. 330). Su dignidad y sus riquezas le hacían esperar que su petición hallaría buena acogida. De las palabras: Pilatos le *donó* el cuerpo, se desprende, no sin razón, que José estaba dispuesto, si necesario fuese, a satisfacer la conocida codicia de Pilatos.

[8] Siempre que se ofreció ocasión, salió por Jesús, como Nicodemus (núm. 228).

[9] Núm. 109.

[10] Libras romanas, más de 32 Kg.; la libra equivale a 325 g. (núm. 296). Los antiguos, especialmente los orientales, solían ser espléndidos en el embalsamamiento; en el

pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en la sábana limpia con los aromas [1], según la costumbre de sepultar de los judíos [2].

455. Cerca del lugar donde fué Jesús crucificado, José tenía un huerto, y en él un sepulcro nuevo que hizo abrir en la roca, donde hasta entonces ninguno había sido sepultado [3]. Como era la parasceve [4] de los judíos, y este sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús, y rodando a la puerta [5] una gran piedra, se fueron.

Las mujeres que de Galilea habían venido con Jesús [6], siguieron la comitiva fúnebre y vieron el sepulcro y cómo era depositado el cuerpo de Jesús. Quedaron todavía allí María Magdalena y la otra María [7], la madre de José, sentadas frente al sepulcro. Después se volvieron a la ciudad.

456. Al día siguiente, que era el de después de la parasceve, acudieron juntos a Pilatos [8] los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, diciendo: «Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día; porque no vayan quizá de noche sus discípulos, y le hurten, y digan a la plebe: Ha resucitado de entre los muertos; y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero». Res-

---

entierro de Herodes se emplearon 500 esclavos en llevar los ungüentos (Josefo, *Bell.* I, 33, 9). — En el entierro de Jesús no anduvo mezquino el amor. Pulverizadas la resina de mirra y la madera de áloe, espolvorearon con la mezcla las vendas en que fué envuelto el cuerpo. Los egipcios, en cambio, llenaban de la mixtura el cuerpo mismo.

[1] El Evangelio dice: «Sindon», es decir, tela «de India», o tela «fina, preciosa». — De ahí el uso de la Iglesia, como observa san Jerónimo, de colocar el cuerpo del Señor sobre lienzo (los corporales). — En distintos lugares, como Turín, Compiègne, Besançon, se guardan lienzos que se cree ser los mismos en que Nicodemus envolvió el cuerpo de Jesús. Pero la tradición relativa a ellos es de origen posterior. Así, la Santa Sábana de Turín con la doble figura del Salvador es un lienzo pintado el año 1350, que ni siquiera puede considerarse como copia de otro auténtico (cfr. *StL* 63 [1902], 250; *HPB* 137 [1906], 58; Kraus, *Geschichte der Christlichen Kunst* I 179; Kaufmann, *Handbuch der christl. Archäologie* 407). — En favor de la autenticidad de la Sábana de Turín véase el *Mensajero del Sdo. Corazón de Jesús* (enero y febrero 1934).

[2] Cfr. núm. 272.

[3] Todo ello fué ordenado por la divina providencia; necesario era que el sepulcro estuviese próximo al Gólgota, pues eran contadas las horas que faltaban para el sábado; la dignidad de Jesús exigía que el sepulcro no estuviese profanado; convenía que fuese un sepulcro labrado en la roca, para evitar la sospecha de fractura del mismo y substracción del cadáver. El cuerpo de Jesús descansó, pues, en un sepulcro nuevo, limpio, labrado en la roca, como había descansado a la entrada en este mundo en el seno purísimo de la Virgen María. Véase en *HL* 1880, 1 ss. una devota e ingeniosa reflexión acerca del sepulcro del Señor.

[4] Porque el comienzo del descanso sabático era inminente. El sepulcro se hallaba al noroeste del Gólgota, distante de él unos 42 m. ó 70 pasos.

[5] Acerca de la manera de sepultar de los judíos, cfr. núms. 272, 274 y 318.

[6] Cfr. núm. 438.

[7] La «otra María» era la mujer de Alfeo o Cleofás, madre de Santiago el Menor, de José, de Judas y de Simón, hermana o pariente próxima de la Santísima Virgen (cfr. núm 104). Denomínasela ya por el nombre del marido, ya por el de alguno de sus hijos.

[8] *Matth.* 27, 62-66. En su triunfo, no habían reparado en ello. Posteriormente lo advirtieron, acaso por la amorosa solicitud de que veían rodeado el cadáver. Muy de mañana acuden a Pilatos y, como ya no pueden hacer daño al cadáver, quieren comprobar por medio de guardias y sellos la inanidad de la profecía de Jesús. Mas con ello no hicieron sino poner en claro la verdad de la Resurrección. Contra las objeciones racionalistas, cfr. núm. 497 y la literatura allí indicada.

pondióles Pilatos: «Tenéis una guardia [1]; id, y custodiadle como os parezca». Con esto se fueron y aseguraron el sepulcro con guardias, después de sellar la piedra [2].

Y las mujeres descansaron durante el sábado, según el precepto de la Ley [3]. Y pasado el sábado, María Magdalena, María madre de Santiago y Salomé compraron aromas y ungüentos y, luego de prepararlos, se fueron a embalsamar a Jesús.

457. Arimatea es, según algunos sabios, la actual *Ramla* o *Ramleh* [4]. La ciudad descansa en una amplia meseta de mediana elevación (unos 90 m. de altitud) que se extiende sobre la arenosa y fértil llanura de Sarón. Dista de Jerusalén unos 50 Km., 15 de Jaffa, unos 5 de Lydda. En la Edad Media fué Ramleh una de las ciudades más importantes después de Jerusalén, como lo atestiguan las vastas ruinas de sus alrededores. Diez minutos al noroeste de la ciudad se encuentra la *cisterna de Elena,* gran depósito de agua con cinco largas bóvedas sustentadas por quince pilastras, edificio probablemente sarraceno. La *iglesia de los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén,* edificada por los Cruzados en honor de san Juan Bautista, que aun se conserva en buen estado, se llama actualmente *Djami el-Kebir,* que significa la gran mezquita; es de tres naves, con 50 m. de longitud por 25 de anchura; su alta torre está convertida en alminar. Diez minutos al sudoeste de la ciudad se ven las ruinas de la «Mezquita Blanca» con la célebre *torre de los Cuarenta Mártires,* que ofrece espléndidas vistas a la llanura de Sarón, terminada por la argéntea línea del mar, y por el este a la cadena de azules montañas de Judá. «Podría creerse, dice von Keppler [5], que todos estos restos de construcciones, con la torre, proceden de los Cruzados; pero probablemente tenemos a nuestra vista una obra del Islam, una mezquita con su alminar, que los Cruzados transformaron en iglesia cristiana, dedicándola a los Cuarenta Mártires, quizá porque los mahometanos consideraban la cripta como la tumba de los cuarenta compañeros de Mahoma». Ramleh tiene un convento de PP. Franciscanos y un hospicio, edificados, a lo que se cree, en el lugar donde estuvieron las casas de José de Arimatea y de Nicodemus; dícese que *la pequeña iglesia* del convento, que sirve de parroquia, se levanta en el sitio donde estuvo en otro tiempo la casa de Nicodemus. Tiene tres altares. La imagen del altar mayor representa a Nicodemus depositando a Jesús en el sepulcro. La comunidad católica (de unas 250 almas) y la escuela de niños están atendidas por los PP. Franciscanos; la escuela de niñas, fundada en 1873, está al cuidado de las Religiosas de San José.

---

[1] La guardia romana del Templo, de que disponían para guardar la tranquilidad y el orden en el Templo durante la fiesta de Pascua (Josefo, *Ant.* 20, 3, 4). Pilatos les permitió usar de ella sin restricción para custodiar el sepulcro.

[2] La guardia era para custodiar el sepulcro; los sellos, para asegurarse de la fidelidad de los guardias, no fuera que se dejasen sobornar y permitiesen que alguien abriera el sepulcro. Los enemigos emplearon todos los recursos humanos para hacer fracasar todo intento de los discípulos y amigos de Jesús. Sólo restaba que Dios mismo acreditase la verdad de la profecía de su Hijo.

[3] *Luc.* 23, 56. Como prescribía la ley, hasta encender las luces por la tarde. Desde aquel momento podían aquella misma tarde comprar todo lo necesario en los bazares espléndidamente iluminados, para ir de madrugada al sepulcro. Con ansia esperaban que llegase la hora de tributar a Jesús la última demostración de amor. No sospechaban la recompensa que les aguardaba, ni que hubiesen de ser los primeros testigos de la gloriosa Resurrección.

[4] Algunos sabios modernos (Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 38 ss.) identifican Arimatea con la actual *Rentis,* aldea de unos 150 habitantes mahometanos, a 15 Km. de Lydda. Más detalles en Zanecchia, *La Palestine d'aujourd'hui* (París 1899) I 97 s. y II 433; también en *DB* el artículo *Arimathie* y *Ramathaim Sophim.*

[5] *Wanderfahrten un Wallfahrten im Orient*[8] [10] 203.

458. El Santo Sepulcro. Estado primitivo e historia. La Sagrada Escritura y el *estudio de los sepulcros judíos antiguos* nos pueden dar una idea clara del *estado primitivo* del sepulcro de Jesús. 1. Era un sepulcro *labrado en la roca (Matth.* 27, 59 s. *Marc.* 15, 46. *Luc.* 23, 53), es decir, excavado «en la pared natural o artificial de una roca del terreno que circundaba el Calvario, el cual tenía pronunciado declive de oeste a este» (Mommert). 2. Era un sepulcro *individual* y no familiar; colígese de *Matth.* 27, 60, y lo atestigua Eusebio, el cual lo vió al ser descubierto en tiempo de Constantino [1]. 3. El *lóculus* (o *lectus)* donde descansó el cuerpo de Jesús era un *banco,* ora completamente plano, ora ahuecado en forma de artesa; es decir, se asemejaba a un banco de piedra dispuesto a flor del suelo y a lo largo de la pared, todo él excavado de la misma roca; no era un hueco rectangular abierto en la parte inferior de las paredes laterales, ni una excavación en forma de horno. Pues Magdalena vió «a dos ángeles con blancas vestiduras, *sentados* donde había sido puesto el cuerpo de Jesús, el uno a la cabecera y el otro a los pies» *(Ioann.* 20, 12). En un hueco rectangular abierto en la roca no hubiera sido esto posible. En el banco fué colocado el sagrado cuerpo del Señor sin sarcófago, envuelto en un simple sudario. 4. El Santo Sepulcro de Jesús constaba de tres partes: *a)* un *vestíbulo* o antecámara, totalmente abierto por delante, o suficientemente iluminado por una amplia entrada; en la pared del fondo una puerta baja y angosta, que podía cerrarse con una gran piedra rodadera (aquí es donde se inclinó san Juan para ver el sepulcro del Maestro). *b)* Dicha puerta comunicaba con la *cámara sepulcral* propiamente dicha, un espacio rectangular con techo plano; allí estaba *c)* el *banco* donde fué colocado el cuerpo de Jesús *(lóculus* o *lectus).* Se puede formar idea clara de la disposición del Santo Sepulcro por aquel pasaje de *Ioann.* 20, 11 s.: «Entretanto María Magdalena estaba fuera llorando cerca del sepulcro (es decir, en el vestíbulo o antecámara); mientras lloraba, se inclinó y miró al sepulcro (es decir, a la cámara sepulcral propiamente dicha) y vió a dos ángeles con blancas vestiduras, sentados el uno a la cabecera y el otro a los pies en el lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús» (es decir, en el banco excavado en el lado norte de la cámara sepulcral).

459. A la historia toca decirnos *qué queda todavía del Santo Sepulcro.* Este santo lugar fué objeto de piadosa adoración de los fieles hasta que el emperador Adriano lo hizo sepultar bajo la terraza de un *Venerarium* (templo dedicado a Venus; núm. 461). En tiempo de Constantino fué descubierto y devuelto a la veneración de los fieles. Pero se alteró algún tanto la disposición primitiva del Santo Sepulcro; la roca en que estaba abierta la cámara sepulcral fué cercenada, hasta reducirse a un bloque rectangular, quedando el resto al nivel del piso de la basílica constantiniana. El monolito así aislado adquirió forma de mausoleo, se adornó arquitectónica y escultóricamente y fué recubierto de placas doradas. En la conquista de Jerusalén por los persas (614) la roca también quedó «expuesta a algunas profanaciones de los hombres» (Mommert), pero fué protegida, así como la roca del Calvario (pág. 408, nota 8), con una capa de mampostería. Toda la roca del sepulcro, a *excepción del banco donde descansó el Señor,* fué destruído en 1010 por Hiaroth, gobernador de Ramleh, por orden del fanático Califa Hakim. El banco resistió a los elementos destructores, y pronto surgió una capilla *de piedra* en el sitio donde estuvo la cámara sepulcral del Señor. Cuando la capilla parecía amenazar ruina, fué restaurada desde sus cimientos por el guardián del convento de Franciscanos de San Salvador de Jerusalén, P. Bonifacio de Ragusa. Levantada la losa de alabastro (¿o de mármol?) que cubría el banco, se averiguó, y el P. Bonifacio da de ello testimonio fehaciente, que de la roca de la antigua estancia sepulcral sólo quedaba un pequeño resto perteneciente al banco ligeramente ahuecado en forma de artesa donde reposó el sagrado cuerpo, y que había desaparecido hasta los

---

[1] Cfr. Mommert, *Golgotha und das heilige Grab* 173 y 176; *HL* 1910, 126.

cimientos la antigua cámara sepulcral» [1]. El 12 de octubre de 1808 un terrible incendio causó notable daño en la obra del P. Bonifacio de Ragusa. Los griegos, que entraron entonces en posesión del Santo Sepulcro (cfr. núm. 472), lo destruyeron para edificar un nuevo edículo (véase núm. 472 y el grabado de la portada); mas nada dijeron de cómo se encontraba la roca natural al destruir el antiguo.

460. No se puede poner en duda **la autenticidad de los lugares de la Crucifixión y del Santo Sepulcro** [2]. Fueron tan bien guardados desde el principio y tenidos en tanta veneración, son tan ininterrumpidos los testimonios, que no existe lugar memorable de cuya situación haya certeza tan absoluta como acerca de estos lugares venerandos, tan queridos de los cristianos. El culto del Santo Sepulcro comienza la tarde misma del Viernes Santo. Las piadosas mujeres observan dónde y cómo es sepultado el Señor; lloran junto a la sepultura y allí se regocijan, como Pedro y Juan, de la Resurrección. ¿Y había de serles indiferente a la Madre de Dios, a Magdalena, a san Juan, a los restantes apóstoles y a la primera comunidad cristiana, el monumento sagrado de la muerte amarga y de la Resurrección gloriosa? Juan, el discípulo amado, testigo de la muerte y sepultura del Señor, describe el sepulcro más de cincuenta años después de la destrucción de Jerusalén; y, sin embargo, lo hace con tal viveza, que se echa de ver cuán caro le era su recuerdo; del santo lugar dieron testimonio los hijos de la «otra María» [3] que estuvo al pie de la cruz, Santiago el Menor, primer obispo de Jerusalén, martirizado el 62 d. Cr., y Simeón, sucesor de Santiago en la Sede de Jerusalén, martirizado en tiempo de Trajano (98-117); y hasta la conquista de Jerusalén bajo Adriano (135 d. Cr.) guardaron con todo cuidado tan santo lugar trece celosos obispos de Jerusalén, convertidos del judaísmo [4]. Transitoriamente emigran los cristianos a Pella, allende el Jordán, con su obispo Simeón [5]; pero vuelven al retirarse Tito, para tomar de nuevo posesión de las ruinas de Jerusalén y del Sepulcro de Nuestro Señor [6].

461. Habiendo ido a Palestina el *emperador Adriano* el año 130, prohibió a los judíos la circuncisión y reedificó la ciudad de Jerusalén con el nombre pagano de *Aelia Capitolina* (núm. 739); para sarcasmo de los cristianos, hizo rellenar de tierra la colina del Calvario y del Sepulcro y, sobre el suelo artificialmente igualado y pavimentado, levantar un templo pagano con una estatua de Venus [7]. Pero precisamente el baldón con que quisieron los paganos manchar los Santos Lugares fué la señal para reconocerlos más tarde sin género de duda. Bastó destruir el templo y descombrar el terreno, para que apareciese de nuevo el santuario de los cristianos; sucedió esto en tiempo de *Constantino el Grande.*

---

[1] Mommert, l. c. 152; cfr. 246-259.

[2] No se puede aducir una sola razón sólida en favor de la opinión del «sepulcro de Gordon», sostenida por Conder (hace ya 39 años y posteriormente en *The City of Jerusalem,* 1909) y por Crawley Bonvey, y por alguno que otro escritor alemán. Según ella, el Gólgota fué la colina donde se muestra la gruta de Jeremías, al norte de la actual puerta de Damasco, cerca del Hospicio de san Pablo. Como el general inglés Gordon defendió esta opinión, se llama dicha colina «sepulcro de Gordon» o «calvario de Gordon». Refútala Wilson, *Golgotha and the Holy sepulcre.* Cfr. también A. Dunkel en *Kath* 1910 I 363; *HEL* III 170.—Juicios de sabios protestantes eminentes acerca de la cuestión de la autenticidad del Sepulcro en *HL* 1914. 114 s. Cfr. también Dalman, *Golgotha und das Grab Christi,* en *Palästinajahrbuch* IX 98-123. La bibliografía moderna en Thomson, *Die Palästina-Literatur* II 104 s.; III 188 s

[3] Núm. 455.

[4] Eusebio, *Hist eccl.* 4, 5 s.; cfr. también núm. 395.

[5] Cfr. núm. 321.

[6] Eusebio, l. c. 3, 5 11 33. La destrucción de Jerusalén por los romanos fué tal, que se cumplió completamente la profecía del Señor; ello, sin embargo, no fué óbice para que los cristianos encontrasen con certeza los Santos Lugares.

[7] Cfr. Eus., *Vita Constant.* 3, 6; Socr. 1, 17; Sozom. 2, 1.

El año 313 hizo este emperador confesión pública de Cristianismo y, luego del Concilio de Nicea, decidió celebrar el vigésimo año de su imperio (326) honrando el sacrosanto lugar de la Resurrección del Señor, de suerte que fuese el más distinguido y respetado [1]. Eusebio, que sin duda fué testigo de cómo quedó el lugar luego de descombrado, escribe: «Y luego que apareció otro suelo en vez del primero (los escombros), entonces quedó patente, contra la esperanza de todos (pues sin duda nadie esperaba que se hubiese conservado el Sepulcro), el mismo augusto y santísimo lugar de la Resurrección del Señor; y aquella cueva, que verdaderamente puede llamarse *sancta sanctorum* (santo de los santos), vino a ser como una semejanza de la Resurrección de nuestro Redentor; porque después de haber estado soterrada y en tinieblas, volvió de nuevo a la luz» [2]. La historia de la basílica constantiniana es prueba de que en adelante ya no se perdió ni por un instante el conocimiento de estos Santos Lugares. Pues no hay sombra de duda de que los lugares venerados hoy en día en la santa basílica como lugares de la Crucifixión y del Sepulcro sean los mismos que Constantino quiso perpetuar con su célebre basílica.

462. Pero por *razones topográficas* llegó a ponerse en duda la credibilidad de la tradición arriba expuesta, en lo que va de la muerte de Jesús a Constantino, y la autenticidad del Gólgota y del Sepulcro escogidos por el piadoso emperador. Porque, según los Evangelios, el lugar de la Crucifixión estaba extramuros de la ciudad [3], contiguo a ella, en un camino muy animado [4]; cerca había un huerto con la roca que sirvió de sepultura [5]. Mas la iglesia del Sepulcro que encierra el Gólgota tradicional y el Sepulcro de Cristo está hoy en medio de la ciudad. Esto hizo dudar de la identidad del Gólgota tradicional con el bíblico, llegándose a admitir que los lugares actualmente venerados no pudieron estar situados en tiempo de Jesucristo *fuera* del segundo recinto amurallado, sino dentro de la ciudad de entonces. Mas en las amplias excavaciones llevadas a cabo los últimos decenios del siglo pasado en los alrededores de la iglesia del Santo Sepulcro se descubrieron sepulcros judíos antiguos y, sobre todo, la fosa de la ciudad que con toda certeza pertenecía al segundo recinto [6]. Según esto, la línea del segundo recinto excluía de la ciudad el lugar actual de la Crucifixión y del Sepulcro. En el tercer recinto, construído en tiempo de Agrippa I por los años 42 a 44 d. Cr., quedaron comprendidos Bezeta, es decir, la Ciudad Nueva [7], el Gólgota, el huerto vecino y el Santo Sepulcro. De aquí hasta la destrucción de Jerusalén debió de edificarse poco en esta parte de la ciudad. Pero, incoada la restauración, apareció aquí una nueva ciudad, de suerte que el Gólgota vino a quedar casi en medio de la región occidental de la nueva Jerusalén. Tienen por consiguiente escasa importancia las objeciones que contra la autenticidad del Calvario y del Sepulcro presenta la topografía.

---

[1] Eus. l.c. 3, 25-41. Acerca de la Invención de la Santa Cruz, etc., cfr. Rufino, *Hist.* 2, 8; Socr. *Hist.* 1, 17; Sozom. 2, 1; Teodoreto 1, 1 18; san Ambrosio, *De obitu Theodos.* 41-54. Los pasajes reunidos y traducidos (al alemán) en *HL* 1910, 120 ss. 127; cfr. también *HL* 1916, 138 ss. 193 ss.

[2] Eus l.c. 3, 28.

[3] *Matth.* 27, 32; 28, 11. *Marc.* 15, 20 s. *Luc.* 23, 33. *Ioann.* 19, 20. *Hebr.* 13, 12.

[4] Cfr. especialmente *Ioann.* 19, 20; *Matth.* 27, 39.

[5] *Ioann.* 19, 41. *Matth.* 27, 57 ss

[6] Schick, *Lauf der zweiten Mauer*, en *ZDPV* 1885, 245-287; Schick llega al siguiente resultado: «Todo indica que el lugar de la iglesia del Santo Sepulcro estaba entonces fuera de la ciudad, pero muy cerca de ella». Cfr. también *ZDPV* 1894, 128; Mommert, *Golgotha und das heilige Grab* 19 s. 40 s. y *Die heilige Grabkirche zu Jerusalem* 45 ss. También Guthe (*Realenziklopädie für protestantische Theologie* VII^3 49) está de acuerdo con Schick. Wilson (*Palestine Exploration Fund,* 1905, 230) y Kümmel (*Materialien zur Topographie des alten Jerusalem* 94 s.) opinan que hasta ahora no se ha hallado huella alguna cierta del segundo recinto.

[7] Josefo. *Bell.* 5, 4, 2.

463. Historia de la iglesia del Santo Sepulcro (véase figs. 24 y 25, páginas 442 y 443). 1. *La basílica constantiniana.* La iglesia, que por orden de Constantino comenzó a edificar Macario, obispo de Jerusalén, el año 326, fué terminada y consagrada con toda solemnidad el año 335. Eusebio de Cesarea, que asistió a la fiesta, nos da en su *Vida de Constantino* (3, 31 ss.) una descripción bastante detallada del edificio constantiniano, aunque no muy fácil de interpretar. El monumento [1] que surgió merced a la munificencia del primer emperador cristiano estaba compuesto de un *atrio*, una basílica llamada *Martyrium,* un espacioso claustro, en cuyo ángulo sudeste se levantaba la roca del Gólgota y, finalmente, una iglesia circular, la *Anástasis,* que contenía en su centro la tumba del divino Redentor. Dichas partes estaban colocadas de este a oeste en el orden indicado. Del mercado se subía al atrio atravesando un magnífico soportal abovedado [2]. La *basílica,* el *Martyrium,* tenía cinco naves; debajo de la central se hallaba la cripta con la gruta de la Invención de la Santa Cruz. Era muy elevada; las paredes brillaban con sus mármoles de colores; el artesonado fulgía con el oro; el pavimento era de precioso mosaico. El claustro, un rectángulo de dos pisos, estaba adornado con pórticos en tres de sus lados. La iglesia de la *Anástasis* era una rotonda con su cúpula, debajo de la cual se hallaba el Santo Sepulcro. La *roca del Gólgota* que, como se ha dicho, se hallaba en el ángulo sudeste del claustro, estaba cortada perpendicularmente por tres de sus lados, y terminaba en la parte superior en una plataforma, a la cual se subía por una escalera.

464. 2. *Destrucción del edificio constantiniano y restauración de Modesto.* Desgraciadamente, no disfrutó largo tiempo la cristiandad de tan magníficos santuarios. Pues, habiéndose apoderado de Jerusalén en 614 *el rey persa Cosroas,* pasó a cuchillo a miles de cristianos y llevó cautivos a muchos más, entre otros, al patriarca Zacarías; el edificio constantiniano fué en gran parte destruído, principalmente por los judíos que se unieron al ejército de los persas; al mismo tiempo el *Lignum Crucis* fué presa del conquistador. *Modesto,* vicario y más tarde sucesor de Zacarías, emprendió en 616 la restauración del edificio y lo terminó en 15 años, secundado por las limosnas de Oriente y Occidente; dedicó particularmente su actividad a este negocio san Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría. Pero como escasearan los materiales, sólo cuatro pequeñas iglesias pudieron restaurarse: 1, la iglesia de la Resurrección (Anástasis); 2, la del Gólgota; 3, la de la Invención de la Santa Cruz (el «Martyrium»); 4, la de la Santísima Virgen María, erigida sobre la Piedra de la Unción.

465. 3. *Nueva destrucción y nueva restauración de las iglesias* [3]. No bien restauradas las iglesias de Modesto y recobrado por Heraclio el sagrado trofeo del *Lignum Crucis* (año 629; véase núm. 435), resonaba por Oriente y en toda Europa la noticia de que Jerusalén acababa de caer en poder de la Media Luna. A pesar de la heroica defensa del obispo Modesto, la ciudad hubo de rendirse al Califa Omar (638). Este dejó a los cristianos en posesión de las iglesias,

---

[1] Véase PP. Vincent y Abel, *Jerusalem* II (París 1914) 154 ss.; Strzygowski, *Orient oder Rom* (Leipzig 1901), 127 ss.; Baumstark, *Oriens christ.* V 227 ss.; Hasak en *HL* 1914, 87 ss.; 1915, 82 ss. 128 ss. Consideradas las fuentes literarias antiguas, y vista la cosa desde el punto de vista histórico-artístico, no se puede sostener la opinión de Mommert de haber la basílica constantiniana reunido bajo *un solo* techo el Sepulcro de Cristo, el Gólgota y el lugar de la Invención de la Santa Cruz, o sea, de haber todos estos santuarios formado *una* iglesia *única* (véase Mommert, *Die heilige Grabkirche zu Jerusalem in ihrem ursprünglichen Zustand* [Leipzig 1898]).

[2] Restos del atrio de la antigua basílica constantiniana cree hallar Strzygowski en la actual fachada meridional (cfr. lámina 11). Hasak (*WBG* 1908, 121 ss.), en cambio, sólo encuentra en ella arte auténtico de las Cruzadas.

[3] Abel, *La prise de Jérusalem par les Arabes,* en *Conférences de Saint-Etienne (Ecole pratique d'Etudes Bibliques)* 1910/11, 105-144.

permitiéndoles el libre ejercicio de su religión, y en general les trató con blandura. No obstante, entonces comenzó para los cristianos una época de sufrimientos y opresiones; sus iglesias fueron repetidas veces saqueadas [1], particularmente desde que se alzaron con el mando los fanáticos fatimitas, descendientes de Fátima, hija de Mahoma (910-1171). Así, en 936 y 969 fueron saqueadas las iglesias del Gólgota y de la Resurrección; todavía fué mayor en 1010 la saña del sultán *Hakim* (996-1021; cfr. núm. 459). Poco a poco fueron los cristianos reparando lo devastado, pero según un plan más reducido; durante largo tiempo los peregrinos cristianos disfrutaron de paz y pudieron practicar sus ejercicios de piedad sin ser molestados.

466. 4. *Jerusalén bajo el dominio de los turcos selyúcidas. Las Cruzadas.* El año 1072 Tierra Santa fué conquistada por los turcos selyúcidas, pueblo salvaje. Bajo su dominio fueron sumamente maltratados los cristianos, en particular los sacerdotes. Entonces fué cuando el papa Gregorio VII hizo un llamamiento a la cristiandad y reunió 50000 hombres para libertar a Tierra Santa del poder del perseguidor; pero las acaloradas luchas de la Iglesia por su libertad en Occidente impidieron la ejecución del plan. Víctor III, en 1086, no fué más feliz que su antecesor en el pontificado, y entretanto seguía la opresión en Tierra Santa. Su sucesor Urbano II [2], 1087-1099, fué más afortunado en la gran empresa.

El papa Urbano reunió un Concilio en Piacenza el año 1094, y luego en Clermont (Francia) el año 1095. Asistieron muchos arzobispos y obispos, príncipes y caballeros, y una gran multitud de clérigos y legos. Entre otras cosas fué objeto de deliberación la miseria de Tierra Santa; el papa habló del asunto en términos tan conmovedores, que todo el pueblo prorrumpió en llanto y gemidos [3]. Cuando hubo terminado la alocución, un solo grito salió de todas las bocas: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» Varios obispos y la mayor parte de los clérigos y caballeros que estaban presentes se ofrecieron con entusiasmo y regocijo para la santa Cruzada. Una cruz en la espalda fué la señal de la alianza; de ahí los nombres de Cruzada y Cruzados. Todos fueron a sus casas llenos de entusiasmo a prepararse para la campaña. Los obispos predicaron la santa Cruzada, y el movimiento fué general. No hubo estado, edad ni sexo que no tomara parte en tan santa empresa.

467. Sordos a todas las observaciones que se les hacían, pusiéronse precipitadamente en camino masas desordenadas de guerreros, unos 200000 hombres sin preparación suficiente; pero fueron dispersos y aniquilados en el camino a causa del desorden. El verano de 1096 se dispuso el primer ejército disciplinado y bien equipado, a las órdenes de *Godofredo de Bouillón,* duque de Lorena. Tras luchas encarnizadas e indecibles padecimientos logró el ejército cristiano llegar a Emmaús el 6 de junio de 1099. El intrépido Tancredo, habiendo oído que los mahometanos amenazaban destruir la iglesia de la Natividad, avanzó hasta Belén durante la noche con 100 caballeros. El ejército pasó la noche en vela y, al romper el alba, siguió el movimiento de avance. Hasta los más débiles parecen tener alas para volar. Ya han escalado la última colina, allí está a la vista la Ciudad Santa. Un sollozo clamoroso recorre todas las filas;

---

[1] Transitoriamente disfrutaron de paz los cristianos bajo el *califa ar-Raschid* (786-809), amigo de Carlomagno. Acerca de Carlomagno y de la intervención del mismo y de sus sucesores en los asuntos de Tierra Santa, cfr. *HL* 1881, 7.

[2] Cfr. *HL* 1882, 15; 1892, 88. — *Kreuz und Halbmond* véase *HL* 1897/98. Acerca de las peregrinaciones a Tierra Santa en la época anterior a las Cruzadas, y sus consecuencias, véase ibid. 1905, 20 49; Schrader, *Die Pilgerfahrten nach dem Heiligen Lande in dem Zeitalter vor den Kreuzzügen als eine der Hauptursachen derselben* (Merzig 1897). Acerca de las procesiones de los latinos en Jerusalén en tiempo de las Cruzadas *(Die Prozessionen der Lateiner in Jerusalem zur Zeit der Kreuzzüge),* véase *Historisches Jahrbuch der Görras-Gesellschaft* 1911, 578 ss.

[3] El discurso en *HL* 1877, 88 ss.

ebrios de alegría se postran y besan aquella tierra. Luego se levantan y, con los pies descalzos y cantando himnos, marchan hacia Jerusalén[1]. A pesar de que la ciudad estaba muy bien defendida por la naturaleza y la industria humana y disponía de un ejército defensor de 40000 guerreros, los Cruzados, que sólo contaban con 35000 hombres armados, comenzaron al punto el asedio. Todo lo suplía el santo entusiasmo que de nuevo enardeció sus pechos; y el grito de «¡Dios lo quiere!» resonaba en los muros de Jerusalén con tanto brío como en las campiñas de Clermont. De otra suerte, las penalidades que aquí se ofrecieron hubieran arredrado al más valiente. No había agua potable; y el calor era tan insoportable, que muchos se echaban por el suelo, buscando el contacto con la fresca hierba. Otros se arrastraban hasta la ciudad, besaban con devoción los muros y morían llenos de esperanza. El ejército de los Cruzados era demasiado pequeño para cercar toda la ciudad. Roberto de Normandía y los bretones acamparon junto a la puerta septentrional (puerta de Damasco); seguían Roberto de Flandes y Hugo de Saint-Pol hacia occidente; Godofredo de Bouillón y Tancredo establecieron su campamento al noroeste, desde los flamencos hasta la puerta de Belén; Tancredo, que era el más inmediato a Roberto de Flandes, recibió especial encargo de atacar el ángulo del noroeste (castillo de Goliat o torre de Tancredo); el conde Raimundo de Tolosa tomó posiciones al oeste, dando frente a la torre de David. Extendíase, pues, el cerco desde la puerta de Damasco hasta la fortaleza de David. En un bosquecillo de la otra parte de Belén, a unas millas de la ciudad, se pudo cortar los árboles para construir torres de asalto que, sobre ruedas, se acercaron hasta los muros mismos de Jerusalén[2].

468. Hechos los preparativos para el asalto, se anuncia un día de oración, en el cual los Cruzados confiesan y comulgan, dando después vuelta a la ciudad en devota procesión. Los sitiados hacen burla de ello, con lo cual se enciende aún más el encono y el celo de los valientes Cruzados. A los cinco días se atreven a dar el asalto general; pero en vano. De las murallas cae terrible lluvia de aceite y pez hirviendo, de enormes piedras y de toda clase de proyectiles; los disparos de los sitiadores quedan amortiguados en las bardas con que los mahometanos protegen las murallas. Al amanecer del sexto día se recrudece el ataque; la lucha dura siete horas. Godofredo de Bouillón abate sobre el muro el puente levadizo y, con su hermano Eustaquio, es el primero en penetrar en la ciudad: es un viernes, el 15 de julio de 1099, a las tres de la tarde. Otros muchos siguen al intrépido caudillo. Al mismo tiempo Tancredo, los duques, condes y caballeros, asaltan la ciudad con escaleras por el lado del norte; su esfuerzo logra abrir la puerta de Damasco, por donde entran todos los asaltantes. Jerusalén está conquistada. Godofredo se apresura a visitar el Santo Sepulcro con los pies descalzos, y allí derrama su corazón delante del Señor. Terminada la conquista de la ciudad, dejan los Cruzados sus arreos bélicos y, en traje de penitencia y entre cánticos devotos, van al lugar donde padeció el Señor, confiesan sus pecados y no se cansan de ver los Santos Lugares. Godofredo es aclamado rey de Jerusalén, pero depone humilde la dignidad real. Sólo admite el título de «Protector del Santo Sepulcro» y no quiere llevar corona de oro donde el Salvador la había llevado de sangrientas espinas. Por desgracia murió tan santo caudillo al año siguiente; a los 88 años Jerusalén cayó de nuevo en poder de los infieles por la desunión e incuria de los cristianos.

469. Las nuevas Cruzadas, que duraron hasta el año 1270, a pesar de la piedad y el entusiasmo que las inspiraron, fueron total o parcialmente infructuosas por la envidia y discordia de los jefes y por los sentimientos profanos de

---

[1] La descripción de la llegada a las puertas de Jerusalén y del asedio de la ciudad según *Torquato Tasso* († 25 de abril de 1595 en el monasterio de san Jerónimo de Sant'Onofrio sobre el Janículo en Roma), puede verse en *HL* 1881, 13 ss.

[2] Acerca del sitio de Jerusalén por los Cruzados véase *HL* 1905, 5 ss.

muchos Cruzados, a quienes movía la vida de saqueo y pillaje, y no la causa de Dios; no contribuyó poco al fracaso la vergonzosa traición de los griegos, que armaron toda clase de lazos a los Cruzados. El año 1291 cayó Jaffa, el último baluarte de los cristianos, y desde entonces Tierra Santa quedó hasta nuestros días en poder de los infieles.

470. 5. *La obra de los Cruzados: la basílica medieval del Santo Sepulcro.* Durante su corto dominio, los Cruzados cubrieron todo el país de hermosas iglesias, cuyas imponentes ruinas dan todavía hoy testimonio elocuente de fe y piedad. Volvieron a surgir los templos destruídos en 1010 por el fanático Hakim; la iglesia de la Anástasis recobró su antigua forma y esplendor, los otros tres santuarios renacieron en formas algo más sobrias. Pero el plan de los Cruzados era más amplio: reunir en un solo edificio cuantos santuarios había en torno del Gólgota y del Santo Sepulcro, haciendo de ellos una basílica unitaria, sólida y magnífica. La parte más importante del nuevo edificio fué el amplio coro de los canónigos del Santo Sepulcro, construído al este de la rotonda, con el ábside al oriente; de suerte que el conjunto tenía dos ábsides: el uno al oriente, y el otro al occidente, como muchas catedrales de entonces y de época posterior, por ejemplo, las de Worms, Maguncia, Bamberga (coro de san Jorge y de san Pedro), Freising, Augsburgo y de otras ciudades. Este coro de los Cruzados es hoy propiedad de los griegos, que le llaman «Catholicon» (véase fig. 24) y lo utilizan en las funciones solemnes. En derredor de él había, como hoy, un amplio deambulatorio, unido a las galerías de la rotonda del Sepulcro. Este deambulatorio comunicaba con las diversas capillas de la basílica. La puerta de la fachada meridional (véase lámina 11) era doble; la de la izquierda se tapió más tarde, acaso porque los sepulcros de los reyes latinos que se iban erigiendo en el interior fueron poco a poco acercándose a la puerta. Al oeste de la fachada había un ingente campanario, actualmente medio derruído [2]. En sus líneas generales subsiste todavía hoy la basílica medieval, aunque despojada de su primitiva decoración, desprovista de su antiguo esplendor y estropeada con

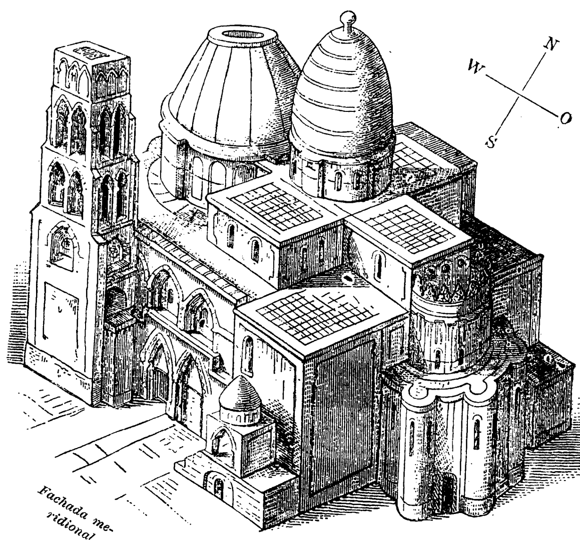


Fig. 23. — Modelo de la iglesia del Santo Sepulcro. (siglo XVI); en la alcaldía de Augsburg [1] (cfr. nota 2 de esta página).

[1] Faltan en el modelo las dos capillas edificadas al mediodía del campanario. El sultán Saladino mandó en 1187 quitar y destruir las campanas, sin perjudicar la torre.

[2] Cfr. Hasak, *Das Geheimnis des Glockenturmes an der Südseite der heiligen Grabeskirche zu Jerusalem*, en *HL* 1915, 128 ss. — En la colección de maquetas de la casa consistorial de Augsburgo se halla un modelo de la iglesia del Santo Sepulcro del siglo XVI (fig. 23), de madera de olivo con incrustaciones de nácar. Vense en él el campanario con sus cuatro pisos; mas el coronamiento o remate del mismo estaba ya deshecho o demolido. El año 1681 perdió la torre el piso donde estaban instaladas las campanas, y el año 1719 hubo de rebajarse, porque amenazaba ruina, hasta la altura actual de dos pisos.

las sucesivas construcciones adicionales y deplorables restauraciones. «Magnífico sobre toda ponderación debió de ser el decorado interior, consistente en mosaicos e inscripciones. Pero desapareció totalmente con el tiempo, debido a las desgracias sin cuento que vinieron sobre el santuario, especialmente en la restauración de 1719. No se puede precisar la fecha exacta del comienzo y del remate de la basílica medieval. El Santo Sepulcro y parte de la rotonda estaban ya terminadas el año 1125; pero el conjunto no se concluyó hasta los años 1140 al 1150, y el campanario todavía más tarde» [1].

471. 6. *Restauraciones de 1555, 1669 y 1719.* El año 1555 amenazaba ruina *la capilla del Santo Sepulcro.* El P. Bonifacio de Ragusa, guardián de Tierra Santa, animado por el papa Julio III y por el emperador, emprendió el mismo año la restauración casi completa de la misma, sustituyendo el revestimiento de la roca natural por losas de mármol blanco. En 1754 encargaron de nuevo los PP. Franciscanos a Europa nuevas losas de mármol; mas los griegos impidieron el transporte.

El año 1669 fué restaurada por el P. Francisco Bini, custodio de Tierra Santa, la *cúpula del Sepulcro* que amenazaba ruina. En 1719 el P. Marcelo Ladoire, franciscano, Vicario de Tierra Santa, ayudado por las limosnas de Occidente, reedificó las galerías, que se componían de ocho columnas de mármol y de diez pilastras, y renovó la cúpula. En vano intentaron impedirlo los griegos con sus intrigas y excitaciones contra los Franciscanos, cuyo degüello estaba decretado.

472. *Incendio de 12 de octubre de 1808 y reconstrucción de la capilla del Santo Sepulcro por los griegos.* No se sabe si casualmente o por malicia de los griegos que andaban tras la posesión del Santo Sepulcro y de la cúpula, el 12 de octubre de 1808 se declaró en la rotonda un incendio que la redujo a cenizas hasta los fundamentos. «La cúpula restaurada en 1719 por los franceses vino a tierra presa de las llamas; una viga deterioró la cupulita del Santo Sepulcro al caer sobre ella. Todos los objetos combustibles del Catholicon de los griegos (véase fig. 24, pág. 442) y de la capilla del Gólgota fueron pasto de las llamas. En cambio quedaron en pie el Santo Sepulcro y la capilla de madera de los coptos, experimentando daños de poca monta. El incendio duró hasta el mediodía del día siguiente y destruyó la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro, gran parte del monasterio griego y del armenio y algo del convento de PP. Franciscanos. Quedaron intactos la torre, la fachada, el Gólgota con sus capillas, el Catholicon de los griegos con su cúpula, las capillas, desde la de los Improperios hasta la de la Cárcel de Jesús, las capillas de santa Elena y de la Invención de la Santa Cruz y la capilla latina de la Virgen Santísima con el coro de los PP. Franciscanos» [2]. Luego se tomaron las disposiciones para la restauración. Por desgracia, los Franciscanos no recibieron de Occidente recursos suficientes ni tan siquiera para la restauración de lo principal. Aprovecháronse de ello los *griegos cismáticos*, y, con ayuda del dinero ruso, terminaron la obra, con lo que se creyeron con derecho a la propiedad de la basílica del Santo Sepulcro. Nada más infundado que semejante pretensión; porque desde que por primera vez se construyó la iglesia de la Santa Cruz y del Santo Sepulcro, siempre se había considerado ***propiedad de la Cristiandad católica romana*** de Oriente y Occidente. Hasta un califa, el célebre Harum ar-Raschid, confirmó el año 800 el derecho de propiedad, enviando al mismo tiempo las llaves del Santo Sepulcro al emperador Carlomagno. Los Cruzados arrebataron los Santos Lugares a los infieles a costa de ríos de sangre y los defendieron durante mucho tiempo, recibiendo de los emperadores griegos, en vez de apoyo, toda clase de resistencia, solapada y abierta. Mediante los Cruzados levantó el Occidente la basílica que aún subsiste, y con las limosnas de Occidente se llevó a cabo la par-

---

[1] Mommert, *Golgotha und das heilige Grab* 235 s.
[2] *Ibid.,* 216 s.

cial restauración de 1719; y repetidas veces ha entregado considerables sumas de dinero a las autoridades turcas para asegurar de nuevo el derecho de propiedad arbitrariamente mermado. En 1305 el rey Roberto de Sicilia y su esposa Doña Sancha compraron de nuevo a los sarracenos los Santos Lugares. En solemne contrato les compraron por 32000 ducados la capilla del Santo Sepulcro, el sepulcro de la Santísima Virgen en el valle de Josafat y la iglesia de la Natividad de Belén, diputando para su guarda a los Padres de la Orden de san Francisco. La Gran Puerta declaró formalmente en 1811 que los edificios del Santo Sepulcro de que se incautaron los cismáticos griegos nada podían alterar el antiguo derecho de los católicos romanos. Por eso fué medida antijurídica la de Napoleón III, que en 1862, cual si fuera el único representante de la Iglesia Católica Romana y de las naciones, por razones de política egoísta, llegó a un acuerdo con Rusia y la Gran Puerta para restaurar en común la cúpula del Santo Sepulcro que amenazaba ruina, lo cual tras largas negociaciones se llevó a cabo en los años 1867 y 1868.

473. Descripción de la basílica del Santo Sepulcro[1] **en su forma actual.** Como se echa de ver en la planta del edificio (fig. 24, pág. 442), el *piso* de la iglesia del Santo Sepulcro dista mucho de ser llano, aun prescindiendo de las capillas de santa Elena y de la Invención de la Santa Cruz, que están a un nivel inferior al resto del edificio. Entrando por la fachada del mediodía (véase figura 24, 4) al vestíbulo, se eleva a la derecha *el Calvario,* a 4,60 m. sobre el nivel de la iglesia del Santo Sepulcro. Gruesos pilares lo dividen en dos capillas, *la de la Crucifixión* (al sur; fig. 24, 11 y 12; fig. 25) y *la de la Exaltación de la Santa Cruz* (al norte). Asciéndese a ellas por sendas escaleras muy pendientes, practicadas en el muro.

474. La iglesia del Calvario tiene *dos pisos:* el **inferior,** de que luego hablaremos, y el **superior,** llamado Calvario, con las dos capillas de que hemos hecho mención y vamos a describir. Como queda dicho, el Calvario está dividido por dos pilares en dos naves, meridional y septentrional. La nave meridional de 4,50 m. de anchura, propiedad de los latinos, se llama *capilla de la Crucifixión* (fig. 26, 5); una roseta de varios colores, incrustada en el suelo de mármol, señala el lugar donde el Salvador fué despojado de sus vestiduras, y un rectángulo de mosaico, delante del altar, el sitio donde fué clavado en la cruz. La imagen del altar representa la escena de la Crucifixión. Lámparas de plata, que arden de continuo, iluminan el recinto. Dícese misa todos los días, los viernes se canta misa solemne y el Viernes Santo se celebran aquí los divinos oficios. En la nave septentrional está la *capilla de la Exaltación de la Santa Cruz* (figura 25, 2), propiedad hoy de los griegos. Tiene 5 m. de anchura. En su extremo oriental una abertura redonda, cubierta de plata, indica el lugar donde fué plantada la cruz (fig. 25, 3); para besarla se inclinan los devotos debajo de la mesa del altar, cuyo crucifijo, de tamaño natural, mira al oeste. A ambos lados de la sagrada abertura, algo más atrás y formando triángulo con ella, se ven en el suelo otras dos, cubiertas con sendas piedras redondas de color rojo; señalan los lugares de las cruces de los dos ladrones. Entre la cruz del Salvador y la del Mal Ladrón se ve la roca hendida (número 450 y fig. 25, 4). A ambos lados de la cruz del altar se ven dos imágenes: la Dolorosa y san Juan. El uso de este altar les ha sido arrebatado a los católicos, pero no se les impide ir allí a orar, adorar los santos lugares y tocar los objetos de devoción; los Franciscanos tienen el derecho de pasar por allí en su procesión diaria (núm. 485); el Viernes Santo canta el diácono en este lugar las palabras de la Pasión: *Et inclinato capite emissit spiritum,* y al atardecer del mismo día el P. Custodio repite la escena del Descendimiento de la Cruz.

---

[1] En la posesión de la iglesia del Santo Sepulcro participan católicos, griegos cismáticos y armenios cismáticos, de suerte que algunos santuarios son comunes a las tres confesiones y otros pertenecen exclusivamente a una. En los planos (figs. 24 y 25) y en los datos de la presente obra pueden verse los derechos de cada confesión.

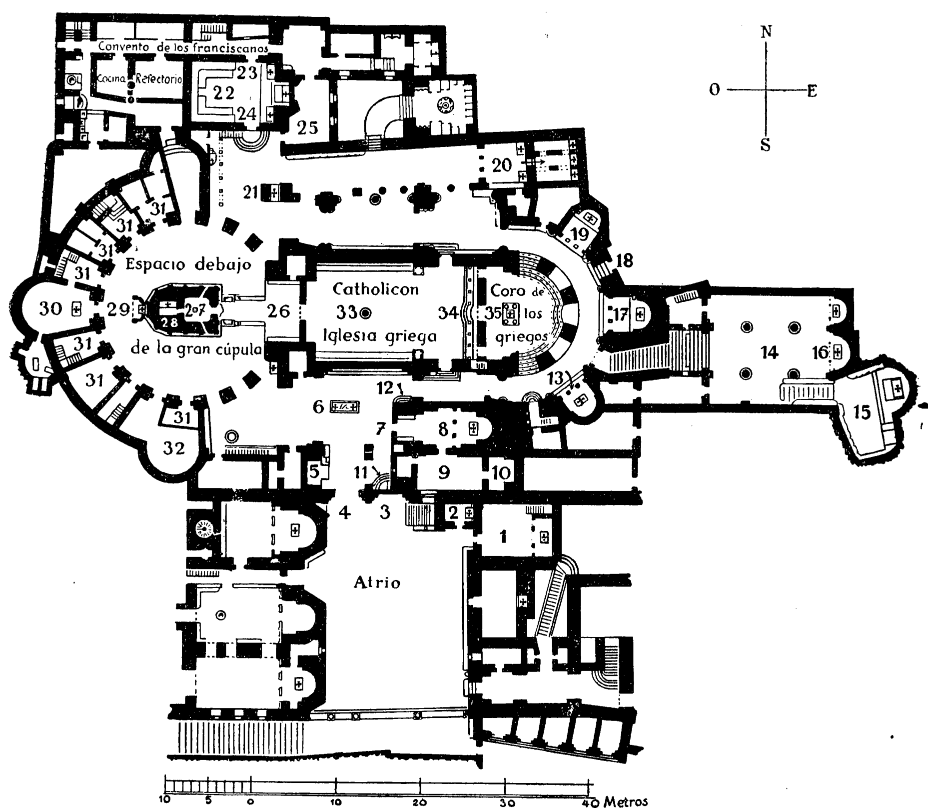


Fig. 24.—Planta de la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén. Tomado del P. Mauricio Gisler, O. S. B.

1 Capilla de san Miguel (copta).
2 Capilla griega de santa María Egipciaca; encima, la capilla latina de la Dolorosa (capilla de los francos).
3 Puerta tapiada.
4 Puerta de la fachada meridional.
5 Cuarto de los guardianes musulmanes.
6 Piedra de la Unción (común a católicos, griegos y armenios).
7 Puerta de la capilla de Adán.
8 Capilla de Adán; encima, la capilla de la Exaltación de la Santa Cruz (cfr. fig. 25, 2).
9 y 10 Locutorio del archimandrita y cámara de las reliquias; encima, la capilla de la Crucifixión (cfr. fig. 25, 6).
11 y 12 Escalera latina y griega al Calvario.
13 Capilla de los Improperios (griega).
14 Capilla de santa Elena (armenia).
15 Capilla de la Invención de la Santa Cruz (latina).
16 Altar de santa Elena (armenia).
17 Capilla de la División de los Vestidos (armenia).
18 Antigua puerta de los canónigos del Santo Sepulcro.
19 Capilla de san Longinos (griega).
20 Cárcel de Jesucristo.
21 Altar de santa María Magdalena (latina).
22 Capilla de la aparición de Jesús a la Magdalena (coro y capilla de los PP. Franciscanos).
23 Altar de las reliquias.
24 Columna de la Flagelación.
25 Sacristía de los Franciscanos.
26 Coro latino.
27 Capilla del Angel.
28 Santo Sepulcro (común).
29 Capilla copta.
30 Capilla siria.
31 Cámaras; encima, la galería latina y armenia de la rotonda.
32 Capilla (griega) de los ornamentos.
33 *Umbilicus terrae.*
34 Iconostasio.
35 Altar mayor (griego).

Entre el altar de la Exaltación de la Santa Cruz y el de la Crucifixión, en una pilastra adosada al muro, hay *un altar dedicado a la Madre de los Dolores,* llamado *Stabat Mater;* allí estuvo la Virgen al pie de la cruz. Descansa en parte por lo menos en la roca del Calvario. Un busto de mármol representa a la Dolorosa con expresión de indecible dolor; los preciosos exvotos que

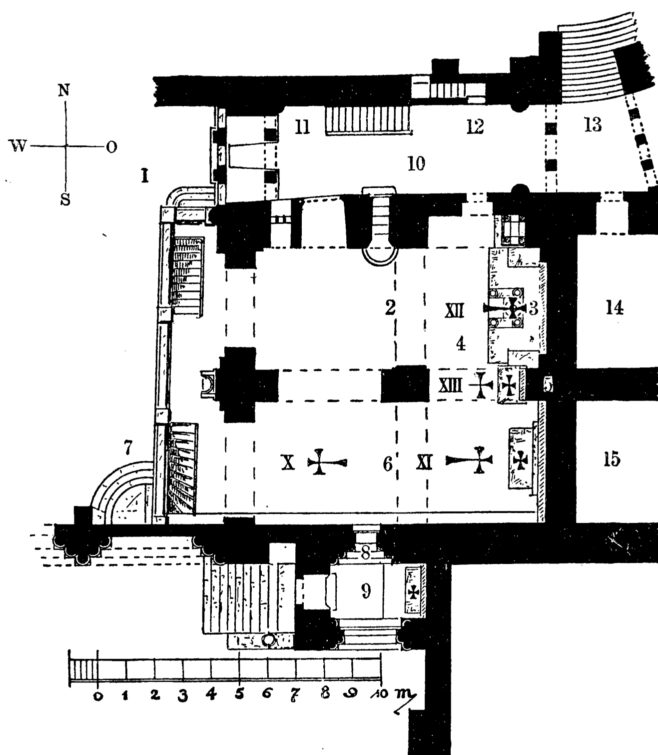


Fig. 25. — Planta de la iglesia del Calvario (Gólgota) de la basílica del Santo Sepulcro. Tomado del P. Mauricio Geisler, O. S. B.

1 Escalera griega.
2 Capilla de la Exaltación de la Santa Cruz (griega).
3 Altar del Gólgota y lugar donde fué plantada la cruz (griegos); debajo, la capilla de Adán (griega).
4 Hendidura de la roca.
5 Altar de la Dolorosa.
6 Capilla de la Crucifixión (latina); debajo, el locutorio del archimandrita y la cámara de las reliquias.
7 Escalera latina.
8 Ventana de la capilla de los francos.
9 Capilla de los francos, dedicada a la Madre de los Dolores; debajo, la capilla griega de santa María Egipciaca.
10 Galerías de los griegos.
11 Escalera al tesoro de los griegos.
12 y 13 Descenso al Catholicon y al coro de los griegos.
14 Comedores del convento griego.
15 Corredor del convento copto.

Las cifras romanas X-XIII designan estaciones del *Via Crucis*.

penden en torno de la imagen son prueba de la gran veneración en que es tenido este altar.

Del centro de la capilla de la Crucifixión, mirando al mediodía, se ve a través del enrejado de una ventana la **capilla de la Dolorosa** (fig. 25, 9), propiedad de los latinos, terminada por una pequeña cúpula; allí estuvieron la Virgen María y san Juan mientras los verdugos clavaban a Jesús. Este pequeño santuario tiene 4 m. de largo por 3 de ancho. Se sube a él por una escalera de doce gradas que arranca a la derecha de la entrada a la iglesia del Santo Sepulcro. Es la bóveda de una escalera que en época anterior a Saladino conducía del exterior al Gólgota. Tapiada la entrada por Saladino, la bóveda abierta se convirtió en capilla cerrada. Encima del dorado retablo que mira a oriente, se ve un cuadro conmovedor, que representa a la Virgen María, a san Juan y a la Magdalena con los ojos alzados al cielo. Las vidrie-

ras de los muros del mediodía y del oeste representan escenas de la Pasión de Cristo.

475. El piso inferior de la iglesia del Calvario corresponde en sus departamentos a los del superior. Debajo de la capilla de la Dolorosa se halla la *capilla griega de santa María Egipciaca* (fig. 24, 2). Esta santa penitente, que durante 17 años llevó una vida licenciosa, intentó penetrar en la iglesia de la Santa Cruz con ocasión de una gran fiesta; sintiéndose impedida por una mano invisible, pidió a la Madre de Dios la gracia de poder adorar la Santa Cruz. Convertida de sus desvaríos, vivió todavía 47 años en el desierto, al oriente del Jordán, entregada a una vida de rigurosa penitencia († 431 [?]).

476. Debajo de la capilla de la Crucifixión se hallan el locutorio del archimandrita griego y un camarín con reliquias (fig. 24, 9 y 10), y debajo de la capilla de la Exaltación de la Cruz, la *capilla de Adán* [1] (fig. 24, 8), gruta en otro tiempo de la roca del Calvario. La hendidura antes mencionada (núms. 441 y 450), actualmente recubierta de una placa de plata, penetra por la roca hasta 5 m. más abajo, llegando a la capilla de Adán, hoy en posesión de los griegos. Tiene este nombre de una leyenda judía antigua (pág. 408, nota 8), admitida después en el pensamiento cristiano, la cual es en realidad un símbolo de la Redención del humano linaje. Según ella, nuestro padre Adán fué sepultado en la gruta que se encuentra debajo del monte Calvario, de suerte que la cabeza vino a quedar debajo de la cruz del Salvador y fué regada con la sangre redentora que corrió por la grieta de la roca. Los Cruzados erigieron en la capilla de Adán el altar *de la Preciosa Sangre,* en el cual se decían misas por los fieles difuntos mientras fué propiedad de los católicos.

477. A derecha e izquierda de la entrada de la capilla de Adán estuvieron en otro tiempo colocados los sepulcros de *Godofredo de Bouillón* y de su hermano y sucesor *Balduino* [2]. Una losa prismática triangular cubría los sarcófagos de mármol sustentados por cuatro columnitas. El sarcófago de Godofredo llevaba esta inscripción: «Aquí descansa el glorioso caudillo Godofredo de Bouillón, que toda esta tierra conquistó para la religión cristiana. Descanse su ánima con Cristo, Amén». Alrededor de los sepulcros de los dos esforzados caudillos fueron análogamente sepultados los seis reyes siguientes y sus familias. Pero cuando en 1244 los bárbaros karesmios se apoderaron de Jerusalén y saquearon el Santo Sepulcro, abrieron los sarcófagos, sacaron de ellos los cuerpos de los reyes latinos y francos y los echaron al fuego para mostrar su furor aun en los muertos. A esta barbarie añadieron otra los *griegos:* al reedificar la rotonda devastada por el fuego en 1808, destruyeron los sepulcros respetados por las llamas que, aunque vacíos, no dejaban de ser monumentos muy venerables. Hoy se conservan solamente los dos bancos de mármol en que descansaban los sarcófagos; el convento latino conserva las únicas reliquias del inmortal *Godofredo de Bouillón:* la espada y las espuelas [3].

478. En el deambulatorio que rodea el Catholicon o coro de los griegos, al oriente del Calvario, se encuentra la *capilla de los Improperios,* sin adorno alguno, hoy propiedad de los griegos; en ella se conserva un fragmento de la columna sobre la cual se dice estuvo sentado Jesús mientras los soldados le insultaban y abofeteaban (núm. 405).

---

[1] Cfr. *HL* 1906, 56 ss.

[2] Ibid. 62 ss.

[3] Estos objetos fueron entregados a fines del siglo XIII a los PP. Franciscanos por el arzobispo de Nazaret. Con la espada de Godofredo daba el espaldarazo al nuevo caballero de la **Orden del Santo Sepulcro** el Custodio de Tierra Santa, — derecho que pasó al Patriarca de Jerusalén desde que Pío IX restableció el patriarcado latino (1847). (Acerca de esta Orden cfr. *HL* 1868, 33; 1907, 100 ss. y 148 ss. J. Hermens, *Der Orden vom heiligen Grab*[2] [Colonia v Neuss 1870]; acerca del «ceremonial para armar caballero del Santo Sepulcro» véase *HL* 1901, 102 s.).

479. Siguiendo el corredor, inmediata a la capilla de los Improperios hay una escalera de 29 peldaños por donde se baja a la *capilla de santa Elena* (figura 24, 14), que está 5,40 m. más baja que la basílica. Pertenecía a los abisinios, los cuales cedieron el uso a los armenios. Dista 36 m. del sepulcro del Señor y está fuera de los muros de la basílica; unióse por la citada escalera con el deambulatorio, viniendo así a formar parte de la corona de capillas que rodean el coro de los griegos. Cuatro macizas columnas, monolitos de color rojizo con capiteles de aspecto bizantino, sustentan una pequeña cúpula y dividen la capilla en tres naves; la central y la septentrional terminan en sendos ábsides, cuyos altares están dedicados a santa Elena (fig. 24, 16) y al Buen Ladrón respectivamente. La capilla tiene 17,50 m. de longitud (con los ábsides), por 13,50 de anchura y 7 de altura hasta la bóveda, alzando todavía otros 7 la cúpula. El centro de ésta dista del lugar de la Santa Cruz 32 m. en dirección nordeste.

480. La nave meridional no termina en ábside como las otras, sino en una escalera de 13 amplias gradas, por donde se llega a una oscura gruta que está 3 m. más baja que la capilla de santa Elena: es la *capilla de la Invención de la Santa Cruz,* propiedad de los latinos (fig. 24, 15). Es una caverna de la roca, en forma de cuadrilátero irregular de 7,50 m. de longitud por otros tantos de anchura y 5 de altura, con sendos bancos labrados en la roca en los lados occidental y meridional. A lo que parece, sirvió de cisterna, en la que se echaron los instrumentos de la Pasión, que fueron descubiertos a comienzos del siglo IV. Al nordeste se ve un altar nuevo, de mérito, con una estatua de bronce sobre basamento de serpentina verde, que representa a santa Elena con la Cruz en los brazos. Altar y estatua son regalo del archiduque de Austria Fernando Maximiliano (emperador de Méjico, † el 19 de julio de 1867), el cual, conmovido de la pobreza de lugar tan venerando, quiso dejar en él un recuerdo de su piedad. Todos los años el día 3 de mayo, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, se celebra una solemne función religiosa. También visita esta capilla la diaria procesión vespertina.

481. Volviendo al deambulatorio, encontramos a la derecha la *capilla de la División de los Vestidos* (fig. 24, 17). Siguiendo nuestra visita, dejamos a la derecha 5 gradas y la puerta del claustro de los canónigos del Santo Sepulcro, tapiada desde la época de Saladino (fig. 24, 18). Sigue la *capilla de san Longinos* (fig. 24, 19), propiedad de los griegos; antes tenía otro nombre. No entra en ella la procesión de los Franciscanos.

En la nave lateral del norte hay una galería formada por *los siete arcos de la Virgen,* en cuyo extremo oriental se halla la *capilla de la Cárcel de Cristo* (figura 24, 20), de tres naves. Venérase en ella el lugar donde Cristo esperó hasta que todo estuvo dispuesto para la Crucifixión. Pertenece a los griegos. Su escasa iluminación está en consonancia con los tristes recuerdos que el lugar evoca.

Todos estos santuarios guardan estrecha relación con la muerte de Cristo; acá y allá, particularmente en la Cárcel de Cristo, aparece desnuda la roca del Gólgota, desgastada artificialmente hasta servir de piso a una capilla o a una estancia. Tales restos se encuentran también en los santuarios que están relacionados con la cúspide del monte en que José de Arimatea había hecho labrar un sepulcro nuevo (núm. 455), la cual no podía estar mucho más baja que la del Gólgota, que actualmente alza sólo 5 m. sobre el suelo de la rotonda del Sepulcro y 3,50 sobre la roca en que descansa la capilla de san José de Arimatea y de san Nicodemus. La distancia del lugar donde se plantó la Santa Cruz hasta el Santo Sepulcro alcanza 45 m.; y la del Santo Sepulcro al lugar de la Invención de la Santa Cruz pasa de 88 m.

482. La **rotonda** tiene 20 m. de diámetro; con los pilares, 24 m.; con el deambulatorio y el muro circundante, 37 m.; con sus nichos, 40 m.; 75 m. de

perímetro alrededor de las pilastras que sustentan la cúpula. En la restauración de 1808, los griegos transformaron en pilastras de 2 m. de anchura las columnas de mármol que antes alternaban con las pilastras; éstas, en número de 18, de 20 m. de altura, sostienen dos galerías sobrepuestas, cada una de 18 arcos, y una tercera galería ciega, sobre la cual se alza la inmensa cúpula. Esta es doble y de hierro; la exterior, recubierta de cobre; la interior, revestida de hojadelata, es bella, pero profanamente decorada; hoy se encuentra en lamentabilísimo abandono. Una linterna esparce tibia luz por la rotonda; sobre ella se alza una cruz dorada, cuyo extremo llega a 50 m. de altura.

Debajo de esta cúpula y ocupando el centro de la gran rotonda hállase el **Edículo del Santo Sepulcro o de la Resurrección** (véase grabado de la portada). Es de estilo ruso, y está revestido de piedra caliza de color rojizo; tiene 8,25 m. de largo por 5,50 de ancho y otro tanto de alto, y remata en una pesada cúpula greco-rusa que se eleva a 10 m. sobre el suelo. La construcción, abierta en parte arriba, está coronada por un antepecho. La fachada, que mira al oriente, es más rica en ornamentación que el resto del exterior; cuatro esbeltas columnas salomónicas sostienen el cornisamento decorado con esculturas. El arco de entrada mide 1,77 m. de altura. A ambos lados hay sendos bancos de mármol y 6 grandes candelabros, que forman una suerte de atrio delante del Edículo. Sobre la puerta se ven uno sobre otro tres cuadros de la Resurrección y otras tantas lámparas, que arden de continuo, pertenecientes a las tres principales confesiones que disfrutan la propiedad del Edículo: latinos, griegos y armenios. Dos estancias componen el Edículo: el vestíbulo o *capilla del Angel,* y la cámara sepulcral o **capilla del Santo Sepulcro.** La *capilla del Angel* (fig. 24, 27) es un recinto de 2,85 m. de fondo por 3,40 de ancho y 3,50 de alto, revestido de mármol blanco e iluminado por 15 lámparas. Contiene en la parte central, dentro de un marco de mármol, una pesada losa, que se dice ser parte de la que cerraba el Sepulcro del Salvador: *la piedra del Angel.* Por el hueco de una puerta baja y estrecha penétrase en la estancia sepulcral que mide 2,11 m. a lo largo por 1,9 m. a lo ancho y 2,85 m. de altura, de modo que sólo puede contener cuatro o cinco personas a la vez. Está revestida de mármol blanco, y cuarenta y tres preciosas lámparas, pertenecientes en número igual a católicos, griegos y armenios, y cuatro a los coptos, la iluminan de día y de noche. En la pared septentrional de la estancia álzase a 77 centímetros sobre el nivel del suelo el Sepulcro de Jesucristo, un banco rectangular, en forma de artesa, labrado en el espesor de la roca, cubierto por una losa de mármol blanco-azulado que lo transforma en sarcófago y en altar, la cual tiene la largura de la estancia, 90 centímetros de anchura y 8 centímetros de grosor. Cuarenta centímetros sobre la losa de mármol, por la pared del fondo y por las laterales corre una moldura, donde los PP. Franciscanos colocan el ara para celebrar la santa misa. Los días ordinarios se ven sobre esta cornisa 12 candeleros de plata y seis de latón, y jarrones de flores. En la misma pared septentrional vense tres representaciones de la Resurrección, pertenecientes a los latinos, a los griegos y a los armenios; la de los latinos es un bajorrelieve de mucho valor, adornado de 53 piedras preciosísimas, regalo del cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad († 6 nov. 1876); representa al Salvador en el momento de salir del Sepulcro, según una pintura de Rafael. Los PP. Franciscanos, los griegos y los armenios celebran aquí diariamente sus funciones religiosas con toda solemnidad [1].

483. Detrás del Edículo y adherido al mismo hay un altar cerrado con una verja: *la capilla de los coptos* (fig. 24, 29). En tiempo de Juan de Würzburg (1165) había allí un baldaquino erigido por los Cruzados, que sirvió para oficiar en la capilla del Santo Sepulcro y era el propio de la misma. La actual

---

[1] Acerca de la celebración de la Semana Santa y de la Pascua en Jerusalén, véase *HL* 1876, 151; 1906, 41; *Acht Tage in Jerusalem:* cfr. ibid. 1899, 140 182; 1900, 43

capilla copta, data seguramente de principios del siglo XVI en que, derrotados los mamelucos, dominaron los sultanes de Turquía en Egipto y Palestina; entonces se aprovecharon los coptos monofisitas para entrar en la basílica del Santo Sepulcro como en casa propia.

Las pilastras de la rotonda están unidas por paredes transversales al muro del recinto. Las cámaras o capillas así formadas, pertenecen a diferentes confesiones: abisinios, jacobitas, nestorianos, georgianos, sinaítas, maronitas, etc. Encima de ellas están las galerías de que antes hemos hablado, pertenecientes a los latinos las del norte, y a los griegos y armenios las del sur.

484. Entrando a la basílica por la fachada meridional, a 10 m. de distancia se ve la *Piedra de la Unción* (fig. 24, 6), sobre la cual se dice haber José de Arimatea y Nicodemus ungido con mirra y áloe el cuerpo del Señor antes de depositarlo en el sepulcro. Antiguamente estaba rodeada por una pequeña rotonda, llamada «iglesia de la Unción»; los Cruzados la incluyeron en el recinto de la basílica. Cubríala antes un mosaico, que los PP. Franciscanos sustituyeron por una losa de mármol negro, y los griegos, después del incendio de 1808, por otra de mármol de color rojizo. Tiene ésta 2,70 m. de largo por 1,80 m. de ancho, y en los bordes lleva inscripciones griegas. A ambos extremos se ven tres grandes candeleros, y encima arden ocho lámparas. Los fieles besan la piedra al entrar y al salir de la basílica, y aquí se recibe con incienso y agua bendita a los patriarcas en la entrada solemne, y se hace una breve oración.

485. Unos 14 m. al occidente de la Piedra de la Unción, fuera de la rotonda, se muestra el lugar donde las piadosas mujeres estaban «mirando de lejos» [1] durante la escena de la Crucifixión. Los armenios sostienen allí algunas lámparas.

Casi enfrente, en la parte septentrional de la rotonda y próxima a ella, a 12 m. del Santo Sepulcro, un círculo de mármol señala el lugar donde Jesús se apareció a María Magdalena después de la Resurrección (fig. 24, 21). Seis metros más al norte se ven cuatro gradas por donde se sube a la *capilla de la Aparición,* propiedad de los católicos, de 9 m. a lo largo por 6 a lo ancho (figura 24, 22); tiénese por el lugar donde se apareció el Señor a la Virgen María después de la Resurrección. Sirve de coro a los Franciscanos que cuidan del Santo Sepulcro y viven en el pequeño convento adjunto. De sus tres altares de mármol, el mayor está dedicado a la Santísima Virgen María; en él se guarda el Santísimo Sacramento y allí comienza la procesión que diariamente recorre los Santos Lugares cantando himnos y plegarias [2]. En el de la izquierda

---

[1] *Marc.* 15, 40; cfr. *Luc.* 23, 49 (cfr. núm. 455).

[2] *La procesión diaria en la iglesia del Santo Sepulcro* se verifica después de Completas. A las cuatro las campanas invitan a ella a los católicos y peregrinos, los cuales se reúnen en la capilla de la «Aparición de Jesús a su Sma. Madre». Todos acuden con cirios que llevan a su patria y conservan para la hora de la muerte. Es verdaderamente emocionante la procesión por los principales oratorios y capillas de la iglesia del Santo Sepulcro. Un padre franciscano, revestido de sobrepelliz, como los dos acólitos que le acompañan, preside la comitiva, que va de un punto a otro entonando cánticos en consonancia con el lugar; en cada estación se inciensa y se canta la antífona adecuada con la oración correspondiente. Las estaciones son las siguientes: I. Capilla de la Aparición (de Jesús a su Santísima Madre), donde se comienza con la adoración del Smo. Sacramento. II. Columna de la Flagelación. III. Cárcel de Jesucristo, al extremo oriental de los «arcos de la Virgen». IV. Capilla de la División de los Vestidos. V. Capilla de la Invención de la Santa Cruz. VI. Capilla de Santa Elena. VII. Capilla de los Improperios. VIII. Capilla de la Crucifixión (en el Calvario). IX. Capilla de la Exaltación de la Santa Cruz. X. Piedra de la Unción. XI. Santo Sepulcro. XII. Capilla donde Jesús se apareció a la Magdalena. De aquí vuelve la procesión a la capilla donde comenzó (capilla de la Aparición de Jesús a su Sma. Madre), se cantan las letanías lauretanas con una paráfrasis del *Regina cœli,* y a veces se da la bendición con el Santísimo. Los devotos peregrinos prosiguen un rato en profunda meditación. (Más detalles en *HL* 1857, 6 11 34; 1858, 3 ss. 8 ss.; 1867, 69 75; 1905, 1; los himnos y oraciones en Zschokke, *Führer durch das Heilige Land* LXIX.

(lado del Evangelio) están las reliquias, entre ellas una partícula de *Lignum Crucis*, y en el de la derecha hay un trozo de la columna de la Flagelación (número 409).

486. Al oriente del venerando Edículo encuéntrase el antiguo coro de los canónigos del Santo Sepulcro, hoy nave de la iglesia griega: el *Catholicon*. Entrase en él por el *arco del Emperador*. Allí tenían sus sitiales el Papa, los patriarcas, etc., del orbe católico. Estaba magníficamente adornado con columnas de mármol, mosaicos e inscripciones de plata. Desgraciadamente, los griegos se lo han arrebatado a los católicos y han echado a perder su antigua belleza, decorándolo con tan pésimo gusto, que contrasta estridentemente con la severa arquitectura del antiguo templo latino. Hállase ahora por todas partes circundado de muros y, por consiguiente, separado completamente del resto de la basílica; además, el coro con el altar mayor están separados por un tabique, el *iconoclaustrum*, donde se muestran los tesoros a los grandes dignatarios eclesiásticos. Cuatro columnas sostienen en el centro cuatro arcos ojivales, sobre los que se alza una cúpula en forma de media naranja. Entre la puerta y el coro muéstrase un rosetón incrustado en el suelo, y en él una pequeña esfera colocada en un vaso de mármol: allí está, según los griegos, el *umbilicus mundi*, el ombligo o centro de la tierra (fig. 24, 33). Pudieron dar pie a tal creencia la opinión de ser la tierra plana, y la errónea interpretación de *Ps.* 73, 12; *Ezech.* 5, 5; 38, 12, donde Jerusalén se dice ser simbólicamente el centro de las naciones de la tierra. Al norte de la iglesia griega puede apreciarse la nave septentrional de la iglesia de los Cruzados, sustentada en dos grandes pilastras (fig. 24, 21); todavía se ven allí restos de antiquísima galería formada por siete arcos, los «arcos de la Virgen»; acaso hubo aquí antiguamente un altar consagrado a la Virgen María.

487. Edificios enderredor de la basílica del Santo Sepulcro. Fuera del recinto de la basílica del Santo Sepulcro, al oeste de la fachada principal se levanta el *campanario* sobre la capilla de san Juan Bautista. Tenía antes cuatro pisos, terminando en una cúpula apuntada, que llegaba a 50 m. de altura. Sólo quedan dos pisos, con una altura total poco mayor de 25 m. Al oeste del campanario se halla la capilla de los Cuarenta Mártires; siguen hacia el sur la capilla del Apóstol san Juan y la de santa María Magdalena; luego la de Santiago el Menor, que mereció una aparición especial del Resucitado (I *Cor.* 15, 7) y, como primer obispo de Jerusalén, fué también el primer custodio de los Santos Lugares. Al este de la fachada de la basílica está la capilla de la Dolorosa o de los Francos (núm. 474), y al sur de ésta, los conventos de los coptos, armenios y griegos. Estos edificios, alineados a derecha e izquierda de la basílica, forman un patio que por el sur llega hasta la calle y antiguamente estaba cerrado por un pórtico, del que todavía se ven restos.

488. Al noroeste, anejo a la basílica, está el *pequeño convento de los Padres Franciscanos*, los cuales tienen acceso al templo por la sacristía de la iglesia de la Aparición. Viven unos diez o doce en la angostura que la pequeñez del convento ofrece; y desde allí velan por los derechos de los católicos que les han confiado la guarda de los santuarios, y administran los santos sacramentos a los peregrinos. Se sustituyen cada tres meses. En la sacristía aneja a la capilla de la Aparición guardan las reliquias de Godofredo de Bouillón arriba mencionadas (núm. 477). Detrás del refectorio, en el lado del mediodía, hay una notable pila bautismal octógona, semejante a la de Belén (núm. 61).

Junto a la iglesia del Calvario se halla el convento de los *griegos cismáticos*; una escalera lo pone en comunicación con la basílica. El de los *armenios* se encuentra entre el campanario y la rotonda, con la cual comunica mediante una ancha escalera. Ninguno de estos conventos comunica directamente con la calle, sino mediante la basílica del Santo Sepulcro.

IV. Vida gloriosa de Jesucristo

120. Resurrección[1]. Las piadosas mujeres en el Sepulcro

(*Matth.* 28, 1-7. *Marc.* 16, 2-7. *Luc.* 24, 1-8. *Ioann.* 20, 1)

1. Las piadosas mujeres van al Sepulcro. 2. Sucesos que preceden y acompañan su llegada.

489. El primer día de la semana muy de mañana[2] fueron con aromas al Sepulcro María Magdalena y la otra María, la madre de Santiago, Salomé y Juana y las otras piadosas mujeres[3]. A este tiempo se sintió un gran terremoto[4]; porque bajó del cielo un ángel del Señor y, llegándose al Sepulcro, hizo rodar la piedra y sentóse encima. Su semblante, como el relámpago, y su vestidura, como la nieve. De lo cual quedaron tan aterrados los guardas, que cayeron al suelo como muertos[5].

490. Entretanto se acercaban las piadosas mujeres al Sepulcro, salido ya el sol[6]. Y se decían unas a otras: «¿Quién hará rodar la piedra de

---

[1] Jesús resucitó por su propia virtud; vuelta su alma santísima del limbo de los justos, donde había anunciado a los padres la Redención (núm. 437), y unida con el cuerpo, Jesús salió del Sepulcro transfigurado, sin hacer ruido, como dan a entender los Evangelios y lo hacen resaltar expresamente los santos Padres; el *cuerpo glorioso,* instrumento perfectísimo del alma, quedó exento de las leyes del mundo material (gravedad, impenetrabilidad, etc.); para salir del Sepulcro no necesitó, por consiguiente, que éste se abriera. Los guardias no presenciaron el hecho de la Resurrección. Allí quedaba el sudario, señal manifiesta de la muerte y de la Resurrección del Salvador. La aparición del ángel, el temblor de tierra y la rodadura de la piedra bastaban para convencer del hecho a las mujeres y a los discípulos. Los evangelistas se limitan a describir los prodigios acontecidos en el Sepulcro durante la Resurrección y luego de ella y a relatar las *apariciones* del Resucitado. Para examinar y apreciar cada uno de los relatos, debe tenerse en cuenta la *finalidad* de cada evangelista. (Acerca de los relatos de la Resurrección cfr. núm. 495; acerca del racionalismo y el *milagro de la Resurrección* v. el núm. 497).

[2] Cfr. núm. 456. Según san Juan: «Cuando todavía estaba oscuro»; según san Mateo (griego): «Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana», es decir, la mañana del domingo, muy de madrugada (cfr. Belser, *Einleitung*[3] 44 ss.); — según san Lucas: «a los primeros albores», «antes que fuese de día» (*Luc.* 24, 1 22); según san Marcos: «fueron al Sepulcro muy temprano, cuando había salido el sol». Todo ello se armoniza admitiendo que las mujeres se pusieran en camino muy de madrugada, antes de salir el sol, y llegasen al sepulcro salido ya el astro del día (cfr. *HL* 1900, 45). El crepúsculo es muy corto en estas regiones meridionales. Ninguno de los Evangelios dice *cuándo* aconteció la Resurrección, y la Iglesia canta en la Angélica del Sábado Santo: «¡Oh noche verdaderamente dichosa, única que mereció saber el tiempo y la hora en que Cristo resucitó de entre los muertos!» La Resurrección del Señor debió de acontecer inmediatamente antes de bajar el ángel, al comienzo del crepúsculo matutino, «de mañana» (*Marc.* 16, 9); Dios no quiso revelar con más precisión el momento. Según esto, el Salvador descansó en el Sepulcro parte del viernes, todo el sábado y la mañana del domingo, tres días y tres noches (a la manera de contar de los judíos, cfr. núm. 246), como él mismo lo indicó aludiendo a la figura de Jonás (núm. 246), y en conformidad con la promesa de resucitar *al tercer día* (cfr. núms. 107, 202 y 209).

[3] Cfr. núms. 158, 438 y 455. — Mateo nombra sólo a María Magdalena y a la otra María; éstas, que habían quedado las últimas en el Sepulcro (núm. 455), fueron ahora las primeras en acudir; luego siguieron las demás. Marcos nombra todavía a Salomé; Lucas, a Juana «y a las otras mujeres». San Juan hace mención sólo de María Magdalena, porque no trata de completar los relatos de los otros evangelistas, y en cambio quiere darnos por extenso el encuentro de la Magdalena con Jesús y la visita de Juan y Pedro al Sepulcro.

[4] Perceptible a todos, amigos y enemigos; esta señal había de ser después para todos la confirmación divina del anuncio de la Resurrección.

[5] *Matth.* 28, 1-4; *Marc.* 16, 2. *Luc.* 24, 1. *Ioann.* 20, 1.

[6] Podían, por consiguiente, verlo todo y distinguirlo todo con exactitud.

la entrada del Sepulcro?» Y mirando hacia él, repararon que la piedra estaba rodada. Y, entrando en el Sepulcro, no hallaron el cuerpo del Señor. Y quedando muy consternadas con este motivo, he aquí junto a ellas dos ángeles con vestiduras resplandecientes. Espantáronse mucho; y como bajasen sus rostros hacia la tierra, los ángeles [1] les dijeron: «¡No temáis! Andáis buscando a Jesús de Nazaret, el Crucificado. Mas ¿por qué buscáis al vivo [2] entre los muertos? No está aquí, sino que resucitó. Venid y ved el lugar donde le colocaron. Acordaos de lo que os previno cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los pecadores, y crucificado, y resucitará el tercer día. Id sin deteneros a decir a sus discípulos y a Pedro [3]: He aquí que va delante de vosotros a Galilea [4]; allí le veréis. Ya os lo prevengo de antemano». Ellas, en efecto, se acordaron de las palabras de Jesús [5]. Llenas de espanto y consternación, pero de alegría al mismo tiempo, salieron presurosas del Sepulcro y corrieron a decírselo a los discípulos [6].

121. Pedro y Juan en el Sepulcro. Jesús se aparece a la Magdalena y a las otras mujeres. Los sumos sacerdotes sobornan la guardia

(*Matth.* 28, 8-15. *Marc.* 16, 8-11. *Luc.* 24, 9-12. *Ioann.* 20, 1-18)

1. Mensaje de María Magdalena a Pedro y Juan acerca del Sepulcro vacío. 2. Ambos apóstoles van presurosos al Sepulcro; impresión que en ambos produce el Sepulcro vacío. 3. El Señor se aparece a María Magdalena. 4. El Señor se aparece a las piadosas mujeres. 5. Los sumos sacerdotes sobornan la guardia.

491. Apenas María Magdalena vió el Sepulcro abierto, se marchó de allí a toda prisa. Vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del Sepulcro al Señor, y no sabemos [7] dónde le han puesto». Con esta nueva salieron Pedro y el dicho discípulo y encamináronse al Sepulcro. Corrían [8] ambos a la par; mas este otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al Sepulcro.

---

[1] Mateo y Marcos hablan de *un* ángel, seguramente porque uno solo de ellos habló. Lucas relata más circunstanciadamente; observa que los ángeles fueron *dos* y aduce algunas palabras del ángel, que *completan* las referidas por los otros dos evangelistas, pero en manera alguna las contradicen.—Para algunos, Mateo y Marcos hablan de distintas mujeres que Lucas; mas ello no tiene base alguna y no se aviene con la manera sencilla de relatar de los Evangelios, que evidentemente se refieren a idénticas mujeres (cfr. *Luc.* 23, 55 ss.; 24, 1 10 con *Matth.* 28, 1; *Marc.* 15, 40; 16, 1 s.).

[2] Al que no está muerto, sino que ha resucitado, como lo predijo.

[3] A Pedro, como a jefe de los apóstoles (cfr. núms. 98, 126, 137 y 353).

[4] Véase núm. 354.

[5] *Matth.* 28, 5-8. *Marc.* 16, 3-7. *Luc.* 24, 2-8. *Ioann.* 20, 1.

[6] No fueron en seguida a anunciarlo a los discípulos; pues pronto volvió a dominarlas el miedo y el espanto. «Ellas, saliendo del Sepulcro, echaron a huir, como sobrecogidas que estaban de pavor y espanto, y a nadie dijeron nada: tal era su temor» (*Marc.* 16, 7). Sólo una de ellas, Magdalena, luego que vió abierto el Sepulcro, se apresuró a dar aviso a los apóstoles de haberlo hallado vacío. Las noticias de Magdalena y la aparición de Jesús tranquilizaron a aquellas mujeres (núm. 492 s.).

[7] *Nosotras,* dice ella, porque con las otras mujeres había visto el Sepulcro vacío.

[8] San Lucas, que alude a este episodio en un versículo, nombra sólo a Pedro; san Juan relata más al detalle. ¡Quién podrá comprender los sentimientos que embargaban a ambos apóstoles! Pedro obra como si no hubiese pecado; conoce el corazón de Jesús y está seguro del perdón; mas ¡qué no habría sentido cuando vió ante sus ojos al Maestro resucitado!

Y habiéndose inclinado, vió los lienzos en el suelo, pero no entró [1]. Llegó tras él Simón Pedro, y entró en el Sepulcro, y vió los lienzos en el suelo y el sudario que habían puesto sobre la cabeza de Jesús, no junto con los lienzos, sino separado y doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo, que había llegado primero al Sepulcro, entró también, y vió, y creyó [2]; porque todavía no se les alcanzaba lo de la Escritura, que Jesús debía resucitar de entre los muertos [3]. Con esto los discípulos se volvieron otra vez a casa. Pedro estaba maravillado de lo sucedido [4].

492. Entretanto María estaba fuera llorando, cerca del Sepulcro [5]. Con lágrimas en los ojos se inclinó y miró hacia el Sepulcro. Y vió a dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies; los cuales le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?» Respondióles: «Porque se han llevado a mi Señor; y no sé dónde le han puesto». Dicho esto, volvióse hacia atrás [6] y vió a Jesús en pie; mas no sabía que fuese Jesús. Dícele Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?» Ella, juzgando que fuese el hortelano, le dice: «Señor, si tú le llevaste, dime dónde le has puesto; y yo le llevaré» [7]. Dícele Jesús: «María». Volviéndose entonces ella, dijo: «Rabboni» (que quiere decir, Maestro) [8]. Dícele Jesús: «No me toques [9], porque aun

---

[1] Sobrecogido acaso de santo temor. «Inclinóse», porque la puerta de la estancia sepulcral era tan baja, que sólo inclinándose podía uno entrar (cfr. núm. 458).

[2] El suceso de Pedro le había dado ánimo. De la existencia de los lienzos, y todavía más de estar doblados en orden, debió colegir que el cuerpo de Jesús no había sido llevado a otra parte; cotejándolo con la promesa de Jesús, nació en él la fe en la Resurrección.

[3] Hasta ahora no lo habían entendido, ni se habían acordado de la promesa, por más que Jesús se la repitió tantas veces y tan a las claras. Les era tan incomprensible, como la profecía de la Pasión (núms. 107, 202, 204, 209, 246, 291 y 369). Dios lo permitió para que su dificultad en creer facilitase y robusteciese nuestra fe en su Resurrección.

[4] San Lucas dice aquí de Pedro algo análogo a lo que en otro lugar dice de la Madre de Dios (núms. 40, 57 y 82); en la soledad meditó en sus adentros lo que había oído y visto en el Sepulcro. Quizá en aquel momento se le apareció el Señor (núm. 500).

[5] *Ioann.* 20, 11-18. Por lo que se ve, corrió de nuevo al Sepulcro en pos de los dos apóstoles, y permaneció afuera lamentándose y llorando. Sin embargo, cuando ellos se marcharon, miró al Sepulcro; se figuraba que iba a ver allí el cuerpo.

[6] Quizá advertida por algún rumor, o acaso por su misma inquietud. Para nada pensaba en los ángeles ni en otra cosa alguna. Su alma enamorada estaba sumida en el dolor de haber perdido el cuerpo de Jesús y en el deseo de volverle a encontrar. Compárese el proceder de María que llora por su hermano Lázaro (núm. 271).

[7] Ella cree que todo el mundo sabe de qué se trata; tampoco mide sus fuerzas; quiere hallar a todo trance el cuerpo de Jesús.

[8] ¡Qué exceso de bondad divina y de arrobamiento humano se encierra en estas dos palabras: «¡María!» «¡Rabboni!»

[9] Así en la *Vulgata: Noli me tangere.* El texto griego puede también traducirse: «No trates de sujetarme», es decir, no te entretengas en besar mis pies; todavía me puedes ver a menudo, pues no está inminente mi Ascensión a los cielos. Antes bien ve sin dilación a mis discípulos y llévales mi mensaje. Esta traducción parece adecuada. Pues, de otra suerte, habría de admitirse que el Salvador negó a la Magdalena lo que otorgó a las piadosas mujeres y a Tomás. — El *Noli me tangere* es desde el siglo XIII asunto favorito de los artistas, «en cuya pintura Duccio (Siena) y Giotto (Arena de Padua) han demostrado un sentimiento de maravillosa ternura, mientras Niccolo di Pietro (1392), entre otros, falsea el sentido del relato con la representación realista del Señor como jardinero. También el cuadro de Lorenzo di Credi (Galería Uffizi) es de una ternura extraordinaria. Los pintores posteriores se complacen en la pintura inconsiderada de una bella mujer que llora». En el último siglo Ary Scheffer ha devuelto el asunto a la altura de la auténtica concepción (cfr. Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst* II 1, 352).

no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» [1]. Habiendo, pues, resucitado la madrugada del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena [2], de la cual había lanzado siete demonios [3]. Y Magdalena [4] fué a dar la nueva a los discípulos, que no cesaban de gemir y llorar: «He visto al Señor, y me ha dicho esto». Los cuales, al oírla decir que vivía y había sido visto por ella, no le creyeron [5].

493. Entretanto las piadosas mujeres, llenas de temor y de alegría, indecisas en un principio, se habían puesto en camino para dar la nueva a los discípulos [6]. Cuando he aquí que Jesús les sale al encuentro, diciendo: «Dios os guarde». Y acercándose ellas, abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces Jesús les dice: «No temáis; id, avisad a mis hermanos [7] que vayan a Galilea; que allí me verán». Las mujeres hicieron lo que se les dijo y contaron a los Doce y a todos los discípulos todo cuanto habían oído. Mas ellos lo tomaron por cuento y no les creyeron [8].

494. Mientras ellas iban, algunos de los guardas vinieron a la ciudad y contaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había pasado. Y reuniéndose éstos con los ancianos en consejo [9], dieron una gran suma de dinero a los soldados, con esta instrucción: «Habéis de decir: Estando

---

1 Deja a un lado toda tristeza; pues no sólo he resucitado, sino que voy a cumplir ahora mi promesa de ir a Dios, mi Padre (*Ioann.* 3, 13; 6, 63; 16, 5 28; núms. 109, 187 y 362 ss.); por consiguiente, no he de morir más (*Rom.* 6, 9), sino que voy a entrar en posesión de mi eterno señorío. Y pues vosotros por mi muerte os habéis tornado hijos míos, me seguiréis a esa gloria, como os tengo prometido (*Ioann.* 14, 2 3; 17, 22 ss.; núms. 356 y 367).

2 *Marc.* 16, 9. Puesto que Marcos cita sólo tres apariciones, este «primeramente» se refiere, sin duda, a la primera de las tres de que nos habla; pero si se refiere a las apariciones en general, entonces se fija seguramente el Evangelista en aquellas que podían servir de testimonios externos. Pues, según piadosa creencia, atestiguada ya por san Ambrosio (*De virginitate* 3, 14), se admite que *el divino Redentor se apareció primero a su Santísima Madre,* luego de resucitar. Se comprende fácilmente que ningún evangelista mencionase la aparición a la Virgen Santísima, porque entre los cristianos se sobreentendía y era generalmente conocida, en tanto que, respecto de los incrédulos, la Madre no podía servir de testigo de la Resurrección del Hijo. La Iglesia expresa la alegría y felicidad de la Madre de Dios en la antífona de Pascua: *Regina coeli, laetare,* etc. Alégrate, Reina del cielo, etc. (Acerca de la capilla de la Aparición de Jesús a su Sma. Madre, en la cual se canta diariamente una parte de esta antífona con el correspondiente versículo y oración, cfr. núms. 485 y 487).

3 Cfr. núms. 155 y 158.

4 Ella sola o, más probablemente, acompañada de las otras mujeres, a las cuales se asoció de regreso a su casa (cfr. nota 6).

5 Cfr. página 450, nota 6.

6 Sin duda Magdalena se había asociado de nuevo a ellas y les alentaba con el relato de lo que le había acontecido, despertando en ellas el deseo de ver al Salvador (cfr. nota 4).

7 Jesús les da por primera vez el nombre de hermanos el día de la Resurrección, no sólo para levantar el apocado ánimo mediante esta expresión de ternísimo amor, sino también porque, hechos hijos de Dios y coherederos del cielo (*Rom.* 8, 16 17) mediante la muerte expiatoria y santificante del Redentor, eran ya realmente hermanos de Cristo. Enciérrase también aquí una alusión a *Ps.* 21, 23; cfr. *Hebr.* 2, 12.

8 Así estaban las cosas, cuando dos discípulos se pusieron en camino para Emmaús (cfr. núm. 498).

9 Lo mismo que después de la resurrección de Lázaro y de la entrada solemne en Jerusalén (cfr. núms. 273, 297 y 330).

nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos y lo robaron [1]. Que si eso llegare a oídos del procurador, nosotros le aplacaremos y os pondremos en salvo» [2]. Ellos, recibido el dinero, hicieron según estaban instruídos; y esta leyenda ha corrido entre los judíos hasta el día de hoy [3].

495. El relato de la Resurrección [4]. En la mañana de la Resurrección vemos moverse tantas y tan diversas personas, los acontecimientos se aglomeran de tal suerte y las circunstancias son tan múltiples y variadas, que no es de maravillar que en una lectura superficial aparezcan en desacuerdo los cuatro historiadores sagrados, cada uno de los cuales se propone hacer resaltar algunas particularidades. En el relato de la Resurrección, como en el resto de sus Evangelios, los escritores sagrados van derechos al fin, y ninguno de ellos se propone darnos una historia acabada y conexa de todos los acontecimientos, sino sólo describirnos algunos hechos notables, a modo de ejemplos, con más o menos circunstancias.

Mateo cita sólo dos apariciones del Resucitado: a las piadosas mujeres que fueron al Sepulcro de madrugada, y a los discípulos en el monte de Galilea (anunciada esta última por las piadosas mujeres a los discípulos); con lo cual termina su Evangelio el primer evangelista. *Marcos* relata tres apariciones: a Magdalena, a los discípulos de Emmaús (a cada una dedica un versículo) y a todos los discípulos el día de la Ascensión, en la cual manifiestamente alude a la aparición de Galilea. Con esto da brillante remate a su Evangelio [5]. *Lucas* cuenta dos apariciones en el día de la Resurrección con toda clase de pormenores: la una a los discípulos de Emmaús, y la otra a los discípulos reunidos al atardecer, donde se menciona otra aparición a Pedro; luego trae el tercer evangelista los últimos avisos dados por Jesús antes de la Ascensión a los cielos, que, como nos dice en los *Hechos* [6], aconteció a los 40 días (*Act.* 1, 3 ss.). *Juan* nos ofrece un relato detallado de la aparición a Magdalena y a diez apóstoles el día de la Resurrección; otra aparición a los Once (con Tomás) el domingo siguiente; a siete apóstoles en el lago de Genesaret, donde Jesús confió solemnemente a Pedro el cargo de pastor supremo. Cada evangelista escogió algunas

---

[1] «¡Oh desdichada astucia!, exclama san Agustín (*Tract. super Ps. 63, 7*); aduces testigos dormidos; verdaderamente estabas tú misma dormida, pues tan descarriada andabas en tus pensamientos». Y san Crisóstomo advierte a este propósito (*Matth.* 28, 13): «¿Cómo habían de robar a Jesús aquellos que no se atrevían a dejarse ver? Y si cuando aun estaba vivo huyeron, ¿cómo no habían de temer a los soldados cuando era ya muerto?»

[2] Sobrada razón tenían para impedir que llegase nada a oídos del procurador romano; los guardias tenían el mismo interés por otro motivo, a saber, para no incurrir en sospecha de haber faltado a su deber, lo cual podía acarrearles duro castigo. Fueron sobornados, para que hiciesen correr más tarde este rumor *cuando se ofreciera ocasión*.

[3] Este dato de san Mateo se confirma con el testimonio de san Justino Mártir, el cual dice en su diálogo con el judío Trifón (c. 108, pág. 335; *Migne* 6, 726 s.): «No sólo no hicisteis penitencia cuando entendisteis que había resucitado de entre los muertos, sino que deputasteis a ciertos hombres escogidos y los enviasteis por todo el orbe a anunciar que un cierto Jesús, un seductor galileo, había fundado una secta impía y sin ley. A éste le crucificamos nosotros (decían los enviados); pero los discípulos lo sustrajeron del sepulcro durante la noche, y ahora embaucan a la gente diciendo que resucitó de entre los muertos y subió a los cielos, etc.». Lo mismo refiere Tertuliano (*Apol.* c 21; cfr. *Adv. Iud.* c. 13).

[4] S. Weber, *Das apologetische Element in den ntl Auferstehungsberichten, ihre Entstehungszeit und Reihenfolge*, en *Kath* 1914 II 77 ss. Paquet, *Les récits évangéliques de la Résurrection du Christ. Conciliation des textes* (Bruselas-París 1909). Grimm, *Leiden Jesu* II 312 ss. Belser, *Die Geschichte des Leidens* 457 ss.; cfr. también la bibliografía citada en la página 454, nota 4. Cellini, *Gli ultimi capi del Tetramorfo e la critica razionalistica, cioè l'armonia dei quatro Evangeli* (Roma 1906).

[5] Acerca del remate del Evangelio de san Marcos cfr. núm. 13.

[6] A juzgar por su Evangelio, podría casi creerse, de no enseñarnos otra cosa los *Hechos de los Apóstoles* y los otros Evangelios, que la Ascensión a los cielos aconteció el día mismo de la Resurrección. No era el intento de Lucas, como tampoco el de los demás evangelistas, relatar todos los hechos minuciosamente.

pocas de las numerosas apariciones del Señor durante los 40 días [1] de vida gloriosa, según convenía al plan que de antemano se trazara. Por eso los relatos son distintos, prueba evidente de la independencia, despreocupación e imparcialidad con que escribieron; pero no se contradicen, y las diferencias no pueden conmover la credibilidad de los hechos relatados.

496. En *san Pablo* tenemos un quinto testigo clásico irrecusable de la Resurrección [2]. Porque, de no dar crédito a su palabra de que vió real y verdaderamente al Salvador resucitado, no puede uno explicarse la conversión de este hombre (como desarrollaremos en el núm. 584). En su primera *Carta a los Corintios,* escrita hacia el año 57, se expresa en los siguientes términos (15, 3 8): «En primer lugar, pues, os he enseñado lo mismo que yo aprendí: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras. Y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y que se apareció a Cefas y después a los Once; posteriormente se dejó ver de más de quinientos hermanos juntos, de los cuales, aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía. Se apareció también a Santiago, y después a los apóstoles todos. Y a mí como abortivo se me apareció después que a todos». No pretende el Apóstol registrar todas las apariciones de Jesús que le eran conocidas, o determinar el orden cronológico en que se sucedieran; sino que llama la atención sobre estas seis, porque le parecen garantía indudable y cierta de la Resurrección del Señor, dada la posición y autoridad de los que fueron agraciados con ellas, o por otras circunstancias. Cuando el Apóstol de las gentes nos ofrece memorias históricas, acostumbra relatar solamente lo más importante. Es además muy de notar que el Apóstol conoció los hechos que aduce seguramente con anterioridad a la data de la carta, acaso luego de su conversión, y que su testimonio es el de los demás apóstoles y el de la Iglesia primitiva. Con razón se ha visto en I *Cor.* 15, 3-5: («En primer lugar... a los Once»), una fórmula primitiva de fe, de predicación y de catequesis, y «Pablo no conoce diferencia alguna entre su predicación, ceñida a la norma de la fórmula, y la predicación de los primeros apóstoles» [3].

497. El racionalismo y el milagro de la Resurrección [4]. El testimonio de san Pablo arriba aducido y los relatos de los evangelistas establecen de manera incontrovertible e irrecusable los hechos siguientes: después de la Crucifixión del Señor, y todavía en la mañana de la Pascua, los discípulos estaban descorazonados e inconsolables y vacilaban en sus esperanzas mesiánicas. «Nosotros esperábamos que él era quien había de redimir a Israel» [5], dicen los discípulos de Emmaús. Luego de esto reconocen los discípulos que ha resucitado de

---

[1] San Lucas dice expresamente que el Señor «se manifestó a los discípulos después de su Pasión dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles en el espacio de cuarenta días y hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios» (*Act.* 1, 3).

[2] Cfr. especialmente núm. 584: también Bares, *Christi Auferstehung und der Apostel Paulus,* en *PB* 1911, 449; Eck, *Die Tatsache der Auferstehung Jesu Christi nach 1 Kor 15, 3-12,* en *PB* 1918, 337 ss.

[3] A. Seeberg, *Katechismus der Urchristenheit* (Leipzig 1903) 55. Especialmente también Prat, *La théologie de St. Paul* II[6] (París 1924) 1, 2, nota B_2: *La catéchèse apostolique.*

[4] Cfr. la bibliografía citada en la pág. 453, nota 4; además Schulte, *Das Osterwunder in der neueren Theologie,* en *ThG* 1909, 261 ss.; Tillmann, *Einige Bemerkungen zur Kritik der Osterbotschaft und der Auferstehungsberichte,* en *ThG* 1910, 529 ss.; Dentler, *Die Auferstehung Jesu Christi nach den Berichten des NT*[4] (Münster 1920, en *BZF* I, 6); Muser, *Die Auferstehung Jesu und ihre neuesten Kritiker. Eine apologetische Studie* (Paderborn 1914); Disteldorf, *Die Auferstehung Jesu Christi* (1906); Manderscheid, *Kann die moderne rationalistische Kritik eine ausreichende Erklärung für die Entstehung des Osterglaubens sein?* en *MKR* 1916, 134 ss.; Ladeuze, *La résurrection du Christ devant la critique contemporaine;* Mangenot, *La résurrection de Jésus* (París 1910; cfr. además *ThR* 1912, 421 ss.).

[5] *Luc.* 24, 21.

entre los muertos, porque están firmemente convencidos de haberle visto con sus propios ojos *real y corporalmente* en Jerusalén y en otras partes a los tres días de la Crucifixión y durante un espacio de cuarenta días disfrutando de vida nueva y gloriosa. El hecho de la Resurrección de Jesús a vida nueva y gloriosa, fundado en la observación *del sepulcro vacío* y en una serie de *apariciones* a los suyos, no es una apreciación o un estado de ánimo transitorio de los discípulos, sino un convencimiento fundamental, claro y sólidamente arraigado, que los transformó completamente, los llenó de un valor intrépido para confesar la fe aun a trueque de perder la vida, hizo de ellos apóstoles del Resucitado, unió, formó la primera comunidad cristiana, creó el Cristianismo y recorrió victorioso el mundo. Este convencimiento de los discípulos y los efectos de él son hechos históricamente innegables e incontrovertibles; deben tener una causa suficiente. La Iglesia, en conformidad con los Libros Sagrados del Nuevo Testamento y de acuerdo con la sana razón, libre de prejuicios, halla la razón suficiente del convencimiento claro y eficaz de los discípulos en la *Resurrección corporal real y verdadera de Jesús*, en un milagro que no se puede explicar naturalmente. Mas el racionalismo, que *a priori* niega la posibilidad del milagro, busca otra suerte de explicación. Dejemos de lado *las hipótesis de la muerte aparente y de la impostura*, porque la ciencia de hoy las rechaza de plano, aunque no faltan sabios a medias que en nombre de la ciencia enseñan al gran público que la muerte de Jesús fué sólo aparente, o que los apóstoles engañaron intencionadamente al mundo. Lo arriba expuesto (núms. 37, 449, 494) basta para echar de ver que dichas hipótesis son castillos en el aire. Recientemente cree el racionalismo poder negar la Resurrección del Señor (la «buena nueva de la Pascua») y dar una explicación sólida y natural de la fe de los discípulos en la Resurrección (la «buena nueva de la fe»): la *hipótesis subjetiva de las visiones* (representada por Harnack, Meyer y H. O. Holtzmann y otros). Según ella, las apariciones del Salvador fueron visiones subjetivas o alucinaciones de los discípulos; éstos, ocupada de continuo su mente en el Salvador, le habían visto después de la Crucifixión en espíritu, en una figura elaborada por su propia fantasía, sin que un hecho real externo hubiese respondido a la visión interna; de ahí el cambio que se realizó en la conciencia de los discípulos. Pero la explicación es completamente inadmisible. Porque, ante todo, las alucinaciones de este género presuponen una fantasía sobreexcitada y un alma y un sistema nervioso enfermos. Mas, por lo que de los apóstoles se sabe, nadie tiene derecho a afirmar que fuesen propensos a estados visionarios patológicos. No cabe dudar que los apóstoles ocuparon su mente luego de la Crucifixión con toda intensidad en el asunto del Salvador; pero, tan lejos estaban de pensar en la Resurrección, que les costó trabajo vencer sus dudas acerca de la realidad del hecho. Eran tan poco inclinados a creer en la Resurrección, que algunos, como Tomás, se resistieron porfiadamente.

De haber sido las apariciones del Señor meras visiones, contemplación interior sin *realidad externa*, al cesar el estado visionario se habrían dado cuenta los apóstoles de que todo ello fué sólo una visión, una experiencia interna. Así san Pedro se dió perfecta cuenta de que lo del mantel repleto de animales impuros *(Act.* 10, 10-19 y 28) había sido un arrobamiento. San Pablo se dió cuenta de que lo del macedonio que le rogaba fuese a Macedonia *(Act.* 16, 9) había sido una visión en sueños. También distingue san Pablo la aparición de Cristo en el camino de Damasco de las visiones con que más tarde fué agraciado. Los apóstoles reflexionaban sobre las cosas y sabían distinguir con toda claridad las visiones de los hechos reales externos, como aparece claro en aquella observación: Pedro «no creía ser realidad lo que hacía el ángel; antes se imaginaba que era un sueño lo que veía»; mas luego, cuando se vió en la calle libre de la prisión y de las ataduras, vuelto en sí, dijo: «Ahora sí que conozco que el Señor verdaderamente ha enviado a su ángel, y librádome de las manos de Herodes, etc.» *(Act.* 12, 9 y 11). Ahora bien, nunca dudaron los apóstoles, como se colige de los Evangelios y del testimonio de san Pablo, que las apariciones de Cristo fuesen acontecimientos *reales y externos* (cfr., por ejemplo, *Act.* 10, 41).

Es de observar, además, que una visión natural jamás *engendra* la fe; antes, al contrario, la *presupone. La visión no es madre, sino hija de la fe.* De haber sido visiones las apariciones de Cristo, los apóstoles habrían debido estar convencidos de ella ya antes de la Resurrección y pensar con todas veras en el Resucitado. Y no se diga que los tipos y vaticinios del Antiguo Testamento y las palabras de Jesús les sugirieran la idea de que el Señor vivía y no podía estar en el sepulcro; pues, antes de comprobar el hecho, no comprendían, ni las profecías del Antiguo Testamento ni las predicciones de Jesús acerca de la Resurrección corporal; al menos su proceder nos indica que realmente no las entendieron en tal sentido. De haber los apóstoles llegado mediante la consideración de los tipos y vaticinios mesiánicos a la fe en la Resurrección, habrían a lo sumo admitido el retorno de Jesús a una vida *mortal,* mas nunca a una vida *gloriosa.*

Repárese además que los movimientos visionarios, por regla general, no desaparecen en todos *de una vez tras una corta duración,* como sucedió en el caso de Jesucristo.

También es preciso explicar el *sepulcro abierto y vacío;* en la hipótesis de las alucinaciones, no hallamos una explicación que satisfaga.

Estas son algunas de las razones que prueban ser en absoluto inadmisible la hipótesis de que las apariciones de Cristo fueran simples alucinaciones o visiones de los discípulos. Después de maduro e imparcial examen de los testigos y de sus testimonios, llegamos al siguiente resultado: *el sepulcro vacío y las apariciones de Cristo son argumento evidente de su Resurrección corporal.* Es asimismo insostenible la hipótesis llamada *objetiva* de las visiones, defendida por teólogos protestantes (como Beyschlag, B. Weiss, Korff y otros). También ésta niega el *hecho* de la Resurrección; admite, en cambio, que Dios, mediante algo objetivo, por ejemplo, mediante fenómenos luminosos, dió a conocer a los apóstoles que el *alma* de Cristo había sido glorificada, y mediante apariciones, no de un Jesús realmente resucitado, sino de un Jesús «neumático», produjo en ellos la creencia en la Resurrección corporal; pues los discípulos tomaron lo percibido por corpóreo. Esta opinión está en desacuerdo con los textos evangélicos, según los cuales los discípulos hablaron y comieron con él (*Act.* 10, 41) y tocaron sus llagas. Además, no explica el sepulcro vacío. Se hace a Dios autor de un engaño funesto que desfiguró lastimosamente la esencia del Cristianismo en lo futuro.

Acerca de la *hipótesis de los mitos* dice Esser [1] concisamente y con mucho acierto: «No necesita defenderse la Resurrección de Jesús contra los que buscan analogías mitológicas y astrológicas, traídas de lejos y formuladas con poca seriedad científica. Es un hecho histórico indiscutible, es la resurrección de una persona realmente muerta en la cruz, está confirmado por un testigo de máxima fuerza moral y aureolado por la regeneración espiritual del mundo. Un *abismo* la separa de los mitos paganos».

122. Jesús se aparece a Pedro y a dos discípulos en el camino de Emmaús [2]

(*Marc.* 16, 12-13. *Luc.* 24, 13-35)

1. Duelo de los discípulos de Emmaús. 2. El Salvador los consuela. 3. Alegría de los discípulos de Emmaús. 4. El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a Simón.

498. El mismo día caminaban dos de los discípulos a un lugar por nombre *Emmaús,* distante 60 estadios [3] de Jerusalén. Iban hablando

[1] Esser-Mausbach, *Religion, Christentum, Kirche* II[4] (1921) 304.

[2] Hermosos pensamientos acerca de los discípulos de Emmaús, figura de muchos amigos de Cristo, encierra la Carta Pastoral de M. Eberhard (*Kanzelvorträge* V[2] [Friburgo 1890] 373; cfr. ibid también IV[3] [1890] 300).

[3] Unas 3 horas u 11,25 Km. (cfr. pág. 222, nota 5). *HL* 1904, 170 ss. y 174.

acerca de todo lo ocurrido. Mientras así departían, mostróseles Jesús en otra figura [1]; y acercándoseles, fué en su compañía. Los ojos de los discípulos estaban como cerrados para que no le reconociesen [2]. El les dijo: «¿Qué conversación es esa que lleváis entre vosotros por el camino, y por qué estáis tristes?» Y respondiendo uno de ellos, llamado *Cleofás* [3], le dijo: «¿Tú solo eres el forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?» Replicó él: «¿Qué cosas?» «Lo de Jesús Nazareno, respondieron, el cual era profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros jefes le entregaron para que fuese condenado a muerte, y le han crucificado. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel [4]; mas, después de todo eso, hoy es el tercer día [5] desde que sucedieron esas cosas. Sin embargo, algunas mujeres de los nuestros nos han sobresaltado [6], porque antes de ser de día fueron al Sepulcro y, no habiendo hallado su cuerpo, volvieron, diciendo habérseles aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado que está vivo. Con eso algunos de los nuestros han ido al Sepulcro y hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron; pero a Jesús no le han encontrado» [7].

499. «¡Oh necios, y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas!» díjoles entonces él. «Pues, ¿qué? *¿por ventura no era necesario que Cristo padeciese todas estas cosas, y así entrase en su gloria?*» Y empezando por Moisés, y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba todos los lugares de las Escrituras que hablaban de él.

500. En esto llegaron cerca de la aldea adonde iban; y él hizo muestras de ir más lejos [8]. Y ellos le hicieron fuerza [9], diciendo: «Quédate con nosotros, que la noche llega, y el día ya ha declinado». Entró, pues, con ellos. Y estando juntos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo; y habiéndolo partido, se lo dió [10]. Entonces se les abrieron los ojos, y le conocieron;

---

[1] A Magdalena se le apareció en figura de jardinero (núm. 492); aquí se aparece en figura de «extranjero», es decir, de peregrino.

[2] El médico divino trataba con ellos de la manera más indicada para curar sus dudas.

[3] No es probable que fuera el marido de la «hermana» de la Sma. Virgen (núm. 104), pues no se indica que lo fuese y ambos discípulos eran, a lo que parece, de Emmaús, como se desprende de la amable invitación: *Mane nobiscum,* etc. No tiene probabilidad la hipótesis de haber sido Lucas uno de los dos discípulos (véase Belser, *Einl.*[2] 115). Hónrase en la Iglesia a Cleofás como a mártir (*Martirol. Rom. 25 Sept.*).

[4] Hablan casi como si se viesen defraudados en sus esperanzas. Evidentemente se imaginan a Jesús como a fundador de un reino santo, pero terreno, como a libertador de la esclavitud temporal.

[5] Para el cual estaba señalada la promesa de la Resurrección, de cuyo cumplimiento, sin embargo, hasta ahora nada sabemos *nosotros.*

[6] Propiamente: «nos han sacado fuera de nosotros mismos» y nos han sobresaltado y asombrado de tal manera, que, confusos, no sabemos qué pensar y andamos vacilantes entre el temor y la esperanza. [7] Cfr. núms. 491 y 493.

[8] Quería quedarse, mas no sin ser invitado por ellos. El quedarse con ellos debía de ser premio a la hospitalidad y al aprovechamiento de la gracia que acababa de dispensarles.

[9] Con su insistencia le hacían fuerza para que se quedase. Era el primer fruto de la instrucción que les daba; ésta había hallado corazones sensibles. A esta primera gracia bien aprovechada siguieron otras mucho mayores.

[10] Los Padres antiguos y algunos exegetas (también Belser, *Geschichte des Leidens... des Herrn* 478 y 487 s.), fundándose en que los evangelistas emplean estas mismas palabras en el relato de la comunión del Cenáculo (cfr. núm. 345), y sobre todo en que para

mas él desapareció de su vista. Ellos se decían el uno al otro: «¿No es cierto que nuestro corazón ardía dentro de nosotros [1] cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y levantándose al punto, regresaron a Jerusalén, donde hallaron congregados a los Once y a otros discípulos [2], que les dijeron: «El Señor ha resucitado realmente, y se ha aparecido a Simón» [3]. Ellos por su parte contaban lo que les había sucedido en el camino, y cómo le habían conocido en la fracción del pan; pero no les creyeron.

501. La cuestión de Emmaús. La autoridad e importancia del relato evangélico no sufren menoscabo por la incertidumbre del sitio donde estuvo Emmaús. Sin embargo, esta cuestión topográfica, bastante embrollada, ha despertado gran interés. La discusión gira hoy en torno de *Amwâs (Nicópolis)* y *Kubébe*. La primera está situada en el borde occidental de las montañas de Judá, donde comienzan las tierras bajas, distante de Jerusalén 176 estadios o 22 millas romanas, o sea, 33 Km., en dirección noroeste; es célebre por una gran victoria de Judas Macabeo sobre los generales sirios Gorgias y Nicanor [4]. Kubébe está unas tres horas al noroeste de Jerusalén (60 estadios, según las medidas de Schick). Nos decidimos [5] por Kubébe, fundados en las razones siguientes: 1. Según la variante mejor atestiguada por los manuscritos, Emmaús distaba de Jerusalén «60 estadios», o sea, 11,25 Km., tres horas; y el contexto exige una distancia semejante (y no mayor). Los dos discípulos pudieron recorrer ese trecho dos veces en aquella tarde del domingo, llegando todavía para las 9 de la noche al Cenáculo de Jerusalén. De esa suerte están en perfecto acuerdo las palabras de Lucas (24, 29): «que la noche llega», y aquellas otras del mismo (25, 33): «Y, levantándose al punto, regresaron a Jerusalén», con las del Evangelio de san Juan (20, 19 ss.): «Siendo ya tarde aquel día». Debemos observar además que Lucas dice que Emmaús era una aldea, y que Marcos 16, 12 coincide con él cuando dice que ambos discípulos «salieron de paseo». Según

---

san Lucas «partir el pan» es celebrar el misterio de la Eucaristía (cfr. *Act.* 2, 42 46; 20, 7 11), suponen que Jesús dió aquí a los dos discípulos a comer su cuerpo bajo la especie de pan. Por eso dice san Jerónimo (*Epitaph. Paulae. sive Epist.* 108, al. 27, n. 8) que Jesucristo convirtió en Iglesia la casa de Cleofás (cfr. también san Agustín, *De cons. Evang.* 3, 25, 72). De suponerlo, habríamos de admitir que aquellos dos discípulos asistieron cuatro días antes a la institución de la Eucaristía, aunque no se diga expresamente, como también a la solemne aparición del Señor en un monte de Galilea o en el Olivete cuando la Ascensión a los cielos (*Matth.* 28, 16; I *Cor.* 15, 6; *Marc.* 16, 14; *Luc.* 24, 33 ss.; también *Act.* 1, 6 ss. 13 ss.), o que el Señor les abrió los ojos de tal suerte por la virtud de la Eucaristía, que le comprendieron por la fe y aun le reconocieron externamente.

[1] ¿No estaba del todo conmovido y lleno de indecible alegría? Era el fuego que Jesús trajo a la tierra, para que ardiera (núm. 250). Este fuego sagrado trata ahora de propagarse.

[2] En el Cenáculo (cfr. núm. 339) y estando las puertas cerradas.

[3] Cfr. página 452, nota 6.—Esto no se aviene, al parecer, con lo que luego leemos (en Marcos 16, 13): que no les dieron crédito a los discípulos de Emmaús. Mas bien pudo seguir a la alegría por la Resurrección un súbito y triste cambio de parecer; también pudo ser que algunos creyesen y otros dudasen o permaneciesen incrédulos. En lo que a esto respecta, de las palabras de Jesús consignadas en Lucas (24, 38 ss.) se desprende que no estaban muy convencidos.—*También a Santiago el Menor* le otorgó el Señor una aparición especial. De ambas apariciones da testimonio san Pablo (I *Cor.* 15, 5; cfr. núm. 496).

[4] I *Mach.* 3, 40 57 ss.; 4, 3 ss.

[5] Con Barnabé Meistermann (*Deux questions d'archéologie Palestinienne:* 1. *L'église d'Amwâs, l'Emmaüs-Nicopolis.* 2. *L'église de Quoubeibeh. l'Emmaüs de Saint Luc* [Jerusalén 1902]) y con Benvenuto Bazzochini (*L'Emmaüs di san Luca* [Roma]), principalmente contra Schiffers (*Amwâs, das Emmaüs des hl. Lukas* [Friburgo 1891]). — Cfr. también Vincent en *RB* 1903, 571; Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 41-78; Heidet, sin embargo, se pronuncia por Nicópolis (*HL* 1911, 213 ss.); mas no parece que proceda del todo imparcialmente en esta cuestión.

Flavio Josefo *(Bell.* 7, 6, 3), existía una «aldea» llamada Emmaús a los 60 estadios de Jerusalén. El relato evangélico, por consiguiente, conviene a la aldea de Kubébe, mas no a la ciudad de Amwâs (Nicópolis), que dista 8 horas de Jerusalén. El *Codex Sinaiticus* trae la variante «160 estadios», y es argumento en favor de ella haber Jerónimo [1] y Eusebio señalado en Emmaús la patria de Cleofás. Pero dicha variante no es probable, pues no se aviene con el relato. No se comprende que los discípulos que acababan de hacer un recorrido de 160 estadios (8 horas), hubiesen desandado el camino «viniéndoseles la noche encima» y «habiendo declinado ya el día». En el siglo III ya no existía la aldea de Emmaús a 60 estadios de Jerusalén, mientras que estaba en todo su florecimiento la ciudad de este nombre que hacia el año 223 recibió el nombre de Nicópolis. Esto explica la variante del *Codex Sinaiticus,* el cual, identificando la ciudad con la aldea, corrigió los 60 estadios y leyó 160. No advirtió el corrector que aun así la narración no convenía a la ciudad de Amwâs (Nicópolis), que dista de la capital, no 160 estadios, sino 176. Prescindiendo del *Codex Sinaiticus,* los mejores manuscritos han conservado la lectura verdadera.

2. Se puede demostrar que desde las Cruzadas, mas no antes, existe una tradición local que identifica a Kubébe con el Emmaús bíblico. Pero seguramente no carecieron los Cruzados de noticias antiguas relativas a este punto; pues las ruinas de una basílica construída sobre una sencilla casa apuntan al siglo VI. Una comisión dirigida por Schick, consejero técnico alemán de construcciones, ha demostrado suficientemente que esta iglesia estaba erigida sobre una casa venerada como santuario; lo indican ciertas anomalías de la planta. Los constructores de ella creyeron sin duda construir en el Emmaús del Evangelio y erigir la basílica sobre la casa de Cleofás, en la cual Jesús partió el pan a los discípulos. En cambio no se puede alegar las ruinas de Amwâs (Nicópolis) para demostrar la identidad de esta ciudad con el Emmaús bíblico; porque las ruinas en cuestión proceden de un balneario romano de fines del siglo I o de principios del II, transformado en el siglo VI en basílica consagrada a los santos Macabeos. *La tradición de los Cruzados, conservada por los hijos de san Francisco, tiene, pues, todas las garantías de certeza; de donde la aldea de Kubébe puede considerarse el Emmaús del Nuevo Testamento.* Sobre las ruinas del antiguo convento que compró la marquesa Paulina Nicolay († el 9 de junio de 1868) para regalarlo a la Orden Franciscana, se eleva hoy una hermosa iglesia. Contiguo tienen los hijos de san Francisco un hospicio donde reciben amorosamente al cansado peregrino y de corazón le invitan, como un día Cleofás al divino Maestro: *Mane nobiscum,* «quédate con nosotros». Allí se retiran los PP. Franciscanos de la basílica del Santo Sepulcro a descansar de las fatigas de tres meses de trabajo asiduo (núm. 488). En el valle, un cuarto de hora al noroeste de la iglesia, brota de la roca una hermosa fuente, llamada por los árabes «el-Adschab», es decir, la milagrosa. También la *Deutscher Verein vom Heiligen Land* adquirió en Emmaús una finca magnífica, que las manos diligentes y cuidadosas de los PP. Lazaristas han transformado de pedregoso desierto en paraíso [2].

123. Jesús se aparece en el Cenáculo a los discípulos

(Luc. 24, 36-43. *Joann.* 20, 19-23)

1. Estado de ánimo de los discípulos. 2. Aparición del Señor. 3. Misión de los apóstoles. 4. Institución del sacramento de la Penitencia.

502. Mientras todavía hablaban estas cosas los discípulos que regresaron de Emmaús, siendo ya muy tarde, y estando cerradas las puertas

[1] Klostermann, *Eusebius' Onomastikon der hebräischen Ortsnamen.*

[2] Saad, *Die deutsche Siedlung und Sommerfrische Emmaus-Kubêbe bei Jerusalem (mit Sonderkarte), in Deutsche Erde, Zeitschr. für Deutschkunde* 1909, 144.

de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, aparecióse Jesús en medio de ellos [1] y les dijo: «La paz sea con vosotros [2]. Soy yo, no temáis». Ellos, empero, atónitos y atemorizados, se imaginaban ver algún espíritu. Y Jesús les dijo: «¿De qué os asustáis y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo; palpad, y considerad que un espíritu no tiene carne, ni huesos, como veis que yo tengo». Diciendo esto, les mostró las manos, los pies y el costado [3]. Mas como ellos, fuera de sí de gozo y asombro, aun no lo acabasen de creer [4], les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Ellos le presentaron un trozo de pez asado y un panal de miel. Comido que hubo delante de ellos, tomando las sobras se las dió [5].

Díjoles nuevamente: «La paz sea con vosotros. **Como mi Padre me envió, así yo os envío también a vosotros**». Dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: «**Recibid el Espíritu Santo** [6]. **A aquéllos cuyos pecados perdonareis, les serán perdonados; a aquéllos a quienes se los retuviereis, les serán retenidos**».

503. Con aquellas clarísimas palabras: «Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros», confiere Jesús a sus discípulos los plenos poderes que su Padre le diera. Esta *plena potestad de Cristo*, encaminada a limpiar del pecado a los hombres, a santificarlos mediante su palabra, los tesoros de sus gracias, su dirección y su ejemplo, encerraba en sí *el magisterio, el sacerdocio y el episcopado* de la Iglesia. Con ello cumplió Cristo la promesa que antes hiciera a los apóstoles, en especial a Pedro [7]. En las palabras pronunciadas a continuación: «A aquéllos cuyos pecados, etc.», separa Jesús una parte *especial* comprendida en dicha potestad *general:* confiere a los apóstoles la potestad especial de perdonar los pecados a ejemplo suyo y en su nombre a quienes sinceramente se arrepintieren de ellos. *Quede aquí, por consiguiente, instituído el sacramento de la Penitencia.* Cristo dice en general y sin excepción alguna: «*A quienes* perdonareis los pecados, etc.»; y añade: «les son perdonados, etc.», es decir, les

---

[1] Ahora, por fin, había de ceder la incredulidad a la evidencia.

[2] Acerca de este saludo de Cristo cfr. Eberhard, *Kanzelvorträge* IV³ 246.

[3] Esto presupone necesariamente la perforación de los pies por los clavos (cfr. número 427). El Salvador les ofreció, pues, las manos y los pies para que mirasen y palpasen las llagas. Del requerimiento expreso de Cristo y de su intención claramente aquí manifestada de que los apóstoles se cerciorasen mediante los sentidos externos de la realidad de la Resurrección, se desprende que tocaron efectivamente las manos, los pies y el costado de Cristo. A esto alude también aquello de Tomás: «Si yo no introdujere (como vosotros) mi dedo en el lugar de los clavos», etc., y probablemente también aquella aseveración de san Juan (I *Ioann.* 1, 1): «Lo que fué desde el principio, lo que oímos y contemplamos, y del Verbo de la vida *palparon nuestras manos,* os anunciamos». Pues aunque el Apóstol san Juan habla aquí en general, debe de referirse, sin embargo, principalmente a los días que Jesús estuvo con ellos después de la Resurrección, pues éstos eran de valor decisivo en la cuestión de si Cristo anduvo en este mundo con cuerpo aparente o con cuerpo real.

[4] La alegría que les proporcionaba el Señor con su Resurrección era tan súbita, sorprendente y extraordinaria, que, mudos e inmóviles, dudaban todavía si era verdad tanta dicha. Lo mismo aconteció a Jacob al oír que vivía José su hijo (*Gen.* 45, 26), y a san Pedro cuando se vió librado de la cárcel por el ángel (*Act.* 12, 9; núm. 611).

[5] Al verle tomar alimento se convencieron aun más de la realidad de su Resurrección (cfr. *Act.* 10, 41; núm. 599).—El cuerpo resucitado de Jesús *no necesitaba* ya del manjar terreno; pero, como verdadero cuerpo, tenía capacidad para disfrutar de las viandas (cfr. Schneider, *Das andere Leben*⁶ 405).

[6] Cfr. Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien* 120 ss.; W. Reinhard, *Das Wirken des Heiligen Geistes im Menschen* (Friburgo 1918).

[7] *Matth.* 16, 18; 18, 18; cfr. núms. 199 y 215.

son perdonados *en realidad, delante de Dios,* o *en el cielo* (como dice hablando del poder apostólico de las llaves y de la potestad de atar y desatar). Al mismo tiempo, bajo el signo simbólico de la insuflación les comunicó el *Espíritu Santo,* es decir, la *gracia* necesaria para ejercer dignamente la potestad de perdonar los pecados; en Pentecostés habían de recibir el Espíritu Santo con sus maravillosos carismas. Al conferir Cristo a los apóstoles y a sus sucesores la potestad de perdonar o retener los pecados a los fieles, les impone a la vez la obligación de sentenciar en calidad de *jueces.* Mas esto no lo pueden hacer sin previo conocimiento de los pecados, el cual no se puede obtener sino *por la confesión sincera del pecador.* Aquí se impone, por consiguiente, a los fieles el deber de confesar los pecados en particular. La tradición constante de la Iglesia viene a confirmar el sentido obvio y claro de las palabras de Jesucristo [1].

124. Jesús muestra a Tomás sus llagas

(*Ioann.* 20, 24-29)

1. Incredulidad de Tomás. 2. Aparición del Señor. 3. Fe de Tomás.

504. Tomás, empero, uno de los Doce, llamado Dídimo [2], no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: «Hemos visto al Señor». Mas él les respondió: «Si yo no viere en sus manos las señales de los clavos, y no introdujere mi dedo en las heridas que en ellos hicieron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré» [3].

Ocho días después [4], como estuviesen otra vez reunidos los discípulos en la misma sala, y Tomás con ellos, entró Jesús estando las puertas cerradas; y puesto en medio de ellos, les dijo: «La paz sea con vosotros». Después dijo a Tomás: «Introduce aquí tu dedo, y alarga tu mano y ponla en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel». Respondió Tomás, y le dijo: «**¡Señor mío, y Dios mío!**» [5] Díjole Jesús: «¡Tomás! has creído porque has visto; bienaventurados los que no vieron y creyeron» [6].

---

[1] Cfr. *Conc. Trid. sess. XIV de Poen. can. 3.* He aquí dos proposiciones modernistas, tomadas de los escritos de Loisy, las cuales se hallan entre las condenadas en el decreto *Lamentabili sane:* 46. «En la primitiva Iglesia no existió el concepto del pecador cristiano reconciliado por la autoridad de la Iglesia; sino que lentamente se acostumbró la Iglesia a ese concepto. Aun después que se reconoció la *Penitencia* como institución eclesiástica, no se le da con el nombre de «sacramento», pues se le consideraba como un sacramento oprobioso». 47. «Las palabras del Señor: "Recibid el Espíritu Santo; los pecados que perdonareis..." (*Ioann.* 20, 22-23), no se refieren al sacramento de la *Penitencia,* por más que digan los Padres de Trento» (véase *StL* 74 1908, 510 ss.); cfr. también Bessmer, *Theologie und Philosophie des Modernismus* (Friburgo 1912) 395 s. 404 s.

[2] Página 184, nota 9.

[3] Evidentemente los apóstoles le habían hablado de las llagas del Señor. Pero Tomás no cree, por más que testigos veracísimos atestiguan unánimes el hecho. Dios lo permitió para nuestro bien (*ZKTh* 1895, 584).

[4] De nuevo en *domingo* (cfr. núm. 505).

[5] Este dicho, a juzgar por el sentido claro de las palabras y por el contexto, no es sólo una *exclamación* de asombro, sino una *invocación* dirigida al Salvador, a quien Tomás ve delante, y una *confesión* de la divinidad de Jesús. La expresión «Señor y Dios» se emplea en el Antiguo Testamento exclusivamente para designar al verdadero Dios; Tomás no podía confesar con más precisión y brevedad, y al mismo tiempo con más fuego y sumisión, su fe en la divinidad del Maestro. Toda su alma estaba puesta en esas palabras, como la de Magdalena en aquellas otras: *¡Rabboni!* (cfr. núm. 492; Seitz, *Das Evangelium vom Gottessohn* 269; *ThG* 1910, 286 ss.).

[6] El Salvador alabó la confesión de Pedro (núm. 199); la de Tomás, no la admitió sin cierta censura, pues este Apóstol se convenció ante la evidencia que le daba la percepción de los sentidos externos. Con este motivo ensalza el Salvador a aquéllos que por el testi-

505. El haber Jesús conservado **las llagas** fué para convencer a los apóstoles y a nosotros de que su cuerpo resucitado no era distinto del que padeció; para recordarnos cuán indecibles tormentos le costó nuestra salud; para representarnos de una manera visible su lucha victoriosa contra Satanás y el infierno; para adornar su cuerpo glorioso con la fuente de sus dolores [1]; para despertar en nosotros amor íntimo y encendido hacia él, poniéndonoslas ante los ojos, particularmente la del costado; para ofrecernos un refugio seguro donde acudir en nuestras pruebas y tribulaciones [2]. «En las llagas del Salvador, dice un piadoso escritor antiguo, encuentro mi segura morada... Cuando me acomete un mal pensamiento, me refugio en las llagas de Cristo», etc. [3].

Aquí encontramos el primer indicio de haber los apóstoles señalado desde el principio el **domingo,** día de la Resurrección, para honrar al Señor con culto especial practicado en común. No se puede, sin embargo, demostrar que los apóstoles hubiesen directamente abolido el sábado; los judío-cristianos de Palestina debían observar el sábado mientras subsistiese el Estado judío, porque las leyes religiosas eran a la vez leyes del Estado. Pero se ve por *Col.* 2, 16 que se declaró no ser obligatorio el sábado para los cristianos de la gentilidad; éstos fueron muy pronto mayoría en la Iglesia, con lo cual el domingo sustituyó al sábado entre los cristianos, como día en que el Señor, resucitando de entre los muertos, terminó y selló la obra de la Redención del género humano [4], que es una segunda y espiritual Creación [5]. Diósele por ello el nombre de *día del Señor* [6], fué señalado entre los días de la semana para el culto divino, para la celebración de los divinos misterios [7]; y en las reuniones que con este fin se celebraban el primer día de la semana, mandó san Pablo que se hiciera la colecta para los cristianos pobres de Judea [8]. Los testimonios más antiguos de la *tradición* confirman el origen apostólico de la fiesta dominical cristiana. De él hablan clara y distintamente los Padres más antiguos [9]; y aun los mismos paganos lo conocían, como se colige de la carta de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, al emperador Trajano, donde le da cuenta de que los cristianos «se reúnen un día señalado, antes del alba, para cantar un himno a Cristo, a quien adoran como a Dios». No hay duda que este día «señalado» es el domingo [10]. Celébrase también este

---

monio de la Iglesia, y no por el de los sentidos, creen en su Resurrección y en su divinidad. A otra cosa se refería el Salvador cuando dijo en cierta ocasión: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis», etc. (núms. 161 y 221).

[1] Canta la Iglesia en la fiesta de los santos Apóstoles del tiempo pascual en el himno de Laudes: *In carne Christi vulnera micare tamquam sidera mirantur,* «contemplan admirados las llagas de su cuerpo que resplandecen como estrellas».

[2] Cfr. *Gal.* 2, 19 s.; 6, 17; II *Cor.* 4, 10; *Col.* 1, 24.

[3] *Inter opera S. Aug., Manuale* c. 21-23; cfr. también núm. 452.

[4] *Ephes.* 2, 10; II *Cor.* 5, 17. [5] Núm. 471.

[6] *Apoc.* 1, 10. [7] *Act.* 20, 7. [8] I *Cor.* 16, 2.

[9] Hülster, *Die ältesten patristischen Zeugnisse für die Sonntagsheiligung,* en *ThG* 1909, 211 s.; *für die Sonntagsruhe,* ibid. 381.

[10] Acerca de la celebración del domingo Cfr. Kellner, *Heortologie*[3] 4 ss.; Duchesne, *Origines du culte chrétien* (París 1898) 46 ss.; acerca de la relación del sábado con el tercer mandamiento (*Die Beziehungen der Sonntagsfeier zum dritten Gebot des Dekalogs)* véase *ZKTh* 1913, 563 709; también *Kath* 1916 II 1 ss.; Rüscher, *Sabbat und Sonntag im Lichte des NT, zugleich Widerlegung der adventistischen Schrift: Der Sabbat und der Sonntag* (Gotha 1914).—Gunkel (*Zum religionsgeschichtlichen Verständnis des NT* 73 ss.) niega que la fiesta cristiana del domingo fuese un desarrollo natural del sábado judío, y sostiene la siguiente tesis: «Al adoptar la primitiva comunidad cristiana la fiesta del domingo, tomóla *indirectamente* (es decir, mediante ciertos círculos judíos influídos por el babilonismo) de un antiguo día (babilónico) de los dioses». Resume en las siguientes preguntas las objeciones contra la explicación de que la fiesta del domingo sea una evolución natural del sábado: «¿Cómo se llegó a celebrar *todas las semanas* el día de la Resurrección? ¿Cómo se explica que ese día se llamase día del *Señor,* que ese día se dedicase a Jesucristo? ¿Qué tiene que ver Jesús con un día determinado de la semana? ¿Por qué se fijó la Resurrección precisamente en domingo?» Instituyóse en domingo la fiesta de la Resurrección, comenzando por la última pregunta, porque Jesucristo murió en

día la venida del Espíritu Santo y el principio de la Creación; es, pues, un día consagrado a la Santísima Trinidad. (De ahí la costumbre de recitar el *Credo* y el *Prefacio de Trinitate* [cuando no lo tiene propio] en la Misa, y el *Símbolo de san Anastasio* en Prima).

125. Jesús confiere a Pedro el cargo de Pastor Supremo y le predice muerte de cruz

(*Ioann.* 21, 1-24)

1. El Salvador se aparece a los discípulos en el lago. 2. Pesca milagrosa: «¡Es el Señor!». 3. El Salvador confiere definitivamente a Pedro el primado. 4. El Salvador predice a Pedro el martirio. 5. Juan ha de quedar hasta que Jesús venga.

506. Por orden del Señor los apóstoles habían marchado de Jerusalén a Galilea [1]. Allí se les apareció de nuevo en el lago de Tiberíades [2] (véase lámina 3 a y b); y fué de la siguiente manera: Hallábanse juntos Simón Pedro, Tomás, llamado Dídimo, Natanael, el cual era de Caná de Galilea [3], los hijos de Zebedeo [4] y otros dos discípulos. Díceles Simón Pedro: «Voy a pescar». Respóndenle ellos: «Vamos también nosotros contigo». Fueron, pues, y entraron en la barca [5]; mas aquella noche no cogieron nada.

507. Venida la mañana, se apareció Jesús en la ribera; pero los discípulos no le conocieron. Díceles Jesús: «Muchachos, ¿tenéis algo que comer?» Respondiéronle: «No». Díceles él: «Echad la red a la derecha [6] de la barca y encontraréis». Echáronla, pues; y ya no podían sacarla por la multitud de peces [7]. Entonces el discípulo aquel que Jesús amaba dijo a

---

viernes, como se puede demostrar, y «al tercer día» resucitó. Es históricamente cierto que el tercer día se halló abierto y vacío el sepulcro...; por consiguiente: como hubiese «resucitado» y se «observase al tercer día que el cuerpo no estaba allí», de estos dos elementos nació la fórmula: «resucitó al tercer día», que luego se vió estar «de acuerdo con las Escrituras». Se celebró el domingo, día del triunfo del Señor, y se le llamó «día del Señor», porque se reconoció y confesó en Jesús al Dios y Señor y al fundador de la Nueva Alianza; y se celebró la fiesta *todas las semanas,* porque el concepto del sábado judío pasó al «sábado» del Nuevo Testamento. Ciertamente, favoreció a los cristianos el haber la semana planetaria de siete días desterrado en el imperio romano (ya en el siglo I a. Cr.) la antigua semana romana. No se ha conseguido aducir ni una sombra de prueba de que el domingo cristiano se tomara del culto solar babilónico o persa. Dada la repugnancia de los primeros cristianos a la idolatría y a todo cuanto con ella estuviese relacionado (cfr. I *Cor.* 10, 14 ss.), no se comprende que hubiesen tomado del paganismo el día festivo semanal. Es muy de notar que en el Nuevo Testamento ni una sola vez se lee *dies solis,* sino «primer día de la semana» (I *Cor.* 16, 2. *Act.* 20, 7) o «día del Señor» (*Apoc.* 1, 10). Los pueblos latinos usan el nombre *dies Dominica (domingo, dimanche);* los pueblos germánicos, el nombre astrológico (*Sonntag, sunday).*

[1] *Matth.* 28, 16.

[2] Según algunos, cerca de Tiberíades; según otros, junto a Ain et-Tabiga (iglesia *ad mensam Domini);* cfr. núm. 125; *HL* 1908, 176 s.; 1916, 164 ss.

[3] Núms. 99 y 137.

[4] Santiago el Mayor y Juan (cfr. núm. 119).

[5] El ser *una* la nave simboliza la unidad de la Iglesia, formada de judíos y de gentiles, bajo la autoridad de Pedro, su cabeza visible (núm. 126; cfr. *Ephes.* 2, 14 ss.; notas 6 y 7).

[6] Es *el lado de los escogidos;* en él se ha de manifestar la bendición que acompaña siempre la actividad del primado, es decir, del jerarca supremo; y sólo entran aquí en cuenta aquéllos que cooperan fielmente a la gracia y consiguen realmente la bienaventuranza.

[7] Para *investir solemnemente a san Pedro del cargo de pastor supremo,* Jesús obra aquí el mismo milagro que cuando le llamó a su seguimiento y le asignó puesto y

Pedro: *Es el Señor*. Apenas oyó Simón Pedro que era el Señor, vistióse la túnica (pues estaba desnudo [1]) y se echó al mar [2]. Los demás discípulos vinieron en la barca; pues no estaban lejos de la ribera, sino como unos 200 codos [3]. Al saltar en tierra, vieron preparadas unas brasas, y encima un pez y pan. Jesús les dijo: «Traed acá de los peces que acabáis de coger». Subió a la barca Simón Pedro y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes [4]. Y con ser tantos, no se rompió la red. Díceles Jesús: «Venid y comed». Y ninguno de los que estaban comiendo osaba preguntarle: «¿Quién eres tú?» sabiendo bien que era el Señor [5]. Acércase, pues, Jesús, y toma el pan, y se lo distribuye; y lo mismo hace del pez. Esta fué la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después que resucitó de entre los muertos [6].

508. Acabada la comida, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» Y Pedro le respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Dícele Jesús: *Apacienta mis corderos*. Dícele segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Respóndele Pedro: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Dícele Jesús: *Apacienta mis corderos*. Y por tercera vez le dice Jesús: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Entristecióse Pedro [7]

---

misión en la Iglesia (cfr. núm. 126). Sin duda, este milagro de ahora evocó en la memoria del Príncipe de los apóstoles el recuerdo de aquel otro y el significado que encerraba, y fué para los demás una lección que les hiciera ver de *quién* habían de esperar la bendición y el éxito de su actividad apostólica, y cómo debían trabajar estrechamente unidos en la caridad bajo la dependencia del supremo jerarca. Al mismo tiempo les confirmó, tanto a Pedro como a los demás apóstoles, en la fe en la Resurrección y en la omnipotencia de Jesús. De notar son también las *diversas circunstancias* de aquella pesca milagrosa, a saber: que la nave es *una sola*, que la red se echa a la derecha, que se anota el número y magnitud de los peces, que la red es arrastrada a tierra y no se rompe;—todo ello significa que los escogidos, es decir, los que arriban al puerto feliz de la eternidad, no llegan a él sino en calidad de hijos de la Iglesia de Cristo, cuya cabeza es Pedro (y que fuera de la Iglesia sólo se salvan aquéllos que la omnisciencia divina ve unidos interiormente, en el espíritu, con esta *única* verdadera Iglesia, aunque estén externamente separadas de la misma, mas no por su culpa). Cfr. san Agustín, *In Ioannis Evangelium* c. 21, *Tractatus* 122, 6-8 y *Sermones* 248-252; véase Schäfer, *Das Reich Gottes* 270.

[1] Estaba seguramente vestido con la corta camisilla de pescador; encima de ella se echó en seguida por respeto a Jesús la túnica sin mangas, que sujetó con el cinto; cfr. Kraus, *Realenzyklopädie* II 465.

[2] Para llegar al Señor sin dilación, mientras los otros arrastraban trabajosamente la red y no pudieron llegar tan rápidamente a la orilla.

[3] Refiérese, sin duda, al codo griego. De ser así, los 200 codos equivalen a medio estadio ó 300 pies, 93,5 m.; el codo tiene unos 47 centímetros; el pie, unos 31.

[4] *Los peces son grandes*, porque representan a los escogidos, que son grandes por la fuerza y santidad de vida, por la nobleza y las virtudes heroicas. *No por ello se rompe la red;* ninguno se pierde (cfr. *Ioann.* 17, 12; núm. 366), sino todos llegan a la ribera de la eterna felicidad. Nos da el evangelista el *número,* para declarar lo abundante de la pesca e indicarnos cuán profundamente se imprimió el milagro en los apóstoles.

[5] Lo veían sin género de duda en el milagro y en todo el proceder de Jesús. Aunque no se les apareció en la conocida figura, sin embargo, no se atrevieron a dudar que fuese él, pues se lo decían el milagro y el corazón. De análoga manera prueba Jesús nuestra fe en el celestial banquete de la Eucaristía. La fe completa o suple la insuficiencia de los sentidos *(Praestet fides supplementum sensuum defectui)*.

[6] Refiérese a las apariciones con que el Señor favoreció a todos los apóstoles o a los más de ellos. Tales fueron la de la tarde del día de la Resurrección, la de ocho días después y ésta.

[7] Remítese Pedro humildemente a la omnisciencia de Jesús, sin atreverse a decir que le ame *más* que los otros. La pregunta tres veces repetida le trae a la memoria la triple

porque le preguntaba por tercera vez: «¿me amas?», y le respondió: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes también que yo te amo». Díjole Jesús: *Apacienta mis ovejas.*

509. Jesús, el Buen Pastor [1], nombra aquí a Pedro lugarteniente suyo y le confiere solemnemente el **cargo,** antes prometido, **de pastor supremo** de su Iglesia [2]. En efecto, el Salvador se dirige a Pedro *solo,* no a todos los apóstoles; más aun, le separa de los demás con la pregunta: «¿Me amas tú más que éstos?» A él solo y a sus legítimos sucesores confía el gobierno de *toda la Iglesia;* pues corderos y ovejas componen todo el rebaño. — La *triple pregunta* de Jesús corresponde a la triple negación, que Pedro subsanó con la triple declaración de su íntimo y ferviente amor; con ello quiso el Señor dar a entender que, a pesar de la negación, cumple ahora la promesa. También con ello quiso indicar *a todos los pastores de su Iglesia,* que no deben buscarse y amarse a sí mismos, ni sus cosas, sino a Jesús, y que el amor a él debe ser el móvil de su sagrado ministerio [3].

510. En verdad, en verdad te digo que, cuando eras más mozo, tú mismo te ceñías el vestido, e ibas adonde querías; mas en siendo viejo, *extenderás tus manos, y otro te ceñirá,* y te conducirá adonde tú no quieras». Y esto lo dijo para indicar con qué muerte había Pedro de glorificar a Dios.

511. Y después de decir esto, añadió dirigiéndose a Pedro: «Sígueme». Volviéndose Pedro, vió que le seguía el discípulo amado de Jesús, aquél que en la cena se reclinara sobre su pecho y le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que te hará traición?» Pedro, pues, habiéndole visto, dijo a Jesús: «Señor, ¿qué será de éste? Respondióle Jesús: «*Si yo quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué te importa?* Tú sígueme». Y de aquí se originó entre los hermanos el rumor que este discípulo no moriría. Mas no le dijo Jesús que no moriría, sino: «Si yo quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué te importa?» Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito; y sabemos que su testimonio es verdadero [4].

512. Jesús disipa los temores de Pedro asegurándole que permanecerá fiel a su Maestro, constante y animoso, que le dará *la prueba más alta de amor con el sacrificio de su vida* [5] y que, como legítimo vicario suyo en el ministerio pastoral, le ha de imitar a él, «príncipe de los pastores» [6], en el género de muerte, *acabando su vida en una cruz.* Las palabras: «Extenderás tus manos (en la cruz), y otro te ceñirá (es decir, te pondrá el ceñidor y las ataduras, te sujetará [7], te clavará en la cruz), y te conducirá adonde tú no quieras», anuncian la muerte violenta y sobremanera dolorosa de Pedro [8].

513. Las palabras de Jesús acerca del **género de muerte de Pedro** eran oscuras y misteriosas. Con razón, pues, infieren algunos de la observación de san Juan que los primeros lectores de su Evangelio vieron el cumplimiento

negación y le hace temer que puede también aquí equivocarse, como se equivocó allí en lo tocante a su constancia (núm. 353 s.).

[1] Núm. 238 ss.

[2] Núms. 98 y 199. Tillmann, *Jesus und das Papsttum* (Colonia 1910) 48 ss. *MKR* 1911, 139 s. Cfr. también las hermosas palabras de san Bernardo al papa Eugenio III, *De consideratione* 3, 8.

[3] Cfr. san Agustín, *Tract. 123 in Ioann.* n. 5. [4] Véase núm. 24.

[5] Núm. 360. [6] I *Petr.* 5, 4. [7] Núm. 428.

[8] Cfr. núm. 427; también 390, 420 y 446.

y sabían muy bien *de qué género de muerte* acabó san Pedro. Pero si supieron esto, no ignoraron *el lugar en que murió;* y como la antigüedad cristiana señala desde el principio siempre Roma, y no otra ciudad, como lugar del martirio del Príncipe de los apóstoles, el Evangelio mismo viene a darnos un testimonio, no ciertamente directo, pero sí seguro, del lugar en que muriera san Pedro [1].

Una acción simbólica ha de terminar la misión de Pedro: «¡Sígueme!», conviene a saber, ***hasta la muerte de cruz.*** Despiértase en Pedro la curiosidad de saber si el *discípulo amado* no ha de correr la misma suerte. Jesús le reprende su curiosidad. Si no le he dicho como a ti: «¡Sígueme!», antes bien, si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú atiende a tu elevada misión.

514. También *respecto del discípulo amado* se expresó Jesús con palabras oscuras y misteriosas. Súpose el significado de las relativas a Pedro mucho después de haberse cumplido, cuando san Juan escribió su Evangelio; de ahí concluyeron algunos que no había de morir, antes bien vivir hasta la segunda venida del Señor. El mismo san Juan no podía declarar errónea en absoluto dicha opinión, pero tampoco seguramente cierta. Por eso se contenta con observar que aquella opinión no estaba necesariamente fundada en las palabras de Jesús, pero que éstas seguían siendo verdaderas aunque él muriese. Así era en efecto; las palabras de Jesús sólo significaban que Juan no había de morir en una cruz, ni siquiera había de ser martirizado como los demás apóstoles, sino que Jesús mismo vendría a sacarle de esta vida por la vía de la muerte natural [2]; lo cual deseaba ardientemente el discípulo amado [3].

126. Solemne manifestación del Señor en un monte de Galilea. Misión [4] de los apóstoles

(*Matth.* 28, 16-20)

1. Circunstancias de la aparición. 2. Importancia de la misma: Misión apostólica; encargo de bautizar.

515. Entre todas las apariciones del Resucitado, fué particularmente solemne y grandiosa la de Galilea [5]. Habíala anunciado Jesús a los apóstoles por medio de las piadosas mujeres el día mismo de su Resurrección [6]. Más tarde les indicó el lugar que para ello tenía escogido. Fueron, pues, los Once al monte que Jesús había señalado [7], y les acompañaron *más* de 500 discípulos [8]. Y al verle, le adoraron, si bien algunos tuvieron sus dudas [9]. Entonces Jesús acercándose les habló en estos términos: *A mí se*

---

[1] Más detalles en núms. 617 y 690 s.

[2] *Ioann.* 14, 3; núm. 356. [3] *Apoc.* 22, 20.

[4] Cfr. Meinertz, *Jesus und die Heidenmission* 167 ss.; el mismo, *Jesus als Begründer der Heidenmission,* en *ZM* I 21 ss. (también la defensa de la autenticidad del mandato de la misión). También en *ThG* I 601 ss.

[5] Cfr. núms. 495 y 506. [6] Núms. 490 y 492 ss.

[7] Según una tradición, el monte de las Bienaventuranzas (núm. 149); algunos son partidarios del Tabor (núm. 205). Para instituir solemnemente el apostolado y encomendar a los discípulos la misión de evangelizar el mundo, les señaló el Señor en una de sus apariciones el tiempo y el lugar, a fin de que se reuniesen y se preparasen con la oración. Los 500 discípulos habían de ser testigos de aquel acto sublime.

[8] Cfr. I *Cor.* 15, 6; núm. 496. Sin embargo, no está claro que la aparición relatada en *Matth.* 28, 16-20 y *Marc.* 16, 14-18 sea idéntica a la de I *Cor.* 15, 6 (cfr. Belser, *Geschichte des Leidens... des Herrn* 495 497).

[9] Después de tantas apariciones, no podían ya dudar *los apóstoles* que Jesús hubiese resucitado; por ello se supone que la observación se refiere a algunos de los quinientos discípulos, o que Mateo, el cual relata esta única aparición de Jesús a los discípulos, sólo

me ha dado toda potestad[1] *en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*[2], *enseñándoles a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

516. Este gran mensaje y esta magnífica promesa dió el Señor a los apóstoles en tan solemne aparición en presencia de 500 discípulos. Dice a los apóstoles: «*Por esto—porque* yo soy el Rey legítimo y tengo, por ende, el derecho de enviaros, y porque tengo potestad para fortaleceros y proteger vuestra labor contra todos los poderes enemigos—id *y enseñad* las verdades de la fe; *bautizad* y administrad los santos sacramentos; explicad *los preceptos del* Evangelio». Ahí está contenido todo cuanto Cristo confió a los pastores de su Iglesia, un poder que nadie les podrá dar ni quitar. La Iglesia lo ejerció en medio de las persecuciones más crueles y también bajo el amparo de poderosísimos protectores; aquéllas no se lo pudieron arrebatar, ni éstos eran quiénes para otorgárselo. Ese poder le viene del cielo; ni las potestades terrenas ni las infernales podrán arrancárselo.—*En nombre del Padre, etc.*, es decir, en virtud y con la plena autoridad de la Santísima Trinidad, invocando y confesando a las tres divinas personas. La Trinidad es quien da al agua la virtud de limpiar los pecados y de santificar; el neófito entra en comunión íntima con la Santísima Trinidad.

517. Manda aquí Jesucristo a sus discípulos administrar el **sacramento del Bautismo**[3] por todo el mundo, y al mismo tiempo les enseña *la forma* en que lo han de hacer. Una sola palabra que se alterase, el Bautismo sería inválido; es asimismo necesario que a las palabras acompañe la infusión del agua. También aquí está encerrado clara y distintamente el **misterio de la Santísima Trinidad;** *el nombre* designa la esencia, la esencia divina que es *una* y común a las tres personas; por eso dice: en *el* nombre, es decir, en *la* virtud y autoridad de las tres personas, y no: en *los* nombres. La expresión: «En el nombre *del Padre y del* Hijo *y del* Espíritu Santo» (con repetición de la conjunción y del artículo [en el texto griego]) demuestra que Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres personas distintas, y prohibe al mismo tiempo subordinar las dos últimas a la primera[4].

Para alentar y fortalecer a los apóstoles y a sus sucesores en tan difícil tarea, el Señor les hace esta promesa: *Ved que yo estoy con vosotros*, etc. A pesar de que dentro de poco voy a subir al Padre, yo estaré con vosotros con mi *asistencia y protección* sobrenatural, de suerte que vosotros y vuestros sucesores nada tendréis que temer de los poderes terrenos e infernales, antes bien podréis cumplir siempre vuestro cometido y, unidos con san Pedro y sus sucesores, *nunca os equivocaréis* en lo tocante a la fe y a las costumbres cristianas[5].

---

quiso con ello decirnos en general que éstos no creyeron por el momento, sino después de haberse convencido completamente de la verdad del milagro.

[1] Jesús tiene este poder recibido del Padre con su *naturaleza divina* desde la eternidad; lo tiene en cuanto hombre desde el primer momento de su *Encarnación,* por la unión de la naturaleza humana con la divina en la persona divina del Verbo; lo ha conseguido, ha querido en cierto modo apoderarse del señorío del mundo mediante su *Pasión y muerte*. En este último sentido habla aquí el Salvador de su poder y autoridad, conforme a los vaticinios de los profetas. El es por su muerte redentora la cabeza legítima, el verdadero Señor y Rey de toda la humanidad, como lo anunciaron los profetas (cfr. especialmente *Ps.* 2, 8; 21, 28 ss.; 44, 7 10 12; 71; 109; *Is.* 9, 6 7; *Dan.* 2, 44; 7. 13 ss., etc.).

[2] Cfr. Tosetti, *Der Heilige Geist als göttliche Person in den Evangelien* 57 ss.

[3] Acerca del concepto modernista del Bautismo, propuesto por Loisy, véase *StL* 74 (1908) 503 ss.; Bessmer, *Theologie und Philosophie des Modernismus* 382.

[4] Véase Tosetti l. c.

[5] Cfr. *Matth.* 16, 18; 18, 16-18; *Ioann.* 14, 16 17 26; 16, 13; núms. 198, 215, 357 y 362.

Todavía más: quiero quedarme con mi humanidad y mi divinidad entre vosotros en el *Sacramento del Altar* para comunicaros mediante él, a vosotros y a todos los fieles, abundantísimas mercedes y gracias [1].

127. Promesa del Espíritu Santo. Les inculca la misión apostólica. Ascensión. [2] Conclusión del Evangelio

(*Marc.* 16, 14-20. *Luc.* 24, 44-53. *Ioann.* 20, 30 31; 21, 25. *Act.* 1, 3-12)

1. Significado de las apariciones del Señor. 2. Ultima aparición. 3. Ultimos avisos: *a)* se han cumplido todas las profecías; *b)* los apóstoles han de dar de ello testimonio al mundo entero; *c)* para eso reciben el Espíritu Santo. 4. Ultima pregunta de los discípulos. 5. Ultimo precepto del Señor. 6. En el monte Olivete. 7. Ultima bendición. 8. Ascensión.

518. Manifestóse, pues, Jesús a los discípulos después de su Pasión dándoles muchas pruebas [3] de que vivía, apareciéndoseles en el espacio de *cuarenta días* y hablándoles de cosas tocantes al reino de Dios [4]. Y estando los apóstoles comiendo, se les apareció por última vez *en Jerusalén a los cuarenta días* de la Resurrección. Echóles en cara la incredulidad y dureza de corazón que habían demostrado no creyendo a los que le habían visto después de resucitado [5]. Luego les dijo: «Estas son las cosas que os decía cuando estaba aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos». Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras [6]. Y les dijo: «Así está escrito y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercer día, y que en nombre suyo se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones [7], empezando por Jerusalén. *Y vosotros sois los tes-*

---

[1] *Ioann.* 6, 57. *Luc.* 22, 19; núms. 186 s. y 344 ss.

[2] Cfr. Grimm-Zahn, *Leben Jesu* VII 548 ss.

[3] Habló con ellos; comió, hizo que le tocaran; cfr. *Act.* 1, 3 s.; I *Ioann.* 1, 1-4; cfr. página 460, nota 5.

[4] *Act.* 1, 2 s. Hízoles las últimas aclaraciones y dióles los postreros encargos acerca de la Iglesia, doctrinas, organización, régimen, etc. de la misma, y les consoló con la futura felicidad del cielo. De todas estas enseñanzas, sólo tres puntos han quedado consignados en los Evangelios: la institución del sacramento de la Penitencia, la colación a Pedro del cargo de pastor supremo y la misión y plena potestad de los apóstoles (núms. 495, 502 s. y 503 ss.). Son las tres instituciones más violentamente combatidas por los herejes.

[5] *Marc.* 16, 14. Los apóstoles no creyeron a Magdalena y a las piadosas mujeres. Tomás no creyó ni aun a los apóstoles (núms. 490 s., 492 y 504), por más que el Salvador había de antemano predicho repetidas veces que había de padecer, y morir, y resucitar al tercer día (núm. 490). Se lo echa en cara una vez más el Redentor, no para moverlos a la fe, que ya no era necesario, sino *para recordarles cuán obstinados habían estado en la incredulidad, y cómo se habían convencido del todo,* para por ese medio robustecerlos en la fe.

[6] Cfr. núm. 499. — Les *explicó* el sentido profundo y la conexión de los distintos libros y pasajes de la Sagrada Escritura, especialmente en lo que se refieren al Mesías, y con ello les dió la clave para que entendiesen el Antiguo Testamento en general. Al mismo tiempo los *iluminó* internamente mediante su gracia, para que comprendisen bien su explicación y se obligasen a ella con el entendimiento, el corazón y la voluntad (cfr. II *Petr.* 1, 20 s.), y dió en cierto modo la última mano a la preparación para el fructífero anuncio del Evangelio.

[7] *Esta necesidad* era simple consecuencia de haber el Antiguo Testamento prometido un Redentor divino y presentado su Resurrección y glorificación como prueba del valor del sacrificio de la cruz. El Antiguo Testamento enseñó también expresamente que la salud del Mesías había de ser anunciada a todo el mundo (cfr. *Gen.* 3, 15; 12, 1-3; 49, 10; *Ps.* 2; 109; *Is.* 2, 2; 6, 3; 9, 2 6 7; 11, 10; 49, 1 6; 60, 2 ss.). Cfr. también Meinertz,

tigos de estas cosas». Y les mandó que no partiesen de Jerusalén, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre [1], «la cual, dijo, oísteis de mi boca. Porque Juan bautizó con el agua [2], mas vosotros habéis de ser *bautizados en el Espíritu Santo* dentro de pocos días» [3].

519. Entonces le preguntaron los que se hallaban allí reunidos: «Señor, ¿es ahora cuando vas a *restaurar el reino de Israel?*» [4] A lo cual respondió Jesús: «No os corresponde a vosotros saber el tiempo y la hora que tiene el Padre reservados a su poder; mas recibiréis *la virtud del Espíritu Santo,* que descenderá sobre vosotros, y *me seréis testigos* en Jerusalén, y en toda Judea, y en Samaria, y hasta el cabo del mundo [5]. Id, pues [6], por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas [7]. El que creyere y se bautizare, se salvará [8]; pero el que no creyere, será condenado. A los que creyeren, acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios [9], hablarán nuevas lenguas [10], cogerán con la mano las serpientes [11]; y si algún licor venenoso bebieren, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán éstos curados» [12].

Jesus und die Heidenmission 2.—*La penitencia y el perdón de los pecados* era el mensaje evangélico más importante para los hombres, pues sin aquéllos les está cerrado el cielo; ese mensaje es el fruto principal de la Redención de Jesucristo, la aplicación de su preciosísima sangre para purificar del pecado las almas en el Bautismo y en la Penitencia y disponerlas a participar en todas las demás gracias del Redentor (cfr. I *Ioann.* 2, 1 ss.; 4, 9 s.).

[1] Es decir, el Espíritu Santo que os he prometido del Padre (*Ioann.* 14, 16; 15, 26; 16, 13; núms. 357 s. y 360 ss.).

[2] Cfr. núm. 89. [3] *Luc.* 24, 44-49. *Act.* 1, 4 s.

[4] Los discípulos se acordaron de que, según *Ioel* 2, 28 (cfr. núm. 539), la comunicación del Espíritu Santo era uno de los signos de la época mesiánica. De ahí la pregunta. Pero estaban dominados por el prejuicio de que el reino del Mesías era temporal y terreno, nacional (de ahí la frase: «reino *para* Israel», según el original griego); acerca de este punto les había de ilustrar el Espíritu Santo. Ellos mismos eran los encargados de fundar y propagar el reino del Mesías, reino mucho más sublime que el que ellos podían por entonces comprender (cfr. *Ioann.* 16, 12; núm. 362). El reino de Cristo no es político-nacional, sino religioso-espiritual; no es un reino escatológico, sino comienza en este mundo y se consuma en el otro (cfr. Bartmann, *Das Reich Gottes in der Heiligen Schrift,* en *BZF* V, 4/5). [5] *Act.* 1, 6-8. [6] *Marc.* 16, 15 ss.

[7] A todas las criaturas racionales, es decir, a todos los hombres sin excepción, de cualquier estado, edad y sexo que sean, grandes y pequeños, señores y esclavos, ricos y pobres, sabios e ignorantes; no ya sólo a los judíos, como antes (núm. 173), sino a todos los hombres. La Iglesia de Cristo ha de ser, pues, *católica,* es decir, universal; cfr. también san Agustín, *De unit. Eccl.* c. 11. — Es también de notar que el Salvador ordenó a los apóstoles *predicar* el Evangelio, no *escribirlo,* en prueba manifiesta de que, según su voluntad, **la tradición oral** es el camino adecuado e idóneo para que su enseñanza llegue a ser patrimonio común de todos los hombres (cfr. *Marc.* 16, 20; *Rom.* 10, 17; II *Tim.* 1, 13 s.; 2, 2; núm. 199, 518). De conformidad con esto, el *Salvador mismo* nada escribió, y sólo por *motivos especiales* escribieron *más tarde algunos apóstoles* parte de su doctrina. Existieron ya muchas comunidades cristianas antes que se escribiese libro alguno del Nuevo Testamento, y el Cristianismo estaba ya difundido por toda la tierra antes que existiese una decisión doctrinal acerca de la canonicidad de los libros del Nuevo Testamento (esto sucedió a fines del siglo IV; cfr. el capítulo acerca de los escritos de los apóstoles y de la formación del Canon del Nuevo Testamento).

[8] Si con sus obras no contradice a su fe, ni quebranta las promesas del Bautismo, antes bien une la caridad con la fe (cfr. núms. 148, 212, 121, 286, 326 y 328 ss.).

[9] Cfr. *Act.* 16, 18; 19, 11 12.

[10] Cfr. *Act.* 2, 4-12; 10, 46; I *Cor.* 12, 10 28 30; 14, 4 5. [11] *Act.* 28, 3-6.

[12] *Marc.* 16, 15-18. Cfr. *Act.* 3, 2 ss.; 5, 15; 9, 33 34; 19, 11 12. — Todos estos y otros innumerables milagros pudieron y pueden hacerse por la fe viva y en virtud del

520. Dicho esto, los llevó afuera camino de *Betania* [1] al monte Olivete (láminas 6 b y 8 a); y levantando las manos les bendijo; y mientras los bendecía, se fué separando de ellos y elevándose a vista de ellos, y *subió a los cielos, donde está sentado a la diestra del Padre* [2]. Una nube le sustrajo a sus miradas; y como quedasen ellos mirando cómo subía al cielo, aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: «Varones de Galilea, ¿por qué estáis ahí parados mirando al cielo? Este Jesús que separándose de vosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le acabáis de ver subir allá». [3] Después de ado-

---

nombre de Jesucristo, y se efectúan siempre que se necesitan medios extraordinarios para propagar y robustecer la fe; así se realizaron especialmente con frecuencia al principio de la Iglesia, y suceden siempre que son necesarios (cfr. san Agustín, *Civ. Dei* 22, 8; san Gregorio, *Hom. 29 in Evang.).* Acertadamente observa a este propósito Mausbach *(Kernfragen christlicher Welt-und Lebensanschauung* 33 s.): «La obra moral que representa el Evangelio, la vida para Dios y para el mundo futuro, descuella majestuosa y enhiesta sobre el nivel ético y social de aquel tiempo. El error había entrado en los derechos de la verdad; el pecado, la completa mundanidad y la sensualidad habían suplantado la virtud, la conciencia y aun la divinidad. ¿De dónde había de venir la fuerza para romper el "hechizo", para creer posible siquiera la renovación moral de la vida? El *milagro* mostró al hombre cómo la naturaleza exterior había sido elevada sobre su curso ordinario para más elevadas obras; el milagro pudo hacer que el hombre sospechara y esperase que, disuelto por una fuerza superior lo que le era *natural,* vencida la ley de la carne, se llegase a conseguir la libertad moral y la inmortalidad. Semejante contrapeso contra la inmoralidad socialmente legitimada y reinante fué superfluo una vez llegada a la adolescencia una nueva sociedad cristiana, e incorporados a la vida social los nuevos principios».

[1] De Jerusalén a Betania hay tres caminos: dos por la cumbre del Olivete, y otro al mediodía de la cumbre central, entre ésta y el monte del Escándalo (cfr. núm. 301). San Lucas (24, 50) dice «camino de Betania»; en *Act.* 1, 12 señala con más precisión como lugar de la Ascensión el monte de los Olivos, distante de Jerusalén *el camino de un sábado,* es decir, 2000 codos judíos ó 1050 m., un cuarto de hora. Jesús, por consiguiente, llevó a los discípulos por el camino que lleva a Betania pasando por el Olivete. — No andaría errado quien admitiese que a la Ascensión asistieron, además de los apóstoles, su Santísima Madre, las piadosas mujeres y muchos discípulos, quizá todos los que diez días después estaban reunidos en el Cenáculo y recibieron el Espíritu Santo *(Act.* 1, 13 ss.; 2, 1).

[2] *Marc.* 16, 19. *Luc.* 24, 50 s. Aun en cuanto a su naturaleza humana gloriosa recibió del Padre participación en la gloria divina y entró en posesión de su eterna gloria (cfr. núm. 515; *Ps.* 109, 1 ss.; *Rom.* 8, 34; *Hebr.* 10, 12 13; I *Cor.* 15, 24; I *Petr.* 3, 22). Las cuestiones teológicas acerca de la Ascensión de Cristo véanse en Pohle, *Lehrbuch der Dogmatik* II 233 s. — A fines del siglo VI comienzan las *representaciones artísticas* del Salvador subiendo a los cielos (puerta de Santa Sabina de Roma [quizá del siglo V], manuscrito de Rabulas, redomitas de aceite de Monza). Dos tipos predominan hasta la Edad Media: Cristo en su gloria, con aureola en forma de almendra, *sentado, o más frecuentemente cerniéndose* en los aires con la bandera de la Resurrección o con un rollo, abajo los apóstoles y la Santísima Virgen; o bien Cristo *subiendo* de un monte a los cielos, generalmente con la bandera de la Resurrección, sobre él la mano de Dios. «En las creaciones del Renacimiento viven ambas formas, sin que probablemente se den de ello cuenta los artistas. Según el primer modelo pintaron el Perugino, Taddeo Gaddi, Pietro Gerini; según el segundo tenemos el fresco de Giotto de la Arena de Padua (Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst* II 1, 354 ss. Detzel, *Christliche Ikonographie* I [Friburgo 1894] 486 ss.; ibid. reproducciones de la Ascensión de Giotto y del Perugino).

[3] Todos los justos del Antiguo Testamento miraron y esperaron con ansia la venida de Cristo; la *segunda* es esperada por todos los justos del Nuevo Testamento. En la primera, todos han hallado la gracia de la Redención; en la segunda, esperan confiados hallar el galardón y la eterna corona (núm. 323 s.), y con esa esperanza están dispuestos, como los apóstoles, a hacer y sufrirlo todo por Jesús. Ellos dicen con el Apóstol: «Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, la cual me dará el Señor en aquel día como justo juez; y no sólo a mí, sino también a todos los que desean su venida» (II *Tim.* 4, 8). *La primera venida de Cristo* fué en humildad y bajeza; la segunda será

rarle [1], se volvieron llenos de gozo a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos [2], que dista de la ciudad el espacio de camino que puede andarse en sábado [3]. Y estaban de continuo en el Templo alabando y bendiciendo a Dios [4].

521. «Muchos otros milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas éstos se han escrito con el fin de que creáis **que Jesús es el Cristo** [5], **el Hijo de Dios**; y para que, creyendo, tengáis vida eterna en su nombre». [6] «Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, me parece que no cabrían en el mundo los libros que se habrían de escribir» [7].

Los apóstoles fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban [8].

522. El monte Olivete [9] (véase lám. 8 a) se eleva al oriente de Jerusalén, separado de la ciudad por el valle del Cedrón. El nombre le viene de los muchos olivares que en otro tiempo en él había, especialmente en la vertiente occidental, que mira a Jerusalén. Hoy es un monte sin vegetación; sólo en su base crece el olivo; rala y escasa trepa la maleza por sus laderas. De sus tres cumbres, la más alta, la *septentrional,* llega a 818 m. de altitud, y desde el siglo XIV se la conoce con el nombre de **Viri Galilaei,** «Varones de Galilea». La *meridional,* notablemente más baja, se llama *monte del Escándalo,* por haberla profanado Salomón con templos idolátricos [10]. La *central,* en la cual se ve hoy la aldehuela Cafr et-Tur, descuella unos 50 m. sobre el nivel medio de Jerusalén, y unos 24 sobre el punto más elevado de la ciudad, 64 sobre la explanada del Templo, unos 130 sobre el nivel medio del valle de Josafat, 868 sobre el nivel del Mediterráneo, 1200 sobre el del mar Muerto que dista unas seis horas (en línea recta, unos 25 Km.). Desde el alminar de la iglesia de la Ascensión goza

---

en gran poder y majestad, como la describieron los profetas del Antiguo Testamento, y como él mismo lo ha predicho (núms. 322 s. y 328 ss.).

[1] Como a Dios y Señor.

[2] Al pie del Olivete comenzó su Pasión; en la cumbre del mismo, a la vista de la Via Dolorosa y del Gólgota quiso comenzar su eterna gloria (cfr. *Ezech.* 11, 24), para representarnos de una manera intuitiva la conexión entre los padecimientos de esta vida y los goces de la eterna felicidad (cfr. *Rom.* 8, 17; II *Cor.* 4, 17; núms. 526, 499 y 518). A propósito de *Act.* 1, 2-14 véase también Steinmetzer, *Die Echtheit der Himmelfahrtserzählung,* en *ThpQS* 1924, 414.

[3] Es decir, un trecho, lo que a los judíos estaba permitido andar en día de sábado, es decir, 1050 m., un cuarto de hora.

[4] Era voluntad de Dios que los apóstoles y los primeros cristianos permaneciesen por el momento unidos a los judíos en el aspecto religioso y político. Así podía enterrarse con dignidad, como dice santo Tomás de Aquino, *el Antiguo Testamento,* establecido por Dios mismo para preparar el Nuevo; al mismo tiempo, en esta unión podía la Iglesia con más facilidad crecer y fortalecerse; a los judíos se les facilitaba la conversión, y los neoconversos evitaban aun la apariencia de haberse hecho cristianos por sacudir el yugo de la Ley y por vivir con más libertad. Y así, hubo un estado de tránsito que hizo posible a los judíos la conversión, una última gracia para este pueblo, hasta que el año 70 descargó el castigo sobre los impenitentes, y Dios mostró a las claras a la faz del mundo que el Antiguo Testamento había sido definitivamente abrogado (cfr. núms. 404 y 414).

[5] El Mesías prometido.

[6] *Ioann.* 20, 30 s. En su nombre, es decir, conforme a lo que él es para vosotros y su nombre expresa, como Redentor, en virtud de sus méritos infinitos.

[7] *Ioann.* 21, 25.

[8] El fin de la obra de Cristo sobre la tierra es a la vez el principio de la obra de sus apóstoles. Estaban echados los cimientos, y pronto iba a surgir el edificio. Donde acaba la historia de Cristo, comienza la de la Iglesia.

[9] Cfr. núm. 371.—Klameth, *Die ntl Lokaltraditionen Palästinas* II: *Die Oelbergstraditionen (Ntl Abhandl.* X, 2. Münster 1922).

[10] Núm. 301.

el observador la magnífica visión de la ciudad, contemplando en primer término la explanada del Templo con sus pórticos y mezquitas. Espléndido es el panorama que ofrecen el mar Muerto—cerrado al fondo por los montes de Abarim en la cordillera de Moab—, la campiña desolada de Jericó y el valle tortuoso del Jordán. Está suficientemente atestiguado que en tiempo de santa Elena se veneraba en la *cumbre central el lugar de la Ascensión;* y no cabe dudar que así como del Gólgota y del Sepulcro (cfr. núm. 460), así también de este lugar venerando hubo noticia cierta en la época de la santa Emperatriz.

523. Historia de la iglesia de la Ascensión. 1. *La iglesia de la Ascensión de santa Elena.* Según refiere Eusebio [1], santa Elena edificó una iglesia en el lugar donde el Salvador subió a los cielos. En la *Peregrinatio* de Eteria [2] se le da el nombre de *Imbomon* (¿de Embomion, sobre la altura?): hallábase muy próxima a la hermosa basílica designada con el nombre de *Ecclesia in Eleona* (o sea, en el monte Olivete; núm. 242). Acertadamente observa Meistermann-Huber [3]: «El *Imbomon* era con relación a la *Ecclesia in Eleona,* lo que la Anástasis con relación al Martyrium (véase núm. 463): un monumento conmemorativo; considerábasele como una ampliación de la basílica, a la manera de los baptisterios de las catedrales italianas». De aquí se explica que Eusebio, la peregrina Eteria y otros peregrinos hablen de dos edificios, y el peregrino de Burdeos y otros, de una sola basílica [4].

524. 2. *La rotonda de Modesto.* Destruída el año 614 (núm. 464) por los persas la iglesia edificada por santa Elena en memoria de la Ascensión, la reedificó de nuevo el obispo Modesto, pero dándole forma de rotonda. Según Arculfo, que visitó los Santos Lugares hacia el año 685, constaba la iglesia de tres galerías circulares cubiertas, que envolvían un espacio abierto, en cuyo centro se veneraban las huellas de las divinas plantas. En el lado oriental había un altar resguardado por un cobertizo. En el lado occidental se abrían ocho ventanales; frente a sus vidrieras ardían perpetuamente ocho lámparas colgantes; éstas, con otra más fulgente que pendía en el centro del santuario sobre las sagradas huellas del Salvador, esparcían tal resplandor a través de las vidrieras, que de noche iluminaban, no sólo la vertiente del monte, que mira al Cedrón, mas también la parte más próxima de la ciudad. La noche de la fiesta de la Ascensión brillaban infinidad de luces, de suerte que parecía arder el monte en llamas. Carlomagno envió a fines del siglo VIII Benedictinos que atendiesen al *culto divino.* Esta iglesia fué destruída a principios del siglo XI por el sultán Hakim (núm. 465).

525. *Iglesia de los Cruzados.* Antes del asalto de Jerusalén, los Cruzados hicieron una solemne procesión de rogativas por este lugar, donde Pedro de Amiens les alentó a tan ardua empresa con un fervoroso discurso. Después de la conquista de la ciudad reedificaron desde los cimientos la iglesia de la Ascensión, dándole forma de octógono de 17 m. de radio y 100 m. de perímetro. En el centro se alzaba un edículo, igualmente octogonal, con su cúpula de 3,25 m. de radio sostenida por pilares y sustentada en pilastras y en columnas adosadas al muro. Para atender al culto se edificó un convento donde vivían los Padres Agustinos. Pero en 1187 las huestes de Saladino destruyeron el grandioso y bello recinto exterior, que ya no ha vuelto a edificarse, conservando la cúpula para mezquita. Los restos del monasterio están habitados hasta el día de hoy por derviches.

526. 4. *La mezquita de la Ascensión.* Varias veces fué restaurada la cúpula de la Ascensión; la última, después del terremoto de 1834, pero de

---

[1] *Vita Constantini* 3, 41-43; *Demonstratio evangelica* 6, 18 (*Migne* 22, 458).
[2] 31, 1 y a menudo (Geyer, *Itinera* 83); cfr. Apéndice I, 3.
[3] *Durchs Heilige Land* (1913) 229.
[4] Acerca de las relaciones de ambas iglesias cfr. también A. Dunkel en *Kath* 1912 I 211 ss.; acerca del Imbomon véase Hasak en *HL* 1917, 21.

manera tan imperfecta, que los lados del octógono quedaron desiguales. Fueron tapiadas hermosas arcadas que sustentaban la cúpula. En el lado que mira al oeste había antes un hermoso atrio. En su lugar, una puerta de madera da hoy acceso al interior de la pequeña iglesia desprovista de adorno y escasamente iluminada por la luz que recibe de cuatro pequeñas ventanas que se hallan debajo de la cúpula. En el lado meridional, algo hacia el oeste, se halla una piedra negruzca, donde se muestra «la *planta del pie izquierdo* de Jesucristo»; los innumerables ósculos de los peregrinos, el contacto de los rosarios, sortijas y medallas han gastado y desfigurado un tanto la huella. La planta, en el sentido de la marcha, está orientada de sudeste a noroeste [1], hacia Europa. Una obra de mampostería la protege y su guarda está confiada a un santón [2].

527. **La fiesta de la Ascensión.** Los cristianos de Jerusalén y de los alrededores acuden al monte Olivete a celebrar con toda pompa la fiesta de la Ascensión. Para día tan señalado los mahometanos ceden la mezquita a los católicos. Estos la limpian con todo esmero, la adornan con colgaduras, iluminan la huella de la planta del Señor y erigen altares; la víspera, a eso de las tres de la tarde, se cantan vísperas solemnes; por la noche, hacia las once y media, maitines; a las dos de la mañana comienzan las misas, y por la mañana se celebra la misa mayor. También los cismáticos celebran su fiesta, que va acompañada de regocijos populares; en ella toman parte los turcos, viéndose concurridísimo y muy animado el monte Olivete. Los griegos, armenios, coptos y sirios jacobitas tienen sus respectivos altares y atrios.

528. **Alrededores de la iglesia de la Ascensión.** Al mediodía de la mezquita se ven los restos de la antigua abadía de Agustinos (donde hoy viven los derviches). Unos 60 m. ó 100 pasos al sur se alzan *la iglesia del Paternoster* y, junto a ésta, *la cripta del Credo* (núm. 242), ambas en el recinto del convento de los Carmelitas. Partiendo de la mezquita de la Ascensión y rodeando por el norte la aldea de Cafr et-Tur, se llega a una iglesia rusa, edificada sobre las ruinas de otra antigua, y a la *torre rusa* de seis pisos, a cuya terraza se sube por una escalera de 214 peldaños; de allí se divisa un panorama mucho más espléndido que desde el alminar de la mezquita de la Ascensión.

---

[1] Según esto, el Salvador volvió el rostro hacia el Gólgota (cfr. núm. 520; Mislin, *Die heiligen Orte* II 544 ss.).

[2] La huella del pie derecho fué quitada de allí por los turcos (que creen haber también en el Olivete subido Mahoma a los cielos) y fué llevada a la mezquita El Aksa, donde se la tiene en gran veneración (cfr. núm. 740).

SEGUNDA PARTE

Los Hechos de los Apóstoles [1]

529. 1. *Nombre.* En la serie de libros de que consta la Sagrada Escritura, a los Evangelios sigue uno que desde antiguo ha recibido el nombre de *Hechos de los Apóstoles;* ya el Canon de Muratori (siglo II) habla de los *Acta Apostolorum* de san Lucas. Mas el título no corresponde del todo al contenido. Porque este libro no es una historia acabada de cada uno de los apóstoles; descríbese más bien en él someramente la propagación del Evangelio en carrera triunfal de Jerusalén a Antioquía y Roma, y la parte que en ello corresponde sobre todo a los Apóstoles *Pedro* y *Pablo,* al primero hasta su partida de Jerusalén para Roma, al segundo desde su conversión hasta su primera cautividad en la ciudad eterna. Es, pues, un libro que esclarece el carácter divino y universal del Cristianismo [2].

530. 2. *Autor.* El libro de los *Hechos* guarda estrechísima relación con el tercer Evangelio; pues vuelve a tomar el hilo del discurso allí interrumpido, se nos anuncia desde el principio [3] como segunda parte del Evangelio, está asimismo dedicado a Teófilo, y en estilo, léxico y tendencias manifiesta íntimo parentesco con aquél. Por lo que indudablemente el autor de ambos es el mismo, *san Lucas,* como lo atestiguan unánimes los santos Padres y la antigüedad cristiana [4].

531. 3. *Disposición de la obra.* El plan del libro responde esencialmente a aquellas palabras del Señor: «Habéis de ser testigos míos en Jerusalén,

---

[1] Hake, *Pragmatisch-systematische Darlegung der Apostelgeschichte* (Paderborn 1867).—Cfr. las introducciones de Kaulen, Cornely, Trenkle, A. Schäfer-Meinertz, Belser, Gutjahr, Jacquier, Höpfl, Sickenberger y otras. Además Belser, *Die Apostelgeschichte (BZF,* fascículo 12, Münster 1908). — Comentarios de Knabenbauer, Felten, Belser, Camerlinck, Steinmann, Dentler, Mader, Dimmler (popular). — En A. Wikenhauser, *Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswert (Ntl Abhandl.* VIII, 3-5. Münster 1921) hallará el lector un trabajo excelente y sumario de todas las cuestiones relativas a los *Hechos Apostólicos.* — Holzmeister, en *ZKTh* 1925, 87 ss., pasa revista a la literatura moderna relativa a los *Hechos Apostólicos.*

[2] Hückelheim, *Zweck der Apostelgeschichte* (Paderborn 1908).

[3] *Act.* 1, 1.

[4] Después de haber por largo tiempo padecido los *Hechos Apostólicos* los «caprichos» y «prejuicios» (Harnack) de la crítica protestante-liberal, reconoce Harnack en sus *Untersuchungen zu den Schriften des Lukas* (1. *Lukas der Artz, der Verfasser des dritten Evangeliums und der Apostelgeschichte,* 1906; 2. *Sprüche und Reden Jesu, die zweite Quelle des Matthäus und Lukas,* 1907; 3. *Die Apostelgeschichte,* 1908. 4. *Neue Untersuchungen zur Apostelgeschichte und zur Abfassungszeit der synoptischen Evangelien,* 1911), «que el autor del tercer Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles fué Lucas, nativo heleno, es decir, gentil, médico, compañero y colaborador de Pablo, oriundo de Antioquía». Véase también Dieckmann en *ThG* 1924, 501.

en toda la Judea y en Samaria y hasta el cabo del mundo» [1]. Y en efecto, tras una breve introducción histórica [2], describen los *Hechos: a)* la fundación de la Iglesia de Jerusalén, particularmente por san Pedro [3]; *b)* la propagación de la Iglesia en Judea y Samaria y los preparativos para la misión entre los gentiles [4]; *c)* la actividad de san Pablo en la conversión de los pueblos paganos y la suerte del mismo desde su arresto en Jerusalén hasta el fin de su prisión en Roma [5], o sea: los triunfos [6] y los trabajos del Apóstol de las gentes [7].

532. 4. *Fuentes.* Los viajes apostólicos de san Pablo de Tróade a Filipos [8], de Filipos a Mileto [9], de aquí a Jerusalén [10], y el viaje que hizo enviado preso desde Jerusalén a Roma [11], los describe san Lucas como testigo ocular y compañero del Apóstol. Esta parte de los *Hechos,* en la cual san Lucas habla en primera persona del plural, suele llamarse *relatos «nos» («Wir»-Berichte).* Lo demás de su obra lo supo el historiador *de las fuentes más auténticas,* del mismo Pablo, de Pedro, Juan, Santiago y demás apóstoles y hombres apostólicos, de Filipo y sus hijas [12], de la misma suerte que las narraciones de su Evangelio [13]. Posible es que para algunas de las noticias dispusiera de anotaciones escritas. Es inútil pretender encontrar diversas fuentes y separarlas unas de otras (separación de fuentes); a ello se opone el estilo de todo el libro [14]. El autor no utilizó las *cartas de san Pablo;* medios tenía para bosquejar la obra del Apóstol sin acudir a las cartas de éste. Acertadamente observa Zahn [15] a nuestro propósito: «El argumento más fuerte del perfecto conocimiento que del asunto poseía san Lucas está en que, sin haber utilizado como fuente de información las cartas de Pablo, coincide con ellas, tanto en los rasgos generales, como en una porción de datos de pequeña importancia.

533. 5. De cuanto llevamos dicho acerca de las fuentes se deduce la *credibilidad de los Hechos.* Podemos todavía añadir a su favor que los numerosos pormenores históricos, políticos y geográficos esparcidos por el libro de los *Hechos* se han cotejado con las obras de los escritores profanos (Estrabón, Pausanias, Tácito, Suetonio, Dión Casio, Fl. Josefo y otros) sin que se haya descubierto error alguno [16]. Los resultados de los estudios numismáticos y epigráficos, llevados a cabo en los lugares donde se desarrolló el apostolado de san Pablo, demuestran también la fidelidad y credibilidad del libro de san Lucas. En el curso de nuestra obra tendremos ocasión de observar otras particularidades. También la crítica protestante moderna juzga favorablemente acerca de la credibilidad del libro de los *Hechos.* He aquí, por ejemplo, el juicio de Hadorn [17]: «La exposición sencilla, libre de toda jactancia, atenta a la veracidad hasta el punto de no ocultar el mal estado de las comunidades y las debilidades de los héroes, despierta en el lector imparcial impresión de autenticidad y fidelidad». Y refiriéndose en particular a los *discursos* intercalados en la narración, dice el mismo sabio [18]: «Si los datos históricos de la primera parte ganan mucho en valor por estar basados en fuentes antiguas y en relatos orales de testigos oculares, mérito que cada día se va apreciando más en el libro de los *Hechos,* otro tanto puede decirse de los discursos, que ya no se consideran sólo como composiciones literarias del autor... El examen imparcial de los dis-

---

[1] *Act.* 1, 8. [2] *Act.* 1, 1-26. [3] Cap. 2-7. [4] Cap. 8-12.
[5] Cap. 13-28. [6] Cap. 13-21, 16. [7] Cap. 21 hasta el fin.
[8] 16, 10-17. [9] 20, 5-15. [10] 31, 1-18. [11] 27, 1-28, 16.
[12] *Act.* 8, 5 ss.; compárese. con 21, 8 ss. [13] Cfr. *Luc.* 1, 2 3; núm. 16.
[14] En *BZ* V (1907) 166 258 trae Bludau un interesante resumen de las numerosas tentativas de «separación de fuentes en los *Hechos de los Apóstoles*»; cfr. en especial Wikenhauser, *Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswert* 65 ss.
[15] *Einleitung* II³ 436. [16] Véase Wikenhauser l.c. 298 ss.
[17] *Die Apostelgeschichte und ihr geschichtlicher Wert* (Gr.-Lichterfelde 1906) 4. *BZSF* II, 6.
[18] Ibid. 15 s. — Acerca de los discursos de los *Hechos* en general, cfr. Felten, *Die Apostelgeschichte* (1892) 28 ss., y Wikenhauser l c. 146 ss.

cursos nos dará la certeza... de que en ellos se contienen documentos antiguos de la predicación apostólica, por cuanto las circunstancias históricas y geográficas aludidas en el libro, imposibles de inventar posteriormente, son garantía de la credibilidad de los discursos. Y así, no siempre ofrecen los discursos idéntico orden de ideas, sino que dependen de las circunstancias que los motivaron... El autor debería haberse penetrado hasta el refinamiento del estilo y de la manera de ver del discursante, para hacernos pasar por realidad histórica sus invenciones». Los discursos de los *Hechos* no han sido, pues, inventados por san Lucas; el fondo, las ideas directrices y las fuentes fundamentales le fueron transmitidos de una manera segura y auténtica. Es posible que la forma esté más o menos trabajada por el Evangelista; pues no es creíble que dispusiera de una copia literal. Harnack admite la autenticidad del libro y, por tanto, la composición del mismo por un contemporáneo y testigo ocular de los sucesos descritos en él; empero exceptúa de la credibilidad los milagros y los efectos espirituales. Mas ello dimana de la teoría indemostrada e indemostrable del teólogo racionalista, según la cual los milagros y los efectos espirituales son en absoluto imposibles. Fijándose algunos en la existencia de cierto paralelismo entre los milagros de san Pedro y los de san Pablo (3, 2 ss. y 14, 8 ss.; 9, 36 ss. y 20, 9 ss.; 5, 15 ss. y 19, 11 ss.; 28, 9), han creído que estos relatos están cortados con un mismo patrón; y, de consiguiente, los declaran indignos de crédito. Pero la comparación de estos relatos acusa, junto a las semejanzas, grandes diferencias, y demuestra que el autor pudo haberse propuesto cotejar la acción de los dos Príncipes de los apóstoles, pero que «en manera alguna sacrificó la fidelidad histórica en aras de su idea» [1].—El autor se propuso un *fin práctico-religioso,* como da a entender en el prólogo de su Evangelio (1, 4). Pero como advierte Wikenhauser [2], «no toda tendencia menoscaba el valor de una obra histórica. Es inadmisible una tendencia, cuando falsea los hechos históricos o los modela subjetivamente, ofreciendo un cuadro erróneo acerca de cosas objetivas... Cuando las noticias, en cuanto tales, son verdaderas, y la enseñanza religiosa fluye naturalmente y sin violencia del asunto mismo, no pierde el carácter histórico un libro de tendencia práctica».

534. 6. *Epoca y lugar de la composición.* El libro de los *Hechos* debió de componerse, o mejor dicho, concluirse, *luego* de la primera prisión del Apóstol san Pablo, porque al fin de la obra se afirma haber durado dos años la prisión, y ya nada más se dice de la vida del Apóstol: por consiguiente, el año 63. Ciertamente se terminó la obra *antes* de la destrucción de Jerusalén, y aun antes de estallar la guerra judaica; por consiguiente, antes del 66, porque en el libro no se halla alusión alguna a tan terrible catástrofe. De haberse iniciado la guerra con sus terribles consecuencias durante la composición del libro, ello se hubiera reflejado en algún pasaje de la obra; cosa que no ocurre. Señálase *Roma* como lugar de la composición del libro.

535 a. 7. *Texto del libro de los Hechos.* El filólogo de Halle Blass, en su «Exposición del libro de los Hechos de los Apóstoles», escrito en alemán y publicado en 1895, propugnó la siguiente teoría: Lucas escribió dos veces el libro de los *Hechos;* la primera, en forma amplia y minuciosa, para los cristianos de Roma; la segunda, en forma sucinta y elegante, para Teófilo. El primer ensayo nos ha sido conservado en el códice D *(Codex Bezae* o *Cantabrigiensis,* del siglo VI, llamado así por haberlo regalado el calvinista Beza el año 1581 a la Universidad de Cambridge); el segundo, en el texto corriente. En 1896 publicó Blass una edición del libro de los *Hechos* según el Códice de Beza. Estaba ya desechada por la crítica la teoría de Blass, cuando fué propuesta y defendida de nuevo con algunas modificaciones y con nuevos argumentos por el sabio teólogo protestante Teodoro Zahn *(Die Urausgabe der Apostelgeschichte*

---

[1] A. Schäfer-Meinertz, *Einleitung in das NT*[2] (1913) 385.
[2] L. c. 30.

des Lukas [Lepzig 1916]). E. Eisentraut, entre otros, ha estudiado críticamente en *Studien zur Apostelgeschichte* (Würzburg 1924) la «edición primitiva de los *Hechos de los Apóstoles*» reconstruída por Zahn; pero se inclina, acaso con razón, a desechar esta «edición primitiva».

535 b. Tocante al autor, época y credibilidad de los *Hechos de los Apóstoles,* la **Comisión Bíblica** dió el 12 de junio de 1913 los siguientes decretos:

I. Examinada muy especialmente la tradición de la Iglesia universal, que se remonta a los primeros escritores eclesiásticos, y atendidos los caracteres internos del libro de los *Hechos,* ya en sí, ya en relación con el tercer Evangelio, y vista sobre todo la mutua conexión y semejanza de ambos prólogos (*Luc.* I, 1-4; *Act.* I, 1-2), ¿debe considerarse como cierto que el libro intitulado *Hechos de los Apóstoles, Actus Apostolorum,* o Πράξεις Ἀποστόλων tiene por autor al Evangelista Lucas? *Resp.:* Afirmativamente.

II. ¿Se puede demostrar con argumentos críticos, que sugieren tanto el lenguaje, el estilo y la forma de narrar, como la unidad de fin y de doctrina, que el libro de los *Hechos de los Apóstoles* debe atribuirse a un solo autor? ¿Está, por consiguiente, desprovista de todo fundamento la opinión de algunos críticos modernos, según la cual no es Lucas el autor único del libro, sino que deben reconocerse varios autores del mismo? *Resp.:* Afirmativamente a ambas partes.

III. En especial los perícopes notables de los *Hechos* en que, abandonando la relación en tercera persona, se habla en primera del plural (*«Wir»-Stücke, fragmentos «Nos»*), ¿debilitan la unidad de la composición y la autenticidnd de los *Hechos?* o antes bien ¿debe decirse que, histórica y filológicamente consideradas, las confirman? *Resp.:* Negativamente a la primera parte, afirmativamente a la segunda.

IV. Porque el libro mismo se cierre bruscamente apenas hecha mención de los dos años de la primera cautividad de Pablo en Roma ¿hay derecho a inferir que el autor escribiera otro volumen, hoy perdido, o que, al menos, tuviera intención de escribirlo, y se puede, por tanto, diferir la composición de los *Hechos* a una fecha muy posterior a la primera cautividad? ¿No habrá antes bien de mantenerse con todo derecho y justicia que Lucas terminó su obra hacia el fin de la primera cautividad del Apóstol Pablo en Roma? *Resp.:* Negativamente a la primera parte, afirmativamente a la segunda.

V. Si se considera el trato frecuente y fácil que sin duda tuvo Lucas con los primeros y principales fundadores de la iglesia de Palestina, con Pablo, el Apóstol de las gentes, de quien él mismo fué colaborador en la predicación del Evangelio y compañero de viajes; si se tiene en cuenta, por otra parte, la habitual pericia y diligencia que pone en buscar testigos y ver las cosas por sus propios ojos; si finalmente se observa el acuerdo constante, evidente y admirable de los *Hechos* con las *Epístolas* mismas de Pablo y con los monumentos más verídicos de la historia, ¿deberá tenerse por cierto que Lucas dispuso de fuentes absolutamente dignas de fe, utilizadas por él con cuidado, probidad y fidelidad, de suerte que pueda con perfecto derecho reclamar plena autoridad histórica? *Resp.:* Afirmativamente.

VI. Las dificultades que se suscitan de acá y de allá, ya por los hechos sobrenaturales que narra Lucas, ya por la transcripción de ciertos discursos que, compendiosamente traídos, se creen compuestos y adaptados a las circunstancias, ya por ciertos pasajes que, en apariencia al menos, están en desacuerdo con la historia profana o bíblica, ya, en fin, por algunos relatos que parecen opuestos al autor mismo de los *Hechos* o a otros escritores bíblicos, ¿son de tal naturaleza que hagan poner en duda la autoridad histórica de los *Hechos* o, cuando menos, la menoscaben de algún modo? *Resp.:* Negativamente [1].

---

[1] Acerca de los *Hechos Apostólicos Apócrifos* véase núm. 693. — Algunas escenas de los *Hechos* (curación del cojo de nacimiento, Ananías y Safira, ceguedad de Elimas, sacrificio de Listra, predicación de Pablo en el Areópago) han sido celebrados en el arte pictórico por *Rafael* (y sus discípulos). Rafael fué quien pintó los cartones (originariamente once, de los cuales existen todavía siete) para los *arazzi* (tapices) tejidos en los talleres de Pedro van Aelst; para los dos primeros (la pesca milagrosa, símbolo de la misión apostólica de Pedro, y la institución del primado), el pintor se inspiró en *Luc.* 5, 1 (núm. 126) y *Ioann.* 21, 11-17 (núm. 506 s.); para los siguientes cartones tomó por guía los *Hechos de los Apóstoles,* a los cuales se ajustó con fidelidad, eligiendo «con profunda inteligencia importantes acontecimientos en alto grado dramáticos, y al propio tiempo simbólicos, que presentan a los ojos del espectador, de una manera verdaderamente única, la potestad salutífera y bienhechora, el poder judicial y coercitivo y el magisterio apostólico de la Iglesia». Pastor (*Historia de los Papas,* tomo IV, vol. VIII, pág. 238 ss. Gustavo Gili, Barcelona 1911) trae la descripción detallada y la historia de los *arazzi*.

I. Fundación de la Iglesia en Jerusalén

(30 d. Cr.)

128. Elección del Apóstol Matías

(*Act.* 1. 13-26)

1. Perseverancia de los discípulos en la oración. 2. Discurso de san Pedro: *a)* triste fin del traidor; *b)* necesidad de completar el número de los Doce; *c)* condiciones del candidato. 3. Oración; elección de Matías.

536 a. Vuelto que hubieron los apóstoles del monte Olivete al Cenáculo [1], subieron a la sala de arriba [2]. Allí perseveraron en la oración [3], animados de un mismo espíritu, en compañía de las mujeres [4] y de María, la madre de Jesús [5], y de los hermanos de éste [6]. Por aquellos días, levantándose Pedro en medio de los hermanos [7] (un grupo de unas ciento y veinte personas), les dijo: «Hermanos, es preciso que se cumpla lo que tiene profetizado el Espíritu Santo por boca de David [8] acerca de Judas [9], que fué el guía de los que prendieron a Jesús. Puesto que fué de nuestro número, y recibió su parte en el (apostólico) ministerio. Este, pues, adquirió un campo con el precio de su maldad [10], y habiéndose caído

---

[1] Cfr. núms. 339 ss. 518 ss.

[2] La sala de la terraza, a donde era costumbre retirarse para la oración y para conversar en la intimidad.

[3] Para pedir la venida del Espíritu Santo y prepararse a ella.

[4] Núm. 489. Sin duda María Magdalena, María de Cleofás, Salomé, Juana, Susana (*Matth.* 27, 55 s.; *Luc.* 8, 2 s.; 23, 49 55; 24, 10).

[5] Cfr. A. Schäfer, *Die Gottesmutter in der Heiligen Schrift*[2], 240 y 242. Véase especialmente núm. 536 a. [6] Núm. 104.

[7] Hizo esto Pedro, dice san Crisóstomo, como quien tiene confiado por Cristo el rebaño, y «como el primero del coro de los apóstoles». Así como en las escenas evangélicas (cfr. especialmente pág. 142, nota 6; además núms. 119, 126, 137 y 199 s.), de la misma suerte aparece *Pedro* ya desde este momento *como el primero, como cabeza de los apóstoles, como jefe supremo de toda la Iglesia de Cristo.* El dirige la elección del nuevo apóstol. El predica por primera vez la doctrina del Salvador crucificado y resucitado, sentado a la diestra de Dios, fuera del cual no hay salvación. El admite en la Iglesia a los primeros creyentes. El toma en todas las ocasiones el primero la palabra. El obra el primer milagro en la persona del cojo de nacimiento. El pronuncia sobre Ananías y Safira el primer castigo que registramos en la Iglesia. El excomulga a Simón el Mago. El gira una visita pastoral por todas las cristiandades. El es quien, inspirado por Dios, recibe a los primeros gentiles en el seno de la Iglesia y decide en el Concilio de los Apóstoles la admisión de los gentiles. Saulo, convertido y llamado al ministerio apostólico por el mismo Cristo, se presenta personalmente a Pedro antes de dedicarse a la actividad misional. Y por Pedro encarcelado ruega incesantemente la Iglesia (cfr. Hundhausen, *Das erste Pontifikalschreiben des Apostelfürsten* 7 ss.).

[8] *Ps.* 40, 10 (núm. 351) y en los pasajes de los Salmos 68 y 108 que luego siguen.

[9] Dios, que todo lo sabe, ve de antemano las acciones libres futuras del hombre. Mas como no puede errar ni mentir, sucede con toda certeza lo que predice en virtud de su previsión.

[10] Cfr. página 345, nota 8 y página 380. Mateo (27, 3-10), como historiador, relata sencilla y objetivamente en sustancia el fin de Judas. Pedro, como *orador,* hace resaltar ante sus oyentes, a los cuales no era desconocido el suceso, tan sólo aquello que cuadra a su estado de ánimo y al objeto que se propuso. Quiere hacer ver que, según las Escrituras, debe cubrirse el puesto vacante, habiendo Judas tenido tan *triste y execrable* fin. ¡Y qué miserablemente pereció! La maldición se echa de ver en el nombre del campo adquirido con el dinero de su pecado, que con razón se dice «lugar» suyo (propiedad adquirida por él): «campo de sangre» (es decir, comprado con sangre), así llamado por todos, y de todos evitado.

cabeza abajo, reventó por medio, quedando esparcidas todas sus entrañas [1]. Cosa que fué notoria a todos los habitantes de Jerusalén, por manera que aquel campo ha sido llamado en su lengua Hacéldama, es decir, campo de sangre [2]. Pues escrito está en el libro de los *Salmos* [3]: "Quede su granja desierta, ni haya quien habite en ella". Y: "que otro ocupe su cargo". Preciso es, pues, que de estos sujetos que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que Jesús Señor nuestro conversó entre nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que subió a los cielos, se elija uno que sea, como nosotros, testigo de su Resurrección» [4].

Entonces propusieron a dos, a *José* llamado Barsabas [5], por sobrenombre el Justo [6], y a *Matías* [7]. Y haciendo oración, dijeron: «¡Señor! [8] tú que ves los corazones de todos, muéstranos cuál de estos dos has destinado a ocupar el puesto de este ministerio apostólico que Judas abandonó para irse a su lugar». Y echando suertes sobre ellos [9], cayó la suerte a Matías, con lo que fué agregado a los once apóstoles.

536 b. Año de la muerte, lugar y sepulcro de la Virgen María. Esta (*Act.* 1, 14) es la última vez que se nombra a «María, la Madre de Jesús», en el Nuevo Testamento. Por eso vamos a tratar aquí del *año de su muerte*. Acerca de ello no existe tradición cierta. Baronio (*Annal. ad annum Chr. 48*) se decidió por el año 48, fundándose en un pasaje del *Chronicon* de Eusebio, el cual nota en dicho año: «La Virgen María, Madre de Jesucristo, es recibida en el cielo a la compañía de su Hijo; así escriben algunos haberles sido revelado». Actualmente se tiene por interpolado este pasaje [10]. Nirschl opta por el año 48, fundándose en una «antigua tradición» recogida por Clemente Alejandrino (*Stromata* 6, 5) y Apolonio (en Eus. *Hist. eccl.* 5, 21), según la cual el

---

[1] Ya muy pronto la leyenda amplió los datos históricos de la espantosa muerte del traidor (Papías, véase Funk, *Patres Apostolici* I² 361). Cfr. Creizenach, *Judas Iskariot in Legende und Sage des Mittelalters* (Halle 1876); cfr. también núm. 388 s.

[2] Las palabras que están entre paréntesis no son del discurso de Pedro, sino glosas de Lucas.

[3] *Ps.* 68, 26 y 108, 8. En ambos pasajes se predice en primer lugar a los alevosos enemigos de David, figura de Cristo, y luego a los enemigos de Jesús, la pérdida del puesto importantísimo que Dios les había confiado.

[4] Uno de los discípulos, que durante la vida pública de Jesús hayan sido testigos de todas sus doctrinas y de sus maravillosos hechos, y probado su fidelidad y adhesión, ha de ser apóstol como nosotros, y como tal con palabras y obras *ha de dar testimonio* de Jesús y de la Redención, y en especial de la *gloria* que ha ostentado Jesús en su Resurrección y Ascensión a los cielos, la cual es prueba palmaria de la divinidad de su persona y doctrina. Pues no es otra la *misión esencial* de los apóstoles (núm. 489).

[5] Es decir, hijo de Sabas. Según eso, no parece que fuera la misma persona que José o Josés, el hijo de María de Cleofás, uno de los «hermanos de Jesús» (núm. 104).

[6] Sobrenombre romano, como se acostumbraba entonces.

[7] El nombre hebreo *Mattiyah*, abreviatura (como *Mattai*) de *Mattithyah*, significa lo mismo que el griego *Theodoros*, «don de Dios». Era, sin duda, uno de los 72 discípulos (núm. 220). Acerca de su vida anterior, nada sabemos. Acerca de su muerte, cfr. núm. 701. Hermosos pensamientos homiléticos acerca del Apóstol Matías en Eberhard, *Kanzelvorträge* V² 391.

[8] «Señor» se refiere sin duda a Cristo; pues lo mismo que en *Act.* 7, 59 s.; 9, 14; 14, 22; II *Cor.* 12, 8 esta oración debía dirigirse a Jesucristo, a quien acaba Pedro de llamar «Señor» (1, 21 s.) y a quien Lucas atribuye en el prólogo (*Act.* 1, 2) la elección de los apóstoles. Como Dios, él «conoce los corazones» (cfr. *Ioann.* 2, 24).

[9] Así como en la elección de los demás apóstoles, también aquí dió a conocer Jesucristo (Dios) de una manera directa a quién había escogido para el *apostolado* (cfr. *Gal.* 1, 1). De ahí la observación de san Agustín: «No estuvo la elección en la suerte, sino (lo decidió) la voluntad de Dios».

[10] Cfr. Nirschl, *Das Grab der heiligen Jungfrau Maria* (Maguncia 1896) 48.

Salvador mandó a los apóstoles predicar primero la palabra de Dios durante doce años en Jerusalén y en Tierra Santa y luego salir por el mundo. Otros son de distinto parecer; no se puede, pues, determinar con certeza el año de la muerte de la Virgen María.

Acerca del *lugar*, arriba (núm. 342) hemos dicho cuál sea la opinión tradicional. Del *sepulcro de María* en el huerto de Getsemaní se hace mención por primera vez en un escrito latino apócrifo, *De transitu beatae Mariae*, compuesto en el siglo IV [1]. La *iglesia del sepulcro de María*, en el valle de Josafat, no lejos del huerto de Getsemaní, aparece por primera vez citada en el *Breviarius de Ierosolyma* (cfr. Apéndice I, 10). En cambio el peregrino Teodosio (hacia el año 530) y el Anónimo de Piacenza (hacia el 580; cfr. Apéndice I, 9 y 11) hablan de la *iglesia de María* en el valle de Josafat, pero nada saben del sepulcro allí venerado. Parece, pues, probable que, debido a circunstancias desconocidas, pero por influencia del escrito apócrifo *De transitu beatae Mariae*, la iglesia de María se convirtiera en iglesia *del sepulcro de María*. El obispo galo Arculfo nos da la descripción de la iglesia en una relación de viaje escrita por el monje británico Adamnanus (Apéndice I, 13) [2]. Las fuertes tormentas que devastaron la ciudad de Jerusalén, sobre todo bajo el dominio del Islam, no pasaron sin dejar huellas en la iglesia del sepulcro de María. El edificio levantado por los latinos, que es el mismo hoy existente, se compone de un pórtico exterior con frente a levante; la puerta es ojival, y la adornan cuatro columnas de mármol blanco. Pasados los umbrales, preséntase amplia escalera de mármol de 6 a 7 m. de anchura y 48 peldaños. Al llegar al vigésimoprimero, vese en la pared de la derecha una capilla con dos altares, consagrado el uno a san Joaquín y el otro a santa Ana; en la misma capilla está sepultada, a lo que se cree, la reina Melisenda, esposa del rey Fulco de Jerusalén († 11 de septiembre de 1161). Siguiendo la escalera, cuatro gradas más abajo, en la pared de la izquierda hállase un altar dedicado a san José, siendo tradición que el santo esposo de María y Simeón fueron sepultados en aquel sitio. Al pie de la escalera, que sólo recibe luz por la puerta de ingreso, se extiende la basílica propiamente dicha, que forma una cruz latina de unos 30 m. a lo largo, de occidente a oriente, por 8 m. a lo ancho, cubierta de bóveda y terminada en cada uno de sus extremos por un ábside semicircular. En el centro del ala oriental hay un reducido monumento rectangular, de 3 m. a lo ancho por 4 m. a lo largo y otros 4 de alto, con dos puertas de entrada, una al oeste y otra al norte: es el *edificio del sepulcro de María*, de cuyas paredes, revestidas exteriormente de mármol, cuelgan antiguos tapices. El sepulcro de la Virgen, cavado en la roca, como el del divino Redentor, experimentó una transformación semejante a la de éste: se desgastó la roca en derredor de él, dejando un monolito en forma de monumento, en cuyo interior quedaba la cámara sepulcral, y suprimiendo por razones arquitectónicas el vestíbulo o antecámara. El interior, muy reducido, está profusamente iluminado por pequeñas y bonitas lámparas. En el lado oriental está el *sepulcro* en forma de banco, cubierto por una losa de mármol, que sirve de ara; todavía se ve la roca natural abovedada en forma de nicho y completamente ennegrecida. Arrebatada en 1757 la iglesia a los latinos por los griegos, hoy disfrutan de ella todas las confesiones, excepto sus

---

[1] Editado por Tischendorf en *Apocalypses apocriphae* (Leipzig 1866). Notemos de paso que la carta (o discurso) de san Jerónimo a Paula y Eustoquio (*Epistola XI* u *Homilia «Cogitis me», de Assumptione B. M. V* [Migne 30, 122 ss.]), tan citada en esta cuestión, no es auténtica (cfr. *ZKTh* XXII [1898] 488). De la misma suerte se ha demostrado ser espúreo el relato atribuído a san Juan Damasceno († 754), *Homilia 2 in Dormitionem Beatae Mariae* c. 18, acerca de la emperatriz Pulqueria que pide reliquias de la Virgen María, y acerca del patriarca Juvenal que replica a la emperatriz que el sepulcro de la Virgen está vacío (cfr. *ZKTh* XXII [1898] 486 ss.; también Bardenhewer, *Patrologie*[3] 508 s.).

[2] Cfr. Baumstark, *Das Mariengrab in Gethsemani*, en *LBKV* 1907, n. 34; O. Chr. 1904, 380; 1905, 82.

antiguos poseedores, que sólo tienen derecho a decir misa en el sepulcro, pero recogiendo inmediatamente cuantos objetos sirvieron para el culto.

Asunción de María. Aunque todavía no es dogma de fe, es sin embargo *creencia universal de la Iglesia* que a la Virgen María, luego de la muerte, le fué otorgado lo que a los demás mortales que mueren en gracia de Dios se les concederá en la resurrección universal de los muertos: su alma, no contaminada por el pecado original y nunca mancillada, ni aun por levísimo pecado, fué unida al cuerpo, de suerte que la persona de María está gozando de la visión beatífica de Dios. Esto significa la *Asunción de María a los cielos* [1].

129. Venida del Espíritu Santo

(*Act.* 2, 1-13)

1. Pentecostés. 2. Venida del Espíritu Santo, acompañada de signos externos perceptibles a los sentidos. 3. Efectos de la infusión del Espíritu Santo.

537. Como hubiese llegado el día de **Pentecostés** [2], estaban todos juntos en el mismo lugar. Y de repente se oyó del cielo un *ruido,* como de viento impetuoso que pasa, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y vieron aparecer *lenguas como de fuego,* que se repartieron (entre ellos), posándose una sobre cada uno de ellos [3]. *Y todos se llenaron del*

---

[1] Acerca de la Asunción de la Virgen María a los cielos, véase *ZKTh* 1906, 201; en *ThpQS* 1925, 546 ss. hay, a nuestro juicio, algunas observaciones atinadas del P. Parthenius Minges a diversos artículos del Dr. Ernst, aparecidos en la misma revista, y al libro del mismo: *Die leibliche Himmelfahrt Mariä historisch-dogmatisch nach ihrer Definierbarkeit beleuchtet* (Ratisbona 1921); F. G. Holweck, *Mariä Himmelfahrt. Eine historisch-dogmatische Studie* (San Luis, Mo., 1910. Edición aparte de la *hoja pastoral* de san Luis, Mo., 1910). *La fiesta de la Asunción* es, según toda probabilidad, «la más antigua de las fiestas propiamente dichas de la Virgen» (cfr. Kellner, *Heortologie*[3] 177. *ZKTh* 1878, 213). Acerca de las representaciones más antiguas de la Asunción, véase *KHL* I 1977 s. La Asunción era uno de los asuntos favoritos de la escuela de Siena: La Bienaventurada Virgen María en su aureola elíptica es subida a los cielos (véase, por ejemplo, el tabernáculo de Or San Michele de Florencia). El siglo XVI la representa a menudo saliendo de un sepulcro lleno de rosas y circundado de los apóstoles; acompáñanla los ángeles y sale a su encuentro Cristo o la Santísima Trinidad (véase la «Assunta» de Tiziano en Venecia).

[2] Pentecostés viene del griego *pentekoste,* es decir, el día «quincuagésimo» después de la ofrenda de las primeras gavillas; éstas se cortaban, según *Deut.* 16, 9, el segundo día de la Pascua judía, con lo cual quedaba abierta la siega. Aquel año el primer día de Pascua se trasladó al sábado, como arriba hemos supuesto (núm. 337); de donde las primeras gavillas se cortaron el domingo. Mas aún dado caso que no fuese conforme a la ley la traslación del primer día de la Pascua al sábado, habría sido este sábado el segundo día de las fiestas pascuales, y no se habría efectuado en él la siega de las primeras gavillas, sino el domingo; con lo que también cae en domingo la fiesta de Pentecostés. También la tradición eclesiástica está unánime en que el *día de la venida del Espíritu Santo fué domingo,* como el de la Resurrección. — La fiesta judía de acción de gracias por el feliz remate de la siega se convierte en la Nueva Alianza en la fiesta de acción de gracias por la gran cosecha espiritual recogida con la venida del Espíritu Santo; es también en cierto modo el día de la fundación de la Iglesia.

[3] Repartiéronse por la sala llamas como lenguas, y cerníanse sobre las cabezas de cada uno de ellos. — Estas señales prodigiosas significaban en primer lugar la venida del *Espíritu Santo mismo,* y en segundo lugar los *efectos* maravillosos que produjo en los presentes. Fuego y viento, como elementos los más incorpóreos, y por la virtud propia que poseen, simbolizan lo espiritual y divino; así en el Antiguo Testamento (*Exod.* 3, 2. III *Reg.* 19, 11 s. *Ezech.* 1 y 2); del mismo modo en el Nuevo Testamento (*Ioann.* 3, 8; 20, 22; núms. 109 y 502). — En este lugar el *viento impetuoso* simboliza la venida del Espíritu Santo, la purificación del alma, la plenitud de la vida de la fe, el celo pronto y decidido y la fuerza irresistible que da a los apóstoles; *el fuego* representa la iluminación producida en los apóstoles, la purificación de todo pecado y de las inclinaciones pecamino-

Espíritu Santo[1], y comenzaron a hablar en lenguas extranjeras[2], según el Espíritu (Santo) les otorgaba que se expresasen.

538. Había (a la sazón) en Jerusalén judíos piadosos de todas las naciones del mundo. Al resonar, pues, esta voz[3], reunióse una gran multitud que quedó atónita, porque cada uno les oía hablar en su propia

---

sas, la inflamación de los corazones en amor ardiente a Dios; la figura de *lenguas* significaba que el conocimiento y el amor se comunican al hombre mediante la predicación. El ruido que llenó toda la casa y se oyó por toda la ciudad significaba la plenitud y generalidad con que se dan el Espíritu Santo y sus gracias en la Nueva Alianza. El ruido vino *del cielo,* de donde vienen todas las gracias, y fué *súbito,* pues el Espíritu sopla cuando y donde quiere; por lo que debemos estar siempre aparejados para recibirle sin titubeos (cfr. núm. 109 s.).

[1] Recibieron el Espíritu Santo, ya no de manera invisible ni por medio de dones o virtudes particulares, como, por ejemplo, la de perdonar los pecados, etc., sino de manera visible y permanente, con la plenitud de sus gracias, con medida redundante. «La comunicación del Espíritu Santo el día de Pentecostés se distinguió de todas las otras por la plenitud (intensidad), ámbito (extensión) y por ser directa» (Felten, *Die Apostelgeschichte* 76). Los efectos de la comunicación del Espíritu Santo fueron visibles exteriormente de manera prodigiosa (cfr. núms. 357 y 502). El efecto principal consistió en que, encontrándose la Iglesia del Señor en un ambiente tan hostil, se mantuvo y fué propagándose hasta el día de hoy. «Entonces el Espíritu Santo entró en la hechura de barro, en los huesos secos penetró el Espíritu verdadero que procede del Padre y del Hijo. En adelante el Espíritu de Cristo está en la Iglesia para siempre, para siempre la doctrina recta y verdadera, los sacramentos salutíferos, el poder legítimo de las llaves. Con este Espíritu, con esta fuerza de vida de lo alto se presenta la Iglesia, como se presentó Cristo; será grande, se desembarazará de toda opresión, vencerá todos los obstáculos y seguirá su carrera triunfal. Todo lo podrá en este Espíritu» (Eberhard, *Kanzelvorträge* V^2 9).

[2] Es decir, según el contexto, en varias y diversas lenguas no habladas antes por ellos y no aprendidas, de suerte que los pueblos de distinta lengua les oían hablar cada uno en la propia. Este hablaba una lengua, aquél otra; con respecto a los pueblos que luego nombra, cuatro son esencialmente las lenguas que entran en cuenta: «el persa (medos y elamitas según *Is.* 21, 2), el semítico (habitantes de Mesopotamia, judíos, árabes), el griego (habitantes de Asia y egipcios) y el latín (romanos)» (cfr. Steinmann, *Apostelgeschichte* 23). Aquí sucedió por primera vez lo que el Salvador (*Marc.* 16, 17) había prometido: «Hablarán nuevas lenguas». Este milagro de las lenguas, que no fué un don duradero, sino transitorio de los apóstoles, no tanto sirvió directamente para la predicación del Evangelio, como para atestiguar la presencia del Espíritu de Dios, y fué un símbolo de la unidad y universalidad de la Iglesia. Porque así como por el pecado entró en los hombres la desunión que se manifestó en la torre de Babel, así por el *Espíritu Santo habían de tornar a unirse los hombres de todas las lenguas y naciones* mediante la unidad de fe y de caridad en *una* Iglesia universal de Jesucristo (cfr. *TQS* 1895, 86; *BZ* XII [1914] 30 ss. y 269 ss.). Más abajo se dice lo que hablaban los apóstoles dotados del don de lenguas: «las maravillas de Dios». — Es muy probable que los carismas de lenguas (*glosolalias*) de que hacen mención *Act.* 10, 46; 19, 6; I *Cor.* 14, 18 s. 28 (cfr. núm. 709) fuesen en sustancia idénticos al don de lenguas de Pentecostés. En pro de esta hipótesis habla especialmente *Act.* 11, 15: «Descendió el Espíritu Santo sobre ellos, *como descendió al principio sobre nosotros»,* comparado con 10, 46 s.: «Les oían hablar en lenguas extranjeras» (cfr. también I *Cor.* 12, 18 28; 14, 10 21). Pero la «glosolalia» no se ha de creer que fuera un balbucir incomprensible, o se redujera a ciertas exclamaciones confusas; fué un hablar correcto, articulado, oíble, en un lenguaje extraño al orador y proferido en un estado extático provocado por el Espíritu Santo. De suponer que la lengua fuese desconocida de los oyentes, habría de admitirse que, con el don de lenguas, el Espíritu Santo comunicó el don de «interpretarlas» (I *Cor.* 14, 13 28). Para más detalles véase Hagen, *Lexicon Biblicum* I 848-860 (artículo de Fonk).

[3] El bramido del viento impetuoso. Este fué percibido en toda Jerusalén y partió muy probablemente de Sión y de la casa donde estaban reunidos los apóstoles. Allí corrieron presurosas las gentes; mas un nuevo milagro les llenó de asombro: aquellos hombres que en el traje y en todo su exterior mostraban ser galileos, hablaban lenguas diversas, que las multitudes oían entusiasmadas.

lengua. Quedaron, pues, todos estupefactos, y maravillados decían: «¿Por ventura éstos que hablan no son todos galileos? Pues ¿cómo es que les oímos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua materna? Partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia [1], de Judea [2] y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia [3] y de Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene [4], y los venidos de Roma [5], aquí residentes, judíos y prosélitos [6], cretenses [7] y árabes [8], les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios». Estaban, pues, estupefactos y confusos (por el asombro), y se decían unos a otros: «¿Qué significa esto?» Pero otros se mofaban, diciendo: «Están llenos de mosto».

130. Discurso de Pedro [9]

(*Act.* 2, 14-41)

1. Introducción: palabras proféticas de Joel: «Quien invocare el nombre del Señor, se salvará». 2. Tema: Jesús de Nazaret es el *Señor;* porque Dios ha hecho Mesías glorioso y Señor a este Jesús a quien crucificasteis a pesar de las pruebas de su dignidad mesiánica. Pruebas: *a)* Dios le ha resucitado de entre los muertos; *b)* Dios le ha ensalzado; *c)* ha enviado el Espíritu Santo prometido. 3. Conclusión: respuesta a la pregunta ¿qué hemos de hacer? (bautismo; — penitencia y fe, que son las condiciones para el bautismo; justificación y santificación, que son objeto y efecto del bautismo). 4. Efecto de este sermón.

539. *Levantándose* entonces *Pedro* con los Once [10], alzó la voz y les habló: «¡Hombres de Judea y todos los demás que moráis en Jerusalén! sabed esto y escuchad mis palabras. Pues no están éstos embriagados, como sospecháis vosotros, siendo la hora tercia del día [11]; sino que se verifica lo que dijo el *profeta*

---

[1] Países situados entre el Indo y el Eufrates. — La fiesta de Pentecostés caía en época muy a propósito para viajar; por esta razón se hallaban en dicha fiesta numerosos peregrinos, aun de países extranjeros, para rendir tributo de acatamiento a la Ley. Mas no se crea que la aglomeración de gente fuera debida tan sólo a los peregrinos de la fiesta; había también en Jerusalén muchos que por amor a la religión de los mayores habían venido de la Diáspora a Palestina, para vivir en Jerusalén el resto de sus días a la sombra del Templo y ser allí enterrados después de la muerte.

[2] Judea, citada entre Mesopotamia y Capadocia, es, sin duda, error de amanuense. Tertuliano lee Armenia; Nestle, Adiabaia (Adiabene); Hatch, Aramea (cfr. *ZNW* 1908, 253 y 255 s ; *ZKTh* 1910, 599 ss.).

[3] *Asia* designa la provincia romana de la parte occidental de Asia Menor, formada del reino de los Atálidas de Pérgamo (Misia, Lidia, Caria y, transitoriamente, Frigia); los demás países eran igualmente regiones de Asia Menor.

[4] *Libia* era una comarca de la costa septentrional de Africa, al oeste de Egipto; la región noroeste de la misma se llamó Cirenaica, de su capital Cirene (núm. 418).

[5] Para el romano Teófilo, a quien iba dedicada la historia de los *Hechos Apostólicos,* era, sin duda, de grandísimo interés que en el milagro de Pentecostés se hallasen presentes paisanos suyos, y no sólo judíos, sino también prosélitos.

[6] Núm. 302.

[7] Habitantes de la isla de Creta, hoy Candía, al sur de Grecia. Más detalles en el núm. 681. [8] Cfr. núm. 177.

[9] Acerca de las bellezas oratorias de este discurso cfr. Schleiniger *Das Kirchliche Predigtamt*[3] 92.

[10] **Pedro,** cabeza de los apóstoles y jefe supremo de la Iglesia de Cristo, pronuncia *el primer discurso* y reúne la primera cristiandad. Echase de ver la acción del Espíritu Santo en la confesión intrépida, heroica, abnegada de Pedro, que poco antes había en su negación dado muestras de egoísmo, temor y cobardía. Acerca de la *discreción* que aquí manifiesta Pedro, cfr. san Crisóstomo, *Homil. 7 in Act.*

[11] Las 9 de la mañana (cfr. núms. 289 y 414). Era la primera de las tres horas de oración, y en ella se ofrecía el sacrificio matutino; hasta esa hora — y en las grandes fiestas hasta la hora de sexta (las 12) —, los judíos no comían ni bebían (Lightfoot, *Horae hebr.,* comentando el citado pasaje).

Joel: Sucederá en los postreros días[1], dice el Señor, que yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne[2]; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán. Yo haré prodigios arriba en el cielo, y portentos abajo en la tierra, sangre, y fuego, y nubes de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que llegue el día grande y patente del Señor[3]. Y sucederá (que) todos los que hayan invocado el nombre del Señor, se salvarán *(Ioel* 2, 28-32; en el texto hebreo, 3, 1-5).

»Vosotros, varones israelitas, escuchad estas palabras: A *Jesús de Nazaret,* varón autorizado por Dios a vuestros ojos con los milagros, maravillas y prodigios que por medio de él ha hecho entre vosotros, como todos sabéis, a este Jesús, entregado por designio expreso y por la presciencia de Dios[4], vosotros le habéis hecho morir atormentándole por mano de los impíos. Dios le ha resucitado, librándole de los dolores del infierno[5], puesto que era imposible quedar él en poder de éste. Porque David dice de él: Tengo siempre presente al Señor ante mis ojos; pues está siempre a mi diestra, para que no vacile. Por eso mi corazón se llena de alegría, y mi lengua resuena de júbilo, y hasta mi carne reposará en la esperanza de la resurrección. Porque *tú no abandonarás mi alma en el reino de los muertos,* ni permitirás que tu Santo (el Mesías) experimente la corrupción. Tú me das a conocer las sendas de la vida, y colmarme has de gozo (en la gloriosa exaltación) con tu presencia *(Ps.* 15, 8-10). Hermanos míos, permitidme que os hable con toda libertad del patriarca *David* (el cual ciertamente no aplicaba a sí mismo las sobredichas palabras), pues murió y fué sepultado, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy[6]. Pero como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento que uno de su descendencia se había de sentar sobre su trono (cfr. *Ps.* 131, 11), previniendo la Resurrección de Cristo, dijo que ni fué detenido en el sepulcro, ni su carne padeció corrupción. *Este Jesús es a quien Dios ha resucitado;* de lo que todos nosotros somos testigos. Elevado, pues, por la diestra de Dios[7], y habiendo recibido del Padre[8] la promesa del *Espíritu Santo, le ha derramado* ahora del modo que estáis viendo y oyendo. (También esta su exaltación fué anunciada). Porque no es David el que subió al cielo; sino que dice él mismo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras a tus enemigos los pongo yo por escabel de tus pies[9]. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de

---

[1] Es decir, en los tiempos mesiánicos, después de los cuales no hay ya en la tierra más revelación.

[2] Es decir, sobre todos los hombres — sin distinción de sexo, edad y estado.

[3] Con mirada profética describe Joel en *un mismo* cuadro el principio y el fin de la época mesiánica. El principio, la venida del Espíritu Santo, ya se ha cumplido; el fin, el juicio de Dios, día vendrá en que se haya de cumplir. Precisa, pues, buscar al Salvador e invocar con fe viva al Señor. El Salvador, el «Señor», es Jesucristo; de él trata la parte siguiente del discurso, el tema propiamente dicho.

[4] Cfr. *Is.* 53, 7: «Se ofreció porque él mismo lo quiso».

[5] El texto griego lee: «dolores *de la muerte*». Figura que nos indica la necesidad que el reino de los muertos o la muerte tenía de devolver a Jesús, hacerle nacer a nueva vida gloriosa. La Resurrección se designa, por consiguiente, como un nuevo nacimiento del seno del reino de los muertos o de la muerte (cfr. I *Petr.* 3, 18; *Col.* 1, 18).

[6] Cfr. núm. 339 ss. Con razón advierte Hadorn *(Die Apostelgeschichte und ihr geschichtlicher Wert 16)* a este propósito: «Obsérvese en este discurso la sorprendente alusión al sepulcro de David *(Act.* 2, 29), la cual era una prueba evidente capaz de convencer a cualquiera de que las palabras de David acerca de la inmortalidad no podían referirse a él mismo, como quiera que su sepulcro está "entre nosotros", sino debían referirse a otro, al Mesías. Cosas de este género no se inventan pasada la coyuntura. Argumentos de esta índole nacen de las circunstancias, al fijarse la mirada del orador en la ciudad de David» (cfr. también pág. 355).

[7] Es decir, mediante la omnipotencia de Dios.

[8] Cfr. núms. 357 ss. y 519. [9] *Ps.* 109, 1; cfr. núm. 314.

Israel, *que Dios ha constituído Señor y Cristo a este mismo Jesús, al cual vosotros habéis crucificado»* [1].

540. Oído este discurso, se compungieron de corazón [2] y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué es, pues, hermanos, lo que debemos hacer?» A lo que Pedro les respondió: «Arrepentíos, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo [3] para remisión [4] de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo [5]. Porque la promesa es para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos [6], para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro». Otras muchísimas razones alegó; y les amonestaba, diciendo: «Poneos en salvo de esta generación perversa». Aquellos, pues, que recibieron su doctrina, fueron bautizados; y se agregaron [7] aquel día cerca de tres mil personas.

131. Vida santa de los primeros cristianos [8]

(Act. 2, 42-47)

1. El culto; formación de la liturgia: predicación, fracción del pan, oración, Eucaristía y ágape. 2. Vida social de la Iglesia primitiva; la caridad cristiana. 3. Crecimiento de la comunidad cristiana.

541. Perseveraban todos en la doctrina de los apóstoles [9] y en la unión de la fracción del pan y en la oración. Y toda la gente estaba sobrecogida de temor; y eran muchos los prodigios y milagros que hacían

---

[1] El es el verdadero Mesías, enviado por Dios; a él le ha sido entregado el señorío de todo el mundo, como lo dice expresamente el Salmo. Como tal, él es el verdadero y único Salvador; mas el camino para ir a él es, como luego añade san Pedro, la penitencia, es decir, el cambio de vida, la aversión al pecado y la conversión a Dios, el bautismo y el ingreso en la Iglesia.

[2] Siete semanas antes habían sido testigos de lo que a Jesús aconteció en la Pasión, etc. ¡Qué aspecto tan distinto les ofrecían ahora aquellos acontecimientos, visto el milagro de Pentecostés!

[3] Reconociendo a Jesús por Cristo, y con el bautismo que Jesús, el Mesías, ha dispuesto (núm. 515 ss.), no con el bautismo de Juan o de los fariseos, etc. (cfr. núms. 89 y 518). Acertadamente dice Pohle a este propósito *(Dogmatik* I[5] 288; cfr. III[4] 67): «Fuese el bautismo *en nombre de Jesús* o *en el nombre de Jesús,* en ambos casos el que lleva dicho nombre se identifica con la Divinidad. Porque bautizar *en nombre de Jesús (Act.* 2, 38; 10, 40) significa la autoridad y el poder que Jesús tiene de perdonar los pecados al neófito; mientras que bautizar *en el nombre de Jesús (Act.* 8, 16) significa la consagración completa y la entrega del bautizado a Jesús, como única meta y único fin. En realidad, nadie sin cometer blasfemia puede bautizarse *en nombre* o *en el nombre* de una mera *criatura;* pues sólo Dios puede perdonar los pecados al neófito y exigir de él absoluta sumisión, reclamando de él la adoración que sólo se debe a Dios (I *Cor.* 1, 13)».

[4] El *objeto* del Bautismo es el perdón del pecado original y de los actuales, o sea, la justificación.

[5] El don que consiste en el Espíritu Santo, o sea, la santificación, es *efecto* del Bautismo.

[6] A todos los hijos de Israel, tanto a los allí presentes, como a los que viven en lejanas tierras entre los gentiles (Diáspora). De su peso cae que no están excluídos los gentiles (cfr. *Marc.* 16, 15; núm. 519).

[7] Al número de los discípulos de Jesús, a la Iglesia.

[8] La segunda *pintura (Act.* 4, 32-37) véase en el núm. 549. Cfr. la hermosa homilía de Eberhard, *Kanzelvorträge* I[2] 178. También Blank, *Der Zustand der Urgemeinde in Jerusalem hinsichtlich der sprachlichen, wirtschaftlichen und sittlichen Verhältnisse,* en *PB* 1914, 76-84.

[9] Escuchando y poniendo por obra con todo celo la palabra de Dios que los apóstoles predicaban.

los apóstoles en Jerusalén, de suerte que todos universalmente estaban llenos de espanto [1]. Los creyentes por su parte vivían unidos entre sí, y *todo lo tenían en común.* Vendían sus posesiones y demás bienes, y repartían (el producto) entre todos, según la necesidad de cada uno. Asistían asimismo cada día largo rato al Templo unidos con un mismo espíritu [2], y, partiendo el pan por las casas, tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios, y eran queridos de todo el pueblo. Mas el Señor aumentaba cada día el número de los que querían salvarse.

542. Eucaristía y ágape. Las palabras *fracción del pan,* en sí consideradas, podrían significar «celebrar banquete», pues en Oriente el pan cocido en rebanadas discoidales, componente principal del banquete, no se cortaba, sino se partía. Mas en todo el contexto del pasaje, aquí como también en otros lugares del Nuevo Testamento y en la literatura cristiana antigua (*Act.* 20, 7 11; I *Cor.* 10, 16; *Didaké* 9, 3; Ignacio de Antioquía, *Ad Eph.* 20), bajo dicha expresión debe entenderse *la fiesta eucarística completa,* el sacrificio con el banquete sacrificial, en el cual se parte la especie de pan, a ejemplo de Jesucristo (*Matth.* 26, 26; *Marc.* 14, 22; *Luc.* 24, 30; I *Cor.* 11, 24). Pues en el primer pasaje (*Act.* 2, 42) las palabras en cuestión están entre dos conceptos que ciertamente denotan asunto religioso: «Doctrina (o predicación) de los apóstoles», y «oraciones» (determinadas); de suerte que es muy creíble que Lucas quisiera designar un acto (litúrgico) propio del culto divino. Así lo ha interpretado la versión siríaca, la cual traduce «partir la Eucaristía». En el segundo pasaje (*Act.* 2,46) quiere sin duda decirnos el historiador sagrado que los cristianos asistían con los judíos al Templo en las horas de oración, pero que en algunas casas privadas (por ejemplo, en la de María, *Act.* 12, 12; en la de Nicodemus) se celebraba el sacrificio eucarístico que les había prescrito el Señor. Y cuando Lucas añade en el segundo pasaje: «Tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón», seguramente alude al *ágape,* suficientemente atestiguado en otros lugares (I *Cor.* 11, 18-34 y Tertuliano, *Apol.* 39). En un principio los ágapes precedían a la celebración de la sagrada Eucaristía; mas luego se separaron de ella, celebrándose en el lugar destinado al culto, o en casas privadas [3]. El mismo amor de Dios que enseñaba a los cristianos a cantar las alabanzas del Señor en el Templo con santo celo y con un mismo espíritu, los congregaba sin distinción de clases ni de estados para celebrar banquetes en común, en señal del amor que se profesaban. Los abusos que poco a poco se iban introduciendo movieron a las autoridades eclesiásticas a prohibir los ágapes en las iglesias. Desde el siglo v se da el nombre de *ágape* a la comida que se distribuía a los pobres en determinadas fiestas.

---

[1] El temor, sin duda, contuvo por el momento la oposición de los enemigos.

[2] Aunque los cristianos tenían su culto propio, el Templo seguía siendo para ellos un lugar santificado por el mismo Dios, como también eran santos y respetables los usos religiosos y rituales de los judíos, figura y preparación de la Nueva Alianza, dispuestos por el mismo Dios; y ello, hasta tanto que Dios mismo los suprimió con la destrucción de Jerusalén y del Templo (cfr. pág. 471, nota 4 y núm. 636).

[3] Contra Batiffol, que niega la existencia de los ágapes, o sostiene la identidad del ágape con la Eucaristía, escribieron de manera convincente Funk, *Kirchengeschichtliche Abhandlungen* III (Paderborn 1907) 1-41; Keating, *The Agape and the Eucharist* (Londres 1911). E. Baumgartner, *Eucharistie und Agape im Urchristentum* (Solothurn 1909) trata de demostrar que el culto litúrgico propiamente dicho, consistente en la instrucción cristiana y en el sacrificio eucarístico («fracción del pan»), se celebraba el domingo *por la mañana* (a medianoche o muy de madrugada); aparte de él, la *noche* del domingo celebrábase un banquete de caridad o de alegría (ágape), y en él, no en la función litúrgica de la mañana, los agraciados con carismas desempeñaban el papel que describe I *Cor.* 12-14 (cfr. también *ZKTh* 1909, 50 ss. y además 609 ss.).

543. Caridad de los cristianos de Jerusalén. Si en el cuadro que de la vida de los primeros cristianos nos pinta el libro de los *Hechos* consideramos por separado aquel pasaje: «Todo lo tenían en común y vendían sus posesiones y demás bienes y repartían (el producto) entre todos» [1], y lo interpretamos sin atender al contexto, podríamos quizá concluir que la primitiva cristiandad de Jerusalén suprimió la propiedad privada y practicó la comunidad de bienes en el sentido del comunismo moderno. Pero si consideramos el contexto, aparece lo erróneo de la anterior interpretación. Porque 1.º, a la pregunta de los judíos en la fiesta de Pentecostés: «¿Qué es lo que debemos hacer?», responde el Príncipe de los apóstoles: penitencia y bautismo; mas no les exige la renuncia de la propiedad privada; de donde no se puede afirmar que tal renuncia fuese cosa esencial. 2.º. Consta expresamente que siguió existiendo la propiedad privada. Pedro dijo a Ananías: «¿No era tuyo (el campo), de no venderlo? Y vendido, ¿no estaba su precio a tu disposición?» [2] 3.º. Vemos también claramente que no toda posesión era administrada en común, sino que muchos fieles, que a ejemplo de Cristo y siguiendo su consejo deseaban practicar especial perfección, vendían sus bienes y entregaban voluntariamente el precio de la venta a los apóstoles, para que éstos lo distribuyesen entre los pobres y menesterosos. 4.º. Tampoco existió participación por igual en los bienes comunes, como pretende el comunismo, sino reparto de los ingresos «según las necesidades de cada uno» [3]. No deben, pues, violentarse ni interpretarse al pie de la letra aquellas palabras: «tenían todo en común»; sino deben entenderse como expresión de los sentimientos que dominaban en los primeros cristianos de Jerusalén. Dichas palabras deben explicarse propiamente por estas otras: «Ninguno decía que fuese propiedad suya lo que poseía», es decir, todos se consideraban miembros de una gran familia y estaban dispuestos a remediar con largueza las necesidades del hermano; tan bien dispuestos estaban los que poseían bienes, que por su parte tendieron un puente sobre el abismo que separa al pobre del rico. En tanto que el comunismo es una demanda del egoísmo, que se puede expresar en la siguiente fórmula: «¡Hermano!, lo tuyo es mío», los *Hechos* nos brindan un programa de acendrada y magnánima caridad, que puede resumirse en estas palabras: «¡Hermano!, lo mío es tuyo» [4].

132. Curación de un cojo de nacimiento [5]

(*Act.* 3, 1-11)

1. El milagro. 2. Efecto del milagro.

544. Subían un día Pedro y Juan [6] al Templo a la oración, a eso de la hora de nona [7]. Traían a la sazón a un hombre, cojo desde el vientre de su madre [8], a quien colocaban todos los días a la puerta del Templo,

---

[1] *Act.* 2, 44; cfr. 4, 32; núm. 549.

[2] *Act.* 5, 4; núm. 550 s. [3] *Act.* 2, 45.

[4] Acertadamente y con amplitud trata acerca de este punto F. Winterstein, *Die christliche Lehre vom Erdengut nach den Evangelien und apostolischen Schriften* (Maguncia 1898) 110 ss.; E. Baumgartner, *Der Kommunismus im Urchristentum*, en *ZKTh* 1909, 625 ss.; debemos citar también aquí Rudolf Schumacher, *Die soziale Lage der Christen im apostolischen Zeitalter* (Paderborn 1924). — También Weizsäcker (*Apostol. Zeitalter*[2] 46) observa lacónica y acertadamente: «Se practicaba, no la comunidad de bienes, sino el socorro de los pobres».

[5] Véase en K. Weiss, *ThpMS* XXVII 421 y a menudo, pensamientos sugestivos a propósito de esta historia y de las tres que siguen, como también la refutación de las objeciones de la crítica negativa.

[6] Vemos a menudo juntos en la Sagrada Escritura a Pedro, la roca, y a Juan, el hijo del trueno; cfr. *Luc.* 5, 10; 22, 8; *Ioann.* 1, 35 41; 18, 16; 20, 6; *Act.* 8, 14; *Gal.* 2, 9.

[7] Hacia las tres de la tarde; era la hora del sacrificio vespertino y de la oración solemne.

[8] *Act.* 4, 22 hace resaltar que el cojo tenía más de 40 años de edad.

llamada la Hermosa [1], para (que pudiera) pedir limosna a los que allí entraban. Y como éste viese a Pedro y a Juan que iban a entrar en el Templo, les rogaba que le diesen limosna. Pedro, entonces, fijando con Juan la vista en este pobre, le dijo: «¡Míranos!» El los miraba de hito en hito, esperando que le diesen algo. Mas Pedro le dijo: «Plata ni oro yo no tengo; pero lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno (levántate y) anda». Y cogiéndole de la mano derecha, le levantó; y al instante se le consolidaron las piernas y las plantas. Y dando un salto se puso en pie, y echó a andar; y entró con ellos en el Templo [2] andando y saltando y loando a Dios. Todo el pueblo le vió cómo iba andando y alabando a Dios. Y como le conocían por aquél mismo que solía estar sentado a la limosna en la puerta Hermosa del Templo, quedaron espantados y fuera de sí con tal suceso. Y como él no se apartase de Pedro y de Juan [3], todo el pueblo, asombrado, vino corriendo hacia ellos al pórtico de Salomón [4].

133. Segundo discurso de Pedro [5]

(Act. 3, 12-26)

1. No le hemos curado por virtud nuestra, sino en nombre y para gloria de Jesús, el Crucificado. 2. Exhorta a la fe y a la penitencia, disculpando el homicidio del Mesías y aludiendo a la segunda venida de Cristo.

545. Como viese esto Pedro, habló así a la gente [6]:

«¡Varones israelitas! ¿por qué os maravilláis de esto, y por qué nos estáis mirando a nosotros, como si por virtud o potestad nuestra hubiésemos hecho andar a este hombre? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres *ha glorificado* (mediante esta curación) *a su Hijo Jesús,* a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilatos, juzgando él que se le debía absolver. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo [7], y pedisteis que se diese libertad a un hombre homicida. Y matasteis al autor de la vida [8], a quien Dios resucitó de entre los muertos; de lo cual somos testigos. Y *la fe en su nombre* ha dado entera salud, como lo estáis viendo, a éste que vosotros veis y conocéis.

Y ahora, hermanos, yo sé que lo hicisteis por ignorancia, como también vuestros jefes. Pero de esta manera ha cumplido Dios lo que de antes tenía

---

[1] La puerta oriental, por la que se entraba en el atrio de las mujeres, «la puerta (corintia) de bronce» de Josefo, la «puerta de Nicanor» de la Mischna. Dicha puerta era a propósito para los mendigos. Los que venían de la ciudad, entraban en el atrio *exterior* por el oeste; pero los más de los visitantes entraban en el atrio *interior* por el este, porque el frontis del Santuario miraba a oriente (cfr. *ZNW* VII [1906] 51-68 y página 127, nota 1).

[2] Al atrio interior, primero al de las mujeres.

[3] Habiendo salido con ellos del atrio interior.

[4] Núm. 84; en este mismo pórtico habló Jesús al pueblo en la fiesta de la Dedicación del Templo *(Ioann.* 10, 23 ss.; núm. 253).

[5] Acerca de las bellezas oratorias de este discurso cfr. Schleiniger, *Das kirchliche Predigtamt*[3] 93.

[6] Cfr. núms. 536, 538 y 540.

[7] Así designan a menudo los profetas al Mesías (cfr. *Ps.* 15, 10; *Is.* 11, 4 y 5; 53, 11; *Ierem.* 23, 5 6, etc.). Jesús era el Justo por antonomasia *(Matth.* 27, 54. *Luc.* 23, 47. I *Petr.* 3, 18. I *Ioann.* 2, 1); ese mismo nombre dieron a Jesús Pilatos y su mujer *(Matth.* 27, 19 24); y el poseso *(Marc.* 1, 24) le llamó «Santo de Dios».

[8] *¡Espantoso contraste!* ¡Pidieron la vida para el asesino, para el destructor de la vida; en cambio desearon la muerte del autor de toda vida, natural y sobrenatural, temporal y eterna, del que es la esperanza de la vida y de la resurrección! (Cfr. *Ioann.* 10, 10; 11, 25; núms. 238 y 270).

anunciado por boca de todos los profetas, que su Ungido había de padecer [1]. *Haced penitencia,* pues, y convertíos, para que vuestros pecados os sean perdonados; a fin de que vengan del Señor los tiempos del refrigerio [2], y él os envíe a aquel Jesucristo, que a vosotros fué de antes destinado, puesto que a éste es menester que el cielo le reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que antiguamente Dios habló por boca de sus santos profetas [3]. (Porque, por ejemplo) Moisés dijo: El Señor vuestro Dios os suscitará un Profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todo cuanto os dijere. Toda alma que no oyere a aquel Profeta, será exterminada del pueblo [4]. Y (de la misma suerte) todos los profetas, desde Samuel, y cuantos después han hablado, anunciaron estos días (del refrigerio y de la restauración) [5]. Vosotros sois los hijos de los profetas y de la Alianza que Dios concertó con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra [6]. A vosotros ha enviado primero Dios a su Hijo, a quien ha resucitado, para que os bendiga, a fin de que cada uno se aparte de su maldad».

134. Pedro y Juan comparecen ante el Sanedrín

(*Act.* 4, 1-31)

1. Encarcelamiento de los apóstoles Pedro y Juan. 2. Dios bendice su predicación, aumentando el número de los creyentes. 3. Los apóstoles ante el Sanedrín: *a)* interrogatorio; *b)* respuesta de san Pedro: en Jesús está la salvación; *c)* delibera el Sanedrín; *d)* prohíbele predicar el Evangelio; *e)* protesta de san Pedro. 4. Libertad de Pedro y acción de gracias de los fieles.

546. Mientras ambos apóstoles hablaban al pueblo, sobrevinieron (de improviso) los sacerdotes con el magistrado del Templo [7], y los saduceos, no pudiendo sufrir que enseñasen al pueblo y predicasen en la persona de Jesús la resurrección de los muertos [8]. Y habiéndose apoderado de ellos, los recluyeron en la cárcel hasta el día siguiente, porque ya era tarde.

---

[1] Está predicho por menudo en *Ps.* 21 e *Is.* 53 y anunciado en todos los profetas (cfr. *Luc.* 24, 27; núms. 499 y 518). Pedro recoge aquí las palabras de Jesús en la cruz: «Padre, perdónales...» (*Luc.* 23, 34) y anima a la confianza: 1, porque su acción está atenuada por el desconocimiento, no del todo exento de culpa, de la dignidad mesiánica de Jesús (cfr. también I *Cor.* 2, 9); 2, porque su acción, ciertamente del todo voluntaria, no logró frustrar los designios de Dios, antes hizo que se cumpliesen, en cuanto que Dios, que la había previsto, en ella fundó el divino decreto de la Redención.

[2] Es decir, la consumación del reino de Dios al fin de los tiempos. Lo mismo viene a significar la expresión que luego sigue: «el restablecimiento de todas las cosas».

[3] Es decir: aprovechad ahora la salud que se os ofrece en Jesucristo, para que un día recibáis consuelo y alegría al verle (cfr. *Luc.* 21, 28; núm. 397), cuando él, que ahora está en los cielos, venga de nuevo como Juez y se renueve la naturaleza terrena (cfr. II *Petr.* 3, 13; también *Rom.* 8, 18 ss.), como lo han anunciado los profetas (cfr., por ejemplo, *Is.* 65, 17; 66, 22; *Ioel.* 2, 1 ss.; 3, 2 ss., etc.).

[4] Cfr. *Deut.* 18, 15 18 19.

[5] La venida del Mesías y de su reino (núms. 499 y 518).

[6] *Vosotros* sois los herederos directos y legítimos de la salud en Cristo; porque los profetas que la anunciaron pertenecían a vuestro pueblo, y Abraham, con quien Dios concertó la Alianza de la promesa, es vuestro padre (cfr. *Matth.* 15, 24 ss.; núm. 191; también *Act.* 13, 45; *Rom.* 1, 16; 3, 1 ss.).

[7] Era el jefe del cuerpo de sacerdotes y levitas encargados de la guarda del Templo; era sacerdote, y en dignidad seguía al pontífice.

[8] Los *saduceos* negaban la resurrección (núm. 312 [*Matth.* 22, 23], núm. 673 [*Act.* 23, 8]); enojáronse de que ambos apóstoles la anunciasen con tanto brío; ellos fueron, sin duda, quienes movieron a los sumos sacerdotes a intervenir, etc. — Los *fariseos* tomaron por entonces una actitud expectante respecto de los cristianos, quizá porque éstos seguían todavía externamente muy respetuosos con el Templo (cfr. núm. 541).

Pero muchos de los que habían oído la predicación de Pedro, creyeron [1]; y el número llegó a cinco mil hombres.

Al día siguiente se congregaron en Jerusalén los jefes, y los ancianos, y los escribas [2], el pontífice Anás, y Caifás, y Juan, y Alejandro [3], y todos los que eran del linaje sacerdotal. Y haciendo comparecer a los apóstoles [4], les preguntaron: «¿Con qué potestad, o en nombre de quién habéis hecho esa acción?» Entonces Pedro [5], lleno del Espíritu Santo (prometido en *Luc.* 12, 11 s.), les respondió:

«Príncipes del pueblo, y vosotros ancianos, escuchad: Ya que en este día se nos pide razón del bien que hemos hecho a un hombre tullido, por virtud de quién haya sido curado, declaramos a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel, que la curación se ha hecho en nombre de nuestro Señor Jesucristo, el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y Dios ha resucitado. En virtud de tal nombre se presenta sano ese hombre a vuestros ojos. Este Jesús es aquella piedra que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo [6]. Fuera de él no hay salvación. Pues **no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos**» [7].

547. Viendo ellos la firmeza de Pedro y de Juan, constándoles por otra parte que eran hombres sin letras y del vulgo, estaban llenos de admiración, y echaban de ver que habían sido discípulos de Jesús [8]. Mas al ver con ellos al hombre que había sido curado, nada podían replicar. Mandáronles, pues, salir fuera de la junta, y comenzaron a deliberar entre sí, diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Porque es claro que por medio de ellos se ha hecho un milagro; todo Jerusalén lo sabe, y nosotros no podemos negarlo. Pero a fin de que no se divulgue más en el pueblo, apercibámosles que de aquí en adelante no tomen en boca este nombre ni hablen de él a persona viviente». Por tanto, llamándolos, les intimaron que por ningún caso hablasen ni enseñasen en el nombre de

---

[1] Arrojaron a los apóstoles en la cárcel; mas con ello no estorbaron el efecto y el feliz éxito de su predicación. Muchos se convirtieron, de suerte que el número de hombres (sin contar mujeres y niños) ascendió a 5000. No está claro que en este día se convirtieran los 5000, o que con los de este día llegara a 5000 el número de convertidos (núm. 540); los más de los intérpretes antiguos están por lo primero.

[2] Cfr. núm. 330.

[3] Anás, el sumo pontífice anterior, era miembro del Sanedrín; aparece siempre como la persona más influyente del Gran Consejo (núms. 88 y 377). De Juan y Alejandro no sabemos cosa particular; de lo que sigue se desprende que pertenecían al linaje de los sumos sacerdotes; quizá eran jefes prominentes de las veinticuatro clases sacerdotales; Alejandro es acaso el mismo que cita Josefo (*Ant.* 18, 6, 3; 20, 5, 2) como primera autoridad de los judíos de Alejandría.

[4] Propiamente: pusiéronlos en medio, a saber, en medio de los miembros del Sanedrín, que estaban sentados en semicírculo; era el lugar de los acusados.

[5] Cfr. página 479, nota 7.

[6] Cfr. núm. 308; *Matth.* 21, 42; *Luc.* 20, 17; I *Petr.* 2, 7; *Ps.* 117, 22 s.

[7] Tal es el designio de Dios y así lo declaró repetidas veces el Salvador mismo (cfr. *Ioann.* 3, 14 ss.; 10, 9 ss.; 14, 6; núms. 109, 238 s. y 356). Sin él, no hay redención, ni purificación de los pecados, ni santificación; no hay, por consiguiente, salud ni bienaventuranza. A la verdad, los judíos habían hasta entonces participado de aquellas gracias mediante los sacrificios prescritos por el mismo Dios, pero sólo en cuanto que dichos sacrificios eran figura del único verdadero y expiatorio de Jesucristo. Mas desde que éste se había consumado, los del Antiguo Testamento ya no tenían valor alguno.

[8] La libertad y entereza de aquellos dos apóstoles hicieron recordar a los miembros del Sanedrín que a ambos les habían visto con Jesús. Siempre los enemigos de Cristo han observado el mismo fenómeno en los fieles discípulos de Jesús.

Jesús. Mas Pedro y Juan respondiéronles, diciendo: «Juzgad vosotros mismos si en la presencia de Dios es justo **obedeceros a vosotros antes que a Dios.** Porque nosotros no podemos menos de hablar de lo que hemos visto y oído» [1]. Pero ellos, amenazándoles, los despacharon, no hallando arbitrio para castigarlos, por temor del pueblo, porque todos glorificaban a Dios en aquel suceso; pues el hombre en quien se había obrado esta cura milagrosa pasaba de cuarenta años.

548. Puestos ya en libertad, volvieron a los suyos y les contaron cuantas cosas les habían dicho los príncipes de los sacerdotes y los ancianos. Ellos, al oírlo, levantaron todos unánimes la voz a Dios [2] y dijeron: «Señor, tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos se contiene; el que, hablando el Espíritu Santo por boca de David, nuestro padre y siervo tuyo, dijiste: "¿Por qué se agitan las naciones y maquinan los pueblos proyectos vanos? Alzanse los reyes de la tierra, colíganse los príncipes contra el Señor y contra su Ungido" [3]. Porque verdaderamente contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste [4], se coligaron en esta ciudad Herodes y Poncio Pilatos con los gentiles y las tribus de Israel, para ejecutar lo que tu mano y providencia determinaron que se hiciese. Ahora, pues, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos predicar *con toda libertad* tu palabra, extendiendo tu poderosa mano para hacer curaciones, prodigios y portentos en el nombre de Jesús, tu santo Hijo». Acabada esta oración, tembló el lugar en que estaban congregados; y todos se sintieron llenos del Espíritu Santo [5], y anunciaban sin temor la palabra de Dios [6].

135. Segunda descripción de la vida de los primeros cristianos

(*Act.* 4, 32-37)

1. A pesar del crecimiento (5000 hombres), no menguaron la unión íntima, la concordia y el amor. 2. Predicación valiente de los apóstoles. 3. Renuncia voluntaria y desinteresada de los bienes y haberes (cfr. núm. 543). 4. Ejemplo de Bernabé.

549. Toda la multitud de los fieles tenía **un solo corazón y una sola alma;** ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía,

[1] ¡Cómo saben los apóstoles conciliar el respeto a la autoridad con la más completa libertad de espíritu! Mediante el milagro habían demostrado que tenían recibida misión de Dios, de quien viene toda potestad a las autoridades. En contra de Dios nada puede disponer ninguna autoridad.

[2] Seguramente fué Pedro quien hizo esa oración y la pronunció en alta voz, uniéndosele los demás en espíritu y haciéndola suya con el «Amén». [3] *Ps.* 2, 1 2.

[4] No externamente, sino de manera perfectísima. En la unción externa de los reyes, profetas y sumos sacerdotes se significaban las gracias que se les concedía. Pero en el Mesías, a la sagrada humanidad va unida la divinidad, fuente de toda gracia. Por eso el Mesías, el Ungido por antonomasia, es el único Rey verdadero y perfecto, y a la vez Profeta y Sumo Sacerdote (cfr. núms. 118, 254 y 314; Friedrich, *Der Christusname im Lichte der atl und ntl Theologie* [Colonia 1905]).

[5] No como en Pentecostés, para el cumplimiento de su misión en general, sino a manera de espíritu de fortaleza para la necesidad del momento.

[6] La *persecución* no asusta a los verdaderos siervos de Jesucristo; al contrario, es para ellos una ocasión magnífica de demostrar su fe y amor a Jesús, como también es una prenda de la cooperación de Dios a la obra de la conversión de la humanidad. Esto último les da Dios a entender en la conmoción del lugar, en prueba de su proximidad y de la omnipotencia con que les asiste.

sino que tenían todas las cosas en común [1]. Los apóstoles con gran valor daban testimonio de la Resurrección de Jesucristo [2], Señor nuestro; y en todos ellos resplandecía la gracia con abundancia. Pues no había entre ellos persona necesitada [3]; porque todos los que tenían posesiones o casas [4], vendiéndolas, traían el precio de ellas, y lo ponían a los pies de los apóstoles; el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno. De esta manera José, a quien los apóstoles pusieron el sobrenombre de **Bernabé** (que significa hijo de consolación) [5], que era levita, natural de Chipre [6], vendió una heredad que tenía, y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles.

136. Ananías y Safira [7]

(*Act.* 5, 1-11)

1. Pecado y castigo de Ananías. 2. Pecado y castigo de Safira. 3. Impresión que en los fieles produjo el castigo divino.

550. Mas cierto hombre, llamado *Ananías,* con su mujer *Safira,* vendió un campo. Y, de acuerdo con ella, retuvo parte del precio; y trayendo el resto, púsolo a los pies de los apóstoles. Mas Pedro le dijo: Ananías, ¿cómo ha tentado Satanás tu corazón para que mintieses al *Espíritu Santo,* reteniendo parte del precio de ese campo? ¿No era tuyo el campo, de no venderlo? y, vendido ¿no estaba a tu disposición su precio? ¿Por qué, pues, has urdido esto en tu corazón? No mentiste a hombres, sino a *Dios* [8]. Al oír Ananías estas palabras, cayó en tierra y expiró [9]. Todos los que supieron el suceso quedaron en gran manera atemorizados. Y levantándose los jóvenes [10], sacaron el cadáver y le dieron sepultura.

551. No bien pasaron tres horas, cuando entró su mujer (Safira), ignorante de lo acaecido. Díjole Pedro: «Dime (mujer), ¿es así que vendisteis el campo por tanto?» «Sí, respondió ella, por ese precio lo vendimos».

---

[1] Cfr. núm. 543.

[2] Con intrépida resolución y con grandes prodigios que corroboraban sus discursos, como acaban de suplicarlo y el Señor se lo había prometido (cfr. núms. 356, 515 y 519).

[3] La gracia, que tan abundante se mostraba en los primeros cristianos, producía en ellos un amor recíproco tan grande y tal desprecio de los bienes terrenos que, quienes los poseían, los vendían total o parcialmente y entregaban el producto a los apóstoles en provecho de sus hermanos pobres (cfr. núm. 541, especialmente núm. 543).

[4] No todos literalmente, pues María, la madre de Juan Marcos, tenía su casa (según *Act.* 12, 12), la cual estaba ciertamente abierta a todos los cristianos. De todo el contexto aparece «excluída la idea de la enajenación general, legal y simultánea de la propiedad privada» (Belser, *Die Apostelgeschichte* 75).

[5] Seguramente porque poseía de manera particular el carisma de consolar y animar con sus palabras.

[6] Acerca de Chipre, véase núm. 622.

[7] R. Schumacher, *Ananias und Saphira,* en *ThG* V 824. Acerca de una escultura, única en su género, que representa la escena en un sarcófago antiguo, véase Dom Cabrol, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne* I 1896 (con grabado); *RQ* 1909, 193-194. Acerca del cuadro de Rafael, véase página 478, nota 1.

[8] Pasaje que demuestra a las claras la verdadera divinidad del Espíritu Santo, pues los conceptos «Dios» y «Espíritu Santo» aparecen equiparados entre sí.

[9] Cfr. página 479, nota 7.

[10] Dice «*los* jóvenes», sin duda porque ejercían un servicio determinado, conocido de los cristianos, servicio que desempeñaron en seguida en esta ocasión, sin ser a ello particularmente requeridos. Para enterrar los muertos tuvo la Iglesia, por lo menos más tarde, funcionarios especialmente encargados de ello, llamados *fossores,* enterradores.

Entonces Pedro le dijo: «¿Por qué os habéis concertado para tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta [1] los pies de los que enterraron a tu marido; y ellos mismos te llevarán a enterrar». Al momento cayó a sus pies, y expiró. Entrando luego los jóvenes, encontráronla muerta, y sacándola, la enterraron al lado de su marido. Lo cual causó gran temor en toda la Iglesia y en todos los que tal suceso oyeron.

552. *El pecado y el castigo de Ananías y Safira.* Ninguna obligación tenían Ananías y Safira de hacer lo que hicieron. Bien podían haberse guardado todo o parte de lo que poseían; de ellos dependía, como expresamente lo dice san Pedro. Pero no les era lícito fingir que renunciaban voluntariamente a todo y lo entregaban con alegría en beneficio de los pobres. Esto era gazmoñería e hipocresía. El pecado era tanto mayor, cuanto que con su manera de obrar pretendían engañar al jefe supremo de la Iglesia y a los apóstoles, en los cuales se mostraba visiblemente la acción del Espíritu Santo. Semejante proceder introducía en la comunidad un espíritu malo y extraño y constituía un grave peligro para la misma. *El Espíritu Santo* reveló al Apóstol el embuste, y Dios mismo castigó a los culpables, mostrando ya desde los comienzos de la Iglesia *cuán grande pecado sea el desprecio de la autoridad eclesiástica y cuán terribles las consecuencias del castigo impuesto por la Iglesia.* «No puede demostrarse por la Escritura que Ananías y Safira con el castigo de la muerte repentina incurrieran también en el de la muerte eterna. Y aunque se admite generalmente que Dios les envió la muerte en castigo de los culpables y para escarmiento de los demás, y que el pecado fué grave, cabe sin embargo suponer que, al oír las palabras de san Pedro, fueran tales los remordimientos de conciencia y tan grande el arrepentimiento de aquellos desgraciados, que quedasen preservados del castigo del infierno» [2].

137. Son de nuevo encarcelados los apóstoles y comparecen ante el Sanedrín

(*Act.* 5, 12-42)

1. Tercera (cfr. núms. 541 y 549) observación acerca del crecimiento de la Iglesia. 2. Persecución de los apóstoles; protección divina. 3. De nuevo ante el Sanedrín: *a)* cargos del sumo sacerdote; *b)* respuesta de Pedro; *c)* consejo de Gamaliel; *d)* flagelación de los apóstoles. 4. Los apóstoles prosiguen su ministerio.

553. Por medio de las manos de los apóstoles se hacían muchos milagros y prodigios entre el pueblo. Y estaban todos con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón [3]. De los otros [4], nadie osaba acercárseles (con propósito de estorbarles) [5]; pero el pueblo hacía de ellos grandes elogios. Con esto se aumentaba más y más el número de los que creían en el Señor, así de hombres como de mujeres, de suerte que sacaban a las calles los enfermos, poniéndolos en camillas y lechos [6], para que, pasando Pedro, su sombra al menos tocase en alguno de ellos, y quedasen libres de sus dolencias [7]. Concurría también a Jerusalén mucha gente de las ciudades

---

[1] Es decir, aun se oyen los pasos de los hombres que vienen del entierro de tu marido.
[2] Felten, *Die Apostelgeschichte* 124.
[3] Donde solía enseñar el Salvador (núms. 83, 253 y 544).
[4] Es decir, de los judíos hostiles, especialmente de los que pertenecían a las clases elevadas de la sociedad.
[5] Parte por temor y respeto, parte por miedo al Sanedrín.
[6] Tan grande y tan viva era la fe en la virtud del nombre de Jesús y en el poder de sus apóstoles, especialmente en la virtud taumatúrgica de Pedro.
[7] Jesús quería honrar, sobre todo, al jefe de su Iglesia.

vecinas, trayendo enfermos y endemoniados [1], los cuales eran todos curados [2].

Levantándose entonces llenos de emulación el sumo sacerdote y los suyos, especialmente la secta de los saduceos [3], prendieron a los apóstoles y los recluyeron en la cárcel pública. Mas el ángel del Señor abrió por la noche las puertas de la cárcel y, sacándoles fuera, les dijo: «Id al Templo y, puestos allí, predicad al pueblo todas las palabras de esta vida». Ellos, oído esto, entraron al despuntar el alba en el Templo, y se pusieron a enseñar.

554. Entretanto vinieron el pontífice y sus partidarios y convocaron el Sanedrín y el senado del pueblo de Israel, y enviaron por los presos à la cárcel. Llegados los ministros, y abierta la cárcel, como no los hallasen, volvieron con la noticia, diciendo: «La cárcel la hemos hallado muy bien cerrada, y a los guardias en centinela delante de las puertas; mas habiéndolas abierto, a nadie hemos hallado dentro». Oídas tales nuevas, tanto el magistrado del Templo [4] como los príncipes de los sacerdotes quedaron perplejos (y cavilaban) qué pudiera resultar de aquello. A este tiempo llegó uno y les dijo: «Aquellos hombres que encarcelasteis, están en el Templo enseñando al pueblo». Entonces el magistrado del Templo fué allá con su gente y los condujo sin hacerles violencia; pues temían ser apedreados por el pueblo.

555. Conducidos que fueron, presentáronlos al Sanedrín; y el sumo sacerdote les interrogó, diciendo: «¿No os teníamos rigurosamente prohibido que enseñaseis en ese nombre? Y vosotros habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros (la venganza de) la sangre de ese hombre» [5]. A lo cual respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron [6]:

---

[1] Cfr. núm. 122.

[2] Atinadamente observa Felten (*Die Apostelgeschichte* 127 s.) frente a una interpretación racionalista: «Para quien no tenga por imposibles en general los milagros, no hay razón ninguna para considerar como legendario este relato. El milagro presupone la existencia de una virtud sobrenatural, otorgada por Dios. En la Sagrada Escritura vemos que esta virtud tiene eficacia cuando existe fe interna en el hombre en cuyo favor se hace el milagro. Esta fe se robustece en ciertos milagros de curaciones mediante un signo externo. Así como el recuerdo de la madre difunta, sus consejos y su ejemplo son más vivos, y la resolución de seguir sus avisos más fuerte cuando contemplamos su retrato, así también la oración es más ferviente cuando tenemos a la vista una imagen o un objeto que nos mueva a devoción. El contacto de la sombra de Pedro producía el efecto de inflamar la fe de los enfermos. El Señor se sirve muchas veces de los objetos exteriores como de instrumentos o canales por donde derrama sus gracias. A veces curaba con una palabra; pero la Hemorroísa fué curada al contacto de la orla de la vestidura de Jesús, y el ciego, con una masa hecha de tierra y saliva que el Señor le puso en los ojos. Los apóstoles curaban a muchos enfermos ungiéndoles con óleo. Aquí se sirvió Dios de la sombra de Pedro, como en otra ocasión se sirvió de los pañuelos y ceñidores de Pablo (*Act.* 19, 12).

[3] Cfr. núm. 546. [4] Núm. 546.

[5] ¡Queréis hacernos responsables ante toda Jerusalén, a nosotros, a la autoridad legítima!—Con esto lanzaban contra los apóstoles sospecha o acusación de incitar a la rebeldía. Sin embargo, Caifás y los suyos habían gritado: «¡Su sangre sobre nosotros...!»—en tanto que Pedro en su discurso los había disculpado achacando su acción a ignorancia (núm. 545), y se había limitado a invitarles a la fe en Jesús y a la penitencia, no fuera que, obstinados en la incredulidad y malicia, pereciesen irremisiblemente.

[6] *Caifás* no quiere nombrar a Jesús; con voz tanto más entonada lo hace *Pedro*

«**Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.** El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, a quien *vosotros* habéis hecho morir, colgándole en un madero. A éste ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel la penitencia y la remisión de los pecados. Nosotros somos testigos de esta verdad, y lo es también el Espíritu Santo, que Dios ha dado a todos los que le obedecen» [1].

556. Oídas estas razones, se encolerizaron y trataban de matarlos. Pero levantándose en el Sanedrín un fariseo, llamado **Gamaliel,** doctor de la Ley, hombre respetado de todo el pueblo, mandó que se retirasen afuera un breve rato aquellos hombres, y entonces dijo a los sanedritas:

«¡Varones israelitas! Considerad bien qué vais a hacer con estos hombres. Sabéis que poco ha se levantó un tal *Teodas,* que decía ser persona de importancia, al cual se asociaron cerca de cuatrocientos hombres; él fué muerto, y todos los que le creían se dispersaron y redujeron a la nada [2]. Después de éste alzó bandera *Judas,* un galileo, en tiempo del empadronamiento [3], y arrastró tras de sí al pueblo; también éste pereció del mismo modo, y todos sus secuaces se dispersaron. Ahora, pues, os aconsejo que no os metáis con esos hombres, y que los dejéis; porque si es obra de los hombres, ella misma se desvanecerá; pero si es cosa de Dios, no podréis destruirla, y os exponéis a ir contra Dios».

557. Todos se adhirieron a este parecer. Y llamando a los apóstoles después de haberlos hecho azotar [4], les intimaron que no hablasen más en el nombre de Jesús, y los dejaron ir. Entonces los apóstoles se retiraron del Sanedrín muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús [5]. Y no cesaban

---

(cfr. pág. 479, nota 7), dando por segunda vez ante el Sanedrín testimonio brillante de Jesús (cfr. núm. 546 s.).

[1] El es el verdadero Mesías, la esperanza de Israel, la cabeza de la Iglesia y el Rey del universo (*Ephes.* 1, 22. *Col.* 1, 18-20. *Phil.* 2, 9-11; cfr. núm 539).

[2] Flavio Josefo (*Ant.* 20, 5, 1) habla de un cierto Teodas, que se vendía por profeta, prometía hacer prodigios y embaucó a muchos, el cual fué muerto por el procurador Cuspio Fado (44-46 d. Cr.), con lo que se deshizo su partido. Mas no puede Gamaliel referirse a este tal Teodas en un discurso pronunciado cosa de un decenio antes que aconteciera el levantamiento. Refiérese más bien a un amotinador que actuó antes de Judas de Gamala, por consiguiente, en el primer decenio después del nacimiento de Jesús. No tenemos derecho a suponer en Lucas error en cuanto a la persona o al tiempo. ¿Por qué, cuando no coinciden Josefo y Lucas, ha de ser este último quien yerra? Muy bien observa a este propósito sarcásticamante Th. Zahn (*Einl.* II[3] 423, 6 al fin): «Lucas nunca satisface a los críticos. Si discrepa de Josefo, yerra o inventa; si coincide con el historiador judío, le copia; y si algo le añade o suprime, es arbitrariedad o equivocación. Josefo es siempre infalible». Teodas era nombre muy corriente, y los motines y tumultos, también; por lo que no se ve que no fueran posibles dos motines de dos distintos Teodas. Por lo demás, existen dudas acerca del nombre Teodas en el texto de Josefo (cfr. Belser, *Die Apostelgeschichte* 84).

[3] Era el segundo censo *de Judea* (no el segundo de todo el imperio romano, núm. 59); llevólo a cabo por encargo especial de César Augusto el antiguo gobernador de Siria, Quirino, al ser Arquelao, hijo de Herodes, depuesto por opresor y desterrado a las Galias (a Vienne), quedando los países de Judea y Samaria agregados a la provincia de Siria (núms. 39 y 88). Como en el censo hubiese sido Judea tratada como provincia romana, Judas de Gamala, de acuerdo con un fariseo llamado Sadoc, incitó al pueblo a la rebelión, pretextando ser contraria a la ley divina la sumisión a otro señor sino a Dios (cfr. Josefo, *Ant.* 18, 1, 1 6; 5, 2; *Bell.* 2, 8, 1). *Gamala* estaba 5 ó 6 Km. al oriente del lago de Genesaret, en la Gaulanitis, que se adjudicó a Galilea. Mas detalles en Wikenhauser, *Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswert* 316 ss.

[4] Cfr. núms. 173 y 320. La flagelación, impuesta por el Sanedrín, se hizo a la usanza judía («40 azotes menos uno»). Acerca de la flagelación entre los judíos, cfr. también II *Cor.* 11, 24; acerca de la flagelación entre los romanos, núm. 405).

[5] Núms. 140, 173 y 320.

todos los días, en el Templo, y por las casas, de anunciar y de predicar a Jesucristo [1].

558. Gamaliel, llamado el Viejo, para distinguirlo de su nieto igualmente célebre, fué el maestro de san Pablo (*Act.* 22, 3). Los sabios judíos y cristianos le hacen hijo de Simón y nieto de Hillel; pero la genealogía es dudosa, pues la existencia de dicho Simón se apoya en una noticia del Talmud que merece poca confianza. La leyenda cristiana [2] le hace morir cristiano; el Talmud, en cambio, judío. No se puede resolver dónde esté la razón.

138. Elección y consagración de los siete diáconos
(*Act.* 6, 1-7)

1. Murmuración de los helenistas. 2. Elección de los diáconos. 3. Consagración de los diáconos. 4. Crecimiento de la Iglesia; conversión de sacerdotes judíos.

559. Por aquellos días, creciendo el número de los discípulos, comenzaron los helenistas [3] a murmurar de los hebreos, porque no se hacía caso de sus viudas en el servicio diario de los pobres. Mas convocando los Doce a todos los discípulos, les dijeron: «No es justo que nosotros descuidemos la predicación de la palabra de Dios, por servir las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos [4] de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, a los cuales confiemos este ministerio. *Mas nosotros atenderemos a la oración* (al sacrificio eucarístico) *y al ministerio de la palabra*».

560. Pareció bien esta propuesta a toda la asamblea, y nombraron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe y a Prócoro, a Nicanor y a Timón, a Parmenas y a Nicolás, prosélito [5] antioqueno [6].

---

[1] A la nueva persecución siguió un nuevo crecimiento de la Iglesia (núm. 546). El número creciente de milagros y la consideración en que el pueblo tenía la santa vida de los cristianos paralizaron por el pronto los planes opresores del Sanedrín. Sin embargo, de una parte el proselitismo cristiano y sus resultados, de otra la obstinación creciente, provocaron pronto una *persecución formal,* que fué sangrienta. El motivo próximo fué el celo de san Esteban.

[2] Según las *Recognitiones Clementis* 1, 65, novela religiosa de un gnóstico ebionita de fines del siglo II o de principios del III. Según el relato del presbítero Luciano de Jerusalén acerca de la invención de los restos mortales de san Esteban (véase pág. 355 y núm. 565), fueron a la vez hallados los de Nicodemus, Gamaliel y su hijo Abibas. Todos los nombrados aparecen aquí como cristianos (cfr. Nilles, *Kalendarium manuale* I² 232).

[3] Llamábanse *helenos* o *helenistas,* es decir, griegos o de lengua griega (en oposición a los *hebreos,* es decir, palestinenses nativos), porque, con ser judíos de origen, habían nacido en países de lengua griega (en la Diáspora, es decir, en la dispersión). Algunos se habían establecido de nuevo en Jerusalén y abrazado la fe cristiana. Por esta razón es posible que muchos de ellos hubiesen sido abandonados por sus antiguos correligionarios, quedando así en situación apurada. Por otra parte, como venidos del extranjero, no tenían amistad con los naturales de Judea y Jerusalén; de ahí que fuesen fácilmente preteridos en el reparto de las limosnas.

[4] *Siete,* acaso porque la ciudad estaba dividida en otros tantos distritos, o quizá porque la autoridad judía se componía por aquel entonces de siete miembros (*BZ* VII [1909] 49 ss.)

[5] Cfr. núm. 302.

[6] Conocemos particularidades sólo de *Esteban* y de *Felipe,* cuyo ministerio nos describe luego Lucas. Algunos de los Padres antiguos (Ireneo, *Adv. haer.* 1 26, 3) vieron en *Nicolás* al fundador de la secta de los nicolaítas (bileamitas) (*Apoc.* 2, 6 14), diciendo de él haber sido entre los diáconos lo que Judas entre los apóstoles. Otros Padres suponen que aquellos sectarios no tuvieron razón al tomar el nombre de Nicolás, puesto que inter-

Presentáronlos a los apóstoles [1], *los cuales, haciendo oración, les impusieron las manos.* La palabra de Dios iba difundiéndose, y aumentaba sobremanera el número de los discípulos en Jerusalén; y también multitud de sacerdotes abrazó la fe.

561. La **imposición de las manos** significa la **consagración,** mediante la cual se confiere a los elegidos la potestad que va unida a un cargo y la gracia especial necesaria para desempeñarlo dignamente (cfr. I *Tim.* 4, 14; 5, 22). A estos siete varones no se les llama *diáconos* [2] en el libro de los *Hechos,* ni por los ministerios que aquí se les encomienda se puede demostrar que su oficio fuera el *diaconato.* Mas la tradición unánime y constante habla en pro de ello, y no hay fundamento alguno para poner en duda la verdad de esta tradición, sobre todo habiendo los apóstoles instituído el diaconato por encargo del Señor como oficio permanente de la Iglesia, según dan de ello testimonio la Sagrada Escritura [3] y Padres Apostólicos [4]. Y no fué la mente de los apóstoles limitar el oficio de los siete varones a la asistencia de los pobres, como se colige del cuidado que tuvieron de que los elegidos fueran hombres llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y se echa de ver en el ministerio a que luego se dedicaron Esteban y Felipe, *predicando* y administrando el *Bautismo* [5].

En todo tiempo se distinguieron con todo rigor los *diáconos* de los *obispos* y *sacerdotes,* a los cuales exclusivamente incumbe ofrecer el Santo Sacrificio, mientras que aquéllos les están subordinados como *auxiliares;* pero el diaconato se consideró siempre como el grado ínfimo de la jerarquía eclesiástica de derecho divino [6].

139. Esteban, primer mártir de la Iglesia

(*Act.* 6, 8-7, 60)

1. Ministerio de Esteban (fe viva, celo ardiente, elocuencia inspirada). 2. Esteban ante el Sanedrín: *a)* acusación; *b)* defensa [7]; *c)* furor de los judíos. 4. Lapidación de san Esteban.

562. Mas **Esteban,** lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros entre el pueblo. Alzáronse, empero, algunos de la

---

pretaron de manera extraña una doctrina en sí ortodoxa y moralmente pura, o la torcieron intencionadamente. Los exegetas modernos son de opinión que aquella secta nada tiene que ver con el diácono Nicolás.

[1] Para confirmar la elección. Se comprende que, estando la comunidad llena del espíritu cristiano, los apóstoles le encomendasen la elección y la propuesta. Semejante procedimiento originó más tarde banderías y divisiones, y no pocas veces la elección recayó en personas indignas. De ahí el haberse reservado a los jerarcas superiores la provisión de los cargos, aun de los ínfimos; sin embargo, aun hoy se consulta al pueblo acerca de los eligendos. [2] La palabra griega *diákonos* significa siervo, auxiliar.

[3] En *Philipp.* 1, 1. I *Tim.* 3, 8 y 12, aparece el nombre de diácono para designar personas que ejercen un cargo determinado.

[4] *Didake* 15, 1 2. I *Clem.* 42, 4 5. Ignat., *Ad. Trall.* c. 12; *Ad Smyrn.* c. 8; *Ad Magn.* c. 6. Polyc., *Ad Philipp.* c. 5.—Todos ellos dan testimonio de que los diáconos no estaban al servicio de los hombres o meramente para servir la comida y la bebida, sino eran ministros de la Iglesia de Dios y de los misterios de Jesucristo, y de que, como a personas instituídas por Dios, les correspondía especial respeto de parte de los fieles, no de otra suerte que a los obispos o a los presbíteros.

[5] *Act.* 6. 8-15; 7, 1 ss.; 8, 5-13 26-40. Cfr. a este propósito Felten, *Die Apostelgeschichte* 142 s.; Seidl, *Der Diakonat in der katholischen Kirche, dessen hieratische Würde und geschichtliche Entwicklung* (Ratisbona 1884); R. Schumacher, *Der Diakon Stephanus (Ntl Abhand.* III, 4. Münster 1910); *KHL* II 1907.

[6] *Trid. sess. XXIII, can. 6.*

[7] Reproducimos en suma el discurso (*Act.* 7, 2-50). Puede verse la explicación detallada de él en R. Schumacher, l.c. 44-101. Schumacher resume su juicio en estas palabras: «No es ciertamente un estenograma, ni una reproducción exacta y literal del discurso de Esteban; pero traduce fielmente los pensamientos expuestos por éste».

sinagoga llamada de los libertinos, de los cireneos, de los alejandrinos, de los cilicianos y de los asiáticos [1], y trabaron disputas con Esteban; pero no podían contrarrestar a la sabiduría y al Espíritu que hablaba en él [2]. Entonces sobornaron a algunos, que dijesen: «Le hemos oído proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios». Con eso alborotaron a la plebe, y a los ancianos, y a los escribas; y viniendo sobre él, se lo llevaron y le condujeron al Sanedrín, y presentaron falsos testigos que afirmasen: «Este hombre no cesa de proferir palabras contra el lugar santo (el Templo) y contra la Ley; pues nosotros le hemos oído decir: Que aquel Jesús Nazareno ha de destruir este lugar y mudar las observancias que nos dejó ordenadas Moisés» [3]. Entonces fijando en él los ojos todos los del Sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel [4]. Y el pontífice le preguntó: «¿Es esto así?»

563. En un largo discurso les mostró Esteban cómo Dios había regido tan amorosa y liberalmente el pueblo de Israel desde Abraham hasta Salomón, y cómo Israel había resistido siempre a la gracia, adorando el becerro de oro, a Moloc y el dios estelar Renfam [5] y las estrellas del cielo [6], y que por fin ellos mismos, dignos de tales padres, habían dado muerte al Mesías anunciado por los profetas.

«¡Hombres de dura cerviz, les dijo, y de corazón y oído incircuncisos! [7]

---

[1] Probablemente se refiere a dos sinagogas distintas por lo menos; pues en Jerusalén había por entonces varias asociaciones sinagógicas dispuestas por paisanaje y muchas sinagogas. — Entiéndese por *libertinos (libertini,* esclavos libertos), judíos indígenas que, llevados prisioneros de guerra por los romanos a la capital del imperio, especialmente en tiempo de Pompeyo, fueron más tarde puestos en libertad y regresaron a su patria (cfr. *Kath.* 1878 I 270). Acerca de *Cirene,* cfr. núm. 418; *Alejandría* era una de las ciudades donde más preponderancia tenían los judíos; ocupaban dos de los cinco barrios de ella (Bludau, *Juden und Judenverfolgungen im alten Alexandria;* Münster 1906). *Cilicia* era una región montañosa del litoral de Asia Menor, con Tarso por capital (cfr. núm. 568).

[2] Cfr. núm. 320.

[3] Llaman «blasfemias» la doctrina de Esteban, que decía que «la Ley», es decir, el Antiguo Testamento con sus instituciones y preceptos, sólo era una preparación para Cristo, y que, una vez aparecido Cristo, ha de ser aquélla reemplazada por el Evangelio y el reino mesiánico; acaso Esteban relacionó con estas ideas la profecía de Jesús acerca de la destrucción del Templo (núms. 107, 319 y 436). Pero nunca combatió el origen divino de la Antigua Alianza; por lo mismo sus palabras no fueron «blasfemias»; y los testigos eran «falsos testigos».

[4] «Lo que llenaba su corazón, se traslució en el rostro; y el esplendor radiante de su alma inundó su rostro de belleza; y los escondidos atavíos del corazón se reflejaron en su frente como en un espejo; y como estaba lleno del Espíritu Santo, mostró por fuerza rostro de ángel», dice san Hilario de Arlés *(Homil. de S. Stephano).*—Séanos permitido llamar la atención sobre seis magníficos frescos de *san Esteban,* pintados por Fra Angelico da Fiesole en el Vaticano (capilla de Nicolao V), cuando sexagenario (desde 1447) trabajó al servicio del papa Nicolao V. Más detalles acerca de esto en Beissel, *Fra Giovanni Angelico da Fiesole*[2] (Friburgo 1905) 87 ss., y en Pastor, *Historia de los Papas,* tomo I, vol. II (Barcelona, Gustavo Gili, 1910), página 184 ss.

[5] *Renfam* o *Refam,* nombre egipcio, era equivalente a Moloc y Baal, con la sola diferencia que en estos dos se divinizaba más bien las fuerzas naturales, particularmente el fuego, y en Renfan la virtud fertilizante del *cielo.*

[6] Con esta prueba no sólo refutó Esteban las falsas acusaciones levantadas contra él, puesto que confesaba su fe viva en el origen y carácter divino de la Ley mosaica y del Antiguo Testamento en general, sino que también vino a demostrar que los judíos, con las falsas acusaciones que levantaban contra él, siguiendo las huellas de sus padres, resistían al Espíritu Santo que tan claramente se les manifestaba.

[7] A las claras se ve que los miembros del Sanedrín escucharon con muestras de desagrado e indignación el descargo de san Esteban, por lo que al fin dieron rienda suelta a

vosotros resistís siempre al Espíritu Santo[1]. Como fueron vuestros padres, así sois vosotros. ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres?[2] Ellos son los que mataron a los que anunciaban la venida del Justo[3], que vosotros acabáis de entregar[4], y del cual habéis sido homicidas; vosotros, que recibisteis la Ley por ministerio de ángeles, y no la habéis guardado»[5].

564. Al oír tales cosas, ardían en cólera sus corazones, y crujían sus dientes de ira[6]. Mas Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: «Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre en pie a la diestra de Dios»[7]. Entonces ellos clamando con gran gritería se taparon los oídos, y todos a una arremetieron contra él[8]. Y arrojándole fuera de la ciudad, le apedrearon[9]. Y los testigos depositaron sus vestidos a los pies

---

su despecho. Por eso Esteban termina el discurso con esta dura acusación: Vosotros no tenéis el corazón bien dispuesto para la verdad, y por eso no la queréis oír; en lo que toca a los sentimientos y a la disposición para la fe, no sois mejores que los incircuncisos, es decir, los gentiles (cfr. *Deut.* 10, 16; 30, 6; *Ierem.* 4, 4; *Rom.* 2, 29).

[1] Por más que de la celestial doctrina de Jesucristo, de los innumerables prodigios obrados por él y por sus discípulos, deberíais colegir que aquí se trata de la obra más hermosa de la gracia divina, habéis, sin embargo, resistido a ella desde el principio a sabiendas y tenazmente, y ahora la perseguís en mí que, iluminado del Espíritu Santo, doy de ella testimonio de palabra y por obra (cfr. núms. 244, 314 s. y 380).

[2] Cfr. núms. 256 y 317.

[3] Cfr. núm. 545.

[4] Entregándole traidoramente a los romanos (núms. 291, 387 y 390).

[5] El Señor se apareció en el Sinaí rodeado de miles de ángeles (*Deut.* 33, 2); mas la institución de la Ley, es decir, la organización y anuncio de la misma, fué obra del «Angel del Señor», es decir, del mismo Dios, propiamente del Hijo de Dios, que en el Antiguo Testamento se aparecía como ángel y mediante ángeles dictaba sus órdenes (cfr. *Act.* 7, 30; *Gal.* 3, 19; *Hebr.* 2, 2), mientras que en el Nuevo Testamento anunció la ley del Evangelio como hombre entre los hombres. — Tan orgullosos como se mostraban de la Ley los judíos, a ella se resistieron a través de todo el Antiguo Testamento; y cuando por fin renunciaron a la idolatría, la observaron por lo general externamente, según la letra, no según el espíritu; por eso rechazaron el cumplimiento que les brindaba el Evangelio.

[6] No se puede negar que existe cierta semejanza entre el proceso de Jesús y el de san Esteban. Pero «es un paralelo creado, no por la invención del escritor, sino por el peso mismo de los hechos reales» (Steinmann, *Die Apostelgeschichte* 58).

[7] Estando Esteban a punto de entregar la vida por su divino Redentor, muéstrasele el divino Salvador en la gloria infundiéndole ánimo y valor. — «*Jesús está de pie,* dice san Gregorio Magno, como hacen los combatientes y los que les asisten».—La descripción es un «cuadro» oratorio magistral (cfr. Jungmann, *Theorie der geistlichen Beredsamkeit*[4] 167).

[8] A falta de razones, y no pudiendo resistir el testimonio de la verdad, acuden a la violencia, como lo hicieron siempre, desde Caín, los enemigos de la verdad (cfr. núm. 317; cfr. también el hermoso pasaje de san Agustín, *Civ. Dei* 8, 51, al final: «Entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios sigue su curso la Iglesia»). Del hecho de haber el Sanedrín lapidado a Esteban, no se sigue que tuviera la facultad de ejecutar la sentencia de muerte sin el beneplácito del procurador romano. Bien se ve que se trataba de un acto de *justicia popular tumultuaria* (Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* III[3] 210).

[9] *Lapidación* era el castigo ordinario de la blasfemia (véase *Lev.* 24, 14). «Cuando el culpable estaba a 4 codos de distancia del lugar del suplicio, se le despojaba de las vestiduras. El lugar destinado a la lapidación era una tribuna de unos 2,40 m. de altura; de allí arrojaba uno de los testigos al sentenciado, de suerte que cayese de espaldas. Entonces el segundo testigo le arrojaba la primera piedra al corazón. Si con ello no moría, todo Israel le apedreaba. Con san Esteban no se aplicó el mismo procedimiento (pues fué un caso de tumulto popular) (Schumacher, *Der Diakon Stephanus* 109; también Mommsen, *Römisches Strafretch* 239 s., nota 4).

de un mancebo [1], que se llamaba Saulo. Y mientras apedreaban a Esteban, él oraba diciendo: «Señor, Jesús, recibe mi espíritu» [2]. Y poniéndose de rodillas, clamó en alta voz: «Señor, no les imputes este pecado». Y dicho esto, durmió en el Señor [3]. Saulo, empero, había aprobado la muerte de Esteban [4].

565. Culto de san Esteban. Ya san Pablo da a Esteban el honroso título de «mártir de Cristo» (*Act.* 22,20). La Iglesia comenzó a celebrar la fiesta del «Protomártir» en el siglo IV, señalando para ella el 26 de diciembre (en algunas iglesias el 27), según rezan las fuentes litúrgicas más antiguas (martirologios, calendarios, homilías), acaso porque hubiese padecido el martirio en tal día. Los santos Padres descubren ingeniosas relaciones entre esta fiesta y la de Navidad, como vemos entre otros en san Gregorio de Nisa (hacia el año 350): «Ayer se vistió Cristo de hombre por nosotros; hoy Esteban se despojó del hombre por Cristo», etc. [5]. Singular importancia adquirió la fiesta, propagándose por toda la Iglesia, cuando, merced a una revelación del presbítero Luciano de Jerusalén [6], se hallaron en 415 los sagrados restos del Santo en Cafargamala (aldea de Gamaliel), a seis horas de Jerusalén. Muy pronto se levantó sobre la tumba una magnífica iglesia que se llamó «Martyrion». Esta, como otras iglesias de Tierra Santa, fué destruída en 614 por los persas. El año 1917 los Padres Salesianos de la escuela agrícola de Bêt Djemâl hallaron en su propiedad huellas de una iglesia antigua. Las excavaciones metódicas llevadas a cabo el año 1922 fueron coronadas con espléndidos resultados: magníficos mosaicos, un ábside semicircular y la cripta misma. Investigadores competentes, como el P. Mauricio Gisler O. S. B., el P. Barnabé Meistermann O. F. M., el P. Mallon, Bovier y Lapierre de la Universidad de Beirut entre otros, dan por cierto ser éste el «Martyrion» construído el año 415 sobre el *sepulcro primitivo de San Esteban* [7].

Luego de hallados los restos en 415, fueron depositados en la iglesia de Sión o basílica del Cenáculo [8]. Enviáronse algunas reliquias a distintas iglesias; una parte de ellas fué trasladada a Africa el año 424, por cuya virtud, como refiere san Agustín en sus sermones [9] y en su libro *De civitate Dei* [10], se obraron sorprendentes prodigios. El año 439 fueron trasladadas las más de las reliquias a Constantinopla y de aquí vino en tiempo del Papa Pelagio I (555-560) una parte a Roma, donde se guarda en la iglesia de san Lorenzo. En el *Martyrologium Hierosolymitanum* se hace mención de la fiesta *Inventio S. Stephanis Protomartyris*, que todavía hoy se celebra en el Breviario y en el Misal.

---

[1] Según la Ley (*Deut.* 17, 7), los *testigos* debían arrojar la primera piedra al sentenciado (núm. 229). Para hacerlo con más soltura se despojaban del amplio manto.

[2] También esta corta súplica prueba que ya los primeros cristianos adoraban a Jesús como a *Dios*, lo mismo que al Padre celestial. Pues en la hora de la muerte ningún mortal puede, sin incurrir en grave culpa, encomendar su alma en las manos de una *criatura*, en vez de hacerlo en las del Creador, como Cristo encomendó la suya en las de su Padre» (Pohle. *Lehrbuch der Dogmatik* I[5] 286). Cfr. Klaweck, *Das Gebet zu Jesus. Seine Berechtigung und Übung nach den Schriften des NT (Ntl Abhandl.* VI, 5; Münster 1921).

[3] Su muerte fué para los judíos la *señal de la persecución general* de los cristianos; mas ello fué precisamente el medio de que Dios se sirvió para que el Cristianismo se propagara más allá de los límites de Judea.

[4] A este mismo Saulo y en la misma ciudad de Jerusalén trataron los judíos de dar muerte 25-30 años más tarde, porque confesaba a Cristo (*Act.* 21, 30 s.; véase núm. 675).

[5] *Migne* 46, 702.

[6] Cfr. página 497, nota 2.

[7] Véase *HL* 1917, 15 ss. y 1923, 37 s.; también la obrita hermosamente presentada: *Kafargamala. Die Grabstätte des heiligen Erzmärtyrers Stephanus und der hll. Nikodemus, Gamaliel, Abibo, wiedergefunden in Beitgemâl in Palästina, von den Salesianern des ehrwürdigen Don Bosco.*

[8] Véase núm. 339 s. [9] *Sermo* 316 320-324. [10] 22, 8, n. 20-22.

566. En el lugar donde fué *lapidado* el Santo erigió una *magnífica iglesia* la emperatriz Eudoxia, mujer de Teodosio II (acerca de esta princesa véase Apéndice I, 6); allí se trasladaron los restos que el año 460 quedaron en la iglesia de Sión (véase pág. 355). Dicha iglesia estaba extramuros de Jerusalén, a un estadio (200 m.) de la puerta de Damasco, junto a la vía romana de Joppe y Cesarea [1]. En la invasión persa del año 614 corrió la misma suerte que las demás iglesias. En el siglo VIII edificaron los griegos una iglesita con su convento. Habiéndola encontrado los Cruzados destruída, la reedificaron. De nuevo fué destruída en el sitio de Jerusalén por Saladino (1187). Pero quedó tan grabado en la memoria de los fieles el lugar del Protomártir, que en los *Itinerarios* del siglo XIII, en los mapas y planos de Jerusalén, se llama «puerta de san Esteban» a la del muro septentrional de la Ciudad. Los cimientos de la iglesia de la emperatriz Eudoxia fueron descubiertos en 1882 en un solar de los *Padres Dominicos,* los cuales edificaron una hermosa **iglesia dedicada a san Esteban.** El convento (a ella anejo) de los Dominicos (con la Escuela Bíblica) linda por el norte con el *Hospicio de san Pablo,* propiedad de la *Deutscher Verein von Heliligen Land.*

Con este hallazgo vino a confirmarse la antigua tradición cristiana de haber sido san Esteban lapidado cerca de la puerta de Damasco, y, por el contrario, quedó definitivamente refutada la tradición del siglo XII, que sitúa el lugar del *martirio* del Protomártir en el valle de Josafat, cerca del sepulcro de la Virgen, junto a Bab Sitti Maryam (puerta de María), que también desde el siglo XVI hasta hoy se llama puerta de san Esteban [2].

567. Hácese en este pasaje mención de **Saulo,** para indicar que su *conversión* debe atribuirse *a las oraciones de san Esteban* [3], y que Dios, en sustitución del Mártir asesinado por los ingratos judíos, supo buscar entre los perseguidores el instrumento que había de propagar el Evangelio entre los gentiles [4]. Saulo, de la tribu de Benjamín [5], nació en Tarso de Cilicia (por los años del nacimiento de Jesucristo [6]). Su familia, probablemente emigrada de Palestina, cultivaba con celo las relaciones con el país natal. La hermana de Saulo se casó en Jerusalén *(Act.* 23, 16-22). La afición de Saulo a visitar Jerusalén pudo también haber sido un rasgo de tradición familiar.

Cuando con cierto énfasis dice Pablo de sí mismo ser «hebreo» (II *Cor.* 11, 22, *Philipp.* 3, 5), no lo hace por consignar su origen israelita de pura cepa, ni tampoco por declarar sus sentimientos israelitas, sino para afirmar frente a sus enemigos judaicos que, aunque nacido en la Diáspora, nunca fué helenista, sino

---

[1] Theodos., *De situ Terrae Sanctae,* escrito hacia el año 530, en Geyer, *Itinera Hierosolymitana* (1898) 141, y el *Peregrino de Piacenza* ibid. 176 (cfr. Apéndice I, 9 y 11).

[2] Lagrange, *Saint Etienne et son sanctuaire à Jérusalem* (París 1894). El mismo en *RB* 1894, 452-481; 1896, 146; 1900, 142 s.; 1904, 465 ss. 635; además *HL* 1896, 51 137; 1904, 91; 1908, 109 s.; 1911, 162 ss. La réplica de Mommert, *Saint Etienne et ses sanctuaires à Jérusalem* (1912) ha sido refutada por Heidet en *HL* 1912, 168, y 1913, 1 67; especialmente *HL* 1916, 88 y continuación.

[3] También san Pablo lo da a entender en su discurso al pueblo de Jerusalén, donde, entre otras palabras de su oración a Dios, cita las siguientes: «Y mientras se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, yo me hallaba presente, etc.» *(Act.* 22, 20).

[4] *Act.* 22, 20. *Gal.* 1, 13 ss.

[5] Como lo dice él mismo *(Rom.* 11, 1. *Philipp.* 3, 5; cfr. *Gen.* 49, 27).

[6] Tocante al *año del nacimiento* del Apóstol, sólo podemos hacer conjeturas. Como punto de referencia tenemos únicamente que, al morir Esteban, Saulo era un «joven» *(neanias) (Act.* 7, 58), es decir, según los conceptos antiguos, un hombre de 20 a 40 años, y que unos 30 años más tarde, en la *Carta a Filemón,* se llama a sí mismo anciano *(presbytēs).* Se admite que en tiempo de la muerte de san Esteban, Saulo tenía por lo menos 30 años, pues en las persecuciones que inmediatamente se desencadenaron contra los cristianos le vemos figurar en forma desacostumbrada en un hombre judío menor de 30 años; con ello se llega a establecer como probable que hubiese nacido unos tres años después del Salvador del mundo.

«hebreo», es decir, educado en la lengua materna, que el arameo fué la lengua de su familia en Tarso, la lengua en que había aprendido a orar, y que lo aprendió en la escuela de Gamaliel (en Jerusalén). También su educación en el farisaísmo comenzó en la casa de sus padres. Si bien la manera de pensar y de sentir le venía del judaísmo y del estudio del Antiguo Testamento, no contribuyó poco a su formación *Tarso, su ciudad natal.*

568. Cuánto influyera en la vida de san Pablo su ciudad natal, nos lo describe el eminente filólogo *Ernesto Curtius* [1] con estas palabras: «Tarso era, después de Alejandría, la sede más prestigiosa de la ciencia Tenía la ventaja de ser ciudad antigua, estar situada en los confines de Siria y de Asia Menor, no lejos del mar, bañada por un río, y ser desde muy antiguo un foco de la civilización oriental y occidental. No era una ciudad facticia, como Alejandría, donde en la corte y en las instituciones del Estado se cultivaban artificialmente las ciencias; en Tarso floreció el helenismo entre los habitantes indígenas. Ni era ciudad donde permaneciesen extraños unos a otros los distintos elementos de la población reunida de acá y de acullá. Observa Estrabón que en Tarso hubo muchos hombres célebres que descollaron en las ciencias o en las artes, naturales todos ellos del mismo Tarso, y no procedentes de otras partes. Tarso era la Atenas de Asia Menor. Como reconoce el Geógrafo con calurosas palabras, los ciudadanos de Tarso estaban dominados por el afán de saber, lo cual contribuía a fundir en un todo armónico los distintos elementos de la población. De ahí que la población judía, muy numerosa en el gran mercado de Tarso, se helenizase aquí con mayor facilidad que en otras partes... En esta atmósfera creció el Apóstol. En sus discursos echamos de ver rica variedad de tonalidades y abundancia de léxico, difíciles de adquirir en una lengua aprendida de intento. El Apóstol emplea a veces términos que seguramente no eran de uso corriente. Sabe hacer vibrar las cuerdas más sensibles del corazón y es vigoroso en la dialéctica y enérgico en la controversia, como se aprendía en la oratoria forense. Maneja las imágenes poéticas como un Píndaro o un Esquilo». Hasta aquí *Curtius* [2]. Allí, en Tarso, aprendió Saulo desde la niñez, además de la lengua de sus padres, a hablar y escribir el griego. Allí aprendió a hacer tiendas de campaña (tenería, mas no tejeduría) [3], que más tarde, siendo apóstol, practicó. Por nacimiento era ciudadano romano, lo cual le fué muy útil en su vida [4]. Como ciudadano romano, además del nombre hebreo, Saúl, llevaba tam-

---

[1] *Sitzungsberichte der kgl. preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin* 1893, 934 s.

[2] Acerca de «las citas de san Pablo de la literatura profana» véase *ZKTh* 1913, 889 ss.

[3] *Act.* 18, 3. Entre los judíos, todo escriba debía aprender un oficio, para ganarse el sustento en caso de necesidad. Simultaneando con el estudio, o acaso antes de dedicarse a él, Pablo aprendió el de tendero, lucrativo en Oriente, donde son raros los albergues en el campo. Particularmente en Cilicia era corriente dicho oficio. Pablo se dedicó a dicho oficio manual, como lo hace notar en sus escritos (*Act.* 20, 34; I *Thess.* 2, 9; I *Cor.* 4, 12), aun durante su ministerio apostólico, para no ser gravoso a nadie, y sobre todo para no incurrir en la sospecha de enseñar, como los herejes, sólo por el lucro (*Act.* 20, 34; I *Cor.* 4, 12; 9, 12 ss.; II *Cor.* 11, 7 ss. 20; I *Thess.* 2, 9; *Tit.* 1, 11; núm. 173).—Entre los católicos ha estudiado la vida del Apóstol Pölzl, *Der Weltapostel Paulus* (Ratisbona 1905). El mismo en *BZF* VII, 7/8 trae una exposición sumaria. Una sugestiva aplicación de los dichos y hechos de Pablo a la vida sacerdotal, en O. Cohausz, *Paulus*[2] (Leipzig 1921). Excelentes conferencias acerca de «Pablo y el alma moderna» ofrece Worlitscheck[5] (Friburgo 1922). M. Mayr en su libro: *Paulusbilder. Auf den Wegen des Völkerapostels von Tarsus bis Rom* trata de hacer comprensible a los hombres de hoy por medio de una serie de esbozos novelescos al Apóstol de las gentes y su actividad consagrada a Dios. El autor se permite decir: «Estricta fidelidad histórica y dogmática, exactitud del fondo histórico-cultural, utilización de las fuentes, principalmente de los *Hechos Apostólicos* de san Lucas y de la tradición cristiana antigua, han sido los principios directivos». (¡Sólo que, demasiadas figuras!) —Acerca de la *enfermedad* de san Pablo, véase número 710. Copiosa literatura acerca de san Pablo y sus cartas puede verse en el núm. 706, nota.

[4] *Act.* 16, 37; 22, 25 ss.; 25, 10 ss.

bién desde la niñez el romano Paulus [1]. Abandonó su patria muy joven para estudiar la Ley con el maestro judío más célebre de aquel tiempo, Gamaliel [2]. No conoció personalmente al Salvador; pues en aquellas palabras de II *Cor.* 5, 16: «Y si antes conocimos a Cristo en cuanto a la carne, ahora ya no le conocemos así», no se refiere, a juzgar por el contexto, a la aparición con que fué favorecido, sino quiere decirnos que antes de la conversión tenía del Cristo (del Mesías) una idea terrena y carnal, una idea que no rebasaba los límites político-nacionales. Hijo de fariseos [3], formóse en Jerusalén bajo la dirección de Gamaliel, ferviente fariseo [4] y fanático celante de la Ley de sus padres, y adquirió vastos conocimientos acerca de los libros del Antiguo Testamento y gran flexibilidad dialéctica. Dió su asentimiento a la muerte de Esteban y se distinguió como apasionado perseguidor de los cristianos, hasta el punto de entrarse por sus casas y sacarlos de ellas con violencia para hacerlos encarcelar y disponer su ejecución [5]. Este apasionado celante de la Ley judía fué en los designios de Dios el instrumento para suprimirla, borrando los límites entre judíos y gentiles, y llegó a ser el Apóstol de las gentes, a quien se encomendara la conversión de los gentiles tan odiados de los judíos.

569. Tarso, capital de **Cilicia,** está situada en una fértil llanura a orillas del río Cidno (hoy Kara-Su, que significa agua negra), a unos 20 Km. del mar Mediterráneo. En el primer siglo de la era cristiana descolló la ciudad por el comercio y la riqueza, como también por el cultivo de las ciencias. Entre sus habitantes, descendientes los más de sirios y fenicios, había muchos judíos.

Todavía es hoy Tarso una plaza comercial de alguna importancia, constituyendo un gran mercado el mineral de cobre de Asia Menor. En ella se ven muchas ruinas de edificios romanos. De los habitantes, los más son mahometanos. Tiene una iglesia católica dedicada a san Pablo.

II. Persecución y crecimiento de la Iglesia
Expansión por Judea, Samaria y países vecinos

(31-44 d. Cr.)

140. Persecución de la Iglesia en Jerusalén; su propagación, especialmente en Samaria

(*Act.* 8, 1-25)

1. La persecución de la Iglesia es un medio para difundirse. 2. Ministerio del diácono Felipe en Sebaste (Samaria). 3. Simón el Mago. 4. Pedro y Juan administran la Confirmación. 5. Proposición criminal de Simón el Mago a los apóstoles.

570. Por aquellos días en que fué lapidado Esteban, se levantó una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén, y todos, menos los apóstoles, se desparramaron por varias comarcas de Judea y de Samaria [6]. Mas algunos hombres temerosos de Dios cuidaron de dar sepultura a *Esteban,* por el cual hicieron gran duelo [7]. Pero *Saulo* iba desolando la Iglesia; y entrándose por las casas, sacaba con violencia a hombres y mujeres, y los

---

[1] Véase núm. 621. [2] Núms. 556 y 558.
[3] *Act.* 23, 6. [4] *Act.* 23, 6; 26, 5.
[5] *Act.* 8, 3; 9, 1 2; 22, 4 ss. 19; 26, 9 ss. I *Cor.* 15, 9. *Gal.* 1, 13 23. *Philipp.* 3, 6.
[6] En el gran combate por Cristo, los jefes permanecieron firmes en el lugar del peligro, allí donde más recia era la lucha.
[7] Es decir, pompas solemnes, como se acostumbra hacer con los difuntos especialmente queridos y venerados. Mas aquí el duelo por tan sensible pérdida iba unido a la alegre esperanza del triunfo eterno del difunto (cfr. núm. 171).

hacía encarcelar [1]. Pero los que (por efecto de la persecución) se habían dispersado, andaban de un lugar a otro [2] predicando la palabra de Dios.

571. Entre ellos (el diácono [3]) **Felipe,** habiendo ido a (la capital [4] de) *Samaria,* les predicaba a Cristo [5]. Las turbas prestaban atención con unanimidad a los discursos de Felipe, viendo los milagros que obraba. Porque muchos espíritus inmundos salían de los posesos dando grandes gritos, y muchos paralíticos y cojos fueron curados. Por lo que se llenó de grande alegría aquella ciudad. En ella había ejercitado la magia [6] (ya antes que Felipe fuera allí) un hombre llamado **Simón,** engañando a los samaritanos y persuadiéndoles que él era un gran personaje [7]. Todos, grandes y pequeños, le escuchaban y decían: «Este es la virtud de Dios que se llama grande». La causa de su adhesión a él era porque ya hacía mucho tiempo que los traía deslumbrados con su arte mágica. Pero luego que hubieron creído la palabra del reino de Dios que Felipe les anunciaba, hombres y mujeres se hacían bautizar en nombre de Jesucristo. Entonces creyó también el mismo Simón, y habiendo sido bautizado, seguía a Felipe. Y al ver los milagros y portentos grandísimos que se hacían, estaba atónito y lleno de asombro [8].

572. Habiendo, pues, sabido los apóstoles que estaban en Jerusalén, que los samaritanos habían recibido la palabra de Dios, les enviaron a *Pedro y a Juan* [9]. Estos, en llegando, hicieron oración por ellos [10] a fin de que recibiesen al Espíritu Santo [11]. Porque aun no había descendido

---

[1] Por orden del Sanedrín (cfr. *Act.* 9, 1 2).

[2] «Hasta Fenicia y Chipre y Antioquía» según *Act.* 11, 19.

[3] Según *Act.* 8, 40, Felipe fué a *Cesarea* y allí fijó su residencia; pues sin duda es el mismo Felipe que en *Act.* 21, 8 es llamado «evangelista» por la actividad que desplegó en la propagación del Evangelio; también es indudable que Lucas no se refiere aquí a otro personaje, sino a Felipe, a quien poco antes ha nombrado el segundo entre los «siete varones» (diáconos).

[4] Sebaste, la antigua Samaria (véase núm. 574).

[5] No le faltaban asuntos de donde tomar pie; cfr. *Ioann.* 4, 25 39 ss.; núm. 114.

[6] De ahí el sobrenombre de Mago. Según san Justino (*Apol.* I c. 26), era oriundo de Gitton, lugar de Samaria. Las objeciones de la crítica moderna al relato bíblico las refuta a fondo Pieper, *Die Simon-Magus-Perikope (Ntl Abhandl.* III, 5. Münster 1911). Véase también *KL* XI[2] 315 ss.

[7] Tenía pretensión de ser un gran personaje, un ser en quien se encarnaba de manera singular la virtud de Dios; eso se desprende de lo que luego sigue.

[8] Hubo de reconocer en ello un poder ante el cual no podían resistir sus fantasmagorías. Por lo que, guiado de motivos terrenos e interesados, abrazó externamente la fe, pero siguió interiormente enredado en las hechicerías del paganismo.

[9] Felipe, que era simple diácono, sólo podía enseñar y bautizar. La colación del Espíritu Santo (la santa **Confirmación,** núm. 573), era cosa de los apóstoles. *Pedro, jefe supremo de la Iglesia,* fué quien incorporó a la santa madre Iglesia las primeras conquistas logradas fuera de Jerusalén. El es enviado por los apóstoles, no mediante una orden, sino por medio de un ruego, para que, como jefe supremo, reciba la nueva comunidad (cfr. pág. 479, nota 7).

[10] Invocaron al Espíritu Santo con oraciones, como se hace todavía hoy al conferir el sacramento de la Confirmación.

[11] Todo el contexto denota que el objeto principal del viaje de Pedro y Juan fué la comunicación del Espíritu. Sabían, pues, los apóstoles que mediante el signo externo de la imposición de las manos, acompañado de la oración, podían comunicar el Espíritu Santo a los que ya hubiesen recibido el Bautismo. Ahora bien, la dependencia entre el signo externo y la comunicación del Espíritu Santo sólo podía tener su origen en la institución divina; y si los apóstoles lo sabían, era porque recibieron especial enseñanza acerca de

sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en nombre del Señor Jesús [1]. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo [2]. Habiendo visto, pues, Simón [3], que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: «Dadme también a mí esa potestad, para que cualquiera a quien imponga yo las manos reciba el Espíritu Santo». Mas Pedro le respondió: «Perezca contigo tu dinero, pues has juzgado que se alcanza por dinero el don de Dios [4]. No puedes tú tener parte ni cabida en este negocio (que tú apeteces); porque tu corazón no es recto a los ojos de Dios. Por tanto, haz penitencia de esta perversidad tuya, y ruega a Dios que te sea perdonado ese desvarío de tu corazón. Pues yo te veo lleno de amarguísima hiel [5] y enredado en los lazos de la iniquidad» [6]. Respondió Simón y dijo: «Rogad por mí vosotros al Señor, para que no venga sobre mí nada de lo que acabáis de decir» [7].—Ellos, en fin, habiendo predicado y dado testimonio de la palabra del Señor, regresaron a Jerusalén, anunciando el Evangelio en muchas comarcas de los samaritanos [8].

573. En el anterior relato se habla manifiestamente de la administración del **sacramento de la Confirmación** [9]. Ya el haber sido enviados dos apóstoles

---

ello. Trátase, pues, del sacramento de la *Confirmación* (cfr. Felten, *Die Apostelgeschichte* 172 s.; véase especialmente núm. 573).

[1] Cfr. núm. 540; el texto griego dice: «en el nombre del Señor Jesús».

[2] El sacramento de la Confirmación. Véase núm. 573.

[3] Lo vió en las señales extraordinarias y en los prodigios, especialmente en el don de lenguas (cfr. núm. 537), que acompañaban la imposición de las manos. Parecíale al viejo hechicero la comunicación del Espíritu Santo un arte mágica superior, y entróle apetito de comprar la facultad de comunicar dicha virtud.

[4] Las palabras expresan el grande horror de Pedro ante aquella proposición y la áspera repulsa de la misma. «Perezca tu sacrílego dinero, y perezcas tú, si no te enmiendas».—De Simón tomó el nombre la *simonía,* delito que consiste en comprar o vender por dinero los dones o cargos espirituales. La Iglesia la tiene en primer lugar entre los delitos eclesiásticos y la castiga con severísimas penas.

[5] Es decir, lleno de profunda malicia, en el sentido que para nosotros tiene la figura «veneno y hiel».

[6] Repleto de maldad y separado de Dios, sin fe ni amor de Dios, con la mira puesta únicamente en tu codicia y en el lucro.

[7] Estas palabras no nacieron de un corazón arrepentido, sino eran inspiradas por el temor; el Mago vió en la sentencia de Pedro una fórmula de maldecir, y sólo deseó quedar preservado del mal que le amenazaba. Acerca de su vida ulterior, véase *KL* XI² 315 ss.

[8] Una parte, ciertamente muy pequeña, del pueblo samaritano se conserva hasta hoy en sus ideas religiosas; cfr. núm. 115.

[9] Véase p. 505, nota 11; además Umberg, *Die Schriftlehre vom Sakrament der Firmung. Eine biblisch-dogmatische Studie* (Friburgo 1921); también Dölger, *Das Sakrament der Firmung historisch-dogmatisch dargestellt (Theologische Studien der Leo-Gesellschaft,* Viena 1906, fascículo 15). Dölger, apoyado en los testimonios de los Padres, demuestra ante todo que la «unción y la imposición de las manos» se tenía en toda la antigüedad cristiana como un sacramento distinto e independiente del Bautismo; pues el ministro, los efectos y la administración de uno y otro estaban (en ocasiones) espacial y temporalmente separados. Debe admitirse como resultado incontrovertible «que los apóstoles ejercían un rito sagrado que comunicaba gracias interiores distintas de las del Bautismo, rito cuyo origen se ha de buscar en la voluntad de Cristo» (pág. 42). De suerte que aun científicamente está fundada la tesis 44 del Syllabus (del Decreto *Lamentabili sane)* que rechaza la proposición siguiente: «Nada hay que demuestre que el sacramento de la Confirmación fuese ejercido por los apóstoles; la distinción formal de los dos sacramentos, a saber, Bautismo y Confirmación, no corresponde a la historia del Cristianismo primitivo». La proposición contraria es la verdadera. Cfr. Bessmer, *Theologie und Philosophie des Modernismus* 388 ss.

exprofeso para esta santa ceremonia, a pesar de haber el diácono administrado el Bautismo, es una prueba de que la Confirmación encerraba una gracia nueva y aun (en cierto sentido) mayor. El texto dice además claramente que los samaritanos habían sido bautizados en nombre de Jesús, es decir, habían recibido con anterioridad el Espíritu Santo regenerador *(Ioann.* 3, 5 ss.), pero que ahora recibieron el Espíritu Santo, es decir, la plenitud de sus gracias, para ser fortalecidos en Cristo y confirmados en la fe, de suerte que tuviesen ánimo y valor heroico para confesarla de palabra y por obra. Según esto, los samaritanos recibieron el *sacramento de la Confirmación (firmatio, confirmatio),* como más tarde en Efeso los doce discípulos de Juan *(Act.* 19, 2 ss.) y como en general los primeros cristianos, según testimonio de los Padres más antiguos. Los santos Padres le dan también el nombre de *sacramento de la perfección, sello, señal,* etc., por la relación que guarda con el Bautismo, y por el signo externo de la unción con el santo crisma que acompaña a la imposición de las manos.—Fundándose en este hecho, enseña la tradición no interrumpida de la Iglesia que administrar el sacramento de la Confirmación es de la incumbencia exclusiva de los obispos, como legítimos sucesores de los apóstoles *(Trid. sess. VII, can. 3 de confirm).* Puede sin embargo el Papa en casos urgentes autorizar para ello a los sacerdotes.

574. El país de **Samaria** tenía por capital a *Sebaste,* llamada antiguamente también Samaria. Sebaste era por aquel tiempo una hermosa ciudad; habíala ampliado notablemente Herodes el Grande, «de suerte que, con sus veinte estadios de circuito, no era inferior a las ciudades más importantes. En la ciudad así ampliada estableció Herodes 6000 colonos, en parte soldados retirados del servicio y en parte gentes de los alrededores, a los cuales dió excelentes tierras de cultivo. También renovó y amplió las fortificaciones de la ciudad. Finalmente, con la erección de un templo en honor de Augusto y de otros grandiosos edificios, adquirió la ciudad el esplendor de la civilización moderna. Herodes dió a la ciudad restaurada el nombre de Sebaste en honor del César que poco antes había tomado el título de Augusto (en griego *Sebastos)»* [1]. Más tarde fué colonia romana; y quedó tan por debajo de Neápolis (hoy Nablus, Naplusa), la antigua Siquem restaurada, que Eusebio la llama «pequeña ciudad» [2]. Fué sin embargo sede episcopal; por lo menos se hace mención de *sus obispos* en los siglos IV y siguientes. Los Cruzados restauraron la Sede. Los Caballeros de la Orden de san Juan construyeron allí *la iglesia de san Juan* (véase núm. 178), convertida después en mezquita. En el sitio donde se levantó tan hermosa ciudad, se ve hoy en la ladera oriental una aldea insignificante, *Sebastiyé,* habitada por árabes. En la occidental, entre los sembrados se ven todavía restos de una calle de columnas de 1 Km. de longitud; y en la cumbre del monte, adonde lleva esta calle, se ve también una porción de ingentes columnas [3]. El monte y sus alrededores son muy fértiles, y con esmerado cultivo podrían alimentar una población cien veces mayor.

141. El eunuco de Etiopía

(Act. 8, 26-40)

1. Orden de Dios a Felipe. 2. Felipe instruye y bautiza al eunuco de Etiopía (país de los moros) [4], el cual era pagano. 3. Ministerio ulterior de Felipe.

575. (Después que Pedro y Juan hubieron salido de Samaria), un ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: «Parte y ve hacia el mediodía por el

---

[1] Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu* II³ 151 ss.

[2] Cfr. Klostermann, *Eusebius' Werke III, 1: Das Onomastikon* 154 (cfr. Apéndice I, 1).

[3] Acerca de las excavaciones e investigaciones de Sebastiyé, véase *HL* 1909, 170, 214; *RB* 1909, 435; especialmente Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 145 ss.

[4] Pieper, *Wer nahm den ersten Heiden in die Kirche auf?,* en *ZM* 1915, 119 ss.

camino que lleva de Jerusalén a Gaza [1], por el camino desierto» [2]. Partió luego Felipe y se fué hacia allá. Y he aquí que encuentra a *un etíope,* eunuco y valido [3] de Candace [4], reina de Etiopía, el cual era superintendente de los tesoros reales, y había venido para adorar en Jerusalén [5]; y se volvía sentado sobre su carro, e iba leyendo el profeta Isaías [6]. Y el Espíritu [7] dijo a Felipe: «Acércate, y llégate a ese carro». Y acercándose Felipe, le oyó que leía en el Profeta Isaías, y le dijo: «¿Entiendes lo que lees?» El respondió: «¿Como he de entenderlo, si no hay quien me lo explique?» [8] Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él. Y el lugar de la Escritura que leía, decía así [9]: «Como oveja fué llevado al matadero,

---

[1] Véase núm. 578.

[2] Así también la versión siríaca. Parece, pues, referirse al camino que por el desierto de Judá iba a Jerusalén, siguiendo hasta el sur de Hebrón, donde torcía en dirección a Gaza. Había otro camino que iba directamente a Gaza por el sudeste de Jerusalén; mas el eunuco no lo tomó, acaso por no ser tan cómodo para el carruaje, o quizá porque deseaba visitar la ciudad de Hebrón, santificada por los Patriarcas (cfr. *HL* 1877, 74 s.). De otra opinión es Gott en *HL* 1914, 49 s. Detalles acerca de Gaza en el núm. 578.

[3] Desempeñaba el primer cargo de la corte. Según tradición etiópica, se llamaba Indic y propagó después el Evangelio en su patria.

[4] *Candace* no es nombre propio, sino designa la «reina madre» que, según los escritores antiguos, era en Etiopía el primer personaje y estaba sobre el rey y la reina (como la reina lo estaba sobre el rey). Candace viene a ser, según esto, tanto como reina, nombre oficial de las reinas de Etiopía, como Faraón lo era de los primeros reyes de Egipto y Ptolomeo lo fué de los posteriores, y como César o Augusto lo fué de los emperadores romanos. *Meroe,* capital de Etiopía, y a la vez de la provincia del mismo nombre, estaba situada algo más arriba de la confluencia de los dos Nilos, el Azul y el Blanco, en el grado 17 de latitud (cfr. Plinio, *Hist. nat.* 6, 31; Eusebio, *Hist. eccl.* 2, 1). Distaba de Jerusalén unos 3500 Km., 460 millas.

[5] Era pagano; dónde y cómo conoció la religión judía, no lo sabemos; como eunuco, no podía ser prosélito (núm. 302) en sentido estricto. «Adorar» quiere decir ofrecer sacrificios; cfr. página 159, nota 10.

[6] La lectura de aquel pasaje (de la versión de los *Setenta,* de donde está tomado el lugar que luego sigue), fué obra de Dios; pero el motivo intrínseco bien pudo ser lo mucho que se hablaba en Jerusalén de los sucesos de Jesús y de si era o no el Mesías.

[7] El Espíritu Santo, que guiaba sus pasos y obraba en él, ya directamente por inspiración interior, ya mediante un ángel, como antes.

[8] De aquí se ve que al afirmar los protestantes que *la Sagrada Escritura es perfectamente clara para cualquiera* y que para la recta interpretación de la misma no se necesita otra cosa que leerla con un corazón sinceramente deseoso de la verdad, contradicen a la misma Biblia (cfr. también II *Petr.* 3, 15 s.). *Sólo el Espíritu Santo,* que inspiró la Sagrada Escritura, puede interpretar infaliblemente su sentido (cfr. I *Cor.* 2, 10 s.). Mas no cualquiera, sino sólo la Iglesia posee el Espíritu Santo para interpretarla con acierto; la Iglesia, que es «la columna y el fundamento de la verdad» (I *Tim.* 3, 15); la Iglesia, que en las palabras dirigidas a sus jefes: «Id y enseñad a todas las gentes», y en aquellas otras: «El Espíritu Santo os enseñará todas las cosas, etc.» *(Ioann.* 14, 26; 15, 26), ha recibido del Señor la promesa de enseñar infaliblemente la palabra divina y tiene asegurada la asistencia del Espíritu Santo. — De acuerdo con esto, el Espíritu Santo no inspiró directamente al eunuco la interpretación del pasaje, sino requirió al diácono Felipe para que se lo interpretara, de acuerdo con las luces que el mismo Espíritu Santo dió a los apóstoles acerca de los pasajes mesiánicos del Antiguo Testamento. Por eso dice *san Ireneo* († 262): «Los cristianos deben escuchar la explicación de la Sagrada Escritura que les da la Iglesia, la cual procede de los apóstoles y ha recibido el patrimonio de la verdad» *(Adv. haer.* 4, 43). De la misma suerte *san Agustín (Tract. 18 in Ioann.* n. 1): «Si toda ciencia, por sencilla de aprender que parezca, exige un doctor y maestro, sería presunción temeraria querer aprender los libros de los misterios divinos prescindiendo de su intérprete, la Iglesia. ¿De dónde nacieron tantas herejías, sino de haber interpretado mal las Escrituras, que en sí son buenas?» Lo mismo los santos Padres y los Concilios (cfr. *Conc. Trid. sess. IV, de edit. et usu libr. sacr.; Vatic. sess. III, c. 2 de revel.,* núms. 189, 518 s. y 521).

[9] *Is.* 53, 7 s. según los *Setenta.* Cfr. Tomo I, página 649 s.

y como cordero mudo delante del que le trasquila, así él no abrió su boca. En su abatimiento su juicio fué destruído [1]. Su generación ¿quién la contará? [2] Porque cortada será su vida de la tierra» [3].

576. Y respondiendo el eunuco a Felipe, dijo: «Ruégote, ¿de quién dijo esto el profeta? ¿de sí mismo, o de algún otro?» Y dando principio Felipe por esta Escritura, le anunció la Buena Nueva de Jesús [4]. Y yendo por el camino, llegaron a un lugar donde había agua, y dijo el eunuco: «He aquí agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?» (Felipe replicó: «Si crees de todo corazón, bien puedes». Y él respondió y dijo: «*Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios*» [5]). Y mandó parar el carro; y descendieron los dos al agua, y Felipe bautizó al eunuco [6]. Y cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y no le vió más el eunuco [7]. Y se fué gozoso por su camino. Y Felipe se halló en Azoto [8], y cruzó el país (hacia el norte) predicando el Evangelio en todas las ciudades [9], hasta que llegó a Cesarea [10].

577 a. Importancia del bautismo del eunuco pagano. Notemos ante todo que san Lucas tomó su relato de las mejores fuentes, de boca del mismo Felipe; pues para ello tuvo excelente coyuntura cuando de viaje para Jerusalén con san Pablo se hospedó en Cesarea en casa del Diácono. Lo más obvio es suponer que Lucas se hubiese en aquella ocasión informado directamente acerca de lo que nos refiere en los *Hechos de los Apóstoles*. — El suceso era muy a propósito para mostrar cómo el Evangelio iba saliendo poco a poco del círculo de Jerusalén y con el favor divino comenzaba a difundirse entre los gentiles. Pues el «valido de la reina de Etiopía, designado en *Act.* 8, 27 como «eunuco», lo cual por lo general es sinónimo de «castrado», no era judío; más aun, según *Deut.* 23, 1 (ningún castrado... entrará en la comunidad del Señor), no podía ser incorporado como prosélito al pueblo escogido. Era pagano; pero un pagano que en la lectura de los Libros Sagrados de los judíos había reconocido por Dios verdadero al Dios de Israel, le había tributado homenaje a su manera (*Act.* 8, 27;

---

[1] Cuando ha llegado en la Pasión al grado sumo el anonadamiento, cesa el castigo infligido por nuestros pecados y comienza la exaltación (cfr. *Phil.* 2, 6 ss.). En la muerte vence él a la muerte.

[2] Nadie es capaz de contar su descendencia espiritual, los redimidos por él, sus fieles.

[3] Su muerte redentora es el fundamento de su propia exaltación y de la numerosísima prole espiritual.

[4] Seguramente le habría hablado de la virtud expiatoria de la Pasión y muerte de Jesús (*Is.* 53, 4-6), de su paciencia (*Is.* 53, 7), de su vida y de sus obras (I *Petr.* 2, 22-25), de la necesidad de renacer espiritualmente del agua y del Espíritu Santo en el Bautismo.

[5] Las palabras encerradas entre paréntesis faltan en antiguos y buenos manuscritos, por ejemplo, en el *Codex Vaticanus,* en el *Sinaiticus* y *Alexandrinus,* como también en las antiguas versiones; Ireneo, Cipriano, Tertuliano (*ThG* 1911, 488 s.) atestiguan el pasaje. A la verdad, encaja muy bien en el contexto; es la confesión bautismal más breve; en ella se encierra todo lo que Jesús enseña, y se acata cuanto ordena.

[6] Por inmersión. Mas ya hacia el año 100 nos habla la Didake, junto con el Bautismo de inmersión, del Bautismo mediante la triple infusión.—Acerca del *lugar del Bautismo,* véase núm. 577.

[7] Inmediatamente el Espíritu Santo por medio de un ángel sustrajo a Felipe de la vista del eunuco, para dar a éste la certeza de que Felipe era verdaderamente emisario de Dios y así recompensarle y confirmarle en la fe. De ahí el gozo del eunuco. — Acerca de la suerte del Cristianismo en Etiopía, véase núm. 580.

[8] Véase núm. 579.

[9] Sin duda en Accarón, Ramleh, Lydda, Joppe, llanura de Sarón.

[10] Allí le encontramos de nuevo (*Act.* 21, 8). *Cesarea* no es la situada al pie del Líbano, sino la Marítima o de Palestina (detalles núm. 601 y Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 98 ss.).

página 000: para adorar en Jerusalén») y sentía deseos de participar de los beneficios espirituales del reino de Dios, que con tan brillantes colores pintaba su profeta favorito Isaías. En todo lo que aquí habló e hizo Felipe, iba dirigido e inspirado por el Espíritu de Dios *(Act.* 8, 26 29; véase núm. 575), y el suceso fué el preludio de lo que luego había de acaecer en gran escala.

577 b. Una tradición del año 1483 señala **como lugar del bautismo del eunuco** a Ain-Haniyé, no lejos de el-Weledesch, dos horas (8 Km) al sudoeste de Jerusalén. El agua brota del muro de una capilla en ruinas, donde entre graciosas columnas se ve todavía un nicho como para una imagen; el agua cae a un pozo de piedra. A la izquierda se muestra la escalera por donde se bajaba al pozo, hoy lleno de escombros. La tradición antigua (el Peregrino de Burdeos [333], Eusebio y san Jerónimo) encontró la fuente de Felipe en la aldea de Bethsur [1], dos horas y cuarto (8 $^1/_2$ Km.) al norte de Hebrón, en el camino de Jerusalén. También el mosaico de Madaba (véase pág. 75) señala el mismo lugar. Todavía hoy se ve allí una fuente abundante, llamada *Ain ed-Dirwe* (fuente de Dirwe), y muy cerca las ruinas de una iglesia antiquísima con su atrio, en el cual se halla una pila redonda, semejante a una pila bautismal. Los habitantes de aquel lugar dan a estas ruinas el nombre de Beit-Sur.

578. Gaza [2], que quiere decir «fortaleza» (en hebreo Ghazze), una de las capitales del país de los filisteos, nos es conocida por la historia de Sansón. Su suerte fué muy accidentada en los últimos siglos anteriores a Cristo. Asaltada y conquistada el año 332 a. Cr. por Alejandro Magno, la devastó el 145 Jonatás el Macabeo, y en 96 a. Cr. la destruyó hasta los fundamentos Alejandro Janeo. Reedificóla el general romano Gabinio (57-55) algo al sur. El año 30 a. Cr. cayó en poder de Herodes, a la muerte del cual pasó a formar parte de la provincia romana de Siria, con lo que durante largo tiempo pudo desarrollarse en paz. El Cristianismo entró en ella relativamente tarde, pues el paganismo siguió pujante hasta muy entrado el siglo v. No pasa de leyenda haber sido primer obispo de Gaza *Filemón* (véase núm. 715), el mismo a quien san Pablo dirigió una de sus cartas.

Gaza, llamada Ghazze por los árabes, está hoy a una hora del Mediterráneo, en una fértil campiña regada por abundantes fuentes, en una pequeña elevación rodeada de plantíos de olivos, dátiles, granados y naranjos; todavía hoy es centro de comunicaciones entre Siria y Egipto [3].

579. Azoto [4] o Asdod, otra de las capitales de Filistea, situada en el camino de Egipto a Siria, diez horas (40 Km.) al oeste (en línea recta) de los dos supuestos lugares del bautismo del eunuco (véase núm. 577), unas ocho horas (35 Km.) al norte de Gaza, a una hora (4 Km.) del mar, es conocida en la historia bíblica por el ídolo Dagón, que fué destruído a la presencia del arca de la Alianza. En tiempo de los Macabeos corrió la suerte de Gaza. Judas Macabeo derribó los altares de los ídolos; sus hermanos Jonatás y Simón incendiaron la ciudad con el templo de Dagón. Gabinio la reedificó. En la época cristiana fué Azoto sede episcopal. Su obispo Silvano estuvo presente en el Concilio de Nicea (325); todavía encontramos obispos de Azoto en otros cuatro Concilios. Eusebio y Jerónimo pintan a Azoto como ciudad de importancia. Los Cruzados la encontraron desierta en 1101. En su lugar se levanta hoy la aldea mahometana Asdod, situada en una colina.

---

[1] Klostermann, *Eusebius'werke III, 1: Das Onomastikon* 52. Véase también Thomsen, *Loca sancta* I 34.

[2] Ibid. 48; también *HL* 1901, 129 ss.; 1917, 204 ss.; 1918, 45.

[3] Acerca de Gaza antes de Cristo y en tiempo de Cristo, véase Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* II[3] 84 ss.; acerca de la misma en la época cristiana y acerca de la parroquia misional allí existente, cfr. *HL* 1896, 75 ss.; 1901, 129; Häfeli l.c. 325; *ZDPV* VII 1-14 293-298; XI 149-159; Thomsen l.c. I 17.

[4] Cfr. Schürer l.c. 96.

580. Llamábase **Etiopía** en la antigüedad el país situado al sur de Egipto y bañado por el mar Rojo: Nubia y Meroe hasta Abisinia [1]. Parece haberse secado el germen que sembró en su país el camarero de la reina; empero ha quedado allí cierta propensión al Cristianismo. Habiendo en 316 el filósofo Meropio de Tiro con sus dos sobrinos Frumencio y Edesio hecho un viaje a Abisinia, quedaron ambos jóvenes prisioneros y fueron conducidos a la corte del rey; pronto supieron ganarse la confianza de éste; a cuya muerte ayudaron a la viuda en el gobierno de la nación, educaron al sucesor del trono y con su esfuerzo lograron que penetrara el Cristianismo. Edesio volvió a Tiro, donde fué ordenado sacerdote. Frumencio († hacia el 383) fué consagrado primer obispo de Abisinia por san Atanasio. El rey recibió el bautismo, y el país siguió su ejemplo. La capital Axum fué sede episcopal y más tarde metropolitana, con siete sufragáneas. Mas ya en los siglos v y vi penetró la herejía de los monofisistas en este país, del cual todavía no ha desaparecido. Allí trabajan desde el siglo xvi los misioneros católicos (principalmente los PP. Capuchinos y los PP. Lazaristas); en 1839 creó el Papa Gregorio XVI una Prefectura Apostólica, que en 1847 fué elevada a Vicariato Apostólico. Esta misión es sumamente difícil. Hace algunos años se fundó en Alitiana a costa de grandes sacrificios un seminario, donde se forman catequistas y sacerdotes indígenas [2].

142. Conversión de Saulo

(Año 35 d. Cr. [3])

(*Act.* 9, 1-20; cfr. *Act.* 22, 4-16; 26, 9-20 [4]; *Gal.* 1, 13-23; I *Cor.* 9, 1; 15, 8; II *Cor.* 11, 32 s.)

1. Saulo, llamado a ser discípulo y apóstol por el mismo Jesucristo glorioso. 2. Saulo, bautizado por Ananías. 3. Saulo predica en Damasco el nombre de Jesús. 4. Viaje a Arabia y permanencia en aquel país. 5. Regreso a Damasco; líbrase de las asechanzas de los judíos.

581. Mas Saulo, que todavía respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote [5] pidiéndole cartas

---

[1] Cfr. *Esth.* 1, 1; 13, 1; *Ps.* 67, 32; *Is.* 10, 3-5, etc.

[2] Véase Goudal, *Das Christentum im Lande Meneliks* (colección: *Wissenschaft und Religion*. Estrasburgo 1907). Acerca de las colonias abisinias de Palestina, véase los artículos de Fr. Dunkel en *HL* 1906, 165; 1907, 173; 1908, 24 67; 1910, 174. Acerca de los himnos abisinios antiguos, ibid. 121 186.

[3] **Cronología de la vida de san Pablo.** Para ordenar cronológicamente los sucesos de la vida de san Pablo necesitamos, ante todo, un punto de partida fijo y cierto. Creyóse tenerlo en el *proconsulado de Galión en Corinto* (núm. 652). Una inscripción fragmentaria de Delfos (publicada por primera vez en 1905 por Bourguet, recientemente por Deismann, *Paulus* 159 ss.) nos facilita fijar las fechas de dicho proconsulado. La inscripción, gravada probablemente en el muro exterior del templo de Apolo, contiene una carta del emperador Claudio a Delfos, en la que se garantizan los antiguos privilegios de la ciudad. Está mutilada; mas en lo que nos toca, es legible y aprovechable. Se echa de ver que fué escrita el año en que por vigésimosexta vez era Claudio aclamado por emperador, hecho que se calcula haber acontecido entre el 25 de enero y el 1 de agosto del año 52 d. Cr. La fecha de la carta imperial está, pues, entre el 25 de enero y el 1 de agosto del año 52. También se desprende de la carta que Galión era procónsul de Acaya. Ahora bien, el proconsulado solía durar un año, siendo por entonces el 1 de julio (o el 1 de junio) la fecha normal de la *toma de posesión del cargo*. Habiendo, pues, sido escrita la carta entre enero y agosto del 52, resulta ser el 1 de julio (o de junio) del 51 ó del 52 la fecha de

---

[4] Todo cuanto hemos intercalado en el texto por vía de aclaración, lo hemos encerrado en paréntesis. Acerca del carácter de los tres relatos, véase núm. 584.

[5] Como presidente que era del Sanedrín. Pues aun los judíos de la Diáspora reconocían la competencia del Sanedrín en asuntos religiosos. Las autoridades civiles toleraban esta jurisdicción en los asuntos internos de los judíos, mientras no se tratase de la ejecución de castigo (cfr. Josefo, *Ant.* 14, 10 2; I *Mach.* 15, 11).

para las sinagogas de Damasco, a fin de traer presos a Jerusalén a cuantos

---

toma de posesión del cargo de procónsul. ¿Cuál de los dos años escoger? Esto ya no se puede precisar. Es también incierta la *duración* del cargo. Normalmente duraba un año, como queda dicho; pero precisamente en tiempo de Claudio hubo a menudo proconsulados que duraron dos. De ahí que la fecha de Galión *no sea una base* fija para determinar la estancia de Pablo en Corinto y, partiendo de aquí, ordenar la cronología anterior y posterior de su vida. — Recientemente nos ofrece un punto de apoyo más seguro el P. X. Kugler, S. J., varón muy versado en las ciencias bíblicas y en la astronomía, en su libro *Von Moses bis Paulus. Forschungen zur Geschichte Israels* (Münster 1922). Según sus investigaciones y cálculos ingeniosos (págs. 423-458) queda demostrado que el viaje de san Pablo de Filipos a Jerusalén, relatado en *Act.* 20 6 ss., el cual termina con el arresto del Apóstol, no pudo acontecer en otro año que en el **58.** El pasaje de los *Hechos Apostólicos* que hace al caso, dice así: «*Después de los días de los ázimos* (es decir, después de la octava de Pascua [que duraba del 15 al 21 de Nisán], o sea, el día 22) *nos hicimos a la vela en Filipos, y al quinto día los encontramos* (a los compañeros de viaje) *en Tróade, donde nos detuvimos siete días.* (Obsérvese que el día de llegada se cuenta como primer día de estancia, mas el día de partida no entra en cuenta entre los de descanso; de donde la duración de la estancia es igual al número de días en que no se continúa el viaje). *Mas como el primer día de la semana* (el domingo, duodécimo día del viaje, 11 días después del 22 de Nisán) *nos hubiésemos congregado para la fracción del pan, Pablo nos hizo una plática» (Act.* 20, 6 y 7). Estos datos encajan únicamente en el año 58. Pues sólo en *ese* año a los 11 días del 22 de Nisán fué *domingo.* Y no sólo se ha logrado fijar el año 58 sin género de duda, sino también las fechas de cada una de las etapas del viaje de Filipos a Jerusalén; y todo ello «en conformidad con las fiestas y sábados, con la manera hebrea de contar los días de viaje y de descanso, con la naturaleza de los sucesos y de las intenciones del Apóstol». En el comentario de los *Hechos Apostólicos* apuntamos las fechas tomadas del *Itinerarium* que señala Kugler. — El punto de partida fijo y cierto que buscábamos es el viaje de Pablo a Jerusalén el año 58, viaje que termina con el arresto del Apóstol. Partiendo de él, la cronología posterior es como sigue: 1 de junio del 60, toma de posesión de Porcio Festo; Pablo apela al César y, en consecuencia, es conducido a Roma; llega a la capital del imperio por marzo del 61; la cautividad romana, que, según *Act.* 28, 30, duró dos años completos, termina en marzo del 63 con la absolución del Apóstol; hacía, pues, largo tiempo que san Pablo estaba libre, cuando estalló la persecución de Nerón (detalles acerca de esto, de la segunda prisión y de la muerte del Apóstol, en el núm. 688). — Pero también se puede establecer la cronología anterior al 58, por lo menos hasta el comienzo del segundo viaje apostólico, de conformidad con los datos de los *Hechos Apostólicos* y de la historia profana. En primer lugar, el tercer viaje *terminó* con el arresto del 58; mas ¿cuándo comenzó? Notemos los siguientes datos: el Apóstol recorre Galacia y Frigia *(Act.* 18, 29; 19, 1), llega a Efeso *(Act.* 19, 1), enseña allí tres meses en la sinagoga *(Act.* 19, 8) y después unos dos años en la escuela de Tirano *(Act.* 19, 10); el motín del platero Demetrio le obliga a marcharse; recorre Macedonia, permanece (según *Act.* 20, 3) tres meses en Grecia y regresa de allí a Macedonia, y después de la Pascua parte de Filipos, etc. Considerados todos estos sucesos y datos, establece Kugler las siguientes fechas:

Marzo-abril del 54, comienzo del tercer viaje apostólico.
De abril a octubre del 54, misión en Galacia y Frigia.
De noviembre del 54 a mayo-junio del 57, estancia en Efeso.
De mayo-junio del 57 a noviembre-diciembre del 57, misión en Macedonia.
De noviembre-diciembre del 57 a febrero-marzo del 58, tres meses en Grecia (Corinto).
De febrero-marzo del 58 al 28 de marzo (15 de Nisán, Pascua) del 58, viaje de Corinto a Filipos, y de aquí a Jerusalén.

Al tercer viaje apostólico precedió la *estancia en Antioquía* de octubre-noviembre del 53 hasta marzo-abril del 54. A ésta, el *segundo* viaje apostólico, el cual terminó con el *viaje votivo* a Jerusalén, poco antes de mediados de septiembre o de octubre del 53. La mayor parte del tiempo de este viaje correspondió a Corinto, a donde no llegó el Apóstol antes de marzo del 52, para salir a fines del 53; acusación infructuosa de los judíos contra el Apóstol ante el procónsul Galión por mayo o junio del 53. (Todos estos puntos de la cuestión toca Kugler). — A la estancia en Corinto precedió el viaje por Siria y Cilicia *(Act.* 15, 40), por Frigia y Galacia *(Act.* 16, 6), Misia, Bitinia y Tróade *(Act.* 16, 7 s.); de allí fué Pablo a Macedonia y fundó comunidades en Filipos *(Act.* 16, 12 ss.), Tesalónica (17, 1 ss.), Berea (17, 10 ss.) y, pasando por Atenas, llegó a Corinto *(Act.* 17, 16 ss.).

hombres y mujeres hallase (partidarios) de esta doctrina [1]. Caminando, pues, a Damasco, ya se acercaba a la ciudad, cuando de repente (a eso del mediodía) [2] se vió rodeado de una luz del cielo (más clara que el resplandor del sol) [3]. Y cayendo en tierra oyó una voz que le decía (en lengua hebrea) [4]: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* [5] Y él respondió: «¿Quién eres tú, Señor?» Y el Señor le dijo: «**Yo soy Jesús** [6], **a quien tú persigues.** (Dura cosa te es dar coces contra el aguijón)» [7]. El, entonces, temblando y despavorido, dijo: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* [8]

Como el Apóstol, según los datos cronológicos de los *Hechos*, en ninguna parte permaneció largo tiempo (por ejemplo, en Tesalónica sólo tres sábados, *Act.* 17, 2), pudo bastarle un año para los trabajos desarrollados antes de su estancia en Corinto, pero no menos de uno; de donde el comienzo del segundo viaje apostólico debe fijarse a más tardar en la primavera del 51. A este segundo viaje precede el Concilio de Jerusalén, que, según lo dicho, debió de celebrarse a más tardar en la primavera del 51, pero probablemente el año 50. Según *Gal.* 2, 1 ss., este viaje de Pablo a Jerusalén se realizó «catorce años» después del *primer* viaje a Jerusalén. Según el uso ordinario antiguo y del que se desprende de *Matth.* 27, 63 s. y *Marc.* 8, 31, en el número «catorce» va incluído el año inicial, de suerte que para fijar este primer viaje a Jerusalén debemos retroceder 13 años del 50, con lo que venimos al 37. Que el 37 fuese el año del *primer viaje a Jerusalén*, está de acuerdo con *Act.* 9, 24 ss. y II *Cor.* 11, 32 s.; según estos dos pasajes, el viaje a Jerusalén siguió a la fuga de Damasco; fuga provocada por el exarca de Aretas, rey de los nabateos; éste fué señor de Damasco del 37 al 40 d. Cr.; es muy explicable que los judíos aprovechasen el comienzo del reinado de Aretas para deshacerse de Pablo. Según *Gal.* 1, 18, la conversión de Pablo acaeció «tres años» (dos años *completos)* antes del primer viaje a Jerusalén; por consiguiente, el año 35.—Para fijar la fecha del primer viaje apostólico puede servir de punto de partida el proconsulado de Sergio Paulo en Chipre. En una inscripción hallada en 1887 en Roma aparece L. Sergio Paulo el año 47 entre los cinco *Curatores riparum et alvei Tiberis;* de ahí se concluye que su proconsulado en Chipre terminó, a más tardar, en abril del 46 (Kellner en *Kath* 1888 I 389 ss.). De donde el primer viaje apostólico de Pablo debió de comenzar el 45. Precedióle el llamado «viaje de la colecta» a Jerusalén hacia el 44 (véase núm. 603).—La cronología de las *cartas de san Pablo* la encontrará el lector en el lugar propio de cada una de ellas.

[1] Acertadamente observa Pölzl (*Paulus* 28): «También Saulo era por su constitución espiritual hijo de su época; los prejuicios religiosos, políticos y nacionales que dominaban más o menos toda la vida del judaísmo, anublaban también su vista espiritual, de suerte que se quedó en los umbrales de la vida de Jesús y de su trágico fin, y no supo penetrar en el espíritu de su doctrina ni comprender la importancia de su obra». Su punto de vista para juzgar a Jesús era completamente falso; le juzgó, como él mismo dice, «según la carne» (II *Cor.* 5, 16), es decir, externamente, según sus prejuicios.

[2] Cfr. *Act.* 22, 6; 26, 13. [3] *Act.* 26, 13. [4] *Act.* 26, 14.

[5] Jesús, el Maestro, el doctor, la cabeza, se ve perseguido en sus miembros (cfr. I *Cor.* 12, 22; *Col.* 1, 18). Las cartas del Apóstol demuestran cuán profundamente tenía grabado en el alma este pensamiento: que Cristo y los cristianos forman un cuerpo místico.

[6] ¡Yo soy Jesús! Con letras de fuego quedó en adelante impreso en el corazón de Pablo este **Santísimo Nombre de Jesús** (cfr. núm. 546); con qué celo ardiente lo predicara, con cuánto amor padeciera por él y qué fortaleza recibiera de él, lo vemos en sus *cartas,* en las cuales se nombra a Jesús más de 230 veces. Es «un nombre sobre todo nombre»; «al nombre de Jesús ha de doblarse toda rodilla, en los del cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua debe confesar que Jesucristo está en la gloria de Dios Padre» (*Philipp.* 2, 9 ss.).

[7] *Act.* 26, 14. En daño y perjuicio tuyo propio has resistido hasta ahora el impulso de la fe; la sabiduría, la fuerza y el amor sobrehumano de Esteban, la valentía de los cristianos, la mansedumbre y moderación de Gamaliel, tu propia convicción de la impotencia de la Ley — todo ello te ha hecho aferrarte fanáticamente a la Ley; abandona en adelante estos proyectos inútiles y suicidas. La figura está tomada del aguijón con que se espolea a las bestias; si éstas respingan, ellas mismas se hacen daño.

[8] *Act.* 22, 10. Hermosa pregunta, que resume la entrega completa y sin reservas; pregunta que pone de manifiesto la fe, esperanza y caridad (cfr. *Gal.* 1, 16; 2, 19 s.; 6, 17; *Philipp.* 3, 7 ss.; *Rom.* 8, 35 ss.; II *Cor.* 4, 10 ss.; 11, 23 ss.).

Y el Señor a él: «Levántate y entra en la ciudad; allí se te dirá lo que te conviene hacer. (Pues para esto me he **aparecido** a ti [1], a fin de constituirte ministro y testigo de las cosas que has **visto** y de otras que te mostraré apareciéndome a ti de nuevo [2]. Yo te he librado de este pueblo y de los gentiles, a los cuales te envío a abrirles los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, y con esto reciban por la fe en mí la remisión de sus pecados y la herencia de los santos)» [3]. Y los hombres que le acompañaban quedaron de pie [4] atónitos oyendo la voz, mas a nadie vieron. Y Saulo se levantó de tierra, y, abiertos los ojos, nada veía [5]. Y ellos, tomándole por la mano, le llevaron a Damasco. Y estuvo allí tres días sin ver, y no comió ni bebió.

582. Y en Damasco había un discípulo por nombre *Ananías,* al cual dijo el Señor en visión: «Ananías». Y él respondió: «Heme aquí, Señor». Y el Señor a él: «Levántate, y ve a la calle llamada *Recta* (véase número 589) y busca en casa de Judas a uno de Tarso (núm. 567 s.) llamado Saulo; porque he aquí que ora» [6]. Y (Saulo) vió que entraba un hombre llamado Ananías y que le imponía las manos para que recobrase la vista [7].

Y respondióle Ananías: «Señor, he oído decir a muchos de este hombre cuántos males hizo a tus santos [8] en Jerusalén. Y ese tal tiene poder de

---

[1] De consiguiente, vió con sus ojos corporales al Salvador resucitado y glorioso (cfr. núm. 584). Nótese bien los pasajes de esta historia impresos en negrilla; están tomados de *Act.* 26, 16; 9, 7 17; 22, 14. Estos pasajes, con aquellos otros de *Act.* 9, 27; I *Cor.* 9, 1; 15, 8, demuestran de una manera que no deja lugar a duda *que la aparición de Damasco no fué un fenómeno interno de Pablo,* sino *un suceso externo real,* no una visión subjetivo-espiritual, sino objetivo-sensitiva. *Véase especialmente* núm. 584.

[2] En *Gal.* 1, 12; 2, 2; *Ephes.* 3, 3; I *Cor* 11, 23 habla de las revelaciones que recibió de Dios. Muchas veces menciona sus *visiones:* en *Act.* 22, 17 ss., un éxtasis habido en Jerusalén, cuando por primera vez visitó a Pedro; en *Act.* 18, 9, la visión que tuvo en Corinto; en *Act.* 23, 11, otra habida en Jerusalén, la noche de su defensa ante el Sanedrín; en II *Cor.* 12, 2 ss. nos dice cómo fué su espíritu arrebatado al mundo supraterreno.

[3] *Act.* 26, 16-19. El Señor le da a conocer su vocación en general; en lo demás le remite a sus ministros. Saulo debía primero prepararse con la oración y el ayuno, para luego en el sosiego conocer por menudo su vocación y misión. De ello debemos nosotros aprender que, sin necesidad, no hemos de esperar directamente de Dios iluminación y auxilio, sino acudir a los ministros de la verdad y de la gracia diputados por él, a los obispos, sacerdotes, etc. (cfr. J. Zahn, *Christliche Mystik* 85 572). — *Semejante conversión* sólo Dios pudo obrar directamente, dice santo Tomás de Aquino (*Summa theol.* 2, 2, q. 113, a. 10). Pero en lo demás bien podían entender sus ministros.

[4] *Act.* 26, 14: «Todos caímos en tierra, y yo oí una voz»; *Act.* 22, 9: «Mis acompañantes, aunque vieron la luz, no percibieron la voz del que me hablaba»; con otras palabras: Los acompañantes cayeron primero por tierra, mas luego se levantaron; vieron la luz, oyeron también la voz, mas no vieron a Jesús, *ni comprendieron* sus palabras. Acerca de las discrepancias de la descripción, véase en particular núm. 584.

[5] La ceguera es prueba evidente de que la aparición fué real.

[6] Ya no es perseguidor, sino ora y se prepara para ser recibido en la Iglesia.

[7] Seguimos la *Vulgata,* que entiende esta frase como observación aclaratoria de Lucas, o sea, como un paréntesis; algunos exegetas la creen pronunciada por el Señor, que a la primera razón: «él ora», añade todavía otra para mover a Ananías a que vaya a Saulo sin temor: el perseguidor ha sido preparado mediante una visión para que reconozca en Ananías al enviado del Señor que le ha de instruir y recibir en la Iglesia.

[8] Así se llama a menudo a los fieles (a los cristianos) en la Sagrada Escritura, especialmente en las *cartas de san Pablo* (cfr. *Act.* 9, 32; *Rom.* 1, 7; 15, 25; I *Cor.* 1, 2; II *Cor.* 1, 1; 16, 1; *Ephes.* 1, 15; 4, 12, etc.), porque los fieles están particularmente llamados a la santidad, y porque se les conceden abundantes gracias para que la consigan (*Ephes.* 1, 4 ss I *Petr.* 2, 9 10).

los sumos sacerdotes de prender a cuantos invocan tu nombre». Mas el Señor le dijo: « *Ve, porque éste me es un instrumento escogido* para llevar mi nombre delante de las gentes [1] y de los reyes y de los hijos de Israel. Porque yo le mostraré cuántas cosas le es necesario padecer por mi nombre» [2].

583. Y fué Ananías, y entró en la casa; y poniendo las manos sobre él [3], dijo: «¡Saulo hermano! (¡recibe la vista!) [4] El Señor Jesús, que se te **apareció** en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo». Y al instante se cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista. (Y Ananías prosiguió: «El Dios de nuestros padres te predestinó para que conocieses su voluntad y **vieses al Justo** [al Mesías] [5] y **oyeses la voz de su boca;** porque has de ser testigo suyo delante de todos los hombres de las cosas que has visto y oído. Ahora, pues, ¿qué te detiene? Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre») [6]. Y levantándose, *fué bautizado.* Y después que tomó alimento, recobró las fuerzas. Y estuvo algunos días con los discípulos que estaban en Damasco; y luego *predicaba* en las sinagogas que *Jesús es el Hijo de Dios.* Y se pasmaban todos los que le oían, y decían: «¿Pues no es éste el que perseguía en Jerusalén a los que invocaban ese nombre (de Jesús), y el que vino acá para llevarlos presos a la presencia de los sumos sacerdotes?» Mas Saulo se presentaba cada vez con más valor y confundía a los judíos que moraban en Damasco, afirmando que Jesús era el Mesías.

«Algunos días» *(Act.* 9, 19) después de su conversión se retiró Pablo a Arabia, sin duda por aviso del cielo. Lo dice él mismo en *Gal.* 1, 17; los *Hechos* no hacen mención de este viaje, acaso porque no tiene relación directa con la historia que relata; queda sin embargo espacio suficiente para ello entre 9, 19 donde dice haber permanecido en Damasco por «algunos días» y 9, 23, donde se habla de un lapso de «muchos días» después de su conversión. En Arabia, en la apacible soledad del desierto, se entregó Pablo a la oración y a la meditación de las cosas divinas, especialmente al estudio del Antiguo Testamento, iluminado por el conocimiento que acababa de adquirir acerca de Jesús y de la nueva religión, preparándose de esta suerte a su futuro ministerio. En Arabia fué sin duda favorecido por el mismo divino Redentor con repetidas revelaciones *(Ephes.* 3, 3) y gozó de la comunicación contemplativa mística y extática de Cristo.

Pasados dos años, o dos y medio *(Gal.* 1, 17), regresó Pablo a Damasco. Esta ciudad que desde Pompeyo (64 a. Cr.) pertenecía a la provincia romana de Siria, estaba entonces, según II *Cor.* 11, 32 s., en posesión de Aretas IV [7],

---

[1] Pablo reconoció más tarde que, aunque el último de los apóstoles por haber perseguido a la Iglesia, y aun indigno del nombre de apóstol, había, sin embargo, por gracia de Dios, trabajado más que los demás (I *Cor* 15, 9 10). Llamábase a sí mismo también *doctor de las gentes* (cfr. I *Tim.* 2, 7; *Gal.* 2, 8; también núm. 292). Ante «los reyes», es decir, ante Agrippa (núm. 680); indirectamente, también ante Nerón.

[2] Cfr. núm 584 y II *Cor.* 11, 23-33 (núm. 710).

[3] Para procurarle la salud corporal; cfr. *Marc.* 16, 18.

[4] *Act* 22, 13.

[5] Cfr. núm 545.

[6] *Act.* 22, 13-16. Así relata el mismo san Pablo en su discurso al pueblo de Jerusalén las palabras de Ananías.

[7] Pronúnciese Arĕtas, pues la *e* de la penúltima sílaba es breve; en árabe *Hârit* significa «labrador, arador». Léese aquello de: *Damasci praepositus gentis Aretae,* en el

el cual desde el año 9 a. Cr. hasta el 40 d. Cr. fué rey de la tribu árabe de los nabateos (capital Petra). El emperador Calígula le había otorgado el año 37, probablemente en un arranque de magnanimidad, el dominio de Damasco, que conservó hasta su muerte el año 40. Se han encontrado monedas de Damasco con las efigies de Augusto, Tiberio y Nerón, mas ninguna con la de Calígula, lo cual es un argumento en pro de la credibilidad de este hecho. Aretas ejercía la autoridad mediante un «etnarca», es decir, mediante un jeque árabe que le estaba subordinado. Este fué ganado por los numerosos judíos de Damasco que maquinaban contra la vida de Pablo. Día y noche guardaban las puertas para apoderarse de él y darle muerte. Mas Pablo fué «descolgado del muro abajo en un serón por la ventana (de una casa que daba a las murallas), y así logró escapar» de las manos del perseguidor (compárese II *Cor.* 11, 32 s. con *Act.* 9, 25) [1].

584. La conversión de san Pablo y el racionalismo [2]. Los *tres* relatos del libro de los *Hechos* acerca de la conversión de san Pablo (*Act.* 9, 1-20; 22, 4-16: discurso de Pablo al pueblo; 26, 9-20: discurso de Pablo ante Festo y Agrippa) atestiguan que en el camino de Damasco vió Saulo con sus propios ojos corporales al Salvador *glorioso* en su cuerpo real y verdadero, a Jesús de Nazaret, que no mucho antes andaba por este mundo y murió en una cruz. Los tres relatos coinciden en los puntos esenciales; difieren en cambio en cosas accidentales, o por mejor decir, se completan mutuamente; así, por ejemplo, según el relato de san Lucas *Act.* 9, 7, los acompañantes «estaban de pie sin hablar»; en su discurso, *Act.* 26, 14, dice san Pablo: «Todos caímos al suelo». Estos dos relatos responden a dos situaciones o momentos diferentes. Los acompañantes de Pablo, a quienes el suceso no afectó en la misma medida que al futuro apóstol, se repusieron pronto y «estaban en pie» cuando todavía Pablo seguía derribado por tierra. Además, la expresión «estaban de pie mudos» quizá no significa sino que «estaban estupefactos». Según el relato de Lucas (*Act.* 9, 7), los acompañantes oyeron la voz, pero a nadie vieron; según la descripción del mismo san Pablo (*Act.* 22, 9), los acompañantes vieron el resplandor (no la figura de Jesús), mas no oyeron la voz del que hablaba con él, es decir, no entendieron lo que la voz le decía. Se explica la distinta manera de expresarse, considerando que san Lucas en su relato sólo pretende pintarnos el asombro de los acompañantes, y que, en cambio, san Pablo quiere decirnos que la aparición fué percibida con claridad sólo por él, pues a él sólo iba dirigida. Sería, pues, necio empeñarse en poner en tela de juicio la verdad y credibilidad de lo esencial de los relatos, por discrepancias accidentales que no es difícil conciliar. Tales discrepancias son testimonio de la manera completamente imparcial de relatar, y antes demuestran la credibilidad, que lo contrario.

No sólo el libro de los *Hechos*, también *san Pablo mismo* en sus epístolas atestigua que la aparición de Cristo en el camino de Damasco debe entenderse en sentido real, que fué una contemplación *real* del Salvador resucitado. Pregunta el Apóstol en I *Cor.* 9, 1: «¿No soy yo apóstol? ¿No he **visto** yo a Jesucristo, Señor nuestro?» Equipara la aparición que Cristo le dispensó, con las apariciones de los demás apóstoles, de las cuales no podrá decir que fueran

---

Oficio de las fiestas *In Commemoratione S. Pauli Apostoli* (30 de junio) e *In Conversione S. Pauli Apostoli* (25 de enero), y en la Epístola de la Domínica de Sexagésima.

[1] Cfr. A. Steinmann, *Aretas IV, König der Nabatäer. Eine histor.-exegetische Studie zu II Cor.* 11, 32 s. (Friburgo 1909; edición aparte de *BZ* VII [1909], 174 ss.); Wikenhauser, *Die Apostelgeschichte* 185; *ThR* 1911, 143 s. Felten (*Ntl Zeitgeschichte* II 326 s.) pone en duda que Damasco perteneciera a Aretas en tiempo del suceso de II *Cor.* 11, 32. En su opinión, los judíos vigilaron las puertas de la ciudad, que dependía de la soberanía romana; el plan era que el etnarca (jeque) hiciese prender al Apóstol, una vez que éste hubiese abandonado la ciudad.

[2] Acerca de esta materia escribió una monografía interesante Moske. *Die Bekehrung des hl. Paulus* (Münster 1907); véase también Dausch en *ThG* 1910, 184 ss.; el mismo en *ThpMS* XX (1910) 535.

visiones quien considere pasajes como *Act.* 1, 3 s. y 10, 41 (donde Pedro dice: «.. nosotros, que hemos comido y bebido con él después que resucitó de entre los muertos»); pues, en efecto, en I *Cor.* 15, 3 ss. dice Pablo así: «Porque ante todo yo os enseñé lo mismo que había aprendido: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fué sepultado, que resucitó al tercero día según las Escrituras y que se apareció a Cefas, y después de esto a los Once. Después fué visto a la vez por más de quinientos hermanos, de los cuales aun hoy día viven muchos, y otros ya murieron. Después se apareció a Santiago, y luego a todos los apóstoles. Y al postrero de todos, como a un abortivo, *se apareció también a mí*». Cuando el Apóstol dice en *Gal.* 1, 16 que a Dios plugo revelarse *en él (en mí)* para que le anunciase entre las gentes, no debemos ver en estas palabras una contradicción con los pasajes citados, cual si se tratara de una visión *meramente* interna, de una experiencia puramente interior; no porque aquí se afirme sobre todo la *iluminación interna* experimentada por el Apóstol queda suprimida la aparición externa; ambos factores coinciden objetivamente.

Con el suceso del camino de Damasco comenzó para Pablo una nueva época: El fanático perseguidor de los discípulos de Cristo se torna *de repente, totalmente y para siempre* en el más intrépido defensor de la mesianidad y divinidad de Jesús. Un nuevo principio de vida le anima (II *Cor.* 5, 17; 4, 16). Su vida pertenece en adelante a Cristo, no a un Cristo como el que los judíos esperaban (II *Cor.* 5, 16), sino a Jesús Nazareno crucificado y resucitado de entre los muertos. Lo *anterior* al suceso del camino de Damasco es para él tinieblas, alejamiento de Dios, error y pecado; *después* de aquel hecho maravilloso, camina en la luz, es un nuevo yo (cfr., por ejemplo, *Philipp.* 3, 7-11); Cristo vive en él *(Gal.* 2, 20). Y sin embargo, toda su vida es una cadena de trabajos, persecuciones y padecimientos en servicio de aquél a quien un día persiguió, de sufrimientos que le depararon los mismos judíos a cuyo servicio trabajó antaño. El mismo llama estos trabajos «señales de su apostolado» (II *Cor.* 12, 12; 11, 23). Bella y acertadamente dice Felten a este propósito *(Die Apostelgeschichte* 192*)*. «Sacrificó todas las ventajas temporales para ganar las eternas. El fin de su lucha era la corona de la vida eterna; su consuelo, no ser jamás separado del amor de Cristo. Si se hubiera movido por el *lucro,* nunca habría renunciado al apoyo de la comunidad, ganándose el sustento como un obrero. Si buscaba la *fama,* no debió haber tomado la cruz y los oprobios que a ella van unidos; si tenía sed de *poder,* no debió ir a buscarlo donde su celo le señalaba entre todos como a víctima para la muerte que él mismo había hecho padecer a Esteban. Si después de su conversión se hubiera portado como un fanático, debería haber sido soberbio, tenebroso y cruel. Mas él se muestra humilde, manso, lleno de caridad y compasión con los hermanos».

El racionalismo se esfuerza por buscar una explicación natural del suceso del camino de Damasco. desechando los datos dignos de crédito que nos suministran el libro de los *Hechos* y el Apóstol mismo acerca de su conversión y los sucesos que la precedieron. No queremos gastar palabras inútiles exponiendo la explicación «natural» que dió *Renán.* Tras un cúmulo de frases, llega a la siguiente conclusión: «El estado psíquico de san Pablo, los remordimientos de conciencia a medida que se acercaba a la ciudad donde pensaba coronar sus crímenes, he ahí las verdaderas causas de su conversión. Yo por mi parte prefiero con mucho la hipótesis de una causa que hubiese afectado personalmente a Pablo y sólo él percibiera. Mas no es inverosímil que hubiese estallado de repente una tempestad... Pablo, presa de violenta agitación, creyó sin duda percibir en la voz de la tempestad lo que llevaba dentro del corazón. Es posible que de súbito se apoderase de él un delirio calenturiento, producido por una insolación o por un mal de ojos; acaso un relámpago le acarreó una prolongada ceguera, o un rayo le derribó en tierra produciéndole una conmoción cerebral que le privase del sentido de la vista por algún tiempo — todo esto tiene escasa importancia. Los recuerdos del Apóstol *en este particular* parecen haber sido

bastante confusos; estaba convencido de que la causa fué sobrenatural, y esta opinión no le permitía formarse conciencia clara de las circunstancias materiales. Las conmociones cerebrales producen a veces un efecto retrógrado y turban completamente el recuerdo de los momentos que precedieron a la crisis». Merece calificarse de frívola ligereza querer engañarse a sí mismo y a los lectores con frases tan superficiales acerca de un suceso del que se siguieron tan extraordinarios efectos en la historia del mundo. La ciencia racionalista trata de buscar una explicación mejor fundada; mas no llega a resultados satisfactorios; ni la *teoría psicológica,* que explica la conversión de Pablo como «producto de procesos psicológicos inmanentes», ni la *hipótesis subjetiva de las visiones,* la cual la explica por un acontecimiento de la vida espiritual del Apóstol, por una visión subjetiva o alucinación, ni *la hipótesis objetiva de las visiones,* la cual encuentra la solución, no en una aparición *corpórea,* sino en la visión de una *imagen* del Resucitado, provocada por Dios, alcanzan a declararnos satisfactoriamente el suceso del camino de Damasco y su transcendencia para la vida del Apóstol y para la historia del Cristianismo.

Ante todo debemos notar que el mismo Pablo sabía distinguir muy bien el suceso del camino de Damasco de las visiones en general y de las que más tarde recibiera del Salvador (*Act.* 18, 9; 22, 17 21; 23, 11; *Gal.* 2, 2; II *Cor.* 12, 1 ss.). Al macedonio que se le ofreció en sueños y le rogaba diciendo: «Ven a Macedonia y socórrenos» (*Act.* 16, 9), no lo tuvo ciertamente por un macedonio de carne y hueso. En cambio está convencido de haber visto en el camino de Damasco a Cristo en cuerpo real. Es de observar además que la convicción le quedó inconmoviblemente fija por toda su larga vida apostólica de más de 30 años de indecibles trabajos, de abnegación y de persecuciones; esta convicción no le abandona en las mayores dificultades, le sigue hasta la muerte cruenta; y sabe el Apóstol que, de ser una ilusión, él sería el más desgraciado de los mortales (I *Cor.* 15, 13-19).

Ni la teoría psicológica ni la de las visiones explican la compasión que a Saulo demostraron sus acompañantes; ¿cómo un fenómeno *interno* había de producir en el séquito de Saulo la impresión que nos pinta el libro de los *Hechos?* También queda por explicar la ceguera de tres días.

Ambas hipótesis suponen finalmente en Saulo un estado psíquico que no existió. El estado psíquico del Apóstol de las gentes no era muy a propósito para producir una visión o alucinación del Salvador resucitado. Pues los tres hechos siguientes son inconcusos: 1. Saulo perseguía la fe, porque la creía incompatible con la Ley y con la tradición; 2. No se manifestaba en él inclinación a la fe, o duda entre dos cosas posibles; 3. A su conversión no precedió instrucción cristiana alguna [1]. Saulo, por consiguiente, iba meditando en los planes de la persecución, mas no en el amor y adoración del Resucitado. En tal estado, lleno su corazón de odio al *Crucificado* y a sus discípulos, mal podía ver en su fantasía una imagen del Salvador *resucitado,* que trocara *total y súbitamente* su firme convicción de un Jesús apóstata de la religión de los mayores, al cual merecidamente habían crucificado los sumos sacerdotes, en la contraria, de un Jesús Hijo de Dios y Salvador del mundo. De haber Saulo perseguidor meditado muchas veces en la Pasión de Jesús, y de haberle después contemplado en el delirio de su fantasía calenturienta, le habría visto crucificado, mas no resucitado. Sería psicológicamente comprensible que, inflamado en el deseo y esperanza del Mesías, hubiese visto un Mesías cual se lo imaginaba en su corazón un judío fariseo y un hijo de su época; mas es psicológicamente imposible que Saulo *relacionase* la imagen que él se forjaba del Mesías, *con el Jesús histórico, que no correspondía a aquella imagen.* Si la visión del Apóstol no fué provocada por un objeto exterior, si mediante una poderosa excitación o conmoción de su vida interior asomó al dintel de su conciencia una idea que de atrás vivía en él, la idea de un Mesías *celestial,* fundada en las

---

[1] Cfr. Weizsäcker, *Apostolische Zeit* 71.

religiones de misterios venidas de Occidente, se explicaría psicológicamente que aquel Apóstol, poseído de un ardiente anhelo del Mesías, viese la figura de *su* Cristo *celestial;* mas no habría manera de explicar cómo pudo asociar su Cristo celestial con el Jesús de Nazaret, a quien adoraban los apóstoles y él perseguía.

Pero para el racionalismo la cosa no ofrece dificultad. Jülicher [1], por ejemplo, se expresa en los siguientes términos, y su explicación es típica en el moderno racionalismo: «En un Pablo la lucha entre la propia experiencia religiosa y la tradición debió terminar como realmente terminó, viendo en la gloria a Jesús, por tener al cual por embustero y traidor tanto se había atormentado, obedeciendo al punto a su voz e ingresando por el bautismo en las filas de sus secuaces». Pero ¿por qué «debió» suceder esto, y no otra cosa? Afirmación arbitraria que carece en absoluto de valor demostrativo. Si esto «debió» suceder así, de esperar es que el fenómeno se repita en la vida del hombre. Y ¿de dónde sabe Jülicher que Pablo se *torturó* por tener a Jesús por apóstata? Pablo mismo nada sabe de tal tormento; antes del día de Damasco no tenía vacilaciones, poseyendo el inconmovible convencimiento de *no* ser Jesús el Mesías (cfr. *Gal.* 1, 13; *Act.* 7, 58-8, 3; 9, 1 ss.). Ni sirve aducir el pasaje aquél: «Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón» (véase pág. 513, nota 7). Sin inconveniente se puede estar de acuerdo con von Dobschütz [2] cuando dice que en Pablo existía cierta predisposición para la gran crisis de su vida, por cuanto «que el celante de la Ley nunca estuvo contento consigo mismo y con el cumplimiento de la Ley, y aun dudaba cada vez más de llegar al fin por ese camino. Precisamente la persecución de los cristianos, a que se entregó para acallar los remordimientos de la conciencia, debía agitar poderosamente su alma desasosegada y batallante. No le impulsaba a la persecución la sed de sangre, sino el verdadero celo por la gloria de Dios: ¡Cómo un crucificado había de ser el Mesías! ¡Imposible! ¡Fuera los blasfemos que se atrevían a afirmarlo! El hecho de haber sido Jesús condenado *legalmente* por las autoridades espirituales de su pueblo, fué sin duda decisivo en el celoso discípulo de los rabinos, máxime si en la época de la muerte de Jesús Pablo se encontraba en Jerusalén y participó de la gran excitación que el proceso produjo en todos los círculos — posibilidad a que no se ha prestado la debida atención. Frente a aquel proceso surgían ahora las nuevas impresiones que recibía de los discípulos del Crucificado. Lo que acerca de su Señor y Maestro declaraban los procesados que él arrastraba ante el tribunal, y el ánimo alegre con que daban testimonio de Jesús, no podían menos de producir honda impresión en él». Pero «de esta predisposición» no se puede explicar, como reconoce von Dobschütz, «la gran crisis acaecida a las puertas de Damasco», la cual hizo del perseguidor de los discípulos de Jesús el más intrépido confesor de la mesianidad y divinidad de Cristo, y ello de súbito, totalmente y para siempre, durante una vida de heroica abnegación, de trabajos y sufrimientos.

La conversión, pues, de Saulo, y el ministerio apostólico de este varón admirable, «demasiado ardiente para poder engañar, de vista sobrado clara para ser engañado» [3], serán siempre un enigma para quien no dé crédito a los relatos que hablan de la intervención sobrenatural y directa de Dios, y para quien no quiera ver en la vida espiritual del Apóstol el fundamento de su transformación religiosa. Tiene que ser un enigma cómo un visionario dominado por una alucinación continua pudo ser capaz de ejercer una influencia tan decisiva en la historia del mundo, cual realmente ejerció el Apóstol de las gentes. Sólo es comprensible este hombre para quien como él crea en el orden sobrenatural; mas para este tal, Pablo es desde luego un testigo clásico de la Resurrección real y verdadera de Cristo.

---

[1] *Einleitung in das NT*[6] 26.
[2] *Ostern und Pfingsten* 25 s.
[3] Windischmann, *Erklärung des Briefes an die Galater* (Maguncia 1843) 2.

585. Damasco[1] (véase lámina 12). 1. *Situación.* Damasco, en hebreo Dammések, en árabe Dimaschk, es la ciudad más grande de Siria. Está situada en una altiplanicie, a 691 m. de altitud, en la región más bella y fértil del sudeste del Antilíbano. El río Bárada (IV *Reg.* 5, 12), Chrysórrhoas de los griegos, riega con sus siete brazos una campiña de 40 Km., poblada de bosques de los más nobles árboles frutales. Sobre las casas de la ciudad envueltas en el follaje de frondosos jardines descuellan esbeltos alminares y relucientes cúpulas. Los orientales llaman a Damasco paraíso de la tierra, perla del Oriente, collar de belleza, ojo de los países orientales. Intermediaria por su situación entre el Oriente y el Occidente, descolló desde antiguo en el comercio e industria. Son notables los bazares, donde se concentra la vida pública de la ciudad. El ferrocarril de Beirut a Haifa [2] la une con el mercado mundial.

586. 2. *Su historia.* Ya en la historia de Abraham se hace mención de Damasco. Fué primero tributaria del gran Estado sirio de Soba; mas en tiempo de Salomón, Razón, súbdito de Adarecer, fundó el reino autónomo de Damasco (III *Reg.* 11, 23-25), que poco a poco fué incrementándose con una porción de pequeños Estados sirios (III *Reg.* 20, 1 16 24; *Amos* 1, 5). En continua guerra con Israel, fué conquistada por el rey de los asirios, Teglatfalasar (Teglat-Pileser). Desde entonces quedó Damasco tributaria de los asirios; y pasa después a los caldeos, a los persas, a los griegos y por fin a los romanos. Situada en los límites orientales del imperio bizantino y expuesta a los ataques de todos los conquistadores, Damasco hubo de experimentar grandes infortunios. Por esta época contaba ya con una porción de iglesias católicas, de las cuales la más importante estaba dedicada a san Juan Bautista, cuya cabeza se guardaba en ella. El año 634 cayó en poder de los árabes musulmanes y en 661 estableció allí su corte Moaviah, primer califa de la dinastía de los Omeyas; él y sus sucesores la elevaron a gran esplendor. Los Cruzados se esforzaron en vano por conquistarla. Desde 1920 pertenece al protectorado francés de Siria. Acerca dela historia moderna de la ciudad, véase el *Herders Zeitlexikon* en la palabra *Syrien.*

587. 3. *La mezquita de los Omeyas,* situada en la parte noroeste de la ciudad, es hoy el edificio más importante de Damasco. Fué en su origen un templo greco-romano, que el emperador Arcadio (395-408) transformó en iglesia cristiana, dedicándola a san Juan Bautista, cuya cabeza fué allí guardada. Sobre el muro del recinto de esta iglesia edificó Ualid ibn Melek una mezquita que costó cinco millones de ducados. Cuéntase que al verla terminada, exclamó con orgullo: «Cuatro maravillas poseíais, que al mundo causaban envidia: el aire, el agua, vuestros verjeles y sus frutos; con esta mezquita, a mí me deberéis la quinta». Pero la suerte adversa no perdonó el edificio. Conquistada Damasco en 1401 por Tamerlán (Timur), la mezquita fué saqueada por las feroces hordas del tártaro y destruída en su mayor parte. Restauróla el sultán de Egipto, Malec Muvayad; pero aunque por fuera ofrecía aspecto imponente el nuevo edificio, en riqueza y magnificencia quedó muy por bajo del primero. El año 1893 fué pasto de las llamas, que lo destruyeron en gran parte. Se salvaron los camarines y nichos de Hassan y de Ussein, los alminares, el sepulcro del sultán Saladino, la cúpula y la cabeza del Bautista. Pero quedaron destruídas dos columnatas que sostenían las naves. La biblioteca pudo salvarse; pero fué presa de las llamas su principal joya, el Corán del califa Otmán, ejemplar único. La mezquita fué restaurada. Es digno de notar que en el muro meridional se conserva a través de todas las transformaciones y restauraciones un trozo del arco central de una puerta de tres huecos del primitivo templo gentil, utilizado

[1] Cfr. también von Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient* 8—10 430 ss.; Spillmann, *Durch Asien* I 120-139. Un cuadro vivo del tráfico de Damasco ofrece Wetzstein, *Der Markt von Damaskus,* en *ZDMG* XI 475. Acerca del estado de la misión católica cfr. Schwager, *Die katholische Heidenmission der Gegenwart: III Die Orientmission* (Steyl 1908)

[2] *ZDPV (Mitteilungen und Nachrichten)* 1897, 44.

también en la iglesia cristiana. Prueba de ello es una inscripción griega que apareció al quitar el yeso que la cubría. Dice así: «Tu reino, o Cristo, es eterno, y tu imperio dura para siempre».

588. 4. *Lugares sagrados, iglesias e instituciones católicas de Damasco.* Unos diez minutos al sur de la puerta oriental (actualmente tapiada) del muro meridional, llamada Bab Kisan, del nombre de un cierto Kisan que la construyó el año 670, se halla el cementerio de los cristianos; en él se muestra el *lugar donde por tan maravillosa manera se convirtió Pablo,* por lo que los cristianos dan a la dicha puerta el nombre de *puerta de san Pablo.* Todos los años acuden allí procesionalmente en la fiesta de la Conversión de san Pablo. Pero no debemos ocultar que la tradición es reciente y no merece mucho crédito. La Edad Media buscó el lugar de la conversión en los alrededores de Kokeb, aldea situada 12 Km. al sudoeste de Damasco. Al oeste de la puerta de san Pablo, en una torre de la muralla, la *Torre de san Pablo,* se muestra todavía la ventana por donde los discípulos descolgaron al Apóstol; antiguamente estaba revestida de mármol, y debajo se leía una inscripción árabe. La parte superior del muro actual es de la época de las Cruzadas; puede sin embargo este lugar ser el auténtico.—La «calle Recta» que se menciona en el libro de los *Hechos,* llamada hoy *calle Larga,* que con sus dos aceras para los peatones alcanza la anchura de 30 m., atraviesa la ciudad de este a oeste en una hora de longitud. Hacia la mitad de su recorrido, al comienzo del barrio de los cristianos, se muestra todavía la *casa de Judas,* donde vivió san Pablo (*Act* 9, 11) después de su conversión; es una pequeña mezquita en ruinas. A cierta distancia (1 Km.), en el extremo nordeste de la ciudad, se cree haber estado la *casa de Ananías.* Antiguamente había allí una iglesia, cuyas ruinas fueron compradas en 1820 por la Custodia de Tierra Santa. Se edificó allí una capilla, a cuya mezquina cripta se baja por una escalera de dieciocho gradas. Créese que allí vivió y fué enterrado Ananías [1], uno quizá de los 72 discípulos del Señor, el cual, después de predicar la palabra de Dios en los alrededores de Damasco, Eleuterópolis, etc., padeció el martirio a los tres años de la conversión de san Pablo. Los Padres Franciscanos vienen a menudo de su convento próximo a celebrar la Santa Misa.

589. Los católicos de Damasco tienen actualmente nueve iglesias, entre ellas la mencionada casa de Ananías. Los institutos religiosos están representados por los Franciscanos, Capuchinos, Lazaristas y Jesuítas; estos últimos viven muy cerca de la puerta de santo Tomás (Bab Tuma), puerta oriental de las murallas septentrionales. No lejos de allí hay una casa que, según tradición general y constante, fué de san Juan Damasceno († hacia el 750); es propiedad de la mezquita y, por ende, intransferible, mas la ocupan las Religiosas de San José con su escuela. Desde 1854 hay en Damasco Hermanas de la Caridad; sostienen el hospital, una escuela de niñas y un asilo de ancianos. Los cristianos han trabajado con interés estos últimos decenios en establecer escuelas; los Lazaristas franceses y los Franciscanos las tienen excelentes; también los Jesuítas tienen dos de niños y tres de niñas.

143. Pablo en Jerusalén por primera vez después de la conversión

(37 d. Cr.)

(*Act.* 9, 26-30; cfr. *Act.* 22, 17-22; 26, 21; *Gal.* 1, 18 s.)

1. Ocasión del viaje. 2. Entrada y apostolado en Jerusalén. 3. Sale de Jerusalén por revelación del Señor.

590. *Fué Pablo a Jerusalén* [2] **(para ver a Pedro)** [3]. Y como intentara unirse con los discípulos, todos le temían, no creyendo que fuese

[1] *Bolland. 25 Ian.* p. 615 (cfr. *HL* 1883, 68).
[2] Era la primera vez que iba allí después de su conversión.
[3] Es decir, para ver y conocer al jefe de la Iglesia y presentarse a él (*Gal.* 1, 18,

discípulo (de Jesús); hasta tanto que Bernabé [1], tomándole consigo, le llevó a los apóstoles (Pedro y Santiago) [2], y les contó cómo en el camino había visto al Señor, el cual le había hablado, y de qué manera después había predicado en Damasco libremente en el nombre de Jesús. Y andaba con los apóstoles en Jerusalén entrando y saliendo, predicando con libertad en el nombre del Señor. Hablaba también (con los gentiles) [3] y disputaba con los helenistas [4]. Mas éstos trataron de matarle. (El Señor mismo le manifestó el peligro. Volviendo yo a Jerusalén, nos dice más tarde el Apóstol en su discurso a los judíos de Jerusalén [5], y orando un día en el Templo [de Jerusalén], fuí arrebatado fuera de mí, y *vi* a Jesús que me decía: «Date prisa, y sal presto de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio de mí». Y yo dije: «Señor, ellos mismos saben que yo era el que encarcelaba y azotaba por las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de tu mártir Esteban, yo estaba presente, y lo consentía, y guardaba las ropas de los que le mataban». Y me dijo: «Anda, que yo te quiero enviar lejos de aquí entre los gentiles»). Los hermanos, sabedores de las asechanzas de los enemigos, le condujeron a Cesarea (Marítima) y de allí le enviaron a Tarso [6]. (Duró, por consiguiente, unos quince días su primera visita a Jerusalén después de la conversión) [7].

---

cfr. pág. 479, nota 7).—En el arte cristiano antiguo se representan muy a menudo juntos los bustos de Pedro y Pablo en medallones de bronce, vasos de oro, etc. Sin embargo, la representación más antigua de los Príncipes de los Apóstoles no es el conocido medallón de las Catacumbas de santa Domitila (fig. 26), sino las del célebre sarcófago de Junio Baso, hallado en la cripta del Vaticano. Más detalles en Weis-Liebersdorf, *Christus und Apostelbilder* (1902).



Fig. 26. — Pedro y Pablo. Medallón de bronce (siglo II-III. Roma, Vaticano). Pedro a la derecha y Pablo a la izquierda del espectador.

[1] Cfr. núm. 549.

[2] Sólo a Pedro, el jefe de la Iglesia, y a Santiago el Menor, el «hermano» del Señor, obispo de Jerusalén (*Gal.* 1, 19). Más detalles en el número 708.

[3] Las palabras «con los gentiles» faltan en los manuscritos griegos y también en algunos de la *Vulgata* de no escasa importancia.

[4] Predicó, pues, a los prosélitos de la gentilidad y a los helenistas (cfr. núms. 302, 561).

[5] *Act.* 22, 17-21.

[6] Embarcándose en Cesarea Marítima con dirección a Seleucia y recorriendo después Siria, regresó a su patria, para esperar allí que Dios dispusiera de él. No esperó mucho tiempo (unos 5 años); pues Bernabé le tomó consigo y le llevó a Antioquía (véase núm. 603). Pasó, sin duda, aquellos años de retiro ocupado en todos aquellos menesteres que pudieran capacitarle para la misión entre los gentiles, sin descuidar la predicación del Evangelio. Un espíritu de fuego, como el suyo, no podía estar inactivo; por lo que se ha pensado en un *período misional por Cilicia y Frigia*. Mas en confirmación de ello no se puede alegar *Gal.* 1, 21-24, pues en dicho pasaje sólo se habla de la fuga de Jerusalén a su patria. Véase núm. 708 y Steinmann en *Kath* 1910 I 183 ss.

[7] *Gal.* 1, 18. Habiendo sido breve la estancia en Jerusalén, y casi una fuga el viaje a Cesarea, donde se embarcó, no pudieron trabar conocimiento con él las cristiandades del *país* de Judea; véase *Gal.* 1, 22 s.

144. Pedro visita las iglesias. Eneas y Tabita

(Hacia el año 39 d. Cr.)

(*Act.* 9, 31-43)

1. Situación de la Iglesia en Palestina. 2. Pedro visita las comunidades cristianas de Palestina. 3. Cura en *Lydda* a Eneas el paralítico. 3. Resucita en *Joppe* (Jaffa) a Tabita.

591. *La Iglesia entonces tenía paz* por toda Judea, Galilea y Samaria, e iba edificándose y caminaba en el temor del Señor, y aumentaba con el consuelo del Espíritu Santo [1]. (Aprovechando Pedro esta tranquilidad), visitó [2] las iglesias y llegó también a los santos [3] que moraban en *Lydda* [4]. Y halló allí a un hombre llamado *Eneas,* el cual llevaba ocho años en cama paralítico. Y Pedro le dijo: «Eneas, el Señor Jesucristo te sana; levántate, y hazte la cama tú mismo». Y en el momento se levantó. Y le vieron todos los moradores de Lydda y de Sarón [5], y se convirtieron al Señor.

592. En la vecina ciudad de *Joppe* [6] vivía una discípula, por nombre *Tabita,* o Dorcas [7]. Esta era por extremo celosa en la práctica de buenas obras y de limosnas. Sucedió por aquellos días que la joven cayó enferma y murió. Y después que la hubieron lavado, la pusieron en el piso de arriba. Y habiendo sabido los discípulos que Pedro estaba en Lydda, le enviaron dos hombres, rogándole que sin detención pasase a verlos. Y levantándose

---

[1] Desde el tercer año de su imperio (marzo del 39) Calígula se arrogaba honores divinos (Josefo, *Ant.* 18, 7, 2) y mandó erigirse una estatua en el Templo de Jerusalén. La tardanza de Petronio, gobernador de Siria, en ejecutar la orden, los ruegos de Herodes Agrippa ante el César, finalmente la muerte del emperador el 24 de enero del 41 hicieron abortar un levantamiento de los judíos. Por el momento la atención se distrajo de los cristianos, y la Iglesia disfrutó de paz. La Iglesia «se edificaba», es decir, aumentaba en número, en piedad y virtudes cristianas, por lo que recibía abundantes gracias del Espíritu Santo. Compárase a menudo la Iglesia con *un edificio,* por ejemplo en I *Cor.* 3, 9 ss.; II *Cor.* 6, 16; *Ephes.* 2, 20.

[2] Dice muy bien san Juan Crisóstomo a propósito de *la visita pastoral de Pedro (In Act. hom. 21, n. 2):* «Cual general en jefe recorría las filas, examinando cuál estaba unida, cuál armada y cuál necesitada de su presencia; mira cómo corre a todas partes, y cómo se halla el primero».

[3] Es decir, cristianos; cfr. página 514, nota 8.

[4] Núm. 593. En el camino de Azoto a Cesarea Marítima y de Jerusalén a Joppe, a 9 horas (40 Km.) de la Ciudad Santa, a 4 horas (18 Km.) de Joppe (véase núm. 593).— El diácono Felipe enseñó y ejerció el ministerio en Lydda, y acaso fundó la cristiandad; cfr. núm. 576.

[5] Según san Jerónimo (*Onomast.* e *In Is.* 35), *Sarón* designa toda la llanura comprendida entre Cesarea y Joppe, pero también en sentido estricto «la comarca de Joppe y Lydda con sus dilatadas y fértiles campiñas». Era proverbial en el Antiguo Testamento la llanura de Sarón por su hermosura y fertilidad (cfr. *Is.* 33, 9; 35, 2; 65, 10; *Cant.* 2, 1); todavía hoy la región que circunda a Joppe y Lydda es extraordinariamente fértil, y en primavera se asemeja a un bellísimo jardín de flores. Dedícanse al cultivo de la viña y del árbol frutal las colonias alemanas del «Temple», Sarona y Wilhelma, y algunas colonias judías (núm. 745).

[6] Núm. 594.

[7] La palabra siria *Tabita,* como la griega *Dorcas,* significa gacela, nombre corriente de mujer en los países orientales, con el cual se designa la gracia de la forma externa. Hermosamente dice a este propósito el cardenal Faulhaber (*Charakterbilder der biblischen Frauenwelt* [Paderborn 1912] 218): «Tabita es para el mundo femenino el Protoevangelio de la caridad cristiana. Colaborar en el levantamiento económico y moral de los abatidos como *discípula* del nombre de Jesús, o sea, por motivos religiosos, con fidelidad constante hasta morir, no por veleidad pasajera, tal es el ministerio de Tabita».

Pedro, se fué con ellos. Y luego que llegó, le llevaron al piso de arriba; todas las viudas de la ciudad le rodearon llorando, y le mostraban las túnicas y los vestidos que les hacía Dorcas. Mas Pedro, haciendo salir a todas, púsose de rodillas e hizo oración. Y volviéndose hacia el cadáver, dijo: «Tabita, levántate». Y ella abrió los ojos; y viendo a Pedro, se incorporó. El le dió la mano, y la levantó. Y llamando a los santos (a los cristianos) y a las viudas, se la entregó viva. Y se publicó esto por toda Joppe, y creyeron muchos en el Señor. Pedro permaneció muchos días en Joppe [1] en casa de un curtidor llamado Simón.

593. Lydda, en hebreo *Lod* o *Ludd,* llamada *Diospolis* [2] por los romanos, pertenecía a la tribu de Benjamín [3]. En tiempo de la dominación siria, el rey Demetrio Soter se la regaló a Jonatás el Macabeo. Craso, gobernador romano de Siria (53 a. Cr.), llevado por la sed de lucro, vendió como a esclavos a los habitantes de Lydda y de algunas otras ciudades; a la muerte de Craso fueron libertados por orden de Antonio. En la guerra judía fué quemada la ciudad por Cestio, gobernador de Siria, el año 66 d. Cr. Restaurada, hubo en ella largo tiempo una célebre *escuela judía,* a la cual alude el proverbio: «Quien quiere ser sabio, váyase al sur (a Lydda); y quien desee ser rico, váyase al norte (a Galilea)».—Consta que en el siglo IV era Lydda sede episcopal, pues el obispo Aetius de Lydda firmó decretos del Concilio de Nicea. El año 415 fué oído en Lydda *Pelagio* ante un sínodo de 14 obispos. En ninguna parte la memoria del Mártir *san Jorge* tiene tantos devotos como en Lydda, que se gloría de ser a la vez su cuna y su sepulcro. Ya en el siglo VI el diácono Teodosio [4] hace mención de una iglesia edificada sobre el sepulcro del Mártir; la cual, destruída por los persas en el siglo VII, fué luego reedificada. Destruída de nuevo en 1010 por el califa Kakim, fué restaurada con mayor magnificencia por los Cruzados, los cuales tenían por especial patrono a san Jorge [5]. También la magnífica iglesia de los Cruzados fué devastada el año 1191 por el sultán Saladino. No es inverosímil que Ricardo Corazón de León, el cual en virtud de un tratado fué dueño de Lydda y escogió por patrón de Inglaterra a san Jorge, restaurase la ruinosa iglesia; pero al retirarse los Cruzados fué demolida, y de sus ruinas surgió una mezquita. El año 1868 adquirió [6] el patriarca griego cismático de Jerusalén, Cirilo, los restos de la iglesia de san Jorge — los tres ábsides y algunos arcos y pilastras de la iglesia del siglo XII. Los griegos restauraron dos de las naves, aislando con un muro la lateral derecha, que destinaron a fines profanos. También restauraron medianamente la cripta y erigieron en ella un hermoso cenotafio que llaman «sepulcro de san Jorge» [7]. Lydda es *hoy* una aldea de importancia, habitada por mahometanos y cismáticos griegos.

594. Joppe (hoy *Jaffa),* la antigua ciudad marítima y comercial mencionada a menudo en el Antiguo Testamento, especialmente en la historia del pro-

[1] Para enseñar a los neoconversos y confirmarlos en la fe.—Acerca de esta permanencia de san Pedro en Lydda y Joppe y en la llanura de Sarón, cfr. *HL* 1873, 100 ss.; 1874, 9; 1876, 1; 1901, 161.

[2] Es decir, ciudad de Zeus o Júpiter. primero de los dioses griegos y romanos, al cual erigieron aquí un templo.—Thomsen, *Loca sancta* 56.

[3] I *Par.* 8, 12. I *Esdr.* 2, 33. II *Esdr.* 11, 34.

[4] Véase Apéndice I, 9.

[5] La existencia histórica de san Jorge, mártir de la época preconstantiniana, puede considerarse como científicamente cierta, aunque la leyenda del Santo ha experimentado múltiples adiciones (por ejemplo, el episodio del combate con el dragón). Cfr. Günther, *Legenden-Studien* (Colonia 1906) 25 y a menudo; Krumbacher, *Der hl. Georg in der griechischen Uberliefernug. Aus dem Nachlass des Verfassers, hrsg. von Albert Ehrhard* (Munich 1911).

[6] Como los católicos hubiesen hecho valer sus legítimas pretensiones, recibieron en compensación la iglesia de San Jeremías en Abu-Gosch.

[7] Cfr. *HL* 1879, 18; 1882, 26; 1901, 161 s.

feta Jonás, arrebatada a los sirios y fortificada por los Macabeos, vino a ser poco a poco ciudad judía. En la guerra judaica fué asaltada y reducida a cenizas por Cestio, mas luego reedificada; pero como los habitantes viviesen de la piratería, Vespasiano mandó destruirla y edificar en su lugar una fortaleza que luego se transformó en ciudad [1].

Desde Constantino el Grande hasta la conquista de los árabes (636) fué Joppe *sede episcopal*. En la parte meridional de la ciudad estaba la *catedral dedicada al Apóstol san Pedro*, de la cual hoy sólo quedan ruinas. Los Cruzados (en 1099) encontraron abandonada la ciudad y ocuparon sólo la ciudadela. Mas para que los peregrinos de Occidente tuviesen un puerto seguro donde tomar tierra, Godofredo de Bouillón determinó reedificar y fortificar la ciudad. Después de muchos y gloriosos combates de los cristianos contra los sarracenos, que la sitiaron repetidas veces por mar y tierra en los años 1115 y 1123, Joppe volvió a adquirir gran esplendor, pues vinieron a establecerse en ella muchos comerciantes. Pero llegó el aciago año de 1187, en que el hermano de Saladino, Malek el-Adel, obligó a la ciudad a rendirse y la destruyó al llegar la tercera Cruzada, para que los cristianos no tuviesen donde apoyarse. El año 1192 conquistó Saladino la ciudad reedificada por los cristianos; estaba a punto de caer en sus manos la ciudadela, cuando llegó de Tolemaida Ricardo Corazón de León con una escuadra de 35 naves; conquistó la ciudad y libró del asedio la fortaleza. El año 1268 tomó la ciudad el sultán de los mamelucos, Bibars, arrasándola completamente después de derribar la fortaleza. En los últimos siglos fué surgiendo poco a poco. El año 1799 la tomó por asalto el general Kleber; mas, habiéndose declarado la peste, hubo de abandonarla [2]. También la Guerra Europea dejó sus huellas en Joppe. Se combatió por su posesión desde el 9 hasta 17 de noviembre de 1917, y por fin cayó en poder de Lord Allenby [3].

595. Llámase actualmente Jaffa (Yâfa). Acerca de las razas que la habitan (45000 habitantes) y de sus distintas religiones, puede consultarse cualquiera guía de viajeros. Edificada sobre un peñón de 36 m. de altitud, ofrece desde el mar un aspecto sorprendente con sus imponentes murallas y fosos, con sus casas blanqueadas, sus cúpulas y terrazas. Las calles son estrechas y sucias. El puerto actual, un semicírculo de rocas y escollos, es inaccesible a los buques de gran calado, los cuales se ven obligados a anclar en alta mar en la rada (véase lám. 13 a). Para tomar tierra es preciso servirse de barcas, lo cual no está exento de peligros cuando hay marejada. Hoy, como en tiempo de las Cruzadas, desembarcan aquí los más de los peregrinos, y en frase feliz del obispo von Keppler, Jaffa es «la puerta de Tierra Santa» [4]. En cuatro horas salva el peregrino en ferrocarril los 87 Km. que le separan de la Ciudad Santa; pero acaso prefiere la caravana que, pasando por Yazur (Lydda), Ramleh, etc., recorre el trayecto en 14 ó 15 horas (dos jornadas). En derredor de Jaffa se extiende un verdadero paraíso: bosques de limoneros, naranjos, higueras y granados sonríen al peregrino que desde lejos se ve saludado por la torre de la *iglesia franciscana de san Pedro*, la cual, con el convento, se levanta en el punto más elevado de la ciudad. Los edificios de los PP. Franciscanos, que se extienden hasta Kai, están destinados exclusivamente a albergue de peregrinos. Unos 100 m. al sur del convento, junto al faro, hay una pequeña mezquita sin adorno alguno, que se dice ser el lugar de la *casa de Simón el Curtidor* [5], donde vivió san Pedro y tuvo la visión que le movió a recibir a los paganos en el seno de la Iglesia. En las inmediaciones de la ciudad, no lejos de la puerta de Jerusalén, en medio de

---

[1] Acerca de la historia antigua de Joppe, cfr. tomo I, página 595, nota 3 y Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* II³ 99 s.; acerca de las citas que de ella se hacen en antiguos relatos de viaje, cfr. Thomsen, *Loca sancta* 73.

[2] Cfr. *HL* 1866, 155; *Jérusalem* n. 67 (1910) 5 ss. 30.

[3] Véase *HL* 1918, 46.

[4] Von Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten im Orient*⁸⁻¹⁰ 195 ss.

[5] *Act.* 10, 1 ss.; núm. 596 ss.

deliciosos jardines, se muestra la tumba de Tabita [1], a quien resucitó san Pedro. De la torre de los rusos (136 gradas) se ofrece a la vista magnífico panorama: en derredor, jardines de naranjos, sobre los cuales descuellan acá y allá verdeantes palmeras; al oeste, el mar y la ciudad; al norte y al sur, la arena amarilla de las dunas; al oriente, la llanura; y, más lejos, las montañas de Judá.

145. Conversión de Cornelio; primer paso para la fundación de la Iglesia universal.

(Hacia el año 40 d. Cr.)

(*Act.* 10, 1-11-18)

1. Visión de Cornelio. 2. Visión de san Pedro y su simbolismo. 3. Mensaje de Cornelio a Pedro. 4. San Pedro en casa de Cornelio; su discurso. Tema: la salud que nos ha traído el Salvador, el Crucificado, el Resucitado de entre los muertos, el que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, es para los que por la fe en él alcanzan la remisión de los pecados. 5. Infusión del Espíritu Santo y bautismo de Cornelio y de los suyos. 6. Pedro justifica su proceder ante la comunidad de Jerusalén.

596. Vivía en Cesarea un hombre llamado Cornelio [2], centurión de una cohorte que se llamaba itálica [3], religioso y temeroso de Dios con toda su casa [4], el cual hacía muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios incesantemente [5]. Cierto día vió en visión [6] a eso de la hora nona [7] que un ángel de Dios [8] entraba a él y le decía: «¡Cornelio!» Y fijando en él los ojos, poseído de temor, dijo: «¿Qué es, Señor?» Y el ángel le dijo: «Tus oraciones y tus limosnas han subido en memorial [9] delante de Dios. Envía, pues, ahora hombres a Joppe, y haz venir acá a un cierto Simón, que tiene por sobrenombre Pedro. Este se aloja en casa de un cierto Simón, curtidor, que vive junto al mar. (El te dirá lo que te conviene hacer)» [10]. Y luego que se retiró el ángel que le hablaba, llamó a dos de sus domésticos y a un soldado temeroso de Dios, de aquéllos que estaban a sus órdenes (o que le

---

[1] Más acerca de este asunto en *HL* 1878, 84.

[2] El nombre indica que el centurión era romano. Mas sería erróneo concluir que perteneciese a la ilustre familia de los Cornelios, pues también los libertos llevaban el nombre de la familia. Y así, sabemos por Apiano (*Bellum civile* 1, 100) que Sulla dió libertad a 10000 esclavos que de su nombre llamó «Cornelios».

[3] Una legión se componía de 10 cohortes, una cohorte de 6 centurias, una centuria de 100 hombres; el jefe de una centuria se llamaba centurión; la carrera de servicios de los centuriones fué notablemente ampliada en la época del imperio; el centurión podía llegar a caballero (*eques*) y, una vez conseguido esto, aspirar a los altos cargos de la administración o de la milicia.—La cohorte «itálica» se componía esencialmente de ciudadanos romanos. Aunque hasta hoy no se ha encontrado inscripción que atestigüe la existencia de una cohorte itálica en Cesarea, sin embargo no hay derecho a concluir que no la hubo (cfr. Bludau, *Die Militärverhältnisse in Cäsarea im apostolischen Zeitalter*, en *ThpMS* XVII 136).

[4] Es decir, a toda su familia, a la cual pertenecían también los siervos o esclavos.

[5] Cornelio era gentil, no prosélito; pero había roto con el culto idolátrico, creía en el Dios único y verdadero y le honraba mediante la oración y las obras de misericordia; quizá Felipe le había hecho parar la atención en la religión cristiana (*Act.* 8, 40), y él acudía a Dios en demanda de iluminación y auxilio (*Act.* 10, 31).

[6] Hacia las tres, hora del sacrificio vespertino (cfr. núm. 544); según *Act.* 10, 30, mientras vacaba a la oración.

[7] Cfr. Jos. Zahn, *Einführung in die christliche Mystik* 366 ss.

[8] *Act.* 10, 30.

[9] Es decir, Dios se ha acordado de tus oraciones y limosnas, las ha escuchado.

[10] Estas palabras faltan en los más y mejores manuscritos griegos; en cambio lo trae la *Vulgata*; según *Act.* 11, 14, está muy conforme con el contexto.

eran particularmente afectos)[1]. Y habiéndoles contado todo esto, los envió a Joppe.

597. Y al día siguiente, yendo ellos su camino y estando ya cerca de la ciudad, subió Pedro a lo alto de la casa a hacer oración, cerca de la hora de sexta[2]. Y sintiéndose con hambre, quiso comer alguna cosa. Y mientras se lo aderezaban, le sobrevino un éxtasis[3]. Vió el cielo abierto y bajar un recipiente a manera de mantel grande, que pendiente de sus cuatro puntas se descolgaba del cielo a la tierra, en el que había todo género[4] de animales cuadrúpedos y de reptiles de la tierra, y de aves del cielo. Y oyó una voz que le decía: «¡Levántate, Pedro; mata, y come». Y dijo Pedro: «De ningún modo Señor, pues jamás he conocido cosa profana o impura (prohibida por la Ley)»[5]. Replicóle la misma voz: «Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú profano»[6]. Y esto se repitió hasta tres veces; y luego el vaso se tornó al cielo.

598. Y mientras Pedro discurría entre sí qué significaría la visión[7] que acababa de tener, he aquí que llegan a la puerta los hombres que enviara Cornelio, preguntando por la casa de Simón. Y habiendo llamado, preguntaron si estaba allí hospedado Simón, por sobrenombre Pedro. Y pensando Pedro en la visión, le dijo el Espíritu (Santo): «He ahí tres hombres que te buscan. Levántate, pues, baja y ve con ellos sin vacilar; porque yo los he enviado». Y descendiendo Pedro a los hombres, les dijo: «Vedme aquí, yo soy el que buscáis ¿cuál es el motivo de vuestro viaje?» Y ellos le dijeron: «El centurión Cornelio, varón justo y temeroso de Dios, estimado de toda la nación de los judíos, recibió respuesta del santo ángel que te hiciese llamar a tu casa y que escuchase tus palabras». Pedro entonces, haciéndoles entrar, los hospedó aquella noche. Y al día siguiente marchó con ellos; y algunos de los discípulos de Joppe (seis)[8] le acompañaron, y al día siguiente[9] llegaron a Cesarea.

Cornelio estaba esperándolos[10], y había invitado a sus parientes y amigos más íntimos. Sucedió, pues, que estando Pedro para entrar (en el zaguán), le salió Cornelio a recibir, y derribándose a sus pies, le adoró[11]. Mas Pedro le alzó,

---

[1] El cual participaba de las ideas y de los anhelos religiosos de su jefe.

[2] Es decir, a las 12 del mediodía.

[3] Privado por Dios de los sentidos exteriores, su alma estaba completamente poseída del Espíritu divino. La visión está relacionada con el apetito que le despertó el hambre.

[4] Puros e impuros, sin distinción.

[5] Pedro considera primero la invitación como una prueba de su fidelidad a la Ley, y la rechaza con la decisión propia de su carácter.

[6] Es decir: «Lo que Dios te ofrece como puro por el hecho mismo de invitarte a comerlo, etc.». Dios ha abolido la distinción de manjares puros e impuros en señal de que ha sido derribado el muro que separaba a los judíos de los gentiles, una vez que el Hijo de Dios con su muerte redentora ha traído al linaje humano la limpieza interior verdadera y completa de todo pecado. Ya no tienen importancia y valor las diferencias externas entre animales puros e impuros, establecidas en el Antiguo Testamento únicamente para separar a los israelitas de los gentiles y para significar la necesidad de la limpieza y santidad interior; ahora se trata de aplicar directamente a sí mismo y, en lo posible, a todos los hombres la verdadera y completa purificación que se nos ofrece en Jesucristo.

[7] Pedro no acaba de ver a qué fin se encamina la aparición; mas luego que aparecen los enviados de Cornelio, se da cuenta perfecta del simbolismo que encierra; iluminado por el Espíritu Santo, va con ellos sin vacilar a casa del gentil y acepta la hospitalidad del pagano y come a la mesa con él.

[8] *Act.* 11, 12.

[9] Al cuarto día después de la visión de Cornelio; cfr. *Act.* 10, 30.

[10] Sin duda calculó con precisión la hora de la llegada.

[11] Deseando recibirle como a enviado de Dios, le da las mayores muestras de respeto y honor que se tributan en Oriente, prosternándose en tierra ante él.

diciendo: «Levántate, que yo también soy hombre». Y hablando con él, entró (en el interior) y halló reunidas muchas personas, y les dijo: «No ignoráis cuán abominable cosa sea para un judío trabar amistad con un extranjero (pagano) [1]; mas Dios me ha enseñado a no tener a ningún hombre por impuro o inmundo. Por lo cual, luego que he sido llamado, he venido sin dificultad. Ahora os pregunto: ¿por qué motivo me habéis hecho venir?» Y dijo Cornelio: «Hoy hace cuatro días que estaba orando en mi casa a hora de nona, cuando he aquí que se me puso delante un varón vestido de blanco, y me dijo: Cornelio, tu oración ha sido oída y tus limosnas han sido recordadas delante de Dios. Envía, pues, a Joppe, y haz llamar a Simón, que tiene por sobrenombre Pedro. Este se hospeda en casa de Simón el Curtidor, junto al mar. Y luego envié a buscarte; y tú has hecho bien en venir. Y ahora nosotros todos estamos en tu presencia para escuchar todas las cosas que el Señor te ha mandado».

599. Entonces Pedro, dando principio a su discurso [2], habló de esta manera: «(Por lo que acaba de suceder) conozco verdaderamente que Dios no hace acepción de personas; sino que *en cualquier nación, el que le teme y obra bien, merece su agrado* [3]. Dios ha enviado las palabras a los hijos de Israel, anunciándoles la paz (para todos) *por Jesucristo, el cual es el Señor de todos* (judíos y gentiles). Vosotros sabéis lo que ha ocurrido primero en Galilea y luego en Judea, después que predicó Juan el bautismo; cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y su virtud a Jesús de Nazaret [4], el cual ha ido haciendo beneficios por donde ha pasado, y ha curado a todos los que estaban bajo la opresión del dominio; porque *Dios estaba con él.* Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el país de Judea y en Jerusalén y cómo le quitaron la vida colgándole en una cruz. Pero Dios *le resucitó al tercer día,* y dispuso que se dejase ver, no de todo el pueblo, sino de los predestinados de Dios para testigos; de nosotros, que

---

[1] Los gentiles idólatras y sensuales eran considerados como impuros por los judíos, a los cuales no se permitía el trato familiar (comunidad de casa y mesa) con aquéllos, por el peligro de contagio (cfr. *Ioann.* 18, 28; núm. 390).

[2] Para pronunciar una solemne alocución, en la cual hace resaltar la necesidad de la fe en Cristo y los puntos principales de la confesión de fe apostólica, afirmando al mismo tiempo *la universalidad de la salud* o la catolicidad de la Iglesia. Acerca de este discurso como «programa de la predicación de Pedro entre los gentiles», cfr. núm. 11.

[3] Y tanto, a la verdad, que le llama de una manera prodigiosa, como a Cornelio, a participar de la Redención de Jesucristo y de sus gracias, es decir, a entrar en el reino mesiánico, en su Iglesia. — Sólo una exégesis insensata puede ver en estas palabras un argumento en pro del *indiferentismo* religioso. Pedro supone precisamente lo contrario. La cuestión de que se trata es la siguiente: Los apóstoles sabían muy bien, especialmente por la palabra del Señor (*Matth.* 28, 19), que también los gentiles estaban llamados a entrar en el reino mesiánico. Pero ¿es menester que primero sean recibidos en la nacionalidad judía y obligados a la Ley Ceremonial (circuncisión, purificaciones, abstinencia de manjares impuros), o bien pueden inmediata e incondicionalmente entrar en la Iglesia? (cfr. especialmente núm. 634). De la manera como Dios ha llamado a Cornelio del gentilismo, echa de ver Pedro cómo debe resolverse la cuestión; él dice: No sólo en el pueblo judío, sino en cualquier otro pueblo, todo aquél que devoto y temeroso de Dios ansíe la verdadera salud, es tan grato a Dios (cfr. *Ps.* 14, 1 ss.), que es llamado a participar en la Redención traída por Jesucristo. La salud traída por Cristo a los hombres no está circunscrita a *determinado* pueblo. Por consiguiente, no es indiferente ante Dios a qué *religión* se convierte uno, sino a qué *nación* pertenece uno.

[4] Cfr. núm. 548. Dios ha ungido a Jesús «con el Espíritu Santo y con poder», es decir, ha derramado en su naturaleza humana la plenitud de todas las gracias, especialmente la virtud taumatúrgica, en el momento en que el «Verbo» se hizo «Carne» por obra del Espíritu Santo. Por eso estaba «Dios con él» en sentido especial y único, y es para nosotros «Emmanuel» (cfr. *Matth.* 1, 23).

hemos comido y bebido con él, después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos (primero) al pueblo (de Israel), y testificásemos que él está constituído por Dios *juez de vivos y muertos* [1]. Del mismo testifican todos los profetas: que *todos* los que creen en él (judíos o gentiles) [2] *obtienen por su nombre la remisión de los pecados*».

600. Estando aún Pedro diciendo estas palabras, *descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la plática* [3]. Y los fieles procedentes del judaísmo que habían venido con Pedro quedaron pasmados al ver que la gracia del Espíritu Santo se derramaba también sobre los gentiles; pues les oían hablar en (otras) lenguas [4] y publicar las grandezas de Dios. Entonces dijo Pedro: «¿Quién puede negar el agua del bautismo a los que, como nosotros, han recibido también el Espíritu Santo?» Así que mandó [5] bautizarlos en nombre de nuestro Señor Jesucristo [6]. A petición de ellos, se quedó todavía con ellos algunos días.

Supieron los apóstoles y los hermanos de Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Vuelto, pues, Pedro a Jerusalén, le hacían cargo los fieles nacidos en el judaísmo, diciendo: «¿Cómo has entrado en casa de gentiles y has comido con ellos?» [7] Pedro entonces empezó a exponerles toda la serie del suceso [8], terminando con estas palabras: «Al ver que el Espíritu Santo había venido sobre ellos como al principio (en Pentecostés) sobre nosotros, me acordé de lo que el Señor decía [9]: Juan a la verdad ha bautizado con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Pues si Dios les dió a ellos la misma gracia que a nosotros que hemos creído en nuestro Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios (negando el bautismo a estos gentiles)?» Oídas estas razones, se aquietaron, y glorificaron a Dios, diciendo: «Luego también a los gentiles les ha concedido Dios la penitencia para alcanzar la vida» [10].

601. Cesarea de Palestina [11] (Kaisariye), así llamada para distinguirla de *Cesarea de Filipo* (núm. 201), está situada en el litoral del Mediterráneo, entre Dor (Tantura) y Joppe, doce horas (46 Km.) al norte de Joppe. Una fortaleza, llamada *Torre de Estratón* [12], ocupó en la antigüedad el lugar en que se levantó Cesarea. Herodes el Grande fué su fundador. Sin reparar en dispendios, Herodes triunfó de la naturaleza construyendo un espacioso puerto, un anfiteatro magnífico y un soberbio templo en honor de Augusto. Doce años duraron las obras;

---

[1] Cfr. núms. 134, 270, 328, 380, 539 y 545.

[2] En el fondo, Pedro expresa la misma verdad que con tanto vigor defendió más tarde Pablo de una manera especial en las *Cartas a los Gálatas* y *a los Romanos:* no la circuncisión, sino la fe en Cristo es el fundamento de la salud.

[3] El Espíritu Santo comunicó a Cornelio y a los suyos por manera extraordinaria, aun antes de recibir el Bautismo y en él la gracia santificante, además de la gracia de la fe y de la penitencia, sus dones maravillosos (cfr. núm. 537); con lo cual quedó patente que los gentiles deseosos de la salud habían de participar en la misma medida que los judíos de la salud traída por Jesucristo. [4] Cfr. núm. 537.

[5] A los «hermanos de Joppe» que le acompañaban (núm. 598), o quizá también a Felipe, *Act.* 8, 40. [6] Cfr. núm. 540.

[7] En ello va también encerrada esta pregunta: ¿por qué has recibido, sin más, incircuncisos en la Iglesia? [8] Véase *Act.* 11, 4-14. [9] *Act.* 1, 5; núm. 518.

[10] Sin que primero hayan pasado al judaísmo (núm. 598).

[11] Thomsen, *Loca sancta* 74 s. Véase también página 509, nota 10.

[12] *HL* 1901, 156 ss.

concluídas las cuales, se celebró con solemnes fiestas la dedicación de la ciudad a César Augusto. Desterrado Arquelao, Cesarea, *residencia de los procuradores romanos,* fué la capital política de Palestina. Durante la dominación romana Cesarea fué un lugar de desembarque de importancia incomparablemente mayor que hoy todos los puertos desde Jaffa hasta Beirut [1].—Después de la destrucción de Jerusalén fué *sede episcopal,* y más tarde *metropolitana,* cuyas sufragáneas eran todas las restantes de Palestina. En Cesarea se celebró un Sínodo en tiempo del obispo Teófilo Allí fundó Orígenes hacia el año 232 una célebre *escuela teológica,* donde enseñaron más tarde san Pánfilo († 309) y Eusebio († 339); allí también fundó el mismo santo mártir Pánfilo con sus libros, con los manuscritos de Orígenes, etc., *la primera biblioteca cristiana* [2]. Allí acaeció en el año 331 un suceso de gran transcendencia para la historia del texto bíblico: el emperador Constantino encomendó a Eusebio la confección de cincuenta magníficos ejemplares de la Sagrada Escritura. Eusebio los hizo escribir «de a tres y de a cuatro» (según una expresión técnica algo misteriosa), es decir, en páginas de a tres y de a cuatro columnas. Terminada la obra, un diácono fué a Constantinopla con los preciosos ejemplares y los presentó a Constantino, el cual los repartió por diferentes iglesias. Entre ellos estaban, según Gregory, el *Codex Sinaiticus y el Codex Vaticanus* [3].

El año 636 cayó Cesarea en poder del Islam. Durante las Cruzadas estuvo en poder de los cristianos (1099-1265); pero el sultán egipcio, Bibars, la destruyó en 1265 tan completamente, que sólo por las ruinas se conocía el lugar donde antes se alzara la hermosa ciudad. Todavía se ven los restos de dos basílicas del tiempo de los Cruzados, una pequeña, y otra mayor, de tres naves con sus tres ábsides, edificada sobre una cripta, amén de algunos restos de otros santuarios. Desde 1884 se estableció en aquel campo de ruinas una colonia de circasianos de Turquía europea, los cuales contribuyeron no poco a acabar de destruir los pocos restos de la antigüedad, por cuanto se dedicaron a comerciar con las piedras [4]. «Fletes enteros de piedras de los hermosos edificios de Herodes fueron llevados a vender a Jaffa» [5]. Apenas queda nada que recuerde la existencia de una ciudad antigua importante y poderosa.

146. La iglesia de Antioquía

(Del 34 al 44 d. Cr.)

(*Act.* 11, 19-30)

1. Fundación de la comunidad étnico-cristiana de Antioquía. 2. Predicación sistemática a los gentiles de Antioquía. 3. Jerusalén designa a Bernabé por guía y organizador de la iglesia de Antioquía. 4. Bernabé toma por compañero a Pablo de Tarso. 5. El nombre de «cristianos». 6. Agabo predice una grande hambre. 7. Viaje de la colecta de Bernabé y Pablo a Jerusalén.

602. Los que se habían desparramado por causa de la persecución suscitada con motivo de Esteban [6] llegaron *hasta Fenicia* [7], *Chipre y Antioquía* [8], predicando el evangelio únicamente a los judíos. Entre ellos

---

[1] En Cesarea fué Vespasiano proclamado emperador por sus legiones el 5 de julio del 69 (Josefo, *Bell.* 4, 10, 4)

[2] A. Ehrhard, *Die griechische Patriarchalbibliothek von Jerusalem,* en *RQ* 1891, 217 ss. 329 ss 383 ss.; 1892, 339 ss.

[3] Véase *Kath* 1913 I 90 ss. [4] *ZDPV* 1884, 233; cfr. *KM* 1884, 125.

[5] Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Lande* 102; debemos también a Häfeli el libro interesante: *Cäsarea am Meer. Topographie und Geschichte der Stadt nach Josephus und Apostelgeschichte* (*NA* X, 5. Münster 1923).

[6] Núm. 570; *Act.* 8, 4 y 40. [7] Acerca de Fenicia cfr núm. 192.

[8] Véase núm. 607 ss.; además H. Dieckmann, *Antiochien ein Mittelpunkt urchristlicher Missionstätigkeit* (Aquisgrán 1920).

había algunos nacidos en Chipre y en Cirene [1], los cuales, habiendo entrado en Antioquía, conversaban *asimismo con los griegos*, anunciándoles al Señor Jesús. Y la mano (el poder) de Dios les ayudaba, de suerte que un gran número de personas creyó y se convirtió al Señor [2]. Llegaron estas noticias a oídos de la iglesia de Jerusalén; y enviaron a *Bernabé* [3] a Antioquía. Llegado allá, y al ver los prodigios de la gracia de Dios, se llenó de júbilo; y exhortaba a todos a perseverar en el Señor con todas las veras de su corazón. Porque era Bernabé varón perfecto, lleno del Espíritu Santo y de fe. Y así fué grande el número de los que se convirtieron al Señor.

603. De aquí partió Bernabé a Tarso hacia el año 43 en busca de Saulo [4]; y habiéndole hallado, le llevó consigo a Antioquía. Cuya iglesia frecuentaron (juntos) todo un año, instruyendo a considerable multitud de gentes (y el fruto fué tan grande), que en Antioquía los discípulos empezaron a llamarse **cristianos.** Por estos días vinieron de Jerusalén a Antioquía ciertos profetas [5]; uno de los cuales, por nombre *Agabo,* inspirado por Dios, anunciaba que había de haber una grande hambre por toda la tierra [6]; la cual vino en tiempo de Claudio [7]. Por cuya causa los discípulos determinaron contribuir cada uno según sus facultades con alguna limosna para socorrer a los hermanos habitantes en Judea. Así lo hicieron, remitiendo las limosnas por mano de Bernabé y de Saulo [8] a los presbíteros de Jerusalén [9].

604. El nombre de «cristianos». No recibieron los cristianos este nombre de los miembros mismos de la Iglesia; pues entre éstos las denominacio-

---

[1] Núm. 418.

[2] En Antioquía nació por primera vez una comunidad compuesta de judío-cristianos y étnico-cristianos.

[3] Núms. 549 y 590; *KHL* I 457. [4] Página 522, nota 6.

[5] Entre los dones (carismas) extraordinarios que el Espíritu Santo otorgó a los primeros cristianos para la conversión del mundo judío y gentil, uno era el de *profecía* (núm. 539), con el cual se designa, no sólo la predicción de acontecimientos futuros, sino también la clara comprensión sobrenatural de las verdades de la fe y la facultad de *predicarlas inspirado por Dios.* En los primeros tiempos era de suma importancia ese carisma para la propagación de la verdad. Mas cuando la Iglesia pudo emplear los medios naturales de la enseñanza y educación, el carisma de la profecía se hizo más raro (cfr. *Rom.* 12, 6; I *Cor.* 12, 10; 14, 1 ss., etc.).

[6] La expresión designa aquí, sin duda, el imperio romano; el texto, sin embargo, permite interpretar que la susodicha hambre se extendió paulatinamente y no de una vez por todo el imperio.

[7] Según Suetonio (*Vita Claud.* c. 18; cfr. Dio Cassius, *Hist.* 60 11), en tiempo de Claudio las provincias del imperio fueron castigadas sin tregua por el hambre unas tras otras, ora ésta, ora aquélla. Entre el 44 y el 48 fué cuando más duramente se hizo sentir en Palestina (Josefo, *Ant.* 20, 2, 6; 5, 2). Gracias a aquella profecía, pudieron los cristianos antioquenses acudir a tiempo en socorro de sus hermanos de Judea, que nada podían esperar de los judíos.—*Agabo profetizó* más tarde a Pablo por medio de una acción simbólica y con palabras aclaratorias el arresto de Jerusalén (véase núm. 666). Según los Padres griegos, era *uno de los 72 discípulos* y murió mártir en Antioquía.

[8] Fué pues, san Pablo a *Jerusalén por segunda vez* después de su conversión (*viaje de la colecta;* cfr. núm. 590) probablemente el año 44, cuando todos los apóstoles estaban ausentes. Despréndese esto último de que aparecen al frente de la comunidad los presbíteros, y no los apóstoles.

[9] En griego: *a los presbíteros.* La palabra significa propiamente «anciano»; mas aquí, como generalmente en el Antiguo Testamento, no indica edad, sino cargo eclesiástico (véase núm. 605 s.).

nes corrientes eran: «creyentes, discípulos, hermanos, santos»; además, nunca pensaron en tomar para sí denominación sacada del nombre del Hijo de Dios. Tampoco les vino de los judíos, los cuales llamaban a la comunidad de Jerusalén «secta de los nazarenos» (*Act.* 24, 5), y seguramente miraban con aversión un nombre que de Jesús hacía el Cristo (el Mesías). Antes bien, parece haber nacido dicho nombre *en Antioquía* [1], donde los miembros de la comunidad cristiana procedían en su mayoría de la gentilidad y, por ende, no se les consideraba como secta del judaísmo, sino como una nueva sociedad religiosa independiente. Pronto cundió el nombre por todas partes, designándose con él a los que profesaban el Evangelio. Según Tácito [2], ya en la persecución de Nerón llamaba el pueblo en todas partes «cristianos» a los seguidores de Cristo [3]. Era para los fieles el *título honorífico* más hermoso, y de él se gloriaban frecuentemente los mártires delante de los jueces paganos. Así vemos que san Luciano de Antioquía contestó al emperador Maximino que le preguntaba por su nombre, estado y origen: «*Soy cristiano,* cristiano soy; este nombre basta para mi gloria» [4].

605. El presbiterado (sacerdocio) existió ciertamente por institución divina ya en tiempo de los apóstoles, y se distinguía del episcopado, que era categoría superior, y del diaconato, que le era inferior. Encontramos el *nombre* y la *figura* en el sacerdocio del Antiguo Testamento [5], particularmente en los 70 ó 72 Ancianos que Moisés escogió por disposición divina para que le ayudasen en el gobierno del pueblo, a los cuales comunicó del Espíritu que Dios le otorgara, para que rectamente ejerciesen las funciones que se les confiaba [6]. También el Señor quiso significar el presbiterado en los 72 discípulos que dió como auxiliares a los doce Apóstoles [7]. Está fuera de duda que la palabra *presbyter* designa siempre en el Nuevo Testamento personas con cargo, *jefes eclesiásticos*. La investidura del cargo exigía determinadas cualidades espirituales y morales; conferíanlo los apóstoles y sus sucesores — no sin antes orar y ayunar—, mediante la imposición de las manos o la consagración, en la cual los candidatos recibían la gracia necesaria para ejercer el sagrado ministerio [8]. Los presbíteros asisten a los apóstoles, toman parte en las deliberaciones, administran la iglesia cuando los apóstoles u obispos están encarcelados, etc. [9].— *Su ministerio* es de origen divino, y no humano; dirigen y conservan la obra de los apóstoles, apacientan, guardan y guían el rebaño que se les ha confiado, anuncian la palabra divina, enseñan al pueblo, presiden las oraciones y los actos religiosos, y en todo son modelo y ejemplo de su grey [10]. En consonancia con esto, se llaman ancianos o presbíteros, jefes, pastores, maestros, inspectores o prepósitos, ángeles o mensajeros de Dios [11].

606. En mayor grado puede decirse todo esto de los **obispos** (del griego *episcopos,* es decir, «inspector»), los cuales reciben también el nombre de presbíteros, porque realmente lo son. Si vemos que en los monumentos más antiguos de la literatura cristiana se confunden los *nombres* de «obispo» y de «sacerdote». y que algunas funciones (por ejemplo, la de predicar), propias hoy de determi-

---

[1] Los gentiles también *Chrestus, Chrestiani,* del griego *chrestos,* manso, bondadoso, excelente; y los cristianos lo admitieron también en ese sentido, aunque haciendo notar que se derivaba de *Christos,* el Ungido (cfr. *Kath* 1878 I 272 407; Hundhausen. *Das erste Pontifikalschreiben des Apostelfürsten Petrus* [Maguncia 1873] 414 ss.; Kraus Realenzyklopädie II 466). [2] *Annal.* 15, 44.

[3] La palabra «Cristianismo» la empleó el primero, a lo que se puede demostrar, san Ignacio de Antioquía (*Ad Philad.* c. 6). [4] Cfr. *Kath* 1878 I 407.

[5] Cfr. núms. 40, 128 y 278. [6] Cfr. núm. 561. [7] Núm. 220.

[8] Cfr. I *Tim.* 3. 2 ss.; *Tit.* 1, 5 ss.; *Act.* 14, 22; I *Tim.* 5, 22.

[9] *Act.* 11, 30; cfr. 12, 25; 15, 2 6 22; 16, 4; 21, 18.

[10] *Act.* 20, 28 31. I *Tim.* 5, 17. *Tit.* 1, 9. I *Petr.* 5, 2 ss. *Iac.* 5, 14 ss.

[11] *Act.* 20, 28. *Rom.* 12, 8. *Ephes.* 4, 11. *Philipp.* 1, 1. I *Thess.* 5, 12. I *Tim.* 3, 2. *Tit.* 1, 7. *Hebr.* 13, 7 17 24. *Apoc.* 1, 20; 2, 1 8, etc.

nado ministerio, estaban antes confiadas a círculos más amplios de personas eclesiásticas, no debe esto admirarnos. «¿Y podía ser de otra suerte, cuando para designar las nuevas instituciones hubo necesidad de echar mano de nombres del léxico existente, atendiendo ya a esta ya a aquella analogía? Necesario era un lapso de tiempo para que las denominaciones oficiales quedasen definitivamente consagradas. Por otra parte, el contenido objetivo de las facultades de cada ministerio por necesidad tenía que ser un tanto elástico en cosas no esenciales, mientras durasen aquellas primeras circunstancias» [1]. Mas los obispos son los lugartenientes y *sucesores* propiamente dichos *de los apóstoles,* sus «fieles colegas en el oficio» [2]. Los obispos son responsables de la grey de Cristo; a cada uno de ellos ha instituído el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, que compró con su sangre [3]. Esto hacían Timoteo y Tito. Fueron constituídos pastores de la Iglesia mediante la imposición de las manos en presencia de los sacerdotes [4]: Timoteo en Efeso, Tito en Creta. Su oficio era enseñar, exhortar, reprender, velar por la integridad de la doctrina, mandar, ejercer justicia eclesiástica, resolver las querellas, etc., no sólo de los laicos, sino también de los presbíteros [5]. Aparecen, pues, como sucesores de los apóstoles, en una categoría superior a la de los presbíteros, con jurisdicción de enseñar y de consagrar superior a la de los sacerdotes; obispos, en una palabra, como entendemos hoy esta dignidad, y como siempre se entendió en la Iglesia.

La tradición cristiana, desde los apóstoles, siempre y en todas partes ha distinguido los obispos de los sacerdotes. Cada iglesia tiene un obispo, y donde está el obispo, allí está la iglesia; y quien no sigue al obispo, no pertenece a la iglesia [6]. Los obispos son los representantes de la iglesia; la sucesión legítima es la señal decisiva de pertenecer a la verdadera Iglesia; los herejes están separados de la Iglesia de Cristo por el mero hecho de no poder demostrar la sucesión legítima [7]. Los obispos son instrumentos de la unidad de la Iglesia. Al obispo, y bajo su dependencia, siguen los sacerdotes y diáconos. Por esto escribe san Ignacio, discípulo de san Juan [8]: «Obedeced al obispo, a los sacerdotes y a los diáconos», con lo cual da a entender la distinción de estos tres órdenes tan claramente como pudiéramos hacerlo nosotros o lo hizo el Concilio Tridentino [9].

607. Antioquía (véase lám. 13 b), a orillas del Orontes, que es navegable hasta el Mediterráneo seis horas (25 Km) distante, situada en una fértil campiña, 70 millas (más de 500 Km.) al norte de Jerusalén, fué edificada hacia el año 300 a. Cr. por Seleuco Nicátor en memoria de su padre Antíoco; fué (hasta el 64 d. Cr.) residencia de los reyes sirios, los famosos Seléucidas. La afluencia extraordinaria de colonos hizo necesario ampliarla repetidas veces, de manera que ya en tiempo de Antíoco Epífanes se componía de cuatro distritos, cada uno de los cuales estaba rodeado de una muralla particular, estando todos a su

---

1 Mausbach, *Kernfragen christlicher Welt- und Lebensanschauung* 97 s.

2 Cfr. núms. 536 y 561; *Philipp.* 4, 3; *Act.* 20, 28, donde los congregados en Mileto son ciertamente los obispos de Asia, a los cuales da el Apóstol los últimos encargos (cfr. Ireneo. *Haer.* 3, 14 2).

3 *Act* 20, 28; cfr. *Ps.* 44, 17.

4 Cfr. I *Tim.* 4, 14; II *Tim.* 1, 6.

5 Cfr. I *Tim.* 1, 3 ss.; 3, 2; 4, 11; 5, 17 ss.; II *Tim.* 2, 2; *Tit.* 1, 5 ss.

6 San Cipriano, *Epist.* 69.

7 Tertuliano, *Praescr. haeret.* c. 20 32 36.

8 *Philad.* c 7; cfr *Magnes.* c. 6; *Trall.* c. 2 y 3; *Smyrn.* c. 8; *Polyc.* c. 6.

9 *Sess. XXIII, can. 4* y *can.* 7 Para más detalles cfr. H. Bruders, *Die Verfassung der Kirche von den ersten Jahrzehnten der apostolischen Wirksamkeit an bis zum Jahre 175 n Chr.* (Maguncia 1904); Batiffol-Seppelt, *Urkirche und Katholizismus* (Kempten 1910): H. Dieckmann, *Die Verfassung der Urkirche. Dargestellt auf Grund der Paulusbriefe und Apostelgeschichte* (Berlín 1923); el mismo, *De Ecclesia* (Friburgo 1925); véase Dunin-Borkowski, *Die Kirche als Stiftung Jesu* (en Esser-Mausbach: *Religion, Christentum, Kirche* III 359-500, Kempten y Munich 1913). Meffert, *Das Urchristentum* (M.-Gladbach 1921).

vez encerrados en un recinto común fortificado. De ahí el nombre de Tetrápolis. Bajo la dominación romana fué Antioquía el lugar de residencia del procónsul de Siria *(legatus Augusti pro praetore)*. Era después de Roma y Alejandría la ciudad más importante del imperio [1], con 700000 habitantes. Desde el tiempo de los Macabeos abundaron en ella los judíos [2]. Muchos nobles romanos y aun algunos emperadores iban allí a pasar temporada. El bosque cercano, llamado Dafne, consagrado a Diana y Apolo, tuvo antiguamente mala fama.

608. *El Evangelista san Lucas* [3] y el diácono Nicolás [4] eran naturales de *Antioquía*. Allí vivió Pablo largo tiempo con *Bernabé*, y de allí salía a sus viajes apostólicos, pasando a su regreso por Jerusalén. Antes que Pablo y Bernabé, hacia el año 35-36, había visitado aquella ciudad el Apóstol *san Pedro*, el cual, según Eusebio [5], «fundó la primera comunidad de Antioquía»; esta «primera» comunidad es sin duda la comunidad judío-cristiana *(Act.* 11, 19), distinta de la étnico-cristiana que se menciona en *Act.* 11, 20 ss., formada algunos años después de helenistas de Chipre y de Cirene, de cuyo desarrollo y dirección se encargó Bernabé. La tradición de haber sido san Pedro durante siete años obispo de Antioquía no tiene otro alcance, sino que el príncipe de los apóstoles, una vez fundada la comunidad cristiana, siguió en relación con ella y era considerado como su obispo propio; mas no se debe pensar que durante los siete años permaneciese de continuo, ni siquiera habitualmente, en Antioquía [6].

609. Al principio del siglo II encontramos al discípulo de los apóstoles *Ignacio* en la sede episcopal de Antioquía. En la **escuela exegética antioquense,** fundada hacia el año 300, halló el más fuerte contrapeso la *escuela catequística de Alejandría,* llamada *Didascaleion,* de la que fué resplandeciente lumbrera Orígenes, el hombre «de acero» en el trabajo, cuyo método exegético alegórico había rebasado los justos límites. La escuela antioquense defendía que la letra de la Biblia representa el sentido que en primer término encerró Dios en los Sagrados Libros; consideraba, de consiguiente, como el fin primero de la exégesis la explicación histórico-gramatical de las palabras. De esta escuela salieron hombres esclarecidos, como Cirilo de Jerusalén y el incomparable *san Juan Crisóstomo*. Las homilías de este último sobre los Evangelios de san Mateo y de san Juan son inmortales; las homilías sobre las epístolas de san Pablo, particularmente sobre la *Epistola ad Romanos,* son magníficas. San Isidoro de Pelusium *(Ep.* 5, 32) llega a decir de ellas: «Si el divino Pablo hubiese querido explicar sus propios escritos, no lo hubiera hecho de distinta manera de como lo hizo aquel afamado maestro».—Con el tiempo la ciudad recibió el nombre de *Theopolis* (ciudad de Dios), por las muchas iglesias cristianas que en ella se levantaron y por lo mucho que se distinguió en todas las manifestaciones de la fe y de la vida cristiana; era la perla de la Iglesia oriental. Cuando en el siglo V comenzó a darse el título de *patriarcas* a los obispos de grandes metrópolis, al de Antioquía concedió el cuarto Concilio Ecuménico de Calcedonia (451) dicho título, con jurisdicción espiritual sobre todo el Oriente romano, a excepción de Jerusalén. En conformidad con la categoría de la Sede, Constantino edificó en Antioquía una espléndida catedral de planta octogonal, que se elevaba a increíble altura [7]: «Habiendo construído en derredor por todas partes muchas capillas y nichos, como también galerías y tribunas, Constantino coronó la obra decorándola con abundancia de oro y bronce y otras materias más preciosas».—El año 252 se celebró en Antioquía un *Sínodo contra los novacianos*. En el Sínodo del año 341 osaron los eusebianos deponer a san Atanasio.

---

[1] Josefo, *Bell.* 3, 2. Estrabón 167. [2] II *Mach.* 4, 36. *Act.* 6, 5.
[3] Cfr. núms. 14-17 y 529-535. [4] Núm. 560.
[5] *Chronic. ed. Schoene* p. 152.
[6] Cfr Hundhausen, *Das erste Pontifikalschreiben,* etc., 9-11; *PB* 1911, 354 ss. La Iglesia celebra el 22 de febrero la fiesta de la Cátedra de san Pedro en Antioquía, y el 18 de enero la de la Cátedra de san Pedro en Roma. [7] *Vita Constant.* 3, 50.

610. Un terremoto [1] y las invasiones de los persas iniciaron el ocaso de la ciudad; mas hacia el año 530 fué elevada por Justiniano I a su prístino esplendor. El año 538 fué saqueada, y sus habitantes dispersados por Cosroas. Restaurada de nuevo por Justiniano, cayó en poder de los árabes el año 638. El año 969 fué libertada por el emperador griego Nicéforo Focas. El año 1084 se apoderó de ella a traición el sultán turco de Iconio. Los Cruzados no pudieron cercar por completo tan amplia ciudad, y sólo después de un terremoto y a costa de grandes esfuerzos lograron apoderarse de ella (1098). Sitiados a su vez por el ejército de Kerbuga, emir de Mosul, tanto se animaron al hallar la santa Lanza [2] debajo del altar mayor de la iglesia principal, que consiguieron la victoria más completa. Bohemundo de Tarento fué nombrado príncipe de Antioquía, feudatario del emperador bizantino. Así quedó la ciudad hasta que se apoderó de ella en 1268 el sultán Bibars de Egipto. Desde entonces no ha vuelto a recobrar su primitiva grandeza.

En su lugar se levanta hoy la ciudad de *Antakiyéh,* de mísero aspecto, que sólo comprende la décima parte de la antigua Tetrápolis por el noroeste; el resto lo llenan montones de ruinas; la hermosa llanura que la circunda está cubierta de verdor y de innumerables almendros. Las ruinas aun existentes, que se extienden desde la cresta del monte hasta el río Orontes, atestiguan la enorme amplitud y la importancia que tuvo un tiempo la famosa ciudad. El puente es una de las obras más bellas de la arquitectura oriental. Por todas partes se encuentran monedas y lápidas antiguas. En la región inferior de las laderas agrestes del Silpius se ven todavía restos de iglesias; de las siete puertas, una lleva el nombre de san Pablo. Tiene unos 28000 habitantes, mahometanos los más; los católicos, unos 4000, poseen dos iglesias dependientes del Vicariato Apostólico de Alepo. Los PP. Capuchinos tienen residencias en Antioquía, Alepo y algunos otros lugares de Siria.

147. Persecución de los cristianos bajo Herodes Agrippa I

(Hacia el año 42 d. Cr.)

(*Act.* 12, 1-25)

1. Martirio de Santiago el Mayor. 2. Encarcelamiento y maravillosa liberación de san Pedro. 3. Reunión de los cristianos en casa de María. 4. Pedro abandona a Jerusalén y marcha «a otro lugar» (a Roma) [3]. 5. Muerte de Herodes. 6. Regreso de Pablo y Bernabé a Antioquía.

611. Por aquel tiempo [4] el rey Herodes [5] se propuso perseguir a algunos de la Iglesia. Primeramente hizo degollar a *Santiago,* hermano de Juan [6]. Después, viendo que ello complacía a los judíos, determinó también prender a *Pedro.* Eran entonces los días de los ázimos (de la Pascua judía). Habiendo, pues, logrado prenderle, le encarceló, confiándolo a la custo-

---

[1] Tales terremotos han venido repitiéndose hasta nuestros días; el 3 de abril de 1872 quedó derruído un tercio de la ciudad, pereciendo unos 2000 hombres (*HL* 1872, 56).

[2] Cfr. núm. 453.

[3] Véase núm. 616 s.

[4] «Por aquel tiempo», cuando Pablo y Bernabé ejercían su ministerio en Antioquía.— Herodes Agrippa vino a Jerusalén el 41 (Josefo, *Ant.* 19, 5 y 6). Luego de su llegada debió de acontecer la degollación de Santiago, pues al principio de su reinado trató de captarse las simpatías de los judíos. Habremos, pues, de fijar la liberación de Pedro y su partida a Roma luego de la degollación de Santiago, hacia la Pascua del 42 (cfr. Leclerc, *De Romano S. Petri episcopatu,* Lovaina 1888, 258). Núm. 603.

[5] Cfr. página 76 c. y la serie de artículos de Bludau en *WBG* 1908, n. 6 ss.

[6] Santiago el Mayor (cfr. núm. 137 y especialmente núm. 614). Sin duda llamó más que todo la atención de Herodes la predicación valiente del «hijo del trueno» (cfr. pág. 253, nota 7).

dia de cuatro piquetes de soldados [1], de a cuatro hombres cada uno, con el designio de presentarlo al pueblo después de la Pascua. Mientras Pedro estaba así custodiado en la cárcel, la Iglesia incesantemente hacía oración a Dios por él. Mas cuando iba ya Herodes a presentarle al público, aquella misma noche estaba durmiendo Pedro en medio de los soldados, atado a ellos con dos cadenas, y las guardias hacían centinela ante la puerta de la cárcel. Y he aquí que de repente se le apareció un ángel del Señor [2], cuya luz llenó de resplandor toda la prisión, y tocando a Pedro en el lado, le despertó, diciendo: «Levántate presto». Y al punto se le cayeron las cadenas de las manos. Díjole asimismo el ángel: «Ponte el ceñidor, y cálzate las sandalias». Hízolo así. Díjole más: «Toma tu capa, y sígueme». Salió, pues, y le iba siguiendo, bien que no creía ser realidad lo que hacía el ángel; antes se imaginaba que era un sueño lo que veía. Pasada la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que sale a la ciudad, la cual se abrió por sí misma. Salidos por ella, caminaron hasta lo último de la calle, y súbitamente desapareció de su vista el ángel. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: «Ahora sí que conozco que el Señor verdaderamente ha enviado a su ángel [3] y librádome de las manos de Herodes y de la expectación del pueblo de los judíos».

612. Y reflexionando sobre ello, se encaminó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos [4], donde muchos estaban congregados en oración. Habiendo, pues, llamado a la puerta del vestíbulo, una doncella, por nombre Rode, salió a observar quién fuese. Y conocida la voz de Pedro, fué tanto su gozo que, en lugar de abrir, corrió adentro con la nueva de que Pedro estaba a la puerta. Dijéronle: «Estás loca». Mas ella afirmaba que era cierto lo que decía. Ellos dijeron entonces: «Sin duda será su ángel» [5]. Pedro entretanto proseguía llamando a la puerta. Habiendo por fin abierto, le vieron, y quedaron asombrados. Mas Pedro, haciéndoles señas con la mano para que callasen, contóles cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: «Haced saber esto a *Santiago* [6] y a los hermanos». Y partiendo de allí, se retiró *a otra parte* [7]. Luego que fué de día, era grande la confusión entre los soldados sobre qué se habría hecho de Pedro. Habiendo Herodes preguntado por él y no hallándole, tomada declaración a los de la guardia, mandólos llevar [8].

---

[1] La guardia se componía de 4 piquetes, de a 4 hombres cada uno; el día y la noche estaban divididos en 4 partes, de a 3 horas cada una (*Marc.* 13, 35; núm. 183); cada tres horas se hacía el relevo de los piquetes. Dentro de la celda misma vigilaban a Pedro dos soldados, a cuyos cintos iban amarradas (por lo menos durante la noche) las esposas del encarcelado; otros dos soldados hacían centinela fuera de la celda, a cierta distancia de la puerta.

[2] Acerca de la naturaleza de esta visión, cfr. J. Zahn, *Christliche Mystik* 512 s.

[3] Como ya una vez anteriormente, cfr. *Act.* 5, 19; núm. 555. [4] Núm. 10.

[5] Su **ángel custodio**; prueba de que era creencia general entre los primeros cristianos que cada uno tiene su ángel custodio (cfr. *Act.* 27, 23 24; también núm. 214).

[6] Santiago el Menor, como obispo de Jerusalén, tenía allí su residencia; los demás apóstoles ya no estaban en Jerusalén (cfr. *Gal.* 1, 19; *Act.* 21, 18; en particular núm. 698).

[7] Del relato se desprende que Pedro tenía mucha prisa por escaparse de las pesquisas de Herodes (más detalles núm. 616).

[8] Probablemente para ejecutarlos; según las leyes romanas, los soldados y guardias que dejaban escapar a un preso eran castigados con la misma pena que correspondía al

613. Después de esto Herodes se marchó de Judea a Cesarea, en donde se quedó [1]. Estaba Herodes irritado contra los tirios y sidonios; mas éstos, de común acuerdo, presentáronse a él, y ganado el favor de Blasto, camarero mayor del rey, pidieron la paz (es decir, el restablecimiento de relaciones amistosas), pues aquel país necesitaba socorros [2]. El día señalado para la audiencia, Herodes, vestido de traje real, se sentó en su trono y pronunció (en presencia del pueblo) un discurso a los enviados. Todo el auditorio prorrumpía en aclamaciones, diciendo: «Esta es la voz de un dios, y no la de un hombre» [3]. Mas en aquel mismo instante le hirió un ángel del Señor, por no haber dado a Dios la gloria; y roído de gusanos (atormentadas sus entrañas de horribles dolores) [4], expiró a los cinco días. Entre tanto la palabra de Dios hacía grandes progresos y se propagaba más y más cada día [5]. *Bernabé y Saulo,* acabada su misión de entregar las limosnas, volvieron de Jerusalén a Antioquía, habiéndose llevado consigo a Juan, por sobrenombre Marcos [6].

614. Santiago, por sobrenombre el **Mayor** [7], por haber sido llamado antes que Santiago, el hermano del Señor [8], era hijo de Zebedeo y de Salomé y hermano del Apóstol san Juan. A ambos dió Jesús el calificativo de «hijos del trueno» y concedió el singular honor de ser testigos de la resurrección de la hija de Jairo, de la Transfiguración y de la Agonía en el huerto de Getsemaní. No tenemos noticias históricamente acreditadas acerca de su ministerio apostólico después de la Ascensión del Señor. Mas es indudable que debió de desempeñar papel muy importante, pues Herodes Agrippa le hizo encarcelar antes que a Pedro, y luego degollar, para así ganarse el favor de los judíos. Una tradición, que no se remonta más allá del siglo VII, y no sin contradicción aceptada en esa fecha, asigna a Santiago la evangelización de España. Mas esto es insostenible; porque antes del año 42 apenas si podían los apóstoles traspasar los límites de Palestina, y el 42 fué decapitado Santiago. Además, san Pablo en su *Carta a los Romanos* (15, 24), escrita hacia el año 58, habla de España como de un país que todavía está por evangelizar. Finalmente, antes del siglo VIII ningún escritor antiguo y ningún Concilio español sabe nada del caso. Los restos del Santo, según antigua tradición española, fueron llevados a España [9]. *Compostela* tiene

---

fugado; en esto, como en otras muchas cosas, Herodes debió de proceder conforme a la costumbre romana.

[1] No dice el texto qué espacio de tiempo medió entre la liberación de Pedro y la ida de Herodes a Cesarea Marítima. Según Josefo (*Ant.* 19, 8 2), Herodes dispuso torneos en honor del emperador Claudio para celebrar su «salvación», y el recibimiento arriba mencionado acaeció en el anfiteatro la mañana del segundo día de las fiestas. Esto ocurría a fines de abril o principios de mayo del 44; pues Claudio, tras una ausencia de seis meses, había regresado felizmente de Bretaña a Roma en enero del 44; y no otra fué la «salvación» que motivó la fiesta (cfr. Felten, *Die Apostelgeschichte* 245 y 246, nota 1).

[2] Aquellas ciudades comerciales pudieron creerse perjudicadas en sus intereses por la fundación de Cesarea con su puerto (cfr. núm. 601); de ahí la desavenencia. Por otra parte, Palestina era un mercado muy productivo para sus artículos, y de ella importaban el trigo para su numerosa población confinada en reducida zona del litoral.

[3] La reunión sucedió en el teatro; según costumbre romana, los teatros se aprovechaban para las asambleas públicas. Según Josefo (*Ant.* 19, 8, 2), Herodes estaba sentado en su trono, vestido de un traje de plata que, al resplandor del sol matutino, resplandecía maravillosamente. Admitiendo para sí los honores que sólo a Dios corresponden, se hacía reo de blasfemia. [4] Así según Josefo, *Ant.* 19, 8 2; cfr. también núm. 39 c.

[5] Hacía cada vez más adeptos, a pesar de la persecución. [6] Núm. 9.

[7] Cfr. núms. 119, 126, 137, 171, 203, 218, 291, 319, 368, 506, 611.

[8] Núm. 104; acerca del sobrenombre «hijo del trueno», página 253, nota 7.

[9] Gams, *Kirchengeschichte Spaniens* II² (Ratisbona 1874), 363 ss.; Kellner, *Heortologie*³ 219 s.; *KHL* II 9 s. y II 1929 s. La Sagrada Congregación de Ritos examinó la

el honor de poseer las reliquias del Apóstol, de donde le vino su celebridad mundial como lugar de peregrinación. Celébrase su fiesta el 25 de julio, día del traslado e inhumación de sus sagrados restos.

615. Los armenios muestran el lugar de la degollación del Apóstol en la **iglesia de Santiago,** que se levanta en el monte Sión: es una capilla lateral [1] del lado septentrional de la iglesia, de 2,25 m. de anchura, preciosamente adornada con incrustaciones de nácar, marfil y carey. En la misma capilla, debajo del minúsculo, pero suntuoso altar, está señalado el presunto lugar donde cayó la cabeza del Apóstol: una cavidad rodeada de una corona de plata. Seis lámparas de oro cuelgan encima. En la pared del fondo está representada una cabeza con marco de oro. La iglesia tiene tres naves divididas por pilastras, con una pequeña cúpula. El pavimento es de mármol; paredes y pilastras están revestidas de azulejos en la parte inferior y de pinturas en la superior. Junto a la capillita lateral, un poco hacia la entrada de la iglesia, o sea al oeste, se muestra en un nicho el sepulcro de san Macario, obispo de Jerusalén [2], y entre la nave y el coro, un rico trono con baldaquino, el trono episcopal de Santiago el Menor, primer obispo de Jerusalén [3]; encima de él arde de continuo una lámpara, y a su derecha está el trono del patriarca armenio. El convento que rodea la iglesia pasa por ser el más rico de Oriente, y es la finca más considerable de Jerusalén; con las habitaciones para peregrinos, huerta, etc., ocupa una superficie de más de dos hectáreas; en él reside el patriarca armenio.

616. No dice san Lucas **adónde fuera san Pedro;** pero la expresión empleada por el Evangelista: «se marchó a otra parte» indica que el lugar le era bien conocido. Debemos suponer *a priori* que el autor de los *Hechos* habría tenido vivísimo interés por saberlo; y nadie puede poner en duda que para ello tuvo excelente proporción. No parece difícil conjeturar *la razón de no haberlo nombrado* y de haber en este punto interrumpido la historia del Príncipe de los apóstoles [4]. Escribe en primer término para Teófilo, cristiano romano, o itálico; y los romanos no necesitaban que nadie viniera a hablarles de la actividad que san Pedro desplegaba en Roma. Por otra parte, podía ser arriesgado y peligroso escribir algo que pudiera delatar a los enemigos la estancia y el ministerio del jefe de la Iglesia, precisamente cuando se cernía la persecución de Nerón, siendo tanto el odio de los judíos contra los cristianos, y particularmente contra los apóstoles.

La creencia de *haber ido* el apóstol san Pedro *a Roma hacia el año 42* no se funda sólo en meras sospechas; de ello tenemos noticias fidedignas. Según san Jerónimo, vino Pedro a Roma el año segundo de Claudio (42 d. Cr.) y ocupó la sede episcopal romana durante 25 años [5], hasta el último de

autenticidad de las reliquias de Santiago de Compostela, y al tenor de su informe la reconoció León XIII en la Bula *Deus omnipotens* del 1 de noviembre de 1884. La Bula está impresa en *Kath* 1884 II 542. — Acerca de la evangelización de España por Santiago y del sepulcro del apóstol, cfr. García Villada, *Historia Eclesiástica de España,* t. I, 1.ª parte, página 41 ss. (N. del T.)

[1] Los PP Franciscanos celebraban aquí todos los años cultos solemnes en la fiesta del Santo (25 de julio); el día anterior por la tarde se cantaban Vísperas y el día de la fiesta se decían varias misas rezadas y una cantada, hasta que en 1872 se lo impidió, en esta iglesia y en la de San Salvador, el patriarca armenio; cfr. núm. 383 (véase *HL* 1870, 143; 1871, 2; 1872, 4; 1883, 31). [2] Cfr. núm. 463.

[3] Escribe Eusebio (*Hist. eccl.* 7, 17, en *Migne* XX 681) que la silla episcopal de Santiago se guarda con grande veneración en Jerusalén.

[4] *Act* 15 da cuenta de la presencia de Pedro en el Concilio de los Apóstoles y de la actividad que allí desplegó como cabeza de la Iglesia; núm. 620 s.

[5] Con esto no se quiere decir que Pedro residiera constantemente, sino que allí tenía su sede episcopal; pero siendo apóstol y cabeza de los apóstoles, estaba ocupado en distintas partes, como efectivamente le vemos en el Concilio de los Apóstoles y luego en Antioquía (*Act.* 15; *Gal.* 2, 11); y él mismo nos indica haber estado en Asia Menor (I *Petr.* 1, 1. II *Petr.* 3, 1). Cuando el emperador Claudio expulsó de Roma a los judíos, Pedro se vió, sin duda, obligado a abandonar la capital del imperio. — Acerca de la cuestión de los 25 años de pontificado de Pedro (42-67) cfr. *Histor.-polit. Blätter* LXXII 657 735.

Nerón (67-68). Y ya antes que san Jerónimo lo dijo Eusebio [1]: «En los días mismos de Claudio Augusto, la benigna y clementísima providencia de Dios condujo a Roma a Pedro, fortísimo y mayor entre los apóstoles, y por sus virtudes Príncipe de todos los demás apóstoles y patrono contra aquella mancha y peste del género humano (como era Simón el Mago). Y cual valeroso caudillo de la divina milicia, provisto de armas celestiales, trajo del Oriente a los que habitaban en los países de Occidente aquella preciada merced de la luz inteligible, anunciando la luz misma y la doctrina saludable para las almas, la predicación del reino de los cielos. Y así, como a su llegada ilustrase a los romanos con la doctrina de Dios, en poco tiempo quedó extinguida y borrada la fuerza y potencia de Simón el Mago, a una con su mismo autor». Y aunque esté demostrado ser un error lo de la derrota de Simón el Mago por san Pedro [2], no por eso se puede poner en duda el resto de la noticia de Eusebio. El mismo von Harnack [3] llega a decir: «Dudo que sea del todo inservible la antigua tradición de la venida de Pedro a Roma bajo el emperador Claudio».

617. No se puede poner en duda **que san Pedro hubiese estado en Roma** [4] **y padecido allí el martirio,** pues de ello tenemos testimonios importantísimos que llegan hasta los tiempos apostólicos. El mismo *san Pedro* atestigua su presencia en Roma, cuando llama Babilonia [5] el lugar donde escribe su primera carta, pues con aquel nombre designaba a Roma, como lo dicen expresamente los santos Padres. Arriba hemos alegado el testimonio indirecto de san Juan [6]. Dan testimonio inequívoco del apostolado de Pedro en Roma *san Clemente Romano,* discípulo de san Pablo [7], y *san Ignacio,* discípulo del Apóstol san Juan [8]. *Papías,* discípulo también de san Juan, cuenta que Marcos vino a Roma con san Pedro, y que a ruego de los cristianos romanos escribió su Evangelio según los discursos de Pedro. *Dionisio,* obispo de Corinto, atestigua en su carta a la iglesia romana, escrita hacia el año 170, que dicha Iglesia fué

---

[1] *Hist. eccl.* 2, 14 s.

[2] A. de Waal, *Roma Sacra* 43 ss.

[3] *Die Chronologie der altchristlichen Literatur* I 244, nota 2. Acerca del *año* en que Pedro salió de Jerusalén emite Harnack (ib. 244) el siguiente juicio: «Herodes murió el año 44, después de obtener el año 41 Judea y Samaria del emperador Claudio. La ida de Pedro "a otro lugar" cae, por consiguiente, entre el 41 y el 44; es decir, que por este lado nada se puede objetar a la fecha del "42". La antigua tradición pisa en terreno firme, y nada obsta para que se la tenga por histórica».

[4] Acerca de la estancia de Pedro en Roma cfr. Jos. Schmid, *Petrus in Rom* (Lucerna 1879); Esser, *Des hl. Petrus Aufenthalt, Episkopat und Tod zu Rom* (Breslau 1889); *ZKTh* 1878, 207; 1880, 170; 1902, 33 225; también Hans Lietzmann, *Petrus und Paulus in Rom. Liturgische und archäologische Studien* (Bonn 1915). El sabio protestante Lietzmann (l.c. pág. 171) concluye: «En suma, todas las fuentes antiguas de hacia el año 100 se tornan claras y fáciles de comprender, se ajustan y concuerdan, de admitir lo que claramente parecen indicar dichas fuentes: *que Pedro moró en Roma* y sufrió en la misma ciudad el martirio. Toda otra hipótesis acerca del fin de Pedro acumula dificultades sobre dificultades y no tiene en su favor ni una sola fuente. No comprendo cómo en vista del estado de la cuestión se pueda vacilar». Recojamos también la interesante confesión de Harnack *(Die Chronologie der altchristlichen Literatur* I 244, nota 2) acerca del **Martirio** de Pedro en Roma: «El martirio de Pedro en Roma se ha impugnado primero por prejuicios protestantes tendenciosos, luego por prejuicios de la escuela crítica de las tendencias. En ambos casos el error ha sido provechoso para el esclarecimiento de verdades históricas importantes, ha prestado, por consiguiente, sus servicios. Para todo investigador que no esté obnubilado, es hoy evidente que ello fué un error. Todo el aparato crítico con que Baur combatió la antigua tradición, se considera hoy con razón como desprovisto de valor». Véase también Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste* I 233. Acerca del **Sepulcro de san Pedro** véase núm. 691. Böminghaus, *Vom Grabe des hl. Petrus: Funde und Feinde,* en *StZ* 95 (1918), 251-267. Kneller defiende en *ZKTh* 1902, 33 225 s. (contra Lightfoot y Harnack) que san Pedro fué **obispo** de Roma.

[5] I *Petr.* 5, 13; véase núm. 722.

[6] Núm. 513.

[7] Cfr. *Philipp.* 4, 3; Clem., *Epist. 1 ad Cor.* c. 5.

[8] Ignat., *Epist. ad Rom.* c. 5.

plantada por Pedro y Pablo, los cuales murieron allí martirizados [1]. *Tertuliano,* en su hermoso libro *De praescriptione haereticorum* (c. 36), que compuso hacia el 200 siendo todavía ortodoxo, ensalza a Roma por «la dicha de haber en ella derramado los apóstoles su doctrina y su sangre, por haber en ella padecido Pedro una muerte semejante a la del Señor y haber sido Pablo coronado con el género de muerte de Juan el Bautista». «Lo mismo dicen por la misma época *san Ireneo* [2] y el sacerdote romano *Cayo* [3], y a mediados del siglo III, Clemente Alejandrino, san Hipólito, Orígenes y san Cipriano; nunca han hablado de otra manera los santos Padres, *nunca la iglesia ha sabido otra cosa.*

618. También se cree hoy poder determinar con certeza *en qué parte* de la ciudad eterna *ejerció* san Pedro *el apostolado.* El invierno de 1887 a 1888 se hicieron grandes excavaciones en las catacumbas de santa Priscila, situadas en la Via Salaria, cuyo origen se remonta a los tiempos apostólicos. Halláronse algunas inscripciones de los siglos I y II, en las cuales se lee el nombre de Pedro. *Petrus* no era nombre propio ni de griegos ni de romanos; además, no se le ha encontrado en ninguna otra catacumba. De estas y otras razones [4] se colige ser el *Coemeterium Priscillae* donde Pedro bautizaba y ejercía el apostolado.

619. La fundación de la Iglesia de Roma por san Pedro y el martirio del Príncipe de los apóstoles en la misma ciudad han sido causa de que desde el principio se reconociera la **primacía de la iglesia romana** sobre todas las demás del orbe, y de que siempre se viera en el obispo de Roma la cabeza de toda Iglesia, por ser el sucesor de san Pedro en la silla episcopal de Roma. *San Ireneo* [5] la llama «la mayor, la más antigua y conocida de todas, fundada y establecida en Roma por los dos gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo,... con la cual deben de estar de acuerdo todas las iglesias a causa de la superior preeminencia». *San Cipriano* [6] ve en ella «la primera y más ilustre sede episcopal, la iglesia,... de la cual toma su origen la unidad del sacerdocio,... cuya fe ensalzó el Apóstol (Pablo), y en la cual no puede tener entrada la herejía». Y *san Ignacio* († 107 d. Cr.) [7] saluda a «la iglesia (de Roma) que ha conseguido la misericordia en la grandeza del Padre altísimo y de su Hijo único Jesucristo; a la iglesia llena de caridad e iluminada en la voluntad del que quiere todas las cosas conforme a la caridad de Jesucristo, nuestro Dios; (a la iglesia) que preside en la ciudad de los romanos, digna de Dios; (a la iglesia) digna de alabanza y prosperidad, la que preside la caridad (la cristiandad) adornada con el nombre de Cristo y del Padre». Pero mejor que todas estas sentencias demuestran los *hechos* ciertos de los tres primeros siglos — sobre todo tomados en conjunto —, que el obispo de Roma de siempre tuvo y ejerció el primado entre los obispos de la Cristiandad [8].

---

[1] Cfr. Eusebio, *Hist. eccl.* 2, 25. [2] *Haer.* 3, 1 1. [3] En Eusebio, l c.

[4] Más detalles en Marucchi, *Guida del cimitero di Priscilla continente uno studio sulla primitiva Sede di S. Pietro in Roma* (Roma 1903); el mismo, *La basilica papale del cimitero di Priscilla* (Roma 1908) 90 ss. Scaglia, *S. Petri primatus et praerrogativae ex archaeologiae testimoniis* (Roma 1910). También De Waal comparte esta opinión en su artículo: *Ubi Petrus baptizabat (RQ* 1908, 42 ss.); véase también *ZKTh* 1909, 792 ss. [5] *Haer.* 3, 3, 2. [6] *Epist.* 59.

[7] Ignat. *Ad Rom.* c. 1.; cfr. también el hermoso pasaje de san León Magno, *Sermo 1 in Natali Apostol. Petri et Pauli,* en el Oficio del 29 de junio, *lect.* 4 ss.

[8] A los que niegan a la Iglesia Católica el derecho de deducir de la estancia de Pedro en Roma y de su martirio en la misma ciudad «el dogma del primado de los obispos de Roma como sucesores de Pedro en la sede romana», oponemos las palabras del conocido teólogo protestante Ricardo Lipsius de Jena († 1892), uno de los más fervientes defensores de la estancia del Príncipe de los apóstoles en Roma: «Si alguna vez el pie del Príncipe de los apóstoles pisó la Ciudad Eterna, no lo hizo como simple peregrino; sino fué allí en virtud de su autoridad apostólica, y su martirio en tiempo de Nerón constituye el término glorioso de su ministerio entre los romanos. Y si, como afirman muchos aun entre los protestantes, el episcopado es institución directamente apostólica, no parece tan

III. Apostolado de san Pablo. Conversión de los pueblos gentiles

148. Primer viaje apostólico de san Pablo a Chipre y a las ciudades del sur del Asia Menor[1]

(45-49 d. Cr.)

(*Act.* cap. 13 y 14)

1. Misión y consagración de Pablo y Bernabé. 2. Su apostolado en Chipre; conversión del procónsul Sergio. 3. En Perge de Panfilia regresa Juan Marcos a Jerusalén. 4 Predicación en Antioquía de Pisidia; fruto de la predicación; persecución de los judíos. 5. Predicación y milagros en Iconio; persecución; frutos. 6. Curación de un cojo en Listra de Licaonia; entusiasmo del pueblo; discurso de Pablo; lapidación de Pablo. 7. Predicación en Derbe de Licaonia. 8. Regreso a Antioquía de Siria.

620. Había en la Iglesia de Antioquía varios profetas y doctores[2]; entre ellos Bernabé, Simón, llamado el Negro, Lucio de Cirene[3], Manahén, colactáneo del tetrarca Herodes[4], y Saulo. Mientras estaban un día ejerciendol as funciones de su ministerio delante del Señor[5] y ayunando[6],

---

absurda la pretensión de la iglesia romana de hacer comenzar la serie de sus obispos en el Apóstol Pedro» (*Jahrbuch für prot. Theologie* [Leipzig 1876] 562). Acerca de las interpretaciones artificiales que se han excogitado para explicar *naturalmente* el primado (la preponderancia política de Roma, la posición religiosa de Roma pagana, la magnitud y la potencia económica de la ciudad), cfr. Mausbach, *Kernfragen chistlichen Welt- und Lebensanschauung 103 ss.*

[1] El recorrido de este viaje misional fué de unas 600 horas (2500 Km), ni siquiera la mitad de uno de los siguientes (cfr. el mapa del texto). Es cierto que ya entonces había excelentes vías de comunicación en Siria, Asia Menor, Macedonia, Grecia, Italia, etc. (más detalles acerca de esto en Felten, *Ntl Zeitgeschichte* II 449 ss.); mas II *Cor.* 11, 25-28 nos permite entrever las muchas dificultades que tuvo que vencer en sus viajes el Apóstol de las gentes y las fatigas que hubo de padecer. *En la elección* del camino se dejó guiar sin duda el Apóstol por la existencia de sinagogas judías que pudiese haber en cada lugar; pues para acercarse a los gentiles «temerosos de Dios» (prosélitos) era preciso, por lo general, pasar por la sinagoga; vide. *Act.* 13, 5 14; 14, 1; 17,2 10 17; 18, 4; 19, 8. Acerca de los viajes apostólicos de san Pablo v. también A. Steinmann, *Die Welt des Paulus im Zeichen des Verkehrs* (Braunsberg 1915); Meffert, *Das Urchristentum. Apologetische Abhandlungen,* 1.ª parte (Gladbach 1920); Freytag, *Die Missionsmethode des Weltapostels Paulus,* en *ZM* II 114; Meinertz, *Gedanken über die paulinische Missionstätigkeit im Hinblick auf den Weltkrieg,* ibid. V 285; K. Pieper, *Zur religiösen Physiognomie des urchristl. Missionsgebietes,* ibid XI 1 ss.; el mismo, *Die missionarische Persönlichkeit des Weltapostels,* ibid. XI 193.

[2] «Profetas» eran aquellos que habían recibido el carisma de profetizar y hablar inspirados por Dios; «doctores», los que tenían dotes particulares para instruir a los demás en las verdades cristianas. El profeta era también doctor; pero no todo doctor era profeta. Cfr. también p. 531, nota 5.

[3] Era seguramente uno de los fundadores de la comunidad étnico-cristiana de Antioquía, de los cuales se habla en *Act.* 11. 20 (núm. 602). Acerca de Cirene cfr. p. 408, nota 2.

[4] El «tetrarca» es Herodes Antipas (cfr. núm. 39, 88, 112, 176, 393). Manahén era colactáneo de Herodes, es decir, su madre fué ama de leche de Herodes; la palabra griega puede también significar «colega», «camarada», o en general «familiar», «confidente» (Deissmann, *Bibelstudien* 179-181).

[5] Un día, al ofrecer a Dios *el santo sacrificio;* pues no otra cosa significa en el uso de la cristiandad primitiva la palabra «liturgia»: culto, especialmente «sacrificio», por ser el sacrificio la parte esencial de todo culto. Nótese también que dice: «al Señor».

[6] Habíanse preparado con ayunos para aquel día señalado por Dios para un fin especialmente santo. El fin era averiguar la voluntad divina en lo tocante a la propagación del Evangelio. Pues el ayuno eleva el espíritu de lo terreno y lo inclina al trato con Dios

díjoles el Espíritu Santo[1]: «*Separadme a Saulo y a Bernabé para la obra* (de la misión de los gentiles) a que les tengo destinados». Y después de haberse dispuesto con ayunos[2] y oraciones, les impusieron las manos[3] (en presencia de la comunidad congregada) y los despidieron.

621. Enviados así por el Espíritu Santo, fueron a (la ciudad marítima de) *Seleucia*[4], desde donde navegaron a *Chipre*. Y llegados a Salamina, predicaron la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos, teniendo consigo a Juan, que les ayudaba como diácono. Recorrida toda la isla hasta Pafos, encontraron a cierto judío, mago y falso profeta, llamado Barjesús, el cual estaba en compañía del procónsul[5] *Sergio Paulo*, hombre inteligente. Este procónsul, habiendo hecho llamar a sí a Bernabé y a Saulo, deseaba oír la palabra de Dios. Pero Elimas, el Mago[6] — que eso

---

y con las cosas celestiales (cfr. pág. 248, nota 3). Ya en el Antiguo Testamento, cuando un particular o todo el pueblo trataban de algo importante o de tomar alguna resolución, se preparaba antes con ayunos (II *Par.* 20, 3 4. I *Esdr.* 8, 21 II *Esdr.* 1, 4. *Esth.* 4, 16).

1 A saber, mediante inspiración interior a uno o varios de estos varones.

2 Para prepararse a administrar debidamente la consagración de los dos escogidos, y disponer a éstos a recibirla dignamente. Desde el papa Gelasio I (492-496) son las *Témporas* días especialmente señalados para las Ordenes Sagradas. Sólo en virtud de facultades especiales pueden los obispos por razones de utilidad ordenar en otras épocas.

3 La imposición de las manos precedida del ayuno y acompañada de la oración no tenía carácter exclusivamente deprecatorio, como opinan algunos, entre otros Suárez y Estius; era también un acto «consecratorio». Saulo y Bernabé fueron consagrados *Obispos*. Desde este instante comienzan también ellos a consagrar «presbíteros» (sacerdotes, obispos) mediante la imposición de las manos y la oración, y los ponen al frente de las comunidades fundadas por ellos (cfr. *Act.* 14, 22).

4 *Seleucia*, llamada también Seleucia Pieria, por estar situada al pie del monte Pieria, y también Seleucia Marítima (cfr. I *Mach.* 11, 8), para distinguirla de la Seleucia del Tigris y de otras ciudades del mismo nombre, estaba 6 horas (25 Km) al sur de Antioquía. Fué edificada (o por lo menos ampliada y fortificada) hacia el 300 a. Cr. por Seleuco Nicátor en la ladera de un monte; era una de las ciudades marítimas más importantes y fortaleza principal de Siria, y se tenía por inexpugnable. Pompeyo le otorgó la independencia. Sus obispos, cuyas firmas aparecen en las actas de algunos Concilios, dependían del patriarca de Antioquía. Solamente ruinas dan hoy testimonio del antiguo esplendor de la ciudad.

5 Los *Hechos* dan a Sergio Paulo, gobernador de la isla, el título de «procónsul»; de donde se echa de ver que Lucas conocía muy bien la historia de la administración romana. Las provincias romanas (exarquías, *Act.* 23, 34) se dividían desde los tiempos de Augusto en provincias *imperiales* y provincias *senatoriales*. Las primeras estaban bajo la dependencia del César en calidad de general en jefe de las tropas, y eran gobernadas por un propretor o legado nombrado por el César para tiempo indefinido; correspondíale al propretor el mando de las fuerzas militares de la provincia, y por consiguiente, según el número de legiones que en ella hubiese, tenía a su lado jefes subalternos de las legiones, nombrados por el senado *(legati legionum)*. En señal de su dignidad, les precedían cinco lictores, y llevaban espada y bandas de general. Para la parte económica tenían procuradores, es decir, consejeros de hacienda elegidos de la nobleza, y para la administración de justicia, consejeros jurídicos nombrados por el emperador. Las provincias *senatoriales* no necesitaban protección militar especial y estaban administradas civilmente por un procónsul; el cargo duraba un año. Para administrar justicia, el procónsul mismo nombraba consejeros jurídicos, *legati iuridici*. La clasificación de las provincias en imperiales y senatoriales estaba sujeta a frecuentes cambios por las exigencias mismas de la defensa militar. *De Chipre consta que por aquél entonces era provincia senatorial, o sea, que estaba gobernada por un procónsul.* Además, las inscripciones atestiguan que Sergio Paulo tenía tal dignidad; pues una inscripción hallada en Chipre el año 1877 dice: «siendo Sergio Paulo procónsul». Su proconsulado en Chipre acabó a más tardar en abril del 46 (cfr. pág. 511, nota 3 y Felten, *Die Apostelgeschichte* 254; Kellner en *Kath* 1888 I 389; Zahn, *Einl.*[3] 645 s.).

6 En la civilización hebreo-fenicia, «Elimas» venía a significar «astrólogo»; cfr. Grim

significa el nombre — se les oponía, procurando apartar de la fe al procónsul. *Mas Saulo, que también se llama Pablo* [1], lleno del Espíritu Santo, clavando en él sus ojos, le dijo: «¡Oh hombre lleno de toda suerte de fraudes y embustes, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás nunca de torcer los caminos rectos del Señor? [2] Pues mira: desde ahora la mano del Señor descarga sobre ti, y quedarás ciego sin ver la luz del día, hasta cierto tiempo». Y al momento oscuridad y tinieblas cayeron sobre sus ojos; y andaba buscando a tientas quién le diese la mano. Y el procónsul, visto lo sucedido, abrazó la fe maravillándose de la doctrina del Señor [3].

622. Chipre [4] es la isla mayor de la región oriental del Mediterráneo, en el ángulo formado por los litorales de Siria y de Asia Menor, distante de ambos unos 100 Km. En cuanto a la superficie y población, los datos son muy discordes. Según las tablas de Hübner (1909), alcanza una extensión de 9282 Km² y tiene 256556 habitantes, de ellos 184000 cismáticos griegos, unos 50000 mahometanos, cerca de 2000 latinos, 800 maronitas y 180 armenios. Fué célebre antiguamente por su extraordinaria fertilidad y por su comercio; pero también de muy mala fama por el culto inmoral de Afrodita (Cipris, Cipria) que se decía haber nacido allí del mar. De Chipre eran oriundos *Bernabé* y el joven *Mnasón* [5]. Pronto dió frutos la semilla que allí sembraron los judío-cristianos huídos de Jerusalén [6], pues fieles de Chipre fueron los que principalmente anunciaron el Evangelio en Antioquía [7]. En el siglo IV encontramos varios *obispos de Chipre;* uno de los más célebres fué *san Epifanio,* obispo de Salamina, sede metropolitana de la isla, que contaba con dos sufragáneas. La metropolitana de Chipre fué declarada en el Concilio de Efeso (431) independiente del obispo de Antioquía. En la tercera Cruzada (1191), Ricardo Corazón de León conquistó la isla, que entonces pertenecía al imperio bizantino, pero la entregó por 100000 ducados al rey Guido de Lusignan, destronado de Jerusalén por el Sultán Saladino. Al caer Acre en poder del enemigo, los Caballeros de san Juan de Acre embarcaron para Chipre. El año 1373 se apoderaron de la isla los genoveses, la cual en 1489 pasó al poder de la república veneciana, y en 1571 fué conquistada por Selim II, tras heroica resistencia. Antes de la con-

---

me en *Kölnische Volkszeitung* núm. 75, del 25 de enero de 1909, y Schreiber en *ThG* I (1909) 184 ss. El título de «ulema» que hoy se da entre los turcos a los teólogos y juristas tiene indudablemente la misma raíz que «Elimas».

[1] San Jerónimo y otros sostienen que *Saulo cambió aquí su nombre por el de Pablo* (Paulo) en honor del procónsul Sergio Paulo, pues desde este momento (*Act.* 13, 9) le llama Lucas siempre Pablo, y el mismo Apóstol no se da a sí mismo otro nombre. San Agustín opina (*Sermo* 315, 5 y en otros lugares) que el Apóstol tomó el nombre de Pablo (es decir, «pequeño») por humildad. Pero la explicación más natural es que Saulo, como ciudadano romano ingenuo, tenía, además del nombre judío, el greco-romano Paulos o Paulus. Y como desde este momento comienza a ejercer su ministerio en el mundo greco-romano, usa con preferencia el nombre de Pablo.

[2] Es decir, presentar como error la verdad del Cristianismo mediante objeciones falaces e impugnar los designios de Dios dirigidos a la salud de los hombres. Elimas peca contra la luz de la eterna verdad; por eso es castigado con ceguera corporal.

[3] «La ceguera de Elimas abrió los ojos del procónsul» (Felten l. c. 256). El Martirologio Romano dice de Sergio Paulo el 22 de marzo que, según tradición, fué más tarde consagrado obispo de Narbona, donde se dedicó con ardor a la predicación del Evangelio, e, ilustre por sus milagros, subió al cielo.

[4] Cfr. Luigi Palma di Cesnola (de 1869 a 1879 cónsul americano en Larnaka, Chipre) *Cypern, seine alten Städte, Gräber und Tempel.* Versión alemana de L. Stern (Jena 1879); Franz Löher, *Cipern,* etc. (Stuttgart 1878); *HL* 1914, 52 s.

[5] *Act.* 4, 36; 21, 16; núms 549 y 666.

[6] *Act.* 8, 1; 11, 19; núms. 570 y 602.

[7] Cfr. *Act.* 11, 19 ss.; núm. 602.

quista turca tenía la isla 2 millones de habitantes, todos católicos, y 860 aldeas. Bajo la dominación de los turcos la isla cayó en indecible postración. A raíz de la guerra ruso-turca de 1877, fué encomendada a la administración inglesa por el tratado de 4 de junio de 1878 entre Inglaterra y Turquía; en 1914 quedó anexionada al imperio británico.

623. *Salamina* era una ciudad marítima importante, situada en la costa oriental de Chipre, unos 200 Km. al sur de Seleucia; fué antiguamente residencia de reyes poderosos. Más tarde se llamó Constancia, en honor de Constantino el Grande, que la reedificó después de un terremoto. Allí estuvo la sede del metropolitano. En ella se dice haber padecido el martirio san Bernabé; descubrióse su sepulcro en tiempo del emperador Cenón (474 491), y en su pecho se halló una copia del Evangelio de san Mateo.

Pafos, en el extremo sudoeste de la isla, a unas 20 millas (150 Km.) de Salamina, ***residencia del procónsul romano,*** era una ciudad floreciente, próxima a la Antigua Pafos (Palepafos), que celebra Homero por haber en ella un templo dedicado a Venus. Algunos terremotos destruyeron la ciudad; pero siempre volvió a levantarse rápidamente, y se ha conservado hasta nuestros días con el nombre de Baffo [1].

624. Pablo y sus compañeros, habiéndose hecho a la vela desde Pafos, aportaron a Perge de *Panfilia* [2]. Aquí Juan, apartándose de ellos, se volvió a Jerusalén [3]. Pablo, empero, y los demás, sin detenerse en Perge, llegaron a *Antioquía de Pisidia* [4], y entrando el sábado en la sinagoga, tomaron asiento (en los bancos destinados a los extranjeros). Después que se acabó la lectura de la Ley y de los Profetas [5], los jefes de la sinagoga los convidaron, enviándoles a decir: «Hermanos, si tenéis alguna cosa de edificación que decir al pueblo, hablad». Entonces Pablo, puesto en pie, y haciendo con la mano una señal, dijo:

625. «¡Varones israelitas, y vosotros los que teméis al Señor, escuchad! El Dios del pueblo de Israel eligió a nuestros padres, y engrandeció a este pueblo, mientras habitaban como extranjeros en Egipto, de donde los sacó con

---

[1] Acerca de la situación *religiosa* en Chipre cfr. *KM* 1899, 51 ss.; Schwager, *Die Orientmission* (Steyl 1908) 251.

[2] **Panfilia,** región cruzada de cadenas de colinas, estaba en la costa meridional de Asia Menor, confinando por el este con Cilicia, patria de san Pablo, por el norte con Pisidia, y por el oeste con Licia. — *Perge*, distante de Pafos (Chipre) unos 280 Km., estaba a orillas del Cestros, a 12 Km. de la desembocadura de este río en el Mediterráneo, y tenía un buen puerto. Próximo a la ciudad se veneraba en una colina un antiguo templo consagrado a Artemis o Diana. — *Atalia,* del rey Atalo II Filadelfo (159-138 a. Cr.), era una ciudad marítima, 50 Km. al oeste de Perge; allí desembocaba en el mar el río Catarractes, no lejos de los límites de Licia. Llámase hoy Satalye (Adalia), y tiene 3000 habitantes y un obispo griego.

[3] Según san Crisóstomo, por falta de valor; según otros, por el desasosiego que le producía recibir a los gentiles; en todo caso, contra la voluntad de los apóstoles, especialmente de Pablo (cfr. *Act.* 15, 38). Sin embargo, pronto volvió a misionar con Bernabé, y más tarde le encontramos con san Pablo (cfr. *Act.* 15, 39; *Col.* 4, 10; *Philipp.* 24; II *Tim.* 4, 11).

[4] **Pisidia,** región situada al norte de Banfilia y separada de ella por la cordillera del Taurus, tomó el nombre de una tribu valiente y rapaz que moraba en las alturas del Taurus, la cual fué conquistando ciudades importantes de la llanura y formando pequeños Estados. Reducidos por los romanos a su antigua morada, se han conservado los pisidios hasta el día de hoy como pueblo salvaje e inconquistable. — Entre las ciudades de Pisidia descollaba *Antioquía,* cuyas ruinas se ven hoy junto a Yalobadsch. Los restos de un grande teatro y de un templo y multitud de ruinas de mármol hablan de su grandeza. También hay restos de una antigua iglesia.

[5] Cfr. pág. 164, nota 5.

el poder de su brazo. Los alimentó por espacio de cuarenta años en el desierto; y destruídas siete naciones del país de Canaán, les distribuyó por suerte las tierras de ellas unos cuatrocientos cincuenta años después. Luego les dió Jueces hasta el profeta Samuel, en cuyo tiempo pidieron rey. Y dióles Dios a Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, por espacio de cuarenta años. Y removido éste, les dió por rey a David, a quien dió testimonio diciendo: "He hallado a David, hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos". Del linaje de éste ha hecho nacer Dios, según su promesa, a un salvador de Israel, a Jesús, habiendo predicado Juan, antes de su venida, el bautismo de penitencia a todo el pueblo de Israel. El mismo Juan, al terminar su carrera, decía: "Yo no soy el que vosotros imagináis; pero mirad, después de mí viene uno a quien no soy yo digno de desatar las sandalias de sus pies".

Ahora, pues, hermanos míos, hijos de la prosapia de Abraham, y vosotros (prosélitos) temerosos de Dios, a vosotros es enviada la palabra de salvación. Porque los habitantes de Jerusalén y sus jefes, desconociendo a éste (Jesús) y las profecías que se leen todos los sábados, las cumplieron procesándole y pidiendo a Pilatos que le quitase la vida, por más que no hallaban causa alguna de muerte Y después de haber ejecutado todas las cosas que de él estaban escritas, descolgándole de la cruz, le pusieron en el sepulcro. Mas Dios le resucitó de entre los muertos al tercer día. Y se apareció durante muchos días a aquellos que con él habían venido de Galilea a Jerusalén, los cuales hasta el día de hoy están dando testimonio de él al pueblo. Nosotros, pues, os anunciamos que la promesa hecha a nuestros padres Dios la ha cumplido para nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús, en conformidad con lo que se halla escrito en el Salmo segundo: "Tú eres mi Hijo, yo te di hoy el ser". Y para manifestar que le ha resucitado de entre los muertos para nunca más morir, dijo así: "Yo cumpliré fielmente las promesas juradas a David" (*Is.* 55, 3). Y por eso mismo dice en otra parte (*Ps.* 16, 10): "No permitirás que tu Santo experimente la corrupción". (Este Santo no puede ser otro que el Mesías); pues David, después de haber cumplido en su tiempo los designios de Dios, cerró los ojos y fué sepultado con sus padres, y padeció la corrupción como los demás. Pero aquél a quien Dios ha resucitado de entre los muertos, no ha experimentado ninguna corrupción.

Ahora, pues, hermanos míos, tened entendido que por medio de éste se os ofrece la remisión de los pecados; y de todas las manchas de que no habéis podido ser justificados en virtud de la Ley mosaica [1], *todo aquél que cree en él es justificado* [2]. Por tanto, mirad no recaiga sobre vosotros lo que se halla dicho en los Profetas: "Reparad, menospreciadores, asombraos y quedad desolados; porque yo voy a ejecutar una obra en vuestros días, obra que no acabaréis de creerla por más que os la cuenten"» [3].

---

[1] Las ceremonias y los sacrificios allí dispuestos no tenían en sí virtud expiatoria, sino sólo en cuanto que eran figuras del sacrificio perfectísimo de Jesucristo. Mas una vez aparecida la salud en Cristo, sólo la fe en él puede salvar.

[2] Todo aquél que cree en Cristo, Redentor divino del linaje humano, y en todo cuanto ha ordenado para nuestra salvación, si viviere conforme a esa fe (cfr. núm. 326).

[3] Estas palabras están tomadas de *Habac.* 1, 5. El profeta alude en ellas a la destrucción de Jerusalén y del Templo por los babilonios, y dice al mismo tiempo que los israelitas, para perdición suya, no dan fe a la profecía. El Apóstol da con ello a entender cuánto más funesto haya de ser para los judíos permanecer incrédulos y rechazar la admirable obra salutífera de Jesús, que él les anuncia. — En este discurso ante la sinagoga de Antioquía de Pisidia tenemos el primer sermón de Pablo que se nos haya transmitido por escrito; naturalmente, no es un estenograma, pero tampoco libre invención del historiador (cfr. núm. 533); podemos, pues, deducir de él la manera cómo desarrollaba san Pablo su oratoria ante los judíos. El contenido es claro y transparente. Pablo muestra 1, cómo Dios ha guiado al pueblo escogido hasta Jesús; 2, la mesianidad de Jesús; 3, la necesidad de la fe en Jesús.—Pablo tomó pie sin duda de la lectura que acaba de hacerse de la Ley y de los Profetas; opinan algunos que la lectura de aquel día fué *Deut.* 1 e *Is.* 1; cfr. también Pieper, *Das Kerygma des hl. Paulus*, en *KK* I (1918) 223 ss.

626. Al tiempo de salir (Pablo y Bernabé) de la sinagoga, les suplicaban que al sábado siguiente les hablasen de nuevo del mismo asunto. Despedido el auditorio, muchos de los judíos y de los prosélitos temerosos de Dios siguieron a Pablo y Bernabé, los cuales les exhortaban a perseverar en la gracia de Dios (que comenzaba a obrar en ellos). El sábado siguiente casi toda la ciudad concurrió a oír la palabra de Dios. Pero los judíos, viendo tanto concurso, se llenaron de envidia, y contradecían con blasfemias a todo lo que Pablo predicaba. Entonces Pablo y Bernabé con gran entereza les dijeron: «A vosotros debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas ya que la rechazáis y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos a predicar a los gentiles; que así nos lo tiene ordenado el Señor: "*Yo te puse por lumbrera de las naciones,* para que seas la salvación de todas hasta el cabo del mundo"» [1]. Oyendo esto los gentiles, se regocijaban y glorificaban la palabra de Dios; y creyeron todos los que estaban destinados para la vida eterna [2]. Así la palabra del Señor se esparcía por todo aquel país. Los judíos, empero, instigaron a varias mujeres devotas y de distinción y (mediante ellas) a los hombres principales de la ciudad, y promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé y los echaron de su territorio. Pero éstos, sacudiendo contra ellos [3] el polvo de sus pies, se fueron a *Iconio* [4]. Y los (nuevos) discipulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo [5].

627. Estando ya en *Iconio,* entraron (Pablo y Bernabé) de igual suerte en la sinagoga de los judíos; y hablaron en tales términos, que se convirtió una gran multitud de judíos y de gentiles [6]. Pero los judíos que

---

[1] Así habla Dios al Mesías en *Is.* 49, 6. La cita encierra la plena justificación del proceder del Apóstol frente a los judíos; los apóstoles son los que, según los decretos divinos, han de realizar esta profecía; de ahí aquellas palabras: «Así *nos* lo tiene el señor mandado...». Y como en esta coyuntura, así por lo regular ha ido después sucediendo. Primero predicaron los apóstoles a los judíos, al pueblo escogido, convirtiendo a los que se dejaban convencer. Mas encontrando luego invencible resistencia en los demás judíos, volviéronse a los gentiles, lo cual acarreó la persecución de aquéllos. Ello no obstante, fundaron por todas partes comunidades cristianas.

[2] Es decir, primero a la fe cristiana que conduce a la vida eterna. Interpretado el pasaje en unión con el vers. 46 (sobre todo si se atiende al original griego), significa: Los judíos se indispusieron por su propia culpa para la fe que conduce a la vida eterna; los gentiles se dispusieron *bien* (en griego *tetagmenoi)* a ella, y creyeron.

[3] Acción simbólica, para expresar que rompen la comunidad con ellos; cfr. núms. 173 y 220 *(Matth.* 10, 14; *Luc.* 9, 5).

[4] *Iconio*, 130 Km. al sudeste de Antioquía, está situada en una fértil campiña de la base del Taurus, junto a un pequeño lago. Lucas, que señala a Perge en Panfilia (13, 12), a Antioquía en Pisidia (13, 14), a Derbe y Listra en Licaonia (14, 6), de Iconio no nos da indicación geográfica alguna. Por aquél entonces era Iconio políticamente la capital de Licaonia; etnológicamente, era una ciudad frigia (Bludau en *Kath* 1907 II 92 s.). Llámase hoy *Konia*, tiene 45000 habitantes (el 89 °/₀ mahometanos) y es el término del ferrocarril de Anatolia y el principio del de Bagdad; tiene una iglesia griega y otra armenia, amén de muchas mezquitas. Los PP. Asuncionistas fundaron en Konia una estación misional que está cada día más floreciente; cfr. *HL* 1915, 171 s. 229 ss.

[5] Es decir, llenos de los dones y frutos del Espíritu Santo, lo cual era para ellos motivo de santa alegría; cfr. I *Thess.* 1, 6.

[6] Según las *Actas de santa Tecla,* aparecidas hacia el año 180 d. Cr., las cuales son una parte de las *Actas* apócrifas *de san Pablo,* compuestas por un sacerdote de Asia Menor, Iconio fué la patria de una *virgen* llamada *Tecla;* convertida por san Pablo, desdeñó a su prometido, que era pagano, el cual, habiéndose quejado al gobernador, motivó la persecución. Los elogios que los santos Padres dedican a la virgen Tecla hacen suponer

se mantuvieron incrédulos, conmovieron y provocaron a ira los ánimos de los gentiles contra los hermanos. Sin embargo, se detuvieron allí los apóstoles mucho tiempo, hablando libremente (llenos de confianza) en el Señor, que confirmaba la palabra de su gracia con los prodigios y milagros que hacía por sus manos. La población (pagana) estaba dividida en dos bandos: unos estaban por los judíos, y otros por los apóstoles. Y habiéndose amotinado los gentiles y los judíos con sus jefes para ultrajar a los apóstoles y apedrearles, Pablo y Bernabé, sabido esto, se marcharon [1] a Listra y Derbe [2], ciudades de *Licaonia,* y por toda la comarca; y allí predicaron el Evangelio.

628. Había en *Listra* un hombre cojo desde su nacimiento, que por la debilidad de las piernas estaba sentado, y no había andado en su vida. Este oyó predicar a Pablo; el cual fijando en él los ojos, y viendo que tenía fe de que sería curado, le dijo en alta voz: «Ponte derecho sobre tus pies». Y al instante saltó y echó a andar. Las gentes, viendo lo que Pablo acababa de hacer, levantaron el grito diciendo en su idioma licaónico: «Dioses son éstos, que han bajado a nosotros en figura de hombres». Y daban a Bernabé el nombre de Júpiter, y el de Mercurio a Pablo [3], pues éste era el que llevaba la palabra. Y el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba a la entrada de la ciudad, trayendo delante de la puerta toros adornados con guirnaldas, seguido del pueblo, intentaba ofrecerles sacrificios. Lo cual apenas entendieron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgando sus vestidos, rompieron por medio del gentío clamando y diciendo: «Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres mortales, como vosotros, y venimos a predicaros que, dejadas esas vanas deidades, os convirtáis al Dios

---

que, a pesar del silencio de los *Hechos Apostólicos* y del carácter apócrifo de las dichas Actas, no fué una heroína legendaria, sino un personaje histórico, discípula de san Pablo y mártir. Mas no se puede decidir cuáles de sus rasgos sean históricos y cuáles legendarios. En el *Ordo commendationis animae* se dice: «Y como libraste a la bienaventurada Tecla, virgen y mártir, de los más crueles tormentos (fuego, bestias y agua), dígnate librar el alma de tu sierva y darle a gozar a tu lado de los bienes eternos» (cfr. Holzhey, *Die Thekla-Akten. Ihre Verbreitung und Beurteilung in der Kirche* [Munich 1905]; *KHL* II 2341 s.).

[1] Cfr. *Matth.* 10, 23.

[2] **Licaonia,** país de Asia Menor montañoso y apartado, rico en sal y pobre en agua, poco cultivado y de escasa densidad de población, confinaba por el sur con Cilicia, por el oeste con Frigia, por el norte con Galacia, y por el este con Capadocia. — *Listra*, hoy Katun-Serai (*HL* 1915, 228), estaba 40 Km. al sudeste de Iconio y era la ciudad natal de Timoteo (*Act.* 16, 1 2). — *Derbe* era una ciudad pequeña, unos 75 Km. al este de Listra, al pie del Anti-Taurus. De Derbe era oriundo *Gayo,* compañero de san Pablo (*Act.* 20, 4). Un obispo de Derbe asistió al primer Concilio de Constantinopla (381) y al Concilio de Esfeso (431). — En estas dos colonias romanas que habían experimentado la influencia de la civilización griega esperaban los apóstoles cosechar algún fruto.

[3] Al ver los de Listra el milagro de Pablo y Bernabé, pasóles sin duda por la mente la leyenda de Júpiter y Mercurio, hospedados en cierta ocasión en aquel país por Filemón y Baucis (Ovidio, *Metam.* 8, 611 s.); Mercurio era el intérprete elocuente de los dioses, por lo cual acompañaba de ordinario al padre de los dioses cuando éste bajaba a la tierra. Júpiter tenía dedicado un templo extramuros de la ciudad, cuyo título era: «Júpiter extramuros», que se podría cotejar con *San Paolo fuori le mura* (Steinmann). Pablo tenía aspecto más juvenil que Bernabé. — Frente a las tentativas de declarar inventado este episodio partiendo de datos de la *Carta a los Gálatas* (como por ejemplo 4, 14 ss.) y fundándose en la leyenda de Filemón y Baucis, defiende Bludau en *Kath* 1997 II 91 ss. victoriosamente el carácter histórico del mismo.

vivo [1] que ha creado el cielo, la tierra y el mar, y todo cuanto en ellos se contiene. Que si bien en los tiempos pasados permitió que las naciones echasen cada cual por su camino, no dejó con todo de dar testimonio de quién era, haciendo beneficios desde el cielo, enviando lluvias y los buenos temporales para los frutos, dándonos abundancia de manjares y llenando de alegría nuestros corazones» [2]. Aun diciendo tales cosas, con dificultad pudieron recabar del pueblo que no les ofreciese sacrificio [3]. Después sobrevinieron [4] de Antioquía y de Iconio ciertos judíos; y habiendo ganado al populacho, apedrearon a Pablo y le sacaron arrastrando fuera de la ciudad, dándole por muerto [5]. Mas amontonándose alrededor de él los discípulos, levantóse [6] (de súbito) y entró en la ciudad.

629. Al día siguiente marchó con Bernabé a *Derbe* [7]. Y habiendo predicado en esta ciudad el Evangelio y hecho numerosos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía de Pisidia, a fin de fortalecer los ánimos de los discípulos, exhortándoles a perseverar en la fe y (recordándoles) que es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios [8]. *Habiendo establecido presbíteros (sacerdotes), después de orar y ayunar, en cada una de las iglesias* [9], los encomendaron al Señor, en quien habían creído. Y atravesando *Pisidia,* vinieron a *Panfilia;* y anunciada la palabra del Señor en *Perge* [10], bajaron a *Atalia;* y desde aquí se embarcaron para *Antioquía* (de Siria), de donde los habían enviado y encomendado a la gracia de Dios para la obra que acababan de cumplir. Luego de llegados, congregaron la iglesia y refirieron cuán grandes cosas

---

[1] Giros auténticos de san Pablo, cfr. I *Thess.* 1,9.

[2] Discurso magistralmente popular, acomodado a los oyentes paganos. — Ciertamente, Dios no se manifestó a los gentiles de manera *sobrenatural* como al pueblo de Israel, antes permitió hasta cierto punto que se entregasen a los errores y a los vicios. Pero de tener deseo sincero de salvarse, pudieron haberle conocido por medio de la revelación natural, también a ellos concedida (cfr. *Rom.* 1, 19 20; 2, 14 15), y obtener las gracias necesarias para la salvación (cfr. *Ioann.* 1, 5 9; I *Tim.* 2, 4; véase Quirmbach, *Die Lehre des hl. Paulus von der natürlichen Gotteserkenntnis und dem natürlichen Sittengesetz* (Friburgo 1906); Pohle I⁵, 13; Prat I 88.

[3] En Listra ganó san Pablo para la fe a *Timoteo* y a su madre *Eunice* y a su abuela *Loide* (cfr. *Act.* 16, 1; II *Tim.* 1, 5).

[4] No dice el texto cuánto tiempo después del suceso relatado; pero seguramente no fué inmediatamente.

[5] La historicidad del hecho está confirmada por II *Cor.* 11, 25 y II *Tim.* 3, 11.

[6] Curado milagrosamente de todas sus heridas. Pues de otra suerte ¿cómo habría podido Pablo continuar el viaje al siguiente día?

[7] Aquí llegaron los apóstoles a los límites de Cilicia, donde ya antes había misionado san Pablo (núm. 590). Por toda la costa meridional de Asia Menor se extendía una cadena ininterrumpida de cristiandades. Los apóstoles no fueron a Tarso por el camino más breve que les ofrecían *las Puertas de Cilicia,* para ir luego de allí a Antioquía (de Siria), sino que visitaron las comunidades antes fundadas, para darles sólida organización.

[8] Cfr. *Luc.* 26, 26; *Rom.* 8, 17; II *Tim.* 3, 12.

[9] Cfr. Felten, *Die Apostelgeschichte* 279 s. El texto dice: Los apóstoles Pablo y Bernabé «los eligieron (o instituyeron) presbíteros»; no fué, pues, la comunidad quien se los escogió. La elección iba acompañada «de la oración y del ayuno» y se efectuaba mediante la imposición de las manos (como en *Act.* 13, 3 [núm. 620]; I *Tim.* 4, 14; 5, 22; II *Tim.* 1, 6); era un acto litúrgico, una consagración sacramental; cfr. también núm. 605.

[10] Donde los había dejado antes Marcos (núm. 625), y por donde pasaron al regreso sin detenerse.

había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles. Aquí permanecieron bastante tiempo con los discípulos [1].

149. Concilio de Jerusalén

(50 d. Cr.)

(*Act.* 15, 1-35; cfr. *Gal.* cap. 2)

Acerca de la identidad de *Act.* cap. 15 con *Gal.* 2, 1-10, véase núm. 640. Acerca de la *importancia* del Concilio de los Apostóles, véanse núms. 634-638.

1. Ocasión del Concilio. 2. Deliberación: *a)* discusión libre; *b)* discurso de Pedro; libertad de los cristianos procedentes de la gentilidad respecto de la Ley y de la circuncisión; *c)* relato de Pablo y Bernabé; *d)* discurso de Santiago: proposición conciliadora. 3. Acuerdo unánime del Concilio. 4. Traslado del acuerdo a Antioquía.

630. Fueron de Judea (a Antioquía) algunos (discípulos, que habían sido antes judíos), y dijeron a los hermanos de allí: «Si no os circuncidáis según *el rito de Moisés* [2], *no podéis salvaros*». Mas como Pablo y Bernabé tenían no poco que contender y hablar en contra (de aquella gente y su doctrina) [3], se acordó que Pablo y Bernabé y algunos otros fuesen a Jerusalén a consultar con los apóstoles sobre la dicha cuestión [4]. Salieron escoltados por la comunidad e iban atravesando la Fenicia y la Samaria, contando la conversión de los gentiles, con lo que llenaban de grande gozo a todos los hermanos. Llegados a Jerusalén, fueron bien recibidos de la iglesia, de los apóstoles y de los presbíteros; y allí refirieron cuán grandes cosas había Dios obrado por medio de ellos. Mas levantándose algunos de la secta de los fariseos que habían abrazado la fe, dijeron: «Es preciso que (los gentiles que se hacen cristianos) sean circuncidados, y que se les imponga la observancia de la Ley mosaica».

631. Entonces los apóstoles y los presbíteros [5] se juntaron a examinar este punto [6]. Y después de maduro examen, **Pedro** [7] se levantó, y les dijo: «Hermanos, bien sabéis que mucho tiempo [8] hace fuí yo escogido por

---

[1] Aquí les aguardaba una seria contienda por la manera como habían recibido en la Iglesia a los gentiles. Más detalles en el núm. 634 ss.

[2] Si antes no se hacen judíos. Guiados por prejuicios nacionales y religiosos, exigían la observancia de la Ley como *cosa necesaria* para la salvación. Aquellas gentes, que no ostentaban *representación oficial,* eran «*fariseos* (de Jerusalén) convertidos a la fe». como los que luego se nombran (vers. 5); cfr. también *Act.* 15, 24; *Gal.* 5, 2 ss.; Steinmann, *Jerusalem und Antiochien,* en *BZ* VI (1908) 30 ss.

[3] Consideraban como condición esencial para salvarse solamente la *fe* en Cristo.

[4] Pablo va a Jerusalén por tercera vez después de su conversión *(viaje del Concilio),* movido (según *Gal.* 2, 2) por una revelación divina. Los *Hechos de los Apóstoles* hacen resaltar el motivo *externo* del viaje: la misión que la comunidad le encomendara; en la *Carta a los Gálatas* nos dice cuál fuera el motivo *interno;* ambas cosas se concilian perfectamente (núms. 590 y 603). En la compañía del Apóstol se hallaba *Tito,* étnico-cristiano incircunciso; también el Apóstol san *Juan* estaba presente en el Concilio *(Gal.* 2, 1 9).

[5] No se puede demostrar que estuvieran presentes otros apóstoles sino Pedro, Pablo, Santiago y Juan *(Gal.* 2, 9).

[6] Más detalles 634 s. Según los versículos 12 y 22, las deliberaciones siguientes se efectuaron delante de la comunidad reunida en asamblea.

[7] Para pronunciar la sentencia decisiva como cabeza de la Iglesia y presidente del Concilio. «La autoridad preponderante de Pedro se muestra en que propuso y sostuvo la decisión que adoptó el Concilio. Santiago se limitó a adherirse a ella, y luego presentó, como si dijéramos, una enmienda» (Felten, *Die Apostelgeschichte* 289 s.)

[8] Pedro recuerda en su discurso la historia de la conversión del pagano Cornelio, acaecida unos 10 años antes; cfr. núm. 596 ss.

Dios entre nosotros para que los gentiles oyesen de mi boca el Evangelio y creyesen. Y Dios, que penetra los corazones, dió testimonio de esto dándoles el Espíritu Santo del mismo modo que a nosotros. Ni ha hecho diferencia entre ellos y nosotros, habiendo purificado *por la fe* sus corazones [1]. Pues ¿por qué ahora queréis tentar a Dios [2] imponiendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar? [3] Pues nosotros creemos que judíos y gentiles se salvan únicamente *por la gracia* de nuestro Señor Jesucristo» [4]. Calló a esto toda la multitud; y se pusieron a escuchar a Bernabé y a Pablo, que contaban los grandes prodigios y maravillas que por su medio había obrado Dios entre los gentiles [5].

632. Después que hubieron acabado, tomó **Santiago** la palabra y dijo: «Hermanos, escuchadme. Simón os ha manifestado de qué manera por primera vez (en la conversión de Cornelio) ha visitado Dios a los gentiles, a fin de escoger de entre ellos un pueblo para su nombre. Con él están conformes las palabras de los profetas, según está escrito: "Después de estas cosas yo volveré [6] y reedificaré el tabernáculo de David que fué derruido, yo restauraré sus ruinas y lo levantaré, para que busquen y hallen al Señor los demás hombres y todas las naciones sobre las que mi nombre es invocado [7]; así lo dice el Señor que hace estas cosas". Desde la eternidad

---

[1] La fe en Jesús, Hijo de Dios y Redentor del mundo (no la circuncisión, como pretendían los judaizantes), es para los adultos el fundamento de la justificación y el requisito imprescindible del Bautismo, por medio del cual se consigue la purificación (cfr. números 519, 539 ss. y 576).

[2] Puesto que Dios, «que conoce los corazones», no puede engañarse acerca de la aptitud de los hombres para salvarse, y el que mira al corazón, y no a la nacionalidad, ha resuelto el asunto, ¿por qué os resistís a sus decretos y deseáis nuevas decisiones y prodigios? Esto se llama probar si la voluntad de Dios es más fuerte que la de los hombres.

[3] Con esto da a entender Pedro la *importancia de la cuestión;* como que de la supresión de tan pesado yugo depende la conversión del mundo pagano y el libre desenvolvimiento de la Iglesia como reino de Dios lleno de gracia y de verdad. Las leyes de la Antigua Alianza eran muy numerosas, y algunas tan difíciles de cumplir, que apenas era posible la observancia perfecta. Pero de hecho se hicieron insoportables por el sinnúmero de prescripciones farisaicas, establecidas para mejor guardar aquéllas (cfr. núm. 351). No por eso fué inútil o reprobable la Ley, *mientras duró el Antiguo Testamento;* ella *con su rigor* contuvo a los judíos, propensos a la idolatría, y los preparó para Jesucristo; ella despertó la conciencia de la flaqueza y de la propensión al pecado y el deseo de un Redentor; ella condujo a Israel a Cristo *(Gal.* 3, 24), como en el mundo antiguo el «pedagogo» conducía los niños al maestro *(Gal.* 3, 19 ss.; cfr. 708).

[4] Así como Pablo habla tan a menudo en sus *cartas* de la gracia de Jesucristo, que se de la fuente de la salud *(Rom.* 1, 5; 5, 15. I *Cor.* 1, 3. II *Cor.* 1, 2. *Ephes.* 1, 2. *Philipp.* 1, 2), así también Pedro sostiene la igualdad de derechos de los circuncisos y de los incircuncisos, y enseña que todos alcanzan la justificación y la santificación mediante la gracia, supuesta la fe.

[5] Estas grandes maravillas venían a corroborar lo que acababa de decirles Pedro. Pues a los gentiles no les impusieron carga alguna, limitándose a predicarles el Evangelio; mas Dios por medio de aquellos portentos declaraba serle agradable el ministerio de sus apóstoles.

[6] Es decir: «En los tiempos mesiánicos me volveré propicio al pueblo de Israel y restauraré el reino derruído de David, para que hasta los gentiles entren en el reino y se llamen pueblo mío». Este reino de David restaurado es el reino del Mesías, la Iglesia.

[7] Así literalmente *Amos* 9, 11 12; y según el sentido, *Is.* 2, 1 s.; 42, 1; 49, 6; 65, 1, *Mich.* 4, 1 ss. y otros profetas. Los profetas no se referían a una simple restauración de Israel y a la mera conversión de los gentiles al judaísmo con todas sus leyes; antes bien hacían resaltar de manera clarísima que en el reino mesiánico, a diferencia de

tiene conocida el Señor su obra [1]. Por lo cual yo juzgo que no se imponga ninguna carga a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se abstengan de las inmundicias de la idolatría [2], de la fornicación [3], de animales sofocados [4] y de la sangre [5]. Porque en cuanto a Moisés, ya de tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien predica su doctrina en las sinagogas, donde se lee todos los sábados» [6].

633. Oído esto, acordaron los apóstoles y presbíteros con toda la iglesia elegir algunas personas de entre ellos y enviarlas con Pablo y Bernabé a la iglesia de Antioquía: a *Judas,* por sobrenombre Bársabas, y a *Silas* [7], sujetos principales entre los hermanos, remitiendo por sus manos esta carta: «Los apóstoles y los presbíteros, a nuestros hermanos convertidos de la gentilidad, que están en Antioquía, Siria y Cilicia, salud. Por cuanto hemos sabido que algunos que de nosotros fueron ahí sin ninguna comisión nuestra os han alarmado con sus discursos desasosegando vuestras conciencias, habiéndonos congregado, hemos resuelto de común acuerdo escoger algunas personas y enviároslas con nuestros carísimos (hermanos) Bernabé y Pablo, que son sujetos que han expuesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Os enviamos, pues, a Judas y a Silas, los cuales de palabra os dirán también lo mismo (que a continuación escribimos): que **ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros** (inspirados por él) no imponeros otra carga, fuera de estas que son precisas, a saber: Que os abstengáis de manjares inmolados a los ídolos, de sangre, de animal sofocado y de la fornicación [8]. Si os guardáis de estas cosas, viviréis bien (en

la Antigua Alianza, que era la ley del rigor, había de instituirse una nueva ley, la de la gracia, escrita, no sobre tablas de piedra, sino en los corazones.

[1] La vocación de los gentiles entra *ab aeterno* en el plan divino de la Redención.

[2] Refiérese particularmente (según el vers. 29) a comer la carne de las víctimas ofrecidas a los ídolos. Los oferentes solían comer en los templos de los ídolos o en sus propias casas la carne de las víctimas, y no pocas veces la vendían. A los judíos les estaba rigurosamente prohibido comerla (*Exod.* 34, 15); porque de ahí era fácil pasar a la participación en los sacrificios idolátricos y a la idolatría. Razones análogas pudo haber en los étnico-cristianos, recién convertidos; además el comer la carne ofrecida a los ídolos podía ser motivo de *grave escándalo* para los judío-cristianos. En I *Cor.* cap. 8 y 10 (núm. 709, 6) habla Pablo del mismo asunto.

[3] Toda fornicación estaba en sí prohibida a los cristianos, y ni siquiera debía nombrarse entre ellos (*Ephes.* 5, 3). Pero se prohibió de una manera especial a los étnico-cristianos, porque acerca de ella había conceptos muy relajados en el mundo pagano, y la idolatría iba a menudo acompañada de abominaciones de este género. Algunos entienden por «fornicación» los matrimonios entre parientes próximos, prohibidos en *Lev.* 18 y tenidos por incestuosos entre los judíos.

[4] *Lev.* 17, 13. En el *animal sofocado* está todavía la *sangre,* y gustar la sangre se prohibía en la Ley mosaica (*Lev.* 17, 10-12) con todo rigor. La prohibición iba encaminada a inculcar a los judíos que Dios es el dueño absoluto de la vida; pues la sangre se consideraba como el asiento de la vida.

[5] Llámanse «clausulas de Santiago», por haber sido este Apóstol quien las propuso.

[6] Cfr. núm. 118 Santiago lo recuerda para dar a entender cuán necesario sea que los cristianos procedentes del gentilismo respeten las observancias de los cristianos de origen judío.

[7] **Silas** se nombra en el curso de los *Hechos Apostólicos* (15, 40; 16, 19 ss.; 17, 4; 18, 5) como compañero del Apóstol san Pablo. Se admite bastante generalmente la identidad de Silas y Silvano (I *Thess.* 1, 1; II *Thess.* 1, 1; II *Cor.* 1, 19; I *Petr.* 5, 12). Silvano se contrae en Silas (cfr. Bruders, *Die Verfassung der Kirche* 228 s. y 234 s.); Stegmann, *Silvanus als Missionar und «Hagiograph»* (Rotenburgo 1917).

[8] Felten (*Die Apostelgeschichte* 302) llama este decreto «la *Magna charta* de la

paz y unión). Dios os guarde». Despachados, pues, de esta suerte los enviados, llegaron a Antioquía; y congregada la iglesia, entregaron la carta, que fué leída con gran consuelo y alegría. Judas y Silas por su parte, siendo como eran también profetas [1]. consolaron y fortalecieron con muchísimas reflexiones a los hermanos. Y habiéndose detenido allí por algún tiempo, fueron remitidos en paz por los hermanos a los que los habían enviado. (A Silas le pareció conveniente quedarse allí; y así, Judas se volvió solo a Jerusalén) [2]. Pablo y Bernabé permanecieron en Antioquía [3] enseñando y predicando con otros muchos la palabra del Señor.

634. Importancia del Concilio de los Apóstoles. El problema de *la admisión de los gentiles en la Iglesia en sí* no ofrecía duda. Los gentiles podían ser admitidos en el judaísmo como prosélitos, y no había razón para que no lo fueran en el Cristianismo. No otra cosa significaba aquel tan encarecido encargo del Señor a sus apóstoles de ir por todo el mundo predicando el Evangelio a todos los pueblos y a todas las criaturas; y para la evangelización de los gentiles principalmente escogió Dios a Saulo, haciendo de aquel encarnizado perseguidor un apóstol intrépido; con toda claridad y precisión lo habían anunciado desde el principio los profetas para cuando llegase el reino y los tiempos mesiánicos.

635. Pero lo que ahora se discutía era *el cómo y el cuándo* habían de ser recibidos los gentiles; en particular, si no era necesario que primero se hiciesen judíos, para seguir luego de cristianos observando todo el ceremonial judío. Propiamente también esta cuestión estaba ya resuelta. La aparición de Joppe [4] fué para san Pedro la señal de la admisión; allí le fué indicado al mismo tiempo que era llegada la hora de cesar la obligación de la ley ceremonial. Dios confirmó este aviso enviando el Espíritu Santo a las primicias cristianas del gentilismo aun antes de que hubiesen recibido el bautismo, lo cual puso a san Pedro, cabeza de la Iglesia, en condición de tranquilizar a los cristianos que pensaban en judío. El proceder de Pablo y de Bernabé al admitir a los gentiles en el primer viaje

---

libertad de los cristianos de origen pagano frente a las pretensiones judaizantes; un reconocimiento oficial del género de ministerio misional de san Pablo». La parte dogmática se resume en esta proposición: Los cristianos de origen pagano están libres de la circuncisión y de las obras de la Ley. Las cláusulas de Santiago son *leyes disciplinares* de validez limitada, tanto *local* (Antioquía, Siria y Cilicia, cfr. *Act.* 15, 23) como *temporalmente, dadas con el fin de procurar la unión* de todos los cristianos, de origen judío o gentil.— Atestigua asimismo este decreto la creencia auténticamente católica de existir en la Iglesia un magisterio competente que resuelve las cuestiones asistido por el Espíritu Santo.— Acerca del verdadero carácter histórico del decreto, cfr. *RB* 1907, 31 218. Discuten el contenido del decreto: Böckenhoff, *Das apostolische Speisegesetz in den ersten Jahrhunderten* (Paderborn 1903); Six, *Das Aposteldekret. Seine Entstehung und Geltung in den ersten vier Jahrhunderten* (Innsbruck 1912); A. Steinmann, *Apostelgeschichte* 112 ss.; Wickenhauser, *Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswert* (Münster 1912) 215 ss.

[1] Poseían, como Pablo y Bernabé, el don de especial iluminación (cfr. *Act.* 11, 17; núm. 603).

[2] Las palabras: «A Silas le pareció conveniente... a Jerusalén», faltan en los mejores códices griegos (*Sinaiticus, Vaticanus*, etc.) y latinos de la *Vulgata* (*Amiatinus, Fuldensis*, etc.), y parecen glosa aclaratoria de los versículos 33 y 40. De serlo así, Silas partió de hecho para Jerusalén, mas regresó después de algún tiempo a Antioquía (acaso en compañía de Pedro), pues Pablo le tomó de compañero en el segundo viaje apostólico (véase núm. 641). Entonces queda espacio de tiempo suficiente entre el Concilio de los Apóstoles y el segundo viaje apostólico para la disputa de Antioquía relatada en *Gal.* 2, 11 (núm. 639). Véase Meinertz en *BZ* V (1907) 392 ss.

[3] Por esta época sucedió la «disputa de Antioquía entre Pedro y Pablo» (*Gal.* 2, 11 ss.; cfr. núm. 639).

[4] Núm. 597.

apostólico, los milagros y el fruto con que el Señor lo confirmó, eran suficientes para disipar plenamente todas las dudas acerca de la voluntad y de los designios de Dios en este asunto.

636. Pero la cosa no estaba todavía resuelta. Los cristianos que habían pertenecido a la secta de los fariseos eran tan exigentes con los gentiles, que se hacía necesaria una *decisión formal de la Iglesia,* que determinase sin género de duda en qué condiciones podían los gentiles ser miembros de la Iglesia, y qué cosas no se debían exigir de ellos. Tratábase de *una de las cuestiones más importantes* que jamás se presentó en la Iglesia; casi podría decirse que se trataba de la existencia misma de la Iglesia. La Antigua y la Nueva Alianza guardaban íntima conexión entre sí; ambas eran revelaciones de *un* mismo Dios, partes del mismo reino de Dios, unidas en el mismo fundamento y en la misma piedra angular, Cristo Jesús. Pudo, pues, a primera vista parecer que debían continuar los santos usos del Antiguo Testamento, para evitar toda apariencia de que el Nuevo fuera independiente del Antiguo, o pusiera en tela de juicio la pureza y divinidad del mismo. Pero, por otra parte, los ritos legales habían llenado su fin; porque si los consideramos como *valla de separación* entre el pueblo de Dios y los gentiles, debían ya cesar, siendo el Cristianismo para *todos* los pueblos; si los miramos como *figuras,* ya se habían cumplido mediante la realidad; y en cuanto *educadores* del pueblo de Dios para Cristo, habíase logrado ya el fin en los judíos que seguían el llamamiento de la gracia; los gentiles habían sido educados para Jesucristo de otra manera muy distinta, y al parecer opuesta. Habían, por consiguiente, perdido su importancia los ritos judíos; y aun comenzaban a ser peligrosos y críticos para la Iglesia de Cristo, por cuanto los judío-cristianos que profesaban el farisaísmo querían atar a los neoconversos de la gentilidad, no sólo al yugo de la Ley, sino también a todas las interpretaciones farisaicas de la misma, de suerte que la Nueva Alianza nunca hubiera podido desarrollarse como reino de la verdad y de la gracia y propagarse por todo el orbe. El mayor peligro estaba en afirmar que la observancia de la Ley Ceremonial judía *fuera necesaria para salvarse,* con lo cual venía a ponerse en tela de juicio y aun a negarse el valor de la muerte redentora de Cristo (cfr. *Gal.* 5, 4 y 11). ¿Qué hacer en el caso? Dios había declarado suficientemente su voluntad; pero los hombres no querían comprenderla. La suprema autoridad de la Iglesia tenía la palabra para decidir la cuestión de una manera decisiva y que alejase para siempre toda duda.

637. En Antioquía y en Jerusalén se vió que éste era el camino verdadero para resolver definitivamente tan importante cuestión. El mismo san Pablo, aunque consciente de su vocación divina directa y de su autoridad apostólica, no dudó un momento de la idoneidad de este medio. **En el Concilio Apostólico** *dirige* las discusiones *Pedro,* el jefe supremo de la Iglesia. Acerca de la demanda farisaica se abre una *amplia discusión,* cosa muy de notar para conocer la manera cómo la Iglesia ejerce el magisterio infalible: primero agota todos los recursos humanos que conducen a esclarecer el problema; luego falla la sentencia definitiva, *bajo la asistencia del Espíritu Santo.* Así aconteció allí.— Levántase Pedro; recuerda a los presentes que le ha sido encomendada por Dios la misión especial de recibir a los gentiles; observa que la cuestión está ya resuelta por el mismo Dios, pues concede a los gentiles los mismos carismas y gracias que a los judíos; declara por fin que no se debe imponer semejante yugo a los gentiles, puesto que, no por este medio, sino por la gracia de Cristo logran los gentiles y los judíos la bienaventuranza. Con esto queda resuelta la cuestión, y la asamblea se inclina respetuosa ante la autoridad del jefe supremo de la Iglesia. — Entonces Pablo y Bernabé relatan las maravillas que Dios había hecho por su medio entre los gentiles; ello venía a confirmar lo que Pedro acababa de decir. — Por remate se levanta Santiago el Menor; como obispo de la iglesia de Jerusalén, compuesta casi exclusivamente de judío-cristianos, conveníale a él también insistir en el asunto, tanto más cuanto que, conocido como celoso observante de la

Ley, tenía gran prestigio entre los judíos, y sus palabras podían contribuir no poco a apaciguar los espíritus. Confirma lo dicho por Pedro, alegando las profecías, y propone que se escriba en este sentido a los cristianos de Antioquía. — *Este fué el primer Concilio,* el modelo y fundamento de todos los siguientes.

638. A pesar del acuerdo, quedaba todavía un punto por resolver y aclarar: si *a los judío-cristianos les era lícito,* y en qué medida, no observar la Ley Ceremonial judía. En realidad ello estaba también resuelto al declarar Pedro que la *gracia* de Jesucristo, mas no la observancia de la Ley, era el camino único de la salud para los judío-cristianos y para los cristianos procedentes de la gentilidad. Sin embargo, la cosa tenía sus dificultades. Tan aferrados a la Ley estaban los judíos, que a duras penas, o acaso de ninguna manera, podían decidirse a romper con la Ley dada por Dios a sus padres; además, era tal *en Palestina la compenetración de la Ley con la vida política y nacional judía,* que hubiera sido poco menos que imposible desentenderse de su observancia. Ello sólo podía esperarse del curso de los acontecimientos o de alguna intervención superior. De esta manera se evitaba que nadie viera en la conversión de los judíos un pretexto para librarse del peso de la Ley; la Ley fué «sepultada con todos los honores», dice san Agustín [1], y con *la destrucción de Jerusalén* y del Estado judío vino por fin la (completa) emancipación de los cristianos de la Ley Ceremonial judía. No era lo mismo *fuera de Palestina,* donde los más de los cristianos procedían del paganismo; y por queridas que les fueran a los judío-cristianos las leyes de los mayores, parecía, sin embargo, más natural renunciar a las mismas, para hacer posible la fusión de todos en *una* comunidad. Mas si a los judío-cristianos se les exigía la estricta observancia de la Ley, se molestaba a los gentiles, se ponía en tela de juicio la decisión del Concilio de los Apóstoles dada en favor de los mismos, peligraba el dogma mismo de la Redención. Un suceso vino a ponerlo todo en claro, conjurando para siempre el peligro.

639. Disputa de Antioquía entre Pedro y Pablo *(Gal.* 2, 11 ss.) [2]. Luego del Concilio de los Apóstoles fué Pedro a Antioquía, hallándose allí Pablo y Bernabé; y en conformidad con lo definido en el Concilio y según la instrucción que de Dios recibiera, alternaba sin respetos humanos con los cristianos de origen pagano, comiendo y bebiendo a su mesa. Mas como hubiesen venido de Jerusalén algunos cristianos que pensaban en judío, creyó prudente condescender con su debilidad y cortó el trato con los gentiles. Todos los judío-cristianos de Antioquía, incluso Bernabé, imitaron el ejemplo. Estaban en su derecho; pues, como judíos de nacimiento, podían seguir observando la Ley. Pero las consecuencias estaban a la vista del Apóstol de las gentes. Alteróse de súbito la armonía que reinaba en Antioquía entre cristianos de origen judío y cristianos de la gentilidad; iniciábase la división en la comunidad que tanto interés había mostrado en poner por obra, con la compenetración entre sus miembros de distinto origen, aquello del Apóstol: «No hay judío, ni gentil, sino una creación nueva». A tal extremo pudo llegar la cosa, que los cristianos de origen étnico se viesen constreñidos a renunciar a la libertad que les daba el Concilio de los Apóstoles por mantener relación con el jefe de la Iglesia. Y si esto sucedía en Antioquía, los judaizantes hubieran tratado de implantar por todas partes sus pretensiones, acarreando con ello los peligros indicados. De ahí que san Pablo convocase una asamblea de cristianos de ambas procedencias y representase en ella a san Pedro las consecuencias que podían resultar de su proceder [3]. Allí

---

[1] *Epist. 82,* n. 16; cfr. página 471, nota 4 y núm. 631.

[2] Cfr. Steinmann en *BZ* VI (1908) 40; Meinertz ibid. V (1907) 392; véase también núm. 708.

[3] Demuestra Schanz en *Apologie des Christentums* III² 206 ss. y 432 ss. que la disputa de Antioquía no va contra la infalibilidad oficial ni contra el primado de san Pedro. Acerca de la controversia entre san Jerónimo y san Agustín, cfr. también Möhler, *Gesammelte Schriften und Aufsätze* I, 1-18.—*En realidad, Pedro y Pablo eran del mismo*

quedó de manifiesto que la condescendencia de Pedro respecto de los judaizantes no se conciliaba con su cargo de jefe de la Iglesia, y que era de todo punto necesario que alternasen los cristianos de ambas procedencias, dejando a todos en absoluta libertad respecto de la observancia de la Ley. Así se practicó en adelante.

640. Identidad de Act. 15 con Gal. 2, 1-10. Arriba hemos apuntado la identidad de *Gal.* 2, 1 ss. con *Act.* 15. Ambos relatos coinciden en los puntos esenciales; intervienen idénticos personajes; Pablo y Bernabé por una parte, Pedro y Santiago de otra; en ambos es idéntico el motivo del viaje: la cuestión de si los cristianos de la gentilidad estaban obligados a circuncidarse y a observar la Ley judía; idénticos perturbadores: los judaizantes; en ambos relatos una larga deliberación con el mismo resultado: libertad de los gentiles convertidos al Cristianismo en lo tocante a la circuncisión y la observancia de la Ley Ceremonial. Las divergencias accidentales de ambos relatos se explican suficientemente, considerando que los puntos de vista de ambos escritores son distintos: Lucas escribe como historiador; Pablo, como apologista, hace resaltar lo que importa al fin que se propone. Valentín Weber (a quien apoyan en lo esencial Belser [1] y Gutjahr) [2], fundándose principalmente en que, de ser *Gal.* 2, 1-10 paralelo con *Act.* 15, en la *Carta a los Gálatas* vendría a omitirse el viaje de la colecta mencionado en *Act.* 11, 30 b, sostiene la siguiente opinión: *Gal.* 2, 10 b se refiere al viaje de la colecta mencionado en *Act.* 11, 30 b, es decir, al viaje que san Pablo hizo a Jerusalén acompañado de Bernabé con las limosnas que recogiera en Antioquía para los cristianos pobres de la Ciudad Santa. Pablo había mostrado gran interés en la realización y buen resultado de esta colecta (*Gal.* 2, 10 b = *Act.* 11, 29 30); porque «una colecta de los cristianos de Antioquía, procedentes los más de la gentilidad, para los judío-cristianos pobres de Jerusalén, era el medio más adecuado para despertar en la comunidad primitiva disposición favorable a los étnico-cristianos no sujetos a la Ley, para restañar heridas, componer discordias y dominar el peligro judaizante». Pablo había prometido interesarse por una colecta en favor de los cristianos pobres de Jerusalén en ocasión de un *viaje privado* que hiciera a la Ciudad Santa acompañado de Bernabé en el invierno del 46 al 47, después de 14 años de apostolado en Siria y Cilicia; aprovechóse la coyuntura para celebrar una reunión *secreta o privada* entre Pablo y Bernabé por una parte, y Pedro, Juan y Santiago por otra, en la cual se discutió *amigablemente* acerca del Evangelio de los gentiles, no sujeto a la Ley, para seguridad de las comunidades siro-cilicianas frente a los perturbadores judaizantes. El resultado fué el convenio misional y el acuerdo de hacer la colecta. Acerca de este viaje a Jerusalén, que fué el segundo, habla sólo *Gal.* 2, 1-10 a. En los *Hechos* no se hace mención de él; pero se debe intercalar entre *Act.* 11, 28 y 29. El viaje de la colecta, que hasta ahora se consideraba como el segundo a Jerusalén, y que Weber identifica con *Gal.* 2, 1 ss , vendría a ser, en realidad, el tercero. Luego de él comenzó la misión de Pablo y Bernabé, a qué alude *Act.* 13, 1 ss., o sea, el primer viaje apostólico, que duró *un solo* año (47/48). De regreso en Antioquía el año 48, acaeció, según Weber, la disputa entre Pedro y Pablo relatada en *Gal.* 2, 11 ss., la cual produjo reacción y oposición entre los elementos judaizantes. Al mismo tiempo, el año 49

---

parecer; pues luego de la disputa, Pablo hizo circuncidar a Timoteo, porque era de madre judía (*Act.* 16, 3; véase pág. 557, nota 5), e inmediatamente antes de su arresto en Jerusalén cumplió un voto de nazareato (*Act.* 21, 26 s.; véase núm. 670 s.); y siempre defendió el principio que Pedro creía deber seguir en esta ocasión, a saber: que es preciso renunciar a lo lícito, cuando se trata de evitar el escándalo del hermano débil (I *Cor.* 8, 7-13). El principio de Pedro era en sí verdadero, mas no estaba bien aplicado en aquel caso; no se tomaba en consideración la posibilidad que los cristianos procedentes del gentilismo se escandalizasen de su conducta, aun más que los cristianos de origen judío.

[1] *Einleitung in das NT*² (Friburgo 1906) y *Kommentar zur Apostelgeschichte* (Viena 1905).

[2] *Einleitung*² 267 y *Kommentar zu dem Brief an die Galater* (Graz 1904).

sucedió una violenta agitación de los judaizantes en Siria (*Act.* 15, 1) y en Galacia, es decir, en las comunidades de la región *meridional* de la *provincia* romana de Galacia, fundadas en el primer viaje apostólico, lo cual dió motivo a la *Carta a los Gálatas* escrita el año 49; esta carta no va, por tanto, dirigida a las comunidades del *país* de Galacia que formaba la región *septentrional* de la provincia romana de Galacia (teoría de la Galacia septentrional), sino *únicamente* a las cristiandades de la región *meridional* de la provincia romana de Galacia (teoría de la Galacia meridional). La lucha contra los judaizantes de Antioquía fué causa de que la comunidad acordase llevar la cuestión a Jerusalén, lo cual motivó el cuarto viaje de Pablo y Bernabé, es decir, el viaje para el Concilio del año 50. Entonces se trató la cuestión de los gentiles *oficialmente* y se tomaron acuerdos solemnes y normas de prudencia (*Act.* 15)[1]. Weber establece, pues, diferencia entre *Gal.* 2, 1 ss. y *Act.* 15. *Gal.* 2, 1 ss. habla de un viaje privado de Pablo, de un motivo particular suyo, de una entrevista privada y de un acuerdo privado; *Act.* 15, de un viaje oficial por un motivo público, de una entrevista oficial y de acuerdos oficiales. No compartimos la opinión de Weber. Pues la distinción nos parece: 1. opuesta al carácter de san Pablo y, sobre todo, a la situación que supone *Gal.* 2, 10, donde se ve que Pablo recibe en la Iglesia a los gentiles sin obligarles a la circuncisión y a la Ley. Surge la contradicción de parte de «falsos hermanos»; el Apóstol ve en peligro toda su labor, y va luego a Jerusalén, «no sea que corriese o hubiese corrido en vano», dice él mismo, para aclarar esta cuestión de principios: si es o no necesaria la circuncisión para salvarse. No se comprende que, después de una entrevista privada acerca de esta cuestión de principios, volviese con un acuerdo *privado,* que para nada le habría servido *en público.* La disputa de Antioquía es una prueba de lo poco que le aprovechó (*Act.* 15, 1 ss.); ni siquiera le ocurre alegar el acuerdo privado; 2, un acuerdo privado estaría en contradicción con aquel pasaje de la *Carta a los Gálatas* (*Gal.* 2, 2), sin violencia interpretado: «Conferí con ellos el Evangelio que predico entre las naciones, en particular con los más autorizados». Expuso, por consiguiente, ante la comunidad de Jerusalén el Evangelio de la gracia mediante la fe, y de la no obligación de la Ley, que había predicado a los gentiles, deseando acerca de ello una aclaración, y de intento se dirigió a los más autorizados, para obtener una decisión autorizada de la cuestión. Tratóse, pues, el asunto públicamente; y no se ve por qué razón habían los apóstoles antiguos de andar remolones para resolver una cuestión conocida y tratada en público; pues ningún inconveniente tuvieron, no mucho después, según el mismo Weber, en tomar una decisión sobre el mismo asunto, cuando la situación en Jerusalén no era esencialmente distinta; 3, no está demostrado que en *Gal.* 2, 1-10 a se trate de un viaje particular no mencionado en los *Hechos,* y en *Gal.* 2, 10 b del viaje de la colecta; 4, en la teoría de Weber, la situación descrita en la *Carta a los Gálatas* se supone anterior a *Act.* 13, 1-3, es decir, anterior a la ordenación y al primer viaje apostólico de san Pablo; mas ya en *Gal.* 2, 1-10 aparece san Pablo en plena actividad como apóstol de los gentiles, de lo cual nada se dice en la época señalada en *Act.* 11, 30; con *Act.* 13, 1 comienza el libro de los *Hechos* a hacer la historia de esta época.

Acerca de cómo pudo san Pablo omitir en la *Carta a los Gálatas* el viaje de la colecta, véase núm 708, donde se analiza la *Carta a los Gálatas.*

---

[1] Véase V. Weber, *Die antiochenische Kollekte, die übersehene Hauptorientierung für die Paulusforschung* (Würzburg 1917). En esta obra reúne Weber los resultados de numerosos trabajos suyos acerca de la cuestión, rectificándolos en parte. Contra Weber escribió A. Steinmann en diversas obras que se citan en el núm. 708. — Acertadamente observa Sickenberger en *BZ* XVI (1924) 294 a propósito de este asunto: «Felizmente la cuestión de los Gálatas es de importancia secundaria, y sólo artificialmente se ha hecho de ella el problema capital de la investigación acerca de san Pablo»; y a la verdad, según *BZ* XV (1921), «por haber unido Weber dicha cuestión con la de la credibilidad de los *Hechos Apostólicos,* y porque la solución por él propuesta sugiere una conclusión de paz entre crítica bíblica positiva y negativa».

150. Segundo viaje apostólico de san Pablo

(a más tardar, desde la primavera del 51 hasta septiembre u octubre del 53)

a) San Pablo en Filipos

(*Act.* 15, 36-16, 40)

1. Pablo y Bernabé se separan por causa de Juan Marcos. 2. Pablo visita las comunidades de Asia Menor (circuncisión de Timoteo). 3. Atraviesa Frigia y Galacia; fundación de comunidades en Galacia. 4. Misia; visión en Tróade. 5. Fundación de la comunidad cristiana de Filipos (Lidia; el carcelero).

641. Pasados algunos días, dijo Pablo a Bernabé: «Demos una vuelta visitando a los hermanos por todas las ciudades en que hemos predicado la palabra del Señor, para ver el estado en que se hallan». Mas Bernabé quería llevar también consigo a Juan, por sobrenombre Marcos. Pablo, por el contrario, tenía por más conveniente no llevar consigo a uno que les había abandonado en Panfilia y no les había acompañado en aquella obra (de la conversión de los gentiles). Acerca de ello hubo tal disensión entre ellos, que se separaron el uno del otro; y *Bernabé, tomando consigo a Marcos,* se embarcó para *Chipre*[1]. *Pablo, eligiendo por compañero a Silas,* emprendió su viaje encomendado por sus hermanos a la gracia de Dios. Recorrió *Siria* y *Cilicia,* confirmando las iglesias (y mandando que observasen los preceptos de los apóstoles y de los presbíteros)[2]. Luego vino[3] a *Derbe* y a *Listra*[4]. Allí se hallaba un discípulo llamado *Timoteo,* hijo de madre judía, convertida a la fe, y de padre gentil. Los hermanos de Listra e Iconio hablaban con mucho elogio de este discípulo. Pablo determinó llevarle en su compañía; y habiéndole tomado consigo, le circuncidó, por causa de los judíos que había en aquellos lugares[5]; porque todos sabían que su padre era gentil. Conforme iban visitando las ciuda-

---

[1] Aunque Pablo estaba en lo cierto al exigir como condición imprescindible del misionero la decisión animosa y abnegada, sin embargo Bernabé, conocedor del carácter de Juan Marcos, como pariente que era de él (*Col.* 4, 10), tenía esperanza que la anterior debilidad había de trocarse en firmeza inmutable; por lo que no se decidía a separarse de su querido pariente. En la separación, que Dios permitió para mayor propagación de la fe, Pablo y Bernabé obraron guiados por motivos rectísimos. Y no por ello sufrió menoscabo el amor recíproco que se profesaban; pues luego de la separación cita san Pablo a Bernabé (I *Cor.* 9, 6) como a fiel compañero, y Marcos volvió más tarde a acompañar al Apóstol de las gentes (*Col.* 4, 10 11. II *Tim.* 4, 11. *Philem* 24).

[2] Núm. 633; las palabras incluídas entre paréntesis faltan en los mejores códices griegos.

[3] Atravesando el Taurus por el paso llamado «Puertas de Cilicia».

[4] Cfr. núm. 627.

[5] La circuncisión de Timoteo no va contra el decreto del Concilio de los Apóstoles, ni contra el proceder de san Pablo con respecto a Tito (*Gal.* 2, 3 s.), ni contra la doctrina de la inanidad de la circuncisión (*Gal.* 5, 2-6). Porque, consumada la obra de la Redención, dicho rito era en sí mismo cosa indiferente, es decir, una acción que ni favorecía ni estorbaba la salud. Los cristianos de origen judío podían seguir practicándola; los cristianos procedentes de la gentilidad no tenían por qué adoptarla. En el caso de Tito se trataba de un hijo de padres judíos, y los judaizantes exigían la circuncisión como *cosa necesaria para salvarse;* Pablo se vió precisado a no ceder, no fuese a favorecer un falso principio. Otro era el caso de Timoteo. Este era hijo de judía, y no había peligro de que se interpretase mal aquella acción indiferente de por sí, sobre todo habiendo Pablo declarado en todas las cristiandades por donde pasó la libertad de los cristianos de origen pagano. Mas ¿por qué circuncidar a Timoteo? Por prudencia, para que su fiel colaborador no encontrase de antemano cerrado el camino de los judíos que habían de convertirse.

des, recomendaban a los fieles la observancia de los decretos acordados por los apóstoles y los presbíteros de Jerusalén. Y las iglesias se robustecían en la fe y aumentaban cada día en número.

642. Marcharon de allí (hacia el norte) atravesando **Frigia** y **Galacia** [1], pues el Espíritu Santo les prohibió (mediante interna revelación) que predicasen la palabra de Dios en (el país de) Asia [2]. Habiendo, pues, llegado a **Misia** [3], se disponían a pasar a **Bitinia** [4]; pero tampoco se lo permitió el Espíritu de Jesús. Con eso, atravesada la Misia, bajaron a **Tróade** [5], donde Pablo tuvo por la noche esta visión: *Un hombre de Macedonia,*

---

[1] Según esto, dirigiéronse primero a Frigia, luego a Galacia; de aquí pensaban encaminarse al *Asia*, es decir, al país de la costa occidental de Asia Menor cuya capital er Efeso. Según *Gal.* 4, 13. Pablo se vió obligado a detenerse en Galacia «por la flaqueza de la carne» (una enfermedad corporal; para más detalles cfr. núm. 710, la nota a II *Cor.* 12, 7); ve en ello el Apóstol una señal de Dios, y predica a los gálatas acerca del Redentor y de su obra (*Gal.* 3, 1 13); ellos le reciben «como a un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo» (*Gal.* 4, 14). Hace discípulos entre los gentiles (*Gal.* 4, 8), y se manifiestan en la comunidad los maravillosos efectos del Espíritu Santo (carismas; *Gal.* 3, 2 ss.).— **Galacia,** país montañoso y fértil del centro de Asia Menor, confinaba por el norte con Paflagonia y Bitinia, por el este con el Ponto y Capadocia, por el sur con Capadocia y Licaonia, por el oeste con Frigia y Bitinia; vínole el nombre de las tribus celtas que hacia el 300 a. Cr. inmigraron a Asia, estableciéndose, sobre todo, en la dicha región. La ciudad más importante de Galacia (especialmente bajo los emperadores romanos) era Ancira (hoy Angora, *HL* 1916, 43 y en especial 1919, 157 ss.). No es dudoso que san Pablo visitase esta ciudad; y seguramente sus ojos se fijaron en aquella importante inscripción del muro exterior del templo de Roma y Augusto («la reina de las inscripciones latinas»), en la cual el emperador Augusto consigna en latín y en griego la actividad desplegada durante su imperio. Dicha inscripción, llamada *Monumentum Ancyranum,* pudo representar de una manera plástica al Apóstol la unidad política del gran *Imperium Romanum.* Los gálatas conservaron al principio sus costumbres celtas, su religión y su constitución estatal; mas no pudieron substraerse al influjo de la cultura y religión de los griegos y judíos allí avecindados, especialmente en ciudades como Ancira, Tavium, Pessinus. El año 189 a. Cr. les arrebataron los romanos la independencia; mas el conquistador tuvo la prudencia de dejarles cierta autonomía, su propia constitución y príncipes indígenas, aunque todo ello bajo la soberanía romana. Y así fué que los gálatas se mantuvieron aliados fieles de los romanos. Pompeyo otorgó al príncipe (tetrarca) Deyorato otros países y el título de rey; Antonio y Augusto dieron también pruebas de singular benevolencia a Amintas, segundo sucesor de Deyorato. Mas a la muerte de Amintas (25 d. Cr.), el reino de los gálatas se convirtió en *provincia de Galacia.* Desde esa época se debe distinguir entre el *país* de Galacia y la *provincia* romana de Galacia; la provincia comprendía, además del país de Galacia, los de Pisidia y Licaonia; mas las distintas partes de la provincia de Galacia nunca tuvieron organización interna unitaria; las regiones meridionales de la provincia no pertenecieron al «Koinon (dieta) de los gálatas», que resolvía los asuntos religiosos y económicos del país. Cfr. Steinmann, *Der Leserkreis des Galaterbriefes* (Münster 1908) 17-61.

[2] El Espíritu Santo dirigió los pasos de los apóstoles hacia el oeste, para desde el extremo occidental de Asia, Tróade (Misia), atraerlos *hacia Europa.*

[3] **Misia,** país rico en trigo y vino, confinaba por el norte con el Proponto y el Helesponto (los Dardanelos), por el oeste con el mar Egeo (el Archipiélago), por el sur con Lidia y por el este con Frigia. Los antiguos la dividían en Gran Misia, la meridional, y Pequeña Misia, la septentrional

[4] **Bitinia,** al nordeste de Misia, estaba limitada por el mar de Mármara y el Ponto Euxino o mar Muerto. Ciudades importantes: Nicomedia, hoy Ismid, en el mar de Mármara; Calcedonia, hoy Kadiköi, arrabal asiático de Constantinopla; Nicea, hoy Isnik, célebre por el I Concilio Ecuménico (325).

[5] **Tróade,** 25 Km. al sur de la célebre Troya, estaba en el extremo meridional del Helesponto. Llamóse en un principio Antigonia, del nombre de su fundador Antígono; pero después le dió Lisímaco el nombre de Alejandría-Troas, del nombre de Alejandro Magno. En la actual aldea Eski Stambul se ven todavía ruinas de la antigua Troya. Cfr. Menge, *Troja und die Troas.*

poniéndosele delante, le suplicaba y decía: «Ven a Macedonia, y socórrenos» [1]. Luego que tuvo esta visión, al punto dispusimos [2] (Pablo y Silas, con Timoteo y *Lucas)* marchar a Macedonia, cerciorados de que Dios nos llamaba a predicar el Evangelio a aquellas gentes. Partiendo, pues, de Tróade, fuimos en derechura a **Samotracia** [3], y al día siguiente a *Neápolis* [4]; de allí a **Filipos** [5], primera ciudad del país de Macedonia y colonia (romana).

El (primer) sábado salimos fuera de la ciudad hacia la ribera del río (Gangites), donde parecía estar el lugar de oración (de los judíos) [6]; y habiéndonos sentado allí, predicamos a varias mujeres que allí estaban reunidas. Entre las oyentes había una tal *Lidia,* temerosa de Dios [7], la

---

[1] «Era el grito de toda Macedonia y de toda Europa, el grito de angustia del helenismo, que en la cumbre de la humana sabiduría y civilización confiesa su impotencia y su desamparo religioso» (Felten, *Die Apostelgeschichte* 309).

[2] Primero de los «relatos-nos»; cfr. núm. 14.

[3] *Samotracia*, llamada antes Dardania (del rey Dárdano, a quien se atribuye la fundación de Troya), isla del mar Egeo, a 40 Km. de la costa de Tracia, célebre por ser la sede de los misterios nocturnos de Ceres y Proserpina. Llámase hoy Samotraki o Samondrachi, y con su población más importante, Costro, cuenta unos 2000 habitantes entre griegos y turcos.

[4] San Pablo pisó por primera vez tierra europea en *Neápolis*. Era ésta una importante ciudad del mar Egeo, con magnífico puerto e importantes minas de oro en las proximidades. Fundada Filipos a tres millas (22 Km.) de Neápolis, ésta fué su puerto. El lugar de la antigua ciudad marítima ocupa hoy Kuhadari, en las proximidades de Cavala (Cavale). — De Neápolis llevaba a Filipos la *Via Egnatia,* atravesando el monte Pangeon por un paso. La *Via Egnatia,* gran ruta militar romana, partía de *Dyrrhachium* (hoy Durazzo) y Apolonia (en el mar Adriático) y, atravesando Iliria, Macedonia y la Tracia meridional, conducía directamente al Helesponto. Considerábase como la prolongación de la célebre Via Appia (cfr. núm. 684), y era la vía ordinaria de comunicación entre el Adriático y el mar Egeo, entre Roma y Constantinopla. Por esta ruta desfilaron los ejércitos de Julio César y de Pompeyo, de Antonio y de Octaviano, de Bruto y de Casio, de Tiberio y, más tarde, de Constantino y de otros muchos. ***Esta fué también la ruta que sirvió repetidas veces a los mensajeros de la fe. Pablo la recorrió a menudo*** *(Act.* 16, 12; 20, 1-6); lo mismo Lucas *(Act.* 16, 12 19 40; 20, 6), Silas *(Act.* 16, 19 s.), Timoteo *(Act.* 16, 3 12; 19, 22; 20, 3-4) y otros.

[5] **Filipos** era por su situación geográfica la «primera» ciudad macedónica que pisaba el viajero que viniera de Oriente, como en esta ocasión Pablo; pues *Neápolis* era entonces ciudad de Tracia, y no se incorporó a Macedonia hasta los tiempos de Vespasiano. (Cfr. Henle, *Philippi und die Philippergemeinden,* en *TQS* 1893, 79, nota 1). Estaba edificada en una altura escarpada, cara al occidente. Llamóse primeramente Crénides, hacia el 360 a. Cr., Daton, y después del 358 a. Cr., Filipos, de Filipo I rey de los macedonios, el cual hizo de ella la fortaleza principal de su reino. Aquí perdieron la vida el año 42 a. Cr. Bruto y Casio en la batalla contra Antonio y Octaviano. El emperador Augusto hizo de ella colonia romana y le otorgó todas las prerrogativas que se comprenden en el *Ius italicum*. «En virtud de ello Filipos era parte integrante del municipio romano, por lo que estaba exenta de contribuciones y gozaba de la plena posesión de su territorio. Todo ciudadano de Filipos era *civis romanus*» (Henle l. c. 78). — Filipos tuvo muy temprano sede episcopal, y todavía en la Edad Media era una ciudad floreciente; mas fué destruída el siglo XIV por los turcos. Hoy es una mísera aldea, llamada Felibe, sita no lejos de Dirama (Drama); importantes ruinas dan hoy testimonio de su antigua grandeza.

[6] A lo que parece, los judíos de Filipos no tenían sinagoga, sino un cercado al aire libre donde se reunían para orar. No era, por consiguiente, muy numerosa la comunidad.

[7] A lo que parece, había nacido en la gentilidad, pero era prosélito del judaísmo (cfr. núm. 596). Faulhaber, *Characterbilder der biblischen Frauenwelt* (págs. 119-122) habla de Lidia como de la primera mujer cristiana (conocida) de Europa; la casa de Lidia fué el primer oratorio de Europa; la púrpura de Lidia proporcionó los primeros ornamentos sagrados de Europa.

cual comerciaba en púrpura [1]; y el Señor le abrió el corazón [2] para que recibiese bien las cosas que Pablo decía. Habiendo, pues, sido bautizada ella y su familia [3], nos hizo esta súplica: «Si es que me tenéis por fiel al Señor, venid y hospedaos en mi casa». Y nos obligó a ello.

643. Sucedió que, yendo nosotros al lugar de oración, nos salió al encuentro una *doncella que tenía espíritu de pitón* [4], la cual acarreaba una gran ganancia a sus amos haciendo de adivina. Esta, siguiendo detrás de Pablo y de nosotros, gritaba diciendo: «Estos hombres son siervos del Dios altísimo y os anuncian el camino de la salvación» [5]. Lo que continuó haciendo muchos días. Al fin Pablo, no pudiendo ya sufrirlo, vuelto a ella, dijo al espíritu: «Yo te mando en nombre de Jesucristo que salgas de esta muchacha». Y al punto salió. Mas sus amos, viendo desvanecida la esperanza de la granjería que hacían con ella, prendiendo a Pablo y Silas, los condujeron a la plaza pública ante los magistrados [6]; y llevándolos a la presencia de los pretores, dijeron: «Estos hombres alborotan nuestra ciudad; son judíos, y quieren introducir una manera de vida que no nos es lícito abrazar ni practicar, siendo como somos romanos» [7]. Al mismo tiempo la plebe conmovida acudió en tropel contra ellos; y los pretores mandaron que, rasgándoles las túnicas, los azotasen con varas [8]. Y después de haberles dado muchos azotes, los encarcelaron, apercibiendo al carcelero para que los asegurase bien. El cual, recibida esta orden, los encerró en un profundo calabozo, con los pies en el cepo [9].

---

[1] La industria de la púrpura estaba muy desarrollada en Lidia, región media de la costa occidental de Asia Menor. *Tiatira,* antes Pelopia, llamada también Evippia, era una ciudad comercial floreciente de Lidia, sita a orillas del río Lykus. De *Apoc.* 2, 18 29 se desprende que en Tiatira hubo muy pronto una comunidad cristiana, pues san Juan alaba el celo del obispo de Tiatira, aunque no por eso deja de censurar la tolerancia con que procedía respecto de uno o varios herejes que allí se habían introducido. Sobre las ruinas de la ciudad se levanta hoy Akhissar (que quiere decir castillo blanco), donde florece el comercio del algodón y existe todavía una cristiandad griega. Mas la antigua y veneranda iglesia ha sido transformada en mezquita por los mahometanos (cfr. *HL* 1877, 159).

[2] Iluminó su inteligencia y movió su voluntad.

[3] Estos y parecidos pasajes no prueban que ya en los tiempos apostólicos *se bautizasen los niños.* La prueba del bautismo de los niños ha de sacarse de la tradición; su necesidad intrínseca se deduce de las palabras de Jesús, *Ioann.* 3, 6. Contra Loysi cfr. *StL* 74 (1908), 503 ss.

[4] El texto dice: «*Un* espíritu de pitón». Los gentiles atribuían la adivinación a Apolo, que se llamaba también Pitón, por haber dado muerte a una descomunal serpiente de este nombre; mas bajo los supuestos dioses trabajan los tenebrosos poderes del infierno (*Ps.* 95, 5. I *Cor.* 10, 20). — Según esto, la muchacha estaba poseída de un espíritu maligno que le revelaba las cosas futuras.

[5] Según unos, el espíritu maligno dió aquel grito, obligado por Dios; según otros, lo dió para ser lanzado de la muchacha por san Pablo, a fin de excitar a los amos y al pueblo contra los mensajeros de la fe.

[6] A la cabeza de la superioridad había dos *duumviri iuri dicundo,* llamados también pretores (en griego *strategoi);* los lictores les estaban subordinados.

[7] Ocultan estas gentes el verdadero motivo de la queja, el sórdido apetito de lucro, y tachan de agitadores peligrosos para el Estado a los mensajeros de la fe. Los conatos de suplantar la religión y usos patrios por un culto extranjero eran castigados severamente por los romanos, doblemente si partían de los odiados judíos.

[8] Aquí tenemos una de las tres flagelaciones que cita II *Cor.* 11, 25; cfr. también I *Thess.* 2, 2.

[9] Era un trozo de madera atravesado por orificios, a cierta distancia unos de otros, donde se introducían los pies, y a veces las manos del presidario; por donde éste, sentado en el suelo, quedaba impedido de todo movimiento y era atrozmente atormentado.

644. Mas a eso de media noche, puestos Pablo y Silas en oración, cantaban alabanzas a Dios, y los demás presos les estaban escuchando. Cuando de repente se sintió un gran terremoto, por efecto del cual se conmovían los cimientos de la cárcel. Y al instante se abrieron de par en par todas las puertas, y se les soltaron a todos las ataduras. En esto, despertando el carcelero y viendo abiertas las puertas de la cárcel, desenvainó la espada e iba a matarse, creyendo que se habían escapado los presos [1]. Entonces Pablo le gritó con grande voz, diciendo: «No te hagas ningún daño, que todos sin faltar uno estamos aquí». Entonces el carcelero, habiendo pedido luz, entró dentro, y estremecido se arrojó a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos afuera, les dijo: «Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?» [2] Ellos le respondieron: «*Cree en el Señor Jesús,* y te salvarás tú y tu familia». Y enseñáronle la doctrina del Señor, a él y a todos los de su casa. Aquella misma hora de la noche los tomó el carcelero, y llevándolos consigo, les lavó las llagas; y recibió luego el bautismo, así él como toda su familia [3]. Y conduciéndolos a su habitación, les sirvió la cena, regocijándose con toda su familia de haber creído en Dios.

Luego que amaneció, los pretores enviaron sus lictores al carcelero con esta orden: «Suelta a esos hombres» [4]. El carcelero dió a Pablo la noticia, diciendo: «Los pretores han ordenado que se os ponga en libertad; por tanto, saliéndoos ahora, idos en paz». Mas Pablo les dijo (a los lictores): «Públicamente y sin oírnos nos han azotado, a nosotros, que somos ciudadanos romanos, nos han arrojado en la cárcel [5], y ahora nos sueltan secretamente. No ha de ser así, sino que han de venir los pretores a ponernos en libertad» [6]. Los lictores refirieron la respuesta a los pretores; los cuales, al oír que eran romanos, comenzaron a temer. Y así, viniendo, presentaron sus excusas; y sacándolos, les suplicaron que se fuesen de la ciudad. Salidos, pues, de la cárcel, entraron en casa de Lidia; y habiendo visto allí también a los hermanos, los consolaron, y partieron [7].

---

[1] Cfr. página 536, nota 8.

[2] Pregunta análoga hizo Pablo en cierta ocasión (núm. 581).

[3] Esto sucedió en el patio interior de la prisión, donde seguramente había un pozo o un depósito de agua.

[4] La prisa que se dan para soltar a los presos, comparada con la dureza y anarquía con que se procedió el día anterior, muestra muy a las claras que en el terremoto vieron una señal de la ira de la divinidad por el mal trato que habían dado a los mensajeros de la fe.

[5] Leyes romanas antiguas *(lex Valeria* y *lex Porcia),* cuya transgresión se expiaba con severos castigos, protegían a los ciudadanos romanos de la infamante flagelación; y las palabras: «soy ciudadano romano», producían efecto mágico en los funcionarios. San Pablo era ciudadano romano de origen *(Act.* 22, 28; núm. 672), es decir, por herencia; Tarso, su patria, consiguió mucho más tarde este derecho. También Silas, como veremos, era ciudadano romano.

[6] Exigieron este público testimonio de inocencia en honor del Cristianismo que predicaban y en obsequio a las iglesias recién fundadas.

[7] San Lucas quedó para regir las comunidades (cfr. núm. 642). — Muy acertadamente observa Felten *(Die Apostelgeschichte* 318): «De manera sorprendente tomó Dios bajo su amparo la primera propagación del Cristianismo en Europa y condujo a las doctrinas cristianas primero de todos a Lidia, mujer asiática muy rica, descendiente de gentiles, en un lugar donde ni sinagoga tenían los judíos; luego se sirvió de una muchacha poseída del demonio para que todos conociesen a los siervos del Dios altísimo y los caminos de la salud; y finalmente convirtió la prisión de Filipos en cátedra, y al carcelero, en maestro

b) San Pablo en Tesalónica, Berea y Atenas
(51-52 d. Cr.) — *(Act.* cap. 17)

1. Pablo y Silas en Tesalónica: *a)* sus discursos; *b)* fundación de la comunidad cristiana; *c)* persecución por parte de los judíos. 2. Pablo y Silas en Berea. 3. Pablo en Atenas: *a)* sus discursos en la sinagoga y en la Agora; *b)* su discurso en el Areópago; α) naturaleza de Dios como Creador del mundo; β) relación de Dios con el linaje humano; γ) exhortación a la reforma moral, aludiendo a la segunda venida de Cristo, el Resucitado; *c)* efecto del discurso.

645. Y habiendo (Pablo, Silas y acaso también Timoteo) pasado por *Anfípolis* [1] y *Apolonia* [2], llegaron a **Tesalónica,** donde había una sinagoga de judíos. Pablo, según su costumbre, fué a ellos, y por tres sábados consecutivos departió con ellos sobre las Escrituras, demostrando y haciéndoles ver que había sido necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos; y «este Jesús a quien anuncio, es el Mesías» [3]. Algunos de ellos creyeron y se unieron a Pablo y a Silas, y también gran multitud de prosélitos [4] y muchas matronas de distinción. Pero los judíos incrédulos, llevados de su falso celo, se valieron de algunos malos hombres de la ínfima plebe, que ganaron para su causa, y amotinaron la ciudad; presentándose en la casa de Jasón [5], buscaron (a Pablo y Silas) para entregarlos al populacho. Mas como no los hubiesen encontrado, trajeron por fuerza a Jasón y a algunos hermanos ante los magistrados (politarcas [6]) de la ciudad, gritando: «Esas gentes que traen alborotado todo el mundo, han venido acá, y Jasón los ha hospedado en su casa. Todos éstos son rebeldes a los edictos del César, diciendo que hay otro rey, el cual es Jesús». La plebe y los politarcas de la ciudad, oyendo esto, se enojaron; y no dejaron libres a Jasón y a los otros hasta tanto que obtuvieron de ellos fianza [7].

---

de otros que quisieran seguir a Cristo Esto debió de infundir grandes ánimos en los apóstoles, que tan claro veían que Dios estaba con ellos. También para la joven comunidad de Filipos fueron de efecto particularmente confortante y de valor duradero los sucesos maravillosos de la cárcel y la conversión del carcelero». La *Carta a los Filipenses* demuestra cuán fieles permanecieron estos a su padre espiritual (véase núm. 712). Todavía vino el Apóstol san Pablo dos veces a Filipos *(Act.* 20, 1 y 20, 6).

[1] *Anfípolis,* colonia romana, en la *Via Egnatia* (cfr. pág. 559, nota 4), estaba en la Macedonia oriental, a orillas del río Estrimón (hoy Struma), que la rodeaba por dos lados. Bajo el dominio de Roma fué la capital de *Macedonia prima.* En la Edad Media se llamó Crisópolis (ciudad del oro) por las minas de oro y plata de las cercanías; hoy se llama Neochori.

[2] *Apolonia,* colonia corintio-corciria situada en una lengua de tierra entre Anfípolis y Tesalónica.

[3] El apóstol ganaba el sustento, según I *Thess.* 2, 9 y II *Thess.* 3, 7 s., mediante el trabajo manual (cfr. pág. 503 y nota 5). También contribuían a ello los filipenses con sus donativos *(Philipp.* 4, 16).

[4] En aquella ocasión se convirtieron Aristarco y Segundo, más tarde compañeros de san Pablo *(Act.* 20, 4; 27. 2).

[5] Según I *Thess.* 2, 9 ss., el Apóstol predicó también en casa de Jasón, no ya sólo en la sinagoga. Jasón se llamaba probablemente Josué o Jesús, y había adoptado el nombre griego de sonido análogo por vivir entre griegos. Con Jasón nombra san Pablo en la *Carta a los Romanos* a *Sopatro (Act.* 20, 4), que se le juntó en Berea, pariente suyo, es decir, de la misma familia, quizá porque pertenecía a la tribu de Benjamín.

[6] Eran cinco o seis en número. Las inscripciones atestiguan el título de «politarca» de los magistrados de Tesalónica *(Corp. Inscrip. Graec.* II n. 1967), una prueba más de los conocimientos geográficos y de la competencia del autor de los *Hechos.*

[7] O de que no quería retener consigo por más tiempo a los apóstoles, o también

646. Tesalónica (hoy *Salónica,* véase lám. 14 b), en el golfo de Termas, punto medio de la *Via Egnatia* (pág. 559, nota 4), capital del tercero de los cuatro distritos de Macedonia, más tarde capital de *Macedonia secunda* y residencia del pretor romano, llamada antes Termas, recibió el nombre de la hija de Filipo de Macedonia, Thesalonike, mujer de Casandro, que era hijo de Antípatro, general de Alejandro Magno. Entonces, como ahora, aquella *populosa y rica ciudad tenía un comercio floreciente.* Está situada al fondo de la gran bahía de igual denominación, y asciende en forma de anfiteatro, rodeada de elevadas murallas y fortificaciones. Posee magníficos edificios. Conocida es la historia de Salónica en la guerra de los Balkanes (1912-1913) y especialmente en la Guerra Europea (1914-1918) (cfr. *Herders Zeitlexikon* II 578). En el incendio de 1917 quedó totalmente destruída la hermosa iglesia bizantina de san Demetrio, con sus columnas de mármol, jaspe y pórfido.

647. Los hermanos, sin perder tiempo, aquella noche hicieron partir a Pablo y a Silas para **Berea** [1]. Llegados allí, entraron en la sinagoga de los judíos. Eran éstos de mejor índole que los de Tesalónica; y así, recibieron la palabra de Dios con grande ansia, examinando atentamente todo el día las Escrituras, para ver si era cierto lo que se les decía. De suerte que muchos de ellos creyeron, como también muchas mujeres gentiles de distinción y no pocos hombres. Mas como los judíos de Tesalónica hubiesen sabido que también en Berea predicaba Pablo la palabra de Dios, acudieron allá alborotando y amotinando el pueblo. Entonces los hermanos dispusieron inmediatamente que Pablo se retirase hacia el mar, quedando Silas y Timoteo en Berea.

648. Los que acompañaban a Pablo le condujeron hasta la ciudad de **Atenas** [2]; y luego al punto regresaron con la orden (de decir) a Silas y Timoteo que fuesen cuanto antes a donde él estaba. Mientras Pablo (¡solo! cfr. I *Thess.* 3, 1) les aguardaba en Atenas, su espíritu se consu-

---

de que ni éstos ni el título de «Rey» que daban a Jesús constituían un peligro para el Estado.

[1] *Berea* de Macedonia (había otra en Siria) estaba situada en los límites de Tesalia, al pie del monte Bermios, 30 Km. al sudoeste de Tesalónica. De allí era *Sopatro* o *Sosípatro,* compañero de san Pablo (*Act.* 20, 4; *Rom.* 16, 21). La ciudad tuvo obispo desde los primeros tiempos; llamóse más tarde Irenópolis (ciudad de la paz) y hoy Veria o Karaveria.

[2] La ciudad más importante y célebre de Grecia, 350 Km. al sur de Berea; era Atenas una *ciudad libre* de la confederación del imperio (*civitas foederata*), es decir, sus relaciones políticas con Roma estaban reguladas por un convenio especial (cfr. núm. 650). En estos 16 versículos hay «tal cúmulo de material histórico, es todo tan expresivo y singular, tan lleno de vida y característico; nada hay aquí de amanerado o rutinario, como por necesidad había de suceder de habernos alguien propinado una relación inventada» (E. Curtius, *Paulus in Athen,* en *Sitzungsberichten der Kgl. preuss. Akademie der Wissenschaften zu Berlin* 1893, 925). En el lugar citado, página 938, dice Curtius: «No puedo menos de manifestar mi convencimiento de que, quien ponga en tela de juicio el valor histórico del relato acerca de "Pablo en Atenas", arranca de la historia de la humanidad una de las páginas más importantes». El juicio bien fundado de este sabio, al cual se adhieren Ramsay, Zahn (*Einl.* II[3] 444) y otros muchos, no puede ser invalidado por Teodoro Mommsen, P. Wendland (*Die hellenistisch-römische Kultur* 142 s) y E. Norden. Contra este último (*Agnostos Theos*), que tiene el discurso por invención fundada en un escrito de Apolonio de Tiana, escribió Harnack: «¿Es el discurso de Pablo en Atenas parte integrante primitiva de los *Hechos?*» Leipzig 1913 (*TU* 39, 1). Harnack responde afirmativamente; pues históricamente nada se sabe de cierto del discurso pronunciado en Atenas por Apolonio; literariamente, I *Thess.* 3, 1 viene a corroborar *Act.* 17, 16; fondo y forma son de Lucas: los efectos del discurso (*Act.* 17, 32-34) no se inventan (cfr. también *StL* 87, 112; Wickenhauser, *Die Apostelgeschichte und ihr Geschichtswert* 370 ss.).

mía interiormente considerando aquella ciudad entregada a la idolatría. Por tanto departía (los sábados) en la sinagoga con los judíos y prosélitos, y todos los días en la plaza [1] con los que allí se encontraban. También algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos [2] conferían con él. Unos decían: «¿Qué quiere decir este charlatán?» Y otros: «Este parece que viene a anunciarnos nuevos dioses»; porque les hablaba de Jesús y de su Resurrección. Y habiéndole tomado, le llevaron al Areópago [3], diciendo: «¿Podremos saber qué doctrina nueva es ésta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído; y así, deseamos saber qué pueda ser eso». Es de saber que los atenienses y los extranjeros que allí vivían, en ninguna otra cosa se ocupaban sino en decir o en oír algo de nuevo [4]. Pablo, pues, de pie, en medio del Areópago, dijo:

649. «¡Ciudadanos atenienses! echo de ver que vosotros sois extremadamente religiosos en todas las cosas [5]. Porque al pasar, mirando yo los objetos de vuestro culto, he encontrado también un altar con esta inscripción: **Al Dios**

---

[1] El célebre Kerameikos (mercado de los alfareros), junto al Areópago y la Acrópolis, «centro del movimiento y lugar de cita de todos los ociosos» (Felten, *Die Apostelgeschichte* 328). Una escalinata conducía de allí al Areópago.

[2] Los *epicúreos,* discípulos del filósofo griego Epicuro (muerto el 270 a. Cr.), fundaban el bien supremo en el placer. Pero había que subordinar el goce del momento a la satisfacción duradera y al sosiego del alma, el goce corporal, al placer espiritual. Este supremo bien sólo se alcanza dejando de lado el temor a los dioses. Negaban la espiritualidad e inmortalidad del alma y la recompensa eterna; para ellos el mundo era un juguete del azar, una agrupación fortuita de átomos eternos. Los *estoicos* recibieron el nombre de la *Stoa* (pórtico) de Atenas, donde tenía sus conferencias el fundador de la escuela, Zenón, natural de Chipre (muerto el 263 a. Cr.). Para los estoicos la suprema felicidad se halla en la virtud o en la ciencia; ésta consiste en la indiferencia e impasibilidad ante el placer o el dolor. También éstos negaban la inmortalidad del alma humana; el alma es una parte de la razón universal. Negaban asimismo la existencia de un Dios personal y reconocían sólo la razón impersonal, que informa la materia, es inseparable de ella y obra fatalmente.

[3] El *Areópago,* es decir, el «campo de Ares» o Marte, dios de la guerra, que, según la leyenda griega, allí se defendió ante doce dioses de haber dado muerte a un hijo de Poseidón o Neptuno, era un peñón donde se hallaba el célebre tribunal. Estaba frente a la *Acrópolis* o ciudadela. Curtius es de parecer (l.c. pág. 926) que Pablo no habló en la colina, sino en un despacho del Areópago, «abajo en la plaza, en el Pórtico Real».

[4] También otros escritores, como Demóstenes, Tucídides, etc., nos pintan a los atenienses tan gárrulos y amigos de novedades. Entre los «extranjeros» se hallaban numerosos estudiantes de Italia, Egipto, Asia, etc.

[5] Los atenienses estaban orgullosos de su religiosidad. De ahi toma pie el Apóstol, elogiando su celo y buena disposición, para ganarlos para la verdadera fe. Los mismos edificios de la Acrópolis (cfr. fig. 27, pág. 565), cuyas ruinas producen impresión subyugadora, dan testimonio elocuente de la gran fe de los atenienses en los falsos dioses. Subiendo del oeste por magnífica escalinata de mármol, y dejando a mano derecha el pequeño y lindo templo de *Nike*, edificado sobre el muro del sudeste, se llegaba a los Propileos, franqueados los cuales, aparecía a la vista del visitante la estatua colosal de *Atene Promachos* (Minerva batalladora), obra incomparable de Fidias. En el borde septentrional de la Acrópolis se levantaba el Erecteion (todavía hoy bastante bien conservado), construído en honor del rey legendario Erecteus, con el olivo consagrado a Atene y la antiquísima estatua de la diosa, de talla de madera de olivo; en el lado meridional de este santuario se hallaba el célebre pórtico de las Cariátides o Korai, cuya techumbre descansa sobre seis admirables figuras de doncellas (korai). En el punto culminante de la ciudadela se alzaba el templo más célebre: el *Partenón,* de 70 m de largo por 31 de ancho, construído de mármol blanco pentélico, dedicado a Atene Partenos (Atene Virgen); fué comenzado hacia el 450 a. Cr. en tiempo de Pericles; adornáronlo con magníficas estatuas Fidias y sus discípulos. Todavía se conserva esencialmente como estaba en tiempo del Apóstol san Pablo. Cfr. Keppler, *Wanderfahrten und Wallfahrten* 8-10 505 ss.; Hachtmann, *Die Akropolis von Athen* (Gütersloh 1903).



Fig. 27. — La antigua Atenas, vista desde la colina de Museo (reconstrucción del profesor Buhlmann)

desconocido[1]. Pues a ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle es al que yo vengo a anunciaros. El Dios que crió el mundo y todas las cosas contenidas en él[2], siendo como es el Señor de cielo y tierra, no habita en templos fabricados por hombres; ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes bien él mismo está dando a todos la vida, y el aliento, y todas las cosas. El es el que de *uno solo* ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos, y los límites de la habitación de cada pueblo[3], queriendo que buscasen a Dios, por si como palpándolo pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, nos movemos y existimos[4], como algunos de vuestros poetas dijeron: «Somos de su linaje»[5]. Siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos imaginar que el Ser divino sea semejante al oro, a la plata, o al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte y la industria humana[6]. Pero Dios, habiendo disimulado durante los tiempos de esta ignorancia, intima a los hombres que todos en todas partes hagan penitencia. Por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud por medio de aquel varón consti-

[1] Sabemos por escritores profanos, como Pausanias (1, 1 4; 5, 14) y Filostrato (*Vita Apoll.* 6, 3), que en el camino de Falerón a Atenas, en Atenas y en Olimpia había altares con la inscripción: «A los dioses desconocidos». Cierto es que las inscripciones hablan de los «dioses desconocidos»; pero no es inverosímil que la citada por Pablo estuviera en singular, aunque, naturalmente, no en sentido monoteísta. Erigíanse tales altares cuando no se sabía a quién agradecer la salvación de un peligro, o cuando se ignoraba de qué dios procediese una tribulación; en este caso el atribulado trataba de aplacar al dios desconocido. Recientemente ha descubierto Hugo Hepting una inscripción del tiempo de Pausanias (siglo II d. Cr.) que confirma la noticia literaria arriba aducida. Halló, a saber, en Pérgamo un altar con una inscripción, ciertamente mutilada, la cual, empero, ha sabido Deissmann (*Paulus* 179) completar. Dice así: *theois agn(ostois) Kapit(on) daducho(s)*, que quiere decir: «a los dioses desconocidos, Kapitón, paje de hacha» (en los misterios de Demeter).—Pablo, pues, leyó una tal inscripción (*agnosto theo*) en un altar de Atenas, ciertamente «con ojos de misionero monoteísta»; «en estas líneas de piedra vió representada el ansia del gentilismo por el Dios vivo, que él poseía en Cristo» (Deissmann, *Licht von Osten*[3] 186; cfr. Wikenhauser, *Die Apostelgeschichte* 370 ss.).

[2] El Apóstol toca en este magistral discurso (cfr. Schleiniger, *Das kirchliche Predigtamt* 931) una porción de verdades: 1. La esencia de Dios: hay *un solo* Dios, *creador* del mundo natural y sobrenatural, señor del universo (no un dios de la ciudad o del Estado), espíritu infinitamente perfecto. 2 La unidad del linaje humano. 3. El deber de buscar a Dios. 4. La posibilidad de encontrarle. 5. Cristo, el Resucitado, Juez del mundo.

[3] El señaló a cada hombre y a los distintos pueblos por cierto tiempo mansión sobre la tierra, para que por las cosas visibles le reconociesen y le adorasen; a El, a quien predica nuestro mismo interior, pues todo nuestro ser y nuestra vida tienden a él, Creador y rector constante del mundo. Y en efecto, la razón enseña a concluir de la creación al Creador, de la obra al artífice; y la propia naturaleza espiritual enseña al hombre que tiene que tener un creador espiritual. Para más pormenores, cfr. página 548, nota 2.

[4] Estas palabras forman un climax descendente: no tendríamos vida, ni movimiento, ni ser en general. Véase santo Tomás, *Summa theol.* p. 1, q. 8 el comentario de estas palabras. Bellos pensamientos en Jos. Zahn, *Christliche Mystik* 168 s.

[5] Las palabras están tomadas de Aratus, poeta de Soli (Cilicia), compatriota del Apóstol (hacia el 270 a. Cr.), en la poesía didáctica *Phainomena;* con pequeñas diferencias, de Cleantes, filósofo estoico que vivió hacia el 260 a. Cr., en el himno a Zeus; y también de Píndaro, célebre poeta de Tebas, nacido hacia el 480 a. Cr., en los cantos a los vencedores en los juegos nacionales. Lo que aquéllos dijeron de las divinidades paganas, tiene aplicación completa al verdadero y *único* Dios y a nuestras relaciones para con él, puesto que somos criaturas suyas e imágenes de Dios por nuestra naturaleza espiritual, y merced a su Encarnación y a su gracia «nos llamamos y (de verdad) somos hijos de Dios» (I *Ioann.* 3, 1; II *Petr.* 1, 4).

[6] Es decir, pues que somos semejantes a Dios y tenemos *alma racional,* sería despropósito querer adorar como a dioses las imágenes de oro, etc., que los hombres han inventado y compuesto (cfr. *Sap.* 13, 11; 15, 7 ss.; *Is.* 44, 12 ss.; *Ierem.* 10, 3 ss.; *Baruch* 6, 3 ss.).

tuído por él, dando de esto a todos una prueba cierta con haberle resucitado de entre los muertos».

Al oír mentar la resurrección de los muertos, algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: «Te volveremos a oír otra vez sobre esto». De esta suerte Pablo salió de en medio de aquellas gentes. Sin embargo, algunos se le juntaron y creyeron, entre los cuales fué *Dionisio el Areopagita* [1], y cierta mujer llamada Dámaris, con algunos otros.

650. Atenas, antiguamente capital de Atica, metrópoli de la cultura y arte griegas en el apogeo del imperio, llámase hoy Athine, y entre los turcos Setine o Lepsina. En el curso de los siglos, especialmente en la era cristiana, Atenas sufrió cual pocas ciudades del mundo. Godos, vándalos, búlgaros, árabes, normandos, turcos han ido dejando en ella vestigios de su barbarie [2]. A pesar de ello siguió siendo el foco de la cultura antigua, hasta que el emperador Justiniano suprimió en 529 las escuelas de filósofos y retóricos paganos. En el siglo VI fué sede metropolitana y en el siglo XI cayó en el cisma.

Los católicos, unos 5000, poseen desde 1854 una iglesia de tres naves, dedicada a san Dionisio Areopagita. En 1875 se restauró el arzobispado, que, además de la tierra firme, comprende las islas de Skíathos, Skópelos y Skyros, con 16000 católicos. El colegio leoniano fundado por León XIII está unido al seminario de Atenas [3].

c) Dieciocho meses de apostolado en Corinto. Regreso a Antioquía

(Marzo del 52, hasta agosto del 53) — (*Act.* 18, 1-22)

1. Pablo viviendo y trabajando en casa de Aquila y Priscila. 2. Su actividad apostólica: *a)* en la sinagoga; *b)* en casa de Tito Justo. 3. Una visión celestial le conforta en las horas de desaliento. 4. Ante el tribunal del procónsul de Acaya. 5. Breve visita a Efeso al regresar a Antioquía.

651. De Atenas marchó Pablo a **Corinto** [4]. Y encontrando allí a un judío llamado *Aquila,* natural del Ponto, que poco antes había llegado de Italia con su mujer *Priscila* [5], porque (el emperador) Claudio había expul-

---

[1] *Dionisio el Areopagita* fué el primer obispo de Atenas, según testimonio del obispo Dionisio de Corinto (hacia el 170; cfr. Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 4; 4, 23). Créese haber derramado su sangre por la fe cristiana. La leyenda posterior (abad Hilduino, hacia el 835) lo ha identificado erróneamente con un obispo Dionisio que vivió en París (St. Denis) en el siglo III. Con el nombre de Dionisio Areopagita publicó un autor del siglo V o VI (¿en Siria?) cuatro grandes libros teológicos y diez cartas, que ejercieron gran influencia en la teología de la Edad Media (*ZKTh* 1911, 767 ss.; Pölzl, *Mitarbeiter des Weltapostels* 242 ss.).

[2] Cfr. *HPB* CXXIX (1902) 23 ss. 104 ss. 200 ss.

[3] Cfr. Schwager, *Die Orientmission* 252. — Acerca de las excavaciones recientes cfr. *Herders Lexicon,* artículo «Athen».

[4] Capital de la provincia romana de Acaya, unos 75 Km. al oeste de Atenas. Cfr. J. Rohr, *Paulus und die Gemeinde von Korinth auf Grund der beiden Korintherbriefe* (*BSt* IV, 4. Friburgo 1899). Véase núms. 653 y 709 s.

[5] No se sabe si **Aquila** y **Priscila** (Prisca) eran ya cristianos cuando san Pablo entró a trabajar en su casa, o si se convirtieron oyendo al Apóstol. Lo cierto es que desde este momento hallamos a ambos esposos ocupados en la propagación del Cristianismo; su taller fué en Corinto, como en Roma y en Efeso (véase núms. 652 y 655), un centro cristiano (cfr. *Act.* 18, 1; 18, 26; *Rom.* 16, 3; I *Cor.* 16, 19; II *Thim.* 4, 19). Llevóselos Pablo consigo de Corinto a Efeso (núm. 652), donde los dejó al emprender el viaje de Jerusalén, volviéndolos a encontrar en el tercer viaje apostólico (cfr. I *Cor.* 16, 19) y viviendo en su casa, según tradición, durante su larga estancia en Efeso (núm. 656). Más tarde, al terminar el tercer viaje misional, hallábanse ambos esposos en Roma, a donde escribe el Apóstol (*Rom.* 16, 3): «Saludad a Prisca y a Aquila, que trabajaron conmigo

sado de Roma [1] a todos los judíos, se juntó con ellos. Y como era del mismo oficio, a saber, tendero [2], se hospedó en su casa y trabajaba en su compañía. Todos los sábados hablaba en la sinagoga [3] (haciendo entrar siempre en sus discursos el nombre del Señor Jesús) [4] y procurando convencer a los judíos y a los griegos. Mas cuando Silas y Timoteo hubieron llegado de Macedonia [5], Pablo se aplicaba aún con más ardor a la predicación, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo. Pero como éstos le contradijesen y prorrumpiesen en blasfemias, sacudiendo sus vestidos, les dijo [6]: «Recaiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza [7]; yo no tengo la culpa. Desde ahora me voy a predicar a los gentiles». En efecto, saliendo de allí, entró en casa de uno llamado *Tito Justo,* temeroso de Dios, cuya casa estaba contigua a la sinagoga. Mas *Crispo,* jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su familia [8], como también creyeron otros muchos de Corinto que le oyeron, y fueron bautizados [9].

---

en Jesucristo y expusieron sus cervices por mi vida (en alguno de los motines de los judíos contra Pablo o en el motín de Efeso, de que hacemos mención en el núm. 659 s.); por lo que, no solamente yo me reconozco agradecido, sino también todas las iglesias». De donde se desprende que a la muerte del emperador Claudio (54 d. Cr.) regresaron a Roma. En su última carta (II *Tim.* 4, 19) les envía saludos a Efeso; sin duda salieron de Roma al estallar la persecución de Nerón. San Crisóstomo celebra su memoria en un panegírico especial (*Hom. in epist. ad Rom.*) y recuerda al mismo tiempo su martirio. Cfr. Bruders, *Die Verfassung der Kirche* 216 s.; R. Schumacher, *Aquila und Priscilla,* en *ThG* 1920, 86.

[1] Como refiere Suetonio (c. 25), sucedió esto «porque los judíos promovían continuos desórdenes, siendo Chrestus el impulsor». Más pormenores en el núm. 711.

[2] Cfr. núm. 568. San Pablo alude en II *Cor.* 11, 8-12 a su trabajo en Corinto.

[3] El rótulo de la puerta de esta sinagoga se encuentra en el museo de Corinto. Facsímiles, en Deissmann, *Licht vom Osten* 9. A juzgar por el rótulo, la comunidad judía de Corinto era muy pobre.

[4] Estas palabras se leen en la *Vulgata*, mas no aparecen en los buenos manuscritos griegos.

[5] Timoteo había ido ya con Silas a Atenas (núm. 648); mas Pablo le envió a Tesalónica (según I *Thess.* 3, 1 2) antes de abandonar él a Atenas, para que confortase allí a los neoconversos. Según I *Thess.* 3, 6, pudo comunicar al Apóstol gratas noticias.

[6] En señal de suma indignación y de que nada quería tener de común con los despreciadores del Cristianismo, sacudió el polvo que durante su permanencia se le había apegado al vestido. Esta acción venía, pues, a significar lo mismo que el sacudir el polvo de las sandalias (núms. 173, 220 y 626).

[7] Vosotros mismos tenéis la culpa de la perdición o de la ruina eterna con que Dios os va a castigar.

[8] San Pablo le bautizó (I *Cor.* 1, 14). Según las *Constituciones Apostólicas* (7, 46), fue más tarde obispo de Egina, no lejos de Atenas.

[9] Los gentiles eran mayoría en la comunidad cristiana (I *Cor.* 12, 2); los nombres conocidos de los cristianos de Corinto son en su mayor parte gentiles y latinos: Fortunato y Acaico; Gayo (I *Cor.* 1, 14; *Rom.* 16, 23); Tito Justo, Erasto, el ecónomo de la ciudad (*Rom.* 16, 23); Cuarto y Tercio, el escribiente a quien Pablo dictó la *Carta a los Romanos* (*Rom.* 16, 22). Según I *Cor.* cap. 7 y 11, las mujeres debieron de ser muy numerosas. Los más eran pobres (I *Cor.* 1, 26-28), mas no lo eran todos; pues lo que en la primera *Carta a los Corintios* dice el Apóstol acerca de los pleitos y las preferencias por una u otra forma de predicar, no es fácil que se refiera sólo a pobres esclavos y marineros indoctos; Estéfanas (I *Cor.* 16, 15), Cloe (I *Cor.* 1, 11), Crispo (*Act.* 18, 8) seguramente no eran pobres. De todos los convertidos, sólo a algunos bautizó personalmente el Apóstol (I *Cor.* 1, 14-17). Su cuidado era la predicación. I *Cor.* cap. 2-4 nos declara *cómo* predicaba a los corintios (con mucho temor; sencillo en la forma y en el fondo; convincente por virtud de la divina gracia), y *qué* les predicaba («leche»: al Crucificado, los grandes misterios de la Redención). Dios distribuyó largamente sus carismas en la iglesia, y el Apóstol da gracias al Señor (I *Cor.* 1, 4 s.) porque con la comunidad de vida con Jesucristo la Iglesia se ha enriquecido en todo lo que a los ojos del Apóstol constituye la

Entonces el Señor se apareció [1] una noche a Pablo y le dijo: «No tienes que temer, prosigue predicando, y no calles; pues que yo estoy contigo, y nadie llegará a maltratarte; porque yo tengo mucha gente en esta ciudad». Con esto se detuvo aquí año y medio predicando la palabra de Dios [2].

652. Pero siendo *Galión procónsul de Acaya* [3], los judíos se levantaron de común acuerdo contra Pablo y le llevaron a su tribunal, diciendo: «Este persuade a la gente que dé a Dios un culto contrario a la Ley mosaica (reconocida por los romanos)». Mas cuando Pablo iba a hablar (en su defensa), dijo Galión a los judíos: «Si se tratase verdaderamente de alguna injusticia o de algún enorme crimen, sería razón ¡oh judíos! que yo os atendiera. Mas si estas son cuestiones de palabras y de nombres [4] y cosas de vuestra Ley, allá os las hayáis, que yo no quiero meterme a juez de esas cosas». E hízoles salir de su tribunal. Entonces echando todos [5] las manos a *Sóstenes,* jefe de la sinagoga, le maltrataron a golpes delante del tribunal, sin que Galión hiciese caso de nada de esto.

Y Pablo, habiendo pasado aún allí muchos días, se despidió de los hermanos y se embarcó *para Siria.* Acompañáronle Priscila y Aquila. En *Cencreas* (ciudad marítima de Corinto) se hizo cortar antes el cabello, porque tenía hecho voto [6].

---

verdadera riqueza: en los dones de la gracia, especialmente en la posesión de la verdad cristiana *(logos)* y el pleno conocimiento *(gnosis)* de la misma. Pues la predicación del Apóstol va acompañada y confirmada objetivamente con carismas que se manifiestan visiblemente, y subjetivamente con la gracia de Dios que obra en el interior de cada alma. Y tan rica se ha hecho la iglesia de Corinto, que en gracias no cede a ninguna otra, y sólo le resta esperar, como todos los cristianos, la aparición del Señor en la gloria celestial (I *Cor.* 1, 7). Por eso llama a la iglesia de Corinto su «carta comendaticia, escrita no con tinta» (II *Cor.* 3, 1 ss.). En las dos *Cartas a los Corintios,* particularmente en la primera, vemos el cúmulo de dificultades y cuestiones que se presentaban en aquella comunidad tan heterogénea.

[1] Cfr. núm. 581. Jesús le anima a ser constante y le previene para la tormenta que se avecina.

[2] Aquí escribió la **primera Carta a los Tesalonicenses** y luego la **segunda,** a fines del 52 y principios del 53 de Cristo (véase núm. 707).

[3] También aquí se muestra Lucas bien informado acerca del régimen político-administrativo de Acaya. En las inscripciones de la época consta el proconsulado de Galión, de julio del 51 (o del 52) a julio del 52 (o del 53). Era hermano del filósofo Lucio Aneo Séneca, y su nombre, M. Aneo Novato; pero como le hubiese adoptado por hijo el orador Lucio Junio Galión, tomó el nombre de Junio Aneo Galión; según cuentan los escritores contemporáneos, era un hombre estimadísimo y muy amable.

[4] No se trataba de actos delictivos, sino sólo de la denominación «Mesías», que Pablo daba a Jesús. El noble romano rechaza indignado la insinuación de los judíos, que querían mezclarle en sus pendencias religiosas. En cuestión religiosa, el imperio romano daba a los judíos plena libertad. En los asuntos civiles, Galión está dispuesto a hacer justicia; mas en cuestiones religiosas les deja amplia libertad para que ellos se entiendan.

[5] La gente que hallí se hallaba, enojada de la insolencia de los judíos y animada con el proceder del procónsul, desfogó su ira en el portavoz de los judíos.—Sóstenes ocupaba entre los judíos el puesto que dejara Crispo al convertirse al Cristianismo; aquí aparece como portavoz de los enemigos del Apóstol; no está claro que sea el mismo de quien se habla en I *Cor.* 1, 1; de serlo, se habría convertido más tarde. Cfr. Bruders, *Die Verfassung der Kirche* 241.

[6] A lo que parece, una suerte de nazareato con que uno se obligaba a dejar crecer el cabello y a privarse de bebidas embriagadoras por cierto tiempo, ordinariamente por treinta días (Josefo, *Bell.* 2, 15). Pasado el tiempo establecido, se cortaba el cabello en el Templo, o, si el voto se había hecho en país extraño, al acabar el tiempo fijado se podía cortar el cabello y llevarlo consigo a Jerusalén para allí quemarlo en el Templo, ofreciendo al mismo tiempo un sacrificio.

Arribó (primero) a **Efeso**[1], donde dejó a sus compañeros (Aquila y Priscila). Y entrando en la sinagoga, habló con los judíos. Y aunque éstos le rogaron que se detuviese más tiempo, no condescendió; sino que, despidiéndose de ellos, les dijo: «Otra vez volveré a veros, si Dios quiere». Y saliendo de Efeso, desembarcó en *Cesarea*[2], y subió en seguida (a *Jerusalén)*[3] a saludar a la iglesia, y luego tomó el camino de *Antioquía*.

653. Corinto, ciudad helénica situada en el istmo de su nombre, entre los mares Egeo y Jónico, con sus dos puertas, el de *Cencreas* al oriente [de Cencreas era la diaconisa Febe, portadora de la *Carta a los Romanos* (16, 1 s.)], y el de *Licaón* al oeste, era una plaza comercial importantísima. Destruída la ciudad el año 146 a. Cr. por el cónsul romano Mummio, fué reedificada por Julio César el año 44 a. Cr. (con el nombre de *Laus Iulia Corinthus)*, volviendo muy pronto a su histórico esplendor; en ella residía el procónsul romano de Acaya (es decir, de Grecia, en contraposición a Macedonia). Habiéndose establecido allí muchos veteranos romanos[4], la ciudad tomó un tinte más romano que griego, y aun podríamos decir que adquirió carácter cosmopolita; pues a aquella ciudad de comerciantes y marineros acudían gentes de todos los países. El contraste social era grande: *hombres de negocios relativamente poco ricos,* un proletariado atraído por los intereses terrenos, una gran masa de esclavos[5]. También era grande el vicio en esta ciudad; en la antigua Corinto se daba culto formal a la deshonestidad; arriba, en la ciudadela de Corinto (Acrocorinto), se alzaba un templo en honor de Afrodita (Astarte); mil hierodulas se dedicaban al culto de Afrodita, es decir, a la prostitución. «Vivir al estilo de Corinto», «corintizar», eran eufemismos que significaban «darse a la fornicación». — También cundía el vicio de la embriaguez; pues en el teatro aparece por lo general el corintio embriagado. De lo que en Corinto viera el Apóstol de las gentes tomó los colores para pintarnos el negro cuadro del paganismo que vemos en la *Carta a los Romanos* (1, 17-21). En este ambiente[6] se desenvolvía la iglesia fundada por Pablo, llegando a gran nivel moral, a pesar de ciertos defectos, como se echa de ver en la primera carta de Clemente Romano a los corintios (caps. 1 y 2).

Corinto fué presa de los diferentes ejércitos invasores que llegaban allí por el istmo. En 1822 se apoderaron de ella los griegos. En 1858 fué totalmente

---

[1] Era la primera vez que iba al Asia proconsular, habiéndoselo impedido el Espíritu Santo en el segundo viaje (núm. 642; acerca de *Efeso* véase núm. 654).

[2] Núm. 601. Cesarea Marítima era el lugar ordinario de desembarco de los que iban de Occidente a Jerusalén.

[3] Como en los restantes viajes; era la *cuarta* vez que iba allí después de su conversión, su «viaje votivo» (cfr. núms. 590, 603 y 630).

[4] Cfr. página 568, nota 9, los nombres romanos.

[5] Cfr. A. Steinmann, *Paulus un die Sclaven in Korinth* (Braunsberg 1911).—Cladder-Dieckmann, *Korinth, die Kirche des hl. Paulus* (Aquisgrán 1923) nos ofrece un cuadro acabado de la comunidad cristiana de Corinto.

[6] También Dobschütz *(Die urchristlichen Gemeinden* 18) nos traza un cuadro característico: «En la vida agitada de Corinto no queda lugar para el arte y la ciencia. En cambio se desarrollan la técnica y la oratoria sofística. Así como el nombre de Corinto señala lo más exuberante del estilo arquitectónico, así estaba Corinto representada en el mercado mundial por su fina cerámica, por sus imitaciones en bronce de objetos antiguos, por sus tapices (alfombras). Tenía el teatro más lascivo, oía los discursos más frívolos. Los filósofos de Corinto eran los cínicos: junto a los recuerdos de Belerofonte, de Medea, etc., se mostraba el sepulcro de Diógenes, y todo el mundo sabía las historias extravagantes del mismo, cómo había subvertido todos los conceptos tradicionales de cultura y decencia. El ideal de los corintios era hacer triunfar sin miramientos la propia individualidad. Eran tipos auténticos corintios el comerciante que prospera sin reparar en los medios, el vividor que se entrega a los placeres, el atleta rebosante de vigor, endurecido en todos los ejercicios corporales; en una palabra: el hombre a quien nadie supera, que todo lo puede y a quien nada se le rehusa».

destruída por un espantoso terremoto; unos 5 Km. al nordeste se fundó Nueva Corinto. Una sociedad norteamericana inició en 1896 excavaciones metódicas, dirigidas por Hermance, en el lugar de la antigua Corinto; descubriéronse las fuentes de Peirene y Glauce, la Ágora y notables esculturas [1].

654. Efeso (fig. 28), capital de Jonia y residencia del procónsul de la provincia romana de Asia, que comprendía la región occidental del país que hoy se llama Anatolia, estaba situada a orillas del río Cayster, no lejos del mar Egeo. Tenía dos vías romanas y un puerto, mediante el cual se comunicaba con

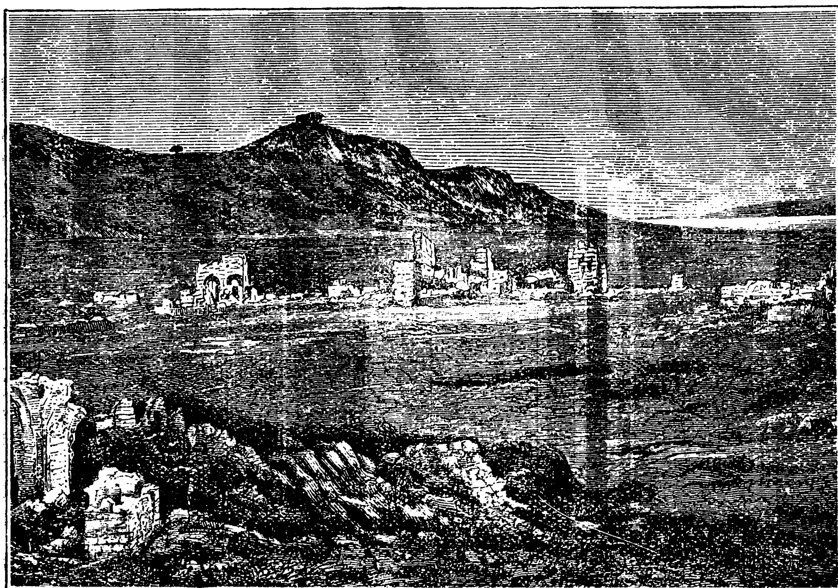


Fig. 28. — Efeso.

Egipto, Siria, Grecia, Italia y otros países. Plinio [2] le da el nombre de «ojo de Asia». Era el emporio de toda Asia Menor del Tauro a esta parte, célebre por la industria de tejidos y de maderas; era al mismo tiempo metrópoli de las artes, punto de unión de las civilizaciones asiática y griega, pero de mala fama por la vida licenciosa y por la afición a las artes mágicas y a la charlatanería. De ella salieron el sabio Heráclito, el escultor Agasias y los pintores Apeles y Parrasio.

Cuando Pablo llegó a Efeso, la población se componía principalmente de griegos; entre los gentiles hizo la mayor parte de sus discípulos [3]. Mas había también en esta plaza comercial muchos judíos que habían conseguido ciertos privilegios de los señores del país, los romanos. Del discurso a los presbíteros de Efeso (*Act.* 20, 17-38; núm. 664) se colige que Pablo fué en aquella ciudad un modelo viviente de humildad, paciencia, laboriosidad, abnegación por la causa del Evangelio, y que trabajó infatigable en el ministerio de las almas. Hacia el fin de su vida nombró san Pablo a su discípulo Timoteo obispo de la ciudad [4], y el Apóstol san Juan ejerció allí largo tiempo su ministerio antes y después del destierro de Patmos, y allí acabó sus días [5].—Al obispo de esta ciudad va dirigida la primera de las siete cartas del *Apocalipsis* (2, 1-7), para

[1] Cfr. *HPB* CXXX (1902) 18-30. [2] *Hist. nat.* 5, 29.

[3] *Ephes.* 2, 11-19; 3, 1 s. dan a entender que la comunidad se componía esencialmente de cristianos de origen pagano. Acerca del apostolado de san Pablo en Efeso cfr. núm. 656 ss. [4] Véase núm. 717. [5] Cfr. página 35.

reanimar su celo algún tanto resfriado. En los primeros tiempos del Cristianismo, Efeso fué la metrópoli de las iglesias circundantes. Aquí condenó el tercer Concilio Ecuménico (431) la herejía de Nestorio y dió a la Bienaventurada Virgen María el título de «Madre de Dios». En el siglo XIII fué destruída la ciudad por los turcos. No lejos de donde se levantaba Efeso, se ve hoy una mísera aldea habitada por unas pocas familias turcas, llamada Aya Seluk (es decir, *Agios theologos,* «el santo teólogo», en recuerdo de san Juan). Hace, pues, ya mucho tiempo que «fué removido el candelero de Efeso» [1].



Fig. 29.
Templo de Diana en Efeso. Moneda de bronce del emperador Valeriano I (253-259)

Al sudoeste de Aya Seluk se ven las ruinas del *Templo de Diana-Artemis,* adorada particularmente en Efeso como madre de los hombres, de los animales y de las plantas; su imagen, caída del cielo, era el paladión de la ciudad. Del templo se hace mención en *Act.* 19, 27 [2]; se le consideraba como una de las siete maravillas del mundo (véase fig. 29). Comenzado el siglo VI a. Cr. por Quersifrón, fué concluído 200 años más tarde, el 370. Ardió en 356, incendiado por Heróstrato la misma noche que nació Alejandro Magno; mas fué reedificado de mármol purísimo con mayor suntuosidad y magnificencia por Deinócrates en estilo jónico; todos los artistas célebres de Grecia compitieron en adornarlo. Obra artística incomparable, era también el foco de la idolatría, de la superstición y de la magia. Las cartas del judío Seudo Heráclito [3] nos revelan las abominaciones que allí se cometían. Fué saqueado y destruído por los godos hacia el 262 d. Cr.—Los restos del *teatro* que se menciona en *Act.* 19, 29 (núm. 660), en la ladera occidental de la colina meridional, presentan la forma de semicírculo de 140 m. de diámetro, con una superficie de 7700 m²; sus asientos escalonados ofrecían lugar a 25000 espectadores [4].

151. Tercer viaje apostólico de san Pablo

(Marzo-abril del 54, hasta mayo junio del 57 d. Cr.)

a) Apostolado en Efeso

(Octubre-noviembre del 54 véase nota 5, hasta mayo-junio del 57 d. Cr.)
(*Act.* 18, 23-20, 1)

1. Comienzo del viaje. Apolo en Efeso y en Corinto. 2. Apostolado de san Pablo en Efeso: *a)* los discípulos de san Juan; *b)* apostolado de san Pablo en la sinagoga; *c)* en la academia de Tirano; *d)* exorcistas judíos; *e)* los libros de magia. 3. Planes del Apóstol. 4. Motín provocado por el platero Demetrio. 5. Viaje a Macedonia.

655. Habiéndose detenido algún tiempo (en Antioquía) [5], partió (de nuevo) el Apóstol y recorrió por su orden los pueblos del país de *Galacia* [6]

---

[1] *Apoc.* 2, 5. [2] Cfr. núm. 659.
[3] Cfr. Schürer, *Geschichte des jüdischen Volkes* III³ 479.
[4] Acerca de las modernas excavaciones en Efeso, cfr. Benndorf, *Forschungen in Ephesus, veröffentlicht vom Oesterreichischen Institut* (Viena 1006).—Acerca de Panagia Kapuli, supuesto lugar de la muerte de María, véase página 357, nota 1.
[5] Según Kugler, de octubre-noviembre del 53 a marzo-abril del 54. Por tercera vez deja el Apóstol a Antioquía, que no había de volver a ver por lo menos hasta después de la libertad de la primera prisión en Roma. De marzo-abril a octubre-noviembre del 54 recorre los países del Asia Menor, en los que había fundado iglesias en sus primeros viajes, llegando finalmente en octubre-noviembre del mismo año a Efeso, para trabajar en esta capital de Asia largo tiempo y con mucho fruto (véase pág. 511, nota 3).
[6] Era la segunda vez que visitaba Galacia (núm. 642; cfr. *Gal.* 4, 13). Puede que ya en esta segunda estancia en Galacia hubiese notado el Apóstol corrientes judaizantes, que tendiesen a ganar a los cristianos de origen pagano para «las obras de la Ley» (circunci-

y de *Frigia,* confortando a todos los discípulos [1]. — (Entretanto) había venido a Efeso [2] un judío llamado *Apolo,* natural de Alejandría, varón elocuente y muy versado en las Escrituras. Estaba instruído en la religión del Señor, y predicaba con fervoroso espíritu y enseñaba con diligencia todo lo perteneciente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan [3-4]. Apolo, pues, comenzó a predicar con toda libertad en la sinagoga; y habiéndole oído Priscila y Aquila, se lo llevaron consigo e instruyéronle más a fondo [5] en el camino [6] del Señor. Mostrando después deseo de ir a la provincia de Acaya, animáronle los hermanos y le dieron una carta de recomendación [7] para los fieles. Llegado allí, era (principalmente en Corinto) un gran apoyo para los fieles [8]; porque con gran fervor redargüía a los judíos en público, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo [9].

656. Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo recorría las comarcas superiores [10] del Asia y llegó *(de nuevo,* según lo tenía prometido) [11] *a Efeso* [12]. Allí encontró a algunos discípulos [13], y preguntóles: «¿Habéis reci-

---

sión, fiestas judías, etc.), cual si ellas fuesen necesarias para conseguir la perfección, y no bastase la muerte redentora de Cristo. Si la tendencia judaizante se había ya manifestado, como parece ser, en la época de la segunda estancia de san Pablo en Corinto, debió de sofocarla el Apóstol con su autoridad, y creyó poder continuar tranquilamente su viaje. Pero apenas alejado de allí (cfr. *Gal.* 1, 6 s.), retoñó de nuevo el movimiento con nueva fuerza. La noticia de esto le alcanzó en Efeso, lo cual le dió pie para escribir la *Carta a los Gálatas* (véase núm. 708; también pág. 573, nota 12).

[1] Cfr. núm. 641 s. Era en cierto modo norma del Apóstol visitar primero las antiguas iglesias, antes de emprender nuevas fundaciones.

[2] Véase núm. 654.

[3] El bautismo del Precursor, es decir, un bautismo que despertaba y manifestaba sentimientos de penitencia, pero que de suyo no perdonaba los pecados; era sólo preparación y figura del bautismo mesiánico, del «bautismo del Espíritu» instituído por Cristo. Véase página 132, nota 8.

[4] **Apolo** (propiamente Apolonio) había sido instruído, a lo que se ve, por algún discípulo del Bautista, y bautizado con el bautismo del Precursor; todavía no conocía las verdades específicas del Cristianismo (significado de la muerte de cruz, los santos sacramentos). Véase también página 573, nota 9.

[5] Es decir, la religión cristiana; seguramente le administraron el sacramento del Bautismo.

[6] Véase núm. 651.

[7] Primer ejemplo de carta comendaticia de una iglesia a otra.

[8] Cfr. a este propósito I *Cor.* 3, 6 ss.

[9] Tal prestigio adquirió en lo sucesivo *Apolo* en Corinto, que uno de los partidos se llamaba por su nombre (I *Cor.* 1, 12), por más que él mismo y san Pablo desaprobasen semejante partidismo (I *Cor.* 3, 4 ss.; 4, 6). Según I *Cor.* 16, 22, estuvo con san Pablo en Efeso, y, a instancias del Apóstol, quiso al poco tiempo regresar a Corinto, luego que hubo despachado ciertos asuntos urgentes. En *Tit.* 3, 13 exhorta Pablo a Tito a que dé a Zenas y a Apolo acompañamiento y los medios necesarios para el viaje (seguramente a Corinto: cfr. Bruders, l.c. 217; R. Schumacher, *Der Alexandriner Apollos. Eine exegetische Studie.* Kempten 1916). Según san Jerónimo, fué más tarde obispo de Corinto. Noticias griegas le señalan obispo de Dyrrhachium (Iliria) o de Colosas (Frigia).

[10] Los países de Galacia, Frigia, etc., apartados del mar (cfr. núm. 642).

[11] Núm. 652.

[12] Luego de su llegada a *Efeso,* recibió Pablo noticia del movimiento judaizante de las iglesias de Galacia que acababa de visitar (cfr. *Gal.* 1, 6) por segunda vez (véase núms. 642 y 655; cfr. *Gal.* 4, 13). Entonces escribió (a fines del año 54) su **Carta a los Gálatas.** Más pormenores en núms. 640 y 708.

[13] Como se ve, eran discípulos poco instruídos, creían en el Mesías y habían sido bautizados con el bautismo de penitencia del Precursor; pero todavía no se habían anexionado a los cristianos de Efeso, que, a lo que parece, vivían aislados, sin formar una comunidad

bido al Espíritu Santo después que abrazasteis la fe?» Mas ellos le respondieron: «Ni siquiera hemos oído que haya Espíritu Santo». «Pues ¿con qué bautismo [1-2], les replicó, fuisteis bautizados?» Y ellos respondieron: «Con el *bautismo de Juan»* [3]. Dijo entonces Pablo: «Juan bautizó al pueblo (sólo) con bautismo de penitencia, advirtiendo que creyesen en aquél que había de venir después de él, esto es, en Jesús». Oído esto, se *bautizaron* en nombre [4] del Señor Jesús. Y habiéndoles Pablo impuesto *las manos,* descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban lenguas, y profetizaban. Eran como unos doce hombres.

657. Entró Pablo (primero en la sinagoga) y predicó el reino de Dios con libertad y persuasión por espacio de tres meses. Mas como algunos de ellos permaneciesen obstinados y no creyesen, antes blasfemasen de la doctrina del Señor delante de los oyentes, apartándose de ellos, separó a los discípulos y platicaba todos los días en la escuela de un tal Tirano [5]. Lo que practicó por espacio de dos años [6], de manera que todos los que habitaban en Asia oyeron la palabra del Señor, así judíos como gentiles. Y obraba Dios milagros extraordinarios por medio de Pablo; tanto, que en aplicando a los enfermos solamente los pañuelos y ceñidores que habían tocado su cuerpo, al momento las dolencias se les quitaban, y los espíritus malignos salían afuera [7].

---

organizada. Como creían en el Mesías, san Pablo se imaginaba que habían ya recibido el sacramento del Bautismo; por eso les pregunta si han recibido el Sacramento de la *Confirmación.*

[1] Según el texto griego: «A qué cosa...», es decir, en nombre de quién.

[2] La manera cómo el Apóstol deduce las consecuencias de las respuestas de aquella gente, muestra que ya entonces en la fórmula del Bautismo se nombraba al Espíritu Santo como persona divina, como la trae *Matth.* 28, 19. Pablo quiere decir: Si no habéis oído que existe el Espíritu Santo o que haya venido, señal es de que no habéis recibido el Bautismo *cristiano;* pues éste se confiere «en el nombre del Padre y del Hijo y del *Espíritu Santo».* [3] Véase página 573, nota 3.

[4] Según el texto griego: «En el nombre», es decir, con el bautismo sacramental, por el cual quedan ligados con Jesucristo, bautismo que también aquí se distingue de la comunicación del Espíritu Santo que se obtiene mediante la imposición de las manos, es decir, mediante la Confirmación; cfr. núms. 540 y 603.

[5] Era éste, según toda probabilidad, pagano de nacimiento, tenía una academia de elocuencia o de filosofía, la cual puso a disposición del Apóstol, sea que se sintiese atraído al Cristianismo, sea que lo hubiese ya aceptado. El Códice D trae la siguiente adición: «Desde la hora quinta hasta la décima», es decir, desde las once hasta las cuatro de la tarde. Antes y después de este tiempo se dedicaba Pablo al trabajo manual; cfr. *Act.* 20, 34; I *Cor.* 4, 12; I *Thess.* 2, 9. En *Act.* 20, 18-35; I *Cor.* 15, 30-32 vemos el género de vida que llevaba san Pablo en Efeso.

[6] El Apóstol pinta la situación en I *Cor.* 16, 9: Aunque hay «muchos adversarios», sin embargo «una grande puerta me está abierta». No es inverosímil (cfr. *Act.* 19, 10 y I *Cor.* 16, 19) que durante este período hubiese san Pablo fundado comunidades cristianas en las ciudades vecinas, él en persona, o mediante sus discípulos. Algunas de las iglesias a las cuales el Evangelista san Juan dirige las cartas de su *Apocalipsis* (cap. 2 y 3; Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, Laodicea) recibieron, sin duda, la semilla de la fe por la época en que san Pablo ejercía el apostolado en Efeso. La fundación de las iglesias de Colosas y de Hierápolis ocurrió en aquella época (cfr. Felten. *Die Apostelgeschichte* 358). —Cuando había fijado ya el Apóstol la fecha de su partida de Efeso (I *Cor.* 16, 8), recibió noticias de parte de cierta dama, llamada Cloe, del partidismo y de otras anomalías de las iglesias de Corinto; demás de esto, ciertos miembros de la comunidad le enviaron un escrito con varias consultas. Por todo ello tuvo Pablo por conveniente escribir su **primera Carta a los Corintios** (véase núm. 709; también *ThR* 1910, 542 ss.).

[7] Cfr. núms. 170, 183, 519 y 553.

658. Ciertos judíos *exorcistas* que andaban girando de una parte a otra, intentaron invocar sobre los posesos el nombre del Señor Jesús, diciendo: «Os conjuro por aquel Jesús, a quien Pablo predica» [1]. Los que hacían esto eran siete hijos del sumo sacerdote judío Sceva [2]. Pero el maligno espíritu respondió: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo; mas vosotros ¿quién sois?» Y al instante se echó sobre ellos el poseso, apoderóse de dos y los maltrató, de suerte que los hizo huir de aquella casa desnudos y heridos. Cosa que fué notoria a todos los judíos y gentiles que habitaban en Efeso; y todos ellos quedaron llenos de temor, y era glorificado el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los creyentes venían a *confesar y a declarar* sus acciones [3]. Muchos, asimismo, de los que se habían dado al ejercicio de las artes mágicas, hicieron de sus libros un montón y los quemaron a la vista de todos; su valor se calculaba en 50000 denarios (dracmas) [4]. Así se iba propagando más y más la palabra de Dios y se robustecía.

659. Después de estos sucesos, resolvió Pablo ir *de nuevo a Jerusalén,* pasando por Macedonia y Acaya, y decía: «Después que haya estado allí, es necesario que yo vea *también Roma*» [5]. Y habiendo enviado a Macedonia a dos de los que le ayudaban en su ministerio, a Timoteo y a Erasto [6], él se quedó por algún tiempo en Asia. Durante este tiempo fué cuando acaeció un *no pequeño alboroto* contra el Cristianismo [7]. El caso fué, que cierto Demetrio [8], platero de oficio, fabricando de plata templitos

---

[1] Creían poder usar del nombre de Jesús como de palabra mágica.

[2] O pertenecía a la familia del sumo sacerdote, o era uno de los jefes de las 24 clases sacerdotales (cfr. núm. 330).

[3] También los fieles se atemorizaron y descargaron sus conciencias mediante una sincera *confesión de sus acciones (praxeis).* A juzgar por el significado que la palabra «praxeis» tiene en los numerosos papiros de magia que se han encontrado, y por el contexto mismo, se refiere aquí en primer término a las «prácticas *supersticiosas*». Mas no está excluída otra clase de pecados. No se dice si esta confesión fué pública o secreta.

[4] Unos 43500 marcos (cfr. pág. 189, nota 1). El gran número de papiros de fórmulas de magia hallados recientemente nos hace ver la posibilidad de que Pablo hubiese hecho quemar escritos de esa naturaleza por tanto valor en Efeso, la patria de los libros de magia *(Ephesia grammata, Ephesiae litterae),* de donde se difundían por todo el mundo. En la antigüedad los libros, como eran manuscritos, resultaban en general muy caros; en particular los libros de magia, por el valor que se les atribuía, alcanzaban precios fabulosos. Los descubrimientos modernos nos permiten formar idea del fondo y de la forma de tales libros. Cfr. Deissmann, *Licht vom Osten* 180 ss.; también Wikenhauser, *Die Apostelgeschichte* 363 ss.

[5] De *Rom.* 1, 8 ss.; 15, 13 ss. se desprende que quería visitar a Roma sólo de paso, para edificarse con la fe de la iglesia romana, pero que su propósito era ir a desarrollar sus actividades apostólicas en *España.* Mas antes quiso afianzar su obra en los países orientales, visitando una vez más todas las iglesias. — «Es necesario que yo vea también Roma», expresión de íntimo anhelo.

[6] **Erasto** es idéntico al de *Rom.* 16, 23; según este pasaje de la *Carta a los Romanos,* había sido cajero o tesorero de la ciudad de Corinto, donde se escribió la carta. Cuando Pablo en su tercer viaje a Roma (año 66 ó 67) pasó por Corinto, allí quedó Erasto por encargo del Apóstol (II *Tim.* 4, 20). Su ministerio debió de ser muy provechoso, pues tanto la Iglesia oriental como la occidental celebran su memoria los días 10 de noviembre y 26 de julio respectivamente. Cfr. Pölzl, *Die Mitarbeiter des Weltapostels Paulus* 263 ss.

[7] Bludau, *Der Aufruhr des Silberschmieds Demetrius,* en *Kath* 1906 I 81 201 258. Toda la narración que sigue es un «cuadro oratorio» magnífico.

[8] A lo que parece, Demetrio era gran empresario o director del correspondiente gre-

de Diana [1], daba no poco que ganar a los demás de este oficio. A los cuales, como a otros que vivían de semejantes labores, habiéndolos convocado, les dijo:

«Varones, bien sabéis que nuestra ganancia depende de esta industria; y veis también y oís cómo ese Pablo, no sólo en Efeso, sino en casi toda el Asia [2], con sus persuasiones ha hecho mudar de creencia a mucha gente, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos. Por donde no sólo esta profesión nuestra correrá peligro de caer en descrédito, sino, lo que es más, el templo de la gran Diana perderá toda la estimación, y la majestad de aquélla a quien toda el Asia y el mundo entero adora, caerá por tierra».

660. Oído esto, se enfurecieron y exclamaron, diciendo: «Grande es Diana de los efesios» [3]. Llenóse luego la ciudad de confusión, y corrieron todos al teatro [4], arrebatando consigo a *Gayo* y a *Aristarco* [5], macedonios, compañeros de Pablo. Quería este salir a presentarse en medio del pueblo, mas los discípulos no se lo permitieron [6]. También algunos *asiarcas* [7] ami-

---

mio. Con astucia deriva al terreno religioso los intereses materiales, comprometidos por la predicación del Evangelio, y sabe despertar el orgullo patriótico y el fanatismo religioso de los efesios.

[1] Cfr. núm. 654. Eran reproducciones en miniatura del templo de Efeso, y llevaban en su interior la estatua de la diosa. Según testimonios antiguos (Dio Casio 39, 20. Diodoro Sículo 1, 15), solían llevarse de viaje, en calidad de amuletos, miniaturas de templos paganos, y también se colocaban en las casas como objetos decorativos y de culto.

[2] Este texto viene a confirmar la extensión y eficacia del apostolado de san Pablo entre los gentiles.

[3] Era ello un llamamiento al orgullo patriótico, al egoísmo y a la superstición de los efesios en defensa de la diosa y de su templo. Diana lleva por sobrenombre «la grande» en muchas inscripciones antiguas; el culto público era espléndido, y las transgresiones del mismo se consideraban *como sacrilegios y blasfemias.*

[4] Los teatros eran plazas al aire libre, rodeadas de asientos escalonados para los espectadores. A menudo servían para las asambleas públicas. Acerca del teatro de Efeso modernamente descubierto, cfr. núm. 654.

[5] De esa suerte **Gayo y Aristarco** fueron testigos forzosos de la asamblea, y de ellos pudo tener Pablo noticia de los sucesos siguientes. — Nada más se sabe de **Gayo** de Macedonia. No se le debe confundir con Cayo de Derbe (*Act.* 20, 4; núm 662), ni con Gayo de Corinto, cuya memoria celebra la Iglesia juntamente con la de Crispo (núm. 651) el 4 de octubre. Este Gayo de Corinto fué bautizado por manos de Pablo, como Crispo (I *Cor.* 1, 14), y puso su casa a disposición del Apóstol para el culto divino (*Rom.* 16, 23). A un cierto Gayo de Asia Menor escribió el Apóstol san Juan su tercera carta (vers. 1), en la cual (vers. 5 s.) alaba su amable hospitalidad (núm. 724). Cfr. Pölzl, *Die Mitarbeiter,* etc., 254 ss.—**Aristarco** era oriundo de Tesalónica (núms. 662 y 676); acompañó al Apóstol hasta en la prisión de Roma (*Col.* 4, 10). San Pablo le llama su colaborador (*Philem.* 24). Créese haber sido más tarde obispo de Tesalónica (según algunos, de Apamea [Siria]), y decapitado bajo Nerón (cfr. Bruders, *Die Verfassung der Kirche* 219; Pölzl, *Die Mitarbeiter,* etc , 234 ss.).

[6] De II *Cor.* 1, 8-11 se colige que la cosa estaba seria y que el ministerio del Apóstol era difícil. Entonces debió de suceder que Aquila y Priscila expusieron sus cabezas por salvar la vida del Apóstol (*Rom.* 16, 3-4; pág. 567. nota 5). Las palabras: «¿De qué me sirve, hablando humanamente, haber combatido en Efeso contra bestias feroces, si no resucitan los muertos?» (I *Cor.* 15, 32), acaso no se refieren a una lucha real con las bestias, sino con las duras y salvajes pasiones.

[7] Así se llamaban los procuradores de la Dieta provincial del Asia proconsular. Eran elegidos por un año entre los hombres más conspicuos de la provincia para entender en el asunto de los juegos públicos y del culto. Quedábales el título aun después de expirar el plazo de su oficio. La amistad de algunos de estos asiarcas con Pablo nos prueba el prestigio de que gozaban en Efeso el Apóstol y su doctrina. — Las tres autoridades de Efeso nombradas aquí por san Lucas, el procónsul o gobernador, los asiarcas y el secretario de Estado (*grammateus),* las hallamos también en inscripciones de Efeso, como también la «asamblea legal del pueblo»; cfr. *StL* 24 (1883), 309 s.).

gos suyos enviaron a rogarle que no compareciese en el teatro. Los unos gritaban una cosa y los otros otras; porque todo el concurso era un tumulto, y los más de ellos no sabían a qué se habían juntado. Entonces hicieron salir de entre la multitud a un tal *Alejandro* [1], empujándole los judíos; y Alejandro, haciendo señal con la mano (para que callasen), quiso pronunciar ante el pueblo un discurso de defensa. Mas luego que conocieron ser judío, todos a una voz se pusieron a gritar por espacio de casi dos horas: «Grande es Diana de los Efesios». Al fin el *secretario* [2], habiendo sosegado el tumulto, les dijo:

661. «Varones efesios, ¿quién hay entre los hombres que ignore que la ciudad de Efeso da culto [3] a la gran Diana, hija de Júpiter? [4] Siendo, pues, esto tan cierto que nadie lo puede contradecir, es preciso que os soseguéis, y no procedáis inconsideradamente. Estos hombres que habéis traído aquí, ni son sacrílegos, ni blasfemadores de vuestra diosa. Mas si Demetrio y los artífices que le acompañan tienen alguna queja (privada) contra alguno, audiencia pública hay, y procónsules. Y si tenéis alguna otra pretensión (de interés público), podrá ésta decidirse en legítima asamblea. De lo contrario, corremos riesgo de que se nos acuse de sediciosos por lo de este día, no pudiendo alegar ninguna causa para justificar esta reunión» [5].

Dicho lo cual, hizo retirar a todo el concurso. Después que cesó el tumulto, convocando Pablo a los discípulos y haciéndoles una exhortación, se despidió y se puso en camino *para Macedonia* [6].

---

[1] Este **Alejandro** era sin duda, a juzgar por lo que inmediatamente sigue, un hombre elocuente, y quiso probar al pueblo que los judíos nada tenían que ver con Pablo y sus compañeros, para así evitar la posible persecución de los judíos y al mismo tiempo excitar aún más la multitud contra el Apóstol. Era quizá el mismo de quien dice san Pablo en su segunda *Carta a Timoteo,* escrita en la segunda cautividad de Roma (4, 14 15): «Alejandro, el calderero, me ha hecho mucho daño».

[2] O canciller del procónsul, algo así como secretario de Estado, a quien competía la inspección del archivo del Estado, la confección de las estadísticas, la redacción de los decretos y su lectura ante la asamblea. Véase Felten, *Ntl Zeitgeschichte* II 361 s. — Este funcionario parece haber prestado desde mucho tiempo atrás cierta atención al ministerio del Apóstol y de sus compañeros: lo cierto es que juzgó las cosas con toda madurez y reconoció a Demetrio por el verdadero causante del motín.

[3] *Neocoros,* propiamente «celadora del templo», título honorífico que a sí misma se da la ciudad en las inscripciones, para indicar su gran veneración a Diana. Véase Felten, *Ntl Zeitgeschichte* II 522, nota 6.

[4] Según el texto griego: «¿que la ciudad de Efeso es la guardiana de la gran Artemis y de su estatua caída del cielo?» La estatua era de color negro (cfr. núm. 654).

[5] Los motines eran severamente castigados por las autoridades romanas. Los caudillos del motín pagaban su delito con la muerte. Las ciudades amotinadas perdían sus derechos y privilegios.

[6] Según I *Cor.* 16, 8, Pablo quería permanecer en Efeso hasta Pentecostés; el motín le obligó a marcharse *antes* de la fecha. Primero fué a *Tróade* (II *Cor.* 2, 12 s.). Antes de partir Tito de Efeso para Corinto, le indicó Pablo que, una vez terminada su misión en esta ciudad, regresase a Tróade a darle cuenta del efecto que hubiese producido la primera carta canónica; Pablo estaba allí en tal tensión, que le faltaba el sosiego espiritual para dedicarse al apostolado, por más que allí se le había «abierto una puerta en el Señor», es decir, por más que se le ofrecía favorable y risueña oportunidad para el ministerio apostólico. Salió, pues, al encuentro de Tito a Macedonia, para verle cuanto antes (cfr. II *Cor.* 2, 12 ss.). En efecto, encontróse con él en Macedonia, acaso en Filipos; las noticias que le trajo Tito eran tan halagüeñas, que el Apóstol (II *Cor.* 2, 14; cfr. II *Cor.* 7, 6 ss.) prorrumpió en alabanzas de Dios, en acción de gracias y en gritos de júbilo por el triunfo que mediante su carta había Dios conseguido de aquella iglesia; su corazón quedó libre de toda zozobra e inquietud. El mismo Tito recibió, según II *Cor.* 7, 13, las mejores impresiones acerca de los sentimientos de los cristianos de Corinto para con Pablo y, en general,

b) Pablo en Macedonia y en Grecia. Regresa a Jerusalén pasando por Tróade, Mileto, Tiro y Cesarea

(Mayo-junio del 57 hasta mayo del 58)

(*Act.* 20, 2-21, 16)

1. Viaje de san Pablo por Macedonia y Grecia (mayo-junio del 57 hasta noviembre-diciembre del 57); estancia en Corinto (noviembre-diciembre del 57 hasta febrero-marzo del 58). 2. Regresa a Tróade por el mismo camino, pasando por Filipos; resurrección de un muerto. (Fechas precisas del viaje a partir de Filipos; para cada etapa véanse las notas correspondientes). 3. De Tróade a Mileto. 4. Discurso de despedida en Mileto. 5. De Mileto a Jerusalén por Cesarea (quinto viaje a Jerusalén).

662. Pablo recorrió el país (de Macedonia) exhortando a los fieles con muchas pláticas [1]. Después pasó a *Grecia,* donde permaneció (en *Corinto* [2] los) tres meses (de invierno).

Y estando para navegar a *Siria* [3], le armaron los judíos una emboscada; por lo cual tomó la resolución de volverse *por Macedonia*. Acompañáronle [4] Sopatro, hijo de Pirro, natural de Berea, y los tesalonicenses Aristarco y Segundo [5], con Gayo de Derbe y Timoteo [6], y asimismo Tíquico [7] y Trófimo [8], asiáticos. Estos partieron delante y nos esperaron (a Pablo y Lucas) [9] en Tróade. Después de la Pascua nos hicimos a la vela desde *Filipos* [10],

---

acerca del estado de la vida cristiana de la comunidad. Empero no pudo menos de informarle Tito acerca de los diversos ataques de los judaizantes contra la persona de Pablo y contra su apostolado. Todo ello dió pie al Apóstol para escribir la **segunda Carta a los Corintios.** Tuvo ésta pleno éxito, y el Apóstol pudo hacer lleno de alegría la visita que, según II *Cor.* 2, 1, no quería hacer por estar enojado (cfr. núm. 710).

[1] Con ocasión de la estancia en Macedonia hizo probablemente el Apóstol el viaje misional (*Rom.* 15, 19) por el *norte hasta Iliria.*

[2] Se hospedó en casa de Gayo (*Rom.* 16, 23). Tal era el estado de cosas en Corinto, que el Apóstol tuvo sosiego interior y exterior para escribir o dictar al amanuense Tercio la *Carta a los Romanos* (*Rom.* 16, 22 s.).

[3] Todavía antes de su partida escribió la **Carta a los Romanos** (a principios del 58), enviándosela y anunciándoles la visita por medio de Febe, que iba a Roma. El motivo principal de haber el «Apóstol de las gentes» escrito a los romanos fué el interés que tenía por la prosperidad de la iglesia de Roma, centro religioso y político del mundo pagano. Más pormenores en el núm. 711.

[4] A lo que parece, como delegados de las comunidades para llevar a la iglesia de Jerusalén las limosnas; cfr. Pölzl, *Der Weltapostel Paulus,* núm. 365.

[5] Núms. 545 y 646.

[6] Núms. 627, 641 y 660.

[7] **Tíquico,** el «muy dilecto hermano y fiel siervo» (*Col.* 4, 7), como le llama el Apóstol, acompañó a éste en las dos prisiones de Roma, de donde llevó las cartas de san Pablo a los Efesios (6, 21 22), a los Colesenses (4, 7 8) y a Filemón. El año 65 pensó el Apóstol enviar a Tíquico a Creta como substituto de Tito, para que éste pudiera juntársele en Nicópolis (*Tit.* 3, 12). Pero cambió de parecer y envió a Creta a Artemas, y al año siguiente envió a Tíquico a Efeso en calidad de substituto de Timoteo, a quien quería tener a su lado en Roma antes de morir (II *Tim.* 4, 12; cfr. Bruders, *Die Verfassung der Kirche* 256).

[8] A **Trófimo** le vemos todavía en Jerusalén al lado del Apóstol (*Act.* 21, 28 s.); en el segundo viaje a Roma se vió precisado san Pablo a dejarlo enfermo en Mileto (II *Tim.* 4, 20). Era Trófimo, como Tíquico, Artemas y otros, auxiliar ambulante del Apóstol (cfr. Bruders, l. c. 225).

[9] Cfr. núm. 536.

[10] Según Kugler (véase pág. 511, nota 3), el 22 de Nisán, miércoles 5 de abril del 58.

y en cinco días nos juntamos con ellos en Tróade, donde nos detuvimos siete días [1].

663. Mas como *el primer día de la semana* [2] nos hubiésemos congregado para partir el pan [3], Pablo, que había de marchar al día siguiente, habló a los allí reunidos y alargó la plática hasta media noche. En el cenáculo [4] donde estábamos congregados ardían muchas lámparas. Y sucedió que a un joven llamado *Eutico,* estando sentado sobre una ventana [5], le sobrecogió un sueño muy pesado, mientras proseguía Pablo su largo discurso; y vencido al fin del sueño, cayó desde el tercer piso de la casa abajo; y le levantaron muerto. Pero habiendo bajado Pablo, echóse sobre él, y abrazándole, dijo: «No os asustéis, pues está vivo» [6]. Y subiendo luego otra vez, partió y comió el pan [7], y habiendo platicado todavía con ellos hasta el amanecer, se marchó [8]. Al joven le llevaron vivo, con lo cual se consolaron en extremo.

664. Nosotros, empero, embarcándonos, navegamos a *Aso* [9], donde debíamos recibir a bordo a Pablo, que así lo había dispuesto él mismo, queriendo andar aquel trecho de camino por tierra. Habiéndonos, pues, alcanzado en Aso, tomándole en nuestra nave vinimos a *Mitilene* [10]. Desde allí, haciéndonos a la vela, llegamos al día siguiente a *Quío* [11]; al otro día

---

[1] Según Kugler, del 26 de Nisán al 3 de Ijar, domingo 9 a sábado 15 de abril del 58.

[2] Según Kugler, el 4 de Ijar, sábado a domingo del 15-16 de abril del 58.

[3] Es decir, para celebrar el Santo Sacrificio y el banquete eucarístico (cfr. núm. 541). Es de notar que Pablo se detuvo siete días en Tróade, y que en uno de ellos, el primer día de la semana, el **domingo,** la comunidad celebró los sagrados misterios (cfr. núm. 505). Véase también Pölzl, l. c. 366 s. [4] Cfr. núm. 536.

[5] Con toda probabilidad en Oriente la abertura de las ventanas llegaba entonces, como hoy, casi hasta el piso; no tenían cristales, como tampoco los tienen hoy (en invierno se cubren con papel empapado en aceite), y se protegían a lo sumo con un ligero enrejado (*KL* II² 1541).

[6] Dice expresamente el texto que aquello fué una *resurrección* real, no un despertar de la muerte aparente; el joven fué levantado «muerto» (no «como muerto»). La manera como el Apóstol llevó a cabo el milagro es la misma como en otro tiempo Elías y Eliseo obraron análogo prodigio.

[7] A la celebración de los santos misterios iba unido el banquete eucarístico (núm. 542 s.).

[8] Según Kugler, la mañana del domingo, día 16 de abril.

[9] Ciudad de la Gran Misia, en el mar Egeo, 40 Km. al sudeste de Tróade. En su lugar se levanta hoy la mísera aldea Behram-Kalessi.—Hiciéronse a la mar con rumbo al mediodía, de *Aso* a *Mitilene,* 45 Km.; de aquí a *Quío,* 90 Km.; torciendo luego hacia el sudeste, arribaron a *Samos,* 112 Km.; de Samos a *Mileto,* en el litoral jónico, 30 Km.

[10] Llegaron a Mitilene, según Kugler, el domingo-lunes del 16-17 de abril del 58.—Mitilene, célebre por la riqueza, la suntuosidad y el amor a la ciencia, era una *ciudad* de *Lesbos,* isla de situación geográfica privilegiada, abundante en fondeaderos, de suelo fértil, rico especialmente en vino, higos y aceite. Fué cuna de Pitaco, Teofrasto, Safo, etc. Hoy se llama Mettelino o Castro (del nombre de un castillo genovés que ocupa el lugar de la antigua acrópolis). También la isla se llama Mettelino, y en turco Midillü. Pasa de los 1750 Km.² de superficie y tiene unos 130000 habitantes, de los cuales el 13 °/₀ son mahometanos, el 86 °/₀ griegos y el 0,7 °/₀ católicos. Estos pertenecen al arzobispado de Esmirna.

[11] A la altura de *Quío,* según Kugler, el 17 de abril del 58.—Quío, isla muy celebrada en otro tiempo por su belleza y fertilidad (vino, frutas); su capital, del mismo nombre, era una de las siete ciudades que se disputaban el honor de haber sido cuna de *Homero.* Hoy se llama Skio y alcanza 827 Km² de superficie; sigue siendo muy fértil, cuenta 60000 habitantes, en su mayoría griegos, con arzobispo propio.

aportamos a *Samos* [1], y el día siguiente desembarcamos en *Mileto* [2]. Porque Pablo se había propuesto no tocar en Efeso, para que no le detuviesen poco o mucho en Asia (Menor), por cuanto se daba prisa con el fin de celebrar el día de Pentecostés, si le fuese posible, en Jerusalén. Desde Mileto envió a Efeso a llamar a los presbíteros de la iglesia [3]. Venidos que fueron, y estando todos juntos, les dijo:

«Vosotros sabéis de qué manera me he conducido todo el tiempo que he estado con vosotros, desde el primer día que entré en el Asia, sirviendo al Señor con toda humildad y entre lágrimas, en medio de las adversidades que me han sobrevenido por las asechanzas de los judíos; cómo nada de cuanto os era provechoso he omitido de anunciároslo y enseñároslo en público y por las casas, y en particular exhortando a los judíos y gentiles a convertirse a Dios y a creer en nuestro Señor Jesucristo [4]. Al presente, constreñido del Espíritu Santo [5], voy a Jerusalén, sin saber las cosas que me han de acontecer allí; solamente puedo deciros que el Espíritu Santo en todas las ciudades me asegura que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero yo ninguna de estas cosas temo, ni aprecio más mi vida que a mí mismo [6], siempre que concluya mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús: que no es otro que dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. Ahora bien, yo sé que ninguno de todos vosotros, por cuyas tierras he discurrido predicando el reino de Dios, me volverá a ver [7]. Por tanto os protesto en este día que estoy

---

[1] *Samos,* hoy Samo, 40 Km. al sudeste de Efeso, es una gran isla de unos 468 Km² de superficie; fué célebre en la antigüedad por el ingenio de sus habitantes, por el magnífico templo de Juno y por haber sido cuna de Pitágoras y residencia de Anacreonte y Herodoto. Fué un tiempo tirano de ella Polícrates, conocido por las extraordinarias vicisitudes de su vida, el cual acabó sus días el año 522 a. Cr. crucificado por el sátrapa de Sardes.

[2] Llegada a **Mileto** el miércoles 19 de abril del 58. Estancia allí hasta el jueves 20 de abril por la noche. — Mileto, rica ciudad comercial en otro tiempo, con cuatro puertos, situada en la costa de Caria, fué cuna de Tales, Anaximandro, Anaximeno, Esquines, etc. Debe su fama, sobre todo, a sus muchas colonias; mas se la dieron mala el desenfreno y la molicie de los habitantes. Sobre sus ruinas se levanta hoy una sucia aldea turca, llamada Paladscha. Las excavaciones iniciadas el año 1899 por el imperio alemán condujeron a los más halagadores descubrimientos (teatro [donde los judíos tenían palco propio, vecino al imperial, con la altiva inscripción: «Palco de la población judía fiel al emperador»], propileos, templo de Apolo). Un cuadro magnífico de la antigua Mileto nos ha trazado Ziebarth en *Kulturbilder aus griechischen Städten* (1907) 64-79 (tomo 131 de la colección: *Aus Natur und Geisteswelt).*

[3] Los jefes de la Iglesia, es decir, los obispos de las provincias asiáticas (cfr. núm. 60 s.). Porque de las palabras del Apóstol: «Todos vosotros, por cuyas tierras *he discurrido* predicando», se deduce que no se trata sólo de los ancianos de la ciudad de Efeso, sino también de los de las cristiandades vecidas. Así se explica el texto de Ireneo (hacia el 180 d. Cr.; *Adv. haer.* 3, 14 2). A los citados «presbíteros» llama el Apóstol en el discurso «obispos... instituídos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios» (cfr. págs. 558 y 581, nota 2). — En el siguiente discurso de despedida señala el Apóstol con palabras conmovedoras la constante solicitud, abnegación y vigilancia que deben resplandecer en un verdadero pastor de almas. Cfr. a este propósito también otros pasajes como I *Thess.* 2, 1-12; I *Cor.* 4, 8-16; cfr. asimismo el cuadro que del «Buen Pastor» nos traza *Ioann.* 10, 1-15 (núm. 238 s.).

[4] Léase a este propósito núm. 657 s.

[5] Movido por el Espíritu Santo y contreñido por su orden.

[6] Más que la salvación de mi alma, que logro mediante el término de mi carrera. La vida no tiene ningún otro valor para mí. El texto griego dice así: «Yo tengo en nada mi vida, con tal de que, etc ».

[7] Quizá el Espíritu Santo testificó al Apóstol por medio de ciertos cristianos dotados del don de profecía (como en el núm. 666) que en Jerusalén le esperaban cadenas y tribulaciones. Fundándose en ello les declara aquí Pablo su triste presentimiento, que ciertamente no procede de sobrenatural revelación. Mas ese presentimiento, fali-

limpio de la sangre de todos [1], pues no he rehuído anunciaros todos los designios de Dios.

Velad sobre vosotros y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituído obispos, para regir [2] *la iglesia de Dios, que ha adquirido* [3] *él con su propia sangre.* Yo sé que después de mi partida os han de asaltar lobos rapaces [4], que destrocen el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que siembren doctrinas perversas con el fin de atraerse discípulos. Por tanto, estad alerta, teniendo en la memoria que por espacio de tres años no he cesado ni de día ni de noche de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros. Y ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de la gracia de aquél que (os) puede edificar [5] y dar la herencia con todos los santos. Yo no he codiciado de nadie plata, ni oro, ni vestido; como vosotros mismos lo sabéis, cuanto ha sido menester para mí y para mis compañeros, todo me lo han suministrado estas manos. En todo os he hecho ver que trabajando de esta suerte es como se debe sostener a los débiles [6] y tener presentes las palabras del Señor Jesús, cuando dijo: «mayor dicha es dar, que recibir» [7].

---

ble por ser humano, no llegó a realizarse; pues más tarde volvió a estos mismos países, como lo muestran sus Cartas Pastorales, y aun al mismo Mileto (véase en particular número 688).

[1] No tengo yo la culpa de que alguno de vosotros o de los que están confiados a vuestra guarda se pierda, pues yo he hecho todo lo que está de mi parte.

[2] Acertadamente observa Mader (*Die heiligen vier Evangelien und die Apostelgeschichte* [Einsiedeln 1911] 695): «Sólo el nombre (*episcopos*), que propiamente significa inspector, no basta para conocer la naturaleza del cargo que desempeñaban; pero sí podemos deducirla de las circunstancias y de la misión a ellos confiada. Puesto que Pablo tenía la convicción de que no volvería a Efeso, quiso asegurar el porvenir de las iglesias de Efeso y de toda la provincia de Asia, transfiriendo a uno o a varios presbíteros la plena autoridad eclesiástica (en especial la potestad en consagrar), instituyendo *obispos en el sentido propio de la palabra*. Sólo así podían los oyentes aludidos cuidar del rebaño que se les había señalado dentro de la Iglesia de Dios. Todos son "inspectores" y están encargados de apacentar el rebaño, cada uno en su puesto y a la medida de la autoridad que se le ha conferido, mas uno o varios de ellos han de poseer la autoridad superior que hasta entonces había ejercido el Apóstol, pero que, según presume, no ha de poder ejercer ya más».

[3] A saber, Dios: — uno de los pasajes más luminosos para demostrar la verdadera divinidad de Jesucristo (cfr. también *Rom.* 9, 5; *Col.* 1, 16; 2, 9; *Philipp.* 2, 10; *Hebr.* 1, 6 ss.; 7, 26). Pues sólo porque en Cristo se halla unida la naturaleza divina con la humana en *una* persona divina se puede decir: Dios (es decir, el Hijo humanado de Dios) ha adquirido para sí la Iglesia con su sangre (es decir, derramando su sangre). También prueba el pasaje la virtud expiatoria del sacrificio de Cristo. — Algunos ponen reparos a las palabras «la Iglesia de *Dios*», fundándose en los manuscritos, y consideran como cierta la variante «la Iglesia del *Señor*». Pero también la primera lectura ofrece garantía suficiente (cfr. Felten, *Die Apostelgeschichte* 378, nota al vers. 28); los códices Sinaítico y Vaticano traen la primera variante; también los críticos protestantes Westcott-Hort y Nestle la reconocen como la verdadera; y habla en pro de ella el hecho de hallarse once veces en las cartas de san Pablo la expresión «la Iglesia de Dios», una sola vez «la Iglesia de Cristo» y *ninguna* «la Iglesia del Señor».

[4] Herejes, falsos profetas, como muestra lo que sigue (cfr. núms. 148, 173, 238 s., 320 y 322). Esta profecía se cumplió luego, todavía en vida del Apóstol, por ejemplo. en Himeneo, Alejandro, Fileto, Figelo y Hermógenes (I *Tim.* 1, 20; II *Tim.* 1, 15; 2, 17).

[5] Para hacer progresar la vida cristiana en vosotros he sembrado (cfr. I *Cor.* 3, 7 ss.; *Ephes.* 2, 20-22; *Col.* 2, 7).

[6] Para que aquéllos que son de ideas tan limitadas acerca de la religión cristiana, sus doctrinas, usos, ministros, etc. (cfr. *Rom.* 14, 13 ss.; 15, 1; I *Cor.* 8, 7 ss.), no se escandalicen al verse obligados a mantener a los ministros del culto. Con esto da a entender el Apóstol con toda claridad que una inteligencia ilustrada encuentra natural y muy fundado el sostenimiento de los ministros del culto (núms. 173 y 355).

[7] Acerca de la conducta de san Pablo cfr. I *Cor.* 9, 1-23; sólo por excepción admitió socorros (II *Cor.* 11, 9; *Philipp.* 4, 15 s.). La sentencia del Salvador: «Mayor dicha es dar que recibir», no se halla en los Evangelios escritos; pertenece al tesoro de la *tradición oral* de la Iglesia y es una prueba de lo que afirma san Juan al fin de su Evangelio: que no todo está escrito (núm. 521). También las *Constituciones Apostólicas* (4, 3) aducen las

665. Concluído este razonamiento, se puso de rodillas [1] e hizo oración con todos ellos. Y aquí comenzaron todos a deshacerse en lágrimas; y arrojándose al cuello de Pablo, no cesaban de besarle, afligidos sobre todo por aquella palabra que había dicho, que ya no verían más su rostro. Y le fueron acompañando hasta la nave.

Cuando nos hicimos a la vela después de habernos separado de ellos, navegamos derechamente a la isla de Coos [2], y al día siguiente a la de Rodas [3] y de allí a Pátara [4]. Allí encontramos una nave que pasaba a Fenicia, y subiendo en ella nos embarcamos. Y habiendo dado vista a Chipre, dejándola a la izquierda, continuamos nuestro rumbo hacia Siria y arribamos a Tiro [5], en donde había de dejar la nave su cargamento. Habiendo encontrado aquí discípulos, nos detuvimos siete días; estos discípulos (inspirados) por el Espíritu [6] (acerca de lo que le aguardaba), decían a Pablo que no subiese a Jerusalén. Pero cumplidos aquellos días, pusímonos en camino, acompañándonos todos con sus mujeres y niños hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la ribera, hicimos oración. Despidiéndonos unos de otros, entramos en la nave; y ellos se volvieron a sus casas. Y concluyendo nuestra navegación, llegamos de Tiro a Tolemaida [7], donde saludamos a los hermanos, y nos detuvimos un día con ellos. Partiendo al siguiente, llegamos a Cesarea [8]. Y entrando en casa de *Felipe* [9],

---

susodichas palabras como sentencia de Cristo, y añaden: «¡Ay de aquellos que, pudiendo valerse a sí mismos, reciben socorro de otros!» Tales «sentencias del Señor» *(logia),* que no se hallan en los Evangelios canónicos, pero cuya autenticidad se puede demostrar por otras fuentes, se llaman *agrapha.* Ha reunido abundante material Resch *(Agrapha* [*TU* V y XV] [1]1889, [2]1906), y Ropes *(Die Sprüche Jesu, die in den kanonischen Evangelien nicht überliefert sind* [*TU* XIV], Leipzig 1896) lo ha estudiado críticamente; pero entre las 14 *Agrapha* señaladas por este último como «probablemente auténticos», no se debe incluir la susodicha sentencia del Señor, que es auténtica *sin género de duda,* ni la perícope de la adúltera, que es ciertamente canónica. Un trabajo breve y bien orientado acerca de los *Agrapha* nos ofrece A. Uckeley, *Worte Jesu, die nicht in der Bibel stehen,* en *BZSF* VII, 3 (1911). Véase también *ThG* 1913, 634 ss.; acerca de «agrapha» patrísticos a los cuales no se ha prestado la debida atención, véase Holzmeister en *ZKTh* 1914, 113 ss.

[1] La costumbre de arrodillarse para orar se cita también en *Act.* 9, 40; 21, 5; *Ephes.* 3, 14; cfr. también *Luc.* 22, 41; *Act.* 7, 59.

[2] Viernes 21 de abril del 58. — *Coos,* hoy Stankio, con la capital del mismo nombre, es una isla de unos 286 Km² de superficie, 12 Km. al sudoeste de Halicarnaso, capital de Caria; es célebre por haber sido cuna de Hipócrates y Apeles y por el templo de Esculapio. Recientemente (1904-5) se descubrieron numerosas ruinas de construcciones bizantinas y las del templo de los Caballeros Hospitalarios de san Juan.

[3] Llegada el sábado 22 de abril. Acerca de *Rodas,* véase núm. 667.

[4] Llegada el domingo 23 de abril. — Hiciéronse a la mar con rumbo al mediodía, de Mileto a la isla de *Coos,* frente a la costa de Caria, 75 Km.; torciendo luego hacia el sudeste, llegaron a la isla de *Rodas,* al sur del extremo sudoeste de Asia Menor, 112 Km.; de Rodas por la costa a Pátara (Licia), otros 112 Km.; de Pátara, finalmente, a *Tiro* (cfr. núm. 192), dejando a medio camino a mano izquierda la isla de Chipre (núm. 622). En Tiro (Fenicia) había cristianos; cfr. *Act.* 11, 9; 15, 3; núms. 570 y 630.

[5] Jueves 27 de abril del 58. Estancia en Tiro, del 27 de abril al 3 de mayo.

[6] Núms. 603 y 664.

[7] Llegada a Tolemaida el jueves 4 de mayo. Esta última parte de su viaje por mar, *de Tiro a Tolemaida,* algo más de 50 Km., la hizo bordeando la costa; de Tolemaida a *Cesarea,* otros 50 Km.; de aquí a Jerusalén tuvo que recorrer todavía unos 100 Km. por tierra. Acerca de Tolemaida véase núm. 668.

[8] Núm. 601. Llegada el jueves-viernes 4-5 de mayo del 58. Detúvose allí «algunos días».

[9] «Evangelista» en la época apostólica *(Ephes.* 4, 11; II *Tim.* 4, 5) significa anun-

el evangelista [1], que era uno de los siete (diáconos), nos hospedamos en ella. Tenía éste cuatro hijas vírgenes (consagradas a Dios) [2] y profetisas.

666. Deteniéndonos aquí algunos días, sobrevino de la Judea cierto profeta, llamado *Agabo* [3]. El cual, viniendo a visitarnos, tomó el ceñidor de Pablo, y atándose con él los pies y las manos, dijo: «Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al hombre cuyo es este ceñidor, y entregarle han en manos de los gentiles». Lo cual oído, rogábamos a Pablo, así nosotros como los de aquel pueblo, que no pasase a Jerusalén. A lo que respondió, y dijo: «¿Qué hacéis con llorar y afligir mi corazón? Porque yo estoy pronto, no sólo a ser aprisionado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús». Y viendo que no podíamos persuadírselo, dejamos de instarle más, y dijimos: «Hágase la voluntad del Señor». Pasados estos días, nos dispusimos para el viaje y nos encaminamos hacia Jerusalén [4]. Vinieron también con nosotros algunos de los discípulos de Cesarea, trayendo consigo a un antiguo discípulo llamado *Mnasón*, oriundo de Chipre [5], en cuya casa (de Jerusalén) hallamos hospitalaria acogida [6].

667. Rodas, que quiere decir «isla de las rosas», está situada frente a la punta sudoeste de Asia Menor, la antigua Caria y Licia; tiene una superficie de 1450 Km²; es muy fértil. Era célebre ya en el siglo IV a. Cr. por su poder marítimo. La ciudad del mismo nombre tenía un puerto bien acondicionado, en cuya entrada se veía una de las maravillas del mundo, el *Coloso de Rodas,* estatua del dios-sol de 70 codos (33 m.) de altura. Distinguióse la ciudad en las ciencias y en las artes; allí residió el célebre filósofo (estoico) griego Posidonio desde el año 135 hasta el 45 a. Cr., al cual oyó Cicerón el año 78, y cuyas obras extractó.—En la época cristiana le dieron mayor celebridad a Rodas los **Caballeros de san Juan de Acre** [7] (manto rojo y cruz blanca al pecho), los cuales

---

ciador del Evangelio (predicador ambulante, misionero); es también «evangelista» el *pastor* que de las doctrinas evangélicas deduce conclusiones prácticas para la vida moral de los súbditos (cfr. Bruders, *Die Verfassung der Kirche* 367).

[1] **Felipe,** el diácono, estaba dotado de cualidades extraordinarias para la predicación del Evangelio (cfr. *Act.* 6, 5; 8, 5 12 40; núms. 560, 571 y 575). Fué, a lo que parece, el primer jefe que residió entre los cristianos de Cesarea. «Su casa era en todas partes conocida como el albergue de los cristianos que iban de Asia Menor a Palestina (como Pablo en esta ocasión), o viceversa (como Agabo, que luego citaremos). Las cuatro hijas de Felipe despachaban los trabajos que consigo trae el cuidado de los viajeros, y, con ser mujeres, poseían el don de profecía, señal de que estaban del todo consagradas al servicio de Dios y de los cristianos» (Bruders, l. c 259). Los latinos celebran su fiesta el 6 de junio; los griegos, el 11 de octubre.

[2] Acerca de las excelencias de la virginidad, véase I *Cor.* 7, 32 ss.; núm. 709, 5.

[3] Cfr. *Act.* 11, 28; núm. 603. — Agabo acompañó su profecía con una acción simbólica, a la manera de *Is.* 20, 2 s. y *Ierem.* 13, 1; 27, 2.

[4] Partida de Cesarea, el lunes-martes, 8-9 de mayo del 58. Llegada a Jerusalén, el miércoles por la noche, 10 de mayo del 58.

[5] De donde era oriundo también Bernabé (núm. 549); quizá era Mnasón uno de los 72 discípulos. Poseía una casa en Jerusalén, en la cual hospedó al Apóstol y a sus compañeros.

[6] Según el texto griego: «nos condujeron a cierta casa, donde hallamos hospitalaria acogida, a saber, a casa de un cierto Mnasón de Chipre, antiguo discípulo».

[7] Los miembros de esta importante Orden militar (dedicada en un principio al cuidado de los peregrinos enfermos, y desde el año 1099 a la lucha contra los infieles) tomaron el nombre de Hospitalarios o Caballeros de San Juan de Jerusalén, de los hospitales y conven-

a la caída de Acre (1121) se estacionaron de paso en Chipre, arrebataron la isla de Rodas a los sarracenos en 1310, y allí mantuvieron la sede de su Orden con el nombre de *Rodios* hasta el año 1522, en que después de heroica lucha de seis meses hubieron de ceder a la enorme superioridad del turco. El año 1530 les dió Carlos V la isla de *Malta,* de donde les vino el nombre de Caballeros **Malteses;** allí se mantuvieron fieles a sus reglas hasta el 1798 (véase núm. 683). En 1874 se establecieron en Tantur, cerca de Belén, donde tienen un hospicio con capilla para peregrinos (cfr. pág. 109). Rodas fué adjudicada en 1920 a Italia.

668. Tolemaida, llamada hoy Akka, y antiguamente Akko, y por los Cruzados Acra o «San Juan de Acra» *(St-Jean-d'Acre)* [1], es una antigua ciudad marítima, que llegó a gran celebridad en la época cristiana. Aparecen como obispos de ella Clarus en el Sínodo de Cesarea, celebrado en 198, y Eneas en Nicea, el año 325, etc. La ciudad fué conquistada el año 638 por los árabes. Arrebatada de las manos de éstos en 1104 por Balduino I ayudado de la flota genovesa, fué para los Cruzados y peregrinos el principal puerto de arribo a Tierra Santa y el centro comercial entre Oriente y Occidente. El año 1187 cayó en poder de Saladino; mas fué rescatada por Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto de Francia el 1191, después de dos años de asedio [2]. Unos comerciantes de Bremen y de Lübeck, en unión de algunos miembros del hospital germano de Jerusalén, fundaron en 1190 en Akka la **Orden de los Caballeros Teutónicos,** llamada propiamente *Orden del Hospital de Nuestra Señora de los Alemanes de Jerusalén,* o también *Orden de los Caballeros de Santa María* [3] (manto blanco con cruz negra); dedicábanse al cuidado de los enfermos y a la lucha contra los enemigos de la Cruz; componíase de caballeros nobles, de sacerdotes y de hermanos. Akka fué también al principio la cuna de esta Orden.

669. A la caída de Jerusalén el año 1187, los Caballeros de San Juan de Acra fueron a establecerse en Akka (1192). Cien años ondearon las banderas cristianas en las almenas de St.-Jean-d'Acre. El 18 de mayo de 1291, un viernes, el sultán de Egipto, *Melek el-Aschraf,* tras repetidos ataques, tomó por asalto la ciudad, defendida sólo por los Caballeros de San Juan y por los Templarios; de los habitantes, unos fueron pasados a cuchillo, otros vendidos a Egipto como esclavos. El año 1517 fué conquistada St.-Jean-d'Acre por los turcos; en 1799 le puso cerco Bonaparte, pero sin resultado; en 1832 la tomó el bajá Ibrahim, hijo de Mehemed Alí, virrey de Egipto, después de seis meses de asedio; bombardeada en 1840 por las escuadras de Inglaterra, Austria y Turquía unidas, cayó de nuevo en poder de Turquía. Desde 1920 está bajo el mandato de Inglaterra [4].

---

tos que fundaron el año 1048 en *Jerusalén* unos piadosos comerciantes de Amalfi para el cuidado de los peregrinos enfermos. Con ocasión de inaugurarse el canal de Suez, el sultán regaló al emperador de Alemania, Federico III, entonces príncipe heredero de Prusia, el solar con las ruinas del antiguo hospital de los Caballeros de San Juan de Jerusalén y la iglesia de Santa María Mayor, que están situados al sur de la basílica del Santo Sepulcro. En el lugar de la antigua iglesia católica se levanta hoy la protestante de *San Salvador,* que se inauguró el 31 de octubre de 1898 en presencia del emperador Guillermo II y de la emperatriz su mujer; ajústase en lo posible a las formas de la antigua iglesia y lleva el sello de la arquitectura de las Cruzadas: basílica de planta cruciforme, de tres naves cubiertas de bóvedas sobre pilares, con sus ábsides y cúpulas octógonas de tambor sobre las intersecciones de las naves. Contiguo a la iglesia hay un claustro de dos pisos, sencillo, pero elegante, con abundantes aposentos, cámaras y escaleras (véase *HL* 1897, 97).

[1] *HL* 1902, 124 ss.

[2] Cfr. *StL* 21 (1881), 387.

[3] La capilla del Hospital, de la «Casa Alemana» de *Jerusalén,* estaba dedicada a la Virgen Santísima. Acerca de la Orden Teutónica en Austria, véase *HL* 1881, 16.

[4] Acerca de la parroquia latina de Akka, véase Häfeli, *Ein Jahr im Heiligen Land* 352.

IV. El Apóstol de las gentes prisionero

(53-63 d. Cr.)

152. Arresto de san Pablo en Jerusalén

(58 d. Cr.) — (*Act.* 21, 17-23, 10)

1. Consejo de san Juan y de los presbíteros. 2. Tumulto en el Templo y arresto de san Pablo. 3. Discurso de san Pablo al pueblo (*primer* discurso de defensa). 4. Consecuencias del discurso. 5. Ante el Sanedrín.

670. Llegados a *Jerusalén* [1], nos recibieron los hermanos con mucha alegría [2]. Al día siguiente [3] fuimos con Pablo a visitar a Santiago, a cuya casa concurrieron todos los presbíteros [4]. Y habiéndoles saludado [5], les contaba una por una las cosas que Dios había hecho por ministerio suyo entre los gentiles. Ellos, oído esto, glorificaban a Dios, y le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos (de los que viven aquí, como también de los peregrinos que han venido a la fiesta de Pentecostés) han creído, y que todos son celosos de la observancia de la Ley [6]. Ahora bien, éstos han oído decir que tú enseñas a los judíos que viven entre los gentiles a abandonar a Moisés, diciéndoles que no deben circuncidar a sus hijos, ni seguir las antiguas costumbres [7]. ¿Qué es, pues, lo que se ha de hacer? (Sin duda se reunirá toda esta multitud de gente), porque luego han de saber que has venido. Por tanto, haz esto que vamos a proponerte: aquí tenemos cuatro hombres con obligación de cumplir un voto. Unido a éstos, purifícate con ellos y págales el rescate a fin de que puedan raparse la cabeza. Con eso sabrán todos que lo que han oído de ti es falso, antes bien, que tú mismo continúas en observar la Ley [8]. Por lo que hace a los gentiles que han creído, ya les hemos escrito que habíamos decidido que se abstuviesen de manjares ofrecidos a los ídolos, de sangre, de animales sofocados y de la

---

[1] *Por quinta vez* desde su conversión.

[2] Llegada a Jerusalén, la noche del miércoles 10 de mayo del 58.

[3] Jueves 11 de mayo del 58.

[4] Cfr. núm. 605. Por lo que se ve, en Jerusalén no había entonces otro apóstol sino Santiago.

[5] En esta ocasión entregó el dinero recogido en Galacia, Macedonia y Acaya; este había sido el objeto principal del viaje a Jerusalén; cfr. *Rom.* 15, 25 ss. y *Act.* 24, 17.

[6] Cfr. a este propósito núm. 638. Los judío-cristianos observaban todavía la Ley, como lo hizo Jesús mismo. Mas, decretado por el Concilio de los Apóstoles que los cristianos de origen pagano estaban libres de la Ley mosaica, se entendía que tampoco los judío-cristianos necesitaban de la Ley para salvarse, bastando la fe en Cristo y la gracia de Cristo para la justificación (*Act.* 15, 11). No habían de ser distintas las condiciones para los judíos y para los gentiles.

[7] Muchos judío-cristianos estaban predispuestos en contra de san Pablo, por haber éste defendido con bastante energía la libertad de los cristianos procedentes del gentilismo respecto de la Ley; el Apóstol resultaba *insoportable* para todos aquellos que creían en la calumnia propalada contra él, a saber: que exigía a todos los *judío-cristianos* de la Diáspora que no observasen la Ley mosaica.

[8] Santiago y los presbíteros («nosotros») propusieron a Pablo que, para disipar la desconfianza que sobre él recaía y para demostrar que ni despreciaba la Ley, ni apartaba de su observancia a los judíos de origen, se agregase a los cuatro hombres que en aquella coyuntura se disponían a cumplir el voto de nazareato (cfr. pág. 569, nota 6 y tomo I, núm. 342). Podía hacerlo pagando las costas, ciertamente no pequeñas, del sacrificio (dos corderos y un carnero).

fornicación» [1]. Pablo, pues, tomando consigo a aquellos hombres, se purificó al día siguiente [2] con ellos y entró en el Templo, hizo saber cuándo se cumplían los días de su purificación (y esperó) hasta que estuvo ofrecido el sacrificio por cada uno de ellos [3].

671. Estando para cumplirse [4] los siete días [5], los judíos venidos de Asia, habiendo visto a Pablo en el Templo, amotinaron todo el pueblo, y prendieron al Apóstol, gritando: «¡Favor, israelitas! Este es aquel hombre que, sobre andar enseñando a todos, en todas partes, contra este santo lugar, ha introducido también a los gentiles en el Templo y profanado este lugar santo» [6]. Y era que habían visto andar con él por la ciudad a Trófimo de Efeso [7], al cual se imaginaron que Pablo lo había llevado consigo al Templo. Con esto se conmovió toda la ciudad, y se amotinó el pueblo. Y apoderándose de Pablo, sacáronle arrastrando (del atrio interior) del Templo (al atrio de los gentiles); e inmediatamente se cerraron las puertas (del atrio interior, para que Pablo no se refugiase en el Templo). Mientras trataban de matarle, dióse noticia al tribuno (*Lisias* [8]) de la cohorte (instalada en la Torre Antonia [9]) que toda Jerusalén estaba alborotada. Al punto marchó el tribuno con los soldados y centuriones, y corrió a donde estaban. Ellos, al ver al tribuno y la tropa, cesaron de maltratar a Pablo. Entonces llegando el tribuno, le prendió, mandó que le sujetasen con dos cadenas y preguntó quién fuese y qué había hecho. Mas en aquel tropel de gente, quién gritaba una cosa, y quién otra. Y no pudiendo averiguar lo cierto a causa del alboroto, mandó que le condujesen al cuartel (a la Torre Antonia). Al llegar a las gradas, fué preciso que le llevasen los soldados,

---

[1] Aduciendo los presbíteros la resolución del Concilio de los Apóstoles, evitan que nadie vea en el consejo dado al Apóstol una restricción de la libertad de los cristianos procedentes del gentilismo. El decreto del Concilio había fallado la libertad de los cristianos de procedencia pagana; pero también exigió que tuvieran miramiento a los cristianos de origen judío. La libertad seguía siendo intangible, mas el respeto debía observarse.

[2] Viernes 12 de mayo del 58.

[3] Pablo podía seguir el consejo que se le daba sin faltar a su convicción de que el hombre — el judío como el gentil — no se justifica mediante la circuncisión y las obras de la Ley, sino por la fe en Cristo y la gracia de Cristo y que, por tanto, el cristiano está, en principio, libre de la Ley mosaica; lo podía también sin ponerse en contradicción con lo que había predicado hasta entonces. Aunque él, como Apóstol de las gentes, defendió que no se debía obligar a los cristianos de origen pagano a observar la Ley como condición necesaria de la salud, sin embargo, como judío de origen, cuando vivía con los judíos se sometió a los usos legales judíos, por piedad a la Ley y en atención piadosa (y lícita) a los judío-(cristianos), sin menoscabo del principio de que la salvación se obtiene por la fe y la gracia de Cristo. Por esto dice: «Y con los judíos me hice judío, para ganar a los judíos; con los sujetos a la Ley, he vivido como si yo estuviese sujeto a la Ley (con no estarlo), sólo por ganar a los que a la Ley vivían sujetos» (I *Cor.* 9, 20 s.; cfr. a este propósito también I *Cor.* 7, 18-20; *Rom.* cap. 14 y 15; pág. 557, nota 5).

[4] Así según el texto griego.

[5] Martes 16 de mayo del 58.

[6] Estaba prohibido a los gentiles bajo pena de muerte entrar en el atrio de los israelitas (cfr. núm. 84). Al ser Pablo arrestado, se hallaba con seguridad en el atrio de los israelitas o en el de las mujeres, no lejos del aposento de los nazireos (véase pág. 127), y fué llevado a rastras por el atrio de las mujeres y la balaustrada hasta el atrio de los gentiles, a donde acudieron a toda prisa de la Torre Antonia los soldados romanos, los cuales le condujeron a la fortaleza por la escalera de comunicación con el atrio (cfr. el plano del Templo, págs 124 y 125; acerca de la Torre Antonia, véase pág. 123, nota 7, *HL* 1918, 23 ss.). [7] Cfr. núm. 662. [8] Cfr. núm. 83. [9] Véase *Act.* 23, 26.

a causa de la violencia del pueblo. Mas el gentío le seguía, gritando: «Quítalo» [1]. Estando ya Pablo para entrar en el cuartel, dijo al tribuno: «¿No podré hablarte dos palabras?» A lo cual respondió el tribuno: «¿Tú sabes griego? ¿Pues no eres tú el egipcio que los días pasados promovió una sedición y llevó al desierto cuatro mil salteadores?» [2] Díjole Pablo: «Yo soy judío, ciudadano de Tarso de Cilicia, ciudad bien conocida. Suplícote, pues, que me permitas hablar al pueblo».

672. Y concediéndoselo el tribuno, Pablo se puso en pie sobre las gradas, hizo señal con la mano al pueblo y, habiéndose hecho profundo silencio, le habló así en lengua hebrea: «Hermanos y padres, oíd la razón que voy a daros ahora de mi persona». Al ver que les hablaba en lengua hebrea [3], redoblaron el silencio.

Refirióles entonces cómo de celoso defensor de la Ley y perseguidor del Cristianismo se había convertido en ferviente apóstol de Jesús [4], para demostrarles que no predicaba contra el pueblo judío, ni contra la Ley, ni contra el lugar santo (del Templo) (v. núm. 671; *Act.* 21, 28). Escucháronle atentos hasta el punto en que les refirió lo que el Señor le dijera en una aparición en Jerusalén [5]: «Anda, que yo te quiero enviar lejos de aquí entre los gentiles».

Aquí levantaron el grito, diciendo: «Quita de la tierra a un tal hombre, que no es justo que viva». Y arrojaban de sí sus mantos y lanzaban polvo al aire [6]. El tribuno (que sin duda no entendió el discurso de Pablo, pronunciado en *arameo,* y creyó deber colegir del alboroto de los judíos que se trataba de algún grave delito), ordenó que lo encerrasen en el cuartel, le azotasen y atormentasen, para descubrir por qué causa gritaban contra él. Mas cuando le hubieron atado con las correas, dijo Pablo al centurión que estaba presente: «¿Os es lícito a vosotros azotar a un ciudadano romano, y eso sin formarle causa?» El centurión, oído esto, fué al tribuno, y le dijo: «¿Qué vas a hacer? Este hombre es ciudadano romano». Llegándose el tribuno a él, preguntóle: «Dime, ¿eres tú romano?» Respondió él: «Sí que lo soy». A lo que replicó el tribuno: «A mí me costó una gran suma de dinero este privilegio» [7]. Y Pablo dijo: «Pues yo lo soy de nacimiento» [8]. Al punto se apartaron de él los que iban a darle tormento. Y el mismo tribuno entró en temor, porque le había hecho atar (a la columna de la flagelación) [9].

673. Al día siguiente [10] queriendo cerciorarse del motivo por que le acusaban los judíos, le quitó las cadenas, y mandó juntar los sumos

---

[1] Cfr. núms. 403 y 414.

[2] Creía haberse apoderado de cierto cabecilla que, como refiere, no sin exageración, Josefo (*Bell* 2, 14, 2; *Ant.* 20, 8, 6; cfr. Zahn, *Einl.* II³ 424), reunió hasta 70000 hombres en el monte Olivete, mas fué dominado por el procurador Félix, logrando escapar con un puñado de adictos (cfr. núms. 320 y 558). Los partidarios de tales embaucadores se llamaban bandidos (propiamente *sicarios,* de *sica, puñal* corto que llevaban oculto en el vestido), porque estaban siempre dispuestos a cualquier infamia (cfr. núm. 726).

[3] «En hebreo», que, sin embargo, no era el lenguaje del Antiguo Testamento, sino el arameo popular. En este habló el Salvador (cfr. núm. 4).

[4] Como ya arriba (núm. 581 s.) hemos tenido en cuenta el discurso, lo pasamos aquí por alto. [5] Núm. 590. [6] Señal de horror y de suma indignación.

[7] «¿De donde lo tienes *tú?*» [8] Cfr. núm. 644.

[9] Cfr. a este propósito página 561, nota 5. [10] Miércoles 17 de mayo del 58.

sacerdotes y todo el Sanedrín; y sacando [1] a Pablo, le presentó en medio de ellos. Pablo, entonces, fijos los ojos en el Sanedrín, les dijo: «¡Hermanos! Yo hasta el día presente he procedido con buena conciencia delante de Dios» [2]. En esto el *sumo sacerdote Ananías* [3] mandó a los que estaban allí cerca que le hiriesen en la boca. Entonces le dijo Pablo: «Herirte ha Dios a ti, pared blanqueada [4]. ¡Tú estás sentado para juzgarme según la ley, y contra la ley mandas herirme!» [5] Los circunstantes le dijeron: «¿Cómo maldices al sumo sacerdote de Dios?» A esto respondió Pablo: «Hermanos, no sabía que fuese el sumo sacerdote [6]. Porque realmente está escrito: No maldecirás al jefe de tu pueblo» [7]. Sabiendo, empero, Pablo que parte de los que asistían eran saduceos y parte fariseos [8], exclamó en medio del Sanedrín: «¡Hermanos!, yo soy fariseo, hijo de fariseos, y *por causa de mi esperanza en la resurrección de los muertos* es por lo que voy a ser condenado» [9].

674. Desde que hubo proferido estas palabras, se suscitó discordia entre los fariseos y saduceos, y se dividió la asamblea en dos partidos. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritus;

---

[1] La sala de sesiones del Sanedrín se hallaba en el monte del Templo (véase pág. 128).

[2] Cfr. I *Cor.* 4, 4; II *Cor.* 1, 12. II *Tim.* 1, 3.

[3] *Ananías,* que aparece como sumo sacerdote en tiempo del procurador Félix, es, sin duda, el mismo hijo de Nebedeo; fué elevado el año 47 d. Cr. al pontificado por Herodes, príncipe de Calcis (Celesiria), hermano de Agrippa I, en sustitución del sumo sacerdote depuesto, José, hijo de Camida. Este Ananías ejerció las funciones de pontífice hasta el 59 d. Cr. Era soberbio y cruel (Josefo, *Ant.* 20, 1, 3; 5, 2; 6, 2; 9, 2-4). Tal se muestra en esta ocasión; la aserción de Pablo, procedente de la conciencia de su celo honrado (cfr. II *Cor.* 1, 12; I *Cor.* 4, 3 4), es para él insolente arrogancia.

[4] San Pablo, como Apóstol de las gentes que era, no podía dejar pasar sin réplica el ultraje inferido, puesto que podía envilecer a los ojos de Lisias la causa que él representaba. La expresión «pared blanqueada» alude a la hipocresía del sumo sacerdote (cfr. *Matth.* 23, 27; pág. 334, nota 2); pues trata de interrumpir violentamente la defensa del acusado, a pesar de que aparenta estar allí sentado para hacer justicia conforme a la ley. Las palabras: «¡Herirte ha Dios a ti!» no son amenaza de Pablo, sino anuncio de un castigo divino comunicado por Pablo de parte de Dios» (Pölzl, *Paulus* 400). Cumplióse la profecía cuando en la guerra judaica los sicarios a los órdenes de Manahén se apoderaron de la ciudad y asesinaron a Ananías y a su hermano (Josefo, *Bell.* 2, 17, 9).

[5] Esta ley exigía que se juzgase con rectitud; y que no se impusiera castigo alguno sin oír al reo, deponiendo en la causa varios testigos (*Lev.* 19, 15; *Deut.* 1, 17; 16, 18 s.; 19, 15).

[6] Es decir, yo no sabía que del sumo sacerdote hubiese venido la orden de herirme. A lo que parece, ya a las primeras palabras del Apóstol comenzaron a agitarse los miembros del Sanedrín; y, entre las interrupciones de una y otra parte, Pablo no pudo distinguir de dónde había partido la voz de herirle en la boca. «Tú te sientas ahí para juzgarme según la ley», se podía decir, no sólo del pontífice, sino también de todos los miembros del Sanedrín. Para anunciar el castigo: «¡Herirte ha Dios a ti!», no hacía falta que Pablo supiese de dónde había partido la orden.

[7] Cfr. *Exod.* 22, 28.

[8] Véase página 140, nota 3 y página 345, nota 5.

[9] De la manera brutal con que el pontífice respondiera a las inocentes palabras de introducción, Pablo se convenció plenamente que entrar de lleno en la acusación defendiéndose de que él fuera enemigo jurado de la Ley mosaica, sólo serviría para excitar las ciegas pasiones de la asamblea. Por eso con prudente serenidad trata el Apóstol de desbaratar la asamblea dividiendo entre sí a los congregados. — La predicación de la Resurrección del Señor era el fundamento de toda la fe cristiana (I *Cor.* 15, 12-55), pero al mismo tiempo también la impugnación más enérgica de los que negaban haber de resucitar los muertos (cfr. Josefo, *Ant.* 18, 1, 4; *Bell.* 2, 8, 14). Por eso se molestaron particularmente los saduceos desde el principio con la predicación del Apóstol (núms. 312 y 546).

los fariseos, por el contrario, confiesan ambas cosas [1]. Así que fué grande el griterío que se levantó. Y puestos en pie algunos fariseos, porfiaban diciendo: «Nada de malo hallamos en este hombre; ¿quién sabe si le habló algún espíritu o algún ángel?» [2] Y enardeciéndose más la discordia, temeroso el tribuno que despedazasen a Pablo, mandó bajar a los soldados para que le quitasen de en medio y le condujesen a la cárcel (a la Torre Antonia).

153. Pablo comparece ante el procurador Félix. Su prisión en Cesarea

(58-60 d. Cr.) — *(Act.* 23, 11-24, 27)

1. Pablo consolado por el Señor. 2. Conjuración contra su vida; es llevado a Cesarea. 3. En Cesarea ante el procurador romano Félix *(segundo* discurso de defensa). 4. Conversación de Pablo con Félix y Drusila.

675. A la noche siguiente [3] *se le apareció el Señor,* y le dijo: «¡Buen ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así conviene también que lo des *en Roma*» [4]. Venido el día [5], se juntaron algunos judíos y se juramentaron [6] para no comer ni beber hasta dar muerte a Pablo. Eran más de cuarenta hombres los que se habían así conjurado. Los cuales se presentaron a los sumos sacerdotes y a los ancianos, diciendo: «Nosotros nos hemos juramentado para no probar bocado hasta que matemos a Pablo. Ahora, pues, no tenéis más que avisar al tribuno de parte del Sanedrín, pidiéndole que haga conducir mañana a Pablo delante de vosotros, como que tenéis que averiguar de él alguna cosa con más certeza. Nosotros, de nuestra parte, estaremos prevenidos para matarle antes que llegue». Mas como un hijo de la hermana de Pablo entendiese la trama [7], fué y entró en la cárcel, y dió aviso a Pablo. Pablo, llamando a uno de los centuriones, le dijo: «Lleva a este joven al tribuno, porque tiene que participarle cierta cosa». El centurión, tomándole consigo, le condujo al tribuno, y dijo: «Pablo, el preso, me ha pedido que traiga a tu presencia a este joven, que tiene que comunicarte alguna cosa». El tribuno, tomando de la mano al muchacho, se retiró con él a solas y le preguntó: «¿Qué es lo que tienes que comunicarme?» El respondió: «Los judíos han acordado suplicarte que mañana conduzcas a Pablo al Sanedrín con pretexto de examinarle más por menudo de algún punto. Pero tú no los creas; porque le tienen armadas asechanzas más de cuarenta de ellos, los cuales han jurado no comer ni beber hasta que le maten; y ya están alerta, esperando que tú les concedas lo que piden». El tribuno despidió al muchacho, mandándole que a nadie dijese que había hecho aquella delación. Y llamando a dos centuriones, les dijo: «Tened prevenidos para las nueve de la noche

---

[1] Cfr. núm. 312.
[2] Así hablan éstos refiriéndose a la aparición de Jesús a Pablo a las puertas de Damasco *(Act.* 22, 6 ss.; 22, 18 ss.).
[3] La del miércoles al jueves, 17-18 de mayo del 58.
[4] Cfr. núms. 659 y 712 I. [5] Jueves 18 de mayo, Pentecostés.
[6] Con imprecaciones de todo género para el caso de no observar el juramento. Aquí se cumplen las palabras de Jesús: «Tiempo vendrá en que quien os matare crea hacer un obsequio a Dios» *(Ioann.* 16, 2).
[7] Quizá por medio de algún miembro del Sanedrín, amigo de Pablo.

doscientos soldados para que vayan a *Cesarea* [1], setenta de caballería y doscientos lanceros, y preparad también monturas para que lleven montado a Pablo y le conduzcan sano y salvo al *procurador Félix* [2]. (Porque temió el tribuno que los judíos le arrebatasen y matasen, y luego se dijese calumniosamente de él que lo había permitido, sobornado con dinero) [3]. Y escribió una carta al procurador Félix en los términos siguientes: «Claudio Lisias al muy ilustre procurador Félix, salud. A este hombre, preso por los judíos y a punto de ser muerto por ellos, acudiendo con la tropa le libré, noticioso de que era ciudadano romano. Y queriendo informarme del delito de que le acusaban, condújele a su Sanedrín. Allí averigüé que es acusado sobre cuestiones de su Ley, pero que no ha cometido ningún delito digno de muerte o de prisión. Y avisado después de que los judíos le tenían urdidas asechanzas, te lo envío a ti, previniendo también a sus acusadores que recurran a tu tribunal. (Salud)» [4].

Los soldados, pues, según la orden que se les había dado, encargándose de Pablo, le condujeron de noche a la ciudad de Antípatris [5]. Al día siguiente, dejando a los de a caballo para que le acompañasen, volviéronse los demás al cuartel (a la Torre Antonia). Llegados que fueron a *Cesarea*, y entregada la carta al procurador, le presentaron asimismo a Pablo. Luego que leyó la carta, le preguntó de qué provincia era; y oído que «de Cilicia», dijo: «Te daré audiencia en viniendo tus acusadores». Entretanto mandó que le custodiasen en el pretorio [6] llamado de Herodes.

---

[1] Cfr. núm. 601.

[2] **Claudio Antonio Félix** y su hermano Palas eran libertos de Antonia, madre del emperador Claudio. A la muerte de Antonia, allegáronse ambos a Claudio. Palas permaneció en la corte, fué subiendo en favor y poder, sobre todo cuando a la muerte de Mesalina (el año 48) ayudó a Claudio en el asunto del matrimonio con Agrippina, que fué madre de Nerón. De esta suerte pudo Palas procurar a su hermano *Félix*, que había ingresado en el ejército, el cargo de procurador de Judea y Galilea (el año 52 d. Cr., después de la deposición y destierro del procurador Ventidio Cumano, 48-52). De Félix dicen los historiadores Tácito y Suetonio que era un hombre codicioso, cruel, inmoral; «ejercitó con ánimo servil la autoridad real, usando todo género de crueldades y apetitos desordenados, persuadido de que todas sus crueldades habían de quedar impunes, gracias a tan poderoso apoyo» (Tácito, *Hist.* 5, 9; *Annal.* 12, 54). Entre otras muchas cosas, supo ganarse la voluntad de *Drusila*, hija de Agrippa I (véase pág. 76 s.) y arrebatársela al rey Aziz de Emesa, su marido. Al sumo sacerdote Jonatás, que le rogó llevase mejor los asuntos de su gobierno, le hizo matar mediante sicarios asalariados (Josefo, *Ant.* 20, 7, 1 s.; 8, 5).

[3] Las palabras entre paréntesis faltan en los manuscritos griegos y también en muchos de la *Vulgata*. Pero encierran una acertada explicación antigua del porqué el tribuno envió a Pablo tan escoltado a Cesarea.

[4] El autor de los *Hechos Apostólicos* debió de tener noticia del texto auténtico de la carta, y la utiliza en su historia como testimonio auténtico de la autoridad romana acerca de la inocencia del Apóstol. Obsérvese que Lisias arregla en la carta las cosas en su favor. También esto es una prueba de no ser la carta una composición libre del historiador sagrado; de serlo, habría éste puesto de acuerdo el contenido de ella con los hechos anteriormente relatados, o por lo menos no habría dejado de llamar la atención sobre la diferencia entre los hechos y el relato.

[5] La noche del jueves al viernes del 18-19 de mayo del 58. — De Jerusalén a Antípatris había unos 63 Km., algo más de 12 horas; de Antípatris a Cesarea, unos 40 Km., 8 horas.

[6] En las provincias el pretorio era el palacio en que residían y administraban justicia los gobernadores (procónsules y pretores; cfr. pág. 542, nota 5). Allí había cárceles para los presos y cuarteles para los soldados. Dícese aquí «pretorio de Herodes», por haber sido antes palacio de Herodes (cfr. núm. 601).

676. Al cabo de cinco días [1] llegó a Cesarea el sumo sacerdote Ananías con algunos ancianos y con un tal Tértulo [2], abogado, los cuales comparecieron ante el procurador contra Pablo. Citado éste [3], empezó la acusación Tértulo diciendo [4]: «De grande paz disfrutamos por medio de ti, y a tu providencia debe esta nación (no pocas) mejoras. Nosotros lo reconocemos en todas ocasiones y en todos lugares, y te tributamos toda suerte de acciones de gracias. Mas por no molestarte demasiado, suplícote nos oigas por breves momentos con tu acostumbrada clemencia. Tenemos averiguado ser éste un hombre pestilencial, que anda por todo el mundo sembrando la confusión y el desorden entre los judíos, y es el caudillo de la secta de los nazarenos. Y aun intentó profanar el Templo. Por eso le prendimos (y nos disponíamos a juzgarle según nuestra ley. Pero sobreviniendo el tribuno Lisias, le arrancó a viva fuerza de nuestras manos, mandando que los acusadores recurriesen a ti) [5]. Si le oyes, tú mismo podrás reconocer la verdad de todas estas cosas de que le acusamos». Uniéronse por su parte los judíos (a esta acusación), atestiguando ser todo verdad.

Pablo, empero (habiéndole hecho señal el procurador para que hablase) [6], lo hizo en estos términos: «Sabiendo yo que ya hace muchos años eres juez de esta nación, con mucha confianza defiendo mi causa. Bien fácilmente puedes certificarte de que no ha más de doce días que llegué a Jerusalén, a fin de adorar a Dios. Y nunca me han visto disputar con nadie en el Templo, ni amotinando la gente en las sinagogas, o en la ciudad, ni pueden alegarte pruebas de cuantas cosas me acusan ahora. Confieso delante de ti que, siguiendo una doctrina que ellos tratan de secta, yo sirvo al Padre y Dios mío, creyendo todas las cosas que se hallan escritas en la Ley y en los Profetas, teniendo esperanza en Dios, como ellos también la tienen, que ha de verificarse la resurrección de los justos y de los pecadores. Por lo cual, procuro yo siempre conservar mi conciencia sin culpa delante de Dios y delante de los hombres. Ahora, después de muchos años (de ausencia), vine (a Jerusalén) a repartir limosnas a los de mi

---

[1] Martes 23 de mayo del 58.

[2] Ananías escogió un abogado *romano,* a quien le fuesen familiares las formas de la jurisprudencia romana, para salir más presto airoso en su empeño.

[3] La audiencia se celebró en una sala del pretorio; la lengua fué, sin duda, el griego.

[4] Tras una hipócrita *captatio benevolentiae* (véase en la pág. 590, nota 2, el juicio de Tácito acerca de Félix), presenta Tertulo tres puntos de acusación: 1, Pablo siembra el desorden en todo el reino (alta traición); 2, es el jefe de la secta de los nazareos; 3, ha intentado profanar el Templo.

[5] Las palabras encerradas en paréntesis no se encuentran en los más y mejores manuscritos griegos. Si no se toman en cuenta, entonces las palabras «si le oyes, etc.» se refieren a Pablo: «Pablo mismo no se atreverá a negar los hechos aducidos por mí». Pero si se conservan las discutidas palabras, entonces «si le oyes, etc.» se refieren a Lisias; con lo que Tertulo se habría remitido temerariamente a Lisias, lo cual no dejaba de ser, por lo menos, gran imprudencia.

[6] Con toda verdad y claridad va refutando el Apóstol punto por punto las acusaciones. También él comienza con una *captatio benevolentiae:* Hace tanto tiempo que Félix es procurador, que conoce al pueblo judío y sus costumbres. En los versículos 11-13 rechaza la acusación de ser promotor de alteraciones del orden; en los versículos 14-16 responde al cargo que se le hace de ser jefe de la secta de los nazarenos; en los vers. 17-21 expone el objeto de su venida a Jerusalén, lo cual es suficiente para echar por tierra la acusación de ser un profanador del Templo; por lo demás, los que dicen haberle allí encontrado, no han acudido a la presencia de Félix como acusadores.

nación, y a presentar ofrendas. Y estando en esto, halláronme en el Templo sometido a una purificación, mas no con reunión de pueblo, ni con tumulto; (y a la verdad) eran unos judíos de Asia (los que allí me encontraron, y) esos tales deberían comparecer y alegar contra mí. O bien éstos (que aquí comparecen) han de declarar (y sólo pueden declarar) el delito que en mí hubiesen hallado cuando comparecí ante el Sanedrín. (Pero tampoco éstos podrán alegar delito mío alguno), a no ser una expresión que proferí en medio de ellos: "Veo que por defender la resurrección de los muertos me formáis hoy vosotros causa"». Félix, pues, que estaba bien informado de la doctrina (cristiana) [1], difirió para otra ocasión el asunto, diciendo: «Cuando viniere de Jerusalén el tribuno Lisias, os dará audiencia otra vez» [2]. Entretanto mandó a un centurión que custodiara a Pablo, teniéndole con menos estrechez, y sin prohibir que los suyos entrasen a asistirle [3].

677. Algunos días después vino Félix con su mujer Drusila, que era judía, llamó a Pablo y le oyó explicar la fe de Jesucristo. Pero inculcando Pablo la doctrina de la *justicia, de la castidad y del juicio venidero* [4], despavorido Félix, le dijo: «Basta por ahora; retírate, que a su tiempo yo te llamaré». Y en efecto, llamábale a menudo y conversaba con él, pero porque esperaba que Pablo le daría dinero (para conseguir la libertad). Pasados dos años, Félix [5] fué sustituído en el cargo por Porcio Festo; y queriendo congraciarse con los judíos, dejó preso a Pablo.

154. Pablo comparece ante el procurador Festo [6] y ante Herodes. Agrippa II

(60 d. Cr.) — (*Act.* cap. 25 y 26)

1. Los judíos renuevan las acusaciones ante Festo. 2. Pablo apela al César. 3. Visita del rey Agrippa y de Berenice a Festo: *a)* conversación acerca de Pablo; *b)* discurso de Pablo ante Agrippa (*tercer* discurso de defensa); *c)* impresión que produce el discurso.

678. Llegado *Festo* [7] (sucesor de Félix) al gobierno de la provincia, tres días después subió de Cesarea a Jerusalén [8]. Presentáronle (luego) los

---

[1] Félix pudo fácilmente tener conocimiento de la religión cristiana y de cómo la combatían los judíos, por haber vivido largo tiempo en Samaria y llevar ya seguramente seis años desempeñando el cargo de procurador; además, en la misma residencia de Cesarea habia una comunidad cristiana (cfr. núm. 665), y Drusila su mujer era judía.

[2] Convencido de la inocencia del Apóstol, no se atrevió, sin embargo, a darle libertad, de miedo a malquistarse con los judíos, especialmente con los jefes. De ahí la escapatoria; ello no obstante, trató con suma suavidad al Apóstol.

[3] Allí vivía el diácono Felipe y había una comunidad cristiana. Al lado de Pablo estaban Lucas, Aristarco y Trófimo, que le habían seguido desde Jerusalén; también tenía a su lado parientes (cfr. núm. 675). Lucas pudo informarse por menudo de todo lo que nos relata.

[4] Hizo esto quizá teniendo en cuenta las relaciones ilícitas de Félix con Drusila, su codicia y poca escrupulosidad (cfr. núm. 675).

[5] Como hubiese reprimido con crueldad un tumulto callejero de Cesarea, una embajada judía fué a quejarse a Nerón. Palas consiguió del emperador la impunidad de su hermano Félix (Josefo, *Act.* 20, 8, 9). Pero más tarde fué éste ejecutado a causa de una conspiración contra la vida del César. Drusila pereció con su hijo (y de Félix) en una erupción del Vesubio (79 d. Cr.).

[6] Para todo este párrafo cfr. en especial Holzmeister, *Der hl. Paulus vor dem Richterstuhl des Festus*, en *ZKTh* 34 (1912), 489-511 742-783.

[7] **Porcio Festo** tomó posesión del cargo (según Kugler, pág. 456; véase pág. 511, nota 3) el 1 de junio del año 60; era un hombre amante de la justicia (Josefo, *Ant.* 20, 8, 11). [8] Para hacer la primera visita a los jefes del pueblo judío.

sumos sacerdotes y los principales de entre los judíos una querella contra Pablo, pidiéndole por gracia que le mandase conducir a Jerusalén [1]. Pues tenían tramada una emboscada para asesinarle en el camino [2]. Mas Festo respondió que Pablo estaba bien custodiado en Cesarea, para donde iba a partir él cuanto antes [3]. «Por tanto, vengan también a Cesarea (les dijo) los principales de entre vosotros, y acúsenle, si es reo de algún crimen». En efecto, no habiéndose detenido (en Jerusalén) más que ocho o diez días, marchó a Cesarea; y al día siguiente, sentándose en el tribunal, mandó comparecer a Pablo. Luego que fué presentado, le rodearon los judíos venidos de Jerusalén acusándole de muchos y graves delitos [4], que no podían probar, y de los cuales se defendía Pablo diciendo: «En nada he pecado ni contra la Ley de los judíos, ni contra el Templo, ni contra el César». Mas Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondiendo a Pablo, le dijo: «¿Quieres subir a Jerusalén y ser allí juzgado ante mí?» Respondió Pablo [5]: «Yo estoy ante el tribunal del César, que es donde debo ser juzgado [6]; tú sabes muy bien que yo no he hecho agravio a los judíos. Que si algo he hecho que merezca la muerte, no rehuso morir; pero si no hay nada de cuanto éstos me imputan, ninguno tiene derecho a entregarme a ellos. *Apelo al César»* [7]. Entonces Festo, habiéndolo tratado con los de su consejo, respondió: «Al César has apelado; pues al César irás».

679. Pasados algunos días, bajaron a Cesarea el *rey Agrippa* [8] y

---

[1] Compárese con el relato del propio procurador al rey Agrippa (*Act.* 25, 14 ss. y 25, 24 ss.; núm. 679).

[2] Los fanáticos, que dos años antes se habían conjurado contra la vida del Apóstol (*Act.* 23, 12 ss.; núm. 675), creíanse, sin duda, aun obligados al juramento.

[3] Festo rechaza cortésmente pero resuelto la pretensión de los judíos, seguramente porque la práctica romana de tribunales exigía que el acusado tuviera presentes a los acusadores, sin lo cual era inválida la sentencia judicial (*Act.* 25, 16; cfr. Th. Mommsen, *Röm. Strafrecht* [1899]; 333, Apéndice 2, y en general *die Rechtsverhältnisse des Apostels Paulus,* en *ZNW* II [1901] 81 ss.); les dice también que no hay tiempo suficiente para ello, pues dentro de pocos días regresa a Cesarea; pueden acudir allí, que es el lugar ordinario de su tribunal.

[4] Lucas hace aquí un relato sumario, una vez que ha dado más arriba al detalle los puntos de la acusación y la defensa de Pablo.

[5] ¿De dónde este cambio de proceder de procurador? Seguramente había adquirido el convencimiento de que la parte *política* de la acusación era infundada, y que el conato de violación del Templo por lo menos no estaba demostrado; y que, por tanto, se trataba de una querella meramente *religiosa*. Pero Festo no podía «echar mano del cómodo recurso de que se valió el procónsul Galio en Corinto; Festo no podía inhibirse en aquel asunto, absolviendo por lo mismo de hecho al acusado (*Act.* 18, 12 ss.; núm. 652). Cesarea no estaba en la Diáspora, sino en país de judíos, y no en Samaria, sino en Judea, jurisdicción del Sanedrín; y a los judíos les había Roma garantizado el ejercicio de sus leyes tradicionales» (Holzmeister, l. c. 509). Por eso Festo creyó conveniente que, con el *consentimiento* de Pablo, se tratase en Jerusalén ante el Sanedrín la parte meramente *religiosa* de la acusación. Objetivamente su proposición fué un error, y eso trata Pablo de hacerle comprender. Pero la intención de Festo había sido buena.

[6] Como ciudadano romano, no me pueden obligar a ser juzgado en Jerusalén por el Sanedrín; antes bien, tengo el derecho de pedir ser juzgado aquí por el representante del César.

[7] Todo ciudadano romano que hubiese de ser condenado tenía derecho de apelar al pueblo romano o a su cabeza y representante, el César. En ello vió Pablo la ocasión de ir a Roma, conforme a los designios de Dios, para trabajar allí en la propagación del Evangelio (cfr. núms. 659, 662 y 675).

[8] Cfr. página 77 d.

Berenice [1] a visitar a Festo [2]. Y habiéndose detenido allí muchos días, Festo habló al rey de la causa de Pablo, diciendo: «Aquí dejó Félix preso a un hombre, sobre el cual, estando yo en Jerusalén, recurrieron a mí los sumos sacerdotes y los ancianos de los judíos, pidiendo que fuese condenado a muerte. Yo les respondí: que los romanos no acostumbran condenar a ningún hombre antes que el acusado tenga presentes a sus acusadores y lugar de defenderse para justificarse de los cargos [3]. Habiendo, pues, ellos concurrido (conmigo) acá sin dilación alguna (por efecto de mi decisión), al día siguiente, sentado yo en el tribunal, mandé traer ante mí al dicho hombre. Compareciendo los acusadores, vi que no le imputaban ningún crimen de los que yo sospechaba fuese culpado. Solamente tenían con él no sé qué disputa tocante a su religión y sobre un cierto Jesús difunto, que Pablo afirmaba estar vivo. Perplejo yo en una causa de esta naturaleza, le dije si quería ir a Jerusalén y ser allí juzgado de estas cosas. Mas interponiendo Pablo apelación para que su causa se reservase al juicio de Augusto, di orden para que se le mantuviese en custodia, hasta remitirle al César». Entonces dijo Agrippa a Festo: «Desearía yo también oír a ese hombre». «Mañana, respondió Festo, le oirás» [4].

Al día siguiente vinieron Agrippa y Berenice con mucha pompa; y entrando en la sala de la audiencia con los tribunos y personas principales de la ciudad, fué Pablo traído por orden de Festo. El cual dijo: «¡Rey Agrippa, y todos vosotros que os halláis aquí presentes! ya veis a este hombre contra quien todo el pueblo de los judíos ha acudido a mí en Jerusalén, representándome con grandes clamores que no debe vivir más. Mas yo he averiguado que nada ha hecho que mereciese la muerte. Pero habiendo él mismo apelado a Augusto, he determinado remitirlo (a Roma). Bien que, como no tengo cosa cierta que escribir al Señor [5] acerca de él, por esto le he hecho venir a vuestra presencia, mayormente ante ti, ¡oh rey Agrippa!, para que examinándole tenga yo algo que escribir. Pues me parece cosa fuera de razón remitir a un hombre preso, sin exponer los delitos de que se le acusa». Entonces Agrippa dijo a Pablo: «Se te da licencia para hablar en tu defensa». Y entonces Pablo, extendiendo la mano [6], pronunció esta defensa:

680. «Tengo a gran dicha mía, ¡oh rey Agrippa! poder justificarme ante ti en el día de hoy de todos los cargos de que me acusan los judíos; mayormente sabiendo tú todas las costumbres de los judíos y las cuestiones que se agitan entre ellos». Ponderó luego el Apóstol cómo se le traía ante el tribunal

---

[1] *Berenice,* hermana de Agrippa II y de la antes mencionada Drusila, era la hija mayor de Agrippa I y nieta de aquella Berenice que estaba casada con Aristóbulo, hijo de Herodes el Grande y de Mariamna (cfr. núm. 39). Era tan bella como disoluta. «Según fama pública» (Josefo, *Ant.* 20, 7, 3), vivía incestuosamente con su hermano Agrippa II. Supo más tarde ganarse la voluntad del general Tito; y hubiera sido mujer suya y llegado a emperatriz, de no haberse manifestado en contra general indignacion.

[2] Para presentar sus respetos al nuevo procurador.

[3] Cfr. página 593, nota 3.

[4] ¿De dónde tuvo Lucas noticia de esta conversación? Es muy creíble que se lo refiriese algún cortesano amigo suyo; Lucas vivía entonces en Cesarea.

[5] Desde Calígula, el César llevó entre otros títulos el de «Kyrios», «Señor».

[6] Nótese lo gráfico del relato de Lucas; a las claras se echa de ver que fué testigo ocular (cfr. núm. 532).

por aquella promesa en que Israel esperaba día y noche, es decir, por predicar la venida del Mesías tantas veces prometido a los israelitas y tan ardientemente esperado por éstos. Refirió después circunstanciadamente cómo se había distinguido antes en perseguir a los cristianos, y de qué prodigiosa manera había sido convertido, y cómo desde aquel punto se había dedicado a predicar penitencia a judíos y gentiles, anunciando lo que Moisés y los profetas habían vaticinado: que Cristo había de padecer, y que sería el primero que resucitase de entre los muertos, y que había de mostrar la verdadera luz al pueblo judío y a los gentiles (mediante sus apóstoles) [1].

Diciendo él esto en su defensa, exclamó Festo en alta voz: «Tú estás loco, Pablo. Las muchas letras te han trastornado el juicio». Y Pablo le respondió. «No deliro, ilustre Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. Que bien sabidas son del rey estas cosas [2]; y por lo mismo le hablo con tanta confianza, bien persuadido de que nada de esto ignora; puesto que ninguna de las cosas mencionadas se ha ejecutado en algún rincón oculto. ¡Oh rey Agrippa! ¿crees tú en los profetas? Yo sé que crees en ellos». A esto Agrippa, sonriéndose, respondió a Pablo: «Poco falta [3] para que me persuadas a hacerme cristiano». A lo que contestó Pablo: «Pluguiera a Dios, como deseo, que no solamente faltara poco, sino que no faltara nada para que tú y cuantos me oyen llegaseis a ser hoy tales cual soy yo, salvo estas cadenas» [4]. Aquí se levantaron el rey y el procurador, Berenice y los que les hacían la corte. Y habiéndose retirado aparte, hablaban entre sí y decían: «Este hombre no ha hecho cosa digna de muerte ni de prisión». Y Agrippa dijo a Festo: «Si no hubiese ya apelado al César, bien se le podría poner en libertad» [5].

155. Viaje de san Pablo a Roma

(Según Kugler, de fines de junio del 60 al 61 d. Cr.)

(Act. 27, 1-28, 16)

1. De Cesarea a Creta. 2. Tempestad a bordo. 3. Encalla el barco en la isla de Malta. 4. Tres meses en Malta. 5. De Malta a Roma.

681. Luego, pues, que se determinó que navegásemos [6] a Italia, Pablo y algunos otros presos fueron entregados a un centurión de la cohorte

[1] Como en la historia de la conversión de san Pablo (núm. 581 ss.) hemos tenido en cuenta este discurso, lo damos aquí sumariamente.

[2] El rey debe saber lo que sucedió con Jesús; toda Palestina habla de ello, y en todo lo de Jesús han venido a cumplirse las profecías.

[3] Con suave ironía rehusa la prueba sacada de los profetas que le brinda san Pablo, diciendo que él no se deja convertir tan fácilmente.

[4] «Respuesta tan hermosa y conmovedora, como delicada y cortés, que muestra la dicha que interiormente posee el Apóstol en la fe, y la animosa confianza, que ni en las cadenas le abandona; en cambio para los demás desea sólo la participación en la paz de la fe y de la esperanza, mas no en las cadenas por Cristo» (Felten, *Die Apostelgeschichte* 451 s.). En todo este episodio se manifiesta a plena luz la grandeza de carácter del Apóstol: lealtad apostólica, fortaleza y profundidad de fe, pensamiento siempre puesto en lo más santo y elevado.

[5] La opinión de Agrippa debió de influir grandemente en la redacción de la carta-salvoconducto que en el asunto de Pablo hizo llegar Porcio Félix al César. Por lo mismo es muy inverosímil *a priori* que la prisión del Apóstol acabase en Roma con sentencia condenatoria. Más detalles, núm. 688.

[6] Lucas, el autor de los *Hechos de los Apóstoles,* acompañó a Pablo en este viaje. Claramente se echa de ver que escribía su diario. — El conocido marino y geógrafo *Breu-*

Augusta [1], llamado *Julio*. Embarcamos en una nave de Adramythium [2] (fig. 30) que había de recorrer los lugares de la costa de Asia (Menor), y nos hicimos a la vela; con nosotros (Pablo y Lucas) iba Aristarco [3], macedonio de Tesalónica. El día siguiente arribamos a *Sidón* [4]; y Julio, tratando a Pablo con humanidad, le permitió salir a visitar a los amigos de la ciudad y entregarse al descanso.

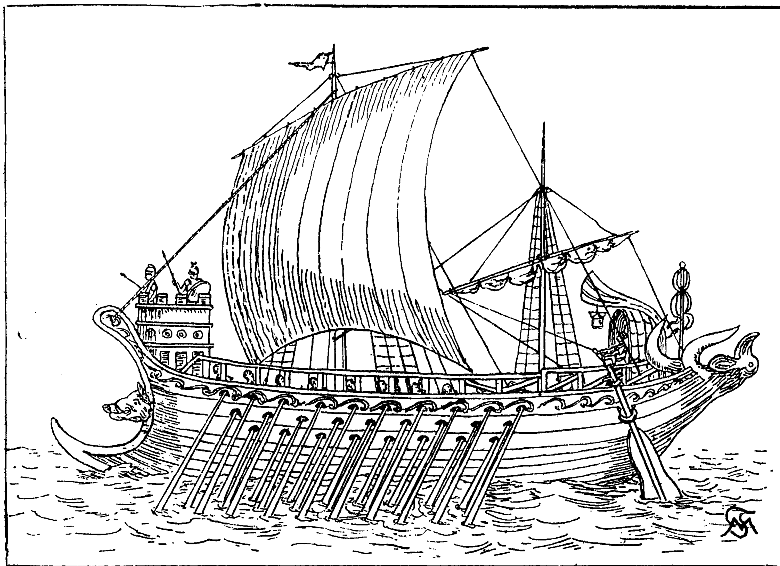


Fig. 30. — Trirreme romana (15 a. Cr.)

Partidos de allí, fuimos bogando por debajo de *Chipre* [5], por sernos contrario el viento (de oeste). Y habiendo atravesado el mar de Cilicia y de Panfilia, tomamos puerto en *Mira* [6] de Licia, donde el centurión, encontrando una nave de Alejandría que pasaba a Italia, nos trasladó a ella. Pasados muchos días de lento viaje (con rumbo noroeste, bordeando la costa sudoeste de Asia Menor),

sing († 1892), director de la Escuela de Marina de Bremen, emite el siguiente juicio: «El documento náutico de más valor de toda la antigüedad es la descripción del viaje y del naufragio del Apóstol Pablo. Cualquier marino advierte a primera vista que sólo pudo escribirla un *testigo ocular*» (*Die Nautik der Alten* [Bremen 1886] XIII). En las páginas 142-205 de su obra comenta Breusing el relato por el lado que interesa al marino. Cfr. también Zahn, *Einl.* II³ 414 y 428.

1 Era una de las cinco cohortes de tropas auxiliares de guarnición en Cesarea; distinguíanse unas de otras con nombres particulares (cfr. núm. 596). La aquí mencionada parece haber llevado el nombre de «Sebaste», «Augusta» (imperial); títulos tan honrosos ganaban las tropas que se hubiesen distinguido por su valor (cfr. Bludau, *Die Militärverhältnisse im apostolichen Zeitalter*, en *ThpMS* XVII 141).

2 *Adramythium*, ciudad comercial de la Gran Misia (núm. 642), fundada por los atenienses, en el mar Egeo, frente a Lesbos. La actual Adramytti, rodeada de hermosas plantaciones de olivos, es todavía una ciudad importante.

3 Núms. 646, 660 y 670; *Act.* 19, 29; 20, 4; *Philem.* 24; *Col.* 4, 10.

4 Núm. 193.

5 Primero por la costa oriental, luego por la septentrional, teniendo siempre la isla a la izquierda.

6 De Cesarea a Sidón, unos 112 Km.; de Sidón a Mira, 750 Km. *Mira* se consideraba como una de las ciudades más importantes de Licia. Estaba edificada sobre una roca distante una hora del mar; tenía, no obstante, su puerto en *Andriaca*. Los griegos la llaman todavía Mira, y los turcos Dembre. Hacia el año 320 d. Cr. ocupó la sede episcopal san Nicolás.

llegamos con no poco trabajo a *Gnido* [1]; pero estorbándonos el viento aportar allí, doblando el cabo *Salmona,* navegamos a lo largo de la costa meridional de Creta [2]. Y costeando la isla con gran dificultad, arribamos a un lugar llamado Buenos-Puertos (lat. *Boniportus;* grieg. *Kaloi Limenes),* que está cercano a la ciudad de Lasea.

Pero habiendo gastado mucho tiempo, y no siendo desde entonces segura la navegación, habiendo además pasado ya el tiempo de ayuno [3], Pablo los amonestaba diciéndoles: «Varones, yo veo [4] que la navegación comienza a ser peligrosa y de mucho perjuicio, no sólo para la nave y el cargamento, sino también para nuestras vidas». Pero el centurión daba más crédito al piloto y al patrón del barco, que a cuanto decía Pablo. Como (además de esto) aquel puerto no fuese a propósito para invernar, la mayor parte fué de parecer que nos hiciésemos a la vela para invernar, por poco que se pudiese, en *Fenix,* puerto de Creta, que mira al sudoeste y al noroeste (es decir, está protegido del viento sudoeste y noroeste por la tierra que rodea el puerto). Y como soplase el viento del mediodía (el cual hizo posible aproximarse a tierra), imaginándose salir ya con su intento, levantaron anclas e iban costeando [5] la isla de Creta.

682. Pero al poco tiempo dió contra la nave un viento impetuoso, llamado euraquilón (nordeste); arrastrada la nave, y no pudiendo resistir el torbellino, éramos llevados a merced de los vientos. Arrojados con ímpetu hacia una isleta llamada *Cauda* (al sur de Creta, intentamos poner en seguridad el esquife que iba a remolque, pero) con gran dificultad logramos apoderarnos de él. Después de haberlo subido, se echó mano de ciertos recursos de defensa, liando por debajo la nave (con fuertes maromas, para darle mayor consistencia). Temerosos de dar en la Syrte (africana, banco de arena que estaba por las cercanías), arriaron las velas (según otra explicación: echaron un ancla flotante para retardar la marcha) y se dejaban llevar de las olas. Al día siguiente, como nos hallásemos furiosamente combatidos por la tempestad, echaron al mar el cargamento; y tres días después arrojaron con sus propias manos los pertrechos del navío. Hacía muchos días que no veíamos ni sol ni estrellas; la tempestad era continuamente tan furiosa, que ya habíamos perdido todas las esperanzas de salvarnos. Entonces Pablo, como hacía ya mucho tiempo que nadie había tomado alimento, puesto en medio de ellos [6], dijo: «En verdad, compañeros, que hubiera sido mejor hacerme caso y no haber salido de Creta; con lo que se habría excu-

---

[1] De Mira a Gnido, unos 300 Km.; de Gnido a Salmona, 220, y a Talasa unos 75; y de aquí a Malta más de 1100 Km. — *Gnido* estaba en la punta de la península de Caria (Asia Menor). En el lugar que ocupó se ven hoy ruinas y la mísera aldea de Gnido.

[2] **Creta** (hoy Candía, en turco Kirid), isla meridional del mar Egeo, de 250 Km. de longitud y 34 de anchura por término medio, rica en trigo y vino, con una extensión de 8581 Km² de superficie, contaba en tiempo de Homero 100 ciudades; le daban mala fama la crápula, codicia, doblez y violencia de sus habitantes. Fueron, sin duda, los judíos cretenses quienes, al regresar a su patria después del primer Pentecostés cristiano (*Act.* 2, 11; núm. 538), llevaron a la isla las primeras noticias del Evangelio. San Pablo predicó en ella después de absuelto en Roma y dejó allí *por obispo a Tito* (cfr. *Tit.* 1, 5). De las ciudades mencionadas, *Salmona,* hoy cabo Sidero, estaba en la costa oriental; Kaloi Limenes (Boniportus, Buenos-Puertos), hacia el extremo oriental de la costa meridional; muy cerca de allí, Lasea; y Fénix, a más de 180 Km., hacia el extremo occidental de la costa meridional.

[3] El ayuno general del gran día de la Expiación, que caía el 10 de Tischri (fines de septiembre o principios de octubre), es decir, después del equinoccio de otoño; es sabido que por esa época abundan las tormentas.

[4] Pablo, que había hecho muchos viajes por mar y padecido naufragio tres veces (II *Cor.* 11, 25), podía hablar por experiencia.

[5] Así según el texto griego.

[6] Cuando los mismos marineros se acobardaban, el Apóstol permanecía animoso, firme como la roca en medio de la tempestad, con la confianza puesta en Dios; Pablo era el consuelo y el aliento de toda la tripulación.

sado este desastre y pérdida. Mas ahora os exhorto a tener buen ánimo; porque ninguno de vosotros se perderá; lo único que se perderá será la nave. Porque esta noche *se me ha aparecido un ángel del Dios* de quien soy y a quien sirvo, diciéndome: «No temas, Pablo; tú has de comparecer ante el César; y he ahí que Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo» [1]. Por tanto, compañeros, tened buen ánimo, pues yo creo en Dios, que así será como se me ha prometido. Al fin hemos de venir a dar en cierta isla».

Mas llegada la noche del día catorce, navegando nosotros por el mar Adriático [2], a eso de la medianoche los marineros barruntaron hallarse a vista de tierra. Por lo que tirando la sonda, hallaron veinte brazas de agua, y poco más adelante hallaron sólo quince. Entonces temiendo cayésemos en algún escollo, echaron por la popa cuatro áncoras, aguardando con impaciencia el día. Pero como los marineros, intentando escaparse de la nave, echasen al mar el esquife con el pretexto de ir a tirar las áncoras un poco más lejos por la parte de proa [3], dijo Pablo al centurión y a los soldados: «Si estos hombres no permanecen en el navío, vosotros no podéis salvaros». Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife, y lo dejaron perder. Y al empezar a ser de día, rogaba Pablo a todos que tomasen alimento, diciendo: «Hace hoy catorce días que aguardando el fin de la tormenta estáis sin comer ni probar casi nada. Por lo cual os ruego que toméis algún alimento; ello será vuestra salvación; no ha de perderse ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros». Dicho lo cual, tomó pan, dió gracias a Dios en presencia de todos; y partiéndolo, empezó a comer. Con eso, animados todos, comieron también ellos.

683. Eramos los navegantes en total doscientas y setenta y seis personas. Habiendo comido hasta quedar satisfechos, aligeraron la nave arrojando al mar el trigo (porque la profundidad disminuía). Siendo ya día claro, no reconocían qué tierra fuese la que descubrían; echaron de ver cierta ensenada [4] que tenía la playa, donde pensaban arrimar la nave, si posible fuese. Sueltas, pues, las áncoras, las abandonaron a la corriente del mar, aflojando al mismo tiempo las cuerdas del timón (que durante la tormenta habían sujetado), y alzada la vela del artimón, dirigiéronse hacia la playa. Mas tropezando en una lengua de tierra (cuya punta estaba cubierta por las aguas), la proa de la nave encalló en el fondo, mientras la popa iba abriéndose (por el choque y) por la violencia de las olas. Los soldados entonces deliberaron matar a los presos, temerosos de que alguno se escapase a nado. Pero el centurión, deseoso de salvar a Pablo, estorbó que lo hiciesen; y mandó que los que supiesen nadar, saltasen los primeros al agua y saliesen a tierra; a los demás, a unos los llevaron en tablas, y a otros sobre las espaldas de algunos marineros [5]. Y así se verificó que todas las personas salieron salvas a tierra.

Salvados del naufragio, supimos entonces que aquella *isla* se llamaba *Malta* [6].

---

[1] En gracia a ti y por tus súplicas Dios conservará la vida de todos los que se hallan contigo en la nave.

[2] *Mar Adriático* ha de tomarse en el sentido lato de la geografía antigua, que bajo ese nombre comprendía también el mar *Jónico* desde Malta hasta Creta; de ello tenemos múltiples testimonios (cfr. Zahn, *Einl.* II[3] 428). Por eso dice acertadamente Zahn (l.c.): «No honra mucho a Teodoro Mommsen haber observado con ironía que Lucas habla del mar Adriático de Creta y de los bárbaros de Malta» (véase pág. 599, nota 1).

[3] Pablo penetró el plan de los marineros y se lo descubrió al capitán.

[4] La actual bahía de san Pablo en Malta; véase la nota 6 de esta página.

[5] Cfr. Zorell, *Sprachliche Randnoten zum NT,* en *BZ* IX (1911) 159 s.

[6] *Melita,* hoy **Malta,** la isla más meridional de Europa, situada entre Sicilia y la costa de Africa, con 246 Km² de superficie, era una colonia fenicio-cartaginesa; mas con la destrucción de Cartago pasó al poder de los romanos. La costa meridional y occidental son rocosas y escarpadas; la oriental y la del norte, en cambio, ofrecen abundantes ensenadas, de las cuales una, situada hacia el extremo norte, se llama *bahía de San Pablo,* porque, según tradición local, allí arribó san Pablo náufrago. «Tras atento examen de cada una de las ensenadas, y cotejado el texto, hallamos que la bahía de San Pablo satis-

Los habitantes (bárbaros) [1] por su parte nos trataron con mucha humanidad. Porque luego, encendida una hoguera, nos llevaron allí a todos a causa de la lluvia que descargaba, y del frío. Y habiendo recogido Pablo una porción de sarmientos, echándolos al fuego, saltó una *víbora* huyendo del calor, y se le clavó en la mano. Cuando los bárbaros vieron la víbora colgando de su mano, se decían unos a otros: «Este hombre sin duda es algún homicida, pues que, habiéndose salvado de la mar, la justicia no quiere que viva». El, empero, sacudiendo la víbora en el fuego, no padeció daño alguno [2]. Los bárbaros, al contrario, se imaginaban que se hincharía y de repente caería muerto. Mas después de aguardar largo rato, reparando que ningún mal le acontecía, mudando de opinión, decían que era un dios [3].

684. En aquellas cercanías tenía unas posesiones el príncipe de la isla, llamado *Publio;* el cual, acogiéndonos benignamente, nos hospedó por tres días con mucha humanidad. Y sucedió que, hallándose el padre de Publio muy acosado de fiebres y disentería [4], entró Pablo a verle; y haciendo oración, e imponiendo sobre él las manos, le curó. Después de este suceso, todos los que tenían enfermedades en aquella isla acudían a él, y eran curados. Por cuyo motivo nos hicieron muchos honores; y cuando nos embarcamos, nos proveyeron de todo lo necesario.

Al cabo de tres meses (a principios de febrero del 61), nos hicimos a la vela en una nave alejandrina, que había invernado en aquella isla y tenía la divisa de los Dioscuros (de Cástor y Pólux). Y habiendo llegado a *Siracusa,* nos detuvimos tres días. De allí continuamos el viaje y llegamos a Regio; y al día siguiente, soplando el sur, en dos días arribamos a *Puteoli* [5], donde habiendo encontrado hermanos en Cristo, nos instaron a que nos detuviésemos con ellos siete días; pasados los cuales nos dirigimos a *Roma.* Sabiendo nuestra venida los hermanos de esta ciudad, salieron a recibirnos hasta el pueblo llamado *Forum Apii* [6],

---

face a todas las condiciones» (Balmer, *Die Romfahrt des Apostels Paulus und die Seefahrtskunde im römischen Kaiserzeitalter* [Berna 1905] 394). La isla está admirablemente cultivada por sus 150000 laboriosos habitantes, que son a la vez excelentes marineros. A pesar de los incesantes esfuerzos de los emisarios de la Sociedad Bíblica Inglesa, los malteses han permanecido fieles a la fe católica tradicional. La actual capital, La Valette, fundada en 1566 por el célebre gran maestre de este nombre, con un gran puerto e ingentes fortificaciones, posee varias iglesias muy hermosas, entre otras la catedral dedicada al Apóstol san Juan, y conventos de distintas Ordenes.

[1] Esta palabra no se ha de interpretar en el sentido que hoy tiene, pues en el uso griego se empleaba para designar a aquéllos que no hablaban ni el griego ni el latín; los habitantes de la isla eran de origen púnico. La gente con quien primero toparon los náufragos no entendía el griego; en cambio lo hablaban las personas distinguidas, como Publio que luego se cita.

[2] Cfr. *Marc.* 16, 18; núm. 519. [3] Cfr. núm. 628.

[4] «De fiebres gástricas»; véase Harnack, *Lukas der Arzt* 123 s.

[5] El viaje siguió con rumbo norte; de *Malta* a *Siracusa,* en la región meridional de la costa oriental de Sicilia, más de 150 Km.; de Siracusa a *Regio,* en la punta meridional de Italia, más de 100 Km.; de Regio a *Puteoli,* 370 Km. De aquí por la *Via Appia* a *Forum Appii,* 110 Km., a *Tres Tabernae,* 23 Km., y a Roma, más de 50 Km. — *Siracusa,* situada en la costa oriental de Sicilia, con un excelente puerto, era antiguamente la ciudad más populosa, rica y poderosa de la isla. La actual Siracusa muestra todavía muchísimas ruinas de la antigua. — *Regio* está en la punta sudoeste de la Italia Inferior, en el estrecho de Mesina, antiguamente muy peligroso (los escollos de Escila y los remolinos de Caribdis eran proverbiales entre los antiguos). *Puteoli,* hoy Puzzoli, está en la *Campagna,* en el golfo de Nápoles, 12 Km. al oeste de esta ciudad; su puerto era muy frecuentado.

[6] *Forum Appii,* pequeña ciudad situada en la *Via Appia,* «la pequeña Roma» en frase de Cicerón, residencia favorita de Nerón, unos 75 Km. al sudeste de Roma; tenía su nombre del censor romano Apio Claudio Ceco, el cual construyó el año 313 a. Cr. la celebérrima Vía de Roma a Capua con sus muros laterales de sillería. En su honor se erigió un obelisco en el lugar que de ahí tomó el nombre de *Forum Appii* (Plaza de Apio) y hoy se llama *Foro Appio.*

y otros a *Tres Tabernæ* [1]. A los cuales habiendo visto Pablo, dió gracias a Dios y cobró grande ánimo [2]. Llegados a **Roma** [3], se le permitió a Pablo vivir en una casa particular con un soldado de guardia [4].

156. Pablo en Roma

(61-63 d. Cr.) — (*Act.* 28, 17-31)

1. Primera conversación con los jefes de las comunidades judías de Roma. 2. Predicación delante de muchos judíos. 3. Efecto de los pláticas. 4. Duración del cautiverio de san Pablo.

685. A los tres días pidió Pablo a los principales de los judíos [5] que fuesen a verle. Luego que se juntaron, les dijo: «Yo, hermanos, sin haber hecho nada contra el pueblo, ni contra las tradiciones de nuestros padres, fuí preso en Jerusalén y entregado en poder de los romanos; los cuales quisieron ponerme en libertad, visto que no hallaban en mí causa de muerte. Mas, oponiéndose los judíos, me vi obligado a apelar al César, pero no con el fin de acusar en cosa alguna a los de mi nación. Por este motivo, pues, he procurado veros y hablaros; pues sólo por la esperanza de Israel [6] me veo atado con esta cadena». A lo que respondieron ellos: «Nosotros no hemos recibido cartas de Judea acerca de ti, ni hermano alguno venido de allá ha contado o dicho mal de ti. Mas deseamos saber cuáles son tus sentimientos, porque tenemos noticia que esa secta [7] halla contradicción en todas partes» [8].

686. Y habiéndole señalado día para oirle, vinieron en gran número a su alojamiento; a los cuales explicaba dando testimonio del reino de Dios desde la mañana hasta la noche, convenciéndoles [9] acerca de Jesús con la Ley de Moisés y con los Profetas. Unos creían las cosas que decía, otros no las creían. Y no estando acordes entre sí, se iban saliendo; sobre lo cual decía Pablo: «¡Oh, con cuánta razón habló el Espíritu Santo a nuestros padres por el profeta Isaías, diciendo: Ve a ese pueblo, y diles: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis, y mirando miraréis, y no veréis! Porque el corazón de este pueblo está embotado; oyen mal con sus oídos, y han cerrado sus ojos; no sea que con los ojos vean, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo

---

[1] *Tres Tabernae,* es decir, «las tres posadas», estaba probablemente en el lugar de la actual Cisterna, unos 50 Km. al sur de Roma, 12 Km. al sur de Belletri; según otros, 7 Km. más al sur.

[2] Cobró nueva y segura esperanza de que su ministerio apostólico había de ser fructífero en Roma.

[3] De Waal nos describe de una manera gráfica (*Roma sacra* 1 ss.) lo que debió Pablo de contemplar a su entrada en Roma.

[4] El centurión le entregó al *Praefectus praetorio,* jefe de la guardia imperial, representante del César en los asuntos de justicia criminal; desempeñaba a la sazón dicho cargo Afranio Burro, amigo de Séneca. Pablo no entró con los demás presos en la cárcel del Estado; sino que se le permitió alojarse donde tuviera por conveniente; debía custodiarle un soldado, a cuyo brazo izquierdo iba encadenado el derecho del Apóstol, al menos siempre que saliera de casa. Relevábanse en este servicio los soldados, y tenían estrecha obligación de presentar a su preso en cualquier momento al tribunal. *El trato excepcionalmente blando* lo debió Pablo, no sólo a la relación de Festo, quien nada de particular tenía de qué acusarle, sino seguramente más a los informes del centurión *Julio,* quién debió de presentar al Apóstol como a un hombre, no sólo inocente, sino también merecedor de suma consideración. Dice Pablo expresamente (*Philipp.* 1, 12 ss.; 4, 22) que (merced a Julio) fué conociendo a los demás oficiales y la *casa imperial,* de suerte que las cadenas y la prisión contribuyeron todavía más a la propagación del Evangelio (*Philipp.* 1, 12 ss.; 4, 22). — Acerca de las tradiciones romanas relativas al alojamiento de Pablo, cfr. De Waal l. c. 32 ss. y *Rompilger* (1925) 348.

[5] Ante todo a los jefes de las ocho o nueve sinagogas de Roma.

[6] Cfr. núms. 673 y 680. [7] El Cristianismo.

[8] Tocante a esta afirmación, véase núm. 711.

[9] A saber, que era el Mesías prometido.

les dé la salud» [1]. Por tanto tened entendido todos vosotros, que a los gentiles es enviada esta salud de Dios, y ellos la recibirán». Dicho esto, se apartaron de él los judíos, teniendo grandes debates entre sí.

687. Pablo permaneció por espacio de dos años enteros en la casa donde se alojaba; allí recibía a cuantos iban a verle, predicando el reino de Dios y enseñando con toda libertad lo tocante a nuestro Señor Jesucristo, sin que nadie se lo prohibiese [2].

Aquí termina san Lucas la historia de los apóstoles. Por las cartas que san Pablo escribiera en la cautividad sabemos que siguió en constante comunicación con las iglesias por él fundadas, que recibía muchas visitas y desplegaba una *actividad fecundísima* [3], como se lo había dicho el Señor en repetidas apariciones, anunciándole que también en Roma había de dar testimonio de él [4]. Dirigióse, como de costumbre, primero a los judíos, y luego a los gentiles [5].

V. Últimos años y muerte de los apóstoles

157. Los dos Príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo

688. No acabó en Roma el apostolado de *san Pablo.* Obtenida la libertad a los dos años de su llegada a la capital del imperio, emprendió nuevas correrías «hasta los términos del Occidente» [6] (España); de allí

---

[1] Pablo cita de los *Setenta.* Unos treinta años antes aplicó Jesús las mismas palabras a los judíos de Palestina (cfr. *Matth.* 13, 13 ss.; también *Ioann.* 12, 39 ss.; núm. 161).

[2] En esta primera prisión de Roma escribió Pablo a fines del año 62 o a principios del 63 las cuatro cartas llamadas de la cautividad: **a los Filipenses, a los Efesios, a los Colosenses y a Filemón** (cfr. *Philipp.* 1, 13 s.; *Ephes.* 4, 1; *Col.* 4, 3; *Philem.* 23). Las tres últimas fueron escritas a la vez y enviadas por un mismo mensajero; en la *carta a Filemón* (vers. 2) encarga que le dispongan hospedaje; tan seguro estaba de salir pronto absuelto.—Hacia el término de esta prisión acabó Lucas los **Hechos de los Apóstoles,** poco tiempo después de haber compuesto su Evangelio (cfr. núms. 17 y 534).

[3] No parece imposible que el Apóstol de las gentes hubiese conocido entonces a L. Aneo Séneca (cfr. núm. 652). Mas hoy está ya fuera de duda que el filósofo estoico permaneció pagano hasta el fin de sus días y, en particular, que la supuesta correspondencia entre Pablo y Séneca (ocho cartas de Séneca a Pablo y seis de Pablo a Séneca) es una invención. Para más detalles (cfr. Pölzl, *Der Weltapostel Paulus* 607; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchl. Literatur* I, § 33.

[4] Núms. 675 y 682.

[5] Cfr., por ejemplo, *Act.* 13, 46 ss.; 18, 6 ss.

[6] Clem. Rom., I *Cor.* 5, 5. He aquí el pasaje: «Por la envidia y el odio mostró Pablo el premio de su paciencia. Habiendo sido encadenado siete veces, habiendo logrado escapar, habiendo sido apedreado, hecho pregonero del Evangelio en Oriente y Occidente, alcanzó la ilustre fama debida a su fe. Después de haber enseñado la justicia a todo el mundo, y haber ido hasta los términos del Occidente, y haber sido martirizado bajo los prefectos, salió del mundo y se fué al lugar santo, siendo sumo dechado de paciencia». Para Clemente, que escribía en Roma, «los límites del Occidente» significaba *España;* el *Fragmento Muratoriano* habla explícitamente de un viaje de Pablo *ab urbe* (Roma) *ad Spaniam.* Habría sido, pues, un hecho el deseo manifestado en la *Carta a los Romanos* (15, 24 28).—En pro de haber el Apóstol terminado su primera prisión con sentencia absolutoria (y sufrido otra segunda que acabó con la muerte), habla: 1. *a)* el clásico *testimonio* ya citado *de Clemente Romano,* el cual escribió su primera carta a los corintios el año 96 siendo ya de edad avanzada, pues era obispo de Roma, de suerte que en su juventud alcanzó los tiempos de los Príncipes de los apóstoles. De ahí que su testimonio sea de extraordinario valor (cfr. Dubowy, *Klemens von Rom über die Reise Pauli nach Spanien,* Friburgo 1914). Añádase a esto *b)* el testimonio del *Fragmento Muratoriano* (hacia el 160) y *c)* el de las *Actas Apócrifas de Pedro* compuestas por la misma época (cfr. pág. 605, nota 1 y Belser, *Einl.*[2] 842 s.), en las cuales se refiere el viaje de san Pablo a España. Ciertamente, la obra es una novela; pero una novela histórica, es decir, los hechos principales son históricos. 2. También tiene valor en esta cuestión, aunque no

parece haber vuelto a Oriente, a Creta, Efeso, Macedonia, Nicópolis de Epiro o Tracia, Tróade, Mileto, Corinto [1]; fué de nuevo a Roma, donde trabajó en compañía de san Pedro, fué de nuevo arrestado y padeció el martirio [2].

689. Luego del Concilio de los Apóstoles, **san Pedro** [3] fué a Antioquía [4] y de allí, según parece, por Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia [5], de nuevo a Occidente [6]; y a la muerte del emperador Claudio

---

decisivo, el remate de los *Hechos de los Apóstoles* (28, 30 s.). Dícese allí que la prisión duró dos años. De no haberle quedado a Lucas otra cosa por decir que el martirio del Apóstol, no se comprende que no hubiese añadido siquiera una pequeña observación, tanto más, cuanto que del juicio que Félix, Festo y Agrippa se formaron de la acusación de los judíos, no era de esperar una sentencia condenatoria. 3. En la *Carta a los Filipenses* (1, 12-25; 2, 24) y más concretamente en la *Carta a Filemón* (vers. 22) expresa el Apóstol la esperanza de su próxima libertad, esperanza fundada en el curso del proceso que por fin se iba substanciando. De haber el proceso terminado con la sentencia condenatoria, habría sido por el mal giro que de súbito le hubiesen dado sucesos imprevistos. ¿Cuáles pudieron ser éstos? Es cronológicamente imposible que antes de substanciado el proceso estallara la persecución de Nerón, de la cual hubiese Pablo sido víctima; pues dicha persecución no comenzó antes del otoño del año 64. 4. Las mismas Cartas Pastorales, aun dado que en su forma actual no fuesen auténticas, como sostienen muchos protestantes, exigen la absolución y libertad de Pablo en el proceso de Roma; pues contienen muchísimas particularidades que no encajan en la vida *anterior* a la (primera) prisión. Estas particularidades biográficas se fundan, sin género de duda, en tradiciones auténticas; pues ningún falsario pudo inventarlas viviendo aún los contemporáneos de Pablo — cuando efectivamente fueron compuestas, como admiten aun los que les niegan autenticidad —, pues inventar tales detalles sería declarar de antemano que el escrito es una patraña. Acertadamente dice a este propósito el protestante Zahn (*Einl.* I^3 439 s.): «La opinión de haber terminado con la muerte la prisión de Roma, donde Pablo escribió a los Efesios, a los Colosenses, a los Filipenses y a Filemón», no se apoya en noticias antiguas, no digamos fidedignas; es mera hipótesis; y una hipótesis que tiene en contra testimonios históricos fuertes, y en pro ni siquiera razones de verosimilitud». Harnack (*Chronologie* 239, nota 3) dice: «Tengo por hecho cierto la liberación de Pablo de la primera prisión». También Joh. Frey se declara partidario de dos prisiones diferentes. Sumamente interesantes son también las palabras del sabio protestante Spitta, el cual al fin de sus argumentos en favor de la doble prisión romana (*Zur Geschichte und Literatur des Urchristentums* I [Gotinga 1893] 107 s.) observa: «A pesar de ello, son muy modestas las esperanzas de que mis argumentos sean eficaces. Si es posible que, después de las investigaciones fundamentales de un Credner y de las eminentes aportaciones de un Lightfoot — por no citar más ejemplos —, Lemme nos hable de la "fantasmagoría de la segunda prisión" que se disipa a la luz "de toda investigación seria y libre de prejuicios"; o si v. Soden nada sabe de la tradición patrística tocante al viaje a España y a la segunda prisión, sino que por primera vez aparece en Eusebio una afirmación de ese género, entonces es muy pequeña la esperanza de que mis investigaciones hallen mejor acogida que las de mis predecesores entre aquellos que no comparten el resultado de las mismas». Y en realidad, muchos sabios protestantes niegan todavía tenazmente la segunda prisión de Pablo. Su argumentación está más o menos influída del prejuicio de no ser auténticas las Cartas Pastorales del Apóstol (cfr. núm. 171-719).

[1] *Tit.* 1, 5; 3, 12. I *Tim.* 1, 3. II *Tim.* 4, 13 20.

[2] Entre la *primera* y la *segunda* prisión de Pablo en Roma se escribieron la **Carta a Tito,** la *primera* **Carta a Timoteo** y probablemente también la **Carta a los Hebreos.** Para más detalles, véase núm. 716 ss.

[3] Acerca de la *primera* estancia de Pedro en Roma, cfr. núms. 616-619.

[4] Cfr. núm. 639.

[5] Las dos cartas del Apóstol están dirigidas a iglesias de estos países de Asia Menor (I *Petr.* 1, 1. II *Petr.* 3, 1 s.). Cfr. Orígenes, en Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 1, Eusebio mismo (ibid. 3, 4) y san Jerónimo (*De viris illustr.* c. 1, etc.). Véase núm. 722.

[6] Pasando por Corinto, a lo que parece. Claramente indica san Pablo (I *Cor.* 1, 12; 3, 22) que san Pedro predicó en Corinto; pues, además de los dos partidos de Corinto que se llamaban por el nombre de Pablo y de Apolo, que predicaron allí, había otro tercero del nombre de Cefas (Pedro). No con menor claridad lo indica san Clemente Romano

(54 d. Cr.) pudo volver sin estorbo ninguno a Roma [1]. La iglesia romana dió hermosos frutos bajo su dirección. Según testimonio de san Pablo, en la ciudad había distintos lugares de reunión para el culto; los cristianos de origen judaico y los que procedían de la gentilidad vivían en perfecta unidad y armonía; estaban animados de buenos sentimientos y llenos de los conocimientos necesarios; y tanto se distinguían por su fe ardiente y por la vida arreglada a su fe, que se hicieron por ello célebres en todo el mundo [2]; y cuál fuera su número y cuán ardiente su fe, se mostró muy pronto, cuando en la persecución de Nerón «una multitud enorme» [3] padeció el martirio entre espantosos tormentos.

690. Merece crédito, sin género de duda, la tradición de haber en esta persecución los dos Príncipes de los apóstoles coronado su carrera con glorioso martirio [4]. Pedro fué crucificado, como se lo había predicho el Señor [5]; a Pablo, ciudadano romano, le cortaron la cabeza [6]. Hay razones en pro de haber esto acontecido el *año* 67; pero es dudoso que fuese el 29 de junio el *día* de la muerte de ambos apóstoles. El 29 de junio del año 258 fueron sus restos trasladados (transitoriamente) *ad catacumbas*.

Acerca de la *sepultura* de ambos apóstoles, escribe hacia el año 200 el sacerdote romano *Cayo* en su polémica contra el montanista Proclo: «Yo puedo mostrar los trofeos (sepulcros) de los apóstoles. Pues si quisieres ir al Vaticano o a la Via Ostiense, hallarás los sepulcros de aquellos (apóstoles) que fundaron esta iglesia de Roma» [7]. Esto no puede ser una invención tendenciosa. Pues de no haber existido una tradición local, y de haber pretendido «descubrir» sepulturas el año 200, se las hubiera «descubierto» seguramente en alguna de las muchas construcciones cristianas, y no en pleno distrito pagano. Allí hubiera estado el ambiente en mejor consonancia con el sentimiento cristiano y allí habría sido posible darles culto sin riesgo de ningún género. El 29 de junio del año 258 se *trasladaron* (transitoriamente) los restos de ambos apóstoles al Cementerio de la Vía Apia (donde está hoy San Sebastián), acaso para poner a buen recaudo los sagrados cuerpos — corrían los tiempos de la persecución de Valeriano — y particularmente por facilitar a los fieles el acceso y la veneración de tan santo lugar. En tiempo de *Constantino* se devolvieron las santas reliquias al lugar primitivo. «Quedan resueltas todas las dificultades, dice Lietzmann, de haber sido Pedro sepultado debajo de la cúpula de Bramante, y Pablo en la sala de los tres emperadores» [8].

(I *Cor.* 47); y san Dionisio, obispo de Corinto (hacia el 170), lo dice expresamente en su carta a los romanos (en Eusebio, *Hist. eccl.* 2, 25).

[1] De esta segunda venida de san Pedro a Roma habla Lactancio (*De mortib. persec.* c. 2); cfr. también *StL* II (1872) 461; *Der hl. Petrus in Rom.*

[2] Cfr. *Rom.* 1, 8; 15, 14; 16, 3 ss. 17 ss.; núm. 711

[3] Tácito, *Annal.* 15, 44.

[4] No se puede demostrar históricamente que ambos Príncipes de los apóstoles hubiesen padecido en la *Cárcel Mamertina*, donde el año 104 a. Cr. fué condenado a morir de hambre Yugurta, rey de Numidia (véase Crisar, *Geschichte Roms und der Päpste im Mittelalter* I [1901] 198 ss.).

[5] Núms. 510 y 512 s. Poco antes tuvo de ello revelación (II *Petr.* 1, 13 s.; cfr. también pág. 365, nota 6).

[6] Ya los Padres más antiguos hablan del glorioso martirio en Roma de ambos Príncipes de los apóstoles. Según antigua tradición, de la cual hace mención ya Orígenes hacia el 220 d. Cr., san Pedro fué a instancias suyas crucificado cabeza abajo, pues no se tenía por digno de morir como su divino Maestro (Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 1. San Jerónimo, *De viris illustr.* c. 1).

[7] Eusebio, *Hist. eccl.* 2, 25, 7.

[8] Para más detalles, cfr. P. Styger en *RQ* 1915, 73 ss. *über A. de Waals Ausgrabungen in San Sebastiano,* y H. Lietzmann, *Petrus und Paulus. Liturgische und*

La persecución de Nerón estaba hacía tiempo preparada por el odio pagano; mas el motivo de estallar fué el *incendio de Roma* en julio del 64, cuando de los catorce barrios de la ciudad tres fueron reducidos a cenizas por las llamas y siete espantosamente desolados, quedando intactos sólo cuatro. La opinión acusó del crimen al emperador, no se sabe si con razón o sin ella. Mas Nerón tuvo por conveniente desviar las sospechas, por lo que echó la culpa a los judíos; éstos a su vez acusaron a los cristianos. Nerón mandó apoderarse de muchísimos cristianos y los hizo martirizar de la manera más cruel. Unos murieron crucificados; otros, cosidos en pieles de animales salvajes, fueron entregados a la furia de los perros; otros fueron rociados de materias combustibles, para servir de antorchas en la noche. Entre las víctimas de esta persecución murieron *los dos Príncipes de los apóstoles*.

691. *San Pedro* fué crucificado en el circo de Nerón, construído en la colina del Vaticano; los fieles dieron piadosa sepultura a los restos mortales en la *Via Aurelia Nova,* muy cerca del lugar donde padeció el martirio. En el lugar de la sepultura erigió ya en el siglo I el Papa Anacleto un monumento sepulcral *(memoria)*. El 29 de junio de 258 (persecución de Valeriano) fueron trasladados los sagrados restos, con los de san Pablo, al cementerio *ad catacumbas* de la Via Apia (donde está hoy san Sebastián); en tiempo de Constantino volvieron a la primera tumba, y desde entonces se veneran allí sin interrupción. El emperador Constantino mandó construir una basílica de cinco naves; el sepulcro fué rodeado por todas partes de bronce de Chipre. En las invasiones de los visigodos (año 410) y de los vándalos (año 455), basílica y sepulcro fueron respetados; pero por precaución los papas hicieron tapiar la cámara sepulcral; lo cierto es que en 519 ya no se podía entrar en ella. Quedó, pues, intacto el sepulcro de los Príncipes de los apóstoles, hasta que en 846 saquearon los sarracenos la basílica. Tenemos «razones para admitir que el *sepulcro* de san Pedro se encuentra en el mismo estado en que lo dejó Constantino» [1]. La basílica constantiniana sufrió no pocos quebrantos en el curso de los siglos; por lo que los sucesores de Pedro proyectaron un edificio más amplio y duradero, que costó más de un siglo, y fué consagrado por el Papa Urbano VIII el 18 de noviembre de 1626, con el nombre de *Iglesia de San Pedro*. Con su altísima cúpula y la cruz que sobre ella se yergue como signo triunfador del Hombre-Dios crucificado y de su primer vicario en la tierra, muerto asimismo en una cruz, el templo mayor del mundo, la iglesia de san Pedro, descuella todavía hoy sobre la «Ciudad Eterna». Bajo la cúpula, semejante a la bóveda celeste, descansan en la cripta *(confessio)* los restos del Príncipe de los apóstoles; en el altar arden de continuo numerosas lámparas de bronce sobredorado.

692. *San Pablo* fué decapitado en el camino de Ostia, a una hora de la ciudad, en la heredad llamada *ad aquas salvias,* del nombre de la familia propietaria. Llámase hoy aquel lugar *alle tre fontane,* porque, según la leyenda, a la muerte del Apóstol brotaron del suelo tres fuentes. Allí hay actualmente una abadía de Trapenses, un oasis en el desierto de la yerma campiña romana. El Apóstol fué enterrado a medio camino entre el lugar del martirio y la ciudad. También sobre la sepultura de Pablo edificó el papa Anacleto un monumento sepulcral *(memoria)*. Sus restos fueron trasladados con los de san Pedro al cementerio *ad catacumbas,* para volver más tarde al lugar primitivo. El emperador Constantino edificó una basílica, que fué sustituída por otra mayor y más suntuosa, comenzada por el emperador Teodosio, terminada por el empera-

---

archäologische Studien. Mit sechs Plänen (Bonn 1915). Christian Hülsen, el antiguo director del Instituto Arqueológico Alemán de Roma, está de acuerdo en lo esencial con Lietzmann (véase *Neue Jahrbücher für klassische Philologie* XLI [1918] fascículo 6). Cfr. también Wilpert, *Das Grab des hl. Petrus im Lichte der geschichtlichen Nachrichten* (tercera *VGG* para el año 1907) 20.

[1] Wilpert, l.c. 20.

dor Honorio y ornamentada en 450 por la emperatriz Gala Placidia con mosaicos, que en parte aun se conservaban; diósele el nombre de *San Pablo extra muros*. Desgraciadamente fué presa de las llamas en la noche del 15 al 16 de julio de 1823 por descuido de los trabajadores. Sólo el altar del Apóstol quedó intacto. El papa León XII, luego de su elevación al trono pontificio, concibió la idea de restaurarla. El 5 de octubre de 1840 tuvo Gregorio XVI la alegría de celebrar la Santa Misa en el altar del crucero en que descansan los restos del Apóstol, y el papa Pío IX inauguró solemnemente la iglesia ya terminada, dos días después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, el 10 de diciembre de 1854, rodeado de más de 200 obispos de todo el orbe.

158. Los demás apóstoles

693. Para fines del año 60 habían pasado ya a mejor vida la mayor parte de los apóstoles, después de haber cumplido con toda fidelidad el encargo del divino Maestro, predicando el Evangelio por todas partes; el Señor cooperaba e iba confirmando con milagros y prodigios la palabra de sus mensajeros (*Marc.* 10, 20; núm. 519), de suerte que ya el año 58 podía escribir san Pablo: «Pues qué, ¿no han oído las gentes la predicación del Evangelio? Ciertamente, su voz ha resonado por toda la tierra, y hanse oído sus palabras hasta los extremos del mundo» (*Rom.* 10, 18). Acerca del campo donde cada apóstol ejerció el apostólico ministerio tenemos muy pocas noticias ciertas [1]. Esto se debe sin duda a que algunos apóstoles dedicaron sus afanes a la conversión del *imperio oriental,* es decir, de aquel *imperio parto* que surgió en el lejano Oriente, como el romano en Occidente [2].

694. Según Orígenes y san Jerónimo, **san Andrés** [3] predicó el Evangelio en la Escitia europea (países del Danubio inferior; de ahí que sea patrón de Rusia), en Epiro y Tracia. Finalmente estableció su residencia en Patras (Acaya), donde padeció el martirio por orden del procónsul romano Egeas, como históricamente se demuestra. Cuenta la tradición que el año 357 su cuerpo, con el del Evangelista san Lucas y el de san Timoteo, fué trasladado de Patras a Constantinopla y depositado en la iglesia apostólica que Constantino acababa de edificar. Después de la toma de Constantinopla por los francos el año 1210, el cardenal Pedro de Capua trasladó los restos del Apóstol a Italia y los depositó en la catedral de Amalfi; la cabeza se venera en san Pedro de Roma [4]. La Iglesia celebra su memoria el 30 de noviembre; los griegos la celebran con la de los demás apóstoles el 30 de junio.

---

[1] Así como sobre los distintos episodios de la vida del Salvador se formaron numerosos *Evangelios apócrifos,* así también se propagaron *Hechos Apostólicos apócrifos (Actas de los Apóstoles)* acerca del ministerio y suerte de los apóstoles, compuestos en parte en interés de la herejía, en parte para entretenimiento y satisfacción de la curiosidad. Acerca de ellos cfr. especialmente Belser, *Einl.*[2] 837-869; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur* I; Hennecke, *Ntl Apokryphen* 347-544.

[2] Cfr. Kellner, *Heortologie*[3] (1911) 209; en especial Ed. Sachau, *Zur Ausbreitung des Christentums in Asien (Abh. der Preuss. Akad. der Wissenschaft, Jahrg. 1919; philol-hist. Kl. Nr. 1).*

[3] Véanse las noticias bíblicas en los núms. 98, 119, 137, 179, 302 y 319; cfr. Kellner, *Zur Geschichte des Apostels Andreas,* en *Kath* 1906 I 161.

[4] Pastor describe gráficamente la fiesta que se celebró en Roma con motivo de la llegada de la cabeza de san Andrés, en abril de 1462, en tiempo del papa Pío II (*Historia de los Papas,* Tomo II, vol. III, pág. 291 ss. [Barcelona, G. Gili, 1910]).

695. Carecemos de noticias ciertas tocante a los últimos años del Apóstol **san Felipe** [1]. En lo del apostolado en Hierápolis (Frigia), parece haber una confusión con el diácono Felipe. Los griegos celebran su fiesta el 14 de noviembre; los latinos el 1 de mayo, con la de Santiago el Menor.

696. Según noticias antiguas, **Bartolomé** [2] dirigió sus pasos hacia la India oriental [3]; parece estar suficientemente comprobada su misión en Armenia. Créese que padeció el martirio en Albanópolis o Urbanópolis [4]. La conversión del rey Polimio con su mujer, y la de doce ciudades, le concitó la envidia y el furor de los sacerdotes idólatras; éstos ganaron para su causa al hermano del rey, Astiages, el cual mandó desollar vivo al Apóstol y luego decapitarlo (o, como cuentan los griegos, crucificarlo cabeza abajo). Su cuerpo fué enterrado en la ciudad del martirio, Albanópolis; más tarde se le trasladó a la isla de Lípari, cerca de Mesina, de allí a Benevento y finalmente en 983 (¿parcialmente?) a Roma por disposición del emperador Otón III. Aquí descansa en un sepulcro de pórfido que se halla debajo del altar mayor de la célebre iglesia del Apóstol, en una isla del Tíber. Los latinos celebran su memoria el 24 de agosto; los griegos, el 11 de junio.

697. Según Orígenes, **santo Tomás** [5] predicó en Partia; y, de dar crédito a noticias que corren desde el siglo III, también en Persia y al norte de la India, en el reino del rey Gundafar [6]. El Martirologio Romano dice que fué muerto a lanzadas en Calamina (Meliapur, junto a Madras) por orden del rey idólatra. De allí fué su cuerpo trasladado (el año 232) a Edesa, y más tarde a Ortona (Italia). Los latinos celebran su fiesta el 21 de diciembre; los griegos, el 6 de octubre [7].

698. **Santiago el Menor** [8], «hermano del Señor» (pariente de Jesús [9]), «columna» de la Iglesia [10], fué obispo de la Iglesia de Jerusalén, por lo menos desde la huída de san Pedro. Por su santidad personal y fiel observancia de la Ley poseía gran autoridad (llamábasele «el justo»), e iba ganando a los judíos para la causa de la fe cristiana. Por eso el sumo sacerdote Ananus, hijo de Ananus o Anás [11], aprovechó la coyuntura de haber muerto el procónsul Festo y de estar el sucesor todavía en camino, para congregar el Sanedrín y condenar a Santiago y algunos otros cristianos principales a ser lapidados, conculcando las prerrogativas romanas. Sucedió esto el año 62. Santiago fué arrojado de las almenas del Templo [12], en cuya proximidad estaba reunido el Sanedrín; pero incorporándose y poniéndose de rodillas, oraba por sus asesinos. Entonces el populacho arrojó sobre él una granizada de piedras, hasta que un batanero

---

[1] Véanse las noticias bíblicas en los núms. 99, 137, 179, 302 y 356. Según Epifanio (*Haer.* 26, 13), una secta gnóstica de Egipto usaba un *Evangelio* publicado seguramente en el siglo II o III con el nombre de Felipe (cfr. Bellser, *Einl.*[2] 824 s.). Acerca de las *Actas apócrifas de Felipe*, véase Bardenhewer l. c. I 448.

[2] Cfr. núm. 137; también página 143, nota 3.

[3] Eusebio, *Hist. eccl.* 5, 10.

[4] Cfr. *Vita et Martyrium S. Bartolomaei ex sinceris fontibus Armenicis, etc. ed. a Dre. Georg. Moesinger* (Innsbruck 1877). Véase Weber, *Die katholische Kirche in Armenien* (1903) 76 ss.; Kellner en *TQS* 1905, 596 ss.

[5] Véanse las noticias bíblicas en los núms. 137, 179, 269, 356 y 504.

[6] Dahlmann, *Die Thomaslegende und die ältesten historischen Beziehungen des Christentums zum fernen Osten im Lichte der indischen Altertumskunde* (Friburgo 1912); Väth, *Der hl. Thomas, der Apostel Indiens. Eine Untersuchung über den historischen Gehalt der Thomaslegende* (Aquisgrán 1918); Heck, *Hat der heilige Apostel Thomas in Indien das Evangelium gepredigt?* (Radolfzell 1911). Cfr. también *ThR* 1912, 579-582.

[7] Acerca de las elaboraciones posteriores de la leyenda de santo Tomás, cfr. Bardenhewer, *Geschichte der altchristlichen Literatur* I 400 447.

[8] Véanse las noticias bíblicas en los núms. 104, 137, 460, 612, 632, 637 y 670; acerca del Protoevangelio (apócrifo) de Santiago, cfr. página 49, nota 4; acerca de otros apócrifos de Santiago, cfr. Bardenhewer l. c. 348. [9] Cfr. núm. 104.

[10] *Gal.* 2, 9. [11] Cfr. núms. 88, 377 y 546. [12] Cfr. núm. 82.

le dió en la cabeza con un garrote hasta dejarle muerto [1]. Frente al ángulo sudeste de la muralla de la ciudad y del Templo se muestra hoy su sepulcro, cuyo vestíbulo está sostenido por dos columnas y dos medias pilastras dóricas. Siguióle en la sede de Jerusalén su hermano Simón o Simeón [2], el cual fué crucificado en tiempo de Trajano (98-117) a la edad de 120 años [3].

699. Nada de cierto se sabe del apostolado y de la muerte de **Judas Tadeo** [4]. Créese haber padecido el martirio en Beyruth (Fenicia) o en Arad. Según Hegesipo [5], los nietos de Judas Tadeo, llevados a la presencia de Diocleciano por ser descendientes del linaje de David y parientes de Cristo, fueron puestos en libertad como gente inofensiva al reparar el emperador en las manos de ellos encallecidas por el trabajo. Lo que las *Actas de Tadeo* nos cuentan del apostolado de uno de los 72 discípulos, llamado Tadeo, o Adeo, en la corte y reino del príncipe Abgar de Edesa (leyenda de Abgar), se atribuyó erróneamente más tarde el Apóstol san Judas Tadeo [6].

700. Según Nicéforo [7], **Simón** Zelotes [8] predicó el Evangelio en Egipto, en el norte de Africa y en las Islas Británicas, y acabó su vida crucificado en Suanir (Persia). Celébrase su memoria, con la de San Judas Tadeo, el 28 de octubre.

701. También acerca de **Matías** nos faltan noticias fidedignas, fuera de las bíblicas [9]. Celébrase su memoria en la Iglesia Romana el día 24 de febrero (en los años bisiestos el 25); en la Iglesia Griega, el 9 de agosto. El *Evangelio* apócrifo *de Matías,* compuesto en el siglo II por los gnósticos de Alejandría, o por lo menos en Egipto, del cual hacen mención Orígenes [10] y Eusebio [11], es probablemente la misma obra que Clemente Alejandrino cita a menudo con el título de *Tradiciones de Matías* [12].

Acerca de **Santiago el Mayor, Mateo, Lucas, Bernabé,** véase núms. 614 s.; 5-9; 14-17; 10-13; 549, 590, 602 s., y a cada paso (cfr. el índice de materias).

VI. Libros Sagrados del Nuevo Testamento

159. Escritos de los apóstoles. Origen del Canon del Nuevo Testamento [13]

702. Entre los apóstoles y sus colaboradores en la predicación del Evangelio, algunos nos han dejado obras escritas, en las cuales, movidos por especiales circunstancias e inspirados por el Espíritu Santo, consignaron para toda la Iglesia, o para alguna comunidad cristiana, o también para alguna persona particular, algo de lo que anunciaban de palabra. La Iglesia las recibió con gran veneración, las reunió en *un libro,* el *Nuevo Tes-*

[1] Josefo, *Ant.* 20, 9, 1; Hegesipo (en Eusebio, *Hist. eccl.* 2, 23).
[2] Cfr. núms. 104 y 460.
[3] Eusebio. *Hist eccl.* 3, 11 y 32. *Martyrol. Rom. 18 Febr.*
[4] Véanse las noticias bíblicas en los núms. 104 y 136.
[5] En Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 19 y 20. [6] Cfr. Bardenhewer l. c. I 453 ss.
[7] *Hist. eccl.* 2, 40 [8] Las noticias bíblicas en los núms. 104 y 137.
[9] Cfr. núm. 536. [10] *Hom. 1 in Luc.* [11] *Hist. eccl.* 3, 26.
[12] Cfr. Bardenhewer l. c. I 399 s.
[13] Detallada historia del Canon en Jacquier, *Le Nouveau Testament dans l'Eglise chrétienne* (1911). — Trabajos sucintos sobre el asunto: Dausch, *Der Kanon des Neuen Testamentes*[4] *(BZF* I, 5), Münster 1920; Heigl, *Zur Entstehungsgeschichte des Neuen Testamentes,* en *WBG* 1916, núm. 32 ss.; Nagl en *Kath* 1918 I 9 ss. Preuschen trae una colección de textos referentes a la historia antigua del Canon en *Analecta. Kürzere Texte zur Geschichte der alten Kirche und des Kanons. I: Zur Kanongeschichte*[2] (Tubinga 1910).

tamento [1], las guardó con sumo esmero y, asistida del Espíritu Santo, las preservó de todo error y falsificación a través de los siglos. A la colección de todos los libros bíblicos se dió el nombre de *Canon bíblico* (por lo menos desde el siglo IV), y a la de los escritos del *Nuevo Testamento,* el de *Canon del Nuevo Testamento.* Orígenes († hacia el 254) usa ya el adjetivo *canónico;* viene a significar lo mismo que «inspirado», y sirve para distinguir los libros sagrados de los profanos, en especial de los apócrifos.

703. Así como Jesucristo anunció el Evangelio sólo de palabra, así también la predicación oral había de ser el medio ordinario de que se sirvieran los apóstoles para propagar las verdades eternas entre todos los hombres, aun entre los pobres e ignorantes [2]. A este fin les prometió Cristo la asistencia del Espíritu Santo y les otorgó el magisterio infalible [3]. Y en efecto, durante muchos años sólo se predicó el Evangelio *oralmente,* y antes que se escribiera una sola letra de nuestro Nuevo Testamento, existían ya muchas comunidades cristianas. Pero con el tiempo, los apóstoles y los discípulos de los apóstoles de propio impulso pusieron el *arte de escribir* al servicio del Evangelio. Era muy natural que, sobre todo cuando el ministerio de los apóstoles tocaba ya a su fin, se sintiese vivamente la necesidad de poseer anotaciones escritas tocantes a los hechos y enseñanzas del Señor y de los apóstoles. De ahí nacieron los *Evangelios* y los *Hechos de los Apóstoles.* Por otra parte, las circunstancias especiales en que se encontraban las comunidades incipientes aconsejaban muchas veces la intervención por escrito de los fundadores, no pudiendo éstos siempre presidirlas y gobernarlas. De ahí nacieron las *Cartas* de los apóstoles y el *Apocalipsis.* Por donde todos los libros del Nuevo Testamento, los históricos, los didácticos y el único *libro* profético, son escritos *de circunstancias,* que presuponen la predicación oral. Mas como la palabra escrita de los apóstoles tenía el mismo contenido y servía a idéntico objeto que la predicación oral (II *Thes.* 2, 15), cosa cierta es haber sido escritas dichas obras bajo la *asistencia del Espíritu Santo* y, por tanto, *ser infalibles y estar exentas de error* (ser *inspiradas),* como inspirada era la predicación oral [4]. De donde a los escritos de los apóstoles se reconoció la misma autenticidad que a su predicación oral. Los Padres Apostólicos en el Evangelio oyen predicar a Jesús, y en las *Cartas* de los apóstoles ven a éstos continuar la obra de la evangelización; equiparan los escritos del Nuevo Testamento con la Ley y los Profetas y alegan pasajes del Nuevo Testamento con las mismas fórmulas con que citan de los libros inspirados del Antiguo Testamento («como está escrito»; «como dice la Escritura», etc.). Reconocióse, por consiguiente, en los escritos apostólicos autoridad *divina,* y *se consideró el origen apostólico de un libro como criterio externo del fondo inspirado del mismo.* Este convencimiento de la diferencia entre escritos meramente humanos por una parte y escritos inspirados por otra, convencimiento viviente en la Iglesia desde los días de los apóstoles, era la condición previa necesaria para reunir los escritos inspirados y formar de ellos una colección.

Ya en tiempo de los apóstoles comenzaron las iglesias a formar mediante cambios recíprocos una colección de escritos *apostólicos* (a semejanza de la del Antiguo Testamento). Algunas cartas, por ejemplo las de san Pedro, la de san Pablo a los Efesios, estaban *a priori* destinadas al intercambio [5]. Supuesta la comunicación que existía entre las iglesias [6] y dado el interés mismo de la cosa,

---

[1] A lo que parece, Tertuliano es el primero en llamar «Nuevo Testamento» (o *Instrumentum)* a los libros canónicos de la era cristiana reconocidos por él.

[2] Cfr. página 469, nota 7.

[3] *Matth.* 16, 18; 28, 19 s. *Ioann.* 15, 27. *Act.* 1, 8. *Ephes.* 4, 11-14. I *Tim.* 3, 15.

[4] *Ioann.* 14, 17 26; 16, 13. I *Cor.* 2, 10 13 s. *Ephes.* 3, 5. I *Petr.* 1, 12. II *Cor.* 5, 20. [5] Cfr. también *Col.* 4, 16. Cfr. núm. 714.

[6] Cfr. S. Weber, *Der Weltverkehr in der altchristlichen Kirche,* en *Magazin für volkstümliche Apologetik,* años 2 y 3.

era muy natural el empeño de las comunidades cristianas por poseer una colección, lo más completa posible, de los escritos de los apóstoles, para leerlos con los del Antiguo Testamento en las funciones litúrgicas. Cuando el autor de II *Petr.* 3, 16 habla de «todas las cartas» de san Pablo, presupone que sus lectores poseen ya una ***colección*** de ellas. Tocante a la autenticidad de un escrito que hubiera de formar parte de la colección, decidía aquella iglesia a la cual lo hubiese destinado quien lo escribió; se comprende que a la referida iglesia no le fuese difícil adquirir certeza del origen del mismo. La colección no se hizo rápidamente en todas las iglesias, sino poco a poco, y no en todas ellas abarcó los mismos escritos. Es cierto, sin embargo, que a fines del siglo I todas las iglesias poseían colecciones, pequeñas o grandes; pues desde los tiempos de los PP. Apostólicos, es decir, desde los discípulos y sucesores inmediatos de los apóstoles hasta mediados del siglo II tenemos testimonios ciertos y numerosos de que todos los escritos actuales del Nuevo Testamento eran conocidos, estaban reunidos y se usaban en la liturgia, parte en todas las iglesias, parte en algunas por lo menos, y que se los consideraba como sagrados e inspirados, a excepción de las cartas segunda y tercera de san Juan, de la segunda de san Pedro, de las de san Judas, y de la de san Pablo a Filemón. En cuanto a los cinco escritos exceptuados, el no haber de ellos testimonios en los PP. Apostólicos no es argumento de que no estuvieran en uso en ninguna iglesia; pues de aquella época tenemos obras de pocos escritores y de pocas iglesias, y los dichos cinco escritos, por la poca extensión y escaso fondo dogmático, en parte también por su carácter privado, no eran los más apropiados para servir de autoridad.

704. Si recorremos con el espíritu los grandes núcleos cristianos de Oriente y Occidente al declinar el siglo II y preguntamos por el ámbito del Canon de libros del Nuevo Testamento, o con otras palabras, acerca del número de libros inspirados del Nuevo Testamento reunidos en colección, obtendremos las siguientes respuestas de testigos autorizados:

1. En la Iglesia *de Roma,* la *Itala,* o sea, la versión latina de mediados del siglo II, trae los veintisiete libros del Nuevo Testamento. El *Canon de Muratori,* que algunos sabios atribuyen a la Iglesia africana y no a la romana (véase página 24), cita todos los libros, a excepción de la Carta a los Hebreos, las dos de san Pedro [1] y la de Santiago. Justino (hacia el año 150) da testimonio de todos ellos, a excepción de la Carta a Filemón, la Carta de san Judas, y la segunda y tercera de san Juan.

2. En la *Iglesia africana* tenemos el testimonio de Tertuliano, que cita todos los libros, a excepción de la Carta de Santiago, la segunda de san Pedro y la segunda y tercera de san Juan; la Carta a los Hebreos la atribuye a Bernabé. San Cipriano coincide con Tertuliano, sólo que no cita la Carta a los Hebreos.

---

[1] Tocante a la falta de mención de las dos *Cartas de san Pedro* en el texto del *Fragmento Muratoriano,* tal como ha llegado a nosotros, emite Hundhausen *(Das erste Pontifikalschreiben,* etc., pág. 96, nota 2) la siguiente verosímil hipótesis: el *Fragmento* nombraba las (susodichas) cartas a continuación del Evangelio que san Marcos escribiera en calidad de discípulo de san Pedro. El documento, en efecto, comienza con estas palabras: *Quibus tamen interfuit et ita posuit. Tercio (tertium) evangelii librum secundum Lucam;* y después de una breve noticia acerca de Lucas y su Evangelio, prosigue: *Quarti (quartum) evangeliorum Ioannis.* «Es evidente que se trata aquí de los Evangelios; y como el de san Lucas se clasifica en tercer lugar, y en cuarto el de san Juan, es claro que en la laguna que precede se hablaba del segundo Evangelio, del de san Marcos. Ahora bien, constándonos por testimonios históricos eclesiásticos antiguos que Marcos, discípulo y compañero de san Pedro, escribió su Evangelio al tenor de los discursos que el Príncipe de los apóstoles pronunciaba en Roma, llegamos a alcanzar claramente y sin dificultad el sentido de las palabras: *Quibus interfuit et ita posuit.* El sujeto de la oración es Marcos, y *quibus* se refiere a los discursos de Pedro, a los cuales asistió Marcos y a cuyo tenor compuso el Evangelio. Pero hablándose de Pedro en la dicha laguna, parece muy verosímil que se hiciese asimismo mención de la carta..., así como al hablar del Evangelio de san Juan lo hace también de sus *epistolae*».

3. En *Galia* atestigua san Justino († 202), discípulo de Policarpo y de Papías, todos los escritos del Canon del Nuevo Testamento, a excepción de la Carta a Filemón, de la de san Judas y de la tercera de san Juan.

4. En *Egipto* atestigua Clemente Alejandrino todos los escritos, a excepción de la Carta de Santiago, la segunda de san Pedro y la tercera de san Juan; Orígenes utilizó los 27 libros y dió una lista completa.

5. De la Iglesia *griega oriental* tenemos el testimonio de códices griegos antiquísimos, todavía existentes, los cuales están copiados de otros aun más antiguos, probablemente del siglo II. Dichos manuscritos contienen todos los libros del Canon Tridentino.

6. La versión *siríaca*, la *Pesitto,* comprendía los libros de nuestro Canon, a excepción de la Carta de Judas, de la segunda de Pedro, de la segunda y tercera de san Juan y del Apocalipsis; sabido es que, según recientes estudios, esta versión no se remonta más allá del siglo IV (véase también pág. 5).

Resumiendo cuanto llevamos dicho, *resulta* lo siguiente: al declinar el siglo II estaban en uso y gozaban de autoridad canónica en la Iglesia los cuatro Evangelios, trece cartas de san Pablo, los Hechos de los Apóstoles, el Apocalipsis, la primera Carta de san Pedro y la primera de san Juan. Las cartas restantes: segunda de san Pedro, segunda y tercera de san Juan, la de san Judas, la de Santiago, y la *ad Hebraeos,* se conocían y consideraban como canónicas por lo menos en algunas iglesias. Pero se explica que estos últimos libros no se hubieran propagado por todas las iglesias ni admitido por todos: la escasa amplitud y el poco fondo dogmático de unos, el carácter privado de otros, lo difícil de los tiempos en que nacieron algunos de ellos y la cautela de las autoridades eclesiásticas de algunas comarcas, a las cuales no constaba suficientemente la apostolicidad de este o aquel escrito, cautela muy justificada, dado el interés de los herejes por introducir escritos apócrifos. La Iglesia poseía, por consiguiente, al declinar el siglo II, y aun podríamos decir que a mediados del mismo, *un Nuevo Testamento,* es decir, una colección de Escrituras, las cuales, como herencia valiosísima y monumento elocuentísimo del tiempo apostólico, como obra genuina de los apóstoles y de sus colaboradores, se leían en los oficios litúrgicos con la Ley y los Profetas, eran el fundamento de la predicación y de la enseñanza de los fieles y se consideraban como documentos infalibles de la divina Revelación, no de otra suerte que los demás libros del Antiguo Testamento [1].

705. Un Padre de la Iglesia, *Eusebio, obispo de Cesarea de Palestina* († 339), trató de estudiar científica y críticamente la respuesta de los tres primeros siglos a la cuestión de la *amplitud del Canon,* es decir: qué escritos hayan de considerarse apostólicos, inspirados o canónicos; en su *Historia Eclesiástica* [2] nos dejó los resultados de su investigación. Distingue el ilustre obispo dos clases de escritos: 1. *Homologoumena,* es decir, aquéllos que desde el principio hasta su tiempo fueron unánimemente reconocidos como inspirados. 2. *Antilegoumena,* es decir, aquéllos que no fueron unánimemente reconocidos. Divide luego estos últimos en dos categorías: *a)* los «conocidos por los más», es decir, tan generalmente admitidos ya en su tiempo, que no se tenían en consideración ciertos juicios particulares discrepantes; *b)* los «espúreos», es decir, aquéllos que, según la tradición, en tiempos pretéritos fueron tenidos por sagrados, pero que ya en su época no eran considerados como tales, o por lo menos no lo eran unánimemente (por ejemplo, el Pastor de Hermas). Entre los antilegoumena de la primera categoría están la Carta de Santiago, la de san Judas, la segunda de san Pedro y la tercera de san Juan, en total cinco cartas apostólicas. Todos los demás libros del Nuevo Testamento pertenecen a los *homologoumena.* Sólo vacila Eusebio en lo tocante al Apocalipsis de san Juan; porque, si atiende

[1] Cfr. Zahn, *Geschichte des ntl Kanon* I 429 s.

[2] *Hist. eccl.* 3, 25. Acerca de Eusebio, véase A. Bigelmair, *Zur Theologie des Eusebius von Cäsarea,* en *Festschrift G. v. Hertling dargebracht* (Kempten 1913).

a la tradición eclesiástica hasta mediados del siglo III, como historiador no puede menos de contarlo entre los homologoumena, por haber sido universalmente reconocido hasta dicha fecha; pero si considera que a mediados del siglo III Dionisio de Alejandría y con él algunas iglesias orientales dudaron de la autenticidad del Apocalipsis, porque los milenaristas apoyaban su error en dicho libro [1], Eusebio, como crítico, señala al Apocalipsis un puesto entre los antilegoumena de la segunda categoría.

706. Mientras que en Oriente fué todavía algún tiempo objeto de investigación teológica e histórica la canonicidad de cada uno de los escritos, en Occidente se fijó el Canon con toda precisión desde el siglo IV en algunos Concilios provinciales (en el de Hipona del 393, en el I de Cartago del 397 y en el II del 419), con el fin, sobre todo, de apartar del uso eclesiástico los libros apócrifos y heréticos. Con las decisiones de estos Concilios vino a coincidir la del papa Inocencio I, del 20 de febrero del año 405, respondiendo a la consulta de Exuperio, obispo de Tolosa de Francia. El *Decreto Gelasiano* [2] enumera en la segunda parte los veintisiete libros canónicos del Nuevo Testamento y da unos 60 títulos de apócrifos y otras obras reprobables. Probabilísimamente este canon se fijó por primera vez en el Sínodo Romano celebrado bajo el papa Dámaso I (382), en el cual se hallaba presente san Jerónimo, y luego fué ampliado con la lista de apócrifos en tiempo de los papas Gelasio (492-496) y Hormisdas (504 523) [3]. En conformidad con la *tradición eclesiástica de la antigüedad cristiana,* el papa Eugenio IV en 1441 con la aprobación del Concilio de Florencia, y luego el *Concilio Tridentino* (1545-1563), declararon que los veintisiete libros de nuestra colección «íntegros, con todas sus partes, en la forma como solían leerse en la Iglesia Católica y se contienen en la antigua *Vulgata*» en la época del Concilio, deben tenerse «por sagrados y canónicos» (es decir, inspirados). El *Concilio Vaticano* (1869-1870) renovó la decisión del Tridentino [4].

---

[1] Cfr. núm. 725. [2] Núm. 433.
[3] Cfr. A. Schäfer-Meinertz, *Einl.*[3] 402.
[4] Acerca del ámbito del Canon bíblico, sólo el magisterio eclesiástico, apoyado en la tradición apostólica, puede dictaminar con certeza infalible y con seguridad, en virtud de la asistencia del Espíritu Santo. Los reformadores, que rechazaron la autoridad y la tradición de la Iglesia, lo mismo que los teólogos protestantes positivos, carecen de norma y regla segura para establecer el Canon; pues ni la «ciencia» ni «el santo espíritu de Dios que vive en la comunidad» pueden dar seguridad sobre la canonicidad de un libro. — La escuela crítica moderna protestante liberal no reconoce libros sagrados inspirados, sino sólo literatura cristiana primitiva *(urchristliche Literaturwerke).* El Canon nació por imposición de los obispos del siglo II. Pero los Padres dicen cosa muy distinta; según Ireneo, el Nuevo Testamento es el *patrimonio heredado de la época apostólica.* El Canon no puede ser fruto de una acción de los obispos de las iglesias principales. Porque si los obispos de las principales iglesias hubiesen obrado *independientemente* unos de otros, no se explicaría la coincidencia esencial en todos los territorios eclesiásticos, de no admitirse que los libros del Nuevo Testamento fueron transmitidos a los obispos como escritos inspirados y apostólicos. Y si los obispos de las iglesias principales obraron *de común acuerdo,* entonces habría que explicar las divergencias en lo tocante al ámbito del Canon. Para separar los libros inspirados y reunirlos en una colección, a la cual Tertuliano dió el primero, a lo que parece, el nombre de *Novum Testamentum,* basta suponer existente desde la época apostólica el vivo convencimiento de la distinción entre libros meramente humanos y libros inspirados. Cierto que también los obispos contribuyeron a la formación del Canon. Como depositarios del magisterio eclesiástico, cuya suprema misión consiste en la guarda del tesoro de la fe, debían ellos vigilar cuáles fuesen los libros transmitidos como documentos auténticos inspirados. Mas con ello nada nuevo crearon, sino se limitaron a manifestar un convencimiento anteriormente existente; su autoridad, la autoridad de la Iglesia por consiguiente, ha guardado y asegurado la autoridad original de los escritos apostólicos. —También los herejes, a su manera, contribuyeron a la formación del Canon, estimulando y activando, en cuanto que la Iglesia se veía precisada a garantizar la integridad y autoridad del patrimonio escrito de los apóstoles frente a las herejías. Ellos, por consiguiente, hicieron que lo que ya antes era práctica, quedase también teóricamente

Los veintisiete libros del Nuevo Testamento son los siguientes:

I. Los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles.

II. Las catorce Cartas de san Pablo.

III. Las siete Cartas Católicas.

IV. El Apocalipsis de san Juan.

De los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles hemos hablado en núms. 2-37 y 529-535. Pasemos a tratar de los otros grupos.

II. **Las catorce Cartas de san Pablo**[3]. En el Canon están dispuestas atendiendo a la extensión de las mismas, precediendo las generales a las que van dirigidas a personas particulares. Nosotros las ordenamos según el orden de la época probable en que se compusieron.

---

garantizado (cfr. al caso en especial los excelentes artículos de Heigl citados en la página 513, nota 13). — Es de sumo interés obervar la lucha de la teología protestante positiva con la teología crítica liberal en la cuestión que tratamos. Dobschütz, representante de la tendencia crítica moderna, plantea la cuestión en estos términos: «Zahn (representante de la teología protestante positiva) insiste en que los Padres de la Iglesia, por los años de 170 al 220, ni siquiera dejan entrever la sospecha de que la cosa fuese antes de otra manera que en su tiempo, que por ende no se puede considerar el Canon del Nuevo Testamento como cosa nacida en su tiempo; el Canon existía ya en la adolescencia de aquellos hombres, hacia el 140; más aun, se remonta hasta el tiempo de los apóstoles. No ha habido momento en la Iglesia cristiana sin Nuevo Testamento. Ya sé que produce impresión el siguiente argumento: muéstresenos la introducción del Nuevo Testamento en toda la Iglesia cristiana, de lo cual no hay documento determinado alguno. Mas yo replico: muéstresenos la introducción del episcopado monárquico, de todo el sistema del Catolicismo. También en este punto callan las fuentes. Es un enigma, pero ello es así. Quien postule para el Canon del Nuevo Testamento un desarrollo continuo desde los días de los apóstoles, debe admitir otro semejante para el episcopado y para lo que se relaciona con las ideas de sacerdote y sacrificio» (*Probleme des Apostolischen Zeitalters* [Leipzig 1904] 115). Zahn tiene razón cuando sostiene el desarrollo no interrumpido del Canon del Nuevo Testamento desde los tiempos de los apóstoles; pero también la tiene Dobschütz al decir que quien lo admita, debe asimismo admitir un desarrollo análogo en lo tocante al episcopado, al sacerdocio, al sacrificio y a todo el sistema del Catolicismo. El único punto de vista consecuente y científico es el católico, desde el cual se resuelve también el «enigma» de Dobschütz. Pero no se quiere admitir la solución, porque se parte de que la Iglesia es necesariamente una institución natural.

[3] Véase en la página 427, nota 2 y en la página 459, nota 1 la literatura referente a san Pablo. Para círculo más amplio de lectores son recomendables Terwelp, *Die Reden und Briefe der Apostel mit Einschluss der Apokalypse in deutscher Nachbildung und Erläuterung*[2] (Bonn 1912); Plell, *Des hl. Paulus Charakterbild auf dem Goldgrund des Galaterbriefes*, en *PB* XXX 56; Bartmann, *Paulus als Seelsorger* (Paderborn 1920); Cladder, *Paulus als Seelsorger von Korinth*, en *Chrysologus* 59 (1918-19 761 ss. — Wortlitscheck, *Paulus als Prediger*, en *KK* 1920, 169; Cladder, *Paulus als Redner*, en *Chhrysologus* 59 (1918-19 831 ss.; K. Pieper, *Die missionarische Persönlichkeit des Weltapostels*, en *ZM* XI 193; el mismo, *Die Missionspredigt des hl. Paulus* (Paderborn 1921; el mismo, *Kerygma des hl. Paulus*, en *KK* 1918, 223 ss.; Meinertz, *Mystik und Mission bei Paulus*, en *ZM* XII 1; Wortlitscheck, *Paulus und die moderne Seele*[2] (Friburgo 1922); Kurze, *Paulus als Cristusprediger für moderne Menschen* (*Ntl Predigten*, fascículos 4 y 5. Paderborn 1920). — Scherer, *Der Wölkerarpostel Paulus und seine Bedeutung für die christliche Erziehung* (Ratisbona 1917). — Acerca de san Pablo como escritor, véase A. Steinmann en *ThG* 1917, 592; el mismo, *Allgemeine literarhistorische Einleitung zu den paulinischen Brefen*, en su comentario: *Die Briefe an die Tessalonicher und Galater*[3] (Bonn 1923). — Acerca de la *teología* de san Pablo, véase Simar, *Theologie des hl. Paulus*[2] (1883) y en especial la excelente obra de F. Prat, *La théologie de Saint Paul*[6] (2 tomos, París 1924); también Toussaint, *Epîtres de Saint Paul. Leçons d'exégèse* (París 1910); K. Benz, *Die Ehik des Apostels Paulus* (*BSt* XVII, 3 y 4, Friburgo 1912); Bartmann, *Paulus. Die Grundzüge seiner Lehre und die moderne Religinosgeschichte* (Paderborn 1914); Tillmann, *Die Frömmigkeit des Herrn und seines Apostels Paulus* (Düsseldorf 1912). — Puntos doctrinales importantes tratan: Bertrams, *Das Wesen des Geiste nach der Anschauung des Apostels Paulus* (*Ntl Abh.* IV, 4. Münster 1914); Reinhard, *Das Wirken des Heiligen Geistes in Menschn* (Friburgo 1918); Kurze, *Der Engels- und Teufelsglaube des Apostels* (Friburgo 1915); Tischleder, *Wesen und Stellung der Frau nach Lehre des hl. Paulus* (*Ntl Abh.* X, 3 y 4. Münster 1923); Vogtland, *Die Paulinische Lehre von den theologischen Tugenden*, en *Kath* 1917 I 315, II 1 ss.; Schauf, *Die Lehre des hl. Paulus von der Auferstehung im Rahmen seiner physich-mystischen Erlösungsworstellung*, en *ThG* 1922, 65 ss. — *Comentarios* católicos modernos a todas las cartas: Bisping (Münster 1860); Cornely y Knabenbauer, *Cursus Scripturae Sacrae* (París 1860 ss.). Asimismo en *Bonne Bibel*, de diversos autores. También Van Steenkiste (Brujas 1899).

707 a. **Primera Carta a los Tesalonicenses** [1], escrita a fines del 52, medio año después de la fundación de aquella iglesia [2]. Inquieto san Pablo por el estado de Tesalónica, que hubo de abandonar a causa de la sedición de los judíos, envió allí a Timoteo [3]. Entretanto él fué a Corinto. Vino aquí Timoteo y dió cuenta al Apóstol del celo de la mayoría de la comunidad; a pesar de la enemiga de judíos y paganos [4], la comunidad perseveraba en la fe y era «el modelo de los creyentes de Macedonia y de Acaya» [5]; el Apóstol puede llamarlos su «honra» y su «alegría» [6]. Pero Timoteo le informó también de otras cosas: de la holgazanería, deshonestidad, sensualidad y doblez [7] de algunos miembros, y de ciertas ideas erróneas que corrían en la comunidad acerca de la segunda venida de Cristo y de la resurrección de los muertos. El Apóstol escribió inmediatamente *la primera Carta* a los Tesalonicenses, dándoles las oportunas instrucciones y advertencias. La carta tiene escaso fondo teológico (segunda venida de Jesucristo, resurrección de los muertos), pues por entonces no se discutían en la iglesia de Tesalónica puntos doctrinales. Sin embargo, casi en cada línea se echa de ver la ternura y solicitud del pastor de almas y del prudente guía espiritual. Véase, por ejemplo, 2, 7 8 11.

Después del *saludo* [8], alaba el Apóstol en la *introducción* (1, 2-10) la fe inquebrantable, abnegada y ejemplar, la esperanza y la caridad de los tesalonicenses; muéstranse en ello fruto genuino del Espíritu Santo. Trata luego (2, 1-3, 13) de *consolar* a la comunidad duramente oprimida y de *reanimar* el espíritu de los que están decaídos por las calumnias que judíos y paganos propalaban acerca de los mensajeros de la fe; para ello les representa con cierto tinte *apologético* la labor desinteresada, espinosa y abnegada que él mismo y sus compañeros han realizado para fundar la comunidad (2, 1 12), les muestra el ejemplo de las iglesias cristianas de Judea, perseguidas por sus mismos compatriotas (2, 13-16), y les declara el grande amor que les tiene, amor que le hace desear vivamente volver a ellos y acordarse continuamente de ellos en sus oraciones (2, 17-3, 13) [9]. Exhórtales a subsanar las deficiencias de sus conocimienntos de la religión y a corregirse de ciertos defectos morales (4, 1-12). Han de evitar ante todo la deshonestidad y la doblez (4, 3-8) y llevar una vida pacífica y laboriosa (4, 9-12). Les *tranquiliza* en lo tocante a las muertes ocurridas en la comunidad. No debe darles cuidado la suerte de los que mueren antes de la *segunda venida o Parusía de Jesús;* pues éstos han

---

[1] *Comentarios* católicos modernos a I *Thess.*; Rhöm (1885); Páneck (*Comm.* 1886); A. Schäfer (1890); Johanenes (1898); Gutjahr ([2]1912); Knabenbauer (1913); A. Steinmann ([3]1923). A II *Thess.*: A. Schäfer (1890); Gutjahr ([2]1912); A. Steimann ([3]1923). En plan homilético: Bögger, *Paulus und die Christen von Thessalonich* (Paderborn 1918).

[2] Cfr. númm. 645 s.; I *Thess.* 3, 1 6.

[3] I *Thess.* 3, 1 ss.; cfr. *Act.* 18, 5.

[4] 1, 6; 3, 3 s.

[5] 1, 7; 4, 9 ss.

[6] 2, 20.

[7] 4, 3 ss.

[8] No es del todo acertado llamar *dirección (Adresse)* al saludo con que abre el Apóstol la carta; la dirección, mucho más breve, estaba en la cara exterior, o en el envoltorio de la carta. La forma típica del saludo en el estilo epistolar antiguo, como se echa de ver en innumerables cartas egipcias escritas en papiro, es la siguiente: X saluda a Y. En Pablo la fórmula se amplía con adiciones características y es bastante variada.

[9] Precisamente en esta perícope echamos de ver al fiel pastor y experto guía de almas; trata de hallar los puntos flacos y de ponerles remedio. Se echa de ver cómo en la carta vibra «la congoja de los meses transcurridos» y «la inquietud por el porvenir de la comunidad»; «la expresión no estudiada de su estado de ánimo era el medio más idóneo para robustecer a la comunidad en el bien comenzado y prevenir los futuros peligros» (Zahn, *Einl.* I[3] 157). — Esta perícope es un hermoso testimonio de que el Apóstol sabía muy bien observarse y caracterizarse a sí mismo.

la *segunda venida o Parusía de Jesús;* pues éstos han de *resucitar*, y con los que vivimos saldrán a esperar la segunda venida del Señor. Dice así:

«Tocante a los difuntos, no queremos, hermanos, dejaros en la ignorancia (acerca de la suerte que les espera cuando el Señor vuelva glorioso para consumar el reino de Dios), a fin de que no os pongáis (tan loca y desordenadamente) tristes (por la muerte que ha sobrevenido a algunos de los vuestros desde la fundación de la comunidad), del modo que (suelen) los demás (hombres) que no tienen esperanza (como todos aquéllos a quienes todavía no alumbra la luz del Evangelio con su doctrina consoladora de la resurrección y glorificación de la vida eterna. No; vuestro duelo ha de ser moderado y resignado). Porque si creemos que Jesús murió y (por la virtud de Dios) resucitó, también Dios (el día de su venida) llevará a sí a los muertos (—de ello estamos igualmente convencidos por la fe—) por (mediación del resucitado) Jesús juntamente con él (de suerte que se unirán con Jesús para vivir por siempre en su compañía, no de otra suerte que quienes entonces estuvieren todavía en vida. Esta idea consoladora descansa en la doctrina misma del Señor). Pues os decimos esto como la palabra del Señor [1]: nosotros, los que vivimos, los que quedaremos hasta la venida del Señor, no ganaremos por la mano a los que murieron (los fieles que estuvieren en vida el día de la venida de Jesús no tendrán ventaja ninguna sobre los que hasta entonces hubieren muerto). Por cuanto el mismo Señor (que resucitó de entre los muertos y subió a los cielos) descenderá del cielo al llamamiento, a la voz del Arcángel y de la trompeta (cuando se oiga el llamamiento, y la voz del Arcángel [Miguel] anuncie la venida del Señor y la consumación de las cosas, y el sonido de la trompeta congregue al tribunal de Dios a todos los hombres de los cabos de la tierra), y los difuntos que hayan (muerto unidos) con Cristo, serán primero resucitados. Entonces nosotros, los que (el día de la venida de Cristo) estemos en vida, los que hubiéremos quedado, seremos con ellos en las nubes arrebatados a los aires al encuentro de Cristo, y así estaremos con el Señor eternamente (para permanecer en íntima unión con él y participar de su bienaventuranza). *Consolaos, pues, los unos a los otros con estas verdades*» [2] (4, 13-18).

El día de la venida de Cristo es incierto y sucederá de improviso. De ahí que sea preciso estar en vela (5, 1-11). Exhorta luego el Apóstol al buen comportamiento para con los superiores (5, 12 s.), para con el prójimo (5, 14 s.) y para con Dios (5, 16-18), y al aprovechamiento de la gracia (5, 19-22); y, para terminar, ruega por los tesalonicenses y encarga que su carta sea leída a toda la comunidad [3] (5, 23-28).

He aquí el Decreto de la Comisión Bíblica del 18 de junio de 1915 acerca de la Parusía de Jesucristo, tal como se desprende de las cartas del Apóstol san Pablo:

I. Para resolver las dificultades que se presentan en las epístolas de san Pablo y de otros apóstoles, donde se trata de la Parusía, como la llaman, o sea de la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo, ¿está permitido al exegeta católico afirmar que los apóstoles, aunque merced a la inspiración del Espíritu Santo ningún error enseñen, expresaron, sin embargo, su humano sentir, en lo cual puede caber algún error o engaño? *Resp.:* Negativamente.

II. Considerada la verdadera noción del oficio apostólico y la indudable fidelidad de san Pablo a la doctrina del Maestro y también el dogma católico de la inspiración e inerrancia de las Sagradas Escrituras, según el cual todo cuanto el hagiógrafo afirma,

---

[1] Los Padres pensaron particularmente en *Matth.* 24, 31; acaso van aquí reunidos varios lugares de los Evangelios según el sentido; quizá lo dice el Apóstol de las gentes por divina revelación.

[2] Las ideas aquí expresadas por el Apóstol se completan con lo que dice en I *Cor.* 15, 51 ss. acerca de la transformación y transfiguración corporal, y en I *Cor.* 15, 42 ss. acerca de la manera como se ha de efectuar.

[3] La *autenticidad de la primera Carta a los Tesalonicenses* no necesita demostrarse; hoy en día es reconocida aun por la escuela «crítica».

enuncia, insinúa, se debe mantener como afirmado, enunciado e insinuado por el Espíritu Santo; pesados asimismo los textos de las epístolas del Apóstol, en sí mismas consideradas, conformes en un todo con el modo de hablar del mismo Señor, ¿es neceserio afirmar que el Apóstol no dijo nada en sus escritos que no esté conforme perfectamente con aquella ignorancia del tiempo de la Parusia, ignorancia que el mismo Cristo proclamó propia de los hombres? *Resp.*: Afirmativamente.

III. Considerada la locución griega ἡμεῖς οἱ ζῶντες οἱ περιλειπόμενοι (nosotros los que vivimos, los que quedamos), examinada la exposición de los Padres, de san Juan Crisóstomo en primer lugar, versadísimo en su idioma patrio (el griego), como también en las Epístolas de san Pablo, ¿es lícito desechar como traída de lejos y destituída de sólido fundamento la interpretación tradicional de I *Thess.* 4, 15-17, defendida en las escuelas católicas y mantenida hasta por los innovadores del siglo XVI, según la cual no se afirma estar tan próxima la Parusia, que el Apóstol a sí mismo y a sus lectores incluya entre aquellos fieles que sobreviviendo han de ir al encuentro de Cristo? *Resp.*: Negativamente.

La opinión tradicional mencionada en la tercera pregunta es la siguiente: Pablo, sin querer sentenciar nada acerca de la época de la Parusia, divide en dos clases todos los fieles que han de entrar en posesión de la bienaventuranza: los ya difuntos, y los supervivientes en el día de la Parusia, respetados por la muerte. Sin parar la atención en otra cosa sino en la *posibilidad* de vivir aquel día con los tesalonicenses, habla el Apóstol de «nosotros, los que estemos en vida», considerando que los fieles de todos los tiempos forman *una sola* comunidad, y que aquel día, sólo de Dios conocido y a todas las criaturas escondido, lo había de presenciar alguna generación, quizá la suya. Para el fin didáctico que el Apóstol se propone, le conviene ponerse en la situación de los que hayan de vivir el día de la Parusia.—Véase en *ThR* 1909, 305 ss. razones dignas de consideración en contra de Tillmann, *Die Wiederkunft Christi nach den paulinischen Briefen* (1909). Acerca del decreto de la Comisión Bíblica, véase *ZKTh* 1916, 167 ss.; *ThpMS* XXVI 452.

707 b. El efecto de la primera carta sólo a medias satisfizo al Apóstol. Le habían dicho — no dice quién, sino escribe: «hemos oído» (3, 11) — que en Tesalónica se consideraba inminente la Parusia del Señor; corría una carta supuesta del Apóstol que lo confirmaba. Algunos, creyendo inminente el fin del mundo, se habían vuelto negligentes en su profesión (3, 6 11). Por eso escribió san Pablo **la segunda Carta a los Tesalonicenses,** en la cual les comunicó las aclaraciones necesarias y les dió avisos apremiantes para la virtud. Esta carta alude a la primera (2, 15), a la que muy luego siguió (a principios del 53); pues Silas y Timoteo estaban todavía con el Apóstol, y ni la actitud de éste ni la de los tesalonicenses habían cambiado esencialmente. Ambas cartas son muy semejantes en el fondo y en la forma; pero la segunda es de tonos más severos.

Al *saludo* (1, 1 s.) sigue una *acción de gracias* a Dios por la firme y fiel perseverancia de la comunidad en la fe y en la caridad, que Dios sabrá recompensar a su debido tiempo (1, 3-12). En 2, 1-12 da el Apóstol instrucciones más concretas y ataja a los que creen próximo el día del Señor. Antes de la Parusia han de venir la *gran apostasía* y *el hombre del pecado, el hijo de la perdición,* el Anticristo[1]; «el misterio de iniquidad» está ya obrando, manifiéstanse la maldad y la impiedad; pero hay un poder (¿físico o moral?) y un personaje que detienen al «hijo de la perdición». Los lectores de la carta habían oído a Pablo quién fuese este impedimento (2, 5); mas para nosotros la cosa queda oscura. Cuando sea removido el «impedimento», y no antes, se dejará ver aquel «perverso»; no está claro que se haya de mostrar inmediatamente, o bien algo después; mas cuando se manifieste, aparecerá también Jesucristo y le vencerá. No sabemos qué intervalo de tiempo separa estos tres acontecimientos entre sí ni cuándo hayan de comenzar; sólo sabemos el orden en que se han de suceder: apartamiento del poder y del personaje que detienen al «hijo de la perdición»—venida del Anticristo—Parusia. Dice así el Apóstol:

«No os dejéis seducir de nadie en ninguna manera; porque (todavía no puede venir el día del Señor), si antes no viniere la *apostasía,* y no se mani-

[1] Cfr. también Pohle, *Dogmatik* III[4] 708 ss.

festare el *hombre del pecado* (un personaje humano, totalmente entregado al pecado, la personificación del pecado en cierto modo, el Anticristo [I *Ioann.* 2, 18; 4, 3]), el hijo de la perdición, el cual (frívolo despreciador de todo culto religioso, con ilimitado orgullo) se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es objeto de santa adoración; (y a tanto llega en su maldad), que pone su asiento en el templo de Dios (erigiendo su trono en los templos de la cristiandad) y se presenta como Dios. ¿No os acordáis que cuando estaba todavía entre vosotros os decía estas cosas (no como opinión mía propia, sino como doctrina evangélica)? También sabéis (por habérmelo oído explicar) cuál sea *el poder* que ahora *todavía detiene* (la apostasía y la manifestación del hombre del pecado, y a la verdad), para que él (el Anticristo, no) se manifieste (hasta que) a su tiempo (Dios se lo permita). Pues el misterio de la impiedad (el odio a Dios y a Cristo, *mysterium impietatis)* está ya (ciertamente) obrando; sólo que *la persona que detiene* se opone todavía (a la encarnación de la impiedad en el hombre del pecado), hasta que (dicha persona) sea quitada. Entonces (cuando el que detiene ya no detenga), se dejará ver aquel perverso. Pero el Señor Jesús le quitará de en medio con (sólo) el resuello de su boca y le destruirá con el *resplandor de su venida* (al primer destello de su divina majestad). La venida (y la actuación) del inicuo será obra de Satanás (será dirigida y determinada por el poder de Satanás, y se manifestará) con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos y con todas las ilusiones de la iniquidad (con toda suerte de seducciones y engaños que inspira la abyección y a que conduce la iniquidad; sin embargo, todos estos prodigios del Anticristo sólo surtirán efecto) para aquellos que se han de perder, por no haber recibido y amado la verdad en orden a la salvación. Por eso (para poner de manifiesto su falta de amor a la verdad y su propensión a la mentira y a la iniquidad), Dios permitirá que obre en ellos el engaño, con que crean la mentira, para que sean juzgados todos los que no creyeron a la verdad, sino se deleitaron en la mentira y en la iniquidad» (2, 3-12).

Por lo que es preciso mantenerse en la doctrina cristiana; pues Dios es fiel (2, 13 3, 5). Ante todo se han de guardar de la vida desarreglada y de la holgazanería. Así como en general los griegos hacían poco caso del trabajo, así también los tesalonicenses, algunos sobre todo, consideraban el trabajo como recurso de extrema necesidad; frente a este pensar establece el Apóstol el valor dignificante del trabajo: «Quien no quiere trabajar, tampoco coma» (3, 6-16). La carta termina con un saludo escrito de su puño, «signo (de autenticidad) en cada una de sus cartas», y con la bendición [1].

[1] Los testimonios *externos* de la segunda *Carta a los Tesalonicenses* llegan hasta la más remota antigüedad cristiana; la Didake, Policarpo y Justino la utilizan; Ireneo, Clemente Alejandrino, Tertuliano, el *Fragmento de Muratori,* la *Itala,* la *Pesitto,* el mismo hereje Marción, dan testimonio directo de ella. Sin embargo, los protestantes ponen en duda o niegan la autenticidad por razones *internas.* He aquí sus argumentos: 1. La carta es una ampliación de la primera y, por ende, invención de un falsario. Con fino sarcasmo observa a este propósito el sabio investigador Godet (*Einl.* I 102): «Apenas la crítica encuentra cierta analogía entre dos escritos de Pablo, ve en uno de ellos una imitación del otro, hecha por un embustero; pero si descubre diferencias, en ello ve una contradicción. De donde habría que concluir que el auténtico Pablo no pudo escribir sino una sola carta; de escribir dos, la segunda debería ser repetida de la primera o distinta de ella; y en ambos casos resulta sospechoso». 2. Según la *primera* carta, se objeta, el día del Señor ha de llegar inopinadamente (5, 2); según la *segunda,* le ha de preceder una serie de señales, y sobre todo el hombre del pecado (2, 3 ss.). Esta objeción es tan poco sólida como la que sobre el mismo asunto se hace a los discursos en que el Señor, hablando de los signos que han de preceder su venida, exhorta, sin embargo, a la vigilancia por lo inesperado de la hora (núm. 319 ss.). 3. Nada de extraño tienen las reminiscencias de *Apoc.* 13, 1-10 y 17, 8-11, donde se pinta al Anticristo como la bestia que sale del mar, y con *Apoc.* 19, 19 ss., donde se describe la victoria de Jesús sobre el Anticristo; pues Pablo y Juan tuvieron en este punto la misma fuente de información: la revelación de Cristo. 4. Del estilo y del léxico de la carta se han sacado objeciones de índole puramente

La *importancia* general de la *Carta a los Tesalonicenses* está, sobre todo, en la doctrina de las postrimerías (Anticristo; Parusia; resurrección de los muertos).

708. He aquí el motivo de la **Carta a los Gálatas**[1], escrita a fines del año 54: san Pablo había visitado Galacia en el segundo y en el tercer viaje (*Act.* 16, 6; 18, 23). Mas luego de separarse de los gálatas la segunda vez, supo que de Jerusalén habían ido doctores judaizantes que sembraban la confusión entre los cristianos de Galacia. Les decían que los primeros apóstoles fueron observantes de la Ley. Comparado con ellos, nada significa Pablo como apóstol; el valor de su Evangelio debe apreciarse por el Evangelio de los primeros apóstoles; mas el del Apóstol de las gentes no concuerda con el de éstos, que nada dice tocante a la cesación de la Ley. Afirmaban también que la doctrina de Pablo acerca de la libertad respecto a la Ley no estaba en armonía con su conducta (*Gal.* 15, 11; *Act.* 16, 3). Tampoco estaba conforme la doctrina de san Pablo con la divina revelación manifestada en la Alianza con Abraham y en la Ley promulgada en el Sinaí. Finalmente, si se abandona la Ley, toda la moral queda vacilante. Si, pues, Pablo predica la libertad respecto a la Ley, se aco-

---

subjetiva.—Véase Wrzol, *Die Echtheit des zweiten Thessalonicherbriefes* (*BSt* XIX, 4, Friburgo 1916).

[1] Más detalles acerca de *Galacia* en el núm. 642. A propósito de la *dirección* de la *Carta a los Gálatas* se ha entablado un debate entre los críticos. Hasta hace un siglo se reconocía generalmente, y hoy lo admiten los más de los sabios, que la carta iba dirigida a las iglesias del *país* de Galacia (país de los gálatas, es decir, celtas; cfr. especialmente núm. 612), región septentrional de la *provincia romana* de Galacia (teoría de la Galacia septentrional). Desde Mynster (1925) se viene propugnando, especialmente en época reciente por Ramsay y V. Weber, la opinión de haberse escrito la carta para las iglesias fundadas en el primer viaje apostólico de san Pablo (Antioquía de Pisidia, Derbe, Listra, Iconio), situadas en la región meridional de la *provincia romana* de Galacia, habitada, no por celtas, sino por griegos jónicos (teoría de la Galacia meridional). Otrós, por fin, opinan (Cornely, Jacquier) que la carta tuvo lectores al norte y al sur, es decir, en toda la *provincia* de Galacia. A nuestro juicio, la teoría de la *Galacia septentrional* está en lo cierto (es decir, los gálatas a quienes va dirigida la carta son los de Ancira, Pessinus, Tavium). Porque: 1. Se afirma sin razón que el Apóstol sigue escrupulosamente la división romana en provincias, mientras que Lucas trae los nombres de los países, de suerte que «el país gálata» de *Act.* 16, 6 y 18, 23 es cosa distinta de «Galacia» de *Gal.* 1, 2. «Gálatas» y «Galacia» de por sí designaban la población y la comarca de toda la provincia romana, con todas sus partes, o bien sólo el *país de Galacia;* pero de ninguna manera la región meridional de la provincia, *con exclusión del país de los gálatas.* Nunca hubiera podido escribir Pablo (*Gal.* 3, 1): «Oh gálatas insensatos», de haber dirigido su carta *solamente* a los gálatas del sur, es decir, a los cristianos de Pisidia y Licaonia, con exclusión de los cristianos del país de la Galacia propiamente dicha. 2. Si se examinan los relatos de los *Hechos* acerca de la misión de Pablo a la Galacia meridional (*Act.* cap. 13 y 14) y a la Galacia septentrional (*Act.* 16, 6 y 18, 23), y se cotejan con el relato del propio Apóstol acerca de su misión entre los gálatas (*Gal.* 4, 12-15), se verá que las palabras de Pablo en *Gal.* 4, 12-15 no se pueden referir a su misión en la Galacia meridional, es decir: no se puede tomar *Gal.* 4, 12-15 como paralelo de *Act.* cap. 13 y 14. Porque en *Gal.* 4, 12-15 no se habla de una enfermedad, antes bien queda positivamente excluído el padecimiento corporal; tampoco fué Pablo recibido como un «ángel del Señor»; *Gal.* 4, 13 parece suponer dos visitas misionales, que no se pueden identificar con el paso de ida y con el de regreso; tampoco puede ser *Act.* cap. 13 y 14 el primer viaje y 16, 6 el segundo. 3. No puede la carta estar dirigida a toda la provincia de Galacia (a la región septentrional y a la meridional), pues supone un círculo de lectores homogéneo, y la población de toda la *provincia* romana de Galacia no lo era (véase pág. 558, nota 1). Cfr. en especial A. Steinmann, *Der Leserkreis des Galaterbriefes. Ein Beitrag zu urchristlichen Missionsgeschichte* (Münster 1908); el mismo, *Die Abfassungszeit des Galaterbriefes* (ibid. 1906). Véase también núm 640 *Comentarios* católicos de Windischmann (1843). Reithmayr (1865). A. Schäfer (1890), Gutjahr (1904), A. Steinmann ([3]1924), Cornely ([2]1909) y los señalados en la página 612, nota 1.—Obras generales: Pletl, *Des hl. Paulus Charakterbild auf dem Goldgrund des Galaterbriefes,* en *PB* XXXI 56. — En plan homilético: Rohr, *Der Galaterbrief exegetisch-homiletisch erklärt,* en *KK* III 21 ss.

moda de manera sumamente reprobable a las ideas de los paganos de origen, para hacerse un partido («procurando halagar a los hombres», *Gal.* 1, 10), y compromete la salvación de los cristianos procedentes de la gentilidad, o por lo menos su perfección moral. En suma: sólo mediante el judaísmo puede el gentilismo llegar a la plena salud mesiánica. La observancia de la Ley mosaica es, por consiguiente, tan necesaria para la salud como la fe en Jesús; esto llama san Pablo (1, 6) «otro "Evangelio", que no es otra cosa sino confusión del Evangelio de Cristo». Tales argumentos produjeron alguna impresión en los gálatas; pues éstos eran, como César dice (*Bell Gall.* 4, 5) de los celtas—los gálatas eran celtas—: *in consiliis capiendis mobiles*. Se pusieron en práctica las fiestas judaicas y la circuncisión (*Gal.* 4, 10), y la iglesia se disponía a acceder en todo a las exigencias de los judaizantes. Para refutar tan peligrosos errores y para amonestarles con todas veras (5, 1 s.; 5, 10; 6, 13), les escribió el Apóstol desde Efeso una carta [1]. Formalmente considerada, distínguese por la energía del sentimiento, por el fuego del discurso y por el vigor de la polémica. Su fondo contribuye no poco a la biografía del Apóstol, a la historia de la Iglesia primitiva, al esclarecimiento de las cuestiones acerca de la relación de la Ley con el Evangelio, de la gracia con la naturaleza, y acerca del significado de la Antigua Ley. La profundidad de las ideas desarrolladas y lo ceñido de la expresión dificultan no poco la comprensión de la carta.

Después de afirmar en la introducción (1, 1-10: saludo, anatema) los puntos capitales de toda la carta (origen divino de su apostolado y Redención de Cristo como fuente única de salvación), y una vez manifestado su asombro por la veleidad de los gálatas, declara:

1. *En la parte apologética* (1, 11 2, 21) ser él verdadero apóstol, llamado directamente por el Señor, de igual condición que los demás apóstoles. Pues de Dios mismo, y no de los hombres, recibió el apostolado y el Evangelio (que consiste en que Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, ha de salvar mediante su santa Cruz a los judíos y a los gentiles). Lo demuestra con hechos de su vida (corroborados con juramento [1, 20]): Plugo a Dios que él, fanático perseguidor de Jesús y de la Iglesia, contemplase a este mismo Jesús, Hijo de Dios, resucitado y glorioso, «para anunciar el Evangelio (de Cristo) entre los gentiles». Desde aquel momento Pablo no se ha aconsejado de sabiduría meramente humana, sino se ha entregado a la iluminación, guía y gobierno divinos. Luego de su conversión en el camino de Damasco, Dios le llevó, no a Jerusalén, sino al desierto de Arabia, y de allí a Damasco. Y sólo entonces, tres años después de convertido, vino a Jerusalén, mas no para recibir el apostolado y el Evangelio, sino para «conocer personalmente» a Pedro y presentarse a él como apóstol. Corrobora todo esto con juramento, asegurando («ante Dios») «que no miente». Pero si él — y aquí está la base de su argumento — hubiese alguna vez recibido de los hombres el apostolado y el Evangelio, habría sido en esta ocasión. Ahora bien, no lo fué entonces. No podían los judaizantes decir con verdad que después de cinco o seis años de trabajar en Tarso y por Cilicia en general (*Act.* 9, 30; 11, 25), y después de un año de ministerio fructífero en Antioquía de Pisidia (*Act.* 11, 26), hubiese recibido el «Evangelio» en el viaje de la colecta del año 44; no tenía, pues, el Apóstol por qué hablarnos aquí de este segundo viaje a Jerusalen («viaje de la colecta»; cfr. núm. 640). Es cierto que en 2, 1-10 alude al tercer viaje a Jerusalén, al «viaje del Concilio»; mas «¿por qué razón? Porque entonces, después de catorce años de incesante labor misional, su apostolado y su Evangelio, combatidos por los judaizantes, fueron sancionados de modo solemne

[1] Aun la crítica protestante reconoce hoy que está fuera de toda duda la *autenticidad* de la *Carta a los Gálatas*. Y así, el mismo Jülicher llega a decir (*Einl.*[6] 68): «La grande emoción con que está escrita la carta excluye toda idea de ficción, y explica mejor que cualquier hipótesis de interpolación ciertas obscuridades de lenguaje y las osadías o lagunas que observamos en la manera de desarrollar los argumentos. Cada frase prueba el por qué Pablo ha tomado la pluma: los gálatas están en peligro de caer en un falso Evangelio».

por los apóstoles antiguos, por las «columnas» de la Iglesia, y se dió el visto bueno incondicionalmente a su práctica misional; de nada se le acusó. Las «columnas» de la Iglesia, a la vista de la prodigiosa cooperación de Pablo y Bernabé al apostolado entre los gentiles (*Gal.* 2, 8; cfr. *Act.* 15, 12), se habían convencido de que la práctica de aquellos dos varones no podía ser torcida (2, 1-10). En la disputa de Antioquía [1] san Pablo se condujo frente al Príncipe de los apóstoles con la franqueza de apóstol, reprochando a Pedro su conducta inconsecuente (2, 11-14). En dicha ocasión se expresó de esta suerte: Nosotros, como judíos de origen, tenemos en la posesión de la Ley muchas ventajas sobre los gentiles (los cuales, extraños a la promesa, estaban «sin esperanza y sin Dios en este mundo», *Ephes.* 2, 12). Mas no por la Ley ni por nuestras propias obras fuimos justificados, es decir, tornados justos mediante la remisión de los pecados de injustos que éramos, amigos de Dios y herederos del cielo mediante la santificación y renovación interior de enemigos que éramos antes, (I *Cor.* 6, 11); pues ningún hombre puede redimirse a sí mismo, ni dar lo que le hace justo ante Dios (*Gal.* 2, 16; *Rom.* 3, 2). Sólo se justifica el hombre por la fe en Jesucristo (y, según 3, 27, por el Bautismo). Hemos llegado a comprenderlo perfectamente; por esto nos hemos hecho creyentes, lo mismo que los gentiles. Si el judío que busca la justificación por la fe en Cristo y por ello renuncia a la Ley, fuese un pecador como los impíos gentiles, entonces Cristo (que es la fuente de la gracia) sería un «cooperador del pecado». Mas esto, sólo el decirlo es blasfemia. No; Cristo no hace pecador al judío que se torna creyente y renuncia a la Ley, sino que el judío que ha aceptado la fe en Cristo y luego considera la Ley como algo indispensable para la salvación, este tal es un «transgresor». Porque el judío convertido a la fe, «por la ley ha muerto a la Ley»; no está ya sujeto a la Ley, está sobre ella. San Pablo aduce su propio ejemplo. Por mí fué Cristo a la muerte de cruz, por mí, que como pecador estaba dado en prenda a la muerte; por consiguiente, yo (es decir, el hombre viejo que hay en mí, incurrido en la muerte en mí mediante la Ley), «fuí clavado con Cristo en la cruz» (mística y simbólicamente el día del Bautismo) y así quedé muerto a la Ley. Ya no vive, pues, en mí el hombre viejo, el hombre sujeto a la Ley, sino que vive en mí un hombre nuevo, el cual tiene tan íntima unión de vida con Cristo mediante el Bautismo (*Rom.* 6, 3 ss.; *Gal.* 3, 27; *Ephes.* 3, 17; *Col.* 2, 6), que puedo decir: «Cristo vive en mí». Y si todavía (después del Bautismo) vivo sobre la tierra, (no) vivo (buscando mi salud en las obras de la Ley, sino vivo) en cuerpo mortal la vida sobrenatural de la gracia en la fe en el Hijo de Dios. Si menospreciase esta gracia y esperase mi salud de las obras la Ley, ello equivaldría a decir que el sacrificio de Cristo no tiene importancia, que el sacrificio de Cristo fué innecesario, que no había motivo suficiente para ello.

> «Por la ley estoy muerto a la Ley, a fin de vivir para Dios; estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo. Yo vivo, mas no yo, sino Cristo vive en mí. Así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo a la muerte por mí. No desecho la gracia de Dios. Porque si por la Ley se obtuviese la justicia, en balde habría muerto Cristo» (2, 19-21).

2. *En la parte dogmática* (3, 1-4, 31) insiste el Apóstol en *las relaciones entre la Ley y la fe en lo tocante a la justificación*. Para demostrar la doctrina de la justificación apela en primer lugar a la propia *experiencia* de los gálatas: ellos han recibido la justificación; prueba de ello son los diversos carismas del Espíritu Santo. Y no es que fueran justificados por la Ley mosaica, que no conocían, sino porque aceptaron con fe la predicación apostólica. La fuente, la causa, la condición esencial de la nueva vida es, pues, no la Ley, sino la *fe* (3, 1-5).

---

[1] Acerca del paralelismo de *Gal.* 2, 1 ss. y *Act.* 15, véase núm. 640; acerca de la disputa de Antioquía, cfr. núm. 639. Nótese la literatura allí indicada.

Los gálatas han recibido la justificación por el mismo procedimiento que Abraham. Con esto viene san Pablo a la *prueba de Escritura; Rom.* 4, 1-25 es paralelo exacto de *Gal.* 3, 6-18. Abraham creyó a la infalible autoridad divina; tuvo por cierto con firme aquiescencia interna cuanto Dios le revelaba y prometía, y porque Dios se lo revelaba y prometía, aunque el objeto de la promesa estaba muy lejano y repugnaba por el momento a la naturaleza y a la experiencia (*Gen.* 12, 3 comienzo de la fe; 18, 18 grado superior; 22, 18 perfección). Por esta fe se le dió como gracia la «justicia», es decir, la verdadera santificación interna (3, 6 = *Rom.* 4, 3 ss. y 16-25). Así como la justificación de Abraham está fundada en la fe, así los verdaderos hijos de Abraham y herederos de la promesa son, no los que de él descienden según la carne y se hacen circuncidar, sino los que creen como él (haciendo de la fe el principio de su religión). Pues Dios, que en sus sapientísimos decretos puso la fe por fundamento y raíz de la justificación, premió la fe de Abraham con el anuncio de la buena nueva: «en ti (y según el vers. 9 «contigo») serán bendecidos todos los pueblos de la tierra», es decir: todos los que, como tú, creyeren y fueren adnumerados a ti como verdaderos hijos tuyos, serán partícipes de una misma bendición, de la salud mesiánica, de la verdadera «vida» (vers. 11 s.) (3, 6-9). Mas los que buscaren la salud (la bendición prometida) en las obras de la Ley, no la hallarán; porque la Ley, en sí misma considerada como suma de prescripciones rituales y morales, sin la fe viva en el (futuro) Redentor acompañada de la esperanza y de la caridad, no produce bendición, sino maldición; quien no permaneciere fiel a todas y cada una de las prescripciones de la Ley, en virtud de la misma Ley incurre en «maldición» como injusto. Mas la Ley es incapaz de levantar esta maldición; la Ley no puede hacer justo ante Dios al transgresor, no puede dar la vida al que está moralmente muerto. De la Ley se dice: «Quien la practicare, vivirá en ella»; es decir: quien la practicare con fe acompañada de esperanza en el futuro Redentor, mediante ella recibirá la vida y la salud; pero quien no la practicare y, por consiguiente, incurriere en maldición y en muerte, la Ley no puede resucitarlo, sino la fe en el Redentor (prometido); pues «el justo de la fe recibirá la vida» (3, 10-12; *Gal.* 3, 11 = *Rom.* 1, 17 = *Habac.* 2, 4; *Gal.* 3, 12 = *Rom.* 10, 5 = = *Lev.* 18, 5). Y en verdad, Jesucristo nos redimió (a los creyentes), nos levantó la maldición y dió la vida; él, que no tiene pecado, cargó sobre sí la maldición que pesaba sobre los transgresores de la Ley mediante su muerte en la cruz. Y así, en Jesucristo vino la bendición prometida a Abraham sobre los pueblos (gentiles) que por la fe se hacen verdaderos hijos de Abraham; y los judíos, lo mismo que los gentiles, mediante la fe reciben el Espíritu prometido (cfr. 3, 2 y 5).

> «Jesucristo nos redimió de la maldición de la Ley, habiéndose hecho por nosotros maldición, pues está escrito: Maldito todo aquél que es colgado en un madero; a fin de que la bendición de Abraham viniese a los gentiles por Jesucristo, a fin de que *por medio de la fe* recibiésemos la promesa del Espíritu Santo» 3, 13-14).

San Pablo ilustra su doctrina con *un ejemplo tomado de la vida jurídica.* Después que un hombre ha otorgado en debida forma un testamento, nadie puede anularlo o alterarlo. ¡Cuánto más tratándose de Dios! El testamento de Dios en forma es la promesa de la «bendición» (3, 14), de la «herencia» (3, 18), de la salud y del reino mesiánicos, hecha repetidas veces a Abraham. Dicha promesa se extiende a «su descendencia»; luego — arguyen los *judaizantes* — los gentiles deben incorporarse al pueblo judío, descendiente de Abraham, aceptando la circuncisión y la Ley. De ninguna manera, — dice el Apóstol—; pues al decir en singular «a su descendencia», claramente da a entender que la promesa se refiere preferentemente a *uno* de los descendientes de Abraham, y que sólo mediante este *uno,* a saber, mediante Cristo, alcanza a los demás (por consiguiente a los cristianos, a los que forman un cuerpo místico con Cristo) (cfr. en especial 3, 29). Estará, por consiguiente, en vigor hasta que se cumpla en ese *uno.* La Ley vino

antes que se cumpliera la promesa, pero mucho después de hecha [1]. No puede la Ley, por consiguiente, anular ni alterar el testamento divino en forma. Sucedería esto, si la «herencia» hubiera de merecerse mediante la Ley. Vista, pues, la cosa por este lado, también resulta que la «justicia», la «bendición», la «herencia», la vida (3, 11 s.), la «filiación divina» (4, 5), en una palabra, la salud mesiánica, no viene de la Ley (3, 15-18).

Pero en seguida ocurre esta pregunta: *¿Qué finalidad ha podido tener la Ley?* He aquí la respuesta: fué dada «por causa de las transgresiones», es decir, para poner como de relieve y a la vista la culpa; era necesario que el hombre sintiese y reconociera su propensión al mal y su debilidad (cfr. *Rom.* 7, 7-24), para que por ahí viniese a desear al que había de traerle la bendición prometida; la Ley había de cesar cuando «viniese la descendencia a la que se hizo la promesa», es decir, cuando se cumpliese la promesa de Cristo (cfr. 3, 16 b). No fué una adición al testamento (un codicilo), sino una institución especial, según se colige de la manera como fué dado. Pues se dió «por ministerio de los ángeles [2], siendo mediador Moisés» [3]. Cuando interviene mediador, el contrato es bilateral; mas en la promesa sólo Dios intervino. De consiguiente, la Ley es una institución especial. *¿Qué relación guarda la Ley con la promesa? ¿Está en contradicción con ella?* De ninguna manera. Más aun, si la cosa fuese como creen los judaizantes, la Ley «vivificaría», traería la salud, justificaría; y entonces estaría en contradicción con la promesa, la suprimiría. Pero la Ley no «vivifica» (*Rom.* 7, 7 ss.), no justifica; antes bien «la Ley escrita» (del Antiguo Testamento) cual tirano dejó al humano linaje encerrado «bajo el (poderío) del pecado», es decir, declaró pecadores a todos los hombres (a los gentiles, por idólatras, a los judíos, por transgresores de la Ley), para que todos se convenciesen de su culpa y flaqueza, anhelasen la venida del Redentor y, creyendo en Jesucristo, recibieran por la fe la salud prometida. Mientras no se anunciara el mensaje de la fe, la Ley había de custodiar y proteger a los judíos. *La Ley,* por consiguiente, *desempeñaba el oficio del ayo o pedagogo,* es decir, era como el esclavo que en las casas tiene el cuidado de los niños y los lleva al maestro; ella había de conducir al Israel menor de edad e indómito a Cristo, para que, adoctrinado por éste, creyese y por la fe lograse la salud. La Ley, pues, tenía carácter pedagógico y propedéutico (preparatorio). Mas, venido el mensaje de la fe, habiéndoos dejado conducir a Cristo por la fe, os habéis hecho hijos de Dios mayores de edad (3, 19-24). Porque por el Bautismo en Cristo os habéis «revestido» de Cristo (cfr. I *Cor.* 12, 13: *Col.* 3, 9) [4], es decir, os habéis entregado, consagrado y unido a él como propiedad suya; y así, todos los que os habéis «bautizado en Cristo» sois *una* persona moral en Jesucristo, *un* mismo cuerpo místico, a pesar de las diferencias de nación y raza, estado y sexo (cfr. también I *Cor.* 12, 13; *Ephes.* 4, 4; *Col.* 3, 11). Perteneciendo, pues, a Cristo, que es la «descendencia de Abraham» (3, 16), por la fe y el Bautismo, y formando una cosa con él, sois herederos de la promesa y tenéis derecho a la herencia prometida a Abraham y a «su descendencia» (3, 16; *Rom.* 8, 17), no por la observancia de la Ley, sino por la fe:

> «Mas venida la fe, ya no estamos sujetos al pedagogo. Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo. Pues todos los que habéis sido bautiza-

---

[1] Según *Exod.* 12, 40, desde la última promesa hasta la promulgación de la Ley pasaron 430 años.

[2] Cfr. *Deut.* 33, 2. En el texto hebreo el pasaje es oscuro; según los *Setenta:* «El Señor descendió raudo del monte Farán a Cades con diez mil; a su diestra estaban con El los ángeles». Que los ángeles asistieran a la promulgación de la Ley, cfr. *Act.* 7, 38 53; *Hebr*, 2, 2.

[3] Cfr. *Matth.* 8, 4; 19, 7 s.; *Luc.* 2, 22; *Ioann.* 1, 17; 7, 19; *Act.* 6, 14.

[4] El mismo Heitmüller (*Taufe und Abendmahl bei Paulus* 14 s.) confiesa que «para Pablo el Bautismo era una acción *sacramental,* una acción que produce su efecto, no *ex opere operantis,* sino *ex opere operato*» (en sentido estrictamente católico).

dos en Cristo, estáis revestidos de Cristo. Ya no hay judío, ni griego; ni siervo, ni libre; ni hombre, ni mujer; porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. Y siendo vosotros miembros de Cristo, sois, por consiguiente, hijos de Abraham y herederos según la promesa» (3, 25-29).

Con más amplitud todavía desarrolla el Apóstol en 4, 1-31 el tema de la *libertad con respecto a la Ley*. Ya en el capítulo anterior nos ha dicho que «una vez venida la fe», la Ley, el ayo o «pedagogo», ha cumplido su finalidad. *Porque el cristiano es hijo de Dios mayor de edad.* Desarrolla este pensamiento en el capítulo 4. Así como mientras el heredero es niño, aunque sea «señor de todo», está sujeto a sus tutores durante la menor edad, así estaba Israel durante su menor edad sujeto a la Ley, a las prescripciones externas y pasajeras, a los «elementos terrenos» (cfr. también *Col.* 2, 8).

«Mas cumplido que fué el tiempo (de la menoría de Israel, fijado por Dios), envió Dios (Padre, autor de la promesa) a su Hijo (para que se hiciese hombre, en cuanto a su humana naturaleza), formado de mujer [1] (virgen, sin concurso de varón, por obra del Espíritu Santo; y el Hijo se hizo miembro del pueblo judío), sujeto a la Ley (y, a la verdad, se hizo obediente a la Ley), para redimir (de la maldición de la Ley) a los (judíos), que estaban sujetos a la Ley (pagando el precio del rescate; y se hizo hombre, formado de mujer), para que nosotros (judíos y gentiles), fuésemos recibidos (de Dios) por hijos. Y por cuanto vosotros (también) os habéis hecho hijos de Dios (una vez redimidos por Cristo y hechos partícipes de los frutos de la Redención por la fe y el Bautismo), envió Dios a vuestros corazones el Espíritu del Hijo, el cual clama (en vosotros y con vosotros la oración de Cristo [cfr. *Marc.* 14, 36 y *Rom.* 8, 15]): ¡Abba, Padre! Y así, (como cristiano), ya no eres siervo (de la Ley), sino hijo (de la gracia y de la caridad); y siendo hijo, (eres) también heredero mediante Dios (por la gracia, no por ti mismo, por las obras de la Ley)» (4, 1 7).

Serían, pues, unos necios los gálatas si, librados de la esclavitud de la idolatría y hechos hijos de Dios, se tornasen ahora a la esclavitud del judaísmo y volviesen sus ojos a las instituciones del ceremonial mosaico, huero y vano (4, 8-11). ¡No permita Dios que tal hagan los gálatas! Y acuérdense del amor que demostraron en otro tiempo al Apóstol y de la solicitud que éste mostró por sus almas, y no se dejen apartar de la verdad (4, 12-20).

El Espíritu Santo inspira al Apóstol todavía *otro pensamiento* para declarar lo imperfecto del Antiguo Testamento e *ilustrar lo ya demostrado en el capítulo tercero*. Está tomado de los libros del Antiguo Testamento. «Decidme, pregunta el Apóstol, decidme, vosotros que queréis estar bajo la Ley (como institución religiosa). ¿No habéis oído lo que dice la Ley?», es decir, ¿no habéis oído en las lecciones del culto divino lo que dice la Ley? Y pasa el Apóstol a *la historia de los dos hijos de Abraham (Gen.* 16, 1-16 y 21, 1 ss.), e interpreta el hecho histórico en sentido típico (alegórico) [2]. Las madres de ambos hijos de Abraham, Agar y Sara, son tipos de ambos Testamentos; en otros términos: ambos Testamentos son antitipos de aquellas dos mujeres. El Antiguo Testamento nació en el monte Sinaí, y es un antitipo de Agar; pues el Sinaí es un monte de Arabia, país de los hijos de Agar. El Sinaí, o la Alianza allí con-

---

[1] Toda esta perícope ha de considerarse a la luz del Evangelio de san Lucas, discípulo de Pablo; cfr., por consiguiente, la historia de la infancia de Jesús en el tercer Evangelio.

[2] Quien no niegue la inspiración de la Sagrada Escritura, reconocerá que en no pocos pasajes, además del *sentido literal,* el Espíritu Santo ha encerrado un sentido espiritual o típico; y ello siempre que en otros pasajes de las Divinas Letras o en la tradición cristiana existan puntos de apoyo seguros; así, por ejemplo, *Ioann.* 3, 14; *Rom.* 5, 14 entre otros.

certada, está *en la misma serie* que la Jerusalén terrena [1]; aquel (monte, aquella Alianza) creó esclavos, de la misma suerte que Agar, la esclava, parió un esclavo, Ismael, en las condiciones ordinarias de la Naturaleza («según la carne»). Pero *frente* a la Jerusalén terrena, que representa el Antiguo Testamento, existe otra Jerusalén sobrenatural, una Jerusalén celestial por su origen, naturaleza y objeto (cfr. *Apoc.* 3, 12; 21, 2): el reino mesiánico, la Iglesia. Esta Jerusalén es antitipo de Sara; porque Sara, estéril y sin familia por largo tiempo, parió un hijo libre, Isaac, por manera sobrenatural y milagrosa, merced a una promesa divina o «según el espíritu» (v. 26); y así como los descendientes de ésta fueron más numerosos que los de Agar, así también esta Jerusalén, la Iglesia, es libre y madre de hijos libres (nacidos por la fe y el Bautismo); es también más fecunda en hijos que la Sinagoga; y en ella se ha cumplido lo de *Is.* 54, 1. Mas ¿quiénes son estos hijos? Nosotros, los cristianos, que, como Isaac, somos hijos de la promesa y, por ende, libres de la Ley:

> «Nosotros, pues, hermanos, somos hijos de la promesa, como Isaac. Mas así como entonces el que había nacido según la carne (Ismael, el hijo de Agar) perseguía al nacido según el espíritu (Isaac, el hijo de Sara) *(Gen.* 21, 9), así también ahora (los hijos espirituales de Agar, los descendientes de Abraham según la carne, los judíos, persiguen a los hijos libres de la Iglesia). Pero ¿qué dice la Escritura? *(Gen.* 21, 10 y 12): Echa fuera a la esclava y a su hijo: que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre».

También, por consiguiente, la *suerte* del bastardo Israel está representada en la de Ismael (4, 21-31).

Termina el capítulo 4 con esta sentencia: «Cristo nos ha librado para la libertad» [2]; y con ella comienza

3. la *parte parenética* de la carta (5, 1-6, 10). Aquí exhorta el Apóstol a los gálatas a *conservar la libertad* y a mostrarse *esforzados frente a los herejes*. La cuestión no es: circuncisión (como necesaria para la salud, o siquiera para la perfección) *y* Cristo, sino: circuncisión y Ley, *o* Cristo y su gracia. Quien elige lo primero, no tiene parte alguna en lo segundo (pues vendría a admitir que la gracia de Cristo no basta para dar la salud).

> «Nosotros (los que por el Bautismo y la fe [3, 26 s.] estamos unidos con Cristo y creemos firmemente con el Apóstol que la salud viene de Cristo y su gracia), esperamos (de continuo y con perseverancia) en el Espíritu (guiados y dirigidos por el Espíritu Santo, que engendra, desarrolla y completa la vida cristiana; *Rom.* 8, 14 s.) la justicia (es decir, los bienes a que nos hace acreedores la justicia o justificación) por la fe (no por la Ley). Porque (si tenemos unión de vida con Cristo por la fe y el Bautismo), en Jesucristo nada vale ser circunciso o incircunciso; sino la fe (mas no la fe sola [cfr. I *Cor.* 13, 2], sino la fe) que obra mediante la caridad» (las buenas acciones y el cum-

---

[1] A la mente del Apóstol se presentan de esta suerte los conceptos, escritos en dos series:

Serie: servidumbre		Serie contrapuesta: libertad	
Tipo		Tipo	
Agar, esclava		Sara, libre	
Ismael, esclavo		Isaac, hijo de la libre	
Antitipo		Antitipo	
La legislación sinaítica La Jerusalén terrena Judíos, esclavos de la Ley	El Antiguo Testamento, la Sinagoga.	Evangelio La Jerusalén celestial Cristianos, ciudadanos libres	El Nuevo Testamento, la Iglesia.

[2] Así según el texto griego; según la *Vulgata:* «En virtud de la libertad con que Cristo nos libró».

plimiento de los divinos preceptos [I *Cor.* 7, 19; cfr. también *Ioann.* 14, 15 21]) [1].

Así os habéis conducido hasta ahora; «corríais bien», por la verdadera senda; tengo la firme seguridad de que continuaréis de la misma suerte, y no seguiréis a los herejes, cuyo arte de convencer no viene de Dios y cuya acción está a punto de sembrar la confusión en toda la comunidad. Cuando quieran persuadiros que yo predico todavía la circuncisión, pensad que, si tal hiciera, «habríase acabado el escándalo (de la doctrina) de la cruz», y los judíos no me perseguirían ya más como hasta ahora. «¡Ojalá se circuncidasen a sí mismos (como lo hacen algunos idólatras; pues la circuncisión ya no tiene valor) los que os perturban» (exigiéndoos la circuncisión con tales falacias, 5, 1-12). Que os dejen en paz; «porque vosotros, hermanos, sois llamados a la libertad». Pero es preciso entender bien la *«libertad» cristiana; no* quiere decir libertad de *los apetitos sensuales;* no consiste en la libertad para el pecado o en el libertinaje; sino es la liberación *del señorío* de la naturaleza sensual, una voluntaria servidumbre en la caridad que vence todo egoísmo. **Servíos los unos a los otros en caridad.** — Este es el ejercicio moral del cristiano; así debe entender la libertad el cristiano. Donde reina esta caridad (cfr. I *Cor.* 13), está cumplida la Ley; aquí no hay esclavo de la Ley, sino señor de la Ley (cfr. «Mi yugo es dulce y mi carga ligera» [*Matth.* 11, 30]; «al modo que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para redención de muchos» [*Matth.* 20, 28]; y la sentencia: *Christo servire regnare est).* Donde no reina esta caridad, donde existe la discordia, allí perece la vida cristiana (5, 13-15).

La libertad cristiana es andar en el Espíritu: «**Andad en el Espíritu** (es decir, de tal suerte que el Espíritu de Dios habite en vosotros [*Rom.* 8, 9; I *Cor.* 3, 16] y arrastre vuestro espíritu con todas sus fuerzas), y nunca satisfaréis los apetitos de la carne (sino el espíritu los tendrá a raya)». Pues también en el hombre redimido existe la lucha constante entre el espíritu y la carne (naturaleza sensual); la carne quiere arrebatar el dominio al espíritu, y éste no quiere cedérselo; la carne intenta desbaratar los planes del espíritu, y éste los de la carne. La libertad es vuestra porción en esta lucha, si en vuestras acciones os dejarais guiar por el espíritu que empuja constantemente con suave violencia; si esto sucede, no estáis bajo la Ley (externa), sino sobre la Ley, porque ejecutáis libremente y por caridad todo lo que la letra de la Ley puede mandar. La señal para conocer si uno procede según la carne o según el espíritu son las obras, los frutos de la vida interior. Mas los frutos de la vida cristiana, regida por el Espíritu Santo, son: «caridad, gozo, paz, longanimidad, paciencia, afabi-

[1] La palabra griega *energouméne* puede entenderse también pasivamente: la fe animada por la caridad, como por su forma; como quiera que sea, de este pasaje importantísimo se desprende que la polémica de Santiago (2, 14-26) no va contra Pablo, sino contra ciertos lectores de Pablo poco ilustrados y de mala índole (cfr. también II *Petr.* 3, 16). No cabe hablar de contradicción entre Pablo y Santiago. Porque Pablo escribe *Gal.* 2, 16 = *Rom* 3, 20 28 a propósito de ciertos judíos farisaicos que buscaban la justificación por sus propias fuerzas mediante las obras de la Ley, y dice que las «obras de la Ley» no son causa eficiente ni meritoria de la justificación. Pero no niega que sean conducentes a la justificación, además de la fe, otros actos preparatorios, como el temor, la esperanza, el arrepentimiento, la *caridad;* ni dice que el justificado por la gracia de Dios merced a la fe viva no necesita de las «*buenas* obras». El texto mismo lo da a entender. Pablo dice (*Gal.* 2, 16; *Rom.* 3, 20 y 28): «Ningún hombre se justifica por las obras de la Ley»; Santiago escribe (2, 24): «El hombre se justifica por las *obras,* y no sólo por la fe». Pablo habla, pues, de las obras de la Ley de la Antigua Alianza, como las entendían y practicaban los judíos y los judaizantes; Santiago habla de las obras que proceden de la fe y son por ella sostenidas. Pablo habla de las «obras de la Ley», Santiago de las *buenas* obras. Pablo afirma la necesidad de la fe, sin negar la necesidad de las buenas obras; Santiago afirma la necesidad de las buenas obras, sin negar la necesidad de la fe. Según Pablo, lo que vale es la fe que obra mediante la caridad (*Gal.* 5, 6) y se manifiesta en la guarda de los mandamientos de Dios (I *Cor.* 9, 19); según Santiago (2, 18), la fe debe manifestarse en las obras.

lidad, bondad, fidelidad, dulzura, modestia, continencia, castidad; no hay Ley que sea contraria a estas cosas»; aquí ya no hay Ley que atemorice, acuse y condene; el hombre ya no es esclavo de la Ley, sino hijo libre de Dios; se asemeja al Padre por el amor reverencial (*Matth.* 5, 48); unido con Cristo, el Crucificado, mediante la fe y el Bautismo (*Gal.* 3, 27-29), ha crucificado al hombre viejo carnal con sus apetitos e inclinaciones, es decir: por la virtud de la Pasión y muerte de Cristo ha vencido el poder del pecado y de la sensualidad (*Gal.* 2, 19 ss.; *Rom.* 6, 6); regido por el Espíritu Santo, espíritu de caridad y gracia, ha resucitado a una nueva vida, a una vida sobrenatural. De ahí el consejo análogo al que estampa al principio (5, 13-15) de esta serie de ideas: «Si vivimos en el Espíritu, procedamos también según el Espíritu. No seamos ambiciosos de gloria vana, provocándonos los unos a los otros y envidiándonos mutuamente» (5, 25-26). Y así, mediante ese cuadro en que tan a lo vivo pinta al justo en Cristo, al heredero de la promesa, nos da el Apóstol un comentario sugestivo de la doctrina de la justificación y de la salud, brevemente expuesta en 2, 17-21 y con más amplitud en los capítulos 3 y 4 [1].

Acaba de diseñarnos *el ideal de la vida cristiana.* Pero ¿qué hacer, cuando «uno se ve sorprendido por el pecado»? Entonces «los que viven en el Espíritu (5, 25) deben llevarle al buen camino con espíritu de mansedumbre» (que es el espíritu de Jesucristo y el espíritu de Dios: cfr. *Matth.* 12, 20; *Is.* 42, 3), cuidando cada uno de no caer en la misma tentación (pues todos deben orar: «no nos dejes caer en la tentación» *Matth.* 6, 13; *Luc.* 114): «Sobrellevad los unos las cargas (las faltas y debilidades) de los otros, con lo cual cumpliréis la Ley de Cristo (que es ley de amor, enseñada por Cristo de palabra [*Ioann.* 13, 34] y con el ejemplo» [I *Petr.* 2, 23 s.]). (San Pablo mismo es modelo [I *Cor.* 9, 21 s.]). El principal obstáculo para la caridad es el propio engaño; y el medio principal para vencerlo, el examen de sí mismo: Examine cada uno todas sus obras a la luz de la propia conciencia (tomando por norma la doctrina y el ejemplo de Cristo, sin mirar a los demás); «y (si hallare que son rectas) tendrá entonces motivo de gloriarse en sí mismo solamente, y no por comparación con el prójimo (y con los posibles defectos y faltas de éste). Porque cada cual llevará su propia carga» (es decir, encontrará su conciencia llena de faltas, y el conocimiento de la propia carga le impedirá compararse orgullosamente con las debilidades de los otros; 6, 1 5). Aquél a quien se instruye en las cosas de la fe (el catecúmeno), dé parte de todos sus bienes (materiales) a quien le instruye. (Esta idea se encuentra desarrollada en I *Cor.* 9, 4-14 y en *Luc.* 10, 7). «No queráis engañaros a vosotros mismos: Dios no puede ser burlado»; el que todo lo sabe, no se deja engañar (cfr. *Act.* 5, 1 ss.). Aunque no siempre descorra luego el velo de las conciencias, no por eso dejará de llegar la recompensa, el día de la recolección. «Lo que el hombre sembrare, eso recogerá» (cfr. II *Cor.* 9, 6), dice el proverbio. Pues quien en la siembra, en sus acciones, sólo cuida de su naturaleza sensual y de sus intereses (5, 19 ss.), sólo cosechará perdición de sus obras enderezadas a lo material (5, 19 ss.); pero quien atiende a la vida espiritual y a lo que ella exige (5, 22 s.), cosechará la vida eterna. Tocante al día de la recolección, «no nos cansemos de hacer el bien» (aunque sobrevengan dificultades); pues «a su tiempo» (cuando Dios disponga) cosecharemos, si no nos dejamos dominar por la fatiga (*Matth.* 10, 22; 24, 13). «Así que, mientras tenemos tiempo, hagamos bien a todos, y mayormente a aquellos que comparten con nosotros la fe» (6, 6-10).

El *epílogo,* escrito de propio puño por el Apóstol (6, 11), resume las ideas fundamentales de la carta: los agitadores judaizantes, que pretenden obligar a los gálatas cristianos procedentes de la gentilidad a circuncidarse, no obran por amor a la Ley mosaica, sino para escapar de las persecuciones de sus compatriotas judíos; ¡si al menos pudiesen gloriarse de ganar con ello prosélitos para el judaísmo! Al Apóstol no le mueven fines e intenciones tan poco nobles.

---

[1] Cfr. Reithmayr, *Kommentar* 448 s.

«Líbreme Dios de gloriarme sino en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien (según el texto hebreo puede traducirse: por «la cual», es decir, la Cruz) el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo». Por la Cruz de Cristo queda rota la comunidad de vida y de intereses entre mí y el mundo; la vida que sirve al mundo y al pecado es para mí infame y aborrecible, como también mi vida de cruz parece al mundo escándalo o locura. En la Cruz de Cristo puede uno gloriarse de verdad; porque la Cruz de Cristo ha creado una nueva vida («transformación de todos los valores»), en la cual aun las diferencias más acentuadas del mundo precristiano carecen de importancia; pues es indiferente que uno sea judío o gentil; el hombre, una vez injertado en Cristo, es hijo de la gracia, ciudadano de un mundo celestial, aunque sus pasos se muevan aquí abajo en el tiempo y en el espacio. «En Cristo, ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la nueva criatura.—Y sobre todos cuantos siguieren esta norma (de fe y de conducta, esta doctrina de la justificación explanada en mi carta), paz y misericordia, como sobre (el verdadero) Israel de Dios (*Philipp*. 3, 3). En adelante nadie me moleste (de suerte que tenga que defender mi apostolado); pues traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesús, es decir: así como al esclavo se le imprime a fuego la señal de su amo, así me distinguen como verdadero siervo y Apóstol de Cristo crucificado las cicatrices y los cardenales, las huellas de los ultrajes, de las persecuciones y de los padecimientos que he sufrido en mi larga carrera de ministerio apostólico (II *Cor*. 11, 23 ss. *Act*. 14, 19). Esto debería hacerme digno de respeto a vuestros ojos, como antes (cfr. 4, 13 s.), y conteneros a vosotros para que no me causaseis disgusto y amargura. «La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu, hermanos. Amén» (6, 11-18).

¿Qué *efecto* produjo la carta? *Bueno*, al parecer. Pues en I *Cor*. 16, 1, unos dos años después, escribe el Apóstol que está haciendo en las comunidades de Galacia una colecta en favor de los cristianos de Jerusalén.

709. Escribió el Apóstol san Pablo **la primera Carta a los Corintios** [1] en la primavera del 57, probablemente antes de la Pascua (5, 7 s.), seguramente antes de Pentecostés (16, 8). Vuelto Pablo de Corinto [2], algunos neoconversos habían tornado a las prácticas paganas. Ello movió al Apóstol a darles avisos en una carta (5, 9 ss.), que desgraciadamente se ha perdido. Entretanto arraigaron entre los corintios otros desórdenes: formáronse diversos partidos, de Pedro, de Pablo y de Apolo, y, al parecer, un partido que con el lema «yo soy de Cristo» afirmaba quizá demasiado su independencia; en la vida moral de algunos fieles ocurrieron lamentables desórdenes; eran frecuentes entre ellos los pleitos y procesos, para cuyo fallo se apelaba a los tribunales paganos; la celebración de los ágapes no estaba animada de recto espíritu; no había concepto exacto de los carismas; las mujeres se permitían ciertas libertades en el culto; se llegó a poner en duda y aun a negar la resurrección de los muertos. El Apóstol tuvo noticia de estos desórdenes en Efeso (16, 8 y 19) por cierta mujer llamada Cloe (1, 11); además, una comisión de la iglesia de Corinto (compuesta por Esteban, Fortunato y Acaico, 16, 17) fué a consultarle diversas cuestiones relativas al matrimonio y su indisolubilidad, al uso de carnes ofrecidas a los ídolos y a la participación en los banquetes idolátricos. Por todo ello les escri-

---

[1] Cfr. Rohr, *Paulus und die Gemeinde von Korinth auf Grund der beiden Korintherbriefe* (Friburgo 1899). — *Comentarios* católicos a ambas *Cartas a los Corintios* (además de los indicados en la pág. 612, nota 1): A. Maier (1865), A. Schäfer (1903), Gutjahr (1907), Sickenberger (1919).

[2] Acerca de Corinto y la iglesia corintia, como también acerca de la vida y del comercio que suponen las *Cartas a los Corintios*, cfr. núms. 651 y 653; también página 574, nota 6; además Cladder en *Chrysologus* 58 (1918), 729 795, y 59 (1919), 55; Cladder-Dieckmann, *Korinth. Die Kirche des hl. Paulus* (Aquisgrán 1923). También Steinmann, *Ein Abend in der urchristlichen Gemeinde zu Korinth. Bild der Eucharistie- und Agapenfeier* (ibid. 1918).

bió el Apóstol esta primera carta, exhortándoles con todas veras a la concordia, y respondiendo a los puntos doctrinales y a las cuestiones que entre ellos se discutían. Ningún otro escrito nos ofrece cuadro tan sugestivo de la vida religiosa y de las aspiraciones de una comunidad cristiana primitiva en el ambiente del mundo pagano.

1. Consagra el Apóstol los cuatro primeros capítulos al *partidismo* de la iglesia de Corinto. Es totalmente opuesta al espíritu cristiano la general pendencia de los corintios: «Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas», porque con ello se destruye la unidad de la comunidad cristiana. Esta manera de ensalzar a las personas es impropia del espíritu del Cristianismo. El Cristianismo no es ingenio o fortaleza humana, sino sabiduría de Dios y virtud de Dios (1, 17-25):

«A la verdad, que la predicación de la Cruz parece una necedad a los ojos de los que se pierden; mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el sabio? ¿en dónde el escriba? ¿en dónde el escudriñador de este siglo? ¿No hizo Dios loco el saber de este mundo? Porque ya que el mundo con su ciencia no ha conocido a Dios en la sabiduría divina, plugo a Dios salvar a los que creyesen en él por medio de la locura de la predicación (de la Cruz de Cristo). Pues los judíos piden milagros, y los griegos buscan ciencia; mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas, para los que han sido llamados, tanto judíos, como griegos (gentiles), (predicamos) a Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo que es locura en Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es flaqueza en Dios, es más fuerte que los hombres» (1, 18-25).

Los corintios pueden ver en su misma comunidad confirmadas las palabras del Apóstol:

«Pues no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino Dios ha escogido a los necios según el mundo para confundir a los sabios; y Dios se ha servido de los flacos según el mundo para confundir a los fuertes; y de las cosas que al mundo parecen viles y despreciables, y de aquellas que no son nada, para destruir las que son algo, a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento. Por El estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual fué constituído por Dios para nosotros por sabiduría, y por justicia, y por santificación y por redención nuestra, a fin de que, como está escrito, el que se gloría, se gloríe en el Señor».

Penetrado de este pensamiento, que nada puede la sabiduría humana, ha evitado el Apóstol anunciar a los corintios otra cosa que a Cristo crucificado (2, 1-5). La predicación del Crucificado no necesita del apoyo de la prudencia y elocuencia humanas, pues lleva en sí misma una sabiduría incomparablemente superior, una sabiduría que tiene su origen y su fin en Dios, pero que sólo puede uno reconocerla y apropiársela en el Espíritu de Dios (2, 6-16).

«Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino solamente el espíritu del hombre que está dentro de él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Mas nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, a fin de que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado. De ellas precisamente tratamos, no con doctas palabras de humana ciencia, sino instruídos por el Espíritu de Dios, esclareciendo lo espiritual mediante lo espiritual (guardándonos de mezclar lo espiritual con lo mundano). El hombre sensual no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios; pues para él son necedad, y no puede entenderlas, puesto que se han de examinar espiritualmente. Mas el hombre espiritual juzga de todo, y él mismo de nadie es juzgado» (2, 11-15).

Por eso es preciso mirar *lo que se predica,* «pues nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo» (3, 11); mas *la persona que predica* ha de ser considerada sólo como siervo de Cristo, administrador de Dios y colaborador del edificio divino de la comunidad; y no debe ser juzgada por la comunidad, sino por Dios (3, 1-4, 6)». Por tanto, no queráis juzgar antes de tiempo, hasta tanto que venga el Señor; el cual sacará a plena luz lo que está en tinieblas, y descubrirá las intenciones de los corazones; y entonces cada cual será de Dios alabado» (4, 5). Para humillar la altivez de aquellos pendencieros, contrapone el Apóstol las humillaciones que tienen que padecer los apóstoles a los aires de grandeza de los corintios:

«Yo tengo para mí que Dios a nosotros los apóstoles nos trata como a los últimos, como a condenados a muerte; pues somos el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres. Nosotros somos necios por Cristo, mas vosotros sois prudentes en Cristo; nosotros flacos, vosotros fuertes; vosotros sois honrados, y nosotros somos despreciados. Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratos; no tenemos domicilio fijo y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos. Se nos maldice, y nosotros bendecimos; se nos persigue, y lo sufrimos; nos ultrajan, y nosotros rogamos; hemos llegado a ser la basura de este mundo, la escoria de todos hasta el presente (cfr. también II *Cor.* 4, 7-18; 6, 3 10; 11, 16-33). No os escribo estas cosas porque quiera sonrojaros, sino os amonesto como a hijos míos muy queridos. Porque aun cuando tengáis millares de pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres. Pues yo soy el que os he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio. Por tanto, os ruego que seáis imitadores míos, así como yo lo soy de Cristo» (4, 9-16). Cordialmente amonesta el Apóstol a sus locos hijos y les ruega que se corrijan. «¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con la vara, o con caridad y en espíritu de mansedumbre?» (4, 9-21).

2. Pasa luego a tratar el *segundo* punto 5, 1-13. Un hombre de la iglesia de Corinto (al morir su padre) tomó por mujer a la viuda, su madre política, La comunidad toleraba al *incestuoso.* Pero el Apóstol le excomulga solemnemente; y a este propósito les hace la siguiente exhortación:

«Echad a fuera la levadura vieja, para que seáis una masa nueva, como sois panes ázimos. Porque Jesucristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado. Celebremos, pues, la Pascua, no con levadura vieja ni con levadura de malicia y de corrupción, sino con los panes ázimos de la sinceridad y de la verdad» (5, 7 y 8).

La comunidad no había llegado a la madurez moral. Ya antes, en una carta (que no ha llegado a nosotros) les avisaba que no tuviesen «trato alguno con los deshonestos»; mas los corintios interpretaron que el Apóstol lo decía en general, siendo así que se refería a los *cristianos* (5, 9-13).

3. El *tercer* punto flaco (6, 1-11) es el *afán* de los corintios *de pleitear.* El Apóstol les representa que es una vergüenza para quienes «están llamados a juzgar el mundo» ir en busca de jueces paganos por cosas baladíes, y no más bien dirimir las contiendas mediante varones prudentes escogidos entre ellos mismos. Deberían avergonzarse aun de tener pleitos unos con otros, de no saber comprender el ideal de la caridad que sufre la injusticia, y de estar tan olvidados del tribunal divino, en el cual no saldrán airosos los injustos.

«Tales habéis sido algunos de vosotros; pero fuisteis lavados, fuisteis santificados, fuisteis justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios».

4. Insiste en Apóstol 6, 12-20 en lo de la *fornicación.* Sería un grosero error entender la libertad hasta el punto de ser la fornicación cosa indiferente (como el comer y el beber), equiparando el impulso sexual a las exigencias del estómago. Quien ha sido regenerado en Cristo, se ha hecho miembro de Cristo;

no sólo su alma está elevada a una vida superior, sino también el cuerpo se hace capaz de la gloria futura, es templo de Dios comprado con la sangre de Cristo y habitado por el Espíritu Santo.

«¿Por ventura no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros, puesto que fuisteis comprados a gran precio? Glorificad, pues, a Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo».

5. Pasando el Apóstol a *responder a las consultas de la iglesia de Corinto,* expone en el capítulo 7 la doctrina completa del *matrimonio cristiano,* su uso e indisolubilidad, atendida la situación de entonces; trata de los matrimonios mixtos entre gentiles y cristianos y entona un himno en loor de la *virginidad:*

«Lo que os digo, hermanos míos, es, que el tiempo es corto; lo que importa es que los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se huelgan, como si no se holgasen; y los que hacen compras, como si nada poseyesen; y los que tratan con el mundo, como si no tuviesen trato con él; porque la figura de este mundo pasa. Yo desearía que vivierais sin inquietudes. El que no tiene mujer, anda únicamente solícito de las cosas del Señor, de qué manera podrá agradar a Dios. Mas el que tiene mujer, anda afanado en las cosas del mundo, cómo ha de agradar a la mujer, y así se halla dividido. De la misma manera la mujer no casada, o una virgen, piensa en las cosas de Dios, para ser santa en cuerpo y alma. Mas la casada piensa en las del mundo, y en cómo ha de agradar al marido. Por lo demás, yo digo esto para provecho vuestro, no para tenderos un lazo, sino para que seáis limpios de corazón y estéis más desembarazados para orar a Dios. Mas si a alguno le parece que es un deshonor que su hija pase la flor de la edad, y que así debe suceder, haga lo que quisiere; no peca, si ella se casa. Mas quien ha hecho en su interior la firme resolución de conservar virgen a su hija, no teniendo necesidad de obrar de otro modo, sino pudiendo disponer en esto de su voluntad, y así lo ha determinado en su corazón, este tal obra bien. En suma, el que da su hija en matrimonio, obra bien; mas el que no la da, obra mejor. La mujer está ligada a la ley mientras vive su marido; pero si su marido fallece, queda libre; cásese con quien quiera, con tal que sea según el Señor. Pero mucho más dichosa será si permaneciere como está, según mi consejo; estoy persuadido de que también yo tengo el espíritu de Dios» (7, 27-40).

6. Otra de las consultas era la referente a *las carnes ofrecidas a los ídolos* [1]. En sí no están prohibidas a los cristianos, pues el cristiano sabe que los ídolos nada son. Pero el conocimiento no exime del deber de caridad; y cuando el ejemplo de los ilustrados puede causar escándalo en los débiles,

---

[1] La cuestión que aquí se ventilaba, se declara por muy excelente manera en tres billetes de invitación escritos en griego, procedentes del siglo II o del III, los cuales se hallaron entre los papiros descubiertos en Oxyrhynchos, publicados por primera vez por Grenfell y Hunt (*The Oxyrhinchus Papyri,* Londres 1898-1904; I 110 y 111; III 523). El *primero,* traducido, dice así: «Cairemon te invita a la mesa del señor Serapis en el Serapeum para la mañana del 15, desde las 9 en adelante». Se trata de un banquete sacrificial que iba unido al sacrificio ofrecido por los invitados en el templo de Serapis. Mediante este billete se aclaran I *Cor.* 8, 10 y la doctrina expuesta en 10, 14-22; según Pablo, estaba prohibido acudir a tales invitaciones. El *segundo* dice: «Herais te invita a la boda de sus hijos en su casa, para mañana 5 del mes, a las 9». A dicha fiesta podía acudir un cristiano; pero, según I *Cor.* 10, 27-29, debía abstenerse de los manjares que formalmente fueran señalados como procedentes de algún sacrificio. El *tercero* dice: «Antonio, hijo de Ptolomeo, hijo de Serapión, te invita a la mesa del señor Serapis, en casa de Claudio, hijo de Serapión, para el día 16 del mes, a las 9». Aquí se trata de un banquete celebrado en casa de Claudio en honor del dios Serapis; semejante invitación no se podía aceptar, según I *Cor.* 10, 7 21-22.

toca a aquéllos saber resignarse (cap. 8). Para aclarar y corroborar lo dicho, aduce el Apóstol su propio ejemplo (cap. 9):

«En verdad que, con ser yo libre respecto de todos, de todos me hice siervo, para ganarlos en el mayor número posible. Y así, con los judíos he vivido como judío, para ganar a los judíos; con los sujetos a la Ley (mosaica), he vivido como si yo estuviese sujeto a la Ley (con no estar yo sujeto a ella), sólo por ganar a los que a la Ley vivían sujetos; así como con los que no estaban sujetos a la Ley (de Moisés), he vivido como si yo tampoco lo estuviese (aunque tenía yo una ley con respecto a Dios, teniendo la de Jesucristo), a trueque de ganar a los que vivían sin la Ley. Híceme flaco con los flacos, por ganar a los flacos. Híceme todo para todos, para salvarlos a todos. Todo lo cual hago por amor del Evangelio, a fin de participar de él (de sus promesas). ¿No sabéis que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, hermanos míos, de tal manera que lo ganéis. Todos los que han de luchar en la palestra, guardan en todo una exacta continencia. Y ello por alcanzar una corona perecedera; al paso que nosotros la esperamos eterna. Así que yo voy corriendo, no como a la aventura; peleo, no como quien da golpes al aire, sino castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado» (9, 19-27).

El Apóstol les representa el ejemplo de los israelitas en el desierto (10, 1-13). Prohibe en absoluto la participación en los banquetes idolátricos; no está bien sentarse a la mesa del Señor y a la mesa del demonio (10, 14-24):

«El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor? Porque todos los que participamos del *mismo* pan, bien que muchos, venimos a ser *un solo* pan, *un solo* cuerpo»... «No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios; no podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios. ¿Por ventura queremos irritar con celos al Señor? ¿Somos acaso más fuertes que El? Todo me es lícito, pero no todo es conveniente. Todo me es lícito, pero no todo edifica. Nadie busque su propio interés, sino el del prójimo» (10, 16-24).

Después de explanar la respuesta a la consulta, la resume en estos términos: Es lícito comprar carne que se vende en la plaza; lo es también comerla en casa de un infiel, cuando se presente a la mesa, de no manifestar reparo alguno de los comensales (10, 25 33).

7. *Avisos para las asambleas litúrgicas: a)* comportamiento de las mujeres (11, 1-16); *b)* ágape y Eucaristía (11, 17-34).

«Porque yo aprendí del Señor lo que también os tengo ya enseñado: que el Señor Jesús, la noche misma en que fué entregado, tomó el pan y, dando gracias, lo partió, y dijo a sus discípulos: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado; haced esto en memoria mía. Y de la misma manera (tomó) el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz (es decir, lo que contiene) es el Nuevo Testamento en mi sangre (es la sangre mediante la cual queda concertada la Nueva Alianza); haced esto en memoria mía cuantas veces lo bebiereis. Pues todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga. De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor» [1].

---

[1] Cfr. Stiefenhofer, *Der paulinische Abendmahlsbericht im Urteil der Kritik,* en *ThG* 1918, 376.—La tesis 45 del *Syllabus* rechaza la proposición de la crítica: «No todo lo que relata Pablo acerca de la institución de la Eucaristía se ha de tomar históricamente». La verdad es, por consiguiente: «Todo... se ha de tomar históricamente».

8. En los capítulos 12, 13 y 14 responde san Pablo a la consulta sobre los *carismas:* hay muchos carismas, pero *un solo* Espíritu; como hay muchos miembros, pero un solo cuerpo:

«Al uno se le concede mediante el Espíritu palabra de sabiduría (es decir, conocimiento teórico de los sapientísimos y divinos misterios de la Redención y aplicación práctica de los mismos a la vida moral); al otro, palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a éste, fe, en el mismo Espíritu (el don de la fe taumatúrgica); a aquél, la gracia de curar enfermedades, por el mismo Espíritu; a quién, el don de hacer milagros; a quién, el don de profecía; a quién, discernimiento de espíritus; a quién, el don de lenguas; a quién, la interpretación de lenguas. Todas estas cosas obra el mismo Espíritu, repartiéndolas a cada uno como le place» (12, 8-11).

Precisamente esta diversidad de miembros, todos unidos mediante el mismo espíritu, a pesar de la multiplicidad de dotes y aptitudes, constituye a la Iglesia en organismo viviente, grandioso y magnífico, en el cual cada uno tiene su puesto, que debe guardar con alegría y sin envidiar a nadie. Porque todos los carismas son inútiles sin la caridad; por eso el Apóstol, antes de proseguir la doctrina de los carismas, entona un *himno a la caridad* (valor, naturaleza y duración de la caridad):

«Cuando yo hablara lenguas de hombres y de ángeles, si no tuviere caridad, soy como metal que suena, o campana que retiñe. Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe, de manera que trasladase los montes, no teniendo caridad, nada soy. Cuando yo distribuyese todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y cuando entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, nada me aprovecha. La caridad es sufrida, es bondadosa; la caridad no es envidia, no obra temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, antes se complace en la verdad; a todo se acomoda, todo lo cree, todo lo espera, y lo sufre todo. La caridad nunca fenece; las profecías terminarán, y cesarán las lenguas, y se acabará la ciencia. Porque nuestro conocimiento es fragmentario, e imperfecta la profecía. Mas llegado que sea lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, discurría como niño; pero cuando fuí ya hombre, di de mano a las cosas de niño. Ahora vemos como en espejo y en enigmas; mas entonces cara a cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero de éstas, la mayor es la caridad» (13, 1-13).

Declarado que todos los cristianos tienen el Espíritu, que los carismas en particular se han dado para el bien de todos y que la quinta esencia de todos los dones espirituales es la caridad, pasa el Apóstol en el capítulo 14 a hablar más por menudo del «don de lenguas»; y da la preferencia al don de profecía sobre la glosolalía [1], porque la profecía sirve más para la edificación. Añade algunas normas generales acerca del uso público de los carismas y pasa luego a exponer la

9. doctrina de la resurrección (cap. 15). Comienza por refutar a los que la niegan (15, 1-34). La Resurrección de Cristo es un hecho histórico, demostrado con numerosas apariciones del Resucitado (15, 1-11) [2]. La Resurrección de Cristo es prenda de la resurrección de los muertos (15, 12-29). Si los muertos no resucitan, sería una locura la piedad para con los muertos [3], y lo sería aun mayor el desprecio de la vida de los que predican el Evangelio (15, 29-34).

---

[1] Página 483, nota 2. [2] Núm. 490 ss.

[3] El Apóstol habla aquí de la costumbre de hacerse bautizar por los muertos. Opinan algunos que, cuando a un hermano le sorprendía la muerte sin haber recibido el Bautismo,

«¿A qué fin a toda hora nos exponemos a tantos peligros? Cada día muero yo, tan cierto como que vosotros, hermanos míos, sois mi título de gloria en Jesucristo nuestro Señor. ¿De qué me serviría haber combatido en Éfeso por motivos solamente humanos contra las fieras? Si no resucitan los muertos, comamos y bebamos, que mañana moriremos. No os dejéis engañar. Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Estad alerta, como justos, y guardaos del pecado; porque entre nosotros hay hombres que no conocen a Dios, dígolo para confusión vuestra».

Luego explana el Apóstol la doctrina acerca de la resurrección (15, 35-49). Aduce ejemplos tomados de la naturaleza; la semilla en el reino vegetal, la diversidad de seres en el reino animal y en el mundo sidéreo; de ello se sirve para declarar la naturaleza del cuerpo resucitado:

«Mas dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿o con qué cuerpo vendrán? ¡Necio! Lo que tú siembras, no recibe vida, si primero no muere. Y al sembrar, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, por ejemplo, de trigo, o de alguna otra especie. Sin embargo, Dios da el cuerpo como quiere, y a cada una de las semillas el cuerpo que es propio de ella. No toda carne es la misma carne; sino que una es la carne de los hombres, otra la de las bestias, otra la de las aves, otra la de los peces. Hay asimismo cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero una es la hermosura de los celestes y otra la de los terrestres. Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna y otra la claridad de las estrellas. Y aun hay diferencia de estrella a estrella en la claridad. Así sucederá también en la resurrección de los muertos. Es sembrado en corrupción, resucitará incorruptible. Es sembrado en vileza, resucitará glorioso. Es sembrado en flaqueza, resucitará vigoroso. Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual».

El Apóstol trata de explicar la *posibilidad* de la espiritualización de nuestra carne mediante el paralelismo entre Adán y Jesucristo. El primer hombre, formado del polvo, terreno y carnal, estaba sujeto a la muerte; el segundo, venido del cielo, *celestial* y vestido de la divinidad, está exento de tal flaqueza. Nosotros provenimos de ambos; del uno recibimos el cuerpo perecedero y caduco; del otro, el germen de la resurrección y de la inmortalidad. ¿Por qué no había de poder nuestro Redentor y jefe infundirnos en la resurrección la vida espiritual de un orden sobrenatural, habiendo el primer hombre legado a sus descendientes la vida caduca y perecedera?

En los versículos 50-56 afirma el Apóstol la *necesidad* de la espiritualización de la carne. Declara primero que existe absoluta incompatibilidad entre el organismo físico de nuestro cuerpo actual y la condición gloriosa del mismo en el futuro reino de Dios: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (50). Aquí abajo nuestro cuerpo está sometido a las leyes de la vida vegetativa y animal; mas en el reino de Dios, donde todo es inalterable, imperecedero, inmortal, no hay lugar para semejante cuerpo grosero y sensual; antes debe espiritualizarse. A este argumento metafísico sigue una prueba *de facto* (51-53): Según revelación hecha al Apóstol, no todos hemos de morir [1], pero sí todos seremos transformados (cfr. I *Thess.* 4, 17). En el versículo 54 s. alega la autoridad de Isaías y de Oseas; las palabras de estos profetas adquirirán plena realidad cuando nuestro cuerpo sea transformado y espiritualizado. Finalmente, en el versículo 56 les recuerda que a la muerte le ha sido arrancado el poderío, a saber: el pecado, que acarrea la condenación, y la Ley, que trae el castigo. Una vez espiritualizado nuestro cuerpo, transformado y glorioso,

---

los fieles hacían ejecutar en sí mismos las ceremonias del sacramento en nombre del difunto, para procurar a éste las gracias y los beneficios de la Iglesia. Acerca de dicha costumbre no emite juicio alguno el Apóstol; hace sólo mención de ella y declara cuán inconsecuente sea la conducta de los que no creen en la resurrección.

[1] El texto griego (mejor atestiguado), al cual seguimos arriba, no coincide del todo con la *Vulgata*. Esta dice: «Todos nosotros ciertamente hemos de resucitar, pero no todos hemos de ser transformados» (en cuerpo *glorioso*).

queda exento del pecado y de la Ley. Termina el Apóstol su doctrina acerca de la resurrección dirigiendo una mirada de gratitud a Dios, causa de todas estas maravillas, y con una exhortación salida de lo íntimo del corazón:

«Pero demos gracias a Dios, que nos ha concedido la victoria contra la muerte y el pecado por la virtud de nuestro Señor Jesucristo. Así que, amados hermanos míos, estad firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo quedará sin recompensa delante del Señor» (15, 57-58).

En el último capítulo (cap. 16) se interesa el Apóstol por la colecta en favor de los pobres de Jerusalén, expone sus planes de viaje y termina con nuevos avisos y con los acostumbrados saludos [1].

710. Escribió el Apóstol **la segunda Carta a los Corintios** por el otoño del 57 [2]. Luego de escribirles la primera, se vió precisado a dejar a Efeso para marchar a Europa (núm. 661). Después de mucho esperar, en *Macedonia* tuvo noticia por Tito de cómo había sido recibida su carta en Corinto (II *Cor.* 7, 5 ss.). En los más, produjo excelentes resultados: el incestuoso excomulgado en I *Cor.*, 5 había hecho penitencia (II *Cor.* 2, 6 ss.). Los fieles en general estaban apenados por el dolor que sus desórdenes habían producido en el ánimo del Apóstol (7, 7 16). Pero algunos, especialmente judaizantes, perseveraban en sus sentimientos hostiles, y aun se atrevieron a rebajar al Apóstol. Le echaban en cara ser vacilante (1, 17; 2, 13; 13, 6), altivo (1, 23), fanfarrón (3, 1; 5, 12). En las cartas se hace el grave y vehemente, pero personalmente es ruin y despreciable (10, 10; 11, 6). Su celo por la colecta delata intenciones poco limpias (7, 2; 12, 16). Se echaba a mala parte aun el buscar el sustento con su trabajo (11, 7; 12, 13). Su vocación apostólica era cosa muy dudosa. Ante estas imputaciones no podía permanecer en silencio el Apóstol; ello dió motivo a la *segunda Carta a los Corintios,* en la que con todo cariño, pero a la vez con firmeza, rechaza todas las insidias de sus impugnadores, con plena conciencia de la dignidad de su ministerio y de la grandeza de su sacrificio por la causa del Señor (cfr. pág. 489, nota 1). Comienza, como siempre, con el saludo.

La **primera parte** comprende los capítulos 1-7. *a)* El Apóstol *da gracias* a Dios, 1, 3-11; Dios es consuelo en todas las tribulaciones, para que a su vez pueda consolar a la comunidad; Dios fué su fortaleza en las sobrehumanas tribulaciones que padeció en el Asia (proconsular) y en Efeso, la capital, donde «pronunció su propia sentencia de muerte», es decir, donde llegó a perder la esperanza de salvar la vida. Luego *b) se defiende* 1, 11-2, 17 del cambio de plan de viaje: no mudó de idea por ligereza y veleidad, sino para no venir a ellos con ceño adusto por la falta de disciplina de la comunidad, ni tener que permanecer entre ellos apesadumbrado. Mas, como el castigo infligido en I *Cor.* 5, 3 s. al incestuoso ha producido el efecto deseado, puede la comunidad admitirle de nuevo a su trato. El viaje por Tróade y Macedonia, a Dios gracias, no ha sido infructuoso. *c)* El apostolado que ejerce en el nombre y con la bendición de Dios debería protegerle contra toda clase de maledicencia; los corintios, en particular, son su «carta de recomendación» (3, 1-7, 16).

Describe por menudo de manera grandiosa *la gloria admirable de su apostólico ministerio* y la lealtad de su apostolado.

1. Este su apostólico ministerio *resplandece* mucho más que «el ministerio de la letra que mata», es decir, más que el ministerio de Moisés, considerado en sí mismo. Pues cuando en el rostro de Moisés había tal resplandor celestial,

---

[1] No es necesario demostrar la *autenticidad* de la primera *Carta a los Corintios,* pues hoy es universalmente reconocida por los críticos.

[2] *Comentarios* católicos véase en la página 517, nota 3; además Belser (1910, cfr. a propósito de él *ThR* 1913, 566), Gutjahr (1917), Sickenberger (919).

que se veía precisado a cubrirlo para poderse presentar ante los hijos de Israel, ello significaba lo imperfecto y perecedero del Antiguo Testamento. Y así como sobre el rostro de Moisés había un velo, así un lienzo cubre en las sinagogas los libros mosaicos, la Tora; para leer la Tora se quita el lienzo, pero el sentido del libro sigue encubierto; sobre los corazones de los oyentes hay un velo [1]:

«Pero cuando alguien se convierte al Señor, desaparece el velo. El Señor es el Espíritu [2]; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Y así es que todos nosotros reflejamos la gloria de Dios a cara descubierta y somos transformados en la misma imagen cada vez más clara, como por el Espíritu del Señor» (3, 1-18).

2. Sólo para los que se pierden por no creer, permanece *encubierto* el Evangelio; para los demás, en el Evangelio se muestra la *gloria de Dios* en Cristo (4, 1-6) y la *virtud de Dios.*

3. Pues la virtud de Dios ha encomendado el Evangelio a *hombres frágiles;* extenúanse éstos con los continuos esfuerzos y padecimientos de su misión, y verifican en sus cuerpos la muerte de Cristo; pero así es como *son causa de la vida de los demás:*

«Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la superabundancia de poder se atribuya, no a nosotros, sino a Dios. Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en apuros, mas no quedamos sin recurso. Somos perseguidos, mas no abandonados; abatidos, mas no perecemos. Traemos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos. Porque nosotros, que vivimos, somos a cada paso entregados a la muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste asimismo en nuestra carne mortal. Así obra, pues, en nosotros la muerte, mas en vosotros la vida» (4, 7-12).

4. Mas por lo mismo *crece* en ellos también de día en día *el hombre interior,* y adquieren seguridad de la eterna vida:

«Pero teniendo un mismo espíritu de fe, conforme está escrito: «Creí, por eso hablé», nosotros también creemos, y por eso hablamos; pues estamos ciertos que, quien resucitó a Jesús, nos resucitará también a nosotros con Jesús, y nos colocará con vosotros en su gloria. Pues todo lo hacemos y sufrimos por vosotros, para que la gracia gane a muchos, y el hacimiento de gracias de muchos redunde en gloria de Dios. Por tanto, no desmayemos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se extenúe, el interior se renueve de día en día. Porque vuestra ligera tribulación del momento presente engendra en vosotros una gloria sobreabundante, eterna, incomparable, si no atendemos a lo visible, sino a lo que no se ve. Pues las cosas que se ven, son temporales; mas las que no se ven, son eternas» (4, 13-18).

5. En el destierro de esta vida terrenal sienten los apóstoles *deseo* inextinguible de aquella vida eterna; en las penas de la presente se despierta el *deseo del cielo:*

«Sabemos que mientras vivimos en el cuerpo, estamos distantes del Señor, lejos de nuestra patria, porque caminamos en la fe, y no por visión. Y es más, tenemos firme confianza y preferiríamos salir del cuerpo y habitar cerca del Señor. Y por eso procuramos con tesón agradarle, sea ausentes de la

---

[1] Cfr. la oración conmovedora de la Iglesia por los judíos en la liturgia de Viernes Santo: *ut Deus et Dominus noster auferat velamen de cordibus eorum, ut et ipsi agnoscant Iesum Christum Dominum nostrum.*

[2] Holzmeister (en la obrita: II *Cor.* 3, 17 *Dominus autem Spiritus est. Eine exegetische Untersuchung mit einer Übersicht über die Geschichte der Erklärung dieser Stelle.* Innsbruck 1908) opina que la persona de que habla II *Cor.* 3, 17 es el Espíritu Santo, y *Dominus* no es Cristo, sino Dios.

patria (en nuestro cuerpo), sea presentes (en la patria eterna). Porque es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba lo que es debido a su cuerpo, según el bien o el mal que hubiere hecho» (5, 1-10).

6. El Apóstol puede hablar en la forma que acaba de hacerlo; no lo hace por alabarse y recomendarse a sí mismo. Tiene derecho a esperar que la conciencia íntima de los corintios atestigüe la *sinceridad de su ministerio apostólico;* el amor a Cristo le mueve a *olvidarse de sí mismo,* por consagrarse por entero a la gloria de Dios y a la salud espiritual de los corintios, y a trabajar para que todo se renueve, anunciando *imperturbable e inconmovible,* cueste lo que cueste, el Evangelio de la reconciliación del mundo con Dios, de la renovación de la humanidad (5, 18-6, 10):

> «Antes bien portémonos en todas cosas como ministros de Dios: con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los azotes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, por la pureza, por la doctrina, por la longanimidad, por la mansedumbre, por el Espíritu Santo, por la caridad sincera, por las palabras de verdad, por la fortaleza de Dios, por las armas de la justicia a diestro y a siniestro, en medio de honras y de deshonras, de buena y de mala reputación; como impostores, siendo verídicos; como desconocidos, aunque muy conocidos; como moribundos, siendo así que vivimos; como castigados, mas no muertos; como melancólicos, mas siempre alegres; como menesterosos, mas enriqueciendo a muchos; como que nada tenemos, mas poseyéndolo todo» (6, 4-10).

7. Por eso puede también el Apóstol *exhortar entrañablemente a los corintios* a guardarse libres y puros de todo lo pagano; pues Cristo no se compadece con Belial (6, 11-7, 1). Reconoce con alegría que las noticias del efecto producido por la carta anterior han sido consoladoras; la pesadumbre que les produjo, se ha tornado en salud (7, 2-12). También Tito estaba satisfecho de la buena acogida que le dispensó la comunidad (7, 13-16).

La **segunda parte** de la carta comprende los capítulos 8 y 9. El Apóstol quiere enviarles de nuevo a Tito, para que prepare la *colecta en favor de los pobres de Jerusalén;* les anima a ser prontos y largos en ofrecer con alegría su óbolo, alegando el ejemplo de las iglesias de Macedonia, el de Cristo que, «siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de que vosotros fueseis ricos por medio de su pobreza»; les representa asimismo la bendición que Dios dispensa a la limosna, y las oraciones que por ellos harán los socorridos (8, 1-9, 15).

La **tercera parte** comprende los cuatro últimos capítulos (10, 1-13, 11). En ellos salda el *Apóstol* las cuentas *con sus enemigos,* que quieren sembrar la confusión en la comunidad. Son personas determinadas, bien conocidas de los corintios, judíos de origen, orgullosos de sus pretendidos méritos y éxitos (10, 12 s.; 11, 22 s.); predican otro Evangelio, otro Jesús (11, 3 s.); destruyen y no edifican (10, 8; 13, 10); tratan sólo de hacer sospechoso al Apóstol y su ministerio.

1. Les ruega que no le obliguen a mostrar que, no sólo por carta, sino también personalmente, sabría hacer respetar su autoridad apostólica frente a los delincuentes (10, 1-11).

2. Pues a la gloria carnal de aquéllos puede él contraponer una gloria que nace de la *conciencia de su trabajo fidelísimo y desinteresado y de sus continuos padecimientos* (10, 12-12, 10).

> «¿Son hebreos? yo también. ¿Son israelitas? también yo. ¿Son del linaje de Abraham? también lo soy yo. ¿Son ministros de Cristo? (hablo neciamente): yo más; mis trabajos son mayores, mis encarcelamientos más frecuentes; he recibido más azotes; muchas veces me he visto en riesgo de muerte. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes, menos uno. Tres veces fuí azotado

con varas, y una vez apedreado; tres veces naufragué; estuve una noche y un día como hundido en alta mar, a punto de sumergirme. Me he hallado en viajes muchas veces, en peligros de ríos, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nación, en peligros de los gentiles, en peligros en las ciudades, en peligros en el desierto, en peligros en la mar, en peligros de falsos hermanos; en trabajos y miserias; en muchas vigilias y desvelos; en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez, prescindiendo de muchas otras cosas: la diaria afluencia (de gentes) a mí, el cuidado de todas las iglesias. ¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿quién se escandaliza, que yo no me abrase? Si es menester gloriarse, me gloriaré en las cosas que son de mi flaqueza. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y que es para siempre bendito, sabe que no miento. Estando en Damasco, el gobernador del rey Aretas tenía puestas guardias por la ciudad para prenderme; mas por una ventana fuí descolgado del muro abajo en un serón, y así escapé de sus manos» (11, 22-33).

3. Puede también alegar *revelaciones divinas y sublimes;* por otra parte, le atormenta *el estímulo de la carne* [1], cosa muy indicada para mantenerle en la humildad.

«Si es necesario gloriarse (aunque nada se gana en ello), yo haré mención de las visiones y revelaciones del Señor. Yo conozco a un hombre en Cristo, que catorce años ha — si en cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, sábelo Dios —, fué arrebatado hasta el tercer cielo. Y sé que el mismo hombre — si en cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe —, fué arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables, que no es lícito a un hombre proferirlas [2]. De este tal me gloriaré; mas de mí de nada quiero gloriarme, sino de mis flaquezas. Verdad es que, si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente, porque diría verdad; pero me contengo, a fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior a aquello que en mí ve o de mí oye. Y para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee. Por ello rogué tres veces al Señor que le apartase de mí, y respondióme: Te basta mi gracia; porque la fuerza llega a la perfección en la flaqueza. Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis flaquezas, para que more en mí el poder de Cristo. Por lo cual me complazco en mis enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo; pues cuando estoy débil, entonces con la gracia soy más fuerte» (12, 1-10).

4. Abochorna a los corintios, porque con el silencio que han guardado frente a los blasfemos le han obligado a gloriarse neciamente (12, 11-18).

5. Les amenaza por última vez con emplear su autoridad punitiva, pero desea de todo corazón que no llegue el caso (12, 19-13, 11). Termina con el *saludo apostólico* (13, 12 s.) [3].

---

[1] Así según el texto griego. Los antiguos exegetas, como Jerónimo y Crisóstomo, y muchos comentaristas modernos, entienden «ángel de Satanás», «estímulo de la carne» (II *Cor.* 12, 7; *stimulus*=aguijón), de las persecuciones y sufrimientos externos, o de una enfermedad corporal. Hacia el siglo VI comenzó a interpretarse el pasaje de la tentación e incentivo de la sensualidad. En nuestro sentir, en pro de la primera interpretación obra la circunstancia de que, según el contexto, se trata de un padecimiento que se revelaba exteriormente, el cual podía ser conocido de los corintios, pero que nosotros estamos en absoluto incapacitados para determinar (¿malaria, mal de ojos, epilepsia?) Seligmüller (*War Paulus Epileptiker? Erwägungen eines Nervenarztes;* Leipzig 1911) estudia la cuestión con maduro examen; cfr. también el juicio del psiquiatra Weber en *Theol. Lit.-Ztg* 1912, 623.

[2] Cfr. J. Zahn, *Einführung in die christliche Mystik* 271 ss. 472 s.

[3] No sólo por testimonios externos, sino también por criterios internos está sobradamente atestiguada la *autenticidad de la segunda Carta a los Corintios.* En cada una de sus líneas habla la cálida personalidad de san Pablo, agitada por vehementes afectos;

711. La carta a los romanos [1] fué escrita a principios del 58. No será fuera de propósito poner aquí al lector en antecedentes de la *fundación de la cristiandad de Roma y del estado de la misma* por la época en que el Apóstol de las gentes escribió esta carta. Probablemente ya en el siglo II antes de la era cristiana, y ciertamente en el I, existía en Roma una colonia judaica [2] que al comienzo del imperio se estableció al otro lado del Tiber [3], tenía su sinagoga y practicaba sus ritos y costumbres. Esta colonia fué precursora del Cristianismo en la metrópoli apostólica; pues la sinagoga, con su doctrina positiva acerca del Dios *único* y verdadero, con su elevada moral y culto simbólico, con sus tiernas y consoladoras promesas del Mesías, era muy a propósito para producir honda impresión en ánimos puros, insatisfechos del culto idolátrico; no pocos gentiles, particularmente mujeres de condición, se adscribieron como prosélitos a la comunidad judía [4]. Esta vivía espiritualmente unida a Jerusalén, como todas las de la Diáspora, las cuales reconocían en el Sanedrín la suprema autoridad, enviaban ofrendas y presentes al Templo e iban a él en peregrinación las fiestas principales. Según nos cuenta el libro de los *Hechos*, cuando san Pedro predicó el Evangelio en la primera fiesta de Pentecostés, había peregrinos de Roma entre los oyentes; y debemos suponer que, entre los 3000 que en aquella ocasión recibieron el Bautismo, no faltaron judíos romanos, que habrían regresado cristianos a la capital del imperio. De ahí se puede decir que con aquel sermón de Pentecostés y el Bautismo administrado en Jerusalén, san Pedro inició la fundación de la iglesia de Roma, que más tarde continuó y terminó a su llegada a Roma. Aconteció esto hacia el año 42 [5].

Gran importancia tuvo para el desenvolvimiento de la comunidad cristiana de Roma el edicto emanado del emperador Claudio el año 50, del cual hacen mención *Act.* 18, 2 y Suetonio [6]. Según este historiador, el motivo de haber el César echado de la ciudad a los judíos parece haber sido las disensiones intestinas de la comunidad judía, nacidas de la formación de la comunidad cristiana; y al decir judíos, se refiere a todos los judíos de origen, por consiguiente, también a los judío-cristianos. Ello fué causa de que se rompiesen los últimos lazos de unión entre los cristianos y la sinagoga de Roma, y de que en adelante se

---

de ser obra de un falsario de época posterior, no se comprenden las circunstancias históricas. Ni aun la crítica moderna se atreve a poner en tela de juicio la autenticidad de la carta. En cambio se ataca la *unidad* de la misma, diciendo que está compuesta de dos o de tres cartas del Apóstol, y que en II *Cor.* 2, 3-4 9 y 7, 7-12 se supone una «carta de lágrimas», la cual no puede ser I *Cor.* De ahí el interés en reconstruir otra. Entre los críticos protestantes goza de cierto crédito la «hipótesis de la carta de cuatro capítulos» (*Vierkapitelbriefhypothese*), según la cual los *cuatro últimos* capítulos forman de por sí una carta que, cronológicamente, debe intercalarse entre la primera y la segunda. Pero esta hipótesis, como todas las demás que tienden a destruir la unidad de la carta, tropieza con el hecho de haberse ésta conservado en todos los códices y pasado a todas las versiones como escrito único, y de no poderse aducir una sola razón concluyente que justifique una actitud opuesta a la tradición de los manuscritos.

[1] *Comentarios* católicos: Reithmayr (1845), A. Schäfer (1891), Schulte (1897), Niglutsch (1903), J. Sickenberger (1919), Bardenhewer (Friburgo 1925), Gutjahr (1923), además de los citados en la página 612, nota 1.—Bellos «conceptos acerca del plan divino de la Redención según la *Carta a los Romanos* en E. Dimmler, *Erlösung* (Kempten 1921); también en Cohausz, *Der erlöste Mensch. Eine erklärung des Römerbriefes* (Leipzig 1925).

[2] Cfr. Bludau, *Die Juden Roms im ersten christlichen Jahrhunderte*, en *Kath* 1903; Kellner, *Das Judentum in der Urkirche, speziell im Rom*, en *HPB* 150 (1913), 120.

[3] Filón, *Leg. ad Caj.* 23. Josefo, *Ant.* 17, 10 s.

[4] Juvenal (*Sat.* 14, 100 ss.) se burla de estos romanos judaizantes; los escritores romanos en general frecuentemente hablan con odio y desprecio de la religión judía y de los convertidos al judaísmo (cfr. también Tácito, *Hist.* 5, 5; Horacio, *Sat.* 1, 4, 149; 1, 5, 100; 1, 9, 70).

[5] Cfr. núm. 616 ss ; también A. de Waal, *Roma sacra* 20 ss.

[6] *Vita Claudii* 25. *Iudaeos impulsore Chresto (Christo) assidue tumultuantes (Claudius) Roma expulit.* Cfr. núm. 651.

desenvolviese la iglesia como comunidad formada únicamente de cristianos de procedencia pagana. Pues también los cristianos de origen judío regresados a Roma al revocarse el edicto del emperador Claudio (cfr., por ejemplo, *Rom.* 16, 3 s.) evitaron el trato de la comunidad judía y se unieron íntimamente a los cristianos procedentes del gentilismo, formando con ellos una comunidad. De esta suerte, ya desde el año 50 la sinagoga y la iglesia cristiana vivían separadas; de ahí se explica el desconocimiento que el año 61, al venir san Pedro a Roma, demostraron tener del Cristianismo los jefes de la sinagoga romana y los judíos romanos (cfr. *Act.* 28, 17 ss.), de no quererse achacar a orgulloso desprecio, o quizá a diplomacia, su proceder respecto del Cristianismo.

Cuando el Apóstol san Pablo escribió la *Carta a los Romanos,* la comunidad estaba floreciente (1, 8), contaba con muchos adeptos y tenía varios lugares de reunión en distintas partes de la ciudad (16, 3 ss.). Componíase de cristianos de origen judío y cristianos de procedencia pagana; pues el Apóstol se dirige (4, 1 ss. y 7, 1 ss.) a unos y a otros. Pero parece que predominaban los últimos; pues san Pablo cuenta a sus lectores (1, 5 s. 13) entre las «gentes», gentiles, y para escribirles con libertad invoca su título de Apóstol de las gentes (15, 15 s.). Según el contenido de la carta, cristianos de origen judío y cristianos de procedencia pagana vivían en perfecta concordia, sin partidos, ni divisiones, ni antagonismos [1] (16, 17-19), aunque algunos espíritus apocados creyeran que debía observarse la Ley Ceremonial judía (cap. 14 s.). La comunidad estaba bien instruída en lo concerniente a la religión (1, 11 s.; 14, 15 s.) y se distinguía tanto por su adhesión a la fe, que mereció ser por ello «celebrada en todo el mundo» (1, 8; 16, 19). Seis años más tarde, en las tormentas de la persecución neroniana [2], tuvo ocasión de mostrar su fidelidad y abnegación.

La carta fué *motivada* por el deseo del Apóstol de visitar esta iglesia fundada por san Pedro y celebrada en todo el mundo por su fe; pensaba realizar su deseo en el viaje a España, una vez que hubiese visitado la iglesia de Jerusalén (15, 23-28). Con esta carta, escrita en *Corinto* o en la ciudad marítima Cencreas (16, 1), quiso el Apóstol darse a conocer a los romanos, preparándolos para la visita que pensaba hacerles. En ella encontramos este magnífico testimonio: «*No me avergüenzo del Evangelio; pues él es la* **virtud** *de Dios* que transforma y renueva íntimamente el linaje humano y *salva* (mediante la gracia y la gloria) a **todos los que creen**» (1, 16).

La carta se divide en dos partes, *dogmática* (cap. 1-11) y *moral o parenética* (12-16).

I. La primera desarrolla un tema que es verdaderamente la idea fundamental de la religión cristiana: *Todos los hombres necesitan de la gracia de*

---

[1] Es insostenible la opinión de haber sido motivada la carta por las discusiones entre judío-cristianos y étnico-cristianos. La hipótesis pugna con la disposición de la carta (¡cuán distinta de la *Carta a los Gálatas!)* En lo tocante a la antítesis entre judaísmo y Cristianismo (cap. 1-11), estaba impuesta por el tema mismo de la carta; y en ella se mantiene el Apóstol en el terreno objetivo, sin descender a personas y circunstancias. Ni una palabra de discusiones en toda la carta, a no ser en el cap. 14 s. y 16, 17-19. Mas en cuanto al cap. 14, los avisos que en él da el Apóstol acerca del proceder indulgente que los étnico-cristianos deben observar con los judío-cristianos medrosos y escrupulosos en la observancia de las leyes relativas a los manjares y a las fiestas, son tan generales, que de ahí no se puede sacar argumento para decir que en Roma hubieran ya realmente existido ni siquiera insignificantes disensiones promovidas por las diferencias judío-cristianas. Claramente se dice (vers. 19) que los romanos están todavía libres de tales divisiones y extravíos, de suerte que sólo se entrevé la posibilidad de que algún día se alterase la paz. — Es posible que las diferencias entre judío-cristianos y étnico-cristianos, si es que las había en Roma, hubiesen dado pie a ciertos avisos contenidos en la parte moral de la carta (cap. 12-16), especialmente en el cap. 14; pero no fueron el motivo propiamente dicho y el fin propio de la carta. Cfr. a este propósito también Kortschack, *Die Veranlassung des Römerbriefes,* en *Studien und Mitteilungen aus dem Benediktiner- und Cistercienserorden* XXVII 71.

[2] Cfr. núm. 690.

Dios, porque son pecadores; la gracia sólo se puede lograr por medio de Jesucristo (3, 22-24).

1. Demuestra el Apóstol la primera parte de la proposición, a saber, que *todos los hombres son pecadores* y necesitan de la gracia de Dios, haciendo desfilar a toda la humanidad, a judíos y gentiles, ante la ley eterna de Dios, y examinando su estado religioso-moral a la luz de la ley divina. El *mundo pagano,* aunque poseía la ley natural y hubiera podido llegar a conocer al Dios verdadero, ha caído en la impiedad y en los vicios más abyectos, y por ello se ha hecho merecedor del castigo de Dios (cfr. *Sap.* 14 y 15); necesita de la Redención por la fe y la gracia; no le es suficiente la sabiduría y el conocimiento humanos (1, 19-2, 16). Pero también los *judíos* necesitan de la Redención. Es cierto que tenían la ventaja de poseer la Revelación divina; pero se han contentado con un conocimiento externo de la Ley, sin cuidarse de observarla con verdad; y, tocante a los valores morales, en nada aventajan a los gentiles, pues son tan pecadores como éstos (2, 17-3, 20). De donde resulta que el pecado y la culpa son generales: la justicia y la salvación sólo son posibles mediante la gracia de Dios en la fe en el Redentor Jesucristo:

«Porque *todos pecaron,* y necesitan de la gloria de Dios. Son justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención, que está en Jesucristo. A quien Dios destinó como víctima de propiciación (para que reconciliase a los hombres con Dios por medio de la efusión de su sangre santísima, cuya virtud reconciliadora se apropia el hombre) por la fe en su sangre; (y a la verdad, Dios ha hecho esto) para manifestar su justicia, perdonando los pecados pasados, sufridos con divina longanimidad (para mostrar a plena luz su justicia, obscurecida, al parecer, por su longanimidad, en cuanto que los pecados de la humanidad, sufridos hasta entonces con infinita paciencia, se expían ahora, y) para manifestar su justicia en el tiempo presente, por donde se vea cómo él es justo y justifica al que tiene fe en Jesucristo. ¿Dónde está, pues, el motivo de tu gloria? Queda excluído. ¿Por qué ley? ¿Por la ley de las obras? (es decir, ¿por la Ley del Antiguo Testamento, no en su verdadera naturaleza, sino según el falso concepto que de ella tenía el judaísmo de entonces?). No; sino por la ley de la fe («principio, fundamento y raíz de la justificación» [Conc. Trid.]). Pues opinamos que el hombre se justifica por la fe sin las obras de la Ley (que preceden a la fe o no proceden de ella, pero *no* por *sola* la fe sin las *buenas* obras, es decir, sin las obras que proceden de la fe y muestran que ésta es viva)[1]. ¿Por ventura Dios es solamente de los judíos? ¿no lo es también de los gentiles? Sí, por cierto, es también de los gentiles. Porque uno es realmente el Dios que justifica por la fe a los circuncisos (a los judíos), y mediante la fe a los incircuncisos (a los gentiles); (pues siendo *único* Dios de los judíos *y* de los gentiles, ha abierto a judíos *y* gentiles el *mismo* camino para llevarlos a la justificación, el camino de la fe). ¿Destruímos, pues, la Ley por la fe? No, por cierto; antes bien confirmamos la Ley» (3, 23-31).

2. Pasa luego el Apóstol a demostrar la segunda parte de la proposición, a saber: que *la gracia sólo se puede lograr por la fe en Cristo Jesús. Primera prueba:* según *testimonio del Antiguo Testamento,* la raíz de toda justificación es la gracia y la fe; aquí el Antiguo Testamento no está en contradicción con el Nuevo. Lo demuestra la historia de Abraham: Abraham fué justificado de pura gracia por la fe, ya *antes* de la circuncisión (ésta fué sólo como la ratificación y el sello), y mucho antes de haberse dado la Ley (cfr. *Gal.* 3, 17), por ende, independientemente de la circuncisión y de la Ley. La fe viva y

[1] Si el Apóstol rechaza las «obras de la *Ley*» en sentido farisaico como *causa eficiente y meritoria* de la justificación, no menos afirma la necesidad de *las buenas obras* para salvarse. Cfr. II *Cor.* 9, 8; *Ephes.* 2, 10; *Col.* 1, 10; *Gal* 5, 6; I *Cor.* 13, 2; 7, 19; afirma también expresamente que los hombres han de ser juzgados por sus obras (*Rom.* 2, 6; *Gal.* 6, 8 s.; II *Cor.* 5, 10). Véase página 624, nota 1.

firme de Abraham en Dios, en la Revelación y en la promesa, debe ser modelo de la fe de los cristianos (4, 1-25). *Segunda prueba:* los *frutos de la Redención,* cuales se muestran en el nuevo linaje del segundo Adán, Cristo. Estos frutos son:

a) *La victoria sobre el pecado* y el *triunfo de la gracia* o — en términos teológicos — el pecado original borrado por la gracia de Cristo (cap. 5). Este fruto se manifiesta en la paz con Dios, en la esperanza de la futura gloria, en la fidelidad en las tribulaciones de la vida terrena, en el amor de Dios y en la alegría en Dios (5, 1-11). Establece el Apóstol un paralelo entre ambos padres del humano linaje: Adán, por el cual fuimos hechos pecadores e incurrimos en la muerte; Cristo, por el cual somos redimidos y recibimos la nueva vida de la gracia:

> «Así como por *un* hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, propagándose la muerte en todos los hombres, porque todos han pecado (en él), (así también por *un* hombre, Cristo, ha venido la justicia, y por la justicia la vida). Pues el pecado ha estado en el mundo hasta la Ley; mas el pecado no se imputaba porque no había ley. Con todo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aun sobre aquéllos que no pecaron con una transgresión (de una ley), como Adán, el cual es figura del segundo (Adán, Cristo). Pero no sucede con la gracia como con el pecado; porque si por el pecado de uno murieron muchos, más copiosamente se ha derramado sobre muchos la gracia de Dios y el don por la gracia de *un* hombre, que es Jesucristo. Y no como el pecado por *uno,* así también el don; porque el juicio vino, ciertamente, de *un* pecado para *condenación;* mas el don de la gracia libra de *muchos* pecados para *justificación* [1]. Pues si por el pecado de uno la muerte adquirió su señorío mediante uno, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por solo Jesucristo. Así, pues, como por el delito de *uno* la condenación alcanzó a todos los hombres, así también por la justicia de *uno* se extiende a todos los hombres la justificación que da vida. Pues a la manera como por la desobediencia de *un* hombre fueron muchos constituídos pecadores, así también por la obediencia de *uno* serán muchos constituídos justos. Mas sobrevino la Ley, para que aumentase el pecado [2]. Pero cuanto más abundó el pecado, tanto más ha sobreabundado la gracia, a fin de que al modo como reinó el pecado para la muerte, así también reinase la gracia por la justicia para vida eterna por Jesucristo, nuestro Señor» (5, 12-21).

b) *Victoria sobre la muerte; la nueva vida del justo,* o el pecado habitual y la gracia santificante (cap. 6). Por la gracia participa el justo de la vida de Cristo, y, como lo dice el simbolismo del rito del Bautismo, debe estar muerto al pecado y vivir vida nueva. Nada más errado que afirmar que al justo le sea lícito pecar, porque ya no está sujeto a la Ley mosaica, sino bajo la influencia de la gracia. Por el contrario, el justo está obligado a servir a aquél de quien se ha hecho siervo; ahora bien, por la justificación se libró de la ignominiosa esclavitud del pecado que le llevaba a la muerte eterna, y entra al servicio de Dios y de la justicia, que le pone en el camino de la santidad y de la vida eterna; es, por consiguiente, siervo de Dios y de la justicia, mas no del pecado y del vicio (6, 1-23).

c) *Victoria sobre la carne; el triunfo del espíritu,* o la concupiscencia y la gracia actual (7-8, 11). Libre de la Ley mosaica, que para el hombre caído era ocasión de pecado y no le podía ayudar, el justo pertenece del todo al

---

[1] El efecto del pecado de Adán fué un juicio, en que se pronunció la condenación; el efecto de la muerte expiatoria de Cristo es el perdón de todos los innumerables pecados que son fruto y consecuencia de aquél primero.

[2] Véase, en especial, página 620.

Salvador resucitado y glorioso, y, unido con El por la gracia, debe servir a Dios en una nueva vida del espíritu y dar frutos para el Señor (7, 1-6). El Apóstol considera el estado del hombre caído y privado del auxilio de la gracia. La Ley, buena en sí, justa y santa, fué muchas veces ocasión de pecado, en cuanto que la concupiscencia que habita en el hombre caído se desarrollaba frente a la Ley y se manifestaba exteriormente, de suerte que el pecado y la culpa iban en aumento (7, 7-13). Cual «excelente pintor» (Teodoreto) describe luego el Apóstol de una manera viva y enérgica lo que ya antes explanó: la disensión entre el espíritu y la carne, el poder y eficacia del pecado en el hombre que aun no ha sido redimido; con fina psicología se pone el Apóstol en la situación de éste, recordando su propio estado antes de convertirse (7, 14-25). Luego describe el Apóstol al hombre en estado de gracia. Explica la libertad en Cristo mediante el Espíritu Santo y el término de la Redención en la gloria celestial (8, 1-39). Los justos son libertados del pecado en Cristo Jesús por el Espíritu Santo; nada queda en ellos que sea merecedor de condenación, y pueden, y de veras han de cumplir la Ley de Dios (8, 1-11).

d) *Consecuencias morales e himno al poder del espíritu cristiano y del amor divino.* Los justos deben vivir en el Espíritu Santo y conforme a la condición de hijos de Dios, que les da derecho a la herencia de la eterna felicidad; la cual, por oculta que ahora parezca, se manifestará en ellos más tarde con grandísima gloria (8, 12-30). Con un *epílogo triunfal* acaba el Apóstol la doctrina de la Redención y justificación:

> «¿Qué diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios mismo es el que los justifica ¿quién osará condenarlos? Jesucristo es quien murió y también resucitó, el cual está a la diestra de Dios y asimismo intercede por nosotros. ¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿será acaso la tribulación, o la angustia, o el hambre, o la desnudez, o el riesgo, o la persecución, o la espada? Pues está escrito: Por ti somos entregados todo el día a la muerte, somos tratados como ovejas (destinadas) al matadero. No, en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de aquél que nos amó. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la violencia, ni todo lo que hay de más alto ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se manifiesta en Jesucristo, Señor nuestro» (8, 31-39).

3. *Providencia de Dios con Israel* (9-11, 36). Respuesta a la pregunta: ¿Por qué el pueblo de Dios, el heredero de las bendiciones y promesas mesiánicas, ha despreciado el Evangelio? El Apóstol defiende primero en general la justicia y fidelidad de Dios, explica luego (cap. 10) por qué Israel desechó la salud mesiánica y expone finalmente (cap. 11) la razón providencial.

Cuanto a la nueva vida bienaventurada lograda en Cristo, el Apóstol se llena de dolor al contemplar la incredulidad de su pueblo, y examina la apostasía de Israel a la luz de los principios del plan divino de la Redención. Aunque una gran parte del pueblo israelita no ha participado de la salud mesiánica prometida, no por eso han dejado de cumplirse las promesas de Dios; pues todas esas promesas no se refieren al Israel corporal, es decir, al pueblo judío como tal, sino al Israel espiritual, es decir, a todos los creyentes, ora vengan del judaísmo, ora de la gentilidad. La descendencia según la carne y las obras humanas no dan, generalmente hablando, derecho alguno a las promesas mesiánicas (9, 1-13). A quien Dios llama a la salud, le llama por libre gracia y misericordia; a quien Dios desecha, conforme a su justicia le desecha. Y así, Dios llama de gracia y misericordia a muchos gentiles a la salud mesiánica, y desecha a los judíos conforme a su justicia, porque Cristo les es piedra de

escándalo, como fué profetizado en el Antiguo Testamento (9, 14-33). El Apóstol sigue explanando su pensamiento, que la incredulidad de Israel sea la causa de la exclusión de la salud mesiánica, dando a sus hermanos muestra del grandísimo interés que por ellos tiene e indicando que la Ley Antigua ha tocado a su fin y que Cristo y la fe en Cristo son el verdadero camino de la salud para todo el mundo. Declara luego que el Evangelio se anuncia en todo el mundo, sobre todo al pueblo de Israel; por lo que Israel es culpable de su incredulidad. Israel tiene la culpa de su ruina (10, 1-21). Echa el Apóstol una mirada a la situación de Israel respecto de la divina Alianza en el presente y en el futuro. Si de lo dicho quisiere alguien deducir que Israel ha sido desechado totalmente por Dios, se engañaría. Israel, aunque profundamente caído, no ha sido desechado por Dios totalmente y para siempre, de suerte que le sea imposible el logro de la salud mesiánica (11, 1 10). Mas el gentil que se ha hecho participante de la salud mesiánica destinada primero para Israel, no se engría por la ruina de Israel, antes tiemble por su propia salud, considerando la espantosa ceguera del pueblo judío, y adore la justicia y misericordia de Dios (11, 11-24). Así como Dios durante siglos dejó a los gentiles seguir su camino y supo, sin embargo, llevarles a Cristo, también ahora dejará a Israel en su ceguedad; pero también Israel se convertirá un día a Cristo, guiado por la amorosa providencia de Dios (11, 25-32). Estos maravillosos y misteriosos caminos que se manifiestan en toda la historia del reino de Dios en la tierra, desde el principio hasta el fin del mundo, hacen prorrumpir al Apóstol en un hermoso himno de alabanza a la omnipotencia, sabiduría, justicia y misericordia de Dios:

«¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inescrutables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor? O, ¿quién fué su consejero? O ¿quién le dió a él primero alguna cosa, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y para él son todas las cosas; a él sea gloria por los siglos, Amén» (11, 33-36).

II. *En la parte moral o parenética* (12, 1-15, 13) desarrolla el Apóstol una serie de preceptos y avisos morales encaminados a presentar la vida cristiana en sus distintos aspectos. Traza (12, 1-21) los *rasgos fundamentales de la vida cristiana y de la comunidad eclesiástica*. El cristiano, cuya vida entera debe ser un culto sagrado delante de Dios (12, 1 2), como miembro del organismo eclesiástico debe hacer recto uso de las gracias que se le conceden, cumplir sus obligaciones en el puesto que se le asigne (12, 3-8) y probar con hechos en espíritu de caridad, siempre y en todas partes, sus sentimientos cristianos (12, 9-21). Pasa luego (13, 1-14) a explicar la *vida cristiana en las relaciones sociales*. Exhorta a los cristianos a obedecer a las autoridades (13, 1 7), señala como ley fundamental de la vida social la caridad cristiana (13, 8-10) y termina con un requerimiento a ajustar la vida a la luz del Evangelio:

«Sobre todo viendo los tiempos; porque es ya la hora de despertarnos del sueño; pues la salud está más próxima que cuando recibimos la fe. La noche está muy avanzada, y el día se acerca; dejemos, pues, las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Andemos con honestidad, como de día; no en comilonas y borracheras, no en placeres y deshonestidades, no en contiendas y envidias; mas revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no tratéis con gusto a los apetitos de la carne» (13, 11-14).

En los capítulos 14 y 15 enseña el Apóstol a *conducirse con los débiles en la fe*. Motivo de estos avisos fueron ciertas opiniones que se agitaban entre los cristianos de procedencia judía y los de origen pagano, aquí y en todas las comunidades compuestas de elementos del judaísmo y de la gentilidad. Los cristianos de procedencia judía seguían observando con escrupulosidad las leyes relativas a manjares y ayunos, se abstenían de comer carne y beber vino, teme-

rosos de que en el mercado se vendiesen dichos artículos mezclados con los que se ofrecían a los ídolos, y se escandalizaban de la poca cuenta que de ello hacían los cristianos de la gentilidad. Estos, en cambio, miraban con cierto desprecio a los primeros, considerándolos como gente que no había llegado todavía a la plenitud de la libertad cristiana. Para cortar de raíz disputas tan peligrosas para la unidad de la iglesia, resuelve el Apóstol la cuestión según el espíritu de las conocidas palabras: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas.* El cristiano de procedencia pagana no debe juzgar dura y desdeñosamente al cristiano de origen judío, ni éste a aquél; antes bien todos deben dejar el juicio a Cristo; proceda cada uno según sus convicciones en los negocios que no atañen a la fe (14, 1-12). Sin embargo, los cristianos del gentilismo deben tener mucha cuenta de no dar motivo de escándalo a los cristianos de origen judío (14, 13-23), antes deben ser tolerantes y condescendientes con los «débiles en la fe», siguiendo el sublime ejemplo de Jesucristo (15, 1-13).

En el *remate de la carta* (15, 14-16, 27) se disculpa el Apóstol de la franqueza con que les escribe, alegando su vocación y dignidad de apóstol (15, 14-21). Promete ir a Roma, les participa su plan de viaje (15, 22-29) y les suplica le tengan presente en sus oraciones, para que, libre de todos los peligros que le amenazan, pueda finalmente ir a visitarlos (15, 30-33). A continuación recomienda a la portadora de la carta (16, 1-2). Sigue una larga serie de saludos a algunos cristianos de Roma y el saludo colectivo de todas las cristiandades a la iglesia de Roma (16, 3-16); les previene contra los herejes, hace el elogio de la iglesia romana (16, 17-20) y transmite los saludos que le encargan los amigos (16, 11-23).

Termina el Apóstol con la bendición apostólica y una hermosa doxología, consonante con la profundidad y el tono elevado de la carta (16, 24-27) [1].

712. La carta a los Filipenses [2] *fué escrita probablemente en la prisión de Roma* [3]. Tres veces, que sepamos, estuvo el Apóstol en Filipos antes que escribiera la carta. La primera, cuando fundó la cristiandad (núm. 642); la segunda, unos cinco años después, por la época de la segunda carta a los de Corinto (pág. 577, nota 6); la tercera, de paso para Jerusalén. Llegado a esta ciudad, fué arrestado y conducido a Cesarea, y luego a Roma (núm. 662). Sabido que lo hubieron los de Filipos, enviaron allí a *Epafrodito* (¿su obispo?) con socorros pecuniarios, como lo habían hecho ya antes durante la permanencia del Apóstol en Tesalónica y Corinto (4, 10-18). En esta ocasión supo que también en Filipos se habían introducido cristianos judaizantes, sembrando la

---

[1] No hay cuestión acerca de la *autenticidad de la Carta a los Romanos;* pero la *unidad* de la misma es combatida por algunos sabios modernos; los cuales, aunque creen ser de san Pablo los capítulos 15 y 16, opinan, sin embargo, que originariamente no pertenecieron a nuestra carta. Son muy poco sólidos los argumentos en que fundan tales afirmaciones, contrarias a la tradición de todos los manuscritos y de las versiones antiguas. La simpatía del Apóstol para con los judíos (15, 8 27) está de acuerdo con el amor a su pueblo, manifestado, por ejemplo, en 9. 1-5.—La lista de saludos del final de la carta por lo menos nada dice contra Roma. Lightfoot *(S. Pauls Epistle of the Philippans* [London 1903] 171 ss.) ha comprobado en las inscripciones los nombres de Ampliato, Urbano, Estaquis, Apeles, Trifena, Trifosa, Filólogo, Nereo, nombres de mozos de cortijo de aquel tiempo; dado el tráfico entre Roma y el Oriente, se explican las amistades de Pablo en Roma.—Cfr. también Weppelmann, *Römerbrief Kap. 16. Ein Bild des sozialen Zustände in der römischen Urkirche,* en *PB* XXXI 289. — También en otras cartas se encuentran doxologías, por ejemplo, en I *Cor.*, II *Thess.*, *Philipp.*— Con razón afirma A. Schäfer *(Einl.* 123) «que los adversarios de la integridad de la *Carta a los Romanos* todavía no han explicado cómo las distintas secciones o proposiciones pudieron unirse tan pronto con la primera carta y hallar general aceptación».

[2] *Comentarios* católicos. Además de los citados en la página 612, nota 1, véase Beelen (1852), Müller (1899), Tillmann (1917); también Keller, *Sonnenkraft. Der Philipperbrief des hl. Paulus in Homilien für denkende Christen dargelegt* [2 y 3] (Friburgo 1919); Baur, *Christus der König der Zeiten. Vorträge über den Philipperbrief* (Friburgo 1914). [3] Cfr. núm. 685 s.

discordia en el seno de la iglesia. Ello dió motivo a Pablo para escribirles una carta que remitió por medio de Epafrodito, luego que éste se hubo restablecido de la enfermedad que le sobrevino en Roma (2, 25-27). Llama en ella a los filipenses alegría y corona suya (4, 1), les tranquiliza respecto de la suerte que a él pueda caberle, les exhorta a la concordia con acentos de ternísimo amor y les previene contra los perniciosos manejos de los herejes La carta habla el lenguaje del amor. Cada una de sus líneas nos admira por el vigor de la fe, por la soberana elevación sobre el temor a los hombres y a la muerte y sobre las ventajas y los prejuicios de este mundo, por el desinterés, ternura y solicitud del Apóstol de las gentes.

Después del *saludo* de costumbre (1, 1 s.), dice el Apóstol en la *introducción* que en todas sus oraciones da gracias a Dios por el celo que demuestran los filipenses, los cuales desde la fundación de la comunidad han tomado siempre parte activa en la propagación del Evangelio (con su simpatía y sus dádivas al Apóstol, cfr. 4, 10-20); pero a la acción de gracias agrega una súplica, para que la vida interior de los filipenses, «su caridad», vaya siempre en aumento, y sea *iluminada* cada vez más por el profundo conocimiento de la verdad divina, y sea más *consciente* y tierna cada vez por un fino y exquisito sentimiento moral, de suerte que en todo momento sepan discernir lo que es grato a Dios. Con lo que en el día de la segunda venida de Cristo serán hallados limpios e irreprensibles, ricos en buenas obras, para gloria y alabanza de Cristo (1, 3-11)[1].

I. Después de este prólogo, expone el Apóstol lo que piensa *de su situación personal en Roma*. Las cadenas no han sido perjudiciales al Evangelio, antes le han favorecido. Los soldados pretorianos que se relevan custodiándole (*Act.* 28, 30 s.), y todos los que se ponen en contacto con él, se dan cuenta de que sufre las cadenas por la causa de Cristo y por la virtud de Cristo. Los más de los fieles, al ver la fortaleza y la alegría del prisionero, han cobrado nuevo ánimo, de suerte que hasta los vacilantes anuncian sin temor el Evangelio. No todos se guían por nobilísimas intenciones en este negocio; algunos lo hacen por celos mezquinos y manía de censurar, y por causar pesadumbre al Apóstol; mas también éstos predican a Cristo, lo cual no deja de producir alegría al magnánimo y desinteresado Apóstol, entregado de lleno a la causa de Cristo. Pues sabe de fijo que todo lo que le sucede le aprovechará para su salud eterna y redundará en provecho de la causa de Cristo, porque sus buenos filipenses ruegan por él, y el Espíritu Santo le asiste (cfr. *Rom.* 8, 26). Ayudado por las oraciones de los filipenses y por la gracia del Espíritu Santo, espera confiadamente que también esta vez como otras muchas (en Listra, en Filipos y en Efeso, ante Félix, ante Festo y ante Agrippa) *Cristo será glorificado* en el proceso que se le sigue en Roma ante el tribunal de Nerón. Como quiera que resulte el proceso, *Cristo será glorificado*. Porque mi vivir es Cristo (de seguir viviendo, Cristo es glorificado; pues entonces podré trabajar, luchar y padecer por Cristo), y morir (es) ganancia (si padezco el martirio, también será glorificado Cristo, y la muerte es lucro para mí, porque me libra de la mísera tierra y me abre las puertas de la gloria del Señor). Por mi parte, preferiría morir. Pero considerando que todavía puedo trabajar por Cristo en este mundo, vacilo entre el deseo de la eterna felicidad y la alegría de seguir trabajando. De aquí toma pie el Apóstol para expresar su *firme esperanza de la liberación*.

II. En 1, 27-2, 18 *exhorta* a los filipenses a *permanecer unidos y animosos*. Intrépidos deben salir al paso de todos los ataques de los adversarios. Pues los perseguidores pronuncian sobre sí mismos la sentencia de condenación; mas los perseguidos deben ver en sus apuros la señal cierta de su elección. Pues la vocación del cristiano, no es sólo creer en Cristo, sino padecer por él. El Apóstol puede alegar sus propios trabajos y padecimientos por Cristo (en

[1] Cfr. también las hermosas palabras de José Zahn, *Einführung in die christliche Mystik*, acerca de las aspiraciones ético-ascéticas de los místicos (cap. III, 15, pág. 102).

Filipos, cfr. *Act.* 16, 16-40 y ahora en Roma). Ante todo deben permanecer unidos. La unión se prueba mediante la humildad. Por eso conjura el Apóstol a los filipenses, por lo más querido de su corazón, a no hacer nada movidos por afán de disputa ni por vanagloria, «sino que cada uno con humildad mire como superiores a los otros, atendiendo cada cual, no al bien de sí mismo, sino a lo que redunda en bien del prójimo». Para educarlos para esta humildad, les pone ante los ojos el ejemplo de Cristo. Con esta coyuntura encontramos uno de los pasajes *cristológicos* más sublimes. Dice así:

«*Porque habéis de tener los mismos sentimientos de que estaba animado Jesucristo. El cual, existiendo en la naturaleza de Dios, no creyó que fuese usurpación ser igual a Dios*[1]. *Sino que se despojó* (no de la naturaleza divina; pues a su naturaleza nadie puede renunciar; sino se privó de su natural derecho a manifestarse en gloria y majestad divinas; cfr. II *Cor.* 8 9), *tomando naturaleza de siervo* (naturaleza de criatura), *hecho semejante a los demás hombres y reducido a la condición de hombre*[2]. *Y* (no contento con haberse rebajado desde la majestad divina hasta la forma de siervo), *se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó* (en cuanto a su naturaleza humana) *sobre todas las cosas, y le dió un nombre superior a todo nombre* (Dios ha hecho tan extraordinariamente glorioso este nombre y al que lo lleva): *que al nombre de Jesús se doble* (en señal de adoración) *toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua confiese que Jesucristo* (el cual, despojándose de su gloria y poder divinos, tomó la forma de siervo, realmente) *es* **el Señor** *para gloria de Dios Padre*».

A la vista de tan sublime ejemplo de humildad y obediencia, deben los filipenses guardarse de juzgar a los otros (cfr. 2, 3 s.); antes bien, cada cual debe trabajar en el negocio de su salvación con temor y temblor. Pues no es cosa que dependa sólo de la voluntad.

«Dios es el que obra en vosotros el querer y el ejecutar, según mejor le place. Haced, pues, todas las cosas sin murmuraciones ni perplejidades, para que seáis irreprensibles e hijos sinceros de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandecéis como lumbreras del mundo, conservando la palabra de vida (el Evangelio); de suerte que yo pueda gloriarme en el día de Cristo de no haber corrido en balde, ni en balde trabajado. Pues aun cuando yo haya de servir de libación para el sacrificio y la ofrenda de vuestra fe, me gozo y me congratulo con todos vosotros. Y de eso mismo habéis vosotros de holgaros y darme a mí el parabién».

III. Les *ruega* 2, 19-30 que acojan bien a Timoteo, a quien piensa enviarles pronto; les participa la pronta ida de Epafrodito, el cual, restablecido de la enfermedad, siente deseos de volver a su patria.

IV. *Les previene contra la importunidad de ciertos herejes judíos* (3, 1-21) que se glorían en la carne; frente a ellos sienta san Pablo sus princi-

[1] El pasaje puede significar tres cosas: 1, siendo por naturaleza verdadero Dios, no necesitaba usurpar «la igualdad con Dios», es decir, la manifestación externa de la gloria divina, sino tenía derecho a mostrarse igual a Dios en gloria y majestad divinas; 2, siendo por naturaleza verdadero Dios, no consideró la gloria externa divina como un derecho que hubiese de defender con todas sus fuerzas, de suerte que quisiera mostrar siempre por defuera la gloria divina; 3, siendo verdadero Dios, no consideró ni usó la igualdad con Dios como título jurídico para pretender todos los honores.

[2] El pasaje es un testimonio clásico de la unión hipostática, es decir, de la unión de la naturaleza divina con la humana en la persona divina de Jesucristo, y de la doctrina del anonadamiento del Logos (*Kenosis*) en la Encarnación. (Cfr. Nisius en *ZKTh* 1897, 276 ss.; 1899, 75 ss.; Waldhäuser. *Die Kenose und die moderne protest. Christologie* (Maguncia 1912); H. Schumacher, *Christus in seiner Präexistenz und Kenose nach Phil.* 2, 5-8. Primera parte: *Historiche Untersuchung (Scripta Pontificii Instituti bliblici.* Roma 1914).

pios, y pone la mirada en el fin, exhortando a los filipenses a seguir los mismos principios y las mismas aspiraciones:

«Las cosas que antes consideraba yo como ganancia (todos los privilegios y prerrogativas de que me podía gloriar como judío de origen), me parecen pérdida a causa de Jesucristo. Y en verdad, todo (cuanto me puede ofrecer el mundo) lo tengo por pérdida, comparado con el sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor (de hecho he renunciado a todo lo que antes amaba y estimaba), y lo miro como basura, por ganar a Cristo y hallarme en él; no con la justicia mía que viene de la Ley, sino con aquélla que nace de la fe de Jesucristo, la justicia que viene de Dios por la fe (no por mis obras y propios méritos sino por los méritos de Jesucristo que se aprehenden por la fe. Y a la verdad, todo lo daría) por conocerle (cada vez más, experimentar en mí) la virtud de su resurrección y (aprovechar) la comunidad de sus padecimientos, por si, asemejándome a su muerte, puedo alcanzar la resurrección de los muertos (y conseguir aquella perfección a la cual Dios me destinó al apoderarse de mí en el camino de Damasco). No que lo haya logrado ya, o llegado a la perfección; pero me esfuerzo por conseguirlo, como también fuí aprehendido por Jesucristo. Yo, hermanos míos, no me imagino haber tocado el fin de mi carrera; pero olvidando las cosas de atrás y atendiendo sólo a las de delante, la mira puesta en la meta, voy corriendo hacia el precio a que Dios me ha llamado de lo alto por la gracia de Jesucristo».

«Hermanos, sed imitadores míos, y poned los ojos en aquellos que proceden conforme al dechado que en mí tenéis. Porque muchos andan, como os decía repetidas veces (y aun ahora lo digo con lágrimas), como enemigos de la cruz de Cristo; el paradero de los cuales es la perdición, cuyo Dios es el vientre; y hacen gala de lo que es su desdoro, aferrados a las cosas terrenas. Pero nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo, de donde asimismo estamos aguardando al Salvador, Jesucristo, Señor nuestro, el cual transformará nuestra bajeza (nuestro vil y envilecido cuerpo) y lo hará conforme al suyo glorioso, por la virtud que él tiene de someter todas las cosas.

V. Tras ciertos avisos particulares (4, 1-9), muestra el Apóstol (4, 10-20) su alegría por las dádivas que la comunidad le remitió por medio de Epafrodito: «no es que desee yo dádivas, sino busco el provecho que resultará de ello a cuenta vuestra». Termina la epístola saludándoles de parte de los «de la casa del César» y dándoles la bendición apostólica (4, 21-23)[1].

713. La Carta a los Efesios[2] fué escrita el año 63. No están de acuerdo los católicos acerca de los *destinatarios* de la carta que en el Canon lleva el título de «Carta a los Efesios». En los manuscritos más antiguos faltan las palabras del título «en Efeso». Pero lo más notable del caso es la ausencia de noticias personales (únicamente 3, 1 s.; 3, 8; 6, 21 s.) y de relaciones personales con miembros de la comunidad efesina, habiendo el Apóstol desplegado largos años su actividad en Efeso y estando en íntima relación con aquella iglesia (*Act.* 19, 1 ss.; 20, 17 s.; cfr. 654-661). Esto se explica admitiendo que la carta fué a manera de encíclica a las comunidades asiáticas, la cual por fin llegó a Efeso, donde fué guardada; de ahí su nombre. Algunos sabios creen que se trata de la carta que según *Col.* 4, 16, los colosenses habían de hacer venir de Laodicea para leerla en la comunidad. En pro de esta hipótesis habla

[1] La *autenticidad* de la *Carta a los Filipenses* está atestiguada por Policarpo en su carta a la misma iglesia (*Epist. ad Philipp.* 3, 2), por el *Fragmento Muratoriano* y por las versiones antiguas. Hablan también en favor de ella los criterios *internos* — el tono genuino de Pablo y un cúmulo de hechos. La *Cristología* no es esencialmente distinta de la de *Rom.* 1, 3-4; *Gal.* 4, 4; cfr. también II *Cor.* 8, 9.

[2] *Comentarios* católicos: Henle (^{2}1808); Belser (1908); Müller (1909); Knabenbauer (1912); Meinertz (1917); para personas formadas, también Keller, *Das neue Leben*$^{3 y 4}$ (Friburgo) 1922.

el hecho de citar Marción la *Carta a los Laodicenses*.—*La ocasión* de escribirla san Pablo fué la siguiente: En la primera cautividad de Roma tuvo el Apóstol noticia, acaso por Epafras, jefe de la comunidad de Colosas (1, 15; cfr. *Col.* 1, 7 s.), de la laudable firmeza de la iglesia efesina y de las de Asia Menor en general; pero seguramente también de las influencias judaizantes y de las especulaciones filosóficas de tendencia gnóstica y acaso afines al culto de Mitra, las cuales ponían en peligro la verdadera fe, y de las aspiraciones libertarias que, so pretexto de libertad cristiana, trataban de introducir el desenfreno pagano en las cristiandades. Ocurrió, pues, lo que el Apóstol había previsto y predicho al despedirse de Mileto (*Act.* 20, 29 s.). Era preciso fortalecer en la verdadera fe a los cristianos de las iglesias de Asia Menor, templarles y protegerlos contra los dichos peligros; tal es el *objeto* de la carta que remitió el Apóstol por medio de Tíquico (6, 21), el cual también fué portador de la *Carta a los Colosenses.*

Abre la carta con el saludo de costumbre (1, 1-2). La parte *dogmática* 1, 3-3, 21 es «una canción de júbilo, un encendido cántico de alabanzas a Dios por la obra grandiosa y magnífica de la Redención, que Pablo había merecido anunciar a los gentiles» [1]. Comienza 1, 3-14 entonando un himno a la salud que Dios «nos» otorgó (al Apóstol, a los lectores de la carta, a todos los creyentes). Pues *Dios Padre* en su eterno amor en atención a los méritos de la Redención de Cristo nos escogió, porque así le plugo, «para que seamos santos e inmaculados en su presencia», y nos predestinó a la filiación divina — «para loor de la gloria de su gracia» (1, 3-6). El *Hijo de Dios* ha llevado a cabo el eterno decreto divino de la Redención, lográndonos con ello la remisión de los pecados, la inteligencia del «misterio de la voluntad de Dios», la renovación de universo y la herencia del cielo — «para que seamos la alabanza de su gloria» (1, 7-12). A todos los que reciben alegres la buena nueva (mediante los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación), el *Espíritu Santo* los sella (cfr. también 4, 30; II *Cor.* 1, 22) por herederos de la salud y del cielo; y también aquí el último y supremo fin es «la alabanza de su gloria» (1, 13 s.). Viendo el Apóstol que también sus lectores han merecido por la fe la plenitud de las divinas gracias, de lo cual su caridad es una prueba, da gracias a Dios, suplicando al mismo tiempo al Señor se digne iluminarles para que comprendan cada vez más cuán grande sea la salud a que han sido llamados, cuán inagotable la gloria de su eterna herencia, cuán poderosa la virtud de Dios en los creyentes, que les despierta a la nueva vida de la gracia (y finalmente a la gloria) (1, 15-19). Es la misma virtud que resucitó a Jesucristo de entre los muertos y le elevó sobre los coros de los ángeles y sobre los seres creados, la que «ha puesto todas las cosas bajo los pies (de Cristo) y le ha constituído por cabeza de toda la Iglesia, la cual es su cuerpo», y le completa en lo que él es para la humanidad, como los miembros son el complemento de la cabeza (1, 20-23). Esta divina virtud ha sacado a los «hijos de la ira», a los lectores de la carta, tanto étnico-cristianos como judío-cristianos, del abismo en que se hallaban sometidos al demonio y a su poder satánico, entregados a sus inclinaciones sensuales y a los apetitos de su corazón, y los ha levantado a la altura de la gracia en que ahora se encuentran. La misericordiosa caridad divina ha resucitado en Cristo a los espiritualmente muertos a una nueva vida de gracia, a una vida que comienza con la justificación y santificación y se termina en la resurrección y bienaventuranza celestial (2, 1-6). Todo esto lo hace Dios para manifestarnos en el tiempo venidero (en el cielo, después del término de las cosas) los inmensos tesoros de su gracia en la bondad usada con nosotros en Cristo Jesús (merced a Jesús). «Porque de gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no viene de vosotros, pues es un don de Dios, y no en virtud de obras, para que nadie pueda gloriarse; pues somos hechura suya, creados (nuevamente) en Cristo Jesús», de suerte que, unidos ahora con él como miembros de su cuerpo

[1] Gutjahr, *Einl.* 315.

místico (cfr. *Ioann.* 15, 1 ss.; *Philipp.* 2, 13 s.), somos aptos e idóneos «para las buenas obras *(Gal.* 5, 5-22 s.), para ejercitarnos en las cuales Dios (mediante gracia) nos ha predestinado» (2, 7-10).

Con esto llega el Apóstol al *punto culminante de la parte dogmática de la carta:* Cristo ha derribado el muro que separaba a los judíos de los gentiles, mediante la muerte de cruz ha reconciliado con Dios a judíos y gentiles, uniéndolos en *una* Iglesia *universal.* Este hermoso *himno a la Iglesia una, santa, católica y apostólica dice así:*

> «Acordaos que en otro tiempo vosotros erais gentiles según la carne, y fuisteis (despectivamente) llamados incircuncisos por los que se llaman circuncisos a causa de la circuncisión hecha en su carne por mano de hombre (pero que se han olvidado de circuncidar sus inclinaciones y apetitos sensuales). Entonces estabais sin Cristo, separados de la sociedad de Israel, extraños a las alianzas, sin esperanza de la promesa y sin Dios en este mundo. Mas ahora que creéis en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais alejados, os habéis puesto cerca por la sangre de Jesucristo. Pues él es la paz nuestra, el que de los dos (pueblos, judío y gentil, separados hasta ahora) ha hecho *uno,* rompiendo por medio de su carne (por la inmolación de su cuerpo) el muro de separación, la enemistad. El ha abolido la Ley de los mandamientos en decretos (la Ley de los mandamientos dados en forma de decretos), para establecer paz y formar en sí mismo (en su persona) de dos (judíos y gentiles) un hombre nuevo, reconciliando con Dios por medio de la cruz a ambos, ya reunidos en *un solo* cuerpo, destruyendo la enemistad mediante la entrega de sí mismo a la muerte. El vino y anunció la paz a vosotros, a los (gentiles) que estabais alejados, y a los (judíos) que estabais cercanos; pues por él (y en unión con él) unos y otros tenemos acceso al Padre, (unidos) en *un* (mismo) Espíritu. Así que ya no sois (como) extraños y advenedizos (solamente tolerados, como en Palestina los gentiles ilustres entre los judíos), sino conciudadanos de los santos y domésticos de la casa de Dios, (pues estáis) edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo la piedra angular en que está trabado todo el edificio y se alza para (ser un) templo santo del Señor; sobre él (sobre esta piedra angular) entráis vosotros para formar la morada de Dios en el Espíritu» — (la Iglesia *una,* santa, católica y apostólica) (2, 11-22).

Esta última idea de ser también los lectores étnico-cristianos (los gentiles convertidos en general) elementos del templo de Dios en el Espíritu Santo, induce al Apóstol a decir algunas palabras acerca de su *apostolado entre los gentiles.* Expone Pablo cómo por especial revelación le fué concedido comprender lo declarado en 2, 11-22 acerca del divino decreto según el cual los gentiles habían de tener en los frutos de la Redención los mismos derechos que los judíos, decreto que ahora se ha manifestado en toda su amplitud a los apóstoles y profetas de la Iglesia, habiendo estado oculto a los justos del Antiguo Testamento (3, 1-6). Con indecible gratitud afirma el Apóstol haberle sido dada graciosamente por Dios la misión especial de anunciar a los gentiles este decreto de Dios, sin mérito alguno de parte suya, y a pesar de sus deméritos (3, 7-13). Rebosando de alegría su corazón por haber sus lectores recibido el Evangelio por mediación suya, y con ello la nueva vida por la que él padece la prisión, suplica a Dios, fuente y tesoro de la verdadera vida, se digne fortalecerles en la fe y en la caridad, para que mejor entiendan «cuán grandes sean la anchura, la largura, la altura y profundidad» (de la caridad de Cristo), que excede todo conocimiento. Si comprendiesen bien la caridad de Cristo, serían colmados de los dones de Dios. Termina la parte dogmática con la siguiente doxología: «A aquél que es poderoso para hacer infinitamente más que todo lo que nosotros pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros — a él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y por todos los siglos. Amén (3, 14-21).

La parte *parenética* o moral (cap. 4-6) comprende *cuatro* secciones, en las cuales expone el Apóstol los deberes (la ética social cristiana) de la comunidad, de cada uno de sus miembros y de los distintos estados, e invita a la lucha moral.

a) En 4, 1-16 exhorta *a todos los miembros de la comunidad* a proceder de una manera digna del estado a que han sido llamados, «solícitos en conservar la unidad (y unión, este don precioso) del Espíritu (Santo), (unidos unos con otros) por el vínculo de la paz» (4, 1-3). No les será esto difícil si consideran que todos forman un cuerpo, animados por el mismo Espíritu Santo y destinados al mismo fin, la eterna bienaventuranza: «Un cuerpo y un Espíritu, así como fuisteis llamados a una esperanza de vuestra vocación. *Un* Señor, *una* fe, *un* bautismo, *un* Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos, (obra) por medio de todas las cosas y (habita) en todos nosotros» (4, 4-6). Esta unidad no se destruye por la variedad de dones y diversidad de oficios; porque Cristo, que descendió a las profundidades del abismo (a la tierra y al limbo) y ascendió después hasta las supremas alturas, sobre todas las esferas del cielo terrestre (II *Cor*. 12, 2), para llenar todo el mundo con su poder y gloria, ha distribuído con plena libertad dones variadísimos entre los fieles. Esta variedad hace que aparezca más armónica y bella la hermosura del conjunto, cuando cada uno usa del don que se le ha concedido según la voluntad santa de Dios, para bien, edificación y perfección del cuerpo místico de Cristo:

«El a unos ha constituído apóstoles, a otros profetas, y a otros evangelistas, y a otros pastores, y a otros doctores, para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Jesucristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo, por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar de acá para allá de todos los vientos de opiniones por la malignidad de los hombres, por la astucia que sabe engañar con los enredos de la herejía. Antes bien, practicando la verdad en la caridad, en todo vayamos creciendo en aquél que es nuestra cabeza, en Cristo, por quien todo el cuerpo realiza el crecimiento para su edificación en la caridad, sostenido y trabado mediante las ligaduras que prestan ayuda según la virtud activa asignada a cada miembro» (4, 7-16).

b) En 4, 17-5, 21, partiendo de la comparación del estado anterior del mundo gentil con el actual del cristiano, inculca a sus lectores los *deberes individuales:* la obligación de practicar y perfeccionar la nueva vida (4, 17-24), de evitar los pecados contra la caridad fraterna (4, 25 5, 2), de huir de la impureza y de la avaricia (5, 3-14), de aprovechar bien el tiempo, andando como hijos de la luz, para progresar moralmente, no buscando el consuelo y el refrigerio en el aturdimiento, sino en la elevación de la mente a Dios en la oración:

«Os advierto, pues, y os conjuro de parte del Señor que ya no viváis como todavía viven los gentiles que proceden en su conducta según la vanidad de sus pensamientos, teniendo obscurecido el entendimiento, ajenos enteramente de vivir según Dios, por la ignorancia en que están a causa de la ceguedad de su corazón; los cuales, no teniendo ninguna esperanza, se abandonan a la disolución, a la práctica de toda suerte de impureza y a la avaricia. Mas vosotros no habéis conocido de esa manera a Cristo, cuando oísteis de él y en él fuisteis instruídos, de conformidad con lo que es la verdad en Jesús; (allí aprendisteis) a desnudaros del hombre viejo en lo que toca a vuestra conducta anterior, el cual se consume siguiendo la ilusión de las pasiones; a renovaros en lo que atañe al espíritu de vuestra inteligencia y revestiros del hombre nuevo que ha sido criado conforme a la imagen de Dios en la justicia y en la santidad de la verdad. Por lo cual, renunciad a la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros. Si os enojáis, no queráis pecar; que no se os ponga el sol estando todavía airados. No deis lugar al diablo. El

que hurtaba, no hurte ya, antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algún ejercicio honesto, para tener algo que dar al necesitado. De vuestra boca no salga ningún discurso malo, sino los que sean buenos para edificación de la fe, a fin de que haga bien a los que los oyen. Y no queráis contristar al Espíritu de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Toda amargura, ira, y enojo, y gritería, y maledicencia, con todo género de malicia, destiérrese de vosotros. Al contrario, sed mutuamente afables, compasivos, perdonándoos los unos a los otros, así como también Dios os ha perdonado a vosotros en Jesucristo. Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy queridos, y proceded con amor, a ejemplo de lo que Cristo nos amó, y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo. Pero la fornicación, y toda especie de impureza o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a los santos; ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas, lo cual es cosa que desdice; sino antes bien acciones de gracias. Porque tened esto bien entendido, que ningún fornicador, o impúdico, o avariento — lo cual viene a ser una idolatría — será heredero del reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas; pues por tales cosas descargó la ira de Dios sobre los incrédulos. No queráis, por tanto, tener parte con ellos. Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Proceded como hijos de la luz. Pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, y justicia, y verdad. Examinad lo que es agradable a Dios, y no queráis ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien reprendedlas. Porque las cosas que hacen ellos en secreto, no permite el pudor ni aun decirlas. Mas todo lo que es reprensible, queda manifiesto mediante la luz; pues todo lo que se hace al descubierto, es luz. Por eso se dijo: Levántate, tú que duermes, y resucita de la muerte, y te alumbrará Cristo. Y así, mirad, hermanos, que andéis con gran circunspección, no como necios, sino como prudentes, recobrando el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis inconsiderados, sino comprended cuál sea la voluntad de Dios. Ni os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros y entreteniéndoos con salmos, con himnos y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo a Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos los unos a los otros en el temor de Cristo» (4, 17-5, 21).

c) En 5, 22-6, 9 da instrucciones para *cada estado:* primero 5, 22 33 para los *esposos cristianos*. *La relación existente entre el hombre y la mujer en el matrimonio es una figura de la relación de Cristo con la Iglesia.* De esta idea deduce el Apóstol los deberes morales de los casados:

«Las casadas estén sujetas a sus maridos, como al Señor; pues el hombre es cabeza de la mujer, como Cristo lo es de la Iglesia, que es su cuerpo, del cual él mismo es salvador. De donde así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres lo han de estar a sus maridos en todo. Vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a su Iglesia, y se sacrificó por ella, para santificarla, limpiándola mediante el bautismo de agua por medio de la palabra de vida, a fin de hacerla comparecer delante de él llena de gloria, sin mácula ni arruga, ni cosa semejante. sino santa e inmaculada. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. Quien ama a su mujer, a sí mismo se ama. Ciertamente, nadie aborreció jamás a su propia carne; antes bien la sustenta y cuida, como también Cristo a la Iglesia. Porque nosotros somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por eso deja el hombre a su padre y a su madre, y se junta con su mujer, y ambos vienen a ser *una* carne. Grande misterio es éste, mas yo hablo con respecto a Cristo y a la Iglesia. Cada uno, pues, de vosotros ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer tema y respete a su marido» (5, 22-33).

Pasa a exponer los deberes *de los hijos y de los padres* (6, 1-4) y las obligaciones *de los siervos (esclavos) y de los señores* (6, 5-9).

d) En 6, 10-18 exhorta el Apóstol a la lucha moral y nos pone delante de los ojos la magnífica *figura del campeón cristiano vestido de todos los arreos:*

«Revestíos de la armadura de Dios, para poder contrarrestar las asechanzas del diablo. Porque no es nuestra pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas, contra los espíritus malignos de las regiones celestes. Por tanto, tomad el arnés de Dios para poder resistir en el día aciago y manteneros perfectos en todo. Estad, pues, a pie firme, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y armados de la coraza de la justicia, y calzados los pies del celo por el Evangelio de la paz, embrazando además el broquel de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno espíritu. Tomad también el yelmo de la salud y empuñad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (6, 11-17).

Por *remate* (6, 18-24) pide el Apóstol una oración a sus lectores, les remite a Tíquico, portador de la carta, quien les dará informes más íntimos acerca del estado en que se encuentra, y termina con este saludo: «Paz a los hermanos, y caridad, y fe de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. La gracia sea con todos los que aman inalterablemente a nuestro Señor Jesucristo. Amén» [1].

714. La Carta a los Colosenses [2] fué escrita el año 63. Epafras, discípulo de san Pablo, había fundado una comunidad cristiana en Colosas, ciudad importante de la Gran Frigia, situada cerca de la margen derecha del Lycus, afluente del Meander, ciudad llamada después y aun hoy Konas *(Col.* 1,7; 4, 12). Los más de los fieles de la comunidad eran de origen pagano; pero no faltaban judío-cristianos. Habíanse introducido herejes perniciosos que predicaban una *sabiduría falsa* y un falso *ascetismo*, no sólo sosteniendo la obligación de la Ley ceremonial mosaica (leyes relativas a los manjares y a la guarda del sábado, de los novilunios y de la circuncisión), sino propagando doctrinas de la filosofía pagana, acaso también de la religión persa de Mitra [3]. Pablo tuvo de ello

---

[1] Son muchos los protestantes que niegan la *autenticidad* de la *Carta a los Efesios* fundándose en criterios internos. Concedamos que en el fondo y en el lenguaje tenga afinidad con la *Carta a los Colosenses;* pero las peculiaridades lingüísticas (largos períodos, por lo menos en los párrafos de carácter especulativo, verbosidad, acumulación de sinónimos) se explican suficientemente por el fondo —el Apóstol lucha en cierta manera buscando expresiones adecuadas a sus grandes y nuevas ideas — y también por la premura de la redacción; en general, san Pablo no escribía sus epístolas conforme a un plan. La semejanza *objetiva* de ambas cartas (cfr., por ejemplo, *Ephes.* 1, 10 y *Col.* 1, 20; *Ephes.* 2, 5 y *Col.* 2, 13; *Ephes.* 3, 1-10 y *Col.* 1, 22-27) tiene su razón de ser en lo semejante de las circunstancias que las motivaron; en ambas se desahoga el escritor, sin inquietarse por evitar repeticiones — tratándose de círculos de lectores separados (Jülicher, *Einl.*[5] 127). Por lo demás, la *Carta a los Efesios* describe la *Redención* de Cristo; la *Carta a los Colosenses,* la *dignidad personal* de Cristo. —El concepto de Iglesia, como unidad orgánica que comprende la totalidad de los creyentes, cuya cabeza es Cristo, no es exclusiva de la *Carta a los Efesios;* se halla también en otras, como por ejemplo en *Rom.* 12, 5 y I *Cor.* 12, 12 ss. — En cuanto a la *impersonalidad* de la carta, arriba queda explicado al hablar de los destinatarios. — Bien consideradas las cosas, no hay una razón interna decisiva contra la autenticidad; en cambio los *testimonios externos* hablan en pro de ella. Citan la carta y aluden a ella san Ignacio Mártir (cfr. *Ad Polyc.* 5, 1 y *Ephes.* 5, 25 y 29), el cual conoce también el título, *ad Ephesios,* Policarpo (cfr., por ejemplo, *Ad Philipp.* 1, 3 con *Ephes.* 2, 8 s.) y Justino; la atestiguan directamente el *Fragmento de Muratori,* Ireneo, Clemente Alejandrino y el mismo Marción. — Contra los recientes ataques de la crítica escribe Coypieters en *RB* 1912, 361 ss.

[2] *Comentarios* católicos: además de los citados en la página 612, nota 1, véase Messmer (1863), Henle (1887), Meinertz (1917).

[3] *StL* 71 (1906), 504 ss. — A. Schäfer-Meinertz *(Einl*[3] 149) opina que las herejías combatidas en la *Carta a los Colosenses* eran «elementos de ideas judaizantes» y «principios aislados de un *gnosticismo dualista* con sus consecuencias doctrinales acerca de los *seres interme diarios* y de los *ángeles,* y sus aplicaciones prácticas a la destrucción de

noticia en *Roma* por Epafras, que le visitó y compartió con él la cautividad (*Philem.* 23); por lo que Pablo escribió la *Carta a los Colosenses,* que envió por conducto de Tíquico (*Col.* 4, 7-9; cfr. pág. 601, nota 2 y *Ephes.* 6, 21).

La carta comienza con el *saludo* de costumbre (1, 1-3). Declara el Apóstol tener siempre presente a la comunidad en sus oraciones, dando gracias a Dios por su fe, caridad y esperanza en los bienes futuros que les promete el verdadero Evangelio, el cual se anuncia ya en todo el mundo (conocido de san Pablo) (cfr. también 1,23), fructifica y crece de continuo, y fué anunciado a los colosenses por medio de Epafras; éste, que se halla con el Apóstol prisionero, le ha referido el buen estado de la comunidad, pero también los peligros que corre (1, 4-8; cfr. 4, 12 s.). A sus acciones de gracias añade el Apóstol constantemente una súplica: que Dios conceda a los colosenses pleno conocimiento y sabiduría, para que den fruto de buenas obras, soporten animosos las penalidades de la vida y sean agradecidos a Dios por la gloria que les tiene preparada, puesto que ya aquí abajo les ha sacado de las tinieblas del mundo al reino de su Hijo, «en el cual tememos la redención por su sangre, y el perdón de los pecados» (1, 4-14).

En la *parte dogmática* (1, 15-2, 3) ilustra el Apóstol a sus lectores acerca de la persona de Jesucristo (el Redentor del mundo), que descuella sobre todos los coros angélicos (cfr. *Hebr.* 1, 1 ss.). El es la figura visible del Padre invisible, el Creador increado y el conservador del mundo, principio y fin del universo, del mundo terreno y del celeste, cabeza de la Iglesia.

> «El es la imagen del Dios invisible, el primogénito antes que toda la creación (antes que otra criatura alguna); pues en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ora sean Tronos, ora Dominaciones, ora Principados, ora Potestades; todas las cosas fueron creadas por él y para él; y él es antes que todos, y todas las cosas subsisten en él. Y él es la *cabeza del cuerpo de la Iglesia,* él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga él la primacía; pues plugo al Padre poner en él la plenitud, y reconciliar por él todas las cosas consigo, las que están en la tierra y las que están en el cielo, estableciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz» (1, 15-29).

En El encontrarán los colosenses la salud, si perseveran en la fe y permanecen inconmovibles en la «esperanza del Evangelio» (1, 21-23). Al añadir aquí (1, 23) el Apóstol las palabras: «del cual yo he sido el ministro», les llama la atención sobre los lazos que con ellos le unen, lo cual le da aliento y valor para escribirles, por más que no ha fundado personalmente su iglesia. El es «ministro del Evangelio», por el cual padece; y padece con alegría, porque sus padecimientos redundan en bien de los colosenses, tienen la virtud de corroborarlos y fortalecerlos en la fe, y sobre todo contribuyen a que se colme la medida de las tribulaciones que ha de sufrir en este mundo el Cristo místico, es decir, la Iglesia, hasta el fin de los siglos. Pues precisamente para servir a la Iglesia en calidad de «ministro del Evangelio» fué llamado; está, pues, obligado a llevar a feliz término la palabra de Dios, predicándola a los gentiles. El fondo de esta palabra de Dios es el *divino decreto,* oculto antes, mas ahora manifiesto, *de la redención por Cristo,* sólo en el cual podemos esperar la gloria futura. Anuncien otros — los falsos doctores — lo que quieran; mas nosotros anunciamos con fatigas, penalidades y cuidados, pero con la virtud de la gracia, sólo a Cristo,

---

la materia y al falso *ascetismo* con ella relacionado». Steinmann (*Gegen welche Irrlehrer richtet sich der Kolosserbrief?* [Estrasburgo 1906] y *ThR* 1910, 365) observa que en el valle de Lycus, ya mucho antes que resonase la palabra cristiana, se había formado una religión de elementos heterogéneos (frigios, persas, judíos, estoicos), y «de este antiguo suelo del sincretismo salió aquella nueva tendencia sincretista que tomó del judaísmo, del paganismo y del Cristianismo lo que le convenía, acarreando los peligros que la carta trata de prevenir».

en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (1, 24-2, 3).

En la *parte polémica* (2, 42-3) les exhorta el Apóstol a estar firmes en la fe, como el árbol que tiene sus raíces en el suelo, como la casa que sustenta en los cimientos (2, 4-7): Nadie os deslumbre con doctrinas de una «filosofía» inútil y falaz y con vanas sutilezas, con doctrinas fundadas en opiniones de los hombres, con máximas que no pasan de los elementos religiosos, teóricos y prácticos (cfr. *Gal.* 4, 3 9 10) y que no tienen por norma y fin a Cristo. ¡Qué desatino, si os dejaseis engañar! *Pues en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente;* en él ha tomado figura corpórea el Dios invisible (cfr. *Tit.* 2, 11; 3, 4). En él habéis sido hechos partícipes de esta plenitud (cfr. *Ioann.* 1, 16). El es la cabeza de todo principado y potestad; y no tienen razón los herejes cuando os hablan de otras potestades celestiales superiores a Cristo. En él fuisteis circuncidados con una circuncisión, no carnal o hecha por mano que cercene la carne del cuerpo, a la cual dan mucha importancia los herejes, sino espiritual, por la virtud de Dios; pues con él fuisteis sepultados espiritualmente en el Bautismo (con todo lo que es pecaminoso), y con él habéis sido resucitados (a nueva vida) por la fe en la virtud de Dios, que le resucitó de la muerte. Pues también a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y vuestra naturaleza sensual y pecadora, os dió Dios la vida con él, al perdonaros todas vuestras culpas. Porque con la sangre que derramó en la cruz Cristo borró la cédula de culpabilidad que hablaba contra nosotros. Con esto despojó a los principados y potestades, los sacó a la pública vergüenza triunfando de ellos por su propia virtud; y los herejes no tienen razón al establecer principados y potestades superiores a Cristo (2, 8-15).

La *piedad externa* (fiestas, novilunios, sábados) y el *ascetismo* de los herejes (templanza en la comida y bebida, probablemente en lo tocante a carne y vino, acaso como preparación para el trato con el mundo superior) son desechados por el Apóstol como engaño y quimera, pues por la unión con Cristo, su cabeza, reciben los fieles las gracias necesarias, forman un cuerpo vivo y crecen en verdad, como Dios quiere (2, 16-23).

En la *parte parenética* expone el Apóstol la vida moral del cristiano:

> «Ahora bien, si habéis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre; tened gusto por las cosas de arriba, no por las de la tierra. Porque estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Jesucristo, vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con él en la gloria» (3, 1-4).

Por esto es preciso mortificar la naturaleza pecadora y todo apetito pecaminoso; «desnudaos del hombre viejo con sus acciones, y vestíos del nuevo, de aquél que se renueva en el conocimiento, a imagen de quien le crió»:

> Revestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos los unos a los otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro; así como el Señor os ha perdonado, así también vosotros. Pero sobre todo mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo reine en vuestros corazones, (paz) a la que fuisteis asimismo llamados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite con abundancia entre vosotros, de suerte que os instruyáis los unos a los otros con toda sabiduría y os animéis con salmos, himnos y cánticos espirituales, alabando a Dios en vuestros corazones llenos de gratitud. Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de él gracias a Dios Padre» (3, 5-17).

Ande cada uno en la caridad y busque la perfección en su estado: los *casados,* los *hijos* y los *padres,* los *esclavos* y los *señores* (3, 18-4, 1; cfr. exhor-

taciones análogas y más por menudo en *Ephes.* 5, 22-6, 9). Siguen luego avisos particulares:

«Perseverad en la oración, velando en ella y acompañándola con acciones de gracias. Orad asimismo por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la palabra, para que aun en la prisión nos dé oportunidad para anunciar el misterio de Cristo, por cuya causa estoy todavía en cadenas, para que yo lo haga conocer de la manera como debo hablar de él. Portaos sabiamente con aquéllos que están fuera (de la Iglesia), recuperad tiempo. Vuestra conversación sea siempre amable, sazonada con la sal (de la discreción y de la ciencia), de suerte que acertéis a responder a cada uno como conviene» (4, 2-6).

Las *observaciones de carácter personal* nos permiten conocer las amistades de Pablo en la prisión de Roma. Termínase la carta con un saludo de su propio puño y con la bendición apostólica: «El saludo de mi propia mano, Pablo. Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros. Amén» [1].

715. La Carta a Filemón fué escrita el año 63 [2]. Filemón era vecino de Colosas o de cerca de dicha ciudad, convertido probablemente por san Pablo (v. 19); distinguíase por su fe viva y por la práctica de la caridad en favor de los santos (cristianos) (v. 5). Gozaba de próspera situación y tenía todas las conveniencias sociales de la época, hasta esclavos. Escapósele cierto día un esclavo, después de robarle y engañarle. La providencia guió al esclavo infiel — llamado Onésimo, que quiere decir «útil» — a Roma. Allí conoció a Pablo, quien le ganó para el Cristianismo. El Apóstol le representó el deber que tenía de volver a su dueño. Para hacerle más llevadero este paso, no sólo le recomendó por medio de Tíquico (*Col.* 4, 7 9), mas aun le dió una carta para Filemón. Con mano maestra aduce aquí el Apóstol todo cuanto puede mover a Filemón a perdonar al esclavo infiel, recibirlo como a hermano en Cristo y aun darle la libertad. Comienza por recordar a Filemón, «su predilecto colaborador», la caridad fraterna, tantas veces ejercitada por él (4-7), que no duda la demostrará también en esta ocasión. «Pablo, un anciano» encanecido en el ministerio del Evangelio, «prisionero ahora por Jesucristo» (lo repite cinco veces), intercede por su «hijo» espiritual, a quien ha ganado para Cristo en su cautividad, para que Filemón reciba en su gracia al esclavo, el cual, aunque Onésimo de nombre, le había sido de poco provecho. «Recíbele como si fuera mi propio corazón» (8-12). Ahora volverá a serle útil, como lo ha sido para el Apóstol preso. «Había pensado retenerle conmigo, para que me sirviese por ti durante

---

[1] Son tales los testimonios externos de la autenticidad de la *Carta a los Colosenses*, que ante ellos se desvanece toda objeción. Ireneo, Clemente Alejandrino y Tertuliano la citan expresamente; también el *Fragmento Muratoriano*, las versiones más antiguas y el mismo Marción dan testimonio del origen paulino de la misma. A pesar de ello la combaten—desde el año 1838—algunos sabios protestantes, fundándose en criterios internos. Descubren en ella locuciones que no se hallan en otras cartas del Apóstol; encuentran la cristología y la angelología demasiado desarrolladas para la época; creen ver combatida en la carta una herejía que no apareció hasta el siglo II. Pero frente a tales afirmaciones hay razones internas que disipan todas las dudas. Y así, el mismo crítico protestante von Soden (*Urchristliche Literaturgeschichte* 58 s.) observa: «Tan de acuerdo con las ideas de Pablo está la *Carta a los Colosenses* (compárese *Col.* 2, 11 ss. con *Rom.* 6, 1 ss.; *Col.* 2, 8 20 con *Gal.* 4, 3), habla con tal perfección su lenguaje y ofrece tal cúmulo de hechos particulares (por ejemplo, 4, 7-17), de ningún interés en circunstancias posteriores, que, a pesar de ciertas peculiaridades, se comprende con más facilidad, como sea su autor Pablo». Está por demostrar que la carta aluda a hechos históricos o a situaciones posteriores a la época apostólica, o que refleje ideas o emplee giros incompatibles con la manera de pensar y escribir del Apóstol en otras cartas reconocidas como auténticas. Tampoco se comprende que a un falsario se le hubiese ocurrido dirigir la carta a la iglesia de Colosas, que ni Pablo fundó, ni se menciona en la literatura cristiana antigua.

[2] *Comentarios* católicos, los citados en la página 612, nota 1.—Es digno de mención también Meinertz, *Der Philemonbrief und die Persönlichkeit des Apostels Paulus* (Düsseldorf 1921).

la prisión en que estoy por el Evangelio; pero nada he querido hacer sin tu consentimiento, para que tu beneficio no fuese como forzado, sino voluntario» (13 y 14). Y en orden a la amorosa providencia y a los caminos de Dios, escribe el Apóstol: «Quizá él te ha dejado por algún tiempo, a fin de que le recobrases para siempre, no ya como mero siervo, sino, en vez de esclavo, como hermano muy amado, que principalmente lo es para mí, y con más razón para ti, tanto según la carne como en el Señor. Ahora bien, si me tienes por amigo, acógele como a mí mismo» (15-17). Pide a Filemón que ponga a cuenta del Apóstol las antiguas infidelidades de Onésimo; que cuando Filemón haga el balance de lo que tiene recibido de Pablo, quedará saldada la cuenta: «Si te ha causado algún detrimento, o te debe algo, apúntalo a mi cuenta. Yo Pablo te escribo de mi puño: yo lo pagaré, por no decirte que tú te me debes todo a mí. Sí, por cierto, hermano. Reciba yo de ti este gozo en el Señor. Da en nombre del Señor este consuelo a mi corazón» (18-20). Pablo está seguro de la eficacia de su intercesión: «Confiado en tu obediencia te escribo, sabiendo que harás aún mucho más de lo que digo» (21), es decir, que le darás la libertad.

Los versículos siguientes nos dejan entrever la situación en que se encontraba el Apóstol: «Al mismo tiempo disponme también hospedaje; pues espero que por vuestras oraciones os he de ser restituído. Te saluda Epafras, preso conmigo por amor de Jesucristo; (te saludan también) Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis colaboradores (22-25).

Se ha observado que en el paganismo estaban en uso cartas de esta naturaleza, intercediendo por esclavos fugitivos o caídos en desgracia, y se citan particularmente las cartas de C. Plinio Segundo, escritas hacia el año 110 d. Cr. a su amigo Sabeliano [1]. Pero se debe notar que, no obstante el parecido en lo que toca a la situación, al fondo y a la forma, las razones en que el Apóstol apoya su petición son esencialmente distintas. En las cartas de Plinio habla el estoico que no pierde la serenidad olímpica y guarda la dignidad personal; en la del Apóstol de las gentes habla la caridad cristiana, que trata de proporcionar la eterna felicidad y bienaventuranza aun al pobre y despreciado esclavo, y le considera como hermano e hijo de Dios con iguales derechos que los demás hombres. Esta carta de Pablo a Filemón es «el primer manifiesto en favor de la abolición de la esclavitud, no por la violencia, sino por la caridad cristiana» [2]; y aun podemos añadir: es el comentario más antiguo a las palabras de que tanto se ha abusado: «libertad, igualdad, fraternidad».

716. La Carta a los Hebreos [3]. Bajo el nombre de *hebreos* a los cuales va dirigida la carta, según reza la inscripción, que aunque ciertamente no es

---

[1] *Epist.* 9, 21 y 24.

[2] Gutjahr, *Einl.* 382; cfr. Keppler en *TQS* 1891, 218 ss.; A. Steinmann, *Sklavenlos und alte Kirche. Eine historisch-exegetische Studie über die soziale Frage im Urchristentum* [3] y [4] (M. Gladbach 1922, *Apolog.-Tagesfragen,* fascículo 8). Cfr., sin embargo, también *HPB* CXLVI 847 ss. Meinertz, *Der Philemonbrief und die Persönlichkeit des Apostels Paulus* (Düsseldorf 1921).—La carta es considerada como una obra maestra del arte epistolar y como una prueba del tacto extraordinariamente fino del Apóstol (cfr. *ThQS* 1907, 24 ss.; 1915, 789); con razón observa un crítico protestante: «Es un ejemplar curioso del arte epistolar íntimo de un héroe a quien de ordinario sólo encontramos en las alturas de su apostolado universal, ejemplar que nos arrebata de manera particular por la grandeza de espíritu y de corazón». Y Zahn *(Einl.* I[3] 324) escribe: Pablo muestra aquí «por manera luminosísima su arte espontáneo de arrancar sonidos capaces de ganar para sí y para su causa cualquier corazón no del todo inculto. En esta carta el humor en nada perjudica a la seriedad, ni la ironía al calor íntimo. Y para producir efecto más seguro, la cortesía corre parejas con la dignidad, y el reconocimiento de los rígidos derechos de este mundo, con el mantenimiento de las supremas exigencias de la caridad cristiana. Y que semejante carta, con su cúmulo de materia que no se inventa, haya sido tenida por *espúrea* sin apoyo alguno para ello en la tradición y sin posibilidad de aducir una sola prueba de su invención, es cosa que sólo apuntarse merece».

[3] Heigl, *Verfasser und Adresse des Briefes an die Habräer* (Friburgo 1905). Nikel, *Der Hebräerbrief (BZF* VII, 6; Münster 1914).—*Comentarios* católicos, además

originaria, data sin embargo a más tardar del siglo II (y era conocida de Panteno y Clemente), se entiende los judío-cristianos, muy probablemente los de Palestina (Jerusalén). Estos corrían grave riesgo de volver al judaísmo y estaban todavía entregados a la observancia de la Ley, conocían la magnificencia del culto por propia experiencia diaria y sufrían no poco del fanatismo de los judíos. La carta presupone que sus lectores estaban desalentados y acobardados, por lo que se habían dejado dominar de la pereza espiritual, de somnolencia religiosa y moral; algunos permanecían alejados del culto y estaban a punto de renunciar a la fe en Cristo. El ardiente amor que el Apóstol sentía hacia sus compatriotas (cfr. *Rom.* 9, 3) le movió a exhortar e instruir, fortalecer y alentar a los que tan grave riesgo corrían de perder los bienes más sagrados. La epístola no es un discurso académico, sino una carta escrita para circunstancias especiales y dirigida a determinados lectores con objeto de consolarlos, infundirles aliento y exhortarles a la virtud (cfr. también 13, 22).—Fué escrita en Italia, probablemente en Roma (cfr. 13, 24), luego de la primera prisión del Apóstol, hacia el año 64. Pues antes de la muerte de Santiago el Menor hubiera sido cosa superflua; de haberse escrito después de estallar la guerra judía, o sea, después del 67, no habría el autor podido menos de aludir, siquiera con una palabra, a la guerra o a la huída de los cristianos. De 13, 23 se colige que el autor gozaba de libertad.

No pasaron inadvertidas a los santos Padres ciertas *particularidades literarias* del escrito, que lo diferencian de las demás cartas del Apóstol de las gentes; por lo que la cuestión del autor del mismo se discutió vivamente ya desde antiguo. Son las siguientes: *a)* el escrito, aparte la conclusión, tiene forma de memoria teológica, no de carta; ya desde el comienzo, sin preámbulo ni dirección, se inicia el desarrollo doctrinal; *b)* el lenguaje y el estilo no son de Pablo; la expresión es limpia y flúida; no es esta la manera de Pablo; *c)* las citas del Antiguo Testamento están tomadas casi siempre al pie de la letra de los *Setenta,* y van precedidas de fórmulas como éstas: «Dios, el Hijo de Dios, el Espíritu Santo dice», mientras que Pablo cita siempre en esta forma: «Está escrito», o «dice la Escritura». A pesar de estas particularidades literarias, el *fondo* está en lo esencial conforme con la teología de Pablo: el carácter figurativo del Antiguo Testamento, que ha tenido cumplimiento en el Nuevo; la doctrina acerca de la persona y dignidad y segunda venida de Cristo, acerca de su inmolación y de los efectos de ella, y otras muchas cosas. Aparte de esto, no hay una sola idea que pugne con la doctrina de san Pablo. Fundado en tales observaciones, vino ya *Orígenes* [1] a concluir que un discípulo y *colaborador de san Pablo dió forma externa al pensamiento del Apóstol.* No pocos investigadores católicos son del mismo parecer; y con razón. ¿Quién fué, pues, el que dió forma literaria a las ideas del Apóstol, Clemente Romano, Lucas, Bernabé o el judío-cristiano alejandrino Apolo? [2] El mismo Orígenes da la respuesta adecuada a tan debatida cuestión: «Dios lo sabe». Los *Padres de Oriente,* aunque reconocieron y observaron con claridad las particularidades formales de la *Carta a los Hebreos,* admitieron unánimes, no sólo que era inspirada, sino también que procedía de san Pablo en lo sustancial. Entre los *Padres de Occidente,* unos se mostraron cautelosos, otros negaron resueltamente la paternidad apostólica de la carta; pero ya sabemos el motivo de haber éstos procedido con cautela. Según Filastrio *(Liber de haeresibus,* escrito hacia el 383), aquel pasaje 6, 4 s. fué la causa principal de que se admitiese tan tarde en Occidente la canonicidad de la carta. Los novacianos (en Roma, y en general en Occidente) habrían explotado dicho pasaje para defender su doctrina herética de la imposibilidad de la recon-

---

de los citados en la página 612, nota 1, Klee (1833), Maier (1861), Zill (1879), Pánek (1882), A. Schäfer (1893), Seisenberger (1909), Rohr (1915), Graf (1918; excelente comentario científico-práctico). — Pensamientos acerca del sacerdocio de Cristo según la *Carta a los Hebreos* en E. Dimmler, *Melchisedech* (Kempten 1921).

[1] En Eusebio, *Hist. eccl.* 6, 25. [2] Núm. 655.

ciliación de los apóstatas. En el pasaje sólo se habla de los apóstatas que vuelven al judaísmo, de los judío-cristianos que, estando convencidos de la verdad de la doctrina cristiana por propia experiencia y por los milagros, se tornan a la religión judía. El Apóstol declara imposible la conversión de tales apóstatas, no por parte de la gracia divina, sino por la falta de disposición del pecador. Porque los tales hacen causa común con el judaísmo incrédulo, y contra el dictado de su conciencia declaran blasfemo a quien antes habían reconocido por Hijo de Dios; cometen, por consiguiente, aquel pecado de que habla el Salvador en *Matth.* 12, 31 s.

Acerca del autor y de la composición de la Carta a los Hebreos, la **Comisión Bíblica** dió el 24 de junio de 1914 las siguientes contestaciones a las preguntas que le fueron elevadas:

I. ¿Se ha de atribuir tanta fuerza a las dudas que en los primeros siglos, principalmente por abuso de los herejes, tuvieron preocupados los espíritus de algunos en Occidente sobre la divina inspiración y la proveniencia paulina de la *Carta a los Hebreos,* que, considerada la perpetua, unánime y constante afirmación de los Padres Orientales, a la cual se añadió el consentimiento pleno completo de toda la Iglesia Occidental desde el siglo IV, atendidas también las actas de los Sumos Pontífices y sagrados Concilios, y sobre todo del Tridentino, y además el uso perpetuo de la Iglesia Universal, sea lícito dudar en incluirla ciertamente, no sólo entre las canónicas — lo cual está definido como de fe —, sino también entre las auténticas del Apóstol san Pablo? *Resp.:* Negativamente.

II. Los argumentos que se suelen tomar ya de la insólita ausencia del nombre de san Pablo y de la omisión del acostumbrado exordio y saludo en la *Carta a los Hebreos*—, ya de la pureza de la misma lengua hebrea, elegancia y perfección de la dicción y estilo—, ya del modo como en ella se alega el Antiguo Testamento y de él se arguye—, ya de ciertas diferencias que se pretende existir en la doctrina entre ésta y las otras cartas de san Pablo, ¿pueden debilitar de alguna manera su proveniencia paulina? antes bien, el acuerdo perfecto de la doctrina y de las sentencias, la semejanza de las admoniciones y exhortaciones, además de la concordia de las locuciones y de las mismas palabras, ponderada hasta por algunos acatólicos, la cual se observa entre ella y los restantes escritos del Apóstol de las gentes, ¿demuestran y confirman que su origen es de san Pablo? *Resp.:* Negativamente a la primera parte, afirmativamente a la segunda.

III. ¿Se ha de juzgar que el Apóstol sea el autor de esta epístola, de tal suerte que necesariamente se deba afirmar que, no sólo la concibió y expresó toda entera con inspiración del Espíritu Santo, sino que le dió la forma que presenta? *Resp.:* Negativamente, salvo ulterior juicio de la Iglesia.

El tema fundamental de la **Carta a los Hebreos** es la superioridad de la Nueva Alianza sobre la Antigua; pues la Nueva es definitiva, eternamente invariable; su mediador y sumo sacerdote, su sacrificio, es Jesucristo. Divídese en dos partes, *dogmática* (1, 1-10-18) y *parenética* (10, 19-13, 21); mas también en la dogmática se intercalan reflexiones morales al terminar el desarrollo de algún punto del discurso.

En los *versículos que sirven de exordio* (1, 1-4)[1] están enunciados los dos principios fundamentales de toda la parte dogmática: 1, la *preeminencia de Jesús* sobre los mediadores del Antiguo Testamento (ángeles: cap. 1 y 2; Moisés cap. 3 y 4) y 2, la *preeminencia del nuevo sacerdocio* sobre el antiguo (4, 14-10, 18), y con ello la *preeminencia de toda la Nueva Alianza sobre la Antigua.* Pues ya en el *exordio* se designa a Jesús como «Hijo de Dios», «heredero» y «Creador del universo», «resplandor de la gloria del Padre» (cfr. *Sap.* 7, 26), «vivo retrato de la esencia de Dios», mediador del Padre, no sólo para crear el mundo, sino también para conservarlo; «Redentor del mundo», Hombre-Dios que está sentado ahora a la diestra de la majestad divina (1, 1-4)[2].

[1] Estudiados desde el punto de vista crítico-exegético por Holzmeister en *ZKTh* 1913, 805 ss. (cfr. tomo I, núms 1-4).

[2] También el otro aspecto de la cristología, la verdadera *humanidad del Hijo de Dios,* está debidamente tratado en la *Carta a los Hebreos:* la obra de Cristo como sacerdote exige que en todo, excepto en el pecado, sea igual a los hombres, a quienes representa ante Dios (4, 15; 5, 7-8; 7, 26). Por lo mismo es necesario que tenga carne y sangre como los hombres (2, 14); y de ahí haber exigido, todavía en el seno del Padre, que se le

Después de este exordio, *ilustra* el Apóstol a los lectores acerca de la *preeminencia del Hijo de Dios sobre los ángeles* 1, 5-14, aduciendo pasajes de la Sagrada Escritura; en ella habla el mismo Dios, según convicción del autor y de los lectores (cfr. 1, 5 ss. la frase que se repite de continuo: «él dijo», a saber, Dios). El Cristo histórico, el «Hijo de David», es en sentido propio (metafísico) «el Hijo» de Dios (v. 5). El es el *Señor* de los ángeles (aunque temporalmente se haya humillado por bajo de los ángeles). Pues mientras que los ángeles son *ministros* (v. 7) dispuestos al servicio de aquellos que deben ser herederos de la salud» (v. 14), Cristo es *Rey* y *Señor* en el sentido propio de la palabra (v. 8 y 9: «trono, cetro, Dios le ungió»), y aun *Dios* eterno e inmutable (v. 10-12); «está sentado a la diestra de Dios», es decir, elevado al cielo, comparte en el señorío eterno de Dios, en una palabra, *gobierna,* mientras que los ángeles *sirven* (v. 13-14).

Y aquí intercala el Apóstol la *primera reflexión* moral (2, 1-4): Si la Ley del Antiguo Testamento, promulgada por ministerio de los ángeles, fué firme y reclamaba obediencia, mucho más firme debe ser y mayor obediencia reclama la Revelación del Nuevo Testamento, siendo más elevada la dignidad del mediador, el «Hijo de Dios», y más excelente su contenido.

Prosigue en 2, 5-18 la discusión del problema *dogmático.* El lector mismo debe contestar a la pregunta del Apóstol 2, 3: «¿Cómo evitar (el justo castigo), si desatendemos tan grande salud?» Imposible. Pues al Hijo está sometido también el *mundo venidero* (2, 5), es decir, el reino mesiánico, que comienza acá abajo y se completa en la otra vida. Pues a él se aplica el pasaje aquél de los Salmos en que se habla del Hijo de Dios humillado temporalmente por debajo de los ángeles, que ha de ser un día coronado de gloria y esplendor, y a quien Dios ha de constituir sobre la obra de sus manos y *a quien ha de someter el universo.* Aunque estas palabras hayan de tener pleno cumplimiento cuando Cristo venga por segunda vez rodeado de majestad, sin embargo han comenzado ya a cumplirse; porque Cristo, después de la breve humillación que experimentó durante su vida terrena, por los trabajos que sobre sí tomó por cada uno de nosotros obedeciendo al amoroso decreto de la Redención ha logrado una *gloria imperecedera* (2, 6-9) mediante su Resurrección y Ascensión. El cumplimiento de la primera parte de la sentencia divina es señal y garantía de haberse de cumplir también la segunda (2, 6-9). *Convenía* al Hijo de Dios *(decebat:* 2, 10-16) *humillarse temporalmente* bajo los ángeles, revistiéndose de la naturaleza humana y tomando sobre sí los dolores de la pasión. Y pues quería remediar a los «mortales», a los «descendientes de Abraham» (12, 16), y ser para ellos «guía de la salud» (2, 10), debía vestirse de «carne y sangre», esto es, de la naturaleza humana. Así pudo padecer y morir y, por la muerte (en la cruz), borrar los pecados. Pero siendo el pecado la causa de la muerte, y habiendo el demonio *por el pecado adquirido poderío sobre la muerte,* pudo él arrebatarle tan siniestro poder. Todavía siguen los hombres sujetos a la muerte corporal; pero para quien participa de las gracias merecidas por la muerte de Cristo, la muerte corporal es la entrada en la gloria eterna; está quebrantado el *poder* de la muerte (2, 14), y cuantos se acogen a la gracia de Cristo, por la

aparejara un cuerpo (10, 5-9). Por eso también se somete a la prueba y sale de ella victorioso (2, 18; 4, 15).—Fuera de los Evangelios, ningún otro escrito del Nuevo Testamento es tan rico en particularidades de la vida histórica de Jesús: la descendencia de la tribu de Judá (7, 14); los prodigios de su vida en señal de ser el enviado de Dios (2, 4); la súplica angustiosa al Padre (5, 7); la espontaneidad de su muerte (21, 2); la Crucifixión fuera de las puertas de la ciudad (13, 12); la Resurrección (13, 20). Atribúyese a Cristo las virtudes en grado sumo: confianza en Dios (2, 13), fidelidad (2, 17; 3, 2), misericordia (4, 15), obediencia demostrada en la escuela del dolor (5, 7-8). — Su vida gloriosa es fruto de la abnegación y de la muerte (2, 10). Complácese en pintarnos a Jesús como pontífice del linaje humano que, penetrando una vez en el *Sancta Sanctorum,* lo dejó abierto para siempre, y ahora está sentado a la diestra del Padre (4, 16; 6, 20; 7, 26; 9, 11-14; 1, 3; 8, 1; 10, 12; 12, 2).

esperanza cristiana están libres del *temor de la muerte* con que el demonio esclaviza a los mortales. Por la misma causa, queriendo redimir a los *hombres, debió (debuit:* 2, 17 s.) rebajarse por bajo los ángeles en la Encarnación y en la dolorosa Pasión — presupuesto, naturalmente, el divino decreto de la Redención que *así* lo determinó —. Pues hecho en todo semejante a los hombres, excepto en el pecado (4, 15), puede el Hijo de Dios ser mediador entre Dios y los hombres; pues, así puede ser sumo sacerdote misericordioso para con los hombres, fiel para con Dios (2, 17 s.; cfr. 4, 15-5, 2).

Sigue en 3, 1-6 una *comparación entre Cristo, mediador del Nuevo Testamento, y Moisés, mediador de la Revelación de la Antigua Alianza.* En la fidelidad a su misión no es Cristo inferior a Moisés, alabado por el mismo Dios (3, 2); y en dignidad, le supera (no sólo en grado, sino también en esencia), *a)* como el arquitecto es superior a la casa por él construída (3, 3); pues Cristo, en cuanto Dios, es quien fundó la Antigua Alianza, a la cual pertenece Moisés; y *b)* como el hijo excede al siervo (3, 4 s.). Nosotros, cristianos, somos la casa de Dios, de la cual Jesucristo es el jefe. Este pensamiento da pie al Apóstol para insertar su *segunda reflexión moral* (3, 7 4, 13), explanando en forma homilética el Salmo 94, 8-11. Cita primero todo el pasaje (3, 7-11), y pasa luego a exponer cada uno de sus puntos en particular: mientras exista un «hoy», amonestaos los unos a los otros, a fin de que ninguno de vosotros llegue a «obstinarse» con el engañoso atractivo del pecado, no sea que se destruya la salud lograda en Cristo (3, 12-14). La conducta de los israelitas durante la peregrinación por el desierto «en la irritación» (el día de la tentación), el «enojo» de Dios y su «juramento» (decreto invariable) de no permitir «la entrada en el descanso de Dios» a los murmuradores, encierran un aviso para que nos guardemos de la incredulidad (3, 15-19). Conservémonos, pues, firmes en la fe; porque aun dura la promesa de «entrar en el descanso del Señor»; pues «el descanso del Señor» (en sentido completo) no es la entrada de los israelitas en la tierra prometida; pues, una vez tomado el país de Canaán, señala el Señor un «hoy», en que es preciso creer, para no malograr la entrada en el descanso de Dios. Existe, pues, para el verdadero pueblo escogido del Señor (del cual era figura el de Canaán) un «descanso sabático» eterno, donde cada uno descansa de sus obras (trabajos, luchas, padecimientos), «como Dios de las suyas», es decir, donde todos tienen parte en la bienaventuranza de Dios (4, 1-10; cfr. También *Apoc.* 14, 13):

> «Queda, pues, todavía el descanso sabático para el pueblo de Dios. Porque quien ha entrado en su descanso, descansa también de sus obras, así como Dios de las suyas».

Debemos esforzarnos por entrar en aquel «eterno descanso», considerando que «la palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que espada de dos filos», como se dice en el Salmo que acaba de explanar el Apóstol (4, 11-13).

> «Esforcémonos, pues, a entrar en aquel eterno descanso, a fin de que ninguno imite el sobredicho ejemplo de incredulidad. Puesto que la palabra de Dios es viva, y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos, y entra hasta dividir el alma y el espíritu, las junturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones más ocultas del corazón. No hay criatura invisible a su vista; todas están desnudas y patentes a los ojos de aquél a quien hemos de dar cuenta».

Tomando ahora en 4, 14-16 el hilo de una idea apuntada en 2, 17 s., pasa a exponer el segundo *principio fundamental* de la parte dogmática, la *preeminencia del Sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio del Antiguo Testamento* (4, 14-10, 18), tanto por la persona y el lugar del sacrificio, como por el sacrificio de Cristo. Describe primero el oficio (5, 1) y las condiciones del sumo sacerdote en general (5, 2-4). La misión primera del sumo sacerdote es expiar los pecados y abrir al pecador el camino que lleva a Dios; sus *cualidades* más

salientes deben ser: *compasión* con el pecador y vocación para el sacerdocio. Tal ocurre con Jesucristo: su eterno Padre *le instituyó Sumo Pontífice* en el día de la Encarnación (5, 5 s.); y al experimentar aquella agonía del huerto de Getsemaní y aquellas angustias mortales en el Gólgota, cuando en su gran dolor con fervientes súplicas y ardientes lágrimas luchó con su eterno Padre, él — el Hijo de Dios, en su condición de hombre — aprendió por experiencia cuán difícil sea la obediencia en las pruebas del dolor; por eso puede usar de *misericordia con nosotros*. De donde Cristo—«consumado», es decir, habiendo llegado a su término glorioso, a la «diestra de su Padre», «Sacerdote por los siglos según el orden de Melquisedec»—es nuestro verdadero *guía hacia Dios,* y el *mediador ante el Señor* (5, 5 10).

Aquí intercala el Apóstol la *tercera reflexión moral* de su carta (5, 11-6, 20). Alude a la crítica situación de los lectores, que le hace difícil explanar verdades tan elevadas. A pesar del tiempo transcurrido desde la conversión, son todavía niños en la vida espiritual, de suerte que sería preciso repasar con ellos los rudimentos de la vida cristiana[1] (hoy diríamos: el «catecismo menor») (5, 11-14). Trata sin embargo de llevarlos *adelante* con el auxilio de Dios y de evitar, mediante serios y santos avisos, que renuncien aun a los primeros principios y por ahí vengan a caer en la total apostasía, retornando al judaísmo. Porque malo sería que llegasen a apostatar; entonces apenas habría posibilidad de tornarlos de nuevo a la fe (por causa del endurecimiento de su corazón, cfr. *Matth.* 5, 13 y 12, 32) (6, 3-8)[2]. Pero no apostatarán—esta firme confianza abriga en su corazón el Apóstol —, por la caridad de que han dado muestras (6, 9 s.). Importa ahora que vayan haciéndose cada día más perfectos en la esperanza cristiana (6, 9-12). Pues así como Abraham por la esperanza llegó a la posesión de los bienes de la salud, prometidos por Dios con juramento (6, 13-16), así la promesa y el juramento de Dios deben alentar a los hijos de Abraham, «herederos de la promesa», a acudir en todas las necesidades a Jesús (depositario, en el sentido más propio y verdadero, de la «bendición» prometida), a Jesús, «Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (6, 17-20).

Después de esta exhortación, comienza el Apóstol *a demostrar por menudo la preeminencia del Sacerdocio del Nuevo Testamento sobre el sacerdocio levítico, el cual ya no tiene razón de ser;* es, por consiguiente, una necedad adherirse al sacerdocio de la Antigua Ley (7, 1-10, 18).

a) *Preeminencia de la* **persona** *de Cristo sobre el sacerdocio levítico* (7, 1-28). Primero nos presenta el Apóstol a aquel misterioso personaje *Melquisedec,* y nos declara cómo es *tipo de Cristo* en todo lo que de él dice la Sagrada Escritura, y también en lo que calla. Pues la Sagrada Escritura nos dice su nombre, que significa «rey de justicia», y sus cargos: «rey de Salem», es decir, rey de la paz, y «sacerdote del Altísimo». Calla en cambio su genealogía, nacimiento y muerte; con lo cual da a entender que no recibió el sacerdocio por abolengo, como los sacerdotes israelitas, sino de Dios mismo, lo mismo que

---

[1] Entre los rudimentos cuenta el Apóstol (según 6, 1 y 2) la conversión de las obras muertas, es decir, pecaminosas, y la fe en Dios, que son las condiciones negativa y positiva de la salud; luego la doctrina del «Bautismo» (es decir, del Bautismo cristiano comparado con las purificaciones del Antiguo Testamento), la doctrina de la «imposición de las manos» (Confirmación), de la «resurrección y del juicio». Son puntos doctrinales del catecismo de la cristiandad primitiva. Es seguro «que en la época apostólica se enseñaba a los catecúmenos un catecismo que abarcaba los puntos siguientes: la fórmula de fe; los caminos (de la vida y de la muerte, es decir, un compendio de moral; cfr. la Didake), explicaciones acerca del Bautismo y de la comunicación del Espíritu Santo, el Paternóster y una relación de las palabras con que Cristo instituyó la Eucaristía. Todos estos puntos doctrinales, a excepción de los dos últimos, sabemos que se atribuían a Cristo mismo; pero en cuanto a los dos últimos, la cosa es clara. El catecismo se componía, por consiguiente, de palabras de Cristo» (Alfred Seeberg, *Der Katechismus der Urchristenheit* (Leipzig 1903), 247; también Prat, *La théologie de St Paul* (II 63 ss.).

[2] Página 656 s.; cfr. Weppelmann, *Milde und Strenge in der Apostolischen Zeit,* en *PB* XXXIV 421.

la realeza. Y así, la Escritura le «equipara al Hijo de Dios», es decir: es *tipo* verdadero y genuino *de Cristo* (7, 1-3). Luego invita a sus lectores a que consideren *cuánto descuella Melquisedec* (y por ende más todavía Cristo, antitipo de aquél) sobre Abraham y sobre el sacerdocio levítico. Porque 1. Melquisedec recibió diezmos de Abraham, padre del pueblo israelita, mientras que los levitas reciben diezmos sólo de sus «hermanos». 2. Melquisedec bendijo a Abraham, mostrando en ello ser superior a él. 3. La Sagrada Escritura asegura que Melquisedec vive. 4. El sacerdocio levítico, representado en Abraham, dió los diezmos a Melquisedec (7, 4-10).

Todo esto nos prueba que el sacerdocio levítico y la Ley fundada sobre él no podían llevar al pueblo a la «perfección»; en otros términos, que no podían, ni era su objeto, realizar el fin religioso, es decir, la reconciliación con Dios mediante la remisión de los pecados, la santificación, la justificación (la gracia) y la vida eterna (la gloria). Pues de haber sido ese su objeto, o de haber podido realizarlo, no habría Dios establecido otro Sacerdote «según el orden de Melquisedec», y *cambiado* con ello la Ley. Pues el sacerdote instituído por Dios «según el orden de Melquisedec», «nuestro Señor» Jesucristo, no procede de la tribu de Leví, sino de la de Judá; además fué constituído Sacerdote, no según las normas legales, que hacían depender de la sucesión carnal el derecho al sacerdocio, el cual duraba cuanto la vida carnal, sino «por el poder de su vida indisoluble», es decir, en virtud de una vida eterna que no se extingue con la muerte de cruz (7, 11-17). Mediante este cambio introducido en la Ley con el sacerdocio de Cristo ha quedado *abolido* por «insuficiente e inútil» el sacerdocio levítico, que tenía finalidad sólo transitoria, pedagógica, provisional; ha sido sustituído por «una esperanza mejor», por esperanza de cosas mejores que el sacrificio del Antiguo Testamento: la esperanza en la muerte expiatoria del Pontífice eterno, Cristo (7, 27 y a menudo), merced a la cual estamos seguros de nuestra reconciliación con Dios y nos atrevemos a acercarnos a El (7, 18 s.). Y este sacerdocio, mediante el cual Jesús es «fiador (o mediador) de una Alianza mejor» (que la Antigua), ha sido *irrevocable* e *inmutablemente* confirmado con juramento; no puede ya ser roto por ningún otro (7, 20, 22). Este sacerdocio no está vinculado, como el levítico, a muchos hombres mortales; es *intransferible* o *eterno:* Jesús «puede perfectamente salvar a los que por su mediación se presentan a Dios, como que está siempre vivo *para interceder por nosotros»,* representando de continuo a su eterno Padre el sacrificio expiatorio que por nosotros ofreció en el Gólgota (cfr. también I *Ioann.* 2, 1 s.; *Apoc.* 5, 6). [Rafael, en el célebre cuadro de la *Disputa del Sacramento,* con mucha sabiduría ha pintado a Cristo con las sagradas llagas, representándonoslo como Sacerdote eterno] [1]. A la verdad, tal como éste nos convenía que fuese nuestro Pontífice, el cual posee moral y realmente en grado perfectísimo cuanto típica y simbólicamente poseía el sumo sacerdote del Antiguo Testamento (7, 26-28) [2].

b) *Excelencia del* **lugar** *donde Cristo ejerce las funciones pontificales* (8, 1-9, 10). He aquí la idea capital del tema: Tenemos en Cristo un Pontífice que, haciendo valer de continuo su sacrificio en el verdadero *Sancta Sanctorum,* es decir, *en el cielo,* «a la diestra de Dios» (como copartícipe del poder y de la majestad de Dios), interpone en favor nuestro su valimiento (cfr. también 7, 25; 9, 24; *Rom.* 8, 34) y puede recabar la reconciliación con Dios, fin de todo anhelo religioso. *En la tierra,* en el Templo de los judíos, en la «sombra» del *Sancta Sanctorum* celestial, según la Ley no había lugar adecuado para el sacerdocio prometido a Cristo con juramento en el Salmo 109. «Mas ahora, es decir, *en el cielo,* Jesús ejerce un ministerio sacerdotal mucho más excelente que el levítico; pues es mediador de una Alianza infinitamente superior a la Antigua. Y aunque ésta respondía a su época y a su finalidad, mas no era

---

[1] Cfr. a este propósito Kneller, *Raffaels Disputa,* en *StL* 72 (1907), 291 ss.

[2] En 7, 27 afirma el autor *el hecho* del sacrificio de Cristo en la Cruz; en 9, 14, *la manera;* en 9, 28, *la virtud;* y en 10, 14, *el valor infinito.*

«irreprochable» ni perfecta (cfr. 7, 18); por lo que, según la palabra de Dios (*Ierem.* 31, 31-34), había de ser sustituída por «otra» fundada en «promesas mejores». Esta *Nueva Alianza* se describe primero negativamente (8, 9): No se ha de desenvolver como la Antigua; pues el pueblo judío (la «Sinagoga») fué siempre infiel a ella, y apostató por fin de ella desechando al Mesías; la comunidad de la Nueva Alianza (la Iglesia) no ha de poder equivocarse en cosas de fe ni apostatar de Dios y de su Cristo. (La Iglesia ha de *durar* hasta el fin del mundo y ha de permanecer *siempre inmutable* en su esencia y finalidad, con sus dones y cualidades: *perpetuitas* e *indefectibilitas*). Luego (8, 10-12) pasa a describir positivamente la «Nueva Alianza». *Primera* «promesa mejor»; la ley de Dios, entendida de manera más profunda y espiritual (cfr., por ejemplo, el Sermón de la Montaña), escrita en la voluntad y en el corazón del hombre fortalecido por la gracia; la alianza con Dios y la filiación divina. *Segunda* «promesa mejor»: La suma de todo conocimiento religioso — resumido en esta breve fórmula: ¡conoce (y reconoce» al Señor! — el conocimiento de Dios, logrado, no sólo por la palabra, por razones intrínsecas, sino también por la divina gracia, por la virtud teologal de la fe, infundida por el Espíritu Santo, de la cual participarán todos los miembros de la *Nueva Alianza*. *Tercera* «promesa mejor»: el perdón y remisión del pecado [3]. Esta Nueva Alianza prometida por el profeta Jeremías se ha realizado; la Antigua, «anticuada» y caduca, está ya decrépita y próxima a abolirse (8, 13; cfr. 6, 8). La institución del «santuario terrestre», es decir, del Tabernáculo con la «Ley Ceremonial» correspondiente, simbolizaba y representaba los tiempos «presentes» (mesiánicos), pero no tenía la virtud de «perfeccionar» a los hombres en la conciencia, es decir, de borrar el pecado, de santificarlos y unirlos con Dios. Pues con la división del Tabernáculo en dos partes: *Sancta*, adonde sólo podían entrar los sacerdotes encargados del culto, y *Sancta Sanctorum*, adonde sólo entraba una vez al año el sumo sacerdote, no sin llevar allí sangre que ofrecer por sus ignorancias y las del pueblo, daba claramente a entender el Espíritu Santo que en la Antigua Alianza no estaba todavía patente la entrada al verdadero santuario, el camino de la perfecta unión con Dios y que los sacrificios y ceremonias de la antigua Ley, por ser meras «leyes carnales», no podían producir sino una pureza externa y levítica, mas no una purificación de la conciencia (9, 1-10).

c) *Preeminencia del* **sacrificio** *de Cristo sobre los sacrificios de los sacerdotes levíticos y del sumo sacerdote* (9, 11-10, 18). Cuán excelente sea el pontificado de Cristo por razón de la **víctima** y de los **frutos del sacrificio.**

«Mas Cristo se presentó (en la tierra) como Sumo Sacerdote de los bienes venideros (prometidos para los tiempos mesiánicos, que aquí consisten en la remisión de los pecados y la santificación, y después en la «vida eterna»). Y penetrando por un tabernáculo más excelente y perfecto, no hecho de manos, es decir, no perteneciente a esta creación, ni (abriéndose paso) mediante la sangre de machos cabríos y de becerros, sino mediante su propia sangre, entró una vez para siempre en el *Sancta Sanctorum* (celestial), habiendo hallado (y llevado a cabo) una redención eterna. Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la aspersión de la ceniza de una ternera santifican a los que están manchados, dándoles la purificación (legal) *de la carne*, ¡cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo (en griego: «por el Espíritu eterno, es decir, por impulso del Espíritu absolutamente eterno o divino, con el cual estaba unido su espíritu humano; cfr. 7, 16) se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, limpiará de obras muertas nuestra *conciencia*, para servir al Dios vivo! Y por eso

---

[3] El Profeta describe la naturaleza y los efectos o virtudes de la Nueva Alianza, haciendo caso omiso del uso que el hombre pueda hacer de su libertad. Porque también en la Nueva Alianza hay muchos que por su perversa voluntad impiden la realización del ideal. El punto capital es: la Antigua Alianza no tenía la virtud de realizar el ideal, la Nueva Alianza la *tiene*.

(porque Cristo como Hombre-Dios se ofreció a sí mismo en holocausto) es *mediador de un Testamento Nuevo* (cuyo fin y objeto es) que, mediante la muerte que acaeció para expiar las transgresiones de la primera Alianza, los llamados reciban la herencia eterna prometida. (Mas la «herencia eterna prometida», o los bienes mesiánicos de la Redención que había de dar la Nueva Alianza, estaban en manos del Mesías. De donde la Alianza tenía el carácter de «testamento». Cristo podía como lo hizo, legar a los hombres en forma de testamento la «herencia eterna» [cfr. *Matth.* 26, 28]. Mas para que el testamento fuera válido, era necesario que antes muriese.) Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga la muerte del testador. Pues el testamento no es válido sino por muerte; pues no tiene fuerza mientras vive el que lo otorgó. Por eso, ni aun aquella primera (Alianza, que en cierto modo era también testamento, porque prometía la «herencia»), se celebró sin (la) sangre (de las víctimas)»... Fué, pues, necesario que la herencia del cielo, inasequible a los hombres por el pecado, se abriese mediante sacrificios mejores, a saber, mediante la vida y la muerte de inmolación de Cristo.

«Porque no entró Jesús en el santuario hecho de mano de hombres, que era figura del verdadero; sino que (una vez consumado su sacrificio) entró en el *cielo* mismo, para presentarse ahora por nosotros (como Sacerdote) en el acatamiento de Dios (cfr. 7, 26; 8, 2; 10, 20). Tampoco entró en el cielo para (abandonarlo luego y) ofrecerse muchas veces a sí mismo, como entra el pontífice de año en año en el *Sancta Sanctorum* con sangre ajena; de otra suerte, le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; cuando ahora *una sola vez,* al cumplirse los tiempos, se presentó para destrucción ddel pecado *con el sacrificio de sí mismo.* Y así como está decretado a los hombres el morir una sola vez, y después sigue el juicio, así también Cristo ha sido una sola vez inmolado para quitar los pecados de muchos (objetivamente, *de todos;* cfr. II *Cor.* 5, 16; I *Tim.* 2, 5; subjetivamnte, sólo de muchos); y otra vez aparecerá sin (relación alguna al) pecado, sino para dar la salud a los que le esperan» (9, 11-28).

Mas este sacrificio único fué suficientemente perfecto; no así los de la Antigua Alianza. Porque «como la Ley» — la Antigua Alianza con su sacerdocio, su templo y su culto —, ofrecía sólo una «sombra» vaga de los bienes de la salud mesiánica, o sea de la verdadera reconciliación, purificación y santificación, mas no a la manera de la Nueva Alianza, que ofrece (en los sacramentos) la imagen clara y verdadera de las cosas celestiales, «no podía en manera alguna por medio de las mismas víctimas hacer perfectos a los que se acercaban» (a buscar la unión con Dios mediante los sacrificios), es decir, no podía purificar realmente del pecado y reconciliar con Dios. De otra manera, ¿por qué no cesar, una vez purificados y reconciliados los sacrificadores? En los sacrificios de la Antigua Ley (el día de la Expiación) lo único que se hace es recordar el pecado y la culpa, manifestando con ello la necesidad de la purificación; los sacrificios tenían, pues, por objeto despertar y mantener vivo el deseo del único sacrificio expiatorio verdadero y eficaz. Mas no podían borrar los pecados. «Porque es imposible que se quiten los pecados con sangre de toros y machos de cabrío», la cual, no teniendo relación alguna intrínseca con las acciones de los hombres, no puede ejercer influjo en la vida del espíritu. «Por lo mismo» habla ya la Escritura de la insuficiencia de los sacrificios de la antigua Ley y de la necesidad de otro nuevo. El Salmista, por ejemplo *(Ps.* 39, 7-9, citado libremente de los *Setenta),* ve en el apartamiento del Santuario decretado contra él una señal de no querer Dios de él «hostias y ofrendas, holocaustos y sacrificios expiatorios», sino la entrega de toda la persona, viniendo a ser el cuerpo el instrumento de la voluntad. El Apóstol, interpretando el Salmo en sentido típico-mesiánico, pone las palabras del Salmista en boca del Mesías, cual si fueran la oración matutina de su vida al entrar en el mundo, es decir, en su Encarnación. Cristo pronunció *realmente* las palabras del Sal-

realmente las palabras del Salmista *por el hecho* de haberse ofrecido con voluntaria y pronta obediencia a «realizar el divino decreto de la Redención», como está escrito en la Escritura («al principio del libro» *[pars pro toto]*, en el libro, en la Sagrada Escritura) en todos los lugares que se refieren a la Pasión y muerte del Mesías. «*Por este decreto de la Redención somos santificados* (reconciliados con Dios) *mediante la oblación del cuerpo de Cristo* (en la Cruz), *hecha una sola vez*».

«Mientras que todo el sacerdocio (de la Antigua Ley) *ejerce diariamente su sagrado ministerio* y ofrece los mismos sacrificios, que no pueden jamás quitar los pecados, éste (nuestro Pontífice, Cristo), después de ofrecida *una sola* hostia por los pecados, *está sentado para siempre* a la diestra de Dios, aguardando en lo sucesivo que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies. *Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los que ha santificado*». (La oblación de Cristo tiene objetivamente la virtud de limpiar del pecado y santificar a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los países; para ello es preciso que los que son santificados se apropien subjetivamente y mediante sus obras las gracias que Cristo nos ganó con su inmolación. ¿De qué manera? Los lectores de la carta sabían muy bién cómo se aplican subjetivamente por la fe, el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía el sacrificio realizado una vez objetivamente por Jesucristo).

Pasa el Apóstol a la *parte parenética* de la carta (10, 19-13, 21). Habiéndonos Cristo abierto un camino nuevo y vivo «por el velo de su carne», es decir, por la muerte en la Cruz, para que podamos obtener la unión con Dios, aprovechémonos de él llenos de confianza; lleguémonos a él con sincero corazón, con plena fe, firme esperanza y ardiente caridad, no abandonando el culto divino (10, 19-25). Pues si alguien, después de conocer plenamente la verdad cristiana, torna de nuevo al judaísmo, ya no le queda hostia que ofrecer por sus pecados; habría renunciado al sacrificio de Cristo, mas los sacrificios judíos de nada le valdrían. Puede estar seguro del castigo divino, por haber hollado con sus pies al Hijo de Dios, y tenido por inmunda su preciosa sangre, y menospreciado los dones del Espíritu Santo. ¡Cuán terrible no habrá de ser el castigo! (10, 26-31). ¡Oh! Traed a la memoria aquellos primeros días, cuando después de haber sido iluminados sufristeis con valor admirable un gran combate! No queráis, pues, malograr vuestra confianza, porque el Señor espera. Dentro de muy poco vendrá el Señor. Entonces de la fe recibirá el justo la vida; pero quien desertare, no será grato a Dios. «Mas nosotros no somos de los hijos que desertan para perderse, sino de los fieles, para poner en salvo el alma» (10, 32-39).

En el capítulo 11 insiste en sus exhortaciones a perseverar en la fe. Piensen los lectores lo que es la «fe». «Es, pues, la fe (es decir, el rendimiento del juicio al testimonio divino mediante un acto de la voluntad, como se desprende de los ejemplos) un germen [1] de las cosas que se esperan (una posesión de los frutos en su germen), prenda firme (provisional) o prueba cierta de cosas que no se ven. Por la fe merecieron (de Dios) los antiguos el testimonio (de serle gratos). Pues (v. 6) sin la fe es imposible agradar a Dios; por cuanto el que se llega a Dios, debe creer que Dios existe, y que es *remunerador* de los que le buscan». Primero insinúa el Apóstol en términos generales que por la fe (en la divina Revelación contenida en el relato de la Creación) reconocemos que el mundo visible no ha salido de la materia preexistente, sino que ha sido creado de la nada por el Dios invisible y omnipotente. Aduce luego en 11, 4-31 una serie de héroes de la fe, los cuales en la fe inquebrantable en lo que para el porvenir esperaban, pero no veían, hallaron fuerza para la virtud, valor para el sufrimiento, complacencia divina: Abel, Henoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José,

---

[1] Cfr. Adrian. *Psychologie des christlichen Glaubens nach der Darstellung der Heiligen Schrift* (Erfurt 1910) 93 ss. 106 ss. También Prat, *La théologie de St. Paul* I 543 ss.

Moisés; hasta una meretriz como Rahab halló la salvación por la fe. Intercala (v. 13-16) esta reflexión: los Patriarcas murieron en su fe, sin haber recibido los bienes que se les había prometido; en la tierra de Canaán vieron sólo una figura de la patria celestial, mejor y más excelente, firme y duradera; en los primeros hechos de la Revelación supieron ya ver el fin del plan divino de la salud; por la fe poseían ya en germen el futuro que esperaban. En 11, 32-38 refiere sumariamente algunos ejemplos de fe activa y pasiva, tomados de la época de los Jueces, Reyes y Macabeos. Termina (11, 39 s.) observando que todos estos héroes de la fe no obtuvieron ni durante su vida ni luego de la muerte «la promesa», es decir, el fruto de la salud mesiánica en toda su amplitud, tanto en ésta como en la otra vida, en el cuerpo y en el alma, porque aun no había sido lograda por Cristo, sino que lo había de ser; la poseyeron en germen mediante la fe. Nosotros, que vivimos después que Cristo apareció y consumó su sacrificio, somos de mejor condición que ellos. Dios quiso guiar a la perfección a los fieles del Antiguo y del Nuevo Testamento simultáneamente y con un acto único, primero a una perfección relativa que alcanza sólo al alma, y luego, en el día de la segunda venida de Cristo, a la definitiva, que comprende a todo el hombre en cuerpo y alma (11, 39 s).

Ya, pues, que estamos rodeados de una tan grande nube de testigos, de todos los creyentes de la antigüedad que asisten a la lucha que sostenemos, descargándonos de todo peso (malas inclinaciones, viciosas costumbres, preocupaciones) y del pecado, que, a la manera de un vestido muy ceñido, nos impiden la carrera, corramos a porfía al término del difícil combate espiritual, poniendo los ojos en Jesús, «autor y consumador de nuestra fe»; el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la Cruz, sin hacer caso de la ignominia (12, 1-3). Pues *todos los padecimientos tienen sentido verdaderamente pedagógico*. Pues si los padres según la carne castigan a los hijos para educarlos, y reciben de éstos amor y reverencia, ¿cuánto más debemos recibir nosotros con reconocimiento y amor la educación que para el fin supremo y para nuestra santificación nos da «el Padre de los espíritus», aunque momentáneamente nos cause dolor? (12, 4-11):

> «Pues aun no habéis resistido hasta derramar la sangre combatiendo contra el pecado; sino que os habéis olvidado ya de las palabras de consuelo que os dirige Dios como a hijos, diciendo en la Escritura: Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni caigas de ánimo cuando te reprende. Porque el Señor, al que ama, le castiga; y a quien recibe por hijo suyo, le azota. Sufrid, pues, y aguantad firmes la corrección. (El texto griego dice: «Si padecéis, es para vuestra educación»). Dios se conduce con vosotros como con hijos. Porque ¿cuál es el hijo a quien su padre no corrige? Que si estáis fuera de la corrección de que todos participaron, bien se ve que sois bastardos, y no hijos legítimos. Por otra parte, si a nuestros padres carnales que nos corrigieron, (a pesar de ello) los respetábamos, ¿no es mucho más justo que, para alcanzar la vida (verdadera y eterna), obedezcamos al Padre de los espíritus? Y a la verdad, aquéllos, por pocos días nos castigaban a su arbitrio (no siempre con razón y, por lo mismo, no siempre para nuestro bien): pero éste lo hace por nuestra salud, *para que participemos de su santidad*. No es otro el fin de la pedagogía divina). Es indudable que toda corrección por el pronto parece que no produce gozo, sino dolor; mas después traerá fruto apacibilísimo de justicia en los que son ejercitados con ella».

Animo, pues. Procurad tener paz con todos, y esforzaos por llegar a la santidad. No os entreguéis a lo terreno, como el profano Esaú (12, 12-17). Pues si no se libraron del castigo divino los israelitas que no quisieron acercarse mediante el arrepentimiento y la enmienda de vida a Dios, que se manifestaba entre espantosos fenómenos naturales, ¡cuánto más castigados no serán los impíos de la Nueva Alianza, que pudieron, pero no quisieron acercarse a la Sión celestial, a la *comunidad de los santos*, a Jesús, mediador de la Nueva

Alianza! (12, 18-25). Porque «él, cuya voz hizo entonces retemblar la tierra», ha prometido que ahora (en los tiempos mesiánicos) ha de conmover el cielo y la tierra aun más violenta y gloriosamente que en el Sinaí, y con ello quedará consumado el reino imperecedero de Dios. Esta última acción divina, como no está sujeta a mudanza, ha comenzado ya con la aparición del Mesías en la tierra, y concluirá con el Juicio Final, con la glorificación de los hijos de Dios y de toda la creación. «Así que, ateniéndonos nosotros, hermanos míos, a aquel reino que no está sujeto a mudanza ninguna, conservemos la gracia, mediante la cual agradando a Dios le sirvamos con temor y reverencia. Pues nuestro Dios es un fuego devorador» (12, 26-29).

Recomienda una vez más a sus lectores la caridad fraterna y la hospitalidad, la simpatía hacia los que padecen en prisión, la santidad del matrimonio, la confianza en la providencia divina, el recuerdo piadoso «de los prelados, los cuales os han predicado la palabra de Dios» (13, 1-7). Así como Cristo permanece siempre el mismo, así también deben perseverar los lectores en sus santos propósitos y no tornar al judaísmo, seducidos por los sacrificios y banquetes sagrados (que aun subsistían). «Pues tenemos un altar [1], del cual no pueden comer los que sirven al Tabernáculo», es decir, los judíos. Nuestra víctima expiatoria es Jesucristo; a él debemos seguir, aunque de ello nos resulte ignominia. Debe movernos a ello pensar que no tenemos aquí mansión fija, mas buscamos la futura (13, 8-14). Después de exhortarles todavía a ofrecer a Dios de continuo sacrificios de alabanza, a hacer bien a todos, a obedecer a los prelados, a pedir por él (13, 15 19), termina la carta, «la palabra de consuelo» (cfr. 13, 22), con una oración por los lectores (13, 20 s.), con saludos y con la bendición apostólica: «La gracia sea con todos vosotros. Amén» (13, 22-25).

717. La primera Carta a Timoteo [2]. Una vez absuelto Pablo en Roma, recorrió las cristiandades de Asia Menor; al salir de allí para marchar a Macedonia, dejó en Efeso al joven y excelente discípulo, al fidelísimo Timoteo (*Philipp.* 2, 20), en calidad de obispo de las comunidades allí organizadas (I *Tim.* 1, 3). No era tarea fácil la de Timoteo, sobre todo dado su carácter algo tímido (cfr. I *Cor.* 16, 10 s.; I *Tim.* 4, 12; II *Tim.* 1, 6 s.); al emprender san Pablo el viaje al Norte (a Macedonia), Timoteo lloraba afligido (II *Tim.* 1, 4). Para consolar y alentar a su querido discípulo en tan difícil cargo, le escribió el Apóstol una carta (desde Macedonia, el año 65).

En ella le dice que no tema a los herejes (1, 3-20); éstos llevan a la Ley mosaica sus inútiles especulaciones (11, 3-7). La Ley sólo encubre el mal (1, 8-11), pero la redención del mal sólo se consigue mediante la gracia de Cristo (1, 12-17); ésta es la doctrina que ha de sostener y atestar Timoteo (1, 18-20). Pasa a darle instrucciones acerca de la organización del culto divino: se ha de rogar por todos los hombres, por los reyes y por todas las autoridades, pues Dios quiere la salud de todos los hombres, y Cristo ha muerto por todos (2, 1-7). Los hombres deben acudir a la oración con manos puras y corazones tiernos; las mujeres, adornadas de las virtudes, y no con atavíos superfluos; las mujeres no deben enseñar en las funciones del culto, sino aprender (2, 8-15). La elección de prelados y ministros es negocio de mucho tiento y circunspección; por eso el Apóstol expone las cualidades que deben adornar a los prelados (3, 1-7; *Episcopos* significa en este lugar el que está investido de la

[1] Cfr. Pohle, *Lehrbuch der Dogmatik* III 336; *ZKTh* 1908, 319 s. 350.

[2] Acerca de Timoteo cfr. núms. 641 s. y 651. Según tradición, fué martirizado en Efeso, donde era obispo, al querer oponerse a ciertas fiestas paganas en honor de Diana. Las reliquias fueron llevadas a Constantinopla y depositadas en la iglesia de los apóstoles allí erigida por Constantino el Grande. Los griegos celebran su fiesta el día 22 de enero; los latinos, el día 24 del mismo mes. — *Comentarios* católicos: Belser, *Die Briefe des Apostels Paulus an Timotheus und Titus* (Friburgo 1907); Meinertz, *Die Pastoralbriefe* (Bonn 1916); Mutz, *Paulus und Johannes als Pastorallehrer. Vorträge über die Briefe an Timotheus und die Briefe an die sieben Engel in der Geheimen Offenbarung* (Paderborn 1910). Cfr. también página 612, nota 1.

dignidad episcopal y sacerdotal) y a los diáconos (3, 8-13). Pues ellos son los encargados en la Iglesia, que es «la columna y el sostén de la verdad», de dar testimonio del misterio de la Encarnación y de la exaltación de Cristo:

«Y es grande a todas luces el misterio de la piedad (la doctrina que sólo el espíritu piadoso llega a comprender): él se ha manifestado en la carne (el Hijo de Dios se ha hecho hombre), ha sido justificado en el Espíritu (ha mostrado ser Hijo de Dios mediante el Espíritu Santo que obraba en él), fué visto de los ángeles, anunciado entre los gentiles, creído en el mundo, elevado a la gloria» [1] (3, 14-16).

Frente a los herejes que con piedad y ascetismo falsos andan sembrando la confusión, debe Timoteo propagar la sana piedad con la doctrina y el ejemplo, y estar atento a su propia salud espiritual:

«Proponiendo esto a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, educado en las verdades de la fe y de la buena doctrina que has aprendido. En cuanto a las fábulas ridículas y cuentos de viejas, dales de mano; y dedícate al ejercicio de la piedad. Pues los ejercicios corporales sirven para pocas cosas, al paso que la piedad sirve para todo; ella tiene la promesa de la vida presente y de la futura. Esta es una palabra verdadera y digna de tomarse en cuenta. Que por eso sufrimos trabajos y oprobios, porque ponemos la esperanza en Dios vivo, el cual es el Salvador de los hombres todos, mayormente de los fieles. Esto has de enseñar y ordenar. Que nadie menosprecie tu poca edad; antes has de ser dechado de los fieles en el hablar, en el trato, en la caridad, en la fe, en la castidad. Entre tanto que yo voy, aplícate a la lectura, a la exhortación y a la enseñanza. No malogres la gracia que hay en ti, la cual se te dió mediante profecía con la imposición de las manos de los presbíteros. Medita estas cosas y ocúpate en ellas, de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto. Vela sobre ti mismo y sobre la doctrina; insiste en ello. Porque haciendo esto, te salvarás a ti, y también a los que te oyeren» (4, 6-16).

Siguen luego instrucciones especiales acerca del modo de haberse con las diversas clases de personas (5, 1-2), de la manera de tratar a las viudas y de elegirlas para el cargo de diaconisas (5, 3-16), de la conducta que debe observar con los sacerdotes (5, 17-20), en cuya elección y consagración debe ser imparcial, guiándose por reglas de sana prudencia (5, 21-25). Refiérese finalmente a ciertas clases sociales: a los esclavos se ha de recomendar obediencia a sus señores, sobre todo si éstos son cristianos. Sólo gentes sin seso y perversas pueden enseñar otra cosa (6, 1-5), gentes que se sirven de la piedad para el lucro. Con energía concluye el Apóstol:

«Y ciertamente, es un gran lucro la piedad, si va unida con la sobriedad, pues nada hemos traído a este mundo, y sin duda que tampoco podremos llevarnos nada. Teniendo, pues, qué comer, y con qué cubrirnos, contentémonos con esto. Porque los que pretenden enriquecerse, caen en tentación, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que hunden a los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición. Porque raíz de todos los males es la avaricia; de la cual arrastrados algunos, se desviaron de la fe y se enredaron en muchas aflicciones. Pero tú, ¡oh varón de Dios! huye de estas cosas, y sigue en todo la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Pelea el buen combate de la fe, arrebata la vida eterna para la cual fuiste llamado, y por la cual diste magnífico testimonio delante de muchos testigos. En presencia de Dios que vivifica todas las cosas, y de Jesucristo que ante Poncio Pilatos dió hermoso testimonio, te ordeno que guardes lo mandado sin tacha y sin mancilla hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, venida que hará manifiesta a su tiempo

---

[1] Palabras tomadas probablemente de un himno de los primeros cristianos.

el bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los reyes y Señor de los señores, el único que es inmortal y habita en una luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto, ni tampoco puede ver, cuyo es el honor y el imperio sempiterno. Amén.—A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos, ni pongan su confianza en las riquezas caducas, sino en Dios vivo (que nos provee de todo abundantemente para nuestro uso); que obren el bien y se enriquezcan de buenas obras; que sean dadivosos y liberales; que atesoren un buen caudal, que sea sólido fundamento para lo venidero, a fin de alcanzar la vida verdadera.—¡Oh Timoteo! guarda el depósito de la fe que te he confiado; evita las novedades profanas en las expresiones y las contradicciones de la ciencia (*gnosis*) que falsamente se llama tal, ciencia que, profesándola algunos, vinieron a perder la fe. La gracia sea contigo. Amén» (6, 6-21).

718. La **Carta a Tito** ofrece el mismo carácter que la anterior. Tito, nacido de padres gentiles (*Gal.* 2, 1 3), se convirtió muy pronto al Cristianismo, probablemente por obra del mismo san Pablo, el cual le llama hijo suyo verdadero en Cristo (*Tit.* 1, 4). Acompañó al Apóstol de las gentes al Concilio de Jerusalén y en distintos viajes (pág. 549, nota 4, y pág. 577, nota 6). En el tercer viaje apostólico le vemos junto a Pablo en Efeso, de donde fué a Corinto en calidad de delegado, para recoger impresiones acerca de los resultados de la primera *Carta a los Corintios* (II *Cor.* 2, 13; 7, 13 ss.; 12, 18). Vuelve a encontrarse con Pablo en Macedonia, de donde lleva a su destino la segunda *Carta a los Corintios.* Desde este momento le perdemos de vista por largo tiempo. Le encontramos de nuevo en *Creta* acompañando a Pablo en el viaje que éste hizo a Oriente después de ser absuelto en Roma y de su corta estancia en España (*Tit.* 1. 5). En dicha isla trabajaron juntos maestro y discípulo; y en ella le dejó Pablo al marchar a Grecia con Erasto, para que propagase el Evangelio y gobernase las cristiandades de la misma (*Tit.* 1, 5). Para ayudar a Tito en su ministerio que resultaba harto difícil por la condición de los cretenses, tan mentirosos, ladinos, perezosos e inmorales (1, 12), y a causa de las intrigas de los herejes (1, 14; 3, 9), escribióle Pablo esta carta probablemente en el otoño del año 65, acaso en Corinto, quizá desde Nicópolis, dándole con toda ternura instrucciones para el ejercicio del ministerio pastoral.

Después de un exordio algún tanto amplio (1, 1-4), comienza el Apóstol aconsejando a Tito que ponga al frente de las comunidades de las ciudades de Creta prelados aptos, irreprensibles, firmemente creyentes (1, 5-9), y se oponga con rigor a los herejes (1, 10-16). A los jóvenes y a los ancianos, a los hombres y a las mujeres, a los esclavos, a todos, debe anunciar Tito con palabras y obras la divina gracia (2, 1-15), y sobre todo los misterios de la Redención: «Porque la gracia del Dios Salvador nuestro se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y religiosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se ofreció por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de hacer de nosotros un pueblo grato a él y lleno de celo en el bien obrar» (2, 11-14).

Habla en particular el Apóstol del trato con las autoridades paganas y con toda clase de personas no cristianas, y le dice:

«Amonéstales (a los fieles) que vivan sujetos a los príncipes y potestades, que obedezcan sus órdenes, y que estén prontos para toda obra buena, que no digan mal de nadie, que no sean pendencieros, sino modestos, tratando a todos los hombres con toda la mansedumbre. Porque también nosotros éramos en algún tiempo insensatos, incrédulos, extraviados, esclavos de infinitas pasiones y deleites, llenos de malignidad y de envidia, aborrecibles y aborreciéndonos los unos a los otros. Pero después que Dios nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres, nos ha salvado, no por las obras que hubiésemos hecho en estado de justicia, sino

por su misericordia, mediante el bautismo de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo, que él derramó sobre nosotros copiosamente por Jesucristo Salvador nuestro, para que justificados por su gracia vengamos a ser en esperanza herederos de la vida eterna» (3, 1-7).

En estas doctrinas debe Tito [1] insistir; ha de evitar debates y contiendas en las comunidades, y no debe tolerar herejes (3, 8-11). Termina con observaciones de carácter personal y con saludos (3, 12-15).

719. Escribió el Apóstol la **segunda Carta a Timoteo** probablemente hacia fines de la segunda prisión en Roma, cuando vió que se le acercaba el desenlace y estaba a punto de recibir la corona de la justicia (II *Tim.* 4, 6 s.; número 688 ss.), por consiguiente, el 66 ó el 67.

Saluda el Apóstol a Timoteo (1, 1 s.) dando a Dios gracias por la perseverancia que muestra en la fe (1, 3-5); le exhorta a que, acordándose del día de su consagración (de la «imposición de las manos»), anuncie el Evangelio sin temor ni vacilaciones (1, 6-10). El mismo, con estar en una prisión, no se siente desanimado y apocado, como si estuviese perdida la causa que defiende (1, 10-14), por más que «todos los de Asia se han apartado de él» y sólo Onesíforo ha mostrado interesarse por él (1, 15-18). La labor del misionero apostólico es trabajosa, como la del soldado, como la del que lucha en la palestra, o la del labrador (2, 1-7); pero recibirá su recompensa de Cristo resucitado y glorioso. En las palabras siguientes parécenos oír un himno:

«Es palabra leal: si morimos con él, también con él viviremos; si con él perseveramos, reinaremos también con él; si le negáremos, él nos negará igualmente: si fuéremos infieles, él permanece siempre fiel; no puede desmentirse a sí mismo» (2, 8-13).

Frente a los herejes debe predicar Timoteo la verdad con palabras y obras, guiado por este principio:

«El siervo de Dios no debe altercar, sino ser manso con todos, dócil, sufrido, reprender con dulzura a los que contradicen la verdad, por si quizá Dios los trae a penitencia para que conozcan la verdad, y se desenreden de los lazos del diablo, que los tiene presos a su arbitrio» (2, 24 26).

Vienen días de mucho peligro; han comenzado ya (3, 1 8), pero también la maldad y la locura acabarán (3, 9). Sigue luego una hermosa exhortación:

«Tú, al contrario, me has seguido en la doctrina, en el modo de proceder, en mis deseos, en la fe, en la mansedumbre, caridad y paciencia, en las persecuciones y vejaciones, cuales las que me sobrevinieron en Antioquía e Iconio y en Listra, persecuciones que he tenido que sufrir, de todas las cuales me ha sacado a salvo el Señor. Y así, todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo han de padecer persecución. Al paso que los malos hombres y los impostores irán de mal en peor, errando y haciendo errar a otros. Tú, empero, mantente firme en lo que has aprendido y se te ha encomendado; pues ya sabes de quién lo aprendiste. Porque desde la niñez aprendiste (de tu piadosa madre Eunice y de tu abuela Loide [II *Tim.* 1, 5]) las Sagradas Letras, que te pueden instruir para la salvación (que se alcanza) por la fe en Jesucristo. Toda escritura inspirada de Dios es propia para enseñar, para corregir, para enmendar, para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté apercibido para toda obra buena.

Te conjuro, pues, delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar a

---

[1] Según la leyenda, Tito murió de edad de 94 años, tras una vida de fuertes luchas y grandes padecimientos, después de haber propagado el Evangelio por *Dalmacia* (II *Tim.* 4, 10). A lo que se cree, su cuerpo fué enterrado en *Gortina* (Creta); mas la cabeza del Santo fué trasladada a la iglesia de San Marcos de Venecia. Celebran los griegos su fiesta el día 25 de agosto; los latinos, el 4 de enero (cfr. también pág. 597, nota 2).

vivos y muertos al tiempo de su venida y de su reino: predica la palabra, insiste oportuna o importunamente, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que no podrán sufrir la sana doctrina, sino que, ansiosos de oír lo que lisonjee sus oídos, añadirán maestros a maestros, según sus propios deseos, y cerrarán sus oídos a la verdad, y los aplicarán a las fábulas. Tú, empero, vigila en todas las cosas, soporta las aflicciones, desempeña el oficio de evangelista, cumple todos los cargos de tu ministerio. Vive con templanza. Que yo ya estoy a punto de ser inmolado, y se acerca el tiempo de mi desenlace. Combatido he con honor, he concluído la carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel día como justo juez» (3, 10-4, 8).

Insta el Apóstol: «Date prisa en venir presto a mí». Añade observaciones personales acerca de los que le han abandonado y de los que le gustaría ver junto a sí (4, 9-15), y acerca de su «primera defensa» ante el tribunal (4, 16-18) [1]; y pidiendo una vez más a Timoteo que se dé prisa en venir antes del invierno, termina con los saludos de costumbre (4, 19-22).

A las cartas a Timoteo y Tito se ha dado por su contenido el nombre de **Cartas Pastorales,** es decir, cartas dirigidas a los pastores de almas. Aunque de corta extensión y dirigidas a particulares, tienen gran importancia, más de lo que corresponde a una carta privada. Aun hoy son fuente inagotable de santas instrucciones y sabios avisos para los que ejercen el ministerio pastoral. Muéstrasenos además en ellas la vida que hacían las comunidades cristianas en tiempo del Apóstol, y hallamos noticias importantes acerca de los últimos años de la vida de san Pablo [2].

---

[1] ¿Se refiere el Apóstol a alguno de los sucesos o incidentes de la primera cautividad, o acaso al proceso que ahora (en la segunda prisión) se le sigue?

[2] F. Maier, *Die Hauptprobleme der Pastoralbriefe Pauli*[3], en *BZF* 12 (Münster 1920). La autenticidad de las Cartas Pastorales está no menos atestiguada que la de las restantes de san Pablo. La versión *Itala*, la *Pesitto* y la copta (núm. 14) dan testimonio del origen paulino de las tres; lo mismo Ireneo, como testigo de tradición de Asia Menor, Roma y Galia; Clemente Alejandrino en Egipto, Tertuliano en Africa. Eusebio las clasifica entre los homologoumena (véase núm. 705). Policarpo en la carta *Ad Philipp.* c. 4 cita I *Tim.* 6, 7 y 10; y en c. 12, I *Tim.* 2, 2; y presupone además que sus lectores conocen la obra que cita. Hasta el siglo XIX nadie discutió la autenticidad de dichas cartas, prescindiendo de los ataques, fácilmente explicables, de Marción, Basílides y Taciano. Schleiermacher fué el primero (1805) que vió en I *Tim.* una elaboración de II *Tim.* y *Tit.*; y Fr. Chr. Baur (1835) declaró espúreas las tres. Actualmente en el campo acatólico niegan muchos a Pablo la paternidad de las Cartas Pastorales; y algunos le conceden sólo la de algunos fragmentos de las mismas (*Fragmentenhypothese*). Pero no faltan sabios protestantes eximios que defienden resueltamente la autenticidad de todas ellas (B. Weiss, *Einl.* 272 ss. Zahn, *Einl.* I[3] 462 ss. Godet, *Einl.* I 350 ss. Kübel-Riggenbach, *Kommentar*[2] 1895). En contra de la hipótesis de los fragmentos hablan los testimonios externos y la unidad de las cartas; por otra parte, la falta de acuerdo de los partidarios de dicha hipótesis demuestra la subjetividad e inconsistencia de la misma. Las razones internas que se aducen *contra la autenticidad* descansan en hipótesis *subjetivas* y en *presunciones* históricas y dogmáticas falsas. Las objeciones sacadas del estilo y del lenguaje son subjetivas y exageradas; el fondo de las cartas, la edad del Apóstol y el cambio de circunstancias explican suficientemente las peculiaridades de lenguaje y de estilo. Está por demostrar que la situación que las cartas suponen sea la de la época posterior a la apostólica, la del siglo II. La *herejía* combatida en ellas no es el gnosticismo del siglo II, sino la tendencia judío-gnostizante, que ya se manifestó en tiempo del Apóstol, como es fácil demostrar. Se afirma, sin aducir pruebas, que no pudo existir en tiempo del Apóstol la *organización* eclesiástica que las cartas suponen (cfr. Bruders, *Die Verfassung der Kirche* 175; Dieckmann, *Die Verfassung der Urkirche.* Berlín 1923). Uno de los principales argumentos en contra de la autenticidad estriba en la afirmación, ya refutada en el núm. 688, de haber el Apóstol acabado sus días en la primera prisión de Roma; en tal supuesto no habría lugar en vida del Apóstol para las Cartas Pastorales.—Acertadamente observa Gutjahr (*Einl.* 361) «que el fondo histórico, con el cúmulo de nombres y noticias

Acerca *del autor, integridad y época de la composición de las Cartas Pastorales,* dió la **Comisión Bíblica** con fecha de 12 de junio de 1913 el siguiente decreto:

I. Considerada la tradición de la Iglesia que desde los comienzos se mantiene firme y universal, según lo atestiguan de muchas maneras antiguos monumentos eclesiásticos, ¿se ha de tener por cosa cierta que las epístolas llamadas pastorales, a saber, las dos a Timoteo y otra a Tito, fueron redactadas por el mismo Pablo y siempre incluídas entre las genuinas y canónicas, no obstante la osadía de algunos herejes que las borraron del número de las cartas paulinas, sin aducir razón alguna para ello, sino porque eran contrarias a su enseñanza? *Resp.:* Afirmativamente.

II. La hipótesis que se dice fragmentaria, introducida y propuesta de varios modos por algunos críticos modernos, quienes, por lo demás sin ninguna razón probable, antes al contrario combatiendo entre sí, pretenden que las epístolas pastorales han sido compuestas y aumentadas notablemente en época posterior por autores desconocidos con fragmentos de las epístolas o con epístolas paulinas perdidas, ¿puede menoscabar, siquiera sea levemente, el claro y firmísimo testimonio de la tradición? *Resp.:* Negativamente.

III. Las dificultades que se suelen oponer de muchas maneras o por el estilo y lengua del autor, o por los errores, sobre todo gnósticos, que se describen como si ya para entonces se hubiesen furtivamente introducido, o por el estado de la jerarquía eclesiástica que se supone ya desarrollada, o por otras parecidas razones en contrario, ¿debilitan de algún modo la opinión que tiene por cosa cierta y confirmada la autenticidad de las epístolas pastorales? *Resp.:* Negativamente

IV. Considerando que la doble cautividad romana del Apóstol Pablo debe tenerse por cierta, no sólo por razones históricas, sino también por la tradición eclesiástica, por el testimonio concorde de los santos Padres orientales y occidentales, y además por los mismos indicios que fácilmente se echan de ver en la brusca terminación del libro de los *Hechos,* en las epístolas paulinas redactadas en Roma y sobre todo en la segunda a Timoteo, ¿se puede afirmar seguramente que las epístolas pastorales fueron redactadas en aquel espacio de tiempo que media entre la liberación del primer cautiverio y la muerte del Apóstol? *Resp.:* Afirmativamente.

720. III. A las catorce cartas de san Pablo siguen en el Canon de la Iglesia Católica las siete **Cartas Católicas.** Llámanse *católicas* (por primera vez en el *fragmento de Muratori),* es decir, universales, quizá porque las más de ellas no están dirigidas a comunidades o a personas particulares, como las de san Pablo, sino a toda la cristiandad, o a gran parte de ella, a manera de *encíclicas* [1]. Posible es que *católico* quiera aquí decir *canónico* [2], de suerte que «Cartas Católicas» signifique: cartas que no son de san Pablo, pero que, sin embargo, fueron universalmente reconocidas como apostólicas, como escritas por los apóstoles [3]. Son las siguientes:

721. La Carta de Santiago el Menor, escrita no mucho antes de padecer el martirio (el año 62; véase núm. 698). El *autor* se da a sí mismo el nombre de «Santiago, siervo de Dios y de nuestro Señor Jesucristo» (1, 1); es el Apóstol Santiago el Menor *(Marc.* 15, 40), hijo de Alfeo (o Cleofás), «hermano del Señor» *(Gal.* 1, 19; cfr. *Matth.* 13, 55 y *Marc.* 6, 3). *Motivo* de la carta fué el temor de que muchos cristianos apostataran de la fe a causa de la persecución, y la circunstancia de haber algunos interpretado torcidamente la doctrina de san Pablo sobre la justificación, como si la fe sin la santidad de vida bastase para la salvación, por lo cual se habían entregado al desenfreno y a los vicios. Santiago, obispo de Jerusalén, trata de alentar a «las doce tribus de la dispersión», es decir, a los *judío-cristianos* que estaban fuera de Palestina (acaso en Siria), a la perseverancia en la fe y en la oración, pero también de prevenirles contra el espíritu mundano. Mas la carta no obedece a un plan preciso y determi-

---

personales, imposibles de inventar, que sobrepasan los *Hechos Apostólicos* y las demás cartas paulinas, manifiesta a las claras la imposibilidad de la falsificación posterior y demuestra la autenticidad de las cartas».

[1] Eusebio *(Hist eccl.* 5, 8, 15; 4, 23, 1) habla de epístolas «católicas».

[2] En este sentido, al parecer, en Eusebio l. c. 3, 2, 1.

[3] Un buen comentario a todas las cartas católicas publicó Steenkiste-Camerlynk (Brujas[5] 1909).

nado[1]; compónese más bien de avisos reunidos en pequeños grupos aislados. El estilo es conciso, sentencioso y rico en imágenes.

Después del saludo (1, 1), nos lleva el Apóstol Santiago a la cumbre de la filosofía cristiana, de la «sabiduría» cristiana que hemos de pedir con firme confianza: de las pruebas de esta vida nos debemos alegrar como de nuestra felicidad, pues en ellas se acrisolan, arraigan y consuman la fe y la virtud (1, 2-11): por lo que, «bienaventurado aquel hombre que sufre la tentación; porque después que fuere probado, recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman» (1, 12).

Mas si la prueba externa se torna en tentación interior, y llega el hombre a caer en pecado asociando la voluntad al mal deseo, y por el pecado incurre en la muerte (espiritual), no tiene de ello Dios la culpa, sino el hombre. Pues sólo el bien proviene de Dios; el cual por pura gracia nos ha dado la *nueva* vida espiritual «mediante la palabra de la verdad» (que es el Evangelio (1, 13-18).

La «palabra de la verdad» debe ser oída y recibida dócilmente; mas ello no basta, sino que es preciso ponerla por obra; como «ley de libertad», ha de ser regla y norma de vida, ha de hacer al hombre libre e hijo de Dios; ella empuja a la práctica, a la «religión pura y sin mancilla», al rigor consigo mismo y a la clemencia y caridad con los demás (1, 19-27).

¡Cuán equivocados andaríamos, por ejemplo, si preciándonos de la fe cristiana tratásemos a los pobres sin caridad y alargásemos nuestra mano a los ricos!

> «Oíd, hermanos míos muy amados. ¿No es verdad que Dios eligió a los pobres de este mundo para (hacerlos) ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido a los que le aman? Vosotros, al contrario, habéis afrentado al pobre. ¿No son los ricos los que os tiranizan, y no son ésos mismos los que os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman del bello nombre que sobre vosotros fué invocado? (2, 1-7)

Es preciso cumplir sin acepción de personas el «precepto real» de la caridad. Además es menester cumplir *toda* la *ley;* pues en todos y cada uno de los mandamientos está una e indivisa la voluntad de Dios. Si alguien, por ejemplo, guarda la santidad del matrimonio, pero comete homicidio, quebranta la voluntad de Dios y carga su alma con grave culpa. Nuestra ley es ciertamente una «ley de libertad», pero de libertad del pecado, no de libertad para el pecado; y como constituye la norma de nuestra vida, será también a nuestra muerte la norma con que hemos de ser juzgados (2, 8 3). Nada tan absurdo como creer que baste la fe sin obras; no, *la fe sin obras es inútil y muerta;* no puede acarrear al hombre la bienaventuranza; pues también «los demonios creen, y se estremecen»; no son bienaventurados. Abraham fué justificado por la fe acompañada de buenas obras, y por éstas vino aquélla a ser consumada .. ¿No veis cómo el hombre se justifica por las obras, y no por la fe solamente?» Rahab, la ramera, fué asimismo justificada por la hospitalidad y ayuda que dispensó a los exploradores, movida por la fe (cfr. *Hebr.* 11, 31). «Pues como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin las obras está muerta» (2, 14 26)[2].

---

[1] Cladder presenta una disposición muy instructiva e ingeniosa en el detalle, aunque, a nuestro juicio, algo artificiosa en *Die Anlage des Jakobusbriefes (ZKTh* 1904, 37 295). De las cuestiones de introducción trata Meinertz en la monografía fundamental *Der Jakobusbrief und seine Verfasser. (BSt* X, 1-3. Friburgo 1894). *Comentarios* católicos modernos: Trenkle, *Der Brief des hl. Jakobus* (Friburgo 1894); Belser, *Die Epistel des hl. Jakobus* (ibid. 1909). Meinertz, *Der Jakobusbrief* (Berlín 1915). Véase también página 671, nota 3. —Baur und Remmele, *Charakterbildung. Vorträge über den Jakobusbrief* (Friburgo 1912); Belser, *Anleitung zur Werwertung der Jakobusepistel* (ibid. 1914); Rösch, *Der Jakobusbrief exegetisch-homiletisch erklärt,* en *ZK* I (1918) 21.

[2] No existe contradicción de ningún género entre Santiago y Pablo *(Rom.* 2, 14-20); y Santiago no entabla polémica con Pablo, sino con los que tuercen las palabras de Pablo. Véase página 624, nota 1.

Santiago reprende el afán de muchos que quieren hacer de maestros, sin tener presente la responsabilidad que echan sobre sus espaldas. La enseñanza tiene sus peligros a causa de las lenguas que son tan difíciles de domar. Sólo «cuando alguien no tropieza en el discurso, ese es un hombre perfecto; ese tal puede tener a raya todo el cuerpo»; como quien pone un freno en la boca al caballo, ese tal le gobierna; como el piloto que, con sólo gobernar un pequeño timón, imprime al navío el rumbo que quiere. La lengua es «un fuego», «un mundo de injusticia» (3, 1-7). El hombre puede domar todas las bestias, mas

«la lengua nadie puede domarla; ella es un mal que no puede atajarse, y está llena de mortal veneno. Con ella bendecimos a Dios Padre, y con la misma maldecimos a los hombres, los cuales son formados a semejanza de Dios. De una misma boca sale la bendición y la maldición. No han de ir así las cosas, hermanos míos. ¿Acaso una fuente echa por el mismo caño agua dulce y agua amarga? ¿O puede, hermanos míos, una higuera producir uvas, o la vid higos? Así tampoco la fuente salada puede dar el agua dulce (3, 8-12).

El que enseña, necesita sabiduría; no la terrena, animal y diabólica, sino la que desciende «de arriba»; ésta es «honesta, pacífica, modesta, dócil, llena de misericordia y de excelentes frutos, no se mete a juzgar y está ajena de hipocresía». Sus frutos son la justicia, que sólo germina en la paz (3, 13-18).

A continuación explana Santiago un verdadero *sermón social:* El descontento y la discordia de los hombres tienen su raíz en la infidelidad a Dios, al cual no oramos, o por lo menos no oramos bien, y en el coqueteo con los placeres del mundo; el remedio está en tornar a Dios con humildad y compunción (4, 1-10). Júzguese cada uno a sí mismo y no al prójimo (4, 11-12), y no excluya de sus planes y obras a Dios y su eterna providencia (4, 13-17). Para los ricos tiene la Carta de Santiago palabras enérgicas; para los pobres, frases de aliento y de consuelo:

«Ea, pues, ¡oh ricos! llorad y levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobreveniros. Podridos están vuestros bienes, y vuestras ropas han sido roídas por la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido, y el orín de estos metales dará testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como un fuego. Habéis atesorado ira para los últimos días. Sabed que el jornal que no pagasteis a los trabajadores que segaron vuestras mieses está clamando contra vosotros; y el clamor de ellos ha penetrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Vosotros habéis vivido en delicias y en banquetes sobre la tierra, y os habéis cebado como las víctimas que se preparan para el día del sacrificio. Vosotros habéis condenado al inocente; y le habéis muerto, sin que os haya hecho resistencia alguna.— Pero vosotros ¡oh hermanos! tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia que Dios envíe la lluvia temprana y la tardía. Esperad, pues, también vosotros con paciencia, y esforzad vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca. No queráis, hermanos, querellaros unos con otros, a fin de que no seáis juzgados. Mirad que el juez está a la puerta. Tomad, hermanos, por dechado de paciencia en los malos sucesos y desastres a los profetas, que hablaron en el nombre del Señor. Tenemos por bienaventurados a los que así padecieron. Oído habéis la paciencia de Job, y visto el fin que el Señor ha deparado (a sus padecimientos sobrellevados con paciencia); porque el Señor es misericordioso y compasivo» (5, 1-11).

Previene contra el abuso del juramento (5, 12). Recomienda la oración, tanto en los días prósperos como en los adversos; en la enfermedad, la oración de la Iglesia y el *sacramento de la Unción*[1]:

---

[1] Cfr. *Kath* 1886 II 150 359 476; *StL* 76 (1908) 516.

«¿Hay entre vosotros alguno que esté triste? que ore. ¿Está contento? que cante salmos. ¿Está enfermo alguno de vosotros? llame a los presbíteros de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oración (nacida) de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará; y si se halla con pecados, se le perdonarán» (5, 13-15).

Así como por los enfermos del cuerpo, debemos también orar por los enfermos del alma, por los pecadores (5, 15-18). Pues

«hermanos míos, si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y otro le redujere a ella, debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará de la muerte el alma del pecador, y cubrirá una multitud de pecados» (5, 19-20).

Así acaba la carta [1].

722. Las dos Cartas de san Pedro [2]. El autor de la carta que en el Canon lleva el nombre de **Primera carta de Pedro,** se designa a sí mismo con el nombre de «Pedro, Apóstol de Jesucristo». Escribe «a los que viven fuera de la patria, dispersos por el Ponto, Galacia (provincia de), Capadocia, Asia y Bitinia», es decir, a las comunidades étnico-cristianas de las citadas provincias del Asia Menor, fundadas directa o indirectamente por el Apóstol san Pablo. Pedro, enterado por Silvano de la situación de los *destinatarios,* visitados, por ser «cristianos», de muchas tribulaciones (preludio acaso de la persecución de Nerón), les instruye, consuela y alienta. Este es, según san Pedro mismo (5, 12), el objeto de la carta: «Por medio del fiel hermano Silvano [3] os he escrito brevemente, declarándoos y protestándoos que la verdadera gracia de Dios es ésta en que permanecéis». El *lugar* donde fué compuesta la carta es «Babilonia» (5, 13), que aquí quiere decir Roma; así lo dicen Papías, Clemente Alejandrino, Tertuliano [4]. Debió de escribirse antes de estallar la persecución de Nerón (verano del 64), y probablemente después de la Carta de san Pablo a los Efesios, pues ofrece puntos de contacto con ésta (por ejemplo, *Ephes.* 1, 18 = I *Petr.* 1, 4; 1, 21 = 3, 22; 6, 5 ss. = 2, 18 s.; 6, 11 = 5, 8).

En el exordio saluda el Príncipe de los apóstoles a los lectores como a «extranjeros (peregrinos) elegidos que viven en la Diáspora de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia», con lo cual deja entrever cierto sentimiento de nostalgia de la patria celestial. La carta puede dividirse en *tres partes* (1, 3-2, 10; 2, 11-4, 11; 4, 12-5, 11) separadas por dos apóstrofes (2, 11 y 4, 12). En la *primera* parte habla el Apóstol (de manera totalmente análoga a *Ephes.* 1, 1-14) de la gloria y de la *felicidad de haber sido redimidos y de ser cristianos,* de renacer a la viva esperanza y estar destinados a una herencia imperecedera, inmaculada, inmarcesible, cuando hayan pasado las pruebas de

---

[1] Utilizan la carta Clemente Romano y el Pastor de Hermas. Testigo clásico de su *autenticidad* es Orígenes, el cual la cita expresamente como carta del Apóstol Santiago, o de Santiago, hermano del Señor (núm. 698). Lutero consideró la Carta de Santiago como una «epístola insulsa», «ajena de estilo evangélico», porque «atribuye la justicia a las obras, en contra de Pablo y las demás Escrituras», y dijo que no debía contarse «entre los libros principales» (*Vorrede zum NT,* 1522); mas su opinión nació del aprieto en que se hallaba, y hoy no la comparten todos los sabios protestantes (cfr. Meinertz, *Luthers Kritik am Jakobusbriefe nach dem Urteil seiner Anhänger,* en *BZ* III [1905] 273).

[2] *Comentarios* católicos, los indicados en la página 671, nota 3 y Hundhausen (1873-78); Vrede (Bonn 1915).

[3] Aberle-Schanz, A. Schäfer, Belser y otros opinan que a Silvano cabe una buena parte en la redacción de la carta. Cfr. en contra Henkel, *Der Zweite Brief des Apostelfürsten Petrus geprüft auf seine Echtheit* (*BSt* IX, 5. Friburgo 1904) 52 ss.; Stegmann, *Silvanus als Missionär und «Hagiograph»* (Rottenburg 1917).

[4] El mismo Harnack (*Chronologie* I 455) llega a decir: «Quien habla de los "coelectos de Babilonia", no escribe ni a orillas del Eufrates, ni en la oscura Babilonia de Egipto, sino en Roma o en Jerusalén, como ya los Padres lo sabían».

esta vida; destinados a gozar de la salud de la cual inquirieron e indagaron los profetas (1, 3-12). Luego hace resaltar el deber que nace de haber sido redimidos y elegidos para la dignidad de cristianos: deber de vivir cristianamente como «hijos de obediencia», de tener fijo ante la vista el fin, de confiar en la gracia, de contemplar al Dios santo y justo y apreciar el valioso rescate que Cristo pagó por nosotros con su sangre preciosísima (1, 13-21). Es preciso desechar todo lo perverso que haya en nosotros y adelantar constantemente en la vida interior, particularmente por medio de la sumisión a todo lo que de nosotros exige la «palabra de Dios vivo», para ser escogidos por «piedras vivas» para el gran templo de la Iglesia, edificado sobre Cristo, «piedra viva angular» (1, 22-2, 10). En la *segunda* parte presenta el Apóstol primero (2, 11 3, 13) un *espejo de costumbres,* en el cual los cristianos deben considerar su vida. Después de una exhortación *general* a llevar como «peregrinos y extranjeros» una vida arreglada y a estar sumisos «a toda humana criatura por respeto a Dios» (2, 12-14), recomienda *a las clases sociales,* a los libres (2, 15-17) y a los esclavos (2, 18-25), que cumplan como cristianos los deberes que les incumben; lleva a los lectores a la cumbre de la filosofía cristiana cuando escribe en 2, 19-25 (dirigiéndose en primer término a los esclavos):

«Pues el mérito está en sufrir uno las tribulaciones por escrupulosidad para con Dios (por respeto a Dios), padeciéndolas injustamente. Porque ¿qué alabanza merecéis, si por vuestras faltas sois castigados y lo sufrís? Pero si obrando bien sufrís con paciencia, ahí está el mérito para con Dios. Que para esto fuisteis llamados, puesto que también Cristo padeció por nosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas. El cual no cometió pecado alguno, ni se halló dolo en su boca; cuando le maldecían, no retornaba maldiciones; cuando le atormentaban, no prorrumpía en amenazas, antes se ponía en manos de aquél que le sentenciaba injustamente. Llevó la pena de nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz, a fin de que nosotros, muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por sus llagas vosotros fuisteis sanados. Porque andabais como ovejas descarriadas; mas ahora os habéis convertido al pastor y obispo de vuestras almas».

Exhorta luego a las mujeres (3, 1-6) y a los hombres (3, 7) al cumplimiento de sus deberes; y se dirige finalmente a todos los cristianos, recomendándoles que vivan cristianamente (3, 8-12). Como traten los cristianos de obrar siempre el bien, de esperar es que nadie les maltrate. Si a pesar de ello os atropellan, «dichosos de vosotros». Porque, si es voluntad de Dios, más vale padecer haciendo bien que obrando mal (3, 13-17). En tales casos es bueno acudir a la meditación de la Pasión de Cristo y del juicio venidero; ahí encontrarán motivos para llevar una vida cristiana. Pues ¡cuán beneficiosas no fueron las consecuencias de los sufrimientos del Salvador inocente: su Resurrección y la virtud salutífera del Bautismo que nace del Resucitado, su descenso a la cárcel de los espíritus [1], su Ascensión a los cielos y su glorificación a la diestra del Padre! (3, 18-22). La consideración del juicio y de la cuenta mueve al hombre a no dejarse llevar por los apetitos sensuales, sino a ser prudente, fervoroso en la oración, caritativo, hospitalario, fiel a la vocación y al empleo de las gracias recibidas (4, 1-11).

En la *tercera* parte insiste en que *los trabajos* deben sobrellevarse *con espíritu cristiano:*

«Carísimos, cuando os pruebe el fuego (de las tribulaciones y de los padecimientos), no os extrañéis, como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria; antes bien alegraos de ser participantes de la Pasión de Jesucristo, para que, cuando se descubra su gloria, os gocéis también con él llenos de

---

[1] Para aclarar este pasaje cfr. Geschwind, *Die Niederfahrt Christi in die Unterwelt. Ein Beitrag zur Exegese des NT und zur Geschichte des Taufsymbols (Ntl Abh.* II, 3-5. Münster 1911).

júbilo. Si sois infamados por el nombre de Cristo, sois dichosos; porque sobre vosotros reposa la honra y la gloria y la virtud de Dios, y su Espíritu mismo. Pero jamás suceda que alguno de vosotros padezca por homicida, o ladrón, o blasfemo o codiciador de lo ajeno. Mas si padeciere por ser cristiano, no se avergüence, antes alabe a Dios por tal causa; pues tiempo es ya de que comience el juicio por la causa de Dios. Y si primero empieza por nosotros, ¿cuál será el paradero de aquellos que no creen al Evangelio de Dios? Que si el justo a duras penas se salvará, ¿a dónde irán el impío y el pecador? Por tanto, aquéllos mismos que padecen por la voluntad de Dios, encomienden por medio de las buenas obras sus almas al Criador, el cual es fiel» (4, 12-19).

Exhorta a los prelados a que apacienten, vigilen y atiendan debidamente a su grey, con la mirada puesta en la corona inmarcesible de la gloria (5, 1-4). Todos deben conducirse humildemente con el prójimo (5, 5) y someterse a la mano omnipotente de Dios:

«Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte al tiempo de su visita. Descargad en él todas vuestras solicitudes, pues él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y estad en vela; porque vuestro enemigo, el diablo, anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe, sabiendo que la misma tribulación padecen vuestros hermanos, cuantos hay en el mundo. Mas Dios, dador de toda gracia, que nos llamó a su eterna gloria por Jesucristo, después que hayáis padecido un poco, él mismo os perfeccionará, fortalecerá y consolidará. A El sea dada la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (5, 6-11).

Termina la carta con los siguientes versículos:

«Os envío esta breve carta, según creo, por conducto de Silvano, hermano fiel, declarándoos y protestándoos que la verdadera gracia de Dios es ésta en que vosotros permanecéis. Os saluda la iglesia «coelecta» que está en Babilonia, y también mi hijo Marcos. Saludaos mutuamente con el ósculo santo. La gracia sea con todos vosotros, los que estáis unidos en Cristo Jesús. Amén» (5, 12-14)[1].

La **Segunda Carta** de que se dice autor «*Simón-Pedro,* siervo y Apóstol de Jesucristo», está dirigida a los que han alcanzado igual fe con nosotros, es decir, según 3, 1, a las mismas comunidades de Asia Menor[2] a las que iba dirigida la primera. Exhórtales san Pedro a demostrar su fe llevando una vida verdaderamente cristiana y virtuosa; y apoyándose, a lo que parece, en los versículos 3, 18 de la *Carta de san Judas*[3], les previene contra los herejes antinomistas y contra los burladores que quieren desviar a los fieles de la

---

[1] Esta carta es una de las mejor atestiguadas del Nuevo Testamento. Fué utilizada por Clemente Romano, en el *Pastor de Hermas,* por Papías y Policarpo. Ireneo señala expresamente como autor de ella a Pedro. Nadie en toda la antigüedad cristiana dudó de su autenticidad, por lo que Orígenes y Eusebio la cuentan entre los *homologoumena* (es decir, entre los escritos reconocidos por todos como canónicos). También los criterios internos hablan en favor de la autenticidad: la pintura que del autor nos imaginamos al leer la carta coincide en todos los rasgos con la que de san Pedro nos habíamos forjado al leer los Evangelios y los *Hechos*. Hállanse numerosas particularidades, por ejemplo, 5, 12 s.; alusiones a sentencias del Señor: 4, 14 = *Matth.* 5, 11 s.; 2, 12 = *Matth.* 5, 16; 2, 6-8 = = *Matth.* 21, 42; alusiones a sucesos de la vida de Jesús 2, 21-25; 3, 18 s.; 4, 1; referencias a relaciones personales con Cristo 5, 1. — El *Fragmento Muratoriano,* tal como ha llegado a nosotros, no enumera la carta. Mas sobre este punto, cfr. en la página 609, nota 1, la explicación de Hundhausen (*Die beiden Pontifikalschreiben des Apostelfürsten Petrus*, Maguncia 1873, 96 ss., nota).

[2] Cfr. Henkel en *ThG* 1910, 632 ss.

[3] Por ejemplo, *Iudae* 3 = II *Petr.* 1, 5 y 3, 1; 4 = 2, 1 3; 5 = 1, 12 y 3, 1; 6 = = 2, 4 9; 7 = 2, 6 10, etc.

observancia de los avisos apostólicos. Alude también a su primera carta y a las que su «dilecto hermano Pablo escribió conforme a la sabiduría que se le ha dado» (3, 15 s.), y suplica que se dignen entender bien las palabras del Apóstol de las gentes. Habiendo Pedro escrito la carta en previsión de su cercana muerte (1, 14), se puede señalar como fecha de la composición el año 66 o el comienzo del 67. Escribióse en Roma.

Comienza san Pedro con este saludo a los lectores: «la gracia y la paz crezcan más y más en vosotros por el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesucristo» (1, 1-2); pasa luego a exhortarles a que — como cristianos «partícipes de la naturaleza divina» — lleven una vida de virtud, y se esfuercen por asegurar su «vocación y elección por medio de las buenas obras» (1, 3-11). El cuidado de la salud eterna de sus lectores y la idea de la cercana muerte mueven al Príncipe de los apóstoles a dejarles un documento donde puedan repasar sus avisos e instrucciones (1, 12-15). Funda su solicitud y sus exhortaciones en la *certeza de la palabra apostólica y profética:*

> «Porque no os hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosas, sino como testigos oculares de su grandeza. Pues de Dios Padre recibió gloria y honor cuando desde la gloria soberana descendió una voz que le decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias, escuchadle". Y nosotros oímos también esta voz venida del cielo, estando con él en el monte santo» (1, 16-18).

«La palabra profética», es decir, las profecías del Antiguo Testamento, se ha confirmado y robustecido a la luz de los acontecimientos presenciados y vividos por los apóstoles, y

> «hacéis bien en mirar atentamente a ella como a una antorcha que luce en un lugar oscuro, hasta tanto que amanezca el día, y la estrella de la mañana nazca en vuestros corazones; bien entendido, ante todas las cosas, que ninguna profecía de la Escritura se declara por interpretación privada. Porque no traen su origen las profecías de la voluntad de los hombres; sino que los varones santos de Dios hablaron inspirados del Espíritu Santo» (1, 19-21).

Pasa al asunto principal de la carta: prevenir a los lectores contra *los herejes antinomistas* (2, 1-22). Así como en el Antiguo Testamento hubo falsos profetas junto a los verdaderos, así entre los cristianos hay falsos doctores que reniegan del «Señor que los rescató, que inducen a muchos a la disolución, son culpables de que sea infamado el Cristianismo, y usando de palabras fingidas hacen tráfico de vosotros por avaricia. Mas su perdición no duerme». Dios no perdonó a los ángeles delincuentes, ni al mundo prediluviano, ni a las ciudades de Sodoma y Gomorra; sólo perdonó al justo Noé y a su familia, perdonó al justo Lot; así ahora «el Señor sabe librar de la tentación a los justos, reservando a los malos para que sean castigados en el día del juicio», sobre todo «a aquéllos que van tras los placeres impuros de la carne» y con sus doctrinas antinomistas trastornan las almas (2, 1-9).

> «Porque si, después de haberse apartado de las asquerosidades del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, enredados otra vez en ellas son vencidos, su postrera condición viene a ser peor que la primera. Por lo que mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que, después de conocido, volver atrás y abandonar la ley santa que se les había dado, cumpliéndose en ellos lo que suele significarse por aquel refrán verdadero: Tornóse el perro a su propio vómito, y la cerda lavada a revolcarse en el cieno» (2, 20-22).

Para que los lectores guarden «mente sincera» frente a tales doctores antinomistas, les escribe esta «segunda carta» y les avisa que no se dejen engañar con la *objeción de los burladores: «¿Dónde está la promesa o el advenimiento (del Señor)?* Porque desde la muerte de nuestros padres, todas las cosas permanecen del mismo modo que al principio fueron creadas». Pues Dios que

soltó las aguas del diluvio sobre el mundo que creó, lo ha de destruir mediante el fuego, cuando juzgue llegado el tiempo (3, 1-7). Y si parece que este día se retrasa, pensad

«que un día, respecto de Dios, es como mil años, y mil años, como un día. No retarda, pues, el Señor su promesa, como algunos juzgan, sino que espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia. Pero el día del Señor vendrá como ladrón; y entonces los cielos con espantoso estruendo pasarán, los elementos con el ardor del fuego se disolverán, y la tierra y las obras que hay en ella serán abrasadas. Pues ya que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cuáles no deberéis ser vosotros en la santidad de vuestra vida y piedad, aguardando y corriendo a esperar la venida del día del Señor, cuando los cielos encendidos se disolverán, y se derretirán los elementos con el ardor del fuego? (3, 9-12).

A la destrucción del mundo seguirá *la renovación del mundo* (3, 13-18):

«Conforme a sus promesas, esperamos nuevos cielos y nueva tierra, donde reinará la justicia. Por lo cual, carísimos, pues tales cosas esperáis, haced lo posible para que el Señor os halle sin mancilla, irreprensibles y en paz; y creed que es para salvación la longanimidad de nuestro Señor, como también nuestro carísimo hermano Pablo os lo escribió conforme a la sabiduría que se le ha dado, como lo hace en todas sus cartas tratando en ellas de esto mismo; en las cuales hay algunas cosas difíciles de comprender, cuyo sentido los indoctos e inconstantes pervierten para propia perdición, de la misma manera que las demás Escrituras. Así que vosotros ¡oh hermanos! avisados ya, estad alerta; no sea que arrastrados por el error de los insensatos, vengáis a caer de vuestra firmeza; antes bien id creciendo en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea dada la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén» [1].

723. La Carta del Apóstol san Judas Tadeo. La carta, cuyo autor se da a sí mismo el nombre de «Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago», lleva la siguiente dirección genérica: «a los amados de Dios Padre, llamados y conservados para Jesucristo». Pero considerado el uso que en ella se hace de la historia del Antiguo Testamento y de la tradición judía, y teniendo en cuenta que el autor afirma su parentesco con Santiago, se ha concluído, no sin probabilidad de acierto, que estaba dirigida a un círculo determinado de lectores, a los judío-cristianos (de las iglesias de Palestina). Judas previene a los lectores contra los herejes («antinomistas prácticos», egoístas, engreídos, «propagandistas de la lascivia») y les exhorta a permanecer firmes en la fe. Nada cierto sabemos acerca del *lugar* donde se escribió la carta. Créese que fué compuesta entre el 64 y el 66; pues el ambiente histórico que nos ofrece se da *después* de

[1] Esta carta es uno de los escritos más combatidos del Nuevo Testamento. Para bien orientarse en la cuestión de su autenticidad, cfr. Hundhausen, *Das zweite Pontifikalschreiben des Apostelfürsten Petrus* (Maguncia 1878) 24 ss. y Henkel, *Der zweite Brief des Apostelfürsten Petrus* (Friburgo 1904). La carta pretende expresamente estar compuesta por el Apóstol san Pedro (cfr. por ejemplo, 1, 1 14 18; 3, 1 y 15); dado el espíritu y fondo apostólicos que en ella resplandecen, es psicológicamente imposible que sea obra de un falsario. Cierto es que en la antigüedad cristiana fué citada más rara vez que las demás cartas del Nuevo Testamento. También lo es que se propagó más lentamente que los demás escritos. Pero ello se explica por su poca extensión, por su fondo especial, por las circunstancias de la época en que se escribió, por la precaución que se tenía en admitir nuevos escritos en el Canon. Es manifiesta exageración afirmar que los testimonios son «sumamente defectuosos». Clemente Alejandrino la comenta (según Eusebio, *Hist. eccl.* 6, 14; 3, 25); Orígenes la cita, y a la verdad, como carta de Pedro; Justino, Melitón de Sardes, Ireneo, Hipólito, entre otros, la atestiguan. El temprano reconocimiento del origen petrino de la carta en las iglesias de Asia Menor, de Roma y de Alejandría, es argumento irrefragable de su autenticidad.

la muerte de Santiago el Menor y de la composición de la *Carta a los Hebreos,* la cual no toca los extravíos consignados en la de Judas; *antes,* sin embargo, de la destrucción de Jerusalén, de la cual no se hace mención, y aun antes de la muerte de san Pedro, el cual parece haberla utilizado [1].

724. Las tres Cartas de san Juan [2] datan de fines del siglo I. La **primera** fué dirigida por Juan, juntamente con el Evangelio, a la iglesia de Efeso y a las demás iglesias de Asia Menor confiadas a su cuidado pastoral; llama a los lectores «hijos» (2, 12 18 28, etc.), «hijos suyos» (2, 1), «queridos» (2, 7; 3, 2, etc.); «hermanos» (3, 13); fuera de esto, nada de personal se lee en la carta. Ni al principio ni al fin se encuentra saludo alguno. Juan sostiene que Jesucristo es verdadero Dios, el cual por amor a nosotros se hizo hombre y nos rescató con su sangre y nos justifica en la fe y en la caridad. Previene contra el veneno de los herejes, de esos «falsos profetas», de esos «anticristos», que «salieron de entre nosotros, pero que no eran de los nuestros»; pues negando que Jesús sea el Cristo y el Hijo de Dios, quieren levantar «ídolos» en su lugar; en el terreno de la moral no quieren reconocer «pecado» (2, 4 22; 5, 20; 1, 8; 3, 7), y sin embargo, están enredados en los placeres del mundo (2, 15-17) y horros de caridad fraterna (2, 2; 3, 15). El Apóstol recomienda el verdadero amor de Dios y la íntima caridad fraterna como el medio más conducente para conservar la fe.

En la carta no se advierte división marcada ni desarrollo de ideas; sólo se puede distinguir ciertos grupos de pensamientos, ciertas ideas directrices, a menudo repetidas, pero cada vez en distinto aspecto. En la introducción 1, 1-4 declara san Juan que habla «del Verbo de la vida» como testigo presencial. «Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida — vida que se nos manifestó, que nosotros vimos y testificamos, y os anunciamos esta vida eterna que estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros —, esto que vimos y oímos es lo que os anunciamos, para que tengáis también vosotros unión con nosotros, y nuestra común unión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y os lo escribimos para que os alegréis, y vuestro gozo sea cumplido».

Tomando luego el hilo de la primera idea fundamental: *Dios es luz, y en El no hay tinieblas,* expone cómo la vida cristiana debe ser un andar continuo en la luz (1, 5 2, 29); es preciso que (intencionadamente) no cometamos pecado alguno (1, 5-2, 2), que ejercitemos la caridad fraterna (2, 3-13), nos guardemos del amor del mundo y de los placeres terrenos (2, 14-18) y no tengamos trato con los que andan diciendo: Jesús no es el Cristo (2, 19-29). Otra idea directriz es la siguiente: *Dios es caridad;* por eso el Cristianismo debe ser vida de caridad para con Dios y de caridad para con el prójimo (3, 1-5, 3). La caridad para con Dios nos mueve a evitar el pecado (3, 1-10) y a amar a los hombres según la doctrina de Cristo y a ejemplo del mismo (3, 11-5, 3). Finalmente en 5, 4-21 desarrolla el siguiente pensamiento: *Dios es la vida;* quien tiene al Hijo (por la fe viva y verdadera), ese tal tiene la vida; quien no tiene al Hijo, no tiene la vida eterna; por el Hijo llegamos a la unión con Dios. Porque «sabemos que vino el Hijo de Dios, y que nos ha dado discernimiento para conocer

---

[1] Es cierto que los Padres Apostólicos no citan esta breve carta; pero la cuentan entre las canónicas el *Fragmento de Muratori,* la *Itala,* la versión copta y Clemente Alejandrino. Tertuliano y Orígenes la atribuyen directamente al Apóstol san Judas. Algunas iglesias observaron durante algún tiempo cierta reserva, porque creían ver citado en el versículo 9 el libro apócrifo *Assumptio Mosis,* y en el versículo 14 el igualmente apócrifo *de Henoc* (véase Felten, *Ntl Zeitgeschichte* I 531, nota 2, y 561, nota 5); mas pronto se desvanecieron los escrúpulos. Acerca de la cuestión de la autenticidad cfr. en especial Maier, *Der Judasbrief, seine Echtheit, Abfassungszeit und Leser* (Friburgo 1906); cfr. también *ThQS* 1905, 1547 ss.; *ZKTh* 1906, 693 ss.; *BZ* II (1904) 376 ss.; IV (1906) 164 255.

[2] Belser, *Die Briefe des hl. Johannes übersetzt und erklärt* (Friburgo 1906); Vrede (Bonn 1916). Cfr. también Wurm, *Die Irrlehrer im ersten Johannesbrief* (Friburgo 1903).

al verdadero Dios y estar en su Hijo verdadero. Este es el verdadero Dios y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén» (5, 20 s.)[1].

Dispútase desde antiguo cuál sea el sentido de la dirección de la **segunda Carta de san Juan** («a la señora Electa»). Creen muchos que la carta está dirigida a una iglesia; otros, por el contrario, que a una dama cristiana. La primera opinión nos parece más acertada. El Apóstol alaba a la «señora elegida» *(electa)* y a sus hijos por su adhesión a las verdades cristianas, les inculca el precepto de la caridad y les avisa que se guarden del trato con los impostores que negaban haber Cristo, en cuanto Dios, venido en carne verdadera.

La **tercera Carta de san Juan** va dirigida a un cristiano rico y celoso, llamado *Gayo;* en ella expresa el Evangelista su alegría por la hospitalidad que Gayo ejerce con los predicadores de la fe, se queja del carácter ambicioso y desalmado de un cierto Diótrefes, y recomienda al portador de la carta, Demetrio. Alaba el favor dispensado a los misioneros y a la obra misional con estas palabras: «Carísimo, te portas como fiel y buen cristiano en todo lo que practicas con los hermanos, especialmente con los extranjeros, los cuales han dado testimonio de tu caridad públicamente en la iglesia; y tú harás bien en hacerlos conducir y asistir en sus viajes con el decoro debido a Dios. Pues que por la gloria de su nombre han emprendido el viaje, sin tomar nada de los gentiles recién convertidos. Por eso mismo nosotros debemos acoger a los tales, a fin de cooperar a la verdad» (5-8).—No se puede determinar con certeza el *lugar* y la *época* de la composición de estas dos cartas. Probablemente fueron escritas en Efeso los últimos años del Apóstol[2].

725. IV. **El Apocalipsis**[3] (revelación de cosas misteriosas) cierra la colección de Libros Sagrados de la Iglesia. El autor se da a sí mismo el nombre de *Juan,* el desterrado de Patmos (1, 1 4 9; 22, 8). Habla como «hijo del

---

[1] Así como el cuarto Evangelio fué de siempre unánimemente atribuído al Apóstol san Juan por la tradición eclesiástica, así también lo fué esta primera carta. Utilízanla Papías, discípulo de Juan (cfr. Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 39), y Policarpo; la *Itala*, la versión copta y la siríaca antigua, el *Fragmento de Muratori,* Ireneo, Tertuliano, Cipriano, Clemente Alejandrino y Orígenes dan de ella testimonio directo; Eusebio la clasifica entre los *homologoumena.* Y realmente entre el cuarto Evangelio y esta primera carta de san Juan Apóstol existe cierta afinidad de ideas y extraordinaria semejanza de léxico (luz, vida, mundo, tinieblas, muerte, verdad, testimonio, y muchas otras palabras) y de estilo (antítesis, paralelismos, unión paratáctica de proposiciones, etc.). No cabe dudar que el Evangelio de san Juan y la primera carta son de la misma pluma. Acerca del pasaje I *Ioann.* 5, 7 (el llamado *Comma Iohannem)* y acerca del decreto de la *Congregatio s. Inquisitionis* del 13 de enero de 1897; cfr. los Comentarios e Introducciones.

[2] El autor de ambas cartas (segunda y tercera de san Juan) se llama a sí mismo «el presbítero»; los lectores les conocen con certeza. Mas ¿quién otro, sino el Apóstol san Juan, que vivía en Efeso, podía darse a sí mismo de una manera *particular* semejante denominación (el presbítero) por su posición singularísima en la iglesia de Asia? Es tan natural dicha denominación tratándose del Apóstol san Juan, por el puesto eminente que ocupaba, por su importancia y respetable ancianidad, como sería incomprensible tratándose de uno cualquiera de los muchos presbíteros de Asia Menor. El *Fragmento de Muratori,* Ireneo, Clemente Alejandrino, Tertuliano y Orígenes dan testimonio de la autenticidad. Pero también del contenido de la carta, de las frases características, de los giros, de la manera de asociar las ideas resalta la figura del autor del cuarto Evangelio y de la primera carta de san Juan, o sea, del Apóstol san Juan. — Para más pormenores, cfr. Belser, *Die Briefe des hl. Johannes;* Poggel, *Der zweite und dritte Brief des Apostels Johannes* (Paderborn 1896); Bresky, *Das Verhältnis des zweiten Johannesbriefes zum dritten* (Münster 1906).

[3] Kohlhofer, *Die Einheit der Apokalypse* (1902); Rohr, *Schichten in der Apokalypse* en *TQS* 1907, 321 ss.; el mismo. *Die Geheime Offenbarung und die Zukunftserwartungen des Urchristentums*[3] *(BZF* IV, 5, Münster 1922). *Comentarios católicos:* Tiefental (1892), Rohr (1916), J. Schäfer (popular, *Steyler Missionsdruckerei* 1921). El mejor y más extenso comentario es el de Allo, *Saint Jean, l'Apocalypse* (París 1921). Comentario muy particular es la *Expositio in Apocalypsim* 1-15, 5 y *Visiones* (Baumberg 1784; versión alemana de Buchfelner, [3]1875) de B. Holzhauser († 1658).

trueno» (por ejemplo, cap. 18-20) y a la vez con una ternura sin igual hacia los abatidos y perseguidos. La antigua tradición cristiana (Papías, Justino, Ireneo, Teófilo, Cipriano, Tertuliano, Hipólito, Clemente Alejandrino, Orígenes, etc.) reconoce por autor del Apocalipsis al *Apóstol* san Juan. Cuando a mediados del siglo III se suscitaron dudas en algunas iglesias acerca de la autenticidad del libro, la razón de ello fué porque la herejía milenaria tuvo su origen en la falsa exégesis del capítulo 20 del Apocalipsis. Las múltiples tentativas de la crítica literaria moderna por negar a san Juan la paternidad del Apocalipsis, presentándolo como compilación de diversos fragmentos de fuentes, por lo general judías, no pueden convencer a ninguno que considere el plan artístico y simétrico del libro, y la tendencia y el colorido unitarios.

El *objeto* de este libro profético, único entre los del Nuevo Testamento, es consolar y alentar a las iglesias de Asia Menor, para los cuales se escribió propiamente (cfr. cap. 1, 3), poniéndoles ante los ojos la providencia divina que las rige. Puede determinarse la *época* de la composición por aquellas palabras de Juan (1, 9); «Yo, Juan... estaba en la isla llamada Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús». El destierro a la isla de Patmos, en el cual tuvo las misteriosas visiones divinas, ocurrió imperando Domiciano (81-96); por esta época, hacia el 95, fué escrita la obra.

Dejados aparte el prólogo (1, 1-8) y el epílogo (22, 6-24), podemos dividir el libro en siete grandes visiones: 1. Visión de los siete candelabros, de las siete estrellas y de las siete misivas a iglesias de Asia Menor [1] (1, 9-3, 22). 2. Visión del libro cerrado con siete sellos, que nadie puede abrir sino el Cordero (4, 1-8, 1). Al abrirse los cuatro primeros sellos (cap. 6), aparecen los cuatro «jinetes del Apocalipsis», en sendos caballos, blanco, bermejo, negro y pálido, representando el primero a Cristo, los otros tres la guerra, el hambre y la muerte [2]. 3. Visión de las siete trompetas (8, 2-11, 9); cada sonido trae nuevos castigos. Al sonido de la séptima trompeta preceden tres visiones: *a)* el vidente es obligado a devorar un rollo (libro); *b)* a medir el templo de Dios; *c)* dos testigos de Dios predican penitencia, son muertos y luego resucitados por Dios. Entonces suena la séptima trompeta. 4. Visión de la gran lucha del reino del mundo contra el reino de Dios (12, 1-14, 20): la mujer y el dragón; la bestia de siete cabezas y de diez cuernos; la bestia de dos cuernos; estado de la Iglesia de Dios al fin de la última semana. 5. Visión de los siete cálices de oro llenos de la ira de Dios (15, 1-16, 21), preparados para el castigo final. Los impíos siguen empedernidos; continúa la lucha. 6. Visión de la ruina de Babilonia, la ciudad enemiga del Cristianismo; entonces es derrotada la bestia con sus profetas; por fin es vencido el dragón y encadenado por mil años; suelto de nuevo, trata de engañar a las naciones, mas es arrojado en el estanque de fuego con las bestias (17, 1-20, 15). De esta visión dedujeron algunos falsamente el milenarismo, es decir, la errónea doctrina de que antes del fin del mundo ha de constituirse el reinado visible de Cristo en la tierra durante un período de 1000 años. Rectamente interpretado el capítulo 20, alude mediante la «resurrección primera» a la nueva vida espiritual del linaje humano redimido, vida que conduce a los santos a la bienaventuranza eterna; en contraposición a ésta, nos habla de la «segunda muerte», de la eterna condenación; la figura del dragón encadenado durante 1000 años significa que el poderío de Satán será reprimido durante el período cristiano de la historia, pero que al fin de los tiempos Dios permitirá una prueba de la Iglesia, durísima pero breve. 7. Visión del cielo nuevo y de la tierra nueva (21, 1-22, 5); describe la resurrección de la carne y el Juicio Final, la transfiguración del mundo y la bienaventuranza perfecta y eterna de la humanidad unida con Cristo, la Jerusalén celestial. 8. Conclusión (22, 6-21).

---

[1] Cfr. Steffen, *Die religiösen Zustände und Verhältnisse der kleinasiatischen Christengemeinden nach der Apokalypse,* en *Kath* 1914 II 276 ss.; 313 ss.; 1915 I 41.

[2] Magistralmente representados por Durero en el *Apocalipsis de san Juan* y por Peter Cornelius en los *Cartones de Berlín.*

Tan claro como aparece en conjunto el sentido sublime de este libro maravilloso, es sin embargo dificilísima la interpretación de cada una de sus partes. Ni hay libro de la Sagrada Escritura que haya tenido en el curso de los tiempos tan diversas interpretaciones, arriesgadas y aun absurdas muchas de ellas. La historia de la exégesis registra cuatro tendencias principales: 1. Según la interpretación *temporal*, el Apocalipsis nos pinta los tiempos primeros del Cristianismo, en particular los tres o cuatro primeros siglos, y la victoria de la Iglesia sobre el judaísmo y el paganismo. 2. La interpretación *eclesiástica* encuentra profetizada en este libro la historia completa de la Iglesia. 3. La interpretación *política* reconoce en el Apocalipsis las grandes épocas del desarrollo del reino de Dios en relación con los reinos del mundo. 4. La interpretación *escatológica* cree ver en el contenido del libro la última época de la historia del mundo y de la Iglesia. Las interpretaciones segunda y tercera son poco probables y fundadas.

Acertadamente dice a este propósito J. Sickenberger [1]: «Este libro profético del Nuevo Testamento, único en su género, escrito para consuelo de los fieles perseguidos, partiendo del estado contemporáneo de la Iglesia cristiana, declara mediante el simbolismo de las imágenes y de ciertas expresiones (de los números especialmente) las espantosas catástrofes y luchas que han de conmover el mundo por culpa de los hombres y por obra del engaño y de la violencia de Satanás y de sus secuaces en los últimos tiempos, ya iniciados (con la primera venida de Cristo), hasta la Parusia y el Juicio Final, y describe la victoria de la Iglesia de Cristo y de la bienaventuranza celestial. No quiso, pues, el autor profetizar sucesos concretos de la historia futura de la Iglesia, ni menos pintar el estado de su tiempo, aunque no faltan alusiones a ello, por ejemplo, al imperio romano. Su libro es una explanación de los conceptos principales del discurso escatológico de Jesús (de la llamada pequeña Apocalipsis [*Marc.* 13 y paralelos])».

VII. Reprobación definitiva de la Sinagoga

160. Destrucción de Jerusalén

(70 d. Cr.)

726. Los judíos no conocieron el día de su visitación; y habiendo desechado al verdadero Mesías, dejaron de ser el pueblo de Dios. Ello les acarreó el castigo vaticinado por los profetas y últimamente por Jesús hasta en las menores circunstancias. Proclamaron solemnemente al César por su único rey, y en cambio imprecaron sobre sí mismos y sobre sus hijos la sangre del verdadero Rey. Desde aquel momento la historia del pueblo judío no es sino una cadena de *opresiones* cada vez mayores de parte de los procuradores romanos, de parcialidad y de estrechez de miras en lo religioso y de continua insubordinación y rebeldía en lo político por parte del pueblo abandonado de Dios. Añádase a esto la credulidad de los judíos; no quisieron reconocer al verdadero Mesías, a pesar de la santidad de su vida y doctrina, y de los grandes milagros y prodigios, y en cambio más tarde se echaron en manos de cualquier embustero, de cualquier *falso mesías* y falso profeta; con lo cual fueron cayendo en nuevas calamidades. Y el mal duró entre ellos hasta los últimos días, en que el Templo fué pasto de las llamas.

Pronto comenzó a hervir el país en embaucadores que atraían las gentes al desierto prometiéndoles señales y prodigios, mas luego las abandonaban

[1] *Kurzgefasste Einleitung in das NT* 3 y 4 (1925) 146.

indefensas a las sangrientas represalias de los romanos [1]. *Partidas de bandoleros* recorrían el país, lo asolaban e incendiaban bajo pretexto de celo por la observancia de la Ley y de castigo de los partidarios de los romanos. Bandas de *sicarios* [2] que por propio impulso o asalariados cometían innumerables asesinatos, comenzaron a ejercer su sanguinaria profesión con preferencia en las grandes solemnidades del Templo, donde sin ser notados podían sacrificar sus víctimas. Así era castigado aquel pueblo que deseó la libertad de un ladrón y asesino, y en cambio pidió la muerte del Santo y del Justo (cfr. núm. 401 ss. y 545).

727. Parecía que *los procuradores romanos* se hubiesen propuesto llevar a la desesperación a aquel pueblo odiado de ellos y que a su vez les odiaba [3]; el último de ellos, Gesio Floro, provocó la resistencia armada [4]. Así estalló por fin el año 66 d. Cr. la *Guerra Judía,* la cual, después de cuatro años de sangrientas luchas y horribles devastaciones, terminó en todo el país con la destrucción de Jerusalén y la dispersión del pueblo judío, cumpliéndose a la letra cuanto había profetizado el Salvador [5]. Fué una tribulación cual no la hubo desde el principio del mundo ni la habrá. El sacerdote judío *Flavio Josefo,* general en jefe de las tropas judías en Galilea, y más tarde testigo ocular de todo el curso de la guerra en el séquito de Vespasiano y de Tito, nos la ha descrito en todos los pormenores en sus siete libros *De Bello Iudaico;* con lo cual, sin saberlo ni pretenderlo, nos dejó la prueba escrita del cumplimiento exacto de las palabras del Señor. Ya en el prólogo se queja de la suerte de Jerusalén y dice: «Entre tantas ciudades sometidas al imperio romano, no se hallará una que, habiéndose elevado a tan alto grado de honor y de gloria como la nuestra, haya caído en tan espantosa miseria... Todas las desgracias de los siglos me parecen haber sido superadas con mucho por las que alcanzaron a los judíos».

Luego del comienzo de la guerra abandonaron la ciudad [6] los cristianos con su obispo Simeón a la cabeza, y fueron a establecerse en *Pella,* allende el Jordán, a 100 Km. de Jerusalén.

728. Las inicuas opresiones de los procuradores romanos hicieron que por fin estallase en Jerusalén la insurrección nacional hacia mediados de mayo del 66, siendo procurador Gesio Floro. La Torre Antonia fué asaltada, y pasada a cuchillo la guarnición. A los soldados de la fortaleza de Sión se les concedió franca retirada; mas luego que depusieron las armas, fueron también asesinados con inaudita felonía. Inmediatamente acudió el procónsul de Siria, *Cestio Galo,* con su ejército; pero hubo de retirarse y sufrió luego una espantosa

---

1 Cfr., por ejemplo, núm. 671 y Josefo, *Ant.* 20, 5, 1; 8, 6, 10 s.; *Bell.* 2, 13, 4 s.; 6, 5, 2 s.

2 Núm. 671. Acerca de las fechorías de los bandoleros y sicarios, cfr. especialmente Josefo, *Ant.* 20, 6, 1; 8, 5, 10; 9, 2, 3; *Bell.* 2, 12, 5; 13, 2, 6.

3 Acerca de su pésimo gobierno cfr. Josefo, *Ant.* 20, 7, 2; 8, 5; 9, 5; *Bell.* 2, 9, 2-4; 12, 1-6; 14, 1.

4 Josefo, *Bell.* 2, 14, 7. Cfr. ibid. 2, 14, 2 s. y *Ant.* 20, 11, 1 el cuadro que Josefo nos traza del carácter de Gesio Floro.

5 Núms. 300 y 317 y en especial núm. 319 ss. (Josefo, *Ant.* 1, 1, 1 4; 10, 5; 13, 5 s.; 6, 1, 5). En la ruina de Jerusalén ve Josefo cumplida la profecía de Daniel (9, 27) (*Bell.* 6, 2, 1; 5, 4).

6 *Matth.* 24, 15; núm. 321; Eusebio, *Hist. eccl.* 3, 5.

derrota en los desfiladeros de Bethorón, cinco horas (20 Km.) al noroeste de Jerusalén, perdiendo 6000 hombres [1] con todos los bagajes y máquinas de guerra. Sucedió esto en octubre del 66.

729. De ello tuvo noticia Nerón en su viaje triunfal por las ciudades helénicas, e inmediatamente envió a su más experto general, Tito Flavio *Vespasiano,* para que dirigiese las operaciones en Judea. Casi tres años necesitó Vespasiano para apoderarse de todas las plazas fuertes y cortar toda salida a Jerusalén. Cuando el victorioso caudillo romano se disponía a llevar por fin sus legiones contra la Ciudad Santa, fué elevado al trono imperial, con lo que hubo de entregar el mando de las tropas a su hijo *Tito,* retirándose él a Roma por Egipto. Era el 1 de julio del 69.

Entretanto se habían formado *en Jerusalén varios partidos: el de los ciudadanos,* cuyo jefe era el sumo sacerdote Anás, hijo del pontífice del mismo nombre ante quien compareció Jesús, y *el de los zelotes,* es decir, de los celosos por la observancia de la Ley y la libertad nacional, dirigido por Eleazar. Pronto adquirieron éstos considerable predominio, se adueñaron del Templo y extendieron su tiranía a toda la ciudad. Por mera sospecha de amistad con los romanos ejecutaron o asesinaron secretamente a los ciudadanos más conspicuos, elevando por fin mediante la suerte a la dignidad de sumo sacerdote a un cantero inculto, llamado Fanasus o Fanias, hijo de un cierto Samuel [2]. La lucha era enconada y sangrienta entre el partido de los zelotes y el de los ciudadanos; éstos pusieron cerco al santuario, donde se habían hecho fuertes los zelotes, los cuales no vacilaron en llamar en su auxilio a los eternos enemigos de los judíos, los idumeos. La matanza fué horrible; las calles y los atrios del Templo quedaron cubiertos de cadáveres.

El partido de los ciudadanos, dominado por el otro, quedó sin jefes, que fueron ejecutados o asesinados. Entonces los zelotes, dueños únicos de la ciudad, se dividieron en dos partidos; pues sucedió que cierto hombre ambicioso, llamado *Juan,* natural *de Giscala* (Galilea, hoy el-Djich), el cual había huído de Galilea a Jerusalén, acrecentó sus partidarios a costa del partido de los zelotes, ocupó las laderas del monte del Templo y la Ciudad Baja y acometió a *Eleazar,* que se había atrincherado en el Templo. El pueblo llamó en su auxilio contra los actos de barbarie de los zelotes a *Simón Bar-Gioras,* natural de Gerasa, el cual había derrotado a Cestio y reunido en torno de sí un fuerte ejército; Simón ocupó la Ciudad Alta. Así vinieron a ser *tres los partidos* de Jerusalén, acaudillados respectivamente por Eleazar (zelotes), Juan de Giscala y Simón Bar-Gioras, los cuales se despedazaban mutuamente en sangrientos combates, reducían a escombros y ruinas parte de la ciudad y destruían el uno al otro con ciega ira las provisiones, que hubieran bastado para alimentar la población durante muchos años.

730. Así las cosas, cuando en frase de Josefo los judíos parecían una fiera furiosa y salvaje que a falta de otros alimentos se enfurece contra su propia carne, no le fué difícil a *Tito* acercarse a Jerusalén en la primavera del 70 y acampar a las puertas mismas de la ciudad. Estableció un campamento a unos 200 m. del Gólgota, otro frente a la torre Hípico, junto a la actual puerta de Jaffa, y un tercero, constituído por la décima legión, en el monte Olivete. Después de inútiles tentativas para infundir sentimientos de paz en el ánimo de los judíos, mandó Tito cercar la ciudad con trincheras. Terminadas éstas, y cuando descomunales arietes comenzaban a batir en brecha por tres lados a la vez *el tercer recinto amurallado,* los sitiados, reconociendo dema-

---

[1] Los datos numéricos de Josefo, aquí como en toda la historia de la Guerra Judía, parecen algo exagerados. También en la pintura de algunos pormenores parece haber influído en el historiador judío demasiado la fantasía. Pero aunque los horrores de la guerra no hubieran sido sino la mitad de como los pinta Josefo, todavía fueron sobradamente grandes.

[2] Cfr. Josefo, *Ant.* 20, 10, 1; *Bell.* 4, 3, 8.

siado tarde la necesidad de unirse, levantaron grandes alaridos, y aun de los más esforzados se apoderó el desaliento. A pesar de la heroica defensa de los judíos, la muralla fué expugnada a los 15 días de asedio; y Tito comenzó en seguida el ataque del *segundo recinto*. A los 5 días consiguió derribarlo, y con los más valientes de su ejército penetró en la ciudad.

Mas de todas partes les disparaban a mansalva los judíos, desde las calles, cuyo exacto conocimiento les favorecía, desde los tejados y desde las murallas. Durante tres días impidieron a los romanos la entrada; mas hubieron de ceder al violento ataque del cuarto día. Entonces Tito mandó construir grandes terraplenes *(aggeres)* para batir la *Torre Antonia;* mas apenas levantados después de 17 días de trabajo, fueron destruídos, con cuantos ingenios de guerra allí se habían conducido, por la valentía y astucia de los judíos, que luchaban con el valor que presta la desesperación.

731. Por desgracia para los judíos, Tito comenzó el asedio de la ciudad después que en ella se había congregado inmensa multitud de peregrinos para celebrar la Pascua, de suerte que, en frase de Josefo, parecía como que todo el pueblo judío se hubiese encerrado en una cárcel. Ello contribuyó a que fuese en aumento el *hambre* en Jerusalén. Con peligro de la vida salían de la ciudad los judíos al campo por la noche para recoger algunas hierbas que comer. Muchos de ellos caían en poder de los romanos, los cuales, para amedrentar a los sitiados y obligarles a rendirse, azotaban y crucificaban a los infelices prisioneros frente a los muros de la ciudad. No pocas veces crucificaron 500 y aun más en un solo día. A la vista de los desgraciados se alzaba el Gólgota. Para que los judíos abandonasen toda esperanza de evadirse, y con más certeza les obligase el hambre a rendirse, bloqueó Tito la ciudad por medio de una estrechísima y no interrumpida línea de contravalación[1]. El recinto de la ciudad medía 33 estadios, poco más de 6 Km.; la línea de contravalación no pasaba de los 39 estadios, poco más de 7 Km., una milla geográfica. Partiendo del cuartel general de Tito, que estaba al noroeste de la ciudad, aquel cinturón de hierro cortaba la parte inferior de Bezetha o la Ciudad Nueva para bajar al valle del Cedrón, y atravesándolo, seguir de norte a mediodía por el monte de los Olivos hasta las Tumbas de los Profetas; torciendo luego hacia el oeste, pasaba al sur de Siloé, y ciñendo la ciudad por el sur y el oeste, venía a cerrarse en el punto de partida. Defendían aquel muro de tapia, piedra y arbustos 13 reductos o castillos de 10 estadios, o sea, de 2 Km. de perímetro cada uno. Todo el ejército trabajó en la obra con tanto celo, que, pareciendo exigir muchos meses su construcción, se terminó en tres días, según Josefo. *Los enemigos te rodearán de un vallado*, había predicho el Salvador *(Luc.* 19, 43; núm. 300).

Al poco tiempo cebóse el hambre en la multitud con creciente furor, y la miseria se vió aumentada por una epidemia mortífera. Lo que ordinariamente suele producir repugnancia, se devoraba con avidez: cuero viejo, heno podrido, estiércol, etc. Los hombres arrebataban a sus mujerés un bocado, las mujeres a los hombres, los niños a sus padres y las madres a sus tiernas criaturas; y aun hubo madre que mató al hijo de sus entrañas para devorar su carne. «Es imposible, observa Josefo, describir por menudo todas las atrocidades de los habitantes; jamás ciudad alguna sufrió tanto, y nunca desde el principio del mundo hubo generación tan desenfrenada en crímenes». Familias enteras, linajes enteros fueron muriendo por el hambre. Las terrazas estaban llenas de mujeres y de niños extenuados; las calles, de ancianos pálidos. Hombres y adolescentes andaban como sombras y caían medio muertos; y hubo quienes, al ver que se acercaba su hora, se encerraban ellos mismos en la tumba por no quedar insepultos. Ningún lamento se oía, ningún quejido rasgaba el aire; los que lentamente iban muriendo, contemplaban con ojos rígidos a los ya muertos y les envidiaban su suerte.

---

[1] Josefo, *Bell.* 5, 12, 1 s.

Por todas partes sobre muertos y agonizantes reinaba nocturno silencio, turbado alguna vez por el estrépito de los zelotes que asaltaban las casas para robar hasta los vestidos de los cadáveres.

732. Después de muchos ataques infructuosos, fué por fin expugnada la *Torre Antonia,* y Tito pensó en atacar el *monte del Templo* y su muro exterior. Ya antes había invitado repetidas veces a los judíos a capitular; mas ahora renovó de nuevo su oferta. «Pongo por testigos a los dioses de mi patria, mandó decir, y si ha habido algún dios que haya alguna vez tenido providencia de esta ciudad — pues no creo que ahora la tenga — le pongo asimismo por testigo, y también a mi ejército y a los judíos que están conmigo, de que no os constriño a manchar el Templo. Si os sometéis, ningún romano se acercará al santuario. Yo lo conservaré, aunque no lo queráis». Pero los zelotes no vieron en la magnanimidad del romano sino cobardía, y despreciaron sus avisos.

Entonces se encendió la lucha más terrible que nunca. Al golpe del ariete se desploman los muros norte y oeste del Templo; pero resultan vanos todos los ataques dirigidos contra el muro oriental del atrio. Intenta el general romano un asalto, y es rechazado con grandes pérdidas. Entonces Tito manda incendiar las puertas; el fuego funde la plata de que están recubiertas, quema la madera, y penetra en los pórticos. Todo el día y toda la noche dura el incendio, y a la otra mañana se ordena apagar el fuego. Pero mientras los soldados se ocupan en cumplir la orden, los judíos atacan de nuevo; mas son rechazados y perseguidos hasta *el Templo.*

733. Entre el tumulto general, un soldado romano, haciéndose elevar hasta una de las ventanas doradas que por el lado del norte daban en una de las estancias inmediatas al santuario, arroja por ella un tizón ardiendo. Prende el fuego en los ricos artesonados, y en un momento se comunica a las salas contiguas al santuario. Al saberlo Tito, acude presuroso con sus oficiales, y con el gesto y con la voz quiere contener a los soldados y obligarles a combatir las llamas. Pero en vano. Las legiones se precipitan tras él; la indignación, el odio y la rapiña las hacen sordas a las órdenes; y al ver en su derredor brillar el oro, creen que el Templo encierra inmensas riquezas; no es ya tiempo de domar su salvajismo.

Los judíos, que con furor desesperado les salen al paso, caen al suelo acuchillados; en torno del altar de los holocaustos yacen amontonados los cadáveres, y la sangre corre a torrentes de las gradas del Templo. Tito penetra en el edificio incendiado, llega al *Sancta* y al *Sancta Sanctorum,* y sus ojos contemplan con asombro aquel hermoso Templo, cuya magnificencia y esplendidez interior no desmienten lo que por de fuera promete. Todavía espera poder salvar el edificio interior, se esfuerza en dar voces para combatir el fuego; mas nadie le oye. Entretanto un soldado inadvertidamente lleva el fuego al interior, y al instante prende aquí también la llama. Tito hubo de retirarse, y al poco tiempo el Templo se desploma. Los romanos plantan las águilas imperiales en el lugar santo y ofrecen sacrificios a los dioses. Era el día mismo del mes en que en otro tiempo ardió el Templo de Salomón, el 9 de Ab, 15 de agosto del año 70 d. Cr. Medio año antes, el 19 de diciembre del 69, en Roma ardía en el Capitolio el templo de Júpiter, el primero de los dioses romanos, incendiado por los soldados de Vitelio que luchaban contra los partidarios de Vespasiano. Los templos del judaísmo y del paganismo se derrumbaban, cuando el reino de Cristo se disponía a conquistar el mundo.

734. Aun faltaba por expugnar el *monte Sión* con el palacio de Herodes, la antigua ciudadela (núm. 400). Cuando los sitiadores, después de varios días de trabajo, acercaron los ingenios de guerra al muro, y el ariete abrió brecha en la cortina occidental, fué espantosa la confusión de los sitiados, y, sin pensar que en las tres torres Hípico, Fasael y Mariamna podían hallar inexpugnable asilo, todos fueron a refugiarse en los *corredores subterráneos,* de los cuales unos comunicaban con el monte del Templo y sus cuevas, y otros

tenían salida por la fuente de Siloé; a los pocos días el hambre les obligó a rendirse. Más tarde se encontraron allí 2000 cadáveres.

735. Entretanto los romanos plantaron las águilas imperiales en los torreones de Sión y se desparramaron por las calles derribando cuanto sus manos alcanzaban, quemando las casas con los que en ellas se habían refugiado. Dos días y dos noches estuvo ardiendo la ciudad; al tercer día era ésta un montón de escombros, bajo los cuales había infinidad de cadáveres sepultados. Era el 2 de septiembre del año 70. Cuando Tito entró en la ciudad, admiróse de la fortaleza de sus murallas, en especial de las *tres* soberbias *torres* Hípico, Fasael y Mariamna, y es fama que de ellas dijo: «Evidentemente nos ha valido la victoria el favor de los dioses, pues sólo un dios ha podido lanzar a los judíos de estas ciudadelas. Contra ellas nada habrían podido la mano de los hombres ni la fuerza de los ingenios». Según Josefo, más de un millón de hombres pereció durante el asedio. El número de prisioneros, según el mismo, elevóse a 97000; parte fueron enviados a las minas egipcias, parte distribuídos por las provincias para luchar en los anfiteatros unos con otros o con las fieras. En un solo día perecieron 2500 judíos en los juegos circenses que en honor de Tito organizó la ciudad de Cesarea de Filipo [1]; y en los de Beyruth sucumbió una «inmensa muchedumbre». Pero los más fueron vendidos por todo el mundo como esclavos (cfr. pág. 400, nota 6). Tito dispuso finalmente que fuese arrasado cuanto del Templo y de la ciudad quedaba, y que el arado pasara sobre los escombros. Unicamente exceptuó los tres torreones y una parte de la muralla de occidente con los edificios contiguos, para que sirviera de alojamiento a las tropas que allí habían de quedar [2], y diese testimonio de la firmeza de la ciudad y del valor de los romanos.

736. Según testimonio de Josefo [3] y Tácito [4], a la ruina de Jerusalén precedieron **signos extraordinarios.** Durante todo un año se vió sobre la ciudad un *cometa,* que tenía forma de espada.—Antes del comienzo de la guerra, habiéndose reunido el 8 de abril el pueblo para celebrar la Pascua, a las tres de la mañana circundó el Templo y el altar *una luz tan resplandeciente,* que durante media hora convirtió la noche en día clarísimo.—*La puerta oriental* del Templo, llamada Puerta Corintia (núm. 84 s.), que era de bronce y apenas veinte hombres bastaban para cerrarla al atardecer, se abrió bruscamente de por sí a media noche.—El 21 de mayo viéronse en el aire sobre toda la comarca antes de la puesta del sol *ejércitos* que asaltaban ciudades y torres (cfr. II *Mach.* 5, 2 ss.).—En la fiesta de Pentecostés, cuando los sacerdotes ejercían al atardecer el culto ordinario en el Templo, oyeron un murmullo, luego voces como de multitud que se apiña, las cuales decían: *¡Vámonos de aquí!*—Pero el presagio más terrible de todos fué, que un sencillo campesino, por nombre *Jesús, hijo de Ananus,* cuatro años antes de la guerra, en la fiesta de los Tabernáculos comenzó de repente a gritar en el Templo: «Una voz del oriente, una voz del occidente, una voz de los cuatro vientos, una voz contra Jerusalén y contra el Templo, una voz contra esposos y esposas, una voz contra todo el pueblo». Así gritaba recorriendo las calles; fué golpeado y azotado hasta quedar al descubierto los huesos; mas no por eso lloraba, ni se lamentaba, sino seguía gritando incesantemente: ¡Ay!; ay de ti, Jerusalén!» Así gritaba durante siete años y cinco meses, y más fuerte aun en las fiestas, hasta que Jerusalén fué cercada. Entonces gritó por última vez a los muros de la ciudad: «¡Ay! ¡ay de la ciudad! ¡Ay del Templo y del pueblo!» Y añadió: «¡Ay también de mí» Y sin dejarle apenas tiempo para concluir, una piedra lanzada por una ballesta desde la línea romana le dejó sin vida.

737. Cuando más tarde se celebró **en Roma la entrada triunfal de Tito,** entre los tesoros figuraban los despojos del Templo, especialmente la mesa de

[1] Cfr. Josefo, *Bell.* 7, 2, 1; 3, 1. [2] Josefo, l.c. 7, 1, 1.
[3] *Bell.* 6, 5, 3. [4] *Hist.* 5, 13.

los panes de la Proposición, el candelabro de siete brazos y el libro de la Ley [1]. Trece años después se construía al pie del Palatino un monumento conmemorativo de la victoria de Tito, *el Arco de Triunfo de Tito,* que todavía subsiste, a unos 200 m. del Coliseo. En él se esculpieron las escenas del triunfo en admirables bajorrelieves; uno de ellos representa el candelabro de siete brazos. No habían pasado tres siglos, y a 200 m. del arco de Tito se levantaba *el Arco de Triunfo de Constantino,* monumento de la victoria del Cristianismo sobre el paganismo, distante 50 m. del Coliseo, gigantesco anfiteatro construído por Vespasiano, regado durante tres siglos por la sangre de innumerables mártires. Desde éste se ven aquellos dos monumentos: el de la derrota del judaísmo y el de la derrota del paganismo.

161. Jerusalén, en particular la explanada del Templo, desde el año 70 hasta nuestros días

738. Pronto fué reuniéndose alguna población en el lugar de la ciudad destruída. Los *cristianos,* que al estallar la guerra huyeron a Pella, volvieron a Jerusalén con su *obispo Simón;* y sin duda se establecieron también en ella de nuevo no pocos judíos. El año 130 d. Cr., el emperador Elio Adriano, viajando por Siria, tuvo la curiosidad de visitar las ruinas de Jerusalén, y entonces concibió el propósito de reedificarla, haciendo que la poblasen colonos romanos, los más de ellos soldados retirados [2]. Al poco tiempo se produjo una nueva insurrección judía, dirigida por el falso Mesías *Barcoquebas,* la más terrible de todas, que los romanos ahogaron en ríos de sangre; en ella fueron destruídas 50 plazas fuertes y unas 1000 poblaciones notables, y pasados a cuchillo cerca de 600000 judíos, siendo aún mucho más los que perecieron de hambre, de enfermedad y por el fuego; los vendidos como esclavos a precio irrisorio fueron sin número. Judea era un desierto. Prohibióse bajo pena de muerte a los judíos y judío-cristianos pisar la ciudad; pero los étnico-cristianos podían libremente habitar en ella. Habíanse éstos negado a tomar parte en el levantamiento, por lo que fueron cruelmente perseguidos por los judíos; los romanos en cambio les respetaron. Pero los ídolos erigidos en los lugares santificados por la vida y Pasión de Jesucristo les impedían ejercitar allí su devoción y piedad [3]. Sucedió esto el año 135 de Cristo. Más tarde los judíos, mediante una importante suma de dinero, consiguieron que un día al año se les permitiera entrar en la ciudad de David para llorar por ella. Adriano terminó la reconstrucción de Jerusalén y la llamó *Ælia Capitolina* (fig. 31), de su nombre de familia *Ælius* y de Júpiter Capitolino, a quien erigió un templo y una estatua en el solar del antiguo santuario.

739. Convertido el *emperador Constantino* al Cristianismo, resurgió de nuevo Jerusalén, y los Santos Lugares se cubrieron de templos cristianos. La vana tentativa de *Juliano el Apóstata* (363) de restaurar el Templo judío, fracasó en medio de manifiestos prodigios. Llevado del odio a los cristianos, quiso judaizar de nuevo aquella ciudad que bajo los emperadores cristianos había recobrado su antiguo nombre, y a ese fin llamó a la patria a todos los judíos dispersos por el imperio. Mandó además reedificar el Templo, por desmentir la profecía de Jesús (núm. 319) relativa a su destrucción perpetua. Pusiéronse a la obra los judíos con el mayor celo. Mas, como atestiguan los historiadores eclesiásticos antiguos, y en lo esencial también el pagano Amiano Marcelino (*Lib.* 22, c. 1) y el rabino Guedelias (*Schalscheleth hakabbala* 89, 2), violentos huracanes desparramaron los materiales dispuestos para la construcción, los

---

[1] Josefo, *Bell.* 7, 5, 5.
[2] Cfr. *StL* 17 (1884), 51 ss.
[3] Cfr. núms. 61 y 461. Acerca de «las ruinas del pueblo israelita como testigos del origen divino del Cristianismo», cfr. *StL* 17 (1884), 42, 181.

rayos destruyeron instrumentos y máquinas y un terremoto sacudió las piedras que habían quedado de los antiguos fundamentos y derrumbó los edificios contiguos. Hubo de abandonarse la empresa[1]. Luego de ello pereció Juliano en la campaña contra los persas, herido de una lanza enemiga.

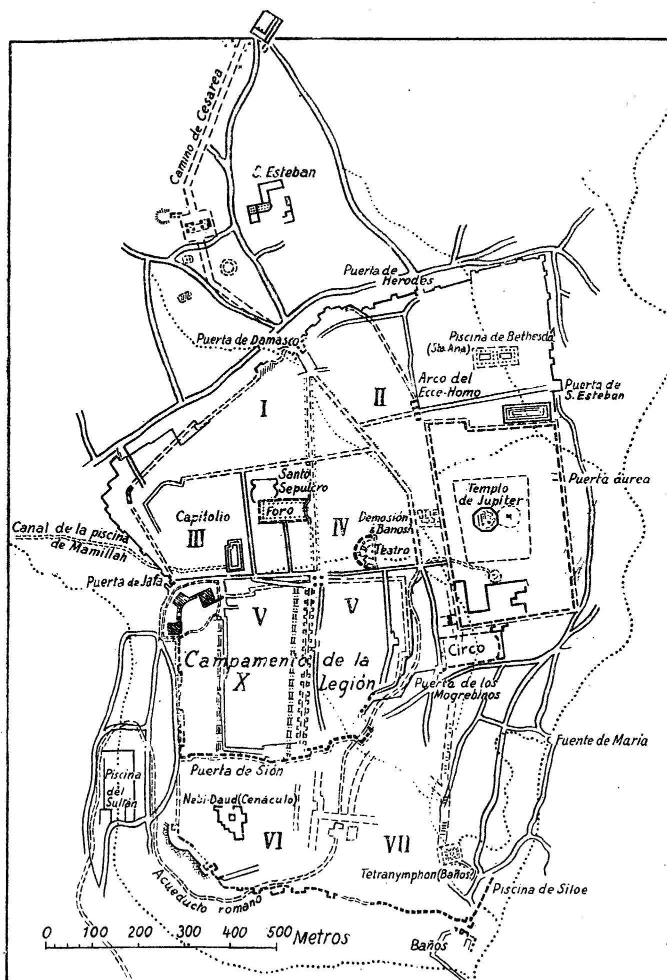


Fig. 31.—*Ælia Capitolina* (según Vincent & Abel). Las líneas de trazos indican construcciones romanas, calles y murallas. I-VII son los siete distritos de la ciudad de Adriano.

740. Tanto antes como después de Juliano el Apóstata, los cristianos se abstuvieron de erigir templo alguno de la Nueva Alianza en el lugar del Templo judío, maldecido por Dios. Sólo en la parte meridional de la explanada, en aquel lugar donde, según la leyenda, se verificó la Presentación de la Santísima Virgen, erigió el emperador Justiniano I el año 530 una magnífica basílica de tres naves, que llevó el título de **Presentación de María,** y los peregrinos antiguos llamaron *Santa María la Nueva*.

Cuando en 637 el califa Omar arrebató la Ciudad Santa al imperio bizantino, transformó la iglesia de la Presentación en mezquita, a la cual dió el nombre

[1] Cfr. *StL* 17 (1884), 52 ss.

de *el-Aksa* [1], que quiere decir la más alejada, por ser la más septentrional de las tres principales: la Meca, Medina y Jerusalén. Los musulmanes, para hacer desaparecer la odiada forma de cruz, le añadieron cuatro naves, dos de cada lado; de suerte que actualmente tiene siete. En su estado actual forma un rectángulo de 90 m. a lo largo por 60 a lo ancho. El pórtico que precede a la fachada septentrional, con su bóveda esquifada y sus siete puertas ojivales, correspondientes a las siete naves, procede manifiestamente de la época de las Cruzadas. La mezquita lleva en su interior 40 pilares y 45 columnas; de éstas, 33 de mármol y 12 de arenisca común. Las arcadas de la nave central están unidas por vigas que descansan en los capiteles. Sobre las arcadas se ven dos hileras de ventanas; las superiores dan al exterior, las inferiores a las naves laterales. La techumbre de dicha nave central es plana, de madera, y sobre los arcos torales del crucero se alza el tambor de la cúpula. Grandes arañas iluminan espléndidamente el templo las noches festivas. El interior de el-Aksa, como el de todas las mezquitas, produce impresión de vacío. En la pared meridional se ve el *nicho de la oración (mihrab)*, llamado también altar de David, decorado con mosaicos y columnas, y cerca de él un magnífico púlpito *(minbar)*, cubierto de arabescos e inscripciones de nácar y marfil.

741. Luego que Omar se hubo apoderado de Jerusalén, preguntó por la piedra en que Jacob reclinó su cabeza para descansar cuando tuvo aquella maravillosa visión de la escala del cielo, piedra que, según tradición rabínica, fué llevada al *Sancta Sanctorum* para que sirviera de base al arca de la Alianza. Y como se le mostrase el lugar donde antes se levantaba el Templo judío, determinó edificar allí mismo una hermosísima mezquita sobre la supuesta piedra de Jacob, proyecto que llevó a cabo 50 años más tarde el califa Abd-el-Melik (691) [2]. Llámase la mezquita *es-Sachra* (la roca); los cristianos la llaman comúnmente (por error) **mezquita de Omar.** A su embellecimiento destinaron cuantiosas sumas los califas posteriores. El magnífico edificio es un octógono regular de unos 20,50 m. de lado y 53 de diámetro, dividido interiormente en tres naves por dos hileras concéntricas de columnas y pilares; la central sostiene la cúpula, de 18 m. de diámetro. Decoran el tambor de la cúpula y las paredes exteriores del edificio tablas de mármol y brillantes azulejos que forman adornos caprichosos. Las ventanas del octógono son 56, de ojiva rebajada y con vidrieras de colores que hasta en las horas de mayor claridad quiebran la luz, que opaca y misteriosa penetra en la mezquita; las del tambor de la cúpula son 16, de medio punto. En cuatro de los lados del octógono, en los que dan a los cuatro puntos cardinales, se abren sendas puertas

---

[1] Según los escritores árabes, la palabra compuesta «el-Aksa» designa, no la mezquita sola, sino todo el espacio que abarca el templo con todos sus edificios, arcadas, fuentes, árboles, especialmente la cúpula de la Roca y la gran mezquita que está al sur de la explanada, llamada ordinariamente mezquita de Aksa. Según Hasak *(HL* 1918, 107 ss.), la mezquita el-Aksa de la explanada del Templo de Jerusalén es construcción de los Templarios. Dice Hasak: «El edificio que hoy aparece a nuestra vista, no es la mezquita de que nos hablan los escritores musulmanes desde el año 635, ni la que los Cruzados hallaron el año 1099, sino una iglesia gótica cristiana que construyeron los Cruzados, a lo sumo hacia el año 1170. Esto se lo dicen al arquitecto, no sólo los detalles de la construcción y la forma del conjunto, sino también los escritores de la época de los Cruzados».

[2] *De Omar* procede, a lo sumo, una pequeña y lóbrega mezquita rectangular del extremo oriental del crucero del Aksa. Que la mezquita de la Roca no es de él, sino de *Abd-el-Melik*, lo dicen expresamente los escritores árabes, como también una larga inscripción cúfica; según ella, el edificio costó 100000 denarios, es decir, más de un millón de marcos, suma enorme para aquellos tiempos, los ingresos de Egipto durante siete años (más detalles en Melchior de Vogüé, *Le Temple de Jérusalem,* París 1864).—Hasak (en *HL* 1918, 29 ss.) propone la siguiente cuestión: ¿Es la cúpula de la Roca un edificio islámico primitivo? Y la resuelve en esta forma: «Ni en la planta, ni en la sección transversal ni en la fachada se echa de ver que la cúpula de la Roca sea obra del arte primitivo islámico, antes bien una imitación exacta de la antigua iglesia cristiana del Santo Sepulcro de Jerusalén».

rectangulares terminadas por arcos de medio punto. Penetrando por una de ellas entramos en la primera nave, limitada por la primera hilera de 8 pilares y 16 columnas; elegantes mosaicos y tablas de mármol blanco-azulado adornan las paredes. En la parte superior corre en derredor del edificio ancho friso azul, en el que están escritos en dorados caracteres cúficos versículos del Corán. La segunda nave está limitada por la segunda hilera de 4 robustas pilastras y 12 columnas, unidas en la parte inferior por una hermosa verja de hierro forjado, obra de los Cruzados; sobre ellas, como queda dicho, descansa la cúpula de la mezquita, que cobija la Sagrada Roca, bloque enorme de piedra calcárea sin labrar, de unos 17,75 m. a lo largo por 13,50 a lo ancho y 1 a 2 de altura, circuída de una artística balaustrada de madera de diversos colores, acerca de la cual corren toda clase de leyendas supersticiosas entre mahometanos y judíos, por ejemplo, que el diluvio no llegó a anegarla, que es el centro de la tierra, y otras por estilo.

742. Saliendo de el-Aksa por el lado norte, a poca distancia se encuentra un oratorio subterráneo que los musulmanes llaman **Cuna de Jesús,** porque, según dicen, allí pasó algunos días la Virgen después de la presentación de su divino Hijo. Hay todavía en la explanada del Templo una serie de mezquitas, entre las que son dignas de especial mención las de los tres primeros profetas del Islam. Próxima a la mezquita de la Roca se halla la *cúpula de la ascensión,* consagrada a la memoria del viaje nocturno que hiciera Mahoma al paraíso, arrebatado por un querube; créese que fué antiguamente baptisterio de los Cruzados. *La mezquita de Abu-Beker* (llamada comúnmente la «mezquita blanca»), forma la prolongación occidental del crucero de el-Aksa, así como la verdadera *mezquita de Omar* es la prolongación oriental.

Al norte de la explanada, fuera de ella, al sur del arco del *Ecce-Homo,* se levanta la llamada *Escuela de la Santísima Virgen,* es decir, el lugar donde María con otras doncellas fué instruída en la Ley. Es una mezquita pequeña, de 10 a 12 m. a lo largo por 6 a lo ancho; parece haber sido antes santuario cristiano. Los mahometanos la llaman «Sitti Maryam». Conocíanle muy bien los peregrinos de los siglos XIII al XV [1].

La explanada del Templo, llamada hoy **Haram esch-Scherif,** es decir, santuario ilustre, es un cuadrilátero cuyo lado meridional, el más corto, mide 281 m.; el septentrional, 317; el oriental, 466; y el occidental, 448; su área es de 140567 m², más de tres veces la plaza del Vaticano. Además de los santuarios descritos, adórnanla grupos de árboles, arcos de triunfo, columnatas, surtidores que ofrecen apacible variedad a la vista; al norte de el-Aksa está adornada por una calle de cipreses, por olivos y por la *Celtis Australis L.,* especie meridional del olmo. Todavía hoy la explanada del Templo, vista desde el Olivete, ofrece aspecto sorprendente.

743. Cuando en 1099 los Cruzados conquistaron la Ciudad Santa, uno de sus primeros cuidados fué consagrar a Dios la mezquita de Omar, con el título de *Templum Domini* [2]. Asimismo la mezquita de el-Aksa (la antigua iglesia de

---

[1] Cfr. *Felicis Fabri Evagatorium* I 139 b (Apéndice I, 18 a) *HL* 1884, 149; núm. 43.

[2] Krauss (*Geschichte der christlichen Kunst* I 368) dice: «El templo de la Roca tenía gran importancia, no sólo para la arquitectura islámica, sino también para la cristiana. Desde que los cristianos conquistaron a Jerusalén en 1099, y los Templarios se establecieron allí como custodios de aquel santo lugar, el templo de la Roca, que se consideraba como el templo de Salomón, fué el tipo de las iglesias de los Templarios; fué introducido en los cuadros de los maestros flamencos e italianos y halló luego acogida en el «Sposalizio» de Rafael». — A la explanada del Templo va unido un acontecimiento muy importante de la historia cristiana: el origen y la actividad sumamente meritoria de los *Templarios* o *Caballeros del Temple.* El año 1118 se unieron algunos caballeros franceses, compañeros de Godofredo de Bouillón, para formar una orden espiritual, cuya misión primaria fué limpiar de bandoleros los caminos de Tierra Santa y proteger a los peregrinos, pero que luego se obligó a luchar constantemente contra los sarracenos. El rey Balduino II de

la Presentación de la Santísima Virgen) tornó a su antiguo destino; los edificios contiguos se convirtieron en residencia real, que en 1118 fueron en parte cedidos a los Templarios por el rey Balduino II. Pero el año 1187, con Jerusalén cayeron de nuevo estos templos en las manos de los infieles. Todavía de 1229 a 1244 volvieron al poder de los cristianos; pero desde el año 1244 ya no han dejado de ser mezquitas musulmanas. Prohibióse a los cristianos bajo pena de muerte la entrada en la *mezquita de Omar* o *de la Roca Sagrada,* y aun pisar el *Haram esch-Scherif;* modernamente no se observa tanto rigor en la prohibición. De 1187 a 1229 y de 1244 a 1517 estuvo Jerusalén bajo el dominio de los sultanes de Egipto; desde 1517 los turcos fueron señores de la «Ciudad Santa» y de toda Palestina. Pero la cosa cambió con la Guerra Europea.

Porque, terminada la guerra, a Turquía le fueron quitadas Siria y Palestina, que se convirtieron en república; la conferencia de San Remo (24 de abril de 1920) confió el mandato de Siria (protectorado y administración) a Francia, y el de Palestina a Inglaterra. El poder ejecutivo corresponde en Palestina al comisario inglés, asistido de una junta consultiva. Son lenguas oficiales el hebreo, el árabe y el inglés.

Las infundadas pretensiones del judaísmo sionista al «hogar nacional» de Palestina, pública y turbulentamente manifestadas, y reconocidas por Lord Balfour en una carta del 2 de noviembre de 1917 a Lord Rothschild, han sembrado la inquietud en los indígenas palestinenses y en la cristiandad, que tiene intereses en Tierra Santa. El Santo Padre ha saludado complacido la liberación de Palestina de las manos de los infieles, mas no ve sin recelo el desarrollo de las cosas. Por eso dice en la encíclica dirigida al orbe católico con motivo del Año Jubilar que uno de los negocios que más le preocupa y más interesa a la religión es «que los asuntos de Palestina lleguen a arreglarse de acuerdo con los sacratísimos derechos del nombre cristiano» [1].

Conclusión. La Iglesia de Jesucristo

744. Con maravillosa rapidez el granito de mostaza se hizo árbol frondoso que bajo su sombra cobijó a todos los pueblos.

La Madre benditísima del Señor, la cual cooperó a la obra de la Encarnación, estuvo al pie de la Cruz y después de la Ascensión de su divino Hijo reunió en torno suyo a los apóstoles, elevada sobre los coros angélicos al reino celestial, constituída **Reina del cielo,** en adelante es protectora de la obra de Jesucristo, patrona poderosa y madre amorosísima de la Iglesia.

Bajo su amparo lucharon desplegando maravillosa actividad los **após-**

Jerusalén (desde 1118) les cedió parte de su palacio contiguo a el-Aksa; de iglesia les sirvió el *Templum Domini,* la actual mezquita de la Roca. Su cúpula figuró en el escudo de armas de la nueva Orden. Poco a poco se fueron fundando casas de Templarios en muchos lugares de Occidente; y los Templarios con los Caballeros de san Juan, no sólo formaron el núcleo del ejército de los Cruzados, sino que también durante dos siglos enardecieron el Occidente con la palabra y el ejemplo para luchar sin tregua por los Santos Lugares. Acerca de la supresión de la Orden por Felipe IV de Francia cfr. Brück-Schmidt, *Lehrbuch der Kirchengeschichte*[9] 469 ss. y la literatura allí citada. — Véase en *HL* 1879, 126 el *elogio* que hace *san Bernardo* de la Orden incipiente.

[1] Cfr. la Encíclica de Pío XI sobre el Año Jubilar (1925). — Merecen también citarse los artículos siguientes: *Der Heilige Stuhl und die palästinensiche Frage,* en *HL* 1923, 51; *Was soll aus Palästina werden?* ibid. 1922, 2 ss.; 1923, 11 ss.; *Stand des katholischen Missionsfeldes im lateinischen Patriarchat Jerusalem,* ibid. 1922, 11 ss. y 49 ss. — También Häfeli ofrece un capítulo interesante, *Politische Beobachtungen,* en su libro *Ein Jahr im Heiligen Land.*

toles. Los cuales, siguiendo las órdenes del Señor, establecieron en todas partes **obispos,** que fuesen lugartenientes y sucesores suyos, para que mediante la predicación oral transmitiesen a sus sucesores lo que de boca de los apóstoles habían oído en presencia de muchos testigos [1], y como pastores instituídos por el Espíritu Santo gobernasen el rebaño de Cristo en sus respectivas diócesis [2]. Estos continuaron con celo intrépido la obra de los apóstoles; y unidos con los sacerdotes y los fieles mediante el jefe común de la Iglesia, el **Papa** [3], sucesor de Pedro, formaron apiñada falange contra el veneno de la herejía y contra todos los conatos de escisión y cisma; y la misión continuada de nuevos mensajeros fué sometiendo nuevos países y pueblos al reino de Cristo.

Para los judíos y gentiles mostróse la Iglesia como el reino del Mesías, como el reino de Dios en la tierra, como institución sobrenatural de salud para los hombres aquí abajo, destinada a proporcionarles la verdad y la gracia necesarias para conseguir la eterna bienaventuranza. En ella se cumplen todas las **figuras** de la Antigua Alianza. Ella es el *paraíso* espiritual, donde se hallan el árbol de la ciencia, la Cruz y el árbol de la vida, el Sacramento del altar, morando el mismo Dios entre los suyos en este santísimo misterio. Ella es la verdadera *madre de los vivientes,* que en el santo Bautismo engendra hijos para la vida eterna, y solícita los va guiando a través de la vida terrena. Ella es el *arca* de salvación, en la que se albergan todos los que no han de perecer en el diluvio del mundo, enemigo de Dios. Ella es *Sara,* la libre, que no engendra como Agar hijos para la esclavitud del error y del pecado, sino para la libertad de los hijos de Dios. Ella es la verdadera *escala del cielo,* que está en comunicación continua con la Jerusalén celestial, que derrama la gracia divina sobre los fieles y les manifiesta el camino de la eterna bienaventuranza. Ella se apropia, como en otro tiempo el pueblo de Dios, *los tesoros de Egipto,* todos los tesoros de la ciencia terrena y del arte, para transformarlos y emplearlos en servicio de Dios y para bien de sus hijos. A ella se le prodiga *el agua de la roca,* los torrentes de verdad y de gracia que brotan del Corazón de Jesús, que ella tan fielmente sabe guardar. Ella es el *cumplimiento de la Antigua Alianza,* es la Nueva y eterna Alianza, con un santuario mucho más rico en gracias, con una realeza divina; es más gloriosa que el *reino de David y Salomón.* Ella es la *esposa,* unida en alianza eterna e indisoluble con Dios, el cual la compró con su preciosa sangre; es la verdadera *Jerusalén,* la ciudad de la paz, en la que reina el verdadero príncipe de la paz; es templo y trono de Dios en la tierra, donde El, Dios con nosotros, vive en medio de su pueblo, y es su Dios, y ellos son su pueblo.—Ha nacido de humildes principios; en Cristo se ha

---

[1] II *Tim.* 2, 2.

[2] Núm. 664; cfr. 606.

[3] En latín *papa* significa padre, del griego *papas* (cfr. Deissmann, *Licht vom Osten*[3] 156, nota 4). Así llama ya san Jerónimo el año 384 a san Dámaso I; y los obispos de Africa dan el mismo nombre el año 416 a Inocencio I. El mismo título dieron los emperadores cristianos Constantino, Teodosio y Arcadio, a los obispos de Roma. Tertuliano le llama obispo de los obispos (*De judic.* c. 1).—(Cfr. acerca de la primacía de la Iglesia de Roma y del Papa núm. 619 y 691).

desgajado del monte excelso del cielo, y como aquella *piedra* sin mano de hombre que la empujara, ha desmenuzado los reinos de la tierra y llenado el universo; nacida de aquel noble vástago del alto cedro celestial, del retoño divino, se ha convertido en ingente árbol, que cubre toda la tierra con su sombra.

También se han cumplido en ella las **profecías**. Fundada mediante la *muerte de Cristo,* formada de su corazón, reino celestial y *no de este mundo,* ha sustituído a la Antigua Alianza como *Alianza nueva espiritual y eterna,* no para *un solo pueblo,* sino *para todos los pueblos*, los cuales, siendo ahora el pueblo de la Nueva Alianza, han recibido también *un nombre nuevo*. En medio de él está Dios y su santuario en el Santísimo Sacramento. Ella tiene el único *sacrificio* verdadero e infinitamente *puro,* ofrecido cruentamente en el Gólgota, incruentamente en el altar del orto al ocaso, y posee el verdadero *sacerdocio* eterno *según el orden de Melquisedec*. En ella se derrama el *Espíritu Santo* sobre toda carne; en ella está la *única* verdad divina infalible; no toma los sacerdotes de esta o aquella familia, fijándose en el linaje, sino de *todos los hombres*. Ella envía *pescadores de hombres* por todo el mundo, y da a sus hijos *pastores verdaderos*, imágenes del único verdadero y divino Pastor. En ella brota aquella *fuente* viva e inextinguible *de* verdadera *purificación y santificación;* ella da a sus hijos un corazón nuevo, que no pertenece al mundo, sino a Dios, y lleva grabada viva la ley divina, y ella al propio tiempo les ofrece la plenitud de todas las bendiciones.

Así como en ella se han cumplido las figuras y las profecías, así también en ella, y sólo en ella, resplandece **el sello que el Señor dió a su Iglesia**. Sólo ella está fundada sobre la *roca de Pedro,* de suerte que las puertas del infierno no prevalecerán; ella tiene el *espíritu de la verdad*, que la mantiene en posesión de los tesoros de verdad y de gracia que Dios le entregó. Ella se muestra siempre cual *reino de la paz,* de justicia y de caridad, como Dios la fundó. *Ella ata o desata* en la tierra lo que ha de ser atado o desatado en el cielo, y a través de todos los siglos *da* claro y limpio *testimonio de la verdadera divinidad eterna de Jesucristo;* su existencia misma inconmovible, su continuo crecimiento, y el amor entusiasta y abnegado de sus hijos al divino Esposo, son prueba constante de la divinidad de su origen. *Ella comparte la suerte del divino Maestro.* No es de este mundo; pero siempre sale triunfante por medio de la Cruz. Sus armas son los padecimientos y la paciencia y la confianza en el divino Maestro, que venció al mundo. Ella crece en medio de las hostilidades y resiste triunfante todos los embates del infierno. Muéstrase al mundo *invencible e indestructible*. Es, por fin, la *ciudad edificada sobre el monte*, que no puede esconderse; aparece a la plena luz de la historia fulgente con las *señales* divinas con que la distinguió el Hijo de Dios, señales que sólo puede tener aquí abajo el reino de Dios, y que ninguna otra religión, ninguna otra institución humana puede compartir [1].

Tal es, pues, la Iglesia fundada sobre la roca por el Señor, la Iglesia

---

[1] Las referencias bíblicas en la palabra «Iglesia» del índice alfabético.

de Jesucristo, que desde el principio fué *una, santa, católica y apostólica,* y lo ha sido a través de todas las tormentas, durante diecinueve siglos, inconmovible con la protección de su fundador y la asistencia del Espíritu Santo, y lo será para siempre, resistiendo inconmovible todos los ataques de las potestades infernales *hasta el fin del mundo*. Tal le fué mostrada al vidente de Patmos, entre combates siempre nuevos y cada vez mayores, siempre victoriosa, hasta que por fin, *en la última batalla, la más terrible de todas,* Satanás y los suyos son vencidos y precipitados para siempre en el abismo. Entonces *habrá un cielo nuevo y una tierra nueva,* donde reinará la justicia; y la Jerusalén celestial, la Iglesia triunfante, bajará a la tierra, engalanada como una esposa que se prepara a recibir al esposo, la gloriosa ciudad de Dios, en la cual Dios vivirá en medio de su pueblo y ellos serán su pueblo, y El, Dios con Ellos, será su Dios, y enjugará de sus ojos todas las lágrimas [1].

Dichoso entonces quien esté unido con la Iglesia, crea con ella en Jesús, el Hijo bendito de Dios, espere en él y le haya servido con buenas obras. Por suyo le reconocerá el Señor en su gloriosa venida y le llevará consigo a la vida eterna. Allí contemplará *al Señor, el principio y el fin,* sentado en el trono de su gloria, le adorará postrándose a sus pies y le alabará y ensalzará por toda la eternidad [2].

---

[1] *Apoc.* 20, 7 ss.; 22, 1 ss.; cfr. II *Petr.* 3, 13; *Is.* 65, 22.
[2] *Apoc.* 1, 8; 5, 11 ss.; 21, 12 ss.

Apéndice I[1]

Peregrinos e Itinerarios, investigadores e investigaciones de Tierra Santa[2]

1. **Eusebio,** obispo de Cesarea (el año 313; cfr. núms. 601 y 705), discípulo de Pánfilo, de ahí el nombre de *Eusebius Pamphili,* † hacia el año 339. Predicó en la fiesta de la consagración de la basílica constantiniana del Santo Sepulcro. En su *Vita Constantini* (algo demasiado encomiástica) habla de los méritos contraídos en Tierra Santa por aquel emperador y por su madre santa Elena (véase núm. 61, 433 y 463).

La mejor edición de la *Vita Constantini* es la de Heikel (Leipzig 1902; tomo VII de la colección de escritores cristianos griegos de la Academia de Berlín). Acerca de los edificios constantinianos de Jerusalén y del mosaico del ábside de santa Pudenciana de Roma, véase *HL* 1915, 185 ss. Acerca de santa Elena, véase Rouillon, O. P., *Sainte Hélène,* 2.ª ed. (colección *Les Saints,* París 1908); Couzard, *Sainte Hélène d'après l'histoire et la tradition* (París 1911); Raboisson, *Les constructions de Sainte Hélène en Orient,* en *Terre Sainte* XIX (1902) 244 ss., XX (1903) 10 ss., XXI (1904) 85 ss. Es también importante el *Diccionario Topográfico de Tierra Santa* de Eusebio, conservado fragmentariamente y en la refundición de san Jerónimo *(De situ et nominibus locorum hebraicorum liber);* san Jerónimo suprime muchas cosas, completa y corrige algunas *de visu* (ediciones de Lagarde, *Onomastica sacra,* 2.ª ed. [1887] y de Klostermann, *Das Onomastikon* [con mapa de Palestina según el *Onomastikon,* Leipzig 1904]; cfr. Thomsen, *Palästina nach dem Onomastikon des Eusebius,* en *ZDPV* XXVI 97 ss. 145 ss.).

---

[1] En este Apéndice se ha suprimido alguna nota bibliográfica de interés exclusivo para los alemanes.—N. DEL T.

[2] No es nuestro intento dar la bibliografía completa; sino, entre lo más importante, señalar lo que puede ser útil al objeto de la presente obra. — Acerca de los peregrinos de la época preconstantiniana, cfr. núm. 395.—Puede verse la literatura completa relativa a Palestina (hasta el 1867) en T. Tobler, *Bibliographia geographica Palaestinae* (Leipzig 1867); algo anticuada la bibliografía de Tobler, la sustituye con ventaja Röhricht, *Bibliotheca geographica Palaestinae* (Berlín 1890); (véase también Röhricht, *Deutsche Pilgerreisen nach dem Heiligen Lande.* Nueva edición, Innsbruck, 1900); complementan la obra precedente las reseñas literarias anuales relativas a Palestina de *ZDPV* (desde 1878 hasta 1895) y P. Thomsen, *Systematische Bibliographie der Palästina-Literatur,* tomo I 1895-1904 (Leipzig 1908), tomo II 1905-1909 (ibid. 1916). La obra es indispensable para el palestinólogo. Cada cinco años salen nuevos tomos.—Thomsen ofrece en forma de diccionario un cuadro de todas las noticias (e inscripciones) referentes a los lugares de Palestina (excepto Jerusalén), desde los primeros tiempos del Cristianismo hasta la conquista de Tierra Santa por los árabes: *Loca sancta. Verzeichnis der im 1-6 Jahrhundert n. Chr. erwähnten Ortschaften Palästinas mit besonderer Berücksichtigung der Lokalisierung der biblischen Stätten.* Tomo I (Halle 1907). (Complementos importantes a esta obra en *ZDPV* 1910, 26 ss. y 41 ss.). La segunda parte ha de tratar de las tradiciones relativas a Jerusalén, y reunir las noticias antiguas referentes a los monasterios de Tierra Santa. — El P. Lagrange en su obra *A la recherche des sites bibliques (Conférences de Saint-Etienne* 1910-11, 1-56) por medio de ejemplos hace la crítica de los documentos y tradiciones referentes a lugares bíblicos. Son notabilísimos, especialmente por las notas aclaratorias, los 13 tomos de relatos de peregrinos desde los tiempos más antiguos hasta después de las Cruzadas, publicados por *Palestine Pilgrim's Text Society's Library* (por encargo de la sociedad científica *The Palestine Exploration Fund.).*

2. El *Peregrino* (anónimo) *de Burdeos* en su *Itinerarium (Burdigalense)* trae una reseña de los principales lugares por donde pasó en el viaje del año 333, de los albergues nocturnos *(mansiones)* y de las estaciones de la posta *(cursus publicus)*, señala las distancias de unos y otros y los límites de las provincias y consigna las cosas dignas de verse en Palestina. No está demostrado que, como opina Mommert, sirviera más los intereses judíos y profanos que los religiosos. Según *ZDPV* 1910 169 ss., este escrito no es un relato de un peregrino, sino una *guía* de Tierra Santa.

Geyer, *Itinera Hiereosolymitana saec. IV-VIII* (Viena 1898) 1-33. Heidet en *HL* 1895, 105 ss. 144 ss. Mommert, *Das Jerusalem des Pilgers vom Bordeaux* (Leipzig 1907); también en *ZDPV* XXIX 72 193. Baumstark, *Abendländische Palästinapilger des ersten Jahrtausends. Eine kulturgeschichtliche Skizze (VGG.* Colonia 1906. Hace ver la influencia de las peregrinaciones a Palestina en la cultura de los primeros tiempos del Cristianismo y de la Edad Media). (Cfr. *KL.* X 992 ss.)

3a. En el aspecto geográfico y topográfico, para la liturgia y la historia de la civilización y aun para la lingüística, es importante la *Peregrinatio ad loca sancta* de cierta dama ilustre, priora de una comunidad, que escribió para sus religiosas las impresiones de su viaje de tres años; el escrito fué descubierto en 1884 por Gamurrini y publicado por primera vez en 1887 en Roma. Dedica la Peregrina especial atención a las funciones litúrgicas que se celebran en los Santos Lugares. Se la ha identificado con *Silvia* de Aquitania, hermana o cuñada de Rufino, ministro del reino oriental, la cual hizo un viaje por Tierra Santa hacia el año 385 (cfr. Palladius, *Hist. Lausiaca* c. 143 144) o con *Euqueria,* prima del emperador Teodosio (véase Bludau en *Kath.* 1904 II, 61 ss. 81 ss. 164 ss.; RBen. 1908. 458); pero lo cierto es que (según Férotin, *Revue des questions hist.* LXXIX 367-397) se llamaba *Æteria* o *Etheria* y era del sur de Galia; pues para ponderar la magnitud y la fuerza del Eufrates lo compara con el Ródano. Hasta hace poco se creía que la obra fué compuesta hacia el año 386; recientemente la retrasa Meister *(De Itinerario Aetheriae abbatissae perperam nominis. Sylviae addicto* [*Rhein. Mus.* LXIV (1909), 337-392]) hasta el siglo VI (del 533 al 540); mas su opinión no ha sido aceptada (véase Baumstark en *OChr* 1911, 32-86; *RB* 1910; 432 ss.; 1911, 265).

Geyer, l.c. Heräus, *Sylviae vel potius Aetheriae peregrinatio ad loca sancta* (Heidelberg. *Sammlung vulgär-lateinischer Texte,* fascículo 1). Richter, *Pilgerreise der Aetheria. Ins Deutsche übersetzt und mit Einleitung und Anmerkungen versehen* (Essen 1919). Puede verse un comentario amplio y sólido en Bludau, *HL* 1923, 57 y continuación. — Cabrol, *Etude sur la Peregrinatio Silviae. Les Eglises de Jérusalem la discipline et la liturgie au IVᵉ siècle* (París 1895). Stegensek, *Die Kirchenbauten Jerusalems im 4. Jahrhundert in bildlicher Darstellung,* en *OChr* 1911, 272-285; De Waal, *Das Kirchenjahr in Jerusalem,* en *RQ* I (1887) 297-315. Cfr. también *KL* X 992 ss. Amplia información bibliográfica en Thomsen, *Systemat. Bibliographie* I 64, II 107 109, III 191 s.

3b. Hacia el año 380 escribió *Gregorio de Nysa* dos cartas importantes; en la primera *encarece* (quizá con demasiado celo) la importancia de peregrinar a Jerusalén; en la segunda pinta la honda impresión que producen los Santos Lugares y se queja dolorido del triste estado de Tierra Santa.

Migne, Patr. gr. 46, 1009-1024.

4. *San Jerónimo* († en Belén el 30 de septiembre del 420) relata brevemente en una carta a Rufino *(Ep.* 3, en *Migne, Patr. Lat.* 22, 333) su primer viaje del año 372 al Oriente. Su deseo era llegar a Jerusalén, pero cayó gravemente enfermo en Antioquía, y repuesto se retiró al desierto de Calcis, «la Tebaida siria», al oriente de Antioquía, donde llevó 5 años vida de anacoreta, ocupado en el trabajo manual y en los estudios científicos, especialmente en el del hebreo. Del segundo viaje a Oriente (385), donde permaneció hasta el fin de sus días, estableciéndose en Belén, nos habla en una obra escrita contra su antiguo amigo Rufino *(Adv. Ruf.* 3, 22, en *Migne, Patr. lat.* 23, 475). También trató san Jerónimo de las peregrinaciones palestinenses de santa

Paula en una obra que dedicó a Eustoquio, hija de la Santa, cuando aquélla murió (en Belén el año 404): *Ep. 108 ad Eustochium [Epitaphium Paulae]*, en *Migne, Patr. lat.* 22. 878). Acerca de la refundición joronimiana del *Onomastikon* de Eusebio, véase núm. 1.

Acerca de la importancia de san Jerónimo en las ciencias bíblicas, véase la encíclica *Spiritus Paraclitus* del 15 de septiembre de 1920.

Ofrece sumo interés un escrito de las discípulas de san Jerónimo, *santas Paula y Eustoquio,* a su amiga la ilustre romana Marcela *(Ep. 46 ad Marcellam, en Migne, Patr. lat.* 22, 483-493; *HL* 1898, 25-32), conservado entre las cartas de san Jerónimo. Ambas nobles mujeres tratan de mover a su amiga a que se traslade a Tierra Santa, pintándole las hondas impresiones que ellas recibieron en los Santos Lugares. Porque *Paula,* descendiente de la ilustre familia romana de los Gracos y Escipiones, renunciando hacia el año 385 a los bienes y a los goces del mundo, se retiró a Belén para llevar una vida de oración y mortificación junto al pesebre del Señor. Allí fundó tres monasterios de mujeres y uno de varones. A su muerte (404), su hija *Eustoquio* gobernó los monasterios de mujeres todavía 15 años hasta su muerte, que aconteció el año 419 (véase también pág. 108, nota 1).

Cfr. núm. 65.—Baumstark, *Abendländische Palästinapilger* 48. Lagrange, *Histoire de Sainte Paule* [1] (París 1901; libro excelente).

5. No carece de interés la vida *(vita)* de santa Melania, escrita por Geroncio († 485), manuscrito latino descubierto el año 1884 por el cardenal Rampolla siendo nuncio de Su Santidad en España — hasta dicha fecha se conocía sólo una refundición griega de Simeón Metafrastes (siglo x) *(Anal. Boll.* VIII [1879] 54; cfr. *Histor. Jahrbuch der Görres-Gesellschaft* 1908, 575-590); posteriormente publicó Rampolla una edición crítica esmerada de los textos latino y griego, con introducción y numerosas notas, la cual lleva por título *Santa Melania giuniore senatrice Romana* (Roma 1905).—Melania, hija del rico senador Publícola, de la familia de los Valerios, nació en Roma el año 383; muertos sus hijos, destinó a los pobres y a fines piadosos toda su inmensa fortuna — sus rentas anuales ascendían, según propia estimación, a unas 120000 libras de oro, unos 116 $^1/_2$ millones de francos —; desde 417 vivió en Jerusalén — con dos breves interrupciones —, primero en el hospicio próximo a la iglesia de la Resurrección, temporalmente en una angosta celda del Olivete y por fin en el monasterio fundado por ella en el Olivete; también fundó allí mismo un monasterio de varones. Murió el 31 de diciembre del 439.

Cfr. núm. 396. — Delahaye, *Acta Graeca* (Bruselas 1903); Goyau, *Sainte Mélanie* [4] (colección *Les Saints,* París 1909); *StL* 62 (1902) 333; 71 (1906) 477 ss.; De Waal, en *RQ* 1907, 28 ss.; *ThR* 1906; 241 ss. Elena de Persico, *Die hl. Melania die Jüngere römische Senatorin* (483-430). *Ein caritatives und soziales Frauenleben geschildert nach den von Sr. Eminenz Kardenal M. Rampolla del Tindaro veröffentlichten handschriftlichen Quellen.* Versión autorizada del Dr. P. Romualdo Banz, O. S. B. Con 21 láminas fuera de texto y 33 ilustraciones en el texto (Einsiedeln 1912).—Krottenthaler, *Das Leben der hl. Melania von Gerontius, aus dem Griechischen übersetzt* (Kempten 1912. *Köselsche Bibliothek der Kirchenväter,* tomo 5).

6. *Atenais,* nacida hacia el año 400, hija del filósofo y retórico pagano Leoncio, mujer cultísima y de espíritu delicado, recibió en el bautismo el nombre de Elia Eudoxia y fué esposa del emperador Teodosio II. De un viaje que hiciera a Jerusalén el año 438 trajo a Constantinopla las cadenas de san Pedro. Calumniada ante su marido el emperador y desterrada de la corte, vivió desde el 444 hasta la muerte ¿el 460? en Jerusalén, mereciendo universal elogio por las obras de caridad y por el celo desplegado en la construcción de iglesias y monasterios. Seducida algún tiempo por la herejía monofisita, tornó por fin al seno de la religión católica merced al monje Eutimio el Grande *(ZDPV* 1892, 212 ss.).

Cfr. núm. 566.—Génier, *Vie de Saint Euthyme le Grand. Les moines et l'Eglise en Palestine au Vè siècle (Etudes palestiniennes et orientales.* París (1909), 198 ss. Gregorovius, *Athenais, Geschichte einer byzantinischen Kaiserin,* 2.ª ed. (Leipzig 1892).

7. Atribúyese a *Euquerio,* obispo de Lión († entre el 449 y el 455), un breve tratado en forma de carta: *Ad Faustum s. Faustinum de situ Iudaeae urbisque Hierosolymitanae.*

Geyer, *Itinera Hierosolymitana* 125-134; Baumstark, l.c. 11.

8. Ofrece interés, sobre todo en el aspecto topográfico, un mosaico del siglo VI, descubierto en diciembre de 1896 por el P. Cleofás, bibliotecario del patriarcado griego, en una antigua basílica cristiana de Madaba o Madeba (vulgo Medaba), aldea transjordánica; dicho mosaico es un mapa de Palestina (algún tanto deteriorado actualmente). Lo hemos reproducido íntegro en la figura 3, página 75, y la sección correspondiente a Jerusalén en la figura 19, página 396. Por encargo de la *Deutscher Palästinaverein* sacó de él una copia el arquitecto Palmer, la cual fué editada por el Dr. Guthe (1906) con los colores del original. Es una reproducción fidelísima del interesante mosaico y está llamada a sustituir el original, cuya total ruina difícilmente se logrará evitar. Pero la mejor introducción al estudio del plano de Jerusalén (del mapa del mosaico) nos la ofrece el *P. Mauricio Gisler,* O. S. B., presentando en relieve la imagen del mosaico; cfr. *HL* 1912; 214-227, estudio aparecido también en tirada aparte en Bachem (Colonia). Cfr. también *ThG* 1913, 189 ss.

De la abundante literatura relativa al plano de Madaba sólo citamos la siguiente: *RB* 1907, 165 ss. 450 ss.; *StL* 53 (1897), 390; *ZDPV* XX (1897) 64; XXVIII (1905) 120 ss.; Schulten, *Die Mosaikkarte von Madába (Abhdl. der Göttinger Gesellschaft der Wissenschaften* 1900, *Phil.-hist. Klasse,* nueva serie IV, 2), estudia el mapa a la luz de las fuentes y cotejándolo con otros más antiguos. Jacoby (*Das geographische Mosaik von Madába,* Leipzig 1905) considera el mapa como un monumento del arte cristiano antiguo. Véase la literatura completa relativa a este asunto en Thomsen. *System. Bibliographie* I 74 ss. 95, II 117 132, III 198.

9. Un cierto *Teodosio Arcediano* (originario, a lo que parece, del norte de Africa) en un escrito compuesto hacia 520-530, *De situ Terrae Sanctae,* da las distancias de cada lugar y las tradiciones que a ellos se refieren.

Geyer l.c. 137-150. Cfr. también *KL* X 992 ss.

10. Pertenece al siglo VI la disertación sobre Jerusalén, *Breviarius de Hierosolyma.*

Geyer l.c. 153-155. Baumstark, *Abendländische Palästinapilger* 11; *HL* 1915, 208 ss.

11. El viaje del *Peregrino de Piacenza,* falsamente llamado *Antonio Mártir,* se compuso hacia el 580, antes de la toma de Jerusalén por los persas (614). Dicho peregrino era crédulo por demás.

Geyer l.c. 160-218. Texto y traducción de Gildemeister (Berlín 1889). Baumstark l.c. 67. A. Elter, *Itinerarstudien* (Bonn 1908). Según Elter, es un nomenclátor metódico de las diversas rutas de Tierra Santa para uso de los peregrinos, un verdadero *Itinerarium Hierosolymitanum.* Créese haber sido Milán el lugar donde se escribiera esta guía de peregrinos de Jerusalén, por ser dicha ciudad «en el siglo IV la principal residencia imperial de Occidente», donde se daban cita los peregrinos de todo el mundo. Véase la literatura completa en Thomsen l.c. I 65, III 191.

12. *Sofronio,* monje del monasterio de san Teodosio, patriarca de Jerusalén desde el 634, estaba muy bien informado sobre los Santos Lugares. Presenció el 637 la toma de Jerusalén por el califa Omar y murió de pesadumbre el año siguiente. En la XX de sus «Odas Anacreónticas» expresa de una manera conmovedora su anhelo por Jerusalén y los Santos Lugares.

Cfr. núm. 396.—*Migne, Patr. gr.* 87, 3821; comenta la oda Naber, *Mnemosyne* XIX (1891) 1 ss.

13a. Interesantísima es la descripción de Tierra Santa *(De locis sanctis libri tres)* compuesta hacia el 685 por el *abad Adamnanus*, de la isla escocesa de Hy (hoy Jona); reproduce esencialmente las narraciones del obispo galo *Arculfo*, el cual, al regresar de su peregrinación a Tierra Santa, náufrago arribó a la isla de Hy. Trae varios dibujos.

Geyer l.c. 221-297. Baumstark, *Abendländische Palästinapilger* 9. Thomsen, *Systemat. Bibliographie* I 65, III 192. Mickley, *Arkulf. Eines Pilgers Reise nach dem Heiligen Land um 670. Aus den Lateinishen übersetzt und erklärt* (Leipzig 1917).

13b. Es asimismo importante para la *topografía de Jerusalén* y para la historia de la liturgia el *Tipikon* (ceremonial griego) para *la Semana Santa y la de Pascua, según el rito usado en la iglesia de la Anástasis*. Responde a la época del 614 al 725. «Con Sofronio y el relato de Arculfo, nos da el cuadro de la Jerusalén cristiana desde la restauración de Modesto hasta la toma de la ciudad por los persas».

Cfr. Baumstark, *Die Heiligtümer des byzantinischen Jerusalem nach einer übersehenen Urkunde*, en *OChr* V (1905) 227-289.

14. El libro de *Beda, De locis sanctis*, de principios del siglo VIII, es en lo esencial un extracto de Adamnanus-Arculfo y de Euquerio.

Geyer l.c. 301-324. Baumstark, *Abendländische Palästinapilger* 12.

15. *San Wilibaldo* de Eichstätt, auxiliar de san Bonifacio y apóstol de Baviera, antes de dedicarse al apostolado hizo un viaje a Siria y Palestina, probablemente por los años del 724 al 727. Consignó sus memorias en el *Hodoeporicon S. Willibaldi*, dedicado a una discípula suya, la monja de Heydenheim. A lo que parece, se sirve muchas veces de escritos anteriores referentes a Palestina (Peregrino de Piacenza). En el *Hodoeporicon* se describen por menudo los Santos Lugares con sus tradiciones e instituciones eclesiásticas.

Monumenta Germ. Script. XV, 1.; asimismo *AA. SS. Boll. Iul.* XI 501; también la versión alemana de Brücke, *Hodoeporicon S. Willibaldi* (Eichstätt 1882). Baumstark, *Abendländ. Palästinapilger* 10.

16. Es interesante por los datos topográficos y por las observaciones históricas el *Itinerarium trium monachorum*, compuesto el año 870 por un monje franco, llamado *Bernardo*.

Migne, Patr. lat. 121, 571-576. Tobler, *Descriptiones Terrae Sanctae* (1874) 85-99. Röhricht, *Bibl. geogr. Palaestinae* 17. *TQS* 1874, 530 ss.—Acerca de las peregrinaciones a Tierra Santa en la época anterior a las Cruzadas, y de sus consecuencias, véase *HL* 1905, 20 49 59.

17. De la abundante literatura de los siglos XI y XII referente a las Cruzadas, citamos aquí sólo la fuente principal de la primera Cruzada: *Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum;* esta obra, escrita por un caballero francés que tomó parte en las Cruzadas, fué continuada por el sacerdote Pedro Tudeberto. Llámase también *Gesta Dei per Francos* (núm. 397).

Bongars, *Gesta Dei per Francos*, dos volúmenes (Hanau 1611). Edición crítica de Hagenmeyer (1890). Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen* II, 6.ª ed. 159 212. — Acerca de las peregrinaciones a Tierra Santa en la época *anterior* a las Cruzadas, y de sus consecuencias, véase *HL* 1905, 20, 49; sobre la peregrinación de los 7000 a Tierra Santa, 31 años antes de la primera Cruzada, véase *HL* 1905, 59 ss.; cfr. también Schrader, *Die Pilgerfahrten nach dem Heiligen Land in dem Zeitalter vor den Kreuzzügen als eine der Hauptursachen derselben* (Merzig 1897).

18. Desde las Cruzadas, son sin número los peregrinos de Palestina que han consignado por escrito sus memorias. Sólo citaremos los siguientes:

a) *Faber*, «el peregrino más eminente e instructivo» del siglo XV, algo crédulo, ciertamente, pero digno de crédito en aquello de que se informó *de visu*. Su obra: *Evagatorium in Terrae Sanctae, Arabiae et Egypti peregrinationem*, ha sido impresa por Hassler en *Bibl. des Literar. Vereins in Stuttgart II III IV* (Stuttgart 1843-1845).

b) Alcanzó gran difusión y fué traducida a casi todas las lenguas europeas la obra del deán de la catedral de Maguncia *Bernardo de Breidenbach*, impresa en lengua latina el año 1486 en Maguncia, adornada con preciosos grabados en madera; Bernardo de Breidenbach († el 5 de mayo del 1497) hizo en 1483 un viaje a Tierra Santa en compañía de varias personas ilustres.

19. En el siglo XIV comenzaron a aparecer descripciones de Tierra Santa, cuyos autores jamás habían visitado los Santos Lugares. La más apreciada y difundida de ellas fué: *Ierusalem sicut Christi tempore floruit et suburbanorum insigniorumque historiarum eius brevis descriptio,* escrita por Christian van Cruys, conocido con el nombre de ***Adrichomius,*** sacerdote holandés expulsado de su patria por la Reforma, muerto en Colonia el año 1585 (véase núm. 423 y *HL* 1915, 40 ss.). Esta obra, aparecida por primera vez el año 1584 en Colonia, tuvo ya el año 1600 cinco ediciones en latín, seis en italiano, dos en inglés, una en holandés y otra en bohemio; en los siglos XVII y XVIII se hicieron varias ediciones en polaco y en español, y también una en alemán. Dicha descripción de Jerusalén, aumentada con la de Tierra Santa y con cuadros históricos del Antiguo y del Nuevo Testamento, pasó al *Theatrum Terrae Sanctae* de Adrichomius, obra aparecida en Colonia el año 1590 y editada 10 veces hasta el año 1722. Ambas obras llevan mapas, en los cuales van señalados los lugares con números; el texto viene a ser una explicación de los mapas.

Röhricht, *Bibl. geogr. Palaestinae* 201-211. Kneller, *Geschichte der Kreuzwegandacht* (Friburgo 1908) 162 ss. N. Paulus, en *Kath* 1895 I 333 ss. Thurston, *The Stations of the Cross* (Londres 1906) 87 ss. (ibid. y en *HL* 1915, 40 ss. se halla reproducido un fragmento de un mapa de la obra de *Adrichomius,* que señala las estaciones del *Via Crucis*).

20. Es también digno de mención: Quaresmio, *Elucidatio Terrae Sanctae historica, theologica, moralis* II (Amberes 1639) 1.7, c. 10. Esta obra, algo difusa, ofrece orientación segura en lo tocante al estado de la Iglesia de Tierra Santa, donde el autor fué unos 10 años guardián del Monte Sión y comisario apostólico. Es indispensable para trabajos de investigación de Palestina, y ha sido nuevamente editada en dos tomos infolio en Venecia 1880 y 1881. Véase *HL* 1915, 93 ss.

21. Desde el siglo XVIII se multiplican las obras acerca de Palestina y Siria, escritas primariamente con fines científicos. Sólo citaremos algunas. Tratan preferentemente de lo que mira a las ciencias naturales *Ulrich Jaspar Seetzen's Reisen durch Syrien, Palästina,* etc., editado y comentado por Dr. Kruse y otros, 4 tomos (Berlín 1854-1859); H. B. Tristam, *The Land of Israel, a journal of travels in Palestina* (Londres 1865) y *The Land of Moab, travels and discoveries on the east side of the Dead Sea and the Jordan* (Londres 1873).

Dedican especial atención a la *arqueología* e historia de la arquitectura: Leon Marquis Laborde, *Voyage dans l'Arabie Petrée* (1830-1833) y *En Orient,* dos tomos (1837 1862); Melchior Marquis de Vogüé, *Les églises de la Terre-Sainte* (1859), *Le Temple de Jérusalem* (1865 s.), *L'architecture civile et religieuse du Ier au VIe siècle dans la Syrie centrale,* dos tomos (1865-1877), *Mélanges d'archéolog. orient.* (1869). Acerca de los trabajos de Vogüé, *Conférences de Saint-Etienne* 1910-1911, 197-232. Asimismo Víctor Guérin (el cual por encargo del gobierno francés hizo investigaciones arqueológicas en Grecia, Palestina, Egipto, etc.), *Description de la Palestine,* 7 volúmenes (1869-1880), *Terre-Sainte* (1881-1883) y *Jérusalem* (1889).

Despertaron extraordinario interés en *geografía y topografía* de Palestina las obras del orientalista americano Edward Robinson, que recorrió Egipto, Sinaí y Palestina con el misionero Eli Smith 1837 s. y 1851 s.: *Biblical Researches in Palastina,* tres volúmenes (Londres 1841); en alemán: *Palästina und die südlich angrenzenden Länder* (Halle 1841); *New Researches* (1856; en

alemán en 1857); obra póstuma: *Physische Geographie des Heiligen Landes*, 1865, primera parte de una geografía bíblica sistemática.

Se destaca por su actividad científica la *Escuela práctica de Estudios Bíblicos* de los PP. Dominicos de San Esteban de Jerusalén, fundada el año 1890 por el P. Lagrange. Tras la interrupción motivada por la Guerra Europea, se abrió de nuevo al público en noviembre del año 1919. El programa abarca estudios de hebreo, árabe, arameo, asirio y copto. Son objeto de enseñanza la geografía y la topografía de Tierra Santa, fomentados mediante frecuentes excursiones científicas. Cultívanse con celo la exégesis y la crítica bíblica y se debaten los usos de los beduínos y de los fellahs. Discútense en conferencias públicas (semanales, de noviembre a febrero) cuestiones especiales referentes a la historia, arqueología, geografía y costumbres del país (se ha publicado una serie de conferencias con el título de *Conférences de Saint Etienne)*. En dicha escuela se redacta *Revue biblique* (desde 1914 ha desaparecido del título la palabra *internationale)*. Véase también Lagrange, *Après vingtcinq ans*, en *Rb* XII 248 ss. La *Ecole biblique de Saint-Etienne* fué designada el 15 de octubre de 1920 por la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* para continuar la obra de la *Ecole française archéologique de Jérusalem*. Entre las numerosas publicaciones de los PP. Dominicos de Jerusalén sobresalen en topografía, historia, arqueología e historia del arte las siguientes: *Jérusalem: tome I: Jérusalem antique par le P. Vincent, O. P.; tome II: Jérusalem nouvelle par le P. Vincent et le P. Abel* (París) y *Bethléem, le sanctuaire de la Nativité, par le P. Vincent et le P. Abel* (París).

El *Instituto Bíblico Pontificio* de Roma (fundado en virtud de las Letras Apostólicas *Vinea electa Sacrae Scripturae* de 7 de mayo de 1909) estableció en 1913 una sucursal en Jerusalén. La casa de Jerusalén tiene por objeto servir de residencia a los profesores y estudiantes del Instituto Bíblico, facilitar el estudio a los miembros del mismo, utilizar en la enseñanza y en las publicaciones del Instituto los resultados de toda la investigación relativa a Palestina. El Instituto de Jerusalén publica *Acta Pont. Instituti Biblici* (noticias acerca del Instituto Bíblico); *Scripta Pont. Instituti Biblici* (artículos científicos, prácticos y populares); desde 1920, *Biblica*, revista trimestral; finalmente, desde 1921, *Verbum Domini, Commentarii de re biblica omnibus sacerdotibus accommodati;* 12 fascículos por año.

Cfr. *Kath* 1913 II 53-56; *Verbum Domini* 1921, 290-296; *HL* 1919, 186.

Los *Benedictinos* alemanes han instalado un *Museo científico* muy instructivo en el convento de la *Dormitio* del monte Sión.

Heidet, *Die archäologische Sammlung des deutschen Sionsklosters*, en *Kath* 1910 I 205-216; *HL* 1912, 61 125 ss.; 1913, 85.

La *Görres-Gesellschaft* sostiene desde 1908 en el Hospicio de San Pablo una «estación científica orientalista». Según la reseña anual de la *Görres-Gesellschaft* 1912, pág. 47, dicha estación trata de publicar trabajos acerca del antiguo Oriente precristiano bajo el título de *Collectanea Hierosolymitana*. El primer volumen fué: *Rephaim, Die vorgeschichtliche Kultur Palätinas und Phöniziens. Archäologisch und religionsgeschichtliche Studie von Paul Karge* (Paderborn 1918). E. Mader trae en *Kath* 1918 II 192 ss. una reseña detenida acerca de esta obra.—En los *Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums* publicados por la *Görres-Gesellschaft* hay algunos que interesan al palestinólogo; así Baumstark, *Die Modestianischen und die Konstantinschen Bauten am Heiligen Grabe zu Jerusalem* (Paderborn 1913); también E. Mader, *Altchristliche Basiliken und Lokaltraditionen in Südjudäa* (ibid. 1917).

Acerca de las misiones científicas en Tierra Santa, véase *WBG* 1908, 57 ss ; 1910, 381 ss.

Investigador de primera línea es el sacerdote católico *Alois Musil* de Moravia, profesor de Sagrada Escritura en Olmütz desde 1900, y en Viena

desde 1908. En el verano de 1909 terminó su octavo viaje de investigación en *Arabia Petraea* y *Deserta*. He aquí sus obras: *Kusejr Amra und andere Schlösser östlich von Moab* (Viena 1907); *Arabia Petraea,* 3 vols. (Viena 1907-1908; cfr. *Kath* 1909 II 340-353 y 409-421).

Principalmente desde el último cuarto del siglo pasado, sabios de distintas naciones han iniciado amplios y sistemáticos trabajos de excavación en Jerusalén y en general en Palestina. La primera exposición rigurosamente científica de los trabajos realizados nos la ofrece el P. Vincent, *Canaan d'après l'exploration récente* (París 1907).

Recientemente se han dado en Jerusalén los primeros pasos para la creación de una *Universidad católica de Palestina;* véase *HL* 1924, 3. También se pretende crear una Universidad *judía;* véase *HL* 1924, 4.—Se ha constituído la *Palestine Oriental Society* con objeto de velar por la conservación de los monumentos antiguos de Tierra Santa y hacerlos accesibles. Cfr. *HL* 1922, 42; *RB* XXIX 265.

Apéndice II [1]

Algunas asociaciones y sociedades dedicadas a fines religiosos o científicos de Palestina

Alemania. De la fusión de dos asociaciones: *Verein vom Heiligen Grabe,* fundada en Colonia el año 1855, cuyo fin era proteger los Santos Lugares y promover las misiones católicas de Palestina, y *Palästinaverein,* constituída el 1885 en la asamblea católica general de Munich con el objeto de hacer respetar los intereses eclesiásticos y sociales de los católicos alemanes de Tierra Santa mediante la fundación de institutos, hospicios, escuelas, etc., nació el 1895 la *Deutscher Verein vom Heiligen Lande,* que abarca los fines de ambas. Organiza anualmente peregrinaciones populares y científicas a Tierra Santa. Tiene importantes posesiones en Palestina: en Jerusalén, el magnífico *Hospicio de San Pablo,* próximo a la puerta de Damasco (con museo científico, etc.), el que antes fué *Hospicio de la puerta de Jaffa* (hoy escuela alemana de niñas), las posesiones de *Emmaús-Kubêbe* (núm. 501) y de *Tabiga* (páginas 150 y 459); cfr. también P. Ernst Schmitz, *Der Deutsche Verein vom Heiligen Lande und seine Besitzung Tabigha am See Genesareth mit ihren biblischen Erinnerungen.* Son también obra de la *Deutscher Verein* la *Dormitio,* con el monasterio de Benedictinos del monte Sión (núm. 342 y lám. 7 a).

La sociedad científica *Deutscher Verein zur Erforschung Palästinas* (fundada en 1877) se propone la investigación de Tierra Santa, sobre todo fomentando los estudios bíblicos. Publica dos revistas: *Mitteilungen und Nachrichten des Deutschen Palästinavereins* (bimestral) y *Zeitschrift des Deutschen Palästinavereins* (con artículos de importancia y suplementos cartográficos; sale 2 ó 3 veces por año). De las investigaciones realizadas por dicha sociedad son dignas de mención las recientes de Tell el-Mutesellim. Ha establecido y sostiene estaciones meteorológicas en los puntos más importantes del país. Publica el mapa de Transjordania, que se corresponde con el inglés de Cisjordania publicado por la *Palestine Exploration Fund.* — También la *Deutsche Orient-Gesellschaft* (establecida en Berlín) realiza expediciones científicas y excavaciones en las antiguas ciudades de Asiria, Babilonia, Siria, Palestina y Egipto.—

---

[1] Este Apéndice, destinado sobre todo a los países de lengua alemana, ha sido notablemente reducido por el traductor.—N. DEL T.

Fines análogos se propone la *Vorderasiatische Gesellschaft* (establecida en Berlín); sus publicaciones son: *Mitteilungen* y *Der alte Orient.*

La *Zionistische Komission* (revistas mensuales: *Palästina; Altneuland)* sirve los intereses del movimiento sionista y orienta acerca de las condiciones económicas de Palestina. En octubre de 1912 se fundó en Berlín *Jüdische Palästina-Forschungsgesellschaft.* Acerca de las aspiraciones científicas del Sionismo, cfr. P. Mallou S. J. en *Biblica* I 580-584; *HL* 1921, 44.

En **todos** los países donde está establecida la *Orden Franciscana* existen *comisariatos generales,* cuya misión es reunir fondos para la Custodia de Tierra Santa, a fin de atender los santuarios y sostener instituciones y escuelas. La colecta del Santo Sepulcro que se hace el Viernes Santo, recomendada especialmente por León XIII, está confiada al Custodio de Tierra Santa.—Desde marzo de 1908, la Custodia publica el *Diarium Terrae Sanctae* (cuatro fascículos cada año); trata de la historia de la Custodia en el pasado y en la actualidad y, aunque está destinada a los Comisarios de Tierra Santa, tiene interés general; cualquiera puede suscribirse al *Diarium* en la *Secretaria S. Custodiae, Jerusalem, Convento di San Salvatore,* mediante una limosna que se dedica a los santuarios del Tabor y de Nazaret, confiados a los PP. Franciscanos.

La reseña anual de la *Franziskaner-Missionsvereins: Die Franziskaner-Missionen,* ilustran también acerca del apostolado de los PP. Franciscanos en Tierra Santa.

En el Tratado de Versalles del 1919, la Custodia presentó una lista de derechos que se han perdido en el curso de los siglos, y cuya devolución exige ahora (cfr. *HL* 1920, 160 ss.).



ÍNDICE ALFABÉTICO

Las cifras se refieren a los números marginales. El asterisco indica que el texto lleva algún grabado o alude a alguna lámina. Las cifras en negrilla señalan la página donde se trata más por menudo el asunto.

A

B

C

CH

D

E

J

K

L

Ll

M

N

Q

R

S

U

V

W

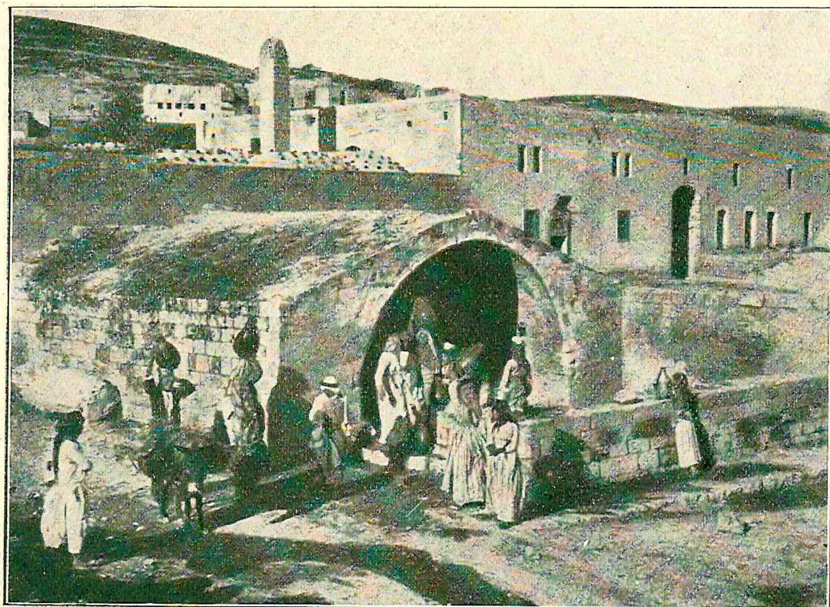
Y

Z

PALESTINA EN TIEMPO DE CRISTO

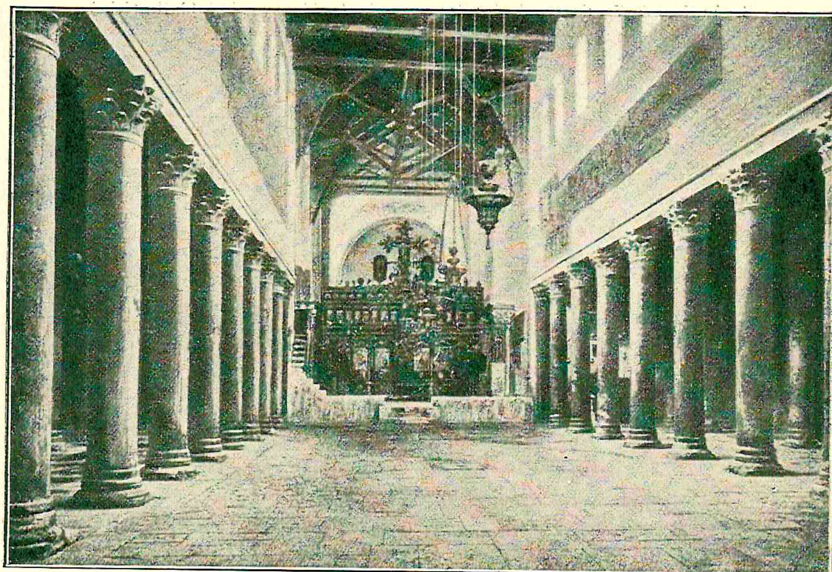



Viajes apostólicos
DE SAN PABLO
Escala 1:14.000.000
0 100 200 300 400 500
Kilometros
Primer viaje apostólico
Segundo " "
Tercer " "
Viaje a Roma
PONTO EUXINO
(Mar Negro)
MAR MEDITERRÁNEO
Mar Egeo
Ister (Danubio)
Mesia
Tracia
Macedonia
Dalmacia
Epiro
Tesalia
ACAYA
Peloponeso
ITALIA
Sicilia
Paflagonia
Bitinia
Ponto
Galacia
ASIA MENOR
Misia
Lidia
Frigia
Capadocia
Caria
Pisidia
Licia
Pamfilia
Cilicia
Chipre
Creta
Siria
Fenicia
Palestina
Arabia
EGIPTO
Libia
Roma
Tres Tabernæ
Forum Appii
Puteoli
Nápoles
Tarento
Brindis
Mesina
Regio
Siracusa
Melita (Malta)
Corfú
Nicópolis
Corinto
Cencreas
Atenas
Berea
Tesalónica
Anfípolis
Apolonia
Filipos
Neápolis
Bizancio (Constantinopla)
Tróade
Aso
Mitilene
Quío
Adramyttium
Pérgamo
Sardes
Esmirna
Efeso
Mileto
Coos
Gnido
Rodas
Laodicea
Filadelfia
Hierápolis
Colosas
Antioquía
Iconio
Listra
Derbe
Perge
Adalia
Pátara
Mira
Ancira
R. Halys
Río Iris
Cesarea
Tarso
Iso
Seleucia
Antioquía
Eufrates
Salamina
Pafos
Fenice
Lasea
C. Salmone
Claudia
Cirene
Sidón
Damasco
Tiro
Ptolemaida
Cesarea
Samaria
Antipatris
Joppe
Jerusalén
Azoto
Gaza
Alejandría
Desembocaduras del Nilo
15
20
25
30
35
40



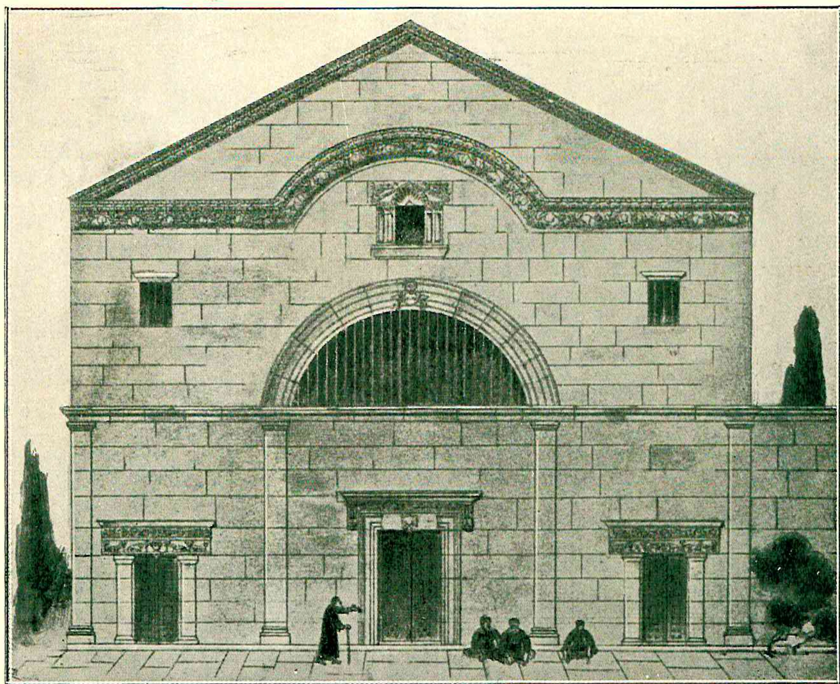
a. Fuente de María en Nazaret.
(Texto en el núm. 48.)

Fot. Bonfils

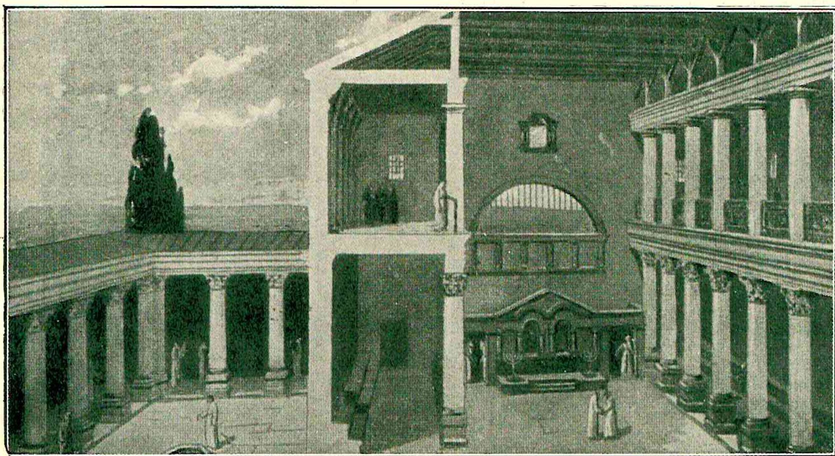


b. Interior de la iglesia de la Natividad de Belén.
Cfr. también la planta de la misma iglesia en la figura 6, núm. 62.
(Texto en los núms. 61 y 62.)

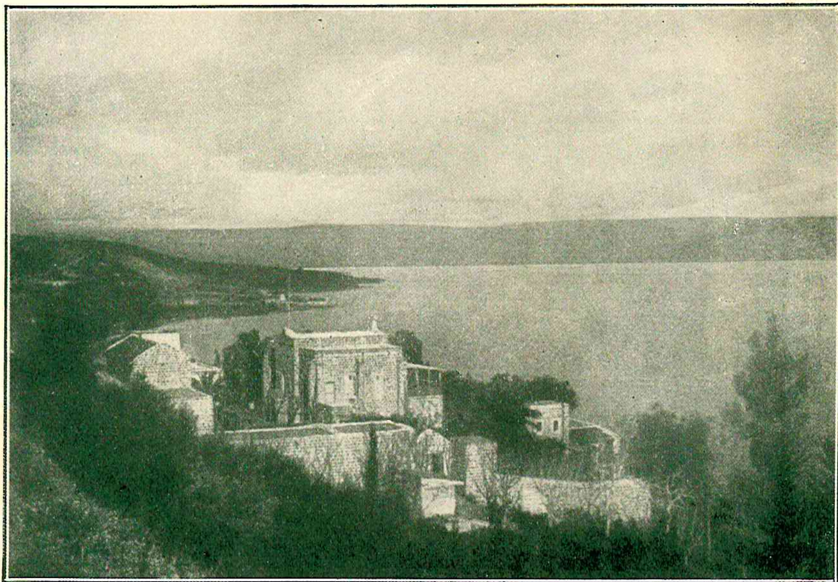
Fot. P. Gisler



a. Sinagoga de Tell-Hum. Reconstrucción de la fachada.
(Según Kohl & Watzinger, *Antike Synagogen in Galiläa.* Leipzig 1916, Hinrichs)
La Sinagoga data probablemente del siglo II d. Cr.
(Texto en los núms. 106 y 151, nota.)



b. Sinagoga de Tell-Hum. Reconstrucción (sección).
(Según Kohl & Watzinger, *Antike Synagogen in Galiläa.* Leipzig 1916, Hinrichs)
(Véase lo dicho en el número 118 (nota) acerca del interior de las sinagogas.)



a. Tabiga, junto al lago de Genesaret.
(Fot. de la *Deutscher Verein vom Heiligen Lande.*)
(Texto en los núms. 106 y 124, y en el Apéndice II, 1.)

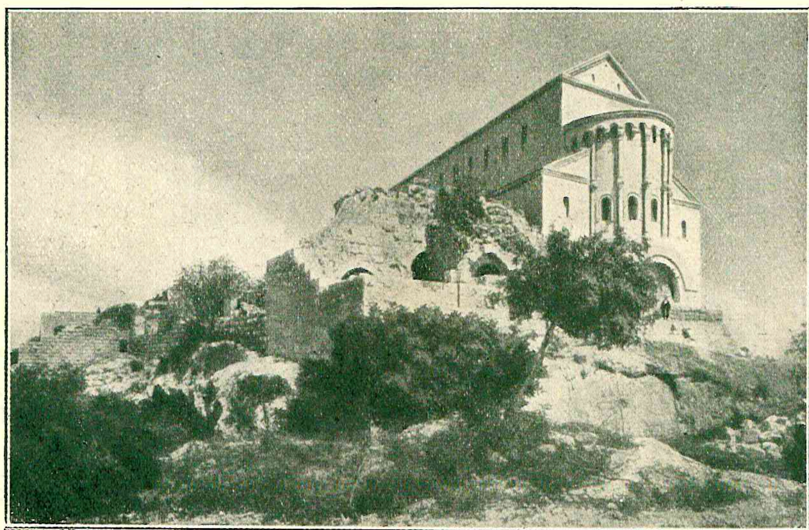


b. Tiberíades y el lago de Genesaret.
(Texto en los núms. 106 y 125.) Cl. Bonfils

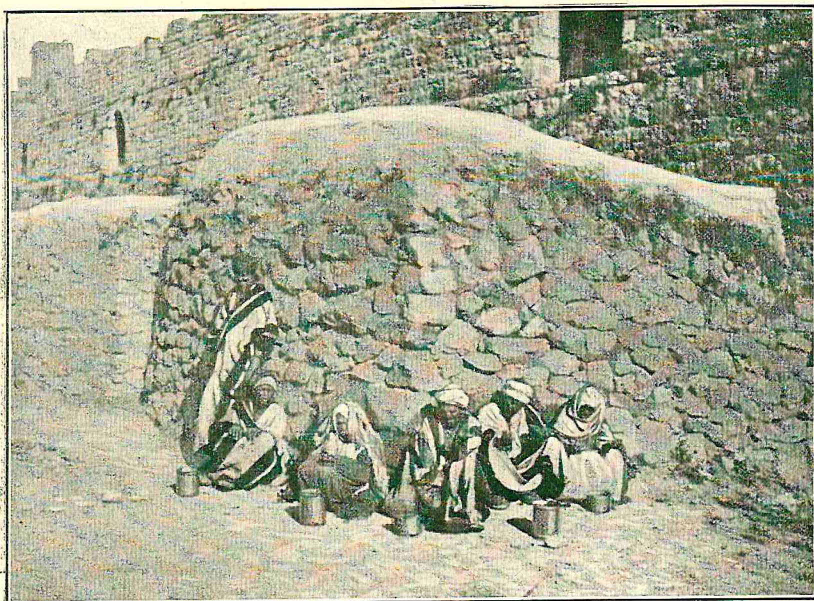
Lámina 4.



a. El Tabor.
(Texto en los núms. 205 y 206.) Fot. Bonfils



b. La nueva basílica del Tabor (lado oriental) y ruinas de la antigua fortaleza.
(Texto en el núm. 207.) Fot. P. Gisler



a. Leprosos de Palestina.

(Texto en los núms. 128 y 129.) Fot. Bruno Hentschel, Leipzig



b. Fellahs de Palestina.

(Texto en el núm. 219) Fot. Bruno Hentschel, Leipzig



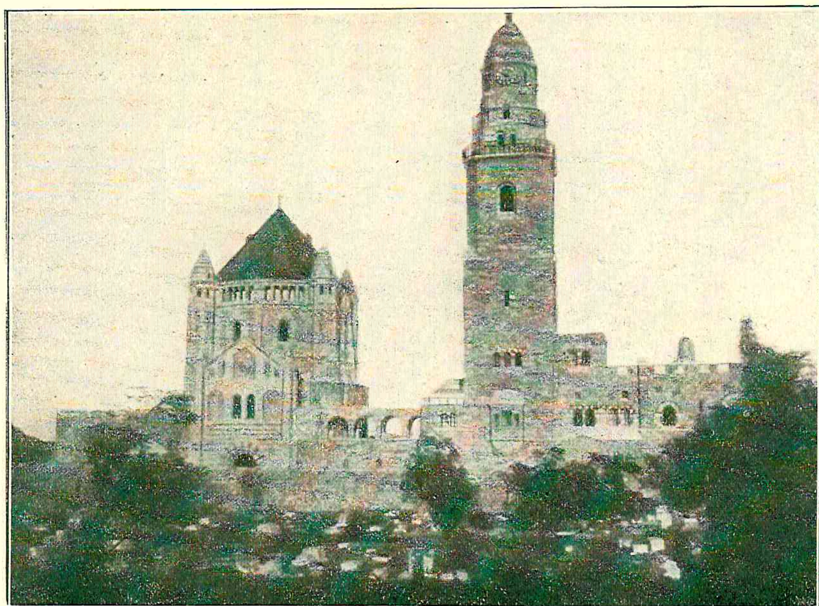
a. Camino de Jerusalén a Jericó.
(Texto en el núm. 224.)

Fot. P. Dunkel



b. Betania.
(Texto en el núm. 225.)

Fot. Bonfils



a. Iglesia de la *Dormitio,* con el monasterio de Benedictinos del monte Sión.
(Texto en el núm. 342.) Fot. P. Dunkel



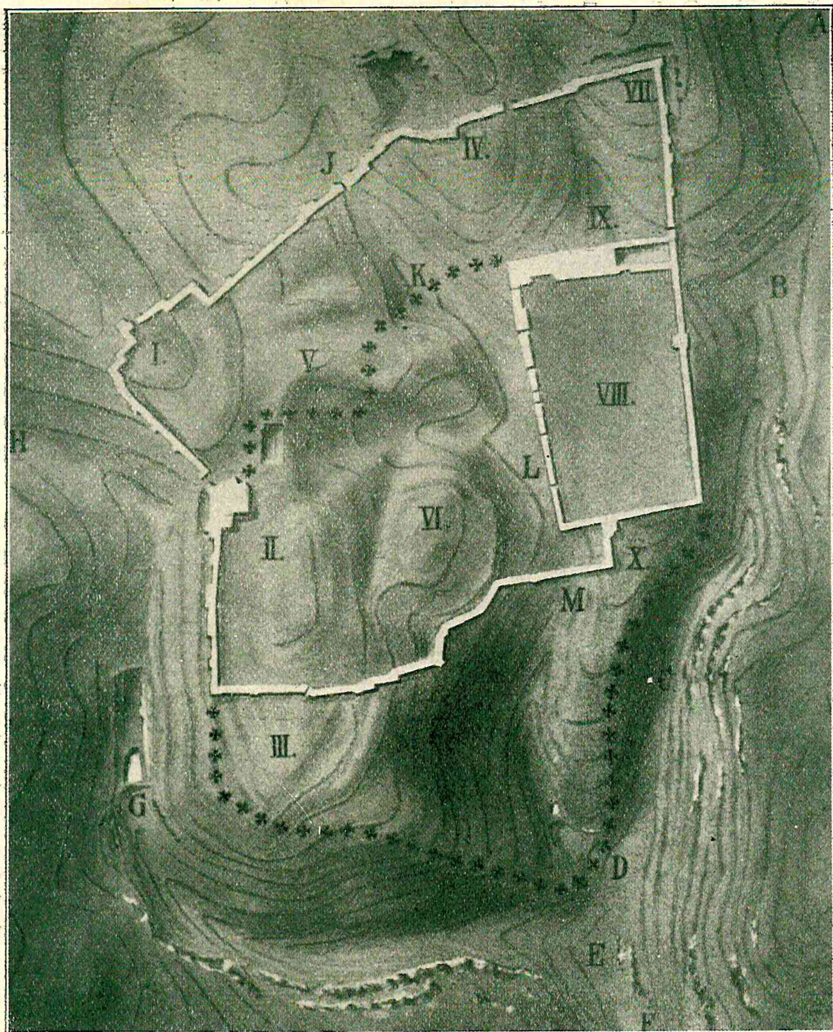
b. Molino de mano.
(Texto en el núm. 323.) Fot. Dr. Trenkler & Cia., Leipzig



a. Getsemaní, con el monte Olivete al fondo.
A la izquierda, en el fondo, la iglesia rusa de Getsemaní.
(Texto en el núm. 372; cfr. también en el núm. 372 la fig. 17.) Fot. P. Gisler



b. Hospicio de san Pablo (extramuros de Jerusalén) cerca de la puerta de Damasco.
(Texto en el Apéndice II, 1.) Fot. Dr. Trenkler & Cia., Leipzig



Relieve de Jerusalén, según el mapa de A. Kümmel,
dibujado por el P. M. Gisler, O. S. B.

Curvas de nivel (10 m.).

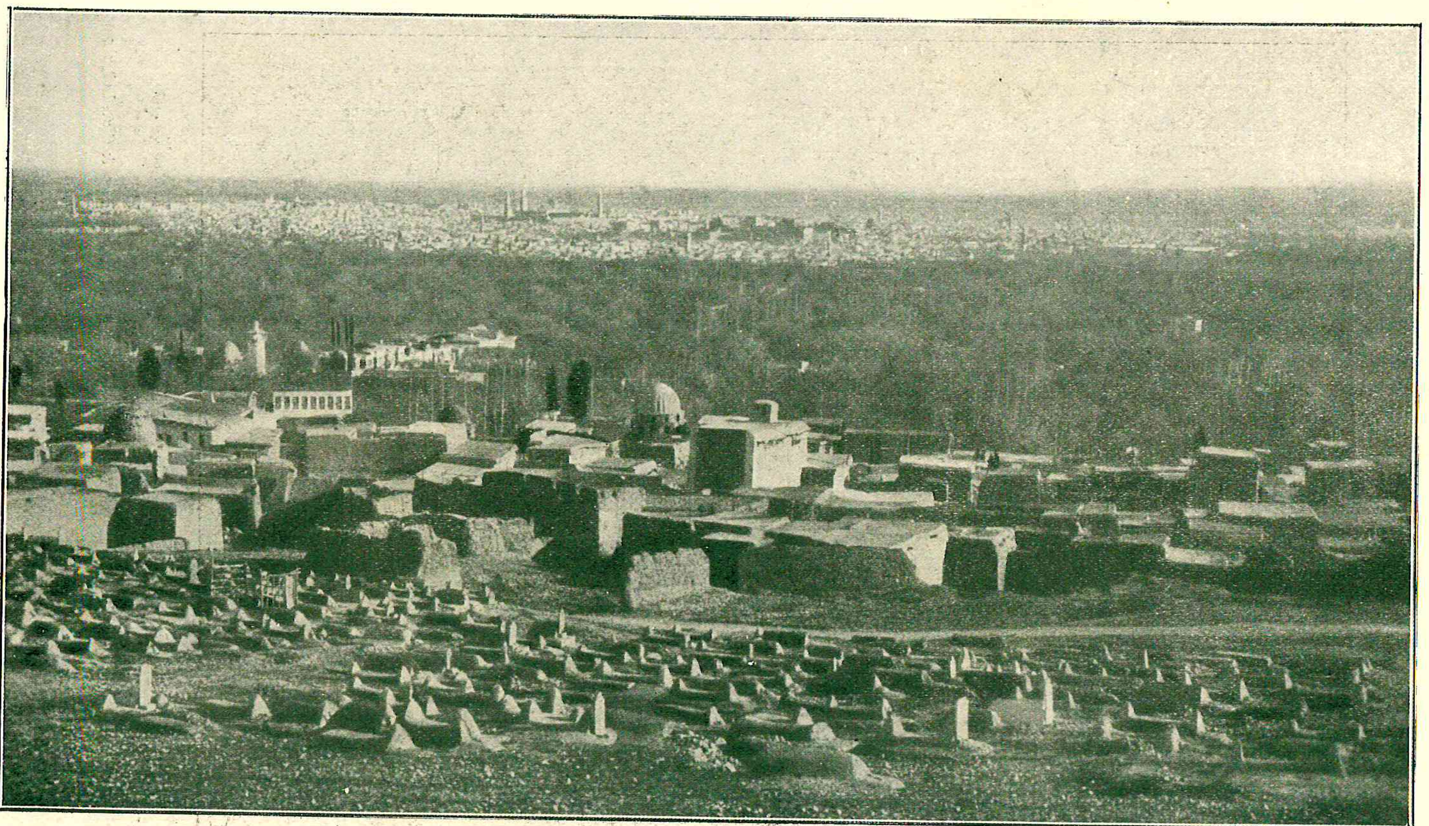
I. 785 m. de altitud; ángulo noroeste. En dirección noroeste, el tercer recinto (murallas de Agrippa).—II. 773 m. de altitud; región norte del monte Sión: Palacio de Herodes el Grande. — III. 765 m. de altitud; región meridional del monte Sión: Cenáculo.—IV. 768 m. de altitud; ángulo saliente de las murallas de Agrippa. — V. 760 m. de altitud; Gólgota. — VI 756 m. de altitud; región oriental del monte Sión: Palacio de los Asmoneos. - VII. 754 m. de altitud; angulo nordeste de la ciudad, desde Adriano, con las murallas septentrionales (VII-I) y orientales (VII-IX). - VIII. 742 m. de altitud; explanada del Templo.—IX. 720 m. de altitud; antiguo paso al Templo entre la Piscina Probática y la Torre Antonia. X. 700 m. de altitud; Sión de David, según las teorías modernas.

A. Pie del monte de los Olivos en el valle del Cedrón. — B Getsemaní. — C. Fuente de Siloé (fuente de María). — D. Piscina de Siloé. — E-F. Prolongación del valle del Cedrón. - E-G. Valle de Hinnom. — F. Fuente de Rogel (pozo de Job), 603 m. de altitud. - G. Estanque del Sultán. - H. Valle del estanque de Mamilla. - J. Puerta de Damasco. — K. Pretorio (iglesia de Santa Sofía). — L Viaductos: antiguos pasos al Templo. M Puerta de los mogrebinos.—M J y M-D Valle de la Ciudad (Tiropeón).

La figura muestra, además, el actual recinto amurallado de la ciudad; los signos ✠ ✠ ✠ indican el recinto de la época de Jesucristo, coincidente con el actual por oriente y occidente. Ya en el año 333, en vida de Constantino el Grande, el Peregrino de Burdeos hace mención de los siguientes lugares aquí señalados: Iglesia del Santo Sepulcro (V); Pretorio (K); Piscina Probática IX); Torre de David (II); Sión y casa de Caifás (III); Piscina de Siloé (D), Explanada del Templo (VIII); Getsemaní (B) y huerto de los Olivos

(Texto en el núm. 396; consúltese además el índice alfabético.)

Lámina 12.



Vista de Damasco desde Salihîyé, arrabal del norte de Damasco.

(Texto en el núm. 585.)

Fot. Bonfils